John Carter Brown.

Wagner no. 174

CRÓNICA SERÁFICA
Y APOSTÓLICA
DEL COLEGIO
DE PROPAGANDA FIDE
DE LA SANTA CRUZ DE QUERÉTARO
EN LA NUEVA ESPAÑA,

DEDICADA

AL SANTÍSIMO PATRIARCA

EL SEÑOR SAN JOSEPH.

ESCRITA

Por el P. Fr. JUAN DOMINGO ARRICIVITA,
Predicador Apostólico, ex-Prefecto, y Comisario habitual de las Misiones, Escritor Titular del Seminario, y su mas afecto Hijo.

SEGUNDA PARTE.

EN MÉXICO:
Por Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, año de 1792.

RPJCB

✠

DEDICATORIA
AL GLORIOSISIMO PATRIARCA
SEÑOR SAN JOSEPH.

SANTÍSIMO PADRE.

NO fuera razon para ofrecer á vuestras soberanas plantas este mal formado libro la inclinacion de mis devotos afectos, porque siendo tan defectuosos, son tambien de ningun mérito; pero el considerar que el Señor engrandeció vuestra nobilísima alma con incomprehensibles dones de su gracia, porque miró vuestra humildad profundísima, (1) me anima á esperar que no despreciareis mis humildes votos, auxîliados de uno de los gloriosos títulos con que en el Empireo se ostenta laureada vuestra persona, y que los exîge, no como voluntario obsequio, sino como debido tributo.

Demostracion auténtica de ese derecho fue la union íntima que tuvisteis con el Salvador del Mundo en qüalidad de Coadjutor, que Dios le dió á su Hijo, y le asoció para la mas magnífica de todas sus obras, qual fue la Redencion de los hombres; (2) pues entre el inmenso cúmulo de gracias y dones que el Señor os comunicó para que fueseis digno Ministro de su salvacion, (3) admiran y preconizan los Santos y Doctores la del ministerio de la ense-

(1) Cardinal. Camerac. Tract. de S. Joseph: *Cur iste Sanctus tantum meruit honorari? Sane quod multum voluit humiliari.*

(2) S. Bernard. sup. Missus est. homil. 2. *Solum denique in terris Magni Consilii Coadjutorem fidissimum.*

(3) Himn. Matut. *Te Sator rerum::: Dedit & Ministrum esse salutis.*

ñanza, (4) que como particular don, os constituyó Apóstol de los Judios y Gentiles, para que instruyendo á unos, y catequizando á otros, les dierais á todos las luces que necesitaban para conocer á Dios y sus sacrosantos Misterios. (5) Por lo que os consideran como compendio de los Apóstoles en el fervor y zelo con que llevasteis á Jesus de Judea á Egipto, y de Egipto á Judea, peregrinando por tan diferentes Regiones, como ellos atravesaron para llevar por el universo Mundo la palabra y doctrina de su Divino Maestro, (6) que predicabais como enviado ó Misionero de Dios, para combatir los errores é idolatrias de los Egipcios, y las prevaricaciones y pecados de los Israelitas, dando á conocer al Mesias verdadero, tanto á los humildes Pastores, como á los Magos y Reyes. (7)

Os reconocen laureado como Doctor Evangélico, porque fuisteis depositario de los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, é inteligencia de los divinos Misterios. (8) Por-

---

(4) S. Anselm. in cap. 2. Matth. *Joseph figurat Praedicatores qui augmentant gentem Domini*. S. Hilar. in Matth. cap. 2. *Joseph Apostolorum habet speciem, qui circunferendus est Christus*. S. Bern. cit. *Isti datum est conscium fieri, atque participem coelestium Sacramentorum.*

(5) Novarin. Umbra Virgin. lib. 4. discurs. 118. n. 1109. *Modò in Aegyptum, modò in Judaeam Christum Joseph defert, ut unus praestiterit, quod Praedicatores omnes erant deinceps praestaturi*. Hinc flecto illud S. Hilar. in cap. 2. Matth. *Joseph Sponsus Virginis circunferens Christum nunc in Aegyptum, nunc in Judaeam designat Apostolos Christum praedicantes Judaeis, & Gentilibus. Nimirum tipus & exemplar Praedicatorum fuit, & unus in animarum lucris omnibus Praedicatoribus pariari potest, cum ab eo virtutem, viresque quodammodò hauriant.*

(6) Brabant Sinops. Magnal. D. Joseph. Part. 3. cap. 7. n. 15. *Asserunt nonnulli etiam ipsum Apostolum, qui quoad licuit, apud Aegyptios, & Judaeos fontem quam apud se habebat, manifestavit, & publicavit.*

(7) Nueros Lapidicin. Sac. Tract. 1. sec. 23. n. 296. *In Aegyptum ergo Christum Dominum quasi materno orbe circundatum solem erroris tenebras propulsurum Josephus Beatissimus invexit.::: Hanc itaque lucem sive solem recentem ortum Josephus in Aegyptum invexit, ut hujus lucis non Aegyptios solum, sed mundum universum illuminantis splendor Josepho Sanctissimo tribueretur*. Valdivieso en su Josephina Cancion 22. estancia 24.

Y Evangelista fue, pues predicando
Enseñó á los tres Magos del Oriente:
Y Apóstol, que á los tres catequizando
Les predicó el pequeño Omnipotente.

(8) S. Bernard. apud Torres asunt. 14. disc. 3. n. 62. *Cui tuto committeret secretissimum, atque sacratissimum sui cordis arcanum.*

que fuisteis el primero que anunció la venida del Salvador, quando os lo permitian la qualidad de Padre de Jesus, y los designios del mismo Dios. (9) Por lo qual os reverencian con la aureola de Evangelista, pues en efecto fuisteis el primero que tuvo tan alto exercicio. (10) Y el gran Padre y Doctor de la Iglesia, se persuadió á que muchos de los misterios de la vida de Jesuchristo fueron primeramente descubiertos y explicados por Vos mismo, y que el conocimiento de ellos pasó despues á los Apóstoles y Evangelistas que los han referido, (11) graduando vuestra doctrina como de un Precursor de los Gentiles, así como lo fue el Bautista de los Judios, y del primer Apóstol de la Ley Evangélica, no solo en el órden de antiguedad, sino mucho mas en las gracias y privilegios de vuestro eminente Apostolado, superior á todos los que despues instituyó Jesuchristo. (12) Y como de un Predicador Apostólico que hacia detestaran los Gentiles sus idolatrias y paganismo, y que se propagara la Fe de un solo Dios verdadero, y de la venida del Redentor del Mundo, siendo en vuestro destierro el Doctor del Egipto, mejor que el antiguo Joseph lo habia sido en el suyo. (13)

---

(9) Cardinal. de Cambray apud P. Joseph Moreno Discurs. sobre las virtudes y privilegios de San Joseph. Disc. 7. part. 3. *Sanctus Joseph publicè, & solemniter omnibus evangelizavit hominibus: unde non immerito eum Evangelistam possumus nominare, quia inter homines primus nomen Evangelistae meruit obtinere.* (10) Torres Excel. asunt. 10. disc. 7. cita al doctísimo Celada, que dice: *Divus Josephus dicitur Evangelistarum Magister.*

(11) S. August. de consens. Evangelistar. lib. 1 .cap. 1. *Cujus primi Praedicatores Apostoli fuerunt. Qui non solum ea quae ex ore ejus audita, vel ab illo sub oculis suis operata, dicta, & facta fuerunt::: verumetiam quae à Parentibus ejus audierunt.*

(12) P. Franc. Suar. tom. 17. disc. 8. *Non est cur temerarium, aut improbabile censeatur S. Joseph excipere, eumque Apostolis comparare, vel etiam praeferre. Quia probabile est Josephum perfectiorem gratiam assequutum, quam Joannem Baptistam, quia excellentius munus habuisse videtur, & majorem oportunitatem, pluresque occasiones crescendi in gratia, & charitate.*

(13) Gerson in Josephin. dist. 3. in fin.

Hinc super atque aliis, docto sermone putandum est
Disseruisse Joseph de vera Religione
Cum senibus Thanaos
Unde probabile fit multos ad suscipiendam
Dispositos tunc esse fidem, dum fertur ad ipsos
Post mortem Domini, post te, Judaea, relictam.

Pruebas de vuestro Apostolado fueron tambien las luces que iluminaron las tinieblas de la muerte en que estaban de asiento los Judios; pues habiendoos versado tanto tiempo y tan útilmente en la Escuela de la Sabiduria increada, destinasteis á tan bello uso las ilustraciones que recibisteis de ella para la santificacion de las almas, y así les haciais ver el cumplimiento de las Profecias, y observar la plenitud del tiempo en que esperaban al Salvador de su Pueblo: haciais, segun la disposicion de los ánimos y situacion de las cosas, que los mas instruidos reflexasen en ciertos rayos de la Divinidad oculta que reververaban en el semblante del Señor, en la pureza de sus costumbres, en la santidad de su doctrina, y en el magestuoso y sobrenatural modo que relucian en todo su exterior, para que conocieran que ya estaba en medio de ellos el Divino Verbo humanado, el Mesias prometido, y el Cordero de Dios, que habia de ser sacrificado para quitar los pecados del Mundo, no obstante que el popular concepto lo reputaba por hijo natural vuestro. (14)

Estas declamaciones de vuestro abrasado zelo sostenian la Religion Christiana en aquel tiempo, apoyada solo en vuestra persona; y mientras, fuisteis el primer Christiano, el único Predicador de Jesuchristo, el único Confesor de la Fe, y el único Apóstol de las gentes, que lo dió á conocer por Salvador del Mundo en los Reynos y Naciones á que os enviaba Dios, y en quienes infundiais las mas vi-

(14) Suarez de Figueroa comentando á Valdivieso tom. 5. canc. 22. estanc. 24. dice: San Joseph fue en ver y señalar á Christo mas que Profeta, y en el predicarle, Apóstol y Evangelista; pero no lo fue en la persona. ¿Quién duda que con su luz, claridad y sabiduria, sería Maestro de la Ley, instruyendo á los que la ignoraban, como lo afirma la Madre de Agreda, en la ocasion que estaban en Egipto? »Y para que la gracia del Señor se derramase en ellos con mayor abundancia, y la Madre piadosísima tuviese Coadjutor en las »misericordias que obraba, como instrumento vivo de su Unigénito, determinó su Magestad (á peticion de la Divina Señora) que San Joseph tambien acudiese al ministerio de »la enseñanza, y á curar los enfermos. Y añade: Y él enseñaba, curaba y catequizaba de »ordinario á los hombres.

vas impresiones, para que sus espíritus dieran crédito á vuestras palabras: y como llevando á Christo por las tierras del Egipto y de Judea, practicabais la Mision Evangélica de todos los Apóstoles, que lo predicaron á los Judios y Gentiles; (15) con razon os aclaman los Doctores Santos, no solo insigne Predicador, sino por el zelo que tuvisteis de la salvacion de las almas, Maestro, Capitan, y Exemplar de todos los Varones Apostólicos y Oradores Evangélicos. (16)

Pero si el recuerdo de las heroicas acciones en que empleasteis treinta años de trabajos, cuidados, fatigas, peligros, persecuciones y destierros sufridos por nuestro Salvador Jesus, y dando en ellos vuestras vigilias y sudores, vuestro descanso y consuelo, y arriesgando por tan largo tiempo vuestra vida por el bien de las almas, debe conmover todos los ánimos de los Católicos á los sentimientos

---

(15) Veanse tambien los discursos arriba citados, y traducidos del P. Moreno, el 7 en su tercera Parte, y el 8 en la segunda. Paul. Palacio in Enarrationib. in Matth. cap. 1. ℣. Angelus. *Primus virorum qui Christi celsitudinem novit, Joseph est: novit prius puer Baptista, sed adhuc in utero Matris. Porro ex viris integris, primus Christianus, primus qui Christo haesit, Joseph fuit.* Mansi Prompt. Sac. part. 1. disc. 9. n. 6. *Joseph fuit ex hominibus primus Christianus. Primus qui Christum adoravit, primus qui ei locutus fuit, primus qui suis eum brachiis strinxit, denique primus qui ejus amore pati coepit.* Valdivieso en su Josephina Canto 22. estancia 31.

Es el que mereció ser el primero,
Que reengendrado en el Bautismo santo,
Gozó de él el efecto verdadero,
Despues de aquella que es del Cielo espanto:
Porque aunque el puro cándido Cordero,
No habia con su contacto sacrosanto
Hecho Santo á el Jordán, virtud tenia
Para darsela á el agua en qualquier dia.

Suarez Figueroa comenta, que este privilegio se debe creer piadosamente se le concedió al Santo por las razones que afirma Gerson Canto I. y Jacobo Christopolitano. ¿Pues que no le concederia al que habia hecho Esposo de su Madre? Porque como previene el Autor, Christo, Autor de los Sacramentos siempre pudo dar esta virtud á la materia y forma, para que aplicadas hicieran su efecto, &c.

(16) S. Isolan. à pluribus laudatus sup. loc. à Morales alegat. lib. 3. tract. 11. n. 19. & lib. 5. tract. 11. n. 24. & ita est. *Nec tantum noster Joseph extitit Praedicator, sed in sincero animarum zelo, omnium Concionatorum Christum praedicantium exemplum, & virorum spiritualium Dux fuit, & Magister.*

mas tiernos de veneracion y gratitud, para rendiros los mas encendidos afectos, no como un devoto obsequio, sino nacidos de una humilde sumision y reconocimiento; mucho mas debe ser, acumuladas á estas comunes obligaciones el en que, desde su Conquista, está constituida toda la América, para reconocer el feliz vasallage y tributo que os debe como á Príncipe de sus hermanos, Firmamento de su gente, Rector de los hombres y Apoyo de su Pueblo; (17) pues fuisteis jurado por su General Patron, y como á tal se os consagró la primera Parroquia de los Indios, que hasta hoy se conserva. (18)

Este feliz Patrocinio han gozado tambien todas las Provincias de este Reyno, y en todas ellas han experimentado los Ministros Evangélicos los mismos benignos efectos, ya en admirables conversiones de pecadores, ya en las reducciones de los Gentiles, y pudiendo dar ineluctables pruebas de ellos los Misioneros de este Colegio, se hace obligacion precisa, y no accion deliberada, poner á vuestras soberanas plantas sus laboriosos ministerios, para que por vuestra proteccion y amparo, les conceda el Señor que en todas sus Apostólicas peregrinaciones, fatigas y tolerancias, sean verdaderos Discípulos, Soldados é imitadores vuestros.

El mas humilde de vuestros Esclavos, que rendidamente besa vuestros soberanos pies,

Fr. Juan Domingo Arricivita.

---

(17) Ecclesiast. cap. 48. v. 17. *Princeps fratrum, firmamentum gentis, Rector fratrum, stabilimentum populi.*

(18) Concil. Mexic. Prov. 3. lib. 2. tit. 3. §. 2. *Porro quia singularis fuit in Beatum Joseph Sacratissimae Virginis Mariae Sponsum hujus Provinciae devotio, ob cujus Sancti merita, & intercessionem piè credi potest Novam Hispaniam singularibus Dei beneficiis donari, Provincialis Synodus anno Domini millesimo quingentesimo quinquagesimo quinto celebrata Sanctum Joseph in Generalem hujus Archiepiscopatus, & Provinciae Patronum elegit, ejusque Festum coli mandavit, haec quoque Synodus idem renovans, & confirmans statuit.*

PARECER DEL R. P. Fr. MIGUEL TADEO DE GUEVARA, Lector Jubilado, y Comisario Visitador del Tercer Orden de N. S. P. San Francisco en esta Corte de México.

EXMÔ. SEÑOR.

OBedeciendo el Superior Orden de V. E. he leido con gustoso cuidado la Segunda Parte de la Crónica Seráfica del Colegio Apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, que trabajó con grande esmero el R. P. Fr. Juan Domingo Arricivita, y digo: Que no hay que extrañar al R. P. Fr. Isidro Felix de Espinosa, insigne Autor de la Primera Parte, que escribió con tanto acierto, erudicion y facundia, llenando la expectacion de los hombres mas sabios y eruditos, porque en la Obra de este segundo Cronista se ve práctico el dicho vulgar de San Gerónimo, que comparando á Demóstenes con Ciceron, á aquel le concede la palma de primero, y á este la gloria de que el primero no fuese sólo. (1) *Demosthenes Ciceroni præcipuit ne primus esset, Cicero Demostheni ne solus*; y tambien porque en ella se ven igualmente executadas con exâctitud y puntualidad las tres máximas sobre que se funda la gran fábrica de la Historia, *método, verdad y estilo*, reglas de magisterio que prescriben los preceptos historiales confirmados por el Príncipe de la Eloqüencia, que llama á la Historia Maestra de la vida: *Lux veritatis Magistra vitae*, (2) pues poniendo á la vista las leyes que hacen mas rara la perfeccion de la Historia, se verá á mejor luz en el cotejo lo ajustado de nuestra Crónica con todos estos preceptos, y claramente se conocerá, que su Autor nada quedó á deber á lo grande de su obligacion, antes bien le debe las muchas perfecciones con que le adorna su estudiosidad. Débesele la industriosa fatiga de buscar papeles con que la enriquece con variedad de noticias, que no pierden por lo raro la seguridad de ser verdaderas. La colocacion con que ordenadamente enlaza los sucesos, componiendo la hermosura de un cuerpo de miembros entre sí tan distintos, la elegancia del estilo, la expresion de voces, limpieza de términos, propiedad de metáforas, bondad de frases, peso de razones, eficacia de documentos y verdad en la narrativa, á lo que se agrega la experiencia del Autor quando estuvo en las Misiones, donde exerció eficazmente su apostólico zelo, y lo muy instruido que se halla en las Matemáticas: en cuya atencion, cumpliendo ahora con la obligacion estrecha de Censor, juzgo que esta Obra en nada contradice á los dogmas Católicos, ni disuena á la Moral Christiana, y saliendo al Público será igualmente gustosa que útil, y muy honorífica al Colegio, sirviendo de beneficio á la Iglesia. Y no conteniendo cosa que se oponga á las Regalías de S. M. es digna por todo lo dicho de que V. E. conceda su licencia para la impresion. Este es mi dictamen (*salvo meliori*). Tercera Orden de N. P. San Francisco de México y Abril 30 de 1792.

EXMÔ. SEÑOR.
su humilde Siervo y Capellan

Fr. Miguel de Guevara.

---

(1) Div. Hier. apud Mendoz. lib. 7. de floribus Rhetorici.
(2) Cic. lib. 2. de Orat.

LICENCIA DEL SUPERIOR GOBIERNO.

EL Exmô. Señor Don Juan Vicente de Guemez Pacheco de Padilla Horcasitas y Aguayo, Conde de Revilla Gigedo, Baron y Señor territorial de las Villas y Baronías de Benillova y Rivarroja, Caballero Comendador de Peña de Martos en la Orden de Calatrava, Gentil Hombre de Cámara de S. M. con exercicio, Teniente general de sus Reales Exércitos, Virrey, Gobernador y Capitan general de Nueva España, Presidente de su Real Audiencia, Superintendente general Subdelegado de la Real Hacienda, Minas, Azogues, y Ramo del Tabaco, Juez Conservador de éste, Presidente de su Real Junta, y Subdelegado general de Correos en el mismo Reyno, visto el Parecer que precede, concedió su licencia para la impresion de esta Obra por Decreto de 4 de Mayo de 1792.

PARECER DEL R. P. Fr. JUAN ANTONIO CHAVES, DEL Sagrado Orden de N. P. San Agustin, Maestro del número en su Provincia del Santísimo Nombre de Jesus de México, Vicario Provincial y Prior que fue en el Convento de Goatemala, Exâminador Sinodal en dicho Arzobispado, Secretario y Definidor en su Provincia, Procurador General en ella, Prior en el Imperial Convento de México, Notario Apostólico, Calificador del Santo Oficio de la Inquisicion &c.

SEÑOR PROVISOR.

POR órden de V. S. he leido con la brevedad y reflexîon posible la Segunda Parte de la Crónica Seráfica y Apostólica del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, dispuesta por el M. R. P. P. Apostólico Fr. Juan Domingo Arricivita, Cronista en dicho Colegio: y confieso que es tan arduo asunto el escribir de Historia, que á todo el ingenio de Plinio, á quien Titinnio Capiton, Historiador latino, y otros, persuadieron que se dedicase á tal empresa, (1) les declaró que el hacer volar laureada en las voces de todos la heroicidad de los hombres ilustres, era obra sobre todo ingenio; (2) y que solo se atreveria á emprenderlo guiado del doméstico exemplo de Plinio el Grande, que con tanta argucia y religiosidad sábia escribió los anales de los mas célebres Héroes que le precedieron: (3) porque referir acciones que sirvan de edificacion y exemplo á la posteridad, y perpetuarlas en las prensas, es tan recomendable, que el mismo Plinio lo gradúa por completo desempeño del mas aplicado ingenio. (4) Y esto, y con razon afirmó Justo Lipsio que era el célebre invento con que se dá á conocer á una estatura gigantea por solo un índice, ó á un Varon virtuosamente aplicado por los rasgos de su pluma. (5) Tales fueron Titinnio en Italia, en tiempo de Trajano, Bizancio en la éra de Comnene, Lloidio en Inglaterra, Hofman en Basilea, Ducange, le Cointe, Coujer, le Clere, Bernard, Budeo y otros Profanos; á quienes excedieron los Varonios, Natales Alexandros, Pagis, Fleuris, Orsis, Gravesones, Noris, Vertis, Flores, y otros muchos de la época presente; con tantas ventajas, quantas le lleva lo sagrado á lo profano: en esta clase se dexa ver colocado el R. P. Cronista, manifestando en todas las partes que componen su Obra, la imparcialidad, precision y oportunidad con que diestramente gobierna su pluma sin apartarse de las tres referidas reglas con que se debe representar la Historia, como enseña Tulio; en la que, y los exôrdios de las exemplares vidas que relata, se dá á conocer en el manejo y uso que hace de las ciencias y artes liberales, que su ingenio es un domicilio de las facultades aun agenas de su instituto.

Esto confieso que ha preocupado mi admiracion; pues habiendo yo logrado el manejar con alguna interioridad el Colegio de Christo crucificado en Goatemala; el célebre de San Francisco en Pachuca, y el de San Fernando en México, he observado en todos

(1) Plin. lib. 5. Epist. ad Capit. *Suades, ut historiam scribam, & suades non solus.*
(2) Idem ibid. *Illud supra votum, victorque virum volitare per ora.*
(3) Idem ibid. *Me vero ad hoc studium impellit domesticum quoque exemplum. Avunculus meus, idemque per adoptionem Pater historias & quidem religiosissime scripsit.*
(4) Idem ibid. *Rescribere actiones, & componere historiam utrumque tam magnum est: ut abunde sit alterum efficere.*
(5) Just. Lip. lib. 11. §. 2. *Ex digito Gigantem, ex scriptiuncula virum.*

una incansable fatiga, continua tarea, sed insaciable de la salvacion de las almas; y tal uniformidad en su religioso instituto, que en cada Religioso se ve un sonoro éco del Serafin llagado, y una animada copia de las Bulas Inocencianas, en la puntual y escrupulosa observancia de su apostólico ministerio; y así, no digo para disponer tanto y con tal tino, sino aun para leer volúmenes muy cortos, creeria yo no tienen tiempo estos Varones Apostólicos: pero en todas las edades cuida el Todopoderoso que no prevalezcan las puertas del Abismo contra su Iglesia; y así, dispone Mision de Operarios zelosos, que teniendo en una mano el cuchillo de la divina palabra, y en la otra la pluma, (6) unan lo contemplativo y activo, para fortalecer y reedificar los muros de la Militante Jerusalen: y descubriendo el fuego de Nehemias, nos den á conocer las víctimas que tantos Héroes Religiosos han hecho de sus propias vidas, por la propagacion de nuestra santa Fe, sobre las ruinas de la Idolatria.

Y así, concluyo diciendo, que la presente Obra no solo es grande, (7) sino digna de la impresion que se solicita, para honor de la Religion y Varones de que trata, modelo de los que quieran imitarlos, edificacion de los que la leyeren; en la que no se encuentra claúsula alguna opuesta á nuestra santa Fe, Regalias de S. M. ni leyes de impresion: por lo que puede V. S. dar la licencia que se pide. Este es mi parecer, (*salvo meliori*) y lo firmé en este Convento de N. P. San Agustin de México en 12 dias del mes de Junio de 1792.

Fr. Juan Antonio Chaves.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

México y Junio 16 de 1792.

POR la presente, y por lo que á nos toca, concedemos licencia para que se pueda dar á las prensas la Obra que acompaña, atento á que reconocida de nuestro órden, no contiene cosa contra la Santa Fe, buenas costumbres, ni Regalias de S. M. (Dios le guarde) con la precisa calidad y condicion de que no se dé al Público sin que primero por el Aprobante se coteje, y por el Oficio se tome razon. Lo decretó el Señor Lic. D. Juan Cienfuegos, Juez Provisor y Vicario general de este Arzobispado &c. y lo firmó.

M.

Lic. Cienfuegos.

Luis Antonio Alvares.
Not. Oficial mayor.

---

(6) Esd. lib. 2. cap. 4. *Una manu faciebat opus, altera tenebat gladium.*
(7) Idem ibid. *Opus grande est, & latum.*

APROBACION DEL M. R. P. Fr. MANUEL AVELLA, LECtor Jubilado, Padre de la Provincia del Santo Evangelio de México, ex-Custodio, y Padre ex-Ministro Provincial de la de San Pedro y San Pablo de Michoacán, y actual Guardian del Colegio de la Purísima Concepcion de Zelaya: y del R. P. Fr. Joseph de Soria, Lector Jubilado, ex-Definidor de la misma Provincia, y Guardian del Convento Grande de N. P. San Francisco de Querétaro.

DE órden Superior de N. Rmô. P. Comisario General de Indias Fr. Manuel Maria Truxillo, hemos leido y exâminado con gustosa atencion el segundo tomo de la Crónica del Seminario de la Santa Cruz de esta Ciudad de Querétaro, que ha escrito y pretende dar á la pública luz el R. P. Fr. Juan Domingo Arricivita. Sería ocioso el querer formar el elogio de una Obra á quien le basta para la mas completa recomendacion el solo nombre de su Autor, célebre y conocido en todo el vasto Continente de esta Septentrional América, tanto por su sabiduría y universal erudicion, como por su zelo apostólico y continuos trabajos en el exercicio de las Misiones. Una de las mayores excelencias de los célebres Comentarios de Cayo César, fue la de haber tenido el Escritor, como Soldado y como General, tanta parte en las acciones heroicas y empresas que refiere. Y no es la menor de la presente Obra, el que su sabio Autor, despues de haber, en la quietud religiosa del Claustro, copiado en sí mismo una viva imágen del zelo apostólico, sabiduria, y demas heroicas virtudes que resplandecieron en los Varones Venerables, cuyas vidas dan asunto á su narracion histórica, haya aumentado y completado su gloria y la de su Colegio, teniendo una gran parte en los últimos sucesos que describe, ya en calidad de Subalterno, y ya como Superior de todas las Misiones en los Colegios Seminarios de esta América, dignidad á que lo elevó su mérito, y que llenó de honor con su zeloso é infatigable desempeño. Uno y otro lo hacen el mas idoneo Historiador y digno Panegirista de tan exemplares acciones, oficios que desempeña en su Historia con una crítica sábia y juiciosa, con la mayor veracidad y la mas exâcta cronología, y con un estilo terso, puro y elegante, en el que brillan como estrellas las varias noticias de todas las facultades que posee, y de que hace el uso mas oportuno en las reflexîones con que la exôrna, para que se lea siempre con delyete y con utilidad. Por todo lo qual, dexando á mejor pluma el Panegírico de Obra tan completa, nos ceñirémos á desempeñar la obligacion de Censores, diciendo: que por no contener cosa alguna contra la pureza de los Dogmas católicos, ó contra la Moral christiana y sana Política, ni que se oponga á las Regalias del Soberano, es acreedora á la pública luz, y puede su Autor usar de la licencia que por parte de la Religion y del Superior General tiene para imprimirla. Así lo sentimos en este Convento grande de N. P. San Francisco de Querétaro en 28 dias del mes de Noviembre de 1791.

Fr. Manuel Avella. *Fr. Joseph de Soria.*

✠

POR virtud de las presentes, firmadas de nuestra mano y nombre, y selladas con el Sello menor de nuestro Oficio, y por lo que á nos toca, concedemos nuestra bendicion y licencia al P. P. Apostólico Fr. Domingo Arricivita, hijo de nuestro Colegio Apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, para que pueda dar á la prensa la Segunda Parte de la Crónica de dicho nuestro Colegio, precediendo el exâmen y aprobacion *in scriptis* de los RR. PP. Fr. Manuel Avella, Lector Jubilado y ex-Provincial, y Fr. Joseph Soria, Lector Jubilado y ex-Definidor, hijos de nuestra Provincia de Mechoacán, y guardando en lo demas los Decretos del Santo Concilio de Trento, y quanto debe observarse segun Derecho. Dadas en el Convento de San Luis el Real de Málaga á 18 de Junio de 1791.

Fr. Manuel Maria Truxillo.
Comis. grâl. de Indias.

Ante mí

Fr. Rafael de Castro.
Sec. grâl. de Indias.

Reg. Tit. Coleg. fol. 15.

PRÓLOGO.

DEscribir en pocas páginas las grandes empresas de unos Apostólicos Héroes, cuyas famosas Conquistas pedian muchos libros, y cuyos sangrientos sucesos fueron sus mas gloriosos triunfos, no ha sido temeraria confianza del propio talento, pues no se le oculta la desproporcion que tiene con tan arduos asuntos; ni ha sido afectada brevedad, sino necesidad verdadera, á que los impulsos del amor al Instituto con que se honra el Colegio, y los del reverente reconocimiento que debe á la soberana Providencia, lo han compelido á bosquejar entre sombras sus ilustres progresos, y gratificar el noble empeño en que el Señor lo constituyó, erigiéndolo Seminario de Seminarios, para que sus Misioneros emprendieran el oficio de los Apóstoles, y de él salieran intrépidos á predicar el Evangelio en el Universo, y propagar la Fe santa en las bárbaras Naciones de estos dilatados Reynos.

De este oficioso anhelo se excitó la consideracion de que aunque ya ha bastantes años que logran el comun aplauso dos libros impresos de la vida y virtudes de nuestro V. Padre y Siervo de Dios Fr. Antonio Margil de Jesus; pero siendo incontestable el derecho que tiene á ocupar eminente lugar en esta Crónica, como Fundador del Colegio, del que salió á fundar otros dos; debe ponerse en el primero de esta segunda Parte, y á la frente de los demas Campeones, que ó lo acompañaron en sus espirituales conquistas y ministerios, ó promovieron el logro de los frutos de su apostólico zelo; pues aunque en ella no salga vestido de gala, y con la opulencia de erudicion que en los dichos libros se admira; pero se presentará con el uniforme de la santa pobreza, texido en el taller de una crítica severa, que haga resaltar la heroicidad de su Apostolado entre las labores de su mérito, y los hermosos colores de sus virtudes, practicadas en las proezas de su zelo.

Estas, que son la insignia que condecora á los Varones Apostólicos, distinguieron tambien á los zelosos Misioneros de que en esta Parte se hace memoria, tan debida, como á Fundadores del Colegio, y que en la constancia del ministerio expusieron generosamente y muchas veces sus vidas á los trabajos de largos y penosos viages, y á los peligros de perderlas en la hambre, sed, enfermedades, y cruel barbaridad de los Gentiles. Pero es muy digno de sentir el que sucediera á estos infatigables Operarios en sus espirituales conquistas, lo que á los Romanos en las temporales, que contentándose con multiplicar heroicidades, no hubo uno que cuidara de que la posteridad las aplaudiera: sembraron memoria eterna á costa de sangre, sudores y fatigas; pero ninguno se tomó el empeño de historiarlas: igual desidia es la causa de que sea necesaria la concision en las vidas de los Padres antiguos; pues no habiendo de sus tareas Apostólicas monumento alguno para sacar de las tinieblas del olvido algunas de sus empresas; han sido graves los afanes para recogerlas de algunos apuntes sueltos, y de los libros de gobierno, y de otros fragmentos informes, no sin el inconveniente de los anacronismos,

en que no solia reparar la sinceridad de los antiguos, ó que se originan de las letras y números extrangeros: pero en las que se han podido coordinar, se ha puesto exácta solicitud para expurgarlas de toda vulgaridad y confusion, para que la verdad se exponga tan sólida, que qualquiera especie que se escriba, pueda demostrarse con el documento que la produce; y tan clara, que dé alguna idea de las exemplares virtudes, apostólico zelo, y heroicas acciones de los Sugetos que las practicaron.

Por otro extremo logra esta Historia la gran felicidad de que los sucesos mas interesantes en el progreso de las Misiones de Infieles lleguen vivos á la pluma, y que en muchos se haya exercitado la misma; pero como los mas famosos fueron, por los inexcrutables juicios de Dios, tan infaustos, que se pudieran escribir todos con la sangre de los Misioneros, derramada por los Bárbaros; podrá sospechar alguno que sus relaciones las ha dictado la pasion, previniendo cauciones, para indemnizar de toda presuncion la conducta y procedimientos de los Misioneros que pudieron ser causa de ellos. La satisfaccion mas clara á excepcion tan perjudicial, será la nimia moderacion con que los sucesos se refieren, pues ni por el honor del Instituto, ni por el de los Misioneros, se han producido justas defensas, sino que se han dexado al juicio de la luz y razon natural, que conoce por sí sola la inocencia de unos Sacerdotes, que sin mas interés que la honra y gloria de Dios y la salvacion de las almas, abandonaron sus religiosas conveniencias, y á costa de trabajos, penurias y desprecios, lograron la felicidad de sacrificar sus vidas en las aras de la Fe santa, que con igual amor, suavidad y zelo predicaban á los Gentiles, para hacerles conocer que eran hombres, criados y redimidos por el Salvador del Mundo, que dió su vida crucificado por hacerlos eternamente dichosos.

En conseqüencia de esta prudente templanza, no se fundará la verdad de los sucesos que destruyeron las Misiones, en documentos propios, ni testimonios domésticos, sino que la autorizarán los informes de Gobernadores y Gefes Militares, las peticiones de los Señores Fiscales, las providencias de los Señores Virreyes; y en la causa mas prolixa, su sentencia definitiva; no usando de estos jurídicos medios, sino en lo muy necesario para aclarar la verdad, que sin su auxîlio, pudiera tenerse por sospechosa. Con este mismo dictamen se omiten muchas circunstancias de grave peso, y hechos incontestables, que aunque tuvieron fatales efectos, y aumentaron mucho el mérito de los Misioneros, no ha parecido conveniente publicarlos, quando no se pretende vindicarlos, y la sangre de los Ministros derramada en aquellas infelices tierras, clama al Cielo, como la de su Divino Maestro, pidiendo no venganzas, sino piedades, para que la infinita misericordia traiga á su Gentilidad al gremio de la Santa Iglesia, y que logre su felicidad eterna.

Pocos y de ninguna importancia podrán ser los defectos que se noten en la Cronología de esta Historia, porque, sin ser anales, los mismos sucesos van trayendo la série de los años; pero no tiene igual claridad en su Geografía, la que siendo muy necesaria, no se puede tocar sino muy de paso, y como accesoria; pues esta, al parecer desidia, proviene de la mucha diligencia, que solo ha sacado confusiones de las tablas Geográficas, y observaciones

que se han hecho en aquellas Provincias. El año de quinientos treinta y ocho por Enero salieron de México, por órden del Señor Virrey, los Padres Fr. Juan de la Asuncion, y Fr. Pedro Nadal; y caminando al Norueste como seiscientas leguas, llegaron á un Rio muy caudaloso que no pudieron pasar; y el Padre Nadal, que era muy inteligente en las Matemáticas, observó la altura del Polo en treinta y cinco grados. El siguiente año de treinta y nueve entró con otros tres Religiosos el Padre Fr. Marcos de Niza en la expedicion Militar; y caminando al Norte, llegaron al dicho Rio, que llamaron de las Balsas, y es el que hoy llaman Colorado, y tomada la altura se halló en treinta y quatro grados y medio, confirmando la identidad del Rio, el haber tratado los Padres con la nacion Jalchedon, que en él hallaron, y despues visitó el Padre Garzés en el mismo Rio Colorado. Pasados mas de doscientos y veinte años, en el de setecientos, entró el Padre Kino hasta el mismo Rio, y en el parage en que se junta con el Colorado el Rio Gila, observó dicha altura en treinta y cinco grados y medio; y es de notar, que este Padre era tan instruido en las Matemáticas, que renunció la Cátedra de ellas en la Universidad de Inglostad por venir á Indias. El célebre Geógrafo M. Le Isle, demarcó el Rio Colorado en treinta y quatro grados de latitud meridional.

Si con estas observaciones se comparan las que estos últimos años se han hecho por mar y por tierra desde la Sonora hasta las Provincias internas, se hallará tal discordancia, que será preciso desconfiar de todas, por no poderse resolver quales estén arregladas á la exâctitud debida, y mas siendo la diferencia sobre un mismo Meridiano. El año de setecientos setenta y quatro se hizo por órden del Señor Virrey la expedicion para abrir camino de comunicacion de la Sonora á los nuevos establecimientos de Monterrey por el Rio Colorado; y en el Diario que de ella hizo el Padre Fr. Juan Diaz, Misionero de este Colegio, dice: » He observado dos dias este parage donde » se juntan los dos Rios Gila y Colorado, y siempre he hallado estar en » treinta y dos grados y quarenta y quatro minutos; y atendiendo los rum» bos y distancias que van asignadas, y las alturas que nuevamente se han » observado en los establecimientos de la California alta, será manifiesto á » todo inteligente que no puede hallarse este parage en la altura que dice el » Padre Kino. » Al siguiente año de setenta y seis se hizo otra expedicion para conducir Familias y Soldados para el Puerto de San Francisco, y por órden del Señor Virrey la acompañó el Padre Fr. Pedro Font, Hijo de este Colegio, con el encargo de observar las alturas de tan dilatado camino, para lo que envió S. E. los necesarios instrumentos; y en su Diario dice: » Que en » el parage donde se juntan el Rio Colorado y el Gila, observó treinta y dos » grados quarenta y siete minutos de altura.

Esta diversidad de observaciones, y en un mismo Meridiano, hace ver que no hay facultad en que sean mas inevitables los errores, aun en los Geógrafos mas celebrados; y es la razon, que puede servir de disculpa en la acusacion que se le hace á M. J'. Leisle, de que no añadió á la Geografía mas que el haber trastornado los Meridianos; la misma se le hace á M. Sanson. Lo cierto es, que el punto mas fixo es la latitud, y con todo, al tomarla

con diez ó doce quadrantes, ballestillas ú otros instrumentos, se halla alguna diferencia en los minutos, pero no tanta en los grados que se han innovado en el parage y junta de los dichos Rios; y solo puede consistir esto en la mayor ó menor instruccion de los que observan, porque para averiguar la verdadera latitud, son medio muy preciso las observaciones astronómicas; pero estas en pocos lugares se hacen; y bien hechas en poquísimos; por cuyo defecto resulta la variedad con que se demarcan las alturas, y el error en las distancias.

Pero no es solo este tropiezo el que padece la Geografía en la Sonora, pues con propiedad se puede llamar la Provincia de las variedades, segun las que ha tenido desde su descubrimiento. El año de quinientos treinta y nueve, en que entraron las primeras Tropas, llegaron á un Valle en donde las recibió una India rica y Viuda con mucho agrado y regalo, abasteciendo de lo necesario à todos los Españoles, por lo que ellos lo llamaron el Valle de Señora, y quizá para olvidar sus beneficios se llamó despues con el ruidoso nombre de Sonora. La misma alteracion han tenido otros muchos sitios á donde han llegado los Misioneros ó los Soldados, acaso porque juzgando cada uno que era el primero que pisaba su suelo, le ponia nombre á su arbitrio, sin saber si ya tenia otro, y para esto se gobernaba por el Calendario, como el Padre Kino, que al parage donde se juntan los Rios lo llamó San Dionisio, por haber llegado á él dia de este Santo, ó por su particular devocion; como otro Misionero, que lo llamó Loreto; y otro, San Pedro. Tambien han nombrado, como habitadores de aquel sitio, diversidad de naciones, porque han encontrado con las familias de algunas que andan vagueando por aquellas riberas, no siendo en la realidad otros que los Yumas y Pimas los que pueblan los Rios en los parages conocidos; pues solo el Padre Garzés visitó en sus propios territorios á las naciones que viven dispersas por aquellos desiertos. Esta misma variedad se pudiera ir individuando en todas las cosas de la Sonora, pues hasta en lo espiritual y temporal ha variado aquella Provincia muchos sistemas de gobierno; y por eso, en quanto al de su altura de Polo, queda á la libertad de cada uno adoptar el que mas combinare con su propio cálculo, y se acomodare á su gusto.

Esta misma libertad tiene el que quisiere ser Juez del estilo de esta Historia, porque en él no se ha puesto estudio alguno, ni en su ornato, ni en la imitacion de otro, sino que se ha dexado correr por sus propios movimientos, fundando este dictámen, en que quanto no es natural es despreciable; pero habiéndose de tratar en ella asuntos de diferentes clases, á que corresponden sus propias locuciones, se ha procurado usar de ellas, sin atender á la censura de los que las acusan de afectadas, por ser de facultades agenas de su inteligencia; y como ignoran que el estilo debe proporcionarse á las materias, dán en el error de que para nadie es natural lo que no es natural para ellos. Estos y otros riesgos tiene un Escritor que temer de parte de sus Lectores; pero le queda el consuelo de que en todos son inevitables, y solo se contenta el que merece algun aplauso, con que lo merece; y que entre muchos que lean su libro, no faltará alguno que aprecie su trabajo, y haga justicia á su mérito.

PROTESTA DEL AUTOR.

OBedeciendo los Decretos del Señor Urbano VIII. y todos los demas de la Sagrada Congregacion de Ritos, y Supremo Tribunal de la Santa Inquisicion, protesto: que aunque en las Vidas de los Religiosos que se historian en esta Segunda Parte de la Crónica del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, se ha dado á algunos el título de Venerables, no debiéndosele á otro de ellos mas que al Venerable Siervo de Dios Fr. Antonio Margil de Jesus, por estar la Causa de su Beatificacion en la Sagrada Congregacion de Ritos, y llamarlo así, segun su costumbre, en sus Decretos; se debe entender dicho título, ú otro qualquier elogio de los otros, en lato modo, y solo para entender que perseverando en el exercicio de las virtudes y ministerio apostólico, murieron con buena opinion y fama, la que se cohonesta con llamarlos Venerables, como se practica en Roma quando en ella se imprimen las Vidas de los que por sus buenos exemplos merecieron la memoria de ellos, sin que por eso se pretenda calificacion alguna, ni se quiera prevenir el Supremo juicio de la Silla Apostólica. Tampoco en la relacion de algunas cosas raras ó admirables, visiones ó sucesos que en toda esta Historia se refieren, aunque se indiquen como extraordinarias ó preternaturales, se intenta persuadir en ellas milagros, ni calificarlas como prodigiosas; pues solo merecen la fe prudente y humana que se les dá á las Historias que se escriben con imparcialidad y diligencia: pero todas ellas, y qualesquiera de las claúsulas de este libro, las sujeto á la correccion de la Santa Iglesia, y de sus Supremos Tribunales; á cuyos mandatos quiero vivir y morir sujeto, y humildemente rendido. Colegio de la Santa Cruz y Febrero 24 de 1791.

LIBRO PRIMERO
DE LA SEGUNDA PARTE
DE LA CRÓNICA APOSTÓLICA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vida del Venerable Padre Fr. Antonio Margil de Jesus. Su Patria, Padres y educacion.

EMPRENDO reducir á mas breve método lo que dos eruditos Cronistas imprimieron, con comun aplauso, del V. Siervo de Dios Fr. Antonio Margil de Jesus; porque andando sus libros separados de la Crónica del Colegio, es de mi cargo incluir su portentosa Vida en esta Segunda Parte, para que unida á las de los ínclitos Héroes que le acompañaron en sus apostólicas tareas y espirituales conquistas, se enlacen los sucesos relativos á la historia de ellas mismas, y se conserve la memoria de sus exemplares proezas. La empresa, por lo elevado del asunto, es ardua, y notoria mi insuficiencia; pero animado por el divino Oráculo, que manda celebrar la memoria de los Justos, esforzaré mi cortedad para concurrir á su glorioso elogio con la pequeñez de mi ingenio, y lo inculto de mi estilo.

La insigne Ciudad de Valencia, segun se expresa en el Rasgo heroico que dedicó al Señor Don Fernando VI. é imprimió en Madrid el año de cincuenta y seis Don Antonio Moya, tuvo por primer nombre el de Roma, y se lo mudaron por no equivocarla con la de Italia, imponiéndole el que hoy tiene de Valencia, que es lo mismo que decir: vale tanto como aquella República que de todo el Orbe se hizo dueña, fue la Patria de Antonio; y si ella le dió honor por las Armas que ostenta en sus Escudos por blasones, él le aumentó la gloria de la Corona que tienen por timbre, sujetando con sus apostólicas conquistas, á la fe de Roma y obediencia de España, muchas bárbaras naciones. Fueron sus Padres Juan Margil y Esperanza Ros; y aunque no abundaron de bienes de fortuna, pero como la nobleza es semilla de la virtud, que se siembra en el cuerpo y fructifica en el alma, que por eso en la Filoso-

fía Etica, la nobleza que no obra no existe: no necesitaron de las opulencias mundanas para ennoblecer mas la limpia sangre que heredaron, y propagarla en sus hijos por la practica de las virtudes christianas y honrados procederes que les recomendaban por nobles en la estimacion comun de todos. Nació Antonio el dia diez y ocho de Agosto del año mil seiscientos cincuenta y siete, y con christiana diligencia fue bautizado al tercero dia en la insigne Parroquia de San Juan del Mercado; en cuya sagrada ceremonia se le pusieron los nombres de Agapito, Luis, Paulino, Antonio: y aunque todos le convinieron como propios y significativos de las excelencias que en estos Santos venera la piedad, pues tuvo de Agapito el deseo de morir por Christo, de Luis la pureza virginal, y de Paulino la predicacion apostólica; pero el nombre de Antonio fue el que le hizo desde luego conocido y admirado en ambos Mundos como Mártir, Vírgen, Apóstol y Taumaturgo, ó Autor de muchos y estupendos prodigios.

Muy temprano medraba el niño Antonio en la virtud, como crecia en la edad; porque anticipada la luz de la razon natural, todas sus acciones se iban formando al modelo de la educacion y exemplo de sus Padres, que le criaban en el santo temor de Dios; y así exhalaba, como tierna bellísima flor, el buen olor de Christo en la piedad, devocion, suavidad y moderacion de un genio dócil y amable. Siendo ya de edad proporcionada, le encomendaron sus Padres á un Maestro que le enseñara á leer y escribir, lo que hacia con grande aplicacion y rendimiento, hallando en la Escuela de las letras, ocasion para aprovechar en las virtudes; y así, con pretexto de irse temprano á ella, pedia su desayuno, y sin gustarlo, lo repartia á los niños mas pobres, juntando á la limosna y caridad del próximo, el ayuno y mortificacion de sí mismo. El tiempo que no asistia á la Escuela, lo empleaba en casa en devotos entretenimientos, ya formando Altares y representando las sagradas ceremonias, ó ya imitando los afectos que atendia en los Sermones, y esto con demostraciones tan vivas, y con tan anticipada ternura, que la piedad y la devocion parecian ser propio dote y prerogativas de su alma. Hasta el mismo Señor quiso calificar el candor y pureza de ella, pues jugando con inocente puerilidad con otros niños, uno le tiró un zapato en el pozo, y recibiendo de ello la Señora su Madre algun disgusto, le dixo Antonio: »Madre mia, no se inquiete, lléguese »al pozo y sacará el zapato, que va »por encima de las aguas.» Acercóse la Señora, y fue el prodigio, que siendo el pozo muy profundo, rebozaron las aguas hasta el brocal y por su mano sacó el zapato.

Ya Antonio tenia, á juicio de su Maestro, lo necesario y suficiente en leer y escribir, y sus Padres le buscaron Preceptor que le instruyese en los rudimentos de la latinidad, y él solicitó Maestro que le enseñara los de la verdadera Sabiduría; pues, como él mismo le confesó muchos años despues á un Compañero suyo, desde edad de siete años estaba puesto en los brazos de Christo Crucificado. De este sólido principio nacia la ingentísima aficion que tenia á la virtud, y el igual horror con que miraba á la culpa; y por eso desde entonces hizo trato con Dios de que primero le arrojara al Infierno en

cuerpo y alma, antes que permitiera que le ofendiese gravemente. Del mismo era tambien efecto la profunda humildad con que se alegraba de que todos le despreciaran, y por eso solia decir á su Maestro, y no sería sin graves motivos, que él era un pobrecito, y así, que no se enojara si alguno de sus Condiscípulos lo despreciaba y hacia burla de él.

Así estudiaba Antonio, y era preciso que aprovechara mucho, tanto por la aplicacion y viveza de ingenio, como por tener su corazon desimpresionado de las malévolas inclinaciones del Mundo, al que miraba con tal desafecto y descuido, que no conocia las calles por donde una Criada le llevaba al Estudio. De esta negligencia provino, que no yendo un dia á traerle para su casa á la hora acostumbrada, salió él, y tomando otra calle, se fue perdido preguntando por su casa, y en esta congoja, entró en una que era de mugeres recogidas, hasta que pudo hallar quien le guiara á la suya; y dándole razon de todo á su Madre, la Señora se enardeció de forma, que solo por haber entrado en la dicha casa, sin mas culpa que su afligida inocencia, le dió una áspera reprehension y disciplina, acompañada del quotidiano Sermon, en que le decia: »Mira, Antonio, que »tienes obligacion de ser Santo, por»que yo te pedí á Dios para Dios: y »así mira lo que haces, ser bueno y »agradecido á Dios.» Este zelo y christiana vigilancia de su Madre, mereció que el mismo Siervo de Dios lo calificara mucho tiempo despues, diciendo: »Ya mi santa Madre está »viendo á Dios, y no le ha de haber »hecho cargo su Magestad por la »crianza de sus hijos, porque era una »muger muy dada á la oracion, y á »todos sus hijos nos hacia tenerla en »un aposento retirado todos los dias, »y nos hacia tener Padre espiritual.»

El de Antonio estaria instruido en estas saludables máximas, y experimentado de las costumbres de un niño abstraido de los bullicios del Mundo, y atento al exercicio de las virtudes, que son el fundamento de la perfeccion christiana: le veria portarse con el mayor respeto y amor á sus Padres, sin el menor resabio de altaneria y desabrimiento con sus hermanos, humilde y atento á sus mayores, manso y cariñoso con sus iguales; y que huyendo de los juegos y pasatiempos de los Estudiantes, lograba las horas que le sobraban del estudio en ayudar con reverencia las Misas, en hacer en su casa altares, imitar los afectos de los Predicadores, y tratar con Dios en la oracion; y siendo estas pruebas, nada equívocas, de la fe y religion con que adoraba á Dios en el Templo, y lo recibia sacramentado, desde la edad de nueve años le permitió la freqüencia de los Santos Sacramentos.

Ya desde la de siete años estaba Antonio puesto en los brazos de Christo crucificado, y gozaba de aquella mística union por tiernos afectos; y así serian de admirar los de su inocente alma quando se unia con él en la Eucaristia, en que adorando su mismo cuerpo y alma sacramentada en ella, veía tambien representado el sangriento sacrificio que el mismo Christo crucificado le ofreció á su Patre Eterno para la redencion del Mundo. Por eso sin duda eran prodigiosos los efectos que en la sagrada Comunion sentia, y los ilapsos é influxos divinos, de que dan indicio las humildes expresiones que muchos años despues insinuó á un Com-

pañero suyo, diciendo: »Yo siempre »fuí un bobo, y me embobaba en la »Iglesia; y quando me llamaba mi »santa Madre para que nos fuesemos »á casa, no la oía, y se llegaba la »Criada y me tiraba de la capa, y vol»via yo, porque estaba embobado »despues que comulgaba.» ¡Ó feliz bobería, en que pareciendo Antonio estulto, lo era por Christo, que en su sagrado convite le robaba los sentidos, absorta la alma en la memoria de su Pasion, y en la gracia del Sacramento!

Este era el magnetismo divino que con suave y eficaz violencia atraía su cuerpo, alma, sentidos y potencias; pues, como deponen quatro testigos ante Notario Público y Apostólico, en tiempo de vacaciones todo su afan era irse á los Templos, y con especialidad á donde estaba patente el Divinísimo Sacramento; y se embelezaba de forma, que muchas veces era de noche quando volvia á casa, por cuya causa su Madre le reñia, diciéndole: ¿que qué hacia todo el dia sin comer? Á lo que respondia: Yo, Madre mia, todo el dia he estado en presencia de nuestro Señor Sacramentado, y me ha parecido un instante, y no hubiera vuelto tan presto, á no quererme echar el Sacristan á voces y golpes de la Iglesia. Estas soberanas luces fueron las que iluminaron el corazon de Antonio desde la aurora de su natural razon, y horrorizado de las tinieblas y sombras de la muerte en que tan de asiento están los amadores del Mundo, se resolvió á retirarse á la Religion Seráfica, para mejor servir á Dios, y caminar seguro para el Cielo.

CAPÍTULO II.

Toma el Hábito: su Profesion y Estudios hasta ordenarse de Sacerdote.

De gran complacencia fue para los Padres de Antonio la eleccion del estado religioso, pues así le daban á Dios el hijo que para el mismo Dios le habian pedido; y mas siendo en la Religion Seráfica, de la que eran muy devotos: igual satisfaccion tuvieron tambien en ella los Prelados y Religiosos, pues no ignoraban su virtuosa é inocente vida, que les daba bien fundadas esperanzas de que desempeñaria las obligaciones de buen Religioso, como cumplia las de Christiano. Á los diez y seis años no cumplidos de edad, tomó el Hábito, escogiendo su afecto el Religiosísimo Convento de la Corona de Christo, que es de Recoleccion, y uno de los mas exemplares que hay en Valencia: y logrando en su Noviciado un Maestro dotado de todo el imperio que el Apóstol le intimaba á Tito, para enseñar y exhortar, sin perder la libertad del magisterio, si enseñara bien y viviera mal: comenzó de Novicio, como si tambien lo fuera en las virtudes, á practicar sus lecciones, y á aspirar á la perfeccion que anhelaba su espíritu. Era en los exercicios religiosos muy puntual, en la oracion constante, en la mortificacion fervoroso, en la obediencia rendido, en la pobreza esmerado, en la humildad oficioso, y tan

pronto en el trabajo, que nunca lo vieron mas gustoso que quando servia en la Cocina, fregaba los platos, barria el Convento, asistia á los enfermos, y limpiaba los vasos mas inmundos, y estaba mas afanado en los mas penosos exercicios. Viéndole su Maestro tan fervoroso en ellos, como prudente y Director sabio, cauteló el que en su corazon no se engendrara algun apego vicioso de los que el amor propio induce con pretexto de austeridad, para adulterar las virtudes; y así, arbitró mortificarlo por sus mismas mortificaciones: le compelia á que durmiera, le obligaba á que comiera, le quitaba los cilicios, y le impedia las exteriores penalidades; pero el Novicio, dócil á la obediencia, se rendia en todo á su voluntad, no apartándose en nada de su doctrina, por lo que instruido en todas las demas cosas necesarias, y con aprobacion de toda aquella santa Comunidad, hizo su Profesion, conservando en ella el nombre de Antonio, sin perder el afecto y devocion á los demas que se le impusieron en el Bautismo.

Cuerdamente satisfecho el Padre Maestro del buen espíritu de su nuevo Corista, le soltó las pigüelas de la obediencia para que volara libre en seguimiento de los divinos impulsos, y él correspondió á ellos, siguiendo con mayor teson sus acostumbrados exercicios y mortificaciones, sin faltar á todos los actos de Comunidad y vida comun, mostrándose á todos afable en el comercio fraternal, y observando el inviolable silencio que en aquella santa Recoleccion es esencial Estatuto: pero en lo privado eran sus mortificaciones tan extraordinarias, que zelando su Maestro sus acciones, le vió en una ocasion que habiendo levantado la losa de un sepulcro, tenia metida en la sepultura la cabeza, sufriendo la hediondez que de ella salia; y reprehendiéndole tan peligroso exceso, le dixo con humildad, que hacia aquello para que el bruto de su cuerpo viera lo que era. Así purgaba sus pasiones y conocia su miseria, para no caer de la altura de las contemplaciones divinas; y con tan noble motivo, tampoco faltó á la subordinacion de su Maestro, y á la humildad y exercicios de Novicio.

Viendo los Prelados quan bien fundado estaba Fr. Antonio en el santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría, le enviaron al Convento de Denia á estudiar el curso de Artes; y faltándole allí la distribucion de su amado Noviciado, formó como regla la de asistir en el Coro á Prima, y luego ayudar todas las Misas que podia, hasta la hora de entrar á la Clase: despues de ella, pedia á los Religiosos la ropa que necesitaban lavar, y asistiendo á Tercia y Misa Conventual, iba despues al Refectorio y oraciones de Comunidad, y en la siesta lavaba la ropa, y la tendia al Sol. Despues de Vísperas iba á la Clase, y acabada, recogia la ropa lavada, asistia á Completas y Oracion mental; y despues de la cena y otros exercicios monásticos, se recogia á tomar pocas horas de sueño, para ir á Maytines, y lo restante de la noche lo empleaba en rezar el Via-Crucis, en Oracion, y otras obras penales. Nunca asistia en la Celda, sino en el Coro ó en la Iglesia, ni se sabia quando estudiaba, porque solo le veian con los quadernos pasando su leccion á la luz de la Lámpara, y sin mas diligencia la daba puntual, y descollaba entre sus Condiscípulos con ventajas conocidas.

Acabado el Curso de Artes, envió la obediencia á Fr. Antonio al Convento de la Corona para estudiar la Teología, y le fue sumamente grata, porque se hizo cuenta que volvia á él para renovar su juventud, como la Aguila, en aquella su primera y santa cuna; por lo que le suplicó á su Padre Maestro, que lo fue en el Noviciado, le permitiera seguir los mismos exercicios y compañía de los Novicios; y con esta licencia entraba todas las noches al Noviciado, y decia con ellos las culpas, recibiendo la penitencia y mortificacion que se le imponia: con ellos tambien hacia todos los oficios del Convento; y todo con tal humildad, diligencia y compostura, que no solo era el aliento y consuelo de los Novicios, sino tambien la admiracion y exemplo de todos los Religiosos. No era la virtud de Fr. Antonio hazañera, ni su austeridad escrupulosa, ni su mortificacion melancólica, ni su genio tétrico, sino que todo lo obraba con tal naturalidad, sencillez y lisura, que á todos se hacia amable, y él á todos sociable; y en la aula, asuetos y recreaciones, solia ser el mas jovial y gracioso, y quando alguna vez, por hacer alguna accion religiosa, ó decir alguna palabra exemplar, le decian por apodo la Beata, respondia con expresiones propias de su candor, natural gracia en el decir, y religiosidad, de lo que todos se reían con placer y gusto.

Era tanta la abstraccion del siglo que observaba Fr. Antonio, que ni una vez habia visto á su Madre desde que tomó el hábito, y decia que ya no tenia mas Padre que Jesuchristo, ni mas Madre que Maria Santísima; pero no pudiendo su Madre conseguir el verle en su casa, suplicó al Prelado le mandara que saliese á verla en la Iglesia, y siendo la peticion tan racional y piadosa, al mandato del Prelado salió lleno de verguenza, cruzados los brazos, y puestos en tierra los ojos, se presentó á su Madre; y estando allí un rato, dió una vuelta en círculo, y le dixo: Ya me ha visto, Señora; con lo que se retiró al Convento. Era la Señora verdaderamente espiritual, y muy de antes le tenia hecho á Dios sacrificio de su hijo, y por eso en lance tan extraño no se dió por sentida, sino que quedó muy edificada.

Uno de los exercicios espirituales en que se ocupaba el devoto Corista, era baxar despues de Maytines al Huerto del Convento á rezar la Via-Sacra, cuyas Estaciones estan proporcionadas en todo su círculo, lo que hacia llevando á cuestas una Cruz pesada, y concluyendo á la puerta de una Ermita, hacia una disciplina, y se quedaba en oracion hasta que tocaban á Prima: solian incomodarle allí muchos mosquitos, y preguntando á su Confesor si sería mejor espantarlos porque le mortificaban en la oracion, ó si los dexaria que libremente le picaran, le respondió: dexarlos que piquen. Obedeció Fr. Antonio; pero al otro dia tenia el rostro tan hinchado que parecia un monstruo, de lo que el Confesor quedó muy compadecido, y de dar tales dictámenes escarmentado.

Expectable se hacia en aquella santa Comunidad un Jóven que con fervor y devocion asistia á todos los actos de Religion; humilde y oficioso en los exercicios del Noviciado y servicios del Convento; mortificado en todos sus sentidos y apetitos; pobre que jamás tuvo cosa propia, y hasta los paños menores eran de es-

tameña burda, y un pedazo de sayal su paño de narices; obediente, que no tenia otra voluntad que la de los Prelados y sus Directores; caritativo con todos, y especialmente con los enfermos; exemplar y estímulo de sus Condíscipulos hasta en la puntualidad y asistencia de la Aula y todas sus lecciones; pues aun quando le enviaba la obediencia á pedir limosna, llevaba el cartapacio para estudiarlas en el camino; por lo que en los cursos escolásticos y exercicios literarios, fue notoriamente tenido por el mejor Estudiante de ellos; lo que fue parte para ausentarse de su Patria, por temor de la Cátedra con que mas que probablemente le hubiera premiado su Provincia. Todas estas relevantes qüalidades de virtud y ciencia, le iban disponiendo para que á su respectivo tiempo se ordenara de todos los grados que lo elevaron hasta el del Sacerdocio.

Al verse ya el Siervo de Dios consagrado para el sublime estado de Sacerdote, añadió á su continua oracion, nuevas vigilias y santos exercicios, preparándose para celebrar su primera Misa con una Confesion general, que hizo con muchas lágrimas de contricion y amor. ¿Pero quién podrá expresar los afectos de aquel piadoso corazon, si considera que si quando niño ofrecia de él al Señor tan agradable sacrificio, postrado en el pavimento del Templo, y le abstraian de todo lo terreno sus espirituales delicias; quales serian las que sobre el Altar gozaria, quando elevado á sus aras ofrecia al Eterno Padre, y representaba en persona de Christo, el santo Sacrificio é inmaculada Hostia, que en la Cruz ofreció por la redencion del Mundo? Era ya su vida desde entonces en carne, pero muy agena de los afectos de ella, y por eso era su vida como Angélica, pues el Señor quiso adornar su alma con las propiedades que gozan los Angeles, de la ciencia, pureza, custodia de las ovejas de Christo, y de la legacía con que se interponen ante su Magestad por los hombres; y así, dispuso su Providencia que en el Capítulo Provincial fuera instituido Predicador y Confesor, destinándole al Convento de Onda para el exercicio de tan altos empleos.

Uno y otro ministerio los comenzó á exercer con la debida aprobacion y licencias del Ordinario, y tan fervoroso zelo, que sabido de los Prelados, le mandaron pasar á Denia, Ciudad que como Puerto del Mediterraneo, le ofrecia grandes y laboriosas tareas, así por ser habitada de mas de mil Vecinos, Nobleza y Caballeros, como por el libertinage que en tales Lugares franquean el Comercio y concurso de varias naciones. Predicaba el P. Fr. Antonio, no para hacer ostentacion de vanos y delicados discursos con que divertir y captar aplausos de sus oyentes, sino para hacerse delante de Dios, que le habia de juzgar por la manifestacion de la verdad, recomendable á las conciencias de los hombres; y por eso toda la estimacion que hacian del V. Padre, consistia en sus virtudes, exhortaciones, y direccion mas segura de las conciencias; y así fue, que una Señora muy principal tenia tan apreciada su religiosidad, que despues de haberse venido á Indias, deseaba tener alguna alhaja suya, y cumplió su devoto afecto un Compañero suyo, que le dió unas alforgillas del V. Padre, que apreció y guardó como prenda que se hacia recomendable por la virtud y exemplo de su dueño.

CAPITULO III.

Alístase el Venerable Padre en la Mision para las Indias, y su viage hasta llegar á Querétaro.

DEsfogaba en Denia el V. Padre el zelo que ardia en su corazon por la honra de Dios y bien de sus almas, derramando hasta sus contornos el bálsamo de la piedad en vivos y eficaces Sermones, sacados de la magestuosa simplicidad y celestial uncion del Evangelio; y no sin gran consuelo cogia en la continua tarea del Confesonario colmadas mieses, que le rendian las buenas semillas que sembraba desde el Púlpito; pero estas laboriosas fatigas no eran mas que ensayos que la divina providencia iba ordenando para preparar su corazon y disponer su animo para la vocacion del Apostolado; y por eso, sabiendo que el V. Padre Fr. Antonio Linaz estaba autorizado para convocar y conducir á la América veinte y quatro Misioneros, le suplicó le admitiese en su número; y recibida su Patente, la presentó á sus Prelados, y con su bendicion y licencia se dispuso para tan santa jornada.

En ella tomó la ruta por Valencia, para cumplir los oficios de piedad que le dictaban, su devocion al santo Convento de la Corona, que fue la Escuela de su religiosa disciplina, de cuya Religiosísima Comunidad se despidió con mucha ternura; y el filial amor que le tenia á su santa Madre. Estaba la Señora, ya habia tiempo, Viuda, pero se consolaba con la cercania en que tenia á su hijo; y enterada de su resolucion, le hizo ver su dolor y sentimiento, diciéndole: »¿Como, Hijo mio, quieres irte y dexarme, quando yo esperaba de tí algun consuelo, y que en la hora de »mi muerte te encontraran mis ansias »á mi cabecera?» Á lo que, sin inmutarse en nada, le respondió: »Madre mia, quando yo entré en la Religion, dexé ya á Vm. y tomé por »Madre á Maria Santísima, y por »Padre á Jesuchristo, pues renuncié »todas las cosas terrenas. Yo me voy »á trabajar en la Viña del Señor, y »ver si por este medio podré dar gusto á mi amado Jesus. Mi Madre se »consuele en el Señor, que su divina »Magestad cuidará de Vm. y si el »Señor me dá su gracia, no faltaré »en asistirla á la hora de su muerte. »No se aflixa, Madre mia, que esos »son sentimientos terrenos, y lo hemos de dexar todo á disposicion del »Altísimo. Tome ese hábito, que con »licencia de mi Superior le dexo para enterrarse: y para consuelo mio, »le dexo á mi Cuñado y á mi Hermana, á quienes encarecidamente les »he encargado cuiden de mi Madre; »y en caso que estos falten, cuidará »Jesus de mi Madre.» Á este punto se puso de rodillas á sus pies, y le pidió perdon, y que le echara su bendicion, lo que con sumo dolor hizo la Señora; y renovando el sacrificio que muchas veces le habia hecho á Dios de su Hijo, le pidió le dexara besar la mano, y aunque se resistió, pero dándole este corto consuelo, se besaron Madre é Hijo las manos, y este se despidió de todos tomando su camino.

Recibióle en Cadiz el Vene-

rable Linaz con ternuras de Padre, y quedó tan preocupado de su afecto, como del concepto de las singulares prendas con que el Señor habia dotado su alma para el ministerio apostólico: pues si Arístides pintaba los afectos y pasiones del ánimo: si en el semblante del prudente luce la sabiduría: si los rostros de los Soldados de David eran como de Leones; porque es feliz fruto de la observacion saber formar idea que represente los afectos de la alma; es propio de la prudencia el ver en los ojos del Sabio la compostura y modestia que dicta la discrecion, y es natural en la constante firmeza del aspecto mostrarse la intrepidez y fortaleza del ánimo; un enteo é ilustrada experiencia, bien pudo representarle en la vista de aquel jóven Misionero una cabal idea de los íntimos afectos de su alma, y de las bellas qüalidades de prudencia, ciencia, compostura, modestia, fortaleza corporal, y vigor de espíritu, que con agradable y sério aspecto manifestaba, y por eso presagiar los opimos frutos que de su predicacion y exemplo habian de resultar al instituto.

Muy luego se vió esto en la Mision que antes de embarcarse publicó el V. P. Linaz, pues en ella hizo el P. Fr. Antonio el estreno de sus talentos, encendidos en el ardor de su zelo, y conformes al estilo de su nuevo ministerio; quedando graduado de Predicador Apostólico en el emporio de muchas y varias naciones, el que habia de evangelizar á otras innumerables y mas bárbaras gentes.

Tuvo la suerte de embarcarse junto con su Venerable Fundador, y siguiendo su exemplo, alternaba con él las Pláticas espirituales con que todos los dias instruian á los Navegantes, y en las confesiones que freqüentaban, reformando sus costumbres; y aunque no le faltaron incomodidades y sustos del inconstante Occeano, pero todo lo admitia con mérito, y hasta de su vida le ofrecia al Señor continuo sacrificio. Este lo hubiera consumado gustoso, si con él pudiera haber impedido los horrendos pecados y enormes sacrilegios que poco antes de llegar á Veracruz habia causado el impio Lorencillo y su infame tripulacion, saqueando aquella infeliz Ciudad con muerte de muchos, y robando con herética profanacion sus Templos, cuya lastimosa tragedia lloró amargamente el V. P. Linaz, comparando su desolacion con la de Jerusalen, y lamentando con Jeremias sus ruinas y despojos, con tristes y lúgubres trenos: pero dentro de pocos dias, en que se padecieron grandes penurias, salió mandado de su Prelado el Padre Fr. Antonio, con otro Compañero, á pie, con solo el Breviario y un Santo Christo, y sin mas viático que un poco de vizcocho prieto que le socorria la pobreza de unos Arrieros con quienes se habian agregado; y alcanzándole órden del Comisario para que hiciese Mision en los Pueblos del camino, lo executaron en cinco de él; y en todas las Posadas, Ranchos y Villas, no perdian coyuntura para exâltar la divina palabra. Era tiempo de lluvias, y esto aumentó las incomodidades del camino; y no teniendo mas que una túnica, muchas veces se les secaba en el cuerpo, y así llegaron á San Juan del Rio; y antes de acabar la Mision que allí se hacia, lo asignó el Prelado con otros tres Compañeros para que pasara á Querétaro á tomar posesion del Convento de la Santa Cruz, en donde entraron el dia 13 de Agosto del mismo año 1683.

CAPÍTULO IV.

Comienza el P. Fr. Antonio con infatigable zelo las tareas y largas peregrinaciones del ministerio apostólico.

ERigido ya el Colegio, se esmeraron sus Venerables Fundadores en levantar tambien su espiritual edificio, porque debiendo ser Escuela de Apóstoles y Seminario de Misioneros, que habian de ser luz del Mundo, todo su fundamento debia ser Christo crucificado, estribando en las máximas de su doctrina, que fueron la pobreza y humildad, para dar en su mortificacion y exemplo la pauta y exemplar á sus succesores. Eran todos en la oracion continuos, en el Coro indispensables, en el silencio rígidos, en las mortificaciones fervorosos, en el estudio constantes, en el Confesonario incansables, en el Púlpito zelosos: y como el Padre Fr. Antonio desde su puericia habia sobreedificado el tenor de su vida sobre el mismo fundamento, y tenia en su corazon impresas las mismas reglas, las practicaba exâctamente con los demas, ocupando el tiempo despues de Maytines en el exercicio de la Via-Sacra, con una pesada Cruz acuestas, y en otras mortificaciones públicas, humildes y penales, que le hacian relucir aun entre los mas fervorosos.

Veinte y seis años de edad tenia quando se fundó el Colegio; y al mismo tiempo, así para tomar la posesion del Convento, como para los desempeños del Púlpito y afanes del Confesonario, le juzgaron los Prelados muy proporcionado para asociar y alternar con los Padres mas antiguos y graduados que habia entre los Fundadores; y por eso despues de una Mision muy fructuosa que se hizo en Querétaro, fue escogido para la de México, en que se vió tal conmocion y novedad en todos sus estados, que pudo ser aquella Nobilísima y magnífica Corte expectáculo de alegria para el Cielo, y de gozo para los Angeles, por la penitencia y reforma de sus costumbres. Pocos meses despues se le intimó órden del Superior, para que con otros tres marchara á la remota Provincia de Yucatan, y llegando á Veracruz con un solo Compañero, publicó Mision, que se hizo en ella y el Castillo de San Juan de Ulúa, correspondiendo el fruto al zelo y al trabajo, del que participó el M. R. P. Comisario General de estas Provincias, que predicó el Sermon de penitencia, con quien se embarcaron los quatro Misioneros, y á los ocho dias fondearon en Campeche, en donde el mismo Prelado publicó la Mision, que continuaron los quatro Padres Misioneros, la que concluida con mucho fruto de las almas, prosiguieron en la misma tarea, hasta llegar á la Capital de Mérida.

Aquí publicó el Prelado General Mision, siendo recibidos los Misioneros con una especie de asombro, que al ver la plebe aquellos Varones penitentes se compungia, y algunos publicaban sus conciencias, diciendo á voces sus pecados; y así, fueron muchas las conversiones. Al mismo tiempo se celebró el Capítulo Provincial; y deseando el Prelado restaurar

el Instituto Recoleto, lo propuso á los Padres Capitulares, quienes con igual zelo, eligieron para Guardian de la nueva Recoleccion á uno de los Padres Misioneros; pero exponiendo estos al Prelado que eso sería poner un grande impedimento al fin de su ministerio, atendió á sus razones, y los dexó libres para seguir su Apostolado, y el deseo que tenian de misionar en las tierras de los Gentiles. Á este fin les mandó se embarcaran para Tabasco, desde donde podrian penetrar en las Provincias de Guatemala.

Ya estaban los Misioneros para entrar la barra del Rio de Tabasco, y un Pirata Extrangero les cortó el paso con tres Embarcaciones, dándoles caza; pero la Providencia divina les libertó en su fuga. Ocho dias anduvieron prófugos en aquellos mares, hasta que arribaron á Campeche: y estando allí el Prelado General, tuvo por ominoso el suceso, y lo interpretó castigo de Dios porque no se habian quedado á fundar la Recoleccion de Mérida; y mandándoles encomendar á Dios el negocio, exploró su obediencia, y hallándolos á todos rendidos, hizo un sorteo para determinar los que se habian de quedar á la fundacion dicha, y los que habian de proseguir misionando: esta suerte fue la de los Padres Fr. Melchor de Jesus y Fr. Antonio Margil, para cuyo destino se embarcaron con el mismo Prelado, y llegaron felizmente á Tabasco, en donde se despidieron de su amable y religiosa compañia.

Antes de salir de este Puerto, les franqueó la generosa piedad de un Caballero la Imágen de un devoto Crucifixo, acomodada en una caxa, para llevarla en sus Misiones; y obligados de que el Señor quisiese en aquella Imágen acompañarles, se convinieron en compartir las horas de la noche, para que mientras uno descansaba, el otro estuviera en oracion acompañando á su Crucificado Dueño; y observaron tan fielmente este pacto, que ni los trabajos de los largos y fragosos caminos, ni las fatigas de su apostólico ministerio, fueron bastantes para interrumpir sus religiosos votos: y como Dios habia escogido á estos zelosos Ministros para andar en perpetuo giro, del modo que los Planetas rodean con fogosa inquietud el Cielo, salieron luego por toda la Provincia de Tabasco, iluminando con la luz del Evangelio sus numerosos Pueblos, que los recibian con tanto amor y veneracion, que como el R. P. Diaz dexó escrito, pasando él despues por ellos, cubrian los Indios las calles con esteras y flores, porque supieron que era Compañero de los Padres que ellos llamaban Santos.

Dirigieron sus jornadas para Chiapa de los Indios; pero como el trabajo habia sido mucho, y iban no solo á pie, sino á planta desnuda por caminos muy fragosos, y en que se vieron muchas veces atascados en pantanos, y no pocas pasados de las lluvias los hábitos, que por falta de remuda se les oreaban en los cuerpos: destituidos de humano socorro, y tan faltos de sustento, que para mantener la vida comian frutas silvestres y yervas, al fin se rindieron sus fuerzas; y al llegar al Pueblo de Tuxtla enfermaron tan gravemente, que sus Vecinos ya habian hecho dos ataudes para guardar sus venerables cuerpos; pero el Médico dispuso que los pasaran en ombros á Chiapa, para acudir mejor á su cura. El P. Fr. Antonio fue el mas agravado, y sin es-

peranza de vida se le habia ya administrado la santa Uncion, por lo que condolidos los Pueblos comarcanos, hacian Procesiones y plegarias al Señor por su salud; pero mas que todos, esmeraron su caridad en la asistencia de los enfermos su devoto huesped Don Gregorio Vargas y su Esposa Doña Francisca Astudillo, la que viendo ya deplorado al P. Fr. Antonio, llevada de su piedad, se fue al Templo con dos niñas hijas suyas, y se las ofreció al Señor porque le diera vida al enfermo; y fue de admirar que luego enfermó una de ellas, y murió á pocos dias, y en ellos mismos convaleció el moribundo. Luego que los Padres cobraron algun aliento se fueron á la Iglesia, y confesando á los que lo deseaban, dieron al Señor las debidas gracias; y tomando la bendicion de su Magestad sacramentada, emprendieron desde allí su camino, pues por no conmover la ternura de sus piadosos huespedes con la despedida, se contentaron con llevar impresa en sus corazones la caridad con que les habian socorrido, para tenerles presentes en sus oraciones y sacrificios.

CAPÍTULO V.

Entran los Venerables Padres en Ciudad Real, y haciendo Mision llegan á Guatemala.

Resplandeciendo en doctrina y exemplo, caminaron los Venerables Padres á Chiapa de los Españoles, cuya nobilísima Ciudad, condecorada con el epíteto de Real, les recibió como Apóstoles, coronados del fuego por cuyas lenguas explicaba sus dogmas el divino Espíritu; y no solo admiró sus máximas evangélicas para sujetar la cerviz al suave yugo de la ley en los divinos preceptos, sino tambien para la observancia de los consejos evangélicos; pues fueron muchas las personas de ambos sexôs, que despreciando el luxo mundano, se vistieron el hábito de penitencia en el humilde sayal de San Francisco, alistándose en su Orden Tercero; con resolucion tan christiana, que en otra Mision que el P. Fr. Antonio les hizo el año de noventa y siete, halló tan firmes aquellos santos propósitos, como si no hubieran pasado tantos años.

Desde allí fueron ilustrando toda la Provincia de Soconusco, que conmovidos sus Pueblos les recibia, saliendo millares de Indios á los caminos con ramos en las manos, y formando Procesiones para acompañarles: pero siendo estas demostraciones en veneracion de los Padres, se las reprobaban y obligaban á no hacerlas. Fueron innumerables las conversiones de Españoles é Indios, que Dios obró con sus auxîlios en la larga distancia de toda aquella Costa, que cerca de un año anduvieron por caminos muy ásperos, estériles y penosos, sin que faltara dia alguno en que no estuvieran ocupados en el ministerio apostólico, hasta llegar á Guatemala.

Bien previeron los humildes Misioneros la conmocion y excesos del Pueblo con que en esa Ciudad habian de ser recibidos; y para evitarlos, caminaron á largos pasos mu-

chas leguas, y entraron á la una de la noche en el Convento de N. P. S. Francisco: pero viendo por la mañana en el Cementerio la multitud de Indios que les vinieron siguiendo, la aumentaron las gentes, llamadas de la novedad; las que al verles quando salieron á presentarse al Señor Presidente y Señor Obispo, pasmados de su aspecto, les parecia ver unos monstruos, ó unas estatuas de Enoc y Elias, que hacian señales del último dia del Juicio. Pocos tardaron en el expediente de sus despachos, y la expedicion, que acordada por los Gefes, le confiaron á su ardiente zelo. Fue el caso, que las Compañias de los Soldados destinadas á la guarda de las Costas, por la invasion que amenazaban las naciones Extrangeras y enemigas, se habian enemistado sobre los alojamientos y víveres, y estaban á punto de darse batalla unas contra otras; y para evitar tan ruinoso escándalo, se acordó que los Padres fuesen allá, y que con la eficacia de su doctrina les reduxesen á la paz debida: así fue, al oir aquellas trompetas evangélicas, tocaron todos la retirada, y unidos en el vínculo de una caridad christiana, se estorvaron muchísimos pecados, y se fervorizaron con valeroso denuedo para mantener sus puestos y perder las vidas en defensa de la Ley, del Rey y de la Patria.

Esos mismos rezelos y continuos sobresaltos de la hostilidad extrangera retardaron la Mision hasta el mes de Enero, que la anunció el P. Fr. Antonio, en que resonando las voces de los dos Misioneros desde la Catedral hasta el último Barrio, se cogian ópimos frutos en los Confesonarios de las Parroquias y Conventos; pues fue tal la conmocion, desde los Señores Presidente y Obispo, hasta el mas pobre Indio, que todos decian que envió Dios esta Mision á este Reyno, para que con humildad, claridad y verdad se persuadieran y se obligaran á ajustarse á sus obligaciones, pues veían lo que Dios obraba en todo género de personas. Lo que hacia encoger de ombros á los Teólogos mas aventajados, fue el que á los seis meses, en que todavía duraba la Mision por los contornos, se encendió una voraz epidemia que asolaba las casas, con espantoso estrago en todo género de personas: y observaron que en los que hicieron mas efecto las Misiones, y en los que con públicas penitencias manifestaron mas su arrepentimiento, fue en los que con mas rigor se engrasó la peste; como si Dios les hubiera esperado y dado tiempo y lugar de penitencia, para que como Esau, no lloraran su reprobacion eterna.

Despues de esta, prosiguieron los Venerables Padres en continuadas Misiones, por todos los Pueblos y Lugares de la Costa y Sierra del Sur; en todos los que, segun declaró el mismo P. Fr. Antonio, fue la Mision una red barredera, que por lo general barrió lo malo, y fue causa de tanto bueno, y muchos dixeron: »Bendito sea nuestro gran Dios de Guatemala, que ha visitado y hecho la »nueva redencion de su Pueblo.»

Estas bendiciones eran de dulzura y consuelo á los corazones de los Venerables Padres, y que confortaban sus espíritus para que ni una hora estuvieran ociosos, y pudieran soportar, como evangélicos Operarios, las laboriosas tareas de la Viña del Señor; compensando sus sudores, fatigas y desvelos, los abundantísimos frutos que cogieron en las Ciu-

dades de San Miguel, de Granada y de Leon, y en las demas Villas, Pueblos y Lugares de aquel dilatado Reyno: y aunque muchos de sus Vecinos se salian fugitivos al oír que venian á ellas los Misioneros, porque acusados de sus conciencias, temian que en sus manos venia la ira de Dios á castigar sus gravísimos pecados; pero sabiendo la lenidad y blandura con que, como su Maestro Jesuchristo, recibian á los mas famosos pecadores, volvian ansiosos á buscar el remedio de sus almas en la prudencia, caridad y paciencia con que les oían; y desenredando sus perturbadas conciencias, los absolvian de sus enormísimas culpas.

Era tanta la eficacia con que predicaban contra los vicios, y especialmente el brutal desenfreno de la embriaguez, que dominaba en los Pueblos de la Costa y Sierra áspera, que conociendo ser este del que el Demonio se valia para hacerles cometer otros gravísimos pecados, lo llegaron á abominar hasta cortar los árboles de que componian sus brebages, porque diciéndoles los Padres que se convertian en víboras y gusanos que les roían las almas, para que en la comparacion material entendieran el daño espiritual que les hacian, vieron con terror y asombro, que al descubrir las vasijas de la Chicha habia en ellas venenosas víboras y asquerosos gusanos: pero no es extraño que la inspiracion divina sea intérprete de la divina palabra; y así, la abrazaban con tanto aprecio, que despues de treinta años, quando se confesaban aquellos Indios, si el Confesor les exâminaba sobre algunas cosas, respondian: que desde que los Padres Santos, así llamaban á los Misioneros, vinieron, no habian vuelto á hacer aquellos pecados. Ese mismo divino impulso se vió en la Iglesia del Pueblo de Moyuta, pues entrando los Padres tembló fuertemente la tierra, sin que temblara fuera de ella, lo que les excitó á decir: que en aquella Iglesia adoraban los Indios al Demonio; y fué así, que terrificados los Idólatras, y viéndose descubiertos, manifestaron los idolillos que debaxo de la Lámpara tenian formados en unos pergaminos, que al punto fueron quemados: lo mismo hicieron en otras muchas partes, dando al fuego todos los instrumentos de supersticion y hechizerias con que el Demonio les tenia alucinados; y dexando en todas las Iglesias de los Pueblos erigida y recomendada la Via-Sacra, y en todas las familias establecida la devocion del santo Rosario, y la de cantar el Alabado, que despues se ha extendido hasta los confines de todo este Reyno, los dexaban confiados para defenderse de las astucias y malos artes del comun Enemigo, y de todos sus enredos.

Con el mismo feliz suceso giraban los dos Ministros del Altísimo aquellas fragosas tierras é incultas gentes, hasta las Provincias de Honduras, Nicoya, Nicaragua y Costa-Rica; y siendo los prodigiosos frutos que en ellas hicieron dignos de eterna memoria, con ningun testimonio mas calificado se pueden insinuar, que con el informe que de ellos hizo un digno Obispo á su Soberano, diciendo: »Fr. Melchor Lopez de Je»sus, y Fr. Antonio Margil llegaron »á este Obispado de Nicaragua, con»tinuando su ardiente zelo la conver»sion de las almas; y habiendo publi»cado y propuesto la Mision, la exe»cutaron con tanta asistencia de la »divina luz, que duran sus admira-

»bles efectos hasta el dia de hoy. Con »su asistencia, predicacion y exem»plo, se han desterrado en los Indios »Convertidos y Tributarios muchos »abusos, extirpando multiplicados er»rores, y se ha afianzado en estos la »Fe Católica con demostraciones de »gran consuelo, siéndolo para mí in»comparable, en las experiencias con »que toco su firmeza. Y exâminándo»los en algunos puntos para descu»brir su solidez, me responden: Esto »nos dexaron enseñado los Padres de »la bendita Mision. Y si en algunos »Pueblos experimenté el menor des»cuido, solo con proponerles yo la »mas leve insinuacion de la doctrina »que predicaron, y convidarlos á »aquellos mas suaves exercicios en »que los impusieron, se enfervorizan »tanto, que se restituyen á sus prin»cipios gustosos. Los Españoles, Mes»tizos y Mulatos se reformaron mu»cho en las costumbres; por cuya »causa me ha sido suave la dilatada »peregrinacion en mis visitas, debién»doles á estos buenos Obreros la ma»yor parte de mi espiritual alivio, y »desempeño de mi Pastoral encargo.» Fragmentos de oro son estos, que valen tanto para la verdad de la Historia, que no se pueden compensar sino en los mismos términos de aprecio que le dá tan ilustre testimonio.

CAPÍTULO VI.

Entran los Venerables Padres á la Talamanca, y los peligros de que el Señor libertó sus vidas.

LEY de humanidad era, que estando ya los Venerables Padres en Costa-Rica, y despues de un círculo tan dilatado como penoso de tantas Provincias como habian evangelizado, y cuya fatiga les tenia macilentos del perpetuo ayuno, rendidos de los accidentes, y mal abrigados de unos remendados hábitos, se retiraran á algun piadoso alvergue donde descansar de tan duros quebrantos, y recobrar las fuerzas corporales para la prosecucion de sus apostólicas tareas: pero eran luminosos Astros que puso Dios para dilatar su Reyno, alumbrando en su Iglesia como los del Cielo; y como el movimiento propio y natural de estos, es el que sus orbes hacen de Poniente á Levante, sin poder parar su fogosa carrera, tampoco ellos podian suspender el superior impulso que interiormente los movia para predicar el Evangelio á toda criatura; por lo que teniendo á la vista las inaccesibles montañas de Talamanca, cuyos antiguos moradores habian apostatado de la santa Fe, y los actuales estaban persuadidos del Demonio á que si admitian en sus tierras á los Españoles, les habian de sujetar con las armas al castigo, al trabajo y á los tributos, esclavizando á sus Mugeres y á sus Hijos; no obstante tan fuertes obstáculos, en la oracion se confirmaban mas en los designios de iluminar tan densas tinieblas, y sacar de las de la Gentilidad tan numerosas y bárbaras naciones.

Estimulaba tan zeloso proyecto la docilidad de algunos Infieles Talamancas, que por la cercania baxaban á Costa-Rica, y tratando con los Indios Christianos de ella, estaban

noticiosos de los bienes que consigo trae el santo Bautismo; y movidos de divina inspiracion, les salian á los Padres en los caminos pidiéndoles los bautizaran; pero se consolaban los Misioneros solo con acariciarlos, y prometerles que luego entrarian á sus tierras, y formando Pueblos los instruirian en la Ley de Dios y en los divinos Misterios, y les darian el santo Bautismo: pero deseándolo mas que ellos, se resolvieron á tan ardua como importante empresa, y sin mas viático que el de la divina Providencia, sin mas armas, compañias ni equipages que la caxa del Ornamento y Santo Christo, emprendieron su camino por cuestas, espinas y precipicios; pero los mas inminentes peligros les parecian nada quando encontraban en las chozas, ó les traían al camino algunos párvulos en peligro de perder la vida, que bautizándoles veían logradas aquellas inocentes almas.

Con estos felices principios, penetraron intrépidos hasta el centro de la Talamanca, donde congregados los Indios mas principales, oyeron atentos la embaxada y el fin de la visita de los Misioneros; porque exâltado el Santo Christo, les anunciaron que iban enviados del Señor, que representaba aquella Imágen, á destruir los engaños con que les tiranizaban los Demonios, para que por el santo Bautismo se hicieran hijos de Dios y herederos de su Reyno. Absortos quedaron al tener á su vista aquellos dos hombres, con las mismas facciones y hábitos que un año antes les habian dicho los Demonios, desde sus ídolos, que iban á hacerles Christianos: y como ya les tenian obstinados en no admitir en sus tierras á los Españoles, y persuadidos á que con las armas les habian de sujetar al trabajo, al castigo y al tributo, esclavizando tambien á sus Mugeres y sus Hijos; juzgaron que eran espias de los Españoles, disimuladas en sus andrajos para introducirles. Pero viendo los Ministros de Dios sus vanos temores, para desvanecerlos los desengañaban; mas sus palabras no eran suyas, sino que se les daban en aquella hora, porque el espíritu de su Padre, que está en el Cielo, hablaba por ellos; y á la eficacia de la divina palabra, se descubrieron las diabólicas astucias, y se convencieron de la verdad de sus razones; por lo que, despues de largas conferencias, confesaron ser santa la Ley que les predicaban, y que deseaban y les pedian, que para libertarse de la tirania del Demonio, les hicieran hijos de Dios con el santo Bautismo.

Para que tan alto fin se lograra por los mas oportunos principios, proyectaron los Padres con los Indios, el que segun sus parcialidades y familias, se estableciesen en Pueblos separados, y á tal distancia, que pudieran ser instruidos, y proveer á la subsistencia de todos: por lo que, dexados los cerros en que tenian sus palenques, se congregaron en aquellos Valles, y establecieron once Pueblos, cada uno con su Iglesia fabricada de xaras y troncos, y adornados sus Altares con florones de variedad de plumas y esteras muy bien texidas; y atendiendo á su decencia, le dicen en un Informe al Señor Presidente de Guatemala: »Nosotros, por la misericordia del Señor, no necesitamos »de cosa alguna, con los hábitos que »salimos del Colegio hemos de volver á él: en quanto á la comida no »hay mas que plátanos, yucas y otras »frutas cortas, algun poco de maiz y

»de Cacao; pero para las Iglesias son »necesarias hechuras de los Titulares, »y Ornamentos segun los Ministros »que hubieren de entrar:» Porque ellos no tenian mas que uno, que siempre llevaban consigo, por no tener otro consuelo en sus trabajos que el de celebrar el santo sacrificio; y para hacerlo con la decencia que podian, conservaban unas sandalias para ir al Altar, andando todos los caminos enteramente descalzos.

Era este continuo movimiento tan conducente á su ministerio, como lo es el annuo y menstruo con que los Astros giran al rededor del Sol, para el justo reglamento de las cosas pertenecientes al culto, y á las del gobierno político; pues en semejante modo corrian diariamente de Pueblo en Pueblo, iluminándolos todos con la luz de la doctrina y el calor del exemplo, ya catequizando á unos, ya bautizando á otros, ya imponiendo á los Neófitos en la disciplina de la Iglesia para recibir dignamente los santos Sacramentos; y al mismo tiempo trabajando personalmente en sus labores, componiendo sus disensiones, curando sus enfermos, y enseñando el idioma Español á los niños para aprender los de ellos. No se sabe por quanto tiempo lograron aquellos Operarios evangélicos los felices dias de ver el efecto de sus trabajos, pero sí el que su espiritual gozo se mezcló con graves dolores, y los extremos de su alegria los mortificaron otras gravísimas penas.

Muchos bárbaros de aquellas montañas, instigados del Demonio, llevaron á mal la docilidad de los congregados y la exterminacion de sus ídolos, y resolvieron acabar con los Misioneros; pero aunque se valieron de dolosas astucias, no podian conseguirlo; y para desfogar en algo su rabiosa barbarie, le pusieron fuego á la Iglesia de San Miguel, y se retiraron á sus palenques. Los Venerables Padres, llenos de dolor por el arrojo que denotaba su obstinada perdicion, se resolvieron á ir en su busca por si así pudieran reducirles; pero apenas les vieron, salieron á recibirles armados de flechas y otras armas ofensivas, y dando sobre ellos, les descargaban violentísimos golpes, y con tal sevicia, que qualquiera de ellos podia echarles por tierra: pero fue visible la divina Providencia, que impedia la fuerza de sus impulsos, y solo el ayre los desvanecia como ráfagas de un torbellino, ó de un espeso humo; y fue lo mas admirable, que llevando los Padres el Santo Christo por escudo, en él dieron un fuerte golpe sin hacerle mella, y así cubria á sus Ministros, que no recibieron herida alguna. Estos prodigios los observaron los Indios reducidos, y su admiracion les hacia decir: Dios es quien libra á estos hombres de riesgos tan manifiestos, y les conserva las vidas.

Pero los Bárbaros, mas enfurecidos por la constancia é intrepidez de los Misioneros, ya que no podian matarlos, se empeñaron en arrojarles á empellones de sus tierras, por lo que determinaron los Padres retirarse por entónces, reservando su zelo para ocasion mas oportuna; y para darles á entender que era indigna aquella tierra de recibir la semilla evangélica, que es la palabra divina, esparcieron una poca por el ayre, y al observarlo una India, tomaba de ella con ambas manos, y se la arrojaba con exêcrables injurias; ausentándose los Ministros de Dios de aquellos infelices Idólatras, hasta que el Señor

los llamara al gremio de su santa Iglesia.

De otro mas ilustre prodigio hay fidedignos testimonios, en el qual preservó el Señor de una muerte impía sus importantes vidas. Predicando á aquella Gentilidad, apresaron los Idólatras á los Venerables Padres, y poniéndolos desnudos de sus hábitos, los amarraron á un palo, y formando al rededor un cerco de madera y brozas, le pusieron fuego para que murieran allí abrasados, y cebándolo por veinte y quatro horas, no pudieron conseguirlo, porque salieron de aquella hoguera sin lesion alguna. Pero no es nuevo, desde que Nabucodonosor vió quatro Mancebos bendiciendo al Señor en medio del fuego, no siendo mas que tres los que habia mandado arrojar en el horno, y que la especie ó figura del quarto era semejante al Hijo de Dios, el que este soberano Señor temple el ardor de las llamas, á que por su amor son condenados sus Siervos, y los recree en medio de ellas como compañero, amigo y familiar suyo.

Con tan singular proteccion solo pudieron salir con vida en otro inhumano y cruel peligro. Andando sus correrias apostólicas en caminos muchas veces fragosos, intrincados y llenos de malezas, vinieron á dar en unas Rancherias de Indios, que incitados del Demonio, dieron á su bárbara sevicia un nuevo realce de inhumanidad tiránica; y llevándolos á lo mas espeso de las breñas, les mandaron ponerse de rodillas para cortarles las cabezas: obedecieron al punto los Venerables Padres, con tanta humildad como gozo, viendo tan cercano el logro de sus mas suspirados deseos: pero no tuvieron aquellos impíos licencia de Dios para tocar en sus Christos; y pasmados en su malicia, les dexaron en tan penosa postura tres dias con sus noches, sin comer ni beber cosa alguna, y solo iban unos á sus chozas, y venian otros á verles, sin determinarse á nada: en estos intervalos, el Padre Fr. Antonio, viéndose desfallecer de sed y de hambre, le propuso al Padre Fr. Melchor si le parecia conveniente el levantarse, mientras los Indios se retiraban, á comer algunas yerbas para conservar las vidas, y no concurrir por omision suya á su muerte propia. Mas el Venerable Anciano, siempre inclinado á lo mas rígido, dixo: que en aquellas circunstancias, debian estar con total resignacion á la voluntad divina, ó ya si les permitia á los Indios que les quitaran la vida con el hierro, ó ya con el hambre y la sed. Toda la eficacia de esta razon estribaba en que los Venerables Padres alternaban por semanas el darse uno al otro la obediencia como legítimo Superior, y en esta ocasion debia de mandar el Padre Fr. Melchor, pues si no, hubiera ciegamente abrazado la propuesta, segun lo executaba en las que le tocaba obedecer: pero dispuso la Providencia divina que mudaran los Indios la intencion de matarles, y les tiraron algunos plátanos, mandándoles que se levantaran, comieran y bebieran; y al punto les arrojaron de sus tierras, intimándoles que de ningun modo admitirian la Ley y demas cosas que les predicaban; por lo que, arreglados al Evangelio, se fueron en busca de otras naciones que fueran, ó mas dóciles para recibirlo, ó mas executivas en darles la corona del martirio, á que se dirigian todos sus pasos y deseos.

De otros muchos peligros salvó sus vidas la divina Providencia,

pues en varias ocasiones les dieron en la comida mortíferos venenos, y al ver que no hacian efecto, admirados los Intérpretes, les decian: Padres, los Indios dicen si sois Dioses, porque os han dado veneno en la comida y no os morís. Por fin, la instancia del zelo que interiormente urgia á los Venerables Padres, les estimuló á pepenetrar mas la Talamanca; y hallando Rancherias mas humanas, lo emplearon con fruto, y catequizaron, bautizaron y casaron considerable número de ellos.

CAPÍTULO VII.

Entran los Venerables Padres á los Terrabas, y logran la paz con los Talamancas; y otras maravillosas conversiones.

SI todo el que lidia como Athleta, de todas las cosas se abstiene por conservar mayor vigor y fuerzas en la contienda; precursora fue de mayores trabajos y mas dificiles empresas la cruel y forzosa inedia que sufrieron por tres dias enteros los Venerables Campeones de Jesuchristo, pues de su penosa debilidad les dimanó nueva fortaleza en el espíritu, é increíble valor en el ánimo para emprender mas dificiles y trabajosas conquistas, sin que les amedrentase el saber que las naciones á que se dirigian eran las mas bravas é indómitas de todas las que habitaban aquellas asperísimas sierras. Tales eran los Terrabas, que hacian viva y cruel guerra á todas las demas naciones circunvecinas, no consintiendo que los quisiesen avasallar; y por eso si algun Español caía en sus manos, le quitaban la vida con cruelísimos tormentos, por lo que la guerra que tenian con los Talamancas era el mayor impedimento para la propagacion de la Fe y establecimiento de la Iglesia en todas aquellas dilatadas montañas; y así, se resolvieron á emprender la conquista de tan feroces bárbaros y carniceros lobos, entrando entre ellos como mansos Corderos. Para el logro de sus apostólicos designios, les fue necesario caminar por dilatados y penosos rodeos, baxando á la frontera de Costa-Rica, en donde tenian su Pueblo los Indios Borucas, que aunque habia mucho tiempo que eran Christianos, estando á su libertad y sin Ministros, estaban inficionados de muchos errores, supersticiones y vicios, y fue necesario instruirles de nuevo y bautizar á muchos, logrando en estos ministerios el tiempo necesario mientras volvian los mensageros que enviaron á los Terrabas, avisándoles su su entrada, y convidándoles para una pacífica conferencia.

Para proporcionar mas sus deliberados intentos, entraron á la nacion de los Terrabas, Indios dotados de natural docilidad y dulzura de genio, con las que en breve fueron instruidos en los rudimentos christianos, y fabricaron su Iglesia para las funciones del culto y recepcion de los Sacramentos: Y siendo este el parage destinado en que habian de conferenciar con los principales Gefes de los Terrabas el fin y designios con que venian á sus tierras, efectivamente llegaron allí siete de ellos, faltando solo uno que no quiso admitir la em-

bajada, antes muy opuesto al concurso, por saber que los Padres querian hacerles Christianos, protestó á sus ídolos, con furor diabólico, quitarles las vidas, antes que consentir que entraran á sus tierras, aunque todos los demas se interesaran en su defensa; con lo que, intimidados los otros, se empeñaron en persuadirles que desistieran de sus intentos, y no se pusieran á la vista de tan enfurecido tigre, que con sus parciales bramaba de ira, y executarian en ellos una cruel carnicería: pero como esto era encender mas los deseos con que aquellos generosos Athletas de Christo aspiraban á la inmarcesible corona del martirio, les decian: á esos crueles enemigos son los que buscamos, y á ellos nos habeis de llevar primero. Así fue, que llegaron á la Ranchería de aquel Capitan enfurecido, y puestos los Padres á su vista, él y todos sus aliados, que estaban prevenidos de lanzas, flechas y otras armas para quitarles las vidas, sobrecogidos de un pavor inusitado á su sanguinario genio, las rindieron á los pies de los evangélicos Ministros, y obsequiosos les ofrecian tablillas de chocolate, platanos, y otros silvestres regalos, y les traían todos sus enfermos para que les bendixesen y pusiesen sobre ellos sus manos, quien sabe si movidos de algun extraordinario impulso.

Veían los Misioneros en tan inopinados sucesos, literalmente cumplido el vaticinio de que »temerán al »Señor sus adversarios, y les amedrentará desde su Cielo: que el Señor juzgará hasta los fines de la »tierra, y dará el imperio de ella á »su Rey, y sublimará la suprema potencia de su Christo:» y como en él se anuncia la dilatacion de la Iglesia y el estable imperio de Christo, á que aquellos Gentiles bárbaros y remotos de la Fe eran traídos y subyugados, bendecian al mismo Señor, y le daban gracias por una mutacion tan prodigiosa, que solo podia ser de su poderosa diestra: y transformada la que se temia sangrienta, en amorosa visita, les citaron, para que juntos todos el siguiente dia, supieran el fin con que iban á buscarles en sus tierras. A la novedad fue muchísimo el concurso, y formando el congreso en un gran círculo, se puso en el medio una corpulenta India sentada en un banco, como la Profetisa de Delfos en su trípode, en el que, como si fuera Intérprete de la Deidad, respondia á las consultas, pues los Idólatras Terrabas la tenian por su Sacerdotisa, y la miraban con atenciones de Madre y respetos de Maestra, creyendo que ella todo lo sabia: en esta fe, todos se comprometieron en que ella sola hablara y respondiera por todos. Oía la India con mucha atencion el razonamiento de los Padres, y sobre él iba proponiendo sus reparos, haciendo sus réplicas y formando sus dudas; y esto con tal ayre y despejo, que sus sofismas y falacias parecian razones, y argumentos sus errores; pero solo eran densas sombras, que la luz de la verdad eterna iba suavemente disipando, y á influxos de la gracia, iluminando aquel rústico entendimiento; pues fuera inaccesible empresa querer reducir por razones ni discursos á la que tenia por ciencia la ilusion y astucia diabólica, sin dar crédito mas que á sus torpes sentidos.

La misma divina luz que ilustró su entendimiento inflamó tambien su voluntad; y convencida á recibir la divina Ley, solo le impedia el executarlo el amor propio, siendo para

ella imposible el haber de confesar á sus Compatriotas que habia vivido engañada, y sido su engañadora con sus falsas doctrinas; pero animada con las de los Padres, se resolvió á ser Predicadora de la verdad, la que habia sido Maestra del error; y declarando con ingenua lisura á los suyos todos sus delirios y perniciosos dogmas, les persuadió con eficacia, á que á su exemplo abrazaran los verdaderos de la Fe y evangélica verdad. No sabian ni podian ellos replicar á la que veneraban como Sacerdotisa y Maestra, y obrando en sus entendimientos la divina claridad é inspiracion del Espíritu Santo, volvieron en sí asombrados, como pudieran de un letargo, é igualmente que su directora convencidos, preguntaban á los Padres: ¿qué harémos para salvarnos? Lo primero, les decian, es arrojar al fuego todos los ídolos y destruir sus adoratorios, lo que se executó con admirable eficacia, pues los mismos y mas principales se encargaron de recogerlos en un lugar; y dispuesta por los Padres una Procesion de penitencia, en que cada uno llevaba una Cruz en el hombro y un leño en la mano, con los de todos se formó una hoguera, en que se vió el primer Auto de la Fe, executado por los mismos reos, y en que fueron arrojados todos aquellos fingidos dioses, cesando todo el culto y ciegas adoraciones, con la irrision de verlos hechos ceniza.

Con tan feliz principio prosiguieron los zelosos Ministros su catequismo, y les fueron disponiendo para que fervorosos desearan y pidieran el santo Bautismo, con el que les abrieron la puerta para la recepcion de los demas santos Sacramentos. Eran dos las parcialidades de Terrabas que allí tenian fixada su habitacion, y ambas fabricaron su Iglesia: la mayor, dedicada al Apóstol San Andrés, fue en la que se bautizó la India Sacerdotisa; y como la luz de la gracia habia prevenido su entendimiento para conocer la verdad, la del Bautismo inflamó su voluntad para el fervor de la devocion; y habiéndosele dado el nombre de Andrea, voluntariamente se ofreció á ser Sacristana, y cuidar de su mayor decencia.

Justificados por la Fe, y hechas las paces con Dios por nuestro Señor Jesuchristo, era preciso que aquellos nuevos Christianos se reconciliaran é hicieran amigos de los Neófitos, que ya estaban unidos con ellos por el santo Bautismo. Este fue el importante designio que los Venerables Padres llevaron á los Terrabas, deseosos de ajustar las paces con los Talamancas, y afianzar con ellos la conservacion de la Fe en ambas naciones, y el establecimiento de sus Iglesias; el que admitido por los primeros, era forzoso que se confirmara por los segundos, de cuya negociacion se encargó el V. P. Fr. Antonio: pero era indispensable paso para entrar en la Talamanca, el de los palenques en que vivian aquellos impíos, que despues de haber quemado la Iglesia de San Miguel, y yendo los Padres á pacificarlos, atentaron quitarles á palos las vidas: y como la Iglesia se habia reedificado entonces, por mas que quisieron impedirlo, era de temer ahora su obstinado rencor y bárbaro arrojo; pero parece que todo lo previnieron los Padres antes de salir de la Talamanca, pues les enviaron un oficioso recado, en que les prometian que volviendo, irian á besarles los pies, en señal de su buen afecto y hu-

milde rendimiento. Luego que el V. P. Fr. Antonio se puso á su vista lo verificó, y se tiró á sus pies para besárselos; pero ellos confundidos no lo permitieron, y solo se disculpaban de sus pasados excesos con decir: que los habian hecho, por estar entendidos que eran espias de los Españoles, que querian hacerles daño; pero que ya estaban desengañados, y les pedian perdon de todo. Con este favorable recibimiento, facilmente entabló el Padre los tratados, y se ajustaron las paces entre ambas naciones, con regocijo de todas, y no menor consuelo de aquellos Neófitos, viendo otra vez en sus tierras á los que amaban como Padres, que los habian engendrado en Jesuchristo por el Evangelio.

CAPÍTULO VIII.

Son llamados los Venerables Padres para el Colegio, y el Señor los conduce á Vera-Paz, en cuyos Pueblos descubren la idolatria de muchos Christianos.

LA enormísima distancia que media entre México y el centro de la Talamanca, era causa de que los Prelados ignoraran las importantísimas tareas de un perfecto Apostolado, en que los Venerables Padres estaban cultivando la Viña de su Señor, y ampliando los Dominios de su Soberano: por eso en el Agosto del año de noventa del siglo pasado de seiscientos, recibieron carta del Guardian del Colegio, en que con instancia, y por órden del M. R. P. Comisario General, les llamaba para él, por la inopia de Religiosos, para sostener en este Reyno el Instituto Apostólico; pero al mismo tiempo tuvieron carta del M. R. P. ex-Comisario General Luzuriaga, que les habia llevado á Campeche y dexado en Tabasco, para misionar entre Infieles, en que les decia: que sabiendo él quan necesaria era su residencia en las reducciones que habian conquistado y seguian convirtiendo, se lo habia informado al actual Prelado, por lo qual revocaba la dicha obediencia: lo que fue sin duda providencia divina; pues, como los Padres escribieron, quedaban aquellas naciones con su salida, unas informes, y otras en sus tinieblas; por lo que siguieron sus trabajos en tan vastas Provincias, teniendo ya erigidas quince Iglesias: el dia que bendixeron la última, y al año cabal de la primera obediencia, recibieron otra del mismo Comisario General que les mandaba retirarse al Seminario.

Al siguiente dia comenzaron como verdaderos obedientes su camino; pero entónces fue quando pudieron decir que aprendieron á obedecer: pues si Jesuchristo, aunque era Hijo de Dios, en los dolores de su Pasion supo lo que era la obediencia, no obstante que no lo ignoraba, ya por su ciencia infusa, ya por la experiencia de lo que habia padecido en los treinta y tres años de su vida, sino porque en ellos, con modo mas exâcto, aprendió el dolor, la dificultad y pena que es sujetarse á un precepto duro y arduo con pronto y resigna-

po ánimo: ¿con quanto dolor y mérito abrazarian los Venerables Padres una obediencia que les obligaba á desamparar aquellas pobres ovejas y miserables almas, que con lágrimas y sentidas voces se quexaban de que las dexaran huerfanas y hambrientas del pan de su doctrina? Fue sin duda grande, y traspasó este cuchillo sus corazones tan de lleno, que despues de muchos años, quando se ofrecia hablar con el P. Fr. Antonio de tan tierno despedimento, no permitian sus ojos que se movieran sus labios, porque la energía de sus lágrimas era mas eloqüente que la de sus palabras. Consolaron á sus tiernos y amados hijos con la esperanza de que les asistirian otros Ministros, como efectivamente se los pidieron al Illmô. Señor Obispo de Nicaragua, el que socorrió luego esta falta enviando al P. Fr. Sebastian de las Alas, y al P. Fr. Pablo de Ótaloxa, virtuosos, y de bastante valor para los sumos trabajos que padecieron en tierras tan escabrosas é inhabitables, los que luego les enfermaron tanto, que si no se salieran con brevedad, hubieran muerto.

En cumplimiento de la obediencia baxaron los Venerables Padres al Pueblo de Teotique, que dista mas de seiscientas leguas de México, y desde allí el escribieron al Guardian del Colegio, diciendo: »El consuelo que llevamos es, que por todo »lo dicho, no queda nacion Gentil, »aunque estábamos para pasar á otras »muchas naciones que nos estaban es»perando: pero como en todo no de»seamos mas que hacer la voluntad »de Dios, intimada por V. P., con el »mismo consuelo nos volvemos que »hubiéramos proseguido con la divi»na gracia. Vamos sin perder dia; »pero no podemos tanto como qui»siéramos, que sabe la divina Mages»tad que quisiéramos tener alas para »luego echarnos á los pies de V. P.» Indecibles fueron los trabajos que padecieron en tantas leguas de caminos, rios, temporales, hambres, sed y desabrigos, hasta dos de Diciembre que entraron en Guatemala. Luego que el Señor Presidente de la Real Audiencia supo su arribo, les entregó otro nuevo órden del M. R. P. Comisario General, en que revocaba la anterior obediencia, y les daba facultad para proseguir sus apostólicas tareas.

De esta nueva disposicion se valió el Illmô. Señor Obispo para rogarles encarecidamente, y con el estímulo del amor de Dios, que hicieran su derrota por Vera-Paz, para sosegar considerables y muy peligrosas inquietudes que se agitaban en algunos Pueblos de aquellos confines, que se habian sublevado contra el Real servicio, y contra sus Ministros espirituales, á pique de perderse toda la Provincia. Encomendaron los Venerables Padres tan arduo negocio á Dios, y con penosos rodeos siguieron la ruta de Vera-Paz, premiando el Señor sus fatigas con darles tal gracia, aceptacion y respeto con todas aquellas gentes rebeldes y bárbaras, hasta en sus idiomas, que atraídas á la razon, se sujetaron á la Ley, y prometieron conducirles á las montañas donde estaban refugiados los reboltosos y fugitivos de los Pueblos. En todas partes eran recibidos con singular veneracion y respeto, por lo que eran admirables los frutos que hacian con las Misiones; y así, los mismos Padres, dándole razon al Guardian del Colegio de su destino, dicen: »Nosotros nos volvemos á »nuestra tarea gustosos hácia la Ve»ra-Paz, en cuyo camino nos halla-

»bamos quando fuimos llamados para »lo dicho; tan bien ocupados, por la »misericordia del Señor, que segun »hemos experimentado, nos parece »que ahora entra la Fe de nuestro »Señor Jesuchristo en estos, que ya »desde la Conquista habian recibido »el Evangelio. Han sido tantos los »ídolos, abusos y gentilidades que se »han quemado, que dan á entender »que solo el Rey nuestro Señor ha »entrado hasta ahora, por lo mayor.

Esto mismo confirmó el Illmò. Señor Don Fr. Pedro de la Concepcion y Urtiaga, Obispo de Puerto-Rico, é hijo del Colegio, que acompañó algun tiempo á los Venerables Padres en aquellos paises, y dice: que por sus industrias se descubrian las idolatrias de aquellos miserables Christianos que tenian en las cuevas de los montes sus adoratorios, y se quemaban publicamente seis, ocho y nueve cargas de ídolos de piedra, de madera y de otras materias, con otros millares de instrumentos supersticiosos que conservaban de los Indios antiguos, y habian tenido con las mayores cautelas escondidos, debiéndose á la eficacia y predicacion de los Padres el que se descubrieran, y que aquellos Idólatras castigaran sus errores y abominaciones con penitencias públicas, cargados de pesadas Cruces, y mortificados con cilicios y sangrientas disciplinas, siendo el móbil de todo, el temor de Dios que les infundian, y por eso al entrar en los Pueblos tenian ya amontonados los ídolos, y encendidas las hogueras para quemarlos á su vista; y como esto era arrancar la zizaña en el tiempo de la siega, eran en el de las Misiones ópimas y sazonadas las cosechas.

Casi á los cinco meses se regresaron á Guatemala por otro órden del M. R. P. Comisario General, en que instado de lo mas noble y principal de aquella Nobilísima Ciudad, les mandaba fundasen en ella un Hospicio para abrigo de los Misioneros, lo que conferido con el Señor Presidente y Real Audiencia, y con otros de los Señores, les pareció á todos mas conveniente esperar la Real Cédula de S. M. Católica, que se habia impetrado, para dar mas sólidos fundamentos á sus piadosos deseos. Mucho apreciaron los Padres tan acordada determinacion, por la instancia que su zelo les hacia para proseguir sus apostólicas tareas, en exterminar la idolatria que podia haber quedado en los Pueblos que restaban de misionar en la Provincia de Vera-Paz; y así, le dicen al Prelado del Colegio. »Vamos con todo consuelo fiados en el »Señor, que pues se ha dignado de »escoger instrumentos tan viles, idio»tas y simples, se dignará de hacer »toda la costa, por su infinita mise»ricordia, como hasta aquí lo hemos »experimentado.

Con el negro tizne de la apostasía andaban prófugos y disfrazados entre los Gentiles los Indios Choles del Manché, y estos fueron el primer objeto de la caridad de los Venerables Padres; y para buscar entre las penosas breñas de sus montañas tan erradas ovejas, captaron la vénia de sus inmediatos Pastores y Doctrineros, que eran los Reverendos Padres Domínicos, y guiados de Indios Fieles, fueron, despreciando peligros y penetrando bosques, hasta avistarse con los Apóstatas, y los Gentiles sus fautores. Fueron de ellos tan mal recibidos, que tuvieron que tolerar hambres, descomodidades y peligros; y hubo veces que les tuvieron desnudos y atados á un palo dia y noche, des-

cargando lluvias de azotes sobre sus cansados cuerpos: y teniéndoles ya sentenciados á ser blanco de sus flechas, les libró el Señor por modo desconocido á los que lo depusieron, que fueron los Indios vecinos; pues la humildad de los pacientes ocultaba estos y otros admirables sucesos, con solo decir que padecieron lo que el Señor fue servido. Hubieran sido los trabajos de la hambre mas crueles, si no les hubieran socorrido muchas ocasiones sus caritativos hermanos los hijos de N. P. Santo Domingo; pero otras, padecieron la penuria y otras inhumanas vejaciones, hasta el último grado de la tolerancia. Esta fue la que coronó la divina misericordia, ganando por los auxîlios de su gracia, el trofeo de reducirlos á ocho Poblaciones con sus Iglesias, reconciliando con Dios á los Apóstatas con la sacramental y pública penitencia, y sujetando á los Gentiles con el santo Bautismo, y su santa Ley y Doctrina.

Á la sombra de estos frondosos laureles, podian ya los Ministros Evangélicos dar algun descanso á sus trabajosos viages, y refresco á sus continuados sudores; pero era el fuego que vivificaba sus espíritus de superior esfera, é infatigable en sus movimientos para quanto conducia á la mayor gloria de Dios y bien de las almas: por eso fueron llamados del Alcalde Mayor de la Ciudad de Coban, auxîliados de otras muy respetables súplicas, para que dirigieran sus pasos y Misiones Apostólicas hácia la ferocísima nacion de los Lacandones. Son estos Indios el escándalo de todas las historias de aquellas Provincias, en que se califican indómitos desde la Conquista de ellas, sanguinarios, ladrones, asesinos, antropófagos, ó que comen carne humana, con otros bárbaros epítetos de su contumacia y rebeldia; y aunque muchas veces ha intentado el zelo de varios Religiosos su reduccion entrando á sus tierras, ni á ellos ni á las Reales armas les han tenido respeto alguno, fiando su contumacia en la ferocidad de su protervia. Para entrar pues, á tan ardua empresa, se les ofrecieron á los Venerables Padres voluntariamente para guias, algunos Indios mansos del Coban, pero con desgraciada correspondencia á la fidelidad debida, como se verá en su mala conducta.

CAPÍTULO IX.

Primera entrada en un Pueblo de Lacandones, y furioso recibimiento que les hicieron.

Conducidos los Venerables Padres por aquellos Indios ultroneos para los Lacandones, luego que aportaron á sus montañas les preocupó el miedo de que caminaban á su ruina, y un terror pánico de que por llevar á los Padres les habian de quitar cruelmente las vidas; y con este pavor dexaron el camino cierto, y les fueron intrincando, extraviados, por riscos y malezas, andando seis meses como errantes por las veras de los rios: y como el equipage provisto para el viage no habia sido mas de un poco de maiz, que desde luego se consumió, quedaron

atenidos, para conservar las vidas, á los palmitos y pacayas del campo, y rara vez algun pezecillo; y así, era la hambre excesiva y aun extrema, lo que era conforme á los pérfidos designios de aquellos Indios, que diciendo que no sabian el camino, por eso, y por la hambre y debilidad que sentian los Padres, se regresaron á tierra de Christianos; pero viendo invencible su tolerancia, tomaron el pretexto de ir á buscar alimento, para retirarse á sus Pueblos. Ya llegó la penuria á ser tanta, que ni aquellas silvestres comidas se hallaban, y quedaron desamparados en aquellos yermos, y por dos veces permanecieron quarenta dias á la orilla de un rio, sin mas alimento que muy escasas y desconocidas yerbas, que les pusieron tan debilitados, que no podian casi moverse; pero la divina Providencia conduxo por allí un Indio, que venia en una canoa á traer hóstias, que los Misioneros ó Doctrineros les enviaban á los Peregrinos; y con un poco de maiz que traía, se socorrió aquel último peligro.

Consultaron los Padres nuevas diligencias para proseguir en sus apostólicos designios, y para eso se partió el P. Fr. Antonio en la canoa, y llegando á las milpas de un Cazique de Coban, halló en él todo lo que deseaban, porque con noble resolucion se determinó con otros ocho á acompañarlos. Volvieron todos en busca del P. Fr. Melchor, y hallándole, con nuevo esfuerzo se aprestaron para el camino. Este no fue muy largo para entrar en el primer Pueblo de los Lacandones; y como estos estaban muy agenos de tal visita, fue grande el espanto que tuvieron viendo en su plaza aquella gente Extrangera: los mas se dieron á la fuga, pensando eran espias de algunas Esquadras de guerra, y quedando solo las mugeres ancianas, que no pudieron huir, se fueron recobrando del susto, y no viendo mas gentes, ni armas que pudieran causarles daño, se arrojaron sobre los Padres é Indios, con tal enojo, que les rompieron los hábitos, y les dieron muchos golpes y empellones, lo que visto por los fugitivos, se restituyeron todos al Pueblo, y los principales aquietaron el alboroto, mientras los otros se robaron el hato que llevaban, y la caxa del ornamento.

El ver que no llevaban armas, y por algunas palabras pacíficas que los Intérpretes sabian de su idioma, les fueron apaciguando, y movieron á los principales á que les dieran hospicio, alguna comida á su usanza, y que les restituyeran el ornamento. Al cargo que les hacian de haberse entrado furtivamente en su Pueblo, satisfacieron los Intérpretes, que aquellos Padres eran Sacerdotes de los Christianos, é iban de amigos á proponerles hicieran paces con Dios, con el Rey de España y con los Indios de Coban, con quienes tenian cruel guerra. Mientras que ellos tenian sus juntas y conferencias, hicieron los Padres de su Hospicio, Oratorio, y celebraban en él el santo sacrificio, haciendo tambien en él el de sus vidas, si el darlas por el bien de aquellas almas era de la aceptacion divina. Estaban en aquella casa como prisioneros, y en cinco dias que los tuvieron en ella no les dieron alimento alguno, por lo que la necesidad hubiera sido cuchillo, si no les hubiera socorrido ocultamente una Gentil piadosa. Ya estaban los Indios determinados á quitarles las vidas, celebrando sus bayles, y festejando el

convite en que habian de ser pasto de su brutal apetito. Ponian las manos sobre el pecho, á ver si el corazon se alteraba con el miedo, para darles luego la muerte; y viendo la serenidad de sus intrépidos ánimos, les tenian por mas que hombres. Tocaban los pies del P. Fr. Antonio, y como era mozo y sano, decian: este está bueno; y pasando al P. Fr. Melchor, que era anciano y enfermo, decian: este está podrido; y no pudiendo por ningun modo amedrentarles, mudaron la batería, presentándoles los ídolos para que los adoraran; pero este fue un tiro, que revolviendo á ellos, les causó los asombros del rayo, porque entrando por sus oídos, encendió las minas de sus corazones, y rebentando en llamas por las bocas, los confundieron de forma, que exâltado el Santo Christo, les afearon con libertad apostólica su ignorante barbarie con que daban culto á los Demonios, encerrados en aquellas abominables figuras que ellos mismos se habian fabricado, robando la adoracion debida al Señor Omnipotente, que solo con su palabra habia criado todas las cosas, y á su hijo Jesuchristo, representado en aquella Imágen, que siendo Dios inmortal, se habia hecho Hombre para padecer y morir por la redencion de los hombres; y á cuyo nombre todas las criaturas del Cielo, de la tierra y del Infierno, se postran y adoran confesando que está en la Gloria de Dios su Padre.

Fue el efecto de este estruendoso incendio, el transformar á aquellos Gentiles en retratos vivos de los que con el Centurion vieron en el Calvario á Christo Crucificado; pues como ellos, temieron mucho, y como si estuvieran adormecidos, quedaron pasmados del asombro; por lo que, tomando la voz de todos, el mas anciano dixo: Aparten esos ídolos, y hagamos experiencia para ver si es verdad lo que decís: vaya uno de vosotros con algunos de los nuestros á Coban, y si nos reciben bien, es señal de que venís de paz y con buen corazon, movidos solamente de la salvacion de nuestras almas, con eso serémos hermanos y Christianos; pero si no, conocerémos que nos engañais. Con gran consuelo oyeron y aceptaron esta propuesta los Venerables Padres: quedó en rehenes el P. Fr. Melchor, y se dispuso á partir con doce de los principales Lacandones el P. Fr. Antonio, y familiarizado con ellos, en el camino no perdia paso, pues en los quince dias del viage les iba catequizando en los principales Misterios, y aficionándoles al Christianismo con la explicacion de sus preceptos.

Con admiraciones y júbilos fue recibido el Padre, y los Indios en Coban se veían como imposible no visto; por lo que todos sus estados se esmeraron en acariciarles, vestirles, y darles las cosas que ellos apetecian. Creía la prudencia humana que en aquellos medios veía ya logrado el fin de la reduccion de aquellas naciones; pero eran muy otros los inexcrutables juicios de la divina Providencia, porque alteradas sus complexîones, ó por la extremosa variedad de clima, ó por la de los alimentos, fueron enfermando, y murieron algunos, por lo que los otros, asorados del peligro, se salieron con el P. Fr. Antonio; pero sin valerles la fuga, porque en el camino llegaron á diez los muertos, y felices solo los ocho, porque lograron la dicha de morir bautizados; y fue tal la indisposicion de los otros dos, que toda la caridad, des-

velo y zelo del Padre, no pudieron hacerles capaces de recibir el santo Bautismo, lo que le hizo derramar inconsolables lágrimas, no pudiendo remediar la perdicion de sus almas, afligiendo tambien la suya el considerar las malas conseqüencias que en la barbarie é ignorancia de los Indios habian de resultar de muertes tan inopinadas.

Quando ya el P. Fr. Antonio se iba acercando al fin de su jornada, sucedió en el Pueblo, que burlándose los Idólatras de las piadosas exhortaciones del P. Fr. Melchor, en el dia que la santa Iglesia venera los Dolores de Maria Santísima, y en que tenia inflamada su alma con la consideracion de la Pasion de su Hijo, encendian los Idólatras, como á las cinco de la tarde, los fuegos para los sacrificios de sus ídolos, con que honraban á los Demonios; y arrebatado de superior impulso y ardentísimo zelo, se fue con una Cruz en la mano para el adoratorio; pero le impidió la entrada con una lanza uno de los Sacerdotes de los ídolos, por lo que en la misma plaza desahogó su zelo, y detestando sus errores, les amenazó de parte de Dios, que irritado de tan exêcrables pecados, podia castigarles enviando fuego del Cielo. De todo hacian irrision los Idólatras, y tomando uno un tizon, le decia: Toma, quema el Pueblo: el Padre le respondió: que él no quemaba casas, pero que Dios podia enviar fuego del Cielo que las abrasara todas en castigo de sus idolatrias y abominables culpas; y retirándose anegado en lágrimas, ellos proseguian en sus bayles y gentílicos desórdenes; pero al anochecer se convirtieron en confusion y horror, porque cayó un globo de fuego, que difundiéndose en torbellinos, encendió todas las casas del Pueblo, no perdonando mas que la en que el Padre estaba, y otras diez á ella vecinas. Enfurecidos aquellos Bárbaros, como poseidos de los Demonios, se arrojaron á vengar en el Padre los estragos de la divina Justicia; pero esta, con oculta fuerza les impedia el intento de quitarle la vida, y solo les permitió que á empellones le arrojaran al campo, diciéndole que se fuera de sus tierras, lo que hizo, retirándose de allí como una legua.

Antes de amanecer estaba el P. Fr. Antonio, de vuelta de su viage, no léxos de tan funesto suceso, y los dos Lacandones que quedaron vivos, se adelantaron, segun su costumbre, y al ver las llamas, apresuraron el paso hasta llegar á los suyos, aumentando la turbacion de sus ánimos con la intempestiva noticia de las muertes de sus Compañeros. Todo se convirtió en alaridos, llantos y sentimientos; y quando iba á llegar el P. Fr. Antonio, salieron embijados de carbon, segun estilan en sus duelos, y enfurecidos le decian: que se fuese de su tierra, ó si no, moriria, como le habia sucedido á su Compañero, que tenian ya sepultado: y sin perder su natural inclinacion, robaron algunas hachas, cuchillos y mercerias que llevaba, para los principales, forcejando siempre á que retrocediese, y que no llegara á donde el P. Fr. Melchor estaba, porque querian que de hambre pereciera. Pero revestido aquel Varon apostólico de un invicto ánimo, deseando y suspirando por el martirio, les dixo con resolucion heroica, que habia de ver á su amado Compañero, ó muerto ó vivo, con lo que aterrados de resolucion tan intrépida, se fueron retirando, y el Padre, con

los Indios de Coban, siguió en busca de su Hermano: no estaba muy distante, y hallándole vivo, se estrecharon ambos con recíproco regocijo, alabando al Dios de las misericordias; y en accion de gracias, formaron con ramas un Altar, en que los dos celebraron el sacrosanto sacrificio de la Misa.

Fortalecidos sus espíritus con el Pan de los Cielos, confirieron los sucesos relativos á cada uno, y resolvieron entrar en el Pueblo, para reconvenirles á los principales, con los pactos que ellos mismos se impusieron, y que de su parte veían ya cumplidos; pero á nada les respondian mas, que se salieran de sus tierras, y en tratándoles de Dios, y de nuestro Redentor Jesuchristo, blasfemaban diciendo: que el Dios de los Padres, lo fuera para ellos solos, pues era muy bravo, quemando las casas y matando las gentes, que con sus ídolos estaban bien hallados, pues ellos les daban hijos, vida y sustento. Repetian los Padres amorosas y vivas instancias; pero daban sus voces en endurecidos bronces, porque tan obstinados tenian ya los corazones; y solo respondian que se fueran de sus tierras. No se sabe el fundamento que un Escritor de Madrid, sin haber visto aquellos Paises, tuvo, para atribuir á algun acaso el incendio que padeció aquel Pueblo; pero el Illmô. Señor Obispo de Puerto-Rico, que al año siguiente al suceso fue Compañero en aquellas tierras de los Venerables Padres, no dudó referirlo en el Púlpito, y delante de un muy respetable concurso, haciendo el elogio y honras del V. P. Fr. Melchor, y darlo despues impreso, como se ha referido.

Sacramento de la voluntad divina llamó el Apóstol de las gentes á la vocacion de los Gentiles, porque es un arcano y alto misterio que en ella está reservado segun su beneplácito: y aunque está decretada para instaurar todas las cosas en Christo, es segun la dispensacion de la plenitud de los tiempos, que debe arreglarse al órden de los soberanos Decretos. Por eso, aunque los Venerables Padres instaron algunos dias en probar con eficaces modos si la proterva idolatria y contumacia de aquellos infelices pudiera rendirse, viéndoles mas obstinados en ellas, se resolvieron á esperar la hora de Dios; y contentándose con ofrecer á su Magestad el sacrificio de sus vidas, y el martirio de no morir segun sus deseos, con amargas lágrimas se despidieron de aquellas ingratísimas fieras, esperando de la divina Misericordia, que este amoroso riego fecundara aquellos eriales, para que al tiempo de su cultivo rindieran á su Señor dulces y abundantes frutos.

CAPÍTULO X.

Caminan los Venerables Padres á Guatemala, y fundando en ella un Hospicio de Misioneros, prosiguen en su ministerio.

EXperiencia mil veces repetida, y siempre comprobada, ha sido en todos los Paises de América, que los Paganos, y mas si son Idólatras, jamás sujetan la cerviz al yugo de la Ley evangélica, si no

refrena su bárbaro orgullo el respeto de las armas. Sin ellas, la inconstancia de sus promesas destruye quanto con las dádivas, paciencia y zelo trabajan los Ministros, y al instante que estos no pueden satisfacer su codicia, ó que les inducen al trabajo para su subsistencia, ó que les reprehenden su paganismo, y se quiere sujetarles á doctrinas, todo lo atropellan, y desertando de la Mision, cometen mil insultos, ó maltratando, ó quitando la vida á los Misioneros, agravan mas sus delitos, é imposibilitan su reduccion, casi sin remedio. Este práctico desengaño que los Venerables Padres vieron en los Lacandones, les llevaba á Guatemala para informar de toda su expedicion á la Real Audiencia, y llegando á Vera-Paz, hallaron en un Pueblo de Indios Choles, á quatro Misioneros que el Colegio de Querétaro les enviaba de Compañeros.

Todos juntos entraron en Guatemala, y presentaron al Señor Presidente y Real Audiencia la Carta del Padre Guardian, en que suplicaba se sirviesen de asignarles algun lugar cómodo para Hospicio, ínterin venia la Cédula de S. M. para fundar el Colegio. El dia de Corpus, y diez de Junio de mil seiscientos noventa y quatro, se les concedió y dió posesion, con la mayor solemnidad, del sitio y Capilla del santo Calvario, en el que luego establecieron la regular observancia y asistencia del Coro, con la misma exáctitud que se acostumbra en el Colegio. Al mes siguiente fue enviado el P. Fr. Antonio, en compañia del P. Fr. Pedro de la Concepcion y Urtiaga, para que en un Pueblo de los Choles aprendiera su idioma, y visitara las Iglesias que el año antecedente se habian erigido en los otros: y ocurriendo al mismo tiempo el abrir camino por tierra, de Campeche á Guatemala, se empleó en el servicio de Dios con infatigable zelo, y en la compañia de doscientos Indios, ya en catequizar Idólatras, ya en instruir á los Christianos, confesar penitentes, y animar todo el dia con su exemplo á los trabajadores, despues de gastar en la oracion la mayor parte de la noche.

Habia de internarse el sobredicho camino por las montañas de los Lacandones, y aunque para la administracion de las Misiones que en ellas se habian de fundar, iban escogidos y zelosos Ministros de N. P. Santo Domingo y de nuestra Señora de la Merced, el Señor Presidente dió órden para que el P. Fr. Antonio les acompañase en toda la jornada, confianza que le costó al Padre la mortificacion de sincerarse con persona calificada que á ella se oponia; pero su inalterable y humilde modestia satisfizo á las aprehensiones que se lo dictaban, y con título de su Confesor, hizo el Señor Presidente que fuese el P. Fr. Antonio, asegurando que no se moveria á dar un paso á las montañas sin su compañia, porque estaba persuadido á que se allanarian todas las dificultades con su presencia, se facilitarian los mayores estorvos con su experimentada industria, y que haria el Cielo felices sus marchas con sus continuas súplicas. Caminaba la Tropa, compuesta de seiscientos hombres de á caballo, en quienes se competian el honor con el lucimiento; pero el Padre iba á pie y planta desnuda, sin que se lo impidieran, para hacer la misma jornada, los muchos atolladeros, lagunas, barrancas y voladeros que por escabrosas sendas á cada paso se ofre-

cen en tierras tan montuosas y quebradas: en cada mansion se rezaba el santo Rosario, y se hacian fervorosas Pláticas para alentar los ánimos Militares y afectos Christianos, llevar con mérito los indecibles trabajos, incomidades y peligros que les tenia de costa tan importante y gloriosa empresa. Á los tres meses fue Dios servido que el dia diez y nueve de Abril entraran el Señor Presidente y todas las Compañias en el Pueblo de los Dolores de los Lacandones.

Al verse el P. Fr. Antonio en aquel Pueblo, que el año antecedente fue el teatro de tan funesta tragedia, no pudo dexar de echar menos la primera persona, que en ella representó la de Jesuchristo, cargado con la cruz de los improperios, desprecios, baldones, é injustos tratamientos con que á su amado Compañero y á él les arrojaron los Indios. Fue esa la última empresa en que gozando de una sociedad amable y estímulo continuo de exemplar religiosidad, oracion y apostólico zelo, le habian obligado al amor y veneracion de Varon tan respetable; y como desde el año de ochenta y quatro les destinó para Apóstoles de los Gentiles la obediencia del Superior General, dirigida despues de una oracion fervorosa, por las suertes que dispuso la divina Providencia, ahora que el Señor enviaba nuevos Operarios á su Viña, juzgaron que debian consultarla, para que les diera luz y acierto en el progreso de su Apostolado. Con dictamen imparcial y religioso se dixo la Misa del Espíritu Santo, é invocando su asistencia, echaron suertes en que declarara el destino de cada uno, segun la voluntad divina, y conforme á ellas, fueron separados tan tiernos y amantes Compañeros, y asignado cada uno para Maestro y exemplar de los otros Misioneros. Grande emulacion de los mejores carismas les ofrecian á estos los riquísimos despojos que en diez años habian ganado sus Venerables Hermanos, pues como la Real Audiencia informó á la Magestad Católica, instruida del Señor Obispo de Nicaragua, y tambien el M. I. Cabildo Sedevacante, pasaron de quarenta mil almas las de los Gentiles que los dos Venerables Padres agregaron á la santa Iglesia, y las de los que reduxeron á penitencia en conversiones maravillosas y extirpacion de vicios é idolatrias, solo Dios sabe y puede numerarlas.

Al entrar pues, el V. P. Fr. Antonio solo en aquel Pueblo, daba infinitas gracias al Señor por sus altísimos juicios, y le pedia con íntimos afectos el beneficio de la vocacion de todo aquel Gentilismo, y al mismo tiempo iba reconociendo, acariciando y recogiendo aquellas descarriadas y errantes ovejas, que atraídos del paternal amor que habian experimentado desde su primera entrada, y de la benignidad con que en esta segunda les trataba, le solicitaban como asilo y amparo, temerosos de que los Españoles no castigaran sus excesos y les quitaran las vidas, lo que visto por el Señor Gobernador, le hizo determinar que el Padre se quedara allí, creído de que su personal asistencia habia de facilitar los progresos de aquella conquista, con properidad mas fundada. Á este mismo intento cooperó el respeto y eficacia del M. R. Padre Provincial de la Merced Fr. Diego de Rivas, igualmente zeloso del bien de aquellas almas.

Quedó, en virtud de estos órdenes, el P. Fr. Antonio, acompañan-

do al R. P. Presentado Fr. Blas Guillen, y bendixo el Señor sus trabajos, pues en pocos meses estaban ya aquellos Bárbaros tan dóciles é impuestos en el conocimiento de nuestra santa Ley y divinos Misterios, que pasaron de mil y quinientas almas incorporadas con el santo Bautismo al gremio de la santa Iglesia. A este mismo R. Padre se debe una cumplida y jurada declaracion de lo que el P. Fr. Antonio trabajó en los dos años que fue su Compañero, pues con religiosa humildad confiesa en ella, que fue su Maestro, así en el intrincado idioma de aquellas naciones, como en el modo de catequizar y doctrinar á los Indios; y como no mediaba entre la habitacion de su morada y el Altar donde decian Misa mas que una division de carrizos, facilmente pudo ver muchas de las grandes acciones de este insigne Misionero, y observar las de sus mortificaciones y exercicios religiosos, cuya ordinaria distribucion era, que desde media noche se hincaba de rodillas, y así permanecia hasta rayar el dia. Por lo que se ve, que de tan prolixa y constante oracion sacaba el Venerable Padre como de una fuente viva la pureza de una inculpable conciencia, con no pocos indicios de conservar su alma la primera gracia del Bautismo, sin ofuscarla con culpa venial advertida; la varonil fortaleza con que allanaba las mayores dificultades, y abandonaba los riesgos de los caminos y del bárbaro y voluble genio de los Indios; la rara serenidad y paciencia con que toleraba la falta de alimentos y humanos socorros, como si no tuviera necesidad de ellos; y por fin, la caridad fervorosa y vigilantísimo zelo para catequizar á los adultos, y con mas anhelo á los moribundos, venciendo las astucias del Demonio.

En estas ocasiones sucedia, que este mortal enemigo se disfrazaba en figura de una muger que continuamente concurria anteponiéndose á los Padres, siempre que iban á visitar á los enfermos: conocióle el Venerable Padre, yendo con su Compañero á auxiliar una moribunda, y le dixo: que tendrian oposicion del Enemigo, en aquella muger disfrazado, y que era necesario vestirse de todo Dios para la empresa: quando llegaron á la casa, hallaron al maldito en la cabecera de la enferma, que con claras é inteligibles proposiciones le persuadia que de ningun modo admitiera el Bautismo: así lo resistió por algunas horas; pero el Venerable Padre levantó los ojos al Cielo, y baxándolos, con severidad miró á la maldita consejera, y con solo esta vista la hizo retirar como diez pasos de la enferma, la que ya cercana á la muerte, pidió con aceleracion el Bautismo, que al punto le administró el Venerable Padre, y murió luego. Fue tal el furor del Demonio, todavia disfrazado, que le dió al Padre tan fuertemente en los pechos, que le arrojó de espaldas al suelo; y queriendo el Compañero castigar tan sacrílego atrevimiento, se levantó con presteza, y le estrechó entre los brazos sin dexarle movimiento, y con seriedad le exhortó á que ocultase el suceso en perpetuo silencio. Todo lo funesto de este raro caso, se convirtió en el siguiente en espiritual consuelo.

Aunque el Venerable Padre se dedicaba con esmero en el catequismo de los adultos, se señaló con un mancebo de robusta salud, tomándolo tan á su cargo, que ya estaba capaz de recibir el santo Bautismo, y de antemano le habia puesto el nom-

bre de Lorenzo. Este se retiró á una sementera que tenia como á quatro leguas de distancia, y asaltándole allí un grave accidente, envió con un pariente suyo á pedir que fuera un Padre á bautizarle: no pudo ir el P. Fr. Antonio, por tener apostemada una rodilla, y al llegar el P. Fr. Blas, le halló en las agonias de la muerte, y como ya estaba bien instruido, le bautizó, y luego dió el último aliento. Pocos dias despues oyó el P. Fr. Blas, que una mañana, cerca de la Aurora, que habian de rezar el Rosario con los Soldados, hablaba el P. Fr. Antonio, y le contestaba otro; y como ninguno podia haber entrado á aquella pieza sin que él le hubiera visto, aunque proseguia la conversacion, no podia percibir con quién era, ni entender lo que hablaban; por lo que lleno de admiracion, le llamó hasta tres veces para el rezo; y saliendo el Venerable Padre alborozado, y con el rostro inmutado de regocijo, diciendo: gracias á Dios, le preguntó: ¿Con quién estaba hablando? Y el Siervo de Dios, aun no bien recobrado de su mental contento, le dixo: Hablaba con nuestro Lorenzo, el que V. P. bautizó: gracias á Dios: el Señor ha hecho esto. Despues observó en el Venerable Padre una abstraccion muy rara, de que infirió que la solicitud que habia puesto en catequizar á aquel Mozo, fue por haber sabido su temprana muerte, y que el Señor premiaba su zelo con que le viera predestinado.

Quando parecia que el Venerable Padre descansaba de sus apostólicas tareas, era su oracion mas prolixa, porque la tenia tirado en la tierra desnuda, cubierta la cabeza con la capilla, y desnudos los pies hasta cerca de las rodillas, para que los mosquitos avivaran con sus aguijones su consideracion y mérito, y si los Indios se los sacudian, les decia: que los mosquitos eran unos pobres, y que los dexasen comer. Son las almas de los Justos sumamente blandas y amorosas, de suerte que extienden su genio compasivo, no solo á los propios, mas tambien á los extraños, ni solo á los hombres, sino tambien á los brutos; y como en esta especie de humanidad, es conseqüencia racional que el que es compasivo hácia un bruto, mucho mejor lo será respecto de un hombre, en la consideracion de ser los mosquitos pobres, y en el valor de darles su sangre para que vivieran, manifestaba el Venerable Padre el ánimo generoso y la nímia caridad que en la oracion inflamaban su alma para no temer penalidades, trabajos ni peligros, por dar, aunque fuera á costa de su sangre y vida, el pan de vida y entendimiento de la doctrina Christiana, y la agua que salta hasta la vida eterna, del santo Bautismo, á aquellos pobres y hambrientos Indios.

Deseaba mucho la reduccion de los Mapes, parcialidad de Lacandones; pero se la impidió un grave accidente, por lo que se la encargó á su Compañero; y habiéndoles este visitado, se vinieron con él ochenta Gentiles, lo que animó al V. Padre á volverles á sus tierras consolados, con ir en su compañia, para dar los mas sólidos fundamentos á su conquista, y persuadirles la perseverancia. Era mucha la escasez de semillas que padecia aquella tierra; pero con todo, cargaron con el maiz que se pudo, aunque se pudo decir: que *¿qué era eso para tantos?* Luego que el zeloso Misionero se vió en aquellas sierras, en brevísimo tiempo levantó una preciosa Iglesia, formalizó la poblacion y

asentó la doctrina, de forma que era una gloria oír alabar á Dios en el centro de aquellos Bárbaros, como si fueran muy antiguos Católicos: pero en medio de estos progresos, crecia tambien la penuria, reducidos ya á alimentarse de las raices y frutos silvestres, en cuya consideracion le envió al Venerable Padre, su Compañero, una petaquilla de maiz, que para él solo era muy limitado socorro: pero el Omnipotente Dios, que arregla y modera las cosas celestiales, juntamente con las terrenas, proveyó el socorro en aquel desierto, porque en mes y medio largo que perseveró allí, no solo no le faltó alimento, sino que queriendo que su Compañero alternara en la nueva Mision, quando éste solicitaba algun maiz que llevar, y no lo hallaba, le consoló diciéndole: que en los Mapes empezaria breve el maiz tierno, y mientras tendria el necesario en la petaquilla que le habia enviado: y fue así, que la halló tan proveida, como si nada se hubiera sacado de ella, por lo que se informó de los Indios y domésticos, de si el Venerable Padre habia gastado ó no, de aquel maiz: y todos declararon, que no solo comia de él, sino que daba á quantos le pedian, y especialmente á los niños; y uno de ellos le mostró la medida con que lo repartia, que era una xícara que haria mas de media libra.

Corone este Capítulo un suceso famoso, pues el método histórico lo exîge en este lugar, como propio al órden de los años, y sucedió en los Lacandones, para que se vea tambien el de los prodigios con que el Señor favoreció á su Siervo Fr. Antonio para la ilustracion de aquellos Bárbaros, ya que su humildad ocultó otros muchos, y solo se han sabido los que no pudieron dexar de ser notorios. En la primera festividad de Corpus que ocurrió en el Pueblo de los Dolores, no habiendo todavia campanas para solemnizar la Procesion, ni otra alguna música para avivar los afectos; como el amor es muy ingenioso, el que el Venerable Padre le tenia desde sus mas tiernos años al Divinísimo Sacramento, le dictó un arbitrio para suplirlo todo, y que no faltara alguna especie de regocijo, para que aquellos Indios aprendieran la veneracion y culto con que celebra este gran Misterio el Christianismo Católico. Fue pues, el que viendo un tosco instrumento con que los Gentiles abultan sus alborozos, reducido á un volumoso madero hueco que llaman Teponahuaste, porque herido de unos mazos hace un ruido como de tambor. pero tan pesado, que para llevarle á cuestas se necesita un Indio robusto, el Venerable Padre se enfaldó el hábito, y como si fuera un calabazo, se lo puso en la palma de la mano izquierda, y con el soquete en la derecha, iba en la Procesion caminando siempre de espaldas, tañendo, danzando y cantando á un tiempo delante del Santísimo Sacramento, que llevaba su Compañero; pero con saltos tan extraordinarios, que se suspendia en el ayre casi una vara del suelo, y con indecible agilidad formaba las cabriolas, que eran otras tantas reverencias; y como toda la Procesion la andubo en igual forma, exhalando por el rostro una reverente alegria, y sobresaliendo la voz al compás en que cantaba el *Pange lingua gloriosi*, lo miraban pasmados y con admiracion igual los Militares y los Gentiles, no pudiendo creer que lo hiciera por solo sus fuerzas naturales.

Con tan devotas y exemplares acciones instruía el Venerable Padre á aquellos ignorantes Pueblos, que viéndolas en un hombre sério y reverenciado de todos por Santo, pues solo este nombre le daban, aunque los reprehendia por ello, hacian en sus almas la impresion correspondiente á la que les insinuaba con su doctrina: ni era menos la que les causaba el oírle explicar los divinos misterios en su idioma, en el que, para alivio de los Misioneros, traduxo la mayor parte de la Doctrina Christiana.

CAPÍTULO XI.

Llama la obediencia al P. Fr. Antonio para Guardian del Colegio. Máximas y progresos de su Gobierno.

MUY remoto del destino á que la obediencia llamaba al P. Fr. Antonio, estaba en su ministerio en el Pueblo de San Ramon, quando le llegó la Patente del M. R. P. Comisario General, en que le confirmaba Guardian del Colegio, y le mandaba expresamente que se pusiera luego en camino, lo que executó tan pronto, que en uno hizo dos dias de jornada, llegando al Pueblo de los Dolores entrada ya la noche, para seguir su caminata el dia siguiente, á lo que el R. P. Fr. Blas Guillen, su amado Compañero, no dexaba de oponerse, suplicándole se detuviera aquel dia para aviarle con alguna cosa, pues tenía que atravesar ciento y diez leguas de montaña; pero no siendo posible conseguirlo, dice dicho Padre: »La siguiente mañana »fue la del mayor desconsuelo, nunca »visto de aquel Pais, porque poblan»do los ayres en descompasado llan»to, salieron conmigo las ovejas con»duciendo á su Pastor: reconociendo »en su falta su lastimosa horfandad, »balaban por aquellos campos hasta »los Corderillos mas tiernos: niños, »hombres y mugeres descarriadas, »lamentaban su dolorosa desgracia »de tan amante Pastor, quien hizo »alto en una Cruz que distaba media »legua del Pueblo, para echarnos su »santa bendicion y abrazarnos á to»dos; y era tanta la ternura, que em»barazados del dolor los labios, su»plian en grande copia las lágrimas »lo que no acertaban las lenguas; y »nos dimos los últimos abrazos, se»parándonos cada qual por su cami»no, sin que por el mio cesaran las »lágrimas.»

Siguiendo el Venerable Padre su derrota, sin mas viático que aquel que buscan los grandes espíritus en la Cruz de su Maestro, en pocos dias llegó á la presencia del Superior Prelado. Al pasar por Ciudad Real se entró en la Iglesia de N. P. S. Francisco, y despues de haber hecho oracion al Santísimo Sacramento, se fue derecho á una Señora que estaba cubierta con el manto, y sin preguntarle quién era, ni haberla conocido antes, la saludó, y dió noticia y memorias de su hijo el R. P. Fr. Blas Guillen, su Compañero, y desde allí prosiguió su camino. No solo recibió el Prelado con toda benignidad al P. Fr. Antonio, sino que quiso que le acompañara en el camino, y habiendo ocurrido en un Lugar de todo desproveido el dia de la Encarnacion del

Divino Verbo, se conoció la falta de vino para decir Misa quando ya no tenia remedio. Estaba señalado para decirla el V. Padre, y viéndolos á todos contristados, pidió la botella en que habia habido el vino, y volteándola, fue destilando gota á gota el necesario para una vinagera, lo que visto por el Prelado y su familia, lo atribuyeron á milagro, pues rompida la botella inmediatamente, se vió sin humedad alguna, quando era natural que tuviera pegadas algunas gotas como las otras que acababan de salir.

Era la distancia que le faltaba que andar al P. Fr. Antonio para llegar á Querétaro, de mas de doscientas leguas de malos caminos y peores posadas, por lo que siendo tan manifiesta la necesidad de andar á caballo, conforme al precepto de la Regla, le franqueó el Prelado una Mula para que viniera tambien en su compañia, y muy agradecido del favor, le dixo: que él era mal ginete, y siendo mozo, le acomodaba mas venir á pie, pues sabia bien el camino; razon que satisfizo al Prelado, pero con la condicion de que habian de concurrir juntos en las posadas. Madrugaba mucho el Prelado, quando el P. Fr. Antonio se quedaba confesando, ó en otros exercicios devotos, pero siempre llegaba al parage primero; y quando la comitiva llegaba, le hallaba, ó predicando en las plazas, ó confesando en las Iglesias; y preguntándole el Prelado: Padre Margil, ¿por donde ha venido, pues no le he visto por todo el camino, no habiendo otro por donde pudiera haber pasado? Respondia con sumision: »Padre »nuestro, como soy práctico, tengo »mis atajos, y Dios tambien me ayu»da.» Cada dia era mayor la admiracion de todos, atribuyendo á especie de prodigio, en que se renovaban las huellas de los primitivos Varones Apostólicos, que milagrosamente transitaron los ásperos caminos de estos Reynos, y por eso le advirtió uno de sus Hermanos, que se detuviese y entrara en las posadas el último, á lo que obedeció humilde, aunque se privaba de predicar ó confesar ese tiempo, en que tenia su zelo el mas apetecido descanso.

Era sin duda de admirar velocidad tan rara, si se considera que al entrar en los lugares y posadas entonaba el Alabado, con lo que se conmovian todos, y los traía la curiosidad á verlo; y si era medio dia, les exhortaba á que se dispusieran para confesarse, y despues de un breve descanso se ponia á confesar, hasta las tres de la tarde que proseguia su camino; y si era de parte de noche, les convidaba á rezar la Corona de Maria Santísima, y les hacia una fervorosa Plática, instruyéndoles y exhortándoles á hacer una Confesion buena, para lo que les citaba para la madrugada: desde las dos de la mañana se estaba confesando, hasta las seis que decia Misa y daba la Comunion á los que para ella se disponian, y con otra exhortacion á la enmienda de las culpas y temor de Dios, se despedia. Con esta inviolable distribucion, anduvo á pie desde el centro de los Lacandones en el Reyno de Guatemala, doscientas leguas adentro de sus montañas, y las quatrocientas y quarenta que desde dicha Ciudad hay hasta Querétaro, en tan limitado tiempo como el que hay desde once de Marzo hasta veinte y dos de Abril, descontando los dias que tardarian en recibir la Patente firmada en Chiapa; y así, era á todas luces admirable la velocidad con que llegó

al Colegio de Querétaro: súpose en éste, estar ya muy cerca, por un pasagero, y regocijada toda la Comunidad, dispuso salir á los extramuros á recibirle, á lo que tambien concurrieron algunos bienhechores y otras personas, atraidas de la fama y deseos de ver á un hombre de quien se decian cosas prodigiosas. A todos agradeció el Venerable Padre su atencion, y con una breve y devotísima plática, dexó llenas de espirituales consuelos sus almas.

Asentó desde luego el Venerable Padre su gobierno con aquel compás de que usan la prudencia mas alta y la humildad mas profunda, para arreglar sus dictámenes, ya dilatándolos, ó ya comprimiéndolos, segun el plan en que se le presentaban los negocios, y la dificil proporcion que pide la diversidad de los genios. Regía el Colegio, con la vara de la justicia que nivelan la Regla Seráfica, y las Constituciones Apostólicas, y sin torcer su rectitud, la llevaba siempre inclinada hácia la benignidad y dulzura; y con ella dirigia á sus Súbditos tan humanamente, que muy apartado de las singularidades en el afecto, no habia quien no se persuadiera á que lograba en su pecho el privilegiado lugar que tuvo en el de Christo su amado Discípulo: en fin, para quitar toda la fuerza á las parcialidades, envidias y quexas, mantenia una igualdad perfecta, que es la balanza y alma de la caridad religiosa; y por eso se acomodaban todos á su gobierno con especial gusto, y deseando cada uno pagarle su paternal afecto, á la manera del que adoraba al Sol, pensando que nacia para alumbrarle á él solo: con este amor y esta confianza, casi todos los Religiosos le eligieron por su Padre espiritual y Director de sus almas; y así, vino á ser un Prelado que tenia mas Hijos que Súbditos.

Este paternal gobierno le hacia sentir en su corazon el dolor de saber que en el antecedente trienio habia introducido la Serpiente antigua en los corazones de muchos el venenoso influxo de la pasion nacional, paliando su ambicion con apariencias de virtud, y disfrazando su envidia con la capa de zelo; y así, hirió en ellos de forma, que como lo hizo en el Cielo y despues en el Paraiso, resultaron sediciones, parcialidades y disensiones con que se descompusieron las piedras del Santuario, y con ruidoso estrago fueron muchas arrojadas del Colegio. Deseaba el Venerable Padre atraer de nuevo aquellos Operarios, tanto por su bien propio, como porque estando ya instruidos en el Instituto Apostólico, pudieran prontamente trabajar en el de los próximos; y así, quiso estrenar su Gobierno con enviar á un Donado con Cartas llenas de humanidad y dulzura, en que les convidaba en nombre del Señor para trabajar en su Viña; y aunque esta vocacion evangélica no tuvo en todos igual eficacia, pero no fue del todo perdida.

Fatigaban al Siervo de Dios la continua solicitud y anhelo de que todos sus mandatos fuesen arreglados al gusto del Señor, y por eso acudia con instancia al propiciatorio divino, para alcanzar la gracia de que su Magestad fuera el único Prelado del Colegio, y él, solo instrumento para manifestar su santísima voluntad á los Súbditos. En la fe de esta dimision, que declaró doce años despues, le escribia á un Prelado del Colegio: »A mi me ha ido siempre bien, por-

„que yo no he sido ni podré ser jamás Guardian ni Presidente, sino „que cada noche, como Negrito de „casa ó Donadito, digo mis culpas „en nombre de toda la Comunidad, „y les ofrezco las llaves de toda la „clausura, y de los corazones de todos los Individuos, á Jesus y á Maria Santisima, y me voy á dormir „sin cuidado. Siendo Jesus y Maria „los Guardianes, y V. R. el Siervo „de todos, ó mejor la misma nada, „Jesus y Maria lo serán todo, y dichoso Colegio de la Cruz.„ Por esta confianza, todas las exhortaciones que en el Confesonario, y especialmente en los capítulos de culpas, les hacia á los Religiosos, eran unos sentimientos ingenuos de su espíritu, dirigidos á la obediencia de la voluntad divina, explicada en las obligaciones del estado en que les habia elegido, de suerte, que podia decirles: lo que viereis que yo hago, hacedlo luego vosotros. Porque, como un Gedeon evangélico, con la lámpara de las obras en la mano, y el clarin del Evangelio en la boca; apoyaba su doctrina en las divinas letras, y la practicaba en su propia persona.

Esto se veía, en que en todos los actos de Comunidad, de dia y de noche siempre era el primero, y si alguna precisa ocupacion de la caridad se lo impedia, se iba á incorporar con ella aunque estuviera ya finalizándose. Las horas que destinaba para dormir eran desde las ocho á las once de la noche, en que le llamaba el V. Fr. Antonio de los Angeles, y juntos, se leía una doctrina de la V. Madre Agreda, luego se sentaba el Venerable Lego en un banquillo como Maestro, y el P. Fr. Antonio postrado á sus pies le decia sus culpas; y diciéndole lo que Dios le dictaba, se tendia en el suelo el Venerable Prelado, y el otro le pisaba la boca el espacio de tres Credos, y alternando el otro el mismo exercicio, hacian otros, y estaban en oracion hasta Maytines. Concluidos estos y la hora de oracion de Comunidad, se baxaba el Venerable Padre con los Religiosos que querian acompañarle, para andar en la Iglesia la Via-Sacra con una Cruz á cuestas: ésta, en las festividades de Maria Santísima, se conmutaba en el Rosario de quince Misterios, pausando en cada Parte, para la meditacion de ellos. El tiempo restante hasta Prima lo empleaba en la leccion que le era mas precisa, ó en alguna obra de caridad.

Despues de Prima se baxaba al Confesonario, en donde, sin aceptacion de personas, dirigia personas espirituales, y confesaba pecadores, dando á todos el remedio de sus necesidades, y alentándoles al servicio de Dios. Para lograr mas tiempo en tan útil y santo ministerio, aliviando tambien á los Religiosos de la mortificacion que es para algunos decir la Misa tarde, se hacia cargo de la última, si no tenia que predicar en ella; y sin tomar mas desayuno que la ablucion del Altar, proseguia confesando, ó iba á disponer á algun enfermo hasta la hora de Refectorio. Ayunaba todo el año, á excepcion de los Domingos; y así, no tomaba mas que el caldo y las yerbas, absteniéndose de carne y de pescado en todo tiempo. Las vigilias de Christo Señor nuestro, y de Maria Santísima, y de otras Festividades, entraba con Cruz, Soga y Corona de espinas, y decia sus culpas al que presidia, pidiéndole la penitencia de ellas con humildad tan profunda como edificativa.

La siesta la gastaba en leccion

y oracion hasta Vísperas, y despues de estas, asistia á la Conferencia moral, al Confesonario de penitentes, que lo venian buscando desde muy léxos, ó al de los enfermos que lo pedian; y el tiempo que podia lograr, lo anticipaba á las Completas, en el qual le vieron fuera de sí en elevada oracion, varias veces, los que iban á tocar las campanas: asistia en Comunidad hasta ir á hacer su colacion, y despues á la disciplina, no faltando ni á las del Noviciado, como si fuera un Corista. Era en las ceremonias de la Iglesia y de la Religion exâctísimo; pero sugerido de su humildad, quando llegó al Colegio pidió en la Comunidad que le perdonaran los defectos que podia cometer, y con llaneza se los corrigieran, pues con tantos años que habia estado entre los Bárbaros, era fuerza que tuviera olvidadas muchas de las costumbres religiosas: pero lo que todos advirtieron fue, que en su porte, y en las advertencias que hacia á los Coristas, no parecia sino un exemplar vivo del Religioso que el Doctor Seráfico pinta en el Espejo de disciplina.

Con este invariable tenor de vida, daba delineada la imágen viva de la perfeccion religiosa, que mudamente reprehendia qualquiera falta que pudiera parecer contra la Regla, Constituciones ó Bulas; y quando era necesario reprehender algun abuso ó corruptela, lo hacia con aquella suavidad que es hija del verdadero amoroso zelo, que hace florecer la piedad sin marchitar el valor; pero quando este le dictaba algunos convenientes órdenes, les intimaba de modo, que mas sonaban á ruego que á dominio, porque queria una especie de sujecion, que siendo muy apacible, fuese tambien eficaz, y alentase á los perfectos á aspirar á la mas excelente via de la perfeccion, y animase á los flacos al exercicio de las virtudes: por eso no solo evitaba el zelo amargo para advertirles sus defectos, sino que lo hacia con caridad tan oficiosa, que muchas veces le daba el Señor luces para revelarles aun los mas reservados secretos que ocultaban sus corazones, sobre lo que se refieren varios casos, y solo se diran dos para no ser prolixos.

En cierta ocasion estaba un Religioso sumamente afligido y pensando volverse á su Provincia, y quando ya la tentacion que tenia de desertar del Colegio llegó al grado de congoxosa tristeza, que le impedia poder comunicarla con persona alguna, se le entró el Venerable Guardian á la Celda, y descubriéndole todos sus pensamientos y errados intentos, con saludables consejos desbarató el obscuro nublado de su desconsuelo, y le aseguró que no era voluntad de Dios lo que pensaba, sino que muriera en el Colegio, como sucedió antes de cinco años. Otro muy abstinente y enfermo del estómago, quando se veía, en el trabajo de recoger por la Ciudad la limosna, muy débil y fatigado, solia tomar en casa de un bienhechor un poco de vino: súpolo el Venerable Padre, y zelando aun en lo muy lícito el buen exemplo, le mandó que no volviera á tomar vino en el siglo, sino que viniera á socorrer su necesidad en el Colegio; pero ofreciéndose un dia que un bienhechor le brindara con una racion de vino, la recibió, discurriendo que el precepto era de no beberlo delante de ninguna persona Seglar; y como la debilidad le apuraba, llegando en su limosna á las orillas del rio, debaxo de un árbol se vió solo, y la re-

medió con el dicho socorro. Vino al Colegio, y al tomar la bendicion al Prelado, le dixo: "¿No sabe su Caridad, ó no ha oído decir que los "árboles tienen ojos? ¿Qué le pareció "que no le habian de ver beber vino? "¿Así me trampea el precepto?" Quedó el Religioso confuso, pero refirió todas las circunstancias dichas, que hacen admirable el caso.

Uno de los mayores esmeros del Venerable Prelado, era atender á las necesidades corporales de sus Súbditos, proveyéndoles de todo lo necesario para la decencia de la vida religiosa, en que, sin exceder los límites de la santa pobreza, tuvieran socorrida qualquiera indigencia; y si los sanos lo experimentaban Padre en su socorro, los enfermos veían en él unas entrañas de amorosa Madre para su consuelo y alivio. Á este fin hizo fabricar la Enfermeria, y se puede inferir muy bien qual sería la conmiseracion, asistencia y desvelo que tendria con los Religiosos enfermos, por la caridad que tuvo con un pobre desvalido. Andaba este por la Ciudad, arrastrado en un carreton, por estar todo llagado, y haciéndole conducir al Colegio, le abrigó en una Celda, y acompañado del V. Fr. Antonio de los Angeles, le limpió los gusanos, lavó las llagas, empleando en esto sus ojos, manos y lengua, y quantos ratos podia, eran recreacion de su espíritu las asquerosas llagas de su enfermo, el que sanando de ellas, murió de otros accidentes, asistiéndole el Venerable Padre, y administrándole los Sacramentos, hasta la última agonia y oficios de sepultura.

Todo el porte de vida del Venerable Padre que hasta aquí se ha dicho, era en lo exterior, para la edificacion y exemplo de sus Súbditos, pero en lo interior, para merecer las luces del Señor en su gobierno: ademas de los exercicios de caridad con que les encomendaba á su Magestad para que les favoreciera con sus auxîlios, añadia otros de mortificaciones muy penosas. Tenia en la Celda en dos clavos grandes, dos argollas en proporcion, que se ponia en cruz asido de ellas quantas horas podia desocuparse de sus personales asistencias, y con tal disimulo, que parecia servian de colgar en ellas algunas cosas. Allí estaba en oracion profunda y meditacion tierna de su Amor crucificado, la que le era tan familiar, que hasta en los caminos se atravesaba el báculo por los hombros como que descansaba, y no era por su continuacion, sino un modo de mortificarse bien penoso. Llevaba de continuo un juboncillo de cerdas, que dándolo á remendar á una persona de su confianza, aseguró que hasta gastadas tenia ya las puntas.

Lo mismo sucedió con unas faldas, en que tenia sembradas unas rosetillas de fierro en forma de estrellas, que para andar, sentarse ó hincarse, le eran de duro tormento, y se hallaron tan desfiguradas, que no parecian lo que eran. La faxa con que se ceñia la cintura, era ancha, de alambre con puntas, pero con el continuo uso, se le hallaron todas embotadas. Usaba de cosas insípidas para el gusto, y traía en la boca un palillo muy amargo que le tenia el paladar y la lengua en corrosivo tormento; y quando no podia excusarse de comer algunos manjares, por evitar la nota, con disimulo les ponia tanta sal, que les desazonaba del todo, y si podia, tomaba un pimiento acre y picante, que le hiciera perder el sabor de qualquier manjar, aunque fuese rega-

lado: con esta estratagema satisfacia á la curiosidad ó al afecto de los que le convidaban y le era necesario atender, sin faltar á la mortificacion que observaba, y así solia decir: »Es »fuerza hacerse á todos, porque les »parece á algunos que para ser San»tos no se ha de comer. No está en »comer, beber y dormir, sino en ser »bellacos para mortificar el cuerpo, »y alentar los flacos y tímidos de se»guir la perfeccion. Muchas veces »me ha hecho el Señor el beneficio »de tomar una cosa dulce y de su »naturaleza regalada, y gustar yo en »ella un caliz de amargura, y de esto »hace mucho el Señor con Fr. Anto»nio.» Enfasis es este, que equivale á muchas expresiones.

Lo mas notable es, que de sus rigores penitentes nunca dió otro argumento que el que involuntariamente le solia salir al rostro, pero siempre le disimulaba con la alegria y afabilidad de su genio, porque queria que su mortificacion fuese aquella rosa cuyas espinas miran solo hácia dentro, dexando hácia fuera la fragancia; pues de lo contrario, la mortificacion se hace sospechosa y tiene poco de caridad: por eso, aunque zelaba como Pastor vigilantísimo el recogimiento de su rebaño, si tal vez reconocia alguno entristecido, no hallaba medio que no practicara para su consuelo; y si le consideraba oprimido de la mucha clausura del Colegio, le buscaba de propósito, y le encomendaba alguna diligencia para que le sirviera de desahogo. Así lo practicó con un Religioso Cocinero, que siendo de genio muy festivo, necesitaba tal vez de ese alivio, y llegándose á la ventana de la Cocina, le dixo: »Hermano, vaya con su Com»pañero á buscar unos platos de li»mosna, que habrá necesidad por los »muchos que quiebran los Coristas.» Á este modo, sin faltar á los Estatutos del Colegio, daba este prudente Prelado á todos los que veía oprimidos, el permitido ensanche que era posible; de suerte, que la cruz que en su hombro era peso, para los demas era de alivio.

CAPÍTULO XII.

Como desempeñaba el P. Fr. Antonio, siendo Prelado, las funciones del ministerio apostólico.

Maxîma autorizada en las Bulas Apostólica es, »que no »descaecerá de su explendor »el loable ministerio de los Misione»ros, con el cúmulo de todas las vir»tudes y exâcto progreso de la ora»cion, perfeccion y solidéz de la es»trechísima observancia de nuestra »Regla; pues aunque para alcanzar y »observar toda esa perfeccion reli»giosa, sea necesaria una abstraccion »total del siglo y del comercio con »el Mundo, que es incompatible con »los ministerios que les exîge el Ins»tituto; antes bien, si es Dios servi»do, por esos mismos exercicios se »manifestará cada dia mas perfecto; »porque siendo su único objeto el »ganar con su industria almas para »Dios, arrancar con su solicitud las »adulterinas plantas, sembrar en la »mies del Señor las virtudes, y ex-

»tirpar de raiz los vicios, para reducir al género humano á las sendas »del conocimiento y salvacion, exer»ciendo el oficio de los Apóstoles, »cada dia se hará ver mas laudable »y mas perfecto el ministerio apostó»lico, por el exercicio de las virtudes, »de la oracion y observancia de la »Regla, que promueven el buen exemplo de las obras con que los Misioneros deben comprobar la doctrina para convertir á los pecadores á penitencia, y reducir á los Gentiles al gremio de la Iglesia.

Por tan calificados medios, fue siempre ese mismo nobilísimo objeto el del mayor esmero del P. Fr. Antonio, y por eso, si en el exercicio de las virtudes, oracion y perfeccion religiosa era admirado como exemplar de un Religioso perfecto, no lo fue menos para serlo de un zeloso Misionero. Es entre todos los ministerios el de primera necesidad el de la asistencia de los moribundos, pues en él se suelen lograr muchas almas, que en aquella agonia entran por la puerta de la sacramental Penitencia al Reyno de la Gloria; y este solo, era el que obligaba al Venerable Padre á salir del Coro y abandonar qualesquiera otro cuidado: y aunque por este zelo logró muchos lances que parecian irremediables, y por eso se refieren muchos casos como prodigiosos; pero por evitar la prolixidad, solo se individuarán los que por sus raras circunstancias son del todo extraordinarios. Una noche, sin ser llamado de alguno, le mandó al V. Fr. Antonio de los Angeles que le acompañara, y habiendo andado como una hora, llegaron á una choza pagiza, en donde estaba un hombre batallando con los últimos esfuerzos de la vida, y exhortándole el Venerable Padre al dolor de sus culpas y confianza en la divina misericordia, le confesó ya casi en agonias; y volviéndose para el Colegio, fue necesario para llegar á él, caminar todo el dia, en que es de admirar el que sin superior aviso, no podia haber sabido las peligrosas congoxas del enfermo, y sin extraordinario auxilio, haber andado tantas leguas en una hora, como son las que se regulan en un dia entero de camino.

Estando en un Pueblo cercano á Querétaro, confesando, tuvo noticia de que en toda la comarca era público el escándalo que una persona, sin reparo de la alta dignidad que le caracterizaba, daba, ciega de un torpe vicio; y penetrado de dolor su corazon, se fue al propiciatorio divino, ofreciendo al Eterno Padre el santo sacrificio, en que se representa el que su Hijo hizo sangriento en la Cruz por la propiciacion de los pecados del Mundo, y lleno de los mas tiernos afectos, le pedia al Señor que en él adoraba, que se lograra tan inefable beneficio en aquella miserable alma: instaba en esta humilde súplica con tal fe y confianza, que mereció oír interiormente una voz que le decia: Ya es tuya esa alma: por esta palabra emprendió, luego que acabó la Misa, ir en su busca, y llegando á la casa, la halló cerrada, como lo estaban las puertas del corazon de aquella persona, que aunque el Padre ya habia entrado los zaguanes, ella firmemente resistia su visita; pero la caridad y la paciencia rompieron por fin las cerraduras, y entrando, halló al enfermo gravemente aquexado, y con una dulzura discreta, y oportuna prudencia, le fue aclarando las gangrenadas llagas de su conciencia, y aplicándoles el oleo de

la divina misericordia, y vino de una dolorosa penitencia; y así, consiguió por la sacramental, limpiar toda la corrupcion de sus culpas, y quitar desde luego la causa y ocasion de su ruina; y aunque no murió entónces, pero dentro de poco tiempo acabó la vida, resarciendo la ruina espiritual que habia causado con su mal exemplo, con una constante enmienda, que á todos les dió fundada esperanza de su salvacion eterna, queriendo Dios que su Siervo viera lograda la que empeñó á su zelo en el bien de aquella alma, con que viniera á decirle: que estaba en carrera de salvacion; por lo que aplicando en su socorro muchos sufragios, volvió á darle las gracias, de que por sus oraciones habia alcanzado el perdon de sus penas, para ir á gozar de Dios en la Gloria.

Otra especie de moribundos son los Reos á quienes la Justicia, para cortarles la cadena de sus delitos, les encadena en prisiones, para darles cordel en el suplicio; y aunque el Venerable Padre siempre visitaba las Cárceles, empeñando su zelo en hacer confesar sacramentalmente á los que de ordinario lo repugnan por negar sus delitos; pero en sabiendo que algun Vandido estaba ya condenado á muerte, se daba por citado, y con dulce persuasiva le manifestaba el dolor que tenia de su pena, y con sus lágrimas ablandaba su corazon, le confesaba y alentaba, con la esperanza de que quando en la Justicia de la tierra tenia ya sin remedio perdida la vida, en la del Cielo se le franqueaba una vida eterna, solo con disponerse á merecerla con una Confesion verdadera, y ofreciendo sus penas y afrentas á la Magestad divina, para que unidas con las de nuestro Redentor Jesuchristo, le fueran aceptas en perdon de sus culpas. Con este espíritu le preparaba para la sagrada Comunion, y puesto de rodillas, daba con el Reo al Señor las mas humildes gracias por tan inefables beneficios. Toda esta zelosa eficacia fue necesaria para uno que habia rompido las prisiones y escalado la Cárcel estando ya sentenciado, el que cogido por el Juez, mandó executar la sentencia dentro de tres horas, en las que, sin perder instante, le movió á llorar sus culpas, de forma, que fue admiracion de todos la contricion y dolor que manifestó de ellas. Despues de estas dolorosas tragedias, hacia el Venerable Padre una Plática, llena de alientos á la justicia que Dios depositó en los Jueces para la vindicta pública, y de patéticas invectivas para el escarmiento de los que se entregan á los vicios, que les precipitan á tan atroces y perniciosos delitos.

Ardia en el corazon del evangélico Operario el fuego del amor de Dios y del Próximo tan vivo, que atizado en la fragua del Seminario, rompia en vigorosas llamas por las calles y plazas de Querétaro, capaces de encender todo el Mundo: con todo, hay amiantos que siempre resisten al Espíritu Santo, pretendiendo cortar las lenguas en que comunica su divino fuego; pero como al mismo tiempo son livianas estopas, las devora hasta su perdicion el mundano y lascivo. Lamentables son los estragos que en todo el Mundo hacen los incendios del juego, y por eso uno de los objetos que mas procuraba extinguir el Venerable Padre, eran las casas en que, jugando el dinero, se pierden el alma, el honor y el tiempo; y habiendo en la Ciudad una, entre otras, famosa, y que daba por sus escándalos, ruidosa materia á los cor-

rillos, la asaltó una tarde, poniéndose de pie firme en su puerta, y clamando sin cesar contra el fautor de tantos daños, amenazaba con castigos de la divina Justicia á los que á ellos concurrian: y aun se dixo, que queriendo entrar, el Coyme le cerró la puerta con descomedidas palabras, á lo que le respondió: que temiera la divina Justicia, y que Jesuchristo le cerrara las puertas de su misericordia, si no dexaba ocupacion tan perversa. Á pocos dias despues, jugando el Coyme con otro amigo á la esgrima, recibió un bote con el boton de la espada negra en el lagrimal del ojo, que le arrojó de espaldas, y dando de cerebro, quedó privado de todos los sentidos; y aunque le preguntaban si queria confesarse, solo articulaba algunas palabras del Padre nuestro, y á las quatro horas murió, sin dar muestra de dolor de sus pecados, y solo con los socorros que se le pudieron administrar en tan lastimoso caso; por lo que este y otros exemplares, les hacian temblar á los temerarios, viendo que las amenazas del Siervo de Dios, pasaban á ser prontas execuciones: confirmóse mas este concepto con el siguiente caso.

En un sitio de la Ciudad que llaman la Presa-chica, concurria multitud de gente, con el pretexto de diversion, que es el argumento ineluctable con que defienden aun los mayores desórdenes cierta especie de Críticos, que revestidos de estadistas, piensan dar magnificencia á la Ciudad con cohonestar los mas absurdos desarreglos, alucinando á los Superiores con la aparente razon de ser públicos, y callando los escándalos, que no deben ser permitidos. Habia en las veras del rio muchos frondosos árboles, y una casa á la vista de las aguas; y como en ella se bañaban muchos mancebos, tan desnudos de ropa como de verguenza, era en los dias mas festivos innumerable el concurso, y exêcrables las indecencias, que no permite el rubor pronunciarlas, y mucho menos las que en los escondrijos de los árboles se practicaban con licenciosa libertad; por lo que, condolido de los lamentables excesos que cada dia se suscitaban, ocurrió el Venerable Padre á impedirlos, y no obstante la nota del zelo indiscreto, y de la falta de respeto á la Real Justicia, que permite los entretenimientos públicos, con que los Patronos de la iniquidad palian sus ideas, enarbolado el Santo Christo, prorrumpió en estas imprecaciones: »Permite, Señor, que esta casa con»denada donde eres ofendido, se vea »undida. Esos árboles que hacen »sombra á los pecadores, se sequen »y marchiten, para escarmiento de »los que con tanto desacato te ofen»den.» Y rematando con un acto de Contricion, se retiró, traspasado de dolor, y derramando lágrimas. Era el agua el incentivo de aquella diversion viciosa, y fue tambien para destruirla, el intrumento de la divina Justicia, porque á pocos dias, y en el silencio de la noche, llegó tan impetuosa avenida, que arrancó los cimientos de la casa, destruyendo los balcones y paredes, y dexando en su lugar una hoya muy profunda; los árboles se secaron, y todo paró en nada, pues el dia de hoy no hay de todo ni aun una triste memoria.

El fin con que se inventó y cultivó la Poesía dramática, fue el de corregir los vicios y sujetar las pasiones, poniendo á la vista las desgracias que hacen infeliz la vida de los hombres; pero el odio con que nues-

tra corrupcion mira á los que censuran nuestras flaquezas, inspiró á los Poetas un modo de perseguirlas, valiéndose de los alhagos que caben en su arte, para suavizar las reprehensiones, y conservar puras las costumbres; pero degenerando esa suavidad en lisonja de los apetitos, se ha corrompido ese noble fin, siendo ya todas las Comedias profanas, destructivas de la inocencia, y contrarias á la piedad christiana; por lo que no solo las reprueban ambos Derechos, sino que los Reyes Católicos han restringido la licencia de representarlas, á ciertas reglas y muy rígidas condiciones. Ninguna de ellas observan los Cómicos volantes; y así, son los estragos que causan en las buenas costumbres, como los obscenos escándalos con que arruinan los Lugares en donde entran, que sacándoles el dinero, les dexan inficionados de abominables vicios, y arraigadas las mas pésimas costumbres. Esta dolorosa experiencia obligó al Venerable Padre á empeñarse á que en la Ciudad no se estableciera una compañia de Farsantes que con ese fin se habia introducido en ella; y para apartar al Pueblo de la seduccion, con que se alucina, viendo aplaudido como diversion tan escandaloso intento, salió una tarde con toda la Comunidad misionando, y al llegar á las puertas del pretendido y aceptado Coliseo, comenzó á fulminar rayos en vez de voces, y arrebatado de un impulso extraordinario, aseguró al auditorio que con aquella compañia de Farsantes, habia entrado en la Ciudad una legion de Demonios, y como á ese tiempo se le inmutó el rostro, pareciendo sus mexillas unas encendidas asquas, y conminó á los Farsantes y á sus Protectores que no se obstinaran en su perversa idea, convidando á los Exércitos del Cielo en la defensa de la causa de Dios y del bien de las almas, fue tal la conmocion del auditorio, que aterrado y confundido, se persuadieron muchos á que el Señor le habia manifestado algun grave castigo que amenazaba á todos los que fomentaban y asistian á las Comedias; y así, se desbarataron los designios con que entraron los Farsantes, y las astucias con que les introduxeron los Demonios. Este mismo estilo ha observado siempre el Colegio, enviando Mision al parage de las Comedias; pero con la misma pension de murmuracion, desaires é injustas quexas con que han tirado á difamarle con los Superiores; pero podian ver los fautores y patronos de tan impía causa, que siendo ellos poderosos, y los Misioneros unos pobres, en todos sus recursos la mano de Dios los ha sostenido, y no ha permitido que sea infructuoso su zelo.

En otra ocasion predicaba el Venerable Padre en el Templo de nuestra Señora de Guadalupe Sermon del Príncipe de los Apóstoles, á que asistieron las sagradas Religiones y sus Prelados, el Cabildo de la Ciudad y personas de mayor distincion, é introduciendo al Eterno Padre, como soberano Maestro de San Pedro, que le instruía en los altísimos Misterios de la Trinidad y Encarnacion, fue elevando el discurso con tan nobles y delicados pensamientos, que tenia captada la atencion de aquel doctísimo y lucido auditorio, y con igual destreza fue deduciendo de ellos su meditado asunto, dirigiéndolo á las Cabezas de las Religiones, que tuvieron su orígen de los mismos Apóstoles; y con aquel fervor discreto, que es la mas viva armonía del juicio, lo

fue promoviendo, para animar á los Superiores de ambas Potestades al mas exâcto cumplimiento de sus respectivas obligaciones. Fueron tan sólidas las razones, expresivas las doctrinas, y copiosa la erudicion sagrada, que casi todos estaban como pendientes de sus labios; pero hay pasiones en el hombre, que aun siendo ciegas, arman sus ojos con Telescopios tan largos que, como los Astrónomos modernos, blasonan de descubrir manchas en el Sol; y así, no faltaron algunos que sintiesen mal de doctrina tan clara y peregrina, por inusitada; y como tal la delataron, tiznada con la nota y manchas de escandalosa, al Comisario del Santo Oficio. No quiso este proceder sin consulta, y para ella convocó una Junta de los Prelados y otros Sabios Maestros, en que se exâminaran los fundamentos de la denuncia. Algunos sostuvieron que el Predicador debia ser denunciado, otros que corregido, para que ciñese su doctrina á mas limitados términos; pero uno de los Prelados, tomando en sí la armadura de su zelo, y el inexpugnable escudo de su virtud, dió tales razones, apoyadas en sagrados Cánones, autoridad y práctica de Santos Padres, que dexó plenamente satisfechas las que se habian producido con ardiente zelo en desdoro del Apostólico Orador; y por fin, protestó, que si no obstante todo lo que habia expuesto, habia alguno que juzgara se debia delatar al Supremo Tribunal el Sermon, él sería del mismo dictámen, con la condicion de que se habia de reconvenir primero al Predicador, de cuya docilísima índole y exemplar vida, no dudaba daria la razon de haber predicado con tal claridad; y aquí, llevado del amor á la verdad, dixo: pero temo que si alguno se pone en su presencia á hacerle este cargo, quede, como Ananias á los pies del Apóstol, muerto á los pies de este Varon verdaderamente apostólico: con lo que se resolvió el congreso, oyendo tal conminacion.

Lo cierto es que en tan respetable Junta no podia ser razon, aun para la variedad de los votos, el decir, que aunque el Venerable Padre tenia en sí la emulacion de Dios, no era segun ciencia, pues á mas de haber fundado en las mas profundas materias su apostólica doctrina, y captado la admiracion del auditorio, era notoria la instruccion que tenia, ó ya en la Escólastica, por haber dado en aquel tiempo relevantes pruebas, presidiendo como Guardian una Conferencia de Filosofía que dispuso el Lector *intra Claustra*, en la que arguyeron los RR. PP. Lectores del Convento Grande de N. P. S. Francisco, y asistieron el M. R. P. Provincial, Lector Jubilado, como tambien el R. P. Regente de Estudios; y todos quedaron admirados al oír las respuestas que despues de las del Padre Lector, daba el Padre Margil, prontas, adequadas y conformes á la Escuela, pues tan escogidas doctrinas parecian extrañas en un hombre que venia de las montañas, y habia consumido mas de doce años entre las gentes mas bárbaras. Esta misma admiracion confesaban muchas personas doctas, que en varias ocasiones le oyeron disputar sobre puntos muy sutiles y teólogicos, pues era muy contrario el concepto que habian antes formado.

En las Teologías Canónica, Moral y Mística era comun el aplauso, porque siendo incansable en el Confesonario, de muchas leguas solicitaban sus resoluciones y consejos en

los mas arduos negocios, y eran oidas como de un Oráculo sus respuestas. En la Expositiva era, en la estimacion de los hombres de mayor madurez y juicio, admirable la pericia é inteligencia que tenia de la sagrada Escritura, y maravillosa la afluencia de los textos con que probaba con solidez qualquiera asunto. Procuraba estudiar, escribir y ajustar sus Sermones á las leyes de la Oratoria evangélica, haciéndose en el estudio de los Santos Padres capaz de sus máximas; y aunque en ellos no solian verse aquellas mociones de lágrimas y exteriores lamentos que otros consiguen con extraordinarias invectivas y artificiosas industrias; pero salian sus palabras inflamadas, y con una oculta energía é invisible union, que, como dorada cadena, aprisionaban dulcemente los entendimientos y cautivaban las voluntades, quedando convencidos de sus discursos, tanto por la eficacia de las verdades eternas de las sagradas Escrituras, como por la fuerza de los documentos con que las ilustran los sagrados Intérpretes; y así, no eran los efectos de sus Sermones como los de un estampido, que si de repente causan algun susto, despues son la diversion de los corrillos; sino que la seriedad de sus reprehensiones inspiraba en los pecadores el aborrecimiento de los vicios y el amor á las virtudes, que mucho tiempo despues de sus Misiones se conservaban en los Pueblos.

No solo cumplia la Constitucion Apostólica con enviar Misioneros por todos los Poblados y Ciudades del Reyno, sino que estimulaba su zelo con su propio exemplo, y sin faltar á las obligaciones de Prelado, salia en las Quaresmas con otros Compañeros por los Obrages y Haciendas del contorno, y con sencillez de palabras les explicaba la Doctrina Christiana, y confesaba á los Indios y rústicos con sus mismos dialectos. Tambien por ese mismo tiempo hizo Mision en la populosa Ciudad de Valladolid, y luego que resonó en ella la voz de este evangélico clarin, se vieron portentosos efectos, que parecieran encarecimientos, quando en la realidad se veía al vulgo sacudir la ignorancia de las leyes del Christianismo, estampándose en el entendimiento mas tosco y en el corazon mas duro, el terror del supremo juicio, y llegando á tal punto la compuncion universal, que su mismo Pastor, Exmô. é Illmô. Señor Obispo, quiso desde su Cátedra hacerles cargo de los divinos auxîlios que el Señor les enviaba por los Misioneros, con expresiones tan patéticas, que habló, mas que con las voces, con paternales lágrimas, y fueron tales los deseos de su pastoral solicitud, que tambien quiso que los Venerables y Señores Sacerdotes fueran renovados en sus apostólicos fervores, para lo que dió órden á su Provisor de que les convocase á todos en el Coro del Convento de N. P. S. Francisco, y que el Padre Margil les hiciese una Plática á ese intento. Concurrieron á ella su Venerable é Ilustre Cabildo Eclesiástico, y toda la Clerecía; y perorando en mas de una hora el Venerable Padre, lo hizo con tan eficaz persuasiva, erudicion sagrada y razones al intento, que todo aquel doctísimo congreso se llenó de nuevas luces y admirable asombro, por lo que al salir del Convento, dixo el Señor Arcedeano al Prelado de él: »Que iba dudando si Dios nues»tro Señor les habia puesto en el Pa»dre Margil algun Angel en carne »para su enmienda, porque un puro

»hombre, le parecia que no podia lle»gar á tanto.»

Prolixidad sería, mas que Historia, querer reducir á cómputo las almas que esta Mision reduxo al gremio de la virtud y del desengaño, porque fueron muchos los que arrancaron de sus corazones envejecidas enemistades, los que restituyeron honras y bienes robados, los que rompieron las cadenas de antiguas y escandalosas correspondencias, los que detestaron juegos y embriagueces; pero se habrá de añadir una señalada conversion, que sirva de argumento para todas. Habia en la Cárcel de aquella Ciudad un famoso Vandido, que estando ya muy próximo á que le dieran garrote, se habia obstinado en no querer confesarse: avisaron de esto al Venerable Padre, y entrando solo á lo más retirado de la Cárcel, se arrodilló á los pies del Crucifixo, y al precio de muchos gemidos y lágrimas, por el espacio de una hora, consiguió del Señor para aquel endurecido corazon frutos dignos de penitencia, el que al punto prorrumpió en aquellos sentimientos que son música para el Cielo; y confesándose con mucho dolor de sus culpas, solo suplicaba que le ayudaran á pedir al Señor crucificado que tenia en sus manos, el perdon de sus pecados, en cuyos afectos de contricion permaneció hasta el último aliento, sin desampararle el Venerable Padre hasta el patíbulo y último suspiro.

A su regreso al Colegio hizo Mision en la Ciudad de Celaya, con maravillosas conversiones y sucesos que divulgaba la fama, teniendo por vaticinios hasta sus caritativos consejos, pero no sin el fundamento de algunos extraordinarios casos. Habian tenido dos casados una ruidosa discordia, y tímida la muger de una sangrienta resulta, se fue huyendo á la Iglesia, y se metió entre la gente que estaba esperando la vez para confesarse, y aunque estaba distante, la llamó el Venerable Padre, y sin oírle cosa alguna, le dixo: Vuélvete con tu marido que no te hará mal, porque ya se le quitó el enojo; y fue así, que desde entónces no volvió á insinuar las sospechas de sus zelos, y vivieron muy gustosos. Otra muger de buena fama, y que falleció con la de virtuosa, aseguró, que confesándose con el Venerable Padre, le preguntó si tenia alguna Imágen de Christo crucificado. Y diciéndole que sí, le replicó: »Pues cuélgala detras de la »puerta, y quando salgas de casa mi»rate en ella, que ese es el verdadero »espejo.» Quedó confusa, pues por vana curiosidad se miraba en un espejo que tenia al disimulo colgado detras de la puerta.

No fue ménos laboriosa la Mision que hizo en la Corte de México, porque llenando sus apostólicos clamores las calles, plazas é Iglesias, fue el fruto correspondiente al cultivo. Era fama pública las innumerables conversiones que se ponderaban con admirables circunstancias; pero ninguna puede individuarse, careciendo de las que exîge una séria narrativa, aunque esto no las degrada de ciertas, porque sin negarlas el Siervo de Dios, las referia á su primera causa, diciendo: Ya hizo su Mision Jesuchristo. Sin Jesuchristo nada pudiera hacer el concurso activo de todos los Apóstoles; y radicado en la fe de este evangélico dogma, en el mismo fundaba aquella heroica confianza que brillaba en todas sus apostólicas empresas: por eso, sin dar en el escollo del rígido Scepticismo, ni en el de la

nímia credulidad, se omiten en este lugar varias visiones que se adoptaron en comprobacion de su ardiente zelo y sana doctrina; pues siendo la Historia la que hace conocer á los hombres por la exácta verdad de los sucesos, y estos los mas fieles intérpretes de la soberana Providencia, en los que empeñó al Venerable Padre como Misionero suyo, activo é ilustrado, manifestó tambien su iluminacion y gracia, dando á su divina palabra toda la eficacia con que excitaba en su ministerio á los pecadores á verdadera penitencia, y á los Justos al exercicio de las virtudes y perfeccion christiana.

En estas fructuosas correrias llenó el Venerable Padre, no solo el trienio, sino seis meses mas á que lo amplió, en uso de sus facultades, el Superior General, y el tiempo de su Guardiania; y celebrado el Capítulo, por estar en las Misiones de Infieles el nuevo Guardian, fue electo en Presidente in Capite del Seminario, y á la venida del Guardian, en Vicario de él, siendo estas repetidas elecciones, irrefragables pruebas del acierto de su Gobierno en quatro años, y de la aceptacion comun, y agrado con que todos los Religiosos le querian por su Prelado; pero la divina Providencia le destinaba á otros empleos, intimándole el Superior General obediencia, para sin dilacion partir á Guatemala.

CAPÍTULO XIII.

Envia la obediencia al V. P. Fr. Antonio al Reyno de Guatemala: funda en él un Colegio de Misioneros, y elegido en su primer Guardian, promueve su apostólico ministerio.

GLoriosa época puede numerarse desde la nueva revolucion en que con perpetuo giro, del modo que los Planetas rodean con fogosa inquietud el Cielo, pasa el V. P. Fr. Antonio, de este Emisferio al del Reyno de Guatemala. Estaba aquella populosa Ciudad en una agitacion civil de turbulentas discordias entre su Real Audiencia y lo mas lucido de su Vecindario, que fomentadas por diversos partidos, parecian hóstiles sediciones, y se paliaban con el zelo de los Reales intereses: y habiendo el Señor Presidente aplicado todos los medios mas prudentes para ajustar las paces, eran poderosos los partidarios, y le salieron todos fallidos; por lo que en tan crítico estado, solo estimó oportuno el de interarse con el Exmô. Señor Virrey de México, para que por su interposicion y la del M. R. P. Comisario General, pasara á aquel Reyno el Venerable Padre Margil, en cuya prudencia y zelo fiaba la quietud pública, y el sosiego de tan odiosas altercaciones y pleytos. Lo que fue un irrefagable elogio de su Apostolado.

Emprendió el Venerable Padre tan dilatado como fragoso camino, fiado en las dos alas del zelo y de la obediencia que lo impelian; y sin mas equipage que el que ya se ha dicho acostumbraba en sus apostóli-

cas peregrinaciones, continuó tambien la misma distribucion, volando por todos los Pueblos y cortijos, para ilustrarles con su doctrina, y confesar á quantos lo pedian, sin que estos fogosos influxos le retardaran en su carrera, pues fue de admirar la celeridad con que llegó á Guatemala, y no ménos la verdad del divino Oráculo, de que son especiosos los pies de los que evangelizan la paz y anuncian los bienes, porque se hacen desear, y se aprecian los de los Varones apostólicos, que con la gracia, suavidad y hermosura de sus palabras y de sus costumbres, merecen la aceptacion de las gentes, y atraen al amor de Christo y verdad de su Evangelio á los hombres. Comenzó luego á predicar con tan copiosa solidez y vivaz elegancia, y con tanto fuego de caridad christiana, que desde el primer Sermon, apenas hubo corazon sin mudanza, y la obstinacion mas caprichosa se vió desatada en ternura; y así, en breve se reduxeron á dulce concordia todos los Bandos, con que ablandados los corazones, se establecieron las paces, y quedó el Reyno gozando las delicias de una paz christiana, y de los bienes de sus intereses particulares; y de los debidos al Soberano, quedaron ilesos los derechos.

Muy presto manifestó aquella Nobilísima Ciudad su agradecido afecto, porque presentando el Venerable Padre la Real Cédula, en que S. M. concedia que en ella se fundara un Colegio de Misioneros, fue admitida del Señor Presidente y de toda la Real Audiencia; y aunque hubo algunas diferencias sobre la eleccion del sitio en que se habia de establecer; pero al fin se escogió el de una casilla contigua á un potrero eriazo, en donde se fabricó una pequeña Iglesia y estrecho Convento, hecho todo de paja, no sin el diseño que el Seráfico Patriarca seguia en sus fábricas, conforme á la arquitectura rústica de las cabañas, que hoy son alcázares sagrados, porque la soberana Providencia les destinaba á su mayor honra, y bien de las almas. Formalizada ya aquella Comunidad en todos los exercicios religiosos y propios del Instituto, se dexaba ver el Venerable Padre entre ellos el primero en todos, siendo en la estimacion comun distinguido, por haber sido tambien el primer Misionero que conocieron y siempre veneraron; por lo que habiendo ya competente número de sufragios para la eleccion canónica del primer Guardian del nuevo Colegio, se celebró su Capítulo, en que salió electo y fue confirmado el V. P. Fr. Antonio, quien, como humilde verdadero, cargó con la cruz que le imponia su mismo dueño, confiado solo, como él lo expresó, en que le parecia »que nuestro Señor Jesu»christo queria ser el Guardian, pues »le habian metido en la danza; por»que la nada, nada era y nada podia; »y así, que lo fuera quien todo lo »puede.»

Animado de este espíritu, solo anhelaba á imitar á Christo crucificado; y para estimular á todos al mismo afecto, le hizo Titular del nuevo Colegio; y lo vió cumplido, pues exâltado en él, atraxo á sí todas las cosas, y con suavidad y eficacia prodigiosa, se incorporaron en el Colegio Religiosos de aquella Santa Provincia, eminentes en letras y virtudes, que florecieron con mucho lustre y honor del Seminario: freqüentaban en él los Santos Sacramentos innumerables almas, que transformaron á Guatemala en una espiritual floresta:

de muchas leguas de distancia venian los penitentes á buscar el remedio de sus almas y desahogo de sus conciencias: las que por impedidas por su voluntaria y religiosa clausura no podian venir en persona, las visitaba el Venerable Padre, y con su mudo exemplo y eloqüentes pláticas, las hacia reflorecer en virtudes, y arrancando en el Confesonario algunas malezas, eran los Conventos de Religiosas encantados Jardines, en que ostentaban su propia hermosura las flores: hasta para lo material de la fábrica se venian gratuitas y abundantes limosnas, y muriendo en su tiempo el Síndico apostólico Don Juan Langarica, dexó en testamento todo su caudal para la Iglesia y Colegio; y aun parece que su crucificado Dueño quiso desempeñar la confianza de su Siervo, acreditando su Omnipotencia en algunos casos raros, de los que se apuntarán aquí uno ú otro, reservando para sus propios lugares los demas, y omitiendo muchos, por ser de una misma especie todos.

En una ocasion faltó la cal para la obra, y no habiendo enviado á llamar á los Indios caleros, al otro dia entraron con las requas cargadas con la cal necesaria; y preguntándoles ¿quién les habia avisado? dixeron, que el P. Fr. Antonio el dia antes se les habia entrado dándoles voces, para que traxeran cal para la obra, y como á todos les constaba que no habia salido del Colegio el antecedente dia, les fue de singular admiracion: pero si este caso fue por dispensacion de la divina Providencia, en cosa al parecer no necesaria, de mayor veneracion debe ser, quando se ve repetida en otros muchos en que mediaban el servicio de Dios y el bien de las almas. Estos objetos de su fervoroso zelo, le hacian oír de confesion á todas horas que llegaban á sus pies las almas heridas, en las plazas, en las calles y en los Templos, con las ardientes saetas que les flechaba en sus exhortaciones, y con que las rendian sus amenazas; por lo que no perdia ocasion, ni le impedia obstáculo alguno para predicar de dia y de noche á Christo crucificado. Solia la noche de la Natividad del Señor estar predicando en la plaza de Guatemala tres horas continuas, para impedir los escandalosos desórdenes que en ellas se cometen con pretesto de alegria, quando es mas gentílica que christiana, y á las once se retiraba á su Colegio á cantar los Maytines; pero una se vió predicando en las gradas de la Catedral hasta dicha hora, y al otro dia se averiguó que á las quatro de la mañana estaba predicando en el Pueblo de Escuinta, distante diez leguas, por evitar las culpas que en él se cometian. Igual novedad causó el oír á un Correo, que declaró, que pasando él á la posta por el Pueblo de Petapa, vió al Venerable Padre predicando en la plaza, y sin haber él interrumpido su camino, quando llegó á Guatemala, no obstante que dista de dicho Pueblos siete leguas, halló al Venerable Padre en una casa de la Ciudad confesando á un enfermo. Era la admiracion comun, viéndole asistir á tantos ministerios, y en tan distantes sitios; y así, se persuadian ser milagrosas las fuerzas que cargaban tanto peso, y que se multiplicaban sus presencias para el socorro de tantas almas.

De predicacion tan continua, era necesario que la crítica de los zoylos, ó la murmuracion de los maliciosos, sacaran mucha materia con

que cebar sus varias intenciones: pero en dictamen de los mas doctos y pios Oradores, eran venerados y aplaudidos sus discursos, juzgándolos no pocos, como don del Cielo, por la admirable inteligencia de la sagrada Escritura que en ellos relucia, deduciendo siempre los asuntos del tema de San Pablo: *Nos autem prædicamus Christum crucifixum*, no solo en los Sermones morales, sino tambien en todos los panegíricos; pero con tal agudeza y solidez, y con pruebas tan claras, que en cada uno de ellos les daba nuevos motivos para confirmarse en su juicio. En uno de los Sermones de la Dedicacion de la Iglesia de N. S. P. San Francisco, habia prevenido todo el debido estudio que pedia tan alto empeño; pero le salió infructuoso, porque, como él mismo declaró, segun el testimonio del Sermon de sus Honras: »Envió mi Amo, dixo, dos Coros de Angeles que me »llevasen del Colegio, y N. P. San »Francisco que me iba guiando: habiendo subido al Púlpito, me hallé »sin un discurso de Fr. Antonio, y »predicó mi Amo á su gusto, y como »suele, y Fr. Antonio no sirvió mas »que de Sastre, que con sus tixeritas »les fue cortando la vanidad á todos. Una ocasion le encomendó una Prelada de Religiosas un Sermon para su Iglesia, pero debió de temer el oír en él la espantosa trompeta del Juicio, ó la última tremenda sentencia, pues el Venerable Padre le respondió: »No te dé cuidado, Hija, que aunque »Fr. Antonio quiera predicar, no le »dexa su Amo, porque les predica en »Fr. Antonio.» En este concepto, siempre que iba al Púlpito se postraba ante la Magestad divina, y con la humilde sencillez de Samuel, le decia: Habla, Señor, que tu Siervo te oye, en cuya instancia se le daban las palabras que habia de hablar, y el Espíritu Santo hablaba en él.

Con el motivo de la eleccion de Alcaldes Ordinarios de la Ciudad, se le encargó el Sermon de Gracias, y habiéndole trabajado con el debido esmero, presentándose en el Púlpito, le faltó en la memoria quanto habia estudiado, y le fue preciso confesarlo; pero pidiendo al Señor brevemente que desatara su lengua, habló con tal facundia, elegantes voces y vivos afectos, que sus conceptos llenaron á todos de un reverencial asombro. Reponia á los Capitulares no parecer bien acordada la eleccion en hombres tan mozos, pues por Isaias amenazaba Dios á Jerusalen que les quitaria para Jueces á los hombres provectos, y les daria unos Jóvenes por Príncipes, y unos afeminados que la dominaran: todos oían suspensos el discurso; pero era enfático, porque del mismo, y salvando los motivos del castigo, traxo de la sagrada Historia ilustres exemplares de Jueces muy jóvenes é integérrimos, que suscitó el Señor para libertar á su Pueblo. Joseph, Daniel, Sanson y otros, en que excedieron á la edad, su prudencia y su justicia, fueron los que templaron el aparente rubor que los nuevos Alcaldes podian haber padecido, y los que les propuso, con razones morales y políticas, para persuadir el acierto de la eleccion, como en personas hábiles y expeditas para el servicio del Rey Supremo en los empeños de un zelo christiano, y de un trabajo personal y continuo; y fueron tan eficaces, que teniendo los nuevos Alcaldes individual noticia de los escándalos que ocasionaban algunas mugeres públicas, desde allí mismo se compactaron en no ir á comer á sus casas sin de-

xarlas depositadas en el público recogimiento para tales personas destinado, desde donde les fueron proporcionando el estado y modo de una subsistencia honrada. Tan cierto es que la política christiana no tiene sus aciertos vinculados á los años.

Esas soberanas luces con que el Señor ilustraba el corazon de su Siervo, y daba eficacia á sus palabras para conmover y atraer los de sus oyentes, las quiso su Magestad manifestar en varios sucesos que exceden los términos naturales: así fue, que predicando en la Catédral, despues de representar al auditorio la fragilidad de la vida, y la incertidumbre de la muerte, dixo: que el dia siguiente no le podrian oír todos los que estaban allí presentes, porque una persona del auditorio habria ya pasado de este al otro Mundo, y dado estrecha cuenta de su vida al Juez Supremo. Todos oyeron el anuncio con temor, y cada uno con el susto de si se verificaria en sí mismo; pero acabado el Sermon se vió cumplido en una muger que en un tránsito de la Iglesia cayó muerta, sin tener tiempo ni aun para confesarse.

De tales sucesos, resultaban famosas y admirables conversiones, que encendian en mortal rabia al enemigo comun de las almas; y obstinado en su soberbia, le fraguó al Venerable Padre una estratagema, tan astuta como peligrosa. Habia en la Ciudad cierto Caballero de calidad y prendas, que deslucia con pública nota, por la correspondencia larga y lasciva que tenia con una Señora de iguales circunstancias; y procurando el zeloso Ministro de Dios reducir á penitencia verdadera estas miserables almas, obró la gracia en el hombre toda su eficacia, reducido á hacer una confesion general de todas sus culpas, que produxo en su corazon el christiano propósito de no volver mas á ellas, y quitar todas sus ocasiones, para lo que se sentenció él mismo á un perpetuo destierro, pasándose á vivir en otros Paises lejanos del peligro. La muger, traspasada de dolor por su ausencia, revolvia en su imaginacion muchos arbitrios para tomar del Venerable Padre una sangrienta venganza; y sugerida del Demonio, determinó trazarla de modo, que en ella perdiera no solo la vida de la divina gracia, sino tambien la honra y estimacion que todo el Mundo tenia de sus virtudes religiosas: para esto buscó ocasion oportuna, y sin pudor ni respeto alguno, le comenzó á provocar é incitarle á sus torpezas, con una solicitacion manifiesta. Fiaba ella en que con la espada de su lengua y arneses de su profanidad, habia conseguido el triunfo de avasallar á un hombre olvidado de las obligaciones de Christiano y de Caballero, y no le pareció imposible vencer á otro, aunque le veneraban por Santo. Era la muger hermosa, ataviada y sus voces de Sirena, que encantaban las almas; pero ciega, para ver que su intentado asalto era alevoso, y con armas muy desiguales: por eso al oír el Siervo de Dios su insolente arrojo, sacó de su boca una espada de dos filos, con que la hirió, penetrando su vivacidad y eficacia toda su alma, porque con la divina palabra la hizo conocer su temeraria osadia, y rendirse á sus pies humillada y contrita; y franqueándole el remedio de sus culpas, hizo con él mismo una confesion dolorosa de todas ellas, y desde allí comenzó una verdadera penitencia, en la que perseveró constante hasta lograr una

christiana muerte.

No fue ménos admirada en todas sus circunstancias la conversion de otra muger de relevante estofa. Habia años que estaba enlazada en torpe correspondencia con un Caballero, de quien tenia dos hijos, y recibia, no solo la subsistencia de la casa, sino la profusion de su luxo: por felicidad suya oyó un Sermon del Venerable Padre, y en él prolixamente dibuxado todo el interior estado de su alma; y mirando entre las obscuras sombras del engaño, los borrones de su ofuscada conciencia, solo veía con claridad su perdicion eterna. Al golpe de tanta luz abrió los ojos, y arrepentida, solicitó al Venerable Padre, con quien hizo una confesion general, con propósitos tan eficaces de su enmienda, que desde luego se vistió el hábito de penitencia, y enteramente descalza, andaba por la Ciudad sirviendo en los mas viles oficios, así para satisfacer al escándalo de sus pasados excesos en una humildad honesta, como para ganar con su sudor los alimentos necesarios para la vida, la que acabó con edificacion pública y firme perseverancia.

Eran las luces que el Señor comunicaba á su Siervo para el conocimiento de los interiores, no solo para atraer al amor de su crucificado Dueño los corazones de los mas obstinados pecadores, sino tambien para consolar los de los Justos, y alentarles en el zelo del divino servicio. Así lo aseguró un docto Jesuita, declarando que en tres distintas ocasiones le habia hablado á su alma, sin preceder informe ni otra alguna noticia, ya en órden al interior de su espíritu, ya en satisfaccion de las dudas que le afligian en el cumplimiento de su ministerio. Lo mismo declaró una Religiosa que murió con opinion de Santa, y habia sido varias veces Abadesa del Convento de Santa Clara, diciendo: que muchas veces le descubrió lo que ella tenia reservado en su pecho, desahogando por este medio los dos amantes del amor santo, sus mas íntimos é inflamados afectos.

De mas nobles calidades dotó la alma de su Siervo el Padre de las luces, para penetrar las mas íntimas intenciones de los hombres: por eso siempre se admiraban sus producciones, como nacidas de un generoso candor y sencillo trato, pero animadas de la caridad mas fina y de la mas refinada prudencia. En una entrada ó concurso de muchos hombres, que con afecto de devocion iban los Domingos á hacer faena en el trabajo de la fábrica del nuevo Colegio, habian puesto sus capas y sombreros sobre unos palos, y quando acabaron el trabajo y fueron á tomarlas, se echaron menos algunas de ellas, porque viéndose un hombre solo, y sin testigo alguno, habia escogido las mejores, que tenia ya bien escondidas para llevárselas; pero el Venerable Padre consoló á los robados, diciéndoles que no se perderian; y llegándose con disimulo al ladron, le dixo: Vamos, me ayudará á traer las capas de estos pobres Hermanos; y caminando hácia el lugar donde estaban guardadas, se vió el agresor obligado á restituírselas por su mano á sus dueños, resultando de todo tan buen efecto, que en lo de adelante, aunque fuera mucha la confusion de la gente que acudia al trabajo, no volvió á perderse otra cosa de cuidado.

Salia una niña de su casa, por mandado de su Madre, á buscar en la vecindad unos azahares, y encon-

tró con el Venerable Padre, que sacando de la manga del hábito un puñado de ellos muy hermosos, le dixo: Hija, aquí estan los azahares, vuélvete á tu casa. Fue de mucha admiracion para Hija y Madre tan extraño suceso, que en lo natural, tan imposible era saber el Padre á lo que la niña iba, como el tener azahares en la manga; y no pudiendo saber ni el modo ni el fin con que lo ordenó la divina Providencia, solo sacó la Madre el aviso de no volver á enviar á la niña, que era como de doce años, á la calle y sola.

Á tan singular prerrogativa, le puso el Señor como anexô, no solo el privilegio de conquistar hácia sí todos los respetos y cariños, aun de los corazones mas duros, pues todos, con solo dexarse ver, le amaban y seguian, venerándole como á Santo, sino tambien el que fue carácter del feliz estado de la inocencia, dándole los brutos veneracion en el modo que podian. Un dia le avisaron que habian llegado como diez carretas cargadas de piedra, que traían de limosna para la fábrica unos Indios; y como acostumbraba llevarles á la Iglesia, en donde les hacia una breve plática y cantaba el Alabado, les salió á recibir en la Porteria, acompañado de algunos Religiosos, y de otros Caballeros de la mayor distincion; y quando los Indios se hincaron á besarle la mano, al mismo tiempo se arrodillaron tambien todos los Bueyes que conducian las carretas, y estuvieron postrados el tiempo en que el Venerable Padre advirtió el pasmo en que estaban todos los circunstantes, pues al punto se fue para ellos, y dándoles con el manto en las cabezas, dixo á los que lo veían: »Pobrecitos animales, se echaron de cansados, por haber caminado toda la noche.» Así los fue levantando, queriendo dar á entender á los circunstantes, que era en ellos cansancio, lo que todos admiraban como respeto: pero ¿quando los verdaderos humildes no fueron discretos para eludir su propio mérito y los agenos aplausos?

CAPÍTULO XIV.

Sale el Venerable Padre á misionar entre Fieles, y varios sucesos de sus apostólicas Misiones.

Luego que el Venerable Padre vió aquella Comunidad condecorada de Sugetos provectos, sabios y de probada virtud, fervorosos en todos los actos de Comunidad y ministerios del Instituto, siguió el exemplo de su primer Fundador, que siendo electo Guardian del Seminario de la Santa Cruz, y arreglada la Comunidad en todos los exercicios religiosos, se dedicó con otros Compañeros al exercicio de las Misiones con incansable zelo; y así, el P. Fr. Antonio determinó pasar á la Provincia de Nicaragua, distante de Guatemala doscientas leguas, no sin inspiracion divina, como despues lo comprobaron los sucesos. Á pie descalzo, y con su acostumbrado equipage, que era el de los Apóstoles, hizo su viage á la Ciudad de Leon, Capital de la Provincia, y puesto de

acuerdo con los Superiores de ambas Potestades para lo conducente á sus apostólicas tareas, partió al rumbo de la mayor necesidad, sin reparo de las lluvias, lodazales y pantanos, en los que andubo las quatro leguas hasta el Pueblo de Telica; y fue ponderado de su Corregidor, que habiendo él salido el mismo dia de Leon, y en buenas Mulas, quando llegó, el Venerable Padre estaba predicando en la Iglesia, y le aseguraron que habia ya mas de una hora, por lo que yendo á saludarle á la Sacristia, al besarle la mano, con disimulo le tentó por varias partes el hábito, por ver si estaba mojado como él y sus Compañeros, por no haber parado la lluvia desde la noche antecedente, y admirado le dixo: »P. Fr. Antonio, parece »que ha venido en hombros de Angeles, pues no se ha mojado, y en el »camino ha llovido mucho, y hemos »venido con cuidado mirando el sue»lo, y no hemos visto rastro ni es»tampa de sus pies. Yo, le respondió, »vine por fuera del camino, y confe»sando á los pobres de esas estancias »y hatillos que estan por los lados »del camino.» Y creciendo con esto la admiracion del Corregidor, procuró averiguarlo, y halló haber visitado y confesado el Venerable Padre en diez y siete estancias, separadas unas de otras, una legua mas ó menos.

Con el mismo método caminó las veinte y quatro leguas que hay hasta Sevaco, Cabecera del Corregimiento, en donde habia llegado el Corregidor con mucho trabajo en seis dias, por lo intransitable de los caminos; y saliéndole á recibir, le vió enfaldado el hábito, enlodado hasta la rodilla; y yendo derecho á la Iglesia, anunció la Mision á innumerable concurso, pero en medio del Sermon se le puso al Corregidor la tentacion de que por la Mision se le habian de disminuir mucho sus intereses, y como si lo hubiera dicho al Venerable Padre, al mismo tiempo se encaró á él, y le dixo: »Señor Corregidor, la vara »de la Justicia ha de auxîliar á la de »la Mision, y si no, vendrá el castigo »del Cielo; piérdase todo, que prime»ro es Dios.» El hombre, conturbado al ver publicado su pensamiento, allí mismo prometió hacerlo; y ratificándose despues, no tardó mucho tiempo para que viera quan necesario era el auxîlio que le pedia el zeloso Ministro.

Estaba destinado por el Señor para Apóstol de aquellas gentes, y que con las luces del Evangelio iluminara á los que yacian de asiento en las tinieblas y sombras de la muerte, pues en aquellos infelices Pueblos tenian inmemorial posesion y dominio Lucifer y sus demonios. Predicaba aquel Varon apostólico, ablandando con gemidos el Cielo, para fecundar aquel campo seco, quando parecia estar mas obstinado; y mas con luces que con voces fue la Providencia hiriendo aquellos empedernidos corazónes, hasta que á tanto fuego se deshicieron en lágrimas, y fueron descubriendo muchos bruxos, hechizeros y ministros del Demonio, que los instigaba para que no desertaran de su servicio; pero en vano, porque no pudieron resistir á la eficacia de la gracia que animaba á aquel Finees christiano, y al brazo Secular que le auxîliaba para poner oportuno remedio á tan infernal contagio.

No solo Sevaco, sino tambien otros cinco Pueblos y sus adyacentes, mantenian con el nombre de christianos, todos los errores y costumbres del gentilismo; pues descu-

biertos sus prestigios, confesaban: que en una cueva le sacrificaban al Demonio ocho personas cada semana: que tenian dos viejos que representaban á Adan y á Eva, y eran los principales fautores de sus engaños: que tenian pieles de varios animales para transformarse en ellos, y mezclarse torpemente con los Demonios: que estos les daban polvos, piedras y raices, para cazar, matar y conseguir sus lascivos deleytes: que para conseguir estos, les obligaba el Demonio á que se lavaran la cabeza donde les pusieron el santo Chrisma, para borrar el carácter de Christianos, y tomar el suyo: que tenian unas Cruces con manos y cara, con que suspendian el paso á los otros hechizeros, y así los mataban: que el principal hechizero tenia una mulita como de una quarta, ensangrentada de los sacrificios, y que en ella se paseaba por todo el Mundo, visitaba á sus compañeros, ó enviaba á otro de los suyos: que tambien tenia una Culebra para que la adoraran todos, con la que habia asolado el Pueblo de Sevaco, que habia sido tan grande como tres Pueblos: que tenian zahories, que con frixoles adivinaban los malos ó buenos sucesos.

Instruido el discretísimo zelo del Venerable Padre en tan fastidioso proceso, formalizado por el Corregidor del Partido, puso toda su eficacia en despojar á todos aquellos Pueblos de todos los instrumentos que decian les habia dado el Diablo para sus supersticiones y maleficios, y de los que les habian comunicado los que tenian nombre ó fama de hechizeros; y haciéndoles detestar en públicas Procesiones de penitencia qualquiera pacto diábolico, les hacia que ellos mismos los arrojaran en las hogueras que para esó se encendian en las plazas. Bien sabia el Venerable Padre que hay hechizeros y hechizerias, pues consta de la sagrada Escritura, y del comun consentimiento de la Iglesia, pero no el que lo sean Pueblos y naciones enteras; y aunque veía inficionadas en las dichas y otras supersticiones vanas, y rídiculas creencias, á casi todas las personas de aquel Partido, consideraba que todos aquellos miserables tenian viciada la imaginacion con la impresion horrible que de sus mayores y mandones habian recibido, comunicada por sus Abuelos, Padres y otros Farautes, que con apariencias y ardides alucinaban su ignorancia, y usando de medios supersticiosos, les hacian creer, no sin violencia, que eran hechizeros, y trataban familiarmente con el Demonio; pero que el comun de los Pueblos, aunque manchados de supersticiones y nefandas costumbres, se debia juzgar facisnado de los engaños, pero no por formales hechizeros.

Fueron las transformaciones de los hombres en brutos, consectario y conseqüencia de la Teología pagana, que veneraba por Deidades á los Demonios, y les atribuian el poder que es privativo de la Deidad soberana; por eso los Poetas pudieron decir, que los Compañeros de Ulises fueron transformados en bestias, por los encantos de Círce. La Teología Católica se rie de tales ficciones, y solo al Supremo Dueño de la naturaleza le concede absoluto poder para transformar las criaturas, quando su sábia Providencia lo decreta, como lo hizo con la muger de Lot, transformada en Estatua de sal, y con el soberbio Nabucodonosor, en Buey. Lo mismo persuade la buena Filosofía, pues segun ella, toda forma pide

necesariamente determinada configuracion en la materia, y segun esta exîgencia, es imposible subsistir en configuracion propia de otra especie, y como la virtud del Demonio no puede arribar, segun todos los Teólogos, á operaciones sobrenaturales y milagrosas, tampoco puede hacer que la alma racional informe cuerpo alguno que esté configurado con organizacion propia de alguna especie de brutos. Pero baste saber que esta doctrina es del Sol de la Iglesia Agustîno, que reprueba todas las transformaciones que refieren las antiguas Historias, ó por fabulosas, ó por aparentes, ó por ilusorias.

Las transmigraciones ó vuelos noćturnos, no pasan de sueños fantásticos, en que por depravacion de su mente, juzgan que vuelan y asisten á sus congresos, ó porque el Demonio, adormeciéndoles, les propone aquellas representaciones en la fantasia, que creen como reales y verdaderas, y aun no faltan quienes las califiquen por indubitables; pero solo los muchachos y gente plebeya leen con gusto que Olero Sueco, puesto á la gineta sobre un hueso encantado, atravesaba y daba vueltas por toda la anchura del Occeano. Es cierto que el transferir los bruxos en un breve tiempo de un lugar á otro, no envuelve cosa que supere la facultad del Demonio; pero como á vuelta de este posible, se figuran los cuentos de ver las bruxas convertidas en lucecitas verdes, y otros enredos, que para desatarlos, vienen á coincidir con las transformaciones, que le son imposibles al Demonio; es preciso hacer de sus transmigraciones fingidas el mismo juicio.

Lo cierto fue, que viendo el Venerable Padre aquellos Pueblos infectos de hechizerias, é inundados de hechizeros y zahories, imitó á Samuel, que viendo los de Israel en la misma forma, aconsejó á Saul que comenzara su Reynado con desterrar de toda la tierra á los magos y adivinos, porque inflamado del zelo de la divina ley, le persuadió arrojara esas pestes, cuya falaz ponzoña habia introducido la supersticion y obscenidades mas exêcrables; y con el mismo espíritu, consultó el Venerable Padre á la Real Audiencia de Guatemala, informando el infeliz estado de la Christiandad en aquellos Pueblos, y los medios mas eficaces para impedir su ruina, mandando encerrar en un Castillo al Indio principal y primer hechizero por toda su vida, con todos los demas cómplices de sus engaños. En esta expresion, nada equívoca, calificaba el Venerable Padre el error comun de aquellos Pueblos, y declaraba el dićtamen que habia hecho de ellos; porque si no los juzgara engaños, sino que sus transformaciones y transmigraciones eran verdaderas, sería la providencia que pedia de su destierro, no solo ilusoria, sino tambien muy nosciva; porque, ó ya transformándose en Tigres y Leones, como ellos decian; ó ya por la Culebra que el principal bruxo tenia, y que creían habia asolado el Pueblo de Sevaco; ó ya con las piedras y raices que para matar les daba el Demonio, podrian devorar todos los habitadores del Castillo, y hacerse dueños y Señores de él, lo que no se ha visto en el Mundo, pues ni en la antiguedad gentílica hubo magos que con sus prestigios pudieran vencer á sus enemigos: y si el destierro no tenia la virtud sobrenatural del exôrcismo eclesiástico, para disolver el paćto diabólico del prin-

cipal hechizero que tenia la mulita para pasearse por el Mundo y comerciar con sus Compañeros, ó para enviar á otro de los suyos que hiciera lo mismo, ¿qué impedimento le pudiera ser la clausura del Castillo, para visitar por los ayres, y entrar y salir por los Pueblos, ni para que fuera enviando á la misma tuna á todos los prisioneros?

La ambicion de tiranizar aquellos Pueblos, atemorizándoles con las crueldades del Demonio, para tenerles rendidos al antojo de sus pasiones y apetitos, era el Levítico de donde, los que se preciaban de hechizeros, sacaban los cultos supersticiosos, sacrificios, encantos y prestigios con que les tenian alucinados; y por eso el arrojar de ellos á tan infames seductores, fue el mas eficaz antídoto contra el mortal veneno y pestífera ponzoña de su hipocresia diabólica, para restituirles al conocimiento del verdadero Dios, observancia de su divina Ley y misterios del Christianismo. Empresa solo para uno de los que Jesuchristo eligió y envió á predicar su Evangelio por el universo Mundo.

Conforme á este soberano precepto, se esmeraba el Venerable Padre en cumplir con todas las funciones y cargos de su Apostolado. Velaba sobre aquel descaminado rebaño, doblando las vigilias de la noche en fervorosas oraciones, en sangrientas disciplinas, en copiosas lágrimas, rogando al Divino Pastor que se dignara de reducirlas al redil de su Iglesia. Veces hubo que le traxeron hasta tres noches sin tomar ni leve descanso, errante por los montes é intrincadas veredas, con el engaño de que le descubririan las cuevas que llamaban encantadas. Trabajaba incansable en todas las tareas que conducian á despojar toda la tierra de los instrumentos, figuras y amuletos de sus supersticiones y hechizos, arrojando al fuego los ídolos, piedras y demas baratixas, con zeloso furor, y demostraciones que les fueran espantosas. En esta demanda le hacian pasar lo mas ardiente del Sol en campo razo; pero sin ceder su zelo á sus astucias, y empeñado como el Religioso Ezequias, destruía todos los adoratorios y cuevas en que tenian sus abominables Juntas, y hacian sus impíos sacrificios, para lo que el Señor le daba mas que naturales esfuerzos, pues yendo en compañia del Corregidor en busca de la cueva de Coyotepec, entró éste en el quarto donde estaba el Venerable Padre, y le vió poniendo un poco de sebo en una llaga que le habia hecho una fuerte espina en la planta de un pie: era tal, que cabia la cabeza del dedo pulgar en su oquedad, y ofreciéndole algunos medicamentos, el Padre los agradeció, y tomando del suelo una piedrecilla esquinada, la metió en ella, y la ligó con una correa de cuero crudo, y dixo: No es menester mas que Dios, Dios, Dios; y tomando el báculo, empezó el camino, sin reparar en pantanos, peñascos ni abrojos, y caminaba con tal velocidad, que el Corregidor ni su comitiva podian darle alcance, yendo en buenas Mulas; y como no le veían movimiento que denotara dolor alguno, quedaron todos admirados.

En otra ocasion, con el fin de descubrir y limpiar toda la tierra de los instrumentos y supersticiosos artes que en ella habian repartido para hacer los maleficios los sátrapas hechizeros, hizo viage con el mismo Corregidor; y habiendo trabajado sin

descanso alguno, ni mas alimento que un leve desayuno, por ser ya las dos de la tarde, envió á un Criado que detuviese al Venerable Padre en un riachuelo, en el que tomado algun refresco, se reclinó en el suelo y reposó un rato. El Corregidor, llevado de la veneracion con que respetaba al V. Padre, quiso que en el mismo lugar se pusiera una Cruz grande; y para formarla tomó el Criado un machete de monte, y al cortar la rama del árbol con que se habia de hacer, dió el golpe en el dedo índice de la mano izquierda, y lo cortó de modo, que solo quedó pendiente del cutis. Asustado el Corregidor, llamó al Venerable Padre que viera la desgracia, y sin inmutar su natural serenidad, tomó el dedo, lo repuso en su lugar, y echándole unos polvos de tabaco, le ató con un pañuelo, y le dixo: No se aflige que no es nada, que Dios, Dios::: Ya el Venerable Padre iba caminando, quando á poco andar se apartó el herido baxo de un árbol, y llamando á su Amo, le dixo: Tome, Señor, su pañuelo, que ya el dedo está bueno y sano. Viólo con asombro, por no haber quedado ni señal de la herida; y alcanzando al Venerable Padre en una cienega, con el lodo á media pierna, le dixo: Ya sanó aquel enfermo; y levantando el Padre los ojos al Cielo, solo respondió: Dios, Dios, Dios.

De ese modo llenaba el Venerable Padre el cargo de Evangelista, sin cesar de dia ni de noche de amonestar á todos, y á muchos en particular, el reforme de sus costumbres, animándoles con palabras y obras al aborrecimiento de los vicios y exercicio de las virtudes. Así cumplia su ministerio, viéndole renunciar toda comodidad y descanso, y padecer dura y constantemente por el amor de Dios y de las almas; y así, dexó todos aquellos Pueblos purgados de todas las supersticiones, instruidos en la Doctrina Christiana, confesados de sus culpas, desengañados de sus errores, y libres de los Tiranos que los habian inficionado con abominables y falsas creencias: y para que se efectuaran las providencias que habia negociado para el total exterminio de todos los abusos y daños padecidos, pasó á la Ciudad de Granada, en donde fueron acordadas y executadas con felices y permanentes resultas.

Testigos de este singular favor fueron varios graves y doctos Misioneros de la Compañia de Jesus, que desde mucho tiempo misionaron en aquellos Pueblos, y declararon no haber hallado cosa alguna de hechizeria, supersticion ni maleficio; pero sí muchas cosas de virtud, y muchas personas que permanecian en los propósitos y palabras que le dieron al P. Fr. Antonio, cuyo fruto admiraban con especial y espiritual consuelo. Esto mismo ponderó, como maravilloso, otro Jesuita, insigne Misionero, y estimado de todos por hombre de alta contemplacion, austerísima penitencia é infatigable zelo de la salud de las almas; pues afirmó, que habia experimentado, haciendo misiones en muchos Pueblos en que habian misionado el P. Fr. Melchor y el P. Fr. Antonio, que muchos Indios le confesaban, que muchos años antes habian tenido pactos con los Demonios, y que despues, aunque se les hacian presentes, y les solicitaban con alhagos y persuasiones á que volvieran como ántes á su libertad y soltura, se habian mantenido firmes en sus propósitos, acordándose de lo que los Padres les habian dicho, y de

la palabra que les habia dado.

Negociante de los Cielos habia ido el P. Fr. Antonio á la Ciudad de Granada, no solo en solicitud del bien de los Indios, sino tambien del de todos los pecadores; y habiendo publicado en ella su Mision, se conmovieron todos sus moradores á penitencia, y mas con el asombro con que todos admiraron un caso raro. Habia un Eclesiástico, que como mozo, dexaba correr desenfrenados sus apetitos, siendo el carnal su continuo tropiezo; y aunque se hacia sordo á los clamores espantosos que contra ese vicio daba con eficacia el fervoroso Misionero, todavia sentia en su alma fuertes llamamientos que le inclinaban á la devocion; y así, le ayudaba la Misa todos los dias al Venerable Padre: pero como no correspondia á los divinos auxîlios, ilustrado sin duda, le dixo con voz trémula, al desnudarse los sagrados Ornamentos: »que tuviera cuenta con el Viernes »siguiente.» Esta tan clara como importante advertencia, junta con los interiores remordimientos del mal estado de su alma, pudieron obligarle á temer algun castigo por su contumacia; pero fueron de ningun valor para su enmienda; y estando el Viernes próxîmo á la prevencion dicha oyendo el Sermon, á la mitad de él, se salió de la Iglesia, sin saberse el motivo; y caminando á su casa, en el intermedio de la calle cayó subitamente muerto, y sin poderle socorrer con la santa Uncion, que es el extremo auxîlio de los Christianos; y fue tal la impresion en todos, que con ansias buscaban el remedio de sus almas.

Expeditas ya las providencias que el P. Fr. Antonio habia consultado á la Real Audiencia de Guatemala, para la reforma y radical exterminio de los supersticiosos abusos de los Pueblos de Sevaco y su Partido, cuyo feliz exîto lo calificó el tiempo con sólidas y permanentes resultas, como ya queda insinuado, pasó á la Ciudad de Leon, sin interrumpir el continuo afan de visitar y evangelizar en todos los Pueblos, Haciendas y Estancias, predicando á Christo crucificado. Era en Leon ya muy conocido, por lo que luego que anunció la Mision, eran numerosísimos los concursos, ya de los que deseaban renovar á sus pies los santos propósitos que tenian hechos, y les habia aconsejado, ó ya para descargar del insufrible peso de sus culpas, las almas de innumerables pecadores; y como su caridad activa y fervorosa queria satisfacer al deseo de todos, le tenia tan abrumado su insaciable zelo, que le hacia olvidarse de sí mismo, entregado solo al consuelo espiritual del próximo. Por esta causa se ponia muy de madrugada en el Confesonario, y se estaba hasta las once que se levantaba á decir Misa; y habiendo visto un Eclesiástico, que se iba derecho á la Sacristia para revestirse, interiormente murmuraba, pensando ¿qué disposicion podia ser aquella, para celebrar tan tremendo sacrificio, sin mas que irse á revestir desde el Confesonario? Sin duda que debia de ser su zelo muy amargo, y como la acrimonia de él causa siempre una optalmia atrabiliaria, que vicia las retinas, para que vean los objetos mas cándidos, ofuscados y negros, por eso formaba tan obscuro concepto; pero el del Venerable Padre estaba superiormente ilustrado para ver claros sus ocultos secretos; y para desvanecer su pasivo escándalo, se llegó á él mansamente, y le dixo:

„¿No es bastante disposicion para „decir Misa, el haberme levantado á „las doce de la noche para rezar el „Oficio divino, haber tenido oracion, „y confesar toda la mañana por Je- „suchristo? ¿No será suficiente esta „preparacion para celebrar?„ Quedó el Sugeto confundido al ver satisfechos sus interiores juicios, y fue tan eficaz el colirio, que le dexó convalecido para no juzgar al próximo, y mas si le ve entregado á las obras de la caridad mas heroica, como es el conducir á las almas desde la culpa á la gracia, y de la muerte á la vida; debiendo advertir, que el juicio temerario es un microscopio, en cuyo foco el menor Mosquito parece un gran Camello, y le dá cuerpo de delito á la sombra del que solo es imaginado.

CAPÍTULO XV.

Vuelve el P. Fr. Antonio á Guatemala, y sucesos extraordinarios que obró por este tiempo en beneficio de las almas.

MAxîma es en las maravillas de la naturaleza que lo admirable no se admire, porque lo toca muchas veces la experiencia; pero ella misma incita la admiracion á otras que tenemos á la vista; por eso tienen por portentosos los Filósofos, el vuelo del fierro al imán, y de este al Polo; y si se les pide la razon de ¿por qué tienen por admirables estos movimientos? dirán: que porque no han podido averiguar sus causas. Muchos fueron los viages que el P. Fr. Antonio hizo en sus apostólicas Misiones, y con verlos tantas veces, aun á la observacion importuna siempre fueron admirables, porque nunca se pudo averiguar su causa, haciéndolos increibles en lo natural, sus raras circunstancias. Casi quinientas leguas se computan en el de esta Mision de Nicaragua, y en ménos de tres meses ya habia vuelto á Guatemala. Mídanse con este tiempo, el necesario para andarlas á pie, y en caminos fragosos y tiempo de lluvias: el que gastaba en el rezo, Sermones y Confesonario: el que estuvo en Sevaco para descubrir las supersticiones y los autores de sus engaños, perdiendo los dias en sus depravados enredos: el que empleó misionando en los demas Pueblos y Ciudades, y se vendrá á confesar, que si el imán de su corazon era Christo crucificado, y el Polo á que dirigia todos sus movimientos la salvacion de las almas, siempre habian de ser portentosos sus pasos, porque su causa fue desconocida de todos.

Luego que llegó al Colegio tomó su apetecido descanso, que eran la secuela de la Comunidad y el Coro, en que tenia sus mayores delicias su espíritu, y á cuyas funciones asistia con raro exemplo. Mas como las obligaciones del Instituto Apostólico no le permitian vivir para sí solo, no daba paso fuera del Colegio que no fuera en provecho del próximo, y para evitar los pecados y ofensas de su adorado Dueño. Con palabras y con exemplos sembraba por todas partes la semilla evangélica, y como era muy viva la llama de la caridad que ardia en su pecho, no le dexaba sosegar un rato la vida, robándole su quietud, qualquiera lástima ó desdi-

cha agena; por lo que continuamente, ó le llamaban al socorro espiritual de los enfermos, ó el mismo Padre de las misericordias le alumbraba, para el remedio de muchas almas que estaban en el último y mayor conflicto.

Una noche en que el Venerable Padre estaba en Maytines, intempestivamente se salió del Coro, y con otro Compañero tiró á largos pasos por la salida de la Ciudad, hasta alcanzar á una muger, que instigada del Demonio, y ya desesperada, salia á quitarse con un dogal la vida; y haciéndola ver las fatales conseqüencias á que iba á precipitarse, la hizo volver á su casa muy confusa y arrepentida. Otra noche, estando tambien en el Coro, interrumpió los Maytines, y con otro Compañero se fue derecho á una casa de juego: los tahures luego que le vieron, se asustaron con tan extraña visita; pero el Padre les sosegó, y con gran frescura fue tomando las cartas para jugar con ellos; y era de admirar, que no habiendo jugado á los naypes en su vida, lo hacia con tal destreza, que á poco rato ya les habia ganado muchos Rosarios y Oraciones; pero como esta moneda no corria en aquella mesa, se fueron saliendo unos tras de otros, y se quedó el Padre solo con el que iba buscando, y á quien habia mas entretenido. Era este un asesino, que tenia maquinada en su corazon la muerte de un Compañero suyo, y dispuesta su alevosía para aquella noche misma; y estando ya solos, le dixo: »Bárbaro, ¿qué intencion es la tuya de quitarle á tu Compañero la vida? Fuele ponderando con suavidad y eficacia los males necesarios que habian de seguirse de tan aleve traycion, y el infeliz estado de su conciencia, y peligro de perder para siempre su alma, si no desistia de intencion tan funesta; y con estas figuras, le ganó en la mano la vida del Compañero, y su propia alma, pues obrando los auxîlios de la divina gracia, se desengañó el hombre de su error, y á la mañana siguiente hizo con el Venerable Padre una confesion general de todas sus culpas, y quitado del juego y otros vicios, prosiguió una vida christiana.

Otra vez que estaba predicando en una Iglesia de la Ciudad, en medio del Sermon se quedó suspenso con los brazos cruzados, con profundo silencio: pasmado el auditorio, no podia dar con el motivo de suspension tan rara, y algunos temian fuese algun accidente ó apoplexia; pero á largo rato prosiguió su Sermon como si no le hubiera interrumpido: y aunque por entonces ninguno supo el misterio, despues se averiguó de cierto que en aquel tiempo habia estado en una casa, para libertar la vida de una muger, á quien se la estaba quitando su tirano marido con cruelísimos azotes, que la tenian ya casi en agonia.

Una Señora, que toda su felicidad la cifraba en andar escandalosamente profana, y en servir á muchos incautos de ruina, tenia especial aversion al Venerable Padre, y procuraba siempre huir de su presencia. Una tarde estaba á la puerta de su casa, y vió venir al Padre, por lo que se entró luego, cerrando la puerta con cuidado; pero apenas llegó á ella, la tuvo abierta; y entrándose á la sala, travó conversacion con la Señora, y con una paz y suavidad angélica, le dió á entender la fragilidad de la vida, y que la suya estaba ya en los umbrales de la eternidad, y que así, tratase de disponerse para una buena

muerte: atónita la Señora, y con no poca congoja, creyó provechosamente la noticia, y dispuso su alma con una confesion dolorosa; y sin interrumpir sus lágrimas, á los seis dias se vió cumplida, pero con el consuelo de las piadosas esperanzas que fundan tales desengaños, auxîliados de los santos Sacramentos.

De suerte, que el encendido amor que el Venerable Padre le tenia á Dios, le tiraba fuertemente á que consagrase todas sus potencias y sentidos en un ócio santo á la oracion y abstraccion de las criaturas; pero el otro afecto de ese mismo amor, que es el de la salvacion de las almas, objeto principal del Instituto Apostólico, le obligaba á salir al teatro del Mundo, y comerciar con toda especie de gentes, para lograr sus almas para el Cielo; y por eso, aunque tuviera su enamorado espíritu engolfado en las divinas alabanzas y afectos mas encendidos, el zelo del bien del próximo le arrastraba gustoso del Coro al siglo; y así, es preciso confesar que aquella luz con que el Venerable Padre veía los peligros en que estaban las almas, era la que la antorcha del amor de Dios habia encendido, y tenia como lámpara continua su divina Providencia en su corazon, para ver en la obscuridad del ageno, los mas ocultos sucesos, y en muchas ocasiones dar repetidamente furiosos estampidos, con que sus voces despertaran los obstinados al desengaño, ó les intimaran su merecido castigo.

Habia en la Ciudad un Coyme, cuya casa era el emporio de todos los vicios, por lo que el Venerable Padre con caridad y prudencia le habia amonestado repetidas veces; y viéndole negado á la correccion secreta, se puso una noche á vista de la casa, y con ferviente afecto é iguales razones, les persuadia á los concurrentes lo detestable del juego y demas pecados que se hacian con tan infame pretexto. Estaba el zeloso Misionero, como una nube del Cielo, lloviendo saludables doctrinas, haciendo de las voces relámpagos, y amenazando con truenos, para mover á algun temor de Dios á aquellas gentes; pero eran en vano sus clamores, por lo que tomando en la mano un Crucifixo, convidaba á todos los tahures, para que se acogieran baxo del árbol de la vida, para libertarse de la tempestad que les amenazaba; pero nada les imprimian las exhortaciones ni las amenazas: acaso consistia tanta contumacia en la del mismo Coyme; y dirigiendo el Predicador sus imprecaciones al Señor Crucificado, le decia: Ea, Señor: Ya es tiempo que levantes la mano de tu Justicia, y de que juzgues tu causa. ¡Cosa asombrosa! Fueron aquellas palabras como un ardiente rayo, que hiriendo al Coyme, cayó muerto, con espanto de todos; y azorado el concurso con tan horroroso escarmiento, se salieron buscando algun refugio.

Otra muger que por el sagrado vínculo del matrimonio debia tener á él ligados sus apetitos, habia rompido las riendas del honor, y precipitada en muy ruidosos escándalos, mantenia una amistad torpe. Varias veces, y con eficaces razones la habia amonestado el Venerable Padre, pero ninguna logró el fruto de su caritativo zelo; y por último, le intimó el fallo de que si no se corregia, temiese morir á puñaladas: ella se burlaba de las tales amenazas, y en su vana confianza, no desistia de sus malas costumbres, y se vió cumplido el anuncio, muriendo al filo de un cu-

chillo, y á manos de su marido.

Vivia en la misma Ciudad un hombre de depravadas costumbres, y encontrándole el Venerable Padre, lleno de lástima le exhortó á que procurara enmendar sus abominables excesos, porque de no hacerlo, dentro de un año moriria muerte desgraciada: despreció temerario el terrible aviso, pero llegó el término señalado, y se vió verificado con funesto suceso, porque le asaltó la muerte con tal precipitacion, que aunque le llevaron Confesor, no fue dable que quisiera confesarse; y así, murió como vivió, olvidado de su salvacion. Otros muchos casos se refieren en que el Venerable Padre con luz superior declaraba los íntimos secretos de varias personas, ó ya para satisfacer á los escrúpulos, dudas y tentaciones que afligian sus almas, ó ya para evitar graves daños que les amenazaban, y que por ser de esta misma materia se omiten, y mas por no tener otra recomendable circunstancia, y dar aquí lugar á un caso, que por las que lo hacen prodigioso, se califica el fruto del zelo del P. Fr. Antonio.

Enfermó en Guatemala uno de sus principales Caballeros, acometido de una completa apoplexia, quedándose privado de todo sentido y movimiento; y habiendo llamado en su espiritual socorro sus interesados al Venerable Padre, solo podia consolarles, sin poder auxiliar al enfermo; por lo que otro condecorado Caballero se afligia mas al verle sin el remedio espiritual, para su alma tan necesario; y condolido, le dixo al Venerable Padre: ¿Es posible que se ha de morir sin confesarse? Á lo que le respondió: Dios querrá que le vuelva la habla. Era esto, segun la vehemente resolucion y estupor que padecia en todo el cuerpo, imposible en lo natural; pero retirándose el Venerable Padre á su Colegio, llegó á él á la hora en que la Comunidad entraba al Refectorio; y habiendo tomado la escudilla del caldo, repentinamente, y sin otro impulso que el de su espíritu, dobló el cubierto, y con otro Compañero se partió para la casa del enfermo, y fue que en aquel mismo instante le habia vuelto la habla y estaba en su acuerdo, segun le dixo un Criado que encontró en el camino, y con quien enviaban á llamarle. Confesóse el moribundo de espacio y en su entero juicio, y despues de bien dispuesto, se volvió á quedar mudo, y en una accesion y paroxismo en que dió los últimos alientos. Fueron en todos iguales los afectos con que daban á Dios las gracias por haberle concedido aquel precioso tiempo en que pudo recibir los santos Sacramentos, en cuya eficacia tuvieron fundada esperanza de su felicidad eterna.

CAPÍTULO XVI.

Hace el Venerable Padre Mision en la Provincia de San Antonio, y frutos de sus apostólicos afanes.

INundadas estaban las Provincias de San Antonio Suchitepeques y la de Zapotitlán de un diluvio de pecados que absorvian la multitud de sus gentes. Son sus habitadores por la mayor parte Indios, que en

muchos Pueblos se extienden por la Costa del mar del Sur, y que aunque ya todos christianos y sujetos á la doctrina de sus Párrocos, daban cada dia pruebas nada equívocas de apostasía, en la corrupcion de costumbres del todo gentílicas. Deseaba el Caballero Corregidor de la de San Antonio poner remedio á tan universal prevaricacion; pero conocia que no eran proporcionadas sus fuerzas ni aun para intentarlo: por lo que tomó el arbitrio de solicitar y pedir con repetidas instancias y súplicas, que le hizo al P. Fr. Antonio para que fuese á hacer Mision en aquella Provincia. Eran estas, conformes al interior y especial instinto que el Venerable Padre sentia; y así, salió con otros dos Compañeros á esta apostólica empresa. Luego que aquel clarin evangélico rompió la guerra contra el Infierno, segun el informe del mismo Corregidor, á fuerza de su predicacion, exemplo y zelo, se descubrió mucho mas daño del que temia.

Tenian oculta y sagazmente formada una Anti-Iglesia con quatro Papas, que se hacian besar las manos y los pies, y que para serlo, le habian sacrificado los ojos al Demonio; ceguedad tan torpe, que en la misma obscuridad les persuadia ser linces, porque ellos eran los Oráculos á que ocurrian para consultar todas sus cosas los Pueblos. Sobre este error fundaban el de que tambien eran Astrólogos, pues no pudiendo ver los Astros, en que necesariamente habian de formar las predicciones que por la parte judiciaria habia en ellos, por fuerza habian de ser falsas las que afectaban, no solo en quanto á los oróscopos y demas sucesos humanos que dependen del libre alvedrio, sino aun en las señales naturales que indican las mudanzas del tiempo y varias impresiones del ayre. No es esto negar que si algunos fueran Nigrománticos, sin ojos, pudieran con abominables artes executar cosas extrañas y preternaturales por medio de la invocacion y pacto con el Demonio, como si no fueran ciegos, pues la existencia de hombres tan malvados, la prueban los anatemas que fulminan los Concilios contra los hechizeros, y las penas que los Derechos Canónico y Civil imponen contra tales delitos.

Pero es conseqüente preciso inculcar, que aunque la ambicion de tiranizar á aquellos Pueblos, paliada con supersticiosas ceremonias de Religion, estaba tan dominante que no era privativa de los que llamaban Papas, pues tambien tenian Obispos y Párrocos, para disfrutar con tales títulos toda la substancia que podian de los Pueblos; pero no es creible que Dios permitiera en tantas naciones y á tantos Individuos ni aun al crecido número de aquellos Curas, hipócritas y embusteros, que pasaban de setecientos, el que todos contratasen familiarmente con su mortal enemigo, y usasen de sus fuerzas para todos sus exêcrables insultos; porque se hace increible que Dios les diera á los Demonios rienda tan floxa para causarles tantos daños, y á ellos que se valiesen siempre de su poder para el logro de todas sus pasiones y apetitos. Lo cierto es, que hombres y Demonios son dos Repúblicas diversísimas, que la Providencia ha puesto en la naturaleza muy distantes, y solo en casos muy raros, y en virtud de una providencia muy extraordinaria, se debe discurrir comercio familiar de la una con la otra.

Conspiraba tambien, con la

ambicion de dominar de aquellos diabólicos é intrusos Ministros, la altaneria de ser temidos, para ser obsequiados; pues ninguno se atreveria á desobedecer, ni ménos á ofender, á unos hombres de quienes tenian creido tener imperio sobre sus vidas, haciendas y comodidades, y que podian dañarles sobre seguro, teniendo en sus manos el poder, sevicia y malignidad del Demonio. Con este servil temor, les obligaban á que con el mas rigoroso secreto les llevaran á los niños, para bautizarles ellos, antes que los verdaderos Párrocos; y en tan sacrílego acto, fingian el prognóstico genetliaco de la buena ó mala fortuna que habian de tener en lo futuro, por lo que cobraban sus derechos, les hacian que les llamaran para los enfermos, y zahumando el aposento, les ponian una candela encendida en la mano, obligándoles á decir sus mas ocultos pecados, y declarar sus cómplices delante de sus Consortes; y diciendo que ya quedaban absueltos, persuadian á los agraviados á que tambien ellos perdonaran los pecados, con lo que ya no tenian que confesarle al Párroco verdadero sino algunas culpas ligeras. Si era Soltero el enfermo, despues de la iniqua confesion, enviaban la candela á la Iglesia, y quedaba tambien libre de confesarle á su Cura las culpas graves.

Estos mismos Curas fingidos eran tambien los Curanderos, que con lanzetas les martirizaban los doloridos, y aun los mas vergonzozos miembros, causando con sus incisiones la muerte á muchos. En haciendo alguna casa nueva, se les habia de avisar para ir á bendecirla, como tambien las sementeras; y les imponian á los dueños rigorosos ayunos, no encender luz de noche, abstenerse por algun tiempo del matrimonio, para cubrir con tales hipocresias sus robos y depravados intentos. Tenian multitud increible de ídolos, colocados en banquillos muy curiosos, que eran los dioses para todas sus necesidades, y que veneraban con extravagante superstición, por haberlos heredado de sus mayores; y en fin, con tirana usurpacion del error, adoraban quanto su fantasía les dictaba; y así, creían ver en una piedra transparente quanto deseaban, engañados de la grande impresion que hacian los objetos en su imaginativa, y segun mas ó ménos eficaces eran los prógnosticos que sacaban para sus enfermos, ó para otros fanáticos vaticinios, ya ominosos, ya lisongeros.

Para batallar contra tan impía idolatria, hechizerias y prestigios, y contra innumerables vicios y pecados que aquellos Indios y otros malos Christianos cometian, con lamentable estrago de sus almas, comenzó á oirse la voz del Venerable Padre, con efectos tan portentosos, que parecieran encarecimientos, á no hallarse confirmados con la deposicion de grandes y calificados testigos que fueron oyentes suyos, y que obligan á confesar que el Hijo de Dios, como á los Apóstoles, les concede tambien á los Varones apostólicos la potestad de predicar su Evangelio, y obrar cosas sobrenaturales, quando median circunstancias que las exîgen, y son, ó de necesidad comun de la Iglesia, ó de la honra de Dios, ó de una máxîma utilidad de los próximos. Desde el primer Sermon, en que usando el Venerable Padre de la potestad que el Señor les dió á los Ministros de su Evangelio, conjuró y anatematizó al Demonio y todos sus sequaces, para que salieran de aquella Provincia, y

no volvieran á tentar, perturbar ni molestar á ninguno de sus moradores; y se vió con admiracion de todos, que habiendo padecido aquellos Pueblos por mas de quatro meses la espantosa y sangrienta plaga de entrarse en ellos y hasta las casas unos feroces Tigres, que mataban sin distincion de edades ni sexôs á quantos encontraban, desde ese dia se suspendió tan lastimoso estrago, ni se vió ya Tigre alguno, y ya iban los Indios solos á sus sementeras, quando los dias antes no lo hacian sino en quadrillas. Así vieron todos abatida la arrogancia, y desterrada la malicia de la antigua Serpiente, y de los Escorpiones sus sequaces, cuya ponzoña y nocivas qualidades se comprehenden por las de los animales mortíferos; pues todas las bestias venenosas y fieras, son las armas é instrumentos de que usa el Demonio para dañar al hombre, como Príncipe de la muerte, y que desde el principio del Mundo fue homicida.

Obraba tambien aquella potestad soberana, y resplandecia en las lenguas de los Apóstoles, quando hablaban en su idioma Hebreo, y les entendian muchas y diversas naciones, como si les predicaran en los propios suyos, prodigio que se comprobó en el Venerable Padre, por deposicion de testigo calificado, no solo por su carácter, sino tambien porque siendo Teniente de Cura, le acompañó en todas las Misiones, como Intérprete de los idiomas de aquellos Indios; y como tal, juró *in verbo Sacerdotis*: »que supo de los mismos In»dios, ignorantes de la lengua Caste»llana, el que entendian lo que pre»dicaba el P. Fr. Antonio, y que mu»chos de ellos le refirieron muchas »cosas y exemplos de los que el Pa»dre predicaba, y que lo percibian y »entendian en su propio idioma, sien»do así que no entendian al Padre su »Compañero, predicando como el »V. Padre, en Castellano.» Confirma esto con la experiencia, pues dice: »que movidos aquellos Indios de la »eficacia de sus palabras, que llega»ban á sus corazones como flechas que »se los traspasaban, les obligaban á »confesarse; y lo hacian tan contritos »y llorosos, que descubrian los peca»dos é idolatrias que hasta entónces »habian callado.» Y dice: »no haber »experimentado, en lo mucho que ha»bia administrado á los Indios los Sa»cramentos, disposicion *tan linda* pa»ra llegar al de la Penitencia.» Por fin asegura: »que vió que muchos de »los Indios se confesaban con el Ve»nerable Padre, y llegando despues »á reconciliarse con él, les pregunta»ba, si el Padre les habia entendido. »Y le decian: sí, Padre, porque el »Santo P. Fr. Antonio nos entiende »y le entendemos.» Lo que fue notando en todos los Pueblos que anduvieron con las misiones.

Al compás de esta divina luz con que iluminaba aquellos Pueblos la antorcha del Evangelio, inflamaba tambien las voluntades de los Indios, y rendidas á la inspiracion de la Providencia, se convenian unos con otros, y era admirable la multitud de idólatras, mágicos y hechizeros que se presentaba al Venerable Padre, con tal eficacia, que se disputaban la primacia para descubrirle sus errores; y como en el dia estaba continuo en el Confesonario y Púlpito, le ocupaban en la noche hasta las diez, y hasta la una de la mañana. Allí confesaban, siendo intérprete el dicho Señor Sacerdote, sus mayores excesos, y la ceguedad con que les tiranizaba el De-

monio, gimiendo debaxo del pesado yugo de sus Papas, Obispos y Curas, sin atender á la doctrina de sus legítimos Párrocos. Este desengaño se comprobaba en la abominacion con que ya miraban y entregaban todos los instrumentos de sus idolatrias, encantos, bruxerias y abusiones, lo que se hace indubitable, por una Carta del Venerable Padre, en que decia: »Ahora mismo está la plaza hecha »un monte alto de ídolos, banquillos, »sillas y otros trastes encantados, en »donde ofrecian, los dias que en su »Chololquili ó Calendario eran bue»nos, las candelas, copal, &c. Gra»cias al Señor. No salimos á parte »alguna á Mision, donde no muestre »nuestro buen Jesus que su divina »Magestad es quien la hace por sus »pobres jumentillos.»

Entre las abominaciones del adulterino culto de aquellos nuevos Christianos, adoraban, como los antiguos Gentiles, por dioses, hasta los mas feos animales. Tal era una Hidra ó Culebra del agua, que veneraban por diosa de ella, y le encomendaban la felicidad de sus pescas. Esta se les hacia presente en el centro del rio; y despues que le ofrecian incienso y sacrificios, verbalmente les pedia su comida, que era de lo mismo que le sacrificaban. Esas mismas voces con que el Demonio fomentaba su idolatria, eran evidente prueba de que no hay peor ni mas iniqua cabeza que la cabeza de la Culebra; pero como la de la Serpiente antigua, quedó tambien pisada la de esta infernal Culebra, y desterrada de aquellas aguas, porque quitadas con las exhortaciones evangélicas las venenosas falacias que habia inspirado en los corazones de aquellos miserables, fueron tambien arrojadas sus serpentinas astucias y venenosa malicia.

Declarada la divina Providencia en favor de aquellos miserables Indios, fueron innumerables las conversiones que con raras circunstancias resultaron de las Misiones; y así, depone con juramento un docto Cura, que despues ascendió á Provisor y Vicario General: »Que parece »permitió la divina é infinita miseri»cordia de Dios, que por medio de »las diligencias, desvelo y zeloso tra»baxo de los Padres Misioneros, se »libertasen aquellos Indios con tan »conocido desengaño, que absoluta»mente negados á lo diabólico de sus »pasadas costumbres, solo se les ad»vierte hoy unos exercicios tan cató»licos, y unas costumbres tan devo»tas, que los que antes eran Minis»tros del Demonio, son ya legales hi»jos de nuestra Católica Religion.» Es tan grandiosa y autorizada esta universal expresion, que solo ella basta para formar cabal idea del maravilloso fruto que en aquellos Indios lograron los infatigables afanes del P. Fr. Antonio: pero para satisfacer á la devota curiosidad, que se deleyta en los particulares casos y misericordias de nuestro gran Dios, se dirá la conversion de un Indio, por la que se pueda formar idea de las de otros muchos, y del infeliz estado en que estaban sumergidos con una perdicion necesaria, si la divina gracia no hubiera, por medio de esta Mision, socorrido sus almas.

Habia un Indio mas que bárbaro, pues continuamente se le aparecia y tenia familiar trato con él el Demonio: éste se le figuraba como una nube, y envuelto en ella decia, que iba á remotísimas partes del Orbe: que habia estado en Francia, y varias veces en España: que habia visto á

los Reyes, Guerras y muchas Ciudades, y tambien la de Roma, pero que nunca pudo ver al Sumo Pontífice, porque siempre estaba el Sacro Palacio cubierto de resplandores como llamas, que le estorvaban la vista. Referia á su Cura, con individual expresion, los lances que le habian sucedido en el viage que hizo á España, y en la vuelta á Indias: decia tambien que habia tenido comunicacion con doce Capitanes de su arte en Nicaragua, los que en figuras de aves de rapiña y otros animales, hacian en los Pueblos muchos daños. Para dar un prudente asenso á tan extraña historia, no se han de adoptar las inverisímiles circunstancias con que un Autor Demonógrafo cuenta los vuelos y las transformaciones de las bruxas; pues de dos dice: que una en figura de Gato, sufrió que le molieran los lomos á palos, y otra con la de Sapo, la pasaran á cuchilladas; y es de reir, que las que habian volado de léjas tierras, excediendo la velocidad de las Aguilas, para ir al lugar de su desgracia, no pudieron volar para evitarla, y se volvieron volando á sus casas. Se debe pues tener á la vista la constante doctrina del Gran Padre San Agustin, que haciéndose cargo de varias historias de transformaciones, como las que se dicen de Círce, que transformó los Soldados de Ulises en brutos, y las de los de Diómedes en aves, todas las descarta con decir, que quando no sean fabulosas, por lo ménos son aparentes é ilusorias.

Mas verisímil es que el Demonio le representara en la fantasia al hechizero los vuelos, las Ciudades, las personas y las guerras que decia haber presenciado y visto, que no el que elevado en una nube, pudiera ver los sucesos de una guerra, sin que se lo estorvaran, ó la desproporcionada distancia ó el mucho polvo, y el humo de la artillería, marchas y extension de una campaña. Mas inverisímil es que se mantuviese en una nube, siguiendo las singladuras de un navio tres meses continuos de ida y tres de vuelta, estando distante de su alcázar y toldilla, para no ser visto, y muy próximo para ver, oír y presenciar los lances que al Señor Beneficiado le sucedian, siendo tambien insensible á todos los accidentes y mudanzas de los tiempos; pero asegurar las transformaciones de los doce Capitanes, no solo es inverisímil, sino ilusion diabólica, y efectos todos de su imaginacion viciada, por la horrible impresion que en ella hacian las apariciones del Demonio, en que conturbada la imaginativa, le representaba todas las especies que conducian á su fanatismo, en un profundo sueño y pesado letargo.

Este era entónces el estado en que estaba sumergida aquella miserable alma; y siendo tan continua la comunicacion y trato familiar con el Demonio, era tambien necesario que siempre estuviera propensa y determinada á toda especie de pecados, y para engañar y terrificar á los otros, pronta á practicar los mas sacrílegos y supersticiosos prestigios, y quantos medios juzgara oportunos para el logro de los vicios, que son inseparables de hombres tan delinqüentes y malvados, que tienen su felicidad en los mayores delitos; pero eran los bramidos que como Leon generoso daba el P. Fr. Antonio desde el Púlpito contra todos los pecados, capaces de intimidar á los pecadores, aunque fueran las mismas fieras; y como salian inspirados del ardiente fuego del

amor de Dios y del próximo, en ellos iban disparados los mas eficaces auxilios con que la divina misericordia les llamaba á una verdadera penitencia; y á eficacias de la divina palabra, quedó rendida la alma de ese miserable pecador, y tan movida al dolor y contricion de sus gravísimas culpas, que no solo hizo una confesion general de todas ellas, sino que se presentó á su Párroco, reconocido de sus errores y maleficios, que detestó y abjuró públicamente; y despues perseveró con singulares pruebas de que su conversion habia sido una de aquellas prodigiosas mudanzas de la divina diestra, con que suele hacer de una pública pecadora, una penitente Magdalena.

Por esta y otras muchas conversiones, eran arrojados los Demonios de las sacrílegas aras en que se habian hecho dar infames adoraciones; pues ellas mismas, con todos los demas instrumentos de idolatría, mágia, supersticiones y maleficios, fueron consumidas del fuego en públicas hogueras, protestando aquellos Pueblos, con Procesiones de penitencia, que su arrepentimiento era efecto de su desengaño, y que arrepentidos de sus culpas, solo querian ver echadas de sus Pueblos y de sus almas, Serpientes tan engañosas en sus promesas, como impias y mortíferas. Á todo concurria la divina Providencia, acreditando la confianza que habian concebido de la paternal benignidad y misericordia de Dios, no solo para curar sus débiles espíritus con el perdon de sus culpas, sino tambien sus corporales dolencias.

Habia mucho tiempo que padecia una India una fuerte alferecia ó gota coral, con movimientos convulsivos en todo el cuerpo, y privacion de los sentidos. Accidente tan fatal, que algunos llaman sóntica ó demoniaco, porque es tan rídiculo en sus gestos, como intrincada su curacion, y que muchas veces lo causa el enemigo. Viéndola su marido muy desflaquecida, ya con el color cadavérico, y cubierta de llagas y cicatrices, de los golpes y quemadas que se daba en la invasion del accidente, y en lo humano sin esperanza de remedio, la puso en la divina piedad, y la llevó, valiéndose del Cura Coadjutor, para que el P. Fr. Antonio la viera. Con tan eficaz diligencia, el V. Padre le impuso las manos en la cabeza, rezando los santos Evangelios y otras deprecaciones, con lo que se fueron muy consolados. Grande fue sin duda la fe que habian tenido, pues pasado bastante tiempo, se encontró el mismo Cura con la enferma; y al verla ya muy robusta, le preguntó si ya estaba sana. Á lo que contestó el marido diciendo: »Sí, Padre, porque des»de que el Padre Santo puso las ma»nos en la cabeza de mi muger, no »le volvió á dar mas el mal, y no so»lo quedó buena del todo, sino que »hemos logrado tambien el tener un »hijo.»

Así desempeñaba el Señor las promesas hechas en su Evangelio á favor de los que creían la doctrina de sus Ministros; pero era intolerable para el Demonio el ver que no podia resistir á ella; y así, para impedir el progreso de los gloriosos triunfos que la verdad evangélica lograba cada dia contra sus astucias, les sugerió á algunos de sus faccionistas, el divulgar que el descubrimiento de las antiguas idolatrias que tenian tan ocultas los Indios, no podia ser efecto de su desengaño, pues lo era de la fuerza de los castigos con que les ha-

bian apremiado las Justicias, llegando esta calumnia hasta los Superiores Tribunales, en tono de querella, pero mal instruída, y al punto se les deshizo la trama, certificando con juramento quatro Señores Sacerdotes, dos Curas Beneficiados, y dos Coadjutores: »No haber habido castigo al»guno, ni ménos violencia temerosa »que les diese motivo á semejante »disculpa, sino que todos libres, y »con ánimo expontaneo y rendido, se »manifestaron, y limpiaron de sus »acanceradas propiedades.

Disipadas las tinieblas de tan diabólica mentira, tuvo el Príncipe de ellas que ceder á la verdad evangélica, y trastornado el Trono en que habia tiranizado aquellas Provincias, sacudieron el pesado yugo de las falacias, supersticiones y hechizos con que mantenia su idolatría; y quedaron, segun el dilatado informe que su Corregidor hizo á la Real Audiencia de Guatemala, usando de sus mismas palabras: »hechas un Paraiso de »Dios, en cuyos Pueblos se veía lo »que nunca, que era la freqüencia de »los Sacramentos en Indios, y en quie»nes no lo eran: extinguidos vicios de »amancebamientos y juegos, en unos »y otros: que estos se han convertido »en mucha continuacion de rosarios »en las calles y en las casas, siendo »todos los Pueblos un Coro de Án»geles al romper del Alva, á la cam»pana de las doce y á la oracion, ala»bando todos á una, en voces harmó»nicas, á Jesus Sacramentado, á su »Madre Santísima, y al glorioso San »Joseph, con otras oraciones que la »gran caridad del R. P. Fr. Antonio »les dexó enseñadas é impresas en »sus corazones.»

En nuevo campo de batalla entró el Venerable Padre pasando á la Provincia de Zapotitlán; pero como iba ya aguerrido, experto en los ardides, fuerzas y emboscadas del enemigo, marchaba confiado en alcanzar nuevas victorias, para mayor honra y gloria del Señor de los Exércitos. Habia ya misionado en la Cabecera con los frutos que se han dicho, y pasó al Pueblo de Cuyotenango, en donde á los primeros asaltos, rindieron las armas los partidarios y sequaces del Príncipe de las tinieblas. Adoraban aquellos Indios, como su propio Cura depone con juramento, un monte, hasta entonces desconocido, como á dios de las selvas, al que ofrecian inciensos y sacrificios de animales; pero desde el principio de la Mision manifestaron todos sus abusos, idolatrias y supersticiones, entregando los culpados los instrumentos y piedras con que creían hacerse invisibles, y excitar á otros á la concupiscencia y facilitar la rapiña. Habia entre ellos cinco tiranos, con el nombre de Obispos, que por medio del Demonio embaucaban á los simples con prestigios ilusorios, para dar prognósticos de las vidas ó muertes de los enfermos; pero de estas vanas observancias, de otras ridículas creencias y supesticiosos engaños en que les tenian imbuidos, les libertó el Señor por medio de sus apostólicos Ministros, en quienes, dicen el citado Párroco y su Coadjutor, »predicaba »mas la eficacia exemplar de sus ac»ciones, que sus palabras; por lo que »reconocian tal mutacion en aquellos »Pueblos, que los veían reconocidos »y reducidos á Dios en todo su par»tido.»

Con todo, todavia era el centro de la malicia y del Exército infernal el Pueblo de Masatenango, pues fueron necesarios para reducirle, qua-

renta dias de mision, quando en los demas fueron bastantes diez y ocho. Acompañábala, en calidad de Intérprete del idioma, el Señor Cura Coadjutor, é igualmente que los Padres, predicaba y confesaba, y como testigo de vista, asegura en el informe, que juró: »Que desde el primer dia »decian aquellos Indios, ya sin recato, habérles ya llegado el desengaño, y que ya era tiempo de seguir »con Fe verdadera, y constancia, las »católicas costumbres á que tan apostólicamente les persuadian los Padres, con lo que se logró en lo general copioso fruto, y la extirpacion »de abominables abusos, descubriéndose en la Jurisdiccion, un Pontífice »y nueve Obispos, con las mismas »circunstancias que se dixeron de los »otros.» Por esta causa eran en este Pueblo mas y mayores las ilusiones y fraudes con que les fascinaba el Demonio, y las extorsiones con que les vejaban sus inmundos Obispos, pues aun para los mas enormes y obscenos delitos, les daban tutelares y dioses, imponiéndoles bayles en que les dieran cultos con oraciones y perfumes; y castigaban con graves penas á los que faltaban á estas juntas y sacrílegas invocaciones.

Contra tan infernales astucias batallaba el Venerable Padre con la espada de la verdad y fuerza de la doctrina evangélica, concurriendo el Señor con la luz con que vino á alumbrar á todo hombre, haciéndosela ver á los mas ciegos y perversos de aquellos miserables. Habia uno que, como el mas inculto bárbaro, y ageno del conocimiento de Dios, traía siempre consigo tres inseparables Demonios, uno para hurtar con osadia: otro que le franqueara las puertas, é inclinar las voluntades á que condescendieran con sus execuciones lascivas; y otro que le daba fuerzas y valor en las pendencias. Otro Indio, desde jóven tenia trato familiar con el Demonio, con quien se habia mezclado en viles torpezas, representándosele como una fantástica belleza; por lo que uno y otro, con tales Maestros y Compañeros, habian executado indecibles daños y maleficios; pero ambos fueron triunfos de la gracia, porque heridos sus corazones de los dardos y saetas de la divina palabra, respondieron á la inspiracion, que les llamaba á la penitencia, y se presentaron humillados, y contritos confesaron, como Manasés, sus idolatrias y pecados, pidiendo con humildad el perdon y remedio de ellos.

Este mismo christiano afecto, testifica dicho Señor Intérprete, prevaleció en todos aquellos Indios; y así, dice: »Se desengañaron con efectos tan conocidos y demostraciones »tan católicas, que en protestacion de »su arrepentimiento, entregaron todos los instrumentos de su engañoso »embeleco, y los quemaron públicamente en las plazas,» advirtiendo dicho Señor, un sumo alborozo en sacudir de sí estas cosas; tanto, »que »las piezas que saltaban del fuego, »ellos mismos las volvian á arrojar »para que se consumiesen, de donde »así yo, (dice) como otros muchos, llegamos á entender que el dichoso alborozo y regocijo, era festejo y celebridad, en gracias de que en aquel »dia les habia concedido la divina »misericordia la luz evangélica de »que tanto habian carecido; pues así »nos lo dieron á entender en las varias y públicas penitencias que todos hicieron el dia de la Procesion »de penitencia que se hizo en aquel »Partido, confirmándolo con las con-

»fesiones sacramentales que así mismo hicieron, así conmigo, como con »los Padres Misioneros, en que no »hay que dudar serian con la formalidad y rectitud que se requeria para un verdadero dolor y firme propósito de la enmienda.»

Con los ya citados y otros extensos informes, se dió cuenta de todas las resultas de la Mision del Venerable Padre á la Real Audiencia de Guatemala, que deseando fuesen sólidas, y que quedara del todo extirpado tan pestilencial contagio, libró dos Reales Provisiones á los Señores Obispos de Nicaragua y de Comayagua, en que les ruega y encarga tengan presentes sus puntos, para aplicar en sus Diócesis oportuno remedio á tantos males: estos felices sucesos con que la divina misericordia visitó á aquellos Pueblos, hicieron venir cargado de despojos al P. Fr. Antonio para su Colegio, trayendo como en triunfo á los quatro Pontífices que como ídolos adoraban aquellos Pueblos, los que se mantuvieron en él muchos años, hasta que fueron muriendo, lo que lograron en el seno del desengaño, y con la disposicion de Christianos, como tambien otros de aquellos Obispos y Maestros, á quienes destinó la Real Sala al servicio de otros Conventos, para solidar su conversion, con la doctrina y exemplo de tan sabios como piadosos Padres, que les miraban como á sus mas queridos hijos.

CAPÍTULO XVII.

Vuelto al Colegio, acude el Venerable Padre al remedio de algunas almas por prodigiosos modos, y acabada la Guardianía se dedica á las Misiones de Infieles, de donde es llamado á este Reyno.

DIA de solemnidad y de alegria fue para la Ciudad de Guatemala, el en que conmovidos y alborozados sus estados, y toda clase de personas, vieron entrar, como en triunfo del zelo apostólico, prisioneros los Anti-Papas, Pseudo-Obispos, Nigrománticos y Maestros de hechizerias, que la Real Sala habia mandado conducir á ella; pero el P. Fr. Antonio, ya de antemano estaba encerrado en el abismo de su nada y en el silencio de su celda, pidiendo al Señor, que habia obrado con su gracia conversiones tan maravillosas, las confirmara con la perseverancia, y que á él solo se le tributaran toda la honra, gloria y alabanza. Esta ingenua humildad de su Siervo, la premiaba el Señor con empeñarle en nuevos desvelos por el bien de las almas, y obrar prodigiosos sucesos, que interesan tanto al consuelo de los pecadores arrepentidos, como al escarmiento de los obstinados.

Sin desatender el Venerable Padre las precisas ocupaciones de la Prelacía, lograba las treguas que le permitia el oficio, para cumplir tambien las del Instituto, y salia á misionar por los Pueblos circunvecinos. En uno de ellos, llegó á confesarse una muger que habia seis años que estaba enredada en una torpe correspondencia; y como todavia estaba en la ocasion próxima, siendo esta vo-

luntaria, aunque con lágrimas y promesas le pedia al Venerable Padre la absolviera, él resistia, hasta que quitada toda ocasion viniera mas bien dispuesta; pero fueron tales las expresiones de su dolor y las palabras de la enmienda, que juzgándolas el Venerable Padre por extraordinarias, hubo de absolverla. Fuese á su casa, y ocurriendo luego el mancebo, le notificó ella, que primero perderia la vida que volver á la culpa: él, ciego de su pasion, la molestaba, ya con ruegos, ya con amenazas; pero firme en su propósito, resistia á todo la penitente arrepentida, diciéndole que no irritara la divina Justicia; pero esto avivaba mas su pasion, y empeñado ya en su terquedad y molestias, la muger se afirmaba mas en sus santos propósitos; y por rara providencia entró un descomunal vestiglo ó Demonio, en figura de Ximio, que le dió á aquel corazon obstinado un golpe, poniéndole las manos en el pecho, con lo que cayó de espaldas, y tan mal herido, que llevado á su casa, dentro de poco rato tuvo el funesto fin de morir en tan mal estado, sin el socorro de los santos Sacramentos. Si en este suceso fue un Demonio ministro executor de la Justicia divina, en el siguiente se verá otro Reo executoriado de la divina Misericordia.

Predicaba en otro Pueblo las inefables misericordias y paternal amor de nuestro gran Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva, para cuyo fin le dá el tiempo y lugar para que pueda borrar con la penitencia las manchas de sus culpas; y al baxar del Púlpito se le presentó un hombre, descubriéndole de plano que por sus innumerables y gravísimos pecados habia hecho pacto con el Demonio, firmándole una cédula en que le entregaba su alma, y prometia ser siempre esclavo suyo. El Padre le animó, con la firme confianza que debia tener en la Misericordia divina, y le exhortó á que para merecerla hiciera una confesion entera de todas sus culpas, con firme dolor y propósito de la enmienda, y así quedarian borradas, y tambien la cédula que el Demonio tenia. Hízola con muchas lágrimas de contricion, y habiendo tenido con la absolucion sacramental un excesivo espiritual consuelo, todavia sentia su corazon afligido, por no poder recoger la cédula que retenia el Demonio. El Venerable Padre le persuadia que ya aquella cédula no tenia fuerza ni valor alguno, pues estaba legítimamente revocada por el Sacramento de la Penitencia, porque en él se le comunicaba toda la eficacia de la Sangre de Jesuchristo, que en la Cruz borró la escritura y decreto que contra el Género humano alegaba el Demonio. Con todo, preocupado de su temor, temblaba aquel hombre, representándole su imaginativa que la cédula no podia dexar de ser válida mientras no se rompiera.

Ignoraba, como muchos, que aunque el pecado queda no solo en la memoria, sino tambien en el decreto de Dios para castigarlo, pero quando por el Sacramento de la Penitencia lo perdona, no lo hace de forma que haga que el pecador no haya pecado, sino que el pecado cometido quede borrado de su memoria, como tambien el decreto que tenia reservado para vengarlo con el castigo; y consiguientemente hace que el mismo pecado no quede en la memoria del Demonio para acusarlo, ni en la del pecador para desesperarlo; pero viendo el Venerable Padre que aquel pá-

nico terror y cobarde aprehension del penitente podia conturbarle la fantasía, y hacerlo caer en una fatal desconfianza, ú otra desesperacion precipitada, que segun su genio, le pusiera en su última ruina, le dixo: Pues llévame al lugar donde hiciste ese pacto iniquo con el Demonio: fueron ambos, y avivando aquel Sacerdote del Altísimo la fe de las divinas palabras de nuestro Redentor crucificado, y de la potestad que sobre los Demonios les dió á sus Ministros, exôrcizó, conjuró y anatematizó al Demonio, mandándole que apareciera en la misma forma en que habia engañado á aquel miserable hombre, y traxera la misma cédula en que le entregaba su alma. Obedeció el rebelde espíritu, apareciendo en forma humana visible, pero resistió el entregar la cédula; y renovándole el Venerable Padre hasta tres veces el mandato, á todas se negó soberbio; por lo que arrebatado de aquella santa ira con que los zeladores de la honra de Dios y de la verdad de su divina palabra defienden la de sus promesas, arremetió al Demonio, y estrechándole entre sus brazos, luchaba con él, y le oprimia con la misma fortaleza que el Príncipe San Miguel abatió su soberbia, diciéndole: ¿Quién como Dios? y otros eficaces conjuros, hasta que el infeliz espíritu clamó, diciendo: déxame, Fr. Antonio, déxame, que me atormentas; y tirando á sus pies la cédula, huyó cobarde y vencido hasta el Abismo. No se sabe si despues de tan estupendo suceso, quedó el corazon de aquel hombre en perfecto sosiego; pero es de admirar que le fue al Venerable Padre mas fácil avocar, luchar y vencer á un Demonio, que reducir á razon el capricho y aprehension de un escrupuloso, que de ordinario lo son los que han vivido con mas desenfreno en la carrera de los vicios.

Fueron los Apóstoles luz del Mundo, y los que la Suprema Cabeza de la Igfesia substituye por successores suyos, deben serlo tambien para alumbrar á los hombres en las tinieblas de sus pasiones; y siendo sin duda el P. Fr. Antonio destinado para luz del Reyno de Guatemala, pues muchos le veneraron como Apóstol suyo, tambien la soberana Providencia le ilustraba con luces extraordinarias, para dirigir por las sendas de la paz y de la justicia las almas. Hallábase en la Ciudad un Caballero, y sabiendo que un Amigo suyo, á quien habia libertado la vida y hecho importantes beneficios, le habia levantado un falso y criminoso testimonio, en que perdia el honor y buena fama que en toda ella tenia, concibió tal sentimiento y odio, que determinó vengar felonía tan injuriosa con quitarle la vida. Era dicho Caballero muy familiar del P. Fr. Antonio, y estando encerrado en su quarto, meditando el modo de executar su venganza, tomó las armas, por ser ya las nueve de la noche, para ir á executarla; pero al mismo tiempo, sin saber como ni por donde, se le presentó en el quarto el Venerable Padre, y tomándole del brazo, le dixo: ¿Qué es esto? ¿Anda por aquí Patillas? Y cerrando la puerta, prosiguió: ¿Á donde va, bárbaro? Y con esto, el hombre se arrojó á sus pies lleno de lágrimas, y le rindió las armas que llevaba prevenidas. El Venerable Padre le levantó entre sus brazos, y dándole saludables consejos, le citó para que el siguiente dia se viera con él en el Colegio: así lo hizo, y habiéndole confesado y dado la sagrada Co-

munion, salió de él tan mudado, que yéndose de allí para el Palacio, en la puerta se encontró con el asesino de su honor, y echándole los brazos, sin darse por entendido de su agravio, no volvió jamás á renovar sus justos sentimientos, ponderando siempre, y asegurando con juramento, que estando la puerta de su casa cerrada por sus Criados, nunca supo por donde habia entrado el Padre, ni por donde habia salido, ni tenido valor para preguntárselo, ni como supo qual era su casa, no habiendo estado ni una vez en ella.

No es ménos admirable la penetracion de los interiores que el V. Padre tenia, y se ve en el caso siguiente. Un hombre, á quien los escrúpulos le tenian muy afligido, y siempre temeroso de su salvacion, confesándose con el Venerable Padre, este le dixo: »No tema, que se salvará.» Sucedió con este, lo que ordinariamente sucede á los caprichosamente escrupulosos, que en lugar de aquietarse con tan dulce esperanza, prosiguió su mania, yendo á consultar con otro Confesor, diciéndole: que el Venerable Padre le habia asegurado su salvacion. Era el Consultor muy Teólogo, pero solo especulativo; y pareciéndole ser esa seguridad temeraria, se fue á ver con el Padre, y le replicaba los peligros á que exponia á aquel hombre, que asegurado de su salvacion, podia vanamente confiarse, y perderse eternamente. Escuchóle el Venerable Padre con mucha mansedumbre, y con ilustracion superior le respondió: »No se »espante, que el mismo que me dixo »haber Vm. pernoctado mala noche, »y con poco temor de Dios, sin con»fesarse, pasó hoy á celebrar; ese »mismo me dixo que ese hombre se »salvaria.» Enmudecido y confuso se quedó aquel Teólogo, viéndose convencido con las feas manchas de su conciencia: felicidad suya sería si procuró expiarlas en el Sacramento de la Penitencia, movido de tan importante aviso, pues le constaba que no podia ser sino del Cielo.

Estando gravemente enferma y casi en los últimos de la vida una hija de Don Felipe Guzman y de Doña Antonia Arguello, de la Ciudad de Guatemala, quando ya tenian del todo perdidas las esperanzas de que viviera, acordaron acudir á la divina misericordia, por medio del P. Fr. Antonio, y le enviaron á llamar de su Colegio. Entró el Venerable Padre hasta la cama de la enferma, que en el concepto de todos los asistentes estaba ya difunta, y les dixo: que no era finada, sino que estaba descansando; y poniéndose de rodillas, rezó el rosario con todos ellos, y cantó el Alabado; y volviendo á la cama de la niña, la santiguó con el rosario, y la llamó diciendo: Ea, Maria, ya basta, ven de donde estás, y al tercer llamamiento, se incorporó ella sola, y quedó con salud tan perfecta, que al otro dia se levantó, dexada del todo la cama, no dudando ninguno de los concurrentes al caso, que la niña estaba ya muerta, y que milagrosamente habia resucitado.

Ya se ve que para discernir si la dicha curacion repentina habia sido natural ó sobrenatural, se debian consultar hombres doctos y Físicos, que resolvieran con atencion á la exquisita y sábia diligencia con que la Iglesia procede en el exâmen y calificacion de semejantes casos; pues aunque en el dicho no hubiese habido resurreccion verdadera, podia, por las circunstancias de ser una curacion re-

pentina, perfecta y constante, parecer milagrosa; pero este juicio fue el que el Venerable Padre intentó eludir, diciendo, que la niña no estaba muerta, sino que descansaba, y con llamarla tres veces, como que era necesario para dispertarla de un sueño profundo. Esta modestia la enseñó el divino Maestro en otro caso en que resucitó á otra niña ya difunta, y dixo que no estaba muerta, sino que dormia, porque con soberana moderacion queria ocultar el milagro, ó atenuarle, sin que por eso mintiera, pues usó de una palabra equívoca, no para engañar, sino para dar exemplo de su modestia y humildad; porque si el dormir, literalmente es descansar en el sueño, en sentido figurado, tambien significa el estar muerto.

En estas y otras muchas ocupaciones, á que compelian al Venerable Padre el zelo y la piedad, cumplió el trienio de su Prelacía; y viéndose ya libre de sus pesados grillos, no pudo dirigir sus pasos sino hácia donde le arrastraban aquellas cadenas que saben conducir prisioneras á las almas desde muy distantes Provincias, porque con deseos impacientes y sagrados, suspiraba su corazon por la conversion de los Gentiles Talamancas, que mucho tiempo habia tenian cautivada su alma; y para facilitarla con los mas sólidos principios, le representó á la Real Audiencia de Guatemala, los medios que ya tenia muy experimentados, y á tan alto fin, le concedió una nueva recluta de Soldados para resguardo de los Misioneros, y para la civil educacion de los Indios. Acompañóle un Religioso de robusto espíritu; pero como el del Venerable Padre era rigorosamente apostólico, confesó de sí, que muchas veces llegó á desfallecer, vencido de la fragosidad de los caminos, y de los rigores del tiempo y falta de alimentos; pero que en tales angustias, acudia su Venerable Compañero á su socorro necesario, y alguna vez, por raro modo, le conduxo á donde con la miel silvestre hallara el sustento y fortaleza que su necesidad y fuerzas pedian. Renovaba el Venerable Padre en aquel camino, el zelo y caritativas virtudes con que otras veces habia visitado, instruido y reformado sus circunvecinos Pueblos; y en esta ocasion se le ofreció tambien la de confirmar con la caridad mas fina, la de la humildad religiosa.

Años antes, saliendo de la Talamanca, habia predicado en un Pueblo, pero con tan infausto suceso, que autorizando el concurso su Párroco, quando todos oían con christiana compuncion su evangélica doctrina, á él solo le sonó mal, y á gritos desde el Presbiterio le llenó de injurias y desprecios, y le mandó baxar del Púlpito: al instante lo hizo el Venerable Padre, y arrojándose á sus pies, le pidió, besándoselos, perdon de sus yerros, y agradeciéndole que alumbrase su ignorancia y castigase su soberbia. Yendo pues el Venerable Padre en esta nueva entrada, ocurrió que entre la Ciudad de Leon y la de Granada se encontrara con el Illmô. Señor Obispo, y pasmado aquel Prelado de ver al Venerable Padre descalzo, y sin mas equipage de camino que el báculo y Santo Christo, le preguntó: ¿á donde iba, y de donde venia? Estándole dando razon de su destino, fue llegando aquel Párroco que tan ásperamente le habia humillado, y al punto que le conoció el Venerable Padre, con mucha urbanidad interrumpió la conversacion, diciendo al Señor Obispo: perdóneme

V. S. I. que no puedo dexar de saludar quanto antes á este Padre, que es mi Amo y mi Señor, y le debo lo que nunca acertaré á agradecerle; y llegando desalado al Cura, le besó las manos y los pies, con extrañas expresiones de respeto y de cariño. Este es el espíritu del Evangelio, que movia el corazon del Venerable Padre, y le tenia como connaturalizado con la mansedumbre y humildad, de modo, que aun el lance mas inopinado, siempre le cogia prevenido.

Á esta ausencia de Guatemala, parece corresponder un singular caso sucedido en ella. Habia muerto Don Diego Arguello, y su muger Doña Juana Cobar se dió con tan desordenado extremo al sentimiento, que se vendó los ojos, haciéndose ciega no solo á la luz material, sino tambien á la de la Fe, prorrumpiendo en escandalosas proposiciones que sonaban como blasfemias; pero se habia hecho notar, que todos sus extremos y gritos sucedian al tiempo que la tenia en sus brazos una Mulata amiga suya, y que freqüentaba su casa. Ya se habian practicado muchas diligencias christianas, por medio de varios Sacerdotes doctos y piadosos, pero sin efecto alguno. Una mañana, como á las seis horas, se entró por las puertas de la casa el P. Fr. Antonio, saludando como siempre, con decir Ave Maria, y al punto se salió corriendo la Mulata, como de huida, y nunca se supo mas de ella. Entró al aposento diciendo: que el jumentillo del Señor, (que así llamaba su persona) habia caminado aquella noche quarenta leguas, porque su alma no se perdiera: al punto se salieron los circunstantes, y quedando el Venerable Padre con la viuda, desde aquella hora entró en su acuerdo, y tan libre de su pasion, que se quitó la venda de los ojos, y no se le oyó palabra alguna que desdixera de la Religion y piedad christiana; por lo que habiendo verificado sus parientes que el Venerable Padre no se volvió á ver aquellos dias en Guatemala, tuvieron por milagrosa, tanto la mudanza de la viuda con la fuga de la Mulata, como tan saludable venida, que pareció mas que vuelo, andando en diez horas lo que pedia algunos dias, ó que se transformaba su cuerpo en espíritu, para volar mas ligero.

Quarenta leguas de Costa-Rica á las montañas caminaba el Venerable Padre, con todo el convoy y escolta destinada á la Talamanca, y con los generosos designios de que en arreglando sus conversiones, le fuera escala para entrar en el Perú, deseoso de reducir á la Fe todos los Gentiles que habitan las Costas del istmo de Panamá; pero en el camino le alcanzó una órden del Prelado Superior, que le ordenaba volver á este Reyno para la fundacion de otro nuevo Colegio: y aunque con instancias le pedian los Gefes de la expedicion, y su Compañero, que como ya práctico en aquellas sierras, entrara al establecimiento y arreglo de aquella nueva Colonia, y dispuestas las cosas, conforme al plan que habia propuesto, despues se volviera. Eso no, dixo el Venerable Padre, ni un paso adelante, lo que me manda la obediencia es que me vuelva: y de pronto lo fue haciendo, con la resignacion que es propia de un espíritu desnudo de todo lo que no es Dios, formando de su corazon la ara en que ofreció á su Magestad el sacrificio de su propia voluntad y apostólicos deseos, encendido en el fuego del amor que les tenia á aquellos pobres y desgraciados Indios.

Á largas jornadas, llegó al Colegio de Christo crucificado, y al verle de marcha, fue muy doloroso el sentimiento de toda su Comunidad, no pudiendo remediar la ausencia del que amaba y veneraba como á su Fundador, Padre y Caudillo, y que era la primera fundamental piedra del material y espiritual edificio de aquel Apostólico Seminario. Llegado el dia de su partida, se despidió de la Santa Comunidad, postrado en su presencia, pidió perdon de sus defectos, y de qualesquiera mal exemplo ó escándalo que hubiera dado. El Prelado, por dar treguas á la ternura de paso tan sério, le mandó que dixese alguna cosa de edificacion á la santa Comunidad. Entónces el humildísimo Padre, que en rígido escrutinio de su conciencia, solo latia como escrúpulo el que mandando las Bulas Apostólicas que los Misioneros no salgan del Colegio á la Ciudad, sino para algun inevitable negocio, y esto rara vez, para que quanto mas vigilantes fueren de la monástica soledad, se hagan mas aptos para reprehender las diversiones de los Fieles, y que en este punto se podia haber notado que á él de dia y de noche le habian visto siempre ocupado, bien que en gravísimos é inevitables negocios, y todos muy propios del ministerio; con todo, para satisfacer á algun escándalo pasivo, dixo: »Que por la misericordia »de Dios, aunque le habian visto an»dar en la Ciudad en las calles y pla»zas, y por todas partes, pero siem»pre habia estado en la presencia de »Dios, sin salir de ella.» Esto era tener el corazon tan desprendido de la tierra, como si viviera en otra region extraña, sin que le debiese, apenas una ternura, algun otro objeto que la divinidad inmensa, á quien buscaba con suspiros todo el dia, y en las mismas cosas en que le empleaba su Providencia para el bien de las almas: por eso tratando con las criaturas, no se salia de aquella presencia, que sin falta se le presentaba en ellas, solo para remediarlas. Habiendo tambien cumplido con las urbanidades debidas á las personas de todos los estados de aquella Nobilísima Ciudad, que tanto amor y veneracion le profesaban, fue general el sentimiento de verse privados del asilo que en él tenian para sus cuidados, y del consuelo de todas sus aflicciones, con lo que emprendió el Venerable Padre su viage, ó por mejor decir, su peregrinacion apostólica, llena de frutos espirituales, y de admirables sucesos.

Caminaba el Siervo de Dios alumbrando aquellos eriazos desiertos como una estrella; y así, parecia insensible á sus ardores é incomodidades; pero iluminaba con su predicacion y exemplo todos los Poblados, Estancias y Ranchos del contorno; y confesando á innumerables que lo necesitaban, y estaban ya envejecidos, y aun bien hallados, en las tinieblas de las culpas. Atravesaba un dia un bosque; y le vió un Vandido, ó Salteador de caminos, y atraido de su penitente aspecto, le salió al encuentro, y le dixo: ¿Para donde, mi Padre? Á lo que le respondió con agradable semblante: camino para la Gloria. Y le replicó: ¿Y yo, para donde camino? Tambien para la Gloria, respondió el Venerable Padre. Hízole fuerza al Ladron tan liberal franqueza, y le pareció incompatible con su desastrada vida; y así, le dixo: ¿Como podrá ser eso que V. P. me dice, teniendo yo este maldito exercicio? Bien, le satisfizo el Padre, dexando esos malos pasos, y haciendo una confe-

sion verdadera. Pues manos á la obra, dixo el hombre, rindiendo las armas, ya trocado en un penitente el foragido.

Entraron ambos á lo mas oculto del monte, y el Venerable Padre le fue instruyendo el entendimiento é inflamando la voluntad, de forma que hizo una confesion entera y dolorosa, con tales muestras del dolor de sus culpas, que quedó el Venerable Padre muy confiado de la divina Misericordia, por los destellos con que resplandecia en aquella alma su inspiracion y su gracia. Con estas luces, le dió tambien el Señor la correspondiente para que escribiera un papel, cuya substancia era: Dará V. P. sepultura al portador. Y sin saber el hombre su contenido, lo cerró el Venerable Padre, y le encargó que lo llevara á cierto Convento: él prometió hacerlo con eficacia, y le preguntó: ¿Pero qual es la penitencia que V. P. me impone por mis muchas y gravísimas culpas? El que te duelas de ellas, por ser ofensas de una bondad infinita, y que los pasos que dés desde aquí al Convento á donde te envió los ofrezcas en penitencia. Despidióse del Venerable Padre, tan lloroso como agradecido, é iba por el camino dando á Dios las gracias por sus inefables misericordias, y renovando los afectos de dolor y contricion de sus culpas: así llegó al Convento, y dando el papel al Religioso á quien iba dirigido, luego que lo leyó se quedó confuso; pero exâminando al portador, este le informó de todas las circunstancias del caso, y al punto se cayó á sus pies muerto. Mayor fue entónces el asombro del Religioso, viendo los inexcrutables juicios en la salvacion de las almas, y le daba infinitas gracias por la luz que se dignó comunicar al Venerable Padre para la predestinacion de aquella, y le dió á su cadaver la eclesiástica sepultura que se le encargaba.

Llegando el Venerable Padre á Oaxaca, se ofreció á acompañarle un hombre que hacia tornaviage á Querétaro, y en el camino le preguntó, ¿quanto tiempo habia que no se confesaba? Él dixo seis meses; pero el Padre, que deseaba remediar su alma, le replicó: ¿Como puede ser eso verdad, si ha tres años que no te confiesas, por tal y tal pecados, que tienes callados por verguenza? Llenóse el hombre de pavor, y logrando ocasion tan oportuna, hizo una confesion entera y dolorosa, que llenó su alma de consuelo; y despues él mismo descubrió á un Confidente suyo todo el suceso, asegurando, que si en aquella ocasion se hubiera muerto, no dudaria volase su alma derecha al Cielo.

Parece que toda la mortificacion que el Venerable Padre toleraba en los caminos, y los duplicados pasos y afanes con que buscaba los pecadores, hasta en los mas humildes cortijos y despreciables chozas de los Indios, para explicarles la doctrina, y que se confesasen de sus culpas, se los retribuia el Señor con tan admirables conversiones, como son las que por algunos accidentes han podido llegar á nuestra noticia; pero se debe suponer, que siendo estas efectos del fuego de caridad que respiraba en su apostólico zelo, serian otras muchas mas, y quizá mas admirables, las que nos ocultó su profundísima humildad; pues reputándose por la misma nada, era preciso que sepultara en el olvido todo quanto podia ser en su aplauso.

CAPÍTULO XVIII.

Llega el Venerable Padre á México, y pasa á Zacatecas á la fundacion de su Colegio Apostólico.

TENIA la soberana Providencia destinado al P. Fr. Antonio para Jardinero del nuevo plantel de Seminarios Apostólicos, en que florecieran y fructificaran los Misioneros, para que con su exemplo los instruyera en el cultivo de su viña; por eso le iba ocupando en cada uno el tiempo necesario para su perfeccion regular, labores y beneficios necesarios al ministerio. En el primer Pensil dexó entre prodigiosas fragrancias de flores, arragaido sobre una piedra viva, escogida y preciosa, el árbol de la Vida: en el segundo lo trasplantó al monte de la mirra, en que transformado en vid misteriosa, dió el fruto de la Redencion humana conmutado en sangre y agua: en el tercero labró entre las nuevas flores que aparecieron en nuestra tierra, con otras fecundas rosas, el Jardin de la Reyna.

A poco mas de una legua de la Ciudad de Zacatecas estaba fundado un Hospicio de Misioneros, que aquella Nobilísima República pidió al Rey nuestro Señor se dignase de concederle, el que se erigiese en Colegio Apostólico, y atendiendo S. M. á sus informes y piadosos deseos, se dignó de concedérselo por su Real Cédula: En virtud de ella, deseando el Rmô. P. Comisario General de Indias darle al nuevo Colegio un Prelado, que con su doctrina y exemplo radicara en él la observancia de la Regla, y la práctica del Instituto Apostólico, le mandó por santa obediencia al P. Fr. Antonio, que dexada qualquiera otra ocupacion en que se hallase en Guatemala, pasara luego á la fundacion del Colegio de Zacatecas.

Con este superior impulso se partió el V. Padre desde las montañas de la Talamanca á pie, y como siempre caminaba, iluminando con los rayos de la doctrina evangélica toda la tierra, y se presentó á la obediencia del M. R. P. Comisario General en México, y conferidas las providencias necesarias á su destino, se vino á Querétaro, en donde fue recibido como Fundador, ex-Guardian y Padre de su Colegio, y en la Ciudad con el júbilo y veneracion con que siempre le habian estimado; y deteniéndose dos meses, lograron todos el consuelo, unos de renovar los votos que habian hecho por su direccion y consejo, y otros desahogar sus conciencias y purificar sus almas.

Escogió para Operarios del nuevo Colegio algunos Religiosos de éste, y llegando al Hospicio, se postró ante la hermosa Imágen de nuestra Señora de Guadalupe, y le dió humildes gracias por haberse dignado de traerle de mas de seiscientas leguas, á ser su rendido súbdito, y como á Prelada y Patrona del nuevo Colegio, le hizo demision del oficio, y puso á sus plantas las llaves y sello de él, quedando solo con el título de Vicario y Siervo suyo. Pasó á cumplimentar con rendido obsequio á todos los Prelados, Ilustre Cabildo y Nobles Ciudadanos, que no le conocian mas que por la fama, quedando

todos muy prendados de su afabilidad religiosa.

Dió principio á su gobierno abriendo muy hondos los cimientos de su místico edificio, que deseaba fuese muy alto, y por eso erigido sobre una humildad profunda y oracion continua, por lo que era el primero en todos los exercicios de una Comunidad Apostólica, sin desdeñarse de los mas humildes, con lo que le seguian todos sus Súbditos en sus fervorosos pasos, no solo en las asistencias del Coro, sino en las tareas del Confesonario y del ministerio: Con estas estimulaba mas á los nobles Ciudadanos á cooperar á sus zelosos deseos de fortificar en aquel sagrado Santuario un inexpugnable alcazar y plaza de armas, para hacer interminable guerra al Príncipe de las tinieblas y comun enemigo de las almas; y á tan glorioso fin concurrian con crecidas limosnas, no solo para las necesidades de los Religiosos, sino tambien para la fábrica de la Iglesia y del Convento.

No era ménos el fervor de los Peones de las minas y demas Artesanos, pues concurrian á ayudar á la obra con sus faenas, alentando el V. Padre su devocion, no solo con que las dirigieran á la mayor gloria de Dios, sino tambien con los oficios que podia su caridad agradecida: esta le llevaba á visitar á los necesitados; y aunque sus entradas en las casas eran como de Médico por lo breve, pero eran eficaces sus remedios. Pudieran anotarse como prodigiosas muchas de estas curas espirituales, si el V. Padre hubiera sido ménos cauto; pero una se supo por el Compañero. Vivia en la Ciudad una Señora viuda con tres hijas doncellas, y una casada con un Escribano Real, del que pendia toda la manutencion de la familia: este por negocios de importancia se habia ausentado á lexas tierras, y al cabo de un año les llegó á las Señoras la infausta noticia de que habia muerto. Era imponderable su dolor; y estando en su penoso duelo, fue el V. Padre á visitarlas, y sin preguntar la causa de sus lágrimas, les dixo: Mañana estará aquí, consuelense, y denle gracias á Dios, y sin mas razones se despidió. Al siguiente dia vieron cumplida la promesa, llegando el Escribano á su casa: de lo que alborozadas daban al Señor repetidas gracias.

De Zacatecas se difundió la fama de la predicacion del V. Padre á Guadalaxara, y deseando su zeloso Pastor y Obispo la reforma de costumbres y perniciosos abusos que en aquella Ciudad reynaban, le rogó que fuese á hacer mision, con instancia, y no pudiendo negarse á tan venerable y justa propuesta, fue con otro Compañero, y á la voz de aquel clarin evangélico le dió el Señor tal eficacia, que se abatieron los muros del escándalo, y vió su V. Prelado los copiosos despojos que deseaba, porque vió reformada aquella Ciudad populosa, con mucha gloria de Dios y bien de las almas. De allí prosiguió el V. Padre misionando en muchos Pueblos, y en todos era grande la conmocion, é innumerables las confesiones y penitencias públicas, lo que avivaba la llama de su insaciable zelo, y así le escribió á un Misionero: » Pidamos » al Señor que nos dé vida para hacer » algo, hasta el dia del Juicio, que pa» ra gozar de Dios nos queda una eter» nidad; pero para hacer algo en ser» vicio de Dios y bien de nuestros her» manos, es muy corto el tiempo que » hay hasta el fin del mundo.

Bien calificados tenia estos afectos del V. Padre la Real Audiencia de Guatemala, y por esto con extraordinarios esfuerzos pretendió que volviera á aquel Reyno, que le veneraba como Apóstol suyo. Habia muerto por aquel tiempo el V. P. Fr. Tomás de Arrivillaga, varon de singular virtud, y por su defecto, decretó su Real Audiencia, que se enviase á llamar al P. Fr. Antonio, y comunicándosele este órden por medio del Señor Fiscal, respondió con humildes expresiones de su gratitud, representando que, si pudiera, volara, para satisfacer la voluntad de su Alteza; pero que se lo impedian unos grillos tan remachados, como son los de la obediencia de los Prelados: haciendo ver en el caso el imperio que en su corazon tenia, pues siempre fue la obediencia el árbitro de sus operaciones y pasos, y hasta sus respiraciones quisiera que salieran inspiradas de este influxo, mas que de su aliento natural.

A los tres meses de haber salido para Guadalaxara, se volvió al Colegio, y con desvelo asistia á todos los exercicios de Comunidad, y continuos afanes del ministerio; y siendo ya la Quaresma, eran interminables las tareas del Confesonario; pero por ocurrir á la mayor necesidad, salió despues de Pasqua con otro Compañero, para el Obispado de Guadiana, á el que fue alumbrando con doctrina que encendia en todos los Pueblos el amoroso fuego que Jesuchristo vino á derramar por el Mundo; por lo que, habiendo corrido como cinco meses en este utilísimo incendio, se volvió al Colegio, dando á nuestro Señor las gracias de lo mucho que habia obrado su Magestad en aquella Mision, y por la salud y fuerzas corporales y espirituales que les habia dado, para cooperar, con su divina gracia, al consuelo de tantas almas: siendo el amor de Dios, de que nacian estos afectos, el que llenaba su corazon como con dos amores, quando el del próximo era efecto de un amor solo.

A este tiempo estaba en Querétaro el M. R. P. Comisario General, y le fue preciso al V. Padre venir a su presencia para el expediente de varias cosas, por lo que le ordenó se retirara al Colegio, para descansar mientras se determinaban: descanso que el V. Padre tomó gustoso, para gozar de los ocios que acostumbraba dar á su espíritu, que fueron asistir de dia y de noche al Coro, no faltar al Confesonario, y dar consuelo á muchos con sus fructuosas visitas y saludables consejos; sin que su caridad los negara, á costa de trabajo: pues por darlos á algunas personas, que vivian recogidas en el Pueblo de San Juan del Rio, distante diez leguas, las visitó, animó y fervorizó en sus santos propósitos, volando, como Águila veloz, porque en ida y vuelta gastó solo tres dias.

En esta demora le ocurrieron al M. R. P. Comisario General graves urgencias de su oficio, que le impedian asistir al Capítulo ó Congregacion intermedia de la Provincia de Zacatecas, y determinó dar comision para presidirla al P. Fr. Antonio; la que admitió, solo confiado en la seguridad que está anexâ á la obediencia, y atenido á que del Cielo le habian de venir los aciertos, que imploraba con humildes votos, y esperaba por las oraciones, que suplicaba, interpusieran para alcanzarlos del Señor, á otras personas espirituales. En esta confianza pasó á San Luis Potosí, y presentadas y obedecidas sus Letras

patentes, expidió la convocatoria, señalando el dia para la Congregacion intermedia; y como para llegar á él, faltaban casi dos meses, no suspendió las obligaciones de su Apostolado, sino que guiado de la Providencia, que lo gobernaba en todo, caminó quarenta leguas hasta la Villa de los Lagos, en la que hizo mision, siendo cada claúsula que salia de su boca, una encendida flecha que traspasaba los corazones y los rendia á la penitencia: así quedó renovada en ella aquella poblacion numerosa, y prosiguió predicando y confesando en otros Pueblos, con frutos tan conocidos, que como el Venerable Padre escribió á otro Misionero: »Dios nuestro Señor hizo su mision en Lagos, »y derramó sus misericordias como »siempre. Sea alabado de todos. »Amén.» A otro le decia: »Mientras »se hizo tiempo de la Congregacion, »con mi Compañero, hicimos mision »en la Villa de Lagos, que fue una »redencion de muchas almas. Bendito »sea Dios, que nos dá tiempo, gracia »y salud para hacer algo en gloria »solo suya y bien de las almas.» Esta misma felicidad logró la Ciudad de San Luis, pidiendo al Venerable Padre hiciera mision en ella, y fue con raros efectos, pues por quince dias continuos, los confirmaban las mudas lágrimas y muchísimas confesiones, que produxeron gran reforma de las malas costumbres. Una de ellas era, como en otras muchas partes, el jugar las Carnestolendas por las calles; y estando ya en tales dias, para que la disolucion de la plebe no hiciese olvidar los buenos propósitos concebidos en la Mision, salió el Venerable Padre, como él decia, á jugarlas; pero para tirar piedras al Diablo, y hacerle rabiar con las lágrimas que derramaban los que conocian y aborrecian sus pasadas culpas.

Llegado el dia asignado, dió expediente á la Congregacion, con una lentitud presurosa, que sin dexar de ser prudencia, era prisa y una como fuga, corrido de verse presidiendo con ínfulas de Prelado, á tan docto, santo y venerable Congreso. Este ingenuo afecto y propio conocimiento, le habia grangeado las voluntades de todos los Reverendos Capitulares, y así quedaron acordadas todas las cosas á satisfaccion suya y de los Superiores; pues en todo se procedió con una paz venida del Cielo, lo que el mismo Venerable Padre ponderó en una Carta, diciendo: »Ha celebra»do nuestro buen Jesus un Capítulo »intermedio en esta Santa Provincia »de Zacatecas, con tanta paz, que »hasta ahora no se ha visto.» Con este mismo vínculo de la caridad religiosa, se despidió de tan respetable Junta, dándole en las demostraciones de su urbanidad y rendimiento, verdaderas pruebas de su gratitud y fraternal cariño.

Yendo ya el Venerable Padre para su Colegio, á la primera jornada supo un Caballero que iba á parar á su Hacienda, y le dixo á su Esposa: Hoy tenemos de huesped en la mesa un grande amigo de Dios. Prevínose una comida decente, y estando á la mesa, la curiosidad mugeril de la Señora estaba notando que el Padre comia sin melindre de lo que le ponian delante, y en su interior decia: ¿Qué Santo ha de ser este que así come? Y mirándola con mesura el Venerable Padre, le respondió: »Señora, de»seo cumplir con mi obligacion: si no »le damos de comer al Burrito, nos »dexará en el camino:» Y prosiguió comiendo. Fuese despues de siesta, y

preguntándole el marido á la Señora, por qué habria dicho aquello el P. Fr. Antonio, le respondió confusa: Ese hombre es Santo, sábete que me leyó el interior; y le refirió por menudo quanto le habia pasado.

Caminaba el Venerable Padre, ansioso de volver al dulce retiro de su Colegio, donde cada veta de plata, de las muchas que enriquecen aquella famosa minería, se habia vuelto de imán para atraer su corazon; pero no por eso dexaba de hacer en todas las posadas fervorosas pláticas, ni de confesar á quantos se disponian para ello, siendo su doctrina y su exemplo dos faroles, que iban alumbrando las almas para salir de los tenebrosos precipicios á que las conduce el Príncipe de las tinieblas; y así, llegó como hijo de la luz á la presencia de la divina Aurora, de que nació al Mundo el Sol de Justicia. Luego se entregó no solo á los exercicios monásticos, sino á los que provocaban el santo tiempo de Quaresma, y los grandes concursos que baxaban de las minas para confesarse en el Colegio, á los que no solo proveía del pan que pedian, sino que se extendia su compasivo corazon á darles tambien el corporal, atendiendo la necesidad de alimento que tendrian los que venian de léjos, sin temer que por eso les faltara lo necesario á los Religiosos, pues ellos mismos han continuado hasta hoy tan caritativo socorro, con los mismos efectos que de la soberana Providencia experimentó su piadoso Siervo.

Se competian, y muchas veces se complicaban, la caridad que ardia en el pecho del Venerable Padre, y le robaba su quietud por el bien de las almas, excediéndose su espíritu con las de los enfermos, que por estar en extremo peligro, necesitan mas el socorro, y el zelo de la mas rígida observancia y asistencia á los divinos Oficios; pero la sábia Providencia, que en todo lo gobernaba, y se complacia en tan nobles afectos, le dió muchas veces tal agilidad, que pudiera desempeñarlos ambos. Llegó un hombre pidiendo una confesion, para un enfermo que estaba distante mas de quatro leguas, y oyéndole el Venerable Padre, le dixo: Anda, que allá voy. Él le replicó: Padre, traigo Caballo para que vaya á prisa, porque si no, ya no hallará vivo al enfermo; y le volvió á decir: Anda, que ya voy. Él se fue desconsolado, y caminando sin detencion alguna, encontró al Venerable Padre, que venia ya de vuelta, habiendo confesado y consolado al enfermo. Otra ocasion, y en un Sábado por la tarde, estaba el Venerable Padre en Zacatecas, y oyendo repicar, le preguntó al Compañero por qué sería; y diciéndole, que por haber dado las quatro repicaban á la Salve, le respondió: pues vamos á cantarla en el Colegio. Túbolo el Compañero por imposible, por haber mas de una legua de camino, y cantarse la Salve á la misma hora en el Colegio: pero saliendo de la Ciudad, le dixo: Sígame. Púsose en pos de él, y le parecia que corria la tierra con ellos, de suerte que al segundo repique estaban ya en el Colegio. El Venerable Padre se fue derecho al Coro; pero el Compañero quedó marcado, como sucede á los que navegan. Era prodigiosa en el Venerable Padre su fortaleza, pero lo mas admirable es, que tambien fue comunicativa, pues solo con usar de sus sandalias, aunque fuesen los débiles y enfermizos, no sentian cansancio en los caminos, como lo expe-

rimentaron varios Religiosos.

Habia ya incorporado en el Colegio el Venerable Padre algunos Religiosos de las Santas Provincias, y habiéndoles de educar por la disciplina que prescriben las Bulas Apostólicas, era necesaria tanta caridad como prudencia para inducirles suavemente á ella; y así, les atendia como la Madre mas amorosa: ni queria hacer ausencia larga porque no les faltara el abrigo de su sombra, ni el alimento de sus dulces y saludables consejos; por lo que se mantuvo todo el año en el Colegio, aunque para desahogar en parte la llama que ardia en su pecho, iba en ocasiones á la Ciudad, y quando ménos lo esperaban, resonaba aquel clarin evangélico, ya en las plazas, en las calles ó en los Templos.

Tuvo noticia de que una Compañia volante de Comediantes habia entrado en la Ciudad, y que el Domingo inmediato habian de comenzar sus representaciones, y á las dos de la tarde ya estaba en ella con otros tres Compañeros. Entró como una nube sonora, y en medio de la plaza dió el primer bramido, que tronando sobre muchas cabezas, decia: »Ó no »ha de haber Comedias, ó si obstina»dos perseveran en que las haya, he»mos de pedir á nuestro Señor Je»suchristo que visiblemente vengan »los Demonios por estos Ministros »suyos.» Toda la tempestad se formó sobre el innumerable concurso que venia al Coliseo, porque á su vista estaba formado el nublado de los quatro Misioneros, y tenian exâltado el Santo Christo; y aunque muchos afectaban que no oían los truenos, se les metian por los ojos los relámpagos, quando ya otros sentian en los corazones los rayos: por fin se serenó la tormenta, abandonando el Hospital sus intereses, y cantando la Letania de la Reyna de los Cielos, se encaminó para la Iglesia todo el concurso, en donde el Venerable Padre, con razones y sagradas invectivas, les ponderó los gravísimos daños que causan en una República, y mas en las almas, las representaciones cómicas, con lo que quedaron, aun los que solo habian ido sin mas fin que el de perder el tiempo, muy desengañados.

Solo los Farsantes quedaron muy ardidos, y viendo frustrados sus intereses, que esperaban crecidos, mudaron los trages de la Comedia, en los de una sangrienta tragedia, porque á influxos del Demonio se disfrazaron asesinos, para tomar una ruidosa venganza. Salieron á la mediania del camino que hay de la Ciudad al Colegio, y emboscados, esperaron allí á los Padres: pasaron los primeros, y como no iba entónces el Venerable Padre, no hicieron demostracion alguna, por no perder el tiro de que pagara con la vida el que les habia destruido todas sus diabólicas máquinas é infernales ideas. No acabó de predicar el Venerable Padre hasta entrada la noche; y así, salió de la Ciudad tarde, pero comenzó el camino rezando la Corona de Maria Santísima, y al llegar al sitio, le dixo al Compañero que respondiera quedo, lo que le causó novedad, pero al otro dia se descubrió el motivo, porque por la mañana se presentaron en el Colegio los Farsantes, confusos y arrepentidos, y confesaron, que al tiempo de salir con las armas para matar á los Padres, se quedaron inmobles, como estatuas de piedra, hasta que conociendo que Dios les castigaba por sus sacrílegos intentos, le pidieron arrepentidos misericordia, y ofre-

cieron confesar sus culpas, y quitarse de ocupacion tan pésima, y que entónces se les fueron recobrando los movimientos, y que venian á cumplir lo prometido; y haciendo con el Venerable Padre confesion general de sus culpas, se aprovecharon de tan conocida misericordia, á los que no solo les franqueó el remedio de sus almas, sino que les consiguió del Síndico Apostólico una competente limosna para restituirse á sus casas, y buscar con mas honesto modo el sustento de sus familias.

Para exercitar en el ministerio sus nuevos Operarios, hizo el Venerable Padre aquel año mision en Zacatecas, y como Capitan aguerrido, les excitaba con el exemplo á combatir las astucias del Demonio, y destruir las fuerzas de los vicios; y para conquistar la obstinacion mas rebelde, se valió en un Sermon, del medio mas eficaz para incitar los pecadores tercos á la penitencia, desnudando del hábito la espalda, y descargando recios golpes con una cadena, á cuyo espectáculo correspondia el auditorio con inundacion de lágrimas y gemidos, y con efectos de verdadera penitencia, quitando enemistades muy antiguas, ocasiones muy próximas, deshonestas amistades, juegos, Vinaterias, y toda la maldita zizaña que el enemigo de las almas habia sobresembrado en la heredad del Señor.

CAPÍTULO XIX.

Entra el P. Fr. Antonio por órden del Rey á la reduccion de Nayeritas, y vistos los embarazos para ella, representa los medios mas oportunos para conseguirla.

HAbian frustrado la barbarie é indómita rebeldia de los Nayeritas la entrada á sus tierras, que en varias expediciones emprendieron los Ministros Reales y evangélicos, sobre cuyos sucesos informó al Rey nuestro Señor, el Oydor Don Juan Picado Pacheco, y fue su representacion tan bien vista en el Real Consejo de Indias, que en vista de su respuesta, y del Fiscal, expidió S. M. Real Cédula, en que mandó al Señor Presidente y Real Audiencia de Guadalaxara, que aplicasen todos los medios que juzgase convenientes á la conquista del Nayar. Era uno, indicado en el dicho informe, el que corriese la expedicion evangélica por mano del V. P. Fr. Antonio, por ser tan diestra como experimentada en apostólicas empresas: ordenólo así S. M. y que antes se le pidiese informe. Todo lo practicó la Real Audiencia, haciéndoselo saber al Venerable Padre, por lo que pasó á Guadalaxara, y obedeció gustoso, formando la consulta que se le ordenaba. En ella vació todo el nectar suavísimo de su espíritu, como tambien el buen juicio con que pesaba todas las circunstancias que podian impedir la conquista, y los medios que, segun la larga experiencia que tenia de semejantes expediciones, podian facilitarla. Es evidente que los arbitrios que proponia eran los mas congruentes y eficaces; pero pulsando de cerca el deplorable estado de aquella rebelde Provincia,

reconoció ser para él importunas la suavidad y la razon, y muy necesario el estruendo de las armas; pues solo éste les podia hacer ver á sus infelices Idólatras la luz evangélica, y su verdadera felicidad.

Interin que la Real Audiencia acordaba las providencias, hizo el Venerable Padre mision en la Ciudad; que le oía con veneracion y fruto; y expedidos los despachos, en que se le encargaba atendiese á la seguridad de su persona, dió principio á su jornada por la sierra de Tepique, y haciendo mision en aquellos Pueblos, sacó del de Guaxuquilla y de San Nicolás, tres Indios, de los que fue el primero Don Pablo Felipe, que á mas de saber escribir, entendia la lengua Cora, que es la del Nayar, y otros dos, de los que uno era Tarasco. En el mismo Pueblo se halló con el P. Fr. Luis Delgado, escogido Compañero; y pasando á Guazamota, desde allí despachó á Don Pablo Felipe con otro Indio, y una Carta á los Nayeritas, dictada de su ardiente caridad, y del zelo con que les excitaba al bien de sus almas, y tambien de sus cuerpos, incluyéndoles un tanto del despacho de la Real Audiencia, para que leido por Don Pablo Felipe, se enteraran de la Real benignidad con que se les perdonarian todos los delitos y muertes que hubiesen hecho en qualquier tiempo, como tambien todas las penas que podian temer los facinerosos que se habian refugiado con ellos, y los esclavos fugitivos, pues á todos se les concedian muchos privilegios y exênciones, para cuyo cumplimiento se les ofrecia garante, y con toda su proteccion por el Intérprete, con el qual tambien les envió una Imagen de Christo crucificado y un Rosario; pero llegando á la junta de los Nayeres, les leyó y construyó Don Pablo Felipe la Carta, y á todo respondieron por tres veces, en otra que á su vista escribió el Embaxador: Que no querian ser Christianos, que así lo dixo su Rey, que es el primer Nayerit: que no se cansen los Padres Misioneros, que sin Padres ni Alcaldes Mayores, estaban con quietud; y si querian matarlos que los mataran, que ellos no se habian de dar para que los hicieran Christianos; y les revolvieron el Santo Christo y el Rosario.

Con tales desayres, no se entivió el zelo que ardia en aquellos apostólicos corazones, antes avivó mas el fuego de su grande caridad, y se resolvieron intrépidos á acercarse á la puerta de su serrania, sabiendo que les habian de salir al encuentro como irritadas fieras: luego que se avistaron á la primera Ranchería, aparecieron muchos Indios armados, que con alaridos y amenazas, procuraban espantarles; y ya casi al ponerse el Sol, llegó otra Esquadra de mas de treinta, que con alfanges, lanzas y flechas, que jugaban en ademan de dispararlas, pretendian intimidarles, para que desistieran de su empresa. Estaban los Misioneros arrimados á un árbol, que hasta el dia de hoy miran con acatamiento los Pasageros, porque con los brazos extendidos esperaban, ó meterse aquellos Bárbaros en el corazon, ó para que no tuvieran algun embarazo para traspasárselo las flechas; y adelantándose el Venerable Padre, al que le pareció ser el Capitan de aquella Tropa, le echó los brazos con muy expresivo cariño, y así le obligó á que oyera el fin de su venida.

Con eficaces razones les propuso los grandes bienes que se les ha-

bian de seguir si admitian la Ley evangélica, y los lamentables daños que les causarian su obstinacion y rebeldia; pero solo respondieron que venian enviados de los viejos y principales, para asegurarles que no querian ser Christianos, y para que no les permitieran pasar adelante, só pena de que á ellos les quitarian la vida por traydores, y á los Padres por rebeldes: con esto, tirándoles un Zorro empajado, les dixeron: toma de eso para cenar, y se retiraron á un cerro inmediato. De tan bárbara respuesta, que volvió á ratificar el Capitan aquella noche, reconoció el Venerable Padre que la reduccion de aquellos miserables solo la podrian efectuar las armas, y de ningun modo las razones; y con el dictamen de todos los que le acompañaban, se retiró, atravesada su alma de dolor, viendo quedarse ufano el Demonio, con el tirano dominio que tenia en las de aquellos Bárbaros.

Fecundando aquellos caminos con la lluvia de su doctrina, y calor que infundia en las almas su caridad zelosa, llegó el Venerable Padre á Guadalaxara, y representando á la Real Audiencia los sucesos de su entrada al Nayar, le hizo patentes las razones porque la reduccion de aquellos Indios no se podia esperar espontanea, pues entre ellos vivian muchos Christianos apóstatas, de todos colores, jaeces y calidades, y muchos Esclavos fugitivos, los que por conservar el libertinage de sus conciencias, les sugerian que no se reduxeran, ponderándoles las vexaciones que habian de sufrir de las Justicias Seculares, y la sujecion á los Ministros Eclesiásticos, á lo que conspiraba lo bien hallados que estaban los Gentiles con sus embriagueces, idolatrias, robos y lascivias, que hacian increible el que ellos de su voluntad quisieran sujetarse, lo que solo podia conseguir la justa fuerza de las armas. Casi un mes estuvo en aquella Ciudad, empleando su apostólico zelo en fervorosas pláticas en los Conventos de las Religiosas, haciendo tambien por el Confesonario, que se reflorecieran en nuevos frutos aquellos sagrados pensiles. Visitaba en el Seminario á sus Colegiales, y muchos, desengañados de las vanas esperanzas del Mundo, dexaron sus corredores, por los Claustros Religiosos. Predicaba en las plazas con admirables efectos, que se veían en las freqüentes confesiones y reforma de costumbres, de forma que sin dar paso que no fuera un espiritual beneficio, dexó toda la Ciudad consolada, y se retiró á su Colegio.

Casi tres meses se mantuvo en su adorado Santuario, fervorizando su espíritu, para alentar mas el que admiraba en sus Súbditos, y estimularles á perfeccionarse en la vocacion del Apostolado á que Dios les llamaba; pero le fue preciso interrumpir de nuevo su delicioso recogimiento, para ir á México á dar razon al Exmô Señor Virrey del estado en que se hallaba la difícil conquista del Nayarit: fatigaba esta el deseo y zelo de S. E. con agitacion continua, y así formaba repetidas Juntas de su Real Acuerdo, para arbitrar los medios mas eficaces para conseguirla; por lo que quiso que tambien el V. Padre tuviera voto consultivo en ellas. Con tan poderosa rémora, se vió varado en la Corte, y como en negocios tan arduos se procede siempre con la lentitud, que los madura su ordinaria naturaleza, ó los demora la ocurrencia de otros, que son de mas executiva, le fue indispensable estar en ella como

seis meses. En ellos gozó de la mas deliciosa recreacion de su espíritu, porque visitó los Monasterios de Monjas, y con su mudo exemplo y eloqüentes pláticas, se vieron florecer de nuevo aquellos Jardines, vistiendose de mayor hermosura sus flores: deleytábase de uno en uno en aquellos vergeles, por la diversidad de fragrancias que producia la de sus institutos, haciendo la variedad de sus rosas un encanto de maravillas. No parezca exòtica ó agena de la pluma esta metáfora en las Esposas de Christo, pues sabemos que gustó su Magestad de aparecerse á otra Esposa suya, y flor escogida, en un Huerto, y en trage de Hortelano y místico Jardinero. Como tal se complacia el V. Padre en todos los Conventos, y cultivaba tan bien formados pensiles, ó ya regándolos con la agua viva de la divina palabra, ó ya fecundándolos de nuevos frutos con la semilla que les daba en el Confesonario; concurriendo á todo la Providencia con las luces que le daba para sus espirituales consuelos. Fueron muchos los casos de estas iluminaciones; pero evitando el fastidio, bastará decir uno, que sirva para inferir los otros.

Deseaba una Religiosa comunicar algunas cosas interiores con el Venerable Padre, y habiéndole llamado otras á una Reja para el mismo fin, ella no queria sino decírselas en el Confesonario, por parecerle ser así preciso; pero llevada de la curiosidad de verle, entró tambien á la Reja, y luego que el V. Padre la vió, ántes de que hablara ni una palabra, le dixo: Para eso que tiene que decir, no es menester el Confesonario, aquí se puede comunicar: y hablándole sobre sus dudas, la dexó consolada, como á todas las que le llamaron á sus consultas. No por esto se puede decir que el V. Padre se andaba en flores, pues al mismo tiempo trabajaba en la Heredad del Señor con infatigable esmero, haciendo labor, no solo en el arbusto mas pequeño, y espinoso cambron, sino tambien en el mas alto cedro, y en el mas rico olivo; pues á todos los estimaba por el precio que habian costado: y como este era igual en todos, igualmente les solicitaba el remedio, y franqueaba la agua, en que por una confesion dolorosa, pudieran purificar sus almas, y sacar frutos dignos de penitencia; y así desde el mas humilde y pobre, hasta el mas alto y rico que le buscara, hallaban en él, no solo su espiritual consuelo, sino tambien el de sus temporales cuidados.

Así sucedió á un Caballero que hizo diligencia de que el V. Padre fuese á su casa. En ella estaba una Señora, cuyo marido se habia ausentado al Perú por causa de su comercio, y la Señora, muy afligida, le pidió al Padre que le encomendase á Dios, expresándole la pena de parecerle que ya no volveria á verle, y á esto le respondió: Hija, tenga mucha fé en Dios, que no pasará el dia de la Concepcion Purísima, sin que su marido esté en tierra de la Nueva España. No faltaban para el plazo mas que diez dias, y el marido no habia cumplido siete meses en su viage, por lo que el Caballero que habia oído el vaticinio, no solo lo tuvo por dudoso, sino por imposible; pero lo vió cumplido, recibiendo correo, en que se le avisaba, que el dia siete de Diciembre dió fondo la embarcacion en Acapulco, y que en ella habia venido el Sugeto; cuya experiencia, dice el mismo en su juramento, le causó gran confusion de haber dudado lo que el

V. Padre dixo.

Despues de muchas conferencias y representaciones que el Señor Virrey interpuso á la Audiencia de Guadalaxara para la expedicion del Nayarit, se resolvió diferirla hasta el Octubre del mismo año; y como esto era lo que detenia al V. Padre en México, determinó luego restituirse á su Colegio, y se vino para Querétaro, trayendo las licencias para la traslacion del cadaver del V. P. Fr. Antonio de los Angeles, su íntimo hermano, hijo espiritual y compañero en sus santos exercicios.

En esta ocasion llamaron al V. Padre del Convento de Santa Clara, para que confesara una Religiosa, que habia siete años padecia una fatal perlesia, ó por mexor decir, paraplexia, pues comprehendido todo el cuerpo de su afecto, le dexaba la cabeza libre para poder confesarse: accedia un monstruoso scirro en el vientre, continuados vómitos, sordera y espantos, que la sacaban de juicio, y la tenia tan funesto syndrome impedida de todos sus naturales movimientos. Confesóla el V. Padre con mucho consuelo de su alma: y despues, imponiendo las manos sobre su cabeza, le rezó los santos Evangelios. Pocas horas habian pasado, y llevándole los alimentos, se sentó sola, sin saber como, pero con tal violencia, que dió un buelco en la cama, y prorrumpió en voces, diciendo: ya estoy buena; lo que oían asombrados los que sabian que la enfermedad es reconocida por incurable por la misma Medicina; y así atribuían tales movimientos al extremo de ser ya los últimos paroxismos: por este temor llamaron á los Padres Capellanes, y se conmovió todo el Convento; pero á vista de todos, la enferma saltó de la cama, y dió pasos por la celda, pidiendo á las Monjas que cantaran el *Te Deum laudamus* en accion de gracias, con lo que salieron del susto, viéndola ya libre de la enfermedad, y de todos los demas síntomas: al otro dia, reflexando la enferma en lo que se habia confesado, pidió le llamaran al V. Padre, para expresarle algunas circunstancias que le parecian necesarias; y entrando el V. Padre, ántes que ella le hablara, le dixo con claridad quanto tenia en su interior, y la dexó extraordinariamente consolada: quedó con todos sus movimientos libres, menos para andar por el Convento, por una optalmia antigua, que le impedia hasta ver la luz de la candela; y pidiéndole una hermana suya al V. Padre, que le rogara al Señor le mejorase la vista, le respondió: La vista se le mejorará quando vea la cara de Dios: y fue así, que no vió mejor hasta que murió.

Caminando ya para Zacatecas, tomó la derrota por la Villa de San Miguel el Grande, de donde salió una mañana, y á las diez del dia llegó á una Hacienda, y preguntándole el Coadjutor del Cura, por donde habia vadeado el rio que está intermedio en el camino, pues habia muchos dias que su avenida no permitia pasarlo? Le respondió: No he visto rio, sino solo un cañito que no me impidió el paso; por lo que quedaron admirados varios que lo oyeron, pues todos conocian que no pudiera ser en el estado en que veían el rio, sino por milagro. Así honra Dios á los humildes, a vista de los hombres que hacen mas ruidosas las virtudes, ya que no mas grandes, sino en el dictamen del vulgo y de la ignorancia, que mide la estatura por la sombra.

Llegó el V. Padre á su ama-

do Colegio, con fervorosos deseos de juntar con la vida apostólica la ascética, á que convida aquel desierto y devotísimo Santuario, de modo, que el mismo corazon que el amor de Dios inflamaba en la contemplacion divina, se lo comia el zelo de su casa, y solo este le sacaba del retiro de su Celda, ó de las delicias del Coro, para declamar intrépido por las calles y plazas contra todos los vicios, sin reparar en horas, trabajos ni peligros. Con este eficaz anhelo de evitar las muchas ofensas que se le hacen á Dios en las fiestas, y el Demonio desazona con las mas escandalosas culpas, se fue á una que se hacia en un barrio de la Ciudad; y para estorvar los escándalos que se siguen de tales concursos, predicó hasta casi entrada la noche, por lo que se fue á recoger al Convento del Gran Padre S. Agustin. Estando con el R. P. Prior y otros Padres, llamaron ya á deshora á la Portería, pidiendo que fuese el Padre Margil á una confesion, y subiendo á avisarle, el V. Padre le suplicó al R. P. Prior enviase á otro Religioso, y luego lo hizo. Confusos y admirados quedaron los Padres de que se hubiese excusado de aquel trabajo, el que sabian que no omitia fatiga alguna que fuese en beneficio del próximo; mas conociendo sus afectos, el V. Padre les satisfizo diciendo: »Que no »habia ido á aquella confesion, por»que era simulada, y querian darle »de palos por las verdades que les »habia predicado aquella tarde.» Así lo vieron confirmado, porque al salir el Padre á la confesion, conocieron que no era el Padre Margil, y echaron los que lo pedian á correr, y no se pudieron descubrir, aunque se hicieron diligencias para ello, con lo que quedaron todos persuadidos á que con luz superior solo pudo el Venerable Padre conocerlo, y que con tan suave providencia, habia dispuesto la divina el que el Demonio no consiguiera que fuese sacrilegamente ultrajado el Predicador de su divina palabra y Pregonero del gran Rey de la Gloria.

Ese mismo vigilante zelo persuadia á todos sus nuevos Misioneros, y les enviaba por todas aquellas Provincias, como laboriosos Operarios, al cultivo de tan dilatada é inculta Viña, para que derramando mucha agua de sus venas, beneficiaran con su riego aquellos campos, y volvieran cargados de ópimos y copiosos frutos. Solo él no se atrevia á alejarse á largas distancias, porque esperaba las providencias para la conquista del Nayar, segun las insinuaciones de los Superiores que las dirigian, y por eso se esmeró en perfeccionar la forma de vida é interior gobierno de aquel Colegio conforme á los Estatutos apostólicos; y quando segun ellos, ya habia bastantes Religiosos para proceder á la eleccion de Guardian, consultó sobre ello al M. R. P. Comisario general, y éste dió comision al R. P. Provincial de Zacatecas para que presidiera el Capítulo, en el qual fue elegido y confirmado el R. P. Fr. Joseph Guerra, con gran complacencia del V. Padre, pues por sus virtudes, letras y apostólico zelo, hasta hoy vive la memoria de su acertado gobierno.

CAPÍTULO XX.

Sale el Venerable Padre á misionar, y se interna en las Naciones Gentiles.

BIEN penetraba la experta prudencia del V. Padre que la conquista del Gran Nayar pedia grandes expensas, y que estas las exîgian tambien otras urgencias mas executivas: que las demoras inmutan mucho las circunstancias de los proyectos, y que en su práctica representan la scena los que ménos se pensaba; pero como se le habia notificado el Real Orden de que aquella expedicion evangélica corriera por su mano, esperaba las órdenes, regalando en el ínterin su enamorado espíritu en la religiosa soledad de su Colegio, y en el dulce sueño de la oracion, que á veces interrumpia, saliendo á cortas distancias, como mística abeja reducida al hueco de un tronco, sin distraerse sino á los vecinos huertos, para traer nueva miel con que aumentar sus panales; y viendo pasados ya dos años, debió de prever tambien que se pasarian cinco, y al cabo no sería él destinado para la empresa, y se determinó, como Real generosa Aguila, á girar por otra mas dilatada esfera.

Tenia órden del Rmô. P. Comisario general de Indias, para que estando arreglada la fundacion del Colegio, pudiera ocuparse en misiones por todas partes, segun le pareciera mas conveniente, sin que le pudiese impedir su apostólico empleo ningun inferior Prelado, ni el salir con otro Compañero á sus misiones; pero como en su Presidencia habia sido norma de Prelados, quiso tambien ser exemplar de rendidos Súbditos, y pidiendo particular licencia al Guardian del Colegio, enderezó sus pasos á donde le pareció que la necesidad era mas urgente, caminando al Mazapil y al Nuevo Reyno de Leon, que por ser Paises tan remotos, eran los mas necesitados.

Todo el designio con que el V. Padre dirigia su derrota hácia el Norte, lo declaró en una Carta, diciendo: »Ya que este pobre Colegio »hasta ahora no ha podido tratar de »Infieles, será bueno que yo, como »indigno Negrito de esta mi Ama de »Guadalupe, pruebe la mano, y Dios »nuestro Señor obre.» Iba, como siempre, en continuada tarea de confesar y predicar en todos los Poblados, Ranchos y Haciendas, sin perdonar fatigas de rodeos y descaminos, por el bien de las almas. Fue misionando desde Mazapil y Saltillo hasta Monterrey, y llegando á la Villa de Sabinas, un Señor Clérigo le hospedó benignamente, y apoyó su zelo apostólico, por lo que con su auxîlio, y el de otro Caballero, á orillas del mismo rio de Sabinas, bien distante de la Villa, plantó una Mision de Gentiles con el título de nuestra Señora de Guadalupe, y fue la primera con que se condecoró su Colegio con el honroso título que goza de *Propaganda fide.* Luego comenzó á fabricar su Iglesia, aunque pajiza, y con toscos maderos la habitacion necesaria; y poniendo toda la eficacia de sus deseos, congregó muchos Gen-

tiles que andaban erráticos y vagantes muy léjos de aquellos contornos. Gozoso se ocupaba con su Compañero en el catequismo é instruccion de aquellos incultos y agrestes entendimientos; pero quando mas afanados en su cultivo, á costa de mucha paciencia y graves penurias, les iban enseñando los sagrados dogmas y obligaciones de Christianos, se enfurecia el Demonio, al ver que con esta y otra Mision del Colegio de la Santa Cruz, que estaba de allí á dos leguas, se le redimian de su tirania muchas almas, é irritó tambien los rebeldes ánimos de los Indios Tobosos, que hostilizaban con robos y muertes las Provincias de Nueva Vizcaya y Cohaguila, para que destruyeran aquellas dos pequeñas Misiones, que para el Infierno eran ya formidables.

Al medio dia asaltaron la otra Mision, y robando quanto en ella habia, no perdonaron ni aun el hábito que tenia vestido el Misionero, y lo hubieran muerto, como ya lo habian hecho con una India, si algunos de ellos, que debian de ser Christianos apóstatas, no se lo impidieran, y por ellos mismos consiguió el Padre que le volvieran el santo caliz, ya que las sagradas vestiduras las habian hecho pedazos para repartirse entre ellos. Viéndose el Misionero enteramente desnudo, se cubrió con una sobreenjalma, y se fue á refugiar á la Mision del P. Fr. Antonio: éste le recibió con repique de las Campanas, y cantando el *Te Deum laudamus*, por la felicidad de haberle el Señor hecho digno de padecer por Christo; y no teniendo otro hábito ni túnica con que vestirle, de una manta blanca le cortó y cosió un hábito, que le vino muy á propósito. Con igual amor cuidó de un muchacho Indio, á quien los Tobosos le pasaron el cuerpo con un chuzo; y poniéndole solo un poco de Vino, al otro dia ya estaba aliviado, y dentro de muy pocos, cabalmente bueno. Estaban los tres Misioneros en el mayor peligro de perecer todos, porque cebados los Tobosos, era de temer que repitieran el asalto, y por eso el Ministro de la Mision de los Dolores les envió á los dos dias competente gente para que les conduxera á ella, dexando desamparadas las otras dos, pues intimidados los Indios, se habian retirado á sus montes, y no sería fácil volver sin defensa alguna á congregarles.

Con efecto, proseguian en sus bárbaras invasiones y robos los Tobosos, impidiendo toda poblacion, por lo que sin el amparo de las armas, era temeridad restablecer las Misiones destruidas, y ponerles la mesa para su insaciable codicia, exponiendo al mismo tiempo las vidas, sin mas fruto que el de perderlas; y así, desistió por entónces de sus deseos, y se salió al Real de Voca de Leones, en donde hizo mision, prosiguiendo por Sabinas y otros Lugares, en que viendo los copiosos frutos que daban, entendió declarada por esta parte la Providencia divina, y determinó satisfacer la obligacion de su Instituto, insistiendo en el ministerio, pues si Dios lo puso para que fuese luz del Mundo, no podia beneficiarlo sino estando en continuo movimiento, para ilustrar con la doctrina evangélica aquellas incultas almas. De allí se fue buscando, como buen Pastor, las ovejas, que estando en los rebaños son las mas perdidas, y son innumerables almas, que componen las pastorias abrigadas en todo el Nuevo Reyno de Leon. Sabia que los infelices que sirven en tales Haciendas, y nacen y

viven en ellas, apenas estan bautizados para llamarse Christianos, pero en todo el año, ni oyen la Doctrina Christiana, ni una Misa, y solo ven los mayores desórdenes en sus Padres y Compañeros, sin confesarse, aun estando en los mayores peligros de perder sus almas: por eso se introducia en sus Ranchos el V. Padre, y con la mayor suavidad les iba explicando los sagrados Misterios y Sacramentos, é instruyéndoles en el de la Penitencia, para poder confesarles. Esto era llover una saludable agua sobre una sedienta tierra, que luego producia los frutos que deseaban; y así les iba cultivando, y exhortándoles á observar el modo con que habian de vivir, y les dexaba impuesto, conforme á un Católico, que siempre andaba expuesto á condenar su alma en tan peligroso trabajo y selvático exercicio.

Con tan útil trabajo, subió á la Villa de Cadereyta, y se internó en todas las Pastorías circunvecinas; y girando como Astro que Dios habia puesto para ilustrar á aquellos miserables, baxó á la de Guaxuco derramando influxos de luz para su beneficio, con tal consuelo de su zeloso espíritu, que decia en una Carta: »Estamos haciendo mision entre Fie»les, con grande consuelo de las al»mas de este Reyno. Creo que el Se»ñor nos acompaña, y derrama á ma»nos llenas sus misericordias.» Podia comprobarse esta piadosa creencia con muchos casos raros; pero baste uno solo. Hospedóse el V. Padre en una Hacienda del Valle de Guaxuco, y estando ya todos recogidos, solo el dueño de la casa se desvelaba, con tal inquietud, que su muger le hubo de preguntar la causa, y le respondió: No sé que tengo que no me dexa dormir, pero se me han acordado todos los pecados de mi vida, y si tuviera al Padre aquí, me confesara. Mas desvelado y solícito estaba el Padre por esos mismos pecados, pues al acabar de decir esto, le tocó la puerta del quarto, que estaba bien distante del de su hospicio, diciendo: ¿Hay quien se quiera confesar? Sí, Padre, respondió él; y vistiéndose, se fue con el Padre, y él hizo su confesion con mucho consuelo de su alma y evidente auxilio de la divina Misericordia. Tres meses gastó el V. Padre en estas correrías apostólicas; y como fatigaba á su zeloso espíritu el vivo deseo de plantar nuevas Conversiones de Gentiles, se volvió á Voca de Leones, en donde se proporcionó escolta segura para entrar á las Misiones del rio del Norte, que pocos meses antes se habian sublevado, y se puso luego en camino.

Fue como siempre, muy gustoso á pie hasta el rio de Sabinas, y aquí se le ofreció la mayor mortificacion de toda su vida: en toda ella habia transitado millares de leguas, sin mas alivio que su báculo, aunque se le habian ofrecido gravísimos riesgos de perder la vida, é indecibles incomodidades de unas partes á otras, por predicar el Evangelio, como envió á sus Apóstoles Jesuchristo; pero en este puesto le intimaron el Cabo y Soldados, que habia de montar á caballo: procuró el V. Padre resistirlo; pero como verdadero humilde se venció á sí mismo, y obedeció á la razon de tener jornadas de muchas leguas, sin agua para las cavalgaduras, del continuo peligro de que en el camino les asaltaran los Tobosos, y de no poder dexarle ir solo y á pie, por lo que montó el Caballo. Mucho tormento fue este para su espíritu, y no

menor para su cuerpo, pues teniendo dos quebraduras, cada movimiento de la bestia, que no sabia regir con la rienda, era un agudo dolor en ellas. Y ciertamente, ahorcado en un bruto muchas horas seguidas, y muchos dias continuados, es una especie de martirio, que quando al mismo bruto lo acaba y cansa, es preciso que sea penosísimo al racional que lo sufre, ó que sea insensible ó de piedra el que hace vanidad de no sentir su molestia; y así, fue excesiva la del V. Padre, pues nunca habia militado con tan forzadas marchas.

Llegó á la Mision de San Juan Bautista, y les hizo mision á los Presidiales, fundando en ella la Tercera Orden de Penitencia, y exhortándoles á la perseverancia en la virtud y buenas obras. Era el fin de su jornada, el de ver si podia conseguir el poner una Mision de Infieles, y tratado con el Capitan del Presidio, salieron á buscar sitio acomodado, y ninguno de los que anduvieron les pareció á propósito, por lo que se volvió á Cohaguila, donde reside el Gobernador de aquella Provincia, hizo en ella mision, con admirables frutos, y se pasó á la Mision de los Dolores. Se consumia de pena el corazon del V. Padre, viéndose rodeado de los muchos Gentiles que habitaban aquellos páramos, sin poder congregarles; pero llegando dos Compañeros de su Colegio, hizo otra tentativa, por si habia llegado la hora de Dios para reducir aquellas almas: puso á las orillas del rio Salado otra Mision, con el título de nuestra Señora de Guadalupe; pero siendo indubitable el que no habiendo escolta de Soldados, es imposible sujetar á doctrina á los Indios, á poco tiempo se volvieron á sus montes, y se acabó la mision.

Por esta causa se veía aquel espíritu, todo apostólico, como en un ócio y violenta inaccion de su ministerio, y retrocedió muchas leguas á misionar en las partes á que no habia llegado antes, por la extension de Monterrey; y andando del mismo modo, beneficiando con la luz del Evangelio aquel Nuevo Reyno, tuvo noticia de que ya se acercaba la entrada á los Texas, y se volvió á esperarla en Voca de Leones. En él predicaba y confesaba incansablemente, y con las licencias necesarias fundó un Hospicio, que hasta el dia ha sido muy útil á aquellos Vecinos, por no tener toda aquella Feligresía mas Sacerdote que su Cura, y por haber establecido en él el Tercer Orden de Penitencia, con lo que gozan de muchos bienes espirituales sus almas; y tambien porque en él se hospedan los Misioneros de las Provincias de Texas.

Estando ya en la Mision del rio del Norte toda la Expedicion de Texas, y los Religiosos Misioneros, se vino el V. Padre para acompañarles; pero en el camino se enfermó y con gran trabajo le conduxeron á la Mision. Fue agravándose la fiebre, hasta ser preciso darle el sacrosanto Viático, que recibió con gran ternura y resignacion christiana. Animábales á la empresa con fervorosas ansias, y llenándoles de bendiciones, como á sus amados hijos, se despidió de todos, y de cada uno de ellos. Salieron llenos de dolor y desconsuelo de dexar tan amable Padre y exemplar Compañero en tan grave peligro; pero Dios oyó sus ruegos, y á pocos dias convaleció del todo, y sobre las mismas huellas les fue siguiendo, y les halló á cada uno en la Mision que

habia plantado. Todo el año se mantuvo el V. Padre en la de nuestra Señora de Guadalupe, y de los Indios Nacogdochis, por ser muy cortas las providencias para intentar otras nuevas Conversiones, y en el ínterin se mejoraban, estaba con los otros tres Misioneros en su pobre choza, como en un Monasterio: rezaban el oficio divino á coros: tenian juntos sus horas de oracion: aprendian los idiomas de los Indios: trabajaban personalmente en la fábrica de la Iglesia y vivienda; y sembraban la tierra para sus precisos alimentos. En todo era el primero el V. Padre, y mas en agasajar á los Indios, que le visitaban á todas horas; y como una Madre amorosa, les acariciaba en sus continuas impertinencias, y les disimulaba sus groseras ignorancias.

Por el Invierno, que en aquellos Paises es rigidísimo, pasó á visitar la Parcialidad de los Indios Ays, á los que congregó en una nueva Mision, que tituló nuestra Señora de los Dolores: á las cincuenta leguas de esta, les puso otra á los Adays, y les dexó un Ministro para su catequismo: diez leguas adelante estaba el Fuerte y límite de los Franceses; y sabiendo que no tenian Ministro alguno Eclesiástico, le compelió su caritativo zelo á ir á visitarles, y su religioso estilo les ganó los afectos; y llevando Ornamento, les dixo Misa, y por Intérprete, les predicó la palabra divina; y á muchos que entendian algun tanto nuestro idioma, les confesó y administró el Eucarístico Sacramento. Todos le quedaron sumamente agradecidos, y mas el Señor Vicario general de la Movila, que llegando á su noticia los oficios del V. Padre, le escribió una obsequiosa Carta, agradeciendo su apostólico zelo, encargándole hiciese con aquellas sus ovejas los buenos oficios de Pastor, como si fuesen propias suyas, puesto que todas eran de un mismo Gremio Católico, aunque de diversas Coronas en lo político. Fue este salvo conducto muy del genio del V. Padre, y con él logró su apostólico zelo quantas ocasiones pudo, y en todas mucho fruto y consuelo de aquellos desamparados Christianos.

Era la perla preciosa de sus afectos la Mision de los Dolores; y volviendo á ella, le llegó la última hora á un Religioso Lego muy virtuoso que tenia de Compañero, en la que le sirvió y auxilió hasta entregar su alma al Señor. Quedó tan solo, que ni un Indio habia en la Mision, por haberse ido á buscar alimentos en los montes, y cuidar sus sementeras, que tenian bien distantes; y habiendo de avisar á los Misioneros la muerte del Religioso, envió al único hombre que habia, con título de Soldado, quedando el Padre cuidando unas Cabras que se llevaron para procreo. No admiracion, sino asombro sería ver aquel austero, extático Solitario; porque teniendo el corazon desprendido de la tierra, no tenian tampoco sus potencias otro estudio, ni sus sentidos otro empleo, que el amar solo, y contemplar en la Divinidad hermosa, reduciendo á estos afectos todas las operaciones de su alma, castigando su cuerpo, porque siendo carne de pecado, no se revelara contra los anhelos de su espíritu, y teniéndole humillado con ayunos y mortificaciones tan penosas, que serian de admirar aun en los mas rígidos Anacoretas.

Aunque eran grandes las penurias que todos pasaban, para el V. Padre no eran nuevas, porque en la

mayor parte del tiempo que estuvo en Texas, su desayuno era un poco de maiz tostado y molido, cocido en agua pura: su comida y cena eran maiz cocido, y tal vez algunos granos de frixoles, sazonados con agua y saltierra: otras veces eran yerbas campestres, y raras con grosura de Oso ó de Venado, y hubo tiempo en que los Cuervos silvestres fueran su único alimento. Á tan dura abstinencia, juntaba un continuo y penoso trabajo; porque por su mano labraba la tierra, y con la hazada sembraba las semillas, que despues cultivaba: texia cestos de mimbres, cortaba los maderos, torcia cordeles, y salia por los montes á recoger nueces para repartir á los Indios en sus necesidades, y atraerles al catequismo; y con todo, estaba tan gustoso en sus penurias y fatigas, como pudiera estarlo en la mesa mas opípara, ó en la ociosidad mas deliciosa; y así, consolaba á los demas Misioneros, diciéndoles: »Esta detencion de socorro, la permite el Señor »para nuestro bien. Como al oro en »la hornilla, prueba el Señor á los »electos. Si está con nosotros Dios en »la tribulacion, ya no es tribulacion, »sino gloria. Como Christo en la Cruz »atribulado, y bienaventurado en las »manos de su Padre, Hostia viva, y »siempre viendo la cara de su Padre, »como bienaventurado.» Así animaba el V. Padre á sus Hermanos en sus tribulaciones y necesidades, porque es propiedad de corazones magnánimos y amantes, mirar un trabajo, como premio y galardon de los otros.

Dos años corrian, y en ellos interrumpida la comunicacion de Cartas, y por eso, aunque habia sido electo y confirmado Guardian de su Colegio el V. Padre, desde el año de diez y seis, y era ya el Agosto del diez y ocho, no habia tenido noticia alguna, y considerando abanzado ya el trienio, y que se habria tomado otra providencia para el gobierno del Colegio, renunció, en el caso de que por tan larga demora se hubiese confirmado otro de los tres elegidos, y como este juicio era tan razonable, como adaptado á su humilde genio, lo dió por legítimo, y prosiguió en el anhelo de atraer á sus tres Misiones mas Catecúmenos, estimando la continuacion de sus indigencias y penosas tareas, mas que la Prelacía.

CAPÍTULO XXI.

Retíranse los Ministros de las Misiones, por la invasion de los Franceses; y dexando el P. Fr. Antonio fundada una Mision de Infieles, vuelve á restablecerlas, y es elegido segunda vez Guardian de su Colegio.

ES cierto que aun los rumores marciales bastan para enmudecer las leyes, antes de oirse el estruendo de las armas y clarines: así se vió en Texas, quando rotas las paces de España y Francia, llegó la noticia á la Movila, y de esta se vulgarizó en el Presidio de Nachitos, cuyo Comandante, sin órden de su Gobernador, se anticipó á declarar con la hostilidad la guerra. Bien veía que una inocencia desarmada no po-

dria resistir qualquiera violencia, y pensó que por el derecho de represalia podria proceder á executarla, y entró de interpresa en la Mision de San Miguel de los Adays, diez leguas distante de su Presidio. Hizo prisioneros á un Religioso Lego, porque el Sacerdote habia ido á confesarse y consolarse con el V. P. Fr. Antonio, y á un Soldado desnudo y desarmado, haciendo tambien presa de los sagrados ornamentos y demas necesarios utensilios del quotidiano servicio; pero con exáctitud tan prolixa, que no se libertaron de la prision ni aun las Gallinas; pero estas en la marcha, disgustadas de la fuerza, batieron las alas fuertemente para hacer fuga, y azorada la Caballería con el estrépito, dió con el Comandante en tierra, por lo que acudiendo los Soldados á socorrerle, tuvo el Religioso Lego oportunidad de batir tambien las piernas al Caballo; y, cogiendo el monte, les dexó burlados en la carrera. Con esto, Mr. Comandante entró en su Presidio, glorioso con el triunfo de un Soldado desvalijado, y las aves prisioneras, que sin duda no les indultaria el derecho de las gentes las vidas, para conservar el Gefe la suya, pues tan alevosamente le pusieron á peligro de perderla.

Á largas jornadas llegó el Religioso á donde moraba el P. Fr. Antonio, el que viendo que con la noticia el Capitan cayó de ánimo con sus pocos Soldados, y que las mugeres pedian con lágrimas que las dexaran salir, y considerando que el Comandante de Nachitos, viendo las pocas fuerzas de nuestras armas, podia seguir el saqueo de las Misiones, y aun pervertir á los Indios, condescendió á la retirada á parage mas seguro. Dióse aviso á los demas Presidios, y al de San Antonio se le pidió socorro; y poniendo en cobro todo lo que se pudo, el Capitan y Religiosos se fueron saliendo. El V. Padre, y el otro Presidente, le hicieron fuertes instancias para que no desamparara la Provincia, y ambos se quedaron en la Mision de la Concepcion, distante cien leguas de los Franceses, para observar, por medio de los Indios, sus movimientos; y aunque no hicieron algunos en su seguimiento, el Capitan siguió en su retiro, por lo que fueron los dos Padres á alcanzar el convoy, que marchaba para fuera. Repitiéronle las representaciones mas eficaces para que siquiera esperara los socorros pedidos, y así pudieron contenerle, poniendo el Real en aquellos campos.

Mientras se formaban algunas barracas y rústicas chozas, formó el V. Padre en una tienda de Campaña un Altar portátil, de que era el Sacristan y Acólito, pues en los tres meses que duró aquella mansion, todos los dias en la Aurora se celebraban nueve Misas, ayudándolas todas, y haciendo tal aprecio de tan santo ministerio, que para no cedérselo á otro, se valia de graciosos disimulos. Consolaba á todos aquellos errantes Peregrinos, y les alentaba el Siervo de Dios con fervorosas pláticas, asistiendo con amor á los enfermos, y á todos les exhortaba, para que se reconciliaran con Dios por el Sacramento de la Penitencia, y dispusieran sus almas para gozar en el maná divino, las dulzuras que les franqueaba en aquel desierto. Desesperados ya de los socorros pedidos, se levantó el campo, y se pasó al Presidio de San Antonio; y fue acertado el acuerdo, pues tardaron las providencias superiores en efectuarse año y medio.

Era la Mision de San Antonio un abreviado Convento, porque rezaban de Comunidad el Oficio divino, asistian al Refectorio y demas devotos exercicios: el V. Padre acudia los dias festivos á decir Misa en el Presidio, y les predicaba, y confesaba á quantos se disponian. No podia su zelo, por la conversion de los Gentiles, estar en descanso, y así, logró fundar á las orillas de aquel rio una Mision para su Colegio, que dedicó al Santísimo Patriarca Señor San Joseph, que hasta el dia de hoy persevera, y siempre ha florecido con tan benéfico amparo y patrocinio: ni tampoco su caridad oficiosa con sus Hermanos; y se atareaba hasta de noche en coser ó remendar hábitos, siendo de admirar, que aunque lo hacia casi á obscuras y de prisa, le salia su labor muy cumplida.

Ya por fin llegó el término de las ansias que mas congojaban el corazon del V. Padre, con la restauracion de las Misiones desamparadas en la Provincia de Texas, porque llegó á San Antonio la gente que iba á restablecerlas, y siendo esto en el tiempo de la Semana Santa, esmeró toda su zelosa eficacia en que ninguno de toda la Comitiva dexara de cumplir con los preceptos de la Santa Iglesia: á esto les exhortaba, no solo con fervorosos Sermones, sino tambien con el exemplo, y el Juéves Santo comulgaron con el V. Padre todos los Oficiales de la Milicia, hasta los últimos Cabos de las Compañias: hízoles á la tarde la ceremonia del Mandato, explicándola con tales afectos, que todos quedaron encendidos en los de la caridad que debe animar los corazones christianos. Con estas prepaciones se comenzaron las jornadas, dando la prudencia las mas oportunas reglas, y exercitando la religion las virtudes mas piadosas. Todos los dias se decian antes del dia las Misas, y á las tardes habia su plática espiritual y explicacion de la Doctrina Christiana: en las noches se repetia en diez coros el Alabado, que otros tantos se formaban cantándolo los Religiosos, el Gobernador y los Capitanes; y aunque no faltaron algunas desazones; pero ninguna de consequencia, y todas se olvidaron con llegar á las Provincias de Texas. Fueron por su órden restableciéndose las Misiones, quedando en el mismo pie que antes estaban.

Plantóse un nuevo Presidio en los Adays, con dotacion de cien Soldados, que tambien debian ser Pobladores, por lo que muchos llevaron sus mugeres y familias, quedando éste, fronterizo á los Franceses, y limitrófago de los Españoles: de todos era Capellan el V. P. Fr. Antonio, como Misionero de la Mision de San Miguel, distante medio quarto de legua. Luego que la restableció, y se pusieron en órden las cosas, se hizo cargo de que segun las obligaciones de su Instituto, el talento de la Fe que el Señor le habia confiado para negociar con él, propagándola entre los Infieles, y confirmando sus dogmas en los Católicos, no debia tenerle ocioso; y así, desvelado en multiplicárselo á su soberano dueño, no reparaba ni temia fatigas, trabajos y sudores, por buscar, congregar y catequizar á los Gentiles, y animarles con el exemplo al trabajo de beneficiar las tierras, para la necesaria subsistencia: con igual esmero explicaba la Doctrina Christiana, predicaba y confesaba á todos los Presidiales, cuidaba de la salud espiritual de sus enfermos, y administraba los Sacramen-

tos, con la exáctitud y vigilancia de zeloso Párroco. Esto mismo executaba con los Franceses vecinos; y visitándoles, les consolaba y asistia, sin que la solicitud de su caridad apostólica hiciera distincion alguna de naciones ni de personas, porque solo miraba el logro de sus almas. De suerte, que su continuo afan, junto con su abstinencia y duro rigor con que se trataba, era una especie de crueldad, que siendo para todos de una grande admiracion, solo su humildad la desconocia, porque siempre se reputaba por la misma nada.

Pero mal se esconde una grande alma en qualquiera trage y en qualquiera fortuna, pues quando el Mundo profano juzgara por la mas abatida la que tenia aquel pobre Misionero en una remendada mortaja, la porcion mas ilustrada de ese Mundo mismo le elogia, le venera, y le pide para Apóstol y Angel que anuncie la paz en su tierra. Tenia ya experimentada en su noble espíritu, la suavidad de su dulzura; y así, reconocia que una grande discrecion, junta con una heroica virtud, son aquellas dos armas, templadas en las aguas mas puras, que siempre vuelven del campo victoriosas, y dexan á los vencidos con vanidad de verse rendidos á sus puntas. Esta feliz experiencia persuadió á la Real Audiencia de Guatemala á escribir al M. R. P. Comisario General, suplicándole con encarecido empeño le remitiese al P. Fr. Antonio, para apagar el fuego en que se ardia la Ciudad, de pleytos y discordias, que solo el P. Margil (decian) los podia sosegar. Mucha perplexidad causó al Prelado esta súplica, en un tiempo en que el V. Padre estaba ocupado en las conversiones de Indios y poblacion de Provincias, tan del servicio de ambas Magestades, por lo que le escribió, ordenándole que le encomendase á Dios, y le pidiese luz en la oracion, y executase lo que le pareciese mas conveniente.

Opcion fue esta, que sin esa luz especial no pudiera resolverla el V. Padre, guiado de su propia prudencia; porque entendido por su desengaño propio que él era la misma nada, y que en qualquiera de los dos asuntos, habia de calificar contra su dictamen, por necesaria y útil su persona, ó bien por la paz de Guatemala, ó bien para la conquista de Texas; y así, no diciendo ni uno ni otro la obediencia, le remitió, por via de consulta, la Carta del Superior, al Guardian y Discretos de su Colegio, para que consideradas todas las circunstancias del caso, resolvieran lo mas justo, y le mandasen venir, ó satisfaciesen al Prelado, á quien tambien escribió, dándole cuenta de su consulta; y con las razones que se le expusieron en su respuesta, quedó obedecido, y el V. Padre, por humilde y por obediente con mérito duplicado, y gustoso en su ministerio.

A este tiempo recayó en su persona el oficio de Prefecto de las Misiones de *Propaganda Fide*, por Autoridad Apostólica, y continuó sus zelosas tareas, fundando una Mision de Gentiles en la Bahía del Espíritu Santo, la que persevera hasta hoy, aunque mudada á mas saludable terreno y asistencia de su Presidio. Todas aquellas dilatadas Provincias cabian en el magnánimo corazon del V. Padre, que considerándose ya desprendido de toda humana dependencia, cada dia sacrificaba en la sagrada Ara su vida, y los deseos de darla con toda su sangre, por el bien y reduccion de toda aquella Gentilidad

numerosa, sin pensar el desampararla, por verla en el gremio de su Madre la Santa Iglesia; pero al fervor de sus deseos, le cortó la obediencia los pasos, haciéndole venir para Guardian de su Colegio, por lo que confundido en los inexcrutables decretos de la soberana Providencia, consolaba á sus Hermanos, afligidos con su retiro, y se puso en camino: todo él lo empleó, segun su costumbre, en beneficio del próximo, predicando y confesando en todas las posadas y Ranchos, tomando estos exercicios, como lenitivo de sus trabajos y alivio de sus cansancios, hasta llegar á su amado Colegio.

En él, solo mudó la labor, pero no la actividad y exáctitud con que en todo llevaba el peso de los actos religiosos y ministerios del Instituto, con incansable tezon y zelo. Portábase en su gobierno, muy distante del despotismo, pues solo se reputaba Vicario y Súbdito de la primera Prelada del Colegio, y como él decia, Negrito de su Ama Maria Santísima de Guadalupe. Por esta polar Estrella dirigia todos los rumbos de sus diversas ocupaciones, y como la esencial era la de las misiones, ese mismo año la hizo en Zacatecas, con los prodigiosos efectos que siempre causa la voz del Evangelio: franqueó quantas providencias le enseñó la experiencia que pudieran ser necesarias y favorables á las Conversiones de Texas, y les envió mas Operarios; pero para las que dependian del Superior Gobierno, le fue preciso, consultado el Superior General, pasar á México. Para dar mas fuerza á las representaciones, se vino por Querétaro, y fue acompañado del Guardian del Colegio, y ambos expusieron al Señor Virrey las materias que juzgaron necesarias para la estabilidad de aquellas Misiones y Provincias; y como era preciso tolerar las demoras con que se promueven tales negocios, no quiso perder ese tiempo en los de su apostólico ministerio, y mas siendo el tiempo de la negociacion mas oportuna, por ser entónces la Quaresma.

Se hacia cargo el V. Padre que la Providencia le llevaba á aquella populosa Corte para el remedio de innumerables almas, y consuelo de sus escogidas Esposas; por eso procuraba sacar las mayores usuras en unas y otras. Muchos dias estuvo de asiento en el Convento de Santa Clara, y las Religiosas solicitaban oír su doctrina con tal eficacia, que muchas se quedaban en el Confesonario de noche, por no aventurar la vez al otro dia, ó que algun accidente se la impidiera, quando al mismo tiempo la oían en privadas exhortaciones y espirituales pláticas que les hacia en la Reja. Por mandato del Prelado General predicó dos Sermones en el Convento de N. P. San Francisco, y divulgada la noticia, quiso el Señor Virrey ser oyente suyo, y á su imitacion, los primeros Señores de la Real Audiencia, y nobilísima República. En ese dia, desde muy temprano, estaba tan ocupada la Iglesia, que no solo era ya inaccesible la entrada, sino que de la gente que estaba fuera, sería imposible regular ni aun un probable guarismo, porque todos iban atraidos de su fama, luego de su exemplo, y movidos del eco de su voz, que entrando como espíritu fogoso por los oidos, penetraba los corazones con el desengaño; y así, se vió esta vez el que le atendian todos como á un oráculo, porque predicaba fuego que heria las almas, y con la luz de la verdad limpia y clara, ilu-

minaba sus mas ocultas tinieblas.

El otro Sermon fue á plaza abierta, porque fue el de las tres caidas, en la *Via-Crucis* de la V. Orden Tercera: toda estaba ocupada de inmenso concurso, y resonando aquel clarin evangélico las finezas de un Dios hecho Hombre, condenado á muerte, y desangrado á los pies de sus Verdugos por los pecados de los hombres, era una piadosa confusion el oír, por tres horas continuas, los sollozos, lágrimas y lamentos con que correspondia tan numeroso auditorio, á los tiernos y doloridos afectos con que el Predicador le hacia ver las torpes correspondencias de sus ingratitudes, y le pedia al Señor perdon de ellas, con eficaces propósitos de enmendarlas. Un dia de la Pasqua predicó el V. Padre en la Cruz de la Catedral desde las seis de la mañana, y fue creciendo el concurso hasta las nueve, de forma que ya no cabia en toda la plaza. Á la tarde, estuvo toda ella predicando sobre la acequia que conduce los paseos de Xamayca, y fue el dia mas memorable para México, así por los muchos que se aprovecharon de sus desengaños, como porque se corrigieron muchos escandalosos abusos; y de otros igualmente perniciosos y ocultos, informó á las Superiores Cabezas, que dieron sus correspondientes providencias.

Iban ya tres meses de demora, y todavia no se resolvian los asuntos de las Misiones, y debiendo atender los Guardianes á la residencia de sus Colegios, los dexaron recomendados, y se vinieron á Querétaro: habia sido la ida, una continuada lluvia de la divina misericordia, predicando y confesando en todas las jornadas, y á la vuelta se vieron algunos de sus frutos, porque le dixeron al Compañero, que dos personas que se habian confesado con el V. Padre, habian muerto á pocos dias, y que aunque no tuvieron tiempo para recibir los Sacramentos, dieron en su muerte muchas esperanzas de su felicidad eterna, por las demostraciones de contricion de sus culpas con que acabaron sus vidas. Con ese mismo método se restituyeron al Colegio de Querétaro. Aquí le suplicaron los Religiosos al V. Padre, que predicara tres Sermones en diversas Iglesias, para satisfacer los deseos de sus moradores: hízolo así, con crecidísimos auditorios y resultas tan proficuas, que todos los Confesores del Colegio eran pocos para oír á todos los que venian atropados á confesarse.

CAPÍTULO XXII.

Cumple el V. Padre el trienio de su Guardiania, y sale á hacer misiones entre Fieles.

ASOMBROSO privilegio fue siempre el de la predicacion del P. Fr. Antonio, que las lágrimas que sacaba á sus oyentes desde el Púlpito, no las enjugase luego el viento, como de ordinario sucede, que llevándose el ayre los gemidos que en muchos Sermones motivan, ó un fervoroso desengaño, ó un intempestivo miedo, pasado aquel primer movimiento, se quedan los corazones vacios, y vanos los propósi-

tos: no sucedia así quando el V. Padre predicaba, porque sus discursos y exhortaciones se fixaban de tal suerte en los pechos, que despues no era capaz de borrarlos ni toda la veleidad del humano capricho. Caminando para su Colegio, entró el V. Padre en Apaseo, y como á la novedad de verle se conmovian los Pueblos, ocurrió éste á la Iglesia en gran concurso, por lo que le hizo un Sermon, que equivalió á muchos, declamando en él contra todos los vicios; y no pudiendo detenerse en el Confesonario, al despedirse le dixo al R. P. Cura: Bastante le queda que hacer en estos dias; y fue así, que muchos estuvo atareado en oír confesiones generales y particulares, todas con disposicion tan admirable, que le dexaron tan consolado, como persuadido á que solo con luz del Cielo pudo el V. Padre saber y prevenirle tan raros efectos y extraordinarias confesiones. Pero no era nuevo el que esa misma luz le guiara en casos no previstos. Encontróse accidentalmente con un Jóven, á quien Dios habia escogido para empresas de su gloria y exemplar de virtudes, y sin conocerle antes, ni haberle comunicado, le dixo: Ya sé que quieres servir á Dios y ser muy Santo, añadiendo otras razones, conformes á sus propósitos y á la doctrina del Maestro que le dirigia.

Así iba aquel espíritu apostólico, como Astro del Cielo, alumbrando aquellos caminos, y llenando los corazones de luz y de consuelos. Á pocos dias de llegado á su Colegio le asaltó un abceso hepático, ó tumor en el hígado, que por su inflamacion, que nunca es grande sin igual fiebre, les hizo á los Médicos desesperar el reparo, y lo declararon de grave peligro, ordenando se dispusiera para morir, con los Santos Sacramentos. Fue de gran consuelo para el enfermo tan saludable receta, y la abrazó con todos los afectos de su alma, y edificacion de aquella Comunidad Religiosa, la que viéndole ya desahuciado de los Médicos, y sin esperanza en la medicina, apelaron á la universal, que es salud de todos los enfermos, cantándole muchas Misas, y haciéndole repetidas deprecaciones á Maria Santísima, como á Prelada y Madre de aquel Colegio, por la salud del que se gloriaba de ser su Vicario y de ser Negrito de su Ama de Guadalupe. La Ciudad hizo iguales demostraciones de devocion y afecto, como tambien el Colegio de la Santa Cruz, y quantos supieron el peligro en que estaba tan importante vida; y sin duda fueron oídos del Señor, y aceptos tan multiplicados ruegos, pues como el V. Padre gratificaba el favor, le confesaba diciendo: »Gracias sean dadas á Dios nuestro Señor, y á tantos buenos que en esta »Ciudad y en muchas partes clamaron á su divina Magestad: me hallo »ya bueno, y deseoso de proseguir, »como hasta aquí, esclavo indigno »de todos, ó de solo Jesus, en todos »y en cada uno de mis próximos.»

Con este caritativo afecto visitó á un Novicio del mismo Colegio, que en aquellos dias le acometió una maligna fiebre, de cuyo peligro enterados los Médicos, dispusieron se le administraran los Sacramentos; y poniéndole sobre la cabeza las manos, rezándole un Evangelio, repentinamente desaparecieron los fatales síntomas, y quedó bueno y sano el enfermo. Este caso declaró un grave y docto testigo, suponiendo haber acaecido otros muchos semejantes, y afirmando ser voz comun de los Pueblos,

el que de muchas dolencias fueron único remedio sus benditas manos.

Siempre tenia en las manos aquella lucerna del Evangelio con que iluminaba á sus próximos, y por eso asistiendo en este tiempo el V. Padre á una Señora en su última enfermedad, y pidiéndole no le faltara en la última hora, le respondió: No le faltará el Señor; pero que estuviera cierta que él no podria darle ese consuelo, porque lo esperaba otra mayor necesidad en ese tiempo. Fue como lo dixo, porque en la Ciudad se hallaba un hombre sano y robusto, que hizo un viage de veinte leguas, y allá le asaltó una enfermedad muy aguda; y siendo sus costumbres muy viciosas, era casi cierta su perdicion eterna; pero el Señor le dió luz al V. Padre de necesidad tan extrema, y sin ser llamado de alguno, partió en las alas de su zelo, y le hizo conocer al enfermo el peligro en que estaba de perder la vida, y eternamente su alma, con lo que le movió á confesarse con muchas lágrimas y dolor de sus culpas, que alcanzaron del Señor nuevo plazo de vida para enmendar sus desafueros y satisfacer sus escándalos, como lo hizo muy desengañado.

Otra Señora, enloquecida con la pasion de los zelos, no dexaba honra que no desacreditara, ni malicia que no pregonara contra su marido; y yendo expontaneamente el V. Padre á visitarla, procuró con suavidad desengañarla de sus manías; pero ella se encaprichaba mas en ellas, por lo que brotando por el semblante fuego, y con voz temerosa, le dixo: Señora, el Infierno tiene ya abierta su dilatada boca para tragársela. Fueron estas voces tan eficaces, que recobrada del espanto, quedó mudada del todo, restituyó las honras quitadas, depuso sus sospechas temerarias, y confesándose de todas sus culpas, prosiguió su vida como buena Christiana.

Habia exercido el V. Padre esta última Prelacía con todo el lleno de su virtud y experiencia, y con una prudencia toda del Cielo, que puso á aquel Apostólico Seminario en los mayores auges de perfeccion religiosa y zelosa vigilancia del ministerio, y al mismo tiempo, con crecidos aumentos de todo lo necesario al Convento y Religiosos; y cumplido el trienio, se celebró el Capítulo, en que calificado de laudable su gobierno, solo él tenia cumplido su deseo, por considerarse ya libre de las pihuelas que le impedian los anhelos de predicar al universo Mundo el Santo Evangelio. Pero estando el Guardian nuevamente electo, en las Misiones de Texas, solicitaron los Religiosos que el V. Padre quedara de Presidente, dando en esto pruebas nada equívocas de que apreciaban su gobierno, que siendo de un Prelado zeloso, era tambien de un Padre y Pastor amantísimo.

Á los seis meses llegó con el nuevo Prelado la suspirada libertad del V. Padre, porque presentó la Patente del Rmò. Padre Comisario General de Indias, que habia tenido reservada, al Superior General de estas partes, en que se le daba facultad para que pudiera agregar otros Compañeros de estas Provincias, y sin limitacion de tiempo, ocuparse en hacer misiones. Hizo á todos patentes sus designios, y antes de emprender su viage, quiso hacer unos exercicios espirituales; pero para esconder de todos hasta sus pensamientos, y quien sabe si tambien algunos favores divinos, escogió la soledad de una Ha-

cienda de campo, distante cinco leguas. Acompañado de otro Religioso, se encerró en ella, pero tan solo, que en casi un mes, solo los dias de fiesta se le veía decir Misa, predicar y confesar á muchos, estando el demas tiempo negado á todo comercio humano; y si el espíritu del Señor le llevó á aquella soledad, solo él supo los fines de su enamorado corazon, las mortificaciones fervorosas que hacia, y las luces que recibiria su dichosa alma. Quando se restituyó al Colegio, tuvo Cartas de Guadalaxara, y de mucha atencion y respetos, que exîgian ser correspondidas, en que con instancia le llamaban, para que su consumada prudencia y persuasion viva, compusieran muchas discordias, que tomadas como empeño, eran la piedra del escándalo. Para resolverse, consultó al Rmô. Padre Rector de la Compañia de Jesus, y á su Prelado, los que defirieron á la súplica, como justa y necesaria, su condescendencia. Tenia el V. Padre precision de misionar en Valladolid, y habiendo de ir primero á Guadalaxara, lo hizo á costa de un extravio, no solo largo, sino penoso.

Despidióse de su amado Colegio, y no sin ternura, dixo en el Refectorio sus culpas, pidiéndoles á todos y á cada uno perdon de sus defectos, y de qualesquiera malos exemplos; y como su edad era ya abanzada, y quebrantada su salud por su interminable trabajo, y la ausencia habia de ser larga, presintian ya la desgracia de no volver á verle; y así, ninguna resignacion pudo contener á sus amantes Hijos, para que no prorrumpieran en tiernos suspiros, lágrimas y sentimientos. La Ciudad de Zacatecas le manifestó tambien su veneracion y amor con semejantes demostraciones, y con el dolor que le causaba su ausencia; y por no renovar el de sus Hijos en la última despedida, se salió con un Compañero en el silencio de la siesta.

Dirigió sus jornadas para Guadalaxara, sin alterar su acostumbrado método de predicar y confesar por todos los Pueblos y posadas del camino, y á los diez y ocho dias entró en dicha Ciudad. Era ardua la concordia que deseaba, porque estaban muy destemplados los instrumentos que habian de celebrarla. Y pidiendo algun tiempo para ir moderando la tirantez de las pasiones, y que se proporcionase una transaccion christiana, no lo perdió el V. Padre, dedicado á visitar y exhortar con pláticas espirituales á las Esposas de Jesuchristo, animándolas á la mas perfecta correspondencia de su amor, con la observancia de sus Institutos é íntima comunicacion de su dulce Esposo. Visitaba tambien las Cárceles, Hospitales y Parroquias, y ayudado de otros dos Misioneros que iban á Sayula, á todos les predicaba, confesaba y confirmaba en los propósitos de no quebrantar la Ley divina. Al fin reduxo mas que su eloqüencia, su caridad oficiosa, las partes disidentes, á una suave composicion y conformidad equitativa, quedando olvidada, y quebrados los resortes de toda la máquina de las discordias, con gran gloria de Dios, á quien se dieron las gracias por el bien que hizo á las almas con el beneficio de una paz christiana y verdadera concordia.

De aquí pasó el V. Padre á los Pueblos que boxean la laguna de Chapala, y hallando en el de Acatán prevenidos Toros y fandangos para celebrar la Pasqua de Navidad, entró anunciando la mision, é hicieron sus

apostólicos bramidos que se convirtiera todo en lágrimas de penitencia, confesiones y mortificaciones públicas. Era de admirar la veneracion con que en todos los Pueblos recibian estos desengaños, y salian á recibir á los Misioneros con Cruz alta, instrumentos músicos y ramos, barriendo largo trecho los caminos, y adornándolos de flores y arcos; pero siendo ya preciso el acercarse á Valladolid, lo fue tambien al V. Padre salir de noche y á caballo, para poder salir de ellos: ni esto fue bastante para que el Párroco desde la Piedad no le saliera, acompañado de otros Sacerdotes y Seculares, á cortar el camino, y emplearle por quince dias en la mision de su Pueblo, en la que fue el concurso tan copioso, que fue necesario sacar el Púlpito de la Iglesia, y estar confesando á los hombres hasta mas de la media noche, para lo que tenia el V. Padre licencia del Santo Oficio. Con el mismo tezon se executó en Santa Ana, de donde le fue necesario hacer otra noćturna fuga para ir á Angamacutiro, Puroándiro y Vaniquéo, pero siempre seguido de innumerables que fue confesando por el camino, hasta entrar en Valladolid.

Publicó la mision en la Catedral, y predicó con solidez tan eficaz y vivaz eloqüencia, que salian de su boca las voces, como dardos de fuego que abrasaban los corazones, y apenas hubo alguno que no se encendiera en afećtos de dolor y ternura. Eran para los auditorios muy corto el ámbito de los Templos, y el número de los cinco Misioneros, con lo que se vieron maravillosos frutos, de suerte, que siendo innumerables las confesiones, se vieron públicamente rompidas amistades torpes muy antiguas, reformados los trages profanos, restituidas honras y bienes usurpados, extinguidos los juegos, dando los jugadores de Gallos pruebas de su enmienda, con matarlos sus mismos dueños, y cerradas todas las Vinaterias.

Concurria tambien la divina Providencia á tan christianas resoluciones con demostraciones extraordinarias, porque siendo el dia de la Procesion de Penitencia inmenso el concurso, y en que los Señores Prebendados fueron los primeros cargados de pesadas Cruces, muchos de los principales Republicanos descalzos, y el comun con crudas penitencias, antes de ordenarse, advirtió el R. P. Guardian del Convento, que podia suspenderse hasta que el Sol templara sus rayos, pues estaba la tarde muy calorosa; y proponiéndoselo al V. Padre, le respondió: »Dispóngase »la Procesion, que espero en Dios no »nos moleste el Sol con sus rayos.» Hízose así, y al punto se formó una nube que cubria el Sol con su densidad, y se extendia su sombra por todo y solo el ámbito ó circunferencia de la Ciudad, manteniéndose fixa, hasta que dando por las calles vuelta la Procesion, entró en la Catedral, donde predicó el V. Padre. Fueron muchos los que observaron este raro fenómeno, y que despues lo testificaron como preternatural ó prodigioso, porque acabada la Procesion, se disipó el nublado, y el Sol se veia entrar por las ventanas de la Catedral muy claro. Ello es cierto que la nube que en sus jornadas protegia á los Israelitas para que los rayos del Sol no les hirieran, era un perpetuo signo del auxilio y poder con que Dios favorecia á su Pueblo. Lo mas raro fue, que siendo el nublado obscuro, muchos le miraron como relámpago, por la instantanea luz que alumbró á sus en-

tendimientos; y siendo mudo, la fama le hizo dar tan terrible trueno, que espantó á muchos.

Así fue, que toda la conmocion de Valladolid hizo eco en la Ciudad de Pazquaro, y solo el rumor de los admirables frutos de la mision, que se hicieron allá públicos, movieron á sus Vecinos á hacer muchas y muy fructuosas confesiones, y á reformar todos los abusos escandalosos, pues los efectos de la verdad evangélica, no se ciñen á las voces ni á las distancias. Ya las fuerzas naturales del V. Padre estaban muy debilitadas, y con el continuo afan del ministerio, le acometió una fiebre ardiente que le puso en cama hasta el séptimo dia que hizo crisis, dando en estos dias un raro exemplo, con recibir en todos ellos la sagrada Comunion, y manifestar una humilde paciencia y virtuosa constancia.

Mal convalecido de la pasada fiebre, partió el V. Padre de Valladolid, y viniendo para Acámbaro, recogia por el camino mucho del fruto de sus trabajos, confesando en él á los que le seguian. Anunció la mision, y correspondió á su zelo la mocion y aprovechamiento espiritual de sus oyentes. Hallábase allí una Señora, que en el concepto comun padecia una declarada demencia; y aunque se habia confesado con el V. Padre, todavia dudaban los Religiosos darle la sagrada Comunion, pero él aseguró que podian hacerlo; y fue, que poniendo las manos sobre su cabeza, le rezó un Evangelio, con lo que al mismo punto se le borraron todas las manías, y quedaron en perfecta habitud sus potencias. De allí se vino el Siervo de Dios para su Colegio de la Santa Cruz, con gran consuelo de todos sus amados Hermanos y amantes Hijos.

CAPÍTULO XXIII.

Pasa el P. Fr. Antonio para México, su muerte y honorífico entierro.

HABIA depositado Dios en el V. Padre una alma grande, para que tambien lo fuera la forma de su vida; y esta fue tan admirable como la de una delineacion de perspectiva, cuyo artificio, en los léjos que miente y vacios que finge, le presenta un agradable embeleso á la vista, consistiendo todo el primor, en que los rayos directos de las especies vienen por linea recta, sin refraccion ni reflexîon, á parar y concurrir en ella: á este modo, quien directamente veía al V. Padre ocupado en un Apostolado de quarenta y quatro años continuos, atravesando á pie, y sin mas viático que el que Christo previno á sus Discípulos, dos dilatados Reynos, fundando tres Colegios y muchas Conversiones de Infieles, misionando en todas sus Ciudades, Villas, Pueblos y Cortijos, pensaria que era un hombre robusto y de extraordinarias fuerzas y que gozaria de una salud y complexîon inalterable; pero si esos rayos que le venian directos á la vista los refracta, y hace torcer la linea de su direccion sobre los léjos y vacios en que su profunda humildad escondia las austeridades, vigilias, ayunos, enfermedades, dolores y quebrantos que su esforzado

zelo toleraba, y disimulaba en sus apostólicas y penosas tareas, verá trocada la perspectiva, en una imágen viva de una sangrienta penitencia, de una abstinencia rígida, de una obediencia ciega, y de la mas heroica tolerancia en los crueles accidentes de una salud trabajada, y en extremo desflaquecida. Con esa misma reflexîon verá tambien, que no las fuerzas imaginadas, sino la soberana Providencia, era la que fortalecia su grande alma, y dirigia sus pasos conforme á sus designios, para decorar con su muerte su apostólico ministerio, y hacer famosos sus trabajos con un sepulcro glorioso.

Bien presentia en sí mismo el V. Padre que caminaba al logro de sus deseos, é inflamados sus afectos, caminando para Querétaro, luego que veia los Paxarillos, daba á entender á los Compañeros con acciones y palabras, que los tenia muy vivos de remontarse al Empireo con presuroso vuelo. De estos amantes anhelos nacia una alegria extraordinaria, que todos extrañaban en su semblante: los esfuerzos con que alentaba á las Beatas de Santa Rosa para que fueran muy perfectas; los consuelos con que en el Confesonario fervorizaba á las Religiosas de Santa Clara, y una plática espiritual con que las exhortaba á ser fieles Esposas de Jesuchristo: á esto dirigia algunas medias palabras, con que correspondia á los Seculares sus devotas expresiones, que les persuadian ser despedidas para su última jornada, y con este temor, le cercenaban por varias partes el manto, para afianzar en estas prendas su piadosa memoria. Jamás perdió de vista la presencia de Dios, y por eso, hablando de su Magestad, se deshacia su corazon en amorosos afectos, y quedaba como fuera de sentido. Una ocasion sucedió, en este último viage, que estando en conferencia mística con otra persona espiritual, se le fue encendiendo el rostro, y perdiendo el sentido se quedó inmoble, y le cruxian los huesos, y daba señas de muerte, que le duraron cerca de una hora: volvió en sí, con grandes suspiros y avenidas de lágrimas, que dando á entender su interior sentimiento, ocultaban su motivo. La persona confidente, conjeturaba que estaria cercana su muerte; y con la confianza que le daba su intimidad mística, le preguntó, que si se muriera en aquella hora, ¿qué sería de las misiones que iba á hacer? Á lo que respondió: »¿No te acabas de »desengañar? Ten fe, no sabes que si »Dios quiere, sacará un Borrico de »la plaza, y le dará habla, y hará de »él un Predicador que convierta to»do el Mundo?» Con este humilde desengaño daba á entender la ninguna falta que él pudiera hacer con su muerte.

Pero ella habia de ser á impulso de alguna virtud, como lo habian sido todas las acciones de su vida; y para que no le faltara el mérito, dispuso la Providencia, que le guiaba en todo, que fuese víctima de la obediencia, pues era el mayor consuelo de su alma. Sentia el V. Padre un calor extraño que le abrasaba, y para templarle, habia tomado unos baños, y habia de seguirse una minorativa; y proponiéndoselo al M. R. P. Comisario General, que á la sazon estaba en Querétaro, le respondió, que era de parecer que esa medicina la tomase en la Enfermería de México. Así le pareció conveniente; pero protestaba despues, que no sabia en lo que se fundó para decírselo. Pero

el obediente Súbdito, sin representar la indisposicion en que se hallaba, dispuso luego la partida. Salió de Querétaro, y aunque con trabajo, no dexó de practicar en todas las posadas su santo ministerio. En San Juan del Rio se sintió bastante aquexado, y fue necesario el hacerle algunos medicamentos caseros; y aunque podia con facilidad volverse para su Colegio, pero teniendo por voluntad divina la del Prelado, aunque este no le impuso precepto alguno, bastó su insinuacion para proseguir su obediencia. Ya en el Pueblo de S. Francisco le acometió un fuerte escalofrio, cuyo tremor excesivo le obligó á dexar el Confesonario y tirarse en el lecho: con todo, al otro dia se fue á la Iglesia y celebró el santo sacrificio de la Misa, y quizá con el rezelo de que sería la última de su vida, porque habiendo llovido en la noche, se mojó los pies, y ya vino de la Iglesia herido del dolor, que declaró la inflamacion del pulmon, ó una pulmonía sphacelosa, cuya fiebre aguda le hizo que le pidiera al Compañero que le llevaran á la Enfermería del Convento de N. P. San Francisco de México. Así lo hizo, solicitando Caballo en que le pasó á Quautitlán, y en Volante otro dia á México, encargando el V. Padre á dos Compañeros en el camino, que se fueran al Santuario de nuestra Señora de Guadalupe, y le dixeran la Misa, para que, como amada Prelada y Madre suya, dispusiera á su voluntad de su vida ó de su muerte.

Entrando ya en el Convento de México, se puso de rodillas en la puerta del Templo, y esforzando su espíritu la debilidad del cuerpo, adoró á su Sacramentado dueño, y le dió gracias por el beneficio que le hacia en traerle á morir con todos los Sacramentos, y en compañia de sus Hermanos: de allí ya fue necesario subirle entre dos Enfermeros á una Celda; y conociendo ellos el grave peligro del enfermo, llamaron luego Médicos que lo confirmaron, ordenando que se le administrasen los Sacramentos antes que perdiera su acuerdo. Luego que el V. Padre oyó esto, recibió notable consuelo y alegria, y para disponerse con mas fervor para tanto beneficio, quiso hacer una confesion general de toda su vida, y dexando la cama en que descansaba, se puso en tierra de rodillas á los pies de su Compañero. Era este un Lector de Sagrada Teología, estimado por docto en su Provincia, y que iba con el V. Padre, por misionar en su compañia, y escribiendo despues la noticia de su muerte al Guardian del Colegio, modera su dolor con una Carta, en que expresa las circunstancias de la dicha confesion, que siendo muy interesante á esta Historia, es tambien debido darla con sus mismas claúsulas y formales palabras, en que dice:

»Hizo su confesion general, »dividiendo su vida en tres estados: »de muchacho Secular, el de Reli»gioso Corista, y el de Sacerdote. En »órden al primero, dixo: aquí no hay »que hacer, porque fuí buen mucha»cho. En órden al segundo y tercero, »se hizo cargo de las obligaciones de »Religioso, confesando en ambos tan »tenues defectos, que ninguno pudo »privarle de la gracia bautismal; y »haciéndole yo cargo de los pensa»mientos, por ser cosa tan delicada, »confesó: que aunque los habia teni»do graves por sugestion del Demo»nio; pero no habia consentido en al»guno. Y porque quizá conoció la

»fuerza que me hacia su inocencia, »me dixo: Si V. R. viera en el ayre »una bola de oro, que es el metal »mas pesado y brumoso, ¿pudiera »persuadirse á que por sí sola se »mantenia? No, sino que alguna ma»no invisible la sustentaba. Pues así »yo, he sido un bruto, que si Dios »no me hubiera tenido de su mano, »no sé que fuera de mí. Todas son »palabras de dicho V. Padre en un »tribunal tan sério y en una hora tan »executiva. Preguntéle mas, y fue »con curiosidad acerca de la Misa, y »sus defectos, y con la mayor humil»dad que pudo, me descubrió un sin»gular favor que en ella recibia (ra»zon porque dió á entender se halla»ba con decir Misa engolosinado) y »es el caso, que acabando de consa»grar, parece, decia, que el mismo »Christo le respondia desde la Hostia »consagrada con las mismas palabras »de la consagracion, haciendo alusion »al cuerpo del V. Padre, *Hoc est »Corpus meum*, favor que dicho Pa»dre atribuia á que siempre habia es»tado ó procurado estar vestido de »Jesuchristo.» Hasta aquí la letra de la citada Carta.

Dos singulares favores de la divina Piedad que gozaba el V. Padre, se insinúan en su confesion humilde, el de la gracia conferida en el santo Bautismo, conservada en sesenta y nueve años de vida, del que hacen certidumbre moral las deposiciones de varios doctos Confesores que tuvo en el discurso de ella, y el de que le respondiese el Señor desde la Hostia consagrada, con las mismas palabras de la consagracion prodigiosa. No era posible que la carne de Christo en la Eucaristía se convirtiera en la substancia del que la comulgaba, porque en ella está incorruptible é inmutable, inmortal y gloriosa; pero con especial modo condescendia el Señor con la cotidiana peticion que hacia despues de comulgar, diciendo: »Señor, como conviertes el Pan en tu »santísimo Cuerpo, y el Vino en tu »preciosa Sangre, has de convertir á »Fr. Antonio todo, todo en tí.» Y siendo esta conversion solo reservada para pocos escogidos, la pedia con fervoroso afecto, para andar siempre revestido de Jesuchristo.

Para recibir á este Divinísimo Señor por Viático, preparó su espíritu con las vehemencias amorosas con que se disponia para celebrar el sacrosanto sacrificio, pues siendo familiar en él el exercicio de la muerte desde Corista, siempre lo comulgaba, para fortalecer su alma, como si estuviera en las últimas agonias, y ahora que estaba ya próximo á ellas, cogia los frutos de aquellos ensayes, en la tranquilidad de su conciencia, y serenidad de ánimo, con que llena el alma de júbilo, y con la innata veneracion de siempre, recibió la sagrada Comunion, con edificacion de aquella Comunidad Religiosísima, y no sin ternura, al oírle pedir perdon á todos sus Hermanos, de todos sus malos exemplos. No fue menor el consuelo y resignada alegria con que recibió el Sacramento de la Extrema-Uncion, atendiendo con devoto sosiego á las deprecaciones, y dirigiendo á los Santos sus ruegos con humildes afectos, y con resignacion en la voluntad divina, que renovaba, diciendo con freqüencia: *Paratum cor meum, Deus paratum cor meum.* Aparejado está, Dios, mi corazon, aparejado está.

Luego que sonó por México el peligro en que estaba la vida del V. Padre, apenas quedó persona de distincion que no fuera á visitarle, y

que no quedara admirado de su humildad y agradecido genio, como de la modestia con que recibia sus expresiones y obsequios, y mas que todo, de la paciencia y conformidad con que llevaba sus trabajos y dolores. Los Conventos de Religiosas manifestaron con fineza su amor y veneracion al que les habia dado tanto espiritual consuelo, ofreciendo sus votos á su divino Esposo, por su amante Siervo: del de San Juan de la Penitencia le enviaron el Simulacro milagroso del niño Jesus, y cogiéndole en sus brazos, se lo estrechaba en el corazon, con vivos deseos de hacer con Jesus otro tanto en el Cielo. De Santa Clara le llevaron la Imágen de Maria Santísima de los Remedios, y elevando su fe y espíritu á la Gloria, adoraba en ella á su Reyna, y como si la viera y hablara, se oyó que al despedirla le dixo: Hasta mañana, lo que fue en la víspera de su muerte.

Bien quisiera el V. Padre morir en brazos de la humildad, que fue siempre su mas querida, y como propia divisa suya; y viéndose ahora rodeado de Religiosos, y quizá percibiendo algunos descuidos nada conformes á ella, prorrumpió diciendo: »Yo deseaba morir y acabar la vida »en un monte entre los brutos y las »fieras, y no en este santo lugar: ha»gase en mí la voluntad de Dios.» Consumido ya de la fiebre, y sin fuerzas, amaneció el dia de la Transfiguracion del Señor, pero serena el alma, y tan vivaz, que respiraba fervorosos incendios de la amorosa fragua en que su corazon ardia; y aunque todos volaban á la celestial esfera, pero ella parece que solo esperaba para acompañarlos, algun impulso de la obediencia, para que su muerte fuera por los pasos de su vida, por eso hizo admirar el que llegando á la cama el Enfermero, y diciéndole: Ya es tiempo de ir á ver á Dios, al punto inclinó la cabeza, y se puso en agonia, no con el horror que causa la muerte, ni con el susto de oír entonar el Credo, sino con un placidísimo reposo; y quando la Cumunidad cantaba el Cántico del Justo Simeon, vió tambien cumplidos sus suspirados deseos, y acabó víctima del amor, abrazado de su adorado Dueño Christo crucificado, con un suave suspiro.

Murió el V. Padre entre la una y dos de la tarde del dia seis de Agosto de mil setecientos veinte y seis años, á los sesenta y nueve ménos doce dias de su edad, y cincuenta y tres, tres meses y medio de hábito. Á las tres de la tarde hizo honorífica y no comun reseña de su fallecimiento, con el doble de Campanas, la Catedral, á que con iguales clamores correspondieron todos los Conventos de la Orden, con lo que acudian al de N. P. San Francisco, en confusos tropeles, innumerables personas de todos estados, atraidos de la fama de santidad con que le veneraban, y que voceaban los niños por las calles, diciendo: Murió el Santo Padre Margil. Fue la conmocion que hizo este suceso en México tan grande, que no es fácil decirse, y por eso el R. P. Provincial, previniendo con religioso acuerdo los indiscretos arrojos de la piedad vulgar, mandó que ninguno tomase alguna de las pocas y pobres alhajitas del difunto, reservándolas con prudente cautela á su arbitrio; pero no bastó esto para impedir el que abriendo la puerta quando ya el Cadaver estaba en el Féretro, muchos no se arrojaran con tropelía por lograr alguna de ellas; y

ya que no hallaron las de su uso, se entregaron de los pañitos que le habian aplicado, las vasijas de las bebidas, ni las unturas quedaron exêntas de sus inconsideradas manos.

Grave injuria hubiera sido para la natural modestia del V. Padre, el proponerle en su vida el que se dexara retratar, aunque fuera por el comun uso de conservar su memoria, pues como la humildad fue siempre propia divisa suya, aun despues de muerto parece que lo resistia. Habian enviado algunos devotos suyos Pintores, que sacaran algunas Efigies de su difunto rostro, y entre ellos el mas diestro en imitarlos; pero confesó que sudando en fatigar su idea, y delineando las facciones en la tabla, quando volvia á verla para perfeccionarlas, las hallaba tan diversas, que confundian su fantasia, y á costa de mucha fatiga, pudo sacar una copia, que él mismo confesó no ser perfecta, aunque algo se le parecia. Así quedaron algunos retratos con que la piedad tiene en que entretener la memoria, con una bien colorida sombra.

Era la Capilla de la Enfermería, donde el V. Cadaver estaba depositado, de muy corto ámbito, para el crecido número de gente que iba á venerarle, por lo que el Prelado Superior de aquella Santa Provincia, no pudiendo practicar la prudente providencia de darle luego sepultura, para obviar los excesos que se iban experimentando, por los clamores de toda la Ciudad, que concurria á verle, dispuso que se baxara á la Iglesia, donde, cerradas las puertas de fierro de la Capilla mayor, tuviera la multitud el consuelo que pedia; pero era mas exhorbitante la gente, y extraordinaria la concurrencia de personas Eclesiásticas, Religiosos, Caballeros y Señoras que venian á venerar al que todos aclamaban Santo, á lo que los persuadia, el ver como prodigiosa la incorruptibilidad del cuerpo, flexible, sin mal olor ni color cadavérico, pues parecia simulacro del hombre mas robusto.

En estos términos lo declaró un famoso Cirujano, que hizo observacion, por órden del R. P. Provincial, de todo él, diciendo: »Que des»de la cabeza á los pies le habia ha»llado una suavidad ó flexibilidad, »que parecia guardaba mucho del »temperamento nativo. Y pasando á »tocar con la mano el pecho, ó ca»vidad vital, excedia en mas calor, »y los músculos de los ojos muy fle»xibles, guardando venas, arterias y »ligamentos casi su contextura natu»ral, pues parecia que la sangre cir»culaba, vertiendo por el rostro un »color muy rosagante. Lo mismo cer»tificó por escrito el Enfermero, di»ciendo, que despues de muerto el »V. P. Fr. Antonio, le corria el su»dor por el pecho como si estuviera »vivo, y que permaneció caliente has»ta el sepulcro.» Mayor que todo lo dicho, era la admiracion que causaba el color, blandura y flexibilidad de sus pies, pues fue particularidad que todos observaron: »en los pies del »Religioso Cadaver, (dixo en una »Aprobacion del Sermon de sus Hon»ras el Illmô. Señor Arzobispo de »Manila Don Cárlos Bermudez de »Castro) el verlos tan dóciles, tan »tratables, tan hermosos, sin ruga y »sin nota alguna. Pies que anduvie»ron tantos millares de leguas tan »descalzos y fatigados en los cami»nos, tan endurecidos en los pedre»gales, tan enlodados en los panta»nos, tan quebrantados en las monta-

»fias, tan lastimados en los peñascos, »tan ensangrentados en los espinos, »como todos sabemos, parece prodi»gio mas que contingencia, pues mu»chas veces el Señor se digna de ma»nifestar así su aceptacion, como la »predicacion de San Antonio en la »incorrupcion de su lengua, la limos»na de San Estevan Rey en la de su »brazo.

Eran las veneraciones de tan beneméritos Sugetos, adornados de religiosa prudencia y notoria literatura, un poderoso estímulo para todo México, pues hacia olas por las calles el concurso que iba á ver al V. difunto, y fue necesario poner Soldados y Religiosos que defendieran la integridad del Cadaver, sin poder evitar que le cortasen pedazos del hábito, y fue necesario mudarle varias veces la mortaja. Por dichoso se tenia el que lograba besarle los pies, y ya que no alcanzasen algun pedacito de la mortaja, se consolaban con tocar al cuerpo los rosarios, medallas y otras cosas, pues las Señoras daban sin melindre delicados paños, para que tocados á sus manos, fueran despues testimonio de sus piadosos afectos: otros con lágrimas pedian de las flores con que incesantemente cubrian el Cadaver. Todos ofrecian allí sus votos, y encomendaban á la alma del V. Padre el remedio de sus males y cuidados, lo que pareció ser de la aceptacion divina, por el caso que se autenticó ante el Illmô. Señor Obispo de Yucatán Don Juan Ignacio Castorena, Provisor entónces de Naturales y Chinos.

Maria Teresa Tello, casada con Francisco Hernandez, Española y Vecinos de México, hallándose muy enferma por efectos de un maleficio, y sin esperanza de remedio, se fue al Convento de N. P. San Francisco á ver el Cuerpo del V. P. Margil, y llegó á besarle los pies, pidiéndole á su alma que la sacase de sus pecados, y aquella noche le repitió el accidente con tal fuerza, que viéndola sin sentidos llamaron á un Sacerdote que la confesara: hízolo así, y en medio de sus angustias, se volvió á encomendar á la alma del V. Padre, teniendo en la mano un pedacito de cuerda tocada á su cuerpo, y con esto consiguió el consuelo de su alma, y salud perfecta, mejoria que atribuyó á la intercesion del V. Padre, pues en diez meses que habian pasado quando hizo esta declaracion, no habia vuelto á sentir nada de su accidente antiguo.

Ni solo se quedaban en el recinto del Templo las aclamaciones de la santidad del V. Padre, sino que llegaron hasta el gavinete del Exmô. Señor Virrey, y movido de ellas, mandó que se juntara el Real Acuerdo, y confiriendo con los Señores que lo componen, y atendiendo los distinguidos servicios que el V. Padre habia hecho, por mas de quarenta años, á Dios y á S. M., determinaron que para que á Ministro tan proficuo se le atendiera y correspondiera, mandaban que en su Entierro y Honras se asistiese por la Real Audiencia, en la misma forma que se asiste á los de los Ministros Togados de ella, para lo qual se avisase á los Tribunales que en ellos se acostumbra. Por este extraordinario Acuerdo, se trasladó el V. Cadaver á la Sacristia del Convento, á donde el siguiente dia fueron de ceremonia el Exmô. Señor Virrey y Real Audiencia, y demas Señores que componen los Reales Tribunales, como tambien el Señor Corregidor, con el Illmô. Regimiento

de aquella Nobilísima Corte.

Tomados sus asientos, vino el V. Dean y Cabildo de la Santa Metropolitana Iglesia debaxo de su Cruz, con asistencia de su Capilla de música, Acólitos, Infantes, Capellanes de Coro, Cura de su Sagrario y demas Parroquias; y estando presentes las Comunidades de las sagradas Religiones, y los Colegios y Seminarios de la Ciudad, con la mayor parte de la Nobleza de ella, salió el Entierro, cargando el V. Cadaver Prebendados, Prelados y Regidores, y hechos con toda ostentacion todos los Oficios divinos y funerales, se le dió sepultura en el Presbiterio al lado del Evangelio en una curiosa bóbeda que los Señores Condes del Valle de Orizaba tenian destinada para sus personas y descendientes, y cedieron á él su derecho, aunque hasta entónces no se habia enterrado en ella otro cuerpo sino los de dos infantes que estaban en otro nicho. Allí se puso el cuerpo, dando certificacion de todo el Escribano mayor del Cabildo, y quedó en una caxa de madera aforrada, y dentro otra, con planchas de plomo, cerrado todo con llaves; y habiendo echado sobre el cuerpo porcion de cal, se cubrió todo de tierra.

Fueron las exêquias con que aquella N. C. honró al V. P. Fr. Antonia de tanto honor y lucimiento, que segun escribió el docto P. Mrò. Juan Antonio de Mora: »Por lo que »tocaba al V. Padre, no habia moti»vo de dolor, sino de grandísimas »alabanzas á Dios, que le crió para »tanta gloria suya, lo qual quiso ma»nifestar en la tierra con las aclama»ciones y veneraciones de su gran »santidad. Á mi juicio, no hubieran »sido mayores si hubiera muerto en »México San Antonio de Padua, ó »San Francisco Xavier, publicando »todos á voces lo heroico de sus vir»tudes. En todo ha manifestado nues»tro Señor la gran Gloria que goza »en premio de sus grandes trabajos.»

La Inscripcion siguiente, dictada de la piedad, y gravada en una lámina de estaño, quedó tambien encerrada en el sepulcro.

Hic jacet sepultus, Venerabilis Servus Dei Pater Frater Antonius Margil, Missionarius, Praefectus, & Guardianus Collegiorum de Propaganda Fide Sanctae Crucis de Queretaro, Sanctissimi Crucifixi de Guatemala, & Sanctae Mariae de Guadalupe in hac Nova Hispania erectorum: fama utique virtutum, miraculorumque illustris. Obiit hoc per celebri Mexicano Conventu die VI. Augusti, Anno Domini M. DCC. XXVI.

CAPÍTULO XXIV.

De las virtudes Teologales que tuvo el Siervo de Dios.

LA sólida basa sobre que levantó el V. P. Fr. Antonio el espiritual edificio de toda su vida, y sobre que descollaron las admirables columnas y preciosos capiteles de sus virtudes, hasta elevarse á la cumbre de la perfeccion christiana, no pudo ser otra que aquella por la qual viven los Justos, que es la Fe, pues ella es la substancia de todas las cosas que se deben esperar, y argumento de las que no aparecien-

do á la vista, se les debe dar una firme creencia. Es fundamento, realidad y esencia de todo lo que se puede esperar, porque es argumento, demostracion y evidencia de todo lo que se debe creer; y por eso es imposible sin ella agradar á Dios, pues junta con el exercicio de las buenas obras, es la vida con que viven en memoria eterna los Justos, y ellas los honoríficos epitafios que deben adornar sus sepulcros.

Desde su infancia era la Fe en el V. P. Fr. Antonio una encendida lucerna, y los ojos de su inocente alma, que veían con mas claridad la substancia de los divinos Misterios, que con los del cuerpo los materiales objetos, y por eso esa luz soberana le embelesaba desde sus tiernos años; y quedándose absorto en los Templos, manifestaba la explícita y fervorosa confesion de su creencia, y solo por ella podia un niño mantenerse en ayunas, y ser preciso hacerle fuerza para que se retirara á su casa: por ella solo pudo animarse á dexar á su Madre Viuda, creyendo que para su socorro le bastaba la divina Providencia: por ella renunció el Mundo, y todas sus vanas esperanzas, para lograr en la Religion las que solo creía ciertas: por ella se encendió en su corazon la piedad religiosa con que satisfacia á los votos de su profesion, y aspiraba á la perfeccion christiana: por ella mereció que se infundiera en su alma el zelo apostólico, que le hizo venir á las Indias solo para propagarla entre las naciones bárbaras; y por ella ardian en su corazon aquellas amorosas ansias y deseos de padecer por ella los mas crueles martirios.

No se quedaron tan vivos afectos en solo el corazon encendidos, porque si el intento que muchas veces tuvieron los Idólatras de quitarle la vida, ya teniéndole amarrado, de rodillas, y sin alimento alguno tres dias: ya atado á un palo y cercado de fuego, que estuvieron atizando veinte y quatro horas continuas para quemarle vivo: ya tirándole fuertes golpes de macanas y flechas sin poder herirle: ya dándole mortíferos venenos para quitarle la vida; si todos estos medios no fueron eficaces, no fue porque su valor hiciera resistencia, sino porque fue invicto, por la Fe que predicaba, en esos y otros mayores tormentos. Si las balas de los Hereges llegaban á su cuerpo frias, quando él auxiliaba á los que caían muertos de ellas mismas, no fue porque le faltara una constante voluntad de dar por la Fe la vida, pues por ella la exponia á los peligros mas funestos de morir en los caminos mas escabrosos, en los desiertos mas lóbregos, en los rios crecidos, en las bocas y garras de los Leones, Tigres y otras fieras y venenosas sabandijas; pero esa Fe misma era la que entre las persecuciones y riesgos se la conservaba, no sin maravillas de la mas alta Providencia. Esto se vió, pasando varias veces muy caudalosos rios sin auxîlio humano, y se puede ver, no solo en los casos dichos, sino en los de toda su vida, pues toda ella es una continuada prueba de su Fe y confianza en Dios, la que procuraba confirmar en sus Compañeros, para que creídos en que nada podia dañarles, ni los Indios les harian mas que lo que Dios les diera licencia, caminaron sin miedos en su laborioso ministerio, que muchas veces suelen frustrar todo el fruto de sus trabajos.

Con esta heroica confianza, entraba solo por los Pueblos y rancherias de los Indios que sabia eran Após-

tatas, Hechizeros é Idólatras, obligándoles á descubrir sus inveterados errores; y con solo su predicacion apostólica, les obligaba á quemar en públicas hogueras los ídolos, destruir sus ocultos adoratorios, y declarar los principales Maestros y fautores de sus prestigios, maleficios y diabólicos engaños. Eran los efectos de su predicacion tan prodigiosos, que esos mismos Hechizeros quedaban tan convertidos, que hacian Procesiones de crueles penitencias, para alcanzar de Dios el perdon de sus culpas, enseñándoles el V. Padre con su doctrina y exemplo, el cumplimiento de las obligaciones de un Christiano en la fe de los sagrados Misterios y observancia de los divinos preceptos.

Sobre tan firme basa, descollaba en su alma la robusta columna de la esperanza que en Dios tenia, pues en toda su vida nunca desesperó de alcanzar de su Providencia quanto le pidiera, como fuera de su divino agrado. Al pie de los Altares dirigia el V. Padre su verdadera creencia con fervorosas oraciones, para alcanzar la divina gracia, que le preservara de caer en culpa alguna, y en esta confianza esperaba siempre que todos sus pasos caminaran para la Gloria, y con ella hizo entrar en su vereda un descaminado foragido, que en poco tiempo supo dichosamente robarla. Nunca tenia en su apostólica lengua otra materia, sino la de la esperanza que se debe tener en la divina Misericordia, por eso todos sus espirituales exercicios y mortificaciones, los dirigia para alcanzarla de Dios para los miserables pecadores, y fiado en ella, emprendia todos los trabajos de sus misiones, por cuyo medio fueron innumerables las almas que libertó del despeñadero de la desesperacion, en que las tenian la enormidad y multitud de sus culpas: ni fue menor el número de los que obstinados en inveterados vicios, se desarraigaron de ellos, por la esperanza que les infundian sus palabras. De suerte que su fe y su esperanza eran tan fructuosas para sus próximos, porque todos las veían firmes y explícitas en la inocencia inculpable de su vida, en la sanidad de su doctrina, y en el cumplimiento de su apostólico ministerio.

Ni son extraños tan admirables efectos, si todo el móbil de quanto en su vida se ha insinuado de prodigioso, sublime ó heroico, era la caridad ó íntimo amor que le tenia á su Dios, siendo su mas visible contraseña la observancia de su Ley santísima, no habiendo cometido ni una sola culpa que le privara de la gracia que por el santo Bautismo le fue conferida, y siempre crecian en su alma los anhelos y aspiraciones para elevarse á lo mas perfecto, y conforme á la voluntad divina, para que ella sola fuera el centro de todos sus afectos, discursos, operaciones y movimientos. Esta era la cumbre de todo su místico edificio, siendo su corazon el Trono en que reynaba el mismo Señor que le infundia tan luminoso incendio, del que nacia el fervoroso zelo de promover su divino culto, y de que abrasado en él todo el Mundo, sólo su Magestad fuera adorado, servido y amado: á esto se dirigian los esfuerzos de formar tantas Iglesias como fabricó por sus mismas manos en las Misiones de los Infieles de las montañas de Guatemala, y en las de este Reyno, y aquella freqüente elevacion de la mente en Dios, teniéndole presente aun en los tráfagos del siglo, sin perder su divina presencia en las muchas y diversas ocupaciones que

podian divertírsela: por eso procuraba que sus voces fueran llamas que encendieran los corazones en el amor divino, é ilustraran los entendimientos en el mas alto concepto de las divinas perfecciones. Este era el mas continuo asunto de sus pláticas y Sermones, saliéndole á la cara los colores del encendido etna en que se abrasaba, sin que pudieran extinguirlo las frias aguas en que el Mundo se aniega; y por eso estando á la muerte en el Colegio de Zacatecas, declaró á su Confesor su interior recogimiento, diciendo: »Gracias á Dios que siempre »me he mantenido con su ayuda, en »el interior reyno del alma.»

Cautelaba siempre con el mayor estudio el que se trasluciesen los mentales excesos que solia su amor causarle; pero, ó por las lágrimas que le salian del dolor por las ofensas á su Amado, ó por los ilapsos de sus amorosos sentimientos, se hizo inútil su disimulo, y muchas veces fue hallado inmoble, arrebatado y fuera de sí: otras se vió bañado todo de resplandores y luces; pero entre los varios raptos que se le vieron, fue uno por sus circunstancias muy raro. Una tarde, siendo Guardian del Colegio de la Santa Cruz, iba un Corista al Tras-coro para tocar á Completas; y hallando cerrada por adentro la puerta, repitió golpes y voces para que le abrieran, pero nadie le respondia, por lo que le avisó al P. Vicario, el que le mandó que le hiciera fuerza á la puerta: quedó al entrar pasmado, pues segun su declaracion jurada, halló al V. Padre abstraido del todo, y dando con el cuerpo vueltas en círculo, con tal violencia, que levantado del suelo, formaba una linea obscura con la cabeza y las sandalias, sin distinguirse otra cosa, por la suma ligereza del movimiento: dábale voces por no poderle asir del hábito; y viendo que no bastaban, tocó la campana, y al primer golpe que llamaba á la obediencia del acto de Comunidad, se recobró, y paró el V. Padre; y preguntándole con severidad, por qué habia entrado sin abrirle, y al oír la razon del Corista, solo le dixo: pues chiton, y no hablar palabra; y se salió al Coro con mucho disimulo.

No pudiera ser tan extraño movimiento impelido por causa natural, sino á impulsos de otra soberana; pues si vemos que rodado un cabo de cuerda encendido, forma un círculo de fuego, es por la suma violencia que impresiona su movimiento en la vista; pero en este caso no se puede discurrir mas causa que las violentas aspiraciones del alma, y del interior incendio que la impelia, obrando la actividad de su amor en su pecho, los giros que forma el fuego quando está preso y detenido; por eso las llamas que producia por la boca, eran rayos de luz divina que asombraban á los hombres mas doctos, oyéndole en los Púlpitos, pues siempre dirigia con delicadísimos discursos y elevados conceptos, sacados de la sagrada Escritura y escogida doctrina de los Santos Padres, inflamadas saetas que penetraban y fervorizaban las almas en la fe, esperanza y caridad con que deben confesar, adorar y amar á la Trinidad Santísima, y tributar los mas reverentes cultos á tan incomprehensible Misterio.

Con igual eficacia y zelo promovia el del Santísimo Sacramento del Altar, porque fue imponderable la reverencia y amor que le tuvo desde sus mas tiernos años. Este fue siempre su mas delicioso objeto, é imán de su espíritu: con el de ayudar

todas las Misas que podia, le abrió la primera luz de la razon, y tenia sus familiares entretenimientos en imitar sus sagradas ceremonias: atraido de sus dulzuras, se estaba en los Templos en que se exponia público, todo el dia abstraido y sin alimento alguno. Ya que empezó á gustar de este maná divino, era necesario que su Madre violentara su devoto embeleso, y los Sacristanes su enamorada voluntad, para sacarle de la Iglesia. Puesto ya en las aras, en ellas mismas le hacia al Señor humilde sacrificio de su alma, potencias y sentidos, para que todas sus acciones fueran conformes á su voluntad santísima, y todo lo convirtiera el Señor en sí mismo, para lo que purificaba antes su alma, aun de los mas leves defectos, en la sagrada fuente de la Penitencia; y fuera de otras fervorosas preparaciones, se valia de la intercesion de Maria Santísima, y le pedia se dignase de adornar su alma con la hermosura de la gracia, y virtudes que le concedió el Altísimo para encarnar en sus entrañas purísimas el Divino Verbo; y esto lo pedia con tal humildad y confianza, que le decia con ardientes afectos: »No pido »mas, porque no puede ser, ni ménos, porque no quedarian saciados »mis anhelos de imitar tan peregrina »pureza.»

Con tan fervorosa preparacion, bien se cree que le visitaba el Señor como él le reverenciaba, y que sus amantes afectos eran premiados con singulares favores. Así se vió una ocasion, que diciendo Misa, tenia como una hoguera esparcida por la cara, y que entre las asquas que la encendian, corrian hilos de lágrimas que la avivaban, y estando con el cuerpo elevado del suelo mas de una tercia de vara. Efectos de tan soberanos favores eran tambien las diligencias que hacia para que ni el verse postrado en la cama fuera bastante para privarle de la sagrada Comunion: ni el caminar muchos años por montes y desiertos, aun en las tierras de los Bárbaros, era impedimento para celebrar el sacrosanto sacrificio, y para esto llevaba siempre los Ornamentos; y si por algun invencible obstáculo, algun dia no podia decir Misa, tenia este por el mayor de sus trabajos, porque en los penosísimos de sus misiones, todos le eran suaves, teniendo en el divino Sacramento toda la fortaleza su espíritu.

Siempre que el Santísimo Sacramento estaba patente, no sabia separarse de su divina presencia, girando su corazon en torno de la llama que oculta tan alto Misterio. Si saliendo del Colegio sabia que en algun Templo estaba descubierto, se iba á él solícito, le adoraba postrado, y puesto en Cruz, ofrecia su alma como víctima del amor al pie de la ara, y con su devocion daba exemplo para que todos le adoraran con viva fe y humilde rendimiento, y se ponia en cruz, para reverenciar en el Sacramento la memoria del sacrificio que Jesuchristo hizo en el Calvario, porque este era el único imán de sus potencias y afectos, y que siempre traía en su corazon crucificado. De este volcan que abrigaba en el seno, nacian los ambientes fogosos que impetuosamente respiraba su espíritu, y con que calentaba y encendia á quantos le escuchaban. Viva Jesus era su acostumbrada salutacion, que dexó impresa hasta en los bárbaros Gentiles, para mover los corazones de todos á que invocaran en ella al Hijo de Dios, su Mesias verdadero y Salvador del

Mundo, al que miraron todas las profecías y figuras del antiguo Testamento, y todos los votos de los Patriarcas, como esperanza de las gentes, gloria, felicidad y consuelo de los Christianos.

Jesus era el principio de todas sus palabras, obras y pensamientos, para que todo fuera en nombre del Salvador, que con el precio infinito de su sangre, redimió la libertad y felicidad de los hombres, cautivos del pecado y del Infierno. Por eso en todos sus Sermones, aunque fuesen panegíricos, era el tema el mismo de San Pablo: *Nosotros predicamos á Christo crucificado.* Articulaban estas voces su caridad y su zelo, dictadas del amor de su crucificado dueño; y así, clamaba sin cesar en los Púlpitos, exhortaba en los Confesonarios, y hacia todos los dias especiales oraciones por todos los redimidos, para que tuvieran mucha veneracion á la Pasion de Christo, y que ninguno perdiera el infinito precio que dió por su rescate y remedio.

Á este fin era su oracion continua, tendidos en cruz los brazos, y así hacia el exercicio de las tres horas que estuvo Christo vivo y crucificado, meditando tan excesivas finezas, y llorando el olvido de los hombres é ingratitud de los pecadores. Con el mismo respeto hacia todos los dias el de la Via-Sacra, cargado de una pesada Cruz, con soga y corona de espinas, concluyéndolo con cruel disciplina. Quando era Prelado en los Colegios, lo rezaba con la Comunidad, y quando en cada paso proponia el punto que se habia de meditar, lo hacia con tal ternura, viveza de afectos y centellas de amor, que inflamaba los corazones de los Religiosos. Era tanto el amor que le tenia á la santa Cruz, que quisiera estar siempre crucificado, y para lograr los ratos que podia, tenia en la Celda puestos dos clavos, como que fueran para otra cosa, y agarrado de ellos, estaba en cruz el tiempo que podia. En la misma figura caminaba largos ratos con el báculo atravesado en los hombros, y mientras los Compañeros descansaban, se ponia en cruz en el campo, agarrado de las ramas de algun árbol. En los quatro Obispados de Guatemala extendió tanto el exercicio de la Via-Sacra, que segun cómputo del Señor Obispo de Puerto-Rico, se erigieron mas de dos mil y quinientos Calvarios; pero de los que puso en todos los de este Reyno, no seria fácil hacer ni aun moral cálculo, porque siendo su máxîma ordinaria, que la mejor devocion que puede tener el Christiano, es la de pensar en la Pasion de Christo, para facilitársela á todos, ponia las Cruces en las Iglesias, y hasta en las casas; y para darles una idea práctica de ella en sus misiones, salia los Viernes descalzo, con soga y corona de espinas, y Cruz acuestas, y así pasaba la Ciudad ó Pueblo hasta donde estaba puesto el Calvario, y allí exhalaba el corazon por los ojos con copiosísimas lágrimas, y con compasivas voces lamentaba la torpe ingratitud de los mortales, y les exhortaba al dolor y enmienda de sus culpas, enseñándoles á reverenciar la santísima Pasion, que quisiera imprimir en todas las almas, para que no respiraran sino amorosas correspondencias á finezas tan indecibles. De forma, que se puede asegurar que la vida y muerte de Christo, fue toda su vida una como innata ocupacion de su memoria, estudiosa tarea de su entendimiento y único objeto de su voluntad.

CAPITULO XXV.

De la Oracion, Contemplacion y Devocion del V. Padre.

El uso de la razon y el de la oracion fueron producidos á un mismo tiempo en el entendimiento del V. Padre, pues la educacion de su piadosa Madre, le impuso desde sus primeros años en recogerse á un quarto para tan excelente exercicio. En él elevaba su humilde afecto la robustísima columna de la oracion sobre el sólido fundamento de la fe, y excitado de su firme esperanza y encendida caridad, hacia de sus afectos, heroicos actos de religion, engolfado en la oracion meditativa, por la consideracion de los divinos Misterios, y en la contemplativa, por la vista con que adoraba, enagenado de sí mismo, á solo Dios, con que fomentaba su continua devocion. Fue esta tan extática, que era admiracion de muchos ver un tierno niño absorto en la presencia del divinísimo Sacramento, y tan robusto su espíritu, que ni se acordaba de tomar alimentos: lo fue tambien, quando estudiaba las lecciones de la Aula á la luz de la Lámpara que ardia delante de su Magestad Sacramentada, y lo fue siempre en todos los Conventos, por sus devotos exercicios; pero quando el Señor le llamó al ministerio apostólico, parece que por aquel continuo exercicio de la oracion contemplativa, le elevó por especial favor, á la infusa y habitual, con lo que ya era objeto de la atencion de los Varones mas circunspectos.

En todo tiempo y lugar no perdia de vista la divina presencia, y quando caminaba, formaba una cadena de oro en que llevaba á todos sus sentidos, y presa el alma con muy devotos exercicios, para invocar á Dios, á Maria Santísima y á los Santos. Su primera atencion era rezar el Oficio divino, luego la Corona de nuestra Señora, seguia la Via-Sacra y otras devociones; y si la jornada era larga, proponia á los Compañeros un caso práctico de Moral, ó un punto de la Regla Seráfica, y así se invertia el tiempo y divertia el trabajo del camino, para que no le fuese pesado al alma, como lo era para el cuerpo. En los años que acompañó al V. P. Fr. Melchor, velaban por horas alternadas y en ferviente oracion, la Imágen de Christo crucificado, para alcanzar del Señor el espíritu y gracias que al dia siguiente habian de comunicar á sus próximos.

En los Colegios era su oracion tan continua, que no durmiendo mas que quatro horas en diversos ratos, todo el tiempo que le quedaba de los actos de Comunidad y ministerios del Instituto, los empleaba orando, porque este era su apetecido descanso, y la óptima parte que habia elegido para no perder la presencia de Dios, quando le era necesario para su mayor honra, andar en el labirinto de los comercios del Mundo. En ningun caso se vió ocioso, ni confabulando con otros, y si asistia á la recreacion religiosa, solo se le oían cosas de edificacion, ni nunca se le vió entretenerse en alguna especie de juego de los que suelen usar los Religiosos, sino que se retiraba con disimulo de-

baxo de un árbol, para dar lugar á sus amantes afectos, los que luego le impelian á ir á desahogarse en el Coro. Eran allí tan encendidos, que á pesar de sus cautelas, el mismo Dios, que es admirable en sus Santos, y se digna de manifestar con algunas sobrenaturales señales, quan gratas y aceptas le son sus oraciones, quiso que algunas veces le vieran revertir del rostro visibles llamas. Una tarde, al entrar un Religioso en el Coro, observó ciertos resplandores, mas lucidos que los que podian dar en aquel lugar los rayos del Sol, y buscando por todas partes la causa de ellos, no halló mas que al V. Padre, recogido detras de una banca, y cubierto el rostro con un pobre pañuelo, y así se cercioró bien de que de él salian las luces, por estar enagenado de los sentidos, y le fue necesario moverle, para que dispertara de su amoroso deliquio, por ser ya la hora de que la Comunidad asistiera al Coro.

Con oracion tan continua y contemplacion tan heroica, serian muchos los frutos que gozaria su alma en otros admirables raptos, luces misteriosas y divinas inteligencias, pues siempre salia de ellas cargado de trofeos y enriquecido de despojos, al consuelo y direccion mística de singulares espíritus, al socorro de muchas almas que estaban en extremo peligro de perderse, y á otros auxílios propios del ministerio; pero la moderacion con que en todo se portaba, y la cautela con que las encubria, dexaron selladas en su pecho muchas, que serian para la comun edificacion, de grande exemplo; pero en algunas, quiso la soberana Providencia fueran írritas, y las hizo ver para su mayor gloria. Muchas veces tuvo la felicidad de gozar visiblemente al Señor en forma de un tierno niño, regalándose con él en la Celda. Este inefable favor que se publicó en el funeral de Guatemala, se confirmó tambien por la V. M. Sor Maria Micaela, Fundadora del Convento de Santa Clara de la misma Ciudad, é Hija espiritual del V. Padre, que murió con opinion y fama de Santidad; pues aunque lo conservaba en su pecho, segun las leyes de una religiosa confianza, despues de muerto el V. Padre, se lo hizo declarar la obediencia.

Fue la vida del V. P. Fr. Antonio la que llaman mixta los Místicos, porque en ella los Varones justos salen del secreto de la contemplativa, á los ministerios de la activa, y de estos vuelven á la contemplacion íntima, para alabar á Dios, de quien recibieron lo que exteriormente obraron para su mayor gloria; y como Dios quiere que algunas veces los contemplativos salgan á la vida activa para que aprovechen á sus próximos, tambien otras quiere que ninguno les inquiete, sino que descansen en el seno de una contemplacion suavísima. El mismo Christo, Señor, Maestro y Doctor nuestro, como exemplar y prototypo de todas las virtudes, quiso exercitar perfectísimamente una y otra vida, é impuso en esto á sus Apóstoles y demas Santos que los siguieron.

Dirigia el Siervo de Dios los encendidos afectos de su oracion al Sumo Bien, principal autor de la gracia y de la Gloria, y primera causa de todos los beneficios que se dirigen á ellas, y á los Santos, como á intercesores delante de Dios para alcanzarlas; y con este órden recurria á la Madre de Dios, pidiéndole le admitiera los deseos y humildes votos de

ser su mas humilde esclavo. Desde sus tiernos años le instruyó su Christiana Madre en estos afectos, haciéndole entender que se lo habia ofrecido y entregado á la divina Señora, y en este concepto se esmeraba desde niño en su devocion y obsequio, y ayunaba desde entónces, y toda su vida, los Sábados, disponiéndose con particulares prevenciones para celebrar sus festividades. Por eso quando le requerian algunos por verle tan desprendido del amor de su Madre, que ni aun quando profesó en la Religion, ni despues, solicitaba el verla, les decia: »Yo no tengo mas Madre »que Maria Santísima.» Y aun á su Madre misma, quando al despedirse para partir á las Indias le dixo: »¿Como, Hijo mio, quieres irte y dexarme, »quando yo esperaba de tí algun con»suelo, y que en la hora de la muerte »te encontraran mis ansias á mi cabe»cera? Le respondió: Madre mia, »quando yo entré en la Religion, de»xé ya á Vm. y tomé por Madre á »Maria Santísima::: Mi Madre se »consuele con el Señor, que su divi»na Magestad cuidará de Vm.; y si »el Señor me dá su gracia, no faltaré »en asistirla á la hora de su muerte.» Tan heroica como esta era la confianza que tenia de alcanzar del Señor qualquiera gracia, por la intercesion de la divina Reyna; y con tan religiosa persuasion, siempre recurria á esta indefectible hermosa fuente de la gracia y de la dulzura, fixando en todas sus empresas los ojos en esta apacible Estrella, de forma que esperaria hasta imposibles de su proteccion soberana.

Tenia ofrecidos los exercicios de cada dia. Los de la mañana, en veneracion y memoria de los pasos que anduvo Jesus desde el Cenáculo hasta el Calvario; y los de la tarde, en reverencia y compasion de los que Maria Santísima dió desde el Sepulcro hasta el Cenáculo. Con estas continuas y vivas consideraciones, tenia perpetuamente en su corazon á Jesus y á Maria, y no podia dexar de tenerles tambien en su lengua. Para imitar como á Jesus, á Maria, ponia especial esmero en practicar las doctrinas que en la Mística Ciudad de Dios dá descifrada la excelencia de sus virtudes, con las que tambien excitaba á su imitacion á las almas. En todas las dudas que le ocurrian, se proponia para no errar, lo que en el mismo caso haria Maria Santísima; y así, siempre tomaba la resolucion mas segura. En todas sus Prelacías se hacia cuenta de que la divina Señora era la verdadera Prelada, y él solo su Vicario y esclavo; y á la noche, postrado en su presencia, decia sus culpas, y todos los defectos que podia haber tenido en el gobierno, y le pedia luz para dirigirlo al servicio del legítimo Prelado Jesuchristo; y poniendo á los pies de la Señora las llaves de la clausura, le recomendaba encarecidamente el cuidado y amor de todos sus Súbditos.

Para arraigar mas vivamente el amor y confianza que todos los Religiosos debian tener á su soberana Reyna, desde que fue Presidente del Colegio de Zacatecas, les persuadió, que en reconocimiento del Patronato titular que tiene en él, la eligieran por su principal Prelada, conforme á las devotísimas circunstancias que se leen en la V. M. Maria de Jesus, cuya imitacion abrazaron gustosos, y la votaron en el dia de nuestra Señora de Guadalupe, por su legítima Prelada, y todos los años renuevan sus religiosos votos con nuevos fervores

de sus afectos, y consuelo de sus espíritus, á cuyo exemplar han seguido los demas Colegios, protestando por su primera Prelada á la divina Señora, y el Guardian solo Vicario suyo, como tambien el cumplimiento de varios obsequios, como el de ayunar los Sábados, y otros diarios que se practican todo el año.

Para todas las festividades de nuestra Señora se prevenia con ayunos y otros exercicios extraordinarios; pero era mayor su esmero en el tiempo en que la Iglesia hace memoria de los acerbos dolores de esta Reyna de los Mártires, pues los veneraba, exercitándose en su consideracion por tres horas, y era con la mayor concurrencia que podia, y aun en los campos y Misiones de Infieles, siendo en todas partes poderoso incentivo de devocion, verle, y oír los afectos que de su amante corazon centelleaban en sus palabras y fervorosas exhortaciones, consistiendo su eficacia, no solo en las ternuras de sus labios, sino tambien de sus ojos.

Promovia con infatigable zelo la devocion del santo Rosario, rezándolo á coros todos los dias en las Misiones, y estableciéndola en todas las Ciudades, Pueblos, y hasta en las chozas de los Pastores; y como la persuadia, ponderando que es tan fecunda de misterios, como de beneficios, concurria tambien la divina Señora con favores extraordinarios, para que no fueran írritas las promesas de su Siervo. Confesándose con el V. P. Fr. Melchór, le declaró un hombre, que estando su muger en el último peligro, por un parto muy avieso, hizo todos los remedios posibles, pero sin efecto alguno, y su misma afliccion le sugirió que echara mano del cordon del Rosario, en que el V. P. Fr. Antonio le habia puesto unos ñudos para separar siete cuentas en que rezara siete Padres nuestros y Ave Marias en reverencia de los Dolores de María Santísima; y cortándolos, los hizo polvos, que le dió en una poca de agua á la moribunda, y al instante dió á luz la criatura, y quedó la muger sana, premiando el Señor su fe, y confirmándolo en la que debia tener en los Misterios que se reverencian en el santo Rosario, y en la intercesion con que favorece Maria Santísima á sus devotos.

Siempre fue su acostumbrada salutacion, decir: *Viva Jesus, Ave Maria Santísima*, y en ella imponia á los Indios, aunque fueran Gentiles, para que con ella se saludaran unos á otros, en lo que manifestó el Señor su divino agrado, pues quiso perfeccionar sus alabanzas, haciendo expeditas las lenguas de los infantes, para que dexando los pechos de sus Madres, profirieran tan soberanos nombres. Testigo calificado y de vista fue el R. P. Fr. Blas Guillen, quien juró en declaracion formal, que estando de Compañero suyo en las Misiones del Chol, una siesta llegó una India neófita buscando al V. Padre, y saliendo él á verla, la saludó diciendo: Ave Maria Santísima, la India le respondió, sin pecado concebida, pero el niño que traía á los pechos, y era como de dos años, trayendo en la mano una flor, la extendió para dársela al Padre, y en voz clara y perceptible dixo: *Viva Jesus*.

Con igual admiracion sucedió en la Conquista de Peten-Isat, en un Pueblo ya reducido, que estando el V. Padre con el Capitan y otros muchos, llegó una India de las recien convertidas á hablarle, y llevando entre los brazos una criatura pequeña,

el Padre le dixo: Tunico, Ave Maria Santísima, y el niño le respondió, oyéndolo todos, sin pecado concebida, mi Padre. Así confirmaba la fe del Evangelio, que el V. Misionero les promulgaba á aquellos Paganos, la soberana Providencia, con prodigios no vistos en el antiguo Testamento, en el que se admiraron tantos y tan portentosos milagros, pues aunque en él se leen las alabanzas de Dios en las bocas de Joseph, Samuel, Daniel y otros infantes; pero todos estaban ya en edad juvenil, y ninguno en la lactancia, como que estaba reservada esta maravilla solo para ensalzar los triunfos del Mesias verdadero, cuya virtud divina formaba las palabras en los inocentes labios de aquellos tiernecitos niños.

Dirigia tambien el V. Padre sus religiosos votos y humildes oraciones á los Coros de los Angeles, y á su Príncipe San Miguel, al que dedicó la Mision limitanea de la Corona, para que como Capitan General de la Iglesia, defendiera la entrada de aquellas Provincias. Era tambien devotísimo de la sagrada familia San Joaquin y Santa Ana, esmerando sus afectos con el gloriosísimo Esposo de Maria Santísima el Señor San Joseph, y se encomendaba á otros muchos Santos, invocándoles por Abogados y medianeros con la Magestad divina, para alcanzar sus inefables misericordias en todas sus misiones, ya en la conversion de los pecadores, ya en la reduccion de los Neófitos y Catecúmenos.

Desde sus mas tiernos años fue creciendo con la edad la cordial y fervorosa devocion que tuvo al Seráfico Patriarca y Padre nuestro San Francisco, cuya vida anhelaba para modelo de la suya, y deseaba imitar sus fervores, aprendiendo de sus mortificaciones la penitencia, de su humildad y pobreza, la práctica de estas mismas virtudes; por eso observaba con desvelo y estudio la que se contiene en los Capítulos de su evangélica Regla, y deseando imprimirla en su alma, siempre la traía consigo, como tambien el librito intitulado: Espejo de los Frayles Menores, que continuamente leía; y aun en los caminos y tareas de sus misiones, les proponia, y conferenciaba con los Compañeros, la inteligencia y práctica de cada uno de sus Capítulos. Para celebrar con espíritu las festividades de su Seráfico Padre, se prevenia dias antes con exercicios de mortificaciones y ayunos, avivando en ellos sus deseos de imitar sus virtudes, y de trasladar á su alma el encendido amor á Christo crucificado, siguiendo todos los movimientos de aquel luminoso Astro, para beber en sus rayos alambicado el fuego.

CAPÍTULO XXVI.

De la Caridad que el V. Padre tenia á sus próximos, y del ardiente zelo con que solicitaba la salvacion de sus almas.

LOS Filósofos que mas seriamente observaron la conexion de unos vicios con otros, hallaron que dista mucho el afecto compasivo, del que es apocado; y por eso asentaron que el de la crueldad es

propio de los cobardes, lo que confirman las experiencias, pues es rarísimo el hombre animoso que decline á ser inhumano: de este principio inferian, que el genio que es conmiserativo hácia las bestias, probaba un gran fondo de misericordia hácia los individuos de su propia especie, y del que es compasivo con un bruto, mejor se debe creer que lo será con un hombre. Esta equanimidad y mansedumbre, era el carácter y distintivo que indicaba en el V. P. Fr. Antonio un corazon christiano, sabio y magnánimo; y quando se veía entrar en las mas dificiles empresas é inminentes peligros, con el denuedo y animosidad de un intrépido Héroe, sin mas interes que el amor á los hombres, por la tiernísima compasion con que solicitaba el bien de sus almas, se le veía comprobar esta conmiseracion piadosa, aun con las venenosas Víboras. Andando por los desiertos de Texas, llegó á sestear baxo de un árbol, y el rigor del Sol hizo á una de ellas buscar refrigerio en la copa del sombrero del V. Padre, vióla con gran susto el Compañero, y arbitraba el medio mas seguro para matarla, pero se lo estorvó con decirle: ¿Para qué quiere quitarle la vida que no le dió? Y cogiéndola en las manos, la alhagaba y decia: ¿No ve como no hace mal alguno? y le dió soltura para que se fuera. Accion fue esta, en que si se vió probado el privilegio con que el Señor habia dotado la primera inocencia, calificaba tambien la de aquella alma, cuya magnánima mansedumbre era tan agena de dañar á alguno, como ingenua en beneficiar á todos, sin excluir á los que pudieran ofenderle.

Por este hábito de caridad que el V. Padre tuvo desde los primeros lustros de su inocente vida, era tan pronto, fácil y expedito para servir á todos con alegria y diligencia, sin reparar en los mas humildes y trabajosos exercicios, ni exceptuar algun necesitado. Siendo Prelado se esmeraba en dar á todos consuelo, y procurar á los enfermos los posibles socorros, aunque fuesen extraños, pues su amabilísimo genio no conocia distincion entre sus próximos. Visitaba y consolaba á los infelices que gemian en las Cárceles y Hospitales, sacrificándose todo, por facilitarles su corporal alivio y espiritual remedio: solicitaba saber de muchos pobres vergonzantes, para que sufriendo él la verguenza que les tenia confundidos, pudieran tener socorro, el que pedia á los ricos, ó se lo franqueaba de las limosnas del Colegio, confirmándole la soberana Providencia en su profusion caritativa, no sin pruebas de prodigiosa, pues el Portero, y V. Fr. Antonio de los Angeles, confesó, »que »habiéndole dado órden de que re»mediara de las limosnas quantas ne»cesidades se le presentaran, parecia »que el Guardian y él contendian á »porfia con Dios, su Magestad con »enviar socorros, y ellos con repar»tirlos á los pobres; pero que siem»pre el Señor quedaba vencedor con »su poderosa mano.»

Mas relevantes pruebas de la caridad del V. Padre eran las del inextinguible zelo con que siempre que mediara la honra de Dios ó el bien de las almas, no rehusaba los mas duros trabajos; y reflexando en los de toda su vida, se verá la pronta voluntad, ciega obediencia y gustosa execucion con que por tan nobles intereses la exponia y sacrificaba. Quarenta y quatro años continuos, que desde que salió de su Provincia me-

diaron hasta su muerte, no dexó de padecer, ya en el mar, ó ya en las dilatadas Provincias de esta América, andándolas con apostólico tezon, sin descanso alguno, pobre, á pie, y sin mas viático, aun en las tierras inconquistadas, que el de la divina Providencia. En todas ellas transitó millares de leguas, sin dexar de predicar y confesar continuamente, de lo que admirado el Illmò. Señor Arzobispo de Manila Dr. D. Cárlos Bermudez de Castro, no dudó imprimir: »Que el V. Padre fue voz que clamó »en las Ciudades, en los Pueblos, en »los campos, en las montañas, en los »desiertos, hasta las mas distantes »naciones. Fue voz de Leon para la »idolatria, voz de Cordero para los »penitentes, voz de Angel para los »virtuosos, voz de trueno para los »protervos, voz de Padre para los »desconsolados, voz de Pastor para »los extraviados.» Ilustre prueba de todo esto fue el que la Real Audiencia de Guatemala, hasta tres veces, interpusiera con los Prelados Superiores sus respetables súplicas, para que fuera á aquella Ciudad á apagar el fuego en que se ardia de pleytos y discordias, pues solo el P. Margil, decian, los podia sosegar.

Fundábase esta confianza en la quotidiana solicitud con que excitaba con su doctrina y exemplo á la verdadera penitencia, y movia á todos á caminar por el camino de la cruz, para llegar al fin de su felicidad eterna. Pero el logro de tan vivos anhelos, le costaba al V. Padre amarguísimas lágrimas; pues preguntándole tres personas, ¿qual era la causa? al verle llorar sin consuelo: »Lloro, les »respondió, porque se ofende á Dios, »y porque se condenan muchas al»mas. Lloro por ver que por pocas y »muy ruines cosas le ofenden los mis»mos que por Christianos blasonan »de Hijos de Dios» Este mismo fervoroso afecto explicaba quando decia: »Quisiera hacerme menudos pedazos »porque Dios no fuera ofendido. Qui»siera vivir y trabajar hasta el fin »del Mundo para ganarle almas á »Dios.» No se quedaban en solo voces estos deseos, pues los hacia efectivos, quando los juzgaba oportunos para remediar la perdicion de sus próximos, y fueron muchas las veces en que viendo ineficaces sus exhortaciones, para evitar algunos viciosos excesos que eran la ruina de las almas, no solo interponia desvelos, sonrojos y trabajos, sino tambien prolixas oraciones, crueles mortificaciones y sangrientas disciplinas, que siendo con cadenas de fierro, llegaron á desmayarlo, hasta caer sobre su misma sangre en el suelo. Así clamaba al Señor este Moysés evengélico por los pecados de su Pueblo, y así pedia el perdon para todos los culpados, exponiendo en la solicitud de su enmienda, muchas veces, su salud y su vida, y perseverando en este zelo hasta su última hora.

Era este, no ciego ni amargo, sino sobrio, segun la ciencia del Evangelio, y por eso animado del Espíritu Santo, y exercitado en las virtudes que constituyen en el alma el hábito de una christiana prudencia. Obraba siempre, consultando, juzgando y eligiendo el bien que habia de seguir, ó el mal que habia de evitar, poniendo los medios mas oportunos para dirigir sus acciones propias, ó las agenas, al último y sobrenatural fin, de forma que aunque fuesen muy arduos los negocios que en su apostólico ministerio le ocurrian, se desocupaba de sus dificultades, con expedicion, faci-

lidad y prontitud, y todas sus resoluciones eran como dictadas del don de Consejo, con que favorece á los Justos el Espíritu Santo. Era, como Moysés, de genio docilísimo, y por eso consultaba á otros, y especialmente á sus Prelados. Era humildísimo, y así se sujetaba á la direccion de otros, hasta en sus penales exercicios. Clementísimo, para condolerse de las miserias de sus próximos. Modestísimo, para evitar los engreimientos del amor propio, y moderadísimo en todos sus consejos, pues para no errar en ellos, recurria al propiciatorio de la oracion, y pedia al Señor luz para el acierto.

Así se vió, que gobernando tantos años los tres Colegios, se hizo tan amable de todos, que entre las apariencias de Prelado, le veneraban mas como á Padre, sus Súbditos; y si corregia á alguno, era con tal prudencia y caridad, que le dexaba consolado, por lo que deseaban todos que nunca les faltara su gobierno. Con el mismo acierto daba sus dictámenes en las respuestas de muchas Cartas en que se le consultaban negocios gravísimos, y en otras con que instruía en la via mística muchas almas, animando á unas en sus espirituales congoxas, y fervorizando á otras en la virtud y perfeccion christiana; y así, venia á ser su prudencia una lucerna evangélica que iluminaba los Claustros, las Ciudades, los Pueblos y los mas humildes cortijos, y así alumbraba á los Prelados, á los Superiores, á los ricos y á los pobres; pero aunque todas las virtudes eran la regla de su prudencia, su mayor complemento se hacia admirar en una simplicidad columbina, que era propia de su inocente alma; y como aborrecia toda duplicidad y dolo, lo mismo que en su corazon tenia, lo tenia tambien en su lengua, y en todas y cada una de sus palabras, nada procuraba para sí, y solo las proferia para la mayor honra y gloria de Dios, ó beneficio del próximo.

Con esta ingenuidad natural trataba igualmente á todos, y á todos les servia con prontitud en quanto podia serles de obsequio ó provecho, á los grandes, á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los Religiosos y á los Seculares, sin excepcion de personas, siendo el mismo en lo público que en lo privado, siempre con la misma hilaridad de ánimo y de rostro, que demostraba la interior de su pecho: ni jamás se oyó de su boca mentira alguna, sino la verdad pura, aunque por ella pudieran algunos criticar su sinceridad como estulticia, ó como ignorancia.

Por tal tendria el alto vulgo, y á su remedo el mas plebeyo, la respuesta que le dió al Señor Presidente de una Real Audiencia de este Reyno, que le consultó, si le sería lícito poner una casa de juego, para con sus utilidades poner en estado á sus hijos? Tenia el V. Padre muy presentes las muchas y muy antiguas Leyes de los Católicos Monarcas, que prohiben las tahurerías, y ponen graves penas á los que ponen tales casas; y suponiendo que dicho Señor no podia ignorarlas, pero que no haria escrúpulo de ellas, por reputarlas puramente penales, le contextó con otras, á que ni toda su ciencia pudiera eludir la fuerza de su justicia; y así, le dixo: »Lo mismo será poner V. S. »juego, que poner fuego con que Dios »nuestro Señor queme y abrase á V. »S. y á todas sus cosas. Si á V. S. le »denunciasen un famoso Ladron, no »deberia, como buen Juez, perseguir-

»le, aprisionarle, seguirle la causa y »ponerle en la horca? Pues pregunte »V. S. á los Jugadores, quién les ha »quitado el caudal, y verá como unos »le dicen que el juego les quitó el »patrimonio, otros le dirán que les »quitó la Tienda, otros que les quitó »el capote, y otros que les quitó la »camisa. ¿Y á este Ladron quiere V. »S. amparar? ¿No hará quanto pu»diere para ponerle en la Cárcel y »ahorcarle? Fuera de esto, ¿quantos »juramentos, maldiciones, blasfemias »y otras ofensas de Dios no se co»meten en el juego, como Sinagoga »que es del Diablo? Sé que nos he»mos de ver en el Tribunal de Dios, »y para que V. S. allí no me acuse, »le hablo aquí con esta entereza.»

Así zelaba el V. Padre la observancia de la Justicia legal, á la que pertenece la de todas las Leyes, cuyo objeto es directamente el bien comun y pública utilidad de los Pueblos; y para que estos se conservaran en una perfecta union y caridad christiana, esforzaba todo el vigor de su zelo, exhortando á los Jueces á la vigilancia con que debian hacer que se guardasen las Leyes, y cumpliesen las penas que incurren sus transgresores. Misionando en la Villa de Lagos, estaba hospedado en casa de un Alcalde Ordinario, y habiendo éste sentenciado á azotes á un público malhechor, empeñaron su autoridad muchas personas de respeto para libertarle; pero viéndole inexôrable, acudieron al V. Padre: haciéndole dexar el Confesonario, oyó su peticion, hecho cargo de sus circunstancias, prorrumpió diciendo: »Que se los »dén, Justicia, Justicia; y despues, »abrazando al Juez, repetia: Justicia, »ahora lo quiero mas, Dios le pague »la caridad: buena mision de peni»tencia: si así lo hicieran todos, no »se perderian tantos.» Notable aspereza parece esta en el Siervo de Dios, quando era mas fácil que le faltase el ayre para formar las palabras, que no la dulzura á su boca; pero atendia á que la Justicia es la Emperatriz y Reyna de todas las virtudes, pues las contiene con eminencia y universalidad de causa, para beneficio comun de los Pueblos, al modo que el Sol ilumina y conserva todos los cuerpos.

Por eso en todas sus acciones se veían relucir todas las partes potenciales de la Justicia, conforme á las circunstancias actuales de su estado y ministerio. En la obediencia de sus Superiores, en la observancia de las Leyes de su Religion é Instituto, en el exemplo con que estimulaba á obrar lo mas perfecto, en la exâctitud con que de Prelado exercia la Justicia distributiva y conmutativa con sus Súbditos, en la imparcialidad con que trataba á todos como á hermanos, en la liberalidad con que les franqueaba todo lo necesario, en la equidad con que juzgaba sin pasion los defectos, sin dar lugar á infundadas sospechas ni cabilaciones maliciosas, en la religion con que daba al Señor los debidos cultos, y exercia sus actos con fervoroso espíritu, en la solicitud de la mayor decencia de las Iglesias y Altares, en la observancia de las sagradas ceremonias, en el fervor con que asistia en el Coro, y quando andaba en sus peregrinaciones lo formaba en los campos, en la perseverancia con que siempre obraba sus piadosos exercicios.

En ellos mismos se confirmaba su christiana fortaleza, porque si ella consiste en vencer la carne, contradecir la propia voluntad, despreciar los deleytes de esta vida, amar los

trabajos del Mundo por los eternos premios, renunciar las prosperidades, y superar el miedo de todo lo adverso: como en toda su vida estas fueron las máximas y reglas que observaba, obrando segun ellas, con confianza y magnificencia, con paciencia y perseverancia, es de creer que en todas sus apostólicas empresas, para reducir á los pecadores á penitencia, y sujetar á los Gentiles á la Santa Iglesia, en todos los desvelos, penitencias, Sermones, confesiones, trabajos, caminos, peligros y contradicciones que toleró por conseguir la mayor honra de Dios y salvacion de las almas, le fortalecia y consolidaba el don de Fortaleza, para emprender cosas tan arduas, y entregarse á ellas con la prontitud y animosidad que solo puede infundir el divino Espíritu, y su soberana gracia.

Misionando en el Obispado de Nicaragua, habia en un Pueblo un Indio, tan astuto como hipócrita, que con exterioridades y embustes, tenia engañado á su Párroco; y estando el V. Padre presente, le dixo: éste es un Santo; pero la respuesta fue tomarle de la barba, y meciéndole dixo: ¿Este Santo? El mayor perro que tiene todo este Reyno de Guatemala. Viendo el Indio que el Misionero descubria con luz superior sus malas artes y astucias, se postró á sus pies, diciendo: ya llegó el tiempo; y fue así, porque él mismo declaró ser el principal fautor de todas las hechizerias y engaños que ya quedan referidos. Orgulloso otro Indio Capitan de una nacion de Gentiles, se burlaba de las suaves persuasiones del V. Padre, por lo que los demas se resistian á recibir la Fe que les predicaba; pero enardecido en el zelo de la santa Fe, se le encaró, con resolucion tan valiente, que los Soldados le dixeron: Padre, ¿que es lo que ha hecho? Ahora quedamos todos á manos de estos; pero fue mayor su admiracion que su miedo, quando vieron al Indio postrado á sus pies, y tan preocupado de sus increpaciones, como de su terror y espanto; y besándole la mano, se reduxo él con toda su gente á la sujecion de la Ley de Christo y santo Bautismo. Obraba el Siervo de Dios con varonil fortaleza la voluntad del Señor, que le habia destinado á la promulgacion de su Ley evangélica, y ella misma confortaba su ánimo con el glorioso triunfo de la reduccion de aquellos Bárbaros á su suave yugo.

Del mismo modo consolidaba su espíritu en una como innata y genial templanza, que le hacia sin violencia, abstinente, parco, sobrio, moderado, púdico, callado, sério y vergonzoso: con ella misma templaba toda liviandad, refrenaba sus afectos, aumentaba sus santos deseos, castigaba los vicios, y ordenando con una christiana templanza todos sus interiores movimientos, corroboraba sus buenos propósitos, aspirando siempre, con una plácida tranquilidad, á obrar lo mas perfecto, y á conseguir de sus partes potenciales la primera, que es la humildad, y de las sujetivas, la virginidad y pureza.

Era la humildad del P. Fr. Antonio, el fruto mas delicioso que le producia el altísimo concepto que formaba su espíritu de la incomprehensible grandeza de Dios y de sus atributos. En él conocia que todas las criaturas son con propiedad casi nada, porque la infinita distancia que percibia entre estos dos extremos, le hacia ver quan léjos están de ser algo, y este racional desengaño le obligaba á que para dar una nocion cier-

ta de su persona, se firmara en todas sus Cartas la misma nada, y reputaba como impropios de ella todos los honores, y solo debidos los desprecios. Sobre este principio, quando se veía venerado de todos por Santo, aplaudido de todo género de gentes, seguido de innumerable gentío por los caminos, recibido en los Pueblos con palmas y ramos, postrados á besar sus pies los hombres, y celebrado de ambos Reynos, nada inmutaba la serenidad de su alma, porque reflexando en sí mismo y en su propia nada, decia: »Estas honras no son á mí, que »soy un hombre vil y miserable, sino »á la dignidad del ministerio apostó»lico. Son á mi Señor Jesuchristo, de »quien estoy vestido, y cuya persona »represento en este altísimo empleo »de Misionero, y así, no excuso estas »honras, por no privar al Señor de »esta gloria.»

Con tan raro genio de su humildad, templaba el V. Padre sus interiores afectos, y en su propio conocimiento hallaba la razon de negarse á sí mismo, para que todo el honor y alabanza fueran dirigidas á su crucificado dueño, y solo á él le conocieran por los epítetos con que continuamente se llamaba Bestia, Borrico ó Jumento.

Ni era esta humildad de solo palabras, sino practicada en heroicas acciones y públicas afrentas. Instado de muchas personas que le calificaron de justa y decorosa á su Colegio cierta propuesta, la consultó, antes de promoverla, con uno de los Prelados de Guatemala, y al punto se la repelió, no solo con desayre, sino con injuriosa aspereza; y al oirle el V. Padre, se levantó, y besándole la mano, le dió gracias por el desengaño, y le suplicó que así lo hiciera siempre. Mas público fue el sonrojo con que un Párroco le mandó baxar del Púlpito, llenándole de injurias y desprecios, á los que correspondió obedeciéndolo, y arrojándose á sus pies para besarlos; pero lo mas admirable es, que pasado tiempo, concurrió con él delante del Señor Obispo, y le hizo las mismas demostraciones, diciéndole al Prelado, que aquel Cura era su Amo y su Señor, y que le debia lo que nunca acertaria á agradecerle. Otro Cura, al verle entrar en su Pueblo acompañado de mucha gente, rezando y cantando con él, se irritó tanto, que á gritos llamó la atencion de todos, diciéndoles: »¿Acaso habeis »salido á recibir á este Padre, porque »le teneis por Santo? Los Santos son »Santo Domingo y San Francisco, »que este es un hipócrita que engaña »al Mundo.» Pero el V. Padre sufrió con toda paciencia, porque fundaba su zelo y su doctrina en la humildad apostólica, que á los que les maldecian, les bendecian, padecian la persecucion, y la toleraban, eran tratados como escoria del Mundo y escobas vilísimas, y sin confundir ni avergonzar á alguno, á todos les amaban, como á hijos engendrados en Jesuchristo por la predicacion de su Evangelio.

Con moderacion tan christiana gozaba el V. Padre una tranquila y quieta vida en toda piedad y pureza, las que denotaban así la honestidad de sus palabras, como la gravedad de sus costumbres. Por ellas consiguió que traginando los dos Reynos entre todo género de personas, en medio de los mayores peligros y ocasiones incentivas, conservara interior y exteriormente intacta su virginal pureza, templando siempre sus afectos y sentidos con el temor santo de Dios,

que le hacia despreciar los deleytes que el Mundo facilita, el Demonio sugiere y la Carne apetece. Bien pudieran ponerse vencidos estos tres enemigos á los pies del V. Padre, en vista de aquella templanza que se vió en el caso de provocarle á la torpeza una muger hermosa, y de que se hizo memoria en el capítulo trece del primer Libro, en el que si el Demonio jugó todas las piezas de su infernal astucia, él y sus garantes el Mundo y la Carne salieron vencidos con la conversion de la muger con quien trazó tan alevosa tragedia.

Excelente fue tambien su modestia en el trato comun y ordinario que le era preciso con las Indias de las Misiones, y aun tambien con los hombres, para desarraigarles de sus bárbaras desnudeces é incautas costumbres; pero mas necesaria le fue en el de las mugeres Christianas, pues aun quando vienen con el nombre de penitentes, vienen en trage de Comediantas, y así se cauteló de todas con tan raro extremo, que dos años y medio antes de su muerte, dixo en el Confesonario á otro Misionero: »Bendito sea Dios, que hasta ahora no »sé como tienen el rostro las mugeres.» No por eso le faltaron los estímulos de la carne, de que Satanás se valia para avivar mas sus sugestiones y atormentar su espíritu; y preguntado del Confesor, cerca de morir, sobre los pensamientos, confesó: que aunque los habia tenido graves por sugestion del Demonio, pero no habia consentido en alguno; pues yo, decia, he sido un bruto, que si Dios no me hubiera tenido de su mano, no sé que fuera de mí. Este humilde conocimiento, y ese favor divino, fueron los que le conservaron siempre puro, para que como vaso de eleccion llevara el santo nombre de Jesus á las gentes mas incultas y naciones mas remotas; y anunciándoles el Evangelio, purificara sus almas con las aguas del Bautismo.

CAPÍTULO XXVII.

Asperas mortificaciones con que el V. Padre aspiraba á la perfeccion de las virtudes.

Admirable es la armonía que entre sí tienen las mortificaciones de la carne y la perfeccion de las virtudes: no son las asperezas virtudes, pero son los instrumentos que las perfeccionan, por eso deben arreglarse con la moderacion que mas las adapte al ministerio de cada uno, para que pueda ofrecer su cuerpo hostia viva, santa y agradable á Dios, como racional obsequio á su obediencia y agrado. Desde los siete años, segun confesó el P. Fr. Antonio, estaba puesto en los brazos de Christo crucificado, y por eso no pudo ser sin soberano instinto, el que desde esa edad llevara en su cuerpo la mortificacion de Jesus, y la exercitara en huir de todos los pueriles divertimientos, en la prudente taciturnidad de su lengua, en la guarda de sus sentidos, en su rara abstinencia para socorrer á los pobres, en la perseverancia en los Templos, olvidado del necesario alimento, en la modestia, que le hacia ignorar el ca-

mino de su casa, y en otras familiares mortificaciones, que á qualquiera otro le serian intolerables, pero á él le eran gratas, porque le perfeccionaban en las virtudes, por cuyos grados fue llamado de Dios para la Religion Seráfica. Ya en ella logró el fin de mortificar su cuerpo para vencer sus pasiones y apetitos; pero eran tales sus fervores, que fue necesario que su Maestro y Director moderaran sus penosos exercicios; pero estos le infundian una humildad profunda, que desde entónces le enseñó á apellidar á su cuerpo con la metáfora de bruto, y despues se esmeró toda su vida en fatigarle con muy pesadas cargas, y castigarle con el azero y el látigo.

Esto se ve en las penosas tareas en que ocupó toda su vida, que si hubieran de compilarse, es asunto tan grande, como todas sus acciones, pues ninguna de ellas se hallará que no lo compruebe con algun suceso digno de admiracion y asombro; por eso para recomendar sus penales mortificaciones, será el mejor método seguir el que la sagrada Curia observa, fundada en que son tan necesarias las aflicciones de la carne para calificar de heroicas las virtudes, que si no constan en la causa de qualquiera Siervo de Dios, no se le dará curso para su conclusion, exceptuando á los que han profesado algun cenobítico Instituto, porque de ellos se ha de hacer evidencia de que no omitieron ninguna de las asperezas que prescriben sus Reglas, por cuya acertada y discreta práctica, se facilita el ver las ásperas mortificaciones con que el V. P. Fr. Antonio aspiraba á la perfeccion de las virtudes, observando las que prescriben los votos y preceptos de su Seráfica Regla, y las que son anexás al ministerio apostólico, segun los Estatutos de las Bulas Inocencianas.

Tanto como es fácil entender, es dificil de decir á qué grado de perfeccion se sublimó la obediencia del V. Padre, pues estando puesto desde niño en los brazos de Christo crucificado, conocia bien, que esmerado el mismo Dios en obedecer siempre hasta morir en una Cruz afrentosa, debia unirse con él, para morir tambien en la cruz de la obediencia, con cuyo afecto, y en reverencia de tan alto beneficio, le ofreció á su Magestad este voto, y por él se esforzaba á imitarle humilde, callado, sufrido, modesto y edificativo. Oía la voz de sus Prelados, Directores y demas que se proponia por Superiores, calzándose de muchas alas su espíritu, para volar á donde señalaba el dedo de Dios con el precepto, y lo cumplia con tanta sumision y respeto, como pudiera el mas rendido Esclavo. No parece sino que vaticinaba la voluntad del Superior, con aquel instinto que hace de un corazon amante un obsequioso Súbdito, para no esperar el mandato, y con prontitud y alegria executar lo que era de su agrado. Aun siendo ya Sacerdote, suplicaba el que le permitieran vivir en el Noviciado, para segun su estilo, no hacer cosa alguna sin la obediencia del P. Maestro, ni sin la licencia del Prelado, deseando que hasta sus respiraciones salieran movidas de este impulso; porque no queria ir ni hacer cosa alguna sin estar como cautivo á solo la voluntad del Prelado, como á su Señor y dueño.

Dos actos solos tuvo el V. Padre en toda su vida que se pudieron llamar libres, y fueron: el hacer la Profesion Religiosa, y el de alistarse

de Misionero para las Indias; pero debiendo en ellos obedecer á la eficacia de la vocacion divina, la misma expontanea libertad que era de su substancia, fue el heroico sacrificio que le hizo á Dios con su obediencia: de ella, como de un perenne manantial, nació el torrente de penalidades y mortificaciones que son anexâs á las laboriosas tareas de un ministerio mixto, cuyo instituto tiene por objeto la oracion, y estrechísima observancia de la Regla, y hacer el oficio de los Apóstoles en predicar la Fe, para mover á los pecadores á penitencia, y propagarla entre los Infieles. Por esa obediencia misma, luego que llegó al Colegio, le enviaron á la remota Provincia de Yucatán á exercitar su zelo apostólico, y de ella pasó á correr todas las del dilatado Reyno de Guatemala, empleando catorce años en la conversion de su Gentilismo, de donde le sacó la misma obediencia para que fuera Guardian del Colegio de Querétaro. Por ella volvió á Guatemala, y fundando en ella un Colegio, se dedicó á la conversion de los Gentiles, sin que pudieran obligarle los mas excelentes respetos á que desistiera de su apostólico destino, y solo la obediencia pudo cortarle los pasos, estando ya cercano á las montañas de los bárbaros Lacandones, para que viniera á la fundacion de otro Colegio en la Ciudad de Zacatecas. Por ella fue á probar la reduccion de los Nayeritas, y frustrada, entró á la conquista de los Texas y nuevas Filipinas; y por fin, por la obediencia, estimando por mandato la insinuacion del Prelado, aunque ya estaba enfermo, pasó á morir á México. Así acabó su vida víctima de la obediencia, pues en toda ella no tuvo otro consuelo que practicar sus impulsos en todos sus movimientos, y por eso siempre solicitaba tener á quien obedecer, ya en los caminos, ya en las Misiones; y aun siendo Prelado, pues en donde quiera que se hallara, tomaba por su Superior aunque fuera á un Indio.

Penalidad llena de indecibles mortificaciones sería el que el V. Padre anduviera tan dilatados caminos, solo por el mérito de la obediencia; pero como á este le añadia el de una extremada pobreza, fue de tanta admiracion para Sugetos de los mas respetables en la Compañia de Jesus, que dixeron: »Tómese fe y testimo»nio de que el P. Fr. Antonio Mar»gil ha andado desde México á Gua»temala á pie, y no es menester mas »para canonizarle.» Así discurrian unos Religiosos experimentados en los trabajos y penurias de tan dilatados y peligrosos caminos, en que lo escaso de los alimentos, y las pocas posadas, los hacen del todo impracticables, sin el auxîlio de robustas Mulas y completo equipage de todo lo necesario. Pero estaba el V. Padre puesto en los brazos de Christo crucificado, y así, deseaba imitar quanto podia, aquella pobrísima desnudez que dexó vinculada inmortalmente en su Iglesia. Estaba vestido, no solo del hábito de San Francisco, sino tambien de su seráfico espíritu, y del espíritu del Evangelio, y por eso gozaba los fueros de Varon Apostólico, para caminar desde su juventud con la recámara que Jesuchristo les previno á sus Discípulos, pues desde que profesó su Regla, fiado en la sencillez de su texto, se empeñó en guardarla toda su vida á la letra y sin glosa.

Por eso era el uso que hacia de las cosas necesarias tan medido, que ninguna tuvo como propia y sin ur-

gente indigencia. Su hábito fue siempre el comun, pero á gusto de su Padre, que lo tenia en verle remendado de sacos y de otras piezas, aunque llegó tiempo en que ni su Padre mismo pudiera conocerle por el vestido. Este fue el de la vida rural, en que se mantuvo once años en compañia del V. P. Fr. Melchor en las montañas de los Talamancas y Lacandones, pues por los continuos trabajos, é injurias de los montes y del tiempo, llegaron sus hábitos á perder hasta su primera tela, así por lo colchados que estaban de andrajos, como porque estos eran de varios texidos y de muchos colores, que juntos, hacian un objeto tan irrisible á la soberbia, como despreciable á la vista, pero no á la estimacion de personas ilustres y cuerdas, pues á algunas que los vieron con circunspeccion christiana, les han hecho entender con evidencia ¿por qué el Evangelio le dá el renombre de bienaventuranza á la santa pobreza, y el divino Maestro dixo, que en ella está vinculado el Reyno de los Cielos? Ni la mas impía malicia podia cabilar que los Venerables Misioneros hicieran capricho de presentarse con tan extraños hábitos, pues la miseria de aquellos desiertos se los hizo estimar por únicos, y tan necesarios, que para conservarlos se vistieron de cortezas de unos árboles que allá llaman mastates, previniendo el que despues habian de salir por los poblados, y pedia la decencia que fuera, aunque con sus penitentes sacos, pero con tal qual trage de Religiosos.

Nunca usó el P. Fr. Antonio de la túnica interior que permite, á los que quisieren tenerla, la Regla; y solo en sus últimos años llevaba por modo de medicina, y consejo ageno, un tuniquillo de Sayal corto y sin mangas, por los accidentes del pecho. Los paños de la honestidad siempre fueron de Sayalete burdo, pues nunca se puso cosa alguna de lienzo, ni tampoco camisa. En las largas y escabrosas jornadas de Guatemala, andaba á pie y enteramente descalzo, pues aunque llevaba unas sandalias colgadas de la cuerda, eran solo para decir Misa los dos Compañeros. En toda su vida no conoció el dinero, ni oyó su ruido, ni llegó por curiosidad á tocarlo. Era tan nimio en ceñirse á lo preciso, que un testigo de mayor excepcion observó que caminando por los poblados, pedia de limosna el alimento, y se resistia á recibir un medio pan, si actualmente no era necesario, aunque hubiese de ser la jornada larga, y la posada una pobre choza, en que siempre mora la penuria. Todo el equipage de sus continuos y largos caminos era el Breviario, una Calavera y un Crucifixo, la sagrada Biblia, y unos quadernos de apuntes para sus Sermones; y como estas tambien eran todas las alhajas de su Çelda, podia decir que todas sus cosas las llevaba consigo, sin faltarle nada de lo necesario, porque confiaba tanto en la divina Providencia, que ofreciéndole un alfiler para que se sacara las Niguas, que es una especie de pulgas de que abundan aquellas tierras de las montañas, por ser muy calientes, y que se introducen en la carne, y su picada desazona y molesta fuertemente, y si no se sacan, se multiplican con irreparable daño, no lo admitió, teniendo por superfluo desde entonces aquel socorro: quando estaban ya en aquellos estériles páramos, y que para sustentar la vida eran su alimento raices y yerbas, no recogia mas que las necesarias para

aquel dia. Con la misma confianza dormia en los desiertos en el desnudo suelo, entre las innumerables sabandijas de que abundan las montañas, y sin precaucion alguna de los animales feroces, ni de los insectos venenosos. En las Misiones de Indios civilizados, se contentaba para su alimento con unos frixoles, y tortillas de maiz, que tomaba, como ellos, sentado en la tierra, y cuyo exemplo estimuló al Illmô. Señor Obispo de Comayagua á hacer lo mismo en sus visitas.

Así peregrinaba aquel Varon Apostólico las Ciudades, las Provincias, los Reynos, sin poseer oro, plata ni pecunia, sin provision ó viático, sin dos túnicas, sin calzado, y muchos años aun sin las sandalias permitidas, ni humana defensa, predicando á Christo crucificado, y llevando en su cuerpo una viva imágen de la mortificacion de Jesus, para manifestar en él su santísima vida y su afrentosa muerte: le castigaba con ayunos, disciplinas, cilicios, vigilias y otras duras mortificaciones, porque habiéndole el Señor confiado la gracia de la predicacion evangélica, temia salir reprobado en el Tribunal divino, si el modo de vivir no fuera conforme al de predicar, enseñando con el exemplo, lo que persuadia con las voces: por eso trataba á su cuerpo como á un esclavo, y sin darle libertad, ni aun para el libre uso de sus sentidos.

No abria los ojos sino para mirar el Cielo, ni les permitia ver cuidadosamente á ninguna criatura; y quando andaba por las calles, no veía el rostro de los que le saludaban y conocian: nunca entró por sus oídos la murmuracion del próximo, ni la lisonja ó adulacion, antes les cortaba el hilo con algun importante desengaño. En una ocasion, visitándole un Caballero le dixo: Rmô. Padre, somos paisanos; y como este idioma era desconocido para un corazon en que jamás se hablaba de la tierra ni de la pasion nacional, le respondió: no hay duda que lo somos, pues todos somos naturales de este valle de lágrimas. Quando asistia á algun enfermo en su casa, luego que comia ó cenaba, se levantaba de la mesa diciendo: ya el Borrico ha comido zacate, ahora necesita reclinarse, y así excusaba las conversaciones vanas ó pecaminosas. Su olfato no supo lo que son olores, pues nunca usó ni aun del tabaco en polvos, y en una ocasion que el Médico del Colegio le pidió un polvo, encogido de hombros le respondió: Tome Vm. por donde quisiere, que de pies á cabeza todo es polvo. Ya desde Corista sabia lo que es la hediondez de la corrupcion humana en los sepulcros, y así no extrañaba la de los Indios enfermos que asistia, catequizándoles y curándoles, ni la de los miserables que consolaba en los Hospitales ó en las Cárceles.

Su gusto no supo qual era el de los manjares, pues quando comia precisado en las mesas de los ricos, con disimulo les hacía insípidos, echándoles demasiada sal, ó pimientos fuertes, á mas de traer en la boca un palillo amargo, que le tenia el paladar y lengua siempre desabridos. Lo mas admirable es, que siendo el agua en las fatigas del Sol y de los caminos el refrigerio de los sedientos, quando en sus peregrinaciones llegaba á las fuentes, mientras los Compañeros gozaban de su fresco y alivio, él le daba al Señor gracias por el beneficio de dar al hombre criatura tan hermo-

sa, que en su claridad publica su sabiduría, omnipotencia y misericordia; y ofreciéndole su sed en reverencia de la que Christo tuvo en la Cruz, proseguia su camino sin beberla. Pocas eran las ocasiones en que se desayunaba, y en una que por grave necesidad lo haria, le dió el Religioso que lo tenia de oficio, el chocolate con muchas Moscas, y con increible serenidad lo fue bebiendo hasta acabarlo, cosa que conmueve el estómago solo el escribirlo; y habiendo escupido algunas para que las viera, con gran paz le dixo: Otro dia, tenga cuidado su Caridad con estas avecitas, por otros pobres. Varon de dolores se podia llamar el V. Padre en el tacto de todo su cuerpo, pues ninguno de sus miembros estaba sin ellos, ni hasta morir dexó de atormentarles. Ademas de los cilicios y disciplinas, tenia una Cruz de madera inmediata al pecho, que con afiladas puntas le sacaban la sangre, por lo que solo se le permitió algunos años: la faxa que usaba para las quebraduras, era de notable tormento, y mas quando le obligaban á andar á caballo, que le causaba doblado martirio; y por fin, con tan rígidas mortificaciones tenia el V. Padre avasallada y domada la concupiscencia, sujetas las pasiones y refrenados los sentidos, para que su carne no se revelara contra su espíritu, ni las viciosas inclinaciones mancharan la pureza de la castidad que por el voto de su profesion le tenia á Dios prometida.

Si toda esa crueldad sangrienta hubiera sido para castigar una vida delinqüente y licenciosa, no fuera digna de ser admirada, porque solo con sangre y con lágrimas se borran las manchas de la culpa: mas siendo para no perder la primera inocencia y gracia que en su alma infundió el Bautismo, y conservarse siempre vírgen, casto y puro, son, no solo de admirar, sino de alabar al Altísimo, siempre admirable en sus Santos. Este singular privilegio se lo descubrió el V. Padre á una persona de su confianza, y con grave motivo, en el último año de su vida, diciendo: »que »le habia debido á nuestro Señor, en»tre otras grandes misericordias y be»neficios especiales, el de haberle »guardado toda la vida la virginidad »y la pureza de la castidad intacta, »sin que jamás hubiese pensado man»charla en lo mas mínimo.» Aquí fue donde respirando en llamas sus amantes afectos, rompieron por los ojos, pagando ellos en perlas el beneficio, para que sirvieran de homenage al Autor del incendio; y añadió mas, descubriéndole, »que en medio del »tráfago del Mundo, donde habia an»dado entre todo género de gentes, »nada le habia ofendido, y que sen»tia tanto las ofensas hechas á Dios »en este particular, que quisiera ha»cerse menudos pedazos porque nin»guno ofendiera á su benignísimo »Criador y dueño.»

Estos generosos anhelos eran los que estimulaban el zelo del V. Padre para ser en todas las funciones de su ministerio el buen olor de Christo por la fragrancia de su virginal pureza, que parece transfundia en las almas, para sanarlas de su contraria dolencia. En la Ciudad de Guatemala, la V. Señora Doña Ana Guerra se hallaba sumamente afligida de la sensualidad, porque su alma se abrasaba en los ardores del cuerpo, sentidos y potencias: así, clamaba al Cielo pidiendo auxîlio contra las invasiones del Demonio, y le parecia que no eran oídos sus clamores: miraba á

la tierra, y quantos objetos percibian sus sentidos, eran pábulo de sus incendios: quisiera arrojarse en el Infierno, para apagar en sus llamas las de sus ardores, y no hallando en cosa alguna refrigerio, decia su afligido espíritu: me pierdo, me pierdo: deten, Señor, esta bestia, que se precipita. Ya habia algunos años que padecia en esta cruel batalla, quando fue á comunicar al P. Fr. Antonio sus peligrosos trabajos, y compadecido de ellos, con la eficacia de sus palabras, y mas con la de sus oraciones, quedaron extinguidos en aquella alma los incentivos de la concupiscencia, y desde aquel punto su cuerpo tan insensible á ellos, como si fuera cadaver, pues en lo restante de su vida no volvió á padecer tentacion tan fastidiosa.

Sugetos de notoria probidad y literatura notaron, que andando el V. Padre tantos años por diversas tierras, y con penosas fatigas, á pie, y predicando á todas horas, era preciso que sudara con extremo, y mas en las tierras calientes, que se le mojaba el hábito de forma, que afloxando la cuerda, lo retorcia, y se le secaba en el cuerpo, por no tener otro con que remudarlo, con todo, no exhalase jamás el desapacible olor que de no lavarlo podian causar, ó la grasa ó la humedad que resultan en la lana, antes sí un olor lento, pero apacible y suave, y tan distinto de los terrenos, que causaba ternura y devocion, porque parecia de cosa del Cielo, y ellos lo atribuian, con piedad no mal fundada, á efecto de su virginal pureza. Muchos exemplares de esto se leen en las Historias Eclesiásticas, pues aunque el Apóstol dixo en sentido místico que somos el buen olor de Christo, y en él se repite esta misma metáfora en las divinas letras, no pocas veces ha querido el Señor que sensiblemente se exhale buen olor de las almas justas, para que su novedad y suave fuerza, exciten los corazones á alabar la piedad divina y seguir la virtud verdadera.

Obran en lo natural los olores, por su volátil y espirituosa virtud, singulares fenómenos, infundiendo movimiento y actividad á los humores y espíritus, y por eso quanto mas se trituran los aromas, mas se impresionan en el cerebro sus efluvios y fragancia; y como el V. Padre aspiraba á la perfeccion de las virtudes, macerando su cuerpo, mortificando su espíritu, y quebrantando sus pasiones con las asperezas de la Regla Seráfica, que observaba á la letra, y demas penalidades de la vida Religiosa, añadiendo las penosas tareas del ministerio apostólico, que desempeñaba fervoroso, al sentir las personas discretas el buen olor de su cuerpo, era natural reflexar que de entre tantas espinas descollaba algun lilio, y que tan extraña fragrancia era de su honestísima y virginal pureza, que místicamente simbolizan el lilio, la azuzena y la rosa.

CAPÍTULO XXVIII.

Gracias gratis datas con que el Señor favoreció á su Siervo.

SON las gracias gratis datas, unos dones superiores sobre todas las leyes y facultades de la naturaleza, que Dios concede á algunos: y aunque no los hacen á su Magestad gratos ó justos, porque solo se los comunica para la utilidad ó justificacion de otros; pero sabemos que para los que aman á Dios, todas las cosas cooperan en su bien; y por eso, despues de historiar las virtudes de sus fieles Siervos, se hace consideracion de las gracias con que su poderosa mano dotó á sus almas, como de un verdadero signo del singular favor y amor que les tuvo, para que juntas con sus virtudes, se publique su santidad y mérito.

La primera de esas sobrenaturales gracias, es dar el Espíritu Santo á sus Siervos palabras de sabiduría, y son aquel externo razonamiento con que en sus Sermones, sin humano estudio ni trabajo, discurren de los Misterios divinos, de modo que se hace ver que el Espíritu Santo habla en ellos, y por eso ninguno puede contradecirles, sino que los incrédulos se convierten á la Fe, y los creyentes se confirman en ella. Vuélvase pues la consideracion á las empresas apostólicas del P. Fr. Antonio, y se verá en las conquistas de los Talamancas, Terrabas y Lacandones, y en los Pueblos de los apóstatas y hechizeros, que á la eficacia de sus exhortaciones y catequismos, solo pudieron entender aquellos bárbaros los altísimos Misterios de la Trinidad Santísima, de la Encarnacion, Redencion y Predestinacion, para abjurar los errores de su Profetisa y Maestra, y los de los demas ilusos, y admitir el santo Bautismo y demas Sacramentos: á esa misma eficacia solo pudieron ceder la pertinacia y obstinacion con que defendian la entrada á sus tierras, y vinieron mas de quarenta mil á sujetarse á la Ley evangélica. Con ella se desengañaron todos los Pueblos de Apóstatas del Chol, sin poder resistir á las verdades católicas todas las falacias y astucias con que el Demonio tenia ilusos y fascinados á sus sacrílegos Anti-Papas, Obispos, Curas y demas fanáticos, ni impedir el que descubrieran todos sus errores, adoratorios, ídolos, prestigios y hechizos, para que fueran quemados en públicas hogueras, ni el que los Pueblos quedaran restituidos á la Fe y obediencia de la Iglesia.

Á esta soberana gracia, juntó el Señor la de la ciencia que resplandecia en los fervorosísimos Sermones morales, que admiraban aun los hombres mas doctos, porque resonando aquel clarin evangélico en los Púlpitos de todas las Catedrales de ambos Reynos, y en los mas famosos de todas sus Ciudades, Villas y Pueblos, le oían no solo explicar los mas profundos Misterios y dogmas católicos, sino tambien los mas arduos puntos de la Filosofía moral, y de la Teología sagrada y práctica, que se versan en todos los estados, para sacudir del vulgo la ignorancia de las leyes del Christianismo, dispertar á muchos del sueño en que se adormece todo, mé-

nos el engaño, y estampar en el entendimiento mas tosco y en el corazon mas duro, el terror del supremo Juicio; y como los prodigiosos efectos que en todas partes hacian sus misiones, no podian serlo por las persuasivas palabras de una humana prudencia, ni por la sublimidad de sus Sermones, ni por la obstentacion de su ciencia, porque nunca juzgó saber mas que predicar á Jesuchristo crucificado; en esas mismas conmociones de todo género de personas, en las maravillosas conversiones, y en los millares de gentes que le seguian, se admiraba tambien la gracia que el Espíritu Santo le comunicaba, dándole palabras de su soberana ciencia, para mover, instruir y dirigir las almas por los mas seguros documentos con que pudieran servir á Dios en sus respectivos estados.

Para tan altos fines le comunicó tambien la de la Fe, no la que justifica al hombre en sí mismo, sino la que infunde una sobreeminente certidumbre y firme ascenso de los principios de la Fe católica, que se deben suponer en un Doctor Evangélico, y en cuya virtud se obran los milagros. Esta fe ó confianza que se tiene de Dios para alcanzarlos, sería la que confió al V. Padre quando al despedirse de su Madre para el viage de Indias, y diciéndole la Señora: ¿como, hijo mio, quieres irte y dexarme, quando yo esperaba de tí algun consuelo, y que en la hora de la muerte te encontraran mis ansias á mi cabezera? Le respondió: mi Madre se consuele en el Señor, que su Magestad cuidará de Vm. y si el Señor me dá su gracia, no faltaré en su asistencia á la hora de su muerte. Tuvieron estas palabras á su tiempo, los efectos de una clara profecia, pues consta de testimonios fidedignos, que estando el Padre en Indias, tuvo su Madre el consuelo de tenerle á su cabecera en su fallecimiento. Así se jura en ellos habérselo oído al P. Fr. Francisco Ordaño, que como Confesor antiguo de la Señora, le asistió hasta el último suspiro, y era quien podia saber lo que pasaba en su espíritu, y siendo hombre docto y muy virtuoso, no hubiera comunicado una cosa falsa, que se vulgarizó como fama pública, y se expresó en los Sermones de honras que al V. Padre se le hicieron en la Ciudad de Valencia.

Mas testigos abonan otro consuelo que el V. Padre le dió á su Madre en otra ocasion, pues hallándose en tal peligro de la vida, que sin esperanza de ella, le recetaron los Médicos las medicinas del alma, y recibidos los santos Sacramentos, se quedó largo rato recogida, por lo que cuidadosa una hija suya, entró á verla, y recobrada la enferma le dixo: Dios te perdone el haberme despertado, pues estaba en un sueño en que parece veía á mi hijo Fr. Antonio, y me decia: » Anímese en el Señor, Ma-
» dre mia, que no morirá de esta en-
» fermedad. » Así se verificó, porque muy presto se halló perfectamente convalecida; y aunque hasta entónces tuvo por sueño aquel consuelo, para que no dudara quién se lo habia dado, parece que quiso el Cielo guardar conseqüencia de la confianza y fe con que su V. hijo se lo habia prometido, pues estando un dia con otras personas, vieron llegar á la puerta de su casa dos Religiosos de San Francisco, sin conocerlos, y con voz clara y risueña le dixo uno de ellos: Señora
» Esperanza, me alegro mucho, y le
» doy la enhorabuena de la visita que
» Vm. ha tenido en la venida de su

»hijo el P. Fr. Antonio, que ha venido á darle la bendicion y la salud;» y dicho esto desaparecieron, sin volver á verlos mas, confirmando ser prodigiosa la visita, pues el Padre estaba en las Indias al tiempo que esto sucedia. En otra ocasion estaba la Señora su Madre en la grave afliccion de tener una hija postrada de una enfermedad muy peligrosa, y recobrando la salud contra toda esperanza, dixo á todos los de su familia: Que en su enfermedad se le habia aparecido su hermano Fr. Antonio, y le habia dicho, que como ofreciese al P. San Francisco vestir su hábito y entrarse en el Convento de la Puridad de Religiosas de la Observancia de su P. San Francisco, luego estaria buena: hízolo así, y recobrada la salud, cumplió su voto, y murió con edificacion de todas las Religiosas, por sus buenos exemplos y virtudes.

No solo por el honor de sus palabras, sino tambien por el de su ministerio y buena fama quiso interesarse la divina Providencia, renovando en su defensa los antiguos prodigios con que muchísimas veces jugó la espada de su Justicia, propulsando la malicia de los que infamaban la doctrina ó la inocencia de sus Siervos. Moysés le dió á su Pueblo por signo de que su mision era verdadera, las espantosas y violentas muertes de los rebeldes Coré, Datán y Abiron: las repentinas muertes de Ananias y Safira, fueron castigo del mentiroso engaño con que quisieron burlarse de San Pedro; y con tales fundamentos, se debe tener por prodigioso el funesto caso que sucedió viniendo el P. Fr. Antonio en tierras de Ciudad Real. Antes de llegar á una Hacienda, y á una vista de la casa de ella, en que habia mucha gente baxa y grosera que sabia la fama de santidad y el zelo con que el V. Padre solicitaba en aquellos desamparos á los enfermos para consolarlos y confesarlos, por burlarse de él, aconsejaron á uno que se acostara en un cueto, fingiéndose enfermo. Hízolo el miserable, cubriéndose con la ropa para hacer bien su papel. Llegó el V. Padre, y luego le pidieron que confesase á aquel enfermo, que estaba muy de peligro. Acercóse el Siervo de Dios al fingido doliente, y quitándole la manta, lo palpó, y dixo estas palabras: Ya este pobre murió, Dios haya misericordia de su alma, Dios los consuele; y sin decir mas, prosiguió su camino. Ellos confusos registraban á su fingido enfermo, y le hallaron verdadero muerto, y así, pararon las burlas y risas que tenian prevenidas, en confusiones y lágrimas, que si fueron prueba de su malicia, lo fueron tambien de la buena fama del V. Padre, y de su zelo é inocencia.

La gracia de la fe, y la de sanar enfermos y hacer milagros, son unas mismas, y como idénticas, porque la de la Fe, por la manifestacion del espíritu trae, la utilidad de la Iglesia en la conversion de muchos á la Fe Católica, y de otros que se confirman en ella: la de la sanidad de los enfermos, mira al remedio de la salud corporal, y de la vida; y la de los milagros, manifiesta la divina Omnipotencia en el beneficio comun, con que se confirma la verdad de la Fe recibida. Sobre estos sólidos fundamentos, y el de que la variedad en referir los sucesos no arguye falsedad legítima, se fueron historiando las curaciones y acaecimientos, que en la piadosa reflexîon de muchos fueron reputados prodigiosos, segun el tiempo, lugar y circunstancias en que la

sábia Providencia los fué obrando en el discurso y apostólicas tareas de la vida del V. P. Fr. Antonio, ó bien fuesen dirigidos al fin general y primario de todos los milagros, que es la gloria de Dios, y el que su Magestad tuvo en la creacion de todas las cosas, ó bien para proporcionar los secundarios, que se ordenan al primero, en la propagacion de la Fe, y vocacion del Gentilismo, ó en la confirmacion de ella, y beneficios que hace á los Católicos.

Muchas son las curaciones extraordinarias que se leen, sucedidas por medio del V. Padre, y no pocos los casos en que su caridad socorrió con modos maravillosos á sus próximos; pero el ser muchos no debe dificultar su asenso, estando legítimamente testificados, porque en todos tiempos quiere Dios ostentar su expléndida omnipotencia, por medio de sus fieles Siervos. Segun el Panegírico funeral de Guatemala, predicado delante de los mismos que se citaban como testigos, y podian reprobarlo á no ser cierto, fue la gracia de curacion que tuvo el V. Padre tan extensa, que pudieran deponerla muchos centenares de la Ciudad, por los innumerables enfermos que habian logrado la salud con el contacto de sus manos, y diciéndoles un Evangelio; y aun asegura ser constante fama en todo el Reyno, que quando el V. Padre andaba en sus misiones, solian lavarle los pies algunos bienhechores, y reservando la última agua, la daban á los enfermos y quedaban sanos. Este caritativo oficio estaba en una ocasion haciendo un Indio en la Ciudad de Cartago, y venerando la santidad que él concebia en el V. Padre, decia en su interior: oxalá fuese yo tan bueno como el Padre, y al mismo tiempo le respondió el Siervo de Dios: Alonso, en tu mano está: Christiano eres: por lo que conoció que le habia penetrado lo que en su corazon deseaba, y salió publicándolo como maravilla.

Grandes son con las que muchas veces se acredita Dios de fiel amigo con los hombres, comunicándoles soberanas luces, para que conozcan los secretos que aun en su divino entendimiento tiene reservados: destellos de esa divina Providencia es la gracia de Profecía, que aunque se llame así por el anticipado conocimiento de las cosas futuras; pero tambien se extiende á las pasadas, de que ya no hay memoria ni señal alguna, y á las presentes que estan distantes ú ocultas, y aun hasta los interiores pensamientos y afectos de los corazones. Es esta sobrenatural luz á manera del relámpago, que pasando fogoso ilumina el viento, porque ningun hombre puro puede tenerla en su potestad, ó por modo de hábito; y con todo, si se hace recuerdo de los muchos casos que ilustran la vida del V. Padre, se verá una como permanente luz, ó un instinto profético, que le hacia ver los sucesos de todos los tiempos, y penetrar los interiores de muchos; pero siempre guiada sobre la regla del Apóstol, hablándoles á los hombres para su edificacion, ó para su exhortacion, ó para su consolacion; pues con palabras y exemplos edificaba á todos, confirmándolos en los buenos propósitos: exhortaba en los Púlpitos y Confesonarios, para la observancia de la Ley y de las buenas obras, y consolaba con la esperanza de los bienes eternos á los pecadores mas perdidos, y á todos los afligidos y desconsolados.

Lleno de esa misma luz su pen-

samiento, presagió á muchos el estado Religioso, tan anticipadamente, que ni aun opcion tenian para elegirle, y se conocieron hasta once que en distintas Religiones lo profesaron. Fue entre ellos singular el P. Fr. Antonio de Aguila, porque siendo de dos meses, fue arrojado de la cuna al suelo, con tal violencia, que su Madre lo levantó sin señales de vida, y enviándoselo al V. Padre, lleno de compasion le puso las manos y rezó un Evangelio, y luego abrió los ojos y comenzó á moverse, y volviéndolo á su Madre, le envió á decir que no moriria, y que lo cuidara, porque habia de ser Misionero en el Colegio, lo que con el tiempo se verificó, no obstante que se interpusieron varias y contrarias circunstancias para impedírselo. Fatigado de muchos escrúpulos un Caballero, llegó á confesarse con el V. Padre, y comenzando por los pecados de su vida pasada, le interrumpió diciéndole: que dexara eso, porque esos pecados estaban ya perdonados; y para satisfacer á sus dudas, le fue refiriendo varios pasages de su vida, con tal expresion, que parecia haber hecho con él muy dilatada y general confesion de todas sus culpas, por lo que conoció que solo podia saberlas con luz del Cielo, y así, depuso todas sus congojas.

Habia en la Ciudad de México un Eclesiástico que vivia muy olvidado de las obligaciones de su carácter, sirviendo de ruina espiritual á otros con su mal exemplo. Fuele á buscar á su misma casa el V. Padre, y hallándole en sana salud, le avisó de parte de Dios su cercana muerte, y que se preparase para ella con la enmienda de su vida. Viendo el Eclesiástico que no podia saber el V. Padre lo que le decia, sino por ilustracion divina, creyó sus exhortaciones, y quitada toda ocasion, hizo una confesion dolorosa, y á pocos dias murió, dexando de su salvacion bien fundadas esperanzas. Estando el V. Padre en Zacatecas, le acometió una maligna fiebre á un Jesuita de la Casa Profesa de México: era éste muy zeloso del bien de las almas, y por eso digna de sentirse su muerte, y habiendo llegado casi á los umbrales de ella, hizo crisis la fiebre, contra todos los prognósticos de la medicina, y al tercero dia recibió una Carta del V. Padre, fecha en Zacatecas, que dista de México ciento y treinta leguas, y por eso ni la noticia de la enfermedad podia haber llegado, y entre otras cosas le dice: »Dele V. R. gracias á »Dios de la nueva vida que le ha »concedido, que en lo natural habia »de morir, y prosiga en procurar la »salvacion de las almas, á quienes »podrá decir con San Pablo: Hijuelos »mios, á quienes otra vez os doy á »luz.» Por evitar el fastidio, se omiten otros muchos casos de la misma especie, pero como el V. Padre siempre preferia á la caridad, que es la reyna de todas las gracias y dones, es preciso individuar uno ú otro de los muchos en que consoló á los tristes y afligidos.

Es la gracia de la discrecion de espíritus el conocimiento de los interiores afectos del corazon, porque igualmente que la de la Profecía, se ordena á la confirmacion de la Fe, manifestando las cosas que solo Dios sabe, como lo son los ocultos senos del corazon humano, pues por ella se sabe quien sea espiritual ó no, porque es un juicio por el qual el hombre juzga con rectitud entre varios movimientos del ánimo, de los quales se puede dudar si provienen de espí-

ritu bueno ó malo. Con esta luz discernia el V. Padre los espíritus de innumerables personas que le rodeaban en todas partes para su consuelo, pues comunmente se decia que les descubria los pecados en el Confesonario, y con ella dirigia sus consejos y doctrinas conforme al estado de cada uno, y con tan superior acierto, que jamás padeció engaño.

Con ella descubrió á un Indio hipócrita que su Párroco tenia por Santo, siendo fautor y Capitan de muchos hechizeros: con ella desengañó de sus ilusiones y prestigios muchas Provincias enteras que el Demonio tenia esclavizadas en la idolatría, y las hizo volver al gremio de la Iglesia; y por fin, con esa luz divina sacaba á las almas espirituales y místicas, de los laberintos en que el Demonio las intrincaba con sus astucias. Habia en Guatemala una buena Señora, que por el exercicio de las virtudes y mortificaciones habia llegado á un alto grado de oracion y perfeccion, asegurada en la ciega obediencia con que en todo se rendia á la direccion de su Confesor. Era este un Lector Jubilado, tan docto en las materias escolásticas como en las místicas, y viendo el Demonio la santidad de aquella alma, quiso envidioso perturbarla, para lo que tomó la figura del mismo Confesor, y apareciéndosele, le dixo: Yo soy tu Padre, y conozco que tú y yo hemos vivido engañados, y así, no llegues mas á mis pies, porque es contra mi conciencia, y no quiero condenarme contigo: sirve á Dios por el camino llano de tu oficio de Tercera, oír Misa, y comulgar rara vez, porque si no, te condenas: tambien en el Confesor levantó tales confusiones y escrúpulos, que él mismo le dixo á la Señora casi lo mismo que le habia dicho el Demonio. Pero el Señor, que permite los trabajos para premiarlos con espirituales consuelos, dispuso que uno y otro descubrieran sus congojas al P. Fr. Antonio, y con la gracia que le daba para discernir los buenos ó malos espíritus, les hizo ver que todo era enredo y astucias del Demonio, pues la suma perturbacion en que los habia puesto, como si hubieran perdido el juicio, no podia ser efecto del Espíritu Santo, ni la aparicion de espíritu bueno; y desterrando con sus palabras las sombras con que los habia ofuscado el Padre de la mentira y Príncipe de las tinieblas, quedaron sus corazones confirmados en sus santos propósitos, y libres de todas sus melancólicas aflicciones y desconsuelos.

En un Convento de México estaba una Religiosa sumamente afligida, creyendo que una alma no solo estaba en el último extremo de perderse, sino que por ella habian de resultar gravísimos daños á otras personas. Esta aprehension la obligó á pedirle al V. Padre que encomendase á Dios un negocio que le causaba mucha afliccion y tormento; pero dándose él por entendido, sin haberle oído otra cosa, le fue manifestando todo lo que habia imaginado, y desbaratando las ideas que habia concebido, para que viera eran solo aprehensiones de su miedo, porque la alma que habia creído estar perdida, antes era muy agradable á Dios, y nada de lo que temia habia de suceder, con lo que quedó la Religiosa, no solo consolada, sino tambien persuadida, pues estaba experimentando que no podia el V. Padre saber las cosas que individualmente le dixo en órden al negocio y á lo interior de su concien-

cia, sino por ilustracion divina.

¡Pero qué mucho, si el V. Padre tenia casi siempre un ocultísimo instinto que le hacia conocer aun cosas de ningun momento! En el Colegio de Zacatecas hizo llamar á un Corista para que escribiera una Carta, y porque esta ocupacion le estorvaba el ir á la Huerta, por ser tarde de recreacion, dixo: Podia ir nuestro P. Margil á escribir á la Bufa, pero al instante se fue á la Celda del V. Padre, y al entrar le pasó la mano por la cabeza, y le dixo: Escríbame esta Carta, que mañana me iré á la Bufa: pasmóse el Corista viendo descubierto lo que ninguno oyó, ni se podia saber por medios naturales. Por este y otros casos semejantes estaban persuadidos muchos á que el V. Padre adivinaba, segun su estilo, todos los secretos de los corazones, y le miraban con asombro. Fue tambien gracia de su Apostolado, el don de hablar distintos géneros de lenguas, ó de que él hablando en la suya, le entendieran diversas naciones. Concede el Señor esta soberana gracia muchas veces á sus Siervos, para la promulgacion de la Fe, ó para la utilidad espiritual de los próximos, y por eso no es necesario que sean dotados de toda la energía y elegancia de los idiomas, ni de que usen de ellos siempre y en qualesquiera asunto, sino en lo que sea necesario al fin de comunicárselo, y bastante al conocimiento de la lengua vulgar y comun, para que en ella puedan interpretar las divinas Escrituras, y con las especies infusas, y noticia de los diversos idiomas, explicar los supremos, especulativos y revelados Misterios, ó ya á los ignorantes Gentiles, ó ya á los Christianos apóstatas, dándoles á todos la Doctrina Christiana, no con sublimidad de palabras, sino como á hombres carnales, y como quien dá leche á los niños para que puedan nutrirse con ella.

Así se vió esa divina gracia en el P. Fr. Antonio, por las dilatadas Provincias de Guatemala y Nicaragua, predicando la palabra divina á los Pueblos de Indios Idólatras, y penetrando las naciones bárbaras de los Talamancas, Terrabas y Lacandones, pero con indubitables sucesos en la Provincia de San Antonio, pues llevaba por Intérprete un Cura Coadjutor, segun queda en su lugar referido, y por cuyo testimonio consta, que sabiendo él que los Indios de aquellos Pueblos eran ignorantes de la lengua Castellana, veía que entendian lo que el V. Padre les predicaba, como si lo hiciera en su idioma, y en prueba, le referian muchas cosas, y los exemplos que les decia, siendo lo mas notable, que no entendian lo que el otro Misionero predicaba, aunque lo hacia como el V. Padre, en la misma lengua Castellana. Lo mismo experimentó el mismo Cura en el Confesonario, pues observando que muchos Indios se confesaban con el V. Padre, y despues llegaban á reconciliarse con él, les preguntaba si el Padre les habia entendido, y le respondian: Sí, Padre, porque el Santo P. Fr. Antonio nos entiende, y nosotros le entendemos, lo que fue confirmando en todos los Pueblos que le acompañó en aquellas misiones.

Ni se debe reponer á esto el que si el V. Padre tenia tan excelente gracia, era cosa extraña el llevar en sus misiones el auxîlio de los Intérpretes. Con muy fáciles congruencias se podia satisfacer el reparo; pero es mejor hacerlo con que siendo dogma católico que el dia de Pentecostés, en-

tre otras divinas gracias con que el Espíritu Santo adornó á los Apóstoles y Discípulos para predicar el Evangelio, fue una la de hablar varias lenguas, como él les daba el hablarlas, y con todo, sabemos que San Pedro tenia de Intérprete á San Marcos, y San Pablo estando en Troya á predicar el Evangelio de Christo, para lo que el Señor le habia abierto la puerta, no tuvo sosiego su espíritu, por faltarle su Intérprete Tito. No eran estos Intérpretes para que las palabras de un idioma las expusieran en las del otro, sino para que explicaran los Misterios que en ellas se encerraban, y que casi siempre no los entienden los que no las ignoran, y así ayudaban á los Apóstoles quando hablaban á una gente como los Romanos, en concurso de otros que ignoraban el idioma Latino, ó quando entendiendo todos lo que se decia en un idioma, solo era necesario explicarlo segun el frasismo de los idiomas diversos.

Con tan calificados exemplares, procuró siempre el P. Fr. Antonio llevar Intérpretes en sus misiones; pero faltándole estos muchas veces en ellas, se vió que el Señor le favorecia con el don de lenguas. Despues que se vino á la Provincia de Texas, veía un Misionero á un Francés de Nachitós, muy solícito de confesarse con el V. Padre; y preguntándole: ¿como habia de hacerlo, si el Padre no sabia Francés? Le respondió: que en la primera vez que los visitó, los habia confesado á todos, con gran consuelo de sus conciencias: lo mismo afirmaban otros, de suerte que en el discurso de sus apostólicas tareas, en tan diversas y distintas naciones, y en muchas urgentísimas necesidades espirituales de los próximos, se hacia evidente la gracia con que el Señor le favorecia para la utilidad de los miserables Indios que tiranizaba el Demonio por la apostasía, idolatría, hechizos y supersticiones, ó para los que estaban baxo de su dominio en la Gentilidad, ó para el consuelo de los que carecian de Ministros, siendo Christianos, y no pudiendo valerse de Intérpretes para recibir los Santos Sacramentos. No solo se valia el V. Padre de Intérpretes, para imprimir con claridad las verdades Católicas en los oyentes, y predicarlas con muchas lenguas, sino tambien para que fueran sus Maestros, y le enseñaran los dialectos y propiedad de los idiomas, cuyo estudio tomó con el afan de familiarizarse hasta con los muchachos. Premió Dios este utilísimo zelo, dándole luz para la interpretacion de la Doctrina Christiana en el idioma de los Lacandones, la que dexó en la mayor parte traducida en él, para facilitar á los Misioneros el catequismo, y á los Indios la instruccion necesaria, para salvarse, de los divinos Misterios.

CAPÍTULO XXIX.

Fama póstuma del V. Padre, y casos extraordinarios que sucedieron despues de su muerte.

SON los Justos en el Cielo de la Iglesia luminosos Astros, que ni en su ocaso mueren sus luces, ni acaban sus influencias; antes bien por ellas se contemplan girando en otra esfera, y desde ella alumbran á los que no los pierden de vista. No mueren los que por la fama de Santidad viven en la veneracion de muchos; porque correspondiendo su memoria á la constante opinion que tuvieron vivos, la perseverancia que en ella tuvieron hasta la muerte, hace que si entónces eran en la estimacion comun mirados como Santos, ya se veneren como Justos, pues habiendo corrido su vida sin declinar de las sendas de los mandamientos y justificaciones del Señor, y guardando la pureza de la Fe, florecieron en las virtudes, como un excelente modelo, digno de exponerse al Mundo para excitarlo á su imitacion y exemplo.

Fue la estimacion y opinion de la pureza é integridad de vida y religiosas virtudes del P. Fr. Antonio, en este Reyno y en el de Guatemala, tan comun, constante y general, que en ambos se admiraban como heroicas, y en el zelo de las almas, como verdaderamente apostólicas; y como su caridad se difundia á todos, sin aceptacion de personas, calidades ni naciones, era tambien universal su fama, y desde los mas humildes hasta los mas ilustres, veneraban su santidad y doctrina. Los Gentiles Lacandones, segun atestigua un grave Religioso Mercedario que le acompañó dos años, sabian que se llamaba Fr. Antonio, y nunca le nombraban sino Santo; y aunque les reñia, y mandaba que no le llamaran sino Fr. Antonio, nada les imprimian sus reprehensiones, y para todo le llamaban Santo: era esto efecto de la inocencia de su vida, y santidad de su doctrina, que conmovian á penitencia los Pueblos, y por eso, sin excepcion de personas, todos le aclamaban Santo.

Fue siempre de admirar que en la dilatada carrera de este evangélico Planeta, que fue luz del Mundo, nunca padecieron eclipses sus fogosos rayos, y mas quando al mismo tiempo que alumbraban herian; y aunque su zelo no dexó de tener fuertes contradicciones, graves desprecios y desayres; pero eran débiles neblinas, que por sí mismas se desvanecian, y que servian solo á su mérito, pues la divina Providencia confirmaba su religiosa fama con extraordinarios sucesos, y tantos, que en dictamen de un grave y docto Maestro, »si hubieran »de escribirse todos los prodigios que »hay que declarar de nuestro V. Pa»dre, se podian llenar seis tomos:» y en el juicio de otros muy condecorados Sugetos, eran bastante fundamento para que la Santa Sede lo escribiera en el Catálogo de los Beatos y Santos.

Á ese fin parece que dirigia esa misma Providencia, todos los pasos de su apostólica vida, quando era muy distante el que su humildad deseaba, que fuese el de su muerte; por

eso al verse rodeado de Religiosos en su última hora, decia: »Yo deseaba »morir y acabar la vida en un monte, »entre los brutos y las fieras, y no en »este santo lugar: hágase en mí la »voluntad de Dios.» Ni puede dudarse que esos deseos fuesen ingenuos, quando los comprueban sus fervorosos hechos. Habia en la Talamanca una Ranchería de Indios apóstatas, de quienes compadecido, transitó una asperísima sierra para ponerse á su vista, y á sus exhortaciones respondian, que querian irse al Infierno; pero les replicaba: »Mirad que »por vuestro bien estoy pronto á der- »ramar quanta sangre tengo: pues Je- »suchristo la derramó por todos, no »seais ciegos: mirad que sois nuestros »Hermanos, no seais ingratos á Dios.» Replicaron que se fuese, y si no, le quitarian la vida: »Venid, les decia, »venid presto, que no temo nada, na- »da de quanto me decís, que por vues- »tro bien aquí me teneis, haced lo »que quisiereis:» y puesto en Cruz esperaba la dicha que tanto suspiraba, de morir por Christo crucificado; pero los rebeldes le respondieron: »Ya sabemos que eso buscas y eso »quieres, y por eso no temes; pues no »te hemos de dar gusto en nada, an- »da, anda, vete corrido, corrido.» Así fue, que viendo el V. Padre frustrados su zelo y sus deseos, se volvió tan avergonzado, como confundido de no haber sido digno de padecer por Christo.

Pero eran muy otros los designios del Señor, y así, fue dirigiendo sus pasos conforme á ellos, y le traxo á morir en la Imperial Corte y cabeza de este nuevo Mundo, riquísimo Emporio no solo de las riquezas, de la nobleza y de la sabiduría, sino tambien centro de hombres, igualmente virtuosos que ilustrados, y dignos de dar su justo precio al verdadero mérito. Tan calificado quiso el Señor que fuese el origen de la fama póstuma del V. Padre, y tan ciertos los documentos que atestiguaran, que así como quando vivió, resplandeció con una vida llena y edificante, con fama de verdadera santidad, en ella misma perseveró hasta la última hora, muriendo en el Señor con universal aclamacion de santidad, comprobada con los elogios que en su muerte voceaban por las calles los niños, diciendo: murió el Santo P. Margil, y confirmada con el concepto de los Varones mas circunspectos, llamándole sin rebozo Varon Santo.

Contemplaba aquella Ciudad Nobilísima en la muerte del V. Padre, consumada la carrera de una vida larga, ilustrada y llena de inocencia, de mortificacion, de oracion continua, de empresas y fatigas apostólicas, de conquistas y de hazañas, executadas con verdadero zelo de la honra de Dios, propagacion de la Fe y salvacion de las almas; y al mismo tiempo admiraba un desinterés heroico, una humildad profundísima, un espíritu sublime, que en estos últimos tiempos le dió la Iglesia al Cielo, y así, quiso honrarle con demostraciones excesivas, por no comunes, decretando el Exmô. Señor Virrey y Real Acuerdo, la asistencia de la Real Audiencia y demas Tribunales, con el M. I. Señor Corregidor, Alcaldes, Cabildo, Justicia y Regimiento de la Nobilísima Ciudad, á las Honras que se le hicieron al V. Padre el dia veinte y uno de Agosto en el Convento de N. P. San Francisco: igualmente asistieron á ellas el I. y V. Señor Dean y Cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana, y todas las sagradas Religio-

nes con sus Prelados, como tambien la mayor parte de la Nobleza, siendo tan crecido el concurso de ambos sexôs, que no cupo en el Templo, motivó porque muchos Clérigos y Religiosos tomaron asiento en las gradas del Presbiterio.

No fueron ménos honoríficos los testimonios y famosos elogios con que honraron la memoria de sus virtudes y exemplos los hombres mas sabios de aquel tiempo, pues pudieran sus conceptos parecer hipérboles, si no fueran tan notorios. El M. I. Señor Dean Dr. D. Antonio Villa-Señor, le escribió al Colegio de la Santa Cruz, que en haber hecho aquellas demostraciones con el V. Padre, quando á él y á su V. Cabildo no le impeliera el amor y estimacion que tenia á su santo y apostólico Instituto, le obligaria lo especial de su virtud y santidad. El Illmô. Señor Arzobispo de Manila, entre otras expresiones con que llama al V. Padre, Varon enteramente Apostólico, y á cuyo infatigable zelo y santa predicacion es deudor todo este Reyno en sus vastas y dilatadas Provincias, asienta: que su vida fue santa, y así, fue preciosa su muerte. El Illmô. Señor Obispo de Yucatan, aprobando el Sermon de las Honras del V. Padre, despues de darle gloriosísimos epítetos á su zelo y religiosidad, hace digno reparo de que la Metrópoli del nuevo Mundo dedique el Panegírico á la Santa Sede Apostólica, suplicando á nuestro Santísimo Padre dé las providencias, y en letras apostólicas se abrevien los deseos de todo este Reyno, en ver beatificadas las virtudes de este Religiosísimo difunto, que así lo aclaman todos los Pueblos de estos Reynos, y lo pide á voces de su virtud, la fama de la virtud de sus voces.

Á este intento la Imperial Ciudad México le consagró dicho Sermon á la sagrada Congregacion de Propaganda Fide, testificando que todos le daban aclamaciones de Santo, sin ser posible acallarles, solicitando con Cartas, de la Magestad Católica, favor y empeño, para que si fuese dable, se expidiese el rótulo para comenzar las diligencias de verle algun dia en los Altares. Otros muchos doctísimos Maestros de todas clases y Religiones honraron con singulares elogios la fama y buena memoria del V. Padre, y hasta hoy dura su veneracion en ambos Reynos. En el de Guatemala le conocieron y acompañaron en sus misiones varios Padres de la Compañia de Jesus; y los mas calificados Maestros de ella hacen tan vivas expresiones de su zelo apostólico y de sus virtudes, como si ya las vieran canonizadas: baste por las de todos, la del Rmô. P. Provincial Juan Antonio de Oviedo, que doce años despues de la muerte del V. Padre escribió diciendo: »El concepto que »yo tengo hecho de este V. Varon »es, que no fueron de otra manera, »quando vivian, muchos de aquellos »Varones Apostólicos que veneramos »ya colocados en los Altares; y con »el privado culto que es permitido, »me encomiendo á menudo á su pa»trocinio.»

Fue sin duda la Providencia divina la que desataba en las alabanzas del V. Padre tan discretas lenguas, y dictaba sus elogios á tan doctas plumas, para que el que vivo apenas dió paso en tan dilatados Reynos en que no arrebatase hácia sí las admiraciones y aplausos del vulgo, ya muerto calificaran los mas eminentes hombres su mérito y fama, y dexaran

sus plumas vinculada en sus cenizas una venerable y perpetua memoria. Ni tampoco escaseó las luces que podian indicar el vuelo de su feliz alma al Empireo, con las que presagian muchos maravillosos casos. Como tal fue reputado el de Maria Tello, que queda ya referido, pues con besar los pies del V. Difunto, y pedirle su patrocinio, no solo quedó libre del maleficio que la atormentaba, sino tambien de las turbaciones de su conciencia.

Para el consuelo de la V. M. Sor Petra de San Francisco, Fundadora y Abadesa de las Descalzas de Corpus Christi de México, sucedió que estando ya en los últimos de la vida una Religiosa de las que la asistian, la oyó estar hablando, pero sin poder distinguir las palabras, por lo que llegó á preguntarle si queria alguna cosa, y abriendo entónces los ojos la vió muy risueña, y volviéndolos á cerrar prosiguió su plática, y á poco rato sacó las manos de la ropa, con ademan de quien se dá prisa, prorrumpiendo en estas palabras bien claras y distintas: Ea pues vamos, P. Margil, y acabando de decirlas espiró. Por este efecto comprobaron las Religiosas la realidad de su muerte, y que el V. Padre habia venido á asistirla y convidarla á la Gloria, segun que antes lo habia hecho por una Carta en que le decia: »Ya yo creo »que nuestra Serafina (que era otra »Religiosa de San Juan de la Peni»tencia) nos espera entre los Serafi»nes, y así, vamos disponiéndonos, »que ya no puede estar muy léjos.» Fue la muerte de esta Religiosa la verdad de la visita, y la vida de otro Religioso lo fue tambien en el siguiente caso.

Viviendo en el Convento de Puig de la Orden de la Merced Fr. Manuel Oliver y Margil, de unas tercianas sencillas vino á caer en el último peligro, por haberse hecho dobles, y esperando un dia con grande afliccion la accesion periódica de la fiebre, su misma congoja le dictó el que se encomendara á la alma del V. Siervo de Dios Fr. Antonio Margil, acaso porque siendo su Tio, oiria con piedad sus ruegos. Díxole al Enfermero, que por ser ya hora del Refectorio, se fuese á él; pero que cerrase por fuera la Celda: y estando ya solo, y continuando sus ruegos, vió entrar un Religioso de N. P. S. Francisco, que entendió ser de alguna Recoleccion, y decia para sí: ¡Válgame Dios! ¿Este Enfermero no ha cerrado la puerta? Entonces le dixo el Religioso: No te aflijas, hijo, que vengo á hacerte una visita: no temas á la terciana, que ya no volverá. El Enfermo le decia que se sentara, y le respondió: ¿No me conoces, que ha poco tiempo que me estabas llamando para tu alivio? Soy tu Tio Fr. Antonio Margil de Jesus, que por la grande humildad que tuve en esta vida, gozo de la Bienaventuranza, con una gloria inexplicable. Púsole las manos en la cabeza, y haciéndole la señal de la Cruz, le dexó perfectamente curado; y dándole saludables documentos de humildad, le encargó le llevase unos importantes avisos á su hermano, y desapareció, dexando la Celda llena de luces y fragrancias. Cumplió el Religioso los encargos del V. Padre, y el no haberle repetido la terciana, con el cumplimiento de los sucesos que le habia prevenido, le confirmaron en la realidad de tan benéfica visita.

No lo fue ménos la que dos años despues de su muerte le hizo á

un V. Sacerdote. Vivia santamente ocupado en los exemplares ministerios del Oratorio de San Felipe Neri de la Villa de San Miguel el Grande el V. P. D. Martin de San Cayetano y Jorganes, y rabioso de ello el comun enemigo, le asaltó con fuertes tentaciones, con tristeza, desconfianza, y confusion de su espíritu, hasta llegar á resolverse á dexar aquel santo Instituto. Un dia, que estaba mas atribulado, se acordó de que por direccion y consejo del V. P. Margil, se habia retirado del Mundo en aquel sagrado asilo, por lo que le reclamó, pidiéndole le confortara en su desmayo, y le alcanzara del Señor, si era de su agrado, la perseverancia en tan santo ministerio. Á poco rato vió delante de sí al P. Fr. Antonio, en la misma forma que si estuviera vivo, y que con semblante inflamado y alegre, endulzaba sus interiores amarguras, y luego se desapareció. Desde el mismo punto sintió tan consolada su alma, que por los efectos se confirmó en la verdad de la visita, pues aunque no le habló ni una palabra con la lengua, con los ojos le dixo muchas á su espíritu, quedando éste en una paz y tranquilidad suavísimas, y disipadas las sombras que ofuscaban su entendimiento, porque la memoria que hizo del V. Padre, solidó su voluntad altanera, y perseveró en sus buenos propósitos hasta el fin de su vida.

Grandes son los prodigios espirituales que el Señor obra en beneficio de las almas, y mas quando de ellos nace la justificacion de los impíos, porque á eficacias de la divina gracia, se hace en ellos, fuera del acostumbrado órden, y en un instante, una conversion verdadera y perfecta: de suerte, que de un intante á otro, sin actos dispositivos propios, con extraordinarias circunstancias, del estado actual de las culpas, es como arrastrado el pecador al de la gracia. Así fue la prodigiosa justificacion que el Señor obró en la conversion de San Pablo: así en otras que constan del Evangelio; y así tambien en muchas de que se componen las Historias Eclesiásticas. Al modo de estas, y con suma veneracion de las otras, sin querer comparar con ellas algunas extraordinarias conversiones que el Señor se ha dignado de obrar en apoyo de la piadosa fama con que muchos veneran la virtud de su V. Siervo, se refieren algunos extraordinarios casos.

Vivia en la estancia del rio, Luis Lizama, que enfermó de muerte, y se habia dispuesto á ella con los Sacramentos de la Penitencia y Extrema-Uncion, y á poco rato de recibidos, cayó en un letargo tan profundo, que á juicio de los asistentes, fue tenido por muerto. Don Joseph Robles, su Amo, lastimado de verle en tal estado, sacó una Carta firmada del V. P. Fr. Antonio, y mandó que se la pusieran debaxo de la cabecera: á poco rato se sentó el Enfermo, restituido á su sentidos, y con sus naturales movimientos, y sacando de la cabecera la Bula que tenia allí, la apartó, y volvió á meter la mano y sacó dicha Carta, la abrió, la besó, y signándose con ella, la puso sobre su cabeza, y pidió le llamaran á su Amo, al que con voz esforzada le dixo delante de muchos: que le volviesen á llamar al Padre que lo habia confesado, para confesarse bien, pues le habia callado los pecados, como en otras muchas confesiones, porque no era su legítima muger la que tantos años habia corrido por su Esposa, y que ya que Dios le concedia tiempo

y mejoria, mediante aquella reliquia que le pusieron en la cabecera, queria hacer una confesion buena, y que le quitasen de allí aquella muger, tapandose los ojos por no verla. Vino el Br. D. Antonio Luis de Prado, que antes lo habia confesado, y le halló tan contrito, que á voces confesaba sus pecados; y oyéndole sacramentalmente, con la integridad mas posible, quedó muy consolado al ver demostraciones de tanto arrepentimiento, en las que perseveró con lágrimas y dolor de sus culpas, catorce horas que le duró la vida. Quedaron el Confesór, el Amo y muchos asistentes, persuadidos de su felicidad eterna, y á que la habia logrado por la intercesion de la alma del V. P. Margil, cuya era la Carta que el Enfermo sacó de debaxo de la cabecera, sin haber podido saber que se la hubieran puesto: y haciéndose el caso público en todo aquel Partido, se hizo de él informacion jurídica por el Juez Real, y el Eclesiástico lo testimonió ante su Notario.

Prolixidad sería referir con igual extension otro caso que en todas sus circunstancias es muy semejante al antecedente, y que pasó por la instruida circunspeccion y experiencia del Señor Dr. D. Agustin de Esquivel y Vargas, Lectoral de la Catedral de Valladolid, con un enfermo que habia mucho tiempo que se hallaba en el mas infeliz estado, y con haberle puesto una Carta del V. Padre debaxo de la cabecera, abrió los ojos de la alma, para hacer las debidas y christianas diligencias con que merecer de la divina piedad su salvacion eterna.

Otros no ménos admirables beneficios ha querido el Señor se logren por medio de las estampas y utensilios del Siervo de Dios, como se ve en la siguiente tragedia. Un hombre del Obispado de Michoacán, tétrico é impresionado de no esperar alivio en sus indigencias y trabajos, eligió para evitarlas el irracional medio de un atroz suicidio, y metiéndose un cuchillo por la garganta, se hizo una penetrante herida, de la que perdia por instantes con la sangre la vida; pero una persona á quien le interesaba, viendo ya en él algunos indicios de su próxima muerte, sin acordarse de buscar remedio alguno en lo humano, le aplicó á la herida una estampa del V. P. Fr. Antonio, y al punto se estancó la sangre, y en breves dias no solo quedó sano de ella, sino tambien de la ceguera de su entendimiento y dureza de su corazon, para reflexar que las penas del fuego eterno á que iba precipitado, exceden infinitamente en su intension y duracion, á los mayores trabajos y miserias del Mundo.

El P. P. Fr. Joaquin Rodriguez, del Colegio de Zacatecas, andaba colectando limosna para la Beatificacion del V. P. Fr. Antonio, y cayó enfermo en el Pueblo de Santa Maria de las Parras. Era su dolencia una ischuria, supresion ó retencion de orina, síntomas de perdicion ó de diminucion de las acciones, y por eso muy graves y peligrosos: así lo fueron para el Padre, y mas por haberle sobrevenido los de pervigilio é inédia, que le destituyeron de todas sus acciones y sentidos, cayendo en un paroxîsmo tan fatal, que se le administró debaxo de condicion la Uncion extrema, y aun despues se juzgó ya difunto, por lo que le tocaron el doble de campanas, y prevenian darle sepultura. Hallábase allí el R. P. Mrô. Andrés Zamora, de la Compañia de

Jesus, y con la piadosa Fe con que veneraba al V. Padre, implorando su intercesion, le aplicó una estampa suya, y en el mismo instante, sin otro auxîlio, comenzó á dar señales de vida, y aplicándole algunos medicamentos, hicieron pronto y maravilloso efecto, con lo que en poco tiempo pudo proseguir su demanda, y pagar á su bienhechor el duplicado beneficio de que no le enterraran vivo, como lamentablemente sucede con muchos, y de que no hubiera muerto con accidentes tan desesperados.

La R. M. Sor Bonifacia de Chaves, Religiosa de Santa Clara en Querétaro, de unas graves dolencias quedó postrada en la cama, y totalmente impedida de todas sus acciones y movimientos naturales, y aunque se esmeraron los Médicos en solicitar su alivio, fue sin efecto, porque quedó inmobil como un tronco. En medio de tanta afliccion, avivó la Fe que piadosamente tenia en la intercesion del V. P. Margil, y estando sola en la Celda, tomó una estampa suya que tenia á mano, y le pidió fervorosa el alivio, y á este tiempo sintió que poco á poco se iba agilitando, como si le quitaran de la cintura un cordel que la oprimiera: juntamente reconoció que meneaba libres las piernas, por lo que abrazada con la estampa, brincó de la cama, y sin arrimo alguno se paseaba por la Celda: á este tiempo llegó una Religiosa, y con grande admiracion le preguntó: ¿como habia sido aquella mejoría? Y la enferma solo repetia: milagro, milagro del V. P. Margil: por tal lo tuvieron todos los que supieron efectos tan prodigiosos é instantaneos, y mas viéndolos constantes en la salud que goza la Religiosa, libre de todos aquellos accidentes, y expedita para andar por sí sola y subir y baxar las escaleras.

Doña Felipa Suarez, Vecina de Querétaro, siendo de edad de cinco años, padeció un insulto que la dexó toda torcida; y no teniendo movimiento alguno, con otras señales de muerte, fue tenida por difunta; pero animada la Señora que la asistia, de la piadosa Fe con que veneraba al V. P. Margil, tomó un retrato suyo que tenia, y lo puso en el pecho de la niña deplorada, invocando al Siervo de Dios, para que le alcanzase de su Magestad la vida: al mismo instante volvió en sí la que estaba tenida por muerta, y quedó perfectamente sana, sin que despues haya vuelto á sentir indisposicion alguna, ni efecto de enfermedad tan traidora.

CAPÍTULO XXX.

En que se concluye la materia del pasado.

No porque los que el vulgo estima por milagros, sean en su concepto la prueba mas evidente de la santidad, (pues aun sin los mas calificados, puede ser muy fecundo de virtudes y de hazañas un buen espíritu) se prosigue la expresion de otros extraordinarios casos sucedidos despues de la muerte del V. P. Fr. Antonio, sino para no defraudar á Dios de la gloria que por ellos se le tributa, ni á la fama póstuma con que la piedad de muchos recurre á su intercesion en todo género de

trabajos.

El R. P. P. General Fr. Diego Camargo, de esta Provincia de Michoacán, estando á bendecir una Capilla en el Pueblo de Contepec, tomó un cohete con trueno para dispararlo, pero al encenderlo, prontamente le rebentó en la mano, con tal estrago, que á mas del golpe con que le sacudió el brazo, y fue como si le hubiera deslocado todos los huesos, le hizo una herida en la palma de la mano, que tenia tres dedos de abertura, y eran intensísimos los dolores que en ella sentia. No hubo allí mas recurso que poner en la llaga un poco de azucar molida, lo que le causó pasar la noche muy penosa, y al otro dia, prosiguiendo á leer la vida del V. P. Margil, que antes habia comenzado, para hacerlo con algun alivio, se lo pidió al V. Padre, poniendo la mano herida sobre la estampa que tenia el libro, y no pasaron dos horas sin sentirse ya libre de los dolores, y unida la carne de la herida, y en su lugar, y flexîbles los dedos y coyunturas, quedando en ménos de dos dias bueno, y sin mas que una levísima señal de tan grave estrago.

Doña Josefa de Sardeneta, en la Villa de Leon, se vió sumamente afligida en un dificil parto en que hechos todos los posibles remedios no tuvieron efecto, y pasados tres dias de durísimos dolores, perdidas ya las fuerzas, la lloraban los suyos por difunta. Estaba allí el R. P. Fr. Francisco Hernandez, y poniendo en sus manos una Carta firmada del V. P. Fr. Antonio, y avivando la doliente su piadosa Fe, le invocó, pidiéndole su patrocinio en tan próxîmo peligro, y luego al punto parió, quedando muy esforzada, y libre de las malas resultas de tan larga y penosa tormenta.

Igual suceso logró otra Señora en Querétaro, que habiendo padecido dos dias enteros cruelísimos dolores, llegó á estar moribunda, y perdida la esperanza de su vida, por el ningun efecto de los remedios. Una Señora le traxo un retrato del V. Padre, y le encargó que se encomendara á su alma: alentó la paciente su esperanza, y poniéndoselo sobre el vientre, al punto parió, con admiracion de los circunstantes, que tuvieron por evidente milagro verla salir tan prontamente de tan fatal y duro conflicto.

En el Pueblo de Penjamillo, Don Antonio Fernandez de Córdova se levantó una siesta gravemente aquexado de dolor de cabeza y escalofrio, indicantes de una maligna fiebre, por lo que temeroso, se dispuso luego á recibir con tiempo los santos Sacramentos. Su hija Doña Josefa, asustada y deseosa de la salud de su Padre, le aplicó á las sienes una venda del hábito del V. P. Fr. Antonio, é implorando el enfermo su favor, luego sintió alivio, y en el espacio de dos Ave Marias estaba ya totalmente sano. En reconocimiento del beneficio, se fue desde su Pueblo al de Epexan, en donde estaban tres Religiosos del Colegio misionando, á solo declararlo, estando en el concepto de ser evidente milagro.

De fiebres malignas y desesperadas, son innumerables los casos en que se ha visto con pronto socorro el favor del V. Padre, y lo comprobó en sí mismo el M. R. P. Fr. Miguel Sedeño de Figueroa, Provincial que fue de Michoacan, que en dos ocasiones que le asaltó fiebre con intenso dolor de cabeza, y temiendo grave enfermedad el Médico, con solo ponerse en la cabeza una estampa del

V. Padre, quedó libre de su dolor y de la fiebre. Lo mismo sucedió al Br. D. Joseph Luis Araujo, que siendo niño, una fiebre le puso en un letargo, que sus Padres le tuvieron por muerto, y solo con ponerle delante un retrato del V. Padre, mejoró del accidente. Así tambien lo experimentó el R. P. Fr. Hermenegildo Villaplana, como lo expresa en su Historia. La piadosa memoria con que en todo el Reyno se venera la virtud del V. P. Fr. Antonio, ha difundido por todo él la fama de los innumerables casos en que invocándolo, se han logrado extraordinarios y felices sucesos, por lo que en pocos Lugares de todo él, no se oirán algunos en que no haya socorrido á sus devotos, y en muchísimos se verán sus retratos y estampas, solicitados por los que cada dia experimentan, pues en todas sus necesidades le invocan, y es el Señor servido de que no salgan vanas sus súplicas.

Muchos mas casos se pudieran referir, que para no pocos sería divertida y devota su lectura, pero al presente no es su exâctitud precisa, quando sin calificar los dichos, solo se han expresado como pruebas de la piadosa Fe con que en todo el Reyno se venera la fama póstuma del V. Padre, y que si la divina Providencia dispone se publiquen, serán mas apreciables, como acrisolados en el prolixo exâmen del mas recto juicio, y en la aprobacion, que siendo religiosamente pia, es tambien verdaderamente justa. Sobre esta segura máxîma, la N. C. de México, despues de haberse esmerado en honrar las virtudes del V. P. Fr. Antonio con los mas relevantes honores y muestras de veneracion que pudiera executar para desempeñar su christiano zelo si hubiera muerto en su suelo alguno de los Santos que se veneran en los Altares, se quiso gratuitamente constituir en la obligacion de poner todos los mas eficaces esfuerzos, diligencias y empeños para conseguir las informaciones preparatorias de sus virtudes y prodigios, concernientes á la Beatificacion que todo el Reyno desea. Á este intento dedicó á la sagrada Congregacion de Propaganda Fide el Sermon de Honras del V. Padre, y le testifica, como Cabeza de toda esta América, las aclamaciones de Santo que en toda ella le daban, sin ser posible acallarlas, con otras expresiones propias de su piedad religiosa.

Para promover con la debida eficacia sus generosos oficios, escribió tambien á la Magestad de nuestro Rey y Señor, suplicándole se sirviese de dar Cartas de favor y empeño que auxîliasen la Causa, para que si fuese dable, se expidiese el Rótulo para comenzar las diligencias de verle algun dia en los Altares. En conseqüencia de tan poderosas postulaciones, se expidieron en Roma las Comisiones y Remisoriales, por las quales se han efectuado los procesos en las principales Ciudades de este Reyno y del de Guatemala, los que por ser tantos, tan prolixos, y en tan distantes Paises, han necesitado de una demora mas espaciosa que la que el fervor y piedad quisiera; pero en su legítimo curso se remitieron á la sagrada Curia, de la que solo se ha producido la translacion del cuerpo del V. Padre, que para entretener los deseos de los devotos, se expresa en la siguiente forma.

El dia diez de Febrero de mil setecientos setenta y ocho años, elegidos por el Exmô. é Illmô. Señor Arzobispo de México los Sugetos que

debian concurrir á la inspeccion del cuerpo del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, y fueron el Santo Tribunal de la Inquisicion, la Real y Pontificia Universidad, los Prelados Superiores, el Real Protomedicato, con los Cirujanos, y otras muchas personas de la primera distincion, y precediendo en el Palacio Archi-Episcopal el juramento que todos prestaron á S. E. I. de no descubrir cosa alguna de lo que vieran, y juntos todos con el Tribunal de la causa, presididos del Señor Arzobispo, y asistiendo tambien los Illmôs. Señores Dr. D. Juan Ignacio de la Rocha, Obispo electo de Valladolid de Michoacán, y D. Fr. Antonio de Jesus Sacedon, Obispo electo del Nuevo Reyno de Leon, á las tres y media de la tarde fue llamado el R. P. Guardian del Convento Grande de N. S. P. San Francisco, y pidiéndole baxo de juramento, enseñase qual era el sepulcro donde estaba sepultado el cuerpo del V. P. Margil, lo executó, y se le mandó que se retirase.

Comenzóse la exhumacion, sirviendo de Peones para excavar el sepulcro dos nobles Caballeros, lo que executado, se sacó el caxon en que estaba el V. Cuerpo, y puesto sobre una mesa que estaba delante del Tribunal, que estaba puesto en el Presbiterio, siguieron practicando las instrucciones prevenidas de Roma. Estaba ya dispuesto un atahud ó caxa de madera, con quatro chapas y tres llaves, forrada por dentro de plomo, y por fuera con baqueta de Moscovia, en la que puesto el V. Cuerpo como á las siete de la tarde, se cerraron las quatro chapas, y se llevó del Presbiterio á la Capilla de la Señora de la Macana, que está en el descanso de la escalera principal del Convento, en donde estuvo hasta el dia veinte y cinco del mismo mes, en cuyo tiempo se fabricó un sepulcro, elevado de la tierra cinco varas, en el pasadiso que hay de la Sacristia al Presbiterio.

Todo se dispuso por órden y á satisfaccion del Exmô. é Illmô. Señor Arzobispo Dr. D. Alonso Nuñez de Haro, y demas Señores que componian el Tribunal, y eran catorce, y con asistencia de él, y de las dos Comunidades del Convento Grande de N. S. P. San Francisco, y del Colegio de San Fernando, se trasladó á él, quedando una de las tres llaves de la arca en que está el cuerpo en poder del Señor Arzobispo, otra en el del R. P. Guardian del Convento, y otra en el del R. P. Guardian del Colegio de San Fernando. Mandó tambien el Tribunal poner quatro chapas al sepulcro antiguo, y que no se entierre en él otro algun cuerpo, y en el nuevo que se pusiera el siguiente Epitafio.

Hic jacet Venerabilis Dei Servus Frater Antonius Margil à Jesu, qui obiit in hoc Conventu die sexta Augusti anni millesimi septingentesimi vigesimi sexti, exhumatusque fuit, authoritate Apostolica, die decima Februarii anni millesimi septingentesimi septuagesimi octavi.

Aquí yace el V. Siervo de Dios Fr. Antonio Margil de Jesus, que murió en este Convento el dia seis de Agosto de mil setecientos veinte y seis, y fue exhumado, por autoridad Apostólica, el dia diez de Febrero del año de mil setecientos setenta y ocho.

LIBRO SEGUNDO
DE LA CRÓNICA APOSTÓLICA.

Vida del exemplar P. Fr. Francisco Estevez.

CAPÍTULO PRIMERO.

Su venida á las Indias, y fervoroso zelo en el ministerio apostólico.

NO podian dexar de volar en las alas de la fama, las voces apostólicas que resonaban en toda la tierra de España por la predicacion evangélica, y en todas sus Provincias Seráficas, por las erecciones de Seminarios de Misioneros en que se empleaba el zelo del V. P. Fr. Antonio Linaz; y pasando sus ecos hasta las Islas Canarias, penetraron el corazon del P. Fr. Francisco Estevez, que llamado del Señor, se sintió eficazmente movido á seguir el apostólico Instituto. Habia nacido este memorable Varon en la Isla de Tenerife, y desde su niñez, ya por el beneficio del christiano cultivo que con singular esmero le dieron sus Padres, ya con los auxîlios de la divina gracia, siempre fue inclinado á las virtudes, sujetando su adolescencia al yugo de la Ley y su christiana observancia. Desde entónces dotó el Señor su alma con el don del temor santo, que le hizo huir de todos los peligros del siglo para servir mejor á Dios y salvar su alma en el estado Religioso, el que profesó en la santa Provincia de Canarias.

Muy gustoso lograba el tiempo, santamente ocupado en las tareas de sus estudios, y en el esmero con que satisfacia sus religiosas obligaciones, por lo que á los treinta y un años de edad estaba perfectamente instruido en todos los Cursos escolásticos y morales, y legítimamente instituido Predicador y Confesor de Seculares; y quando podia aspirar al premio de sus afanes, quiso renunciar sus Padres, Patria y conveniencias, para corresponder á los interiores llamamientos con que el Señor le elegia para su Misionero. Con esta inspiracion pretendió, y fácilmente obtuvo, la patente del V. P. Linaz, para pasar á España, y alistarse entre los veinte y quatro Religiosos que habia conseguido traer para las Indias, para fundar Seminarios de Misioneros, y propagar la Fe en las naciones de Infieles. Luego que el V. Fundador vió

las personales prendas y geniales virtudes del P. Fr. Francisco, le estimó como á un Operario elegido por el Señor de la Viña, y muy apto para el logro de sus designios; y le reseñó en la contratacion de Sevilla, por estar publicado el viage de la Flota para el dia de San Juan de aquel año de seiscientos ochenta y dos; pero como las disposiciones de los hombres, compiten en la inconstancia con las de los mares, se interpusieron tan graves motivos, que hicieron tardar su salida ocho meses.

Fue esta demora tan perniciosa al V. Fundador, que teniendo ya reseñada una Mision de veinte y quatro Religiosos escogidos, pues unos eran Jubilados en Sagrada Teología, y otros en la predicacion, todos desengañados, místicos, y zelosos Obreros, al verse allí ociosos tanto tiempo, y temiendo que se fueran ofreciendo otros iguales atrasos, se fueron restituyendo á sus Provincias, á gozar la amable quietud de sus Celdas, no quedando mas que ocho que perseveraran tolerando las inconveniencias que traen consigo la suma pobreza y el vivir en inciertas esperanzas: de estos fue el P. Estevez, que firme en sus santos propósitos, quiso gloriarse en la cruz de los trabajos, hasta llegar á cumplirlos. Bien conoció el V. Fundador que no eran los talentos con que el Señor le habia favorecido, para que estuviesen en todo ese tiempo enterrados en su humilde abatimiento, y así, le mandó que con otro Compañero se exercitara en el ministerio, haciendo misiones por las Villas y Pueblos de aquellos contornos.

Obedeció el P. Estevez este mandato con igual sumision y consuelo de su espíritu, pues cada dia se iba fervorizando con ver los frutos del ministerio: veía las conmociones que la palabra divina obraba en sus oyentes, y estos animaban mas su zelo, por lo que entró misionando en la populosa Ciudad de Sevilla, en la que no serian menores, pues de su letra dexó expresado un caso raro que le sucedió en el Confesonario, y tambien otras muy notables circunstancias que intervinieron exorcizando un energúmeno; pero habiendo desaparecido el tiempo ó la incuria, los dos libritos en que los refiere, no se puede saber mas, porque el Cronista que los apunta, los dexó ocultos en solo esta expresion confusa; pero es cierto que el nuevo Misionero logró con ventajosas usuras su espiritual trabajo.

Nuevo viage á Mallorca le costó al P. Linaz reemplazar su Mision, y teniéndola junta, se publicó la salida de la Flota, y para que sus nuevos Soldados, que estaban igualmente armados de ciencia, virtud y zelo de las almas, se animaran para dar la batalla al Infierno, que con tiranía tiene sepultadas en funestas sombras de mentira á tantas almas engañadas y ciegas, les incitó á declararle desde allí la guerra, publicando una mision en Cadiz, que en medio de ser el mas famoso Emporio de todas las naciones, y por eso mar negro de las costumbres, inundado de vicios, paliados con las humanas conveniencias, se logró en mucha parte desterrar con la luz de las verdades católicas, tanta noche de torpes engaños, y á vista de tan gloriosas victorias, logró el V. Padre ver enardecidos sus Misioneros, para no darle al enemigo tiempo ni treguas algunas.

Era esta una preparacion advertida para que continuaran la guerra en las mismas embarcaciones en que venian, y se les hicieran ménos

temidos los peligros, y mas suaves las incomodidades, pues viniendo de limosna, era necesaria la penuria, pero podian retribuir qualquier beneficio corporal, con la continua predicacion y bienes espirituales, franqueándoles la freqüencia de los Sacramentos, para consuelo de unos y freno en las costumbres de otros. El V. P. Estevez, como ya aguerrido, empleó con repetidos asaltos toda la valentia de su espíritu, logrando en esta mision grandiosos despojos, y con nuevo espíritu abrazó los trabajos, riesgos é incomodidades de los que navegan, y mas quando su equipage lo provee la santa pobreza; pero todos se le hacian suaves, por ser medios para lograr el fin de su jornada, que era la exáltacion de la Fe en las bárbaras naciones, y la conversion de los pecadores.

Bien presto puso esta en la mayor consternacion su espíritu, porque luego que la Flota perdió de vista la Bahía de Cadiz, se levantó un vendabal tan furioso, que la arrojó contra las Costas de Berberia, y los Pilotos, temiendo chocasen los navios unos contra otros, pusieron las proas á diversos rumbos, sin poderse juntar hasta cerca de Puerto-Rico. Eran los vientos furiosos, y continuo el peligro de un fatal naufragio; pero el mayor escollo que tenia sin quietud al P. Fr. Francisco, no era otro que el que corrian las almas que venian en el navio, y la perdicion eterna que amenazaba á las que podian estar mal dispuestas para una muerte tan congojosa. Con este temor, les exhortaba con fervorosos afectos á una contricion verdadera, y confesaba á todos los que lo pedian; y sin acordarse de sí mismo, les alentaba á la confianza en la divina misericordia, y á que la pidieran á Dios, interponiendo la intercesion de los Santos, con muchas deprecaciones; y por fin, llorándose unos á otros por ahogados ó perdidos, los juntó la divina Providencia á todos en Puerto-Rico.

Pero no son los descansos de este valle de lágrimas mas que una amarga vicisitud de tormentas, que aunque á veces se suelen mudar los accidentes de sus congojas, pero nunca la substancia de sus penas. ¿Con quantos deseos suspiraban por llegar á Veracruz los que componian tan grande Armada, para aliviarse en su Puerto de las fatigas de un trabajoso y dilatado viage? Pero fueron no ménos gravosos los trabajos que en él encontraron. Actualmente le tenian forzado, saqueado, y prisioneros á sus Vecinos, unos Piratas Hereges, que dexando las Iglesias profanadas, y la Ciudad en una desolacion lastimosa, se fletaron ricos y ufanos, á vista de la misma Flota. Desembarcaron los Religiosos, y vieron cumplido lo que desde España les habia prevenido su V. Comisario, porque les decia: »Á lo que van á las Indias es á »padecer trabajos: lo que yo les ofrez»co son espinas, no conveniencias: si »á esto se resuelven, vamos, y si no, »libertad tienen para volverse á sus »Provincias.» Apuró el V. Estevez todas las heces de tan amargo caliz, sufriendo constante y gustoso la necesaria abstinencia, con unos frixoles sancochados y una racion corta de vizcocho prieto, la caridad de consolar aquellas afligidas almas, y la piedad de sepultar muchos cuerpos fétidos que estaban en la arena mal cubiertos, y mandándoles el V. P. Linaz que fueran desfilando de dos en dos, y marchando para Querétaro, haciendo mision en los Poblados del

camino. Era el equipage para tan dilatadas é incómodas jornadas, reducido á traer el hato á cuestas, pues era un báculo y el Breviario, agravándose el trabajo con ser el tiempo de lluvias. Caminaba el V. P. Estevez á pie, hollando espinas y sufriendo pantanos y aguaceros, pero muy gustoso, porque llevaba en su pecho un volcan de amor y de zelo: por eso entraba en los Pueblos cantando la Letanía de nuestra Señora; y yendo derecho á la Iglesia, le hacia al concurso que la novedad habia congregado, una fervorosa exhortacion contra todos los vicios, y convidaba á todos los que quisieran confesarse, para lo que se detenia el tiempo necesario hasta darles la Comunion. Estaban aquellos infelices, padeciendo los estragos que en Veracruz hicieron los Piratas, robando hasta los víveres, y les obligaban á llevar á ella los que tenian para su propia subsistencia, y así, era universal la penuria, y con el exemplo y la doctrina, les enseñaba el V. Padre á hacer meritorias sus graves indigencias.

Colmado de penalidades y de méritos estaba el V. Padre en San Juan del Rio, haciendo con los demas Compañeros mision, y por órden del V. P. Fundador, que le habia elegido con otros tres Misioneros, pasó á Querétaro, para presentar al M. R. P. Provincial y V. Definitorio los Despachos para la ereccion del Colegio, y verificada la entrega del Convento de la Santa Cruz con la mayor tranquilidad y fraternal benevolencia, al punto pusieron en órden la vida comun y regular, conforme á las Constituciones Apostólicas, é Instituto de los Seminarios: tambien añadieron otras observancias y fructuosas devociones para impetrar del Señor su divina gracia y direccion, para que el ministerio apostólico en la propagacion de la Fe y bien espiritual de las almas, no tuviera otro objeto mas que su mayor honra y gloria.

Estos eran los fines que el V. Padre habia solicitado por tan arduos, dilatados y penosos medios, y viéndose ya en la posesion de ellos y de la del Colegio, soltó los diques de sus fervorosas ansias, aspirando á la perfeccion de tan alto ministerio con la mas rígida observancia de la Regla y mortificacion de sus pasiones; y así, era un exemplar vivo, que incitaba á los Religiosos á la prontitud en la obediencia, en los actos de Comunidad y otros espirituales exercicios: no fue ménos activo en la exâcta práctica del Instituto, pues dice un Cronista: que fue bien conocido en estos Reynos por su zelo apostólico. Fue esto, dibuxar en muy estrecho lienzo cosas muy grandes, y oxalá que semejantes omisiones no hubieran dexado suspensos los deseos que engendran en los ánimos devotos ó curiosos las lacónicas expresiones con que abreviaron las que merecian sus virtudes.

Casi del mismo modo se hizo memoria de las del V. Padre en el libro de los difuntos, por lo que careciendo de las noticias individuales que debieran dar á la pluma el desahogo de historiarlas para el comun exemplo, se ha puesto en la mayor angustia, para entresacar de muchos papeles las que por convinaciones de tiempos fundan la verdad de los hechos con que el V. Padre se calificó de zeloso Misionero, pues en dicha Memoria solo se dice: »Que fue zelosísimo de la mas pura observancia »de nuestra santa Regla, y del Instituto apostólico: que vivió clavado

»continuamente con los clavos del te- »mor de Dios y de la estrechísima »cuenta, y por esta causa se abstenia »aun de las recreaciones lícitas y re- »ligiosas, abstraido del comercio de »Seglares, muy devoto del exercicio »santo del Via-Crucis, y gran Reli- »gioso.» Es este fragmento, como el de una tabla en un naufragio, que si dá algunas esperanzas de tomar tierra, pero atormenta mas los deseos de tocarla, por lo que reflexando en el genio, y siguiendo los pasos que se indican del V. Padre, se podrá formar cabal concepto de las virtudes que expresa el sobredicho Elogio.

Está muy distante del acaso la suerte del que tuvo la de gozar de una alma buena, porque Dios, cuya sabiduría es infinita, dispone las causas naturales, de modo que las sobrenaturales tengan sus fines predeterminados. El Señor dá el genio con proporcion á los oficios á que destina á los hombres, pero dexando en su libertad el estudio y trabajo con que deben executarlos; y si ellos cultivan sus pasiones para cooperar con la voluntad divina, su divina gracia las perficiona. Habia su soberana Providencia destinado al V. P. Estevez para el ministerio de su palabra y Operario de su Viña, y así, le dotó de una alma conforme á los fines de su vocacion, y caraĉterizada con el don del santo temor de Dios, para que con él trabajara en la exâltacion de la Fe Católica, en la conversion de los pecadores y reduccion de los Gentiles; y como ese temor santo y ese zelo apostólico se cultivan en la abstraccion de las criaturas y retiro del Mundo, en la continua y séria meditacion de la Pasion de Christo, y devocion de sus dolorosos pasos, era consiguiente que por tan oportunos medios se fervorizara en el zelo de la honra de Dios y del bien de las almas, y que la divina gracia perficionara su vida apostólica, zelando la pobreza evangélica y observancia de la Regla, y dando exemplo á sus Hermanos con ser extremamente pobre, profundamente humilde, rígidamente penitente, é intrépidamente zeloso de la honra de Dios y del bien de los próximos.

Para estos era asombro, y eficaz estímulo que les obligaba á la admiracion y al provecho, el verle celebrar el santo sacrificio de la Misa, porque el ardor de su pecho, y la viva representacion que hacia del que Christo hizo en el Calvario, le hacian prorrumpir en tiernas y copiosas lágrimas, que corriendo de sus ojos hasta la Ara, iban á buscar su origen en la fuente de agua viva que manó de aquella víĉtima muerta. En ella veía el V. Sacrificante á su propia alma, y conociendo la libertad que su frágil naturaleza tenia para el bien ó el mal, temblaba, y temia el caer en alguna culpa, aunque fuese pequeña; y horrorizado de la terrible cuenta que el Juez Supremo le habia de tomar en cargo de las luces que le comunicaba su gracia, se confirmaba en los propósitos de no perderla, huyendo de quanto pudiera distraer su alma de su soberana presencia, y de abstraerla de todas las diversiones, y mortificando sus apetitos y pasiones con crueles penitencias.

Por esta razon es tan alabado, encarecido y encomendado en las Escrituras divinas y Santos Doĉtores el santo temor de Dios, como que es el fundamento de la perfeccion christiana, y principio de la verdadera sabiduria, porque es el primero que resis-

te á la arrogante estulticia de los hombres, y con mayor fuerza la destruye y desvanece, y con este infalible conocimiento, no solo obraba el V. Padre todas sus cosas, sino que se esforzaba á infundirlo en todos los hombres, para arreglar sus costumbres, porque siendo esta la ciencia de los Santos, desterrara la arrogante estulticia de los pecadores, y abrazado su corazon en este ardiente deseo, no podia estar un instante ocioso. Por el Agosto del año de ochenta y tres se erigió el Seminario, y á pocos dias se publicó mision en la Ciudad, y en ella derramó todos los incendios que tenia represados, con rayos contra los vicios, y luces de enseñanza para desterrar las tinieblas y alumbrar la ignorancia en que vivian vanamente confiados, y fueron efecto de los apostólicos clamores, el desterrarse las sombras en que se ocultaban intolerables abusos, que con capa de piedad, paliaban gravísimos pecados, el extinguirse las fiestas profanas, los baños públicos, las Comedias y otros escándalos, que siendo ocasion de desordenados concursos, lo eran tambien de muertes, discordias, embriagueces, adulterios y otros excesos que sin temor de Dios se habian establecido con frívolos pretextos.

Para el Octubre, escogió el V. P. Linaz al P. Estevez, como que tenia bien conocido su zelo, para que fuese á México con otros doce Compañeros, para hacer mision en aquella famosa Corte, y en ella trabajó con incansable tezon, predicando en las Iglesias, calles y plazas, y confesando sin cesar, hasta que se le dió fin tan glorioso, que fueron sus frutos admiracion de aquel famoso y rico Emporio; pero el V. Estevez no lo dió á sus tareas, porque vino misionando por todos los Pueblos y Lugares de todo el camino, y confesando innumerables, que estaban tan hambrientos del pan de la Doctrina Christiana, como deseosos de purificar con una confesion verdadera sus miserables conciencias.

CAPÍTULO II.

Prosigue el V. P. Fr. Francisco Estevez su predicacion apostólica por las principales Ciudades del Reyno.

Ardia en el corazon del V. P. Linaz el zelo apostólico con tan insaciable llama, que intentó poner fuego á toda la América, y conceptuado del que tambien centelleaba en los de sus Compañeros, escogió de ellos los que tenia conocidos por doctos y virtuosos, para que á los principios del año de seiscientos ochenta y quatro, hicieran mision en la celebérrima Ciudad de Puebla. Fue uno de los elegidos el V. P. Estevez, y comenzada en la Catedral, se repartieron por todas las Iglesias y Conventos, y dió tal estallido esta Mision (segun dexó escrito el V. Fr. Antonio Frontera) »que sonó por »toda la N. E. ni semejante en los »pasados siglos fue oida: fueron res»tituidos hurtos á millares, por in»tervencion de dichos Padres, cesa»ron ilícitos contratos, amancebamien»tos, enemistades, y lo que mas es, »fueron tantas las confesiones sacrí-

»legas, que con generales se enmen- »daron, que solo Dios puede saber el »número de ellas.»

Con solo esta sencilla narracion, se dexa entender quanto trabajaria el zelo del V. P. Estevez, siendo incansable en el Púlpito y Confesonario, y viéndose en el centro de una Ciudad que despues de México se tiene por la mayor en riqueza, comercio y número de habitadores. Ello fue que en todas partes recibian á los Misioneros con tan espiritual júbilo, que parecia de Angeles aquel emisferio, y quedó reformado el luxo, freqüentados los Sacramentos, y establecido el santo exercicio de la Via-Crucis, y así salió como todos el zeloso Padre, cargado de despojos que habia conseguido contra el comun enemigo; pero como el fuego que vino Christo á encender en la tierra, es de inextinguible naturaleza, venia con otro Compañero renovándola en todos los Pueblos y Ranchos que habia en el camino, hasta que llegaron al Pueblo de San Juan del Rio. Aquí concurrió con los tres Misioneros el V. P. Linaz, y al verse aquel Gedeon evangélico al frente de tan intrépidos Soldados, rompió la Guerra contra el Infierno, tocando la trompeta apostólica, y manifestando la encendida antorcha de la palabra divina, é imitando lo que veían sus Compañeros, resonaron por todos aquellos contornos las voces de sus sonoros clarines, y ocurrieron tantos de aquella Comarca, que parecia el Pueblo una Ciudad populosa: el V. P. Fundador prosiguió su camino; pero el P. Estevez, con otros tres Compañeros, la prosiguieron con tanta eficacia, que era expectáculo de delicias para el Cielo, el ver el alborozo con que oían á los Misioneros, y los grandísimos y ópimos frutos que en aquella mision se cogieron. Mucho tiempo habia que la estaban deseando, y lograron el mas feliz para su espiritual consuelo, porque ocurriendo el dia de Corpus, tuvieron toda la Octava patente el Santísimo Sacramento, que como divino Sol, derramaba en sus almas las benignísimas luces de su divina gracia, y hacia ver en las lágrimas, confesiones y crueles penitencias de tanta gente, que á su eficacia solo se debia atribuir tan ilustre y provechosa victoria.

Concluida la mision, prosiguió el V. P. Estevez, por órden de su Prelado, aprovechándose con otros dos Compañeros, de la fama y aprecio que se difundió de sus exemplos y doctrina por otros distantes Pueblos; y tomando el rumbo del de Huichiapa, fue continuando sus apostólicas tareas hasta la Ciudad de Lerma, y de esta, por otros siete Pueblos, á la de Toluca; y como no las omitia en las Haciendas, Obrages y Rancherias del camino, los seguian en sus tránsitos muchos que deseaban confesarse, y lo iban haciendo quando atravesaban á los Pueblos. Así continuó el V. Padre hasta Toluca, que en su lugar quedó otro Padre, y él se volvió para el Colegio, sin que se sepa si por enfermedad ú otro urgente motivo, pero sí que vino colmado de frutos correspondientes á la gracia con que el Señor acreditaba el ministerio apostólico en un hombre que tenia destinado su Providencia para luz de la ignorancia, y enseñanza de las almas que estan de asiento en sus tinieblas. No sería aquí importuna la quexa de que aquellos admirables Operarios no hubieran dexado alguna memoria de los muchos extraordinarios casos que les acaecieron en tantas y tan fruc-

tuosas misiones, pero entregados solo al trabajo, no cuidaban de anotarlos, ni tenian tiempo sino para el cultivo espiritual, y bien de sus próximos.

Retirado el P. Estevez al Colegio, como en su propio nido, renovaba la juventud de su espíritu, buscando en el retiro del Mundo y de sus comercios, el vigor apostólico, y procuraba practicarlo con los muchos penitentes que de muy léjos vienen á confesarse, y dando el tiempo necesario al estudio que exîgen las obligaciones del Púlpito y Confesonario. Era su oracion continua y fervorosa, y siendo la materia de su contemplacion la Pasion de Christo, salia de ella muy encendido, y abrasado en el zelo de que no se perdiera el infinito tesoro de sus méritos. Freqüentaba diariamente los dolorosos pasos de la Via-Sacra, y en el Calvario quedaba muerto, y escondida su vida con Christo: sacaba absorta su alma para no separarla de su amor crucificado, ni perderle de vista en todas las cosas del Mundo: á este fin era en sus penales penitencias muy rígido, en la mortificacion de sus pasiones y apetitos muy austéro, en los Maytines de media noche y demas actos de la Comunidad muy exâcto, y con tan excelentes qüalidades en la especulacion y práctica de la facultad mística gran Maestro, y muchas almas debieron á su direccion y consejo, grandes aprovechamientos y espirituales progresos.

En esos santos y religiosos exercicios llenó el V. P. Estevez el año de ochenta y quatro, y como en ellos era ilustrado de aquella caridad activa con que Christo amó á los hombres y se les dió todo, le urgia á hacer lo mismo por el exemplo y amor de Christo, entregándose todo á los hombres, para libertar de la muerte eterna sus almas; y por el Enero de ochenta y cinco, salió con el R. P. Fr. Antonio de Escaray, insigne Predicador Apostólico, y otro Compañero, para misionar en el Obispado de Guadalaxara: iba por el camino, segun su acostumbrado estilo, beneficiando todos los Pueblos con su doctrina, y confesando á quantos lo pedian. Llegados á Guadalaxara, y obtenidas las licencias y facultades del Illmô. partieron segun el derrotero que les dió, en que atendiendo á la mayor necesidad de los Pueblos mas remotos, dirigia á ellos á los Padres, para que exercîtasen primero su apostólico ministerio, segun consideraba la necesidad de cada uno. Todos fueron evangelizados con grandísimos bienes é iguales frutos, porque en todos hubo general reforma en las costumbres, deteniéndose en su doctrina los Misioneros, segun las circunstancias de los Lugares, y especialmente en los usos profanos quedó tan cultivada toda aquella tierra, que por mucho tiempo no volvieron á verse, conservándose no solo la fama, sino tambien las devociones que les imponian, pues en todos los Lugares se estableció la Via-Sacra, el Rosario de Maria Santísima, la Doctrina Christiana y freqüencia de Sacramentos, y en algunos, la oracion mental y otros devotos exercicios.

En estos utilísimos exercicios y su establecimiento, desfogaba el V. P. Estevez el fuego que en su corazon tenia, y con que iluminaba y calentaba en el Confesonario á las almas, porque siendo el R. P. Escaray tan singular como zeloso en el Púlpito, su humildad le persuadia al P. Estevez el no predicar alternadamente, y aunque lo hacia pocas veces,

siempre deseaba el provecho del próximo, que desconfiaba de su propio zelo, y atribuia al de su venerado Compañero. Llegaron á la Villa de la Purificacion, y en ella, como en otros Pueblos y Haciendas, era copiosísimo el fruto de devocion que cogieron, y llegando á Amacueca, quiso el Señor regalar á sus Siervos con que todos tres cayeran gravemente enfermos, pero tambien les hizo ver que él es el dueño de la vida y Señor de la salud, pues como el P. Escaray confiesa, pidiéndosela con devocion y viva Fe ante una prodigiosa Imágen de Christo crucificado que en aquel Santuario se venera, la recibió de repente, quedando perfectamente sano, y humildemente agradecido á tan grande beneficio, del que tambien participaron los Compañeros, quedando en pocos dias convalecidos y sanos. De aquí pasaron á Zayula, y siendo éste un Pueblo que por su comercio abunda tanto de gente que parece otro Guadalaxara, impresionado de lo que la fama decia de los Misioneros, y de lo que reprehendian los usos profanos, se previnieron las mugeres, reformando antes de oirlos todos los trages y desórdenes mundanos. Aun con tan felices principios, fue preciso que durara la mision quarenta dias, porque eran los Misioneros nubes místicas que levantó el Señor del polvo de su humildad, y llevó de distantes tierras para que fueran mas eficaces sus voces, asombrando con truenos, y alumbrando como relámpagos, para que se resolvieran en lágrimas de contricion sus oyentes. No predicaba el P. Estevez muchos Sermones morales, dexando la ponderacion de los asuntos mas sérios, á la energía y espíritu con que los representaba su docto y zeloso Compañero; pero con el otro, alternaba la parte mas esencial del ministerio, que es la instruccion y catecismo de la Doctrina Christiana, en la que son dignas de llorarse las muchas y perniciosas omisiones que hay de ordinario en los Pueblos. Explicaba con fácil claridad la inteligencia de los principales Misterios de nuestra Religion, de los que es necesario tener explícita Fe para salvarse, los Mandamientos divinos, los Eclesiásticos, y los santos Sacramentos: enseñaba con toda eficacia la necesidad de la Penitencia para merecer la divina Misericordia, y para su práctica, el modo de exâminar las culpas, los medios con que se alcanza el verdadero dolor, y las demas partes que son de esencia é integridad de una confesion verdadera.

Daban alma á instrucciones tan precisas, los exercicios santos en que el V. Padre hacia ver el tesoro que desperdician en sus malas vidas los pecadores, y que les dexó vinculado en los méritos de su Vida, Pasion y Muerte, su Redentor y Maestro Jesuchristo, y por eso en todas partes establecia el Via-Crucis, y encargaba su exercicio con ponderaciones tan tiernas, como lágrimas amorosas: de ellas resultaban admirables conversiones, y se veían venir buscando el remedio de sus almas, de mas de sesenta leguas: hubo muger de ochenta años de edad, que lo fue á lograr de treinta leguas de distancia: hubo hombre tocado de tanto dolor de sus culpas, que despues de confesado, se daba crueles golpes con una piedra en los pechos, y tan desapiadados azotes en las espaldas, que en pocos dias perdió la vida. Ni eran extraños tantos admirables efectos, á las persuasiones con que el V. Padre les exhor-

taba á hacer una confesion general de las culpas de toda la vida, para enmendarla, y á la caridad con que les instruía, animaba y consolaba. Asistia con los hombres tres dias á la semana á hacer la disciplina, con sérias y graves exhortaciones, á rezar el Rosario de María Santísima, á hacer Actos de contricion fervorosísimos, y por estos eficaces medios, quedaron en Zayula desterrados los trages profanos, avergonzados los vicios, y extinguida la perversa costumbre que con título de culto tenian arraigada en una Cofradía de Mulatos, de hacer fiestas Reales de Moros y Christianos, de que se originaban muchos abusos, escándalos y pecados; y por fin, quedó tan zanjada la virtud en aquel gran Pueblo, que mucho tiempo despues se mantuvo en la modestia y santos propósitos que le infundieron los Misioneros.

De él pasaron á Atoyaque, Azacualco y otros, en que se vió la eficacia de la divina palabra, con la reforma de la profanidad que estaba introducida en todos ellos, y de otras pésimas costumbres, trocadas en los santos exercicios de la Via-Sacra, Rosario de nuestra Señora y oracion mental, de que se hacian cargo y la mantenian algunas piadosas Señoras. Continuando su derrota, llegaron á Guadalaxara, y como el Demonio estaba tan ofendido del zelo de los Misioneros, y temeroso del daño que su soberbia habia de padecer en aquella grande Ciudad, no dexó medio, pretexto ni diligencia para impedir que se hiciese mision en ella; pero como no está en su malicia la eficacia de la divina gracia, cooperó á ella su V. y exemplarísimo Pastor, y dignísimo Obispo, el Illmô. Señor Dr. D. Juan Santiago de Leon Garavito, y él mismo la anunció en la Catedral, en donde estuvo toda la semana, alternando los Sermones con el R. P. Escaray; y pasándola al Convento de N. P. San Francisco, la siguiente se enfermó dicho Padre, y su Illmâ. predicó otros tres dias, dando lugar á los dos Compañeros para los exercicios, explicaciones, Via-Crucis, y demas en que les veía afanados. Está dotada de milagrosa energía la voz del propio Pastor, y así, reduce con singular eficacia al rebaño las Ovejas, y ellas le siguen, por el cariño con que las trata, ó por el desvelo con que las cura, ó por el regalo con que las apacienta.

Ninguna obligacion executa con mas rigor al Prelado, que la de dar saludables pastos de doctrina á sus Ovejas; y aunque dotado de letras y de espíritu el Apóstol de las Gentes, ardiendo en el zelo y solicitud de asistir á todas las Iglesias, se valió de Timoteo y Onésimo para predicar en Efeso, de Clemente y Germano para instruir á los Filipenses, de Tito para enseñar en Creta, de Epafrodito en Macedonia, de Archipo para evangelizar á los Colosenses; y por eso, siendo el Señor Obispo el primero en dar la mas sana doctrina á sus Iglesias, y valiéndose de los Misioneros para enviarles á diversos Pueblos y promover su pastoral zelo, quiso el Señor darle el consuelo de que viera por sus ojos el correspondiente fruto de aquella mision, en las extraordinarias demostraciones de aprovechamiento que daban sus Súbditos, y que pisaran sus pies los despojos de la vanidad, que habian ganado, auxîliados de su zelo, los Misioneros.

Duró un mes esta fructuosa mision, y hasta Enero del año de seiscientos ochenta y seis, la que se hizo en aquel Obispado, que fue casi un

año, pues desde Guadalaxara, dice el P. Escaray, se restituyeron al Colegio, y así, no se alcanza la razon porque el P. Cronista Espinosa excluyó de ella al V. P. Estevez, diciendo, que el P. Escaray fue solo con el V. P. Frutos, pues en las Memorias antiguas del P. Frontera, de donde sacó los sucesos de ella, tenia la expresion de haber salido en compañia de dichos Padres y del Colegio, el dia dos de Enero del año de ochenta y cinco, y en los Lugares que misionaban, dá razon de los Sermones que el P. Estevez predicaba; y aunque es verdad que á la vuelta de esta mision no se hace memoria del P. Estevez, sin decir la causa, esta lo fue de que el P. Cronista, diera en el anacronismo de poner en el mismo año de ochenta y seis al V. P. Estevez en Tamaulipa, fundando su Mision con el V. P. Lázaro, y predicando al mismo tiempo en Zacatecas con el R. P. Escaray, distando uno de otro Lugar mas de cien leguas.

Lo cierto fue, que por el Diciembre de dicho año salió segunda vez el R. P. Escaray con el P. Fr. Francisco Hidalgo á completar el derrotero que le dió el Señor Obispo de Guadalaxara, y comenzaron la mision en Lagos, y prosiguiéndola en otras partes, llegaron á la Villa de Aguas calientes el mes de Mayo, y principiada, llegó á ayudarles el V. P. Estevez, y todos pasaron á Zacatecas. Fueron allí recibidos de toda la Ciudad, el V. Cabildo Eclesiástico, y muchos Religiosos. Comenzó la mision con tanto aplauso como espiritual fruto, y en ella trabajaba el V. P. Estevez con igual zelo. Era estilo del P. Escaray que un Compañero explicara la Doctrina antes del Sermon, y el otro, despues de él, hiciera el Acto de contricion; y como en él se daba motivo al dolor, con la materia del Sermon, que tenia ya la gente conmovida, era tan fervoroso, que dice el Padre, se arrojaba contra el suelo y contra las paredes, tirando á hacerse pedazos, de dolor de haber ofendido á Dios; y prosigue: que dos meses estuvieron en la Ciudad y sus contornos, y otros tantos eran menester para escribir lo que pasó en ellos; y quedando ya expresados los ópimos frutos que fueron principio de la fundacion de su Apostólico Colegio en la primera Parte de la Crónica, sería ocioso el repetirlos: baste decir que les costó mucho trabajo salir de la Ciudad, y les fueron siguiendo mas de tres mil personas hasta el Santuario de Guadalupe, y algunos Caballeros fueron hasta nueve leguas por visitarles. De Zacatecas pasaron á la Veta y Real de Minas, y de allí al de Pánuco, no quedando Hacienda ni Lugar alguno en que no se predicara ó rezara el Rosario, ú otros exercicios espirituales con que disponian á los penitentes para que hicieran buenas confesiones.

CAPÍTULO III.

Entra el P. Fr. Francisco Estevez al Cerro Gordo, para fundar en él Misiones de Infieles.

CON maravillosa armonía forman entre sí las virtudes una perfecta y suave consonancia, y es porque llevando el compás á todas la Caridad, canta sobre ellas de fantasía, y sube elevada hasta el Cielo, ó baxa abatida hasta la tierra, y con sonora diferencia de quiebros, rompe al parecer las leyes del arte, quando hace ley de no tenerla en amar. Habia el Señor encendido en el corazon del V. P. Estevez una caridad tan ardiente, que no solo la empleaba toda en amarle, elevando sus afectos al Cielo, sino que los baxaba hasta la tierra, deseando que todas las criaturas le conocieran, sirvieran y amaran, y como al compás de este amor, crecia mas el zelo y vivo sentimiento de que hubiese innumerables Gentiles que se condenaban por no conocerle, crecian tambien estos afectos de su espíritu, que se abrasaba en las ansias de dar su vida por la salvacion de sus almas, y quebrando el tenor que habia observado en las misiones de los Católicos, lo mudó, para promulgar el Evangelio y propagar la Fe entre los Indios Gentiles del Cerro-Gordo.

Con este fin pidió el V. P. Fundador se le concediese el Convento de la Santa Cruz para erigirlo en Colegio de propagar la Fe, como mas inmediato á los dichos Infieles; y en conseqüencia de esto, luego que se verificó Colegio, y á principios de Diciembre del mismo año de ochenta y tres, se dirigió á ese rumbo el V. P. Fr. Juan Bautista Lázaro, con el P. Fr. Miguel Fontcurberta, y misionando por todo el camino, llegaron á Escanela, y difundida la voz de los Misioneros, muchos Gentiles de Cerro-Gordo que baxaban á Zamorano por el comercio, les ofrecieron á los Padres sus hijos para que se los bautizaran; pero reconociendo el derecho que tenian á aquellas Conversiones los Hijos de N. P. Santo Domingo, que con mucho zelo las administraban, entretuvieron el tiempo en hacer mision á los Españoles de todos aquellos Pueblos, y se restituyeron al Colegio. Habian pasado casi tres años, y viendo las cosas en el mismo modo, discurrió el V. P. Lázaro que penetrando hasta el fondo aquellas ásperas y dilatadas montañas, se podrian hallar Gentiles que no estuviesen dependientes de otros Misioneros, y con ellos fundar allí mismo Misiones, y se resolvió á la prosecucion de su espiritual conquista.

Para ella escogió por Compañero al P. Estevez, y el dia doce de Diciembre del año de ochenta y seis pusieron en práctica sus apostólicos designios: sin mas provision que la del Evangelio, fueron misionando por todo el camino, y penetraron hasta la Huasteca: al mismo tiempo andaba en su santa visita el zelosísimo y V. Señor Arzobispo Dr. Don Francisco de Aguiar y Seixas, y habiendo hallado el Pueblo de Tamaulipan desamparado, por la reciente invasion de un Pirata Herege, y sabiendo que andaban

Misioneros en aquel País, les llamó y rogó, que para volver á congregar aquellas Ovejas errantes, pusieran una Mision entre los Gentiles de aquella sierra que mas les aceptaran y recibieran. No eran otros los anhelos de los Ministros evangélicos que habian caminado tantas leguas á pie, desnudos, hambrientos, y maltratados de las plagas y penurias de su ingrato temperamento; y logrando la felicidad de ser mandados por tan V. Prelado, pusieron la mayor eficacia en formar una Mision en Tamaulipan con treinta familias de Gentiles que se habian congregado atraidas de su afabilidad y vivas persuasiones.

Era admiracion de aquellos Bárbaros el ver tan Venerables Sacerdotes alegres en sus mayores necesidades, constantes en los trabajos, benignos con todos, partidos con los pobres, solícitos en su enseñanza, y eficaces en su buen exemplo: por estos medios les reduxeron á detestar sus antiguas supersticiones, asistir al catecismo y explicacion de los divinos Misterios, á traer á sus hijos para que rezaran las oraciones, y á valerse, para el remedio de sus almas, de los santos Sacramentos: por ellos tambien los inducian á la caridad del próximo, y les hacian abandonar la embriaguez, los tratos ilícitos y todo impuro comercio, vicios que tenian por costumbre intimamente arraigados, y que juzgaban necesarios para ser temidos de sus enemigos.

Eran los alientos y voces de los Misioneros, como suponen los Naturalistas son los de la ave Ibis, pues con su respiracion saca á la luz las Serpientes mas escondidas de las cavidades y senos de la tierra, calidad que con moral proporcion se veía en aquella Conversion nueva, pues difundida la fama de lo que los Padres enseñaban, y de la buena vida que les persuadian, se venian muchos Gentiles desamparando los montes y cuevas en que vivian, y se iba propagando la Fe por todos los contornos de aquellas incultas tierras; y como en su exemplar vida miraban el desengaño de todo lo perecedero, abrazaban con gusto la Ley de Jesuchristo, creyendo que solo ella podia franquearles las puertas del Cielo, y así, crecia cada dia mas aquella nueva reduccion, y el consuelo espiritual de sus zelosos Misioneros.

Pero son inexcrutables los altísimos juicios de Dios, y sin investigarlos, debemos con viva Fe venerarlos, y con humilde rendimiento besar la adorable mano que castiga nuestros pecados, pues quando no parecia haber obstáculo alguno que pudiera desbaratar tan útiles progresos, ni impedir la manutencion espiritual y temporal de aquellos infelices Indios, radicada en la asistencia de casi dos años, y en la continua doctrina de los Misioneros, recibieron estos el mortal golpe de la espada de la obediencia, que les mandaba desamparar pronta y totalmente aquella Mision, obligándoles el Superior Prelado á tan sangriento sacrificio, por decir que aquellas tierras pertenecian á la Custodia de Tampico. Mucho era el dolor de los Misioneros en desamparar aquellos domesticados Corderos, con manifiesto peligro de carniceros Lobos, pero lo agravaban mas sus tiernos validos, y los cargos que les hacian de la perdicion de sus almas, pues segun refiere el P. Cronista Diez, les decian: »Padres, ¿como siendo vosotros »Sacerdotes, así nos habeis engaña»do? Nos dixisteis que nos bautiza»riais y nos asistiriais, ¿y tan presto

»nos dexais? Si la vida que nosotros »tenemos en el campo, viviendo sin »ley, es mala, y con ella no nos po»demos salvar, vosotros tendreis la »culpa de nuestra condenacion.»

No podian satisfacer aquellos pobres Misioneros á tan evidentes cargos sino con los ojos, pues solo su doloroso llanto podia explicar el dolor que sus corazones tenian en dexarles, y sin esperanza de consuelo, se encaminaron para el Colegio, en donde ofrecieron de nuevo al Señor, sobre la Ara de la obediencia, la víctima de sus corazones, en el desamparo de aquellas desvalidas ovejas. Quedó la alma del V. P. Estevez tan penetrada de afliccion y sentimiento, que no podia olvidar ni por un instante la infelicidad y peligro de aquellos miserables Indios: veía en sus almas frustrada su redencion, y perdido el fruto de la Pasion y Muerte de Christo, y con esta consideracion se deshacia en lágrimas, y quisiera dar por el remedio de sus almas su propia vida.

Viendo sin remedio frustrada esta espiritual conquista, le obligó la caridad que animaba su pecho, á ir á México, solo por pedir licencia al Prelado Superior para ir á las Misiones de Guatemala, abrazando tan dilatada y penosa jornada, para que exercitando su ministerio en parte asentada, no hubiera motivo para hacer que lo desamparara; pero le dió el Prelado la licencia tan limitada, que no le permitia á él y al Compañero que habia elegido, mas que seis ú ocho meses para misionar, despues de haber andado mas de trescientas leguas, y haber de catequizar y bautizar unos Indios bárbaros en tan corto tiempo. Bien conocia el V. Padre imposible lo que se le ordenaba; pero confiaba en que llegando á Guatemala, le representaria al Prelado dicha imposibilidad, y le suplicaria: que compadecido de las fatigas de tan largo camino, y de la necesidad que aquellos Indios tenian de Misioneros, les ampliara su licencia, para lograr el fin de su vocacion al Instituto apostólico; pero otra oculta y superior Providencia atajó sus pasos, enfermando gravemente en la estancia de Macuilapa su Compañero; y aunque no perdia el tiempo, ocupado en las tareas del ministerio, pero quisiera volar hasta las sierras de los Indios, por lograr las almas de tantos bárbaros, y quiso el Señor probar su espíritu, en que puestos en camino, y llegando á Chiapa de los Indios, enfermó él de gran peligro, pues son estos accidentes casi necesarios al trabajo de ir á pie, sin provision de alimentos, y por tierras tan ásperas, como insaludables por sus climas.

Recobrados ya de algunas fuerzas, emprendian seguir su camino, y se lo impidió un órden del M. R. P. Comisario General, que les mandaba se restituyeran al Colegio, que tenia mucha falta de Misioneros para la conquista de los Texas, de que estaba encargado. Fue este, aquel saludable sacrificio que el Oráculo divino dice consiste en atender á los mandatos, porque en la obediencia viven cautivas la razon, la memoria, el entendimiento; y con misterioso triunfo de todo, nada dexa que pueda deliberar el alma; y así, volvió el V. Padre á desandar ciento y cincuenta leguas, no sin el sonrojo de ver frustrados sus deseos; pero con aquella resignacion que es propia de un espíritu desnudo de sí y de todo lo que no es Dios, y humillado, se volvio á su Colegio.

Ya pudiera, desengañado con los dos sucesos antecedentes, dar por satisfecho su zelo, pues no los hicieron ineficaces su decidia ó amor propio; pero como el que latia en su corazon á su Dueño crucificado, tenia efectos de fuego, que no puede estar encerrado, y el amor verdadero es didiligente, animoso, nada le acobarda, todo lo emprende, lo amargo de las penas lo vuelve dulzura, lo duro le parece suave, y hasta la muerte la reputa por vida, á poco tiempo salió con otro Compañero predicando á Christo crucificado, y llegó á la Villa del Saltillo: allí clamaba sin cesar, anunciando la paz, y franqueando á los pecadores los tesoros de la divina misericordia, en la Vida, Pasion y Muerte de su Redentor Jesuchristo, por medio de sus Sacramentos, si se disponian á recibir su gracia con una verdadera penitencia: á esta se movieron innumerables, que la hicieron pública de sus escándalos, y reformaron el libertinage en que vivian.

De allí pasaron los Misioneros, por especial encargo del Illmô. y V. Señor Obispo Garavito, á la Villa de Santiago de la Monclova, Cabecera de la Provincia de Cohaguila, y predicando el Reyno de Dios con el fervor que acostumbraban, despues de una muy fructuosa mision, dieron á entender el especial designio de asentar una Mision en aquella Comarca, á beneficio de los muchos Gentiles que la habitaban. No hallaron grata aceptacion sus intentos, ni en el brazo Eclesiástico ni en el Secular, aunque llevaban amplia facultad del vigilante Pastor de aquella descaminada Grey, y tuvieron que ofrecer al Señor de ella, el sacrificio de su no esperada repulsa. Pero éste, que vino á llevar sobre sus hombros una Oveja perdida, les deparó allí tres Indios Tlaxcaltecas que se les habian aficionado oyéndoles predicar en el Saltillo; y viendo contristados á los Misioneros, les dixeron: »Mis Padres, »Christos de la tierra, Redentores de »nuestras pobres almas, ya tenemos »noticia de vuestras tristezas y des»consuelos: no os aflixais, mis Pa»dres, que nosotros os llevarémos á »un sitio que llaman Boca de Leones, »donde queremos poner un Pueblo: »si os quadrare el parage, aunque so»mos unos pobres, solicitarémos In»fieles que convirtais, y nos tendré»mos por muy dichosos en servirles »en su Mision, y acompañarles en sus »caminos.»

Así obraba la fe de la divina palabra en unos nuevos Christianos que no tenian apegados los corazones á los bienes perecederos, y así consolaba la alta providencia á sus zelosos Ministros. Agradecidos á los generosos y nobles Tlaxcaltecas, se fueron con ellos al emplazado sitio, y quando se complacian de ser hermoso como fecundo todo su terreno, todavia echaban ménos el ver congregados los Gentiles que les habian dicho, y para cumplir su palabra, salieron los Tlaxcaltecos por aquellos Paises, y á pocos dias volvieron con una prófuga Ranchería de Indios Alasapas, de los que tal qual era Christiano, y todos los demas Gentiles. Aquí fue el dia de mayor alegria y consuelo para el corazon del V. P. Estevez, al verse instruyendo aquellos Neófitos, y catequizando tantos Catecúmenos; y recibiéndolos á todos con los brazos abiertos, les daba toda la luz del fuego que tenia en su alma, y con la mayor diligencia y personal fatiga, dispusieron los dos Misioneros el edificarles una Iglesia que dedicaran á la

Madre Dolorosa, que al pie de la Cruz recibió de Jesuchristo el título de Madre de los hombres y Abogada de los pecadores: dispusieron tambien una corta vivienda, para asentar la distribucion de una Mision arreglada.

Veían con admiracion los Vecinos Españoles la docilidad y amor con que los Indios asistian por mañana y tarde á la Doctrina, la familiaridad con que se portaban como domésticos, y como si fueran unos habitadores antiguos, la obediencia con que veneraban á los Ministros, la sumision con que oían sus consejos, y el consuelo que tenian de verlos tan gustosos en las calamidades y trabajos, conformándose, segun su evangélica pobreza, con sus frugales alimentos, y segun su desnudez apostólica, con un hábito pobre y remendado. Pasmábanse aun los mismos Indios de verlos siempre expuestos á las injurias del tiempo, á las fatigas del trabajo, y pródigos de sus vidas, para darlas por sus amadas Ovejas; por eso ellas, conociendo ya sus voces, no solo les seguian, sino que iban atrayendo las campestres; y con tanto pasto de Doctrina y de exemplo, se fueron agregando al redil de la Iglesia, en casi dos años, crecido número de Gentiles, y las tres familias de los Tlaxcaltecos, eran ya veinte y nueve.

Muy oficiosos en su ministerio solicitaban los Misioneros la propagacion de la Fe entre aquellos Paganos; y quando les miraban sujetos al yugo del Evangelio, y con aquel innato cariño que se merecian por primicias de su cultivo, se les frustraron todos sus designios, y de un solo golpe de mano, se vieron destituidos de todo el fruto en que habian trabajado, porque tuvieron mandato del M. R. P. Comisario General para que entregaran la Mision al Ordinario, por parecerle conveniente que los dos Ministros estuvieran expeditos para la expedicion de los Texas, que por entónces se meditaba. Tercera vez, pero con mayor dolor, tuvo el V. P. Estevez que sacrificar en lo mas vivo de su alma sus interiores sentimientos, haciéndole á Dios, en la ara de la obediencia, un espontaneo y racional sacrificio de su propia voluntad; y conforme al superior precepto, avisó al Illmô. y V. Señor Obispo, quien con grave quebranto de su pastoral amor y piadoso corazon, puso un Sacerdote Secular que administrase en aquella Doctrina; y como los Misioneros preveian las funestas resultas que habian de seguirse de su ausencia, salieron con las almas atravesadas de dolor de dexar á unos tiernos hijos que habian engendrado en Christo Jesus por el Evangelio, y mas quando supieron que los Alasapas recien convertidos, al punto que se vieron sin sus primeros Padres, alzaron sus ranchos, y se dispersaron como antes, por aquellos montes y breñas, perdiéndose las esperanzas del logro de sus almas, y las de reducir otros innumerables Gentiles que en ellas se abrigaban.

CAPÍTULO IV.

Es elegido el V. P. Estevez, Vicario, Guardian y Presidente in capite del Colegio.

COnsiste el don del temor de Dios, que siempre tenia enclavada la alma del V. P. Estevez con la consideracion de los divinos juicios, en una fuga y nobilísima erubescencia ó encogimiento con que el alma se retrae á sí misma, y á su propia condicion y baxeza, pues la considera comparada á la suprema grandeza y magestad de Dios, y así, no puede sentir de sí, ni saber altamente, antes se humilla, abate, teme y se confunde en su nada, ni desea mas que su propio desprecio: con este ingenuo conocimiento miraba el P. Estevez los honores del Mundo, y las Prelacías de la Religion con horror, y las huia como si fueran un peligro inminente de su perdicion y eterno daño; y para estar mas léjos de él, quisiera estar sepultado en las montañas de la Talamanca ó de otros Indios bárbaros, sin mas empleo que el de promulgarles el Santo Evangelio, y atraerles al seno de la Católica Iglesia por el santo Bautismo.

Á este glorioso fin dirigió el V. Padre todos sus anhelos, y por alcanzarlo dió tan penosos y largos pasos, haciendo varias tentativas por diversos rumbos; pero todos le salian frustrados, y parece que lo disponia así la alta Providencia, para que le sirviera con mas eficacia en el Instituto, y que quanto él deseaba estar mas remoto de otros distintos objetos, por los mismos medios que escogia, se acercara mas á la estimacion de su mérito, y quanto procuraba huir temiendo los honores, ellos le siguieran hasta aprisionarle. La mucha virtud, la austerísima penitencia, el crecido crédito de su continua y apostólica predicacion, gobernado todo con prudente zelo, motivaron á los Padres del V. Discretorio para elegirle el año de seiscientos noventa y uno por Vicario Presidente del Colegio.

Miraban en él todos los Misioneros, una de las mas robustas columnas sobre que el Altísimo habia erigido el místico edificio del Instituto Apostólico, y las fervorosas tareas con que habia solicitado su mayor progreso, no solo con el buen exemplo de sus Concolegas, sino con el ardiente zelo del bien de las almas, en que incesantemente trabajaba; y habiendo tanteado la prudencia que tenia para el monástico gobierno, el año de noventa y tres fue elegido, con la mayor parte de los votos, y confirmado en Guardian del Colegio, conforme á los Estatutos apostólicos. Oprimido de tanto peso, suplicaba con lágrimas y rendimientos, que le ayudaran á llevarlo y mantener el espíritu del Instituto, los que el mismo Dios habia elegido y traido al Seminario para Operarios de tan alto ministerio, satisfaciendo á su vocacion por medio de la mas perfecta observancia de la Regla y de las Constituciones apostólicas. Este zelo le quitaba muchos ratos á su amado retiro, y muchas lágrimas á sus ojos, por conservar la abstraccion de los comercios del siglo, el estrechísimo silencio que en-

cargan las Bulas, y la perfecta uniformidad en todas las cosas. Era el primero de dia y de noche en las asistencias del Coro y demas actos de Comunidad: franqueaba á todos el socorro de sus particulares necesidades: andaba solícito en el alivio de los enfermos, y les visitaba afectuoso: procuraba ser suave y benigno con todos, templando su fogoso y austéro espíritu con tan caritativa prudencia, que se atraía los corazones de sus Súbditos, sin privarles de lo que podia darles un honesto desahogo ó consuelo.

No era el estar el séquito de la Comunidad en su vigor y observancia, óbice para franquear de dia y de noche las confesiones que pedian los enfermos, pues enseñado de la experiencia, sabia quan necesarios son para muchos estos espirituales auxîlios: los mismos tenia prontos para los que vienen de muy léjos y de la Ciudad á buscar su remedio, de suerte, que llevando el compás de la caridad en la mano, ó le comprimia ó le dilataba, segun la mas ó menos urgencia de los negocios y circunstancias de los Sugetos, le dictaba la prudencia.

Puede afirmarse que en aquellos dichosos tiempos en que gobernó el P. Estevez, hubo en el Colegio tanta luz como fuego, porque sus Misioneros, igualmente ilustrados con la ciencia sus entendimientos, tenian encendidos los corazones en el amor sagrado, y zelo de sus apostólicos ministerios: parecia competir en todos esas dos prendas, y á su proporcion crecia la emulacion santa de la virtud y la de la sabiduría, con lo que hallaba su fogoso espíritu algun desahogo de la continua fatiga en que siempre le tenia el bien de los próximos, que no podia solicitar por sí mismo con las prisiones del oficio; pero guiado de lo mucho que habia visto y logrado en sus Misiones, desde luego envió Varones de gran virtud, y zelo intrépido de las glorias de la Cruz, que predicando en las Ciudades, Villas y Lugares, exâltaran las de Christo crucificado, haciendo la guerra al Demonio, y libertando de su cruel tirania á innumerables pecadores que tenia prisioneros en los vicios, y ciegos en sus pasiones.

No es otra cosa la intencion recta, que un fino amor de la Divinidad, que la mira presente, la consagra sus obras, y desnudando el corazon de afectos terrenos, quanto dispone, es procurando su agrado y mayor servicio; y como el hábito de una virtud, es el que le dá calidad y nobleza á la alma, por eso, amando el V. Padre á Dios, quisiera que todas sus obras fueran de su divino agrado y servicio; pero caracterizaba mas á su alma, el zelo con que habia deseado ocuparse en la conversion de los Gentiles, y tenia como represadas en ella sus antiguas intenciones: por eso, obligado del fin del Instituto, alentaba á los Misioneros con fervorosas exhortaciones, para que emprendieran su reduccion y catequismo; y estimulado con las Cartas de los Venerables Padres Fr. Melchor de Jesus y Fr. Antonio Margil, que se ocupaban en las misiones de Guatemala, les hizo saber que en ellas decian: »Á todos »nuestros carísimos Hermanos y Pa»dres, que por esta nos tengan á sus »pies como á los menores indignos de »su santa compañia, y que de parte »de Dios nuestro Señor les hacemos »cargo de tantas almas como se pier»den por estas partes, solo porque no »hay quien entre á decirles que hay »Dios, por la dificultad de los cami-

»nos.» Y para satisfacer de su parte tan sério cargo, ya que no podia por sí mismo, destinó, no dos Ministros, como los Padres pedian, sino quatro insignes y zelosísimos Obreros, que envió luego con un Religioso Lego para su alivio, por ser de conocida virtud y exemplo. Con no poco dolor se reprime la pluma para justificar las intenciones del V. P. Estevez en enviar una Mision tan escogida, quando en ellas solo se ve ser su único anhelo la mayor honra y gloria de Dios, y el bien de innumerables almas que reduxeron al seno de la Iglesia, penetrando con indecibles trabajos todos aquellos yermos, y derramando su sangre por Christo.

En el mismo año en que fue electo Guardian del Colegio el V. P. Estevez, tuvo la complacencia de que se les abriera á los Misioneros la entrada al Nuevo México, que habian pretendido nueve años antes, pues se publicó una Patente del Prelado Superior, en que exhortaba á todos los Religiosos para su apostólica empresa, y luego se alistaron ocho escogidos Hijos del Colegio, que se internaron entre aquellos infelices Apóstatas, y perseveraron en indecibles trabajos, hasta dar algunos gloriosamente las vidas por el bien de sus almas, y reducir sus rebeldes espíritus á la union de la Iglesia. Ambas expediciones fueron evidentes pruebas, capaces de hacer concebir, pero no de juzgar el grado á que se sublimaban las intenciones y ardiente zelo de un Prelado que tan generosamente se enagena de doce ilustres y amados Hijos, sacrificándolos en las aras de la caridad, á la salvacion de los Indios mas bárbaros é indómitos, que con las lanzas y macanas les labraron al P. Fr. Francisco de Jesus Casañas, en el Nuevo México, y al P. Fr. Pablo Rebullida, en los Talamancas, las ínclitas palmas del martirio.

Estas acertadas providencias del V. Padre, daban complemento á las obligaciones de su oficio; pero al paso que su pávido y modesto genio le inclinaba á esconderse en las montañas de los Infieles, y en los abatimientos de su humildad, esta misma adelantaba la estimacion de su mérito, y le proporcionaba á los empleos mas honoríficos. Habia fallecido ese mismo año de noventa y tres, por el mes de Junio, en la Corte de Madrid, el V. P. Fundador Fr. Antonio Linaz, que era el primer Comisario de las Misiones, y Prefecto Apostólico de Propaganda Fide en todas las Indias Occidentales, y parece que en su muerte quiso recomendar el mérito que habia experimentado en el zelo, religiosidad, capacidad y trabajo del V. P. Estevez, y le nombró por Succesor suyo en tan honoríficos y privilegiados oficios, pues le vinieron autorizados de los Superiores los correspondientes despachos.

No salieron vanos tan fundados designios, pues en uso de sus facultades, las fue comunicando á los Misioneros, con grande alivio de sus conciencias, para remediar innumerables almas, que sin ellas quedaran perdidas: con ellas tambien condecoró la persona del V. y R. P. Fr. Francisco de San Joseph, á quien habia enviado, con otros tres Compañeros, á las Conversiones del Reyno de Guatemala, donde trabajó gloriosamente, y penetró aquellas incultas montañas, reduciendo muchos Bárbaros, hasta la Isla de Toja; y despues de haber emprendido, lleno de llagas y penosos accidentes, dilatadas jornadas y embarcaciones, conducentes á la es-

tabilidad y reduccion de los Talamancas, le fue empeñando su ardiente zelo y caridad hasta pasar las tierras del dilatado Reyno del Perú, donde, con la facultad de Vice-Comisario y Prefecto, que le habia conferido el V. P. Estevez, se presentó en la Imperial Ciudad de Lima, y captadas las licencias necesarias, y benevolencia de aquella Santa Provincia, promovió el Instituto Apostólico, fundó un Colegio, y obró tan ilustres hazañas, que despues de su muerte se han procesado con informaciones jurídicas, para el efecto de su Beatificacion y Canonizacion, que todo aquel Reyno desea.

No corrieron con tan prósperos sucesos las nuevas Misiones de Infieles que se habian fundado en las Provincias de los Texas, pues en el primer año de su gobierno se salieron, aunque llenos de dolor por desamparar aquellas incultas tierras, los Misioneros, y se restituyeron al Colegio. Fue esto atravesar el corazon del V. Padre con una cruel lanza, considerando desamparadas tantas miserables almas; y aunque atendidas las razones que los Padres tuvieron para salir de la tierra, conoció ser justos los motivos para no permanecer en ella, estando imposibilitados de poder lograr sus apostólicas empresas, pero quedaron impresos en su alma; y llevándole la divina Providencia á España, los representó al Rey nuestro Señor, y con ellos justificó no haberse frustrado aquella espiritual conquista por negligencia ó culpa de los Misioneros, y consiguió con sus informes, las providencias de que despues se hará particular memoria.

Afanaba pues el V. Padre en la continua solicitud y desvelo de su gobierno, por darle el mejor órden y uniforme método al Colegio, proporcionando todos sus ministerios á los fines de su Instituto, é inflamando á sus Alumnos con su exemplo, y con este educaba á los que se iban agregando de nuevo, con que vieran la Observancia regular exâcta, la oracion continua, el silencio inviolable, el zelo ardiente, y se alentaran á la imitacion de los Fundadores que habia en la Comunidad, pues en la realidad fueron unos espíritus abrasados que no interrumpian de dia ni de noche la fatiga en los ministerios, como hombres verdaderamente Apostólicos, cuyas hazañas podian ocupar muchas plumas, si como ellos fueron humildes en ocultarlas, hubiera habido próvida diligencia en escribirlas.

Unos los enviaba á los Paises mas remotos de Gentiles, para alumbrar sus almas, sentadas en las tinieblas de sus ignorancias y sombras de la muerte de sus errores é idolatrias: otros á las Ciudades populosas, para predicar las mas sólidas verdades é importantes desengaños, y que levantando las voces con vehemencia de espíritu, quebrantaran las naves hinchadas y soberbias de Tarsis: otros dirigia su fervorosa caridad á las tierras que por calientes y llenas de plagas, estan mas vacias de Doctrina, para que enseñando los rudimentos de la Fe, y explicándoles los Misterios y preceptos, dispertaran con sus ecos apostólicos, aquellos dormidos y estúpidos Christianos.

Aun en el mismo Seminario, que no podia desamparar, no suspendia el V. Padre el trabajo, disciplinando en él á los que venian atraidos del Instituto, con ser él el primero que salia por las calles, plazas y barrios dando voces, y llamando á los

errados, para reducirlos al camino verdadero, y evitar con santos y devotos exercicios los públicos escándalos y pecados. Como siempre fue Christo crucificado el asunto de su predicacion, y la vida de su alma su Pasion y Muerte, exhortaba á todos no despreciaran el tesoro que en ellas tenian, para satisfacer á la divina Justicia las deudas de sus pecados, y promovia el Via-Crucis con especial eficacia, para que todos abrazaran su freqüencia: por eso en los Viernes que la V. Orden Tercera anda las Estaciones subiendo al Calvario, y viene á concluirlas en el Colegio, el V. Padre lo hacia con una fervorosa y afectuosa Plática, en que exponia los mas eficaces motivos de la contricion y dolor de los pecados, con que se debe pedir el perdon de ellos; y así, hacia el Acto de Contricion con tales afectos de su enardecido espíritu, y lágrimas de sus ojos, que movia á ella aun á los corazones mas duros, y solo por oírselo, se atropellaban los concursos, sin que se pudiera decir que era novelero aplauso del Pueblo, pues no solo concurria con la Tercera Orden lo mas lucido de la Ciudad, sino que subian los Padres mas graduados del Convento de N. P. San Francisco, y los mas calificados Misioneros y Padres Maestros de la Compañia de Jesus, admirando todos el incendio amoroso y espíritu apostólico con que el V. Padre movia á lágrimas y contricion de las culpas, á tantas y tan diversas personas.

En medio de tan infatigable zelo, bien conocia la prudente caridad del V. Padre, que era preciso que sus Operarios tomaran algun breve descanso, para proseguir las tareas con nuevo aliento: con esta canonizada máxîma, les franqueaba las moderadas y honestas diversiones que se dan de Comunidad, pues aunque él se privaba de ellas, temeroso de afloxar la cuerda á su espíritu, porque no se desordenara la armonía de las virtudes; pero no lo pensaba así de los que hacen virtud la misma recreacion, y aun de ella sacan fruto, teniendo el ánimo fixo en sus propias obligaciones, y sin distraerle en el tiempo de un honesto desahogo; y no hay duda que aunque el ingenio ha discurrido reglas para el movimiento perpetuo, pero la experiencia ha mostrado que siempre falsea con leves causas el artificio que lo compone, y que aun la dureza del bronce en los cañones de Artillería, se cansa con la continuacion de vomitar fuego, y con baños de vinagre se refrigera.

Solo divertia su atencion en el esmero de promover el culto sagrado, y en la decencia de los Ornamentos, que aunque conformes á la pobreza del estado, pero queria que fuesen correspondientes al decoro y servicio de la magestad de los divinos Misterios: tambien cuidaba de aumentar Celdas en el Colegio, con el fin de que se pudieran admitir mas Operarios del Evangelio, y ponia grande eficacia en el socorro de las necesidades de los Religiosos, tanto sanos, como enfermos; y lo aseguró así el Auto de la visita jurídica del Colegio, en que el Visitador declaró: »no haber resultado en la residencia de su »oficio cargo alguno, y le dá las gra»cias por la asistencia, zelo y vigi»lancia que habia tenido en la admi»nistracion del oficio, y por los mu»chos y grandes aumentos que habia »hecho, y provisiones que dexaba:» asímismo daba muchas gracias á toda la Comunidad, por el buen exemplo en el Pueblo, y mucho trabajo en

el ministerio de Misioneros Apostólicos, que era nueva calificacion del buen gobierno de su Prelado.

Relevante prueba de la justicia con que se formó ese Auto de la visita, fue el suceso de la nueva eleccion de Guardian, pues habiendo elegido al V. P. Fr. Francisco de San Joseph, fue confirmado en el oficio; pero estando ausente hasta las remotas montañas de la Talamanca, el M. R. P. Comisario Visitador y Presidente del Capítulo, nombró por Presidente *in Capite* del Colegio al V. P. Estevez, y mudado solo el nombre, quedó con el mismo cargo y gobierno, en los que dos meses despues le confirmó, por su Patente, el M. R. P. Comisario General, y prosiguió en ellos otro año y tres meses, que tardó en venir el V. P. Fr. Antonio Margil, á quien el Superior Prelado confirmó en defecto del primero, porque habia pasado el tiempo que prescriben las Leyes, y no habia venido, pues aunque se le habia escrito, estaba tan distante en las Misiones, que no recibió las Cartas, hasta pasado un año y quatro meses.

Hostigado ya el V. Padre de tan dilatado gobierno, deseaba solo el retiro de su Celda y sosiego de su conciencia; pero pocos meses pudo lograrlo, porque impedido legítimamente el M. R. P. Comisario General para ir á la visita de la Provincia de N. P. San Francisco de Zacatecas, le instituyó su Comisario Visitador, confiando de su acreditada prudencia, zelo y actividad, el acierto en las providencias que mas conduxeran á la paz y conservacion de aquella Santa Provincia. Insufrible peso fue el de esta comision, para la ingenua humildad y pávido genio del V. Padre; pero debiendo soportarlo reconocido, antes que quexoso, le llevó luego al santuario de la oracion, pidiéndole al Señor le inspirase el modo de consagrar á su santo servicio tan escabroso negocio, y que se dignase de dirigir su intencion á solo lo que fuera de su divino agrado, para que desvanecidas en su corazon las nieblas de la vanidad, amor propio y respetos humanos, no mirara mas que los divinos. Fue aceptada su comision con aplauso y benevolencia de todos los Reverendos Padres de aquella Santa Provincia, y despues de las debidas diligencias, y publicada la convocatoria, comenzó su visita, uniendo con discreta armonía el oficio de Delegado, y el cargo de Misionero; y así, visitaba paternalmente á los Religiosos, y apostolicamente á los Fieles, resultando en unos y otros muy excelentes frutos. Celebróse el Capítulo con la mayor paz y concordia, de lo que le rindió al Señor infinitas gracias, pues le habia concedido la especial de complacer á aquella Religiosísima Provincia, y llenar los deseos del pastoral zelo de su Superior Prelado, para volver á su Colegio con espiritual gozo y honor del Instituto.

CAPÍTULO V.

Envia la obediencia al V. Padre á las Cortes de Madrid y de Roma, y lo que en ellas consiguió á favor del ministerio apostólico.

TIENE la caridad y amor de Dios unos sensibles aumentos que la encienden y perficionan en su misma linea, emprendiendo con ánimo infatigable las obras que se dirigen al agrado del Señor, y á su mayor servicio: por este rumbo habia gobernado siempre su espíritu el V. P. Estevez, y viéndose ya sin las prisiones de la Prelacía, que le habian tenido varado mas de seis años, y con los oficios de Comisario y Prefecto de las Misiones, que le franqueaban libertad absoluta para que ninguno pudiera impedirle qualquiera espiritual conquista de Infieles, que era lo que tanto habia solicitado, parece que este sería el primer objeto á que pondria toda la eficacia de su zelo; pero eran muy diversos á los que le destinaba la soberana Providencia, disponiendo que sus fatigas y trabajos los ordenara la Obediencia, para aumentos de su caridad y amor de Dios, exponiendo sus comodidades y su vida, por su mayor honra y gloria.

En los primeros catorce años de la fundacion del Colegio, se habian dexado llevar como fecundas nubes, por la fuerza que les inspiraba su zelo, los mas de sus Apostólicos Fundadores, con tan rápidos vuelos, que ya habian beneficiado las remotísimas Provincias de este Reyno y del de Guatemala, con el fin de establecer Misiones de Infieles en ellos. No habian sido ménos rápidos los que habian hecho en once Obispados, predicando la divina palabra con mucho fruto de las almas; pero como las tareas eran tantas y en tan distantes tierras, eran para su cultivo muy pocos los Operarios, pues aunque el año de noventa y dos habian venido de España veinte y ocho Religiosos, el de noventa y siete eran muy pocos los que se ocupaban en sus laboriosos ministerios. Por esta causa el V. P. Fr. Antonio Margil, que era Guardian del Colegio, y su V. Discretorio, determinaron enviar un Procurador á Madrid, que consiguiera una Mision, y que pasara á Roma á otros importantes negocios; y juntos, segun Dios y protesta que hicieron, juzgaron que el mas apto para ellos era el P. Fr. Francisco Estevez, y así lo decretaron, por concurrir en él las partes, prendas y virtudes que se requerian para tan importante empresa.

Bien pudiera el V. Padre, con muy justificadas razones y claros motivos, excusarse de una comision tan onerosa; pero vivia clavado en la cruz de sus temores, y del cargo que en la muerte le haria su crucificado Señor, si como él, no fuera obediente hasta la muerte, y muerte que dió á los hombres la vida; y así, se resignó humilde, exponiendo por su amor la suya á los peligros y trabajos del mar y caminos; porque unido por caridad con Dios y sus próximos, solo deseaba excusar á su Magestad las ofensas, y á ellos su perdicion y ruina, sin que le costara nada el hacer en la Ara de la obediencia, el sacrificio de su san-

gre y de su vida. Con tan nobles afectos, proporcionó las necesarias licencias, y se embarcó el año de noventa y ocho. Ya sabia, por experiencia, las calidades de la gente de que se sirven las embarcaciones, y de los que marchan en ellas; pero era su aspecto sério y penitente, y su trato cortesano y humilde, y con edificativas obras y espirituales pláticas, fue modificando sus torcidas costumbres, y exhortando á todos á que lograran el tiempo que se pierde en el viciosísimo ócio de los navios, con exâminar sus conciencias, confesarse de todas sus culpas, y merecer por una contricion verdadera, el perdon de ellas, y los prósperos sucesos de sus negociaciones, si eran justas; y en estos buenos oficios acabó su viage y llegó á la Corte; y en virtud de sus poderes, y licencias de los Prelados, se presentó al Supremo Consejo de Indias.

Llevaba en su corazon muy vivo el dolor de la despoblacion de las Misiones de Texas, sucedida en su Guardianía; y sabiendo que ya estaba el Rey bien informado de las muchas providencias que se habian dado en la conquista de aquella Provincia, como tambien de que en su desamparo no habian tenido parte, ni aun por negligencia, los Religiosos, le pareció oportuno, para facilitar su restauracion, el informar á S. M. que por su Colegio de Querétaro se habia fundado, con las precisas licencias, una Mision en el rio de Sabinas, así por la mucha gentilidad que habia en aquella tierra, como por ser la puerta de todas las internas hasta Texas, y pidió, que para su fomento, y prosecucion de otras Conversiones, se sirviera de concederle una Mision de veinte Religiosos, y de costear de su Real Hacienda su conduccion hasta el Colegio. Estaba, como la division de las aguas en la voluntad del Jardinero, el corazon del Rey en la mano del Señor, y así, le inclinó á quanto fue de su divino agrado; y derramando los corrientes de su Real liberalidad y católico zelo, le concedió, por su Real Cédula, que pudiese colectar diez y ocho Sacerdotes y dos Legos para las Misiones del Seminario, á costa de su Real Hacienda; y para el logro de sus soberanos designios, mandó expedir otras quatro Cédulas, una para el Señor Virrey de México, otra para el Señor Obispo de Guadalaxara, y dos para los Gobernadores de Leon y de Cohaguila: mandaba S. M. en ellas, que diesen todo amparo y fomento á la dicha Mision, y las que despues se fueran fundando, como efectivamente lo han hecho con grande christiandad y zelo.

Desde el año de noventa y quatro, en que era Guardian el V. Padre, habian tomado posesion del Hospicio de Misioneros los Religiosos del Colegio, en la Ciudad de Guatemala, y segun los informes remitidos á S. M. esperaban en breve tiempo las licencias para fundar el Colegio; y así, le escribieron á su V. Guardian, diciendo: »Por esta damos infinitas gracias »á nuestro buen Maestro Christo cru»cificado, que se dignó de aumentar»nos y juntarnos, y á V. P. que nos »lo mandó, de que tendrá el premio: »quiera su Magestad que sea de co»rona por estas partes.» Parece que estas enfáticas palabras aludian al deseo con que el P. Estevez solicitó acompañar en sus tareas á los Venerables Padres Fr. Melchor y Fr. Antonio Margil, á cuyo fin habia caminado hasta Chiapa, queriendo decir, que si por la obediencia le faltó al V. Padre la ocasion del martirio, pero

no la voluntad de padecerlo; pero mas propiamente lo explica el suceso de la pretension que esperaban, habiéndose retardado demasiado.

Muchas y repetidas habian sido las diligencias que se habian hecho en la Corte del Rey Católico para que se dignara de conceder la licencia para la fundacion del Colegio, pero todas sin algun efecto; y hallándose en ella el V. Padre, como Procurador del Colegio de la Santa Cruz, tomó el negocio con tanta actividad, como era la de su zeloso espíritu, y en vista de las representaciones que le hizo al Rey, dice en su Real Cédula: »Que ponderando todos, (los »que antes le habian informado) quan »del servicio de Dios y bien de las »almas de aquellos naturales sería la »ereccion del Colegio, en cuya vista, »atendiendo al particular logro que »se ha conseguido con la predicacion »de los Misioneros Apostólicos que »del de Queretaro han salido á predicar y convertir los Infieles bárba»ros, deseando se prosiga tan santa »obra, se habia resuelto á conceder »la licencia.» Con este nuevo riego con que la Real magnificencia benefició el corazon del V. Padre, se llenó de gozo por ver coronados con él los piadosos deseos de aquella Ciudad Nobilísima, y puestos en exercicio á sus Misioneros, para que fueran corona suya los bárbaros que se sujetaran al suave yugo del Evangelio y del de tan benéfico Soberano: obtenida la Real Cédula el año de setecientos, para que se erigiera el Seminario, en que se habian de educar Varones Apostólicos que propagaran el Evangelio en las naciones Infieles, y zelaran la observancia de los divinos preceptos en las de los Fieles, la remitió con el P. Fr. Jorge de la Torre, quien habiendo llegado á Querétaro, dió muestras de los talentos que tenia para Misionero; y nombrado por el R. y V. Discretorio, por Presidente de la nueva fundacion, llevó un tanto de la Cédula, para ir proporcionando la ereccion del Colegio.

Muchos fueron en Madrid los tropiezos que como invencibles escollos la embarazaban; pero era la intencion del V. P. Estevez tan recta, que venciéndolos, la elevaba hasta el Sol de Justicia, sin ladearse á otros respetos caducos, y así, era pura, porque era limpia, y era tanto mas perfecta, quanto el blanco de la voluntad divina estaba en su corazon sin mezcla de la humana, sin atencion á sí mismo, y contento solo con obrarlo todo á la mayor honra y gloria de Dios, para la exâltacion de la Fe Católica y dilatacion de la Iglesia, é imperio del Supremo Rey que desde el Cielo la gobierna. Esa misma felicidad que el V. Padre veía en sus negocios, azoraba su espíritu con los temores de no impedir á la divina Providencia sus auxîlios, y por eso, cargado de las fatigas que solo saben los que agencian en las Cortes, salió de la de Madrid á pie, pobre, y extrangero en la tierra, á solicitar Sugetos para su Mision, y teniéndola ya completa, la presentó en la Contratacion de Sevilla, y se reseñaron en ella diez y ocho Religiosos Sacerdotes y dos Legos, y dió para su embarque todas las providencias necesarias, por estar ya muy próxîma la salida de la Flota.

Con el mismo equipage que fue á Sevilla, salió el V. Padre para andar las trescientas leguas que hay hasta Roma, atenido solo al alto espíritu de pobreza en que el Evangelio quiere que sus Profesores pongan la confianza, y á la largueza con que

su celestial Padre cuida de sus necesidades. Entró en la Santa Ciudad, enriqueciendo su alma con las soberanas gracias que en ella derrama el infinito tesoro de la Iglesia, y proponiendo sus encargos, que siendo de fácil expedicion para la actividad de su genio, pudo en breve conseguir su despacho, pues para el Mayo de setecientos y uno, consta haber refrendado el Rmô. P. Comisario General de Indias la Patente en que el Ministro General de la Orden le habia instituido Comisario de Misiones, por la muerte del V. P. Linaz, la que juntamente con las facultades apostólicas, y nombramiento de Prefecto Apostólico de las Indias Occidentales, con que le habia condecorado la Sagrada Congregacion de Propaganda Fide, presentó en el Supremo Consejo de Indias, y logró su pase, con lo que pudo lograr su regreso á su Colegio el año siguiente de setecientos y dos.

Digno es de reflexion, el que habiendo trabaxado el V. Padre mas de diez y ocho años en el ministerio apostólico con universal aceptacion, ya en los Púlpitos, ya en los Confesonarios, en peregrinaciones y negocios, en Prelacías y oficios honoríficos, con cuyos méritos podia en su Santa Provincia gozar de un honroso descanso, al pasar muy cerca de ella, ni el amor de la Patria, ni el de la sangre, ni el de su propia honra ó conveniencia, pudieron hacerle entrar en ella, y solo le arrastra el amor de las Indias, en que ya sabia no habia de hallar sino trabajos, descomodidades y penurias; pero segun los dictámenes del santo temor que animaba su espíritu, se hacia cargo de que debia hacer cierta la vocacion de Dios al ministerio apostólico, y que le habria traido para que fuera luz en este Nuevo Mundo, y así, tenia obligacion de desterrar con los rayos de la predicacion apostólica, las tinieblas de errores é ignorancias de los Gentiles, y como sal de esta tierra, de curar con la acrimonia de la mas sana doctrina, la corrupcion de los vicios que fermenta en los Católicos.

Con estos sobrenaturales fines llegó el V. Padre el año de setecientos y dos á las Indias, y hecho cargo de que las influencias de esa luz habian de ser como de un Planeta incansable, que saliendo de la jurisdiccion y términos de sus casas, debe visitar las agenas, discurriendo como vago por todas ellas, luego que supo las eficaces diligencias que la N. C. de Zacatecas habia practicado para que en ella se fundara un Colegio, y despues de mucho tiempo no podia lograrlo, quiso juntar á la obligacion de su oficio, la que tenia gravada en su agradecido afecto. Habia diez y seis años que con el R. P. Escaray habia hecho mision en aquella Ciudad, y nunca pudo olvidar los extraordinarios frutos que dieron complacencia á los Angeles del Cielo, ni los devotísimos afectos con que veneró á los Misioneros, y mas que todo, la generosa resolucion con que quiso hacer perpetuos sus santos propósitos, pretendiendo fundar en un Santuario de Nrâ. Srâ. de Guadalupe un Colegio; pero no siendo dable condescender á tan acrisolados deseos por la inópia de Religiosos que debian satisfacer las funciones regulares del Coro y del ministerio, quedaron por entónces suspensos sus anhelos.

Ese mismo año, acabado de llegar de la Europa el V. Padre, fue otra Mision á dicha Ciudad, y como vivia entrañado en los corazones el

amor á los Misioneros, volvieron á instar sus nobles Ciudadanos sobre el empeño de que se quedaran en el Santuario, del que les hicieron donacion los Señores Beneficiados, y el Cabildo Secular, de un competente sitio para el Convento, conspirando los Señores Mineros con ofrecer las limosnas para la fábrica y sustento de los Religiosos. Informado de todo el V. Padre, ya por efecto de su agradecimiento, ya por su oficio, se puso luego en camino, y con su presencia se avivaron los ánimos, y con la debida instruccion y forma, se formalizaron los informes del M. I. Cabildo, de los Señores Vicario y Curas, y de todos los Prelados de los Conventos, con cuyos documentos pasó el V. Padre á Guadalaxara, en donde consiguió los informes de la Real Audiencia, del V. y M. I. Cabildo en Sede-Vacante, y allanó todas las demas dificultades que pudieran ofrecerse para conseguir la fundacion.

Volvió el V. Padre á Zacatecas, y con las debidas licencias, tomó jurídica posesion del Santuario, en calidad de Hospicio, y se mantuvo en él algun tiempo, y dexando en él otros Religiosos, se vino á Querétaro, y el dia diez y seis de Diciembre, usando de las facultades que el Señor Inocencio XI. dá al Comisario de Misiones, le dió Patente al R. P. Fr. Pedro de Urtiaga, para que fuese á España á solicitar de S. M. Católica la licencia para la ereccion del Seminario, y fue el Señor servido de bendecir los trabajos y pasos del V. Padre, dándole el consuelo de verlos logrados, con la fundacion de un Colegio que siempre ha florecido en virtudes, y desempeñado las obligaciones del Instituto Apostólico.

CAPÍTULO VI.

Prosigue el V. Padre sus apostólicas peregrinaciones con grandes frutos de las almas, hasta su dichosa muerte.

ARDIA en el corazon del V. Padre el oleo de la caridad y amor de Dios, y en la fervorosa meditacion que freqüentemente tenia de la Pasion y Muerte de Christo, se enardecia su alma como una lámpara encendida, que esparcia por todas partes sus ardientes luces; y como no es accion libre en un globo encendido difundir sus rayos y que iluminen la tierra, en esa misma emanacion se consideraba obligado á encender por la tierra ese fuego, y que ardiera en los corazones el que Christo vino á infundir en las almas, y sin libertad, destellaba luces de doctrina y enseñanza, y fuego vivo de amor en todas ellas. Con semejante impulso corria el V. Padre, cumpliendo con el oficio de Comisario de las Misiones, y como si hubiera estado en un delicioso ócio descansando, emprendió el viage de quatrocientas leguas que hay de Querétaro á Guatemala, pues consta que en el Agosto de setecientos y cinco, pasó en aquella Real Audiencia su Patente de Comisario, y las facultades de Prefecto, y tambien consta que el Abril de setecientos y seis llegó de vuelta al Colegio de la Santa Cruz, no debiendo atribuir tan dilatado y penoso viage,

sino á un gran servicio de Dios y bien espiritual del próximo.

Con este objeto dirigió el siguiente año de siete sus apostólicos designios á la N. C. de la Puebla, en la que habia veinte y quatro años que acompañó á su V. Caudillo é insigne Maestro el V. P. Fr. Antonio Linaz, en la famosa mision que ya queda insinuada, y como entónces deseó esta N. C. que en ella se fundara un Colegio de Misioneros, pero siendo tan corto el número de los Fundadores, no pudo el principal de ellos cooperar á tan christianos designios: fueron estos efectos de la fructuosa mision, en que se vieron reformados los vicios, practicada la penitencia, exercitadas las virtudes y freqüentados los Sacramentos; y jugando el diestro zelo del V. P. Estevez en esta segunda mision de las mismas armas, contra las astucias del comun enemigo, se repitieron las mismas victorias, porque se vió conmovida toda la Ciudad, con exemplar reforma de los trages profanos, de los tratos impuros, de los comercios usurarios, y de todos los vicios que corrompen las buenas costumbres.

Eran muy visibles estas mudanzas, que no podian ser sino de la diestra del Altísimo, y podian tenerse como manifestacion de su divina voluntad, por lo que el V. Padre, teniendo el honor de estar en la Sala Capitular, les recordó á los M. I. Señores sus antiguos deseos, y les propuso las mejores circunstancias que por esa ocasion habia para la fundacion del Colegio. Fue esto descubrir el fuego que estaba oculto en aquellos nobles corazones, pues se hizo admirar el empeño que tomaron para la fundacion del Seminario, quando parecia que estaban ya olvidados aquellos primeros intentos. Prendió este prodigioso fuego tambien en el Nobilísimo Cabildo de la Ciudad, en el que presidia como Alcalde mayor, el Teniente de Capitan General Don Juan Joseph de Veytia, y con todos los Señores, hizo un informe plenísimo, pidiendo á la Magestad Católica se dignara de conceder la licencia para que en aquella Ciudad se fundase un Colegio de Misioneros. Lo mismo hizo el Illmô. Señor Obispo Dr. D. Manuel Fernandez de Santa Cruz; y aunque fueron tan eficaces todas estas diligencias, pero en la Corte de Madrid faltó Agente que las pusiera en estado de correspondiente providencia, y por eso calmó el curso que debia tener pretension tan piadosa.

Á los dos años, con ocasion de pasar á la Europa por Procurador del Colegio un Religioso condecorado, y siendo Virrey el Exmô. Señor Duque de Alburquerque, renovó el V. Padre sus instancias, y por ellas dió S. E. un informe para S. M. que es una comprobacion de todo lo dicho, pues en él expresa los progresos espirituales que ha conseguido en estos Reynos el fervoroso zelo de los Misioneros, diciendo á S. M. que no puede dexar de poner en su soberana comprehension lo conveniente que sería el que se aumentasen las fundaciones de este Instituto, y principalmente la que pretende el Comisario de estas Misiones Fr. Francisco Estevez, en la Ciudad de la Puebla ó sus cercanias. Llegó el Procurador á Madrid, y aunque al principio iban prósperas sus pretensiones, no faltó quien ocultamente se opusiera á ellas, y valiéndose de la sobrada introduccion que tenia con los Prelados Generales, les figuró las cosas con tales coloridos, que se persuadieron no ser conveniente que el

Procurador prosiguiese en ellas, y así, volvieron á quedar varadas en cenagosa arena.

Infatigable el V. Padre en el cumplimiento de su oficio y ministerio, prosiguió misionando por varias partes del Reyno, teniendo por suficiente premio de sus afanes, haber hecho de su parte quanto alcanzaban sus fuerzas para que su predicacion fuera agradable y bien recibida de la divina Bondad, pues siempre atribuia á su Magestad el aprovechamiento de los auditorios, como obra de su divina gracia, y así, aunque solian ser abundantísimos los frutos de sus Sermones, sabia muy bien que ni el que planta ni el que riega en los campos de la Iglesia es algo, porque de Dios ha de venir el incremento, y en este conocimiento le tenian clavado sus temores continuos, y los del estrecho cargo que se le habia de hacer de la recta intencion con que debia satisfacer las obligaciones de sus oficios.

El de Comisario de Misiones debia durarle siete años, segun la Patente que le dió el Rmó. P. Comisario General de Indias, para que cumplidos, se hiciera eleccion de otro Comisario de Misiones, conforme á lo que prescriben las Bulas de la ereccion de los Seminarios, en cuyo cumplimiento se celebró el mes de Septiembre del año de setecientos y nueve, en que fue electo y confirmado el R. P. Fr. Joseph Diez. El otro oficio de Prefecto de todas las Indias Occidentales, pertenece á solo la sagrada Congregacion de Propaganda Fide; y habiéndoselo prorrogado nuevamente, con el uso de las facultades apostólicas, y la de poderlas comunicar á los Misioneros, le duró todo lo restante de su vida el consuelo de ser tan favorables al bien espiritual de las almas, y quietud de las conciencias.

Con ninguna diligencia se ha podido lograr documento alguno que llene el tiempo que medió desde la dicha eleccion de nuevo Comisario, con relacion de los hechos del V. Padre, hasta su muerte; pero en la memoria de esta, se dice haber sido el dia veinte y cinco de Mayo de mil setecientos veinte y uno, que fue el setenta de su edad; y habiendo sido en la quietud de su Colegio, y prevenida de penosas enfermedades que le habian contraido las fatigas de casi quarenta años que constantemente sirvió en el ministerio apostólico, se supone habia de ser muy serena y pacífica, y piadosamente se espera fuese en la presencia del Señor como las de los fieles Siervos, que alegran al gran Padre de familias con las usuras de su santo zelo, que les franqueó abundancia de frutos con el sudor de sus trabajos, duplicando los talentos.

En este piadoso concepto, fue de especial edificacion para sus Hermanos, quedando en su memoria esculpida la buena fama de su virtud, que les mereció el elogio de haber sido un gran Religioso, dibuxando en tan reducida tabla el dedo de un gran Gigante, para que puesta en ese punto la vista, por él se pueda formar concepto de la eminencia á que le elevó la austeridad de su vida religiosa: esta se hace mas de admirar, contemplándola tan larga como poblada de una inculpable inocencia, macerada de crueles mortificaciones, fortalecida en una oracion perpetua, trabajada con fatigas y apostólicas empresas, y en medio de todo, abatida de terribles temores, y de una humildad que solo podia exceder de muy profunda, siendo el principal asunto de su alma, y

tan tenaz en sus desprecios, que ni la eficaz eloqüencia de su conciencia propia, sabia rendir sus pávidos dictámenes.

Sobre este sólido fundamento fundaba el V. Padre la vasa firmísima de su fe, con tan ineluctable asenso, que siempre deseó con ansias y buscó con fatigas las ocasiones de sacrificar en sus aras su propia vida, ó consumirla entre las naciones bárbaras, lastimado de la perdicion de las almas de innumerables Gentiles, que viven sepultadas en el abismo de la idolatría é infidelidad. No le era ménos doloroso el infeliz estado de una fe muerta en que estan sepultados muchísimos Católicos, y por eso en sus misiones acostumbraba sensibilizar su fe con vivísimas protestas y fervorosos actos de religion, y principalmente el de la tiernísima devocion con que freqüentaba los pasos del Via-Crucis, para hacer á los Fieles reverenciar la Pasion y Muerte de nuestro Redentor Jesuchristo, instruyéndoles en el infinito valor de sus méritos con eficacísimas razones, para que se aficionaran á tan útil y santo exercicio: con la misma eficacia de palabras y exemplo persuadia á todos la devocion á Maria Santísima, como á Madre y Abogada de los pecadores, rezando en todas partes, por los caminos, el santo Rosario, explicándoles sus Misterios, y los beneficios que concede el Señor á sus devotos.

Todo el ardor de su espíritu lo ponia en las misiones, para explicar con el mayor método y claridad los principales Misterios y dogmas de la divina Ley, y por eso se exîmía de predicar Sermones morales muchas veces, y tenia mucho gusto de hacer las dichas explicaciones para la ilustracion de muchos Fieles que ignoran aun los Misterios mas necesarios para salvarse: hacia estas con tanto fuego como luz, con tanta energía como claridad, con las que confirmando lo que la Fe enseña con razones, símiles y exemplos fáciles y eficaces, se daba á entender de todos, y reduciendo su materia á la que en el Sermon se predicaba, disponia los entendimientos para el asenso, é inflamaba las voluntades para determinarse á aborrecer los pecados y hacer confesiones generales, saliendo tan conmovidos los auditorios con los Actos de Contricion que hacia, que al ver efectos tan fervorosos, se admiraban los hombres mas sérios y doctos, conociendo sazonada la cosecha, al mismo tiempo que se sembraba el grano de la divina palabra, aun en la mas ingrata tierra. Así desahogaba en parte el V. Padre los vehementes impulsos que siempre habia tenido de padecer por la Fe de Jesuchristo, y de derramar su sangre por la exâltacion de su Cruz, para lo que con intrépido zelo buscó varias veces las ocasiones y se puso en los peligros, pero el Señor aceptaba solo sus deseos.

Estos los tenia fixos en el Cielo, y apoyados en la firmísima esperanza en Dios, que era la que le daba vigor y valentia para todas las mas dificultosas empresas en que empleó su laboriosa vida. Esa misma esperanza que tenia en solo la divina Providencia fue siempre la áncora de que confiaba y se valia para no zozobrar en las tormentas en que agitaban su alma los continuos temores que les tenia á las culpas, avivados del humilde conocimiento de su fragilidad y miseria, pues hubiera llegado á peligrar, anegado en el abismo de una mortal tristeza, si no se socorriera de los valientes esfuerzos que en

ella misma tenia. Con este poderoso auxîlio, quando en sus confusos temores se veía asombrado y medroso con la funesta imágen de los riesgos de perderse, y combatida su alma de sus turbulentas pasiones, se postraba y rendia á los pies de su crucificado Dueño, y esperando que por los méritos de su Pasion santísima se le habian de perdonar sus culpas, lloraba amargamente sus ingratitudes, y le pedia con ánimo contrito y humillado, le conservara en su divina gracia, segun su paternal é infinita misericordia.

De esta fuente nacian aquellos arroyos de lágrimas y Actos de Contricion verdadera con que fecundaba las almas que con atencion le oían, y se los infundia mas con afectos que con discursos, excitando en ellas la firme esperanza con que se animaban para confesarse arrepentidas, y con firmes própositos de la enmienda. Parecia copiada en el corazon del V. Padre la perfecta imágen de la esperanza christiana con sus mismas facciones, y con el pincel de sus obras, porque tenia tan impresionada en su alma la de Christo crucificado, que se liquidaba amante y compasivo por los ojos, purificando sus afectos con sus lágrimas. Este don que admiraron en un Varon tan sério y animoso muchos hombres doctos y virtuosos, lo calificaron como índice del amor y esperanza con que reverenciaba en sus temores á Dios, y confiaba en la Pasion de Christo, porque nunca se explican bien una confianza y voluntad finas, sino con la eloqüencia de las lágrimas.

La fogosidad de su espíritu, que lo acreditó zelosísimo de la mas pura observancia de la Regla Seráfica y del Instituto Apostólico, la constancia en la oracion, la abstraccion del Mundo, el tenor perpetuo de sus exercicios espirituales, el inviolable silencio, y la imparcialidad con todos, la continua tarea en los Confesonarios y Púlpitos, las ardientes ansias de padecer y morir propagando la Fe de Christo y promulgando su Evangelio, efectos eran de una caridad encendida, que siempre oficiosa, no le permitia descanso, porque solo vive de la fatiga, no deseando mas estipendio de sus afanes, que la moneda con que solo el amor se paga, porque solo estos gages le hacian ser ambicioso, pero nunca satisfecho.

De esa caridad intensa con que amaba á Dios, era conseqüencia la inextinguible con que amaba las almas con la sangre de Christo redimidas: de aquí nacian las ansias con que se desvelaba por reducir á los pecadores á verdadera penitencia, y á los Gentiles al gremio de la Santa Iglesia. Reflexîonense los pasos de todas sus largas y penosas peregrinaciones, y no teniendo en ellas otros fines, podrán estimarse en no ménos que los de los mas insignes y zelosos Misioneros y Ministros del Evangelio, pues á ninguno fue inferior en la predicacion de Christo crucificado, y por ella en los trabajos, en exponer su vida á los peligros, en las jornadas fragosas y dilatadas, en los desamparos de los desiertos, en los riesgos de los mares, en las enfermedades, en los continuos desvelos, en la hambre, en la sed, en los muchos ayunos, en el frio, en el intenso calor, en la desnudez, y en otras innumerables incomodidades y congoxas que son anexás al ministerio apostólico, practicado al plan con que Christo envió á predicar á sus Discípulos y les intimó á sus Apóstoles. Fuera de todas estas

extrínsecas fatigas, reflexiónense tambien las que interiormente padeció su alma, no solo por el tormento de sus continuos temores, sino tambien por los gravísimos cuidados y obligaciones en que le ponian los oficios y la variedad de negocios; y mas que todos, por la instancia quotidiana con que promovia y solicitaba el aumento de las Misiones, la conversion de los Gentiles y de los pecadores, y el de los Seminarios é Instituto Apostólico; y con el conocimiento y conjunto de tan arduas empresas, conocerá qualquiera que fue el V. P. Fr. Francisco Estevez uno de los mayores Obreros y zelosos Ministros Apostólicos, y en quien manifestó Dios, con singular providencia, la belleza y hermosura de los pies que por los montes y valles anuncian y predican la paz de la Iglesia con gloria de la Cruz, y evangelizan la exâltacion de la Fe, resplandeciendo en sus pasos la sabiduría del Cielo, la doctrina del Evangelio, y la piedad de sus buenas obras.

CAPÍTULO VII.

Vida del V. P. Fr. Joseph Diez.

Incorpórase en la Mision del V. P. Linaz, y se ocupa con infatigable zelo en el ministerio apostólico.

VOLCAN siempre mal callado era el corazon del V. P. Linaz, pues de él nacian unos ambientes fogosos que respiraba su enamorado espíritu, y con que encendia en el divino amor al que se le acercaba: así se vió en Toledo, que entrando en el Convento de San Juan de los Reyes, con solo su aliento quedó inflamado el P. Fr. Joseph Diez, que aunque de solos veinte y seis años de edad, estaba ya instituido Predicador y Confesor en su Santa Provincia, para agregarse á la Mision que andaba colectando. Hacian recomendables sus designios, las personales prendas cultivadas desde su Noviciado en el exemplarísimo Convento de San Diego en Alcalá, con la práctica de las virtudes, y con la aplicacion que habia tenido en la carrera de sus estudios, y por eso el V. Padre le admitió á su compañia muy gustoso, y siempre le miró como escogida piedra sobre que habia de fundarse el Instituto Apostólico.

Llegó el dia de salir de su Convento, y previendo el comun enemigo la guerra que baxo de la Vandera de la Cruz le habia de hacer aquel nuevo Soldado, avivó en su imaginativa tales sugestiones, que resfriaron todos sus concebidos fervores, pareciéndole imposible vencer el amor que tenia á su Santa Provincia, á quien tantos favores debia, y á sus Padres, parientes y dulce Patria, haciendo estos respetos con tal vehemencia sus oficios, que casi sin deliberacion le sacaba del Convento solo el pundonor que siempre habia observado; pero es cierto que no se puede jugar con el fuego, y ménos con el que baxa del Cielo, pues llegando á la plaza de Zacado-

be, para salir de Toledo en el punto y tiempo de tocar las Aves Marias, el V. Padre valiéndose del silencio que induce á los Christianos la devocion de rezarlas, y de la ocasion de ser el auditorio muy numeroso, prorrumpió en estas breves palabras: »Fieles, ¿en qué pensamos? que nos habemos de morir, pena eterna, ó Gloria »eterna.» Con solo este luminoso trueno, se conmovió toda aquella gente en seguimiento de los Misioneros, y encendió en el corazon del V. P. Diez, la lámpara que estaba ya casi apagada, pues lo confiesa de su misma letra, diciendo: »Palabras fueron »estas, como primogénito parto de »sus labios para mis oidos, que siendo tanta mi tibieza, y mis afliccio»nes no pocas en dexar mi Santa Pro»vincia, Padres y parientes, me alen»taron para proseguir la jornada di»latada y penosa hasta las Indias, »considerándome indigno, como lo »soy, de venir en su santa compañia, »pudiendo decir con verdad: Padre »mio, por las palabras de tus labios, »yo abrazé y emprendí los caminos »duros del Instituto Apostólico.»

Alentado ya de nuevos fervores, prosiguió muy consolado y confirmado en sus propósitos, viendo los auxîlios con que el Señor favoreció en aquel viage á su V. Comisario, y los extraordinarios esfuerzos con que veía á los demas Compañeros llevar los trabajos del camino, haciéndoselos ménos penosos, el exemplo y santos exercicios que el V. Padre hacia en ellos. Llegados á Sevilla, y hecha la reseña de los veinte y quatro Misioneros, pasaron á Cadiz deseosos de embarcarse, y era de admirar una Mision tan florida, compuesta de Sugetos doctos, místicos y graduados, unos por la Cátedra y otros por el Púlpito: esto mismo confundia al V. P. Diez con su propio conocimiento, pues dice: »bastantes veces, con ra»zon, temí que por indigno de su »compañia, y como á inútil para tan »alto ministerio, me despidieran de »la Mision.» Pero esa ingenua humildad era la mas apta para los soberanos designios del que eligió unos pobres pescadores para la dignidad de Apóstoles.

Estaba publicada la salida de la Flota para el dia de San Juan, y esto afligia á los Misioneros, pues no pudieron juntarse de tan distantes partes hasta tres de Julio, y quando temian llegar tarde, se hallaron con la novedad de que no habia de ser el viage hasta de allí á ocho meses, por lo que considerando las graves incomodidades que de tan pesada demora se les habian de seguir en agenas Provincias, se fueron retirando los mas de ellos á las suyas propias. Con este exemplo, se juntaron varias circunstancias que influian graves desconsuelos en el V. P. Diez, pues no faltó persona de autoridad que le dixera que la ida á las Indias no podia ser para conversiones de Gentiles, pues en ellas estaban ocupadas las Religiones, ni tampoco la Provincia de Michoacán habia de conceder el Convento de la Santa Cruz, que era de su Recoleccion, y en demandas y respuestas se pasaria el tiempo, andando los Religiosos vagueando por las Provincias. Con tan fuertes motivos, el volverse el Padre á la suya, ni carecia de exemplares, ni se podia acusar de veleidad, y le proporcionaba el volver con honra á gozar de sus Padres y parientes.

Pero no era fácil de eludir con aparentes pretextos la eficacia de la vocacion con que el Señor le habia

elegido para el ministerio apostólico, ni que dexara de sentir aquella venturosa llama con que el divino amor calienta el alma, y su gracia le hizo ver vanos esos temores, y aborrecer el Mundo para predicar á Christo crucificado, por lo que obedeció gustoso el órden de su V. Comisario, de repartirse por los Pueblos de aquellos contornos, exercitándose en hacer misiones. Ya con nuevos afanes y viages habia el V. P. Linaz reemplazado de nuevos Operarios su Mision, y antes de embarcarse, quiso que gustaran de la gracia del ministerio, para que intrépidos, y como succesores de los Apóstoles, rompieran desde allí la guerra que habian de continuar en estos Reynos contra el poder de las tinieblas, haciendo mision en aquella populosísima Ciudad de Cadiz, y resultaron de ella tan abundantes frutos, que pudieron satisfacer al ardiente zelo de sus Misioneros: dispuso tambien que se embarcaran en diversos navios, para que en todos se continúara la mision, con mucho consuelo de los pasageros, y desde luego tuvieron ocasion para emplear su zelo, porque desde la salida se levantó un vendabal tan furioso, que arrojaba las naves á la Costa de Berbería, y para no estrellarse unas á otras, se dividió la Flota en dos Esquadras, que no pudieron unirse hasta Puerto-Rico.

Era la pena de verse todos en el último peligro de perder las vidas tan evidente, que tuvieron bastante que hacer los Misioneros, pues olvidados de sí mismos, solo atendian á confesar, exhortar y consolar á los afligidos. Todos anhelaban por llegar á Veracruz, para descansar de un viage que duró mas de tres meses, y desahogar el ánimo de tan prolixos trabajos; pero se aumentaron los tormentos hallando sus calles llenas de cadáveres mal enterrados, prisioneros de los Piratas los vivos, profanados los Templos, robados los caudales y consumidos los víveres: no hallaban aquellos pobres Religiosos mas pan que el de lágrimas, ni mas sustento que pocos frixoles mal cocidos, y algunos mendrugos de vizcocho prieto, pues aun los Comerciantes ricos se contentaban con las sobras de los navios.

Mandó el V. P. Fundador que los Misioneros de dos en dos se fueran saliendo, pero sin mas equipage que el báculo y el Breviario: el P. Diez tomó el camino con especial consuelo, por haberle dado de Compañero al V. P. Fr. Antonio Margil; y abrigándose á una Requa de Azogue, venian atenidos á algunos pedazos de vizcocho que sólian darles los pasageros, pero les pagaban á los Arrieros su sombra con luces de doctrina, porque en parando se rezaba de rodillas el santo Rosario, y se les hacia una plática doctrinal y devota para el reforme de sus vidas. Antes de llegar á Cotastla tuvieron órden del V. P. Comisario, de que hiciesen mision en los Pueblos del tránsito, y la hicieron allí y en Guatusco, y entrando en el Pueblo de San Lorenzo, que es todo de Negros, se hizo con indecible fruto, el que se veía en las crueles penitencias que hacian, y la compuncion y lágrimas con que se confesaban. Así continuaron por los demas Pueblos, en los que entraban cantando la Letania de nuestra Señora hasta la Iglesia, en donde predicaban y explicaban las circunstancias necesarias para una confesion fructuosa, y confesaban los dias necesarios á su consuelo, sin perdonar trabajo algu-

no, no siendo el menor, el ser tiempo de lluvias, y no tener otra túnica con que mudar las mojadas, que se les secaban en el cuerpo: con estas incomodidades, y otras no poco penosas, llegaron á San Juan del Rio, en donde el P. Diez prosiguió misionando el tiempo que tardó en ir á Querétaro. Fue esto el dia de la gloriosa Asuncion de nuestra Señora, que guiados de tan feliz estrella, llegaron á parar en la sombra del árbol de la vida, y con su amparo establecieron el nuevo Colegio y la Regular Observancia de la Regla Seráfica, conforme á los Estatutos de sus particulares Bulas, añadiendo otras devociones y exercicios espirituales, para fomento del Instituto. Luego renovaron los fervores del zelo apostólico, y publicaron los Jubileos en una mision que hizo reformar muchos abusos y establecerse la freqüencia de los santos Sacramentos, y de otros devotos exercicios: en todo habia dado el V. P. Diez, pruebas de la suficiencia y zelo que hacen al ministerio, y por ellas, al siguiente mes de Octubre, le escogió el V. P. Fundador para que le acompañase en la mision que hizo en la Imperial Corte de México, en la que trabajó predicando en las Parroquias, Monasterios, calles y plazas, siendo incansable en el Confesonario. En esta mision se sintió tan ilustrado de un perfecto desengaño el R. P. Fr. Antonio Escaray, Predicador del Rey, y aplaudido de todos por su doctísima eloqüencia, que renunció la Guardianía del Convento Grande, y se vino á honrar el Colegio, gloriándose de ser Predicador Apostólico, y en una ocasion le dixo al P. Diez: »harto me »confundió S. C. quando le oí predi»car en el patio de San Francisco, »que me decia yo á mí mismo: ha Fr. »Antonio, este muchacho te repre»hende. ¿De que sirven tus flores? »Esto es lo seguro.» Y si este tan ruidoso y exemplar desengaño no fue efecto del zelo del V. P. Diez, no se puede negar que conduxo mucho para perficionarlo.

Concluida esta famosa mision, repartió el V. P. Fundador á sus Misioneros, para que fueran predicando por varios rumbos: al P. Diez le envió al Obispado de Puebla, y con otros Compañeros fue misionando por muchos Pueblos hasta Atrixco, en donde le llegó órden de venirse al Colegio, y lo hizo, dice, »con harto »dolor de no proseguir la cordillera »que llevaban á la tierra caliente.» No venia á descansar al Colegio, sino á cargar mayor trabajo, porque habia Dios dotado el espíritu de su V. Fundador de zelo tan apostólico, que lo infundia en sus Hijos, abrasando sus corazones en el bien de las almas y salvacion de todos; y así, les enviaba como voladoras nubes que agitadas del poderoso viento de las divinas inspiraciones, fecundaran con la doctrina evangélica las mas remotas regiones de todas las Indias, y cogieran en la propagacion de la Fe y glorias de la Cruz, muchos frutos que consagrar á la honra de su crucificado Dueño. Tal fue la empresa á que destinó el año de ochenta y quatro á quatro escogidos Misioneros que por el mes de Marzo salieron del Colegio para la Provincia de Yucatán ó Campeche.

Fue uno de ellos el V. P. Diez, y no es de poco honor á su virtud y zelo el haberlo acompañado á tres Varones tan insignes, que en aquellas tierras merecieron el P. Fr. Melchor Lopez y el P. Fr. Antonio Margil el elogio de ser sus Apóstoles, y el P.

Fr. Francisco Casañas, el de coronar su vida con la guirnalda de darla por la Fe en el Nuevo México: con este invicto Soldado salió acompañado el V. P. Diez desde el Colegio, y habiendo llegado á Veracruz antes que los otros, quisieron lograr la ocasion de hacer mision en ella, ya que se frustró quando vinieron de España, y la publicaron con grande aceptacion de todos sus Comerciantes, ayudándoles con fervor los Religiosos de aquel Convento: fue notable la conmocion y ópimos los frutos de ella, y vino á completarla el M. R. P. Comisario General, predicando el último Sermon de penitencia. Pasaron los Misioneros al Castillo de S. Juan de Ulúa, donde no fue menor el espiritual provecho de muchísimas almas, así de las que lo habitan, como de las que acudieron por ganar los Jubileos.

Poco despues de idos de aquel Puerto, llegó á él el V. P. Linaz, y fue de gran consuelo á su espíritu el haber sabido los laboriosos empeños del zelo de sus hijos, y sabiendo que estaban en la Ciudad de Mérida, quiso congratular sus trabajos con esta familiarísima Carta: »ó Beata Trinitas. Queridos Hermanos mios, P. Fr. »Joseph Diez, y P. Fr. Francisco de »Jesus Maria, la gracia del divino »amor sea siempre en nuestras almas, »para que en todas partes hagamos »la causa de nuestro amorosísimo »Dios y Padre amantísimo, como ver»daderos Hijos de nuestro Serafin en»cendido y abrasado de amor. Así »les miro, así les contemplo á ambos »á dos, predicando con exemplo y »con palabra en esa Ciudad de Méri»da, que aunque hay mucho que ha»cer, porque el enemigo no dexa de »sembrar zizaña, más ha de poder el »buen exemplo y la palabra divina, »y que salgan tambien por otros lu»gares de esa Santa Provincia. Rue»go á Dios me guarde á mis queridos »Hijos &c.» Tan impresas llevaba las apostólicas tareas de sus dos Misioneros, que desde la Havana les dá noticia de las suyas propias, y les exhorta á trabajar entre los Gentiles con paternales afectos.

El dia quince de Abril se embarcaron los quatro Misioneros con el M. R. P. Comisario Grâl. que iba á hacer el Capítulo Provincial de Campeche, y á los ocho dias dieron en su Puerto: al tercero de su llegada publicó el Superior la mision con expresiones tan vivas, que valiéndose del Evangelio del dia, que dice: sacaron los Apóstoles las redes llenas de grandes peces, les decia: á eso vienen los Misioneros, á buscar pecadorazos, no pecadorcillos de no nada; y fueron estas palabras de tanto aliento para los tímidos, que dice el P. Diez le llegó á él uno y le dixo, que le habia abierto el Padre el corazon con aquellas palabras, y se confesó de todas sus culpas; pero quando se conoció mejor el fruto de la mision, dice fue el dia de la Procesion de penitencia, por las excesivas en que se exercitaron, inventando nuevos modos de atormentar los cuerpos, para mas purificar las almas, siendo necesario mediase la prudencia los extremos, quitando penitencias, para que los indiscretos fervores no pasasen á vicio. Siguieron los Misioneros predicando por los Pueblos circunvecinos hasta la Ciudad de Mérida, en donde volvió á publicar la mision el Superior General, y oían á los Padres con aceptacion tan devota, que les quedó impresa su doctrina, de forma que el mismo P. Diez dice, fue testigo de la fir-

meza de sus propósitos, y los experimentó todo el tiempo que estuvo en Mérida, que fue dos años, y aun despues le escribió un confidente suyo, perseveraban en lo comenzado.

En el tiempo que los Padres estaban en su apostólico ministerio, el Prelado celebró el Capítulo, y deseando restablecer el Instituto Recoleto que sesenta años habia que se habia establecido en un Convento cercano á la Ciudad, llamado el tránsito de la Mejorada, le pareció que teniendo allí quatro Religiosos, cuya rígida observancia de la Regla y estrechísima pobreza habia experimentado él mismo, y cuyos Estatutos Apostólicos son muchos, los mismos que los de los Recoletos, ya tenia logrado su intento, pues estos ordenan: »que si desfa»lleciere el modo de vivir recoleto, y »no permaneciere en su primera en»tereza, podrán los Prelados Genera»les llevar Frayles de otras Provin»cias y hacerlos Guardianes.» Y proponiendo su intento al R. y V. Definitorio, se lo aplaudieron, y nombraron por Guardian del nuevo Instituto al V. P. Fr. Melchor Lopez: todo esto se les hizo saber á los Misioneros, los que rendidos obedecieron.

Veían aquellos Apostólicos Operarios de un golpe destruido su propio Instituto, para cuyo exercicio habian venido al Colegio, y conferenciando los graves inconvenientes que de él resultaban, se postraron á los pies del Superior, representándolos con humildad, y con eficacia el daño que se seguiria á muchas almas que necesitaban de doctrina en aquellas remotas Provincias, y mas á las naciones Gentiles que se escondian en sus montañas, y fueron sus súplicas bien aceptadas del Superior, que no podia negar la verdad de sus razones, por lo que renunciando la Guardianía el P. Fr. Melchor, se embarcaron en una Piragua, y el Prelado les impuso precepto para no volver sin nuevo órden á Mérida: estos favorables sucesos les hacia suaves los intolerables de tan incómoda embarcacion, pero la providencia de Dios queria con nuevos trabajos exercitar su constancia, porque arribando ya á la Barra de Tabasco, les salieron tres embarcaciones de Piratas, que les obligaron á tomar á todo riesgo la vuelta de Campeche, á donde por fin llegaron.

Desembarcados los Misioneros, se fueron al Convento, y el Prelado, haciendo del accidente misterio, les dixo: he pensado que ha sido castigo de Dios porque no se quedaron á fundar la Recoleccion, y les mandó que fuesen al Coro á hacer oracion particular, para que se determinara lo que mas conviniera: á poco rato les mandó llamar, teniendo ya hechas unas cédulas, con las que sorteó que se quedaran dos para dicha fundacion, y fueron el P. Fr. Joseph Diez y el P. Fr. Francisco Casañas: fue este un nuevo dolor para el P. Diez, que confiesa que á no impedírselo la obediencia, hubiera replicado, pareciéndole imposible una nueva fundacion de Recoletos con solo dos, y estos los menores de los quatro; pero que se persuadió á que en ella se deberia mas á la disposicion divina que á la industria humana: esto mismo respondió al Prelado, preguntándole si quedaba consolado. Le respondió tambien: »si la obediencia me envía, yo »no sé á lo que voy, la obediencia »me ha de enseñar y lo ha de ha»cer todo.» Era esto, por negar su propia voluntad, negarle al entendimiento las luces, pues bien conoceria que no se han de buscar en las suer-

tes las resoluciones, quando la razon clara y prudente demuestra la verdad que se investiga, y la que se habia atendido en la resolucion primera.

Rendidos á la obediencia, tomaron el camino para Mérida, y presentadas las Patentes al R. P. Provincial, pasaron al Convento de la Mejorada, en cumplimiento del órden del Superior Prelado, y dieron principio á la fundacion de aquella Santa Recoleccion el dia diez y seis de Julio del año de mil seiscientos ochenta y quatro. Desde el mismo, pusieron los Fundadores el mayor esmero en cumplir y zanjar el Instituto Recoleto en sus particulares Constituciones, apoyadas en la raiz y origen de donde proceden y dimanan todas las virtudes, que es la santa oracion, pues quien toma con empeño qualesquiera negocio, aunque sea exterior, si poniendo los medios humanos, invoca en la oracion el favor divino, seguro tiene su feliz suceso, sin que sean bastantes á impedirlo ni todos los lazos y tropiezos que atraviese el comun enemigo, ni todos los intereses y falacias del Mundo.

De suerte que se dan las manos íntimamente la oracion y los negocios; por eso quando aquella sube á tratar con Dios, estos baxan á mirar el espiritual provecho del próximo, y sin que la caridad se entivie en lo que obra, se fervoriza en lo que contempla, y así, se transforma el alma de claridad en claridad, de deseo en deseo quando sube, y se perficiona de virtud en virtud quando baxa, porque en la oracion como Maria, y en las obras como Marta, solo solicita el mayor servicio de Dios, y su mayor honra y gloria. Á este fin unieron los dos Fundadores el ascético del Instituto Recoleto, y el laborioso del ministerio apostólico, y con ambos procuraron preservar de la humana corrupcion los preciosos frutos que en la mision próxîma habian logrado, imponiendo el exercicio de la Via-Sacra todos los Viernes del año, y los Domingos y fiestas principales, el rezar la Corona de Maria Santísima y otras devociones, cuyos exercicios concluian con fervorosas pláticas, ya dogmáticas, ya morales, que con vivas exhortaciones producian la freqüencia de los santos Sacramentos, y para eso no faltaban del Confesonario.

Era esta práctica, conforme á una Constitucion recoleta que dice: »se ha visto por experiencia, que el »estado de la Recoleccion no sola»mente es necesario para acrecentar »la devocion de los Seglares, sino »tambien para conservar la pureza y »hermosura de nuestra Orden.» Y por eso se experimentó uno y otro en aquella nueva fundacion, pues era tal el fervor de los Bienhechores en sus devotos socorros, que á porfia se los franqueaban á los nuevos Recoletos, y con tal profusion, que con las limosnas mendigadas y graciosamente ofrecidas, se sustentaba el Convento, sin que se llegara á experimentar aquella grave necesidad en que el Estatuto Recoleto juzga necesario el tener Síndico; antes les fue preciso muchas veces poner cotos al pedir la limosna, para no exceder los límites de la santa pobreza que intima la Regla Seráfica.

Desde el principio de la fundacion fue instituido el P. Diez Maestro de Novicios, y aunque desde luego hubo pretendientes, les iba probando con prudencia, para que no fuese su vocacion novelera, é instruyéndoles en lo rígido del Instituto, por lo que

no se determinaron á abrir el Noviciado hasta los seis meses en que ya tomaron algunos el hábito. Bien presente tenia el V. P. Diez la disciplina regular en que fue educado, pues procuró conservarla toda su vida, como tambien la práctica de las Constituciones Apostólicas con que se habia fundado el Colegio; y aunque no hay memoria de algun particular método que observara en su Noviciado, pero es de creer que con doctrina y exemplo lo haria ver, y en lo que consiste ser buen Religioso, pues se aplicó con tanto esmero á criar en virtudes y religion á aquellas tiernas plantas, que despues descollaron en árboles fructuosos, para mantener y conservar en toda su entereza tan exemplar Instituto. Era de gran consuelo espiritual y temporal para los dos Compañeros, el llevar juntos sus indispensables trabajos é interiores congojas, gravadas con los cuidados y fatigas de una fundacion Recoleta; pero el temperamento fue destemplando la complexîon del P. Fr. Francisco, hasta perder del todo la salud, y en juicio de los Médicos, con gran riesgo de perder la vida, por lo que le persuadieron debia dexar la tierra y salir á otra mas templada: para esto le pidió su licencia al R. P. Provincial, y se puso en camino para México, con el fin de informar al Prelado Superior de todo lo practicado, y que fueran mas Obreros á perfeccionar en el Instituto aquel Convento: acudióse á la fuente de donde siempre han manado las aguas vivas de la Recoleccion mas perfecta, y la Santa Provincia del Santo Evangelio proveyó con dos de sus Hijos, dignos de eterna memoria por su virtud y zelo de la mas rígida y pura observancia, con lo que viéndose el P. Fr. Francisco imposibilitado de poder volver á Mérida, se retiró á su Colegio para los fines que la divina Providencia disponia su vida, y premiarla con una muerte gloriosa.

CAPÍTULO VIII.

Vuelve el V. P. Diez á su Colegio, y las fervorosas diligencias que hizo para ir á Misiones de Infieles.

CON dobladas angustias, soledad y desconsuelo pasaba el V. P. Diez en su Convento Recoleto ya mas de un año, pues quando llegaron á él los Reverendos Padres del Santo Evangelio, estaban próxîmos á profesar los Novicios que habian tomado el hábito seis meses despues de su fundacion, y como en el Colegio habia inópia de Religiosos, se valió el Prelado de tan oportuna coyuntura para mandarle se restituyera á él, lo que hizo con tanto gusto, como era el amor que tenia al ministerio apostólico, habiendo asistido en aquel Convento dos años y dos meses, siempre de Maestro de Novicios.

Á veinte y tres de Agosto del año de seiscientos ochenta y seis se despidió de Mérida, con notables demostraciones de veneracion y amor con que todos sus moradores le habian estimado, y no sin correspondencia de su agradecido afecto, quedando en corriente correspondencia

con personas piadosas, que procuraban fomentar los espirituales exercicios en que se empleaban muchas almas. No sacó para su dilatado viage, mas que el báculo y el Breviario, caminando á pie, y sin mas provision que la de la Providencia. Con esta misma se embarcó en Campeche, y pagaba el viage y los alimentos con el pan de la doctrina, y confesar á quantos se lo pedian. Desembarcó en Veracruz, y tomando el camino á pie y con tanta descomodidad, ya por los rigores del temperamento, ya por la necesidad de alimentos y mucha decadencia de fuerzas, cayó enfermo muy gravemente en la Villa de Córdova, en la que restablecido de tantos trabajos, se mejoró, para proseguir con su religioso teson hasta el Colegio, en el que entró el veinte y uno de Noviembre del sobredicho año.

Fue recibido de todos sus Hermanos, con el gusto y aprecio que sus virtudes y prendas le habian merecido; pero es insaciable y santa la codicia que tiene el zelo ardiente del bien de las almas, y por eso es enemigo del ócio, y solo en afanar descansa, porque sus ansias no se contentan con los frutos que coge, y así, está siempre anhelando por aumentarlos, y ganar con los talentos con que el Señor le favorece, mayores ganancias: por eso quando acababa el V. P. Diez de trabajar mas de dos años en continuas y penosas tareas, que uniendo las de ambas vidas habian sido de grandes provechos á las almas, quando acababa de sufrir las penalidades del mar y de la tierra, y de una enfermedad gravísima, y quando en la quietud de su Colegio podia tomar un moderado descanso, y recobrar las fuerzas de su fatigado cuerpo, emprende el emplear todos sus alientos en el ministerio apostólico á que Dios le habia destinado, no mirando la predicacion apostólica como empleo de una aplicacion piadosa, sino como cargo de que su Magestad le habia de tomar estrecha cuenta, y en su satisfaccion salió luego con otros Compañeros á misionar por el Valle de Toluca, empezando desde la Ciudad de Lerma, y recorriendo los demas Pueblos de aquella Comarca. Fueron los frutos de estas misiones tan grandes, que el mismo Padre se habia reservado su individuacion para ocasion mas oportuna, pero ó no la tuvo, ó se perdió su memoria.

Ya queda dicho que acabada la mision que se hizo en México el año de ochenta y quatro, les mandó el V. P. Fundador se repartieran por varias partes misionando: cinco destinó al Obispado de Puebla, y el P. Diez fue uno de ellos, que continuando en predicar la palabra divina, hacian gran fruto en las almas, y llegando á Atrisco, les llamó la obediencia para el Colegio, y fue con harto dolor de no poder proseguir la cordillera que llevaban á tierra caliente; y como semejantes dolores no se curan sino con apropiadas medicinas, teniéndolo todavia arraigado en el corazon, solicitó la de ir á misionar en aquellas tierras, como lo hizo, entrando con otros Compañeros, sin reparar en el trabajo de andar á pie desde Querétaro, y haber de sufrir las molestísimas plagas de Niguas, Garrapatas, Moscos y venenosas sabandijas, que causan demasiadas molestias y peligros de la vida; pero el Señor les consoló en sus fatigas con mayores ganancias y bien de aquellas almas, pues sus infelices habitadores, que por la mayor parte son Negros,

apenas tienen pasto alguno de doctrina, y siempre están hambrientos de ella, por lo que recibian la mision con ansia, y por las confesiones y penitencias que voluntariamente hacian, daban muestras de una contricion verdadera.

No eran estas y otras apostólicas tareas en que el V. Padre incansable se ocupaba, bastante lenitivo al dolor que sin cesar le afligia, de habersele frustrado el penoso viage que hizo hasta Campeche, y el eficaz deseo de promulgar el Santo Evangelio entre aquellos miserables Bárbaros, y mas, oyendo los admirables progresos con que sus Compañeros estaban propagando la Fe entre ellos; y para dar algun alivio á su pena, sabiendo que el V. P. Estevez iba á México con el intento de pedir licencia al Superior General para pasar á Guatemala á las conversiones en que los Compañeros trabajaban, se convino con él en confianza, para que alcanzara para los dos la licencia, que tambien le pedia al Superior por Carta: podia estorvar su designio el ser actualmente Vicario del Colegio, y por eso renunció con tiempo, y consta haber renunciado el mes de Septiembre del año de noventa.

Eran tan patentes las razones que el P. Estevez expuso al Superior, que vino en conceder la licencia, pero tan limitada, que solo era para seis ú ocho meses, en los que habian de ir á la Talamanca, catequizar, bautizar y dexar los Neófitos, para volver al Colegio. Bien conocieron los Padres que esto era mandar imposibles; pero sus fervorosos deseos de acompañar en sus espirituales conquistas á sus Hermanos, les hicieron emprender el viage, esperanzados de que llegando á Guatemala, le representarian al Prelado los trabajos de tan penoso camino, y le suplicarian les diese el tiempo necesario para cumplir las obligaciones del Instituto Apostólico, para cuyo fin dexaron sus Provincias y vinieron á este Reyno. Con estos designios caminaban para Guatemala, y les era de gran consuelo ver por aquellos caminos en que habian misionado los Venerables Padres Fr. Melchor y Fr. Antonio, las demostraciones de devocion que hacian al culto divino y á los Sacerdotes, los Indios, pues al entrar en los Pueblos cubrian el suelo con petates y flores, saliendo multitud de hombres y mugeres que los conducian á la Iglesia, y esto lo hacian, solo porque eran Compañeros de los otros Padres que ellos llamaban Santos.

Complaciase la divina Providencia en los pasos de sus Ministros; pero como es incomprehensible en sus disposiciones, los dirigia de diverso modo del que habia emprendido su zelo, y fatigados del camino, hambre y penosos trabajos, en llegando á una estancia de él, llamada Macuilapa, cayó el V. P. Fr. Joseph Diez gravemente enfermo, y fue necesario esperar el exîto, que se habia temido fatal; pero algo convalecido, siguieron hasta Chiapa de los Indios, en donde sucedió lo mismo al P. Estevez, y así lograron ambos el mérito de sus trabajos, á que cooperó tambien el de ser pobres.

Todas estas demoras parecieron dispuestas de lo alto, porque quando se disponian á proseguir su camino, les llegó obediencia del Superior General, por la que les mandaba se volviesen al Colegio, por la falta que en él habia de moradores: ofrecieron al Señor el sacrificio doloroso de sus propias voluntades, y volvieron á des-

andar ciento y ochenta leguas, con harta verguenza y desconsuelo; pero la humildad y modestia en semejantes infortunios, fueron siempre las flores con que la paciencia y constancia labran las guirnaldas de que se corona la obediencia.

Oculto, no extinguido, quedó en el corazon del V. P. Diez el fuego de la caridad con que deseaba propagar la Fe en las naciones bárbaras, y por eso, habiéndose revelado las Provincias del Nuevo México, quitando la vida á veinte y un Religiosos, el Superior Prelado exhortaba á todos los Religiosos para la reduccion de aquel apóstata Reyno, y luego que llegó su patente al Colegio, se alistaron en aquella espiritual milicia ocho Misioneros, siendo uno de ellos el V. P. Diez; y habiendo salido del Colegio el dia veinte y dos de Junio, caminaron mas de quatrocientas leguas á pie, con indecibles trabajos por lo áspero y desproveido del camino, que duró hasta diez y seis de Diciembre que llegaron á la Villa de Santa Fe, Cabecera de aquel Reyno; y aunque les recibieron los Indios con exteriores muestras de paz, era por solapar la sublevacion que estaban alevosamente fraguando, como despues se vió.

Fue la llegada, no para refrescar de tan penosa y larga caminata, sino para tolerar nuevos trabajos, porque no tuvieron mas alvergue que el de aquellos campos, sufriendo las inclemencias del Invierno, y sus nieves y yelos, como tambien las de la hambre y falta de alimentos, que les hacian esperar la muerte, ó á manos de los Indios, ó al rigor de tan crueles necesidades. Fue el R. P. Custodio asignando los Misioneros por Ministros de varios Pueblos: al P. Diez le destinó para que administrara en aquella Villa á los Soldados pobladores y á los Indios Tanos que se habian fortificado en ella. Eran estos dos fuertes empeños para el zelo de un Misionero, y siendo muy ingratas las reflexîones que le hacian intolerable el primero, el segundo le fue muy doloroso.

Los Indios Tanos, antes de la rebelion, habitaban el Pueblo de Santa Cruz de Galisteo, y teniendo un hermoso Templo de Parroquia y otro en una aldea, dedicado á San Christoval, irritados de un furor diabólico el dia del levantamiento, mataron impíamente los dos Sacerdotes sus Ministros, y profanando las cosas sagradas, incendiaron y demolieron las Iglesias, y se refugiaron en la Villa, pensando tener en ella un fuerte Presidio, y se les convirtió en cadahalso, porque velando los Españoles sobre sus astutas cautelas, vinieron á descubrir su alevosía y rebelde pertinacia, que comprobada por el Gobernador, sentenció á muerte á mas de sesenta. Consideraba el V. Padre que aquellos Reos eran en la Fe Neófitos, en las costumbres bárbaros y en los genios feroces, y así, veía su eterna condenacion tan próxîma como la de su sentencia; y como se afligia su espíritu, sin tener otro recurso que al Tribunal divino, implorando para sus almas la divina misericordia con incesantes oraciones y lágrimas, á eficacia de sus desvelos y exhortaciones, les hizo creer que el Señor les perdonaria todas sus culpas, si se arrepentian de ellas, persuadiéndoles á confesarse; y con esta disposicion fue auxîliando á cada uno en el suplicio, dándoles despues sepultura eclesiástica, en el concepto de haber sido verdaderas las muestras que dieron

de su penitencia.

Mayor angustia fue la que se siguió inmediata á esta, porque les asaltó á las Viudas é Hijos de los ajusticiados una mortal epidemia, y como no sabia su idioma para confesarlas, se valió de Intérpretes, y así las pudo disponer para recibir los santos Sacramentos y auxiliarlas en su muerte, sin que ninguna muriera sin el santo Oleo, llegando tambien á sesenta las que enterró, con quarenta párvulos hijos suyos. Fueron todas estas muertes tan seguidas, lastimosas é irreparables, que si tenian en confusion á las gentes, tambien era para todos de admiracion ver aquel zeloso é infatigable Misionero de dia y de noche lleno de amarguras, pero ocupado en el ministerio, ya exhortando á los ajusticiados, ya confesando á los moribundos, ya enterrando los muertos, ya administrando los Sacramentos á los Soldados y Vecinos, sin acordarse de sí, para tomar algun descanso ó los precisos alimentos.

No era esta especie de fatigas la que el V. P. iba buscando en aquellas tierras, pues conocia lo que era ser Párroco de Presidio, y no tener Indios en quienes exercer el catequismo; y por eso, serenada la pasada tormenta, le suplicó al Custodio le destinara á Mision de Gentiles, como ocupacion mas propia de su Instituto: fue necesario que repitiera su súplica, porque estaba en la Villa muy estimado, y no quisieran que les faltase tan zeloso Ministro; pero el R. Custodio, atendiendo á su consuelo, le dió la obediencia para unos Pueblos de la nacion Tequa, bastante retirados. Viéndose ya el V. Padre con dos Pueblos de Gentiles, y en el exercicio del ministerio apostólico, que tantos pasos, solicitudes y congoxas le habia costado, se entregó todo al catequismo de aquellos miserables Gentiles; y con la suavidad natural de su genio y amoroso trato, les fue atrayendo, é instruyendo en los divinos Misterios, hasta hacerles capaces del santo Bautismo y de los demas Sacramentos, casándoles, y beneficiando sus almas de todos modos. Trabajaba tambien personalmente con ellos para enseñarles á buscar su propia subsistencia, para que con ella pudieran conservarse en la Fe y Doctrina Christiana, sin verse necesitados á andar vagueando por los montes como las fieras. Tres años se mantuvo el V. Padre en aquellas tierras y sus laboriosas tareas, hasta que le llamó la obediencia para el Colegio, al que llegó el mes de Mayo del año de noventa y seis.

Nada satisfacia al ardiente zelo con que el V. Padre estaba siempre ansiando por la conversion de los Infieles; y aunque esta le tenia ya bastante costo y trabajo, aunque la obediencia le ocupaba en otros ministerios, pero como siempre humeaba en su corazon mal apagado aquel fuego, con qualquiera chispa se levantaba el incendio. Ninguno podia hacer ventaja en el zelo de la conversion de los Gentiles al que habia sido su Apóstol en los dos Reynos el V. P. Fr. Antonio Margil, y con todo, sacándole de sus Conversiones la obediencia para Guardian del Colegio, luego que llegó, nombró, con el R. y V. Discretorio, al P. Diez por su Vicario, y aunque al año pretendió renunciar el oficio, como la primera vez, por haber escrito un Misionero de la Talamanca que habia allá falta de Ministros; pero proponiendo al V. Prelado sus deseos, le denegó este consuelo, para que tuviera el mérito de ellos, y

de no obrar cosa ninguna por su querer propio, mirando en esto, que son mas necesarios en el Colegio hombres de respeto y exemplo para su conservacion y la del Instituto Apostólico.

No le impedian las ocupaciones de Vicario las del Instituto, teniendo un Prelado, que gobernando con el exemplo, si era idea animada de un perfecto Religioso, igualmente lo era de un zeloso Misionero, y uniendo sus intenciones, eran los dos uno solo para el gobierno: con esta máxîma, era exâctísimo en los actos de Comunidad, y en los exercicios espirituales y de mortificacion: era indefectible en la oracion y demas asistencias que exîge la disciplina de una Comunidad arreglada: le imitaba en las continuas tareas del Confesonario y del Púlpito, y en todo lo que podia ser del servicio de Dios ó bien del próximo, con lo que llenó las obligaciones del oficio hasta el año de setecientos, en el qual parece que fue nombrado Escritor del Colegio.

CAPÍTULO IX.

Sale el V. Padre á misiones de Fieles, y le hacen Guardian del Colegio, Secretario General, y Comisario de Misiones.

CON gloriosa emulacion, quando un Ruiseñor canta, le responde como á competencia otro, quedando empeñados ambos en llenar el ayre de su sonora armonía, de suerte que el que desfallece y queda vencido, primero pierde el espíritu que la voz, antes dexa la vida que el canto: igual emulacion, pero santa, parece que tenian los Venerables Fundadores del Colegio, aspirando al logro de los mejores carismas y gracias con que el Señor condecoraba el apostólico ministerio: el Púlpito era la palestra en que como enviados de Christo exâltaban la voz y esgrimian la espada de la divina palabra, para hacer guerra al Demonio y sus aliados, con tal valor y constancia, que primero dexarian la vida que la predicacion apostólica, y antes se expondrian á la muerte, que dexar de cantar ni de jugar las armas de la verdad y doctrina evangélicas, pues á los que Dios escoge para que por su medio se salven muchos, no solo se han de ocupar en la contemplacion de la divina hermosura, sino que han de levantar la Vandera de la Cruz, para alistar en su adoracion y seguimiento los Pueblos. Buen exemplar fue el Salvador del Mundo, que daba las noches á la oracion, y empleaba los dias en beneficio y enseñanza de los mortales.

Con estas sólidas máxîmas, luego que el V. P. Diez se vió libre de la precisa residencia en el Colegio, salió con otros Compañeros á predicar á Christo crucificado, llenando de melodía las almas, con cantarles sus divinas finezas y eternas misericordias. Comenzaron desde el Pueblo de San Juan del Rio, y entrando por el Charcon y Tequisquiapa, fueron fecundando con copiosas lluvias de doctrina y enseñanza todos los Pueblos de aquella Jurisdiccion y comarca, bendiciendo el Señor sus trabajos, en los copiosos y ópimos frutos que acopió en las troxes de su Iglesia, y dándoles á sus Ministros la gracia de du-

plicar los talentos que les habia confiado su Providencia, y por eso cada dia mas consolado y gustoso trabajaba el V. Padre en su apostólico ministerio, hasta que ella misma, por medio de la obediencia, le fue ocupando en otros varios destinos.

El primero fue el de Guardian del Colegio el año de setecientos y tres, en que, con no poca confusion de su humildad, viéndose primero Piloto de la combatida nave de la Cruz, gobernaba sus faenas con estudio y experiencia, con espíritu y destreza, y como no perdia de vista el norte con que la dirigia, con felicidad la libertaba de escollos y borrascas, porque era su confianza tan firme, que en la oracion alcanzaba que la divina Providencia despejara las nubes de los disturbios, y soplara favonios de gracia y serenidad en los corazones. Luego que se vió colocado en el oficio, se hizo cargo de sus obligaciones, extendiendo la vista y la consideracion mas atenta por el dilatado espacio en que los Religiosos del Colegio estaban afanando en sus heroicos ministerios; y siendo las Misiones de Infieles el primer objeto de sus cuidados, para que sus Ministros estuvieran socorridos en todas sus necesidades, y les fueran sus trabajos ménos penosos, sin tener que buscar arbitrios que quizá gravaran sus conciencias, puso Síndicos en todas ellas, para que se las remediaran sin trabajo del Misionero, y conforme á la pureza de nuestro estado, asegurando así la observancia de nuestra evangélica pobreza, que es la que dá todo el honor á la predicacion apostólica.

Halló en su gobierno arreglado el Colegio á las leyes y Estatutos de su Instituto, y así, ni tuvo que hacer novedades, ni que reformar abusos, y solo dirigia sus acciones por las santas costumbres que los Fundadores habian establecido, arrimándose á ellas como á timon que endereza con acierto y hace fácil el gobierno; por eso huía de los nuevos estilos que se introducen con apariencia y capa de virtud, llevando en la novedad el veneno disimulado; pues aunque los aplauden los ignorantes, siempre son causa de turbaciones, con color de místicas utilidades; desengaño que hubiera evitado en todos tiempos muchos disturbios al Colegio, si los que apoyan semejantes introducciones no tuvieran mas intereses y pasiones, que la Pasion de Christo y el interés espiritual del próximo.

Á los dos años y medio de Guardian, le eligió el M. R. P. Comisario General Fr. Juan de la Cruz, para su Secretario General; y aunque es cierto que le hizo mucho honor á su persona con tan circunstanciado oficio, pero naturalmente le fue muy gravoso, pues su humildad tenia en continua agitacion su espíritu, afligido siempre del escrúpulo y de la duda, desconfiando en todo de su capacidad y talento, y así le fue muy grato el quebranto que su salud iba padeciendo, que no siendo de un sano, pasó á amenazar el último estrago, por lo que pudo restituirse á su Colegio, con beneplácito del Prelado, á los cinco meses que habia sido su Secretario, y volvió al gobierno del Seminario, con título de Presidente in capite, en el que duró hasta el próxîmo Capítulo.

Para formar algun concepto del mérito con que el V. Padre gobernó el Colegio, es preciso tener á la vista el laborioso espíritu é infatigable zelo con que habia exercitado las penosas tareas del ministerio, pues quando fue

electo Guardian, ya habia trabajado en ellas veinte años, y él mismo dice en su Crónica: »Que vino mozo, y »con salud robusta, y en los veinte »años de Misionero, despues de mor- »tales enfermedades, estuvo tullido »algunos meses en una cama, y habia »quedado tan impedido, que solo ser- »via de estorvo por sus continuos »achaques, y que á no tener tanto »amor al exercicio apostólico y á la »Santísima Cruz, nuestra Patrona, »hubiera procurado el alivio, volvién- »dose á su Provincia.» Compárese pues el lastimoso estado y suma debilidad á que le reduxeron los efectos de su ardiente zelo, y de los trabajos que esmaltaron su obediencia hasta postrar sus fuerzas, con la fortaleza y teson necesario para la rígida observancia de una vida comun, y asistencias á todas las funciones de Comunidad, así de dia como de noche, en que el Prelado debe ser el primero, con otras muchas pensiones anexâs al ministerio, y se conocerá quanta fortaleza de espíritu le comunicaba el Señor á su fiel Siervo, para que pudiera desempeñar las obligaciones en que su misma Providencia le habia puesto.

Ni se puede sindicar de imprudente la eleccion de la Comunidad, pues el valiente sufrimiento del V. Padre desfiguraba el peso de sus trabajos, y su tolerancia disminuia su gravedad, y así, fundaban sus votos en la apacible sencillez de su trato, en la moderacion con que refrenaba su genio, en la práctica de unas virtudes sólidas, y en la humilde discrecion con que habia desempeñado el gobierno de otros cargos. En esta balanza de Astrea pesaba el mérito del V. Padre, y así, le pareció justicia la atencion que con él tuvo, pues pasados solo tres años de su Guardianía, concurrieron el de setecientos y nueve las elecciones de Guardian del Colegio, y la de Comisario de Misiones, y en ambas dió relevantes pruebas del aprecio y estimacion que hacia de sus virtudes y prendas, eligiéndole en la primera, con la mayor parte de los votos, y habiendo el Presidente del Capítulo confirmado á otro de los tres electos, en la segunda, que fue el mismo dia, volvió á darle electo, por lo que fue confirmado en Comisario de Misiones.

Bien sabia el V. Padre que el fin de la institucion del Comisario, fue el que con su trabajo y continua solicitud se exâlte y amplíe en todas partes la Fe Católica, la Religion Christiana y la reformacion de las costumbres de los Fieles, y se dilate con provecho de éstos y atraccion de las naciones bárbaras. Esta fue siempre la que con incesable fatiga habia muchas veces intentado para emplear su vida en las conversiones de Infieles, y no habiendo podido lograrlo, tenia en su corazon reservada esta pena, y por eso en su Crónica dice: »Permí- »taseme el desahogo en la pluma, »quando me veo tan impedido para »las conversiones, por mis continuas »enfermedades, y á la puerta de una »cansada vejez, y que se me pasó el »tiempo de una florida edad en de- »seos, sin poder lograr la dicha de »convertir almas, como la logran al »presente muchos de este santo Se- »minario: quédame el consuelo de que »hice las diligencias posibles, y me »lo estorvó el que mas pudo.» Si con esta sentida quexa, satisface á la omision que se le podia acusar en su florida edad, igualmente responde á la que no se le podia imputar en su cansada vejez, que agravada de sus en-

fermedades, le impedia el trabajo en esta especie de misiones, pero de ningun modo se dió por excusado del de las de Fieles; y aunque quebrantado de fuerzas y fatigado de accidentes, salió con otros Compañeros á pie, y con el equipage de los Apóstoles, soportando alternadamente con ellos las tareas del Púlpito, y continuamente las del Confesonario. Pero fue desgracia que ninguno de ellos dexó memoria de los frutos que se lograron en sus misiones, y mucho ménos el V. Padre, pues fue tan tenaz en su propio desprecio, que omitió quanto podia indicar su solicitud y trabajo, privando con su silencio de mucha gloria al Instituto y á la comun edificacion de los sucesos de su Comisariato.

Ocupado en sus apostólicas peregrinaciones andaba el V. Padre el año de setecientos diez y seis, en que ocurrió la eleccion de Guardian, y no sabiendo en donde se hallaba, para convocarlo al Capítulo, se le escribió por el rumbo de Zacatecas, por haber dirigido sus misiones hácia él, y no viniendo al tiempo prefixado, se procedió á la eleccion, en la que salió canónicamente electo, y fue confirmado por el R. P. Presidente del Capítulo; pues aunque era actual Comisario, no habia inconveniente alguno, estando próximo á cumplir su septenio, en que debia finalizarlo. No ignoraban los electores los quebrantos de su salud, pero veían los esfuerzos de su espíritu, duplicado en el amor que tenia á los exercicios apostólicos y á los monásticos. Atendian á su edad madura, al exemplo de su vida, al crédito que daba al Instituto, y á la comun aceptacion con que era venerado; y como la prudencia es la piedra de toque que descubre los quilates de la virtud y prendas que se desean en el que se busca para Prelado, en la que tenian experimentada en el V. Padre, le habian visto lleno de caridad con sus Súbditos, imparcial con todos, blando de condicion, cauto en los negocios, humilde con discrecion, afable con gravedad y zeloso sin amargura, por lo que en las críticas circunstancias que en aquel tiempo corrian, les pareció necesaria su prudencia, y estimaron su eleccion por muy justa.

Á poco tiempo le llegó la noticia, pero inalterable en los accidentes que llaman fortuna, y él recibia como disposiciones de la soberana Providencia, se vino á sujetar la cerviz á otro nuevo yugo, y tirar del carro, que quanto es ruidoso, es tambien pesado. Llevaba en él la mayor gloria de Dios: sobre las dos ruedas, la observancia de las obligaciones Religiosas y la de las del Instituto Apostólico: infundia en sus Súbditos Misioneros, un ánimo inflamado en las materias de espíritu y despreciador de las terrenas; y como sobre ellos gira todo el peso del ministerio, les persuadia con exemplos y palabras, que fueran místicas ruedas, que tocando como ellas en la tierra en un solo punto, al instante se elevaran á la atencion de las cosas celestiales, y corriendo veloces sobre el exe firme de la honra de Dios y bien de las almas, unos propagaran la Fe en las naciones Gentiles, y otros reduxeran á penitencia á los miserables pecadores.

Nacian estas flamantes llamas, de la fuente de luz y ardiente amor que el V. Padre le tenia á Dios, pues conociendo en la continua meditacion de la Vida y Pasion de nuestro amorosísimo Redentor Jesuchristo el infinito tesoro que en sus méritos pier-

den los Gentiles y pecadores, se encendia su corazon en afectos de caridad, y de muy buena gana expendia todas sus fuerzas, y queria tambien sobreexpender y consumir su sangre, su espíritu y su vida, por ganar para Dios sus almas, pues veía estos mismos afectos cumplidos en el divino Maestro, que compró en la Cruz con su vida nuestro remedio. De aquí nacia tambien aquel tan estimativo como oficioso amor con que adoraba la Santísima Cruz que en el Colegio se venera como Patrona, y que la soberana Providencia hizo piedra fundamental para erigir sobre ella los trofeos de su misericordia, y empleaba todas sus fuerzas en los aumentos de su culto y adornos de su Templo.

Miraba el V. Padre el Colegio como una plaza de armas honrada con el sagrado Lábaro, é instituida para Seminario, en donde se habian de educar tantos Campeones como Misioneros, que la habian de mantener en perpetua guerra contra el Infierno, predicando en todo el Mundo á Christo crucificado; y animado de este piadoso concepto, gastaba gustoso sus fuerzas en procurar ampliar su fábrica, y proporcionar todas las comodidades posibles para que hubiera muchos Operarios, y en estas solicitudes logró dexarle con muchos aumentos, cumpliendo el trienio de su Guardianía, pero no el de sus amantes ansias.

Por ellas, en los tres años que sobrevivió, continuó el trabajo de cuidar la fábrica de la Noria, para dar agua, no solo á beneficio del Colegio, sino tambien del Vecindario, pues se le participaba en una pila que estaba en el cementerio, por lo que podia muy bien decir que sobreimpendia su vida por el amor de los próximos, pues en ese trabajo le hirió una ardiente insolacion que en breves dias le causó la muerte, y fue en el Noviembre de setecientos veinte y dos años, á los sesenta y cinco de su edad, y casi quarenta de Misionero Apostólico y Fundador del Colegio, en los quales trabajó incesante en el ministerio, girando por todo el Reyno, y fertilizándole, como benigno Astro, con las influencias de su doctrina y exemplo.

Lo que hace gloriosa su fama, es el fervoroso zelo en que empleó los talentos de su espíritu, dilatándolo mas que su vida, la que habiendo sido tan laboriosa y ocupada en viages largos, misiones y cargos, que le gastaban el tiempo, á costa de desvelos y fatigas, con todo, llegó su zelo hasta donde no podia llegar su voz, pues hasta el dia de hoy predica por las de otros, en muchos Sermones que dexó escritos en unos diez Tomos en octavo, cuyo cierto número no se puede decir, por no haber sido la solicitud de recogerlos, tan eficaz como fue la de aprovecharse de ellos, lo que habrán logrado con aplauso, pues siendo Sermones de muchas materias morales, no pueden padecer la nota de plagiados, así porque en aquel tiempo no corrian las abundantísimas fuentes que hoy son comunes, como por el particular carácter que en las fraces, voces y expresiones denotan el zelo, genio y estudio del V. Padre: esto mismo sucede cantando en las voces de todos los Misioneros, pues él hizo é imprimió la Aljaba Apostólica de penetrantes flechas, para rendir la fortaleza del duro pecador, con varias Canciones y saetas que se acostumbran cantar en las misiones.

Escribió la primera parte de la Crónica, desde la fundacion del Co-

legio y sus primeras misiones de Fieles, como tambien las de Infieles en el Reyno de Guatemala y conquistas de la Talamanca. Hizo una traduccion Española de las Bulas del Señor Inocencio XI. con que facilitó su genuina inteligencia. Estos distinguidos méritos realzan la piadosa memoria de sus virtudes, estimadas como de un Varon Religioso, de un Misionero zelosísimo, y de una firme columna que eligió el Señor para establecer el místico edificio del Instituto Apostólico, para el bien espiritual de estos Reynos, y á quien el Colegio debe un perpetuo reconocimiento, por el gran de amor con que siempre solicitó sus espirituales y temporales progresos.

CAPÍTULO X.

Vida del V. P. Fr. Francisco Hidalgo.

Viene en Mision de España, y sus primeros trabajos en el ministerio.

EL último de los Fundadores que murió en la filiacion del Colegio, fue el V. P. Fr. Francisco Hidalgo, que en la florida edad de veinte y quatro años renunció su Patria y amada Provincia de los Angeles, por incorporarse en la Mision del V. P. Linaz; y habiendo sido uno de los que reseñó en la Contratacion de Sevilla, permaneció en sus santos propósitos de venir á las Indias, quando otros mas provectos en edad, letras y experiencia, desertaron de tan apostólica empresa. No se conserva documento alguno de la Patria, Padres y circunstancias de la vocacion de este V. Padre al ministerio, y solo permanece la lacónica memoria, que expresa: »Fue Religioso sumamente »sencillo, y muy zeloso de la conver»sion de los Infieles, entre quienes »pasó lo mas de su vida.»

De suerte que para la debida inteligencia de esta nota, se ha de suponer que aun siendo de tan corta edad, lo pone la lista de esta Mision instituido ya en su Provincia de Predicador, lo que prueba haber finalizado todos los Cursos Escolásticos, para lo que era preciso que hubiera tomado el santo Hábito en la tierna edad de quince años; y siendo esto en una Escuela de virtud y recoleccion, como lo es la Provincia de los Angeles, y en una estrechísima disciplina con que educa á los jóvenes Coristas, no fuera novedad que el V. Padre se conservara en una angélica inocencia y sencillez columbina, incapaz de toda duplicidad, dolo y malicia, pues este gran bien, es propio de los que se sujetan al yugo de la Ley santa desde su adolescencia, como que les utiliza para acostumbrarse desde la juventud á la disciplina, mortificacion, austeridad y paciencia, que son contrarias á los dobleces, cautelas y astucias de la malicia mundana.

Así se vió en la perseverancia y rendida obediencia con que se sujetó á los órdenes que le impuso su V. Comisario, y que cumplió todo el tiempo que tardó en embarcarse. No le fue ménos útil su sencillo genio y

mortificacion religiosa, para tolerar con paciencia los trabajos que en la navegacion se le ofrecieron, por los peligros propios, y por los mas importantes en que se veía la salvacion de otros próximos, en cuyo socorro espiritual se esmeraba, consolando á unos y confesando á otros, para que todos con ánimo contrito pidieran al Señor misericordia y firme esperanza de su bondad infinita: tambien le fue muy útil su sencillez columbina, para sufrir la larga incomodidad de mas de tres meses en el barco, »cuyos tra»bajos, segun lo expresa el P. Diez »en el mismo viage, fueron mayores »en los que por la estrecha pobreza »se embarcaron sin mas provision que »la penuria en todo, siendo forzoso »el tolerar con silencio las necesida»des que no redimió el flete de la »plata, y tener por agasajo para des»cansar, el rincon que de justicia se »le concede al mínimo Pagesillo de »la nave, y no todas veces se permi»tia ese corto alivio.»

Mayores bienes logró su humilde pero esforzado espíritu, en las lacerias, escasez y miserias que padeció en el Puerto de Veracruz, porque estando saqueado de Piratas, y llenos de angustias sus habitadores, prisioneros unos, estropeados otros, y mal sepultados los muertos, tuvo en que exercitar las virtudes, consolando á los vivos, y dar ménos horrorosa sepultura á los difuntos, hasta que viendo el V. Comisario la suma inópia de alimentos, reducidos á unos frixoles mal sazonados y muy poco vizcocho prieto, les mandó que de dos en dos se fueran marchando, sin mas equipage que el báculo y el Breviario; y para que tantos Sacerdotes fueran beneficiando aquellos Pueblos, les ordenó que fueran haciendo mision en ellos, con lo que el V. P. Hidalgo venia logrando los grandes bienes que logran los que desde su adolescencia cargaron el yugo suave de la Ley divina, pues les son de grande utilidad los trabajos y dolores, porque ellos sujetan la soberbia, confirman la virtud y paciencia, y prueban y hacen á los hombres mas mansos, sabios y cautos en los que se ofrecen en el Mundo, y en las falaces riquezas de sus comercios.

Cargado de ricos despojos que en tan dolorosa batalla habia ganado el V. Padre, llegó á San Juan del Rio, en donde estuvo ayudando á la mision que allí se hizo, en el tiempo que fue necesario para poder los Misioneros entrar á la posesion del Colegio. Fue esta en el dia mas glorioso y de mas consuelo para un espíritu fatigado, porque fue el dia de la Asuncion de María Santísima á los Cielos; y siendo esta divina Señora el centro de su devocion y amor, la tuvo por feliz estrella que le conducia al lugar que el Señor le tenia destinado, para que por la observancia mas rígida de la Regla Seráfica y de las Constituciones Apostólicas, se hiciera apto para el ministerio, en que no habia de tener otro objeto que la honra de Dios y el bien de las almas. Abrazó con tanto amor y fervor las penalidades del Instituto, que era de especial edificacion á los Compañeros ver en él la práctica del Recoleto en que se habia criado, muy conforme á los Estatutos Apostólicos; y así, era exáctísimo en las asistencias de dia y de noche en el Coro, en la oracion, en el profundo silencio, y en otros voluntarios y espirituales exercicios, y no era ménos admirable el ardiente zelo con que predicaba contra los vicios, fulminando rayos de justicia la cán-

dida nube de su inocente alma.

Bien conoció la penetrante luz del V. P. Fundador, las prendas de aquel jóven Misionero, y por eso lo escogió para uno de los Predicadores que aquel mismo año llevó consigo para la famosa mision que se hizo en la Imperial Corte de México: en ella trabajó incansable, predicando en las Iglesias, calles y plazas, y asistiendo en el Confesonario hasta que se dió fin á tantas laboriosas tareas. Para que el fervor que los Misioneros habian concebido en los grandes frutos de esa mision no se apagara, sino que antes se encendiera mas, les envió por varias partes, y con otros quatro al P. Hidalgo para el Obispado de Puebla: en él prosiguieron predicando la divina palabra, hasta que llamados de la obediencia, se volvieron desde Atrisco, con harto dolor de no proseguir la cordillera que llevaban á la tierra caliente. Casi todo el año de ochenta y quatro gastó el V. Padre en estas apostólicas correrias, dexando en todos los Lugares en que se hacia la mision, establecida la freqüencia de los santos Sacramentos, la devocion de la Pasion de Christo en los pasos del Via-Crucis, y la del santo Rosario de Maria Santísima, á las que alentaba á sus oyentes con suavísima eficacia, para que por su medio pudieran perseverar en la divina gracia.

Por la Quaresma del siguiente año fue el V. Fundador á hacer mision en la populosísima y célebre Ciudad de la Puebla, y entre otros Compañeros, llevó al P. Hidalgo. Era su Illmô. Señor Obispo, el Dr. D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, y por las experiencias que tenia del copioso fruto que se coge en las misiones, les tenia tal amor á los Misioneros, que de justicia le llamaban su amantísimo Padre, y para alivio de los Confesores y consuelo de sus ovejas, les concedió toda su autoridad y facultades, publicando la mision el mismo Señor Illmô. y predicando el primer Sermon en la Catedral: siguieron los Misioneros, y con ellos alternaba el P. Hidalgo, predicando en los Conventos, en las plazas y calles, siendo tal el estallido que dió esta mision, que sonó por todo el Reyno, porque fueron abandonados los trages profanos, restituidos hurtos y usuras de grandes cantidades, reconciliadas antiguas enemistades, cesaron los tratos ilícitos y los deshonestos, y sobre todo, era de admirar la multitud de confesiones generales y penitencias públicas que por todas partes veían. Acabada la mision, repartió en Esquadras el V. Fundador su Apostólica Compañía, y con el R. P. Escaray, señaló al P. Hidalgo, que hicieron la guerra al Infierno, predicando en muchos Pueblos del Arzobispado de México.

Así llegaron al Pueblo de San Juan del Rio, en el que concurriendo el V. P. Linaz, anunció la mision, que continuaron otros Misioneros y el P. Hidalgo: fue grandísimo el concurso, é igual el fruto, porque habiendo ocurrido el dia de Corpus, lograban todos los Lugares circunvecinos el confesarse con los Misioneros, que habia mucho tiempo lo deseaban, y con tener la octava patente el Divinísimo Sacramento, se movian á comulgar dignamente, á que con encendido zelo les exhortaban con razones eficaces, y con espantosos exemplos. Acabada esta Mision, prosiguieron los Padres Estevez é Hidalgo haciéndola por los Lugares de Tlaxcalilla, Huichiapan y demas hasta Lerma: en Toluca se separó el P. Estevez, y prosi-

guió con el P. Hidalgo el P. Fr. Pedro Medina, y entrando por Calimaya, fueron hasta Malinalco y otros muchos Pueblos, sin dexar los Obrages y Hacienda del camino, de modo que se conmovió la gente de aquellos contornos tanto, que seguian á los Padres por los caminos, y de un Lugar á otro se confesaban andando, por lograr la ocasion que no habian podido conseguir en los Pueblos. Despues de tan larga y trabajosa peregrinacion llegó el V. Padre al Colegio, ofreciendo todos los frutos al Señor y dueño de la mies, y anhelando renovar su espíritu en las asistencias del Coro, y en otros espirituales exercicios y penales mortificaciones, sin faltar al Confesonario y demas cargas del Instituto.

Por Febrero del siguiente año de ochenta y seis salió el V. Padre con el P. Fr. Pedro Medina, y comenzaron su mision en la Villa de San Miguel el Grande, y fue necesario predicar y confesar veinte dias, por ser muy copioso el concurso: de allí pasaron á San Juan de la Vega y otros Pueblos, hasta caer á Apaseo: en todas partes llenaba el Señor su zelo de bendiciones, por la solicitud con que las gentes dexaban sus casas por oír los Sermones, y venian de varias distancias solo por confesarse: era esto con tal freqüencia, que apenas tomaba el V. Padre algun corto descanso, quando desvelado se iba al Confesonario, por lo que fatigado de tanto afan, vino á rendirse su robustez, y entre las fatigas de su zelo, cayó gravemente enfermo y se restituyó al Colegio.

Hacian muy apreciable en las tareas del ministerio la compañia del P. Hidalgo, tanto la lisura y mansedumbre de su genio, como la actividad zelosa de su espíritu, y por eso el R. P. Fr. Antonio Escaray, saliendo á llenar el derrotero que para sus misiones le habia dado el año antecedente el Señor Obispo de Guadalaxara, lo escogió para Compañero, partiendo el trabajo del Púlpito con predicar él todos los Sermones, y el P. Hidalgo las explicaciones: hacia esto con claridad maravillosa, porque alumbrando los entendimientos, cautivaba las voluntades. Explicaba con encendido espíritu los divinos misterios, exhalando entre sus voces tales afectos, que se atraía la atencion de todos, y así los hacia capaces de los que son necesarios para salvarse: del mismo modo lo hacia con la explicacion de los divinos preceptos y de los Eclesiásticos, y dando la inteligencia substancial de los santos Sacramentos, se esmeraba en la del de la Penitencia, enseñando el modo de exâminar los pecados, los medios para alcanzar un verdadero dolor, y las partes que son de esencia é integridad de tan saludable Sacramento.

Facilitaba con admirable modo el hacer una confesion general, y exhortaba á ella, como que es la red barredera de todas las culpas, y sin la qual no podrá salvarse el que las ha callado, ó por otros motivos ha hecho confesiones sacrílegas; y como sus doctrinas las moralizaba, comparando con destreza las luces de la Fe que profesan los Christianos en el santo Bautismo, con las tinieblas de los vicios, en que muchos viven de asiento, con breves y vehementes declamaciones, disponia los ánimos para oír con atencion los Sermones. Luego que el R. P. Escaray acababa de predicar, hacia que el V. Padre saliera á la grada del Presbiterio con un Santo Christo, y segun habia sido el

asunto del Sermon, lo confirmaba con algun exemplo, y con invectivas apostólicas, movia al auditorio á hacer el Acto de Contricion, con tan fervoroso espíritu, afectos de dolor y propósitos de la enmienda, que anegado el auditorio en amargas lágrimas, y con extraordinarias demostraciones de penitencia, pedia á voces misericordia, y se veían los efectos de su dolor en admirables conversiones, y en la eficacia con que solicitaban todos el confesarse.

Con este utilísimo método fueron continuando su mision, que comenzó en la Villa de Lagos, y por los frutos se confirmaban en él, viendo la multitud de confesiones generales, el abandono de los trages y el reforme de costumbres, usando de las facultades que les franqueó el Señor Obispo para dispensas matrimoniales, y casándose innumerables, con lo que se veía la freqüencia de los Sacramentos, del Via-Crucis, y demas devociones en que imponian á aquellas gentes, para la perseverancia en sus buenos propósitos. Pasaron al célebre Santuario de nuestra Señora de San Juan, en donde ocurrió todo aquel Vecindario, siendo muy grande el concurso, y no menor el fruto, de forma que no sabian aquellas gentes separarse de los Misioneros, y los seguian hasta en los caminos, y así fueron evangelizando todos aquellos Pueblos, con gran consuelo y bien espiritual de sus moradores y Vecinos, pues era el tiempo del cumplimiento de la Iglesia, y siempre padecen mucha inópia de Ministros para satisfacerlo. Así siguieron á la Hacienda de Mata, en donde fueron tantas las confesiones, que se pobló como el mayor Pueblo, y pasando á la Villa de Aguas calientes, tuvieron algun alivio con la ayuda y fervoroso zelo del V. P. Estevez que fue á acompañarles.

Juntos ya los tres, entraron en la N. C. de Zacatecas, que recibió á los Misioneros con tanta veneracion y aplauso, que quiso el Señor pagárselo con multiplicados beneficios en bien espiritual de todos, y con su perpetuidad en el exemplarísimo Colegio que al amparo de Maria Santísima fundaron, y mantienen sus Apostólicos Misioneros. Salieron de tan ilustre Ciudad, seguidos de mas de tres mil personas, y prosiguieron sus tareas en todo aquel Real de Minas de la Veta y el de Pánuco, sin perder tiempo de dia y de noche en las confesiones y consuelo de todos, á que cooperaba incansable el P. Hidalgo.

El tercer viage en que acompañó al R. P. Escaray, fue tambien con el P. Estevez, y salieron el año de seiscientos ochenta y ocho, encendidos sus corazones en el zelo de la conversion de los Infieles, como principal objeto de la fundacion del Colegio. Para tan santo fin, pidieron la licencia necesaria por nuestra santa Regla á su Prelado, y con ella la del Illmô. Señor Obispo de Guadalaxara, el que se la dió con tan benigno afecto, como era el deseo que tenia de que se predicara el santo Evangelio á innumerables Gentiles que en su visita general habia reconocido, y á muchos que le habian pedido el santo Bautismo. Caminaron los Padres con la recámara de la santa pobreza, y á pie, haciendo mision en todos los Pueblos que median hasta la Villa del Saltillo: en esta fue la mision muy fructuosa, y como el trabajo fue muy pesado en Púlpito y Confesonario, recayendo sobre los de ciento y setenta leguas de camino, se rindieron á él las fuerzas corporales del R. P. Esca-

ray, y perdió la salud en tal grado, que le fue necesario el volverse para el Colegio.

Los dos Compañeros, fiados en la divina Providencia, prosiguieron su derrota, y llegaron á la Villa de la Monclova, y presentando sus despachos á los Superiores, no tuvieron efecto alguno, ni recibieron el fomento que esperaban, por lo que determinaron tomar el rumbo del Rio-Grande del Norte, para promulgar el Santo Evangelio en las bárbaras naciones que se mantenian en sus orillas. Este fue mayor golpe para el comun enemigo, que temia se debilitara el tiránico imperio con que las dominaba, y que la propagacion de la Fe en aquellas tierras, y el ver enarbolado en ellas el Real Estandarte de la Cruz santísima, era declararle una perpetua guerra, y por eso jugó todos los artes de su astuta malicia, y con sugestiones aparentes, hizo que se opusieran declaradamente á los intentos de los Misioneros todos aquellos Superiores.

Pero quando con tan amargas angustias les cerraban los caminos, y veían los afligidos Padres frustrados los afanes de su apostólico zelo, solo sentian sus corazones ver malogrado en tantas almas el beneficio de la Redencion, y perdido el tesoro de la sangre que Jesuchristo derramó por ellas, y así, no tuvieron otro asilo que el de la oracion, confiados en que no hay accion humana que no tenga necesidad del favor divino, y solo nuestro Dios es el único y verdadero refugio, poder y socorro en las tribulaciones que nos combaten; y fue así, pues por una rara providencia dirigió el Señor sus pasos al logro de sus deseos. Habian asistido á la mision que los Padres hicieron en el Saltillo, tres Indios Tlaxcaltecos, y atraidos del buen olor de sus virtudes, de su desinterés y pobreza, y de la santidad de su doctrina, les habian tomado mucho amor, veneracion y respeto; y viéndoles en la Monclova tan afligidos, se fueron al Convento y les dixeron: »Mis Padres Misioneros, Christos de »la tierra y nuevos Redentores de »nuestras pobres almas, ya tenemos »noticia de sus tristezas y desconsue»los: no os aflixais, que nosotros os »llevarémos á un sitio que llaman Bo»ca de Leones, donde querémos po»ner un Pueblo: si os quadrare el pa»rage, nosotros, aunque somos unos »pobres, solicitarémos Infieles que con»virtais, y nos tendrémos por muy di»chosos en servirles en su mision, y »en acompañarles en los caminos.»

Dexáronse llevar los Padres de este consejo, como de un soberano auxîlio, pues es estilo de la Sabiduría divina, elegir las criaturas mas despreciadas para confundir las mas fuertes, y valerse de los mas humildes para las empresas mas grandes, y aquella obsequiosa oferta de unos pobres Indios, era evidente prueba de que no hay bien que pueda hacer dichoso al hombre, si no se deriva del mar inmenso de todos los bienes, porque su soberana Providencia es la que le dá favor, ayuda y alivio en todos los trabajos y aflicciones, si con constancia y devocion se le piden; y así, emprendieron en compañia de los Indios el camino. Llegaron á Boca de Leones, y aunque sitio muy frondoso, ameno y abundante de aguas, no satisfizo sus deseos, porque no hallaron las de los Pueblos Gentiles que sedientos buscaban; pero los Indios les dixeron que no se desconsolasen, que diez leguas de allí no podian faltar, pues toda aquella tierra era suya, y yendo en

su busca, se quedaron los Padres en una choza, esperando conseguir por la oracion la vocacion á la Iglesia de aquellas naciones bárbaras, y á pocos dias volvieron, trayendo una de Indios Alasapas, con otros Apóstatas, y algunos Gentiles de diversas naciones.

Á su vista, salieron los Padres á recibirles con los brazos abiertos, y estrechándoles en sus corazones, cantaban alabanzas á Dios por sus grandes misericordias, y á Maria Santísima por su intercesion piadosa; y viendo la docilidad de aquellos miserables Gentiles, trataron de hacer una Iglesia, y dedicarla á honor de los Dolores que en nuestra Redencion padeció, como cooperadora de ella, la divina Señora: trabajaron tambien una pobre choza para su alvergue, y dieron principio al catequismo y doctrina de la Ley de Dios á los Gentiles, de enseñanza y razon á los Apóstatas, y de fomento é instruccion á los Tlaxcaltecas. Ni fue solo espiritual el bien que resultó de esta extraordinaria conquista, porque los Indios Alasapas dieron noticia de unas piedras muy pesadas que habia en un cerro frontero á la Mision, y habiendo hecho ensayes de ella, se descubrió el riquísimo tesoro de que se han sacado tantas cantidades de plata, siendo el P. Hidalgo el primero que bendixo la mina que llamó de San Francisco de Asís.

Pero no estos, sino otros mas opulentos tesoros eran los que buscaban los Misioneros, que estaban escondidos en los bosques y eriazos de aquellos campos, por lo que no pudiendo contenerse en aquellos ámbitos, salian á peregrinar por los montes, y á largas distancias, para explorar la tierra y abrir camino por donde pudiera establecer otras Misiones el Colegio, en cumplimiento de su Instituto, cuyo glorioso fin se ha visto tan bien logrado: en el interminable trabajo, les bendecia el Señor sus hambres, fatigas y sudores, dándoles muchos Gentiles que sacaban de los breñales é iban agregando á la Mision, doctrinándoles con suavísimas instrucciones para el logro de sus almas, é imponiéndoles en el trabajo para su precisa subsistencia y la de sus hijos. De suerte que agregada aquella Mision á las veinte y nueve familias que se habian congregado de Tlaxcaltecas, logró el laborioso zelo de los dos Misioneros, que en aquellos desiertos fuese conocido y adorado de la barbarie gentílica el supremo Señor de Cielos y Tierra, y poblados de Españoles aquellos Reales de minas, tributaran al Rey Católico grandes caudales, que han aumentado su Real Erario, no siendo la menor parte del apostólico ministerio, la de administrar los Sacramentos á innumerable gente, y muchos Mercaderes, que la fama de la riqueza de aquellas minas, habia juntado en una gran Colonia.

Pero quando iban mas prósperos los adelantamientos espirituales y temporales de aquella nueva Mision, tuvieron los Venerables Padres que sacrificar al Señor en la ara de la obediencia su zelo, sus fatigas y su consuelo, porque recibieron mandato de su Superior Prelado para que entregaran la Mision al Ordinario, lo que hicieron con humilde rendimiento, aunque con inexplicable dolor de haber de desamparar aquellos Neófitos y Catecúmenos, que miraban como á hijos de su dolor, por haberlos engendrado en Christo Jesus por la predicacion de su Evangelio. No fueron desiguales en el Señor Obispo los

afectos, pues aunque les envió un escogido Párroco, bien conocia que no podian estar aquellas naciones tan radicadas en la Fe recibida, que no necesitasen de una continua doctrina y caridad apostólica para su perseverancia, y así fue, que desconociendo los Alasapas y demas Gentiles la voz del Pastor que les gobernaba, dieron estampida, y como errantes ovejas, se dispersaron por aquellos montes, y se fueron á buscar sus antiguas madrigueras. Habian asistido los Padres la dicha Mision mas de dos años, sin separarse desde que salieron del Colegio hasta este tiempo.

CAPÍTULO XI.

Prosigue el V. Padre Hidalgo en la conversion de los Infieles, y es elegido para la segunda entrada que se hizo á los Texas.

HABIA fundado el P. Fr. Damian Masanet la Mision de de Santiago de la Calera, y habiendo de ir al reconocimiento de la Bahía del Espíritu Santo, dexó por su Ministro al P. Hidalgo, el que haciéndose cargo de aquella reciente Viña, trabajaba en todas sus vigilias, para que fructificara al Señor de ella: toda la eficacia de su genio y de su zelo era necesaria para instruir los Neófitos en la Doctrina Christiana, que les daba todos los dias á mañana y tarde, y para habituarles al trabajo y vida política, con que aumentaran su poblacion y sementeras, sin tener en su soledad mas consuelo que el trato continuo con Dios en la oracion y exercicios espirituales que acostumbraba. Acabada la expedicion de la Bahia, fue necesario que el P. Masanet pasara al Colegio, prosiguiendo el P. Hidalgo en el cuidado de aquella Mision, y volviendo el dicho Padre con otros Religiosos el siguiente año de noventa y uno, para entrar segunda vez en la Provincia de Texas, y con facultad de elegir para ella los Religiosos que fuesen de su satisfaccion, eligió al P. Hidalgo, por la que tenia experimentada en las dos Misiones que habia asistido, y para eso hizo que la Mision de Santiago se agregara á la de la Caldera, y efectivamente se les entregó á los Padres de la Provincia de Guadalaxara.

Asorado de su ardiente zelo, no sentia el V. Padre las fatigas de tan dilatado, incómodo y peligroso camino, porque se consideraba en la posesion de un Apostolado, que concebia no podria padecer los quebrantos que en el antecedente habia padecido; y habiendo llegado al rio de San Marcos, hicieron alto para esperar el convoy del Gobernador y demas Comitiva; pero siendo mucha la tardanza, prosiguieron los Religiosos con algunos Soldados sus marchas, sintiendo las incomodidades de las lluvias, pantanos y crecientes de los rios hasta llegar á Texas: todos estos afanes, y otros mayores, sufria el V. Padre, con la esperanza de verse entre los Indios instruyéndoles en la Fe y dándoles el santo Bautismo.

Llegó el Gobernador, y embargado de otras importantes expediciones, no pudo detenerse á la fundacion de las ocho Misiones, porque para tanta Tropa, le faltaban los víveres necesarios; y habiendo nombrado al-

gunas, dexó aperos para las labores, y á los Indios les repartió ropa, cuchillos y otras quinquillerias, y dexando para su conserva quince Soldados, tomó el camino á fuera: lo mismo hicieron algunos de los Religiosos, á quienes los infaustos sucesos de tan costosa jornada les hicieron caer de ánimo y volverse á sus Provincias. Solo la soberana Providencia no se engaña en sus disposiciones, porque remueve las cosas contrarias, y provee las conducentes futuras: sin esta prudente prevision, resultaron de las del Gobernador, el que la escolta de quince Soldados se reduxó á nueve mal disciplinados, sin respeto al Gefe, y tan insolentes, que todos los dias tenian los Padres quexas de los Indios, de los agravios que les hacian en sus hijas y mugeres: por ellos no respetaban á los Españoles, ni les tenian sujecion alguna á los Misioneros, y así, no les fue dable congregarlos en Pueblos, ni reducirlos al catequismo.

Tenian los Indios repartidas sus Rancherías en distancias de dos y tres leguas unas de otras, y el V. P. Hidalgo se contentaba, como los otros Misioneros, con no perder coyuntura para catequizar á los que venian todos los dias á verlos, para que quando cayeran enfermos, pudieran con ménos trabajo bautizarlos: no salió vana esta prevencion, pues el mismo año les asaltó una epidemia general que casi asoló la Provincia, y aunque dispersos por aquellos rancheages, les asistian á todos, pero no todos les dexaban igual consuelo, porque si era muy dificil arrancar la idolatria y pésimas costumbres de los corazones de los adultos, quedaban bien satisfechos con los muchísimos párvulos que murieron bautizados. En esta inaccion del ministerio, y gravísimas indigencias hasta de alimentos, se mantenian los Misioneros, pero los nueve Soldados, desesperados de socorro, fatigados de la hambre, y atemorizados con la noticia de que venian los Franceses á apoderarse de la tierra, cada instante querian desamparar á los Religiosos, y les obligaron á que desampararan á aquellas gentes, hasta que puestos en cobro los sagrados Ornamentos, y enterradas las campanas y otras herramientas, se vieron precisados á salir con ellos el mes de Octubre del año de noventa y tres, derramando amargas lágrimas por dexar inculta aquella gran Viña, y con nuevos trabajos se restituyeron al Colegio.

Pero todas las virtudes son unos hábitos que le dan calidad y nobleza á la alma, segun el particular fin que cada una tiene, y á que encamina sus actos, porque estos los realza la recta intencion, que los dirige con superiores motivos, y por eso las crueles penalidades de tan largos caminos, la hambre, desnudez y duras mortificaciones que el varonil y zeloso ánimo del V. Padre padeció en esta expedicion, tan ruidosa como infausta, la tolerancia de las osadias de los Soldados y perfidias de los Indios, como tomadas sin otro fin ni interés que el de la mayor honra y gloria de Dios, y el de la conversion de aquellas bárbaras naciones, fueron efectos de una encendida caridad, cuyas luces procedian del alto resplandor de su objeto, que ennoblecian sus pasos, angustias y trabajos.

Por eso, aunque es verdad que en qualquiera ocupacion, lugar y tiempo es importantísima la oracion, por ser un blando sueño en que la alma repara sus fuerzas y se empeña en

servir al Señor con nuevos fervores, pero restituido al Colegio, desplegaba en ella el V. Padre mas de propósito las velas de la consideracion, y discurria por el mar de los divinos Misterios para renovar su espíritu, y se valia de la quietud y silencio de la noche, para exercitarse despues de Maytines en los pasos del Via-Crucis y otras mortificaciones penales; y aunque hasta el año de noventa y siete no hay documento que individúe lo que extraordinariamente trabajó en el ministerio, ese año, dice el V. P. Diez, le acompañó en la mision que hicieron en el Obispado de Puebla. Desde el año de ochenta y quatro, que en él habian predicado en varios Pueblos, llegaron á Atrisco, con la intencion de entrar á la tierra caliente; pero desde allí se revolvieron por órden del Prelado, obedeciendo con harto dolor de dexar aquellas tierras privadas de tan importante beneficio.

Para que este fuera mas completo, salieron desde el Colegio con ese destino, y penetrando aquellos ingratos climas, toleraban gustosos sus penosas plagas, por instruir en los Misterios de la Fe, preceptos de Dios y de la Iglesia, á los infelices que los habitan, pues hay parages en que es necesario hacerles ver que son hombres para separarles de sus brutales costumbres, y que son Christianos para enseñarles lo que deben creer, y el modo de limpiar sus almas por medio de los santos Sacramentos; porque el intolerable calor de la tierra, el atesado color de sus moradores, los trabajos de los Trapiches, y sus desenfrenados vicios, hacen dudar ó temer si está uno en los Infiernos, viendo tan viva representacion de ellos; pero la caridad apostólica, con la predicacion y el uso de los santos Sacramentos, sabe convertirlos en Cielos, con la expiacion de los pecados, y las alabanzas que se les imponen para que invoquen el santo nombre de Dios en todos sus trabajos.

Vuelto el V. Padre al Colegio, conocia bien su V. Prelado el V. P. Fr. Antonio Margil, la idoneidad que en él habia para enviarle entre los Infieles; y no teniendo en ese tiempo el Colegio Mision alguna de ellos, le eligió para fundar una en el Nuevo Reyno de Leon. Habia el Gobernador de él comunicado al P. Fr. Diego de Salazar la intencion que tenia de poner una Mision en la Punta, y que si se determinaba á fundarla por el Colegio, le ayudaria todo lo posible, y participándolo al V. Guardian, no solo aceptó favor tan de su zelo, sino que le determinó pasase en compañía del P. Hidalgo á executarlo. Emprendieron los dos su largo camino, sin mas prevencion que la confianza que tenian en la divina Providencia, y llegando á Monterrey, manifestaron las Patentes de los Prelados, y sus propios designios de partir á propagar la Fe en las tierras de Infieles que el Gobernador les señalara; y aunque ya no lo era el que habia hecho la propuesta, su succesor les recibió con christiana voluntad, y siguiendo tan santas intenciones, les dió los despachos necesarios para que con autoridad Real se les diera la posesion del parage que llaman el Ojo de Agua de la Punta.

Todo se efectuó con eficacia, con lo que los Misioneros vieron cumplidos sus deseos, y al punto pusieron toda actividad en ganar las voluntades de los Indios, y congregarles en Pueblos; y formando su Iglesia, la dedicaron á nuestra Señora con el título de sus Dolores: cooperaban á todo, la

devocion y el fomento del Gobernador y otras personas caritativas, y en el siguiente año de noventa y nueve, estaban ya los Indios congregados en Pueblo, y corrientes en el Catecismo y Doctrina Christiana, á que asistian por mañana y tarde todos los dias. Era esta mucha prosperidad para que el enemigo de las almas pudiera sufrirla sin perturbar los ánimos y sobresembrar zizaña para que no fructificara la evangélica semilla en tan bien dispuesta sementera; pero todas sus astucias quedaron sofocadas, y dirimidas las contenciones que habia suscitado contra los Misioneros, con los órdenes de los Superiores. Pasó el P. Salazar el rio de Sabinas, y hallando en él muchos Gentiles, fundó otra Mision con el título de San Juan Bautista, en el parage que llaman Camino de Francia. Para radicarla en la Fe y Doctrina Christiana, se la entregó al P. Hidalgo: gran cosa es tener ocasion de exercitar una virtud que las perficiona todas, y como la paciencia es la que sazona las flores con que en el jardin de la perfeccion se coronan las demas virtudes, la exercitaba el V. Padre con aquellos Indios montaraces con tan prudente modo, que quando les quitaba la libertad para volverse á los montes, les dexaba agradecidos, y sin reparar ellos que sus caricias eran cadenas, le amaban, y se le domesticaban con acciones muy familiares. Fue esta discreta máxîma tan importante, que la perseverancia de los Indios dió fundamento para que informado de ella el V. P. Estevez, que se hallaba en Madrid, pudiera represensarla al Invicto Monarca el Señor Felipe V. y en su vista, dió su Real Cédula, en que confirmó la fundacion de las dos Misiones, y dió facultad para fundar quantas fueran necesarias, mandando á los Gobernadores, que patrocinen, defiendan y den ayuda á los Religiosos del Colegio que procuran el adelantamiento de las Misiones de Gentiles por aquel rumbo.

Animado el P. Salazar con tan soberano auxîlio, buscaba la mayor comodidad para dar fixo establecimiento á las Misiones, y explorando las orillas del Rio-Grande del Norte, que no estaba muy léjos, halló en ellas bastantes Gentiles, y todas las comodidades necesarias para establecer con mas de quinientos Indios tres Misiones, por lo que trasladando la de Sabinas, puso la primera con el mismo título de San Juan Bautista, y con su propio Ministro el P. Hidalgo. Comenzó este con su infatigable actividad á dar forma para hacer la Iglesia, y la vivienda para los Padres, á lo que concurrian los Indios con gusto y mucho espiritual provecho, por el teson con que á todas horas les instruia en los Misterios del Christianismo, y en el modo de creer y obrar que debe observar el buen Christiano.

Habia tolerado el V. Padre con religiosa constancia desde el Enero del año de setecientos, las imponderables necesidades, molestias y trabajos que solo los experimentados saben se padecen en las nuevas Misiones; y quando ya tenia hecha la Iglesia, vivienda y otras piezas, aunque pagizas, abiertas las labores para las siembras, y proporcionadas otras comodidades para lograr algun descanso, lo puso la Providencia en otra especie de trabajo, que quanto era mas distante del que tenia entre manos, era preciso que le fuera mas oneroso. Este fue el que celebrando por Noviembre del mismo año el Colegio su Capítulo Guardianal, le eligió, con la

mayor parte de los votos, y fue confirmado su Prelado. Incontinenti le remitieron la Patente al Rio-Grande, y tardó en venir hasta treinta y uno de Enero del siguiente año. En él acababa su gobierno el V. P. Fr. Antonio Margil, y habiendo sido todo de Dios, pues continuamente le suplicaba á su Magestad que fuera el único Prelado del Seminario, y él solo un mero instrumento para manifestar su santísima voluntad á sus Súbditos, no quiso alterar en nada tan acertada conducta, y para proseguirla, eligió por Vicario, con el R. y V. Discretorio, al mismo V. Padre, para que no hubiera novedad alguna.

Era todo el objeto de sus atenciones, el fomento y estabilidad de las Conversiones nuevas, y así, promovió quanto pudo sus mayores aumentos. Habia ido desde el rio-Grande á Cohaguila en ocasion de la visita del Illmô. Señor Obispo de Guadalaxara Don Fr. Felipe Galindo, para conferir con S. I. los medios mas oportunos para la conservacion de las Misiones, y determinando S. I. se consultaran en una particular Junta que se hizo en la Mision de la Punta, compuesta de los Gobernadores y Misioneros, se resolvió, que solo se podria conseguir, poniendo un Presidio en la Mision de San Juan Bautista, y se determinó pasase con esta consulta á México el P. Fr. Antonio Olivares, y con la bendicion y licencia del nuevo Guardian, lo executó con feliz exito, pues se determinó en Junta general de Guerra, se pusiese el Presidio de rio-Grande con treinta hombres, juntamente con dos años de Almacenes para socorro de los Indios, y aperos para sus labranzas, y con tan favorables providencias, envió el V. Padre otros dos zelosos Ministros, y se fundó la Mision de S. Francisco Solano.

Eran ya quatro las Misiones, y aunque el Colegio habia socorrido á los Ministros con Cera, Vino, Chocolate y Vestuario; pero siendo ya tantos, no podia hacerlo en lo mucho que necesitaban, ni las limosnas que pedia un Religioso para estas necesidades eran suficientes, por estar muy distantes las poblaciones de Españoles, por lo que el V. Padre representó al Señor Virrey estas urgencias que precisaban al socorro, para la permanencia de los Indios, que sin él no podia evitarse el que se fuesen á los montes para buscar alimentos, por estar inútiles las herramientas de las labores, y en atencion á esta súplica, concedió S. E. en Junta general, quatrocientos y cincuenta pesos de sínodo para cada Religioso, asignando la tercera parte para el culto divino, otra para las necesidades del Misionero, y la otra para las de los Indios.

Pero es la vida de un Prelado que desea cumplir con sus obligaciones, un perpetuo hervidero de cuidados y yunque de fatigas, que le despierta por instantes con nuevos golpes: por eso si el V. Padre ponia todo el desvelo de su religiosa solicitud en levantar Templos y mantener Ministros que diesen al Señor honra, veneracion y culto en el centro de la Infidelidad, con igual zelo lo aplicaba á la decencia y decoro del Templo del Colegio, como fortaleza que levantada sobre una firmísima piedra, siempre ha servido para defender las almas contra el Príncipe de las tinieblas, y en el segundo año de su Guardianía, se celebró con toda solemnidad la dedicacion de su Iglesia, renovada y aumentada con el Crucero, á expensas del Señor Comisario de Corte y Cruzada, el Br. Don Juan Caba-

llero y Ocio.

Con el mismo esmero, y zelo de la honra de Dios, enviaba por todas partes Misioneros, que anunciando la paz á los pecadores, les convirtieran á verdadera penitencia, desertando del tirano imperio del Demonio, y de las duras prisiones del pecado. Así entraron los Predicadores Apostólicos el año de setecientos y dos en la N. C. de Zacatecas; y renovando aquellos generosos Ciudadanos los deseos que diez y seis años antes habian concebido, de que fundasen en ella un Colegio, no permitieron que esta vez quedasen defraudados, y por sus piadosas instancias, se puso el Hospicio de nuestra Señora de Guadalupe, haciendo donacion á los Religiosos, de la Iglesia y Santuario, los Señores Curas Beneficiados á cuyo cargo estaba, y del sitio competente para el Convento, la N. C. y ofreciendo los Señores Mineros concurrir con limosnas para la fábrica y sustento de los Misioneros. Con tan fundados principios, pasó allá el R. P. Comisario de Misiones, y practicadas las debidas diligencias, nombró Procurador para la Corte de Madrid, y se logró que en el dia tenga tan célebre Ciudad un Seminario tan útil para los Católicos y Gentiles.

Nada obraba el V. Padre por atencion á sí mismo, contento solo con tomar para sí la gloria de que todo se dirigiera á la de Dios, y por eso su intencion era en todo muy limpia de pasiones, y mucho mas de torcidas intenciones; ni miraba en su gobierno mas que el servicio y agrado del Señor, sin ladearse á otros respetos caducos, y como Caudillo de la Milicia de Christo, incitaba con su exemplo á todos sus Súbditos á disponerse con la fervorosa oracion y observancia de la Regla y Constituciones Apostólicas, para ir por el Universo Mundo predicando el Evangelio á toda criatura. Bien informado de tan apreciables qualidades estaba el Rmô. P. Comisario General de Indias Fr. Lucas Alvarez de Toledo, quando de Madrid le escribió: »Doy á V. P. repetidos agradecimientos y gracias por »su acertado gobierno en el tiempo »de Prelado de nuestro Seminario de »Santa Cruz de Querétaro, de que »quedo agradecido, y con deseos de »atender á V. P. en quanto se le ofre»ciere, no solo en lo temporal, sino »en lo espiritual.»

CAPÍTULO XII.

Constante zelo con que el V. Padre empleó lo restante de su vida en la conversion de Infieles hasta su muerte.

De las espinas de los trabajos, y abrojos de las dificultades, hace el zelo apostólico nacer flores de esperanzas, riega con el sudor los laureles, y de una victoria, forma plantel que le empeñe á conseguir otras muchas, causando con sus desvelos grande temor al Infierno: ya el V. Padre habia experimentado las graves necesidades, congojas y pesadumbres que en un perpetuo combate agitan el alma y las fuerzas naturales á los Ministros de las nuevas Conversiones; pero tambien habia gustado los espirituales alientos y consuelos del espíritu que se sienten en ellos

quando se ven logrados los trabajos, y al olor de estos preciosos aromas, ni dos meses pudo estar en el Colegio despues que acabó la Guardianía, pues habiendo sido el Capítulo por Octubre, en el mismo año de setecientos y tres, dice el P. Espinosa, se trasladó al Valle de San Ildefonso la Mision de San Francisco Solano, que habia fundado el V. Padre en el rio de Sabinas, y se habia pasado al grande, hallándose en dicho parage el P. Olivares y el P. Hidalgo con pocos Indios Xarames, por haberse ausentado los otros del Pueblo.

Reconocieron que por aquellas cercanias habia multitud de Gentiles, y de varias naciones fueron atrayendo hasta quatrocientas personas, que mantuvieron la doctrina y sujecion hasta el año de setecientos y ocho, en que las hostilidades de los Indios Tobosos, que dos leguas de la Mision mataron ocho Indios Christianos, y se llevaron cautivas dos criaturas, les hicieron desampararla; y retirando el V. Padre los Ornamentos sagrados á la Mision de San Juan Bautista, dexó un Donado muy exemplar, que cada dia cuidaba de que no faltase la Doctrina Christiana en los pocos que habian quedado, y él fue muchas veces á decirles Misa, instruirles, bautizar párvulos ó enfermos, costándole treinta y dos leguas de jornada esta piadosa diligencia, y al cabo del año vino de México el P. Olivares, con la providencia de trasladar la Mision al rio de San Antonio, donde ha dado muy copiosos frutos.

Pero no habiendo ninguna prenda mas propia de un Misionero Apostólico que un corazon generoso y magnánimo, que por hacer la causa de Dios venza los peligros, y se oponga con valor á las resistencias, fueron muchas y muy graves las que tuvo que sufrir el V. Padre por esa causa, pues sin temor de los peligros, tuvo hasta el fin de su vida la mas acrisolada constancia para promover la conversion de las naciones de los Texas. Habia sido su Misionero el año de seiscientos noventa y uno en la Mision de N. P. San Francisco, y nacion de los Asinais; y visitando las muchas Rancherías que hay por mas de cincuenta leguas hasta los Codadachos, y visto por otros rumbos innumerables Gentiles, siempre quedaba su alma con un extremado dolor de ver las muchísimas que cultivadas con la doctrina de la Iglesia pudieran ser miembros suyos y dar á Dios mucha gloria.

Fomentaba este zelo la docilidad genial de aquellos Indios, y sobre todo, tenia impresas en su corazon las tiernas expresiones del Capitan del Pueblo de su Mision, que viendo que los Misioneros despoblaban la tierra, le requeria al V. Padre, diciendo: »Padre, ¿por qué nos desamparas? ¿Qué agravio te he hecho yo y »mi gente? ¿No te hemos servido fiel»mente en todo lo que se ha ofrecido? »¿Todos los años no te hemos hecho »tu sementera? ¿Para todo lo que has »habido menester á los Indios, no los »has hallado asistentes?» Á estos cargos, dice el V. Padre, les respondió: »esta accion no pende de mí, sino de »mi Compañero que es el mayor: él »se vá por las razones que tiene, y »yo no puedo quedarme solo. Con to»do, le instó el Capitan, pues si quie»res quedarte, aunque ya está todo »quemado y despoblado, te doy pa»labra de hacerte vivienda, é Iglesia »donde digas Misa, y rezarémos, sin »faltar, todos los dias, los de mi casa »y familia.» Á esto le dixo el Padre:

„¿Y por qué tú y tu familia, y no to„dos los Indios?„ Y le respondió: „¿Qué ignoras, Padre, la desigualdad „que hay en esta gente? ¿No tienes „experiencia de que en este punto „son muy voluntariosos? Pero en las „diligencias, te doy palabra de no ser „corto.„

„Al mismo tiempo concurria „la omnipotencia en la reduccion de „aquellas almas, pues padeciendo en „sus siembras una dilatada seca que „tenia ya casi perdidas sus milpas, „ocurrieron á su Chenesi ó Sacerdote „fingido, y él les vendió el milagro „tan caro, que les pidió todas las al„hajitas de sus casas, y que rogaria á „Dios, y lloveria tal dia: los misera„bles se despojaron de sus utensilios, „pero llegado el dia, ni esperanza hu„bo de que lloviera. Fueron afligidos „á la Mision, pidiendo á los Padres „que rogaran á Dios que lloviera, y „prometiendo que si llovia se sujeta„rian á la doctrina y obediencia. Los „Padres, llenos de Fe y confianza, co„menzaron un novenario al glorioso „San Antonio, y fue el favor tan „pronto, que diciéndoles los Padres „que al siguiente dia lloveria, se ve„rificó con tan abundantes lluvias, „que se lograron reabundantes las co„sechas. Otros portentos, dice el V. „Padre, y de mas admiracion obró „Dios en aquel tiempo, para la confir„macion de su Evangelio y santa Fe, „y fuera de estos sucesos, reconoci„mos bastantes demostraciones de „llanto y sentimiento en aquel Pue„blo, y hasta los Soldados tocaron la „experiencia del amor y cariño con „que los Indios les asistieron y sir„vieron, y la mucha docilidad de sus „naturales, y buena política con que „viven.„

Mas que incentivos, eran rayos todos estos motivos para violentar los incendios de un amor apostólico y de un ardiente zelo, porque si este es una viva llama que con alas de actividad constante conserva al Misionero en perpetua accion, y le alienta el ánimo á emprender lo mas dificil, porque la misma arduidad se lo representa mas glorioso, no sería extraño que estando el corazon del V. Padre penetrado de ese luminoso fuego, y prendado de las buenas disposiciones que en aquellos Gentiles conocia para recibir la Fe Católica, emprendiera su conversion, ya que tanto se dificultaba por los medios regulares de una terrenal conquista, por otros acaso mas eficaces, aunque la prudencia humana los reputara por incongruas sencilleces.

Es cierto que aquel campo de Grecia que llamaban de la verdad, y en que solo tenian entrada la sencillez, la honra y la inocencia, ó lo taló á fuego la ira, ó se lo tragó la tierra; pero todavia en el candor del genio del V. Padre, se transparentaba la inocencia, porque estaba muy ageno de los dobleces de la malicia, se traslucia la honra, porque solo miraba á la de Dios, y relucia la sencillez, porque solo trataba con la verdad; y teniendo su lengua atada al corazon, nunca supo fingir en las palabras lo contrario de lo que en él tenia. Con esta ingenuidad y lisura, siendo Prelado del Colegio, y debiendo proponer al Rey los medios mas oportunos para el cumplimiento del Instituto Apostólico, dirigió á S. M. un dilatado informe sobre la conquista espiritual y temporal de aquellas Provincias: puesto en las manos del Rmô. P. Comisario General de Indias, le dice: „En órden al informe para S. „M. para el fomento de las Misiones

»de Texas; no me ha parecido con»veniente entrar por ahora en esta »pretension, por quanto S. M., que »Dios guarde, se halla con la ocupa»cion de las guerras.» Pocas esperanzas tenia el V. Padre quatro años despues de remitido dicho informe de que tuviera efecto, y mas quando las revoluciones de la Corte podian haberlo descaminado; por eso pensando darle nuevo y mas eficaz giro, hizo otro informe al Señor Virrey, que con consulta de la Real Junta, produxo un Decreto de diez y ocho de Agosto del año de setecientos y ocho, en el que S. E. le dá permiso al P. Fr. Francisco Hidalgo para pasar á las Conversiones de los Indios Infieles Texas. Pero visto en el Discretorio, no pudo tener efecto, acaso entre otros inconvenientes, porque el nombre de Texas se habia hecho tan odioso á los Religiosos, que ni querian pronunciarlo, pues les habian hecho exôrbitantes cargos de los gastos hechos en la antecedente entrada, quando no habian tenido sino imponderables trabajos, hambres y miserias: Con todo, fue este para la humildad del V. Padre un golpe tan ruidoso, que en todas partes sonó su fino rendimiento.

No por eso se entibiaban los fogosos anhelos con que solicitaba la conquista espiritual de aquellos Indios, y fatigado de dia y de noche en buscar medios que la promovieran, recogia ya de los Autores Regnícolas, ya de varios viageros, quantas noticias podia de aquellas, y de otras dilatadas é incógnitas Provincias, de que dexó muchos Quadernos escritos, y muchas Cartas dirigidas á personas del mayor respeto y facultades, exhortándolas á tan heroica empresa. Ni ménos desatendia los progresos espirituales y temporales de su Mision de San Juan Bautista; pues el año de diez, que le envió al Padre Prefecto de las Misiones las listas con que se dá cuenta á la Sagrada Congregacion de Propaganda Fide de los frutos de ellas, se hallan haberse bautizado solemnemente y en necesidad trescientas diez y ocho personas, casado *in facie Ecclesiæ* cincuenta y quatro, y sepultado ciento y setenta y dos; y prosiguiendo otros dos años en su apostólico ministerio, se retiró á su santo Colegio.

Gozoso en la quietud de su celda, y en la tranquilidad de su alma, le resultó el año de catorce una nueva perturbacion de ánimo, que fue efecto de su zelo, y del amor que á los Indios Texas les habia tenido: pues en la consideracion que años ántes habia hecho de las muchas almas que se pierden por las continuas guerras que aquellas Naciones se hacen unas á otros, y que estas no son poco impedimento para su conquista, les habia escrito á los Reverendos Padres Misioneros Franceses del territorio del rio de la Palizada una Carta en idioma Español, suplicándoles, que empeñasen su zelo en la pacificacion de las Naciones circunvecinas de los Asinais, para que así se pudiera efectuar su reduccion en mayor honra y gloria de Dios; pero pasado un año sin respuesta, escribió otra en latin, por dudar si por esta causa se frustraria la primera, á los Señores Franceses seculares, con la misma súplica, y tuvo esta tan efectivo suceso, que estimada con aprecio del Capitan General Gobernador de la Lusiana, no obstante haber pasado algun tiempo de su fecha, envió al Capitan Luis de San Dionis con veinte y cinco Soldados, y órdenes para que se efectuasen las paces.

Llegaron á los Asinais y preguntándoles, si querian se les pusiese Mision, respondieron, que para ese fin estaban esperando al Padre Hidalgo, y que como ya habia estado con ellos, no podian dexar de verlo primero; que si querian acompañarlos para defenderlos de sus enemigos, vendrian á buscarlo. Tuvo el dicho Capitan la bondad de condescender á su ruego, y con tres Franceses y quatro Indios vino padeciendo indecibles trabajos hasta el Presidio de San Juan Bautista del Rio-Grande: allí los recibió el Capitan con agrado, y dió cuenta al Señor Virrey, en tono de que el Padre Hidalgo habia pedido auxîlio de armas á los Franceses: pero como todo lo obraba el V. Padre por las leyes de la rectitud y verdad, luego que recibió las Cartas del Capitan Dionis, se las remitió al Superior General, para que se le diera cuenta al Señor Virrey: y en Carta le expuso á S. E. la sinceridad de las intenciones con que habia procedido: cuyas razones dexaron al Señor Virrey del todo satisfecho, pero no indultado al V. Padre de muchas mortificaciones en su ánimo, y mas viendo todos sus designios frustrados, á costa de los trabajos que padecieron los Franceses y los Indios.

Estos se volvieron á sus tierras; pero Dionis, estando desnudo y falto de todas las cosas necesarias para su regreso, se quedó en el Presidio hasta el siguiente año de quince, en que llegaron á él otros dos Franceses que venian de la Movila con el pretexto de buscar ganados y bastimentos; por lo que el Capitan los remitió á todos á México. El Señor Virrey convocó Junta General, y por lo que en ella especularon sobre la venida de Dionis, que declaró haber sido en busca del Padre Hidalgo, que pedian los Indios Asinais por su Ministro, se resolvió en ella, y pidió el Señor Fiscal dar las providencias mas eficaces y convenientes para evitar la introduccion de los Franceses y su comercio en los Dominios de S. M. Católica, con que luego pasasen á la Provincia de los Texas algunos Religiosos del Colegio á fundar Misiones, resguardados de veinte y cinco Soldados con un Cabo: y como Dionis llevaba en su persona aquel carácter que naturalmente distingue á los hombres de bien, y no dexa dudar de su verdad, lo nombró S. E. por conductor de víveres, y le asignó quinientos pesos de sueldo.

En vista del órden y encargo del Señor Virrey, el Padre Guardian hizo á la Comunidad una exhortacion, para que se animaran á ir á tan gloriosa empresa, y los que se hallaran movidos se presentaran. Para elegir los que habian de ocuparse en ella, muchos se ofrecieron, pero el primero que se juzgó mas apropósito, fue el Padre Hidalgo, así porque reconocian todos su idoneidad y mérito, como por el que habia contraido en ser el que con tantos anhelos y pesares habia solicitado la conversion de los Texas. Por Enero del año de diez y seis, salieron los Misioneros del Colegio, empezando desde luego á sentir las penurias de su evangélica pobreza, hasta juntarse en el Rio-Grande con toda la comitiva que iba á Texas, á donde llegaron el dia veinte y siete de Junio, y habiendo salido á recibirlos los Capitanes y prinpales de los Indios, se dió principio al restablecimiento de las Misiones por la de nuestro Padre San Francisco, que habia fundado el V. Padre el año de noventa.

Quien ignorare las calidades de aquellos Indios, pensará que estando ya el Venerable Padre en posesion de sus deseos, y ellos en la del Ministro que habian solicitado, estarian todos gustosos y arreglados el catequismo, y el órden racional y político de un Pueblo; pero todo era al contrario: porque estando aquellos Indios connaturalizados á su libertad gentílica, y á darles satisfaccion á sus pasiones y apetitos, sin mas cuidado que su frugal subsistencia, nunca fue posible reducirlos á Pueblos y Doctrinas. Consiste esta imposibilidad en la ineficacia de las providencias con que se ha intentado su conquista; pues no han sido dirigidas á moderar su libertad licenciosa en el comercio con la Nueva Francia; pues á mas de que allí no se les habla nada de la Doctrina Christiana, se les franquea el comercio de quanto ellos apetecen para sus vicios: de forma, que una libertad pagana, apoyada de otra no ménos libertina, y que les franqueaba lo necesario, obligaba á los Indios á oír de mala gana las Leyes del Christianismo, y á andar siempre vagantes por los campos; porque en ellos solo podian hallar la moneda con que comprar los fusiles, la pólvora y balas, que son las pieles que adquieren por la caza, y en que consiste todo su comercio para aviar sus familias: esta es la causa porque no pueden ni aun los de una misma nacion vivir juntos, ni en unos mismos sitios, pues todo el año ván remudando varios, segun se proporciona el tiempo de la síbola, de los venados, ú otros animales: y esto los hace remontarse muy léjos.

Estos son los inexpugnables impedimentos para poder congregarlos en Pueblos, y extrañar demasiado la especie de trabajo y cultivo de las labores que les coje de nuevo, y hace retirarse á los montes: dificultad que siempre les ha hecho á los Gefes Españoles huirle el cuerpo, y no querer hacerse de ella cargo, descargándola toda sobre los Misioneros; y como en sus entradas les repartian los Gobernadores ropa, tabaco y otras cosas, los Indios los recibian con muchas demostraciones de amor y de obediencia, y estas se actuaban como hazañas de sus conquistas; pero en saliendo de la Provincia quedaban las Misiones desamparadas de las armas, y llenas de miserias, y los Indios se retiraban á sus acostumbradas correrias: así se frustraban todas las diligencias y trabajos de los Misioneros; pues no teniendo que darles, tampoco podian hablarles, porque ellos no entienden mas idioma que el de las dádivas, y desde el principio de esta entrada se vieron precisados á trabajar personalmente sus Iglesias y viviendas, aunque pagizas, y á carecer hasta de los comunes alimentos, ni tener otro refugio para mantener las vidas que las yerbas del campo. Casi dos años estuvieron padeciendo los Misioneros cruelísimas lacerias, pues habiendo sido en ellos muy escasas las cosechas de los Indios, de quienes solian conseguir un poco de maiz ó frixol, padecian sin arbitrio ni consuelo alguno.

No obstante tan duros trabajos, como el V. Padre estaba medianamente instruido en el idioma mas comun de aquellos Indios, visitaba continuamente sus Rancherias, repartidas por algunas leguas, y con el afan de ir incomodado de unas penosas y largas calenturas, por ver si habia en ellas enfermos, á los que catequizaba para poder bautizarlos, y de los que logró muchos; pero con mucho mas

consuelo muchisímos párbulos, especialmente en las epidemias que por sus desórdenes padecen casi todos los años.

Era inalterable la paciencia con que sufria sus molestias, deslealtades y perfidias, sin que todo el torrente de ellas pudiera entibiar su caridad, para disimularlas. Le habian dado al V. Padre Margil, el año de diez y siete, la noticia de que los Franceses determinaban poblar las tierras de los Cododachos, que distaban cincuenta leguas de las Misiones: y para preocuparles el puesto, se determinó que fuese luego un Misionero y pusiese una Mision, para lo que se ofreció el Padre Hidalgo, y estando todo dispuesto, quando el Capitan y demas comitiva iba á montar á caballo, los Indios que habian de ir de guías, se escondieron y frustraron el viage determinado.

Veía con sumo dolor el V. Padre, que en dicho Cododachos tenian los Franceses establecido ya un Presidio de cien hombres, con muchos pertrechos de guerra, y que en Nachitós esperaban cada dia la Tropa, para despojar de todas aquellas posesiones á España, quando ésta no tenia en su defensa veinte Soldados, y que en este caso se perdia igualmente la conversion de tan innumerables almas; y no esperando providencias que pudieran impedir tan gravísimos daños, se esforzaba su espíritu escribiendo Cartas á las personas del mayor carácter y facultades, para que se animaran á defender tan justificada causa, y conservar una Provincia que era la puerta de otras, en que se podian hacer gloriosas conquistas, lo que intentó persuadir á un poderoso Señor, haciéndole descripcion de todas las tierras internas y sus naciones, y desahogando su ánimo con decirle: »Aquí pudiera referir á V. S. quan»tas diligencias me ha costado esta »conquista: mas de veinte y cinco »años me ha costado de solicitud, y »si hubieran estado confederados los »designios de los Españoles con los »mios, ya toda la tierra estuviera »conquistada: pero todo ese tiempo »ha sido mi dolor continuo.»

Esto mismo confirma el Padre Cronista Espinosá, diciendo: »En »todos los años siguientes estuvo ha»ciendo instancias el R. P. Fr. Fran»cisco Hidalgo para volver con Mi»nistros á los Texas: y para poder lo»grar su christiano zelo, hizo un di»latado informe á S. M. en su Con»sejo Real de Indias: en estas partes »no dexó piedra por mover, así con »el Señor Virrey Duque de Albur»querque, como con sus Prelados Su»periores; pero nunca pudo lograr »sus designios por las muchas contra»dicciones y dificultades que se le »ofrecian aun entre los mismos do»mésticos.» Pero el corazon del V. Padre solo se movia por el espíritu del Evangelio, que es el que anima el Instituto, y en los esforzados alientos de su zelo, las mismas sinrazones que habian de desmayarlo, labraban la corona á su mérito; pues los golpes que en las batallas sacaban los escudos, eran los que coronaban á los Romanos en sus triunfos.

El mismo mes de Junio que firmó la citada Carta, se rompieron las paces entre España y Francia, y ántes de publicarse la guerra, hostilizó el Comandante de Nachitós la Mision de San Miguel de los Adais, asaltándola con su Tropa, y saqueándola con avaricia, pues cargó con los ornamentos sagrados y todo el adorno de la Iglesia, y con quanto le pareció

útil, sin perdonar ni aun á las gallinas, que llevándolas represarias, con un Religioso Lego y un Soldado, en el camino armaron una ruidosa resistencia, con la que asorado el caballo dió con Mr. en tierra, y acudiendo á socorrerlo sus Soldados, pudo el Religioso entrarse en el monte y volverseles chaparro: á toda diligencia llegó á la Mision del V. Padre Margil, á quien informó de todo, y con el mismo dió el V. Padre aviso á todos los Misioneros, para que pusiesen en cobro los ornamentos y demas cosas que se pudieran.

El Capitan cayó de ánimo con los pocos desnudos y desamparados Soldados que tenia á su mando, y con el clamor de las mugeres que pedian con instancia que las dexaran salir de la tierra: todo era confusion, desórden y lamentos; porque no teniendo fuerzas para impedir el que si venian cien hombres armados, que los Franceses amigos avisaron se estaban esperando en Nochitós para echar de la Provincia á los Españoles, sin remedio los harian á todos prisioneros, y así no meditaba mas que en la retirada: fueron muchos los debates en que los Misioneros la repugnaban por entónces; pero el Capitan no hallaba otro remedio, y se fue practicando con tantas incomodidades y penurias como demoras, hasta llegar á San Antonio: no tenia esta Mision vivienda para todos los Religiosos, y les fue preciso hacer cada uno su choza pagiza, en que estuvieron hasta el mes de Marzo del año de veinte y uno, que entró el Marqués de Aguayo con los Misioneros para la restauracion de los Texas.

No hay documento alguno de donde inferir que el V. Padre Hidalgo hubiese entrado al dicho restablecimiento, ni quando volviese á salir á la Mision de San Antonio; pero sí hay original una peticion proveida el dia veinte de Marzo del año de veinte y cinco, en que el V. Padre y el H. Fr. Francisco Bustamante, Layco, le piden al P. Presidente Fr. Gabriel de Vergara su bendicion y licencia para entrar apostólicamente á ajustar las paces con los Apaches. Estas las habia intentado el P. Fr. Joseph Gonzalez dos años ántes, al ver los gravísimos daños que esta indómita nacion causaba en las Misiones; y aunque el Capitan del Presidio y los Soldados llevaban muy á mal sus diligencias, y le habian costado muchos oprobrios, baldones y desprecios; pero por medio de una India cautiva habia conseguido que vinieran quatro de ellos, y les trató de la amistad que se deseaba; pero como no eran suficientes para asegurarla á nombre de toda la nacion, que es grandísima, no pudieron conseguir que los de otras Rancherías no prosiguieran sus crueles hostilidades.

Faltó entónces el fomento que los Españoles podian darle á tan buenos principios, y despues no quisieron coadjuvar á otros medios conformes á los fines de los Misioneros; y penetrado de dolor el corazon del V. Padre Hidalgo al ver las repetidas y desgraciadas muertes que sucedian por esta guerra, con evidente perdicion de muchas almas, se hacia cargo de que el Instituto Apostólico tiene por fin la propagacion de la Fe en las naciones bárbaras, y que la imposibilidad de predicarla á los Apaches, consistia en la escolta de Soldados para resguardo de las vidas de los Misioneros, que no se le habia de dar por el Capitan: y por eso pedia licencia para ir apostólicamente á su espiritual conquista. Pero era su humildad ver-

dadera, y por eso no queria que en esta empresa respirase su espíritu por su voluntad propia, sino por dictámen del que tenia por Prelado, pidiéndole que exâminase su vocacion, y si no fuera como manda N. P. S. Francisco, dispusiera en ella como Prelado: pues sus intentos eran propagar la Santa Fe, y ver si por medio de esta entrada, se conseguia la paz y quietud de aquellas fronteras, que se hallaban tan acosijadas de las naciones bárbaras, pero con resignacion en la voluntad de Dios y del Prelado.

El P. Presidente respondió que conocia bien, por la pet c on, el ardiente zelo de la honra y gloria de Dios y salvacion de las almas redimidas con su preciosa Sangre, que ardia en el christiano pecho del Padre Hidalgo y de su Compañero, ofreciendo espontaneamente sus vidas y conveniencias religiosas por la salvacion de las almas; pero que siendo extraordinaria, lo era tambien fuera de su jurisdiccion el dar tal licencia, y así que pasara al Guardian del Colegio para que la determinara. Ni por esta via pudiera tampoco conseguirla: pues aunque es cierto que en la primitiva Iglesia, y en las primeras conquistas espirituales de estos Reynos, se vieron muchas veces regados los rediles con la sangre de sus Pastores, y enriquecido el Cielo de valerosos espíritus que ofrecian voluntariamente sus vidas al cuchillo por defensa de su ganado, y que estos gloriosos triunfos los ha visto tambien este Apostólico Colegio en muchos de sus hijos, y espera verlos siempre que se ofrezcan lances en que Dios quiera premiar su zelo; pero tambien desea que este sea segun la ciencia y reglas del Evangelio, contentándose sus Misioneros con el cumplimiento de las obligaciones de su cargo, en cuya tolerancia tienen tanto que padecer, que pueden competir con los mas esforzados Mártires: pues estos dieron una vez por su Redentor la vida, y ellos mueren innumerables veces por sus ovejas, preparados siempre entre evidentes peligros á derramar su sangre por ellas.

Hallábase ya el V. Padre anciano, y oprimido de penosos accidentes, y consultando solo á la robustez de su espíritu, emprendia con mayor valor hazañas gloriosas, obligándolo el amoroso zelo que le tenia al Instituto Apostólico, á entrarse por las puertas de los peligros, prefiriendo la esperanza de pacificar aquellos bárbaros, y sujetarlos á las sagradas Leyes del Evangelio, á su propia vida y religiosas conveniencias. Eran estas llamaradas de aquellas lámparas que siempre tuvo en las obras encendidas, y no obscuros indicios de la cercanía de su muerte: pues pasando ya muy agravado al siguiente año á la Mision de San Juan Bautista del Rio-Grande, en el mes de Septiembre del año de setecientos veinte y seis, entregó su alma al Señor, á los sesenta y siete años de su edad, cincuenta y dos de Religion, y quarenta y tres de Misionero Apostólico; cuyo constante y fervoroso zelo, adornado con el candor de su trato, con la humildad de su genio, con la mortificacion de su vida, y con el rendimiento de su obediencia, llevaba las armas auxîliares que daban nuevos brios al Evangelio, y le aseguraban á los clarines de su predicacion los mas esclarecidos triunfos.

CAPÍTULO XIII.

Vida del P. Fr. Jorge de la Torre.

Pasa de España para las Indias, y sucesos de su viage hasta el Colegio.

EL P. Fr. Jorge de la Torre nació en un Lugar vecino á Caldas de Reyes, en el Reyno de Galicia, y habiendo profesado la Regla Seráfica en aquella santa Provincia, vivia en el Colegio de Misioneros de Hebron, muy estimado por sus religiosas prendas, virtudes y buen exemplo, que lo hacian eficaz estímulo para la observancia mas exácta de la Regla, y cumplimiento de las obligaciones particulares del Instituto Apostólico: en éste manifesba ardiente zelo del bien de las almas, para que el Señor lo habia dotado de un generoso espíritu, con que movia extraordinariamente á penitencia y dolor de los pecados á sus auditorios: por lo que yendo en las Misiones acompañado de otro Venerable y muy docto Padre, solo á él se atribuian los frutos y admirables conversiones, creciendo cada dia mas la fama de su doctrina, eficacia y predicacion apostólica.

Estos comunes aplausos eran para el P. Fr. Jorge un duro potro de tormentos, en que su humildad lo afligia y mortificaba: porque viéndose llamado al exercicio de la predicacion evangélica, y que no podia desertar del ministerio sin el justo temor de que esto fuera enterrar los talentos que el Señor le habia confiado, para negociar con ellos las usuras espirituales y bien de sus próximos, lo contrastaba el natural temor que debia tener á la arrogancia del amor propio; pues aun en el mismo Seminario se aplaudia la grande estimacion con que era venerado de los Pueblos; y así padecia una nueva especie de martirio, que es sin duda muy penoso para el que no obra con respecto de sí mismo, sino solo con el de la mayor honra y gloria de Dios. En esta congoja le ofreció la divina Providencia una ocasion muy oportuna para su espiritual consuelo, porque llegó á aquel Colegio la Patente en que con licencia del Rey, y facultad de los Superiores, exhortaba el V. P. Fr. Francisco Estevez, Comisario de Misiones, á los Religiosos que tuviesen divina inspiracion, para agregarse á los que habia de conducir al Seminario de la Santa Cruz de Querétaro, con el fin de propagar la Fe entre los Infieles, y predicar á Christo Crucificado, para la reforma de las costumbres de los Fieles.

Fue esta una prueba que demostró la verdad de los interiores sentimientos que en el corazon tenia sufocados el P. Fr. Jorge; y aunque tenia el honrado pretexto para darse por excusado en este convite Evangélico, el de ser Vicario del Colegio, no se hizo sordo al divino llamamiento, sino que ofreció al Señor en la ara de su obediencia, el sacrificio de renunciar su Patria, Parientes y comodidades religiosas, para seguir á Christo en los trabajos, que intimó á sus Misioneros, sin el temor de que

sus afanes estuvieran expuestos á perderse en los peligros que causa la lisonja y humanos aplausos. Era el Padre muy dado á la oracion y exercicio de las virtudes, y era tambien conseqüencia que en ellas conociera que la seguridad de los valles humildes no se halla en lo excelso de los montes, porque el enemigo comun persigue con porfiada obstinacion al que mas descuella, pues teme de sus progresos su propio daño, y así endereza el poder de sus baterias á derribarlo con mas empeño, para que si le falta el valor para la resistencia, dar con él en una perdicion eterna.

Por eso, cooperando á la inspiracion divina, abandonó el Padre todo lo que era carne, sangre y tierra, para seguirla, abrazando los trabajos de mar y tierra, para trabajar en la Viña que el Señor puso en su Iglesia, confiado en la merced de sus sudores, sin peligro alguno de perderla. Con estos nobles afectos, procuró la Patente del Padre Comisario, con la que se puso en Madrid á su obediencia. Era el V. Padre Estevez dotado en la discrecion de espíritus, y desde luego conoció con las grandes prendas naturales, el que el Señor le comunicaba para el ministerio apostólico á aquel fervoroso Misionero, y para que no se entibiase el zelo que revertia de pasar quanto ántes á las Indias, le facilitó sus deseos; porque habia conseguido de la Real piedad del Señor Don Felipe V. la Cédula y licencia para la fundacion del Colegio de Guatemala, y sin la demora de que esperara la colectacion de la Mision, negoció que se viniera á los fines del año de setecientos.

Emprendió el P. Fr. Jorge su camino para Cadiz, hecho un nuevo Adalid Apostólico, caminando á pie, y confiando de la alta Providencia su viático y sustento: del mismo modo solicitó la embarcacion para Nueva España, pagando con santas exhortaciones y buenos exemplos, el flete y los alimentos. Ningun contratiempo tuvo en su navegacion hasta Puertorico; pero como era muy diversa de la que hacia con el cuerpo, la que gobernaba su espíritu, aquí se le ofreció un grande escollo, en que la prudencia humana discurria perdido el rumbo que habia traido su apostólico zelo; pero ántes este le franqueó el mas seguro, porque desembarcando en aquel Puerto, ocurrieron innumerables Isleños, y el Padre les propuso la divina palabra con tal eficacia, que ellos correspondian con las ansias que tenian de oírla, y de remediar la gran necesidad que de ella tenian sus almas.

Corrió la voz por todas aquellas Poblaciones circunvecinas, y se fueron aumentando los auditorios, de suerte, que el Padre se vió empeñado en una mision séria, y aunque solo, en un confesonario copioso: y como el Señor le daba á gustar la gracia del ministerio, eran cada dia mas particulares los frutos que le rendian sus laboriosos afanes, que no debia dexar tirados en el campo; por eso avisándole el Capitan que ya era tiempo de marchar, le respondió con obsequiosa urbanidad, que allí habia encontrado gran parte de lo que venia buscando á las Indias, y que estaba precisado á socorrer á todas aquellas almas; por lo que no podia entónces proseguir el viage sin dexarlas desconsoladas, y que quedando muy agradecido á los beneficios que hasta allí le habia hecho, confiaba en que Jesuchristo, que las redimió con su preciosísima Sangre, le depararia embarcacion, quando ya se hubieran todas reme-

diado, para que sin pérdida de tiempo pudiera él llegar á su destino.

Bien se ve en resolucion tan rara, que la sana y santa intencion con que el Padre gobernaba la navegacion de su espíritu, no solo era piloto diestro, sino lince, que venciendo embarazos, penetraba hasta el Sol de la Divinidad, sin ladearse á otros respetos caducos. Hizóse á la vela el Navio, y quedándose el Padre en el Puerto otros quince dias mas, para acabar de confesar y consolar á aquellos pobres Isleños, en el mismo dia que vió completas sus tareas apostólicas, vió tambien una embarcacion proporcionada para Veracruz, que con toda felicidad, y en pocos dias lo conduxo á ella, con tan clara direccion de la divina Providencia, y tan conforme á su religiosa confianza, que la otra embarcacion no llegó á Veracruz sino muchos dias despues, y quando el Padre estaba ya en su Colegio de Querétaro.

Esto se supo por tan indubitable conducto, como lo fue el Rmô. P. Vicario General del Militar Orden de nuestra Señora de la Merced, porque habiendo venido en el mismo Navio que el P. Fr. Jorge hasta Puerto-Rico, y presenciado su Mision y la causa de su demora, quando pasó á su visita á la Ciudad de Guatemala, hizo notables demostraciones de sentimiento por haber ya muerto el Padre, y con expresiones muy vivas de sus grandes virtudes, no parándose en llamarle Santo, y ponderando la religiosidad y el buen exemplo con que habia edificado á quantos venian en el Navio: no admiraba ménos el que portándose en el Puerto como verdadero hijo de San Francisco, quando los pasageros con el dinero no hallaban que comer, al Padre que no traía ni una blanca, todo le sobraba, y que habiéndose quedado ocupado en su santo ministerio, se verificó lo que al Capitan del Navio le dixo, pues ellos padecieron un recio temporal que los arrojó á Campeche, y el P. Fr. Jorge, habiéndose detenido mas de quince dias, habia llegado á Veracruz mucho tiempo ántes. Pero no es mucho, quando sus deseos siempre tiraban á un camino real, para penetrar sin pérdida de tiempo por los laberintos de tan varios accidentes como tiene nuestra vida, siguiendo en el polo de la Divinidad, el hilo de oro de su recta intencion, que nunca dexaba de la mano, y por eso en quanto la ponia iba seguro.

Con tan prósperos auxîlios llegó felizmente al Colegio de Querétaro, y presentando la Licencia y Real Cédula para la fundacion del de Guatemala, se retiró gustosísimo á su celda: observaba en el Seminario un huerto cerrado con los muros de la observancia de la Regla y Constituciones Apostólicas, y regado con copiosas aguas de gracia y de doctrina, y así hallaba en él su espíritu el centro de sus deseos: luego comenzó á desahogar sus fervores, siguiendo todos los actos de Comunidad de dia y de noche, las tareas del Confesonario, y demas ministerios del Instituto, y santas costumbres del Colegio: daba notables exemplos de su religiosidad y retiro, conformándose con las penitencias públicas que se hacen en el Refectorio, en tiempo de los exercicios que se practican cada año, en los que recogidas las velas de consideracion al viento favorable de las divinas inspiraciones, se daba todo á la oracion, penitencia y leccion sagrada, para reformar sus defectos, y aspirar á las virtudes, que lo hicieran imitador

verdadero de los mas caritativos, zelosos y vigilantes Misioneros: por lo que movidos el P. Guardian y V. Discretorio de tan realzadas prendas, á pocos meses de haber permanecido en el Colegio lo nombraron Presidente de la nueva fundacion, y llevó un tanto de la Cédula original para ir disponiendo las cosas necesarias á ella.

Muy dura fue para su alma esta obediencia, pero ciega para buscar rodeos con que eludirla, tomó desde luego el camino con el mismo equipage, y siguiendo las huellas que habian estampado los Venerables y primeros Padres en sus largas, fragosas y desproveidas jornadas, del mismo modo los imitaba en los demas exemplos que hallaba impresos en los ánimos, y los renovaba en todos los Lugares de su tránsito: caminando sin dexar de ayunar, ni de observar el modo apostólico con que los Padres habian evangelizado en todos aquellos Pueblos. Su misma humildad y moderacion de su genio, lo tenian bien impuesto en que es empleo muy ocioso sustentarse como el camaleon del ayre, y mostrar entre sugetos consagrados á Dios, apetito de gloria vana, de aplausos ó de lisonjas; por eso se entró en el Hospicio de Guatemala impensadamente, porque nadie lo esperaba: y así evitó las molestias que causan á todos, los obsequios de los recibimientos.

CAPÍTULO XIV.

Funda el P. Fr. Jorge el Colegio, y varios sucesos que le acaecieron hasta su temprana muerte.

HABIA ido el P. Fr. Jorge á Guatemala con el cargo de Presidente y Fundador del nuevo Colegio, pero sin llevar mas que un traslado de la Real Cédula en un papel sencillo, y sin sello, y sin otra fe ó testimonio, que aquella seguridad con que la buena conciencia sella á la verdad en las operaciones y en el semblante; y con todo, apenas llegó á la Ciudad, fue muy celebrada la noticia de la dicha Cédula, y sin saberse como, se conmovieron todos á que el sitio para el Colegio no fuese el del Calvario, donde tenian su Hospicio los Misioneros; y despues de varios debates se convinieron, en que fuese en un barrio en que parecia haber mayor necesidad, aunque ninguna conveniencia; pero en una casilla se erigió una Iglesia pequeña, y se fueron abriendo los cimientos para otra grande. Era esto á los principios del año de setecientos y uno, y considerando el P. Fr. Jorge que aquel pagizo Hospicio habia de ser un inexpugnable Valuarte, de donde habian de salir valerosos Soldados baxo el Estandarte de la Cruz, y blason de Christo Crucificado, para terror del Infierno y exterminio de los vicios y pecados, y ínclitos Campeones que establecieran el Reyno de Dios en las bárbaras naciones de los Gentiles, se esmeraba como Capitan de ellos, y que debia ser exemplar de todos, en el exercicio de las virtudes, que deben ser las armas defensivas de los Misioneros Apostólicos.

Era en la humildad tan ingenuo, y en la afabilidad obsequioso, que cautivaba los corazones, y mas con

las obras que con palabras les infundia á los Súbditos el amor á las obligaciones del Coro, del silencio, recogimiento y demas del Instituto: y como para ser Prelado de una Comunidad de Religiosos que anhelan á la perfeccion de todos sus exercicios, se conocia inepto, quiso que lo fuera la Reyna de las virtudes María Santísima, á quien siempre habia venerado con la devocion mas tierna y fervorosa, y tenido por Madre y Protectora toda su vida, y así colocó una hermosa Imágen suya en el asiento del Prelado en el Coro y Refectorio, para que toda la Comunidad la reconociera y venerara como principal Prelada suya, y como á tal la obedeciera, imitando las virtudes con que la divina Señora obraba en todo, segun la voluntad divina.

Agitaba continuamente su espíritu el encendido amor que le tenia á Christo Crucificado, como primer objeto que arrebataba todos sus afectos por la meditacion de su Santísima Pasion y Muerte; y como esta es la puerta del Cielo por donde deben entrar á la Gloria los predestinados, para franqueársela á todos los Christianos, los exhortaba con fervoroso zelo á la meditacion freqüente y devota de sus dolorosos pasos. Con este fin estableció que los Viernes por la tarde se tocase la campana mayor para convocar al Pueblo, y que concurriese á rezar la Via Crucis, que gobernó todo el tiempo de su vida, proponiendo con dignas ponderaciones y sentimientos de la alma, los tormentos que por amor de los hombres padeció nuestro Redentor en cada uno de sus pasos: ni eran ineficaces sus tiernos y amorosos afectos; pues los imprimia en sus oyentes con tal viveza, que prorrumpian en voces y lágrimas de dolor, y pedian misericordia arrepentidos de sus culpas, de que resultaban muchas conversiones y freqüencia de Sacramentos. Pero era incansable el P. Fr. Jorge en estos piadosos exercicios; pues acabados en la Iglesia con los Seculares, continuaba en andar los mismos dolorosos pasos con los Religiosos.

No perdia ocasion ni coyuntura en que su zelo no procurase el bien de las almas, y lograba todas las que podia, haciendo muchos sermones y misiones, especialmente en la famosa que se hizo quando el V. Padre Margil fue con solo ese destino á Guatemala. Lo habia dotado el Señor con todas las prendas necesarias para el Púlpito, y predicando con apostólico espíritu, con claridad y verdad católica, les hacia ver á las obscuras conciencias, y perdidas almas, la luz del Evangelio, y penetrando sus corazones, cogia ópimos frutos en el Confesonario: era esta tarea tan de su gusto, que nunca se cansó en ella, y tan de su zelo, que sin aceptacion de personas, á ninguno que se queria confesar lo despidió desconsolado: con esto eran innumerables los que buscaban en el V. Padre el remedio de sus almas, y los mas saludables consejos para el de graves cuidados y negocios.

Habia logrado siempre el tiempo en el estudio: y aplicado á la práctica del Confesonario, relució su prudencia en muchos y famosos casos. Tal fue el que le pasó en un Convento de Religiosas: habia en él una que desde ántes que el Padre fuera á Guatemala estaba reputada por endemoniada, con cuyo trabajo eran multiplicados los del Convento, porque padecia mucha inquietud y desconsuelo, viendo en tanto tiempo entrar en la

clausura por órden de los Prelados, sugetos doctos y bien opinados, sin haberse conseguido expeler á los Demonios con repetidos y esforzados exôrcismos. Estos con las voces y demas circunstancias del acto, llenaban á las Religiosas de pavores y sustos, sin tener leve esperanza de su sosiego. En esta afliccion quisieron probar fortuna llamando al P. Fr. Jorge para que la conjurara; pero proponiéndoselo al Padre respondió: »Ya tengo »noticia de esa Religiosa: yo la curaré con la ayuda de Dios; pero no he »de entrar en la clausura, sino que »llegue al Confesonario de la Iglesia.» Hizóse así, y en pocos dias quedó la Religiosa tan sana, que sin conjuros ni otras extrañas diligencias, quedó en quietud continuando la sequela de la Comunidad, y en un paso de verdadera Religiosa que lo era, de suerte, que no solo la miraban para aprender de ella, pues era edificacion de todas en el exâcto cumplimiento que daba á todas las funciones y obligaciones monásticas.

Admirable por raro, fue el caso; pero no prodigioso, aunque en sus circunstancias fue milagro, que dexaran obrar á la prudencia. Saben los Físicos instruidos, que en las mugeres hay dos géneros de afectos morbosos muy ocasionados á que sus síntomas se tengan por efectos diabólicos, que son los histéricos y melancólicos, y quando éstos son profundos y caen en personas escrupulosas, les causan una obscuridad en la conciencia, y llenan sus corazones de tristeza, temor y desconfianza, que las ponen en el gravísimo peligro de perder el juicio, ó de dar en una desesperacion temeraria: por eso el mas eficaz auxîlio que puede dárseles, es el que comuniquen con un Confesor docto sus imaginaciones, y el confuso laberinto de sus escrúpulos: porque él podrá satisfacer á sus dudas, y desvanecer con razones sus temores, y solo por este medio pueden tales enfermos lograr sosiego en sus aprehensiones, y conocer que son naturales, para que puedan deponer el horror que los conjuros les habian impresionado, creyendo que estaban endemoniados. Pero es la desgracia en semejantes casos, que naciendo de los Judios la errada persuacion, de que muchas especies de enfermedades son movidas por el Demonio, y por eso se introduxo en su idioma la voz de endemoniados para expresar enfermos de tales enfermedades; muchos Médicos indoctos, y que se precian de Católicos, adoptan este error, y quando experimentan alguna enfermedad que es para ellos obscura, y que no cede á sus recetas, luego la acusan de preternatural, y apelan á los Exôrsistas: y como es mas fácil conjurar que estudiar, no obstante que vean á los enfermos sin alivio, granizan sobre ellos los conjuros; y si de ciento logra alguno algun crisis de la naturaleza, quedan muy ufanos; pero aunque los demas no curen y se mueran, no sacan el debido desengaño.

En este mismo año de setecientos y uno, estaba la Ciudad de Guatemala en discordias muy obstinadas, siendo poderosas las partes; y aunque el Señor Presidente de su Real Audiencia habia puesto todos los medios para su concordia, no fueron bastantes para conseguirla, y en tan deplorable estado juzgó por el mas oportuno, el interesarse con el Exmô. Señor Virrey para que por el M. R. P. Comisario General se facilitara el que el V. P. F. Antonio Margil pasara á aquel

Reyno, pues solo en su prudencia y zelo esperaba el remedio de tan perniciosas discordias y pleytos. Era el V. Padre actual Vicario del Colegio; pero rendido á la obediencia del Prelado, emprendió su camino, y logrando ocasion tan oportuna, llevó consigo ya expedita la Real Cédula para la fundacion de aquel Colegio.

Fue el Señor servido de bendecir sus trabajos, logrado por medio de una mision la paz deseada; porque en breve se reduxeron á ella las cabezas de las discordias; y presentando despues de tan feliz suceso la Real Cédula á la Real Audiencia, fue admitida, y en su virtud se dió providencia de fabricar en el sitio que pareció mas conveniente una pequeña Iglesia, y igual Convento, conformes á la santa pobreza, de lo que se formalizó posesion con título de Seminario Apostólico de Misioneros, el dia trece de Junio de dicho año; esmerándose los dos Ilustres Cabildos en honrarlos, yendo en una solemnísima Procesion, que salió de la Santa Catedral, acompañados de todas las sagradas Religiones, nobles Caballeros y innumerable Pueblo, con el Augustísimo Sacramento, que se colocó en aquel nuevo Sagrario.

Viendo el Padre Presidente Fr. Jorge que á aquella nueva planta le daba Dios conocidos incrementos, porque los Nobilísimos Ciudadanos ofrecian largas limosnas, y el Síndico era extremoso en ellas, por lo que ya se habian abierto los cimientos para una grande Iglesia, colocándose la primera piedra con las ceremonias de la Santa Iglesia, y al mismo tiempo se trabajaba en la fábrica del Convento: y con mas espiritual consuelo, el que su Magestad iba atrayendo Religiosos de aquella santa Provincia excelentes en virtudes y letras al Seminario; vió tambien formalizado un Colegio Apostólico, y que el número de los incorporados era ya competente para celebrar eleccion Canónica, y representándolo todo con instancia al Superior General, le pidió expidiese Patente de comision para hacer la eleccion del primer Guardian: condescendió el Prelado á su peticion, y nombró para Presidente del Capítulo al R. P. Provincial, y hecho éste conforme á las Constituciones Apostólicas de los Colegios, salió con unánime consentimiento de todos electo, y fue confirmado el V. P. Fr. Antonio Margil, el que solo por amor de Christo Crucificado, se rindió á tomar la cruz de la Prelacia.

Fue esta funcion Capitular con la que el Señor coronó de gloria y honor todas las demas que el P. Fr. Jorge habia tenido en el tiempo de su Presidencia, y con la que colmó sus deseos de verse libre de cargos para darse mas al retiro, y recogimiento de su espíritu: con nuevos fervores y total abstraccion del siglo, fue dando el año de setecientos y dos un exemplar vivo de un verdadero hijo de nuestro Padre San Francisco, y de su apostólico espíritu. Era indefectible en los Maytines y oracion de media noche, como en las asistencias de Comunidad del dia, dando en todas sus acciones evidentes pruebas del gusto que tenia en ser humilde y rendido Súbdito, y deseaba serlo hasta la muerte como su Soberano Maestro.

Es el desengaño que en la alma imprime la memoria de la muerte, el que borra de ella toda aficion á los bienes de la tierra, y desmonta la maleza de los vicios para que broten en el ánimo las flores de las virtudes; y

teniendo esa memoria continua, sentia por ella el V. Padre repetidos los golpes con que el Señor lo llamaba, y procuraba corresponder á las inspiraciones que en su alma sentia, enagenándola del amor á las criaturas, y aspirando á la perfeccion de sus obligaciones; y aunque no sentia esos golpes en las molestias de las enfermedades que le designaran su muerte vecina; pero presentia muy cercana su muerte, y con esta prevencion y memoria se disponia para ella, como si estuviera ya muy próxîma: por eso el dia cinco y seis de Septiembre le escribió á una Religiosa esta claúsula: »Muchos dias ha que tocan á re»coger, no puedo excusarme por ser »Dios el que toca. Estoy determina»do á dexar la Paternidad de hijas, »que no puede ser buen Padre quien »ha sido tan mal hijo. Padres espiri»tuales hay en Guatemala muchos y »buenos, que yo apénas y con penas »me entiendo. Ya murió Fr. Jorge, »Dios lo perdone: de esta sepultura »difunto.» En otro papel que escribió el siguiente dia, decia: »Si Dios no lo »remedia, lo dicho dicho. El le asis»ta y consuele con su gracia; y á mí »me enseñe lo que debo hacer. Amén. »No fue el difunto el que habló, sino »su pobre alma, que se halla en la »apretura del Juicio de Dios, sin sa»ber qué suerte le tocará. Santa Ma»ría, ora pro ea.

No solo con estas patéticas expresiones, sino con otras muchas, que en aquellos dias sin reflexîon se le salian, repetia muchas veces y daba á entender que queria recogerse á morir: y si la muerte bien considerada, es una carta de marear, que seguramente guía por el rumbo mas acertado el pequeño batel de la vida; por ella gobernaba el Padre la suya, y su meditacion continua le hacia fervorizarse mas en los exercicios de la oracion, mortificacion y penitencia, siendo estas medicinas preservativas de la alma, para entrar en la enfermedad del cuerpo, y que habia de ser el puerto en que habia de dar fin á una navegacion tan peligrosa.

No le fueron infructuosas prevenciones tan christianas; porque al mes de expresadas, ya las vió efectivas, y se tuvieron por extraordinarias, porque quando las practicaba no tenia indicio de enfermedad alguna, ántes parecia tener salud perfecta; pero como la ignorancia del dia y hora, es la que debe obligar á la debida vigilancia, en ella le asaltó una repentina y cruel disenteria, que es un fluxo de vientre ó cámaras de sangre, procedidas de ulceracion de los intestinos con agudos dolores: éstos los sentia gravísimos, y no pudiendo la medicina darle ni el menor alivio, era admiracion del Médico el que no se le oyera un ay, ni las mas leves quexas; pero mayor era la de sus Hermanos los Religiosos, viendo la serenidad de su espíritu y valor de su grande alma, sufriendo tan crueles tormentos con inalterable paciencia y conformidad en la voluntad divina.

Eran todos efectos de la interior paz de su conciencia, y por eso no pensaba en otra cosa que en el interior recogimiento de sus sentidos y potencias, para tratar solo con Dios, y les pedia que por su amor lo dexásen solo, y que no le interrumpiesen su quietud y sosiego. Quando ya sintió que la gravedad del accidente lo acercaba al último peligro, le pidió con mucha humildad al Prelado que le administrase los Santos Sacramentos, y fue tal la fe, devocion y ternura con que los recibió, que edifica-

ron á toda la Comunidad; no habiendo sido menor la conmocion de afectos, quando á todos les pidió perdon de los malos exemplos, y de qualquiera escándalo con que siendo Prelado pudo ofenderlos, y de todos sus defectos y tibiezas que les pudieron causar alguna espiritual ruina.

Sobrevino á la inflamacion una postracion total de fuerzas, y tan fastidiosa inedia, que en muchos dias no pudo tomar alimento, y era admiracion que viviera en medio de tanta fatiga, hasta el dia veinte y siete de Octubre que pidió le llamásen al Prelado, al que le pidió licencia para morir, y luego que se la concedió, pareció que solo esperaba este impulso de la obediencia, porque luego se puso en agonia, y á poco rato acabó la vida. Murió con universal sentimiento, no solo de los Religiosos, que perdian tan amable y exemplar Hermano; sino tambien de toda la Ciudad, que lo veneraba por su doctrina y exemplo; pues aunque consumó su carrera en el breve espacio de dos años que se empleó en el ministerio apostólico; pero en ellos llenó el mérito de muchos, ó porque el que es perfecto en la gracia, en poco tiempo alcanza el mérito que otros en mucho: ó porque se llaman los instantes muchos tiempos, quando están llenos de buenas obras, y aun se pueden llamar eternos, por el respecto con que miran á la eternidad; pues si viviera eternamente, siempre quisiera servir á Dios, y crecer de virtud en virtud, para amarlo sin término.

CAPÍTULO XV.

Vida y Apostólicas empresas del P. Fr. Diego de Salazar.

NInguna ocasion habrá en que sea mas justa la siempre inútil quexa, de que los antiguos nos privaran de la individual noticia de las circunstancias, hechos y virtudes de aquellos Varones Apostólicos, que con sus sudores regaron los bosques, y con sus afanes abrieron las sendas de los escabrosos montes y espinosas breñas en que se escondian, para no ver la luz del Evangelio las naciones bárbaras, y quebraron los yelos que detenian á los hijos de este Colegio, para propagar la Fe, que es el esencial objeto de su Instituto, y el blanco á que debe dirigir todos los esfuerzos de su zelo. Atendian solo aquellos antiguos Padres á la práctica de las virtudes y trabajos apostólicos, para exercitarlas con perfeccion en beneficio de las almas; y como estos laboriosos empleos eran á todos comunes, solo se contentaban con que fuesen aceptas al Señor, sin reparar el que tambien fuesen útiles sus historias, para la comun edificacion, y exemplo para imitarlas: á esto sin duda mira el Estatuto de las Bulas Apostólicas, en que se ordena que haya un Religioso supernumerario en el Seminario, que escriba los progresos y frutos de las Misiones, y los hechos y vidas exemplares de los Misioneros.

Uno de los muchos que dan mas fuerza á la quexa, es el P. Fr. Diego de Salazar, pues habiéndolo incorporado en el Colegio desde el año de seiscientos ochenta y siete, ni en el decreto de su admision, ni en la

memoria de su muerte, que fue treinta y cinco años despues, no se hace mencion de su origen natural, y lo que es mas, ni aun de la Provincia en que profesó la Regla Seráfica, y de donde vino á este Colegio, apenas se dice en el citado decreto que despues de repetidas Cartas, en que hacia instancias para ser admitido, lo fue; por lo que si en tan lacónica expresion se omite la de su Provincia, bastante es para deducir los fervorosos anhelos con que aspiraba á la mas rígida observancia de la Regla, y el zelo con que deseaba trabajar en la evangélica Viña.

Para uno y otro fin le habia dado el Señor de ella los correspondientes talentos, pues en un tiempo en que se estaban zanjando los fundamentos primeros del Instituto Apostólico, y profundándolos sus Fundadores para erigir un Seminario sobre una humildad profunda, sobre una pobreza evangélica, y sobre unas virtudes edificativas y religiosas, que debian ser regla á los que quisieran abrazar sus ministerios; correspondió el P. Fr. Diego tan exâcto en todas las funciones de la Comunidad y del Instituto, que en concurso de los mismos Fundadores y á los seis años de Colegio, fue electo para su Guardian y Prelado, calificando los Electores la virtud, prudencia, instruccion y zelo del Padre Salazar, pues debia ser la eleccion en los sugetos que fueran mas beneméritos. Habia sido ya Maestro de Novicios, y en su desempeño habia tambien manifestado su grande religiosidad, y práctica en la facultad mística; pues siendo uno de sus Discípulos el V. Fr. Antonio de los Angeles, quiso el Señor que acabando de comulgar éste, por dos veces le viése el rostro bañado de luces, y pues su Magestad le permitió que los viera, no serían infecundas para su alma, ni dexarian de prender tan amorosas llamas. Con la misma aprobacion de la Comunidad fue electo para Discreto del Colegio en el año de setecientos y seis, pues siempre se vió constante en los grandes fervores con que vino á él, y se ocupaba en sus ministerios.

Nada inferior á los mas excelentes Misioneros y oficiosos Operario, se ocupaba el Padre Salazar en el exercicio de las misiones, y salia acompañado de los primeros, predicando con singular eficacia y conmocion de los Pueblos; proponiendo con la sinceridad santa del Evangelio á Christo Crucificado, y logrando los frutos de su zelo en innumerables conversiones de pecadores, que afianzaba en la incansable tarea del Confesonario, donde la luz de la divina palabra acaba de desterrar las tinieblas que confunden las conciencias, y hace producir dignos frutos de penitencia. Predicó en Toluca, y luego fue repasando con sus Compañeros todo aquel ameno y fecundo Valle, misionando en los muchos Pueblos que hay en él, extirpando en todos ellos los vicios y escándalos, y estableciendo la devocion de la Santísima Pasion de Christo, en la freqüencia de las Estaciones del Calvario, y de los Santos Sacramentos. Con el mismo teson repitió muchas veces, y como generoso Caudillo estos asaltos, para desalojar del atrio que el fuerte armado y cruel enemigo custodiaba en la fingida paz, con que viven descuidados de su salvacion los malos Christianos, y dispertándolos de su infeliz letargo, iba exâltando la voz del clarin evangélico por muchos Pueblos del Arzobispado, y dándo á Dios mu-

cha gloria con el reforme de las costumbres, y con los trabajos que iban tolerando por el bien espiritual de las almas.

Estaban por aquel tiempo los Religiosos Misioneros intimidados para emprender la conversion de los Gentiles, por los infaustos sucesos que habian tenido las Misiones de los Texas, y mas, por los injustos cargos que se les hacian de su despueble, quando no habian tenido en él mas parte que sentir el desamparo de aquellos Gentiles, ni mas interes en los gastos de la expedicion, que el de atesorar méritos con las hambres, desnudez, soledades y peligros; pero intrépido el corazon del P. Salazar, abrigaba la llama de la caridad apostólica, que no se le apagó sino con la de la vida, y esperaba la hora de Dios para que el Colegio no estuviera privado del mas esencial carácter de su Instituto. Con estos deseos, meditaba siempre en los modos como pudiera conseguirlos, y suave y eficazmente dispuso la divina Providencia uno que facilitó toda la empresa, que parecia imposible ó muy remota. El caso fue, que estando el M. R. P. Comisario General impedido de poder hacer personalmente la visita de la Provincia de Zacatecas, le delegó toda su autoridad para ella al V. P. Fr. Francisco Estevez, que acababa de ser Guardian del Colegio, y satisfecho este de la religiosa integridad del P. Salazar, le llevó por Secretario y Compañero, y tambien se vió precisado á subdelegarle la visita de los Conventos del Saltillo y del Nuevo Reyno de Leon. En esta tuvo varias conferencias con el Gobernador, sobre la mucha Gentilidad que habia en aquellas tierras, y el Gobernador le facilitó el poner una Mision en un ojo de agua que llamaban la Punta de Lampazos, quince leguas adelante de Boca de Leones, y le dixo: que si se determinaba á ponerla por el Colegio, le ayudaria todo lo posible, por pertenecer el sitio á su Jurisdiccion. Estimó el Padre mucho la oferta, y prometió proponerla al R. P. Guardian, que lo era el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus.

Fue esta la mas apreciable que se le podia hacer, pues con ella veía quebrados los yelos que impedian el progreso de las Conversiones de Gentiles, y en las que anhelaba el V. Prelado ocupar á los Misioneros del Seminario; y ofreciendo su ayuda el Gobernador Don Juan Perez Merino, sacó la Patente del Superior General, para que el P. Fr. Diego Salazar, en compañia del P. Fr. Francisco Hidalgo, pusiesen la dicha Mision. Pidió tambien la licencia del Illmô. Señor Obispo de Guadalaxara Don Fr. Felipe Chavez Galindo, quien con zelo Pastoral, no solo aprobó los designios, sino que les comunicó á los Padres todas sus facultades para su apostólico ministerio. Con la bendicion de su V. Prelado, emprendieron los nuevos Misioneros su dilatado viage de doscientas leguas, sin mas prevencion que la confianza en Dios, y llegando á Monterrey, aunque hallaron que ya era Gobernador Don Juan de Vergara, le presentaron sus despachos para propagar la santa Fe en el puesto que su Señoría les señalase, y á los Indios que determinase; y con la misma piedad é intencion de su antecesor, dió luego las providencias necesarias para que se les diese en su nombre la posesion Real, por el Alcalde mayor de Boca de Leones.

Acompañados de él, otros Españoles y quatro Tlaxcaltecas, tomaron los Padres posesion del dicho si-

tio el dia siete de Noviembre del año de seiscientos noventa y ocho, en el que hallaron una Ranchería de Indios Christianos y Gentiles, á los que con mucha suavidad y amor les propusieron por un Intérprete el fin con que iban á sus tierras, que era únicamente el de darles á conocer al Dios que los crió, para que por la Fe y santidad de su Ley se hicieran Christianos, y que despues de los trabajos de esta vida, fueran sus almas á gozar de su Reyno y delicias de la Gloria. Con mucho gusto recibieron todos los Indios á los Misioneros, pero uno de ellos, ya ladino, mostrando mas regocijo, les dixo: que á un quarto de legua de distancia habia dexado el dia antecedente á un Indio Christiano, ya moribundo, que le prestaran un Caballo para traerlo, si estaba vivo, para que se confesara, y si muerto, para enterrarlo.

Fue este un lance que la divina Providencia dispuso para que los Operarios evangélicos dieran prueba de la verdad de sus palabras, calificada con las obras, porque á poco rato llegó el Indio con el enfermo, que mas parecia un cadaver corrompido que hombre vivo: estaba todo cubierto de una asquerosa lepra é inmundas llagas, tan desfiguradas las facciones, que parecia un monstruo; pero estos incentivos del horror, fueron estímulos de la compasion del P. Salazar, y usando de misericordia con él, se desnudó los paños menores, y como si toda la amargura que causa la vista de los leprosos se la hubiera el Señor convertido en dulcedumbre del alma y del cuerpo, fue con el amor y suavidad que pudiera hacerlo su Madre, limpiando las encanceradas úlceras y engusanadas costras del rostro, y acomodándole al abrigo de un árbol, lo estuvo confesando en la lengua Mexicana que entendia, y con tanta paciencia y caridad, que gastó hora y media en obra tan heroica, dándole la gracia del ministerio la claridad necesaria para instruir y remediar aquella alma; pues, como dexó apuntado de su letra, quedó su espíritu muy consolado con la confesion del enfermo, y siempre alababa las inefables misericordias con que Dios favorece á sus redimidos: cinco dias duró vivo, en los que recibió el Sacramento de la Extrema-Uncion, y auxîliado de los Misioneros, murió con las señales de Christiano, y fue sepultado con las ceremonias eclesiásticas, en el lugar destinado para la Iglesia.

Puestos ya los Religiosos en posesion del sitio, fueron grangeando la voluntad de los Indios, y agregándoles á la Mision, con actividad tan eficaz, que luego trataron de edificar la Iglesia, aunque pajiza, y á los cinco dias y doce de Noviembre, se hizo solemne Procesion á la nueva Hermita, yendo todos descalzos, con una Santa Cruz que se enarboló como Estandarte Real de nuestra Redencion, cantando su Himno: cantóse la Misa, y despues de haber adorado á la Santa Cruz, se rezó la Doctrina Christiana en voz alta, y la protesta de la santa Fe Católica, con mucha ternura. Bien merece el Gefe comisionado para todos estos actos que se eternize su nombre, pues mostrando su christiandad el Capitan Don Juan Mendez Tobar, acabada la Doctrina, se puso de rodillas y les besó los pies á los dos Sacerdotes, y hizo que hicieran lo mismo todos los Indios, dando con esta humilde reverencia la obediencia al Sumo Pontífice, como cabeza visible de la Santa Iglesia, y despues la dieron todos, con rendido vasallage, al

Rey nuestro Señor, en cuyo Real nombre se les dió la posesion de aquel parage.

Con el grande fomento que el Señor Gobernador y otras personas devotas alentaban los esmeros de los Religiosos, se adelantó tanto aquella Mision, que al siguiente año ya tenia su Iglesia de terrado, dedicada, como al principio, á Maria Santísima de los Dolores, y una pobre vivienda, aptas para la celebracion decente de los divinos Misterios, y para el catequismo del Pueblo, que por la mañana y tarde asistia á él de continuo; pero considerando el P. Salazar que aquellos Indios eran altaneros y no tenian de donde sacar los precisos alimentos, y que esto los precisaba á vaguear por los montes buscando caza y frutos silvestres para su subsistencia, para evitarles ocasion tan peligrosa y contraria á la sociedad humana, y vida en que debian civilizarse, solicitó de algunos Bienhechores algunas yuntas de Bueyes, y las semillas necesarias con que les plantó su sementera, y con la limosna de sus Misas les buscó alguna carne, con lo que pudo establecerles en la asistencia á la Doctrina, como á la racion diaria.

Quando esta prosperidad prometia ópimos frutos, con la sazon de la semilla del Evangelio y de la del temporal laborío, el Demonio, á quien jamás faltan astucias y modos de hacer mal al rebaño de Christo, ni dexa camino que no intente para sobresembrar la confusion y producir el desórden, introduxo la division, y turbó con aparentes diferencias la paz é íntima union de los ánimos, sugiriendo que aquella nueva Mision habia de ser muy perniciosa al progreso de las primeras Conversiones que tenian á su cargo otros zelosos Operarios, y por eso pretendian el que se cortaran los daños que temian: crecia de dia en dia la fatigosa instancia de esta quexa, hasta obligar al Gobernador que habia fomentado la Mision de los Dolores, á ocurrir al Señor Virrey, exponiéndole que con esta demanda se le impedian injustamente sus deseos, y el servicio que debia á ambas Magestades: tambien se hizo ocurso al Illmô. Señor Obispo, con cuya licencia se habia fundado, y en ambos Tribunales se determinó por S. E. que el Gobernador de Leon diese nuevamente posesion á los Misioneros que la habian fundado, y por S. I. que el Juez Eclesiástico del Partido executara lo mismo. Habia mandado el Señor Virrey, que el Gobernador de Cohaguila informase si la Mision de los Dolores podia perjudicar á las demas Conversiones de su Gobierno, y dixo: »que no solamente no perjudicaba la »dicha Mision, y las que se fundasen »despues, á la Provincia de Cohaguila, sino que fuera mas del agrado de »Dios que entraran en las tierras de »su gobierno otros cien Ministros, »porque para todos habia copiosa »mies.» Con estas providencias se restableció la tranquilidad, y prosiguieron los Misioneros Apostólicos sus laboriosas tareas.

Habia ya penetrado aquellas incultas breñas la fama de la Mision nueva y de la solicitud de sus Ministros, y vinieron otros muchos Indios á pedir se les fundase otra en sus tierras y rio de Sabinas, que distaba quince leguas: al punto fue el P. Salazar en las alas de su caridad y zelo á registrar el sitio, y en el que llamaban Camino de la Nueva Francia y de Texas, halló muchos Gentiles, y comodidad para fundar otras Misiones; y dando razon de todo al Goberna-

dor de Cohaguila, con su licencia fundó una Mision, y por ser víspera del Santo Precursor, la tituló de S. Juan Bautista, y tomó posesion de ella con las mismas formalidades que la de los Dolores. Puso en ella por su Ministro al P. Fr. Francisco Hidalgo, y tomando testimonio jurídico de todo lo executado, se partió para el Colegio, para dar razon de lo obrado, y pedir al Prelado otros Misioneros para proseguir propagando la Santa Fe entre los muchos Gentiles que se iban descubriendo por todos aquellos rumbos.

CAPÍTULO XVI.

Entra el P. Salazar á fundar las Misiones de Infieles en la Punta de Lampazos.

VIENDO el V. P. Margil colmados sus deseos, daba al Señor las gracias, y para promover la prosecucion y estabilidad de aquellas nuevas Conversiones, envió al P. Salazar á México, para que de todo informara al Señor Virrey, y S. E. le oyó con tan benigno agrado, que le dió dos mandamientos de amparo para los Gobernadores de Leon y de Cohaguila, para que en todo lo dieran á las dos Misiones, y le concedió diez y seis familias de Tlaxcaltecos del Pueblo de San Estevan del Saltillo, con un Capitan Protector, para radicar aquellos nuevos Pueblos de Gentilidad inculta, en la formalidad civil, que debian observar, y en la asistencia al catequismo y Doctrina.

Tenia el V. Prelado la vista de su consideracion en tan importante negocio, siempre en atalaya, siempre aguda, siempre despierta, para que por todos modos tuviese sólidos fundamentos, y así, le ordenó al P. Salazar que desde México le enviase un testimonio autorizado al R. P. Fr. Francisco Estevez, que se hallaba en la Corte de Madrid por Procurador del Colegio, y tuvo esta diligencia tan felices efectos, que presentado el testimonio á S. M. en su Real Consejo de Indias, fue en él aprobado, y se le concedió una Mision de Religiosos á expensas de la Real Hacienda, y quatro Cédulas para el Señor Virrey, para el Señor Obispo de Guadalaxara, y para los dos Gobernadores de Leon y Cohaguila, ordenando que les dieran todo amparo y fomento á la nueva Mision y á todas las que se fueran fundando.

De parte del Colegio se le dieron al P. Salazar otros dos escogidos Compañeros, y llegando á las Misiones, halló al V. P. Hidalgo muy gustoso en su ministerio, y alegre de las muchas necesidades y angustias que son propias de una Mision nueva, y dexando en su compañía los dos nuevos Operarios, toleraban los tres con gran conformidad y paciencia, los grandes trabajos que son anexôs á una total indigencia, pero con el consuelo que infunde el Señor á sus Ministros con la gracia del ministerio; pero astuto el Demonio, lo turbó todo con un desgraciado accidente de haber matado los Indios de la tierra adentro á un Texa Christiano, que conservaban los Padres con el designio de que fuera Intérprete quando se facilitase la entrada á aquellas tierras;

y temiendo los de la Mision que sus parientes vengaran en ellos esta muerte, se sublevaron y la despoblaron, retirándose á los montes, por lo que los tres Padres se recogieron á la Mision de los Dolores.

Recibió el P. Salazar este golpe tan acerbo, con inalterable ánimo, porque siempre tenia á la vista al sumo Bien que amaba, y al que siempre encaminaba todas sus acciones, y de ninguna se sentia arrepentido, y con este seguro, podia blasonar que corria derecho al término, y que no eran cuchilladas al ayre las de sus lides, pues este era el nivel con que arreglaba sus pasos y dirigia las empresas de su zelo; y aunque algunas de ellas solian criticarse como mal fundadas, y darse por perdidas; pero todas, á costa de su paciencia, venian á parar en hacer mas gloriosas sus batallas, y mas ricos los despojos que conseguia contra el poder de las tinieblas. Haciase cargo de que Dios le habia puesto de Presidente de las Misiones, para que con doblada obligacion promoviera sus adelantamientos, y quando vió despoblada la del rio de Sabinas, empeñando de nuevo su infatigable zelo, no podia sosegar hasta restaurar tan sensible pérdida, y así, fue buscando ese tesoro escondido entre las espinas de aquellos eriazos campos, y traginando por las orillas del rio-Grande del Norte, negoció el hallazgo de muchas naciones Gentiles, y sitios muy acomodados para plantar tres Misiones.

Satisfecho con tan crecidas usuras, envió luego al P. Fr. Antonio Olivares para que informase de todo al Gobernador de Cohaguila, y le pidiera el auxilio necesario para la fundacion de otras nuevas Misiones, y catorce Soldados para su resguardo, nombrando por su Cabo de ellos al Sargento Diego Ramon, por ser práctico en la tierra, y que les habia asegurado á los Misioneros que les pondria en parage competente para fundar las Misiones en las cercanias del rio-Grande, como lo habia ya cumplido. Todo lo aprobó el Gobernador, y lo concedió enteramente, por lo que el P. Salazar tuvo el consuelo de restablecer la Mision de San Juan Bautista, agregando á ella mas de quinientos Indios, con los mismos que habian despoblado la de Sabinas. Fue el triunfo que con las armas de la Fe ganó contra el comun enemigo, triplicado, porque ninguno ha tenido mayor atractivo para los Indios, y siendo estos muchos, les repartió en tres Misiones, la de San Juan Bautista, y otra dedicada á San Bernardo, y otra á San Francisco Solano. En todas ellas hizo que se fabricasen sus Iglesias, aunque por entónces pajizas, y benditas, se celebró con la posible solemnidad el santo Sacrificio de la Misa, y determinados los Indios que en cada una habian de residir, se le dió posesion como á Presidente de ellas, por órden del Gobernador de Cohaguila. No fue ménos oficiosa su actividad en fabricarles á los Misioneros su vivienda, y señalando á cada uno la Mision que habia de administrar, se volvió él á las tareas que tenia corrientes en la Mision de los Dolores.

Dos años despues de haberse establecido las Misiones del rio-Grande llegó á Cohaguila el Illmô. Señor Don Fr. Felipe Galindo, que con su santa visita venia iluminando las tinieblas en que muchos Católicos estaban de asiento por sus culpas, y desterrando las de la idolatría y errores en que vivian los Gentiles; y querien-

do lograr en beneficio de sus Misiones ocasion tan oportuna, salieron los Padres Fr. Francisco Hidalgo y Fr. Antonio Olivares á besarle las manos y exponerle el estado en que estaban las Misiones, y la poca permanencia que se podia esperar de los Indios de ellas, por estar expuestos á las correrias de los Apaches, y otros enemigos que continuamente les asaltaban, para que interponiendo su respeto con el Gobernador de la Provincia, facilitara el modo mas eficaz para su defensa.

Fue sin duda muy grave la causa porque el P. Salazar, como Presidente de las Misiones, no fuera personalmente á cumplimentar al Señor Obispo, y S. I. la tuvo por justa, quando pensando que para el expediente de lo que los Padres proponian era necesario se consultase en una Junta de los principales Gefes de las armas, y pudiendo disponer con mas facilidad y comodidad que se juntasen en Cohaguila, quiso mas que se hiciese en la Mision de la Punta. Á este fin llegó á ella S. I. el dia veinte de Diciembre: celebraba todos los dias el santo Sacrificio: hizo Confirmaciones: consagró las Campanas, y en otros devotos exercicios gastó los dias hasta el primero de Pasqua, en que concurriendo los Misioneros, el Gobernador, el Sargento mayor y otros Oficiales, les propuso el Señor Obispo que dixeran, ¿quales serian los medios mas oportunos para la conservacion y fomento de las Misiones ya fundadas, y que facilitaran las de otros muchos Infieles que habitaban en aquellos contornos? Todos convinieron en que era muy necesario se pusiese un Presidio en la Mision de San Juan Bautista, para refrenar el orgullo de los Indios enemigos y animar á los recien convertidos, y ordenando S. I. que se actuara y firmara dicha resolucion, la autorizó con su firma, y se dispuso que el P. Olivares pasase á México para presentarla al Señor Virrey.

Digna es de reflexîon la espiritual complacencia con que el P. Salazar veía en aquella pobre Mision un congreso tan respetable, y condecorada su rural Iglesia con la sagrada persona de tan Illmô. Príncipe, asistido de Sacerdotes en la celebracion de los divinos Misterios y funciones Pontificales, y honrada del Señor Gobernador y Gefes Militares de aquella Provincia, y que unidos el cayado y el baston en una misma asamblea, solo se trataba en ella la exâltacion de la Fe Católica y la extirpacion de la idolatría, la promulgacion del Evangelio y la salvacion del Gentilismo; y así podia imitar los afectos del Nacianzeno, quando de una pobre casa en que se juntaban los Católicos, vió una magnífica Iglesia que llamaba obra de sus manos, lágrimas y sudores, y con íntimos afectos le decia: «¡Ó Anastacia, dulce casa, y la mas »honrada de todas, en donde la Fe, »que estaba ya postrada en tierra, »empezó á levantar la cabeza! ¡Ó »Arca de Noe, que en una pequeña »semilla llevas un nuevo Mundo, ani»mada con el espíritu de una Fe rec»ta y sincera.»

Pudiera este Varon Apostólico en el catálogo de sus trabajos, llamar muchas á sus vigilias, porque una era el estar siempre en vela, y eran muchas, por lo mucho que obraba velando, de suerte que su vida era un continuo desvelo, empleado en innumerables y muy útiles operaciones, las que bendecia la Providencia, premiando las fatigas que le habian cos-

tado las nuevas Conversiones, con que desempeñaba el principal cargo de su Instituto su Apostólico Seminario, con la felicidad de este suceso, pues visto en Junta general en México, mandó el Señor Virrey que se pusiese un Presidio y Compañia volante de treinta Soldados con un Cabo, nombrando al Sargento mayor Diego Ramon, como Sugeto dotado de mucho valor para hacerse temer, y de suave estilo para atraer á los Indios. Al mismo tiempo veía que el Prelado del Colegio era el V. P. Fr. Francisco Hidalgo, Fundador de aquellas Misiones y Compañero suyo, y que los Misioneros destinados á ellas eran de infalible zelo y actividad para la reduccion de aquellas naciones; y dando al Señor las gracias por los medios con que se pudieran reducir todas al gremio de su Iglesia y propagacion de la santa Fe en las demas Provincias internas, se dedicó todo á radicarla con la doctrina y exemplo, en las gentes á que S. M. le habia destinado, y con nuevos esmeros recoger en su Mision los Gentiles que vagaban por todos aquellos contornos.

Era su mayor atencion, para desempeñar su Apostolado, sufrir las fatigas de que se veía combatido en una honrosa servidumbre y continuas molestias de los Indios y Españoles, para que ninguno tuviera que pretextar ofensa ó agravio con que vituperar su ministerio, sino que á todos se manifestaba como Ministro de Dios, con mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en las sediciones y en los trabajos, siendo tan extraordinaria su tolerancia, que ni un instante de tiempo tenia por suyo, y todo lo empleaba en beneficio de sus almas, pareciéndole que hacia traicion al oficio en que el Señor le habia puesto, si no exponia por ellas su vida. Lidiaba con unos Indios altaneros, holgazanes y libertosos, cuya inconstancia le obligaba á penetrar por espinas y malezas, espesuras de peligros, andando por aquellos montes, ó recogiendo fugitivos, ó acariciando Gentiles, por reducirlos á todos al redil de la Iglesia, sin atender á sus ingratos genios y viles correspondencias.

Solo las esferas se gozan en su perpetuo movimiento y tarea de sus continuos tornos, y esto que los mortales tienen por trabajo, es en los cuerpos celestes naturaleza, y solo esta comparacion puede dar idea del gozo con que este Varon fuerte trabajaba incesante y como connaturalizado con los mas duros trabajos: él personalmente sudaba sobre los arados, para enseñar á los bozales Indios como habian de lograr con abundancia los alimentos: él batia los lodos para hacer los adoves: trabajaba en la Iglesia y en las casas, para que teniendo en ellas los Indios su comodidad propia, fueran tambien prendas que los contuviera en sus fugas, y con este respecto acudia á las labores, tanto en cultivarlas, como en recoger sus frutos, que hacia poner en comun utilidad, y que se administraran con economía y provecho de todos, no solo para los diarios alimentos, sino para que de los sobrantes se pudieran socorrer de vestidos y demas necesarios para sostener los temporales, aviar sus familias, y habituarse á una racional y civil política: él mismo cuidaba de los ganados para sus alimentos y aumentos, y por estos y otros muchos afanes, logró ver la Mision poblada de mucha gente, y ésta cultivada de forma, que no parecia haber sido Congregacion de Gentiles, sino Colonia

de Pobladores.

Bien se vió quando fue posada de la Junta general que se celebró en ella, y muchas veces que sirvió de asilo á los Misioneros en las tribulaciones que padecieron por la barbaridad de los Indios enemigos: saquearon los Tobosos la Mision de San Miguel: despojaron al V. P. Fr. Pedro Muñoz hasta de los paños menores, y cubierto con una enxalma, se fue á la de nuestra Señora de Guadalupe: avisó el V. P. Margil, que era su Ministro, al P. Presidente Salazar el peligro en que estaban, y les envió gente que les traxera á su Mision, para libertarles de otro nuevo insulto de los bárbaros, y les dió todo el socorro necesario: se sublevaron los Indios de las Misiones del rio-Grande, y se salieron huyendo el mismo P. Muñoz y el P. Fr. Alonso Gonzalez, y cogidos en el camino por los Indios, les tuvieron presos ocho dias, y muertos casi de hambre, mientras en sus conciliábulos determinaban si se les habia de dar libertad ó quitarles las vidas, hasta que con ruegos y promesas consiguieron que los dexasen ir á la Mision de los Dolores; y llegando á ella, el P. Salazar les recibió con repiques de las campanas y con tiernas lágrimas, pagando á los Indios todo el rescate que pidieron por sus vidas. Era tambien aquella Mision, escala para los Misioneros que entraban y salian de las internas, en donde tomaban avio y descanso para seguir sus largos y penosos caminos.

Todos estos eran unos destellos del interior fuego que en su corazon ardia, porque eran efectos del amor de Dios que en su alma reynaba, y al impulso de él, era en el ministerio tan diligente y animoso que nada le acobardaba, y lo mas dificil lo emprendia con denuedo y estabilidad, pues ninguna adversidad pudo arrancar las hondas raices de su Fe, de su Esperanza, ni de su sólida Caridad que tenia su alma, siendo la corona de todas sus buenas obras, la excelencia de su perseverancia. Esta se calificó de invicta, en el laborioso zelo con que estuvo veinte y dos años atareado en el catequismo de los Neófitos y Catecúmenos, y estando el mas tiempo solo, nunca faltó por mañana y tarde á explicar á estos los Misterios necesarios para la salvacion y bautismo, y á aquellos la esencia y valor de los Sacramentos, y la preparacion debida para recibirlos. Su mayor desvelo era con los enfermos: él era su Médico y Enfermero, el que cuidaba de sus medicinas y alimentos, su Párroco que los disponia con los Sacramentos y auxîliaba en la última hora, hasta darles sepultura eclesiástica, oficios todos tan onerosos, que solo puede estimarlos el que se ha visto en la obligacion de servirlos, y mas en las epidemias, que son tan voraces en los Indios.

Era su caridad tan activa, que mas de sesenta años de edad, agravados de continuas enfermedades, no fueron bastantes para que dexase de la mano el arado, sino que perseveró hasta la muerte, que solo pudo cortar el hilo de una vida apostólica, empleada en solicitar á costa de trabajos y fatigas la propagacion de la Fe entre las naciones bárbaras, para mayor honra y gloria de Dios y bien de las almas, escogiendo por sepultura la misma tierra eriaza que él habia dedicado para Iglesia, quizá por no separarse del amor que siempre le habia tenido, ni las cenizas de su cuerpo. Murió en la Mision de nuestra Señora de los Dolores, habiendo servido en la filiacion del Colegio treinta y

cinco años, con honor del Instituto Apostólico y desempeño de su ministerio, el año de mil setecientos veinte y dos.

CAPÍTULO XVII.

Vida del V. Siervo de Dios Fr. Antonio de los Angeles Bustamante: su nacimiento, y sucesos de su juventud.

EN el Valle de Buelna de las montañas de Burgos, ahora de Santander, y en un Lugarcillo desconocido de mapas é Historiadores, llamado Coo de las Castañas, mas poblado que de familias, de frondosos árboles fructíferos, y robles, fue la honrada cuna del Siervo de Dios Fr. Antonio de los Angeles, pues preciando aquella Provincia haber sido asilo de la mas lustrosa nobleza de España en el furor de las guerras, con solo el honor de haber nacido en ella, se dá auténtica su executoria. Fueron sus Padres Francisco de Hoz y Doña Maria Gonzalez Bustamante, descendientes ambos de hijosdalgos, Christianos viejos, y empadronados en la nobleza de la Provincia, su Padre fue Escribano Real y del Número del Valle de Buelna, y entre otros, tuvieron por hijo á este, que nació el dia veinte y ocho de Septiembre del año de mil seiscientos cincuenta y nueve, y fue bautizado en la Parroquia de San Martin con el nombre de Miguel, por debida atencion al Santo Príncipe, por ser víspera de su festiva dedicacion, y de Antonio, por devocion al Seráfico Paduano.

Nació Miguel Antonio con el sello que la naturaleza caracteriza á sus bellos narcisos, formando en su hermosura una magestuosa y apacible risa, y representando en sus ojos un ánimo excelso, noble, perspicaz y activo, con lo que sin libertad los hace amar á quantos los miran: con este afecto pusieron sus Padres el mayor esmero en el cultivo de tan tierna planta, enderezando desde luego todas las que en su adolescencia pudieran ser inclinaciones torcidas, para que con la instruccion de los divinos Misterios, leyes y piadosas observancias del Christianismo, fueran sus acciones arregladas al santo temor de Dios, con lo que no se vieron en él las bastardas que afean y desnaturalizan al hombre que desde sus primeros movimientos no vá dirigido por la razon, sino por el apetito, pues en eso imita á los brutos. Lucia su natural gracia en un índole generoso, una honestidad recatada y una agradable modestia, que quanto le recomendaban á la estimacion de todos, le proporcionaban al logro de la docilidad de su genio, y de la viveza en comprehender las lecciones de sus Maestros, y en poco tiempo supo leer con expedicion, y escribir con tan perfecta forma, que mereció el grado de buen pendolista, y la aprobacion de los mas expertos en la Aritmética.

Esto era todo lo que podia aprender en su tierra, y para que en el ócio de ella no se malograra su buena letra, ni se estragara su inocente alma, le enviaron sus Padres á la Corte de Madrid, en donde por sus apreciables prendas pudiera lograr alguna decente conveniencia, yendo

recomendado á un hermano de su Madre que gozaba de estimaciones con su empleo y facultades. Notable novedad le causó á Miguel Antonio un tránsito tan extraño como era el de la montaña á la Corte, y en vez de explayar el ánimo viéndose entre Palaciegos, se amilanó de forma, que limitado á solo lo que su Tio le mandaba, en todo lo demas daba á entender el disgusto que sentia en aquellos bullicios y cortesanos estilos; por esta causa dispuso su Tio que pasase á Sevilla, en casa de un Caballero muy opulento en el Comercio, el que le recibió gustoso, y mas experimentando en él un Jóven dotado de la naturaleza con apreciables prendas, y cultivado en una buena crianza, excelente pluma y expedicion en las cuentas.

Correspondia Miguel Antonio con su dócil genio y prontitud, en lo que se le ordenaba y conducia á las dependencias de la casa, pero en el calor de estos negocios, no desatendia el de su alma, y procuraba conservar la divina gracia y la pureza de su conciencia, sin que pudieran sus Compañeros, hechos linces de todas sus acciones, acusarle de alguna ménos honesta; pero en el prolixo exâmen que hacian de ellas, conocieron la pasion que le dominaba, y era el desordenado amor propio con que idolatraba en sí mismo, anhelando á parecer hermoso, y por eso le lisonjeaban con disimulo, y si querian darle disgusto, le decian lo contrario. Era esta philaucia tan ciega, que pudiera precipitar toda su gallardia hasta la infamia, si su inclinacion á las virtudes, y el horror que tenia á los vicios y al escándalo no le hicieran huir de todas ocasiones y peligros, por lo que toda la vanidad que tenia de su hermosura, no pasaba mas que de fantasía.

Bien satisfecho su Patron de la habilidad, honradez y christiandad de Miguel Antonio, quiso arriesgar considerable cantidad de su caudal en géneros, que le confió para que hiciese viage á las Indias: embelesado él con los brillos del oro y de la plata que esperaba adquirir en el Comercio, emprendió su viage en la Flota, y llegó con felicidad á Veracruz, y pasó al Emporio de México: en el tiempo prescripto para el regreso á España, expendió con conocidas conveniencias toda su carga, y cobrados sus créditos, volvió muy ufano á Sevilla. Ya con el carácter de Flotista, pensaba el gallardo Jóven que hasta los vientos debian servir á los rumbos de su fortuna, y empeñado en nuevo viage, llegó con prosperidad hasta México, y asentando su comercio, adelantó tanto sus ganancias, como las estimaciones que todos hacian de su proceder honrado.

Estas las grangeaba con una natural modestia, que hacia resaltar mas su hermosura y daba quilates á su prudencia: atendia cortés á todos, sin despreciar á los pobres por obsequiar á los ricos, portándose con generosidad con los necesitados y afligidos: era discreto en sus conversaciones, y sin afectacion manifestaba en ellas su interior limpieza y piedad christiana, por eso se aplaudian sus palabras como ingeniosas sentencias. Entre otras mercaderias que habia en una Tienda, estaba de venta un Crucifixo de marfil primorosamente tallado, el que luego le arrebató el corazon por los ojos, y tomándolo con reverencia, preguntó al Almacenero ¿en quanto precio lo vendia? Y respondiéndole que en treinta pesos, eso no, le dixo, y lleno de rubor el rostro templó su inadvertencia con suaves

palabras, y prosiguió su compra, diciendo: porque en ese precio vendió á su original un alevoso, y así, ó daré mas ó daré ménos. El Mercader se conformó en darlo por ménos, y Miguel Antonio lo apreció tanto, que siempre lo llevó en su compañia, hasta que dexó el siglo, y lo dexó muy encomendado á una persona devota, para que cuidara de su decencia.

Ya se hacia muy expectable de todos los Caballeros de México que lo comunicaban, y deseando sus conveniencias, meditaban en darle estado correspondiente á sus prendas; pero eran muy distantes sus intenciones, porque no congeniando con los tráfagos de las Cortes, para adelantar sus intereses se habia informado de un noble paisano suyo que sería muy á propósito la Ciudad de Querétaro, y en su compañia lo executó, fixando en ella su comercio y domicilio. Versabase en sus comercios con eficacia, pero con igual limpieza, sin manchar su conciencia con el sordido herrumbre de la codicia, porque siempre tenia en la mano el hilo de oro de la verdad, para salir de los enredos del Comercio y de su intrincado laberinto, libre de los engaños, mentiras y dolos.

Brillaban en Querétaro las bellas qüalidades de su genio, descubriendo sus amables prendas con agradable blandura, en su trato todo natural y cortesano: era su conversacion honesta, sazonada y alegre, sin que llegara á lastimar á nadie. Casi al principio de su establecimiento adquirió, en compañia de un paisano suyo de nobles obligaciones, una Hacienda de campo, con crecido número de Ovejas, para que pudiera, no satisfacer la avaricia, sino compensar los contratiempos á que está expuesto el tráfico, y tambien para desahogar el ánimo en sus continuas tareas, con otros honrados exercicios. En ella tuvo la máxîma asentada de pagar prontamente á los Sirvientes, tratar con agrado á sus Domésticos, y con humanidad christiana á los Esclavos; y decia, que estimaba mas el ser amado de sus Siervos, que el ser temido, sin que por eso faltase á la justicia quando era necesaria.

Esta índole generosa la hacian mas expectable su honestidad, su natural compostura, su liberalidad, su correspondencia, y otras virtudes políticas y morales que igualmente eran objeto de la comun estimacion y de las mas sérias reflexîones, pues era, en sus circunstancias, de admirar el gran recato que observaba con todas y qualesquiera persona del otro sexô, huyendo del familiar trato de las mugeres, y abominando su ilícito comercio, no solo por ser ofensas de Dios, que era su mayor respeto, sino tambien, decia ilustrado: porque quien se dexa cegar de esta vil pasion, cae en un inmundo pantano, que quanto tiene fácil la entrada, es dificil de acertar con la salida: blasonaba de un corazon noble, y así, tenia por vileza sujetarlo á la esclavitud de una muger, sin que por eso dexara de portarse con todas modesto, pero atento, cauteloso, pero como Caballero. Prueba de estos dictámenes de su juicio fue un insulto de gota, que le atormentó hasta postrarle en la cama: miraban sus amigos lo prolixo del accidente, y lo necesaria que se hacia la asistencia de una muger para su cura, y con eficacia le persuadian el que la admitiera, pues un Compadre suyo le franqueaba la de su Esposa, que era igualmente virtuosa y práctica, pero de ningun modo quiso aceptar la ofer-

ta, y le protestó que no habia de tocar su cuerpo muger alguna, y que si el quisiera hacerle este caritativo obsequio, lo agradeceria mucho, y fue así, que el honrado Compadre le sirvió de Enfermero, administrándole las medicinas todo el tiempo necesario para su alivio.

Reducido el generoso Jóven á las correspondencias de su comercio y á las labores del campo, pasaba su inocente vida, y como tenia genial aversion á toda especie de juego, para darle á su vivaz genio algun ócio político, gustaba de montar á caballo, lisongeando á un tiempo á su vanidad y á su deleyte. Tenia, entre otros, un Caballo blanco hermoso, corpulento y de mucho ardor, en el que salia, como de gala, con toda la bizarria y porte que acostumbraba en los vestidos, y paseaba por las calles, causando admiraciones la compostura de su rostro, la gentileza en el cuerpo, y la destreza con que manejaba aquel garvoso bruto, á que correspondian las atenciones urbanas con que á todos saludaba, pues con bizarro descuido se atraía los aplausos con el sombrero, para satisfacer con ellos al viento de su amor propio.

Tocaba ya en la varonil edad de veinte y cinco años, y quando mas sereno en la indiferencia de sus afectos, se halló salteado de una guerra desconocida en su alma, y que la puso en el mayor riesgo y peligroso cuidado de quantos hasta allí habia padecido, porque aliados sus tres astutos enemigos, la acometieron con todas sus fuerzas y arbitrios, para rendirla cada uno á su partido. El Mundo se le representaba un delicioso atractivo, lisongeando las inclinaciones de su caballeroso genio, porque el Tio que tenia en Madrid, aunque se veía muy favorecido del Rey por sus importantes servicios, deseaba con ansia retirarse de la Corte, y le llamaba para que fuese á ella, asegurándole el honor y lustre del hábito de Santiago, y que tomaria estado igual á su calidad, quedando en el goce de todos sus empleos. La carne le brindaba los mas floridos deleytes, despertando en sus amigos los deseos de casarle, y con instancia le proponian varias Doncellas de calidad, y de iguales prendas de hermosura y riquezas á las suyas, esforzando sus designios con la aparente obligacion de justicia, que segun su edad, le decian, tenia de adelantar su noble familia. El Demonio alucinaba su fantasía, ya con los empleos de la Corte, los aplausos de los palaciegos, los intereses de los negocios y otros ascensos honoríficos, ya con las diversiones, paseos y otros pasatiempos que en ella son continuos, é incentivos poderosos de los sensuales apetitos: pintaba en su imaginacion los mas obscenos objetos, pero tan bien coloridos, que les quitaba la fealdad á los retratos, y solo ardian los pensamientos allá dentro del alma, como un animado etna, pasando á encender tambien el cuerpo su voraz llama, y á consumir la luz de sus sentidos y potencias.

En el centro de tan cruel batalla, se desconocia á sí mismo Miguel Antonio, y queriendo salir de sí á buscar el remedio, forcejaba á obligar á su alma á que viese la realidad de su imaginacion y vanas fantasias, por lo que auxîliado de la divina gracia, eludió las astucias y tiros de sus enemigos, y respondió á su Tio, que agradecia mucho sus ofertas y favores, pero que bien hallado en su fortuna, no podia resolverse á dexar la América, en que gozaba de estima-

ciones y opulencias, sin tener que cautelarse de los peligros de alma y cuerpo, que son tan propios de los ascensos, é inseparables de los oficios públicos. A sus amigos les representó la profunda atencion con que habia reflexado las contingencias que acompañan al Matrimonio, y que aun siendo el mas circunstanciado en todas sus exteriores conveniencias, todavia en su continuo é interior trato oculta mil especies de disgustos y amarguísimos sinsabores, que ni aun voces se hallan para explicarlos, y por eso no pueden tener remedio, y que no hallaba en sí las fuerzas necesarias para sostener el peso y las obligaciones de casado. Al Demonio le cerró las puertas de sus sentidos, y abriéndolas á las inspiraciones internas y continuas que en su corazon sentia, comenzó á tratar de su salvacion eterna como del mas importante negocio, pero sin notable violencia que pudiera causar novedad en el Mundo.

Salió aquel valiente Soldado de tan clandestina como furiosa batalla, cargado de triunfos y despojos, no siendo el menor trofeo, el vencimiento que consiguió de sí mismo, y si antes habia afanado por adquirir estimaciones vanas y caducas riquezas, ya iba desarraigando de su corazon el amor desordenado de sí propio y el de los bienes temporales: ya estos los manejaba con frialdad y despego, y aunque siempre fue liberal con los pobres, ya era profuso con los necesitados: ponia gran diligencia en ocultar sus limosnas, é informándose con cautela de las familias que habian tenido con abundancia y se hallaban en laceria, las socorria con secreto, quitándoles el sonrojo de pedir, y tambien el de saber quien era el que las sustentaba.

Por este medio de la limosna, que el Santo Precursor canonizó por el mas eficaz para alcanzar la gracia de una conversion verdadera, fue disponiendo su corazon, para merecer el que el Señor obrara en él aquel llamamiento que suave y fuertemente imprime en los que escoge para Siervos suyos, y que han de gozar de su íntima y familiar comunicacion; por eso le iba dando luces á su entendimiento por la leccion espiritual, y encendiendo su voluntad con devotas ternuras, que dexaba impresas en los libros con la amarga tinta de sus lágrimas, pero con tal consuelo de su alma, que sus mismos Familiares se admiraban de ver que se le pasaban los dias enteros leyendo, sin suspender su fervoroso llanto. Era este ya fruto digno de penitencia, y así, le hacia freqüentar el Sacramento de ella, para purificarse en sus sagradas aguas, y llegar sin las manchas de la culpa á las sacrosantas aras, y participar del incruento sacrificio que sangriento en la Cruz borró los pecados del Mundo. En esta consideracion asistia diligente á tan soberano Misterio, y con tierno afecto recreaba su alma, oyendo ó ayudando todos los dias quantas Misas podia, sin faltar al preciso cumplimiento de sus negocios.

Desde su niñez habia profesado una tiernísima devocion á la Madre de Dios y Señora nuestra, Maria Santísima, por cuya intercesion esperó siempre lograr los beneficios espirituales que en ella depositó el Altísimo para el consuelo de los miserables hijos de Eva, y freqüentaba su recurso á esta inagotable fuente de la gracia, invocando su patrocinio en todas las borrascas que padeció su espíritu con tan firme confianza, que

nunca tuvo duda de que le faltara en la mas desecha tormenta: rezaba con atencion todos los dias su Corona, y con devocion meditaba sus Misterios, persuadido á que el afecto á esta soberana Reyna es la divisa de los predestinados, porque ella es la llave del Cielo, que franquea todas las felicidades al Mundo. Tambien consagraba mucha parte de sus afectos al Padre putativo del Hijo de Dios, y con la Santa Iglesia le aclamaba honra de los Angeles y Santos, cierta esperanza de los hombres, y amparo y defensa del Mundo; pues confesando á nuestro Santísimo Padre Señor San Joseph constituido por el Criador de todas las cosas por Esposo de la Castísima Virgen, para que fuera llamado Padre del divino Verbo humanado, es preciso venerarle como Ministro de la salvacion de todo el género humano. Era tambien grande la devocion que tenia al Príncipe San Miguel, cuyo nombre le estimulaba al reconocimiento de sus excelencias, y continuamente le pedia su amparo contra el Demonio y sus astucias.

Pero entre varias devociones, fue verdaderamente abrasada la que tenia á la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesuchristo, contemplando el sangriento sacrificio del Calvario, y adorando una por una las llagas por donde el amor se desangró todo, y con humildad agradecida las reverenciaba con muchas Jaculatorias y Oraciones devotas; y para no perder su memoria, tomaba los mas dias rigurosa disciplina, y mortificaba su cuerpo con acerados silicios. En esa misma fuente de luz en que meditaba las finezas de un Dios crucificado por el amor de los hombres, se encendia su corazon en el fuego de la caridad con sus próximos, y así, se condolia con los pobres y enfermos, y aunque alguna vez acudia al socorro personal de estos, pero muchas veces le era necesaria la mortificacion de no poderlo hacer, por evitar las opiniones del Mundo, y se valia de otro para que visitara los Hospitales y les ministrara los oportunos socorros.

Sin estos reparos logró su conmiseracion christiana la ocasion de exercitarla con un pobre muy honrado, cuya casa freqüentaba como de virtud notoria: enfermó el Padre de la Familia de una mortal dolencia, y mirándolo con los respetos que si fuera su propio hijo, honestó con ellos todos los esmeros con que se dedicó á cuidarlo: él mismo le administraba las medicinas y alimentos, sin sonrojarse de los mas humildes oficios; y habiendo procurado todos sus espirituales consuelos, se desveló en su asistencia hasta la última hora, y honró sus funerales, convidando á todos los Ciudadanos para ellos, y á mas de los costos de toda la enfermedad y entierro, repartió limosnas por los Conventos, para que se le dixeran muchas Misas y se le hicieran sufragios.

Aficionado ya á la oracion y exercicios devotos, descuidaba de su antigua vanidad, como si no hubiera sido su pasion dominante; y aunque en los vestidos conservaba la decencia correspondiente á sus facultades y calidad de su persona, pero en lo interior, aun esto mismo era un género de penitencia que mortificaba su alma, por lo que multiplicaba súplicas al Señor para que le diera luz de su voluntad santísima, para acabar de arreglar en el estado que habia de tomar, su vida, y asegurar en él su salvacion eterna. Estas eran sus continuas ansias, suspirando por verse libre de las prisiones del Mundo

y anhelando á redimir sus pecados, que le tenian privado de su libertad, expendia mucho de su caudal en limosnas y mandar decir Misas, sin cesar en sus fervorosas peticiones: temia que estas, por tibias, no merecian ser oidas, é interponia las de muchas personas virtuosas, para que le alcanzaran del Señor la gracia de verse desprendido de las cadenas en que gemia, y ya le eran muy pesadas; pero le iba preparando la soberana Providencia para Siervo suyo muy señado, con tan vivos deseos, para proporcionarle su logro segun sus inexcrutables juicios.

CAPÍTULO XVIII.

Sério desengaño con que Don Miguel Antonio se resolvió á tomar el estado de Religioso.

ES una felicidad difunta el cadaver mas desdichado que se le dá á la tierra, porque la vanidad presumida de las honras y riquezas, es un fuego fatuo, de cuya luciente pompa instantaneamente desparece la llamarada: fósforo cuyos aparentes relumbrones vienen á parar en lúgubres desengaños. Habia enfermado en México Don Juan de Urrutia y Retes, primer Marqués del Villar de la Aguila, Caballero de Santiago y Alguacil mayor del Santo Oficio, y por la confianza y amistad íntima que tenia con Don Miguel Antonio, le encargó que corriese con la trasquila de Ovejas de la Hacienda de la Goleta, y providencias de ajuste de cuentas y avíos de los Pastores, súplica que admitió como de un verdadero Amigo, y que desempeñó en un todo. Á pocos dias se agravó el accidente del Señor Marqués, y le quitó la vida, pues así se burlan del hombre la muerte y las desdichas, viniendo calladas, porque no sienta su ruido ni aun el pensamiento: así oprimen súbitamente á los incautos, quando entre las ramas de la felicidad estan mas divertidos.

Fue este inopinado suceso un susto que penetró el corazon de Don Miguel Antonio, y le hubiera robado los vitales alientos, si no rebentara por los ojos, y desahogara el asombro, llorando con el dolor mas vivo, la muerte de su fiel y amartelado Amigo. No podia arrojar de su imaginacion su cadaver difunto, ni de la memoria sus amables prendas, sus años vestidos de esperanzas, su generosa índole y su urbana cortesia; y como al mismo tiempo contemplaba arruinada toda esa fábrica, sin que todas sus bellas qüalidades le sirvieran de reparo, sino antes de reclamo para su ruina, volvia en sí mismo, considerando la fragilidad de la vida, y que su edad, aunque florida, podia ser tambien asaltada de la inexôrable parca; y contrayendo el discurso, decia: »Pues si á mí me hubiera tocado »la fatal suerte que al Marqués, ¿co»mo compareciera yo en el Tribunal »divino? ¿En qué lazos enredado me »cogia la muerte? ¿Qué proceso tan »desquadernado el de mi vida para »poder relatarse en aquella suprema »Audiencia? ¡Ó Dios, siempre vene»rable en tus juicios! Quién sabe si »esta muerte es un Correo de aviso que »me previene lo cercano de la mia.»

Con estas christianas reflexîones se le infundió un vivo conocimiento de todo lo eterno, y un desprecio inexplicable de todo lo caduco, sacando de él, como necesaria conseqüencia, que en aquella muerte habia trazado la mas alta sabiduría su desengaño y felicidad, para prevenir la suya con abandonar al Mundo y sus vanidades, y retirarse á servir á Dios en una vida religiosa. Desembarazado de su encargo y vuelto á su casa, se dió con fervor á la oracion, en cuyas luces conocia que no podia practicar los buenos propósitos de que tenia penetrado el corazon, si no iba desarraigando de él los intereses en que estaba cautivo y sin libertad su espíritu; por eso trató de enagenar la Hacienda de Ovejas, y viendo esto un Religioso que ignoraba sus designios, lo atribuia á escrúpulo de su conciencia, y procuraba disuadírselo, ya con las razones, ya con exemplares de las divinas Letras, pues en los Patriarcas no fueron óbice para lograr una feliz muerte, los rebaños que tenian de Ovejas; pero él muy atento le respondia: »Padre, los Santos fue»ron Santos, y yo no lo soy, ni todas »las cosas son para todos: yo he oido »decir que la puerta del Cielo es es»trecha, y si voy cargado de lana, »llevaré mucho balume, y quizá no »podré entrar: quando vaya mas des»nudo, será mas fácil mi entrada.» Con este dictámen se deshizo de la Hacienda, pero le era mucho mas dificil desprenderse de la lonja: confuso en discurrir los medios para executarlo venia una ocasion por el campo, y le ocurrió un pensamiento que le dexó absorto, y le costó despues muchas lágrimas aun el referirlo.

Decia en su interior: »¿De qué »sirve la Hacienda? ¿De qué sirve el »dinero? ¿De qué sirven los créditos »y Amigos? ¿De qué sirven la cali»dad y la sangre? Todo esto se que»da acá, ¿y la eternidad, Miguel An»tonio? ¿Y la eternidad, Amigo? Si »no crees que hay otra vida, y esa »eterna, eres Herege: si lo crees como »Católico, y que ó Gloria para siem»pre, ó pena para siempre te espera, »¿á qué aguardas? ¿Por qué no aca»bas de resolverte? ¿De qué sirve la »Tienda, pues con ella no se compra »el Cielo? ¿Qué vale el caudal, si en »este Mundo lo has de dexar, y pa»sar tú solo á la eternidad? ¡O eter»nidad! ¡Eternidad!

Así avocaba á la eternidad por consejera, y ella misma le ponia entre aquella célebre division que hay de los dos caminos, uno estrecho, fragoso y sembrado de espinas, otro ancho, delicioso y adornado de flores, pero de muy diferentes destinos, porque el fin del primero, es la puerta del Paraiso, por donde se entra á gozar del incomprehensible bien que hace Bienaventurados á los Santos con la vista inmediata de Dios: el otro va á parar en el abismo de inextinguibles llamas en que los infelices condenados se abrasan, y así, le decia: delante de tí tienes esos caminos: ambos son de igual longitud, que es el tiempo de la vida, y siendo preciso que andes uno de los dos, mira qual escoges, ó un penar breve, pero despues un gozar eterno, ó un breve gozar, pero despues eternamente padecer. Esta memoria le dexaba lleno de espanto y de desprecio de todo lo que engrandece la fantasía y el engaño, pues aunque las humanas glorias fuesen mucho mas abultadas, y fuese gigante la estatura de sus dichas, las hacia despreciables el ser tan caducas. Por eso, como Católico, quedaba

asombrado, como del estallido de un trueno, de solo el eco de la eternidad, é invocaba al Señor en su auxîlio con decir: Jesus mil veces, como que él solo es camino, verdad y vida para salir con bien de tan horrendo peligro.

Esa eternidad que es conseqüencia de la muerte, y la incertidumbre de esta, fueron los estímulos que infundieron en su alma el mas sério desengaño para resolverse á abandonar del todo al Mundo, y desde entónces puso el mayor empeño para desenredarse del laberinto del Comercio y dependencias de la Tienda; pero manejaba sus designios con tal sagacidad y prudencia, que nadie pudo penetrarlos. Ya libre de tan pesados grillos, entró en una congojosa especie de confusiones y dudas sobre el estado que eligiria para hacer cierta la vocacion divina; y conociendo que aun esa misma libertad y eleccion podria fabricarle su ruina, pensaba sujetarla mejor en las prisiones de la obediencia en una Religion austera: para esto se le representaban varias en que habia admirado las virtudes heroicas con que todas, por sus Institutos, hermosean el pensil místico de la Iglesia; y aunque deseaba profesar la mas rígida, esto no sosegaba, sino que transferia la duda á otra mas ceñida, pero no ménos dificultosa, porque temia que echando su esperanza al mar, sus riquezas al fondo, y con todas ellas su alvedrio, podria dar en una roca en que todo lo perdiera. Trataba este negocio con el mismo Señor, que se lo dictaba, y en su continuo silencio, acrecentaba las limosnas, Misas y penitencias, pidiendo oraciones á las almas que veneraba por mas fieles y devotas, para que su Magestad se dignara de darle luz para el acierto en tan importante resolucion. Era grande y muy antigua la aficion que le tenia á la Orden Seráfica, y en sus actuales congojas, su humildad, desnudez y pobreza, tenian mucho atractivo de los deseos y afectos de su alma, por eso se acordaba vivamente de la exemplarísima austeridad de los Padres Capuchinos de España; pero esta memoria no se conformaba con las ansias urgentísimas de su espíritu, y eficacia de sus inspiraciones. Entre tantas dudas, vino á buscar el acierto en el consejo, y reveló el secreto de su interior á una alma muy espiritual y que él veneraba por virtuosa, y habiendo ambos pedido á Dios sus luces para conocer su voluntad divina, despues de sus devotas imprecaciones, convinieron: en que saber con certidumbre á qué parte de la Religion Seráfica le llamaba Dios, no era dable sin recurso á otra particular y maravillosa providencia, y sería querer tentar á su Magestad solicitarla; pero que atendidas las circunstancias de su llamamiento al estado Religioso, parecia acertado no buscar otro puerto que el de la Cruz, entrándose en el Colegio de Misioneros Apostólicos de esta Ciudad, y como esto era lo mas proporcionado á sus fervorosos anhelos, se informó muy por menudo de todas las estrechezes del Instituto y regimen interior de la Comunidad, y se resolvió desde luego á abrazarlo.

Pero como aun los secretos parece que se cansan de vivir siempre encerrados, se debió de traslucir la dicha resolucion, y hubo Don Miguel Antonio de padecer la tentacion de otros nuevos contrastes, pues algunas personas Eclesiásticas que eran de su estimacion, le hablaron sobre el punto, y no con torcida intencion, y ala-

bando con encarecimiento su eleccion del estado Religioso, le expresaron no ser de dictamen que la practicase en el Colegio, por considerar que su fundacion era planta nueva, y que aunque se veía caminar con fervorosos y apostólicos exemplos, si por algun accidente viniese á faltar, se hallarian frustrados sus deseos, y ya no sería fácil pasar á lograrlos en algun Convento de los de España. No entraba en esta consideracion la reflexa de que aunque faltara el Instituto Apostólico, siempre quedaba un Convento Recoleto que habia sido de mucha edificacion para todo el Mundo antes de erigirse en Colegio, por lo que solo sirvió para diferir mas de un año el cumplimiento de una vocacion que calificaban verdadera ellos mismos.

Llegóse por fin el tiempo que Dios tenia determinado, y conoció Don Miguel Antonio que habia sido todo trazas del comun enemigo, que permitió el Señor para asegurarle en sus buenos propósitos, y se confirmó en ellos de modo, que afirmaba muchas veces, que aunque hubiera sabido de cierto que el Colegio se habia de acabar, por estar entre tantos Justos un pecador como él, no mudaria su paz y sosiego interior, ni tampoco su estado, aunque se trastornara todo el Mundo. Con estos fervores comenzó á ensayarse en las austeridades que le habian informado habia de practicar de Novicio, y segun declaró un paisano y confidente suyo, su cama era una mesa desnuda, durmiendo en ella vestido, sus ayunos continuos, y doblada la mortificacion de las disciplinas y cilicios: para tener á raya sus sentidos y apetitos, velaba en el recogimiento interior, qual necesita una oracion fervorosa, y con estas ventajas, tenia ya prevenido lo mas áspero y penoso de su Noviciado; y facilitados los medios para tomar el santo Hábito, llegó al suspirado logro de sus ardientes deseos.

De su hermoso galante Adonis cantan los Poetas, que despues de muerto fue transformado en una purpurea rosa, mitología que se vió moralizada en el dia que muerto al Mundo se sepultó en los estrechos Claustros del Colegio Don Miguel Antonio: aquella tarde, compuesto de gala con sus mas ricos vestidos, y montado en su generoso Caballo, paseó todas las calles y plazas de la Ciudad, obstentándose un gentil Adonis, en quien se competian lo hermoso, gallardo y Caballero; pero toda esa vanidad era solo un afectado disimulo con que le pareció disfrazar el fin de sus intentos; solo á la persona que le habia alentado en su vocacion, y de quien tenia experiencia de su virtud y fidelidad, le hizo la última visita, y agradeciendo sus buenos oficios, enternecido le dixo: »Del Mundo salgo »para el Cielo sagrado de la Religion, »y del Cielo de la Religion espero »salir para el Empireo.» Y quitándose las preciosas sortijas que llevaba en los dedos, las tiró al suelo, y tambien un delicado pañuelo que usaba para el sudor del rostro, y desde allí se fue en derechura al Colegio.

Entró por la puerta que mira al campo, y apeándose, le entregó á su Page el Caballo, y una Carta que llevaba cerrada, para que la diera al correspondiente y paisano suyo, que dexaba en su casa: apenas vió cerradas las puertas, se postró en tierra, y con abundancia de lágrimas se regocijaba de verse ya en la casa de Dios, y fuera de las redes del Mundo. Los Religiosos le recibieron gustosos, y edificados de sus tiernos afectos; y

conduciéndole al Noviciado, le dexaron solo en el Oratorio. Allí soltó los diques á su corazon, y con avenidas de lágrimas, postrado ante un Santo Crucifixo, le derramaba todo en accion de gracias y agradecimientos por tan grande beneficio: lloraba de nuevo sus ingratitudes, y mirándose indigno de estar en la compañia de sus fieles Siervos, le pedia humilde purificara su alma de todos sus pecados, y que admitiera la víctima ó sacrificio que le hacia de su persona, estado y alvedrio.

El dia veinte y nueve de Septiembre del año de mil seiscientos y noventa, á los treinta y un años de su edad, fue admitido al santo hábito, y aunque los Religiosos habian meditado el que atendida su capacidad, discrecion y prudencia, con poco cultivo despues de profeso, pudiera ser un Ministro útil para las tareas del ministerio, y por eso le propusieron se lo darian para el Coro; pero él con invencible humildad lo resistió, protestando que solo venia al Colegio con el fin de ser Esclavo de todos, y así, suplicó le admitiesen como á tal, en el humilde estado de Lego: con esta misma ingenuidad pidió que le diesen el hábito en hora desprevenida, como fue la de Prima, y á puerta cerrada: todo se le concedió por su consuelo, que lo tuvo en evitar aplausos humanos, pues en la realidad, hubiera sido muy numeroso el concurso, porque despues, en tropas subia lo mas lucido de la Ciudad, por ver un acto que todos tenian por heroico y de singular edificacion y exemplo.

Concluido, se volvió Fr. Antonio, que ya se llamaba así, al Oratorio, y rompiendo sus ojos el llanto, le decia á Christo crucificado: »Ya, Se»ñor, me veo despojado de todo lo »que es Mundo, solo me falta despo»jarme de mí mismo: esto Vos lo ha»beis de hacer, pues nada por mí so»lo puedo: no miréis mi indignidad, »sino mis deseos. Ya que me haceis »lugar entre los Hijos de la Cruz, »dadme la dicha de vivir siempre con »Vos crucificado. No volvais los ojos »á mis juveniles años, mas marchita»dos que floridos. Atended solo á los »que me restan de vida, que deseo »consagrar en las aras de una dolo»rosa penitencia.» Comenzó desde luego la práctica de sus santos propósitos con una confesion general, habiéndosele señalado para Padre y Director espiritual, el V. P. Fr. Francisco de Fructos, Varon extático, y grande Maestro de espíritus; y para que sus fervores fuesen arreglados á la prudencia de tan experimentado Confesor, le hizo absoluta entrega de su alma, sin reservar en su voluntad ni aun leve aficion de cosa que pudiera parecer propia.

Así fue necesario para moderar los ardientes deseos con que quisiera exercitarse en todo género de mortificaciones penales, y fue preciso templar la abstinencia que habia determinado para no tomar mas que pan y agua, imponiéndole el que comiese de las pobres viandas de la Comunidad, aunque con ellas mismas podia dexar mal satisfecho el apetito: que el descanso del sueño fuera de quatro horas, lo que observó toda su vida: que el uso de las disciplinas y cilicios, sobre lo comun del Noviciado, fuese conforme al parecer de su Maestro, por lo que todas las austeridades religiosas se le hicieron sumamente suaves y llevaderas; y como cada dia hacia mas baxo concepto de sí mismo, obraba en todas las haciendas de las oficinas que le ordenaban, con gus-

tosa diligencia, y con zelosa codicia anhelaba por los mas trabajosos y humildes oficios, alegando la obligacion que tenia de servirlos, como que él era el Esclavo de todos.

Pero sepultado entre tantas espinas, era natural que brotara una rosa, y fue así, que de la mudanza del vestido ó aspereza del hábito, se le desolló la piel, quedando escoriada la superficie; y como se inflamaba con la aspereza de los cilicios y golpes de las disciplinas, le resultaron muchas y enconosas llagas, que no solo le mortificaban con intensos dolores, sino que penetraban su corazon y conturbaban su espíritu, porque de varios modos le representaba su aprehension en ellas mismas frustrada su vocacion y malogradas sus fervorosas ansias. Crecia mas esta congoja, al ver que algunos Religiosos le declaraban en estado tan deplorable, que habian formado grave escrúpulo en darle los votos para la profesion, pues si las llagas fueran, como sospechaban, de maligna qüalidad, por fuerza le habian de impedir el cumplimiento de las obligaciones esenciales de la Regla, y de los laboriosos ministerios de la profesion de Lego. Muy oportuna era para los designios del Demonio esta meditada repulsa, y para darle mayor eficacia, se empeñó en apurar por sí mismo, y acabar, si pudiera, con las fuerzas naturales del afligido Novicio, y sin afloxar en las interiores sugestiones con que atormentaba su espíritu, fatigaba con pesadísimos y continuos golpes su debilitado cuerpo; pero no sacando sino confusion de su malicia, é irritado de su constancia, intentó una noche arrojarle desde la varanda del Coro al pavimento de la Iglesia.

Pruebas eran estas, preparadas por la soberana Providencia, para acrisolar su alma, y confirmarla en el espíritu de humildad y abnegacion de las vanidades y riquezas del siglo con que la habia inficionado su amor propio, y á vista de su ánimo contrito, ella misma le sacaba de los peligrosos estrechos en que la ponia. Con este auxilio, aun en el centro de sus interiores aflicciones y penosos dolores respiraba su confianza, y animada de los sentimientos y mociones que tenia profundamente gravadas y esculpidas en su ardiente corazon, se desahogaba escribiendo á una persona, y diciendo: »Llagado y enfermo de mis »dolencias, se acogió la nada mia al »amparo de la gran Señora en su ca»sa Real, donde he hallado lo que »omito, porque ya se sabe, todo be»neficios, todo favores: estos me en»cogen y aniquilan, mirando mis de»méritos. Lloro confuso, y mis lágri»mas ofrezco: son del corazon, que »no es mio porque se lo tengo dado: »¿Pues qué os he de dar, Señora y mi »Señora? Una pureza de vida y cos»tumbres, cuyos efectos digan soy »vuestro y no mio, para que sea co»nocida esta verdad de todas las cria»turas celestes y terrenas: esto lo ha»beis de hacer Vos, gran Señora, por»que ya es causa vuestra, y sabeis »que soy Siervo y Esclavo de vues»tra Imperial Casa: hasta los Demo»nios lo saben, sin esperanza de po»derme ofender. ¡Ó dichosa suerte la »mia! ¡Ó dichosa y muy dichosa mi »suerte!

Fortalecido de tan alta soberana proteccion, se resolvió el angustiado corazon de Fr. Antonio á superar todos los fuertes obstáculos que parecian invencibles para dar paso á su profesion, y pidiéndola con humildes ruegos y afectuosas lágrimas, queda-

ron al mismo tiempo, con un admirable y desconocido modo, curadas perfectamente sus llagas, y desvanecidos de la vista de los Religiosos los graves impedimentos que se la imposibilitaban, á la manera que en el tránsito del mar Rubro se les representaban á los ojos de los Israelitas oposiciones de tanto peso, que solo podian vencerse con milagros.

CAPÍTULO XIX.

Profesa Fr. Antonio con singular edificacion, y los primeros destinos en que le puso la Obediencia.

TIEMPO aceptable y dia de su salud pudo llamar Fr. Antonio al de su religiosa profesion, pues amaneciendo risueña su Aurora, vió en él cumplidos sus deseos, y que aceptando el Señor sus votos, le infundió la saludable medicina de sus mortales dolencias, y le auxilió con particulares gracias para la consecucion de las virtudes y perseverancia en las buenas obras. Conocia que toda esta mudanza era de la diestra del Excelso, que dirigia todos los medios al logro de sus anhelos, y así se preparaba para hacer su profesion con los mayores esmeros de fervor y piedad. Quizá por eso pidió se le difiriese hasta el dia de N. S. P. San Francisco, y fue como presagiosa providencia, pues en él lo aplaude la Iglesia como á un nuevo Colegial del celestial Colegio, como á una nueva flor del Jardin de los Santos, como á un ínclito Vencedor, que sujetó á la ley del espíritu las arrogancias de la carne, v venciéndose á sí mismo, venció al Mundo y á los vicios.

Para satisfacer á los piadosos deseos de los nobles Ciudadanos, y que todos vieran que el renunciar al Mundo, sus riquezas y vanidades por seguir á Christo, es aquel suave yugo que enseña el Evangelio, y que el camino de la Cruz es el del Cielo, se dispuso que fuese la profesion á las quatro de la tarde, y atraido de la novedad y de los respetos, se juntó en la Iglesia del Colegio un numeroso y lucido concurso, á cuya vista se presentó el Novicio, aunque su corazon estaba preocupado de otros muy distantes y generosos afectos: á su tiempo renunció hasta el propio nombre de Miguel Antonio Bustamante con que era conocido, para que no le quedara nada por donde pudiera conocerlo el siglo, y conservando el de Antonio que tenia desde el Bautismo, y la viva devocion del Príncipe Gloriosísimo San Miguel, le invocó, para que le defendiera con todas sus celestiales Milicias, y así, quiso que fuese su nombre Fr. Antonio de los Angeles, renunciando tambien el apellido de Bustamante, para dar al olvido toda la nobleza mundana, pues no queria mas hidalguia que la de la pureza angélica. Puesto de rodillas á los pies del Prelado, hizo en sus manos la solemne profesion, prometiendo á Dios de guardar la Regla Seráfica todo el tiempo de su vida, y fue con tal mocion de su espíritu y gozo de su alma, que se le revertia al rostro la alegria, pareciendo á todos como de un Serafin su cara, porque en una gravedad modesta, veían inundados de consuelo todos sus sentidos, y así, estaba

el concurso como absorto, con los semblantes mudos, y admirados, saliéndoseles á muchos las expresiones del corazon por los ojos. Luego que Fr. Antonio de los Angeles vió perficionada una obra que tantos afanes, cuidados, oraciones y mortificaciones le habia costado, dió por bien empleado todo su caudal y fortuna, por la posesion de tan preciosa margarita, pareciéndole de muy corto valor sus trabajos y bienes renunciados, por las grandes usuras que ganaba en el Cielo, y verse ya puesto en la senda que con seguridad conduce á las verdaderas riquezas y felicidades eternas. Pareciale hallarse en otro elemento, reconociendo en su interior los admirables efectos que causa en el alma la profesion Religiosa, y con nuevos fervores renovaba los propósitos de corresponder toda su vida á tan soberanos beneficios: sentia en su espíritu la gracia que le facilitaba el exercicio de las virtudes, y mas de las que eran propias para el exácto cumplimiento de las obligaciones de su estado; y como la de la humildad es característica de un Religioso Lego, desde aquel dia se consideraba como un Esclavo de todos los Religiosos, y ponia todo su conato en reverenciarles, obedecerles y servirles como Amos y Señores suyos, sin que hubiera oficios, por muy baxos y humildes que fueran, que él no executara con prontitud y gusto, juzgando que se le hacia un gran beneficio quando le ocupaban en lo mas trabajoso ó abatido.

Conservaba con religioso estudio todas las observancias que se le habian enseñado en el Noviciado, y no omitia ni aun la mas mínima á título de profeso, por lo que toda su vida parecia un Novicio en la modestia, mortificacion de los sentidos, rendimiento y obediencia á todos. Eran sus penitencias personales austerisimas, para tener siempre á raya sus pasiones, pues como aguerrido en las batallas y continuos asaltos de los enemigos de su alma, sabia por larga experiencia, que el Mundo no hace la guerra sino con figuras que breve pasan, y hacen ver ser vanas y fantásticas todas sus aparentes glorias, y por eso para vencerle no es necesario mas que despreciarle: conocia que el Demonio, aunque sea un Leon rugiente que rodea la alma para devorarla, es su poder tan limitado, que necesita que ella le dé consentimiento para que llegue á lograr sus astucias: solo al enemigo de su propia carne le temia, horrorizado de que sus insultos son tan alevosos, que ni un punto se descuidaba en tenerlo sujeto á las leyes de su espíritu: á este fin, era exáctísimo en el cumplimiento de todas las austeridades de la Comunidad y del Instituto, añadiendo otras crueles mortificaciones, y siempre vivia receloso de este enemigo doméstico.

Con tan cuidadoso afan, tuvo una noche un sueño, en que le pareció que se hallaba en un espacioso aunque despoblado camino. Fixaba por él sus pasos trémulos, por considerarse solo, á tiempo que volviendo atras el rostro, vió venir en sus alcances tres formidables mastines, que en los ladridos y ademanes, daban muestras de querer despedazarlo. Advirtió, á pesar del susto, que dos de los brutos feroces quedaban atras como una larga quadra, por mas que esforzaban la carrera, pero el tercero le acrecentó los temores, porque le reconoció tan cerca, que tuvo por cierto sería lastimoso destrozo de sus iras: en medio de tan congoxoso aprieto, le deparó la dicha un árbol muy en-

cumbrado y frondoso, en cuya eminencia subido, se vió libre del amenazado riesgo. Despertó lleno de sustos el corazon, y levantándolo á Dios, como lo tenia de costumbre, tuvo clara inteligencia en lo interior de su alma, de ser el Mundo, Demonio y Carne aquellos tres enfurecidos mastines: que al Mundo y al Demonio los dexaba atras, por el nuevo estado que habia profesado, aunque siempre procurarian perseguirle; pero el enemigo de la Carne, como tan doméstico, le haria muy de cerca toda su vida, cruda guerra. El árbol eminente y frondoso, se le dió á entender era la Religion Seráfica, en donde perseverando firme en sus propósitos, se veria libre de los dientes de estos rabiosos enemigos.

No hay duda que muchos sueños que parecen de Dios, proceden de causas naturales, porque representando en ellos la fantasía al que los tiene, lo que mas le conviene hacer ú omitir para el fin que desea, por el mismo sueño se continúa su consideracion, y muchas veces se representan en él los medios mas oportunos para lograrlo; y como estos sean conformes á los buenos propósitos que tiene el alma concebidos, es fácil persuadirse á que Dios ó el Angel se los dictaron. Para discernir estos sueños, enseñan los Doctores Místicos, que en los que interviene una sincera humildad, mayormente en todas las cosas que unen á la alma á Dios solo, con un puro, desnudo y castísimo afecto, no hay que recelar engaño, pues el principal discretivo signo de ser de Dios los sueños, es quando les antecede ó acompaña y sigue una humildad profunda.

Sobre este sólido fundamento, al siguiente dia le comunicó Fr. Antonio á su Confesor lo que habia pasado en el sueño, y no lo que de él habia entendido estando ya despierto. Tenia su Padre espiritual, sobre una gran práctica é instruccion en las materias de espíritu, un íntimo conocimiento del de Fr. Antonio, pues le habia dirigido desde el Noviciado; pero con una circunspeccion prudente le respondió: »que diria Misa, y en »ella le pediria á Dios que si en el »sueño se ocultaba algun misterio, les »diese luz á entrambos para descifrarlo.» Puesto en la voluntad de Dios el negocio, á la noche le dixo el Padre á Fr. Antonio: »Paréceme »que aquellos tres mastines son los »tres enemigos del alma, y que la Carne es la que le ha de ocasionar mas »de cerca los mas duros conflitos: que »el árbol era símbolo de la Religion.» Así convinieron Maestro y Discípulo en una misma interpretacion del sueño, y lo tuvieron como aviso y prevencion de la cruel guerra que toda su vida le habia de hacer á Fr. Antonio su propia concupiscencia. Con esta misma lid, ocurrió muy urgente causa para faltar el Limosnero de la Ciudad, y confiado el Prelado en la madurez y profunda humildad del nuevo Religioso, le mandó que saliese con la alforxa al hombro á pedir la limosna, y no obstante que conocia la vergonzosa repugnancia que podia costarle parecer en el siglo pidiendo como un pobre Lego, el que poco antes tenia las obstentaciones de noble, liberal y rico; pero si era verdaderamente humilde, tambien habia de ser obediente, para corresponder á los impulsos de la divina Providencia que lo ordenaba. El criar Dios á un tiempo, y como animales de un semejante designio á las Aves y á los Peces, parece fue para darles aquellos natura-

les remos que les facilitan romper y dividir los ayres y las aguas. El vuelo de las Aves, es una especie de navegar en un licor sutil: la facultad de navegar en los Peces, es la de volar en un denso elemento; pero el mismo Autor que hizo estas semejanzas ó conveniencias, las diferenció, produciendo en los Peces un profundo silencio, y dando á las Aves canoras voces, para que unos y otros anuncien las grandezas de su Supremo y Sabio Criador. Á este mismo nobilísimo fin destina en su vocacion á los Religiosos, para que á un tiempo, como Aves místicas, vuelen por el Mundo, rompiendo los vientos de sus inconstantes felicidades, y como mudos Peces naveguen en los silencios espirituales de sus Claustros, para alabar con sus palabras, y admirar con accion de gracias la infinita sabiduría de que las obras del Omnipotente estan llenas, cooperando á los destinos á que les llamó en la Religion su alta Providencia.

Volaba por la Ciudad el humilde Limosnero, rompiendo los vanos vientos de los aplausos que muchos daban á su buen exemplo; pero siempre iba, como mística Ave, en cruz, porque llevaba en su cuerpo la mortificacion de Jesus, y en su espíritu á Jesuchristo crucificado: pedia limosna por el amor de Dios, y él la daba á las almas con oraciones y palabras edificativas: de forma que era el pasmo de todos, viendole cubierto de una mortaja, cargado de una alforxa, sonrojado de verguenza y abatido en su propia nada, quando poco antes le admiraban rodeado de lisonjas, galas, honras y riquezas; por eso era eloqüente su exemplo, pues á todos les predicaba desengaños, y les estimulaba á bendecir las eternas misericordias del Señor, que de entre ellos mismos habia sacado aquel hombre, que algun dia sería confusion suya, si, como él, no reformaban el luxo y relaxacion de sus vidas.

Advirtiendo los Prelados el grave quebranto que era para la salud de Fr. Antonio el conducir acuestas la limosna hasta el Colegio, le pusieron un Jumentillo para alivio, y fue doblarle motivos á su memoria, para humillarse en el conocimiento de sus orgullosas vanidades, con que se obstentaba en las mismas calles de Querétaro. Andaba por ellas con el cordel en la mano, y encontrándolo una ocasion el P. Lect. Fr. Angel Garcia Duque, que entónces era su Confesor, le dixo: »Hermano Fr. Antonio, ¿es »ese el Caballo blanco que dexó en »el siglo?» Y le respondió: »Ha Pa»dre de mi alma, plegue á Dios que »en los abatimientos de este despre»ciable Jumentillo, pague yo en esta »vida las locuras de aquel soberbio »Caballo: por aquí vine muchas ve»ces haciendo mal al Caballo, y ma»yor mal á mi alma, y por las mis»mas partes que anduve, quiere Dios »vaya haciendo mal á mi cuerpo: »quien tal hizo, que tal pague.» Á este modo fueron otros muchos los lances de que sacaba mayores desengaños en los abatimientos que le ocasionaban su ocupacion y su estado, pues en uno y otro exercitaban su humildad, los recuerdos que varios le hacian de sus pasados devaneos y presuntosas caballerias.

No fue dilatado el tiempo que la obediencia lo tuvo de Limosnero, pues la Providencia, que gobernaba sus pasos, lo sacó de aquel voluble elemento, y puso en otro mas sólido, para que volando en la caridad del próximo, no perdiera de vista su sus-

pirado centro. Bien quisiera segun sus deseos, vivir en lo mas recóndito del Colegio, y aun en perpetua clausura, como lo solicitó con los Prelados, pidiendo le permitiesen hacer voto de ella, para huir de las honras y estimaciones que le hacian los Señores, y de los aplausos que le daba el Pueblo; pero como estos afectos debian arreglarse á los resortes de la obediencia, y segun los impulsos á que el Señor los movia, ciegamente se rendia á la voluntad del Prelado, sujetando en todo sus apetitos y propio discernimiento. Así lo executó, mandándole que cuidara de la Portería del Colegio. Recibió el siervo de Dios este mandato con tanta humildad de espíritu, que en varias ocasiones explicó los interiores sentimientos de su alma, diciendo: »Si me diesen á es»coger las llaves de San Pedro de »Roma, ó las del Colegio de la Cruz »de Querétaro, eligiera estas últimas: »porque en aquellas peligraba la hu»mildad, que no tiene tanto riesgo »entre los abatimientos de un pobre »Portero cargado de remiendos. Aun»que es verdad, que si al pobre Lego »no le ayudan con sus oraciones y »buenos exemplos sus Hermanos, tam»bien puede perderse: que muchos »navios han zozobrado en el Puer»to, y debaxo de las cenizas se apa»ga el fuego y carbon, si no se con»serva entre otras asquas encendidas.»

Extraordinario enteo parece, que fue la particular devocion que desde Novicio le tuvo Fr. Antonio al Héroe de la Caridad con los pobres, el Glorioso San Diego; pues el Prelado que le dió el hábito y profesion, que era igualmente docto y piadoso, á varios Religiosos les dixo: que parecia Fr. Antonio hecho en el molde de San Diego: y no salió vano su dicho, quando al verse con las llaves de la caridad en las manos, puso todo su esmero en seguir las mismas huellas del Santo. En él, como en un espejo se miraba, para retratar en sí sus acciones, sacando de los bosquejos del prototipo una imágen muy propia, y para avivar mas la imitacion, tenia en la Portería una Estampa suya, con esta maxîma: »El que »quisiere imitar á San Diego de Al»calá, procure tener como él perfecta »caridad.» A la perfeccion de esta soberana virtud aspiraba, pidiéndole continuamente al Señor que se la concediera, y poniendo los medios mas eficaces para merecerla, repartia á los pobres la limosna con la alma llena de un incendio amoroso, que le hacia salir al rostro sus llamas; y considerando en cada pobre un Angel, disimuladamente se ponia de rodillas, para reverenciar en él un Angélico Espíritu.

De esta consideracion realzaba los esmeros de servir á los mendigos, elevándola á ver en cada pobre á Jesuchristo; y con tan religiosos afectos se atareaba en la Cocina en disponer su olla, que junta con lo que sobraba á la Comunidad, la sazonaba de su mano, y muchas veces con el sudor de su rostro, haciendo que la frugalidad de la vianda, les gustáse á los pobres como una mesa opípara. Era su caridad discreta, y conocia hasta qué grado llega la miseria de los que habiendo gozado de la abundancia, caen en total indigencia; y así prevenia para estos vergonzantes pobres, que nunca le faltaban, en una pieza del Claustro, una pobre, pero decente mesa, en que de lo mejor de la comida socorria su necesidad, y evitaba el rubor que podian tener en pedir limosna, ó en remediar su ham-

bre entre los pobres mendigos. Era tambien tan oficioso con todos, que aunque estuviese retirado gozando las delicias que su espíritu tenia en la contemplacion divina, parece que preferia á ella el amor del próximo: pero como éste y el de Dios, nacen de un amor mismo, aun quando estaba mas recogido en la oracion, si llamáse á la puerta alguno, luego acudia solícito, y arrancaba de su centro á su alma, para salir á responder á la importunidad, ó á la ligereza que lo llamaban, y sin perder la paz interior de ella, satisfacia á todos con agradable modestia.

En tres tiempos del dia repartia la limosna: por la mañana, de lo que habia sobrado en la noche, y á la tarde de lo del medio dia, pero en este era muy numeroso el concurso, por lo que, para evitar sus acostumbrados atropellamientos, los hacia poner en órden, y despues de rezar la Doctrina Christiana, les repartia los mendrugos del pan, y por su mano les iba llenando sus escudillas, pero con tal aseo, serenidad de ánimo, y júbilo de su corazon, que ninguna importunidad de las geniales en tan grosera gente, era capaz de inmutarlo, ni hacerle perder el tono de su interior sosiego; por lo que viendolo un dia el Señor Marqués de Altamira entre los cazos, con el mandil y rodeado de los pobres repartiendo tan gustoso su limosna, lleno de edificacion y ternura decia: »O buen Fr. »Antonio, quién te vió y te ve! quién »te conoció en otro tiempo, y ahora »te ve como yo te veo! »Eran estas exclamaciones, por haberlo conocido y visto en sus floridos años, Narciso bello, enamorado de sí mismo. Mas calificado testimonio de la humilde caridad, animada de las interiores mociones del espíritu de Fr. Antonio, dexó de su letra el V. P. Fr. Antonio Margil, Prelado, Confesor y Compañero en sus espirituales exercicios, diciendo: »su gloria era su comuni- »cacion con Christo en todos sus pró- »ximos los hombres, mirando á Jesu- »christo en cada uno de ellos: de aquí »la compasion con los enfermos, que »venian á pedir confesion, ó Confesor »&c: de aquí el cuidado y cariño con »los pobres, mayormente á los de su »Portería, en quienes miraba á Jesus »pobre: por eso cuidaba tanto de la »olla de los pobres, y de buscar para »sus pobres: en su interior todo era »para su pobre Jesus, en sus pobres: »por eso les administraba de rodillas »la comida, porque como solo mira- »ba á Jesus, se hallaba indigno de »administrar ni servir á Jesus: esto »es, gozaba de Jesus sirviendo á Je- »sus en todos sus miembros, particu- »larmente los flacos, pobres y enfer- »mos, como si miráse al mismo Chris- »to en ellos; y como los Angeles ser- »vian en el Desierto á Christo, así »nuestro Angel &c.

Ni solo los vergonzantes y mendigos que venian á la Portería, eran los que recibian alientos en el calor de su caridad, porque esta solicitaba á los que se escondian, por ser Viudas y niñas Doncellas, pobres inválidos y abatidos, y luego que sabia sus necesidades, ya con ruegos, ya con Cartas, solicitaba Bienhechores que las socorrieran. El único dia que cada mes salia del Colegio para ajustar las cuentas con el Síndico, prevenia la alforja de pedazos de pan, algunas tablillas de chocolate, y quanto alcanzaba su industria y les pedia á los Prelados, y se entraba en la Carcel, para dar algun alivio á los desvalidos, enfermos y forasteros, y despues

repartia á todos el pan de la Doctrina en santos consejos, y los exhortaba á que aplacaran la Justicia divina con el santo Sacramento de la Penitencia, aprovechando sus trabajos en satisfaccion de sus culpas.

Evidente prueba del amor que el Siervo de Dios tenia á los desamparados, fue la caridad que exercitó con un pobre tullido lleno de envejecidas, encostradas y asquerosas llagas, que arrastrado en un carreton por las calles mendigaba su sustento. Era Prelado del Colegio el V. P. Fr. Antonio Margil, que movido de compasion lo abrigó en una Celda, en donde Guardian y Portero consideraban aquel Varon de dolores, como viva imágen de Jesuchristo llagado por nuestras iniquidades, y abatido por nuestros pecados, y con tiernos afectos se esmeraban á porfia en lavar sus corrompidas úlceras, sacar sus gusanos, y emplear en su alivio ojos, manos y lenguas, siendo para ellos el objeto de sus delicias, en todos los ratos que les permitian sus obligaciones, y en todo el tiempo que tardaron en cerrarse las llagas. Con tan agradables bálsamos, y suaves lenitivos, llegó el miserable á limpiarse de las llagas del cuerpo, y con las amorosas exhortaciones de tan zelosos enfermeros, de todas las de la alma, hasta que su debilidad y accidentes le quitaron la vida, dexando fundadas esperanzas de haber logrado por los Santos Sacramentos una feliz muerte.

Concurria la divina Providencia en crédito de la confianza que el piadoso Portero tenia en ella, para el socorro de sus pobres, y aunque su humildad reservó muchos casos en el secreto de su corazon; pero no pudo hacerlo con uno, que siendo admirable por sus circunstancias, le pareció ser conveniente para honra y gloria de Dios el descubrirlo. Un año en que la ascasez de los víveres, lo hizo llamar de la hambre, habia muy poco pan en el Refectorio, y así era muy corto para los pobres el alivio, y abriendo un dia la puerta halló tantos que lo estaban esperando de todas edades y sexôs, que le afligieron el corazon demasiado: volvió á cerrar la puerta, y su misma congoja le trajo á la memoria el prodigio en que Jesuchristo hartó la hambre de cinco mil hombres con solo cinco panes; y avivando la fe de la Omnipotencia divina, se postró de rodillas, é impetraba la divina misericordia diciendo: »Señor Omnipotente, el mismo eres »ahora que erais aquel dia de los »cinco panes en el Desierto, mirad »por vuestros pobres: dad Vos hoy »el pan, que Fr. Antonio se retirará »á su nada, y haciendo la señal de »la Cruz sobre el canasto, abrió la »puerta.» Fueron acudiendo al repartimiento del pan mas de trescientas personas, y todavia le sobraron muchos pedazos, que llevaron los que venian de nuevo, con lo que quedó mas consolado el Limosnero, que aun los hambrientos socorridos.

Un Republicano depuso con juramento, que habiendo visto á Fr. Antonio absorto puesto los ojos en el Cielo, y el canasto de pan vacío, advirtió, que dos Niños tiraban de él para coger las migajas, y tocándole el hombro le dixo: ¿Qué hacemos? y él vuelto en sí le respondió: aquí estoy repartiendo la limosna, y al apartarse de allí quedó pasmado, viendo que el canasto vacío estaba lleno de pedazos de pan muy blanco, de los que fue Fr. Antonio repartiendo á los pobres, y el hombre hizo recuer-

do de haber oído decir muchas veces que el pan crecia y se multiplicaba en sus manos, de lo que ya eran testigos sus ojos. Otros dos calificados sugetos repararon, que del cazo del caldo, despues de haber llenado las escudillas de los pobres, no se conocia rebaja, quedando á la vista llenos para proveer de nuevo á otros muchos: lo que les causó no ménos ternura que edificacion.

Siendo su Prelado el V. Padre Margil, le dió ámplio permiso para que socorriera todas las necesidades que vinieran á la Portería, de las limosnas que los Bienhechores daban para el Colegio: y haciéndolo así, se le oyó decir varias veces, »que parecia »que el Guardian y el Portero con»tendian á porfia con Dios nuestro »Señor, sobre quien se cansaba pri»mero, si Dios en enviar socorros al »Colegio, ó ellos en darlos por Dios »á los pobres, y que siempre el Señor »salia vencedor en la apuesta.» ¿Pero qué mucho, si esa confianza son las troxes en que Christo depositó el pan para sus Apostóles y demas Apostólicos Varones? Pues ella es la nave del mercader, que trae pan de las mas remotas regiones: y primero faltará el Sol para fecundar los campos de trigo, que le falten á esa confianza los necesarios sustentos. Eran estos socorros el pábulo de su caridad, que lo traía como absorto, y quando socorria al hambriento, le daba otra limosna á su alma; porque se retiraba luego á pedir al Señor le asistiese con su divina gracia, y que no se perdiera.

CAPÍTULO XX.

Humildad y paciencia del Venerable Siervo de Dios.

SOLO la sabia y omnipotente diestra de Dios es la que puede mudar aquella naturaleza que desde la cuna le toca como en suerte á cada uno, en otra totalmente contraria, pues es en lo que mas se hacen ver las eficacias de su gracia. Saulo y otros muchos inclinados á acciones aunque no del todo culpables, llegaron con espontanea voluntad y prontitud á habituarse á las contrarias, conociendo ser mas convenientes á la virtud, y conformes á la razon, no obstante que para executarlas violentaban su propia naturaleza, para cooperar con los auxîlios de su inefable divina misericordia. La caballería, la gala, el honor, las riquezas, eran en el siglo las pasiones dominantes en el corazon de Fr. Antonio, y la suerte que juzgaba le habia tocado; pero toda se vió mudada trayéndolo Dios al Colegio, porque la modestia, la pobreza, el abatimiento y la indigencia, eran los objetos que amaba, y en que ponia toda la atencion y cuidado: y como en la disciplina ascética es meliflua máxîma, que tarde ó nunca se dá fondo en la humildad, sino por los rumbos de la humillacion, puso todo su conato en su propio abatimiento, y en baxar de sí mismo hasta dar en lo mas profundo de la nada.

Por eso quando entraba en la Ciudad, y repasaba sus calles, hacia recuerdo de las vanas ostentaciones con que en ella se habia portado, y ansioso de hollar estas memorias, y borrarlas en cada huella, iba cubierto

de una mortaja, descalzo y pidiendo de puerta en puerta la limosna; la cargaba á sus hombros, ó la conducia llevando de la mano el cabestro de un jumentillo. De esa misma nada que en sí conocia, sacaba aquel rendimiento y atencion con que á todos los recibia en la puerta, y siendo esta un palenque, en que tornean con enorme variedad todo género de gentes, y especies de demandas, era incesante el exercicio de su humildad y paciencia. Sin turbacion ni ceño los oia á todos, y ocurriendo al Prelado para lo necesario, y confesiones que de dia y de noche piden, no siempre encontraba tan serenos los semblantes, ni dispuestos los ánimos de todos los que habian de ocurrir á lo que se ofrecia, que no sacáse mucha mortificacion de su oficio, cuyo impulso lo traía en continuo movimiento; pues siendo él solo para servir á muchos, y llamándolo á un tiempo por diversas puertas, unos para salir, otros para entrar, todos querian ser atendidos primero, vengando muchas veces con el enojo la demora, que tenian por descuido ó floxedad del Portero; pero ninguno lo vió jamás ni aun turbado, y mucho ménos que satisfaciera con enfado á sus imprudentes cargos; porque siempre tenia á la vista el de que era esclavo de todos.

Sobre este fundamento de su propia nada cavaba cada dia, con tal humillacion, que al cabo de tantos años parecia haber baxado hasta el profundo de ella, sin que le pareciera haberse hallado á sí mismo, ni al que habia sido en el siglo; porque persuadido de su baxeza, solo encontraba en sí un poco de polvo y de ceniza, y en los lances mas apretados, avasallaba con generosidad todos los ímpetus de la soberbia. Por sugestion del Demonio, se persuadió una persona á que Fr. Antonio le habia interceptado una Carta, y arrebatado de la ira, se la pidió con voz imperiosa, conminándole que luego luego se la entregara: él le respondió con sumision: que ni habia visto ni sabido de tal Carta, que se aquietara, porque aquella era tentacion diabólica: no fue esto bastante para que al otro dia no se la demandara con el mismo modo é imperio: respondióle con la misma humildad y razon; pero tampoco se sosegó su turbada fantasía, y tercera vez, llena de furor, con semblante airado, le requirió que al punto le entregara la Carta, porque si no, sabia darles muchos palos á semejantes delinqüentes. Entónces, inclinando profundamente la cabeza, se hincó de rodillas, y besándole la mano, solo le dixo: Dios se lo pague. No fue esto para pedir á Dios venganza de tan repetidas injurias, pues como declaró al otro dia á su Confesor, que le preguntó si habia tenido alguna turbacion, le dixo: que no, ántes sí que estaba en ánimo de pedir por él, como especialísimo bienhechor, á Dios, toda su vida: disculpaba su error, atribuyéndolo á sugestion del Demonio, y solo desfogó su enojo contra la obstinada malicia de este espíritu soberbio. Para cautelar sus astucias, vivia siempre advertido, con tener á la vista escrita la máxîma de que no se desagrada el Señor de que reparemos los tiros del enemigo con nobles armas, que son humildad y paciencia, y por eso muchas veces decia: »Paciencia y humildad, y to»do se vencerá;» y como en el centro de su espíritu no hallaba de sí mas que la misma nada, aun escribiendo no producia otros conceptos que el interior desprecio que tenia formado de sí, por lo que el llamarse bestia y

jumento, era su ordinario estilo.

No era así con las gentes que trataba, porque á quantos llegaban á la puerta, los obsequiaba con dulces palabras, y religiosa cortesia, y con mayor esmero á los Señores Sacerdotes, pues parecia declinar á lisonja su cortesanía; á todos les llamaba sus Señores, y para avisarles de lo que ocurria, les decia: Que vaya mi Señor á una confesion: ó que llaman á mi Señor en el Claustro, haciéndolo así, por la persuasion en que estaba de ser Esclavo de todos. En la puerta los recibia puesto de rodillas, y les besaba las manos, y si eran Señores Clérigos, ó de otras Religiones, en cada individuo consideraba relevantes méritos, y los atendia con humilde rendimiento; lo mismo hacia con los huespedes que venian de léjos, ó que eran extraños, paliando con pretexto de venir de nuevo, las expresiones que podia en su obsequio.

Tres dias á la semana, con licencia del Prelado y de su Confesor, decia, aun siendo ya antiguo, sus culpas con los del Noviciado, y despues besaba los pies á toda la Comunidad, lo que practicaba con sentimientos tan devotos, y fervorosos afectos, que estando en una ocasion gravemente enfermo de fluxion á los ojos, despues de muchos infructuosos medicamentos, le vino un Viernes el pensamiento de que besando el Sábado en honra de María Santísima los pies á la Comunidad, avivando la Fe, y venerando aquella humildad heroica, por la que el Señor hizo tan grandes cosas con la Señora, habia de quedar sano, y fue así, porque el siguiente dia se fue casi á tiento al Refectorio, y besando los pies de los Religiosos con humilde confianza, logró su deseado alivio, y pudo el Domingo oír Misa en la Iglesia con los ojos sanos y claros, como si nada hubiera padecido, y fue sin duda aquel humilde acto el mas eficaz colirio, porque lo dirigió con religioso afecto al obsequio de la divina Reyna, que dá luz á los ciegos, ahuyenta nuestros males, y nos alcanza todos los bienes.

No fue su humildad de solo aparentes pruebas, sino calificada en las mas seguras y acrisoladas de la vida mística; pues para conceptuarse de ella uno de sus Confesores, en una ocasion le dixo con seriedad ingenua: »En verdad Hermano Fr. Antonio, que »si Dios no hubiera usado de su infi»nita misericordia con su Caridad, te»niéndole como dicen de los cabellos, »para no desplomarse en un profun»do de obscenidades, y otros pecados »gravísimos, no hubiera hombre mas »impuro que su Caridad; y si no atien»da á sus inclinaciones, y lo verá »muy claro: lo poco ó nada que hace, »es Dios quien lo hace, su Caridad es »solo un instrumento.» Oyó el humilde Discípulo expresiones tan vivas como un convencimiento innegable, y envueltas las voces con lágrimas, le dixo con humildad sincera: »Padre »y Señor, entre los muchos beneficios »que á Dios le debo, uno es el haber»me dado su Magestad divina un co»razon muy noble, que no sabe ser la»dron.» Con esta respuesta pareció inmutarse el Confesor, y con aspereza le replicó, qué era lo que daba á entender en lo que acababa de decir.

»Padre de mi alma, le respon»dió, mi corazon nunca sabe presu»mir otra cosa, sino que lo de Dios, »siempre es de Dios: mio solo son mis »gravísimos pecados, por los quales »merezco justamente ir á arder á los »Infiernos en quanto Dios fuere Dios: »siempre estoy en conocimiento de

„que si Dios suelta la rienda á aques„te bruto, se irá precipitando á los „abismos: encomiendeme á Dios V. „R. que tal nunca me suceda.» Era aquel llanto con que el Siervo de Dios expresaba sus interiores sentimientos, producido no de un espíritu mugeril ó apocado, que desperdicia las lágrimas por la misma ocasion de ellas, sino de aquellas íntimas mociones con que anhelaba llegar á lo mas profundo de la humildad, lo que le pedia al Señor con oraciones continuas.

Sobre esta sólida basa fundaba aquella mansedumbre con que en todo se portaba con una inalterable paciencia. De sí mismo padecia una habitual pletora ó redundancia de sangre, que le fue perpetuo duro tormento, de que se originaban las inflamaciones y llagas que de Novicio le pudieron hacer dexar el santo hábito, si no lo hubiera tolerado con constante sufrimiento: despues con las fatigas de Limosnero tuvo su paciencia sobrado exercicio; pues andando la Ciudad al sol y al ayre, se irritaba la sangre, y le causaba crueles herisipelas: ni en el trabajo de Portero tuvo algun alivio, ántes se exâcerbaban mas con el bochorno de servir en la siesta á los pobres repartiendo la limosna, cuya ambicion es capaz de causar impaciencia aun á la misma misericordia, pues se le apretaban de modo, que se le echaban encima; y con su calor, y el de los cazos abrigados de las cerdas del áspero cilicio que llevaba en medio cuerpo, le resultaron graves accidentes hepáticos, y síntomas inflamatorios: eran estos acrísimos en una freqüente optalmia, que le atormentaba los ojos, y mas con el continuo trabajo de escribir, siendo de su cuidado no solo los Libros de cuentas del Colegio, y Cartas de los Prelados, sino tambien otros traslados de muchas foxas que le encargaban, sin mas consideracion que la de hacer buena letra: y como quando estaba atareado en la pluma, lo llamaba la campana de la Portería, contraía fuertes constipaciones de ojos y cabeza, que le daban que sufrir por mucho tiempo á su paciencia: lo mas admirable de esta era, el que estando muchas veces bastante afligido de los ojos, aunque le ofrecieran ó dictaran eficaces remedios para su alivio, por no buscar por sí mismo lenitivo á su dolencia, ó por parecerle defraudaba el mérito á su alma, nada executaba; y así le escribió á una persona de su confianza: »Por lo mal formado de mis letras se »conocerá el estado de mi vista, pues »habiéndolas escrito, apenas las pue»do leer: en lo demas me hallo bueno »y sin dolores, y por esto lleno de »temores con la carne enemiga de »la alma, regalando á esta fiera do»méstica con el pretexto de los ojos: »ya me desahogo con el Confesor, y »éste me manda obedezca, con que »habemos quedado sin dolores y con »regalo.» Bien temia no poder vivir sin mortales heridas largo tiempo, estando estrechado intimamente con su carne, que ya sabia era su mortal y cruel enemigo.

De sus próximos recibia continuos aumentos su paciencia, porque era inalterable la tolerancia con que llevaba sus impertinencias: todo el dia estaba hecho el yunque del repetido golpe de la campana; pero siempre prevenido con una insensibilidad que su humildad le infundia, para que no hiciera mella en su paciencia: por eso parecia tener como naturalizada la mansedumbre, de modo que nada le causaba susto ni enfado, y esto no solo en los accidentes

de importancia,que por su misma gravedad llaman la atencion y el cuidado; sino que con la misma serenidad oía y despachaba los incidentes mas ligeros, que por importunos suelen ser mas molestos y causan enojo. Una noche á las ocho tocaron con gran prisa la campana, acudió el Portero con el cuidado de que podia ser que pidieran alguna confesion, y se halló con un muchacho, que pedia en nombre de su Madre, que le enviara unas hormigas harrieras para un remedio, y quando la impaciencia habia de dictar la respuesta, la paz de su interior solo le dixo: »dile á tu Madre que á »estas horas ya estan las hermanas »hormigas recogidas, que vuelva á »enviarte por la mañana, y será ser»vida.»

Con este bello estilo y oficiosas palabras se desocupaba de muchas molestias, y de agudas flechas, que ó salian de adentro, ó venian de afuera, y lo cogian entre las puertas; pero siempre quebraban sus puntas en el escudo de su paciencia. Mas que de diamante la necesitó para resistir á los golpes de la confianza que hizo de él un Prelado, en los quatro años que duró su gobierno. Era hombre de corazon sencillo, pero de espíritu severo, y tanto por la eficacia de su genio, como por el dictamen de que la severidad fuese instrumento para conservar en todo su rigor la observancia del Colegio, zelaba con tenacidad hasta sus mas ligeros Estatutos, y como apreciaba la religiosidad de Fr. Antonio, lo mortificaba con extremo, llamándolo todo el dia á la Celda para varios encargos, y con las repeticiones cansadas, que solian ser quatro ó seis veces en cada uno. Era perspicaz el Portero, y á qualquiera insinuacion estaba hecho cargo de lo que se le decia, y así era indecible el tormento que sufria su paciencia en la molesta eficacia de aquel Prelado: habia dias que por muy leves impertinencias le hacia subir y baxar las escaleras hasta apurarle las fuerzas. Estando el Prelado Superior en la Ciudad, en un dia le hizo andar el largo trecho, que hay hasta el Convento grande, con unas insulsas demandas, mas de veinte veces, con lo que se vió tan oprimido del peso de la obediencia, que valiéndose de la ocasion el Demonio, le fatigó con vehementísimas tentaciones, para infundirle el desconsuelo que hace arrepentirse á los Religiosos de su estado; pero al punto que reconoció su flaqueza, se arrojó á los pies de una Imágen de Maria Santísima, y repitiendo muchas veces Ave Maria Santísima, se recobró su espíritu con nuevas fuerzas, y se convirtieron sus tristezas en alegria; de suerte, que despues se reía de sí mismo, reflexionando las leves sombras con que el enemigo espanta los pusilánimes que no conocen sus astucias.

Son en una Comunidad crecida muchos y muy diversos los genios, y así lo son tambien los discursos, y combinados unos y otros, lo son igualmente los dictámenes y opiniones; por eso, aunque el método de vida que observaba Fr. Antonio estaba arreglado y dirigido por conocidos Maestros de espíritu, no faltaba quien temiese que iba errado, fundando su juicio, en que por aquel tiempo se habia puesto el Colegio en un régimen que llegaba al extremo de nímio, y como el Prelado encargaba repetidamente la observancia de lo mas austero, se le atribuia todo al influxo de Fr. Antonio, pero sin mas principio que el de ser Portero, pues por tal, lo

era forzosa la entrada en la Celda del Guardian, y esta era una perenne fuente de amarguras que le hacia pasar el caliz de la obediencia, pues por ella le dimanaban otras penosas incumbencias, que le obligaban á tragar muchos repasos y reconvenciones que á cada paso realzaban su mérito: bien entendido lo tuvo el V. P. Fr. Antonio Margil, como que dirigia su conciencia, y así, sincera en varias Cartas su religiosa conducta.

En una dice: »De mi Hermano »Fr. Antonio de los Angeles, lo que »yo experimenté era una virtud sóli»da en mirar á Dios en todas las co»sas, pobre en los pobres, y por eso »se regalaba en Jesus pobre, en los »pobres de la Porteria, y lo mismo »en los enfermos. Aquella sentencia: »*Justorum animae in manu Dei sunt*, »que es decir: las almas de los Justos »estan en las manos de Dios, la en»tendia y practicaba á imitacion de »nuestro Señor Jesuchristo, dexándo»se en manos de Dios, para que Dios »por ellas le labrase la corona: de ahí »le nacia aquella paz en los repasos »que le daban los Hermanos &c.» En otra: »Su mayor Teología y Mís»tica, era el que él era el Jesus: *vivit* »*vero in me Christus*: vive en mí el »mismo Christo, puesto en manos de »su Padre Dios, que lo labraba cada »dia de su mano, valiéndose de los »hombres y Hermanos, ya pobre, ya »&c. que le regalaban como con pan »de cada dia, con repasos &c.» Con esta apología, dictada de la experiencia propia, llena de verdad y justicia, quedaron disipadas las sombras que pudieron producir aquellas temerarias sospechas.

No solo la tolerancia de sus propias dolencias y de las mortificaciones que le causaban los hombres era la que formaba la corona de su paciencia, sino que tambien concurria á labrarla el Demonio con maliciosas astucias: rabioso de ver tanta humildad y paciencia, lo hacia el blanco de sus iras y soberbia: ya se vió que siendo Novicio atentó arrojarle desde el Coro por no poder contrastar su fortaleza y perseverancia: despues no perdió ocasion para fatigar su persona con quantos daños podia, y siendo estos efectos de la permision divina, verémos en el Capítulo siguiente algunos que no pudo ocultar su modestia, y las desolaciones con que tambien acrisoló su paciencia la Providencia soberana del que á los que mas ama les aflige y castiga.

CAPÍTULO XXI.

Persecuciones del Demonio, y tribulaciones espirituales que padeció Fr. Antonio de los Angeles.

»La consideracion noble, decia »Fr. Antonio, todo lo pue»de: el mismo Señor le dió »licencia (al Demonio) para que lo »tentara, como lo hizo su soberbia, y »el mismo Señor lo venció por noso»tros, de suerte que ya peleamos con »un vencido que no tiene fuerzas, si»no soberbia envidiosa, y en hacien»do memoria de estos misterios, se »queda aturdido.» Por este pasage, y otros que dexó de su letra por mandado de sus Confesores, se traslucen los generosos afectos con que

estaba su alma prevenida para rebatir las diabólicas astucias. Levantaba el corazon, agradecido al Señor que se vistió de la naturaleza humana para curar las dolencias de su flaqueza, dándole en los exemplos de su persona, las armas, para lidiar contra las asechanzas del Demonio, y no temer su orgullosa soberbia.

Con este maligno espíritu muchas veces atormentaba á Fr. Antonio, dándole desapiadados golpes: otras, estando en la oracion postrado para adorar al Señor y ofrecerle su corazon contrito y humillado, se le dexaba caer encima, con la fuerza y peso de una estatua de plomo: en ocasiones le apretaba contra las paredes, dando con su cuerpo en las piedras, para estrellarlo contra ellas: solia salirle al encuentro, y le estrechaba en un ángulo del Claustro, sin dexarle mover ni proseguir á su destino, pero con invocar á la Madre de la divina gracia, repitiendo la salutacion Angélica de Ave Maria Santísima, le dexaba ir libre, y tambien ufano de haberse burlado de tan fantástico estafermo y débil enemigo. Una noche, como lo tenia de costumbre, antes de Maytines iba meditando los dolorosos pasos de la Via-Sacra, y tenia prevenido, para llevar luz al Coro, en la esquina del Claustro, un farol grande de palo, pero un Religioso que andaba por allí, vió que el farol se levantó al ayre por sí solo, y se arrojó sobre la cabeza de Fr. Antonio, con pavoroso estruendo, y viéndole inmóbil en su santo exercicio, acudió á socorrerle, pensando hallarle muy maltratado; pero vió que ni el farol estaba quebrado, ni Fr. Antonio lastimado, sino que, como si tuviera el casco de mármol, proseguia en su oracion con mucho sosiego, lo que le hizo pensar que tambien hace el Demonio juegos de manos para distraer de la oracion á los Religiosos: no fue ménos pesada la destreza con que estando en la Enfermería, le habia ordenado el Médico que tomara una bebida por tres repetidas veces, y teniéndola en la Celda, de un golpe se la vertió toda en la cabeza.

Muchas fueron las veces que se le presentaban los Demonios en diversas figuras, pues dexó escrito: »Por »la gran bondad de nuestro Señor »Dios y de su Purísima Madre, estoy »en todo lo que pasa: el enojo y ra»bia del venenoso Basilisco, transfor»mado en lo que no es: éste parece »que es gente y no es, ni es Sapo, ni »Alacran, ni Escorpion, sino mucho »ménos, mucho peor: nada tiene bue»no, es vil y traidor, padre de la men»tira, inmundo: su título mas honorí»fico es el de verdugo de la Justicia »divina. Este malvado siente la me»moria de las virtudes, aunque no se »practiquen.» Era la que mas aborrecia en Fr. Antonio, la Caridad que tenia en el socorro de los pobres, y para impedirle su exercicio, con envidiosa rabia le tramó en una ocasion una de sus diabluras. Habia el Siervo de Dios escrito una Carta á un Señor Sacerdote, para que interpusiese los respetos de su persona en una obra de caridad precisa, y no teniendo respuesta ni efecto su súplica, se averiguó que se le habia entregado en mano propia, pero que iba escrita de otra letra y de otra firma, por lo que el Señor Sacerdote habia suspendido la diligencia.

En esta confusion, acudió Fr. Antonio al Señor, para que le diera luces de su santísima voluntad para obrar segun ella, y logró su ferviente oracion, la de que le habia contrahe-

cho la letra y falseado la firma el mas iniquo falsario y padre de la mentira; y refiriéndole el caso á una persona de su confianza, le dice: »Vengo á co»legir con evidencia, que enojado el »Demonio contra el Hermano Lego, »por lo ya referido, contrahizo y su»puso el papel; pero á buen seguro »que será la última, porque de aquí »adelante usaré, durante mi vida, del »honroso título que se contiene en és»te, porque debo hacerlo, y no me »habia ocurrido hasta ahora: no lo »falseará el malvado, soberbio y vil.» Era ese título, el anteponer á su firma la esclavitud con que reconocia á la divina Señora, firmándose: el Esclavo de Maria Santísima, Fr. Antonio de los Angeles, y fue este sello tan formidable al maligno, que nunca de allí adelante pudo falsearlo.

Burlaba Fr. Antonio los enredos del Demonio, sabiendo por experiencia, que el medio mas eficaz para desvanecerlos, con desesperacion rabiosa de su soberbia y envidia, es la noble consideracion y contemplacion de los divinos Misterios; y reteniendo en su corazon los que nos enseña la divina palabra, aunque los Demonios esforzaban su maliciosa astucia para aterrarlo, y que dexara sus espirituales exercicios, de ellos mismos sacaba los preciosos frutos de su paciencia, y así, decia: »Espero en el Altísimo »Señor, y en el favor de nuestra Rey»na Maria Santísima, que todo le ha »de ser de mayor tormento: yo bus»caré modos para darle mas pena en »lo que á él tanto le pesa. Mucho sin»tió la venida á este Santo Templo, »y otras cosas que no ha podido to»lerar en Fr. Antonio; pero al nom»bre de la Gran Señora, no ha podi»do resistir en lo que ha intentado. »Este dulcísimo nombre: Ave Maria »Santísima, le ha ahuyentado y aun »desesperado, pero como soberbio, »no quiere conocer su ruindad y poco »poder. Todo lo permite el Señor, y »recibo estas cosas como beneficio de »su Magestad, pues le dá licencia para »que atormente y no lastime::: Todo »es nada, como no haya ofensa con»tra el Señor: es mengua decir que »hay ni se padece trabajo. Lo que »mucho mucho se ama, témese mu»cho perder. Hállase mi corazon tan »deshacido de todo, que no apetece »ni está en otra cosa que en lo que »ama.»

Meditaba freqüentemente Fr. Antonio en la Pasion de Christo, y así, tenia su alma bañada en aquella sangre preciosa, que conservaba siempre fresca su memoria, y por eso hallaba en la Cruz consuelo y remedio contra todas las persecuciones del Demonio; pero quiso el Señor acrisolar el deshacimiento que le parecia tener su corazon, con el fuego del amor, pero encendido en las tribulaciones con que aflige y castiga á los que mas ama, de lo que fue su mismo Hijo la mejor prueba. Era la oracion el sagrado asilo en todas sus aflicciones, pues en fe de lo que el grande Abad San Antonio dice: »teme Satanás en »gran manera las vigilias, las oracio»nes, los ayunos, la pobreza volunta»ria, la misericordia y la humildad, »pero lo que le atemoriza mucho y »horroriza mas que todo, es el ardien»te amor en Jesuchristo.» Y como en la meditacion es donde se enardece el fuego de ese amor, eran indecibles las congojas que el Siervo de Dios padecia, quando buscando á su Amado en la oracion, solo se hallaba á sí mismo, porque su alma se confundia en obscuras tinieblas, teniendo el entendimiento entorpecido, derramados los

pensamientos, apagados los afectos, y la voluntad tan ciega, que no acertaba con los actos de ella misma, pues sudaba la razon forcejando con los discursos, sin poder formar un suspiro afectuoso, y así, eran sus desolaciones y sequedades terribles, batallando con sus imaginaciones, y rodeado de desdichas en el mismo sitio donde solia encontrar sus felicidades.

Solo entre tantas tinieblas veía un resplandor que le consolaba, y era el de la esperanza, que instruye á la alma en que con el paciente sufrimiento y constante perseverancia, se merecen del Señor sus divinas influencias, y que siendo estas de su gracia, no estan sujetas á diligencias humanas: ni ellas deben ser el blanco á que se dirija la oracion, en la qual el mérito no está pendiente del consuelo, ni lo espiritual estriba en lo mas sensible del gusto: con este único consuelo respiraba, diciendo: »¡Qué gloria! ¡Qué mérito! ¡Qué felicidad para la alma que no desconoce á este Señor, disfrazado en estas mismas congojas!» Y como los rasgos de su pluma, eran, segun testimonio de sus Confesores, índice del aspecto interior de su alma, consolando á otra, con quien tenia comunicacion íntima, le decia: »Quando su Magestad quiere, de una paja hace el peso de una viga, para humillarnos para nuestro bien, porque es el bien de nuestras almas á quien ama y quiere mas que nosotros mismos: pues mi Dios, haced de lo que quereis lo que fuere de vuestra voluntad, y rebiente el Burro porque siente lo que no es á su modo. Ya veo que hay un modo de padecer que no es sensible, porque le falta á la alma esta sensibilidad de aquel divino objeto que ama y de quien carece; pero quando en el golfo de penas no hallares consolacion, si las toleras gozoso, quanto mas, mas fino amor, y acabemos ya de decirlo y no ser hereges con tanta luz, esas penas, esas tribulaciones, ese caimiento, ese no hallar consuelo, ese no acertar á explicarse, ese no hallar remedio y ese padecer, es la mano del Señor, es el mismo Señor. Pues venga mi Señor como quisiere y fuere su voluntad, que á su casa viene, y de la misma manera le he de servir este dia que el que me levante del polvo y me subiere al tercer Cielo, como á San Pablo.»

Con esta conformidad y resignacion vivificaba Fr. Antonio su desmayado espíritu, y en medio de sus desolaciones, ponia en Dios toda su confianza, sin querer mas consuelo que el de hacer su voluntad santísima; pero en la confusion de sus temores y dudas, para evitar qualquier peligro ó ilusion diabólica, observaba, como ley sagrada, no reservar en su interior cosa alguna, sino manifestar con humilde claridad á sus Confesores su conciencia, proponiéndoles sus dudas, para sujetarse rendido á sus consejos y doctrinas. Por solo este camino pudo penetrarse algo de lo mucho que padeció su espíritu, porque se le mandó que escribiera sus interiores sentimientos, y se halla el siguiente pasage de su letra: »Una tribulacion es antesala para un beneficio: nunca fueran éstos seguros, si no traxeran por lastre anterior la purgativa de la tribulacion. El mayor y mas fructuoso beneficio para nuestras almas es el padecer. Señor, como me quieres te quiero, si vivo ó muerto, ó en el Cielo ó padeciendo en el fuego. Vamos al paso de Dios sin desconocerle, que pasará el breve Invierno de este destierro, y

»llegará el Verano ó Primavera apa»cible para la alma: vamos haciendo »escala de todo, para subir á aquella »celestial Patria: tan bueno ha de ser »el escalon del padecer, como el del »beneficio, y mas seguro es el prime»ro. Vamos con alegria é igualdad »de ánimo y paz, sin perder esta aun»que se conjure el Infierno: viva Je»sus.»

Jesus era el camino, la verdad y la vida que su amante Siervo buscaba, y por eso seguia con ardiente anhelo sus pasos, repasando, y con tiernísimo afecto adorando en cada uno el sudor, la sangre y las fatigas que derramó y sufrió en cada sitio hasta llegar al Calvario, y contemplando en él muerto á su Señor por darle á él la vida, quisiera dar la suya en crueles tormentos, ó que se la quitara un excesivo dolor de sus culpas, que fueron la causa; y buscando asilo para su alma, la refugiaba en la cruel Llaga de su costado, y allí ataba su voluntad estrechamente á la divina, para abrasar tan gustosamente lo que ella le ordenara, como si fuese disposicion de la suya propia, y por eso decia: »Es cierto que la alma que »se arroja en las manos del Señor y »Llaga de su costado, queda como »veleta que está en la Torre, haya ó »no haya viento, venga recio ó ven»ga como viniere, allí le hace frente, »como es la voluntad del que la mue»ve: ya veo que es insensible, pero »tambien veo que en el sentir de nues»tras pasiones está la felicidad y el »premio. Bienaventurados los muer»tos, y bienaventurados los que no »miran el instrumento, sino la mano »de su Hacedor, sin desconocerle en »nada.»

Son sin duda felices los que llegan á esa abnegacion propia, pues la mayor ciencia de la criatura, segun la mas eminente mística, es dexarse toda en manos de su Criador, pues sabe para qué la formó y como la ha de gobernar. A ella solo le pertenece vivir atenta á la obediencia y amor de su Señor, y él es fidelísimo en el cuidado de quien así le obliga, y toma por su cuenta todos los negocios y sucesos, para sacar de ellos victorioso y acrecentado á quien de su verdad se fia. Aflige y corrige con adversidades á los Justos, consuela y vivifica con favores, alienta con promesas y atemoriza con amenazas: auséntase para mas solicitar los afectos del amor, manifiéstase para premiarlos y conservarlos, y con esta variedad hace mas hermosa y agradable la vida de los escogidos.

CAPÍTULO XXII.

De sus Mortificaciones y Penitencias.

TODOS los estragos que causó el pecado se vieron lastimosamente llorados en la concupiscencia y desenfreno de las humanas pasiones, por eso en el idioma místico, el nombre de Justo ó espiritual significa lo mismo que hombre mortificado, y será mas espiritual y mas Justo si se mortifica mucho, porque llevará siempre ceñido su cuerpo con la mortificacion de Jesus, y como Ministro de Christo, llevará en él la

representacion de su Pasion y Muerte, á manera de los Siervos, que siempre llevan las insignias de sus Señores. Por esta razon se hace muy sospechosa la oracion que no se acompaña con una continua penitencia, pues está expuesta á ser la risa de los que observan no ser compatible con una vida regalada. Estas indubitables máxîmas hacian á Fr. Antonio que fuera el sello de su corazon el mote de viva Jesus, para que su misteriosa significacion saliera en todos sus sentidos y potencias descifrada, segun la lacónica expresion con que el V. P. Margil dixo: que ya no era él el que vivia, sino que vivia Jesuchristo en él.

Por ellas mismas tenia siempre la lámpara de la oracion encendida en sus manos, que avivaba el oleo de la incesante memoria y presencia de su soberano Dueño, para obrar quanto le parecia ser de su divino agrado, trabajando sin cesar en no impedir su santísima voluntad, en mortificar sus inclinaciones torcidas, en morir á todo lo terreno y sacrificar al Señor todos sus apetitos sensitivos, no obrando cosa alguna que no la ordenara la obediencia: á este fin se dirigian todos los propósitos con que arreglaba sus operaciones, y que el Confesor que lo dirigia afirmó despues de su muerte, que los habia exâctamente cumplido; y conduciendo á la comun edificacion, es oportuno el expresarlos.

Invocando como á Protectora suya á la Reyna de los Angeles, hacia renuncia de todos sus sentidos y potencias, postrado ante el Trono de la Beatísima Trinidad, y le pedia su divina gracia para cumplirla: en virtud de ella renovaba sus tres votos, ofreciendo el de la obediencia á Christo crucificado, el de la castidad á Maria Santísima y el de la pobreza á N. P. San Francisco, é implorando la proteccion de todos los Santos, proponia no mirar al rostro de ninguna criatura, y solo con alguna noble consideracion el de algun párvulo: no salir del Colegio por su voluntad, sino por precepto, como si fuera del mismo Jesuchristo: no disculparse ni defenderse ni aun de grave calumnia, si no redundare en honra de Dios ó bien del próximo: obedecer á toda criatura en lo posible, mirando á Dios en ella, y solo por su amor: no hacer cosa, por mínima que sea, sin la bendicion de Jesuchristo, tomándosela á su imágen con cautela: no usar de cosa alguna que no haya servido ó desechado otro: no pretender cosa alguna con pretexto de consuelo, y recibir solo el que Dios diere. Estos siete propósitos ofrecia á Jesuchristo en reverencia de sus dolorosas Llagas, y á los Dolores de Maria Santísima y de su Santísimo Esposo Señor San Joseph.

De estas reflexîones sacaba otras para mortificar su cuerpo y humillar su orgullo, proponiendo cumplir con exâcto esmero con todos los actos de Comunidad y de Obediencia, sin perder de vista á Dios, no atendiendo al disfraz, sino al disfrazado en todas las criaturas: no dar descanso al jumento mas que quatro horas cada dia, en las que se incluyen las del preciso sueño: no tomar en tiempo de carne mas que el caldo y las berzas, y en ninguno fruta: abstenerse de carne y de pescado todo el año: llevar el cilicio de cerdas tres dias de la semana, y todos los del Adviento y Quaresma: hacer disciplina todos los dias, ménos los Domingos: andar la Via-Sacra todos los dias, y el exercicio de la Madre Antigua todos los Viernes.

Sobre todas estas mortificaciones, fatigaban su paciencia los continuos ardores, pletora y redundancia de sangre, con flucciones á los ojos y erisipelas, y con estas vivísimas espuelas incitaba á sus fuerzas para no descaecer en sus fervores y trabajos, animado solo con ofrecer al Eterno Padre todos sus pasos, unidos con los que dió su dilectísimo Hijo y nuestro Redentor desde el Cenáculo hasta el Calvario, y con las angustias que padeció las tres horas que estuvo vivo en la Cruz: ofrecia tambien su oracion y obras penales que se le proporcionaban cada dia. Desde las tres de la tarde unia tambien todos sus pasos con los que dió Maria Santísima en su busca y seguimiento, y desde el Sepulcro al Cenáculo.

Este mismo tenor de vida renovó despues de diez y ocho años que lo habia practicado con fervoroso espíritu en compañia del V. P. Fr. Antonio Margil, dexando sus nuevos propósitos escritos, y concluyendo el papel con estas voces: »A este Rey y »Reyna acompañamos, cuyos Escla»vos somos: el Señor hablará y pre»dicará por su Siervo, y la Señora »obrará y hablará por su Esclavo. »Un cuerpo con Christo, un corazon »con Christo.» Expresaba esta mística union en lugar de firmas un corazon, en cuyo centro estaban los nombres de los dos Antonios. En doce años que dirigió á Fr. Antonio de los Angeles como Padre espiritual el P. Lect. Fr. Angel Garcia Duque, tuvo el mas práctico conocimiento de su relevante espíritu, y publicó, que en veinte años habia observado exactísimamente los sobredichos propósitos, predicando el Sermon de sus Honras. En él tambien dixo: que sus disciplinas eran crueles y quotidianas: su hábito el mas pobre y remendado: que nunca usó de la túnica interior que permite la Regla: que los paños de la honestidad fueron siempre de Sayalete burdo: que su cama era una estrecha banquilla, en que se acostaba sin abrigo alguno, y sin quitarse de su cuerpo ni aun las sandalias; y si en estas quatro horas de descanso entraban las del sueño, ¿quantas serian estas cayendo en tan incómodo lecho, adolorido y fatigado? Ello es que en veinte años continuos, veló todas las noches para despertar á la Comunidad á Maytines y hacer sus santos exercicios, hasta la una que salia á dar algun descanso á sus fatigadas fuerzas.

Fundaba tan rigoroso desvelo, en la máxima de que la noche es mas á propósito para caminar, porque el caminante, decia, vá mas seguro de los Ladrones, y conforme á ella, quando todas las cosas estaban en profundo silencio, tomaba una pesada Cruz, y con ella á cuestas, andaba de rodillas por la Iglesia en la meditacion de los pasos de la Via-Sacra: en el dia visitaba los Altares todas las veces que podia: cumplia con grande atencion y devocion el rezo que la Regla prescribe á los Legos, al tiempo que la Comunidad pagaba el Oficio divino en el Coro, y cien Pater noster y Ave Maria por los difuntos. Todos los dias rezaba de rodillas á Maria Santísima, por modo de tributo, su Oficio parvo, y como guirnalda de Flores, la Corona de siete Misterios. No omitia ninguna de tantas penales mortificaciones y santos exercicios, sino en el caso que ó el Señor le enviara alguna enfermedad prolixa, ó que se los suspendiera la obediencia, por cuyo inflexible teson, la palidez que su debilidad causaba en el sem-

blante, y la acrimonia de la sangre que resultaba en las mexillas, hacian admirar con su presencia unos copos de nieve entre dos rosas marchitas, una religiosa compostura entre los desaliños de la pobreza, y una gravedad modesta entre los obsequios de oficiosa.

Muy dulces y ópimos eran los frutos que Fr. Antonio cogia de raices tan amargas, por que supo darles cultivo con la discreta distribucion del tiempo arreglada con la obediencia, y sin perder instante alguno, haciéndose cargo de que como sucede en los contratos del Mundo, sucede tambien en los comercios del Cielo, que no come el que no trabaja, por eso llevaba siempre el tiempo ordenado con exâctitud, valor y diligencia. Á las cinco de la mañana, despues de rendir al Señor sus afectos, y de renovar en su divino acatamiento sus fervorosos propósitos, se iba á la Iglesia y adoraba con rendida Fe al Augustísimo Sacramento, y considerándose Portero de la casa de su Señor y de la Gran Reyna, se llenaba su corazon de indecible regocijo, é iba á abrir las puertas, estimando esta honra mas que si en la mayor Corte del Mundo fuese Caballero de la llave dorada. Si la noche antes no se habia reconciliado, lo hacia á esta hora, y siempre con el fervor y devocion que si estuviera en la última de su vida.

Asistia á una Misa, en que derramaba su corazon ante el divino propiciatorio, con tiernos afectos de dolor de sus culpas, y le pedia al Señor purificase y preparase su alma con su divina gracia, para recibir dignamente el Sacramento de la Eucaristía: para esto oia segunda Misa, con profunda consideracion de su baxeza, y ofreciendo al Padre Eterno los infinitos Méritos, Pasion y Muerte de su Hijo, le pedia adornara con ellos su miserable alma para recibirle Sacramentado: interponia tambien los de Maria Santísima y de todos los Santos, y con la mayor reverencia comulgaba: proseguia con otra tercera Misa para dar en ella al Señor las gracias por tan incomprehensible beneficio, y pidiendo á los Serafines y demas Santos Angeles sus fervientes afectos para saber agradecerlo: continuaba su oracion visitando los Altares, y rogando á Dios por las necesidades de la Santa Iglesia, y las que encargaba la obediencia, como tambien por el bien espiritual de todos sus próximos, especialmente los que estaban en tribulaciones y peligros.

A las ocho iba á la cocina á disponerles á sus pobres su olla, y pasaba á repartir la limosna de lo que habia sobrado de la cena, la que siempre iba acompañada de las oraciones que hacia para socorrer sus almas: lo restante del tiempo lo empleaba en escribir lo que le mandaban, ó en leccion espiritual y otras devociones, hasta que iba la Comunidad al Refectorio: en él decia sus culpas con los Novicios, y besaba á todos los pies, con tan tiernos afectos, que se salian por los ojos al impulso de sus interiores sentimientos: servia á la mesa, y recogia para sus pobres lo que sobraba, lo que tambien era para sí mismo, pues dexando su racion entera para ellos, de las sobras tomaba un mendrugo para engañar con un poco de pan, el caldo y las yerbas, el apetito, y disimular su continuo ayuno: éste lo observó con tal rigor, que faltando una ocasion el arroz para la Comunidad, se lo avisó al Prelado, y éste, ó por austéro, ó por otro motivo, respondió que sin él podian pasar

los Religiosos: parecióle á Fr. Antonio que no sería razon, el que por no ser del gusto del Prelado, se les privara de él á los Súbditos: y aunque no profirió palabras; pero reflexó que el tal pensamiento podia ser sugerido de su amor propio, por apetecer él el tal alimento, y castigó su violento impulso con pena perpetua, pues no volvió á comer arroz en todo el tiempo que le duró la vida.

A las doce tenia ya prevenida la comida de los pobres, y gastando en tan penosa tarea la siesta, con el trabajo que ya se ha insinuado, se recogia un quarto de hora en la Celda, para ir al toque de Vísperas á la Iglesia, y encendiendo en el Altar mayor dos luces, avivaba las dos alas de su corazon con ardientes afectos de fe y de amor, con que adoraba aquel divino Sacramento y fuego del verdadero Santuario, que la inmensa caridad de Dios conservará en su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. En su soberana presencia rezaba las Vísperas de su Oficio, y las del Parvo de nuestra Señora, visitaba los Altares, y en mentales ilapsos y tiernos coloquios con Jesuchristo Sacramentado, se estaba hasta las tres, en que renovando la memoria del sangriento sacrificio del Calvario, y que en ellas habia hecho el de dar la vida por salvar su Pueblo, se le traspasaba la alma con tan doloroso recuerdo, y con él en su corazon, iba á la Portería á dar cumplimiento á lo que se ofrecia, á lo que se habia mandado escribir, ajustar las cuentas del Síndico, avisar al Prelado, y á los Padres de las confesiones que pedian, y otras ocupaciones que lo traían en un continuo movimiento toda la tarde; pero los ratos que podia lograr los empleaba en la Capilla de nuestra Señora de Belen, en cuya presencia se deshacia su alma con tiernísimos afectos, y saludaba á su Señora con el rendimiento de humilde Esclavo: despues les daba algun socorro de pan á los pobres, y cerrando las puertas se iba á la Iglesia, en donde se estaba en oracion hasta que concluía la de Comunidad, y baxaba ésta á cenar: tomaba un ligero alimento, y los tres dias de disciplina asistia á ella, doblándola con la que todos los dias acostumbraba.

A las ocho entregaba las llaves de la clausura al Prelado, y vuelto á la Iglesia comenzaba sus espirituales exercicios, visitaba diez Altares contemplando en ellos los Misterios de la Vida y Pasion de Jesuchristo, y andaba como se ha dicho la Via-Sacra, los Jueves hacia las Estaciones de la Madre Antigua, que concluía el Viernes despues de Maytines, siendo este dia muy escaso el sueño, y mas gravoso el trabajo. Siempre solicitaba para el exercicio de la Via-Sacra á algun Compañero, para lograr el de decir despues de ella sus culpas, postrado á sus pies, los que le besaba despues de haber oído con humilde atencion la reprehension que le daba, y penitencia que le imponia. Quando el V. P. Margil fue Prelado, en los quatro años fueron en estos exercicios inseparables Compañeros: por eso será muy oportuno trasladar algo de lo que tan Venerable testigo dice en una Carta que se le pidió para el efecto de escribir su vida.

„Mucho tiempo, dice en ella, „hicimos los exercicios juntos de Via-„Crucis, disciplina &c. A las once de „la noche me llamaba, leíamos una „Doctrina de la Madre Agreda, se sen-„taba él como mi Maestro, y yo de-„cia mis culpas postrado á sus pies, „como es costumbre, me decia, como

»quien estaba tan alumbrado, lo que »Dios le mandaba, y luego en peni»tencia me tendia yo en el suelo boca »arriba, y me pisaba la boca, dicien»do tres Credos: luego me sentaba yo »y él hacia lo mismo, y lo restante »hasta Maytines teniamos oracion.

Increible le parecerá á alguno mortificacion tan extremosa de ayunos, pernoctaciones, disciplinas y exercicios espirituales, en un hombre achacoso, y en un continuo trabajo; pues la obediencia y la caridad parece que obraban á competencia, para labrarle una frondosa corona á su humildad y paciencia; pero sin visos de paradoxa, se puede asegurar que fue ligera toda esa mortificacion, si se coteja con la que tuvo con sus sentidos y pasiones: pudiera compararse con el relox, que si demuestra por afuera bien arregladas las horas, es á costa de una interminable fatiga en el interior movimiento de sus ruedas. Atormentaba Fr. Antonio sus sentidos negándoles aun los mas inocentes objetos, porque no les fueran deliciosos: sufocaba el corriente de sus inclinaciones, porque la ira, la soberbia, la ambicion, vanidad y demas pasiones no rompieran su pecho, para que de ellas no se siguieran ruidos descompuestos: tiraba tan fuerte las riendas de su amor propio, que siempre domaba los brios de su cuerpo, y lo hacia rendirse á todos, como un infeliz esclavo: Sujetaba los orgullos de sus pasiones, que ni en tantos años de Religioso se vió la ira salirle al rostro, ni la soberbia dió motivo de sentimiento á algun próximo, ni la ambicion lisongeó sus alivios con los Prelados, ni su zelo causó amarguras en el Colegio, ni sus persecuciones le sacaron un suspiro de desconsuelo; siempre tuvo abatidos sus sentidos y sus afectos á la voluntad de todos, sin aceptar por lisonja, pasion ó interés á persona alguna, porque desde el Superior hasta el mas ínfimo mendigo, eran para su vista y veneracion imágenes vivas de Jesuchristo.

CAPÍTULO XXIII.

De su Obediencia, Castidad y Pobreza.

DESDE que Fr. Antonio se sacrificó al Señor por la profesion religiosa, hizo el concepto de que solo por la obediencia podia caminar seguro hasta la cumbre de la perfeccion que deseaba, por lo que dexó escrito: »Es el todo de la »virtud la negacion de la propia vo»luntad, y así digo, que con la gracia »del Señor no quiero dar paso con la »propiedad de la propia voluntad, »aunque sea para resucitar muertos.» Fue esto dar desde luego en el punto de vista, que discierne con verdad la disposicion confusa con que se representa la vida activa religiosa, pues se ven sus cosas como inversas, desigualesy desarregladas en la variedad de los oficios, ocupaciones y ministerios en que se exercitan los Religiosos Legos; pero por ella misma es comparable con las pinturas que con lineamentos informes y confusa mezcla de colores hace diestra la perspectiva, y quando parecen toscos borrones, ó ensayos de aprendizes, sabiendo el secreto, se admiran como destrezas de insignes Maestros, por-

que vistas por cierta parte, todas las lineas desiguales juntas y combinadas, destruyen la confusion, y aparece una imágen con facciones proporcionadas y hermosas, donde no habia ántes ni apariencias de figura humana: con la misma industria miraba Fr. Antonio aquella miscelanea de cosas que á un tiempo se le mandaban, ya de pluma, ya de cocina, ya de especies de Portería, y que cada una necesitaba la ocupacion de un Individuo, quando él solo habia de satisfacer á todos: pero atendia entre tan diferentes y laboriosas cosas, al punto que tiraba su vista, que era la obediencia, y por él descubria el todo de la virtud y perfeccion á que aspiraba: y por eso decia: »Esta es la joya mas preciosa de la »christiana perfeccion, porque en ella »se sacrifica á Dios la mas noble por»cion de la alma, en la negacion de »la voluntad propia.

Era esta tan absoluta, que no tenia otro querer, ó no querer, que la voluntad del Prelado, y por eso, aunque muchos Caballeros de México que pasaban para la tierradentro le visitaban, por ser sus conocidos antiguos, ú otros que deseaban verle, ó conocerle, aunque por genio natural era muy agradecido y bien criado, á ninguno pensó pagarle la visita, de lo que informado el Prelado le dixo, que porqué no le avisaba, especialmente siendo algunos insignes Bienhechores del Colegio? A lo que lleno de rubor satisfizo: »Padre, los muertos no tienen pies, ni »hablan, ni se mueven: Quando V. P. »me mandare ir, haré con prontitud la »obediencia.» Con esta misma perspicacia era Argos, que con cien ojos observaba hasta el mínimo de los Estatutos generales y particulares del Instituto Apostólico, y con especial esmero las órdenes de los Prelados, de lo que cada dia se le seguian por su oficio, mortificaciones muy penosas, que versandose en casos de circunstancias muy delicadas, redoblaban el mérito á su paciencia.

Grande fue el que se le ofreció, quando un Prelado general enamorado de la destreza de su pluma, intentó llevárselo del Colegio, pues no pudiera imponérsele precepto mas doloroso, porque era sacar de su centro á su espíritu, y transportarlo á otro elemento. No era esto tener apego al lugar, sino estar creído de que por una singular providencia, le habia Dios traido á él con particular vocacion y designio: pero en medio de su dolor, no manifestó resistencia; porque en llegando á la ara de la obediencia, no reservaba su fe ni la mas amada víctima, y para que fuese su sacrificio racional, no dexó de insinuar al Prelado local y á su Confesor, la inhabilidad que conocia en sí mismo para desempeñar aquel destino, la que tambien expresó á otra persona, como desahogo de su tribulacion, diciendo: »Con esto me he quedado sin pies, »manos ni lengua para la defensa: »hagan ahora de mí lo que quisieren, »que allá verán como no soy bueno »para nada, y solo para mortificar á »quienes parece he de servir de ali»vio: á buen seguro que breve expe»rimentarán esta verdad, y que como »á pesado plomo, se aligerarán de la »carga.» Parece que aceptó el Señor su humilde resignacion en la obediencia, y dispuso sin desazon del Superior Prelado, que variara de intencion, quedándose Fr. Antonio en su Portería.

Tiene la alma en el principio interior de sus operaciones un cierto muelle, que no obra con toda su eficacia, porque la sujeta otra fuerza, y

contiene la libertad de sus movimientos; por eso aunque el espíritu anhele los medios mas arduos para alcanzar lo sumo de las virtudes, la obediencia lo detiene, y con notable elasticidad le facilita el logro de sus aspiraciones: y este es aquel secreto equilibrio con que se ordenan la armonia y concierto de las almas espirituales. Bien quisiera Fr. Antonio que ninguno le apreciara con respetos de Religioso, sino conforme á su concepto, que era el de ser Esclavo de todos, y buscando algun distintivo para ser conocido y tratado como tal, le propuso al Prelado que con su licencia se quitaria las sandalias, para andar enteramente descalzo; pero negándole este permiso, quedaron sin eficacia sus deseos, pero crecido su mérito, comprimiendo la obediencia sus fervorosos impulsos, y quedando tan persuadido de que para llegar á la cumbre de la perfeccion es este el mas seguro camino, que escribiéndole á una persona espiritual le decia: »Dice San Bernar»do: lo que se hace sin la aprobacion »del Superior ó Padre espiritual, aun»que sean cosas grandes, yo no las »contaria entre las virtudes, por el »riesgo de la propia voluntad: si me »muero, si no hecho nada en servicio »de Dios &c. Todas son buenas y ad»mirables consideraciones, que hu»millan á la alma; pero bienaventu»rada la alma resignada y pobre de »espíritu.» De estos inerrables principios sacaba la maxîma de que para no errar en nada, para todo es necesario pedir licencia, y así decia: »Yo »sé por largas experiencias que es »muy del agrado de los que gobier»nan, el que para todo les demanden »licencia: y él es acto de humildad, »y seguro, con que el Súbdito siem»pre queda ganancioso.»

En conseqüencia de ella, pidió un año licencia á su Confesor para imitar en lo que alcanzaran sus fuerzas el ayuno de quarenta dias, que santificó nuestro Redentor en el Desierto, proponiendo no tomar en ellos cosa alguna que hubiese llegado al fuego, ni beber agua, ú otro licor alguno: el Confesor, viendo la valentia de su espíritu, y lo que pueden los auxîlios de la divina gracia, no dudó en condescender con su fervor, observando cada dia lo que resultaba, y perseverando sin novedad ya seis semanas, lo llegó á saber el Prelado, y previniendo un jarro de agua de la Celda, lo llamó, quizá por superior providencia, y sin decirle otra cosa, le mandó que la bebiera: y como este era un fuerte resorte de la fuerza de la obediencia, al punto la bebió, cediendo en su alma la eficacia de sus primeros impulsos, á la del mandato, que comprimia sus fervorosos deseos. Así amaba Fr. Antonio á la obediencia, y ambicioso de sus usuras, quería siempre obedecer á todos, conforme al propósito que tenia formado, »de obedecer á toda criatura en lo »posible por amor de Dios, mirando »solo á Dios en la criatura.» Veía tambien de dia y de noche en la oracion los esmeros de un Dios hecho Hombre, para obedecer hasta morir en una Cruz afrentosa, y deseaba imitar tan grandes finezas, sujetando la cerviz á la obediencia de las mas ínfimas criaturas.

Si la obediencia no fuera el todo de la virtud, como Fr. Antonio decia, podia parecer, que ella misma le exponia al detrimento de la mas hermosa, que es la castidad y pureza; pues poniendole de Limosnero en la Ciudad y de Portero en el Colegio, le era necesario tratar con todo género de

personas, y exponerle á inevitables ocasiones que el Demonio suele viciar para introducir impuras sugestiones; pero la obediencia le dirigia al punto que descubre el verdadero de las virtudes: y viendo la delicadeza de la mas pura, se esmeraba en la vigilancia de ella, y mortificaba sus sentidos, para refrenar sus apetitos, y la licencia de sus ojos, para no mirar cuidadosamente al rostro de las criaturas, y esto con tal exâctitud, que no exceptuaba los semblantes de los hombres, y con tal cautela, que ninguno llegara á tocar á su persona: por eso quando algunos, aunque fueran Señores de carácter, ó de respeto, le saludaban, excusaba el comun estilo de dar la mano, disimulando el motivo con tenerlas recogidas en las mangas, con cuyo serio aspecto se contenian los ánimos, quedando con su urbana y obsequiosa atencion muy satisfechos.

No habia sido su juventud libertina, ni licenciosa su conducta; pues aunque la habia pasado entre la blandura, la cortesanía y la lisonja, nunca el fuego de los peligros prendió en su corazon el de los galanteos, ni la filaucia y amor que tenia de su propia hermosura, pasó de una vana complacencia, sin los resabios de provocativa: y siempre vivia muy ageno de franquearle su corazon á Venus, y de que ella pudiera embriagarle con sus delicias: quando ya tenia en sus manos las riendas de la fortuna, y estaba su edad en la estacion mas peligrosa, observaba las leyes del honor con supersticioso decoro; y esto le facilitó el desechar con desden pocas veces visto, ventajosos partidos en matrimonios muy honrados: Era él solo el Señor de su casa, y la hizo gabinete de la honestidad y decencia; lo que se hizo ver quando postrado en la cama al rigor de los dolores de la gota, no quiso admitir el favor que un Compadre suyo le hacia, ofreciéndole y aun suplicándole que permitiera el que su Esposa, Señora muy virtuosa, le administrara por su mano, ni por la de otra muger, las necesarias unturas. Por estas reflexiones pudiera sindicarse como nímio zelo, ó cobarde escrúpulo, el que para guardar la preciosa joya de la castidad, y defenderla de los traidores insultos de su carne, anduviera siempre armado de cilicios, prevenido de duros ayunos, crueles disciplinas, perpetuas vigilias, fervorosas oraciones y espirituales exercicios, pues ya se hallaba retirado del siglo en una Religion austera, y en edad madura; pero no ignoraba que suele ser engañosa la seguridad en este punto, ni que en su custodia es el mas discreto el que es mas desconfiado: y por eso le pedia con muchas lágrimas al Cielo la pureza de la castidad, que habia profesado, é inploraba el auxîlio de la Inmaculada Vírgen y Madre Maria Santísima, á quien se la tenia ofrecida, para que con su intercesion y amparo, le defendiera de los continuos asaltos que padecia de sus enemigos.

Así los toleraba, segun la alta Providencia se lo tenia prevenido, dándole luz para que entendiera que su misma carne le habia de hacer obstinada y cruel guerra, atormentando su alma todo el tiempo de su vida; y fue así, segun su Confesor lo publicó en el Sermon de sus honras, asegurando que desde el dia que entró en la Religion, hasta la enfermedad de que murió, y fueron veinte y un años, no se le pasó dia ni noche en que no padeciera terribles y espantosas tentaciones de la carne: en la oracion, en

los exercicios espirituales, en las mortificaciones y en todas sus obras, hasta en la mas sagrada de ir á comulgar, no se suspendia la fuerza de tan molesta guerra, representándosele imaginaciones obscenas que le afligian, de modo que le obligaban á recurrir al Confesor bañado en lágrimas; pero viendo éste que acusaba como culpa, lo que solo era exercicio de su paciencia, y la prontitud con que se exforzaba á desechar la sugestion mas mínima, le mandaba ir á comulgar, y la obediencia desterraba aquellas confusiones, y recibiendo al Señor Sacramentado, gozaba serenidad su conciencia, y la paz que se le comunicaba en la gracia del Sacramento renovando con ella su espíritu para los nuevos combates y conflitos en que el Señor permitia á su enemigo que le exercitara. No obstante que la antigua Serpiente le molestaba corporalmente de varios modos, como ya se ha dicho, desesperada de conseguir por sugestiones algun desliz de la voluntad en la delectacion ó consentimiento de ellas, se disfrasó, segun su antigua astucia, tomando en una ocasion la figura de una muger hermosa y muy ataviada, y llamando con la campana de la Portería en hora desusada y libre de registro, acudió Fr. Antonio á saber lo que se ofrecia, y se le presentó con insolente desahogo, alhagos y ademanes impuros; pero no pudiendo engañarle con su aparente belleza, porque tenia, como siempre, mortificada la vista, le incitaba con palabras provocantes y lascivas, disparando á su corazon en cada una de ellas una encendida y venenosa flecha. Asustado el Siervo de Dios, aunque confusamante habia visto un hermoso y aparente bulto, se persuadió á que aquella muger era el Demonio, y armandose con la señal de la Cruz, invocó el Santísimo Nombre de Jesus, y tirándole á los ojos la puerta, lo dexó rabiando en sus eternales penas. De allí se fue lleno de congoja, y postrado á los pies de un Crucifixo, con tiernas lágrimas explicaba los afectos de su corazon entre suspiros tiernos, y le daba humildes gracias por haberle libertado de tan fraudulento y mortal peligro, con lo que quedaron apagadas las tenebrosas centellas que le habia disparado su doloso enemigo.

Corrido aquel Diablo amugerado, aunque se desnudó de la figura y trage de muger, pero no del rencor que le queda á la muger desaírada, y hecho una infernal furia, apuró todas sus astucias para molestarle incesantemente con representaciones torpísimas, imaginaciones lascivas y sugestiones vehementes; pero hallando en todas una valiente resistencia que abatia su soberbia, conspiró á otros muchos é infelices Compañeros suyos, para combatir su fortaleza. Una noche que Fr. Antonio velaba en su oracion y exercicios, se vió rodeado de multitud de Demonios, que venian reunidos en el insolente empeño de rendirle á la pasion torpe, ó por alguna delectacion ó consentimiento, y jugando todas las fraudulentas trazas de su malicia, acometian á sus sentidos con visiones muy obscenas para encender en su debilitado cuerpo el sensual apetito: Excitaban en su fantasia imágenes provocativas, para conmover todas sus pasiones; pero conociendo él su miseria, para contenerlas se deshacia en lágrimas, humillado en la divina presencia, y comprimia los movimientos que podian causar las sugestiones diabólicas con crueles disciplinas. Fue este el mas prolixo conflito que padeció en su vida, y des-

pues de haber lidiado en él gran parte de la noche con valerosa constancia, á la aurora le favoreció tambien la del divino Sol de Justicia, y con la proteccion de Maria SS. que tiernamente impetraba, con afrentosa rabia desapareció toda la infernal chusma de tan soezes enemigos y nefandos espíritus.

No por eso dexaban ellos de renovar sus persecuciones, para contrastar sus santos propósitos, continuando su molesta guerra hasta el fin de su vida; pues en veinte y un años de Religioso, apenas gozaba alguna serenidad en los furores de la concupiscencia, y volvia á padecerlos con gran vehemencia; pero siempre con los auxilios de la Divina gracia, salia indemne de sus obscuras llamas, y tan firme en sus propósitos, que ningun pensamiento, ó por mal desechado, ó por consentido, manchó la pureza de su alma, y candor de su castidad; por lo que su Confesor pudo decir: »Que »fue tan casto, que si aludiendo á su »apellido de los Angeles, no llamó »Angelical su pureza, no halló tér»mino adequado para hablar de ella.

Nacia esa cándida azuzena de la raiz que produce la alegórica flor del campo, cuyo cultivo no es efecto de la industria humana, sino de los celestiales rocíos con que la nutre y fecunda la divina Providencia, y por eso hermoso geroglífico de la pobreza evangélica, á la que el Serafin humano llamaba Reyna coronada entre las virtudes, y raiz fecunda de frutos. Enamorado de ellos Fr. Antonio, no se satisfacia su espíritu con haberla profesado segun la forma de vida que prescribe la Regla Seráfica, sino que aspirando á la mas perfecta entre las mismas estrechezes del estado religioso, solicitaba lo mas desnudo hasta introducirse al centro y corazon de lo mas abatido: por eso segun las libertades mas perfectas que en ella se permiten, y la debida licencia, no usaba de dos túnicas, sino de solo una, y esa la mas adaptada al propósito que »tenia hecho de no usar jamas en »su vestuario y calzado cosa nueva, »sino la que ya hubiera servido á otro »Religioso, si lo podia conseguir con »cautela: porque él mismo se decia: »Para vestido y calzado de un pobre, »basta lo que desecha un Caballero:» significando con este noble respeto á los Señores Sacerdotes.

La Celda cuyo uso se concede á cada uno para el preciso retiro y descanso, nunca la tuvo, pues le servia de abrigo una incómoda pieza inmediata á la Portería, que sirve á su menester, y en un rincon que quedaba de los trastos y canastos del pan de los pobres, se recogia con bastante estrechez; y no teniendo mas luz que la de la puerta para escribir lo que le mandaban, necesitaba hacerla en el hospicio del claustro, con no pocas pensiones y trabajo. Ya á los últimos de su vida, viendo los Prelados lo nocivo que era para su salud tanta incomodidad, con el pretexto de que oíria mejor la campana quando piden de noche confesiones, le mandaron subir á una Celda, para que durmiera en ella; pero él la vió con tal indiferencia, que ni tomó la llave de ella, ni tenia mas menages ó trastos necesarios al uso, que unas tablas con una manta y almohada de sayal muy viejas y remendadas. Ni despues de su muerte se le hallaron mas alhajas que el manto, el Rosario, y un Oficio parvo de nuestra Señora, las disciplinas, cilicios y otros instrumentos de mortificacion, y algunos papeles de su interior que le habian mandado escribir sus Confesores.

Solo la obediencia le hacia ver el punto de perfeccion y mérito que tiene la pobreza voluntaria, que es en la Regla permitida, y por ella en una ocasion se desnudó de su hábito viejo y remendado y estrenó uno nuevo: por ella usaba de sandalias, pero las mas rotas y desechadas: por ella solia moderar el mal trato que á su cuerpo le daba, y aun estando enfermo, por ella veía al Médico y tomaba los medicamentos, y quisiera que la obediencia arreglara no solo las acciones de su vida, sino hasta los pensamientos y mas ocultos senos de su alma, para desapropiarse en todo de su voluntad propia, y ser pobre de espíritu segun la divina.

Por eso quando ya se vió pobre, desnudo y trasformado de un Caballero noble y rico, en un humilde mendigo pidiendo de puerta en puerta el sustento, no para sí solo, sino para otros pobres evangélicos, que veneraba como á sus Amos, era para el mundo un admirable desengaño, y buen exemplo; pero mayor y casi asombroso lo fue para muchos de la mayor categoría, el verle expuesto en una puerta por tantos años á la vista de los mismos que ántes le conocian por sus circunstancias, explendor y fausto, en una extremada humilde pobreza, y sin admitir las ofertas que muchos Señores le hacian aun para el mísero alivio que era conforme á su estado: y quando ellos tendrian por especie de fortuna el que se lo admitiera; él se dexaba llevar del deseo en que vivia de abatirse nuevamente cada dia hasta el último extremo de la nada: emulando en esto aquel carisma y espíritu de pobreza que su Seráfico Padre sacó del Evangelio, entendiéndo ser el tesoro escondido en el campo de la Iglesa, y por cuya posesion merecen ser despreciadas todas las riquezas del mundo.

Aun vivia Fr. Antonio en el siglo, quando ya veneraba con entrañable y eficaz amor la pobreza evangélica: por eso deseaba que en Querétaro se fundara un Convento de Religiosas de las que profesan la primera Regla de Santa Clara, y escribiendo á una persona interesada en la materia una dilatada Carta de muchas y eficaces razones, hace esta reflexîon: »Si la que desea darse del todo sin »tasa á Dios, halla este Jardin donde »dilatar sus fervores, sin las dotes, »¿qué mayor bien? ¿qué obra mas »heroica? No hallo que la pueda ha»ber: á Santa Coleta se lo dixo el »Señor. Púsole un papel en el Cor»don, que decia: Pon gran cuidado en »reformar la Regla del Bienaventu»rado Francisco, que guardó Santa »Clara, porque es la santísima per»feccion del Evangelio.» Para que estos fervorosos deseos no se quedaran en solo palabras, destinó doce mil pesos de su caudal, y solicitó la Real Cédula de S. M. en Madrid, lo que por entónces no tuvo efecto, por lo que se distribuyeron en otras obras pias, segun claúsula del testamento que hizo para profesar en el Colegio.

CAPÍTULO XXIV.

De su Oracion y Contemplacion, y como se disponia para la Sagrada Comunion.

MIsteriosos fueron los dos Altares que el Señor mandó hacer en su Templo, uno en lo exterior de él, en que se mactaban los sacrificios, y otro en lo interior donde se ofrecian los inciensos; pero vino la hora en que el Sol de Justicia disipó esas sombras y figuras, y estableció Jesuchristo en su Iglesia otros Altares, en que los verdaderos adoradores le ofrezcan en espíritu y verdad aceptables sacrificios: el exterior, en que se lo hagan de su cuerpo con la mortificacion y penitencia, y el interior, en que se le ofrezcan los timiamas mas odoríferos, que son las oraciones de los Santos. Desde los primeros rayos de luz con que el Señor le hizo ver á Fr. Antonio su desengaño, conoció que debia negarse á sí mismo, despojándose de sus riquezas y honras, y tomar la cruz de la mortificacion de sus pasiones y apetitos, para seguir á Christo, y exercitarse en velar en todo tiempo en la oracion, para hacerse digno de estar en su divina presencia, por lo que, aun siendo todavia Secular, practicaba duras penitencias, y tenia horas señaladas para gozar del gran consuelo que en la oracion sentia su alma.

En ella adoraba en espíritu la divina presencia, y por la meditacion purgativa de las postrimerias del hombre, iba limpiando su corazon de las escorias que en él habian engendrado su amor propio, y las vanidades mundanas, para quitar el amor de todo lo sensible, y fervorizar en su voluntad el de todo lo espiritual: ponderaba las verdades y misterios que la Fe del Christianismo enseña, y quanto estas luces purificaban su alma, su corazon se estremecia sintiendo unos golpes que le llamaban con eficacia á seguir á Christo en otro estado mas perfecto; y en la oracion, no solo sentia estos interiores movimientos, sino que le obligaban á pedir por sí, y por la de otras personas espirituales que el Señor le conduxera al verdadero camino que le llamaba, y solo por ella, y no por otros bastardos impulsos, abrazó el estado religioso.

Puesto ya en tan segura como estrecha senda, la oracion misma le iba iluminando con la dulce materia de los divinos beneficios, cuya séria meditacion le hacia decir: »Paréceme » á mí, que para entrar en la oracion, »está demas la preparacion de la lec»cion, que aconsejan los Místicos. »¿Qué mas leccion que la de los be»neficios recibidos? No hay para mí »otro incentivo mas eficaz para llo»rar, que el conocimiento de lo que he »sido y soy.» Con esas lágrimas lavaba su alma de las manchas de sus culpas, para entrar mas purgada de todo lo terreno, y pasar á otro grado de oracion mas perfecta. Era este el que iluminaba su alma en la continua meditacion de la Vida, Pasion y Muerte de Jesuchristo: pues seguia los pasos á su Magestad y los de su Madre Santísima, por la historia de la Venerable Madre Agreda, acomodada al tiempo que observa para la celebra-

cion de los misterios la Santa Iglesia.

No obstante la distribucion de sus devotos exercicios, el de la oracion mental era el principal, y para el que tenia señaladas cada dia seis horas, y muchos eran ocho: en él perseveraba inmovil, como si fuera una estatua, ó parada, ó puesta de rodillas, ó postrada con el rostro pegado á la tierra, para que fuera ménos perceptible el corriente de sus lágrimas. Su mas freqüente materia era la Pasion de Jesuchristo, y de ella sacaba una confusion vergonzosa, considerando la mala correspondencia con que pagaba tan excesivas finezas; y á su vista concebia fervorosos propósitos de mortificar sus sentidos, y crucificar sus pasiones, alentándose á padecer en todas las cosas para satisfacer en algo sus culpas y tibiezas, y confiando en la divina misericordia, esperaba, rogaba y agradecia.

Traía siempre á Christo crucificado gravado en su alma, y así no se atrevia á decir con advertencia ni una palabra ociosa, ni á dar una risada vana, y solo en alguna ocasion, por no hacerse singular, le era forzoso mostrarse risueño, pero con pena, pues luego se retiraba al rincon de la Celdilla, ó á una Capilla de la Iglesia, para dar desahogo á sus reprimidas lágrimas. La Capilla de Belen era donde mas descansaba su alma, por estar en ella una bellísima Imágen de Maria Santísima, que tiene un hermoso Niño en sus brazos, y por eso decia él mismo: El corazon de Fr. Antonio está en la Capilla de Belen: porque ella era el nido en que recogia sus alas, y descansaba su alma: el refugio de las tribulaciones: la delicia de sus amores, y el incentivo de sus lágrimas, pues sin sentir se le salian al adorar con ternura al divino Niño en tan inocentes brazos, y se regalaba con Hijo y Madre su enamorada alma, pasando desde ellos al pesebre, y á la cuna, imitando á su Seráfico Padre en los afectos de esta tierna devocion: con la mayor que podia celebraba allí las principales festividades de nuestra Señora, previniéndose con ayunos, penitencias y divinas reflexiones, que servian á su oracion de materia, ponderando en ellas las virtudes mas sublimes que estimulan á la imitacion y accion de gracias en tan sagrados dias: pero ellas mismas le atormentaban de dolor el corazon, por conocer que quanto es mayor la solemnidad de los divinos misterios, son mayores los desacatos que se cometen contra ellos con los públicos escándalos en tales dias; por eso eran en ellos mas prolixas las oraciones, y mas duras las mortificaciones que hacia, para desagraviar en algun modo á su Amado de las ofensas que le hacian los Christianos, y le ofrecia todo el culto y alabanzas que le daban sus Siervos, suplicándole usáse de su infinita misericordia con todos los miserables que incurrian en tales excesos.

Tuvo el don de lágrimas, como efecto de su oracion continua, pues en ella era tan favorecido é ilustrado, que necesitaba de un desvelado disimulo, para que no rebozáse al exterior su consuelo; razon porque el V. P. Margil, descubriendo algo de su interior, decia: »Su cara tan alegre, tan »modesta, mostraba en alguna manera »los resplandores de su alma, como »Moyses de haber hablado con Dios: pero su Magestad algunas veces para su exercicio y mayor mérito, suspendia esas suaves lluvias, esos favores y esos consuelos, y solo experimentaba su humilde Siervo sequeda-

des, desolaciones y desamparos, sus ojos secos, sus pensamientos distraidos, sus afectos tibios, y en una obscuridad su alma, como si se le hubieran acabado las potencias, buscaba á su Amado y no lo hallaba, y dando vueltas por su conciencia, buscaba en ella la causa; pues no podia su humildad sino temer de su flaqueza, y así clamaba con amorosa confianza: »O »buen Dios, ó buen Señor, asimilame »á Tí, y acaba de quitarme este viejo »Adan, y este bien me quiero, que de »tanto bien me privan:» y como sabia que las lágrimas y consolaciones no son el fin de la oracion, ni su fruto son los consuelos, se resignaba con humildad en la voluntad divina, hasta que el Señor serenaba la tormenta, y amanecia en su alma la aurora hermosa de su gracia, que la confortaba, ilustraba y fortalecia; pero esta soberana luz le hacia poner en mas exâcto temor y cuidado, para no desmerecerla por sus tibiezas, y velar siempre para que sus enemigos no se la apagaran.

Esta amante solicitud le obligaba á pedir licencia para retirarse diez dias, para renovar sus propósitos, darse mas á la oracion y mortificaciones diarias, y renovar su espíritu en los exercicios que dispuso la Venerable Madre Agreda: todo su estudio en ellos lo ponia en aprender á morir bien, y lo hacia con tal eficacia, que si ya estuviera en la última hora, y así salia de ellos tan muerto al mundo y á su amor propio, que parecia un difunto andando. Lograba tambien para alientos de su espíritu, los tiempos de las festividades grandes, y en el de la Semana Santa acompañaba á nuestro Maestro y Señor desde el Domingo de Ramos entrando con su Magestad y sus Discípulos en su glorioso triunfo, y le iba siguiendo los pasos meditándolos de dia y de noche con tiernísimos afectos: el triduo era para su corazon tan lleno de misterios, que andaba como absorto, y tan penetrado de dolor y compasion en sus profundos discursos, que apenas podia contestar con los hombres: andaba estos tres dias enteramente descalzo, tan modesto y enternecido, que se conocian bien los interiores sentimientos de su alma, y como todos sus afectos estaban en el Calvario, era incesante su llanto, allí tenia depositada su alma, y metida en la llaga del costado de su Crucificado Dueño, y por eso quando su entendimiento estaba padeciendo el asombro de aquella afrentosa muerte, su voluntad bebia á pechos aquella sangre y agua, gozando la felicidad de alimentar con ellas su vida.

Por tan excelentes grados de oracion continua, se enagenaba de todo, de forma, que no percibia las cosas de las criaturas, y segun afirmó su Confesor muchísimas veces, era necesario para que atendiese á lo que le encargaban, ó que lo llamaran con voz recia, ó que le dieran golpes en los hombros, pues ménos solia encontrarse como insensible: ni era esto de admirar, pues no perdiendo de vista á su adorado Dueño, y gozando de su íntimo trato, no pudieran impedírselo ni las ocupaciones, ni los negocios. Todo el fruto de su oracion provenia de una sólida máxîma, que lo preservaba de ilusiones y errores, y era hacer fiel relacion de quanto en ella le pasaba á sus Padres espírituales, sin cuyo gobierno en nada se juzgaba seguro, y así les hacia una humilde y sencilla declaracion de su conciencia, cuya claridad se recomienda y elogia mucho en la Teologia Mística. En ella

solo descansaba su espíritu, el que de todos los favores que experimentaba en la oracion, se confundia y quedaba rezeloso de quedar engañado, hallándose favorecido sin mérito suyo, y los tenia como nuevos títulos para ser castigado por ingrato á tantos soberanos beneficios, sacando siempre otros tantos para humillarse y conocerse á sí mismo; lo que era otra nota de su buen espíritu, pues los favores que no dexan humildes á las almas, ó son castigos verdaderos, ó resplandores fingidos.

Sobre experiencias tan evidentes, y seguros fundamentos, le permitieron todos sus Confesores que segun sus ardientes deseos, y amorosas ansias, comulgara todos los dias, pues veían los frutos de esta freqüencia en la humildad profunda, que daba relevantes pruebas de su interior pureza: discrecion debida fue el dexar volar aquella alma, que con las dos alas del respeto y de la confianza, se remontaba generosa hasta llegar al solio del Sol de Justicia; y que quando el temor la detenia, ella se purificaba del polvo de su terrena naturaleza en las fuentes de la penitencia, y con lágrimas de dolor borraba todas las manchas de sus culpas, para que el amor la conduxera hasta el trono de la Misericordia, y participara de la divina gracia, que llena las almas en la Sagrada Eucaristia. Esta era la prenda de la gloria que él queria siempre conservar en su alma, y por eso eran los anhelos de comulgar todos los dias, como si cada uno fuera el último de su vida: y así le decia á su Confesor» que quando ese llegara, no se »prepararia de otra suerte para el »Viático, que como lo hacia para la »Comunion quotidiana,» y fue así, que desauciado del Médico, al verle en tanta tranquilidad un Religioso, le exhortaba á que, pues ya se moria, sería bueno confesarse generalmente; pero le respondió muy sereno: »Padre, ya eso, á Dios las gracias, está »hecho muy de antemano, y por la »infinita bondad del Señor, nada me »remuerde la conciencia en esta hora.»

Ya se ha visto en otra plana, la individuacion de los fervorosísimos exercicios con que se preparaba para la Comunion sagrada, los vivos actos de contricion y dolor, humildad y temor, con que oía la primera Misa: la confianza con que impetraba del Señor el infinito tesoro de sus méritos, para comulgar en la segunda; y las rendidas gracias que daba á su Magestad por tan inefable beneficio, en la tercera; ¿pero quien podrá expresar los íntimos afectos con que todo el dia andaba absorto en la consideracion de que su pecho era un sagrario en que habitaba Dios vivo, ni los fulgores con que iluminaba su alma la gracia del Sacramento? Solo su Confesor y Compañero el V. P. Margil, dixo: »Mucha luz recibia en la »Comunion quotidiana, pues renovaba »el sagrario de su pecho y corazon, »como custodia y templo, renovando »la posesion Jesus todos los dias de »su sagrario, para enseñarle desde »allí todas las virtudes, y singularmente la pobreza, pues para quedar»se con nosotros necesita cubrirse de »agenos accidentes: por eso uno de sus »propósitos era vestirse siempre del »desecho de los otros, comer de las »sobras de los otros &c.

Pidiendo la Santa Iglesia al Señor, que nos visite así como lo reverenciamos, no será increíble el que acostumbrando Fr. Antonio recibirlo en el Sacramento con el mayor culto

y respeto, le visitara el Señor Sacramentado con modo muy exraordinario, y por eso dixo el V. P. Margil, descubriendo algo de su interior: »su »cara tan alegre, tan modesta, mostra»ba en alguna manera los resplando»res de su alma, como Moysés, de »haber hablado familiarmente con »Dios.» Y parece lo confirman los apuntes que su Confesor el P. Fr. Angel Duque dexó para historiar su vida; pues asegura: »que acabando de co»mulgar le vió el Maestro de Novicios »dos veces bañado el rostro de res»plandores: y tambien, el que otra »vez fue visto tan refulgente al aca»bar de comulgar, como si se trans»parentáse con las claridades de un »cristal.» Pero todo esto, y aun mucho mas que su humildad dexó oculto, persuade el que siendo el Augustísimo Sacramento una prenda de la gloria, y idea adequada de la Bienaventuranza, al disponerse con tanta fe y amor para recibirlo, no es increible el que le comunicara los dotes de ella con su divina presencia.

Este era el Talisman verdadero, cuya prodigiosa virtud tenia encantado el corazon de Fr. Antonio: por eso oía quantas Misas podia, y todas con una atencion modesta, y devocion edificativa, que la infundia en todos los que lo miraban, y permanecia en ellas hasta las ocho, que lo sacaba de aquellas soberanas delicias la fuerza de la obediencia para atender á la Portería; pero sin olvidar la Real presencia que á su Amado tenia en el Sacramento, les hurtaba á sus tareas los ratos que podia, para irse á la Iglesia, y saludar en su propia Persona á Jesuchristo en la Eucaristia, aunque fuera con algunas breves y ardientes jaculatorias.

Estaba muy instruido de la experiencia de los saludables y eficaces efectos que obra la Comunion quotidiana en la alma dirigida por la obediencia, y por eso la persuadia á las personas que atereadas en escrúpulos y temores, se abstenian de una medicina, que no solo cura las actuales dolencias, sino que es celestial antídoto que preserva de las que los enemigos les pueden causar al alma; y previniendo á una persona escrupulosa, le dice: »Que el temor no se propase »contra el buen consejo del Confesor, »que está en lugar de Dios, porque »es tentacion del Demonio, que con »visos fingidos quita la vida de la al»ma: y esto lo declara mas, diciendo: »El Demonio es muy bellaco, aque»llo que mas lo atormenta, eso es lo »que pretende estorvarnos. Si fuera »yo al Palacio del Sumo Pontífice »con evidencia de que me esperaba »para echarme su bendicion, y ha»cerme mercedes; y quedándome en »los umbrales de la puerta encogido »en el conocimiento de mi pequeñez, »no fuera tentacion grande el no en»trar? Si, pues vamos adelante: ya »sabemos que no somos dignos, no se »detenga el discurso en esto, que ya »está sabido, vamos adelante con ac»tos de amor, alabanzas y hacimien»to de gracias: no dar oídos al Por»tero, que nos quiere divertir en la »puerta, privándonos de la mayor »dicha y felicidad nuestra: no hay »que pararse mucho en ese discurso: »sea como puerta, y no mas; adelante, »actos de amor con el Amante de »nuestras almas: en esta considera»cion sí trabaje el discurso hasta que »se embriague la alma.» Así aconsejaba, porque así obraba, y la experiencia de una doctrina apoyada de los Maestros en la Mística, debe alentar á las almas que de tímidas se que-

dan fuera de las puertas del Sagrario y Real Palacio del Soberano que vino desde el Cielo solo á consolar afligidos, socorrer pobres, á hartar hambrientos, á sanar enfermos y resucitar muertos, no ignoraba que son miserables, y por sí mismos indignos de tan inefables beneficios.

CAPÍTULO XXV.

De la tranquilidad de espíritu, y muerte mística á que llegó Fr. Antonio por el exercicio de las Virtudes Teologales Fe, Esperanza y Caridad.

CASA del Omnipotente llamaron los Filósofos al Olimpo, admirando en su eminencia al Cielo: pero con observacion mas circunspecta, figuró en él Fr. Antonio un elegante geroglífico de la tranquila paz que por la muerte mística goza el Justo; porque elevado su espíritu á la cumbre de la perfeccion, por la escabrosa senda de las tribulaciones de este valle de lágrimas, congojas y miserias, hasta el alto monte de la contemplacion Divina, gozaba en ella de aquella paz increada, que excede á la mayor altura que puede discurrir la humana inteligencia. No léjos de este concepto, figuraba en una tabla el monte Olimpo, y en su medio una corona de espinas, que tenia por centro tres clavos, con tres letras que decian: Paz, coronados de encendidas y fragrantes rosas: en toda la períferia del monte, solo habia dos puertas, y en ellas una calavera con un mote que decia: Bienaventurados los muertos Hermitaños del monte Olimpo, como que solo por la muerte espiritual y mística, se franquea la puerta al monte de la perfeccion.

No habiendo explicado Fr. Antonio las diversas piezas y motes de su emblema, se hacia en muchas obscuro, y deseando su explicacion, se le preguntó al que solo podia interpretarlo segun su espíritu, que fue el V. P. Fr. Antonio Margil, como que habia sido su Director y Maestro, su Prelado y Compañero, á que respondió: »Digo, que Jesus era en él el Olim»po; porque vivia en él Christo, al »modo de San Pablo: vive en mi el »mismo Christo. A imitacion de Chris»to, que actualmente en la Cruz llegó »á verse junta suma riqueza, y po»breza extremada: sumo dolor, sumo »desprecio, suma pobreza y sumo des»amparo; en la falda, ó rededor, ro»dearonme los dolores de la muerte: »por el contrario en la parte superior »suma gloria: Eso mismo es la muerte »mística, aguantar agonias de muerte » en la paz: reparad, que mi paz, es mi »amargura amarguísima. Yo lo juz»gaba por uno de aquellos Bienaven»turados in via, que oyó San Juan. »Bienaventurados los muertos que »mueren en el Señor: nuestro Fr. An»tonio participó mucho de este santo »monte del Señor, por imitacion, vi»viendo como muerto para todo lo »que no era mirar á solo Dios, y vivir »por solo Dios, y repetia siempre: »Bienaventurados los muertos, que »mueren en el Señor, estos son los »Hermitaños del monte Olimpo; es»tos moran en la tierra, pero no vi»ven en ella.»

Sobre tan profunda inteligen-

cia se hace fácil de entender, que los tres clavos sean el centro de la corona de espinas, siendo Olimpo de Fr. Antonio, Jesuchristo, en cuya imitacion vivia crucificado, y muerto al mundo con una muerte mística, en que gozaba la paz de su alma, considerando esta muerte espiritual, así en los favores que el Señor le comunicaba, como en lo que él con su gracia correspondia. Era la luz que iluminaba su alma, la lucerna del inmaculado Cordero, que le enseñaba, y hacia ordenar los sentidos, quebrantar las pasiones, mortificar los apetitos, quitar las fuerzas á la viciada naturaleza, y á la propension á la culpa, borrar la memoria de todas las especies peregrinas, dar al entendimiento un perfecto desengaño, y apartar la voluntad de todo amor, que no fuese de Dios, ó por Dios. Él de su parte alejaba su corazon de toda inclinacion y querer humano, imperaba á sus inclinaciones para aborrecer aun la mas leve culpa, ni apetecer del mundo ni de criatura alguna gusto, deleyte, estimacion, honra ni comodidad; sino que hollándolo todo para imitar á su adorado Olimpo, que era Christo Jesus, queria ser siempre Hermitaño, y muerto de aquel monte sagrado: y como los clavos que le unian con su crucificado Dueño, habian de estar siempre coronados de rubicundas rosas, era preciso que en ellas se simbolizaran las inmarcesibles y frescas de las tres Virtudes Teologales, que son el sólido fundamento sobre que lo son todas las otras, y con cuyo exercicio se hermosea el principal ornamento del Christianismo.

»Lo principal del H. Fr. Antonio, dice en su informe el V. P. »Margil, era su Fe y Reyno de Dios, »que poseía interiormente; y así toda »su gloria la tenia por de dentro.» Esta es la razon porque en sus palabras reverberaba su Fe, como primera causa de ellas, siempre firme, pura y explícita, y en sus obras se dilataba con extension prodigiosa, que daba á entender que sin Fe es imposible agradar á Dios, y este era el norte fixo á que las dirigia todas, y las guiaba hasta el puerto del Reyno que hace Bienaventurados en esta vida á los que con humildad creen en Dios, y aceptan sus verdades reveladas, infalibles y eternas: estas eran el objeto de su zelo, que procuraba imprimir en los pobres, alimentando con ellas sus almas quando les repartia el pan de la limosna; pues ántes les hacia rezar la Doctrina Christiana, y otras oraciones devotas.

Muchos, hasta de primera estofa, le buscaban para comunicarle sus trabajos y pedirle consejo, y á todos les instruía con suma discrecion, introduciendo el incomprehensible modo de las disposiciones divinas en los ocultos fines de la divina Providencia, dirigida siempre al bien espiritual de las almas; y así les disponia para ponerlos en la conformidad de la voluntad Divina, y en el exercicio de la Fe, segun conocia que lo necesitaban, para que por este medio el mas eficaz, sacasen el fruto de su consuelo y buen despacho de lo que pedian: por esta justa regla nivelaba quanto hablaba ó escribia; porque, segun prosigue el V. P. Margil, todo su espíritu se fundaba en lo mismo que decia nuestro Padre San Francisco: »Dios mio, y todas »las cosas: y Casiano: piensa que solo »Dios y tú estan en este mundo, y »tendrás en tu corazon grande quie»tud.» Este era su tema: Dios solo.

»Abismado nuestro Fr. Antonio, decia el V. Padre, »en este abismo de

»ser, en este mar que todo es una mis»ma agua, un mismo golfo, aunque »el lugar ó agua sea otra, siempre »vivia en Dios, como peje en esas »aguas, sin salir de ellas, aunque ro»dease toda la naturaleza de las co»sas, porque todas eran un mar, un »ser, una vida suya y un Dios, y to»das sus cosas: y aunque lo embistie»se toda la malicia y furia de los De»monios y de los hombres, le servian »todos para mostrar como Jesus, los »quilates del oro fino de su Caridad »y de su Fe: por eso no lo espantaba »la vívora que estaba debajo de la »tarima, porque miraba á Dios disfra»zado en todas las criaturas.» Funda el V. P. la razon de su corazon impávido, en que teniendo en la Celdilla obscura y muy húmeda, una tarimilla de pocos dedos de alto, sobre la qual arrodillado pasaba muchas horas en su oracion acostumbrada, ocurrió por allí una vívora atraída de las migajas del pan de los pobres que allí se guardaba, y escogió para su cueba el hueco de la tarima. Fr. Antonio no ignoraba que la tenia tan vecina; pero no por esto tuvo pavor ni temor de su ponzoña, y sin novedad prosiguió en el uso de ella continuando su oracion como si no hubiera tal Sabandija; pero viendola fuera otro Religioso, con el natural horror é innata enemistad que con tales animales tiene el hombre, con un báculo la mató, á tiempo que llegó Fr. Antonio, y movido de compasion y de risa solo decia: »que la hermana vívora le habia »sido buena compañera, que ella con»sumia los ratones que hacian daño »al pan de los pobres, y así que no »merecia la triste tal muerte, supuesto »que no hacia daño alguno.»

Los Filósofos mas observativos tuvieron por muy distantes la compasion y el miedo, porque la crueldad en que de ordinario se vicia éste, es el mejor discretivo de los cobardes, y por eso decian, que en un corazon capaz de sevicia con las bestias, no cabe mucha humanidad con los racionales; y aunque esto se limite con las mortiferas y noscivas, pero muchas veces las favorece el ser domésticas, y las indulta de una muerte cruel la mansedumbre con que las sujeta el hombre; y aunque el natural de Fr. Antonio era compasivo, todavia era superior la razon porque sentia la muerte de la vívora, y no temia la furia de los toros, que tal vez se encontró con algunos muy bravos, y acosados en la calle; ni de los perros agitados de la rabia, siendo admiracion de muchos el verlo andar entre ellos, el año de setecientos y siete, que fue asombrosa esta plaga; pues su Fe le persuadia que sin permiso de la soberana Providencia, no le podrian causar daño alguno, y como el veneno de la culpa fue el que las hizo rabiosas y noscivas, decia: »que como él no ofendiese á »su Criador, no le ofenderian á él »sus criaturas.»

Caráçter fue del felicísimo estado de la inocencia, el manejar el hombre á su arbitrio aun los mas despreciables animalejos: Encontró el pobre Portero entre los fragmentos del pan de sus pobres, una muy crecida Rata, y como si ella fuera capaz de correccion, se la dió con tal blandura de palabras y de obras, pues pudo facilmente matarla, que admitiendo humilde la reprehension, quiso hacerlo su refugio y testigo de su enmienda, eligiendo por su habitacion la manga de su hábito, y así se entró por ella, y no pudiendo esto ser por natural instinto, siendo un animal tan espantadizo, la recibió Fr. Antonio como un

moral desengaño, y la mantenia con las migajas que quedaban de la limosna. Moraba allí con tanto gusto como en su nido, pero saliendo á la limosna de la Ciudad su casero, se encontró en la calle con una criatura de poca edad que le pedia pan, y por sacarlo, en presencia de mucha gente sacó la Rata, lo que celebraron los concurrentes como un acaso digno de risa: élla tiró á huir por entre los pies de todos, y quando ya estaba libre y podia esconderse en algun agujero, lo hizo tan al contrario de su natural instinto, que tomó el camino para el Colegio, siguiendo ó por el olfato, ó por desconocido camino, las huellas de su hospedero, y por un postliminio raro, volvió á su primer domicilio. Son las circunstancias de este caso, de ningun respeto á los aprecios del Mundo, pero para los que saben que elige Dios las mas despreciables criaturas para confundir la vanidad y fortaleza de la soberbia, son de suma estimacion, pues las dispone su sábia Providencia, para demostrar la que hace de sus Siervos, manifestando en ellas la firmeza de su Fe y la inocencia de su vida, por la sujecion con que les veneran las mas contemptibles bestezuelas.

Tan elegante lozania de la fresca rosa de su Fe, elevaba la brillantez de la de su Esperanza, porque en la de los bienes eternos que creía, llegó su generoso ánimo á reputar por estiercol y basura todos los que el Mundo aprecia y que el Demonio ofrece en sus falaces riquezas. Era su esperanza constantísima y recta, por eso sus obras eran testimonio de sus ardientes deseos de gozar eternamente el sumo Bien que adoraba su alma: sus palabras mostraban la continua elevacion de su espíritu en esperarle, y aunque el infeliz Príncipe de la desesperacion se valia de sugestiones melancólicas para marchitar su esperanza, él se las rebatia constante, y con rectitud persuadia á otras personas virtuosas, que no se dexaran llevar de ellas, porque la tristeza demasiada ó melancólica, le escribia á una, es la preparacion que la malicia de la venenosa Serpiente dispone para derramar su veneno. Con este denuedo y ardimiento escribió á varias personas para descubrir las astucias serpentinas, que nunca pueden influir sino tristes desconfianzas, y mas si es inmoderado el temor de que sea culpa lo que por principios ciertos se puede conocer no serlo.

Ninguno le comunicó con alguna intimidad, que no conociera el profundo y humilde concepto que tenia de sí mismo, y el altísimo y perfecto que hacia de la divina Misericordia, por lo que percibian la desconfianza que tenia de sus propias fuerzas, y que solo confiaba en los auxîlios divinos, y así les inducia con sus palabras y exemplo á poner toda su esperanza en solo Dios, que por los méritos que consumó Jesuchristo en la Cruz, le habia de proveer de los eficaces medios de su gracia, para lograr el fin de gozarle y no malograrlos de su parte. Con tan nobles sentimientos, alentaba á muchas almas al exercicio de la santa esperanza, y de las virtudes que de ella redundan, haciendo sus exhortaciones maravillosos efectos en muchos que venian al Colegio casi despechados, á los que instruia en la esperanza que debe creerse en el Sacramento de la Penitencia, sin que hubiera ningun desconsolado que no fuera libre de sus desesperaciones, porque tampoco hallaba Fr. Antonio dificultad en los mayores tra-

bajos, que no la allanara con la confianza que se debe tener en la piedad divina, y oportunos socorros con que favorece á los que confian en ellos. »Yo de mí digo, escribia á una per»sona, que como el Señor me ponga »en ocasion de hacer algo en su ser»vicio, y con evidencia sea así, mas »que haya picas y lanzas, Demonios »y endemoniados, adelante, y cami»nar con Fe y Esperanza, pues llevo »á la Caridad por compañera.»

Esta era la que le dictaba en encendidas aspiraciones el repetir muchas veces con San Buenaventura: ¡O esperanza del Cielo, que quanto esperas tanto alcanzas! Esperaba ver á Dios para amarle por toda la eternidad, y estos incendios que ardian en su pecho, se vertian en lágrimas por los ojos y en tiernos suspiros por los labios, no teniendo mas consuelo que la firme esperanza de gozarle, sin la zozobra ni peligro de perderle. Con este santo temor hacia tan alto aprecio de la divina gracia, que era implacable el horror que le tenia á la culpa, y andaba vigilantísimo en no cometer con advertencia ni la mas ligera; y si por fragilidad humana caía en alguna, aunque fuese leve, ocurria con la mayor brevedad al Sacramento de la Penitencia, y procuraba expiarla con amargas lágrimas, y satisfacerla con mortificaciones continuas, preservándose de sus miserias, con la total abnegacion de su propia voluntad, y refiriendo todas sus acciones al obsequio de Dios, para que salieran perfectas, de suerte que aseguró su Confesor: »que andaba embebido en »Dios y en la consideracion de sus »infinitas perfecciones.» Y como no tenian otro empleo sus potencias y sentidos que el soberano objeto de su amor, reducia á este todas las operaciones de su alma, y encendia en su fuego hasta las materiales de la vida, y así, eran sus mexillas unas ascuas que salian de su pecho como llamas, y al impulso de sus amorosas ansias, no se satisfacia su corazon con nada que no fuera padecer por su Amado, apeteciendo el mas cruel martirio; pero no siéndole este posible, le pedia instante que el amor fuera su verdugo, y de puro amor acabara su vida.

Amaba tiernísimamente la sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesuchristo, y considerando todas las obras que por el hombre hizo, no tenia otro desahogo ni alivio en sus continuos trabajos que hacerlos como si al mismo Señor sirviera en ellos: por eso quando iba á la Portería, decia: »Voy á abrir la puerta á Jesu»christo. Al repartir la limosna: voy »á dar de comer á Jesuchristo.» Si servia á la mesa, si escribia alguna Carta ó hacia qualquiera cosa aunque fuera mínima, siempre la dirigia á Jesuchristo, como si con su Magestad la executara. Todo el consuelo en las penosas afficciones con que el Demonio le perseguia, era postrarse á los pies de un Crucifixo, y con el rostro pegado á la tierra, perseverar constante hasta ir agotando en cada una de sus cinco Llagas todo su llanto, siendo esta devocion la que mas inflamaba su alma, reconociendo en aquellas cinco fuentes las inagotables del amor y misericordia con que su crucificado Dueño restauró los daños del pecado y redimió al Mundo.

Con este exemplar divino le daba toda la extension posible al amor de Dios en sus próximos, y á imitacion de Jesus, era el primer efecto de su caridad el beneficiarles en sus necesidades espirituales, tanto con

oraciones como con saludables consejos: no solo con palabras, sino tambien por escrito les proporcionaba estos socorros, segun las calidades y circunstancias de los Sugetos: á unos les ilustraba y movia para lavar sus almas en las aguas de una verdadera penitencia y Confesion bien hecha: á otros les daba alientos para la virtud, é importantes doctrinas para que su oracion fuera fructuosa: á otros les desengañaba de sus escrúpulos, para que caminaran seguros; y á todos daba importantes avisos en las congoxas del espíritu, y les fervorizaba en el amor divino; y como su zelo se difundia en tantos que solicitaban consuelo, vino á ser comun y notorio, por lo que eran muchos los que procuraban tratarle, y siempre le hallaban en las suaves y eficaces razones, que con dulces palabras les disponia á la purificacion de sus conciencias y mejora de sus vidas, no siendo pocos los males de que libró á muchas almas, ni los pobres desvalidos que con el socorro de su hambre corporal recibieron los de sus trabajos, ó remediando sus vicios, ó haciéndolos preciosos con la paciencia y él mérito.

No se olvidaba el caritativo Limosnero del socorro con que fervoroso sufragaba á las Almas del Purgatorio, para cuyo alivio le ofrecia al Señor en satisfaccion de sus penas las comuniones quotidianas y todas las Misas que oía, las oraciones con que todos los dias pedia por ellas, aplicándoles todas las Indulgencias que podia, y la satisfaccion que pudiera resultar de todos sus exercicios espirituales. Estos mismos sufragios encargaba con eficacia á todas las personas de afuera y de adentro del Colegio, y así, era puntualísimo en rezar los oficios así generales como particulares por los Religiosos y Hermanos difuntos. De forma, que el solicitar el socorro de sus próximos, tanto en las obras de misericordia espirituales como en las corporales, era efecto del intensísimo amor de Dios que en su pecho ardia, pues era de una extension tan dilatada, que quisiera abrasar con él todo el Mundo, y que en todo él no se amara mas que á Dios solo.

CAPÍTULO XXVI.

Como exercitó Fr. Antonio las virtudes Cardinales.

FELIZ elevacion gozó su espíritu, remontándose de todo lo criado para gozar en Jesus la paz que simbolizaba en el Olimpo; pero como para llegar á la cumbre de ese santo monte, era preciso tomar unas sendas, que aunque llenas de tempestades, de vientos contrarios y agudas espinas, le conduxeran con seguridad al logro y felicidad de ella, tomó las de los fundamentos cardinales, y virtudes que son principio de todas las morales.

La Prudencia fue en él tan rara, que mas parecia infusa en su alma, que no adquirida con el hábito que la practicaba. Con esta gobernó su vida, sin permitir á su juventud las licencias de libertina, aun en medio de las vanidades mundanas, y quando el desengaño de la fragilidad de la vida le hizo conocer falaces sus es-

peranzas é inconstantes sus felicidades, reflexando quan distantes andan del fin para que Dios la concede, y ya se resolvió á abandonar al Mundo solo por servir á su Bondad infinita y obedecer sus Mandamientos, inquirió con grande desvelo y madura circunspeccion los medios mas proporcionados para conseguirlo, pesando las conveniencias ó desconveniencias, peligros ó seguridad de quantos pudo investigar su experiencia, hasta que llegó á juzgar, no sin evidente acierto, que solo podria lograr sus designios en el estado Religioso y en la austeridad del Instituto Apostólico.

Luego que eligió y tomó este camino, se aplicó á él con execucion é imperio tan constante, que ningun género de trabajos ni contradicciones del Infierno, habiendo sido tantas, tan crueles y violentas en el discurso de su vida, le hicieron retroceder de su santa resolucion, ni variar de otros medios que se le proponian mas fáciles y hacederos: constante en sus propósitos para correr con acierto tan escabrosa senda, se valió de todas las partes de una perfecta prudencia. Bien desconfiado de sí mismo, conoció que debia ponerse en la direccion y obediencia de sus Padres espirituales y de sus Superiores, sin reservar libertad alguna para obrar por voluntad propia, sino que quanto hiciese fuera ordenado por la de ellos y moderado por sus consejos: con estos dictámenes formó los arduos propósitos que ya quedan insinuados, y que observó fiel toda su vida, haciéndoles patentes hasta sus mas íntimos sentimientos, en lo que firmemente creía consistia todo el acierto.

Afirmó en su memoria, como el texto de la Doctrina Christiana, el de la Regla Seráfica, y uno y otro freqüentemente los rezaba, y aun el de la Regla por ser largo y de muchos Capítulos, lo tenia escrito de su letra, y lo llevaba siempre consigo: no olvidaba ninguna de las demas obligaciones religiosas, lo que obligado de la obediencia declaró, dando cuenta de sus exercicios, y así decia: »Ello es »todo tan poco y con tanta tibieza, »que no son mas que ademanes: finalmente, por obedecer lo diré, aunque »con verguenza. Digo pues, que el »principal exercicio es la obligacion, »con el cargo de una santa Regla, con »veinte y cinco preceptos (que aun»que no todos me obligan, pero los »mas) á culpa mortal: Constituciones »de la Orden: Bulas de su Santidad, »que todo se encamina á la mas pura »observancia y guarnecer esta pre»ciosa joya Seráfica. Quando uno y »otro se lee, le oigo con temor: el Se»ñor por su bondad permita no se »empañe mi alma con la menor cul»pa: bien sé que de voluntad, prime»ro la vida por la gran bondad de »mi Dios. Para guarnecer esto (que »siempre es bueno guarnecer ó afor»rar una cosa que se aprecia) uso el »cilicio de cerdas Lunes, Miércoles y »Viernes: quando hay necesidad, pi»do licencia para todos los dias, &c.» Aquí dá por escrito, como todo lo antecedente, la expresion de todas las mortificaciones que ya quedan en su propio Capítulo dichas, y todas fueron unas vallas de espinas con que su prudencia cerraba qualquier torcido camino ó violento portillo por donde las pasiones, incitadas del enemigo, pudieran extraviar su espíritu de la constancia y rectitud con que por la imitacion de Jesus aspiraba á llegar á la cumbre de su suspirado Olimpo y paz de Christo.

Para medir la eminencia de la

virtud, no se atiende á la minoridad de su materia, sino á la grandeza del ánimo que la executa; y como no hay pasion que no sea enemiga de la Justicia, quanto mas heroica es la mortificacion de esas pasiones, mas eminente será la justicia de la virtud con que se vencen. Muy leves suelen ser en sí mismos innumerables incidentes que se versan en el régimen de una Comunidad religiosa, y con todo, suelen producir enormes aprehensiones y sospechas, porque la pasion los mira como por unos prismas ó vidrios que representan los objetos de muchos colores, y así se imprimen en el ánimo con variedad de visos, que no pocas les dan cuerpo de delito á las sombras del engaño. Habia elevado Fr. Antonio su espíritu hasta la cumbre del Olimpo, y le sucedia en todo, lo que en la atmósfera, que quanto mas arriba, se respira el ayre mas puro; pero muchos que vivian por abaxó, arrojaban ménos limpios sus alientos: él estaba en el batidero de todas las ocurrencias del Colegio, y para todas daba cuenta al Prelado; y pareciéndoles á muchos que los órdenes de éste eran muy duros, recalcaban en el Portero todos sus sentimientos, mirados unos como nacidos de su influxo, otros de su omision y otros de particulares afectos; y siendo casi niñerias estas aprehensiones, le causaban mortificaciones muy graves; y como en todas sus obras no miraba sino la mayor honra y gloria de Dios, sin atender á su amor propio ni á la aficion de las criaturas, era preciso que para esta universal justicia concurrieran la caridad, la humildad, la modestia, la paciencia y demas virtudes, que á compás y nivel de la voluntad divina, arreglaran la suya, y que por mínima que fuese la pasion que en sí refrenaba, fuese eminente la justicia y el mérito con que la vencia.

Admiraba en la eminencia de su Olimpo, aquella rectitud y justicia que gozaba el Hombre en el feliz estado de su inocencia, en que la razon estaba perfectamente ajustada al precepto divino, y sujetos á ella todos los apetitos; y viendo la rebeldia con que estos se sublevaron por la culpa, estableciendo una ley contraria y repugnante á la del espíritu, se fatigaba en quanto le era posible, por restablecer entre los hombres aquella general Justicia, y para eso ordenaba al bien comun los actos de todas las virtudes: instaba en pedírsela á Dios con especiales oraciones, en merecerla con mortificaciones penosas, suplicándole todos los dias les diera eficaces auxîlios para su conversion á los pecadores: interponia quantos medios alcanzaba para cortar ó transigir los litigios, las discordias y desavenencias que perturbaban la paz entre los Ciudadanos: era visto de todos como hombre experto en negocios y comercios, y al mismo tiempo como desengañado y virtuoso, y por eso lo consultaban muchos en sus intrincados laberintos y dependencias, estimando su dictamen como imparcial y desapasionado, y por eso no fueron pocos los que por su consejo salieron de ellas con felicidad, y sin daño de tercero, ni fueron ménos los que por su zelo sacrificaron á la paz sus propios intereses: regía éste con indecible solercia, y á su influxo mitigaba las pasiones y disipaba los obscuros nublados en que el enemigo comun solia preparar turbulentas tempestades.

Así lo vió repetidas veces la Ciudad, desapareciendo los torbellinos de los escándalos que ponian horror aun á sus mismos autores, y se-

renando la paz los ánimos de todos. Así lo admiró el mismo Colegio, que combatido del Demonio lo quisiera destruir, arruinando la armonía y religiosa caridad, para no experimentar la guerra que le hace su Apostólico Instituto, sacando las almas de su tiranía, pues levantando varias inquietudes, luego quedaba burlada su malicia, y sin mas efecto que quedar en el ayre sus estruendos, pues aunque muchas veces dirigia á él sus rayos, pero daban en la blandura de su espíritu, humilde y verdadero imitador de Christo, y por eso incapaz de injuriar á ninguno, ni de que por sus palabras ú obras quedara el próximo ofendido. Así lo experimentaron en su Portería los pobres, pues con igualdad y justicia les hacia el repartimiento de la limosna, y con liberalidad generosa se quitaba el pan de la boca para darlo al que por su grave necesidad juzgaba que tenia á él mejor derecho.

Desde que Fr. Antonio le dió libelo de repudio al Mundo, se dedicó á los actos de Religion, que es entre todas las virtudes anexâs á la Justicia la primera, y ya sacrificado en las aras de la vida religiosa, fue toda ella una continuacion ordenada al culto debido á Dios, pues aplicó con constante firmeza toda su alma y sus operaciones al servicio y culto del Altísimo: por él daba obediencia á los Prelados, reverencia á los Sacerdotes, obsequio á los mayores, servicio á los iguales, y rendimiento á los mas abatidos pobres. En la distribucion del tiempo, que segun ya se ha expresado observó inviolable, se veía la freqüencia de los santos Sacramentos, el continuo exercicio de la oracion, contemplacion, divinas alabanzas y devotos afectos, ya en el fervor con que oía la santa Misa, ya en los actos de adoracion externa y reverencia á Dios, á Jesuchristo, á Maria Santísima y otros Santos, siendo el único fin de sus devotos actos, tributarle al Señor culto, y cooperar á que otros se lo dieran: por eso se cargó del trabajo de velar y llamar á media noche á Maytines tantos años, y por eso lo hacia cantando en los dormitorios el Alabado, con tan fervoroso espíritu, que daba saltos de alegria delante de una imágen de Maria Santísima, en donde lo cantaba, y daba tres vueltas, y en cada una una genufleccion reverenciando á la Señora; y aunque le parecia que nadie podria verle, pero muchos observaron sus devotos excesos.

Parece que solo para tan prolixos afanes le dió el Señor un corazon magnánimo, dotado del don de Fortaleza, pues la hizo executoria en las arduas dificultades y temores que venció para elegir el estado Religioso, y aunque el Demonio procuró esforzar las persuasiones de muchos, prudentes en las máximas mundanas, corroborándolas con aparentes razones de mayores bienes espirituales y virtudes, para apartarle de su vocacion; pero él mas discreto en las del Evangelio, conoció que debia renunciar todos los bienes falaces del Mundo, para alcanzar los verdaderos, que indicó claramente el divino Maestro. Ni este conocimiento le sirvió de poco para el de las persecuciones que se le prevenian, como á todos los que quieren vivir piadosamente con Christo; pero pesadas en las balanzas de una Astrea christiana, hasta en lo político las apreció por ménos gravosas que las que á sus Servidores les causa el siglo. Con este justo discernimiento, desde el Noviciado comenzó animoso á sufrir graves quebrantos en la sa-

lud, desconsuelos al ver vacilantes en su profesion á los Religiosos, y sobre otros muchos, sintió sobre sí la pesada mano del Demonio, como ya se dixo, y nada fue bastante para contrastar su fortaleza, y antes azoraba su animosidad el que aquella guerra sabia que habia de ser siempre cruel, y sin darle treguas todo el tiempo de su vida.

Fortaleza grande fue ceñir esta á los propósitos que juzgó la habian de arreglar á la voluntad divina: tambien lo fue la inalterable tolerancia en sus penosas continuas ocupaciones el no inmutarse en la variedad de materias con que le fatigaba tanta diversidad de gentes y de asuntos, que unos solian producirle desprecios, otros agravios, y en ninguno se le vió respirar con alguna quexa, ni aun un leve suspiro, antes bien miraba con particular amor, y como á bienhechores suyos, á los que le perseguian, reprehendian ó acusaban: no fue ménos la inviolable máxîma de no hacer distincion de amigos ó enemigos: de parientes ó extraños: de nacionales ó paisanos, porque á todos los veía como á próximos, con igualdad de amor, imparcialidad y aprecio. Quantas personas lo trataron, siempre lo hallaban con prontitud resignada á quanto dispusiera la divina Providencia, y con serenidad de ánimo para aceptar y padecer todo lo que á otros les parecia intolerable de sufrir, lo que sube mas de lo creíble, viendo el aprecio que hacia de tener en que merecer, quando al mismo tiempo estaba en un perpetuo exercicio y batalla con los duros asaltos con que interiormente le fatigaban los enemigos de su alma, y esmeraba el Demonio sus astucias para alterar su constancia, valiéndose unas veces del terror, hasta llevar sus amenazas á la execucion próxîma de su muerte: otras de las lisonjas y provocaciones impuras: otras sugiriendo arbitrios en las criaturas para que le mortificaran; pero en todas quedaba vencida su venenosa malicia, por la incontrastable Fe de su fortaleza.

Cooperaba con eficacia al exercicio de esta, la vigilancia con que se estrechó á observar á la letra la Regla Seráfica, no faltando con advertencia á los ápices de sus preceptos y consejos evangélicos, pues como en el Sermon de sus Honras publicó su Confesor: »Guardó la Regla de San »Francisco á la letra, y esto con tal »teson, que estaba determinado firme»mente á perder la vida, si fuese ne»cesario, antes que llegar á cometer »el menor pecado mortal.» Por eso, entre los conflitos de su penosa enfermedad, quando mas de temores le representaba su imaginacion la série de su vida secular, repentinamente se llenó de extraordinario júbilo, y se le oyó decir: guardé mi Regla, guardé mi Regla, expresiones de no poca admiracion á los que estaban presentes, pues sabian que siempre fue tan cauto en descubrir el secreto de su espíritu, que solo él y su Confesor lo entendian; pero en tan fatigoso lance, previno su fortaleza á las cautelas de su humildad, para dar un testimonio de su humilde vida, quando le instigaba el Demonio, como en la última hora, con ruines desconfianzas.

Para llegar á esa tranquilidad de espíritu, se desveló Fr. Antonio en adquirir la templanza con que refrenaba los apetitos, y moderaba los impetuosos movimientos de las pasiones interiores de la alma y los exteriores del cuerpo, y sin intermision trabajaba, mortificando sus sentidos,

debilitando sus inclinaciones y quebrantando su voluntad, de forma que quantos le trataban hacian concepto de que por naturaleza gozaba una complexîon templada, un genio muy pacato, y un espíritu suave, quando en la realidad era muy contraria, pues su natural complexîon era atrabiliaria, su genio ardiente y sus espíritus vigorosos; pero supo dominar qualquiera influxo de los Astros con la moderacion christiana que dicta la práctica de las virtudes, é interior y exteriormente las templaba con la humildad, modestia y corporal presencia, hasta lograr el peregrino grado de una proporcion tan congrua, que todas tuvieran como una mutua correspondencia.

Con esta mística armonía solo se puede formar una cabal idea de su religiosa templanza, pues si se emprendiera la individuacion de los actos de temperancia y moderacion de toda su conducta, sería necesario reproducir los sucesos de toda su vida, y recomendar de nuevo sus virtuosas acciones, pues las virtudes que tan zelosamente practicaba, son evidentes pruebas de una perfecta, religiosa y austéra templanza, con cuya hermosa variedad y consonancia deseaba adornar su alma, anhelando á que todas las criaturas le comunicaran sus perfecciones para parecer agradable en la divina presencia; y encendido su pecho en estas fervorosas ansias, se lo pedia al Señor en una oracion que se halló de su letra, y decia: »Engendrad, Señor, en mi alma los ricos te»soros del oro y plata de la caridad, »el bronce de la fortaleza, el plomo »del zelo de vuestra honra, aunque »me haga insufrible á los malos y á »los Demonios. Enjugad y secad las »humedades de los apetitos: deshaced »las tinieblas de los pecados, convir»tiéndolos en agua de lágrimas y pe»nitencia. Enciéndase el fuego de vues»tro divino amor en mi alma, con »unos encarnados arreboles de ver»guenza y temor de ofenderos, un »blanco puro de castidad, un color »verde de esperanza, un azul del ze»lo de vuestra honra, un pardo de »humildad, un morado de penitencia, »un amarillo de abstinencia, un car»mesí de actos del martirio, por imi»taros, un color dorado de verdade»ra caridad, que ilumine y hermosee »todos los demas. Señor, confirmad»me en vuestra gracia por vuestro »amor, por vuestra Santísima Madre, »por vuestros Angeles, Santos y Jus»tos.»

CAPÍTULO XXVII.

Ternísima devocion que Fr. Antonio tuvo á Maria Santísima y á otros Santos, y como se preparó de antemano para su muerte.

NInguno puede poner otro fundamento que el que ya está puesto, que es Jesuchristo: y sobre este divino Salvador puso Fr. Antonio el inmutable de la ardientísima devocion que le tributaba á Maria Santísima, reconociendo desde niño la obligacion que todo el Género humano tiene de honrar á esa Vírgen Madre, desde que recibió á Jesuchristo en su divina fecundidad, y que de sus benditas entrañas salió

con abundancia aquel espíritu de santo fervor, que inundó toda la tierra. Con la edad crecia tambien el conocimiento de sus grandes excelencias, y no ménos el ardor de sus íntimos afectos: estos se fomentaban en los que el amor de su Santísimo Hijo le hacia freqüentar los Santos Sacramentos, y con fina voluntad executar los que le parecia poder ser del agrado de su divina Madre: con este fin se asentó de Cofrade del Escapulario del Carmen, y ayunaba los Miércoles y los Sábados, rezaba con fervor la Corona de siete Misterios, y con otros reverentes obsequios, aspiraba continuamente á ser su mas amartelado y fiel devoto.

Eran estas amorosas ansias nacidas de su alma, y por eso luego que se vió en el estado Religioso, se entregó totalmente á la proteccion y amparo de la divina Reyna, y la hizo medianera, para que todos sus pasos y espirituales exercicios fueran aceptos á su soberano Hijo, eligiéndola y venerándola con los respetos de Señora, Madre y Maestra todo el tiempo de su vida. Como á su Señora se esmeraba en tributarle los mas reverentes obsequios de adoracion y culto, con el mismo espíritu que la Santa Iglesia celebra sus santos Misterios, y en los dias que consagra á ellos, era grande el júbilo espiritual de su alma, y se preparaba para merecerlo con ayunos, mortificaciones y exercicios muy devotos: Ayunaba la Quaresma de la Asuncion de nuestra Señora, y todo el año le rendia diariamente el homenage del Oficio Parvo, la Corona de siete Misterios, y otras tiernas y devotísimas oraciones. Se hacia cargo de que como Siervo de la divina Señora le servia en la Portería, y así decia: »Cúpome en suerte ser Camarero de la gran Señora, y Casa »Real: gracias á mi Dios, gloria á mi »Dios: quiera su Magestad que yo sea »fiel, que mis pasiones no hagan ruido en la Cámara Real de mi Reyna »y Señora: no obstante, Portero de »dia y Camarero de noche, necesito »de mucha limpieza, por lo inmediato á la que fue concebida sin mancha.»

Como á Madre la amaba con tal ternura y reverente afecto, que desde Novicio deseaba su corazon ofrecerse todo en su obsequio, y así le decia afectuoso: »¿Pues qué os he »de dar Señora y mi Señora? Una »pureza de vida y costumbres, cuyos »efectos digan soy vuestro, y no mio, »para que sea conocida esta verdad »de todas las criaturas celestes y terrenas. Esto lo habeis de hacer Vos, »gran Señora, porque ya es causa vuestra, y saben que soy Siervo y Esclavo de vuestra Imperial Casa, hasta »los Demonios lo saben, sin esperanza de poderme ofender. ¡Ó dichosa suerte la mia! ¡Ó dichosa y muy »dichosa mi suerte!» En vista de estos y otros sentimientos de su enamorado corazon, dixo el V. P. Margil: »Todo su hechizo era Maria SS. y la »nube de donde le llovian todos los »bienes:» En solo esta lacónica expresion de tan ilustrado Maestro de espíritu que tuvo en su direccion el de Fr. Antonio, se suponen los muchos favores que como nube sagrada llovia Maria Santísima sobre su alma, por lo que dexándolos su prudencia cifrados en la calificacion de bienes, y cautelando el individuarlos aun despues de muerto, basta para conceptuar que fueron muchísimos y quizás inefables; por lo que tambien será prudente la omision de algunos, que siendo solo intelectuales é imagina-

rios, aun para exponerlos á la fe puramente humana, requerían un sério y exâcto exâmen, que no pertenece á la historia, y mas estribando su verdad en operaciones ciertas y comprobadas. Fueron pues, muchos los bienes y favores que la maternal piedad de Maria Santísima le hizo á su alma, y para conceptuar que fueron como llovidos, basta saber que ella era el seguro asilo á que se refugiaba en todas sus tribulaciones, la benigna Estrella que influía serenidad en sus tormentas, el consuelo en sus aflicciones y tristezas, la defensa en las crueles batallas que tuvo con los Demonios, y que en todos los peligros, en las angustias, en los trabajos, en las dudas, y en todas sus cosas, siempre llamaba á Maria, y hallaba siempre pronto el efecto de su maternal amparo.

Como á Maestra, reverenciaba á la divina Señora, teniendo todos los dias exercicio de leer con atencion profunda una Doctrina de las que le dió á la V. M. Agreda, y con ella no solo renovaba la memoria de los Misterios y de las obras que nuestro Redentor y su purísima Madre obraron en su vida, para franquearnos la eterna; sino que los pesaba y ponderaba como beneficios propios, y los agradecia, procurando imitar las virtudes que en cada Doctrina se contenian, y conservando todo el dia en los ojos de su alma aquellos soberanos exemplares, para arreglar todas sus acciones, y moderar sus sentidos, y que los afectos de su corazon se encendieran mas en un amor humilde, tierno y constante: así lo deseaba, segun una Carta en que decía: »Viva Jesus y su Purísima Madre, y su divino amor viva »en nuestras almas con aquella abundancia y afectos semejantes á los de »nuestra Reyna y Señora, noble, nobilísimo y Real amor, para amar »aquel fruto bendito de su Vientre, »como merece ser amado, y á la que »mereció esta dichosa suerte. Las »nuestras nos vienen por esta gran Señora, y de su Real tesoro nos ha de »enriquecer. Entre mis dichas es la »grande ser Portero de su Palacio: »yo no soy digno de ser Camarero, »por la falta de méritos; pero alégrase mi alma de los que gozan esta »dicha: soy el menor, el mas ínfimo, »por la cortedad de méritos, y así me »considero en la noble y Real Casa »de esta gran Señora, y por eso en la »puerta; pero en el amor no quiero »dar la primacia á ninguno de sus »amantes. Sábelo la misma Señora, y »por eso le pido me comunique su »mismo amor, y nunca cesaré de esta »súplica.»

Bien se ve en ella, que Jesus fue el fundamento sobre que elevó Fr. Antonio la ardiente devocion que tenia á Maria Santísima, y así era necesario que sus amorosos sentimientos se extendieran á la veneracion de su Justo y digno Esposo Señor San Joseph, porque él fue el Querubin que destinó Dios para Guarda del Paraíso de sus delicias Maria, y del Árbol de la vida Jesus: queriendo con esta soberana providencia, que como en el Cielo hay una Trinidad de Personas en la naturaleza divina, Padre, Hijo y Espíritu Santo, hubiera tambien en la naturaleza humana otra adorable Trinidad en las Personas de Jesus, Maria y Joseph: y si á este fin exâltó á Joseph la soberana Sabiduría, y por eso lo elogia la Santa Iglesia en su ministerio, como á esperanza cierta de nuestra vida, y Ministro de nuestra salvacion; con la misma piadosa confianza lo reverenciaba Fr. Anto-

nio, consagrando en su culto los mas tiernos afectos en veneracion de sus siete dolores y gozos, los siete arduos propósitos que en su obsequio, y el de su divina Esposa, quedan ya expresados; y siendo el sentido del tacto el que percibe y distingue la aspereza ó suavidad, la dureza ó blandura de todas las cosas, por tener su principio en el celebro, de donde se difunde por los nervios á todas las partes del cuerpo, se lo tenia ofrecido para que todas sus maniobras, trabajos, dolores y mortificaciones fuesen en memoria de las que hizo y padeció con tanto amor, y en servicio de Jesus y de Maria, y le suplicaba con humilde rendimiento la representáse en la divina presencia, para alcanzarle del Señor una inmaculada pureza, y que en todo solo obrara lo mas acepto á su santo servicio, y voluntad santísima.

Constante en sus devociones y máximas sagradas, no desistió Fr. Antonio en ninguna de ellas hasta el fin de su vida, y siempre fue firme en la cordial que tuvo al Príncipe gloriosísimo y Arcángel San Miguel, como tambien á todos los Coros Angélicos, á su Padre Seráfico, á San Antonio de Padua, y á su familiarísimo exemplar San Diego, en el tenor y modo que ya queda expresado; y era la reverencia con que veneraba las virtudes de todos los Santos tan oficiosa, que consideradas en sus festividades, en los heroicos exemplos que la Santa Iglesa ha canonizado, para emular tan excelentes carismas, tenia formada una lista, que llenaba una plana entera, de todos los Santos Patriarcas de las Religiones, de muchos de sus Inclitos Hijos, y de Santos Mártires, Confesores y Vírgines, á quienes se encomendaba en sus particulares dias, y daba á Dios rendidas gracias por haber manifestado en sus virtudes algunos rayos de su Santidad infinita, pidiéndole su divina gracia para poder imitarlas.

Casi veinte y un años llevaba Fr. Antonio de Colegio, y otros tantos de su afan continuo en penosos trabajos, ayunos, desvelos y ásperas mortificaciones, de lo que le resultaron dolorosos y repetidos estragos. Túrbose el color alegre de su semblante, y maltratadas todas las oficinas de la vida, el estómago, pecho y cabeza, se le recrecieron enfermedades incurables y prolixas, que debilitaron su robusta complexîon, hasta hacerse emática, con una plétora espuria y redundancia de sangre, que no solo incomodaba las facultades de los vasos con la sangre mezclada de humores impuros, sino que le quitaba las fuerzas para todas las funciones naturales. Bien presintió en las molestias de sus enfermedades los llamamientos que le designaban estar su muerte cercana, y aunque esta no le podia ser muy horrorosa, pues todos los dias se exercitaba en meditar sus agonias, y con especial y expresa aplicacion se disponia para ella con las preparaciones que practicaba la V. M. Agreda, le pidió al Prelado licencia para hacer unos Exercicios, diciéndole le convenia entrar en ellos, para disponerse para morir.

Ocurrió entónces el Sacratísimo dia de Corpus, y obtenida la licencia para su Octava, se le relevó del cuidado de la Portería, y de todas otras ocupaciones, y del trato de las criaturas. Solo suplicó no se le privase de velar y dispertar á la Comunidad á Maytines, como lo habia hecho siempre, para no dar fin á este piadoso trabajo hasta los últimos alien-

tos. Era su retiro en una Tribuna que mira al Altar mayor de la Iglesia, en que está el Sagrario, y si uno de los mayores indicios de la devocion que tenia al Diviníssimo Sacramento, era la fogosa inquietud con que les hurtaba á sus ocupaciones los instantes que podia, para correr á la Iglesia á adorarlo, y dexar allí ardiendo sus afectos, ¿ quales serian los de su inflamado corazon en las muchas horas que en la Octava se ponia patente? Gozaba de su divina presencia con la viva Fe con que adoraba la Magestad del amor en su trono, aunque disfrazada en el Sacramento. Allí se deshacia en lágrimas su alma, y en fervientes deseos de gozar de su vista en el Cielo, en donde es indisoluble el vínculo que lo habia de unir con su Amado, y mas sintiendo en ella una poderosa suavidad, ó inspiracion divina, que llamaba con alhago á la pureza de la vida, y lo hacia desear la última hora: con estas amorosas ansias esperaba vigilante de dia y de noche en la oracion, sin perder en ella las lágrimas de sus ojos, pues todas las cobraba su alma con mas graciosa y abundante lluvia, sin dar intermision á sus suspiros, aun en el tiempo que maceraba con mortificaciones y sangrientas disciplinas su debilitado cuerpo.

Con milagrosa providencia parece que solo pudo Fr. Antonio llenar los ocho dias de sus Exercicios, sin que cayese postrado en la cama, pues salió de ellos con tal quebranto de fuerzas, que siendo en la realidad una grave dolencia, la disimulaba como si fuera solo aparente, y receloso de su amor propio, disfrazaba en salud la humildad paliada de la paciencia; pero al tercero dia le asaltó tal indisposicion y escalofrio, que le temblaba todo el cuerpo, y indicaba una fiebre maligna: era de noche y estaba previniendo las luces que habian de alumbrar en los Maytines; y aunque le persuadia un Religioso que se retirara á la Celda, todavia él sospechaba no fuera tan grave su dolencia, y avisado el Prelado, le mandó que se fuese á recoger, lo que hizo con el consuelo que tenia en la santa obediencia, pero persuadido segun se lo dixo á otro Religioso, de que aquel accidente le quitaria la vida: al siguiente dia fue necesario pasarlo á la Enfermeria, y luego que el Médico se impuso en la malicia y síntomas de la fiebre, declaró el inminente peligro, que exîgia de pronto la administracion de los Santos Sacramentos.

Oyó el enfermo este fallo con tanto consuelo, como pudiera oír el de su total alivio, y al instante se dispuso para recibir los otros Santos Sacramentos, con el de la Penitencia, confesándose con el fervor, dolor y lágrimas que habitualmente lo hacia, quedando su alma con la Fe y Esperanza que en él tenia, con una suma paz interior, y serenidad de conciencia: esta se hizo visible, porque un Padre al verlo desahuciado, con el zelo inconsiderado de los que piensan que es necesaria la Confesion general de toda la vida en el artículo de la muerte, se llegó á la cabecera á persuadirle que la hiciera; pero con muy alegre modestia le respondió, que ya gracias á Dios estaba muy de antemano hecha, y en nada le remordia su conciencia. Al punto que se vió en la presencia de Jesuchristo Sacramentado, superando su Fe y enardecido espíritu á la debilidad á que lo tenia reducido la llama y voracidad de la fiebre, se puso de rodillas sobre el mismo lecho; lo adoró, desahogando

el incendio de su abrasado pecho con ardientes afectos, y recibiéndolo con dulcísimas lágrimas, que hicieron prorumpir en devotas demostraciones á la Comunidad que estaba presente.

Recibidos los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, lleno su corazon de consuelo y sus ojos de lágrimas, con humildes y breves palabras pidió á toda la Comunidad, y á cada uno de los Religiosos que le perdonaran los malos exemplos que por su fragilidad les hubiera dado, ó en lo que pudiera haberlos ofendido. Eran sus palabras dictadas de una fraternal y verdadera caridad, con que los habia amado con los mas íntimos sentimientos de su humildad y afecto: y así fueron escuchadas de todos sus Hermanos con ternura, teniendo todos formado el justo concepto que sus naturales prendas, y exemplares virtudes le habian merecido: y pidiendo tambien el Santo Sacramento de la Extrema Uncion, y un pobre hábito para la sepultura, se aumentaba en todos la congoja, y se les hacia mas dolorosa la muerte que veían tan prôxima, y con ella cortada su amable y edificativa compañia.

Llegaron los dolores, fatigas y molestias de la enfermedad al grado de penosísimas y mortales; pero los toleraba con igualdad de ánimo, y conformidad christiana, que le causaba espiritual complacencia; y preguntándole como se sentia, respondia: »Bien se trabaja, ni un ápice, ni un »punto hay de descanso; pero linda»mente, y con alegria, pues se hace »la voluntad de Dios.» No era ponderacion la angustia que lo atormentaba con el ardor de la fiebre, pues le hacia extender los brazos buscando algun refrigerio, y pensando que se quemaba la ropa que sobre sí tenia, y no cediendo á medicamento alguno su voráz llama, consultaron los Médicos si sería oportuno disminuir sus fuerzas por medio de la sangria: Uno la persuadia, pero otro la reprobaba, diciendo que sería solo para cortar mas pronto el hilo de la vida; y preguntándole á Fr. Antonio á qué dictamen se inclinaba? dixo que al último, no por otro respeto sino por el de ser Señor Sacerdote el Médico, demostrando en esto la gran veneracion que siempre tuvo á tan sagrado carácter.

No se sangró, pero él veía que por instantes crecia la fiebre y peligro de acabar la vida, por lo que no cesaba en su laboriosa tarea, usando á las luces de la Fe de los hábitos de las virtudes con admirable tranquilidad y atencion á lo divino: Su continuo exercicio era hacer actos de Fe, de Esperanza y de amor de Dios, de contricion de sus culpas, y de fervorosas invocaciones y jaculatorias á Maria Santísima, deseando trabajar por alcanzar del Señor misericordia, como si hasta allí nada hubiera hecho: y queriendo acabar la vida con la resignacion y conformidad con la voluntad divina, y con todas las disposiciones que por tan dilatados años habia premeditado en los exercicios de la muerte.

CAPITULO XXVIII.

Muerte de Fr. Antonio, su sepultura y magníficas Honras.

NO sin apoyos de la Anatomia, economia animal, y otros argumentos se discurre que todas las fiebres son síntomas significativos de algun afecto inflamatorio interno, y por este raciocinio se infiere bien lo que interiormente padecia Fr. Antonio de dolores, ardentias y convulsiones causadas de la inflamacion ó esphaselo que explicaba tan ardiente y maligna fiebre: por lo que los Médicos lo juzgaron sin esperanza de remedio, y condescendieron con lo que él mismo habia pedido, que era el Sacramento de la Extrema Uncion, el que recibió con devota reflexion y advertencia, que casi hicieron visibles sus sobrenaturales efectos en la alegria con que manifestaba estar su alma fortalecida, para acabar con generosa constancia en sus interiores batallas.

Habia sufrido en el penoso estadio de la cama, las dolorosas pruebas de indecibles tormentos en el cuerpo, y muchos mas en el espíritu: pues segun aseguró su Confesor, no habia tenido ántes ni un resquicio de luz, ni interior alivio, y con solo la luz de la Fe, lidió hasta la última pelea, para que se viese en gloria de Dios, la nobleza y valentia con que auxilian á la alma los Santos Sacramentos, y la gracia que en ellos nos dexó el Señor como invencibles armas: con ellas rebatia las violentas sugestiones con que los Demonios intentaron perturbar la serenidad de su conciencia, y representándole entre tenebrosas confusiones, la série de su vida, solo les respondia: guardé mi Regla, guardé mi Regla: se esforzaban á melancolizar su fantasia para debilitar su esperanza, y abatir su fortaleza; pero él decia, que pasaba sus congojas con alegria, pues se hacia en ellas la voluntad de Dios, y para gloria de su Magestad, le manifestó al Confesor que no habia podido el maligno entrar en aquella Celda por mas que lo habia procurado, y que no pudiendo aterrarlo con las espantosas visiones que solia, al verlo tan angustiado con los ardores de la fiebre, le sugirió en la imaginativa que el único alivio era tomar el cuchillo del cubierto, y con disimulo metérselo en el pecho: pero lo auyentó invocando los Santos Nombres de Jesus y Maria, que eran el terror de su soberbia; y sonriéndose le refirió á su Padre espiritual su vergonzosa fuga, dando al Señor las gracias por la victoria.

Era ya la víspera del nacimiento del Precursor de Christo San Juan Bautista, y haciéndole el Confesor recuerdo de tan grande dia, se llenó de júbilo hasta inmutársele el rostro, y deshacerse en expresiones de su santidad excelsa, é inocente penitencia, en cuya imitacion habia llevado el silicio de cerdas, y sido siempre muy su devoto, pues consta de un papel de su letra, en que daba razon de su interior, y en que decia: »Tal vez me »he ido al desierto con aquel noble »Montañés, mi muy amado por mu»chas razones, y no es la menor el »ser Sobrino de mi Señora, y que »tanto lo quiso, quiérolo yo con ve-

»ras de mi corazon.» Ocurrió tambien esa noche una suave lluvia con que refrescó el viento, y este alivio le fue motivo para dar al Señor muchas gracias, expresando á un Religioso, »que esperaba el total refri»gerio de su fiebre, bañándose aque»lla misma noche en el rio Jordan con »el Bautista, que así lo esperaba de »la tierna devocion que siempre le »habia tenido.»

Alentaban sus deseos las piadosas jaculatorias con que lo auxîliaban los Sacerdotes en sus agonias, las que le eran de tanto consuelo, y oía con tal acuerdo, que en cesando de decirlas, por no fatigarlo, suplicaba ya moribundo que las prosiguieran, no queriendo que por falta de este fuego se entibiáse el interior de su pecho. Con las fogosas ansias que sentia, se incorporó en la cama, y estribando en la pared, luchó casi dos horas en sus mortales agonias, pero siempre con los ojos elevados al Cielo, esperando ver abierto su camino, y falto ya de alientos, se postró de lado en el lecho, y fixando la vista en la Imágen de Christo crucificado, y despues en la de Maria Santísima, plácidamente espiró, sin las terríficas señales y espantosos extremos que suelen tener los moribundos, sino con la serenidad igual á la entereza, resignacion y religiosa piedad que mostró en su penosa dolencia, como efecto de lo que habia practicado toda su vida. Acabó víctima del fuego febril y morboso, atizado del espiritual, el dia veinte y tres de Junio á las diez de la noche del año de mil setecientos y once, á los cincuenta y dos ménos tres meses de su edad, y á los veinte y uno de Religioso.

Al resonar los lúgubres clamores de las campanas del Colegio, correspondieron las de todos los Conventos, y se conmovieron los Prelados á demostrar su caritativa piedad, ofreciéndose á celebrar los funerales oficios del Entierro; pero ya los habia prevenido á todos la del M. R. P. Fr. Antonio Trexo, Provincial de esta Santa Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, quien dispuso, que en atencion á la solemnidad del dia, y pocas horas del fallecimiento, se celebraran á las quatro de la tarde. Con esta providencia tuvo algun desahogo la piadosa aficion que toda la Ciudad le tenia al Difunto, y con ansias ocurrian en numerosos concursos á ver el Cadaver que estaba depositado en la antesacristia: á la hora citada fueron concurriendo las Comunidades Religiosas, que cada una cantaba el Responso, y todas juntas asistieron á las Exêquias, en que fue Preste el M. R. P. Provincial, y se le dió al cuerpo sepultura en la tierra desnuda y comun Sepulcro de los Religiosos: pero así éstos como los Seculares, desde el mas rico hasta el mas pobre, desde el noble al plebeyo, manifestaban con ternura el dolor que sentian en su pérdida, siendo tan general el sentimiento, como lo fue la constante fama de santidad con que lo veneraban, y era nada equívoca la prueba de su estimacion devota, la multitud de gentes de todos estados y calidades que concurrió al Entierro, en las circunstancias del dia.

Era costumbre en toda clase de personas, concurrir la tarde del dia de San Juan atropadas por las orillas del rio, por las huertas y por las calles, atraídas de la amenidad, y de la diversion de músicas y carreras; pero en esta vez, olvidados unos de sus devaneos, otros de sus profanos

cortejos, y otros del juego, concurrieron todos al Entierro, no siendo la Iglesia, los Claustros y el espacioso patio capaces de dar lugar á los innumerables que deseaban ver de cerca el cadaver de un difunto que en su natural hermosura y viveza de sus colores parecia estar vivo, y que con gusto dexaba todas las cosas del mundo.

Apreciables eran en el Entierro las lágrimas de los Religiosos, pues les faltaba la amable compañia, y oficiosa caridad de un Hermano que se miraba él mismo como Esclavo de todos, quando todos veían en él un exemplar de virtudes, y un exemplo que les facilitaba el logro de su vocacion y de su estado: dignos de estimacion eran los tiernos sentimientos de los Nobles y Republicanos, pues se les ausentaba un perfecto desengaño, que abandonando la nobleza y las riquezas, les daba regla para no dexarse prender en los enredosos laberintos del mundo; pero de mas alto y doloroso aprecio eran las voces y lágrimas de los pobres, pues lloraban muerto al que con caridad verdadera y benignidad generosa socorria sus necesidades é indigencias, y con dulcísimas palabras, habia franqueado á muchos los bienes espirituales y remediado á sus almas, y así eran los gemidos de innumerables pobres, una música destemplada que solo daba armonia en los corazones, lamentando sus suspiros á su bienhechor, con la energia de los sentimientos que pudieran manifestar, si vieran enterrar á sus propios Padres. Solo era lenitivo de tan universal sentimiento la fama piadosa, y la experiencia que todos tenian de su religiosa vida, esperando que como habia sido ésta, sería tambien preciosa en la presencia de Dios su muerte.

No faltaron algunas conjeturas para esta piadosa creencia, pero no del peso que puedan dar sólido fundamento á la pluma para expresarlas; pero no debe omitir el que fue principio de la fama póstuma, que hasta hoy goza, el buen olor de sus virtudes. Observaron personas doctas y virtuosas, que habiendo padecido Fr. Antonio nueve dias continuos los crueles síntomas de una fiebre ardiente, maligna, coliquativa, en que el dolor intenso de cabeza, la sed grande y molestas vigilias, desde los principios ponen á los enfermos delirantes, en ningun tiempo del dia ni de la noche se le notó delirio, y aun en medio de sus interiores fatigas, siempre lo hallaron en su entero juicio, y con la reflexion séria para todo lo que se le proponia, y con ella perseveró hasta el último instante de la vida: por lo que, considerando el voraz incendio en que se abrasaba, y los demas tormentos que la fiebre le inferia, creyeron á vista de su paciencia, resignacion y humildad, que el Señor le habia dado en esta vida el purgatorio para que saliera de ella purificado, y fuera á gozarlo en el Cielo: confirmaba esta piadosa persuasion, el ver el cadaver sin los horrores de difunto, ántes admiraban la apacibilidad de su rostro rosagante y hermoso, y el devoto anhelo con que todos solicitaban alguna de sus pobres alhajitas y ropa, no como reliquia de algun Santo, sino como prenda de un Varon tan memorable, que con la inocencia de su vida, hizo venerable su memoria.

Deseaba el M. R. P. Provincial, movido de su buen afecto, y de la pia veneracion con que estimaba á Fr. Antonio, el que se publicaran en Querétaro sus virtudes: pues este fue el plantel en que florecieron, dan-

do con el buen olor de Christo, que fueron sus religiosos exemplos, eficazes desengaños para hollar las honras, y renunciar las riquezas, con todas las demas falacias del comun enemigo, del engañoso mundo, y del amor propio: á tan noble fin dispuso que se le hicieran unas solemnes Honras, favoreciendo tambien con ellas al Colegio, con que su santa Provincia las celebrara, queriendo ser él mismo el de la Misa, y otro condecorado y R. Padre el del Sermon: pero estos explendidos designios se variaron en otro modo, porque acaeció que á ese mismo tiempo se hallaba no léjos de Querétaro el Illmô. y Rmô. Señor D. Fr. Pedro de la Concepcion y Urtiaga, Obispo de Puerto-Rico; y como á mas de ser Querétaro su Patria, era hijo del Colegio, y le tenia á Fr. Antonio aquella natural ternura, que es relativa entre los que han sido Connovicios, circunstanciada con el aprecio que siempre hizo de sus virtudes, se ofreció para condecorar sus Honras, cantando la Misa y demas Oficios: ocurrió tambien el haber llegado al Colegio su Guardian el R. P. Fr. Angel Garcia Duque, que habia estado haciendo Mision en Valladolid, y que habia sido muchos años Confesor de Fr. Antonio; por lo que convinieron todos que él fuese el del Sermon, con cuyo acuerdo se determinaron las Honras para el dia veinte y dos de Julio, un mes despues de su fallecimiento.

Divulgada la noticia, se conmovió toda la Ciudad con tal exceso, que sin distincion de personas, el dia ántes de las Honras, por lograr lugar se introducian entrando con escalas á la clausura del compas ó cementerio, y ocuparon la Iglesia con tan apretado concurso, que los Sacerdotes que decian Misa en las Capillas, no podian lograr paso, y les fue necesario entrar revestidos por la Portería: á la hora citada concurrieron el Venerable Clero, las Sagradas Comunidades, el Ilustre Cabildo, y toda la Nobleza, haciéndose casi imposible el darles su debido asiento: el Illmô. tomó el de su Dosel, y vestido de Pontifical, asistido del M. R. P. Provincial, y del R. Padre mas digno, se comenzó la Vigilia con mas festiva que lúgubre pompa, porque estando en esta ocasion dos Músicos muy diestros de la Catedral de Guadalaxara, con suaves y delicadas voces, hacian que sus cantos figurados robaran las atenciones, y embelesaran los oyentes; pues si la música es una poesia muda que con suave melodía incita los afectos, cantando á fabordon la leccion primera, se conmovieron los corazones á tan natural ternura, que se explicaba con lágrimas. Pero toda la suspension que tenian las imaginaciones, y los ánimos como encantados, se interrumpió repentinamente por un estruendoso estrépito que puso á todos en confusion y peligro; porque sin saberse el orígen, se oían dentro de la Iglesia espantosas voces, que decian que el Coro que estaba lleno de gente se caía desplomado, y así era por arriba y por abaxo universal el estruendo. No era menor el que habia en el cementerio, que no cabiendo en él la gente, estaba toda alborotada oyendo decir, que venia sobre ella un feroz toro: de suerte, que los que estaban en la Iglesia dexaron los asientos huyendo de una ruína, y los de afuera querian entrar para salvar del toro sus vidas; y era tal el alboroto de carreras y gritos, que estropeándose unos á otros, formaron un confuso tumulto, en que todos andaban azorados sin consejo:

pero fue de admirar de personas juiciosas, que habiéndose atropellado y pisado tantos, ninguno saliera lastimado, y reconocian una alta Providencia, en que en mas de media hora que duró el desórden, pues no hubo medio alguno para sosegarlo, no hubiera sucedido desastre ú otro daño alguno, y que por sí solo, se hubiera serenado con tal frescura, como si nada hubiera sucedido.

Luego que el Señor Obispo vió tan inopinado suceso, se retiró á la Sacristia, suspendiendo los Oficios, y logrado ya el sosiego, mandó que se comenzara la Misa, que se celebró con toda solemnidad, y concluida se dixo el Sermon, en que se esmeró el Orador en publicar con voces y con lágrimas las virtudes de Fr. Antonio, correspondiendo el auditorio con iguales afectos, pues le constaba de experiencia ser verdad quanto iba oyendo, y solo le causaba novedad el oírlo junto: y como era grande la multitud y fuga del concurso, no podia dar mas ilustre testimonio de la fama póstuma con que veneraba la memoria de sus religiosas virtudes, que andando en las lenguas y en los corazones de todos un mismo elogio, que lo publicaba Santo, sin que este zozobrase en la vulgaridad, en la malicia, ni en la impiedad de alguno, por ser de todos conocidas las distinguidas qualidades del Sugeto.

Sobre este fundamento se discurrió desde aquel dia, que el escandaloso alboroto que en sus Honras habia sucedido, fue trazado por el Demonio, temiendo que si brillaran las virtudes con que tantas veces lo habia vencido Fr. Antonio, podia su exemplo sacar de su tirano dominio á muchos del auditorio que tenia esclavizados, y para impedir tan santas resultas, fraguó la fantástica revolucion que no pudo lograr su malicia; pues efectivamente muchos mejoraron sus vidas: discurso que tambien hizo el mas fundado intérprete que se podia consultar en el caso, el V. P. Fr. Antonio Margil, que informado de él dice en una Carta: »Gracias al Señor que envió al santo Obispo, y dispuso que »el mundo honráse al que por su amor »lo despreció y acozeó. En medio de »tanta gravedad y devocion, nos hizo »reir el entremes del Coro ó Toro, »para torearse unos á otros; pero no »salió con la suya el Demonio.» Así fue, pues á pesar de su soberbia, no pudo impedir con sus enredos el que todos glorificaran á Dios en su Siervo, ponderando las virtudes con que su divina gracia lo habia condecorado con honoríficos elogios.

Habia sido la sepultura de Fr. Antonio en la desnuda tierra y sepulcro comun de los Religiosos, lo que le hizo considerar al R. P. Guardian, que habiendo pasado ya diez meses, estaria el cuerpo en estado en que era necesario evitar que los huesos se confundiesen con los otros de los que allí estaban enterrados: y como la estimacion con que, como Padre espiritual del difunto, los veneraba, se apoyaba no solo en su propio concepto, sino tambien en la fama comun de Querétaro, suplicó á la muy Ilustre y Venerable Sedevacante de la Metropolitana de México, se dignáse de darle licencia para trasladar los huesos, con las protestas necesarias de hacerlo á puerta cerrada, sin convite, Misa, Sermon, ni luces encendidas, ni mas obsequio que el permitido á una fe piadosa, puramente humana. El Illmô. Señor Dean y Cabildo decretó, y benignamente concedió que se executáse todo como se pedia, con la calidad y circunstan-

cias prudentes que el Postulante previno. En virtud del Auto se executó la exhumacion del cuerpo, que se halló totalmente seco, con la piel pegada á los huesos, pero no desfigurada del todo la fisonomia del rostro, que no dexaba dudar ser de Fr. Antonio. Admiraron todos los concurrentes que ni el cadaver tuviese mal olor, ni aun el propio de la sepultura, ni que tampoco se hallásen gusanos, ni vestigios de alguna corrupcion fastidiosa; y vestido de otra mortaja, por estar la que tenia consumida de la polilla, se puso en una arca cerrada con dos llaves, y esta en un sepulcro de calicanto labrado en el plano de la Capilla de Belen que está baxo del Coro.

A los quince años despues, pasó por esta Ciudad el Señor Doctor Don Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, Capellan de honor y Predicador de S. M. Tesorero y Chantre de la Catedral de México, y despues Obispo de Yucatán, y como amartelado amigo de Fr. Antonio, deseoso de registrar las memorias de la muerte en su sepulcro, le insinuó al P. Guardian que apreciaria ver sus cenizas: y debiendo condescender como á mandato de tan Ilustre Señor, se abrió la arca y se halló el cadaver con los huesos ya limpios del cutis, y puestos en sus lugares propios, aunque sueltos de sus ligamentos: volvióse á notar que no se percibian los hálitos molestos que exhalan las sepulturas, y mas esta que tenia trasminadas las paredes por la grande humedad del sitio. Por este motivo arbitró el Señor Castorena, que se hiciese otra arca de cedro aforrada por dentro de plomo, y que limpios los huesos se pusieran en saquillos de lienzo, para preservarlos de la humedad, que podia con el tiempo consumirlos y borrar la memoria de Varon tan exemplar. Todo se executó con puntualidad, y sin la menor demostracion ó aparato de culto, en cumplimiento de los Decretos Apostólicos, quedando reservados ochenta y dos huesos en una arca quadrada, y cerrada con dos llaves, que en el dia está depositada en la pechina del Presbiterio, que corresponde sobre la puerta de la bóveda en que se entierran los Religiosos, y distinguida con una lápida tambien quadrada.

Puede ser que alguna devocion ménos instruida, despues de leer una vida tan austera, religiosa y contemplativa, eche ménos una dilatada relacion de milagros y portentos, pues por ellos suelen canonizarse por grandes los Santos. Pero baste saber, que segun las incomprehensibles disposiciones del Altísimo, unos Santos los elige para solo su Iglesia Triunfante, y á otros los destina para ornamento de la Militante; y como esta para exponerlos al público culto, y canonizarlos sus Santos, les hace jurídicas, prolixas y repetidas pruebas de sus heroicas virtudes, ántes que las de sus milagros, y de ningun modo aprobaria estos sin preceder relevantes pruebas de aquellas; por eso para proponer al exemplo de los Christianos las vidas de los Varones Apostólicos, no se ha de atender á la admiracion que les pueden causar sus prodigios y milagros, sino al fruto que de ellas pueden sacar imitando sus virtudes.

El que mas á fondo supo y conoció las de Fr. Antonio, fue su Prelado, Confesor y Maestro el V. P. Fr. Antonio Margil, y dando noticia de ellas despues de su muerte, no expresa milagros, pero sí dice su ilustrado magisterio: »Lo principal del Hermano »Fr. Antonio era su Fe y Reyno de

»Dios, que poseía interiormente, y así »toda su gloria la tenia por de den- »tro.» Por eso hablando de los favores espirituales con que el Señor le favorecia, solo expresa que fueron muchos, sin particularizar alguno; acaso para conformarse con la profunda genial modestia y humildad de su Discípulo, que aborreciendo la vana gloria y estimacion mundana, ponia mas estudio en ocultar sus virtudes y espirituales consuelos, que el mayor hipócrita puede discurrir, para que no se descubran sus pecados.

Ni faltaron aun despues de su muerte quienes afirmaran cosas prodigiosas que comprobaban la particular providencia con que el Señor le favorecia, y tambien algunos sucesos que han parecido milagros; pero se debe aguardar tiempo mas oportuno, esperando que si son obra de Dios, su Magestad les dará la calificacion conveniente á su mayor gloria, y se podrán lograr los testimonios auténticos que hasta ahora se desean: pero en todo caso esmérese la devocion en considerar que quanto el Siervo de Dios hizo, obró y se mortificó, lo puede hacer el que como él se disponga á recibir del Señor la misma gracia, y será imitándolo en negarse á sí mismo, venciendo las pasiones, mortificando los apetitos, despreciando las cosas terrenas, y aspirando á las celestiales, y leyendo con estos fines su vida, hallará sin duda muy dignos frutos de penitencia, sin que le haga falta el no leer muchos milagros, para tener al Señor propicio en todas sus espirituales dolencias, y conservar la verdadera vida, que es su gracia.

CAPÍTULO XXIX.

Vida y Virtudes del Hermano Fr. Bartolomé de Jesus y Torres.

FR. Bartolomé de Jesus fue natural de la antigua Ciudad de Baza, del Obispado de Guadiz en el Reyno de Granada; pero es negado á la curiosidad el saber como fue á dar al Convento de nuestra Señora de la Oliva, distante ocho leguas de Madrid, y de la Provincia de Castilla, en el que el V. P. Fr. Antonio Linaz era Prelado, por haberle dado el hábito para la ereccion del Colegio. Era entónces Fr. Bartolomé de veinte y seis años de edad, y debió el V. Padre conocer, no obstante el brio que en sí tiene edad tan florida, el fondo de una vocacion verdadera, quando por su direccion tomó el santo hábito en el humilde estado de Lego: en él seguia los pasos y documentos de un Maestro tan diestro, que enseñaba mas con las obras que con las palabras, y de un Prelado en quien admiraban los Súbditos una humildad profunda, abstinencia continua, mortificacion rigurosa, oracion fervorosa, y encendido zelo de la honra de Dios, y bien de las almas.

Hizo Fr. Bartolo su Noviciado con fervoroso espíritu y ventajosos pasos en el camino de las virtudes, y se vió que desnudo del hombre viejo, lo vistió el Señor como al primer hombre en el Paraíso de hojas de higuera, en que por groseras y ásperas se alegorizaban la penitencia y mortificacion, y de un árbol, que aunque carece de flores, dá duplicados los frutos: pues desde luego comenzó á

sujetar sus pasiones y apetitos, y á mortificar el amor propio, para sujetarse al yugo de la Regla Seráfica, y profesar en ella la humildad, abstinencia y oracion continua, que debian ser los primeros frutos de su alma, y que la dispusieran para dar á su tiempo sazonados los del zelo de la honra de Dios con buenos exemplos, y del bien espiritual de las almas con santos exercicios.

Perseveraba Fr. Bartolomé en aquel Santuario y Apostólico Colegio con mucho consuelo de su espíritu; pero como la Providencia le habia llevado á él para conducirlo á otros destinos, el año de noventa y dos colectaba en España el V. P. Fr. Pedro Sitjar, Mision de Religiosos que el Rey le concedió pudiera conducir para el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, y llamado interiormente á el ministerio, pidió ser admitido en aquel número, lo que facilmente consiguió, dirigiendo el Señor sus pasos al logro de tan santos fines. Luego que llegó al Colegio, se vió ser muy conforme á las Constituciones de su Instituto, porque era muy devoto, de vida aprobada, y apto para todos los exercicios de su estado; pero distinguiéndose en la edificacion y modestia entre los demas, y mas en el buen exemplo de los Seculares, á poco tiempo lo dedicaron los Prelados al laborioso oficio de Limosnero del campo, en cuyos afanes y singulares progresos con que zelaba la salvacion de sus próximos, explicó el Señor el destino á que lo habia llamado.

No eran las tareas de su questa ó mendicidad proporcionadas á que trabajando por el dia, pudiera tener á su tiempo su moderado alimento, y abrigarse á la noche al descanso de la Celda; sino un molestísimo giro en que retirándose del Colegio muchas leguas, iba recogiendo el trigo, el maiz, y demas necesarios para el abasto de una Comunidad crecida, haciendo la limosna en distintas y muy distantes Haciendas, Ranchos y Lugares de diversas Jurisdicciones: pero no era este solo el fruto de su trabajo, sino otros mas nobles y preciosos que se lo hacian tolerable y gustoso, porque no llegaba á parte alguna en donde no excitase la piedad mas remisa, ya con la serenidad de su ánimo, que indicaba la alegria de su rostro, aunque fuese muy fatigado, y en medio de los mayores contratiempos en su carrera: ya con las agradables salutaciones con que aportaba á las casas, y con que se introducia alabando á Dios, y hablando de su infinita santidad, con lo que se iba insinuando para que lo oyeran con afecto, y atendieran á las pláticas que introducia, como muy importantes á la salvacion de sus almas, adornadas de razones y exemplos para moverlos á que rezaran con él la Doctrina Christiana, y el Rosario de Maria Santísima, ú otras devociones.

Con suma discrecion se acomodaba á las calidades de las personas, y segun ellas tomaba la materia de su instruccion; pero era la mas ordinaria persuadir la necesidad y la eficacia de una confesion buena, explicando brevemente sus necesarias circunstancias: de suerte, que como sus palabras eran sencillas, claras y afectuosas, eran tambien encendidos dardos que penetraban y acaloraban los corazones, ya para enmendar la vida y apartarse de ocasiones proxîmas; ya para componer discordias, y unir los mal casados; ya para consolar tristes, y enfermos; ya para infundir en

todos el santo temor de Dios, y que se reconciliaran con su Magestad por la verdadera y sacramental penitencia: para facilitarles á todos los medios de alcanzar la divina gracia, y de perseverar en ella, les proponia muy patéticas, tiernas y eficaces meditaciones de la sacrosanta Pasion de nuestro amorosísimo Redentor Jesuchristo, y les enseñaba el modo de reverenciarla en los pasos ó Estaciones de la Via-Sacra: para este fin iba siempre cargado de cruces, y en las Haciendas, casas y otros muchos lugares las ponia, convidando á todos para que le acompañaran á rezarlas, y encargando con las mas vivas persuasiones no dexaran de continuar una devocion tan santa, y de tanto bien para sus almas. Exhortaba tambien con muchos exemplos y afectos á la devocion de la Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza de las almas, Maria SS. nuestra Señora, y rezaba con las familias la Corona, y les imponia á saludarla siempre, diciendo: Ave Maria Santísima. Tambien llevaba libritos, devocionarios y novenas, que él mismo rezaba con los de los Pueblos y Haciendas, ó para alcanzar del Señor por la intercesion de los Santos, el remedio de las necesidades en que los veía afligidos, ó para socorrer á las Almas del Purgatorio, en que solia verlos muy olvidados.

Muy extraño fuera el que tantos bienes espirituales como resultaban en muchas almas, del zelo y caridad de Fr. Bartolo, las toleraba el comun enemigo de ellas, sin levantar una de sus acostumbradas astucias para impedirlos: y que con rabiosa envidia no sugiriese en muchos sus falacias, para desacreditar su buena fama, y hacer que se le pusiese en la boca la mordaza de la vergüenza, y que no le hiciera tanta guerra con sus simples y legas exhortaciones. Para estos depravados fines le inspiró á un genio díscolo; pero disfrazado con apariencias de zeloso y bien instruido; el que lo denunciara á un Señor Juez Eclesiástico, ponderándole como sospechosas ó abusivas las pláticas familiares que aquel Lego Limosnero les hacia á las gentes rudas, y las devociones que rezaba acompañado de las familias de los Pueblos y de las Haciendas.

Fue felicidad que el dicho Señor Juez era igualmente docto, zeloso y arreglado, por lo que, sin despreciar la denuncia, quiso oír al acusado, y mandó que le llamaran á su presencia á Fr. Bartolo: luego que se le intimó el mandato, compareció sin repugnancia alguna, y se puso en su presencia: y como el semblante es el sobrescrito de la interior inocencia, y intenciones de la alma: al punto que el Juez vió la modestia de su porte, la humildad de su persona, el rendimiento de su obediencia, quedó admirado de su religiosidad, y juzgando temerarias las acusaciones, juzgó tambien que no debia mortificar con cargos infundados la humildad de aquel pobre Religioso, y sin hacerle alguno, le dixo: Padre, vayáse muy en hora buena, y haga lo que Dios le inspirare: con lo que quedó él muy consolado, y confirmado en sus santos exercicios; pues quando la humildad es verdadera, aunque todo el Infierno conspire contra ella, ella misma es su mayor defenza: pero todavia fue mas clara, quando reflexando el Juez Eclesiástico que podia haber faltado á la obligacion de su oficio, en no haberle hecho cargo sobre las Doctrinas que explicaba, siendo puramente Lego, y no habiendo tenido estudios; y para

mejor proceder, quiso satisfacerse de plano, y dispuso el ocultarse en un lugar para oír lo que en sus pláticas decia Fr. Bartolo, y si acaso se propasaba de los límites de una exhortacion christiana: ocultóse pues, y con especial cuidado estuvo oyendo quanto decia, hasta en el modo y palabras; pero admirado de como Dios habla por las bocas de los párvulos, y que el mundo llama estultos, ponderaba la sencillez de sus consejos, la caridad con que los daba, y el buen efecto que tenia, y así recomendaba mucho la virtud de aquel pobre Lego, y le quedó muy afecto, mirándolo con devocion y respeto.

Confundido, pero no escarmentado, quedó el Demonio en el pasado lance, por no haber salido conforme á sus designios, que nunca los logra, si los Jueces son justos y moderados; por eso acalorando en otra ocasion el ánimo de un Señor Cura, con llamas de amargo zelo, hizo llamar á Fr. Bartolo, y sin otro cargo ni preparacion, soltó el raudal de su ira luego que lo vió, y con la mas rígida aspereza y términos muy impropios le riñó, y afeó sus pláticas y devociones; pero el humilde Lego lo oyó sin alteracion alguna, y con el mas reverente modo le dixo: que la caridad lo compelia á avisarle que se dispusiera para su muerte, que estaba muy cercana. Esta importante advertencia, que podia ser aviso del Cielo, fue un golpe que hirió al Señor Cura en lo mas vivo, y exâsperado de su cólera, lo trató con mucha mas dureza; pero fue de admirar que ántes de retirarse de su presencia Fr. Bartolo, se sintió el Señor Cura herido de un accidente tan violento, que en poco tiempo lo puso en el sepulcro.

No fue este suceso tan oculto que pudiera dexar de vulgarizarse, y combinándolo con otros, se confirmaban muchos en el concepto de que eran profecias, y se referian muchos casos que se calificaban del todo prodigiosos: uno fue, que caminando por cerca de la Hacienda de Tamayo, se encontró con un Labrador que habia dexado en la hera de su casa sus semillas, y con repetidas instancias le dixo: Vuelvete, hijo, vuelvete luego á tu casa, porque te importa: y obligado de la fama de las predicciones de Fr. Bartolo, por las quales lo veneraban todos como á oráculo, se rovolvió á su casa, y despues publicaba, que si no lo hubiera hecho, hubiera perdido todas sus semillas en un voraz incendio que sucedió de improviso. Otros muchos casos se refieren como profecias, que necesitaban prolixa averiguacion para calificarlas de verdaderas. No la necesita para darse por adulterina, la que le atribuyen de una mina ó tesoro riquísimo, que está escondido en Bernal, y sobre el que andan algunos papeles que contienen las señales que se han de observar para descubrirlo: y como en él se imponen muchas obras pias, sin mas fundamento, han creído ser de Fr. Bartolo, y con notable ligereza se han empeñado algunos en hallarlo; y lo cierto ha sido que ellos han gastado su dinero, y hasta hoy no se ha visto el tesoro, que ha sido un reato bien merecido; pues debian reflexar que los Siervos de Dios solo buscan el tesoro escondido en el campo, al que segun la parábola del Evangelio es semejante el Reyno de los Cielos, porque en él hallan el abandono de las riquezas del mundo, para enriquecer sus almas con el tesoro infinito de la Pasion y Muerte de Jesuchristo.

En esta fe andaba siempre Fr. Bartolo cargado de cruces, porque del volcan de amor que ardia en su pecho, nacian los rayos con que calentaba á los que lo trataban, no siendo otra la materia mas freqüente de sus meditaciones, el asunto principal de sus discursos, ni el fin á que dirigia sus pláticas espirituales, que el que todos gozaran de ese precioso tesoro, y que subieran continuamente al Calvario, enseñanándoles el camino, para que encendidos los corazones en el amor de tan sagrado como doloroso objeto, detestaran las codicias del mundo, y concupiscencias de los vicios, y quedaran sus almas enriquecidas con este azecito de mirra, para no gustar mas de las mundanas delicias.

Nacia esta caridad que tenia á sus próximos, de la que ardia en su alma para con Dios, pues ambas son un mismo amor dividido en dos afectos, y con el mismo que amaba las almas, hacia quanto podia para beneficiar tambien á sus cuerpos. No solo empleaba sus fuerzas en la obediencia, para solicitar por el amor de Dios las limosnas necesarias para el Colegio; sino que por el mismo amor las fatigaba, para el socorro de los dos Beaterios de San Juan del Rio, y del de Querétaro, y con este auxîlio eran menores sus indigencias: por los caminos les daba á los pobres necesitados, quando no tenia otra cosa, hasta el alimento que habia de tomar él mismo, y era de suma congoja á su espíritu no tener que darle al que encontraba afligido.

Mayor eficacia ponia quando en los Ranchos encontraba enfermos, porque considerando el peligro en que podian estar sus almas, los animaba con dulcísimas palabras á la esperanza de la divina misericordia, y si era necesario los instruia para que se confesaran, les hacia muchos actos de Fe, Esperanza y Caridad, proponiéndoles el tener una contricion verdadera. Habia estudiado para Cirujano ántes de ser Religioso, y de esta práctica se valia para curar á muchos, y para otros ordenaba los mas oportunos remedios; y concurriendo muchas veces con su caridad la divina Providencia, no fueron pocas las curaciones que en casos desesperados se tuvieron por milagrosas.

Por toda la carrera de sus limosnas pasaba Fr. Bartolomé beneficiando á todos con su doctrina y exemplos, pero en la Poblacion de Bernal, era oido y venerado con positivo aprecio, nacido de la claridad y energía de las palabras, y de la eficacia de los afectos con que les hablaba de las cosas mas divinas; y como sabian que era un hombre sencillo y sin letras, se persuadian á que Dios les hablaba por su boca. Pero era la materia de sus pláticas casi siempre las finezas de un Dios hecho Hombre para morir crucificado por el hombre, y ponderar esa Muerte y Pasion, en cuya meditacion recibia su alma luz, consuelo y aprovechamiento; y como esta es la ciencia de los Santos, y siempre estudiaba en ese libro de la vida, necesariamente habia de salir erudito en la escuela de la oracion, y práctico en la sabiduría de la Cruz, para enseñar á otros á aprender con la mayor atencion sus lecciones, asegurándoles hallarian en ellas la instruccion mas sólida y la direccion mas segura para alcanzar la divina gracia y caminar seguros á la Gloria. Con estas máximas doctrinas, logró conversiones de pecadores muy raras, y le dió al Señor muchas almas, diri-

giendo con sus consejos muchas familias que han sabido conservarlos, y hasta estos tiempos las han hecho distinguirse de las que siguen el torrente comun que pervierte las buenas costumbres.

Constante siempre en su edificativa religiosidad y cumplimiento de su estrecho Instituto, llenó Fr. Bartolo el término de su destierro, cayendo gravemente enfermo, y recogido todo al interior de su alma, conoció la cercania de su muerte, y con fervorosa devocion pidió al Prelado le administrase los Santos Sacramentos, que recibió no sin ternura de la Comunidad, que veía acabar su exemplar carrera á un Hermano que edificaba al Mundo con su inocente vida; y resignado en la divina voluntad, murió en el Colegio á los cincuenta y dos años de su edad y casi veinte y quatro en el trabajo de Limosnero del campo, sin haberse distraido en los devaneos del Mundo, porque siempre andaba en el temor santo de Dios y la modestia que pudiera tener en el Convento.

CAPÍTULO XXX.

Vida y Virtudes del Hermano Gonzalo Juan de Pereyra, Donado del Colegio de la Santa Cruz.

EL Hermano Gonzalo Juan de Pereyra fue natural de una Isla de las Canarias, y habiendo pasado al Reyno de Guatemala, no hay noticia alguna que la dé de su vida y lances de fortuna, ni ménos del modo como logró la feliz de acompañar en sus Misiones Apostólicas á los Venerables Padres Fr. Melchor Lopez y Fr. Antonio Margil de Jesus. Pero es evidente que no serian vulgares las pruebas de su desengaño y abandono del Mundo, quando unos Varones de tan calificadas virtudes, que eran venerados como Apóstoles, le admitieron en su compañía, y le concedieron el hábito descubierto de la Tercera Orden, en uso de la facultad Apostólica que para ello tenian, pues á la integridad y perspicacia de su zelo no se podia ocultar el que muchas veces el hábito de Penitencia se ha tomado para lograr á su sombra é hipócrita apariencia, las mas depravadas intenciones; pero tambien sabian que el que desea acertar con el sumo Bien, siempre lo tiene á la vista, y encamina todas sus acciones á él, gobernadas por superiores motivos.

Estos nobles respetos eran el único móbil de todas las del Hermano Gonzalo, y por ellos servia ya en la madura edad de quarenta años como el mas pobre Page y humilde Criado: acompañaba á aquellos ínclitos Héroes de Jesuchristo, sin temer los continuos trabajos de andar á pie tan ásperos y largos caminos, pues hubo vez que llegando los tres á la orilla de una profunda barranca que impedia el paso para la jornada, no se hallaba modo de transitar á la opuesta, y buscando alguna vereda, la encontró algo distante, y quando él salió de su profundidad muy molestado, halló que los Padres estaban esperándole, sin ser dable que pudieran haber pasado por otra senda, pues le constaba que no la habia, por lo

que se certificó que habia sido aquel un vuelo milagroso, y humillado dentro de sí mismo, adoraba la soberana Providencia que favorecia á sus Siervos y á él le franqueaba los trabajos, para acrisolar su espíritu con la mortificacion y penitencia á que le habia llamado, haciendo mérito en tolerarlos, sin otro motivo ni interés que el de hacer su voluntad santísima.

Á este mismo fin dirigia las crueles hambres, calores, lluvias y rios en que muchas veces se veía atascado y mojado, sin tener con que remudar su pobre saco: á él mismo admiraba la intrepidez con que ni temia la cólera de los Bárbaros enfurecidos, ni á las fieras de aquellas montañas, ni aun á los mismos Demonios, porque solo dominaban en su corazon el temor y amor de Dios, que nunca le dexaron destituido de los soberanos auxilios con que gobierna á los que sólidamente le aman y con pura intencion enderezan todas sus acciones á su mayor honra y gloria y al bien de las almas. Ese mismo amor y temor filial le eran un noble incentivo para anhelar á que toda su vida fuese una oracion perpetua y contemplacion continua, pues no solo oraba con sus afectos y palabras, sino tambien con sus penosas obras, porque las formaba todas en la voluntad divina, y no perdiendo de vista la divina presencia, andaba siempre en una oracion fervorosa y en una indecible serenidad de conciencia y consuelo de su alma.

Buscando esta tranquilidad de espíritu, que desde el principio de su vocacion habia sentido en la direccion de su Padre espiritual el V. P. Fr. Antonio Margil, en el mismo año de mil seiscientos noventa y siete que la obediencia le hizo venir á ser Guardian del Colegio emprendió el Hermano Gonzalo su viage para Querétaro, saliendo de Guatemala solo, á pie descalzo, y sin mas equipage para tan largo y desproveido camino que el de la Providencia del Altísimo, en cuya proteccion fiaba todo su alimento y socorro; pero no queria el Señor que confiase de otro su espiritual consuelo, ni esperase otro que el que podia venirle de su mano, y así dispuso que á poco tiempo de llegado al Colegio, su mismo Padre espiritual y Prelado, decretara con el Discretorio, que atendiendo al buen exemplo que dió acompañando á los Padres Misioneros en Guatemala, y al que daba en el Colegio, se le diera el hábito de Donado, por ser utilidad del Colegio el que fuera á España y á Roma acompañando al R. P. Fr. Francisco Estevez que iba de Procurador con varios negocios.

Recibió Gonzalo esta obediencia con la resignacion y prontitud de ánimo que pudiera si hubiera hecho voto de ella, y al mismo tiempo todos los bienes que deseaba su alma, pues siendo de providad manifiesta la religiosidad y zelo del V. P. Estevez, no pudo carecer su espíritu del consuelo que buscaba, y variando solo de Piloto, no ménos ilustrado que el que hasta entónces le habia dirigido, y en cuya alma reverberaban los rayos de la verdadera sabiduría, siguió el curso de su espiritual navegacion, sin atender á otro influxo que al del inmoble Astro que moderaba sus interiores impulsos, y al que los enderezaba por el rumbo mas cierto al Puerto mas seguro. Era la brúxula de su alma una humildad ingenua que siempre le guiaba á la posesion de todas las demas virtudes, pues reverenciaba al Padre con rendimientos de Criado,

y le obedecia y servia con el mayor respeto.

Con esta misma mira observaba una pobreza evangélica y una castidad que influia con su buen exemplo y modestia: por eso en calidad de Criado iba en el navio, sufriendo con silencio sus indecibles incomodidades, y en tierra no se avergonzaba de ser tratado como un asalareado, que no saca de su trabajo mas que el necesario alimento: con este abatido modo y agradable estilo acompañó al V. P. Estevez en todos sus pasos, que fueron largos y penosos, así para promover sus negocios en España, como para colectar la Mision que envió á Indias, y pasar despues á Roma: entró en ella con gran júbilo de su alma, y con igual fervor hizo las diligencias para ganar los inestimables tesoros de gracias que se les franquean á los Católicos en aquella santa Curia.

Vuelto á España, le acometió un grave accidente que el vulgo llama ayre, y en sus efectos fue una hemiplexia que le causó alguna privacion ó inmobilidad de los sentidos exteriores, y no sin turbacion de los interiores, aunque no capaz de privarle el uso cabal de la razon. Con este nuevo caudal de merecimientos, no descaeció el intrépido ánimo de Gonzalo para llevar de muy buena gana las incomodidades del navio, ni desflaqueció su espíritu para proseguir á pie sus caminos, sirviendo á su V. Padre y Compañero con la humildad de un pobre Donado, y al Colegio como el mas rendido de sus Súbditos. Duró este dilatado viage casi cinco años, y como pasaban ya los cincuenta de su edad, no pudo restablecer su antigua robustez, y llegó al Colegio sumamente aquexado con las repeticiones del accidente, que no pudiéndose curar con método, habian hecho habitual sus gravosos trabajos.

Correspondiente á ellos era el que solicitara su alivio en la caridad con que en el Seminario se atiende y se sirve á los enfermos en un todo de alimentos y medicinas, sin distincion de estados ni de personas; pero era humilde de corazon, y sentia tan baxamente de sí mismo, que se reputaba indigno de que nadie le estimase y de que ninguno le sirviese, y así lo dilataba en el padecer, gozando su alma de una paz inalterable en las tribulaciones mas fuertes, y sacrificado al amor y servicio del Señor, como si empezara de nuevo, en todos los quince años que le duró la vida. Tuvo un espíritu tan pronto á la obediencia, que no discurria en los mandatos, porque veneraba á Dios en los Prelados, y si alcanzaba á conocer su voluntad, era exáctísimo en cumplirla.

Mortificaba sus debilitados miembros con una abstinencia tan rígida, que nunca se desayunaba, y si el Enfermero le obligaba algunas veces á tomar algun alimento, condescendia rara vez, tomando unas sopas de pan y ninguna de chocolate, porque siendo de su gusto, se lo tenia al Señor ofrecido. Solo en los alimentos del alma era sumamente diligente, y siendo la oracion el mas necesario para su espiritual subsistencia, practicaba la doctrina del celestial Maestro, de que en todo tiempo se debe orar, y sin intermision se ocupaba en este santo exercicio. Era de edificativo exemplo ver á aquel humilde y enfermo Donado asistir cargado de trabajos, años y dolorosos accidentes á la media noche á Maytines, y seguir todos los demas actos del Coro y de la Comunidad como si tuviera una salud robusta, y era porque como en todas

sus obras ponia al Señor por único fin de ellas, y le tenia siempre presente, el deseo de unirse con su Magestad con íntimo amor, no le permitia omitir diligencia alguna para conseguirlo por todos los medios posibles.

De los que se valia como mas eficaces, era el principal el gastar las horas que le sobraban de las asistencias de Comunidad, y muy pocas de sueño, en las santas meditaciones de la Pasion y Muerte de nuestro Redentor Jesuchristo, andando con tierno afecto y puesto en cruz, los dolorosos y afrentosos pasos con que su Magestad subió al Calvario, y crucificado dió su vida por la Redencion del Mundo. Veneraba y adoraba este sangriento sacrificio en el incruento que se representa en el Augustísimo Sacramento del Altar, y freqüentaba la sagrada Comunion con especial devocion y ternura, recibiéndole con la preparacion que si fuera Viático para partir de esta vida. Era tambien extraordinaria la devocion con que reverenciaba á Maria Santísima, rezando todos los dias su Corona, y venerándola como á su especial Abogada. Tambien se valia de otros muchos Santos para alcanzar del Señor sus divinos auxîlios, y con especialidad, de N. S. P. San Francisco, de quien siempre anheló á ser su verdadero Hijo: con este deseo, aunque nunca profesó guardar su primera regla, era admiracion de todos ver la estrechísima observancia con que la guardaba, pero especialmente su evangélica pobreza, siendo tan extremosa, que nunca tuvo cosa alguna de su uso, ni aun aquellas alhajitas triviales que les son á los Religiosos casi necesarias: su hábito y sandalias estaban tan del gusto de su Seráfico Padre, que á mas de ser el desecho de otros, estaban cargados de remiendos sobre remiendos.

Con estos muros tenia el Hermano Gonzalo tan cerradas las puertas de sus potencias y sentidos á todo lo del Mundo para que el comun enemigo no pudiera introducir en su alma sus astutas é inmundas sugestiones, con lo que era un espejo que no demostraba en su fondo sino imágenes de la pureza, y en que solo se descubria la bella flor de la castidad y hermosa rosa de la pudicicia, cercada de fuertes espinas de mortificacion y penitencia, por lo que en todas sus acciones, palabras y sentimientos era exemplar de la disciplina que debe formar á un Religioso, de cuyo estado nunca se juzgó digno, y siempre vivió muy alegre en el de un pobre y humilde Donado.

En él le asaltó la última enfermedad, en la que fortalecido con los santos Sacramentos, y con una paz interior que le facilitaba los actos de Fe, Esperanza y caridad murió, llenando los sesenta y seis años de su vida, de los que sirvió á Dios y al Colegio de Tercero y de Donado veinte y seis, con universal aprobacion de los Religiosos y exemplo de los Seculares, de que fueron pruebas los elogios con que todos honraban su memoria, y la distinguida sepultura que le dieron á sus cenizas, habiendo fallecido el mes de Abril de mil setecientos y quince años en este Colegio de la Santa Cruz de Querétaro.

LIBRO TERCERO.

Progresos de las Misiones de Infieles.

CAPÍTULO PRIMERO.

Fundacion de las Misiones de San Francisco Xavier en la Provincia de Texas.

SOBRE los breves rasgos que el R. P. Espinosa dexó tirados en la gran tabla de la Provincia de Texas, indicando las providencias que se solicitaban para la ereccion de nuevas Misiones en el rio de San Xavier, debe delinearse la base de su Historia, pues en ellas estrivaron todas sus lineas, y de donde dimanaron tan opacos claros, que sí representan los objetos, pero no con la brillantez que es propia de sus figuras, por lo que es preciso definir con sombras sus contornos, para sacarlas del bosquejo á su última mano, y del modo que la obscuridad de las tinieblas contribuye para representar el resplandor de las luces: de suerte, que habiendo sido demasiada la tinta que se derramó sobre esta misma plana para denigrar la zelosa actividad de los Misioneros, y confeccionada de fastidiosos humos para obscurecer su religiosa conducta, le es preciso á la pluma el mas delicado tiento para no tomar de ella sino la muy necesaria para descifrar el concepto legítimo de la verdad, y que resalte su cabal idea, sin permitir licencias al capricho ni fantasias á la pasion.

Siempre fue en los Misioneros una de las penosas tareas que se impusieron desde el principio como obligacion de su ministerio, el viajar en qualquiera tiempo por los montes, rios y costas de aquella tierra en que moran los Gentiles, ó para atraerles con dádivas y persuasiones al conocimiento de Dios, agregándoles á las Misiones, ó para buscar á los que acordándose de la libertad gentílica se refugian á ellas, huyendo de la Doctrina Christiana, aunque sea á costa de grandes esfuerzos, trabajos y peligros, porque si no, es necesario que como errantes ovejas perezcan y eternamente se pierdan. Con estos fines se encuentran Rancherías de Bárbaros que se ocultan en aquellas breñas, y mas en el rigor del Invierno, en que buscan su abrigo y estan destituidos de los socorros del campo. Freqüentando estas apostólicas correrias el P. Fr. Mariano Francisco de los Dolores

y Viana, dió en un gran rancheage de varias naciones de Mayeyes, Yojuanes, Deadoses, Vidais y otras, con las quales se fue insinuando; y dándoles tabaco, dulce y buxerias de las que contentan á las Indias, logró la ocasion de proponerles las verdades católicas, y la necesidad que tenian de conocer á Dios para no perder sus almas, y que de ser Christianos se les seguirian muchas conveniencias temporales para el mantenimiento de sus personas, sin tanto peligro y trabajo en que andaban todo el año. Estas fueron las que mas llenaron sus corazones, pues como carnales, no percibian mas felicidad que el tener llenos los vientres, y para que ellos vieran la verdad de sus propuestas, les convidó á que se vinieran con él á la Mision.

Pero no es la verdad ni la honra las que tienen lugar en sus limitadas almas, y temiendo algun engaño, solo dixeron: que en otra ocasion irian, y ninguno quiso exponerse al peligro; pero el Padre, que ya habia concebido vivas esperanzas de su reduccion, aunque se volvió á su Mision, les enviaba recados y algunas cosas con los Indios, que correspondian con buenas palabras, hasta que diez y siete de los mas principales se determinaron á ver lo que no creían, y viniendo á la Mision, hallaron lo que no pensaban: les satisfacia mucho la abundancia de la comida y ropa que los Indios tenian, pero el Padre les desengañaba de que no era esa la única felicidad que les prometia, porque esta es corruptible como los cuerpos, que se convierten en tierra, sino otra muy mayor para sus almas, que no podian lograr sin conocer á Dios ni oir la Doctrina Christiana, para lo que era necesario que se reduxeran á vivir en la Mision, como los Indios que estaban en ella: despues de varias conferencias, se dieron por convencidos, y respondieron: que aquellos Indios no eran sus parientes ni de sus Parcialidades, y por eso no podian vivir con ellos: que ellos serian Christianos, quando los Padres fueran á ponerles Mision en sus tierras y en donde tenian su Ranchería, la que los demas no podian desamparar.

No era irracional la respuesta, pues el puesto de su Ranchería distaba sesenta leguas de San Antonio, y la tenian situada en un Valle que estaba sitiado de los montes de los dos rios de las Animas y San Xavier, en el mismo fondo en que se juntan, con lo que lograban estar resguardados y tener valladas sus familias y caballadas en las invasiones de los Apaches, y al mismo tiempo sus abundantes frutos de nueces, nísperos, ciruelas, ubas y otros muchos que atraían á ellos la caza de los Osos, Venados, Cíbolos, Pavos y Conejos; pero la mas fuerte razon era, el que aquel sitio era como un centro de todos los rumbos en donde moraban sus parientes y parciales, pues siendo muchas y numerosas sus naciones, les era preciso dividirse para poder mantenerse, pero en tal proporcion, que si por guerra de los Apaches ú otra causa quisieran juntarse, con humos se avisaran para hacerlo.

Bien veía el zeloso Misionero que para esa nueva fundacion de Misiones se habian de ofrecer mil imposibles, y que el enemigo comun de las almas habia de jugar todas las astucias para impedirla; pero como era tan conforme á sus designios, facilitando la comunicacion con todas esas naciones, en que pudiera el zelo apostólico coger copiosísimos frutos que no se podian lograr de otro modo,

despidió á los Indios, no sin esperanza de tener cumplimiento sus deseos. Es cierto que era tan arduo como glorioso el empeño, pero pareció facilitarlo la divina Providencia con que en aquella coyuntura fuera Visitador de las Misiones, por comision del M. R. P. Comisario General, el R. P. Fr. Francisco Xavier Ortiz, al que estando en la Mision de San Antonio, se le presentaron muchos de aquellos Gentiles, mandados de quatro que venian como Capitanes de las sobredichas Naciones, y le pidieron que fuesen Padres á sus tierras para poner en ellas sus Misiones; y aunque les contextó con varias razones, á todas daban salida con repetir su demanda.

Ya era de considerar un negocio en que el R. P. Visitador se haría cargo de la salvacion de muchas almas, y del servicio de ambas Magestades; y para darle el mas sólido fundamento, le pareció necesario dar cuenta de él al Capitan del Presidio de San Antonio, para que como tal, y Justicia mayor de la Villa de San Fernando, pasase con sus Oficiales y el Escribano, y exâminase con la mayor exâctitud la pretension de los Indios: hízose así, y requeridos dixeron: que querian que fuesen los Padres á sus tierras y les pusieran Mision como en San Antonio, y respondiéndoles el Capitan, que era mas fácil y mas pronto el que ellos se vinieran á San Antonio, y allí se les pondria separados de los demas Indios, replicaron: que ni podian alexarse tanto de sus parientes, ni dexar aquella tierra que estaba en el intermedio de los Texas, y en proporcion para el comercio con ellos, que era el modo de adquirir los fusiles y otras cosas necesarias, ni podian separarse de las naciones vecinas y aliadas, por estar mezclados con ellas, y casadas unas con otras: intimóles tambien el Capitan, que si se les ponian Misiones habian de estar sujetos á los Padres, y asistir á la Doctrina Christiana, como lo veían en San Antonio, habian de trabajar en las siembras para mantenerse, y estar á la obediencia de los Españoles que les pusieran para defenderlos de sus enemigos; y condescendiendo ellos á todo, el Capitan les prometió en nombre del Rey que los ampararia con su patrocinio y con sus Reales armas contra todos sus enemigos. No obstante tan solemnes promesas, instaron en que se les diese un Padre que fuera con ellos á ver sus gentes, y que les enseñara lo que habian de hacer como en San Antonio; pero no juzgando por entónces conveniente darles este consuelo, aunque se fueron á sus tierras, repetian desde allí sus instancias, que divertia el P. Fr. Mariano con hacerles algunas amistosas visitas.

De todo lo procedido ante el Capitan le pidió testimonio el R. P. Visitador, y pasando á México lo presentó con otros documentos al Exmô. Señor Virrey, para que en su vista mandara lo mas conveniente al servicio de ambas Magestades: S. E. lo remitió al Señor Fiscal, quien respondió, que para pedir lo mas conveniente al Real servicio y propagacion de la Fe, informaran sobre él con toda expresion é individualidad el Gobernador de la Provincia, el Capitan del Presidio y el P. Presidente de las Misiones. Ántes de estos, fue necesario interponer el Padre Visitador su informe, apoyando con la consulta de los quatro Padres mas antiguos, graduados, y que habian sido Misioneros en Texas, las conveniencias y necesidad de ponerles Misiones á las Na-

ciones que las pedian, amparadas de un Presidio; porque habiendo pedido el Señor Auditor de Guerra, que informara sobre esto un Sugeto que vivia en México y habia sido Gobernador de Texas mucho tiempo, fue preciso satisfacer á sus réplicas y contestaciones, como evidentemente ilusivas, y tan agenas del ministerio Apostólico, que para evitar la ereccion del nuevo Presidio, queria que se llevaran las familias de los Indios pretendientes mas de cien leguas á las tierras de los Texas y se radicaran en ellas, y sin saber si serian admitidas, dice en »su informe: »Así se logrará el efec»to conveniente y mas importante de »que se restituya á los pobres Texas »el consuelo que se les ha quitado, »pues estoy ciertísimo lo recibirán »con notable regocijo, que repetidas »veces los ví lamentar con lágrimas »el haberlos dexado: no porque diga »yo que lloraban la carencia del in»greso á nuestra Santa Fe, pues nin»gunos Indios de los que he comuni»cado dan esta causal, sino la del co»mercio de sus frutos y comunicacion, »y esto es lo que los ha de ir redu»ciendo.»

Por sí mismos se hacen ver en este proyecto, el destino que en él se les dá á los Misioneros, y el nuevo modo que inventa para la reduccion de los Indios; y como quiera que el Caballero fue largo tiempo Gobernador en Texas, para justificar su desamparo, cumpliria con las obligaciones de su cargo, para lo que tendria muy presentes las Leyes de Indias, en que se les manda á los Gobernadores »que luego que lleguen á las »Provincias, procuren darles á enten»der á los Indios por medio de los In»térpretes que los envian á enseñar»les las buenas costumbres, á apartar»los de vicios, y instruirlos en la San»ta Fe Católica y Misterios que los »Religiosos les enseñen: é igualmen»te se les manda que hagan derribar, »quitar y quiten los ídolos, aras y »adoratorios de la Gentilidad, y sus »sacrificios, y hacer otras abominacio»nes contra nuestra Santa Fe Católi»ca, y toda razon natural: y por eso »en conseqüencia del primer efecto, »y mas importante que dice se logra»rá con su proyecto, que es restituir »á los pobres Texas el consuelo que »se les ha quitado,» se debe decir: que si en el largo tiempo de su gobierno cumplió con la grave obligacion que le mandan las citadas Leyes, y conforme al espíritu de ellas; es muy christiana la compasion que muestra de sus lágrimas; pero si no les habló ni una palabra de las que manda la ley; si no les derribó ni quitó los ídolos, aras y adoratorios, sino que los dexó en la bárbara libertad de sus abominaciones, es muy exótico el arbitrio y pésima ocupacion la que les impone á los Ministros Evangélicos. Pero éstos bien instruidos por el Maestro de la verdad y justicia, viendo que en catorce años de esfuerzos y trabajos, no pudieron conseguir que esos libertinos idólatras recibieran, ni los mas heroicos oficios de su caridad y su zelo, ni que oyeran su doctrina y santos consejos, debieron sacudir las sandalias para no sacar ni el polvo de tan ingrata tierra.

Quando en México se pasaba el año en esos debates y pareceres, en San Antonio fatigaban con instancias los Indios al P. Fr. Mariano, para que se fuera á San Xavier con ellos y les cumpliera lo que les habia prometido, mal entendidos de que los habia engañado, por lo que el Padre esperanzado en que no podian tardar los ór-

denes y providencias Superiores, se fue con ellos, avisándole á S. E. y tomándo dictamen de ello al Señor Auditor, conforme á él mandó por su despacho. »Que el Gobernador de »Texas mandara diez Soldados al pa»rage de San Xavier, y el Capitan de »San Antonio otros doce, apercibién»doles que coadyuvaran con la ma»yor diligencia, actividad y eficacia »al establecimiento de la poblacion ó »poblaciones convenientes, al buen »trato de los Indios congregados, y »que de nuevo se congregaran, aca»riciando á unos y otros por todos »modos y medios posibles, sin ocasio»narles la mas leve quexa, pena de la »vida: á cuyo efecto, y que en el todo »lo tuviera esta resolucion, procura»ra dicho Gobernador, en la eleccion »que hiciera de los diez Soldados, »fueran estos de todas buenas cos»tumbres, zelo, inteligencia, aplica»cion al trabajo y á la enseñanza de »los Indios, y que tuvieran á los Re»ligiosos Misioneros el respeto y »atencion debida.» Iguales órdenes se le mandaron al Capitan de San Antonio en Despacho de Febrero del año de quarenta y ocho.

En virtud de él envió el Capitan de San Antonio con los Soldados, á su Teniente Don Juan Galvan, y el mismo dia que llegó á San Xavier le pidió por escrito el P. Fr. Mariano de los Dolores, que certificara en debida forma el estado en que hallaba aquella tierra: »lo que hizo certificando »haber hallado á los Padres Misione»ros sin Soldado alguno, y acompañados de muchos Indios Gentiles con »sus familias, y que cada dia iban lle»gando otros muchos: que ya tenia »hechos algunos xacales para vivir, »cercados con estacada fuerte, y pre»venidas yuntas de Bueyes bien ape»radas, y semillas para sembrar las »tierras, y que los Indios andaban ya »vestidos con la ropa que les habia »repartido el P. Fr. Mariano, y co»miendo del maiz y ganado de San »Antonio.»

Fomentaba tambien el Colegio en quanto podia, estos tan prósperos principios y empeñándose con sus Síndicos, les remitió á los Padres y á los Indios nuevamente agregados un moderado avío de lo mas necesario para sus personas y demas necesidades, que son indispensables en tales casos. Con este motivo pasó á San Xavier el P. Presidente Fr. Benito Fernandez de Santa Anna, para satisfacer al órden que tenia de S. E. para que informara segun la peticion del Señor Fiscal, lo que por quebrantos de salud no habia podido hacer, y reiterando el Señor Virrey el mandato, le ordenaba diese cuenta de estar fundadas las tres Misiones nuevas, con individual expresion de todas las familias de Indios congregados en cada una de ellas, con otras muchas circunstancias de la materia.

Á todo satisfizo el P. Presidente como se le ordenaba, resultando de su informe haber fundado la Mision de San Francisco Xavier con tres Naciones, de las que todavia estaban en el monte muchas familias, y quedaban en aquel dia exîstentes y en padron de hombres, mugeres y muchachos, ciento noventa y quatro personas. La Mision de San Ildefonso la habia poblado con otras tres Naciones, cuya mayor parte estaba detenida por las lluvias en el camino, y quedaban exîstentes en ella ciento noventa y nueve personas. La Mision de la Candelaria no habia podido fundarla por tener el rio Colorado mucha creciente, y no darle paso á las dos Nacio-

nes que habian de poblarla, como se verificó en pocos dias, y quedaron en ella empadronadas las personas que despues se arreglaran. Resulta tambien haber registrado personalmente y con testigos, las circunstancias del rio, el que medido en el parage mas sólido, se halló tener diez y seis varas de agua, y mas de media de prufundidad: afirmándole los Soldados que en el rigor de la seca vivieron en sus orillas, y que llevaba como la mitad de la agua que en aquel dia corria, y que, aunque fue muy larga la seca, nunca se vió que se cortara. En quanto á las tierras de labor dixo: que en las dos bandas del rio las hay para sembrar y sustentar sin escasez á todos los Indios de la Provincia de Texas.

La necesidad de un Presidio grande para la defenza de aquellas Misiones, la hicieron visible los Apaches que acometieron á la de San Xavier con increible furor y empeño, irritados de que aquella nueva poblacion era un poderoso obstáculo á sus correrias, y si se formalizara en aquel parage un Presidio por ser el mas cercano á sus guaridas, les habia de ser muy incómodo para lograr sus robos, y sus retiradas; por lo que en quatro ocasiones lo hostilizaron en aquel año, tirando á asolarlo á sangre y fuego; y aunque mataron tres Soldados y quatro Indios, y se llevaron los caballos, pero mirando su excesivo número, su bárbaro arrojo y su porfiado empeño, quedaron los habitadores de la reciente Mision persuadidos á que el no haber experimentado la total destruccion que temian, solo podia ser por el amparo de la proteccion divina.

Remitidos todos los informes á S. E., en su vista dixo el Señor Auditor en su respuesta, »que fuera ya »temeridad dudar de la buena disposicion y adelantamiento de la fundacion plantada ya en San Xavier; »y que ya era precisa la creacion de »un nuevo Presidio con su Capitan, »y cincuenta plazas de Soldados escogidos y bien morigerados: Pero »que como esto habia de tener alguna dilacion, convenia entretanto, y »desde luego, providenciar el suficiente resguardo de dichas Misiones; por lo que pidió que S. E. mandara, que se mantuvieran allí las »dos esquadras de los Adays, y de la »Bahia del Espíritu Santo; que el »Gobernador de Coahuila destacara »quatro Soldados de su Presidio, y »diez del de el Sacramento, que pasando al de el Rio-grande, se quedasen allí sujetos á los pagamentos de »su Gobernador y Capitan, y que de »allí se destacaran diez y seis Soldados »que pasaran al Presidio de San Antonio, y el Capitan de éste remitiera »diez y ocho Presidiales suyos á San »Xavier, y que se mantuviesen allí »asistiendo muy particularmentte á »los Reverendos Padres Misioneros, »y coadyuvándoles para la enseñanza y direccion de aquellos Indios: y »que el Capitan de San Antonio enviara un Oficial con grado de Teniente que comandara á todos los »destacamentos.

Todas estas providencias de Soldados multiplicaron la gente, pero no llevaron la alegria del consuelo que se esperaba, ántes la revolucion hecha en seis Presidios, quedando los Soldados sujetos á los pagamentos de sus Gefes respectivos, y éstos muy distantes, fue la causa de que se conjuraran contra las Misiones como declarados enemigos: ya se ve quan distante estaba el Señor Auditor de es-

perar tan fatales efectos, que desde los primeros destacamentos tenia precavidos, pidiendo se les intimaran las penas mas graves si dieran ocasion de quexas; y á los Superiores se les mandara que hicieran eleccion de los Soldados que fueran de mejores costumbres, y que se encargara al P. Presidente que amonestara á todos el que vivieran con la mayor moderacion y edificacion para con aquellos Indios; pero el Señor Fiscal confió poco de estas precauciones, y instruido de la experiencia de otros semejantes casos dixo: »que el Señor Auditor arbitra»ba aquellas providencias, porque juz»garia que los quarenta y ocho Sol»dados destinados al parage de San Xavier, eran de naturaleza y calidad »Angélica, y no de la de Españoles »y gente de otras calidades.»

Lo cierto es, que si las sabias y arregladas providencias que se ordenaron en los despachos del Señor Virrey hubieran sido obedecidas, ni los Misioneros hubieran tenido mas que desear ni pedir, ni se hubieran conspirado Gefes y Soldados con las fuertes contradicciones que tanto les dieron que sentir y padecer. Ni dexó el Señor Auditor de hacerse cargo de que el Gobernador de Texas y el Capitan de la Bahia, segun se lo insinuaba el P. Presidente, se habian manifestado poco afectos al establecimiento de las Misiones, sintiendo el que se ocupasen en ellas sus Soldados, y que por eso estaban los Soldados poco propicios á él; pero creyó mas aquel Ilustre Togado al honor que animaba su pecho, y le pareció increible que unos Gefes Militares no dieran pruebas de su nobleza con la subordinacion debida, y que no evitaran el desdoro de su honra, quando se les conminaba el que á la menor quexa se tomaria contra ellos la mas severa y rigurosa providencia.

Con todo, fueron materia de disgustos los movimientos de los seis Presidios, y el orígen de la suma violencia con que hacian el servicio los Soldados: veíanse en un continuo sobresalto, por las astutas irrupciones de los Apaches, muy distantes de sus familias y mugeres, en total indigencia de alimentos, sin auxîlio en sus enfermedades, mal aviados de armas y sin caballos; y no sabiendo el fin de sus trabajos, miraban aquella tierra como un duro cautiverio: por eso no pensando mas que en sus penurias, no hallaban otro remedio que el salir de ella, y que se despoblaran las Misiones: á este fin se exforzaba tambien el Demonio, sugiriéndoles su maliciosa astucia los falsos informes de que en aquel sitio no habia tierras para labores, ni el rio tenia agua para riegos, ni aun Indios para poblarlas; y denigrando el zelo y las relaciones de los Misioneros, con evidentes imposturas fatigaban su paciencia, y los tenian siempre afligidos con nuevos afanes y desvelos, no siendo el de su menor cuidado los influxos y agravios que les hacian á los Indios.

Ignorantes de su propio bien, no advertian que ellos mismos retardaban su remedio, consistiendo éste en las providencias que demoraban sus informes; pues representando todo lo que podia ser contrario á la ereccion del Presidio, y á lo que habian instruido los Misioneros, no habian de partir de ligero los Superiores por solo sus reclamos, y los compelian con ellos á justificar sus providencias, mandando practicar nuevas diligencias. Para ellas ordenó el Señor Virrey que fuese un Juez, que siendo Militar, comandase los destacamentos, y al

mismo tiempo hiciese las diligencias exâctas y arregladas á la instruccion y órdenes con que debia formalizarlas, y obrando en todo con citacion de los Ministros de las tres Misiones.

Comisionado para ellas el Teniente de Capitan del Presidio del Sacramento, ó Santa Rosa, Don Joseph de Ecay y Muzquiz, las practicó tan fieles y desinteresadas, que no se habrán practicado mas en otra semejante causa: porque fueron públicas, notorias y patentes, y asistidas de muchos de los que habian desacreditado los informes de los Misioneros: á vista de ellos se midieron con cordeles los planes de laborío inmediatos á las Misiones: se midió el ancho del rio, y despues de una seca de cinco meses tuvo ocho varas y media de profundo: se hicieron los padrones, yendo á cada Mision, quando los Indios respondian á la voz de su Ministro la Doctrina Christiana, y no obstante que muchos andaban solicitando alimentos por el campo, se contaron uno á uno existentes en la Mision de San Francisco Xavier sesenta y nueve hombres, cincuenta y dos solteros, y párvulos, y quarenta mugeres. En la de San Ildefonso sesenta y seis hombres, cincuenta y dos mugeres, cincuenta y ocho párvulos. En la de Candelaria quarenta y dos hombres, treinta y una mugeres, veinte y nueve párvulos, á los que agregados setenta y siete partidas de los difuntos bautizados, componen quinientas diez almas reducidas, con lo que se justificaba la verdad del informe del P. Fr. Benito, que habia querido falsificar la emulacion diabólica.

No era aquella una viña que cultivaban los Operarios Apostólicos plantada en una tierra adámica y en una paz tranquila, para que rindiera los frutos segun los designios de su soberano Dueño; y así á todas horas sudaban con la fatiga de las impertinencias, groserias y molestias de los bárbaros, y rodeados de emulaciones: siempre necesitaban armarse de una inalterable paciencia, de una honestidad cauta, y constante tolerancia, para ser á todos exemplo de buenas obras, y avergonzar á los que no podian hablar mal de su conducta: con estos arneses trabajaban defendidos en la fábrica de sus Iglesias, y de algun alvergue en que recogerse, en el desmonte para las labores, y en continuos viages para atraer á los Indios, ó socorrer los enfermos, sacrificando su comodidad, salud y vida por sus almas.

Esta continua solicitud se le hizo ver al Juez Comisionado en las partidas del Libro de los bautismos, que fueron por todas doscientas cincuenta y tres, siendo la mayor parte de adultos que murieron en la epidemia de las viruelas, en la que agravó la cruz de los trabajos la escasez de los alimentos en que se hallaban los Ministros, pues apenas tenian para sí mismos un tasajo y una tortilla que hacian todo su regalo, y esto obligaba á los Indios á andar por los montes dispersos: casi todos los de la Mision de San Ildefonso se habian rancheado como dos leguas distantes de ella, y allí les asaltó el contagio con tal rigor que no pudieron dar un paso, por lo que con suma incomodidad iban los Misioneros á catequizarlos y llevarles algun alimento, siendo visible el auxîlio con que el Señor los fortalecia para administrarles los Sacramenros en una epidemia tan fatal y corrosiva, que no solo los desfiguraba como monstruos, sino que solian sacarse de los xacales los cuerpos de los difuntos

divididos en pedazos; pero les dió su Magestad el consuelo de que ninguno muriera desamparado ni sin el santo Bautismo, y mayor con la segura cosecha que lograron en los párvulos, llegando el número de todos á quarenta muertos.

Volviéronse todos á la Mision, y muchos de ellos con llagas cangrenadas, de que fueron muriendo: entre ellos habia uno instruido en las supersticiones de los Texas, que tenian por Sacerdote de aquellos infames ritos, y como Zahori que les decia los tiempos para la caza y otras cosas y falsedades, por lo que hasta los Soldados le llamaban el Cura: este fue catequizado y bautizado en su peligro, y quedó todo ulcerado y tan melancólico que en todo el dia no habia arbitrio ni diligencia para separarlo de los Padres, y era de admiracion á todos, porque desde que fue bautizado perdió todas sus abilidades y artes divinatorias, y ya los Indios no lo miraban como ántes, y él mismo decia, que no descansaba su corazon si no estaba con los Padres, á los que fue grande pension tolerarlo, hasta que murió auxîliado de ellos. Despues de estos estragos se volvieron los Indios á la Mision, y con ellos se hizo el padron que queda ya dicho.

Mas perniciosa peste les sobrevino á los quatro meses despues que fueron quatro Indios enviados de los Texas, y Navidachos, que venian convocando á todas las Naciones para una campaña general contra los Apaches, y intimándoles que se fueran á unir con los que venian ya marchando, pocos dias despues llegaron cinco Naciones diciendo, que su Capitan grande estaba ya cerca con otras seis; y aunque estos influxos eran en la realidad grandes, los Indios de la Mision se resistian á dexarla, por lo que los huespedes hacian muchas juntas para reducirlos, y desde la media noche se esparcian por la rancheria varios predicantes, que duraban en sus persuasiones hasta amanecer, de las que notó su Ministro, quedaban sus Indios sumamente contristados; pero al fin consiguió el Demonio por sus emisarios, y no sin violencia, el que desampararan sus casas, y que se fueran con ellos neófitos y catecúmenos.

De esta sensible desercion dió luego el Misionero cuenta al P. Presidente en Carta en que dice: »Que »iban llevados de una oculta fuerza, »que no habia podido indagar lo que »demostraban en lo tierno de su des»pedida, y en las lágrimas que al abra»zarlo soltaron los Capitanes Vidais y »Patiris, y las mugeres y muchachos. »No excuso, prosigue en la Carta, »una cosa al parecer notable que ob»servé, y es, que entre los Indios que »de Texas vinieron, se apareció uno »muy semejante á los Franceses, con »sombrero de tres vientos, éste lo vi»de quatro veces y en todas le hablé, »pero no pude sacarle una palabra, »ni con modo ni sin él: andaba el di»cho muy agente de una en otra Mi»sion, y en una ocasion lo vide tan »enojado en ojos y rostro, que se me »figuró el Demonio, y por tal lo tuve. »No obstante la fuga y sus circuns»tancias, me prometieron los hijos su »vuelta á los dos meses, que siempre »la supongo, pues la necesidad los ha »de compeler, y mucho mas la con»veniencia grande que se les sigue en »las Conversiones.» No es fuera de esta historia la prolixa relacion de la desercion de los Indios, pues evidencía que los Misioneros no pueden sujetar por sí solos á los Indios, y que si tuvieran un Presidio que los abri-

gara, impediria el que los extrangeros causaran estos daños, pues para este y otros muchos casos que son agenos de su estado, se piden las armas de los Soldados, y no para obligarlos á ser Christianos, como ignorante y temerariamente profieren algunos.

CAPÍTULO II.

Concédese la ereccion del Presidio y los varios accidentes que destruyeron las Misiones.

REconocidas por el Señor Virrey las diligencias practicadas en San Xavier, mandó citar la Junta General de Guerra y Hacienda, y en ella se resolvió por el mayor número de votos, que respecto á que por las diligencias con que el Teniente Don Joseph Ecay y Muzquiz dió cuenta, resultaban patentemente vencidas todas las dificultades que embarazaban el establecimiento del Presidio implorado, se procediese luego á su ereccion, y en virtud de una Real Patente que se le presentó á S. E. le dió pase para la Capitanía. Luego que el nuevo Capitan vió el despacho, pidió se declaráse si él habia de proponer Capellan Clérigo, como se executó quando se erigió el Presidio del Sacramento, y lo tenia el de San Antonio de Bejar, á causa de que, para algunas salidas, correrias y otros actos que se ofrecen, se necesita de llevar Capellan, á que no pueden concurrir los Reverendos Padres por sus otras graves ocupaciones: á lo que el Señor Auditor respondió: que el Capellan del Presidio lo deberia ser uno de los seis Religiosos destinados á las tres Misiones márgenes del rio de San Xavier, pagándole sus obvenciones el Capitan y Soldados; pues quando se ofrecen campañas ó correrías, siempre los Misioneros dan para ellas Religioso que vaya de Capellan.

Así lo mandó cumplir S. E. y se ha expresado aquí este decreto, porque no habiendo sido el Caballero Capitan dueño de sus afectos en manifestarlos con tan eficaz modo, se vé que en él estribó el exe, y con propiedad tímpano sobre que rodaron y sonaron las pesadas y ruidosas máquinas, que despues levantó para remover á los Misioneros. No son estos tan insensibles, que sin el impulso de tan superior fuerza, quisieran ser Capellanes de Presidio; pues estan experimentados de los insoportables gravámenes que resultan en sus conciencias, y de las infames calumnias que padecen por la Justicia; pero les fue necesario sufrir el duro enlace del Superior decreto, no sin los justos temores de todas las persecuciones, trabajos y tolerancias que por él padecieron, y solo con el consuelo de que no las causaron intereses terrenos, pues ni las obvenciones les es lícito recibir segun sus Constituciones Apostólicas, sino la obligacion en que los constituía el hacer veces de Párrocos, la que debian satisfacer con zelo de la honra de Dios, y de la observancia de sus divinos preceptos.

Luego que el Caballero llegó á su destino, dió evidentes pruebas de que eran inadaptables á su genio todas las circunstancias de aquel Presidio, y como era bisoño en aquella es-

pecie de militar servicio, le era espantoso su solitario desierto, triste paseo los álamos de su rio, ingrata orquestra los graznidos de ciervos y chicharras, con lo que se anubló tanto su fantasía, que le representaba mas insufrible aquel destierro que el de la Siberia: á esta indisposicion del ánimo, se juntaba el no tener mas instruccion de letras para administrar la justicia, que la que habia tenido en cuentas y libranzas, por lo que en todos los expedientes que se ofrecian, era el único Asesor de su tribunal la ira, y de ella dimanaban todas sus resoluciones, que executaba con furor, sin tiempo, y con demasia. La primera fue la prision cruel que hizo de un infeliz marido, que con irrision y escándalo llevó preso desde el camino de San Antonio: éste en la noche de Navidad tuvo ocasion de hacer fuga, y se fue á retraer en la Mision de la Candelaria, y no fue bastante la solemnidad de tan sacratísimo dia para contener su furiosa cólera, y montando á caballo fue á la Mision, y se arrojó así á la Iglesia, en que se habia celebrado el santo Sacrificio de la Misa, y sacó de ella al refugiado, despreciando las súplicas y las protestas que le hizo el P. Misionero.

Mandó luego que lo volvieran al tormento de que se habia huído, que era estar tendido en el suelo, abiertos brazos y piernas, y fuertemente atados á quatro estacas, con otras tres al cuello que servian de zepo: condolido el Ministro, que era el Capellan del Presidio, fue á él, y haciéndole ver la enormidad de sus excesos, y la espada con que defiende su inmunidad la Santa Iglesia, lo obligó á que restituyera al asilo al refugiado, lo que por fin hizo con indebido modo, y mas porque en todo el Presidio se murmuraba el motivo porque lo tenia preso. De este modo de vivir, y de pensar, se confiaban los Soldados para despreciar en todo á los Misioneros, y vivir en una libertad licenciosa, pensandose impunes de qualesquiera escándalos y desafueros, solo con suscitar querellas contra ellos y acriminar acusaciones para desacreditarlos, pues el mismo Juez los animaba á emprender estrépitos, que aun no siendo mas que aparentes y fingidos, eran dignos del mas severo castigo.

Tal fue el alboroto sedicioso que afectaron por haberle pedido el P. Capellan al Capitan le impartiera auxîlio contra un Cabo, que pedia se le probara la verdad del adulterio en que vivia; pues para negárselo, hizo que los Soldados presentaran ante él mismo un escrito, en que acusaban al P. Capellan de mordaz de haberles quitado el crédito con decir, que todos estaban amancebados, y de haber revelado el sigilo Sacramental, con otros infames delitos, por los que le pedian lo priváse de la administracion del Presidio, y le mandáse que no entrara en él ni de dia ni de noche. Ignoraba el hombre que ni Jesuchristo nuestro Señor fuera inocente, si solo el haberlo acusado fuera bastante: ignoraba que aun siendo tan iniquo el Juez, todavia le hizo á su Magestad muchas instancias para que diera satisfaccion de su doctrina, y de los delitos que le imputaban, y con ignorancias tan crasas, sin mas pruebas que las acusaciones iniquas, sin audiencia ni formalidad alguna, y en una causa tan agena de su conocimiento, falló y sentenció por auto que el Padre quedara privado de la administracion del Presidio, y de entrar en él de dia ni de noche: y que así le fuera

notificado: y esto con tan executivo modo, que él mismo fue á notificarselo, aunque el Padre no quiso oírlo.

El caso fue, que el P. Capellan habia confesado á un enfermo, el qual le pidió que corrigiese á su muger, porque estaba dando escándalo con un Cabo de la Compañia; y aunque esta peticion fue fuera de la confesion y era público, el Padre no quiso hacerlo sin la mayor cautela, aconsejando privada y caritativamente á la muger; y fuese ó que la muger se negó al Cabo, ó que se quexase con él de su marido, por habérselo dicho al Padre, el Cabo se presentó por escrito ante el Capitan, pidiendo que si era cierto su pecado se le castigase, ó si no, que el Padre le restituyera su crédito; quando no por el Padre, si no por él mismo se habia publicado la correccion que el Padre hizo en secreto: para hacer esto evidente le pidió al Capitan el auxîlio, y que probara el Cabo la acusacion que habia impuesto: sabia el Capitan que el ribal del Cabo tenia fáciles y evidentes pruebas de la injuria que padecia, y para eludir el auxîlio pedido, se tramó el fingido alboroto de los Soldados, y para impedir la prosecucion de la causa, se arbitró privar al Padre de la jurisdiccion eclesiástica que como Capellan tenia.

Ya empeñado el Capitan en sus desbarros, no obstante que el Padre le habia advertido las censuras en que incurria procesando contra su persona, envió á su Teniente con Soldados para que le intimara el auto en que lo privaba de la administracion del Presidio, y de que pudiera entrar en él. El Padre le pidió al Teniente le hiciera la notificacion por escrito, para la constancia del hecho. Consideraba aquel afligido Ministro que pudiendo por algun modo embarazar las maldades y escándalos que fermentaban en el Presidio, si por miedo lo omitia, sería establecer una ley general, para que todos obraran conformes á ella: que puesto en aquel estrecho en que le era imposible el recurso á los Superiores para contener en tan urgentes circunstancias el raudal de las violencias que dimanaban del desarreglo, despotismo y autoridad que el Capitan afectaba para deprimir todos los derechos de su persona, debia y podia valerse de las armas de la Iglesia, y repeler tan injusta fuerza con la de la espada con que castiga los desafueros que se cometen contra sus Ministros, y con que mantiene los fueros de su dignidad, segun las reglas de los Sagrados Cánones y Constituciones Pontificias, y con estos fundamentos juzgó que debia declarar, y declaró estar incursos en este caso en las censuras de la Bula de la Cena el Capitan y todos los que habian cooperado á él, y como excomulgados los publicó y fixó en tablilla.

Fue este un golpe que el Capitan resintió con extremo, y como la malevolencia de sus aliados soplaba el horno de su cólera con los fuelles de la lisonja, salian como chispas, amontonadas las injurias, y con mas rigor que pudieran salir de la mas ardiente fragua: y no obstante que hizo de la excomunion desprecio; que se mandó romper el cedulon, y que á todos persuadia no estar excomulgados, le escribió al Padre una Carta tratándolo de ignorante, y pidiendo con muchas injurias y dicterios la absolucion para él, y los demas incursos. No eran dignos de ella los rebeldes y soberbios, sino los que reconociendo los males de sus conciencias, se dispusieran á remediarlos con la

penitencia, y para excitarlos á ella fue el Padre al Presidio, y les hizo una exhortacion paternal y declamacion Apostólica, por la que muchos reconocieron el infeliz estado de sus almas, y los excesos á que los habia precipitado la procacidad de sus vicios, y pidieron con humildad la absolucion, que luego se les dió, atendiendo á que es peligroso el error de muchos, que aunque adviertan su ruina, si no se les dá pronto el remedio, hacen punto de honor su pertinacia.

Moderadas por este medio las llamas de tan voraz incendio, andaba el Demonio solicitando por todos modos el de atizarlo, para lograr mayores estragos, y con una leve chispa volvió á encender el fuego: levantó entre los Indios de la Candelaria uno de los ordinarios motines que suceden aun entre Españoles, el que por sí mismo se sosegó, pero el Capitan le dió tanto cuerpo, que mandó que ningun Indio entrara con armas al Presidio. Era este órden inepto á la bozalidad de aquellos Gentiles, y por eso les fue capcioso, por la natural inclinacion con que desde pequeños llevan las flechas en las manos: de ese modo las llevaba uno de dos que entraron por ociosidad en el Presidio, y visto por el Capitan le castigó el descuido, dándole de palos: azorados y sin saber por qué se salieron huyendo, y llegaron á la Mision con muchos expavientos, exâgerando á los viejos y á todos los demas lo que les habia pasado, y diciendo que el Capitan estaba muy enojado contra todos ellos. No fue menester mas causa ni influxo para que se dieran por sentidos, y temerosos de otros castigos, á la noche levantaron el rancho y se fueron todos. Luego se le dió aviso al Capitan para que enviara Soldados que los desengañaran de sus temores y los volvieran á su Mision. Envió los Soldados, que saliendo trás de los Indios, no pudieron dar con la huella de cien personas que iban á pie, y embarazadas con sus trastos y criaturas, se volvieron al Presidio diciendo, que no pudieron alcanzar los Cocos por no haber dado con su rastro, y con esto satisfacieron al Real servicio.

Quedaron tan olvidados los Indios, que ninguno se acordaba ya de ellos, hasta que pasados dias, un Indio ladino de las Misiones de San Antonio, que les servia á los Padres, y se habia paniaguado con los Soldados, dixo: que una noche habia visto dos Cocos, que debieron de ser en la fantasia del Capitan dos formidables vestiglos, pues teniendo de Presidio cincuenta Soldados, le parecieron pocos, y envió exhortos al de San Antonio y al de la Bahia, pidiendo socorro de Soldados para hacer la guerra de los Cocos; pero como en ellos conocian la naturaleza de esos Indios, y que apénas son capaces de hacer guerra á los venados, ratas y conejos, se daban por desentendidos á las repetidas instancias que el Capitan les hacia, y mas sabiendo no tener mas fundamento que el dicho del Indio, sin que ninguno hubiera visto ni rastro de Cocos por todos aquellos contornos, ni consistia tan temida guerra mas que en la fama, que vino á parar en tragedia.

El sacratísimo dia de la Ascension del Señor, y once de Mayo del año de mil setecientos cincuenta y dos, estando el P. Fr. Joseph Francisco Ganzabal, solo en la despoblada Mision de San Ildefonso, se pasó á la de la Candelaria, para disponerse á la mas digna celebracion de los divinos Misterios, y desahogar sus soledades y tolerancias los dos Compañeros;

tambien participó del espiritual consuelo el refugiado Zeballos, pues se reconcilió y comulgó en la Misa de aquel santo dia. Llegada la noche, despues de su frugal cena, estaban los tres en la estrecha Celda, y Zeballos junto á la puerta, y sin haberse sentido rumor alguno, le dispararon en las espaldas un trabuco, arma que jamás usan los Indios, y cayó á los pies de un Padre, el que luego acudió á auxîliarlo, y murió presto: el otro Padre se paró preguntando qué era aquello, y la respuesta fue un flechazo en el costado que le atravesó el corazon, y aunque tuvo tiempo para reconciliarse, murió luego: con haberse apagado la luz no vieron al otro Padre, y se libertó del enemigo Coco, que se valió de aquella infame y traidora flecha, para encubrir su sacrílega perfidia.

Dos dias ántes de este suceso se habia huído un Indio ladino con su muger, que el difunto Padre Ganzabal habia llevado para que ayudara á Misa y sirviera á los Padres, por haberlo criado desde muy chico, y instruido en el Catecismo, de forma, que entendia los idiomas de los Indios, y servia de Intérprete con los mas de ellos: éste llegó á su Mision de San Juan Capistrano la noche ántes del dia en que llegó el Correo que traía la noticia de las muertes, las que el Indio habia ya divulgado diciendo que las habian hecho los Cocos, y de lo que se habia avisado al P. Presidente de San Antonio, el que tambien dió noticia de ellas al Capitan del Presidio, al que haciendo fuerza como las supo dicho Indio habiéndose huído dos dias ántes de que sucedieran, fue á San Juan Capistrano, y sin tocar en la casa de los Padres, llegó á la del Mayordomo, y llamando al Indio, le hizo cargo de como supo las muertes estando huído, y como supo que el Padre murió flechado. Al instante se conturbó, y no supo responder, sin hacerle apremio alguno, sino que él, y otros quatro Soldados habian executado los homicidios, dando esta declaracion con tales circunstancias, que el Capitan se lo llevó preso para el Presidio, y formalizando proceso, se ratificó en su confesion el Indio, y al siguiente mes dió el Capitan cuenta con todo lo actuado al Señor Virrey, y del debido modo la dió tambien el Padre Presidente de las Misiones.

Este habia tambien ocurrido al Gobernador de la Provincia para que diera las debidas providencias, y dió la de enviar Comisionado para la averiguacion de la causa á un podre Caxero suyo, con título de Teniente general: era del todo ignorante de lo que debia hacer, y comenzó con tales desaciertos, que se vió precisado el Padre Presidente á recusarlo; y dando cuenta al Exmò. Señor Capitan general, cometió la causa á otro Juez, y de éste á otros y otros, de forma que no se habrá visto otra criminal en que hayan intervenido tantos Jueces, hecho ni repuesto tantos procesos, ni de que hayan resultado mayores daños. Los Religiosos, desde el primer paso, y en todos los que fueron necesarios, siempre protextaron no ser parte, ni pedir en modo alguno otra satisfaccion mas que la civil, y que miraba á su propia honra, y la que pudiera indemnizar el bien espiritual de aquellos miserables Indios.

Á los ocho años de tan embarazoso negocio parece haberse dado esta en el fallo de la sentencia definitiva, diciendo: »D claro no perjudi»car lo actuado en este proceso, ni »en lo general ni en lo particular, en

»bien, crédito, opinion y fama de los »Religiosos Misioneros de San Antonio y rio de San Xavier, ni ménos »dañar en lo mas mínimo sus religiosos procederes, ántes sí conservarse »indemnes y sin determinacion alguna, como tan arreglados á su Apostólico Instituto, que loablemente exercitan con provecho espiritual y temporal de los Neófitos de aquella Provincia; y por esta mi sentencia definitiva así lo pronuncio, mando y »firmo con el parecer del Señor Auditor de la Guerra.» Con esta sentencia dió el Señor Virrey fin á tan dilatada causa.

La conexion de la materia ha hecho colocar aquí, y con anticipacion, tan honrosa sentencia, de cuyos brillantes colores resultan mas vivos los objetos de ella, para volver á representarlos con otra especie de sombras, no tan obscuras que despues de las lastimosas muertes preocupaban y afligian los ánimos de todos los que quedaron habitando la desgraciada tierra de San Xavier, reputando varios accidentes que sobrevinieron á ellas, y sus notables circunstancias, por preternaturales y ominosos. Tal les pareció, con no poco sobresalto, un globo grande de fuego que vieron salir del Presidio, y dirigiéndose á la Mision de los homicidios, daba giros en ella y se volvia al Presidio, desbaratándose en chispas con un fuerte tronido.

Pero lo que mas horrorizó á aquellos Presidiales, fue ver que el rio que en las mayores secas de los seis años que lo habian habitado nunca baxó de ocho varas de ancho, y media de hondo, su agua, desde las muertes fueron minorando las corrientes hasta pararse del todo, ni volver á correr aun lloviendo, ni en otro tiempo alguno. Fue esto sumamente penoso, porque estando sus piélagos ó charcos llenos de Pescado, Catanes y aun Caimanes, se fueron muriendo, y su corrupcion no solo hacia fétida el agua, sino tambien muy nosciva, y juntándose á sus malignos efluvios el ardor de la estacion, que es excesivo en aquel clima, se engrasó una peste de fiebres, que consistiendo en la respiracion del infecto ayre de la atmosfera, morian de ellas muchos, y todos padecian sus crueles síntomas, pues solo el pasar por aquel parage bastaba para contraerlas.

Es la Caridad madre de la Misericordia, y á la que se les tiene á las almas, sigue tambien la de los cuerpos, como que son hermanas: por eso el objeto de ella son todos los afligidos y menesterosos, sin exceptuar alguno, procurando con entrañas de Padre el alivio de sus miserias: así lo procuraban para todos aquellos contagiados Presidiales los Misioneros, recurriendo al Padre Presidente, para que por la exposicion que hacian del inminente peligro de perder sus vidas en tan extremosas miserias, las representase al Comandante del Presidio para que les permitiera salir á otro rio y sitio en que no perecieran todos; pero aunque el Comandante confesaba en el proveído que dió al Padre Presidente, patentes las perniciosidades intolerables que por la falta de agua y la peste se padecian; pero dixo, que no le era facultativo trasladar á otro rio el Presidio sin licencia del Señor Virrey, y que se debia esperar su providencia. No daban estas esperas las executivas plagas que los consumian, pues hasta la tierra se habia abierto en espantosas grietas que les anunciaban sus sepulturas.

Los Misioneros repetian con-

dolidos, que ya las Misiones no se podian continuar en aquel extinguido rio, y demas circunstancias muy opuestas á las Leyes de Indias, para poder exercer en él el Instituto Apostólico, y que permaneciendo en aquel detrimento, perecerian con todos los Españoles y Indios, pues ya les faltaban fuerzas para administrarles los Sacramentos, y justificando la verdad de sus recursos, se hubieron de conformar con la resolucion que tomaron todos de salirse, obligados de tantas penurias, y acantonarse en la ribera del rio de San Marcos, sin mas licencia que la que les daba el derecho natural, que es prevalente á qualquiera otro derecho, para conservar sus vidas. Con esta desercion del parage de San Xavier, se consumó la total desolacion de aquella desgraciada tierra.

Este trágico y lastimoso fin tuvieron unas Misiones, que si costaron á los Apostólicos Misioneros sudores, fatigas, trabajos, persecuciones, sangre y angustias, mayor que todas esas penas fue el dolor de salir de ellas; pues habiéndolas visto floridas y con fundadas esperanzas de muy ópimos frutos, al tiempo de sazonarse, las veían destruidas, y en la dura precision de desampararlas. Lamentaban la infelicidad de aquellos Indios, quando con unas regulares providencias pudieron restablecerse en sus Conversiones, y ser cada una de ellas una puerta franca por donde entraran al gremio de la Santa Iglesia innumerables almas de las muchas Naciones que andan por aquella Provincia dispersas. La Mision de San Ildefonso es cierto que por no tener su Ministro fuerzas para resistir á las que emplearon los Texas para arrastrarlos á su campaña, se habia despoblado: pero habiéndose frustrado la guerra que aquel año disponian contra los Apaches los Indios de la Mision, se quedaron rancheados no léjos de San Xavier, y sabiéndolo su Ministro, fue varias veces á visitarlos, por socorrer á los que podian estar enfermos; y aunque ellos le dixeron que estaban prontos para volverse á su Mision, el Padre con sagacidad los entretenia, ya por no tener con que mantenerlos, ya porque las cosas de San Xavier iban tomando mal estado, y en aquellas circunstancias era prudencia el evitar mayor daño; porque siendo Indios belicosos y soberbios, con fusiles, caballos y sesenta y seis guerreros, en un lance como el de los Cocos, no habian de salir huyendo, sino que vengaran con mucha ventaja qualquiera agravio.

Los Cocos de la Candelaria se habian retirado á sus antiguas madrigueras del rio Colorado, y yendo á buscarlos su Ministro, lo recibieron con notables demostraciones de amor y de gusto, haciéndose admirar de los Soldados que lo acompañaban, la sincera confianza con que los trataban, pues en ella veían una nota nada equívoca de su inocencia, quando esperaban hallarlos armados por el delito de las muertes que les acumulaban; pero estaban ellos muy desimaginados de lo que habia sucedido, y le ofrecieron al Padre que volverian á la Mision luego que se acabara el frio. Los Indios de San Xavier permanecieron constantes, y aunque algunos fueron arrastrados de los Texas, y otros andaban en los montes, les era preciso á los Ministros el disimular sus paseos, porque el ganado de las tres Misiones estaba abandonado en el campo, ó mas propiamente perdido por falta de Pastor ó Vaquero, lo que no sabian

ser los Indios, y asimismo las labores incultas, y no tenian con que mantenerlos á todos, pero era muy fácil el recogerlos.

No obstante la adhesion, que especialmente estos Indios Mayeyes habian siempre tenido á aquel parage de San Xavier, viendo cortado y pestífero su rio, convertidos en brozas y espinas sus montes, espantados de tan funestos sucesos se salieron algunas familias de ellos acompañando á los Misioneros; y quadrándoles el rio de Guadalupe, se ranchearon en sus orillas, y aunque les correspondieron los Padres quedándose dos con ellos, el Padre Presidente suplicó al Coronel D. Diego Parrilla certificara la estabilidad de aquellas familias, con la esperanza de atraer allí á las otras; pero aunque lo hizo no pudo dexar de cumplir los órdenes Superiores, que le mandaban trasladar aquel Presidio con los seis Misioneros al rio de San Sabá; por lo que no queriendo aquellos Indios agregarse á las Misiones de San Antonio, se quedaron abandonados por ser muy pocos, y no haber seguridad de que se reduxeran á venir allí los demas que andaban en los montes; y si elevamos el conocimiento á las divinas disposiciones, en vista de tan extraordinarios sucesos, verémos que siendo la vocacion de los Gentiles uno de los secretos reservados á la Providencia y Sabiduria divina, solo debemos adorar y reverenciar sus inexcrutables juicios.

No son necesarias en la Historia mas apologias que demuestren la verdad de ellas, que la sincera relacion de los hechos que las componen; y no habiendo resultado de los multiplicados autos que en el exterminio de las Misiones de San Xavier se formaron, algun cargo que pudiera hacerseles á sus Misioneros, se hace del todo increible la acusacion criminal que se les acusaba de tener armados los Indios, y que les decian que mataran al Capitan y Soldados. Era por sí tan clara esta impostura, que nunca pudieran sus émulos probarla; pero ella sí es evidente prueba de los gravísimos sentimientos, aflicciones y congojas, que con sus excesos les causaban á aquellos pobres Religiosos. Fuera esa venganza un traídor delito, opuesto no solo á la Fe que predicaban, sino tambien á la fidelidad del Soberano que los mantenia; y por eso no cabria en un corazon religioso, sino en el del que siempre está temiendo el castigo de sus escándalos.

Por la propagacion de la Fe se desterraron voluntariamente los Misioneros de sus Patrias, Padres y Parientes: por ella traginan con evidentes peligros los mares y penosos caminos: por ella se privan de las religiosas comodidades que podian tener en su Colegio, y no llevando otro interes en tolerar las penurias de aquellas incultas tierras, que solo el de promover la mayor honra y gloria de Dios, y la conversion y bien de aquellas almas, van á las Misiones gustosísimos, no para perder las suyas, ni ser alevosos á su Soberano, sino para servir á ambas Magestades, con el claro conocimiento de lo que instruyen los libros y la experiencia de todos los Misioneros, de que no deben esperar de su laborioso ministerio otro retorno, que vejaciones, injusticias, injurias y falsos testimonios, causados de los mismos Católicos, que el Rey les dá para su amparo, defensa y resguardo.

Este es, sin consuelo, su mayor y mas doloroso sentimiento, ver como la impiedad, la insolencia y el despo-

tismo de los que deben cooperar á la conversion de los Gentiles, con sus desaforados procedimientos atrasan, arruinan y destruyen lo que sin ellos y con incansables fatigas y sudores se habia conseguido: por eso no es dable que los Misioneros, y mas el Capellan del Presidio, vean con indolencia las gravísimas ofensas que se hacen á Dios, y que las toleren sin faltar á lo mas preciso de su ministerio; ni que dexen de clamar contra los vicios, aunque los que están inplicados en ellos digan que se les quita el crédito; pues por razon tan mal fundada no se les ha de disimular su perdicion eterna; pues no deben hacer traycion á sus conciencias, aunque los llamen mordaces, perturbadores y ambiciosos de arrogarse toda la potestad Secular y Eclesiástica; ni temer el que para hacerlos mas odiosos, les levanten que son causa de los alzamientos de los Indios: porque gracias á la proteccion divina que los ampara, y á la del ministerio Apostólico que los sostiene, ni la emulacion mas ciega les pudo imputar en tan larga y fastidiosa causa culpa alguna en desdoro de su zelo, ni en el de la predicacion Evangélica.

CAPÍTULO III.

Primeras diligencias que hicieron los Misioneros para la reduccion de los Indios Apaches.

TANTO en las divinas como en las profanas letras se comparan los Caldeos con los leopardos, los lobos y las águilas: llámanlos gente amarga y veloz, porque siendo salvages y feroces, traginaban la latitud de la tierra, llenándola de amargura con sus horribles asaltos y terribles robos. Eran sus caballos mas ligeros que los tigres, y veloces mas que los lobos, y así se difundian por toda la tierra, como águilas que volaban de Provincia en Provincia para devorar la presa, y llenarlas de amargura: su inhumana ferocidad no les dictaba otro exercicio ni ocupacion que la envejecida y cruel costumbre de robar y talar las tierras, de forma, que algunos juzgaron que los Caldeos de que se valió Satanás, quando obtuvo el permiso del Señor para invadir las tierras y bienes del Santo Job, no fueron hombres, sino Demonios, que tomando su figura, hicieron divididos en tres esquadras, los impíos estragos, latrocinios y horrores, que si fueran tigres, lobos y águilas de los Infiernos.

Sobre este obscuro diseño, se puede formar la idea propia que corresponde á la feroz y horrible Nacion de los Apaches, cuyo formidable nombre, por sus freqüentes y sangrientas hostilidades, se extiende desde el Real de Chiguagua, cruzando al Poniente, hasta el rio Gila, y subiendo al Norte, hasta el Moqui, Nuevo México, y Provincias de Texas y Quahuila; y revolviendo al Sur remata en el sobredicho Real. En esta dilatada y casi circular extension de tierra, que es de mas de trescientas leguas, viven los tan temidos como crueles feroces Apaches, esparcidos y divididos en rancherias, no muy numerosas, entre valles y serranias muy dificiles de

penetrar, ó por la escasez de agua en los caminos, ó por lo áspero é inaccesible de sus montes.

Es inaveriguable el antiquísimo orígen de esta bárbara Nacion, y así son libres las opiniones de los que han querido asignarlo, cuya licencia facilita la de exponer una que aunque por nueva parece con visos de paradoxa, pero exâminada quizás tendrá mas probabilidad que otras. Estando bastantes Apaches de paz en la Mision de San Antonio de Valero, observó un Religioso el que un Indio Otomite ladino, que habia entrado con la requa de los avios, estaba una noche parlando en una larga conversacion con ellos, y siendo poco el tiempo que habia estado en aquella tierra, le preguntó que si acaso entendia la lengua de los Apaches, y satisfizo con que era la misma Otomite que él hablaba, y solo con la diferencia de que ellos variaban la significacion de muchos vocablos que en la suya querian decir otras cosas: pero por el contexto de las otras palabras, facilmente se entendian: Esta especie junta con la de que los legítimos Apaches nunca se rayan el rostro, y conservan particular modo en el pelo, inducen á pensar que por la guerra que despues de la conquista se les hizo á los rebeldes Chichimecas, y en la que concurrian los Indios ya pacificados, se fueron internando en aquellas Provincias, huyendo de las armas; pero arraigado en el corazon el rencor y crueldad con que atormentan á los Españoles y á los Indios rayados que cautivan. Sería muy proficua á la reduccion y catequismo de los Apaches, si su idioma es conforme al de los Otomites: pues podian emplearse en él Ministros instruidos de este dialecto en que hay muchos; pues á los que lo ignoran se les hace muy dificil la pronunciacion gutural y áspera de sus términos.

Horror tiene la pluma para indicar algunas de sus ferinas costumbres, sabiéndose por los que han logrado, siendo sus Cautivos, el huirse de sus manos, que oprimen con muy duro trato á sus prisioneros, dándoles las mas crueles muertes, como inhumanos tiranos, á muchos los queman vivos, y mientras viven les cortan las carnes, y á su vista se las comen, y á este modo son otros tormentos con que los hacen padecer mucho: á pocos les reservan las vidas para que les sirvan como Esclavos, ó para venderlos á otras Naciones, ó cangearlos por algunos de sus Parientes: ni los apóstatas ó delinqüentes que buscan entre ellos su asilo, no están libres de su furor, pues los pasan á sangre y fuego, si se les oponen, ó les dan el mas leve motivo. Á toda esta sangrienta barbarie juntan una grande rusticidad, sin tener mas economia para su subsistencia que unas muy cortas siembras de frutos, porque la de todo el año la fian del robo de caballos y mulas, que es su mas gustosa comida: ésta los hace tan hediondos que á mucha distancia perciben los brutos por el olfato los efluvios adherentes á sus cuerpos, y se conturban como que reconocen la cercanía de sus mortales enemigos, y que piden ser protegidos del inminente peligro en que se hallan, y de la defensa que necesitan.

Son todos los Apaches diestrísimos en el manejo de los caballos, y en sus acometimientos levantan tal algazara y griteria, que sus alaridos infunden terror á los mas animosos, y siendo sus ordinarias armas el chuzo y las flechas, las juegan con gran

ligereza, brio y destreza, quedando casi siempre bien empleadas; porque pocas veces pueden resistir á su fuerza ni las cueras, ni las adargas: son arrojados como feroces tigres, y por robar tragínan toda la latitud de aquellas tierras, causando amarguísimas lágrimas con la increible carniceria que executan en los que defienden sus bienes y haciendas, ó en los pasageros para que no avisen de sus invasiones. Estas las freqüentan como lobos noćturnos dando con alevosia improvisos asaltos, y valiéndose de las tinieblas de la noche y cautelosos ardides, para lograr sus entradas, que proporcionan con mañosa astucia, á la que coadyuva la confianza ó decidia de los Soldados: pues logrado su arrojo, caminan en una noche increibles distancias, y hacen sus retiradas como veloces águilas, dificultando mucho el darles alcance.

Otra razon es, el que su alarido dexa despavoridos los Pueblos, y turbados á los Soldados, y quando se aćtúan del susto y se habilitan de armas y caballos para seguirlos, ya ellos están muy distantes, por lo que se cansan y rinden hombres y bestias: de suerte, que si los Militares que los siguen alcanzan algun buen lance de castigar su osadia, mas es por alguna casualidad que por su diligencia; y como esto sucede muy rara vez, y las continuas son efećto de su arrojado valor, de sus astucias bien dispuestas, y de la velocidad de su fuga, vuelven los que no han podido alcanzarlos, diciendo, que los guian y acompañan los Demonios. Lo cierto es, que sería muy dificil querer referir las funestas tragedias que todos los años se representan en todas aquellas Provincias; pues no es posible hacer cómputo exáćto del número de Christianos que han muerto á manos de los Apaches, y fuera fastidio el insinuar las Poblaciones, Minas y Haciendas que se han despoblado por huir de la crueldad y sevicia de tan rabiosos tigres, carniceros lobos, y rapantes águilas.

Estos, que eran el blanco de la ira comun de todos, y que la provocaban incesantemente á la mas severa venganza, fueron para los corazones de los Misioneros el objeto mas tierno de sus deseos, y en cuya reduccion han empleado los mayores esmeros de su apostólico zelo, no sin gravísimos quebrantos, tolerancias y fatigas, estimulados solo de que si la caridad tiene su perfeccion segun su propio ser, por el qual el hombre ama á Dios sobre todo lo criado, tambien tiene su aumento y se perfecciona en su misma linea, emprendiendo con ánimo infatigable aquellas obras que se juzgan ser del agrado de Dios, y de su mayor servicio. Animado de estos sentimientos el P. Fr. Joseph Gonzalez, Ministro de la Mision de San Antonio, se esforzó á la ardua conquista de los Indios Apaches, incitado al parecer de un desproporcionado principio acaecido el año de mil setecientos veinte y tres.

Habiendo estos Indios dado un asalto en la caballada del Presidio, se llevaron la mitad de ella, y el Padre puso la mayor eficacia en persuadir al Capitan y Presidiarios que marcharan á toda diligencia para quitársela, pero que habia de ser sin hacerles agresion alguna, sino conforme á los repetidos órdenes de los Señores Vireyes, en que mandaban observar los que la piedad de nuestros Católicos Monarcas han dispuesto, »para que »no solo quando ellos pidan las paces »se les otorguen, sino que quando sus »Reales armas se vean precisadas á

»castigarlos, ántes de executarlo, re»petidas veces de ante mano se las »ofrezcan:» lo que en el presente lance les ponderaba muy necesario, porque de hacerles nuevos agravios, podia seguirse el que convocando á los de sus parcialidades, dieran unidos en el Presidio, que no tenia fuerzas para resistirlos, y á pocos ataques quedaria asolado.

Con estas prevenciones dispuso el Capitan la campaña con treinta Soldados, y la Mision avió treinta Indios: éstos iban explorando la tierra, y sus Espias llegaron al sitio donde los Apaches se habian repartido los caballos hurtados, y se habian dividido en cinco esquadras, apartándose cada una para su destino, de lo que avisado el Capitan, mandó seguir el rastro de una de ellas, que los condujo á una grande Rancheria: cayeron sobre ella con tal ímpetu, que sorprendidos los Apaches, aun siendo cincuenta hombres, quando debian defender á sus mugeres é hijos, se desordenaron y tiraron á huir todos por un arroyo montuoso, en que murieron algunos, y los Españoles apresaron veinte personas de mugeres y muchachos: con éstos y los caballos que pudieron recoger, se volvieron para el Presidio. Venia una India, que su aspecto la distinguia de las otras, y se conocia dotada de particulares prendas, de la que noticiado el P. Fr. Joseph Gonzalez, quiso anteponerse á que se le destinara, escribiéndole al Capitan que ella podria ser el medio mas oportuno para facilitar la paz de los Apaches, y la seguridad del Presidio; pero el Capitan se dió por desentendido. Llegados ya al Presidio, repitió hasta tres veces el Padre sus súplicas, y en todas ellas solo logró el mérito de pesados desayres, y desatenciones de su persona y de sus súplicas; por lo que afligido de ver que repartida entre los Soldados la presa, y despreciado su arbitrio, al siguiente dia habian de sacar á tierra afuera la muger cautiva, se resolvió á resistirle al Capitan, y conminarle, que informaria de todo al Señor Virrey, y le haria cargo de todos los daños que se siguieran por no entregarle la India para solicitar la paz con los Apaches: valió mucho esta amenaza, pues por ella se le entregó al Padre la cautiva.

Nueva angustia fue para el zeloso Ministro el no tener Intérprete con que instruir á la India de los fines con que habia hecho las costosas diligencias de rescatarla; pero conociendo ella su afliccion, al tercero dia dió á entender que entre las demas cautivas habia una que entendia el idioma Español, por lo que se renovó el empeño para conseguirla: por medio de ella, la instruyó el Padre, persuadiéndola primero á ella, para que con eficacia les dixera á sus gentes, que los Españoles no estaban allí para hacerles guerra, pues nuestro Rey y Señor les mandaba que hicieran paz con ellos, fueran sus amigos, y los defendieran de todos sus contrarios, solo porque fueran Christianos, y que para eso les enviaba Misioneros que les enseñaran á conocer á Dios, y ser hijos suyos; y que esto lo podian conocer en que habiendo ellos hecho tantos robos y muertes, no se habian juntado los Españoles para acabarlos, á lo que añadió otras patéticas expresiones, de que quedó satisfecha la India, y aun agradecida de ser ella la embajadora. El Padre se empeñó en solicitar ropa para vestirla á la española, y dándole otras bugerías, le puso al cuello una cruz muy curiosa, y

prometiendo ella volver á los veinte dias con la respuesta, la acompañó el Padre hasta donde estuviera segura de que los Indios no la mataran por su grande rencor y ojeriza, pactando que desde aquel parage avisaria con humo quando ella volviera.

Veían el Capitan y sus sequaces con irrision y desprecio todo lo que reputaban por extravagante idea, y así se burlaban de las instancias que el Padre les hacia para que no se sacaran de la tierra los cautivos, pues si los Apaches convenian en la paz, era preciso restituirles sus mugeres y sus hijos; pero nada se atendia, y se sacaron cinco, que despues costaron mucho para recogerlos. Llegada la India á su Rancheria, halló congregados mas de quinientos Indios, y que esperaban otros para atacar á sangre y fuego la Mision y el Presidio, lo que hubieran logrado sin remedio, atendido su excesivo número, y el corto de los Indios reducidos y de los Soldados; pero puso el Señor tal eficacia en las palabras de aquella muger, que suavemente fueron aplacando los furores de aquellos bárbaros, y oyendo las proposiciones de la paz que el Padre les persuadia, entraron en acuerdo y suspendieron la expedicion proyectada.

Mucho importaron la aceptacion, el dicernimiento y la persuasiva de aquella muger, para que pudiera desempeñar con acierto una comision que halló ya preocupada, y pendiente del idiotismo de unos bárbaros, conmovidos del interes y rapiña que esperaban, y encendidos del odio y venganza que deseaban: cinco dias duraron en altercaciones y juntas, hasta que en la última, confundido el principal Capitan de sus propios discursos, se quedó pensativo y cabizbajo por un largo rato, y como poseído de su fanatismo volvió en sí, arrojando el arco que tenia en la mano, y diciendo: esto conviene, vamos aprisa, vamos, vamos á dar la paz. Con esta resolucion, animada de una extraordinaria ternura, quedó apagado el incendio de la ira y rencor que en su corazon ardia, y resfriados los aliados, se fueron esparciendo para sus Ranchos. No se determinó el Capitan á venir personalmente á dar la paz, precaviendo el exponerse á un lance de fortuna, pero eligió á su subalterno y hermano, para que con su muger y otros tres vinieran á aceptar la paz prometida.

Luego que llegaron al parage en que el Padre Gonzalez la habia despedido, hizo la India el humo ó seña que habian pactado, el que visto del Presidio, se previno el Capitan para recibirlos, y quando el Indio enviado llegó á su presencia, se hincó de rodillas y le entregó un baston, y una piel de síbola, en que estaba pintado el Sol, como que ellos lo tienen por Dios. Noticiado el Padre ocurrió luego á verles, y fueron inexplicables las demostraciones de amor y alegria con que le saludaron, abrasándole con ternura. Acompañados del Capitan y Soldados se dirigieron todos á la Mision, en la que los otros Misioneros les recibieron, dando á Dios las gracias de tan feliz suceso, y entrando en la Iglesia cantaron el *Te Deum laudamus*, y *Laudate Dominum omnes gentes*, estando á todo los Apaches llenos de admiracion, hincados de rodillas, con las manos puestas, y con tan devota modestia, que causaba á todos ternura: los mismos Indios pidieron á los Padres, que les concedieran hospedarse en la Mision, lo que les franqueó el que los dos dias que

permanecieron en ella, se les instruyera con todo zelo y eficacia en los Misterios esenciales de la Fe, y en que los fines con que los Padres solicitaban la paz y amistad de sus gentes, solo eran el darles á conocer á Dios, »y sacar sus almas de la caliginosa »niebla de la infidelidad, para que »entrando en la Fe de la Evangélica »Ley, consiguiesen la vida eterna; que »miraran si querian recibir el Santo »Bautismo, que se les pondrian Misio»nes, para que viviesen arreglados á »una racional vida, sujetos á Dios, y »á nuestro Católico Rey:» á todo asintieron los enviados, y encargados de decir todo eso mismo á su Capitan y demas interesados, se despacharon para su tierra prometiendo volver con las resultas á los doce dias.

Es cierto que en los dias que estuvieron en la Mision hicieron ver que no es inflexible su barbarie, pues voluntariamente acompañaban al Padre en la doctrina y alabanzas divinas, manifestando docilidad y gusto en que se les habláse de Dios y de la santidad de la Religion Christiana; y si se les decia que el Demonio los tenia engañados, hacian señas con que confesaban que así era: por lo que alborozado el corazon del Padre Gonzalez, le pareció que ya los Apaches estaban convertidos; y siendo solos doce dias los que pusieron de término los Indios para volver con la respuesta de los Capitanes, le parecieron muy largo plazo para dar informe de todo el suceso al Señor Virrey, y que S. E. diera las providencias favorables á la conquista: á esto lo movió el temor de que ántes de su informe no se le remitieran otros, que segun las oposiciones del Capitan pudieran desfigurar la verdad del hecho, y por eso se la propuso á S. E. con la lisura, zelo y sinceridad christiana que es debida, y solo exponiendo parecerle que convenia mucho dar paso al logro de aquellas almas, que eran innumerables, pero reservando su propio arbitrio para la eleccion de los medios; y como la contradiccion siempre es mas poderosa, y ella solo basta para impedir las mas necesarias providencias, no se pudieron lograr las pedidas.

Visto esto por V. P. Fr. Francisco Hidalgo, y que en dos años que habian pasado desde la dicha paz, no habian hecho los Apaches hostilidad alguna, ni habia esperanza de que se les pusiera Mision por la via ordinaria, le presentó una peticion al P. Presidente Fr. Gabriel de Vergara, para que le concediera licencia de entrar en compañia de Fr. Francisco Bustamante, Religioso Lego, apostólicamente á la reduccion de los Apaches, pues no habia prudente rezelo de que les hiciesen algun daño; pero siendo el modo irregular de lo que está ordenado, respondió el P. Presidente, que no era de su oficio el concederlo, y así que ocurrieran al Prelado del Colegio. No hay otro documento que alumbre los efectos de esta primera paz, ni de la meditada empresa de la reduccion de los Apaches; pero siempre merece la mayor estimacion el que produjo por entónces, de suspender la guerra y sangrienta venganza, para que se estaban congregando, quando llegó la India con su embajada, y dos años despues de ella. Han sido siempre estos armisticios un fruto efectivo quanto precioso, y que á costa de fatigas y costos lo han procurado cultivar los Misioneros, experimentados de tan importante diligencia, por la qual solo se han evitado innumerables funestas tragedias y robos, de

que se seguiria la perdicion de muchísimas almas.

No es el valor de los Apaches tan despreciable, como algunos han querido deprimirlo con exâgerar su cobardia, y que á poca resistencia que conozcan se retiran; pues aunque sus bárbaras y freqüentes invasiones las hacen en noćturnos asaltos y disimuladas celadas, tambien en medio del dia, y á cara descubierta han atacado los Pueblos y Presidios, y han executado en los comboyes escoltados de Soldados, lastimosas muertes, y llevádose grandes despojos; y como á sus insultos y sorpresas no se les ha puesto la barrera que los contenga y sujete al respeto y subordinacion de las armas, esa misma inaccion los ha insolentado para sus empresas: esto se ha visto en que aunque muchas veces han hecho las pazes con los Españoles, pero la vana confianza ó desidia de éstos, ha estimulado su natural perfidia para lograr las ocasiones ó lances que les ponen en las manos los intereses de que necesitan, y mucho mas, porque siendo muchas sus parcialidades, y éstas divididas en patrullas, en las que nunca faltan apóstatas ó malvados, aunque una parcialidad prometa y guarde la paz, otras no la quieren, y los delinqüentes fugitivos de la Justicia, los animan á la guerra, para que no los sujeten á la Ley y Doćtrina.

CAPÍTULO IV.

Prosiguen los Apaches sus hostilidades, y los Misioneros en la solicitud de que se les funden Misiones.

DESEANDO los Ministros de Dios aspirar en su ministerio á la imitacion de su paternal largueza, con que extiende su benéfica caridad á favorecer, no solo á los buenos, sino hasta los ingratos, pues los beneficios comunes de Cielo, Tierra y Mar igualmente los derrama sobre todos, sin que dexe de nacer el Sol para los perversos, ni el mar se trague á los Piratas, explayaban sus ánimos oprimidos de las crueles invasiones de los Apaches, con la esperanza de verlos reducidos en Misiones: solicitando con sensibles pruebas de su apostólico zelo, y por todos los modos posibles, el que los Superiores se persuadieran á que no era imposible su conquista, ni incontrastable su dureza, dándoles efećtivas pruebas de su docilidad, si esta la fomentaran oportunas providencias.

Para impedir éstas el enemigo de sus almas, los habia instigado con todas sus furias, insolentándolos en sus latrocinios y muertes, de suerte, que tenian infestada la Provincia con daños, estragos, correrias y hostilidades, sin que pudiera ninguno salir de su casa sin evidente peligro de la vida. Siete leguas del Presidio acometieron al Religioso condućtor de los avíos de las Misiones y cinco Soldados de escolta, y les llevaron las mulas, unas cargadas y otras aparejadas y los caballos, mataron una muger y cautivaron un muchacho: con el mismo arresto asaltaron en el camino á dos Religiosos y seis Soldados, hiriendo á uno, y llevándose las cargas y los caballos; pero mayor fue el que á media legua del Presidio, y al medio dia se arrebataron un gran trozo de la caballada de él, y salien-

do el Capitan con veinte Soldados en su alcance, le mataron dos y hirieron quince, y sin duda hubieran perecido todos, si no hubieran llegado á su socorro los Indios de la Mision de San Antonio, que dispersaron á los Apaches con fuertes alaridos, y como si fueran muchos, no siendo ni la tercia parte de los enemigos.

Eran ya tan continuos los daños, que parecia haberse conjurado todos los Indios del Norte para destruir el Presidio y las Misones, pues no se pasaba dia sin que no hubiese alguna sangrienta desgracia, ó no se robaran quanto podian. Para poner algun reparo á tanta insolencia, determinó el Gobernador de la Provincia hacerles una campaña, y el año de treinta entró bien armado á sus tierras, llevando por Capellan al Padre Presidente de las Misiones Fr. Gabriel de Vergara, el que viendo sus tierras, y considerando sus naturales circunstancias, condolido de su perdicion, le escribió al Señor Virrey la siguiente Carta:

»Exmò. Señor: Supongo que el »Gobernador de esta Provincia dará »ó habrá dado á V. E. individual no»ticia del progreso de la campaña que »se ha executado contra la Nacion »Apache y sus aliadas, y así lo omi»to por no pertenecer á mi ministe»rio. Lo que solo se me ofrece repre»sentar á V. E. es la buena índole, »así de los que vinieron prisioneros, »como del que estaba ya aquí desde »el año pasado, quien fue de Conduc»tor en la jornada, y en quanto fue »preguntado, dicen todos, no ha fal»tado en nada á la verdad. De tier»ras, aguas, gentío y otras convenien»cias que ofrece el terreno, dirán á »V. E. como que lo han visto: solo »digo yo, que es lástima que tanta »multitud de almas sean pobladoras »de las cavernas infernales, teniendo »V. E. tanta abundancia de Ministros »evangélicos de diversas Religiones, »que á porfia se ofrecerán para ir á »semejante empresa: y tengo por muy »cierto, que fueran las Misiones mas »floridas que hubiera en la Nueva Es»paña, y con esto se evitaran tantos »daños como padecen las Provincias »que hay desde el Nuevo México á »ésta, con latrocinios y muertes que »tan freqüentemente suceden.»

Es cierto que con muy justas causas y razones se han hecho las campañas contra los Apaches para castigar sus insultos, muertes y robos, y parece que si las armas Españolas no les hicieran sentir su fuerza, castigando su atrevimiento, y conteniéndolos en su debido respeto, serían mas continuos y atroces sus excesos; pero la constante experiencia de muchos años ha hecho ver que de cada campaña y de todas las que se han practicado en la Provincia de Texas, no solo no han resultado los efectos de contencion y respeto que se pudieran esperar, sino los contrarios; pues han sido el fomento y fuego que ha avivado mas la guerra, y segun han sido los daños que los Apaches han sufrido, han sido mayores los que su rencor y venganza han causado: lo que evidencia que las campañas solo han producido notables gastos y pérdidas: que nunca será este el medio para que ellos se conviertan; y que las Misiones cada dia se deterioran, huyéndose los Indios por sus persecuciones, y perdiéndose todos sus bienes. Con estas consideraciones formó su propuesta el V. P. Vergara, deseando como todos los Misioneros, que el vigor de las armas hiciera á los Infieles respetosos y no enemigos, ofreciendo su

ministerio, para que á su abrigo pudieran por medios suaves y conformes al Evangelio establecer la paz en sus ánimos, y que se congregaran en Misiones: lo que es de creer se hubiera conseguido, si se les hubieran puesto desde que se les están prometiendo; y las Rancherias mas vecinas á las Misiones, las estaban pidiendo.

En solo esta providencia estribaba toda la esperanza de los Misioneros, como único medio para contener la rabiosa venganza de los Apaches, la que cada dia producia mas fatales conseqüencias, que aumentaban en cada campaña que se les hacia, otra guerra á los Misioneros, batallando con el Capitan, Soldados y Vecinos sobre el repartimiento que se hacia de los prisioneros: porque siendo tan cortas las ideas que tenian de la Justicia, ni por escrito se les podia persuadir que es ley expresa la que manda: »Que ningun Gobernador, »Capitan, Alcayde, ni otra Persona, »de qualquier estado, dignidad, oficio »ó calidad que sea, en tiempo y oca»sion de paz ó guerra, aun que sea »justa, y mandada hacer por Nos, ó »por quien nuestro poder hubiere, »sea osado de cautivar Indios natu»rales de nuestras Indias, ni tenerlos »por esclavos:: Y asimismo manda»mos, que ninguna persona en guerra »ni fuera de ella pueda tomar, apre»hender ni ocupar, vender ni cam»biar por esclavo á ningun Indio, ni »tenerle por tal, con título de que le »hubo en guerra justa, ni por com»pra, rescate, trueque ó cambio, ni »otro alguno, ni por otra qualquier »causa: pena de que si alguno fuere »hallado que cautivó ó tiene por es»clavo algun Indio, incurra en per»dimiento de todos sus bienes, apli»cados á nuestra Cámara, &c.» Ningun reclamo era bastante para impedir el que los Soldados, que eran de diversos Presidios, no quisieran sacar prisioneros, ni los Vecinos dexaran de venderlos: porque todos estaban encaprichados en que eran sus esclavos, quando eran las únicas prendas que los Misioneros estimaban para traer á la paz á los enemigos, y con el buen trato y amor con que los miraban, aficionarlos al Christianismo, y propagar por su medio la Fe entre sus parientes é interesados.

Á principios del año de quarenta y cinco salió el Capitan de San Antonio contra los Apaches, y se fue internando en sus tierras hasta el rio Salado, que dista como ochenta leguas del Presidio, y tuvo tan feliz suceso, que no solo los debeló, sino que hizo prisioneros muchos de sus Principales y Parientes de su mayor aprecio. Fue en su compañia y Capellan de la Tropa el P. Presidente de las Misiones Fr. Benito Fernandez de Santa Anna, antiguo y muy zeloso Misionero, y animado de ver tan apreciables despojos, informó al Exmô. Señor Virrey con una geográfica y prolixa descripcion de toda aquella tierra, sus rios, montes y minerales, con individuacion de las Naciones que la habitan y hostilizan las Provincias internas, y hecho cargo despues de una larga inquisicion de muchos años, de que los Indios altaneros que hay en ella, son los Apaches llamados Ipandes y Natages, despues de varias consideraciones y reparos, le pidió á S. E. las providencias que le parecieron mas oportunas para el bien y reduccion de aquellas almas, y para el Real Erario ménos gravosas; pero principalmente los mas preciosos despojos de aquella campaña, que eran los prisioneros, y así dice: »Queda una niña harto linda en mi

»poder (hija del principal Capitan de »los Ipandes), y es como de siete años: »ya la tengo bautizada, y no la entre- »garé hasta que su Padre entre en la »sujecion Real. La presa presente de la »inmediata entrada, en que se inclu- »yen algunas apreciables prendas de »los Natages, coadyuvará eficazmente »para que no se sienta mas alguna in- »quietud en estas Provincias, y se ex- »tienda á otras mas remotas la Real »Corona: por lo que suplico de nue- »vo á V. E. que la tal presa se con- »serve *in integrum* para este fin, por »ser cierto que esta Provincia, mas que »otras, tiene el mérito de ser mas po- »blada, y mal se podrá efectuar dis- »trayendo fuera de ella á los natu- »rales con el pretexto de cautivos, y »mejor crianza, siendo verdad que »despues de largos años apenas saben »los rudimentos de nuestra Santa Fe. »En todo caso estoy enteramente re- »suelto de pasar á la reduccion de los »dichos Ipandes y Natages, y puede »V. E. ordenar que de las Reales Ca- »xas se me dé lo que precisa para »dos Reducciones, y un apretado ór- »den para que el Gobernador de esta »Provincia, y de las inmediatas, me »hagan entregar la gente Apache »apresada en esta, y en las antece- »tes campañas, para que me sirvan »de pie, para atraer á los demas, »&c.»

Quando el Padre consultaba y meditaba la reduccion de los Apaches con tan suaves peticiones, sentian ellos su infortunio no solo sangriento, viendo en sus habitaciones y tiendas fresca la sangre de los suyos, sino amargo en las continuas lágrimas que les sacaba el cautiverio de sus mas amables prendas, sus mugeres, hijos y parientes, y arrebatados de su dolor, hacian continua la demencia que suele ser breve en la ira, y enfurecidos no pensaban mas que en una sangrienta venganza, para ella levantaron con precipitacion su Rancheria, y sin proporcionar los medios que dicta para tales empresas la prudencia, convocaron algunos altaneros, y marcharon con el designio de entrar á sangre y fuego en el Presidio: al mes de su quebranto se emboscaron una noche en un monte de mezquites, que está á él muy cercano; pero con tan desordenado modo, que perdieron el tiempo en que debian haber hecho el asalto, en que sin duda hubieran logrado su intento, porque estaban todos los del Presidio tan dormidos, que solo un muchacho que salia de él pudo verlos, y revolviendo daba gritos, con lo que se levantaron algunos; tres de los vecinos salieron armados, y en la boca de la calle los estuvieron conteniendo, y mas al ver que habiéndose arrojado un Apache á la casa de uno de ellos, de un balazo que le disparó el dueño, quedaron muertos el ginete y el caballo, y aunque ya habian matado á un vecino que no creyó los gritos del muchacho, viendo muerto á su compañero fueron cayendo de ánimo, y abriéndose en dos trozos, acometieron por otra calle al Presidio, acudiendo allí toda la chusma de los Apaches; pero el Sargento de la Compañia y otro Soldado les salieron al encuentro y atajaron el paso.

Habia un Soldado ido á toda diligencia á pedir socorro á la Mision de San Antonio, y llegó en coyuntura tan oportuna, que todos los Indios estaban juntos en la Doctrina, y la caballada pronta, por salir aquel dia para el rio Grande el P. Visitador, y así no tardaron mas que en tomar los caballos y las armas, y mar-

charon al Presidio ciento; allí se dividieron en dos esquadras, la una tiró al monte donde estaban los enemigos emboscados, y los atacaron con tal ímpetu y alarido, que á la primer descarga de los fusiles mataron algunos, y hicieron retirar á los otros: la otra esquadra los acometió con el mismo brio y hizo huir con muerte de algunos, saliendo de los Indios auxîliares uno solo herido: luego que los Apaches tomaron la fuga, los de la Mision volvieron á ella, y remudando los caballos, tomaron pólvora y balas, y salieron en su alcance: en esta buelta se reforzaron con los Indios de la Mision de la Concepcion, y se les juntó el Teniente y algunos Soldados, y yendo muy confiados de alcanzar y castigar á los enemigos, llegaron al parage de Buena vista, y allí mandó el Teniente que todos se volvieran, y les fue este órden á los Indios de tanto disgusto, que el Gobernador de San Antonio le dixo: Señor, vuelvete tu á cuidar el Presidio, que yo iré con mi gente á darles á los Apaches, á cuya razon respondió el Teniente muy alterado y con maltratamiento, y los obligó á volverse, de lo que quedaron bastantemente desazonados, despues de haber libertado el Presidio y la Villas, egun lo confesaban todos, de su última ruina.

Es cierto que al mejor tiempo les faltó á los Apaches el espíritu y marcial órden con que pudieron haber dado contra el Presidio un alvazo tan sangriento como ventajoso, pues lo veían en un profundo sueño, y con el descuido que pudiera si no tuviera enemigos, ni hubiera en él Soldados; pero otro humor narcótico ocupaba el cerebro del Capitan de ellos; pues fue patente, público y notorio, que habiendo salido con los Indios uno que se habia traido prisionero en la campaña, y era criado del mismo Capitan por ser cautivo y Christiano, luego que lo vió se avocó con él, y le preguntó donde estaba toda la presa, y su hija, y qual era el intento de los Españoles. El le respondió, que desde que lo cogieron los Españoles, le habia asegurado el P. Misionero, que si los Apaches se diesen á Pueblo y á la Real sujecion, se les devolverian todas las personas que tenian presas: conmovió esto al Capitan hasta derramar lágrimas, y á abandonar la empresa, y mandar á todos los suyos la retirada, no obstante que los Natages sus aliados quedaron muy mal contentos. Esto mismo confirmó otro Indio que pocos dias despues se entró en el Presidio buscando á un hermano suyo, lo que se hizo indubitable; pues luego que vió los calzones que traía, sus lágrimas verificaron sus palabras, conociendo que su hermano habia muerto; y declaró, que ya los Apaches se habian retirado á su tierra, porque los Capitanes auxîliares se habian enojado por haberlos engañado, diciendoles que aquí habia poca gente, habiendo tanta: dixo que el número de los que habian venido era de trescientos y cincuenta con mugeres y muchachos, y explicó quantas eran ciento como el mejor contador, pues era muy ladino y de un Pueblo de los del paso del Norte.

No obstante dichas declaraciones de la retirada de los Apaches, el Capitan mandó al Teniente saliera á reconocer la tierra por el rumbo que llevaron, y trajo noticias tan dudosas que consternaron todos los ánimos, y no habia quien se atreviera á salir de su casa, y los mas querian desamparar la tierra. Viendo los Indios de San Antonio tan intimidados á los Espa-

ñoles, enviaron espias que registraran toda la tierra, y vinieron dando noticia de ser indubitable la retirada de los enemigos, confirmada con los tizonazos que iban dando en los pastos que habia en el camino: con lo que comenzaron los Presidiarios y de la Villa á salir á sus quehaceres y á dormir en sus casas, pues les mas dormian en el cuerpo de guardia.

De todo se informó el Señor Virrey, y S. E. le ordenó al P. Fr. Benito que le informáse con lista particular de los Indios que inquietaban las Provincias internas; y hablando el Padre de los que hostilizan las de Cohaguila y Texas dice: »Los Ipandis, »que es la porcion mas considerable, »desde el tiempo del Exmô. Señor »Duque de la Conquista tienen seriamente pedido Mision en su País, de lo »que me pareció conveniente dar la »palabra en nombre del Rey nuestro »Señor, y del Príncipe que gobernaba: y como no tuviese yo respuesta »de la tal pretension, hubieron de juzgar el que no les cumplia la palabra, »prosiguiendo en sus entradas, que »ántes muchos meses tuvieron suspensas. De presente vá por tercera vez »que piden Mision en donde quiera que »se la pongan; y aun dado caso que »no tuvieran tal ánimo, no hay ocasion mas propia para entrañarse en »su País, haciendo pie con la presa, y »otros que vendrán de paz; que no »serán pocos los que viendo á sus hijos y mugeres rancheados con el P. »Misionero y algun Presidio, están »precisados ya á no tomar las armas, »y si no dudará de su constancia, por »la envejecida costumbre de hurtar »caballos: sin Presidio alguno reduxera á Mision á los tales Ipandis, y lo »hubiera ya hecho, si no tuviera práctico conocimiento que los Indios mas »dóciles son veleidosos en los primeros años de su conversion, y es preciso algun respeto militar para contenerlos.»

No era vana la confianza que el P. Fr. Benito tenia de reducir á Mision á los Apaches, fundada en el amor natural que les tenian á los prisioneros, y para empeñar en su pretension al P. Guardian del Colegio le dice: »Los Indios del Norte de presente practican quietud, mas hasta »ahora no pasa de una suspension de »armas, por no baxar todavia el Capitan grande Ipandi, Padre de la »Indizuela que está en esta Mision: con »esta hay una Prima suya, y otra grande con una niña de dos años y otro »niño como de cinco. La tal grande, que »no llegará á treinta años, es tambien »de la casa del Capitan, y me afirma »que vendrá ciertamente á estar conmigo, y que sin duda los Ipandis, que »son como ciento y sesenta, quieren »Mision, mas que los Natages siempre estuvieron maleandoles. La tal »India aun en su gentilidad tenia virtudes morales, y teniendo probabilidad su dicho, fundado en las conversaciones que ha tenido con su »gente, puede V. P. no desfallecer en »la pretension del Norte: pues sobre »el bien espiritual de aquellas almas, »se conseguirá el bien de estas Provincias, que jamás tendrán ser de alguna consideracion, hasta que tenga fin esta guerra.»

Consideraba el P. Presidente, que el informe que el Capitan envió al Señor Virrey dando cuenta del atentado de los Apaches contra el Presidio, podia ser la causa que retardara las providencias, ó ya por el excesivo número de Indios que no se vieron; ó ya por el órden militar que no observaron; ó ya por otras ex-

presiones contrarias á los efectos, y por eso le pidió por un escrito que le noticiáse al Señor Virrey el estado presente de los Indios Apaches, para que S. E. determinara lo que fuera de su agrado, sin omitir la precision en que se hallaba de pasar solo á sus tierras, para cumplirles en el modo que podia la palabra que les habia dado, conformándose con lo que tenia ordenado el Exmò. Señor en este punto: tambien le pedia que se ofreciera á pasar con él al Norte con solos diez hombres mas, que se añadieran á su Compañia, sin gasto de la Real Hacienda en la subplantacion, atento á que varias veces le dixo, que con ese número asistiria con qualquier Religioso en el sitio que fuera mas conveniente.

Todo esto era querer el Padre que la verdad pareciese en su propio aspecto en los Superiores Tribunales, y buscar medios para satisfacer las instancias de los Indios, y así le escribió al P. Guardian, diciendo: »Como »casi todas las Lunas vengan á esta »Mision y Presidio insistiendo siem»pre en la plantacion de Mision y Pre»sidio, discurrí medio para darles lar»gas, respecto á que no se ha dado pro»videncia en el Superior Tribunal: dí»xeles con claridad que no tenia Presi»dio para pasar á sus tierras, y que »por eso no podia pasar á poner Mi»sion, y me respondieron, que fuese á »ponerla sin Presidio: procuré ponerlos »en razon de que yo solo no podia »hacer cosa para su permanencia, por »necesitarse saber hacer casas y cor»tar palos, y luego allanaron esta di»ficultad con que ellos sabian hacer »casas y cortar palos: dificúlteles mas, »porque no sabian arar ni hacer siem»bras, y luego allanaron la dificultad, »trayéndome á la memoria unos tres »que estaban entre ellos que sabian »arar, y que éstos enseñarian á otros, »y los dexé ir á sus tierras con la reso»lucion que la vez primera que vengan »trairán mulas para cargar rexas, aza»dones, hachas y maiz, para poder »sembrar este año en el plan ó sitio »que yo les diga que está bueno.

CAPÍTULO V.

Nuevos esfuerzos que hicieron los Misioneros para restablecer la paz de los Apaches.

SOBRE la madurez en que el P. Fr. Benito estimaba las instancias que le hacian los Apaches para que fuera á su tierra, le parecia que con solo dexarse llevar de ellas, se lograria la oportunidad de ponerles una Mision segun se lo pedian; y que si en esa ocasion no se condescendia á ellas, podia ser que no se verificara en otras; pero esta eficacia no conducia á la disposicion de los medios que proponia para facilitar una reduccion tan dificil como deseada: pues debiendo arreglarlos la prudente y desvelada economia de los Señores Ministros de la Real Hacienda, no fue adaptable el de la pronta translacion del Presidio de San Antonio que proponia: porque para ella debia ser fundamento, segun el dictamen del Señor Auditor de la guerra, el que se hubieran convocado los vecinos de la Villa de San Fernando, y demas de su antiguo vecindario, y conferido

muy seriamente, si aquel Presidio se podia mudar á otra parte para abrigar los Apaches que se congregásen, sin que quedaran expuestas la Villa y las cinco Misiones al riesgo y peligro de los enemigos.

De esta sabia reflexîon fue producida la necesaria demora de las providencias que se pedian, y la que disgustó tanto á los Apaches, que les hizo creer que solo el Capitan y el Padre querian su amistad y la paz, y que la rehusaban los demas Españoles; y ocurriendo entónces el que el P. Fr. Benito se alejáse á las Misiones que debia establecer en el rio de S. Xavier, esta ausencia los confirmó en su erroneo juicio, y los hizo perder la confianza, por lo que se volvieron á sus antiguas belicosas ideas; con toda la porcion de los que se reconocian mas beneficiados, envió quatro Indias de las mas distinguidas para que avisasen á los Padres, y que éstos le dixeran al Capitan que se previniese, porque ya se rompia la guerra, y sería lo primero asaltar la caballada del Presidio: hizo el Capitan su deber: pero no fueron bastantes sus providencias para que no se llevasen al primer acometimiento la mayor parte del situado.

Fue este rompimiento de mucha mortificacion y congoja para todos los Misioneros, que entre las molestias y trabajos de la continua solicitud de su apostólico ministerio, les renovaba el dolor de ver repetidas las hostilidades, y el afan y sobresalto, no solo de la destruccion de los bienes temporales, sino principalmente de las desgraciadas muertes, y perdicion de muchas almas; por lo que pidiendo el Capitan del Presidio Indios auxîliares para ir á castigar á los enemigos, se les subministraron de las Misiones ciento y treinta, aviados de víveres, armas y caballos, y se le recomendó mucho que la guerra se hiciese con mejor modo y fin que en las antecedentes campañas, y que diese órden de que no se mataran los Apaches sino en caso muy preciso, por la propia defensa, y que de las presas se habia de despachar desde el camino una que de parte de los Misioneros les ofreciese la paz á los Capitanes, para lo que llevaba el Padre Capellan un regalito en prueba de la verdad de su afecto, y del deseo que tenian de que fueran Christianos.

Con estos lenitivos de su angustiado zelo, pedian al Señor dirigiese la Tropa al logro de su mayor honra y gloria y bien de las almas, y marchando el dos de Febrero del año de quarenta y nueve, dió con una muy corta Rancheria, en que sin resistencia se apresaron tres mugeres inservibles y viejas, y cinco criaturas pequeñas, y volviéndose el Capitan al Presidio, halló que al mismo tiempo de sus jornadas, vinieron los Apaches á la Mision del Señor San Joseph en crecido número, y entrando con furioso ímpetu, mataron mucho ganado menor, robaron mucha ropa, y la caballada de la Mision de la Concepcion, y por eso determinó ir luego en sus alcances; y como la presa que habia traido de nadie era apetecible en el Presidio, la envió á la Mision de San Antonio, en donde la recibió el Padre con mucho amor, y manifestó en su trato la caridad que es propia del Christianismo, vistiéndolas, regalándolas y dexando que anduvieran libres, y aun diciéndoles, que si querian se podian ir á su tierra, y llevarse sus criaturas; pero siempre le respondian que allí estaban contentas, comian bien, y tenian gusto: pero todo era disposicion de la soberana Providencia, para que des-

pues produxeran apreciables frutos, tan despreciadas semillas.

Siguiendo el Capitan y la Tropa las huellas de los enemigos, llegaron á alcanzarlos, y les acometieron con tal brio que les apresaron quarenta y seis personas, y mas de cien caballos, siendo tan feliz el suceso, que ni los Soldados ni los Indios excedieron de los órdenes, ni mataron ni hirieron á ninguno de los Apaches, lo que fue de admirar á los mismos enemigos, por no haber visto nunca tal humanidad en los Españoles: pero debió de parecerle al Capitan indecoroso á su valor el enviar la embajada de paz, que le habia suplicado el P. Fr. Mariano de los Dolores. No obstante esa omision, es infalible que el clarin que evangeliza la paz, anuncia tambien á sus oyentes abundantes bienes y felicidades, y habiéndose informado el Padre de las Indias de las calidades y condiciones de los Capitanes Apaches, y de las demas circunstancias de aquellas gentes, le pareció que por ellas mismas podia facilitar sus intentos, y tres dias ántes de que el Capitan entrara con los prisioneros en el Presidio, las impuso en todo lo que habia sucedido en la jornada, y las instruyó en que los Padres Misioneros les deseaban todo bien espiritual á sus almas, y mucha felicidad á todas sus gentes, lo que no podia ser sin dexar sus bárbaras costumbres, en que su mayor enemigo, que es el Demonio, los tenia ciegos, ni sin conocer el provecho que les venia de la paz con los Españoles; y brindándoles á las tres que fueran á decirles lo mismo á los Capitanes, ninguna queria admitir la embajada, hasta que, á instancias de las otras, se determinó á llevarla una que era parienta de los mas principales; pero advirtiendo que aunque ninguno quisiera venir, ella sí volveria á dar la respuesta, y se quedaria en la Mision, porque le gustaba mucho vivir con los Padres, y prometió persuadir á los otros que hicieran lo mismo.

Con tan buenas esperanzas, la envió el P. Fr. Mariano á que encontrara á los prisioneros, avisándole al P. Capellan su destino, y que le diese el regalito que llevaba prevenido. Fue para ella muy tierno el encuentro, pues en él venian un hijo suyo, otros parientes y conocidos, y aun á todos causó ternura el ver el modo con que la recibieron, quedando consolados quando les dixo á lo que iba enviada del P. Misionero, y le daban bastante prisa para que prosiguiese su viaje. Para prevenir los sucesos de él, le fue necesario al P. Fr. Mariano, sufrir muchas contestaciones, debates y sonrojos; porque esperándolos prósperos, luego que llegaron los presos, le fue necesario oponerse al repartimiento de ellos, que pretendian los Presidiarios y Vecinos: pues era tal la ambicion de tener criados, que hasta el Gobernador de la Provincia, usando de absoluto predominio, se llevó á los Adais algunos; de lo que informado el Señor Virrey, le escribió Carta mandándole que luego y sin dilacion los restituyera al Presidio de San Antonio, advirtiéndole el exceso que en llevarselos habia cometido, y fue necesario tan fuerte colirio para que abrieran los ojos, los que tenia ciegos la ambicion de tener esclavos.

Con especial atencion recibieron los Capitanes de los Apaches la embajada de la India, que llenó los deseos de los Misioneros, manifestándoles sus intenciones como dirigidas solo á su bien, causa de que se les hubiera hecho tan benigna guerra, para que conocieran que se enderezaba á su

conversion, la que los años antecedentes habian prometido, y ahora era tiempo de cumplirla, para la que se interesarian con los Españoles, para que les entregaran todos los prisioneros, y que si se determinaban á hacer las pazes, desde luego habian de suspender las hostilidades, y venir á tratar con los Padres, y ellos los reconciliarian con los Españoles. Bien conocieron ellos los bienes que se les franqueaban, por los daños que les habia causado su guerra, y en breve se convinieron en juntar á todos los Capitanes de su Nacion, y de sus conferencias resolvieron venirse á la Mision con sus familias y bienes, para vivir congregados y en compañia de los Padres, como no les faltaran á lo que se les prometia por parte de los Españoles.

Para autorizar esta respuesta, fue diputada la muger del principal Capitan en compañia de otra de un criado, y de la embajadora; todos llegaron á la Mision de San Antonio, y la expresaron con mucha energia al P. Fr. Mariano, el que luego las remitió al Presidio, y declararon al Capitan lo mismo: en el mismo dia llegaron otros ocho Indios, confirmando quanto la India principal habia dicho, y dixeron los enviaba su Capitan á conocer al Padre que les habia enviado á la India, y á pulsar los ánimos de los Españoles, añadiendo que solo esperaban las resultas para marchar todos á la Mision para poblarse en ella, y que aunque habian remitido correos al Capitan rico, al Nataje, y al Comanche, por ver si entraban ellos en la paz; pero si no la admitian, ellos nunca dexarian de guardarla, ni de ponerse en Mision como se les decia.

Confiados ya en la amistad de los Padres, fueron los Indios freqüentando sus visitas, hasta venir un Capitan á ver al P. Fr. Benito, y por su interposicion se le entregaron todos los prisioneros, lo que él y todos los demas agradecieron con extremo, y se empeñaron en dar pruebas de su reconocimiento, no solo con suspender todos los robos y daños que hacian, sino con proponer al Padre el mismo Capitan, que las doncellas de su Nacion se casaran con los Indios de las Misiones, y los jóvenes con sus hijas, para que con estos vínculos quedaran afianzadas las pazes, ofreciendo para esta alianza una sobrina del mismo Capitan muy agraciada, y otras con algunos mozos, para que desde luego se efectuara el concierto; pero con discretas dilaciones procuraron los Misioneros no dar lugar á él, por preveer graves inconvenientes; pero en tan reiteradas demostraciones de amistad y confianza, veía el P. Fr. Benito como verdaderas las instancias de que se les pusiese Mision, y en la perseverancia de cinco meses de repetirlas, le penetraban con inconsolable dolor un dardo en el corazon, considerando que no podia por sí solo darles aquel consuelo: y para no omitir de su parte diligencia alguna que conduxese á su firme permanencia, le pareció debia representar á boca al Señor Virrey el estado en que estaba aquella importante reduccion, y la multitud de gente y de Naciones que la pedian, y que así podria lograr con mas brevedad favorable y eficaz despacho; y sin otro fin que el de hacer mas cabales sus informes, emprendió el largo y penoso viage de México.

En ese mismo mes, que fue el de Agosto del año de quarenta y nueve, llegaron á la Mision de San Antonio los mensageros de otros dos Capitanes, que decian venir con toda su

gente á estarse en ella mientras se les ponia á ellos Mision, y le fue necesario al P. Fr. Mariano de los Dolores buscar varios pretextos para impedirles el intento, sin que ellos pudieran entender la intencion, y verdadera causa de la repulsa. Era esta el que los Misioneros tenian gravísimos inconvenientes de que los Apaches se unieran, ó por amistad, ó por parentezco con las Naciones de Indios recien reducidos; pues á mas de tener presentes los sucesos del Nuevo México, originados de semejantes ligas, debian precaver que los Neófitos no se inficionasen con las pestíferas costumbres y diabólicos ritos que observan los Apaches, y con los bayles y brebages que usan en sus mitotes, y mas quando el no concurrir á ellos los otros Indios, lo tienen por señal segura de que su amistad no es verdadera; y no debiendo los Misioneros tolerar tales excesos, era preciso que se dieran por ofendidos, sin acordarse mas de beneficios, sino de que eran bárbaros. Ni era de poco peso para repeler tanta gente el que se escaseaban en la Mision los bastimentos, y este era otro peligro temporal que podia perjudicar á sus dueños; y así les envió á decir, que se acantonasen en el rio de Guadalupe, distante quince leguas de San Antonio, y buscasen un sitio proporcionado á una buena sementera, y que congregados allí quantos quisieran reducirse, podian venir algunos por maiz ú otras cosas que necesitasen: esperanzado el Padre de que no tardarian mucho las Superiores providencias que dieran ley y órdenes, que coarctaran su gentílica libertad, y moderar sus bárbaras costumbres.

Es cierto que hasta allí no habian causado motivo de sentimiento ni á los Españoles ni á los Indios, pues contra su natural altaneria se contenian en una amistad sincera; de ella fue prueba el que sabiendo que unidos con los Natajes los Julimes venian á hostilizar el camino del rio Grande, avisaron para que los Españoles no lo anduvieran, porque eran muchos los enemigos: no tardó en verse cumplido su aviso, pues en el parage de San Ambrosio acometieron al P. Fr. Francisco Xavier Silva, del Colegio de nuestra Señora de Guadalupe, que iba con ocho Españoles, y fueron tantos los Indios, que á todos los mataron, y se vió tambien la verdad de quienes fueron los agresores, porque habiéndose defendido valerosamente los Españoles, mataron muchos, y no obstante la costumbre que tienen de retirar sus muertos, quando fueron del rio Grande á recoger los cuerpos del Padre y sus Compañeros hallaron entre los de los Indios uno que tenia al cuello Rosario, y se reconoció Julime, y otro Jayan Nataje, que colgaron en un árbol. Tambien se comprobó juridicamente, que quando sucedieron las muertes, segun la noticia que llegó á S. Antonio, habia en la Mision y en sus inmediaciones crecido número de los Apaches Ipandes.

En ese mismo tiempo habian ido á sus tierras Indios de las Misiones, y los admitian sin causarles molestia alguna, y á uno que conocieron iba fugitivo lo devolvieron á ella: la misma familiaridad practicaban con los Españoles, aunque la temeraria confianza de éstos, les ponia ocasiones tan proxîmas, que los provocaban á ser ladrones: tal fue la de un Soldado, que muy distante del Presidio estaba muy descuidado y rodeado de quince Apaches: quando él se dada por perdido, ellos le dieron de comer, y aviado de carne, lo pusieron

en el camino. Pero mas generosa accion fue el haber encontrado en la rivera de un rio á un Indio de la Mision, y ya Christiano, que huyendo de la enfermedad que habia en ella, le asaltó en tal grado, que ya estaba totalmente postrado, y cargándolo le traxeron á la Mision, en la que con medicamentos y alimentos recobró la vida, que la fiebre y la hambre le quitaban sin duda; no fue ménos humanidad la de haber encontrado en una Rancheria un niño como de tres años solo y huerfano por haber muerto sus Padres, y pareciéndoles que ninguno tendria piedad de aquella criatura como el P. Misionero, se lo traxeron contra el natural carácter de su genio, que es el plagio, y por el que se exponen á los mayores peligros por cautivar muchachos para tener criados.

Mejor que todas las pruebas que podian dar de su perseverancia, era la atencion y gusto que mostraban siempre que los Padres les hablaban de Dios, de sus divinos atributos, y de los soberanos misterios, en cuya inteligencia se imponian con increible facilidad, y en poco tiempo se hacian capazes para recibir los Santos Sacramentos, lo que se verificó en todos los casos que fue necesario administrárselos; pues no fueron tan pocos que no pasaran de sesenta los que recibieron tan soberana gracia en todo aquel tiempo, así párvulos como adultos, que murieron bautizados. Tambien lo era el haber entregado al P. Fr. Mariano varios cautivos que tenian esclavizados, solo por el respeto de que eran Christianos, dando cada dia las mas relevantes muestras de estar ya todos allanados á recibir la Santa Fe, y vivir en política como Christianos.

Todas estas demostraciones de sinceridad y paz no fueron bastantes para aquietar los recelos que de ellos tenian los Españoles, desconfiando con pánico terror de lo mismo que estaban mirando, y que ni aun de sus descuidos se aprovechaban los Indios, para causarles los daños que son tan continuos entre los Christianos viejos, siempre que tienen ocasion de lograrlos: todo su temor lo fundaban en que el Capitan principal de los Apaches, que llamaban de la boca comida, no habia venido á los ajustes de la paz; y fue la causa, el que el cancer que el miserable padecia, lo habia imposibilitado á viajar en la tierra, y por fin llevádolo á la sepultura; y por eso el que ocupó su lugar, y que la junta de los demas Capitanes habia declarado por Capitan grande con todo el comando que el otro tenia, luego que se desocupó de sus intereses personales, quiso atender á los comunes, y siguiendo las pacíficas ideas de su antecesor, se presentó en la Mision de San Antonio, con extraordinaria confianza, y sin mas comitiva que la de sus parientes y familiares, y sin prevenir su arribo, y manifestándose agradable al P. Fr. Mariano, le dixo venia solo á ratificar en nombre de su Nacion las pazes con los Españoles, que el mismo Padre les habia persuadido á los Ipandes; pues todos estaban muy gustosos por la tranquilidad que gozaban, y resueltos á congregarse en Mision, para que los Padres les enseñaran. Gustoso de la novedad el P. Fr. Mariano, le conduxo al Presidio, y presentó al Capitan, satisfecho de ser verdad lo que el Indio decia, por haber visto la dicha junta algunos Indios de su Mision, y á quienes les habian encargado le avisasen de la firmeza de la paz, y en su presencia se ratificó, y el Capitan Español obsequió al Apache, quedando todos en

observar las condiciones de la paz y reduccion que él habia propuesto.

Fue grande la complacencia que el Apache tuvo viendo el trato y político modo que se observaba en el gobierno de la Mision, y en la asistencia á la doctrina y catecismo, y le propuso al P. Fr. Mariano el venirse á ella con todas sus tiendas, que eran muchísimas, y que allí esperarian las providencias para que se les fundara á ellos la suya: pero conociendo el Padre las conseqüencias de una confederacion arriesgada, y de una alianza gentílica, le fue necesario abultar pretextos con que disuadirlo del intento, para evadirse de los perjuicios que habian de causar huespedes tan libertinos, y de los crecidos gastos que le habian de ocasionar por su crecido número: pero atendiendo á su insaciable codicia, para despedirlo gustoso, le regaló algunas cosillas de su deseo, y haciendo lo mismo con los de la parentela, á los tres dias pudo despedirlos, quedando de volver dentro de poco tiempo.

Del mismo modo iban freqüentando otros que se decian Capitanes, y todos significaban al Padre como estaban resueltos á congregarse en Mision, y hacer quanto les ordenara, pues ya podia mandar en ellos como en los Indios de San Antonio, y así que les asignase sitio que fuese de su gusto, para juntarse, por estar ya conformes y dispuestos á practicar quanto les propusiera: todo era congoja para el Padre, pues el estado en que veía aquella reduccion era muy oportuno para su logro; pero habiendo sido aquel año en toda la Provincia muy escasas las aguas para que el ganado de la Mision tuviera algun pasto, era preciso se retirara hasta el rio de Guadalupe, y si los Apaches se ranchearan en sus orillas, sería inevitable el daño que hicieran en él, y con esta consideracion les dixo: que se mantuvieran en aquellas inmediaciones de San Antonio, y que escogiesen un sitio acomodado, no solo para su rancheria, sino para hacer aquel año una buena sementera, y que él les iria contribuyendo algun maiz, y lo demas que se pudiera, hasta que el Señor Virrey mandara lo que se debia hacer.

Con las continuadas visitas de los Apaches, se veía el Padre tan falto de facultades para sostenerlas, que pensó promover las providencias con presentarle un escrito al Capitan haciendóselas patentes, y remitiéndole los Indios para que oyera de sus bocas sus instancias, y en él le dice: »Con »las experiencias vistas, estabilidad »que han tenido, deseos que les asis»ten, y señas evidentes que se palpan, »si hubiera llegado el avío de las Mi»siones, no hallara inconveniente en »irme con ellos á poner la Mision en »el rio de Guadalupe; pero hallándo»me sin efecto alguno que poder lle»var para la plantacion de la Mision, »les tengo dada palabra de que cum»plidas cinco Lunas, tiempo suficiente »para que puedan haber arribado los »avíos y providencias que S. E. dis»pusiere, verán cumplidos sus deseos »y los nuestros.»

Con solo este medio pudo el Padre haber logrado sus zelosos fines, pues con él hubiera vencido las insuperables dificultades que á los Señores Ministros se les ofrecian para creer efectivas esas experiencias, estabilidad, deseos y señas evidentes de la conversion de los Apaches; pues aunque al Padre le pareciera que el ir á formar la Mision, eraesencial parte de la subordinacion debida á la Superio-

ridad, y necesaria su licencia, ya el Señor Auditor habia reprehendido »el que el Capitan hubiera pedido en »general providencias, sin especificar »quales eran las que convenian, y »dado dictamen de que debia esperar »la llegada de todos los Apaches, »enterarse cumplidamente de su nú»mero, de la disposicion á congre»garse, asignarles para ello las mas »convenientes tierras, aguas y como»didades en sitio y parage el mas »resguardado y seguro, á no poder »facilmente huirse sin ser adverti»dos, notados y sentidos, y á poder »facilmente ser administrados, agaza»jados, acariciados y dispuestos á ver »la sociabilidad, buen trato, quietud y »aplicacion de los Indios ya congre»gados en aquellas cinco Misiones, »congregando los Apaches á la mas »proporcionada distancia de ellas.»

CAPÍTULO VI.

Providencias que se dieron para la fundacion de las Misiones, y las oposiciones contra ella.

NO solo llamó la Eterna Sabiduria bienaventurados á los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios, sino tambien á los que con constante zelo imitan al Hijo de Dios, publicando la paz, y persuadiéndola á los enemigos, para dilatar en ellos el Reyno espiritual de su Fe y Evangelio, predicándolo por todo el mundo Príncipe de la paz y Rey pacífico, para que hiriendo la suave armonia de tan divinos elogios los feroces ánimos de los bárbaros, se tiemplen uniéndose con los Christianos, y se ajusten á los divinos preceptos sus opuestas voluntades, desiguales genios, y destempladas pasiones. Estos fueron los únicos fines porque los Misioneros promovian, sustentaban y persuadian la paz en la reduccion de los mas indómitos bárbaros, interponiendo todos los medios que les dictaba su apostólico zelo, sin reparar en trabajos y afanes, que les multiplicaban las contradicciones.

Era la bateria de éstas plantada por los mismos que se veían con la paz beneficiados; pero el temor de perder algunos intereses, les hacia no conocer los mas importantes: pero es la paz efecto de la buena voluntad, y la que el Padre tenia de solidar la de los Apaches con su reduccion, le dictó el buscar para ella un seguro apoyo en el auxîlio y proteccion del Gobernador de la Provincia, pidiéndole por un escrito se sirviera de concurrir á una pacificacion tan benéfica con los mejores y mas oportunos arbitrios, para que tantas errantes ovejas se reduxeran al gremio de la Santa Iglesia, y al suave yugo de nuestro Soberano, como que estos objetos debian ser los de su atencion y gobierno; pero estaba ya el Caballero preocupado de los sentimientos de los que lloraban su total indigencia, si les faltaran los sueldos de los Soldados, trasplantando á otro parage el Presidio, y por sus influxos respondió en un largo auto, que los Apaches habian sido refractarios de la paz, cometiendo en el tiempo de ella alevosas hostilidades, las que fue infarcinando con equivocaciones evidentes, por las que dixo: quedaba mortificado en no encontrar

arbitrio ni facultad para condescender á lo que el Padre le pedia.

Era conocido y público el impulso que movia los dictámenes del Gobernador, para dar con ellos fuerza á los informes que se le hicieron al Señor Virrey, y aunque despues descubrió á S. E. el Teniente Don Juan Galvan la verdadera causa de ellos; el P. Fr. Mariano solo juzgó que debia satisfacer al proveído, alumbrando en algun modo las tinieblas que lo habian motivado, y así dice en su respuesta: »Bien pudiera á muchas de »las razones que en contra de los Apa»ches se expresan, dar solucion tan »ajustada, que en otros recayera la »culpa; pero no siendo mi ánimo dam»nificar á ninguno, y dirigiéndose »solo al servicio de la divina y hu»mana Magestad, al bien de esos mi»serables, y al mayor cumplimiento »de las obligaciones que me asisten, »omito quanto pudiera decir.» De esta misma religiosa moderacion usó en México el P. Fr. Benito, quando presentó al Señor Virrey el pedimento, y su proveido, diciendo: »Que »aunque el Gobernador se negó á las »providencias que se le pedian, no »dexó de confesar que es opinion de »todos el que dichos Indios quieren re»ducirse; y aunque fuese cierto el mo»tivo que expresa dicho Gobernador »para negarse á las providencias, la »coaccion mas infiere seguridad que »óbice para no negarlas.

Muy contrarios efectos de los que tramaban los faccionarios del Gobernador, y que esperaban resultaran de su proveido, fueron los que produxeron las humildes instancias de los Misioneros, pues por ellas expidió el Señor Virrey su Superior despacho, enviado al Gobernador, para que el Teniente Don Juan Galvan pasáse acompañado del P. Presidente á las tierras de los Apaches, y buscáse parage proporcionado para establecerles Mision; pero no pudiendo ir el P. Presidente por sus ocupaciones, substituyó al P. Fr. Miguel Aranda, y habilitada la expedicion, se comenzó registrando exâctamente los rios de los Pedernales y de los Sanas, y no hallando en ellos todas las comodidades necesarias, pasaron al rio de San Saba, y en él dice en su informe el Teniente: »encontré una porcion de »Apaches, los que me recibieron con »grande gusto y agazajo, y dándoles »razon de lo que hacia en sus tier»ras, tuvieron mucho gusto, y tenien»do yo por ellos noticias de otras »gentes de ellos, despaché Correo á »llamarlos para darles noticia á to»dos, que iba á registrar sus tierras »el Padre y yo, por mandado de V. E. »para que cumplieran la palabra que »al R. P. Presidente le tenian dada, que »se habian de poner en Pueblo: no se »excusaron de venir con mucho gusto, »y luego que iban llegando á mi Real, »haciendo salvas, rindiendo sus ar»mas, y besando la mano al Padre, les »propuse el fin á que íbamos, y todos »dixeron, que eso era lo que desea»ban; y al otro dia salí yo á registrar »las tierras, acompañado con algunos »de ellos, y hallé dos sacas de agua, »una de una banda, y otra de la otra »del rio, tendran de riego tres leguas »cada una, no con mucha dificultad.»

Aunque todo este fragmento, sacado á la letra del informe del Teniente comisionado, es un incontestable testimonio que demuestra la verdad de los informes de los Misioneros sobre la paz de los Apaches, y de los anhelos que significaban para que se les pusiesen Misiones; no es de menor aprecio la Carta que el P. Aranda es-

cribió al P. Presidente, en razon del encargo que se le hizo, y en un pasage dice: »Fuimos á San Sabá, que ofrece »buenas tierras, piedra y madera:: Los »Indios nos recibieron con muestras »de grande regocijo, y manifestaron »grandes deseos de verse en Mision: »fuí solo á una rancheria, suplicán»dole al Señor Teniente que no me »diera escolta, para que se desenga»ñen los que dicen ser fingida la paz »de los Apaches, y condescendiendo »en parte con mi súplica, fuí con solo »un Soldado, y ví tales señales de ca»riño, que en las Misiones en que me »hallo no las he advertido: les dí ta»baco, pinole y chancaca, y estuvie»ron tan agradecidos, que me querian »cargar de sus rústicos bastimentos, »rogándome que me quedara con »ellos, y que por la tarde iriamos al »Real: Lo mismo experimenté en los »que llegaron despues, que fueron »cincuenta y ocho con su Capitan, y »me dixeron que si me detenia dos »dias mas, vendria mucha gente. Hi»cimos este dia una Cruz, que lleva»mos en procesion alabando á Dios »y á su Madre purísima, la adoraron »los Indios, y al ver que los Espa»ñoles me besaban la mano, hicieron »lo mismo.»

Con esta Carta acompañó el P. Presidente Fr. Mariano de los Dolores su informe al Señor Virrey, en que dice: »Es cierto, Exmô. Señor, »que los Indios se hallan pacificados »y desean su reduccion; pero como »todos sean campestres, criados á to»da libertad, para su reduccion se ne»cesita el respeto de las armas, sin »el que nunca las Misiones tuvieran »subsistencia, pues á la mas ligera »displicencia en el trabajo, ú otro li»gero motivo, las dexaran desiertas, »y no dudo descargaran sus furias en »los Misioneros, como acostumbrados »á practicar insultos.» Para facilitar las providencias para la escolta de las Misiones que se habian de fundar y que S. E. mandaba que los Misioneros informaran sobre la traslacion del Presidio de San Antonio, no obstante el dictamen que sobre ella habia dado, le fue preciso dar cuenta del estado en que se hallaba el sitio de San Xavier, ya inhabil para su Presidio, y así prosigue su informe:

»Habiendo sobrevenido desde »la enorme atrocidad de los sacríle»gos homicidios cometidos en la Mi»sion de la Candelaria, la notable »mutacion que se experimenta de que »el rio haya parado sus corrientes »hasta secarse, siendo lo mas notable »que lloviendo con tal abundancia »de continuo, que los inmediatos rios »no dan paso, y crecidos los arroyos »que entran en él, la agua se despa»rece, de forma que ni los charcos se »aumentan, ni corre gota para la ca»xa, quedando al mismo tiempo las »tierras tan mudadas, que solo se lle»nan de malezas, quando ántes se po»blaban de pastos: por lo que la total »mudanza del terreno, obligaba á que »con los órdenes de S. E. se desam»parara aquel puesto.»

Pasada la consulta del Teniente Galvan al Señor Fiscal, echó ménos las diligencias que en ella dice practicó, y no costando su remision en el Oficio, respondió: »Que tenien»do presente que el establecimiento »de esta Mision lo ha solicitado el P. »Fr. Benito de Santa Anna, se le en»tregaran los autos, para que entera»do de ellos, en su vista informara »de ruego y encargo lo que estima»ra por conveniente sobre cada uno »de los puntos y particulares que »así en los autos, como en el informe

»se contienen, executándolo con toda »extension, distincion y claridad: co- »mo tambien, que informara aquello »que hallase ser conforme á esta pre- »tension, con la misma extension, cla- »ridad, distincion y especificacion, »para que instruido así el negocio, »pidiera el Fiscal lo que correspon- »dia.» Pero habia estado el P. Fr. Benito mas de tres años en México, y siendo ya de edad avanzada y muy trabajado, sentia varios accidentes que lo afligian demasiado, y por eso le suplicó al Señor Virrey por un escrito, y con el mayor rendimiento, que tuviera á bien el que hallándose enfermo, y por eso precisado á retirarse al Seminario, y sin posibilidad de poder responder en el modo que se le ordenaba, devolviera los autos, en los que incluyó otros documentos del mismo negocio, añadiendo las observaciones que pudieran instruirlo.

Por el retiro del P. Fr. Benito, substituyó el Reverendo y Venerable Discretorio sus poderes al Padre Fr. Francisco Crespo, que en prosecucion de tan importante negocio, manifestó al Señor Virrey las instancias de los Misioneros, que pedian que con la posible brevedad se diera el expediente, que rendidamente suplicaban, por verse ya precisados á alzar la mano de la empresa de los Apaches, por lo mucho que les estaba costando en los obsequios y agazajos con que sin intermision los gratificaban para conservarlos en la paz, con la mira así del logro de sus almas, como para que no volvieran á sus antiguas hostilidades, ni á inquietar la Provincia con los insultos y robos que ántes solian. Para promover su intento representaba, que esperar en el asunto nuevos informes, era procrastinarlo demasiado, quando muchos de ellos por la poca consonancia y claridad con que se hacian, no daban la instruccion necesaria: que habiendo en aquellas partes Oficiales de la mayor confianza, podian con facultad de S. E. fundar sin dilacion las Misiones de los Indios que las pedian, en los parages mas cómodos, segun el estilo que se observa en las nuevas Reducciones, y poniendo la competente escolta para el resguardo de los Misioneros, informar de todo á S. E. para que se pudiera erigir el Presidio, todo lo que practicaria con acierto el Gobernador de Cohaguila, que siempre se habia mostrado tan zeloso en el Real servicio, como en la solicitud de la conversion de tan feroces enemigos, erogando de su propio caudal crecidos gastos, con los que se habia grangeado que todos le tuvieran mucho amor y respeto.

Reproducia el inhabitable estado en que estaba el terreno de San Xavier, lleno de plagas y esterilidades, por haberse secado su rio, lo que obligaba á mudar su Presidio á parage mas sano y oportuno, y que no obstante la renuencia que aquellos Indios habian tenido para salir de sus tierras, se podia esperar que viéndolas en tan enormísima mudanza, y epidemias que en ellas padecian, con prudentes atractivos se reduxeran á venirse á San Antonio; y en este caso quedarian aptos los Ministros para que con los ornamentos y demas aperos de las tres Misiones, pudieran trasplantarse con el Presidio á los Apaches. Habia presentado el P. Fr. Benito con sinceridad religiosa, entre otros documentos, la peticion que el P. Fr. Mariano le hizo al Gobernador de Texas, para que diese alguna providencia en órden á la reduccion de los Apaches, y con ella el auto en que motiva su

no condescendencia á ella, con expresar muchos gravísimos crímenes que se le dixeron habian cometido en el tiempo de la paz, y quando se les estaban haciendo los mayores beneficios á los Apaches, y remitidos al Señor Fiscal, dixo: »que el expediente »se hallaba todavia sin aquellas ins»trucciones necesarias á formar jui»cio recto y sólido sobre la paz de »los Apaches; y la seguridad y per»manencia que tendria su estableci»miento, sin peligros y riesgos que »puede tener una paz fingida y de »torcidas intenciones.»

Para comprobar estos prudentes recelos, hace reflexion de lo que el Gobernador decia en su auto: que »habian engañado por Enero de aquel »mismo año de cincuenta y cinco al »Gobernador de Cohaguila y al Padre »Presidente de las Misiones del rio »Grande, que movidos de sus repeti»das freqüentes instancias, asintieron »á establecerles pueblo en el parage »de San Rodrigo, en el que tenian »erigido un xacal para Iglesia, y cor»tadas muchas maderas, en cuya aten»cion vistieron y mantuvieron á ex»pensas propias aquellos bárbaros, y »que segun le habian informado el P. »Presidente y el Gobernador, en pago »de estos beneficios se fueron en una »noche, dexando solo una miserable »vieja, la que declaró, que su inten»cion era aprovecharse del mas leve »descuido, para hostilizar, y acabar »con todos los congregados; á lo que »no dió lugar la vigilancia, desvelo »y la bien acreditada conducta del »Gobernador de Cohaguila.»

Toda la impresion que en el Señor Fiscal hizo este suceso, pendió de decirse, ser informe que hizo el P. Presidente Fr. Alonso Giraldo de Terreros; pero habiendo documento original en que el mismo Padre lo refiere, es preciso exâminarlo. Certificando dicho Padre los excesivos gastos que el P. Fr. Mariano de los Dolores habia tenido en la pacificacion de los Apaches, y en la larga permanencia de ocho años que duraba su paz, dice: »sobre lo que me consta »tambien de experiencia que adquirí »en el tiempo que una porcion de »ellos tuve congregada el año pasa»do de cincuenta y cinco en las cer»canias de las Misiones del rio Gran»de, á fin de fundarles Mision, que »no se formalizó por radicarlos en »sus propias tierras, de que se ha»llaban distantes, y á donde ahora »se pretenden fundar. De esta misma »congregacion certifica jurídicamen»te el Capitan del rio Grande, que »el P. Fr. Felix Varona, que asistia »como Ministro de aquellos Apaches, »se mantuvo en ella hasta el dia »quatro de Octubre del año de cin»cuenta y cinco, en que á la media »noche hicieron fuga, dexándola de»sierta y despoblada; y aun sin em»bargo de esto, quedo entendiendo »en ella, por atender al reparo de »fábricas y demas necesarios á una »nueva fundacion, como de la siem»bra de maiz, frixol y otras semillas, »que dexaron los Indios en el cam»po.» Quien supiere lo que son las Misiones nuevas, no extrañará esa fuga de los Indios, pues á los principios de su conversion, no solo por las fuertes instigaciones del comun enemigo, sino por su inconstante genio, por levísimos pretextos, y aun sin mas que acordarse de la libertad y ocioso modo con que viven en el campo, toman la fuga: y aunque parece por ella que su vocacion es forzada; pero esto es no reflexar en la inconstancia de nuestra viciada naturaleza, con cuya

fragilidad se disculpan las prevaricaciones de los Christianos viejos; y por eso para reparar las de los Catecúmenos y Neófitos, son las instancias de los Misioneros en pedir escolta de Soldados; pues con ellos salen en busca de los fugitivos, y muchas veces vuelven á sus Misiones con otros Gentiles que perseveran en ellas hasta el fin de su vida: esto acaso no lo hizo el Padre Presidente con aquellos Apaches, porque no estando todavia formalizada aquella Mision, y con la debida aprobacion del Superior Gobierno, tenia allí á los Indios con el designio de irlos educando, para radicarlos despues con ménos trabajo en sus propias tierras, para lo que se promovian las diligencias con toda eficacia.

De suerte, que el cuento de la vieja hace en este caso alusion á los que otras cuentan á las niños para ponerles miedo; pues si ella declaró »que las intenciones de los Indios »eran aprovecharse del mas leve des»cuido para hostilizar y acabar con »todos los congregados, á lo que no »dió lugar la vigilancia, desvelo y »bien acreditada conducta del Go»bernador de Cohaguila;» aprovechándose esa noche del grave descuido de los Soldados que no velaron para no darles á los Indios lugar para la fuga, siendo esta por fuerza ruidosa, pues la hicieron todos con sus mugeres, muchachos, trastos y caballos, se debe deducir que el cuento de la vieja fue conseja, de que ni el Padre Presidente, ni el Capitan del Rio Grande hicieron memoria en sus certificaciones, y solo se cuenta en el auto del Gobernador de Texas; sin poder decir que en aquella noche ni despues, hubieran hecho los Indios hostilidad alguna, ni el mas ligero daño, dándoles lugar á ello el grave descuido con que dormian todos los congregados.

Reparando el Señor Fiscal en que el expediente se hallaba todavia sin aquellas instrucciones necesarias á formar juicio recto y sólido sobre la paz de los Apaches, seguridad y permanencia que tendria su reduccion y establecimiento, para que en órden á todo se procediera como debia procederse en materia de tanta gravedad, suponiendo que tampoco debia dexarse de la mano, quando resultaba en servicio de ambas Magestades, y bien de las almas de tantos infelices, y quietud de aquellos parages; pidió que S. E. se sirviera de mandar que remitiéndosele testimonio al Gobernador de Cohaguila, de las consultas y representaciones, y teniendo presentes todos los puntos que se promueven en órden á los Apaches, informara con lo que hallase conveniente y le constáse, pasando personalmente á la averiguacion y reconocimiento de todo. Igualmente pidió que S. E. mandara, que el R. P. Guardian, y Venerable Discretorio informaran sobre los dichos particulares de ruego y encargo, teniendo presentes todas las representaciones de los Padres, sin omitir para lo que informaran el tener presente no estar conformes en los particulares que miran al Presidio de San Antonio, Misiones y Presidio de San Xavier: á todo subscribió el Señor Auditor, y se libró el correspondiente Despacho. Para satisfacer á tan Superior mandato con los mas sólidos fundamentos, esperaron el R. P. Guardian y Discretos tener razon de las resultas de la comision dada al Gobernador de Cohaguila, en cuya compañia fue conforme al Superior órden

un Religioso, que presenciando todas las diligencias, diera una exâcta individuacion de quanto en ellas se practicara, y instruidos en su substancia, hicieron á S. E. el informe siguiente.

CAPÍTULO VII.

Informe que el R. P. Guardian y Venerable Discretorio hicieron al Señor Virrey, conforme á su Superior mandato, y sus favorables efectos.

»EXcelentísimo Señor: Por Su»perior decreto de V. E. de »veinte y siete de Julio del »año pasado de cincuenta y qua»tro, se sirvió mandar que el Guar»dian y Discretorio de este Colegio »de la Santa Cruz de Querétaro in»formen á la grandeza de V. E. en »órden á los puntos que mejor pro»muevan la reduccion de los Indios »Apaches, para cuyo fin se sirvió de »mandarnos testimonio de todas las »representaciones é instrumentos que »sobre ella se han producido, así por »parte de este Colegio, como por el «Teniente Don Juan Galvan, advir»tiendo no estar conformes dichas »representaciones en los particulares »que miran al Presidio de San Anto»nio, Misiones y Presidio de San Xa»vier, para cuyo mas exâcto cumpli»miento mandando V. E. al Gober»nador de Cohaguila Don Pedro de «Rávago y Teran, que instruido en »los mismos instrumentos, pasáse per»sonalmente á inspeccionar las tier»ras de los Apaches, se ordenó por »parte de este Colegio á un Misio»nero, que es el P. Predicador Fr. »Joseph Lopez, fuese en compañia »de dicho Gobernador, y bien ins»truido en los parages, comodidades »y tierras suficientes, nos informáse »separada y distintamente de todo »lo que ocularmente le constáse. En »cuyo informe impuestos, y obser»vando el órden de lo que V. E. nos »manda le expongamos, decimos:

»Que desde el año de quaren»ta y nueve, en que los Apaches se »dieron de paz en el Presidio, Villa »y Misiones del rio de San Anto»nio, estamos bien cerciorados no han »faltado á ella en cosa alguna; ántes »bien la han comprobado fixa y es»table con no vulgares circunstan»cias, y podemos aseverar lo dicho, »aun teniendo presente la respuesta »que el Gobernador Don Jacinto de »Barrios dió á la peticion del Pre»sidente de las Misiones, que está »foxa veinte y quatro; pues los par»ticulares sucesos que en ella se les »oponen, no se ha verificado hasta »el dia de hoy haberlos executado »los Apaches, que entran y salen en »San Antonio, llamados Ipandes, y »es lo mas cierto que los hicieron los »Natages, ú otros Indios de Tulimes, »y lo persuade así la experiencia; por»que aun habiendo habido muy poca »cautela en los Militares y Vecinos »de San Antonio en darles á dichos »Ipandes armas de fuego, municiones »y otros instrumentos ofensivos, no »se ha experimentado en todo aquel »partido que hayan hecho muerte »alguna, encontrándose todos los

»dias en los montes con Españoles, ó »Indios de las Misiones, y yendo po- »cos y mal aviados Españoles á sus »mismas tierras en solicitud de me- »tales, y á descubrir Minas: las qua- »les entradas son mas freqüentes en »los Indios de las Misiones, pues son »muy pocos los que de la Mision de »San Antonio no hayan estado solos »y acompañados hasta en sus mismas »Rancherias, sin que hayan matado »alguno: ántes sí los devuelven ellos »mismos á su Mision, quando reco- »nocen irse huidos; y aunque en tan »largo tiempo han robado algunos »caballos, no se puede decir que fue- »se por quebrantar la paz, pues lue- »go que se le ha avisado al Capitan »de ellos, ha devuelto los que ha po- »dido, dando por razon, el que como »entre los Españoles, tambien hay »entre ellos algunos ladrones y tra- »viesos. Todo lo qual, y otros mu- »chos mas exemplares que podian »expresarse, pesan mas que lo que »dicho Gobernador les impone, por- »que como recien llegado á la Pro- »vincia, se informó de ellos acaso »con la nimiedad que pide una mili- »tar cautela; pero el tiempo ha cali- »ficado lo contrario con mas prácti- »cas experiencias, que no permiten »prudente rezelo de la seguridad de »la paz que hasta el dia de hoy han »observado.

»En órden á los parages que »sus tierras ofrecen con comodidad, »para poderlos congregar á Misiones, »estamos informados del sobredicho »Padre, que por el Diciembre proxîme »pasado entró á ellas en compañia »del Gobernador D. Pedro de Ráva- »go, de que habiendo llegado al rio »de San Saba, y al parage registrado »por el Teniente Galvan, hallaron »ser cierto quanto ántes habia infor- »mado el P. Fr. Miguel de Aranda »en su Carta, que consta á foxas diez »y siete á la vuelta; pero que aun »no contenta la eficacia del Gober- »nador, pasó arriba del sobredicho »parage, y por una y otra banda del »rio halló planes de tierra, no solo »suficientes, sino sobrados, para lle- »var qualesquier cosechas, teniendo »todos el riego necesario, aunque en »partes mas ó ménos dificil, segun la »distancia y altura del rio, en cuyos »márgenes dicen se pueden poner »tres Misiones acomodadas, que do- »minadas del Presidio por un alto »que hay en dichos planes, pueden »con oportunidad ser de él en qual- »quier evento socorridas.

»El rio les pareció ofrecer bas- »tante agua, porque aun habiendo »sido escaso de ellas el año, se halló »corriente con caudal de mas de qua- »tro bueyes, fuera de él se hallaron »otras fuentes, que con la abundan- »cia de piedra y maderas de nogal, »encino, álamo, olmo y mezquitales, »con buenos agostaderos y abrigos, »dicen, ofrece cómoda situacion pa- »ra dichas fundaciones.

»En quanto al número de los »Indios, dice el Padre que solo encon- »traron la Rancheria del Capitan, »que en San Antonio llaman Chi- »quito, y que estaban en su compa- »ñia como quinientas personas, y que »exâminados por el Gobernador, ante »toda la comitiva, si querian que se »les pusiese Mision, respondieron, »que sí, y que lo mismo querian otros »Capitanes que estaban mas adentro »con su gente: fuera de los dichos »Indios, hallaron en otra Rancheria »como otros ciento, y que practica- »da la misma pregunta, dieron la »misma respuesta.

»Sobre los Soldados de guar-

»nicion, y su número necesario para »la estabilidad de las Misiones, que »segun el Superior agrado de V. E. »se dignare mandar se establezcan, »suponemos que el sobredicho Go- »bernador Don Pedro de Rávago y »Teran, informará con la mayor cla- »ridad los que se necesitan, pues »como tan práctico en tales expedi- »ciones, y considerando las distan- »cias y demas necesarios para la con- »servacion de las fundaciones que se »desean, los habrá computado con la »mayor prudencia, atendiendo como »buen Ministro á no causar gastos »superfluos á la Real Hacinda: en »cuyo respecto, y no teniendo presen- »tes sus informes, que desde luego »estarán muy bien arreglados, no po- »demos arbitrar sobre el dictamen »que exponga.

»En quanto á la translacion, ó »diminucion de los Presidios de San »Antonio, y de San Xavier, mayor- »mente quando á dicho Gobernador »le consta de vista, que en solo el »año pasado se han agregado á »las Misiones de San Antonio como »trescientos Gentiles, que los Misio- »neros han traido de los montes: y »que en San Xavier andan dispersos »por la peste y otros accidentes mas »de trescientos Indios, ya bautizados »en el urgentísimo peligro de las vi- »ruelas y otras epidemias que han »padecido, y así para la manutencion »de los unos, como el no abandono »de los otros, y el bien espiritual de »todos, expondrá á V. E. los mas »prudentes medios que repute nece- »sarios, los que esperamos de su So- »berana Grandeza mandará que de »ellos se executen los mas convenien- »tes y oportunos para el servicio de »ambas Magestades: á la Divina su- »plicamos prospere en toda felicidad »la persona de V. E. dilatados años. »Colegio de la Santa Cruz de Que- »rétaro, y Febrero veinte de mil se- »tecientos cincuenta y cinco años.»

Muy debida ha sido la proli- xa expresion de tan repetidas averi- guaciones, porque atribuyéndose las instancias de los Misioneros á que el zelo de su Instituto los podia mover á la creencia de lo que los Indios prometian, fue necesario manifestar, que estando en los autos suficiente- mente justificada la permanencia que habian tenido en la paz, y en pedir se les fundasen Misiones, comproba- da por los informes y diligencias de los Capitanes y otros Comisionados; las Cartas de los Religiosos solo se dirigian á promover las providencias para su reduccion, que veían en las mas apreciables circunstancias para su logro, y que temian no se frustra- se, ó por el inconsiderado genio de los Indios, ó por otros accidentes im- pensados. Cansada ya la pluma de repetir averiguaciones y instancias, suspende la relacion de otras muchas, dexando al experto acuerdo de los prácticos inteligentes el punto en que pudo consistir su logro: y excusando las reflexîones que se pudieran hacer en su malogrado exîto, por ser pro- pias del maduro juicio de los críticos.

Toda la rectitud de éste se funda en el mérito de la causa, y por eso es debido producirlo en los términos que el docto dictamen del Señor Auditor lo expuso al Señor Virrey diciendo: »Desde el año de »quarenta y nueve se empezó á re- »presentar por los Padres Misione- »ros de Texas en esta Capitanía Ge- »neral, haberse dado de paz algunos »Indios Apaches, pretendiendo con »ansia se les fundáse Mision en sus »tierras, por cuyo motivo se dieron

»varias providencias á fin de instruir »la permanencia que se concebia en »sus promesas, y el parage cómodo »para su establecimiento, y de las »diligencias que sobre el asunto se »hicieron, resultó comprobado con »varios informes, y el último que mi»nistró D. Pedro de Rávago y Teran, »Gobernador que fue de Cohaguila, »despues de un prolixo reconocimien»to que hizo de sus tierras, que la »paz de dichos Indios por la per»manencia de quatro años y mas que »habia durado sin novedad, podia pru»dentemente contemplarse segura, ser »numerosísima su Nacion, y cómodo »y apropósito para situarles Presi»dio que resguarde las Misiones el »parage del rio de San Saba, abun»dante de agua, con amenos y fér»tiles campos por una y otra banda, »fáciles de regar, y con las demas »condiciones de madera, leña y pas»tos: Y como al propio tiempo hu»biesen llegado seguros y ciertos in»formes de no poder subsistir el »Presidio fundado en el rio de San »Xavier, y sus tres Misiones inme»diatas, por la falta de agua, y aun »de tierras para sembrar, en tal con»formidad, que una de estas tres Mi»siones totalmente se hallaba desier»ta, y en las otras dos ápenas habian »quedado unos pocos Indios, que po»dian agregarse á las Misiones de »San Antonio de Bejar, sin que su »translacion les fuese fastidiosa ni gra»vosa, se resolvió que extinguiéndose »dichas Misiones, pasasen los Reve»rendos Padres á establecerse en San »Saba, continuándose allí un Presi»dio con la dotacion de cien pla»zas completas de las que tenia el »de San Xavier, que eran cincuenta, »hasta completarse en la forma que »se acordó en Junta general de »Guerra y Hacienda.

»De suerte, que atendida la ne»cesidad de fundar dichas Misiones, »por la crecida miez que se ha figu»rado en lo numeroso de la expresa»da Nacion Apache, ya no se perdo»naba gasto á la Real Hacienda, por »lograr el fruto de que tanta multi»tud de almas dispersas en aquellos »yermos y despoblados, llegaran á »instruirse en la Religion, y que sa»liendo de su bárbara vida, dexasen »sus rochelas, y se congregasen á te»ner la christiana, sociable y política, »en cumplimiento de los repetidos ór»denes con que el ferviente católico »zelo de S. M. se ha explicado en »este cumplimiento, de que se hace »cargo el Fiscal. De esto mismo co»nocerá V. E. que siendo estas pro»pias tierras y Nacion de Infieles el »objeto del christiano deseo que Don »Pedro Romero de Terreros del Ór»den de Calatrava, manifiesta tener, »de que extendiéndose en ellas la pre»dicacion evangélica, se logre el fru»to de su reduccion, propia utilidad »espiritual de aquellos Gentiles, y en »aumento de los Dominios de nuestro »Soberano, quán acreedor se habia »hecho de que en su Real nombre, por »V. E. se le dén las correspondientes »gracias á la proposicion que deduce »de obligarse por el tiempo de tres »años á avíar, proveer y martener de »todo lo necesario á cada Mision de »las que desde los confines y térmi»nos de la Gobernacion de Cohagui»la, siguiendo el rumbo del Norte, »se fundaren á direccion del P. Fr. »Alonso Giraldo de Terreros, Reli»gioso Apostólico de la Cruz de Que»rétaro, que para correr con tal en»cargo tiene expedida Patente por el »Rmô. P. Comisario General.»

Fue la enunciada propuesta del

Señor Conde de Regla, y Síndico Apostólico del Colegio de la Santa Cruz Don Pedro Romero de Terreros, modificada con cinco condiciones, que ventiladas y controvertidas por los Señores Fiscal del Rey y Auditor de Guerra, merecieron la aprobacion y aceptacion del Señor Virrey, quedando obligado á avíar, proveer y mantener de todo lo necesario cada una de las Misiones, y á todos los Religiosos empleados en su ministerio, sin que S. M. y su Real Hacienda tuviera gasto alguno por el espacio de los tres años primeros, que se habian de contar desde el dia en que se comenzara á establecer la Mision, quedando á su arbitrio extender dicho tiempo, á uno ó dos mas, segun lo pidiera la necesidad: que habian de ser de su cuenta la fábrica de las Iglesias, Ornamentos, Vasos sagrados, y demas utensilios, debiendo entender en todo el R. P. Fr. Alonso Giraldo de Terreros, así en la fundacion de las Misiones, para lo que estaba nombrado y instituido Comisario y Presidente de ellas por el Rmô. P. Comisario General de estas Provincias, como en los avíos y demas gastos que se fueran ofreciendo: que los Religiosos que hubieran de administrar en estas Conversiones, habian de ser de los Colegios Apostólicos de la Santa Cruz de Querétaro y de San Fernando de México, concurriendo alternativamente y con religiosa consonancia, de forma, que fundando la primera Mision el Colegio de la Santa Cruz, fundase la segunda el de San Fernando, y de este modo siguiesen las demas fundaciones.

Convenidos ambos Colegios en esta fraternal concordia, aprontaron sus Religiosos, y con los mas copiosos avíos de un todo, se pusieron en camino con el Padre Comisario. Expedito tambien el Coronel Don Diego Ortiz Parrilla con los despachos é instrucciones que se determinaron en la Junta general, á que asitió el Señor Virrey, marchó para la Provincia de Texas, en donde concurrieron todos á fines del año de cincuenta y seis: allí se aviaron de ganados, maizes y demas necesarios para la expedicion, recibiendo el Presidio de San Xavier, con los Ornamentos y demas perteneciente á sus tres Misiones, conforme á los Superiores órdenes.

Alborozado el P. Fr. Mariano de los Dolores con el cumplimiento de sus deseos, y la amable compañia de sus Hermanos, y enterado de las prósperas y soberanas providencias que llevaban para que no fueran írritas sus promesas, inmediatamente despachó mensageros á los Apaches, para que se presentaran en su Mision, y dentro de diez dias fue crecido el número de los que llegaron, capitaneados de los Indios de reconocida distincion entre ellos, y delante del Capitan Comandante y de los Padres, le hablaron con mucha sumision y respeto.

El Padre les fue instruyendo en el destino á que venian los Padres y el Señor Comandante, que era fundarles las Misiones que tenian pedidas tantas veces, y ponerles un Presidio de cien hombres, que les defendiera de todos sus enemigos; por lo que los Capitanes Apaches prosiguieron sus expresiones de agazajo con los Padres, y el Señor Capitan, ofreciéndole su amistad y buena correspondencia, y que tendrian perpetua obediencia y lealtad al Rey nuestro Señor, por lo que en su Real nombre les dió á los dos los bastones de Ca-

pitanes y Jueces de las Rancherias de su Nacion, que con ellos se sometian al vasallage de S. M. en cuyo acto reconocieron todos los que lo vieron el gusto y complacencia de los Indios; por lo que prosiguió el Señor Capitan intimándoles con oportunas advertencias, el porte de vida y costumbres que en lo de adelante debian observar; á lo que respondieron, que ya lo sabian, porque repetidas veces y en todas ocasiones se lo habia explicado el P. Fr. Mariano.

En vista de todo esto, certificó por escrito el R. P. Fr. Alonso Giraldo, y lo subscribieron sus quatro Compañeros, á peticion del mismo P. Fr. Mariano, el estado, calidad y circunstancias, con el trato, órden, modo y disposicion en que habian hallado los Indios, de que él habia informado, y que en todo tiempo constase la legalidad con que habia procedido, y la disposicion que tenian: á todo satisfacieron los Padres con la notoriedad de la paz de los Apaches. »Corroborada, dicen, con las numerosas »tropas de dichos Indios, que ansiosos de abrazar la Fe, y noticiosos de »nuestro destino, han concurrido estos dias á la novedad de nuestra llegada, asegurando estarnos esperando con el mismo anhelo el mayor »cuerpo de su gente en el intermedio »de aquí á San Seba: de cuya paz al »presente no dudamos, respecto de la »afabilidad y otras exteriores demostraciones que en el tiempo de mes »y medio hemos en ellos observado.» El Señor Capitan expresó lo mismo en otra dilatada certificacion, cuya substancia es la ya referida venida y pasages de ella.

CAPÍTULO VIII.

Prosiguen los Padres con el Comandante su marcha al rio de San Saba, y establecen los sitios para las Misiones y nuevo Presidio de San Luis de las Amarillas.

NO fueron pocos los incidentes que se fueron ofreciendo en San Antonio, y que aun siendo accesorios influian con eficacia la pérdida de tiempo, para pasar á San Saba, la de los ganados, y la de la paciencia; pues los proyectos que cada dia se suscitaban de nuevo, eran de mucha mortificacion á los Misioneros, que se veían allí ociosos, hasta que á sus instancias se emprendió la marcha el dia ocho de Abril del año de cincuenta y siete, y tomada por San Antonio, llegaron el dia diez y siete del mismo al rio de San Saba, habiéndose quedado treinta y nueve Soldados en el rio de San Marcos, guarneciendo el terreno que tenian ocupado las familias de los Presidiales, caballada y avío de éstos, con los bienes de campo prevenidos para el nuevo Presidio y las Misiones, por lo que no se juntó el convoy en el Presidio hasta fines de Junio.

Luego que se formó el campamento, y al siguiente dia de la llegada del Capitan y de los Padres, juntos con otros prácticos, comenzaron el reconocimiento de los parages informados por el Teniente Galvan y

el Gobernador Rávago y Teran, extendiéndose con prolixa diligencia por una y otra banda del rio, hasta reconocer su nacimiento, y despues de inspeccionado todo, el dia veinte y tres de Abril ordenó el Capitan, que con citacion del P. Presidente y Misioneros, y de los Oficiales y prácticos, se hiciera junta, en la que se leyeron los órdenes Superiores que debian practicarse, así en la radicacion del Presidio como de las Misiones, y en su atencion hechas las debidas reflexas, y sobre todas las de no haber parecido en el camino ni en aquel sitio los Indios Apaches, que en las repetidas ocasiones que estuvieron en San Antonio ofrecieron venir á él hasta trescientas familias, habiendóseles dado, entre muchas cosas de ropa y otras que pedian, cantidad de maiz para el camino, y deseando ocurrir á todo, se resolvió: Que desde luego se hiciera asiento en las tierras que pudieran regar las dos sacas de agua que se habian reconocido, y que por tener cercana madera, piedra, pastos, tules y muchas tierras de cultivo, se consideraran y tuvieran por propias y correspondientes á dos Misiones: que el lugar que habia de servir á la plantacion del Presidio, que se debia titular de San Luis de las Amarillas, y habia de tener las mismas circunstancias, se situara avanzado alguna distancia de las Misiones por la parte del Norte, para cubrir sus Pueblos, dexando desembarazadas sus sementeras: que se solicitaran los Apaches por un Padre Misionero, y hiciera lo posible para atraerlos al pueble que tantas veces habian prometido. En conseqüencia de todo, el dia quatro de Mayo quedaron destinados los dos parages cercanos á las sacas de agua, señalados á las dos Misiones proyectadas, que habian de corresponder á los dos Colegios de la Santa Cruz y de San Fernando: quedó tambien elegido el del campamento de la Compañia Presidial á distancia de legua y media de las Misiones, juzgando que así podia facilitarse qualquier auxîlio que les fuera necesario, sin los inconvenientes que suelen originarse de la estrechez y limitacion de los terrenos, aunque dexando al tiempo la experiencia y comodidad de todos.

Para la solicitud de los Apaches se destinó el Padre Fr. Benito Barela, por el particular zelo que tenia de su reduccion, el que le habia hecho que en San Antonio se congraciase con muchas de sus familias, y con su trato adquiriese alguna inteligencia de su idioma: salió dirigiéndose al rio de San Marcos, por esperar encontrarlos en aquel intermedio, y la noche que llegó tuvo la novedad de que una India vino buscando refugio, y diciendo, que tres Indios Texas, y quatro de la Mision de San Antonio, habian matado en el rio Colorado á un Capitan Apache, á su muger, y á sus dos hijos, y que á ella con otra muger y dos criaturas se las llevaban cautivas; pero ella pudo huirse, y traía una niña atravesada de una bala: todo se comprobó, porque los Indios de San Antonio llegaron allí, y aunque dixeron no haber visto á los Apaches en su Mision, dixeron que habian visto rastros de Comanches, y quatro Apaches muertos, y viniendo á la Mision la India los conoció y dixo qual de ellos habia disparado y matado á uno de los muertos.

En ese mismo tiempo habia estado el Capitan Chico en San Antonio, y el P. Fr. Mariano le afeó el no haber cumplido la palabra de ir á San Saba, como lo habia prometido, por

lo que con entereza le mandó que se fuera, y él obedeció llegando al campamento del P. Fr. Alonso Giraldo, para prevenirle que ya estaba cerca toda su gente, y la de otros Capitanes que iban á cumplir su palabra, lo que tambien confirmaba con una Carta del P. Fr. Mariano, que llevó él mismo, y en que le dice al Padre Giraldo: »Me pareció conveniente demostrar »la entereza que los Indios requieren, »y la resolucion que para contenerlos »necesitan, precisándolos al viage de »San Saba, con el fin de que estando »aptos los sitios, se quedaran todos, ó »los que se pudieren mantener; y es»tando ineptos, unidos con los Pa»dres y el Señor Coronel, determina»ran el destino, quedando en uno y »otro evento libertados de malos »consejos, si los hay, y á mano para »la resolucion que se tomare.» Con la misma Carta envió el Padre Giraldo á los Indios al campamento del Señor Coronel, para que exâminándolos explorara sus intenciones, para que pudiera arreglar sus providencias, hecho cargo de que en ella decia el P. Fr. Mariano: »de los varios Capitanes »que han venido haciéndoles cargo »de su tibieza y excesos, unos se des»cargan con el Grande, y otros con el »Chico, y de estos dos, el uno dice »que el otro no queria, y éste que el »otro no solo lo rehusaba, sino que se »hallaba en intencion de seguir otra »senda.»

Al Señor Coronel le pareció lo mas seguro preguntarle ante todo, qual era el fin de su llegada, y el Capitan respondió que él y otros Capitanes que lo reconocen por su Superior, iban con sus gentes á establecerse en aquel rio, y congregarse en Mision, como lo tenian prometido, y que se les habia de guardar la buena correspondencia que habian experimentado mucho tiempo en la amistad de los Españoles: que el haberse retardado en llegar quando habian dicho, fue por lo dilatado del camino, en que estaban divididos, y léjos unos de otros: que él y otros muchos habian estado en San Antonio, y que el P. Fr. Mariano les dió maiz para el viage; pero que todos tenian mucha hambre, y para que llegaran necesitaba llevarles pólvora y balas para matar animales, y algun socorro de comestibles: que todos los Apaches estaban sentidos y descontentos, porque unos Comanches y otros de la Mision de San Antonio habian matado á un hermano del Capitan Casa-blanca, y á otro Indio y dos mugeres, y hecho cautivas otras quatro de sus parientes, y que para vivir gustosos pedian que se traxeran allí los Indios culpados de San Antonio, y se castigaran en presencia de ellos: á todas sus demandas les dió el Señor Coronel discretas satisfacciones, por lo que se fueron confiados á conducir sus gentes.

Entraron al tercero dia en el campamento del Señor Coronel en crecidas tropas, que fueron armando sus tiendas en su contorno, y los principales fueron á verle con multitud de gente, y demostraciones de júbilo y regocijo, y con tal confianza de los Soldados y demas personas, como si fueran antiguos amigos y conocidos; y aunque el Capitan Casa-blanca demostró el sentimiento de la muerte de su hermano, se procuró serenar su rencor con expresiones y agazajos que pudieran consolarle. Mandó el Señor Coronel que se les diesen tres reses, tabaco y otras cosas que les indicaran el agrado con que los recibia; y aunque los Indios habian de paso visita-

do á los Religiosos, y llevado algun socorro á la gente, el Señor Coronel le pasó un oficio al P. Presidente con citacion, para el concurso y exâmen de los Indios. Al siguiente dia fueron todos los Misioneros á la tienda del Señor Coronel, y ya estaba pronto el Capitan Chico, con otros Indios de los principales, como tambien el mismo Señor con sus Oficiales, y juntos con los Padres, fueron paseando por entre el crecido número de tiendas y muchedumbre de Gentiles que se hallaban acampados, advirtiendo en todos el gusto y satisfaccion que tenian de las palabras y buena fe que en todos experimentaban: acabado el paseo se les previno á los dos Capitanes y á otros muchos de los principales, que el dia siguiente habian de concurrir todos con el Señor Coronel y Padres para ir á reconocer las tierras que se habian elegido, para que las ocupasen con órden de pueble con sus tiendas, y que por ellas se les fuesen ministrando los alivios que se les tenian prometidos.

Para que la citada inspeccion y demas providencias fueran fundadas en la realidad de sus palabras, se les intimó con instancia el que allí declararan libremente su ánimo, y la verdadera intencion con que habian venido á aquel sitio: á lo que los Capitanes y demas Indios dixeron, que su voluntad era radicarse en Pueblos de Mision; pero que por entónces no podian congregarse todos, porque muchos andaban en la caza de cíbolas; y que era necesario estar todos juntos, por el riesgo de los Comanches, que eran sus mortales enemigos: y que querian ellos ántes darles una campaña, para la que pedian los ayudasen los Soldados. En vista de tan bárbaros desprópositos, se hizo natural la desconfianza de sus palabras, y para instruirse de raiz en la verdad de ellas, y proponerles la necesidad que sus almas tenian de abrazar la Ley evangélica, se determinó que el P. Fr. Diego Ximenez se quedara á observar sus interiores sentimientos. Buena ocasion le ofreció para el intento el acaso que ocurrió ese mismo dia: pues sabiendo que un hermano y una hermana del Capitan Chico estaban gravemente enfermos, fue á verlos, y en la urgencia de tan proximo peligro, y asegurándole sus parientes que ambos deseaban ser Christianos, los socorrió con quantos auxîlios pudo, y luego murió la muger, pero el hombre no se supo en que paró, porque agonizando se lo llevaron sus parientes.

Quedó con estas muertes repentinas tan consternado de ánimo y preocupado de sentimiento el Capitan Chico, que no pudo asistir á la junta del siguiente dia, y tomando la voz de todos los Apaches el Capitan Casa-blanca, respondió, preguntado por el Señor Coronel delante de todos los Padres, por la última resolucion suya, y de los demas de sus gentes, que tenian ofrecido el establecimiento de las Misiones: que no se determinaban á sujetarse, ni á ceñir su voluntad al obedecimiento y método de las Misiones, porque su inclinacion era andar siempre en continuo movimiento; pero que sí querian vivir en amistad y buena correspondencia con los Españoles, del modo que la hacian y habian hecho los Indios Texas.

Reconvenido de las repetidas promesas que habian hecho á los Padres y á los Capitanes, y aun en esta misma ocasion al Señor Coronel, repitiendo la que le habian hecho en San Antonio, quando los llamó el P. Fr. Mariano para que supieran que ya

se les iban á poner las Misiones que habian pedido, y el Presidio que los habia de defender de sus enemigos: respondió con desahogo, que él ni sus gentes no se congregarian en Mision, porque no era de su voluntad, y que él no habia dado palabra de reducirse ni á los Padres, ni á los Capitanes, ni tampoco á ninguno de los que estaban presentes: que al otro dia se irian para juntarse con otros muchos para la guerra de los Comanches que los perseguian, y tenian muy agraviados. No ménos que el Señor Coronel, quedaron con esta respuesta, penetrados de dolor los Padres Misioneros, y esmerando los esfuerzos de su caridad, les declaraban los errores con que el Demonio les tenia ciegos, para no ver los males á que les precipitaba, para la ruina de sus cuerpos y almas, ni los bienes que en las Misiones se les franqueaban, para las conveniencias espirituales y corporales; pero nada les imprimia, y al otro dia emprendieron su marcha.

Ya el Capitan Chico habia cumplido la ceremonia de su duelo, y segun las confianzas que habia tenido con el Padre Ximenez, no era su voluntad ni la de sus sequaces conforme á las resoluciones del otro Capitan y sus gentes, porque al tiempo que éstos resistian su reduccion, él con trescientas personas que le seguian, ofrecia congregarse; y para que constara lo cierto, le citó, y á los suyos, para que jurídicamente declararan su ánimo y voluntad, y llegado el requerimiento hecho por el Señor Coronel y el Padre Ximenez, con la misma formalidad que se observó con los otros, respondió que por entónces no podia cumplir la palabra que tenia dada de congregarse en Mision, porque el otro Capitan, y los demas que iban con él, le habian pedido llorando que no los desamparase en la ocasion que tenian determinada la campaña contra los Comanches: que tambien tenia necesidad de ir á bastimentarse de carne de cíbola, y que no pudiendo negarse á lo que los suyos le pedian, por el amor y cariño que les tenia, le era preciso acompañarlos; pero que hecha la campaña se restituiria á San Saba, para cumplir su palabra, asegurando esta nueva promesa con muchas expresiones, y manifestando en el semblante la melancolia que la novedad de sus parientes le habia causado. No se omitieron por el Padre Ximenez y el Señor Coronel, los desengaños y persuasiones que á los otros se les habian hecho; pero tampoco fueron ménos infructuosos, porque igualmente tenaces tomaron el camino.

Afligian estas ineficaces promesas, y mas propiamente veleidades de los Indios, al honor y eficacia genial del Señor Coronel, y para hacer evidentes esforzados empeños, le pidió por escrito al Padre Ximenez, que certificara en forma todo lo que habia visto que practicó con los Apaches, y expusiera su sentir, como tan antiguo Misionero, sobre las diligencias que se habian actuado en órden á su reduccion; y á lo primero satisfizo el Padre diciendo: »Sobre los medios »observados para el cumplimiento de »los Superiores preceptos, los hallo »tan conformes al fin que se pretende, que es la reduccion de los Indios, que á mi corto entender, segun »en ellos he observado, qualesquiera »otros solo servirian de indisponerlos, provocándolos á las pasadas »hostilidades y odio del Christianismo, ó de proseguir los Indios engañándonos, y dando lugar á las dádivas y excesivos gastos. Sobre lo se-

»gundo dixo: Por una parte las palabras de los Indios suenan voluntad »á Mision, el haber venido remitidos »á este fin por el R. P. Presidente de »las Misiones del rio de San Antonio »Fr. Mariano Francisco de los Dolores á este rio, en el que en tiempos pasados tantos agravios recibieron de los Comanches, y el comunicarnos con la familiaridad y satisfaccion que desde su llegada hemos »experimentado: todo esto parece in»dicio de que quieren Mision: por »otra parte, el no respirar desde que »nos visitaron en la Mision de San »Antonio hasta ahora, sino pidien»do especies de su gusto, y esto exe»cutivamente, sin esperar congregar»se á Pueblo, sin haberles desde en»tónces oído, no precediendo persua»sion, cosa que declare afecto á con»gregarse ó reducirse, y el empeño »de que nuestras armas los auxilien »contra los Comanches, aun ántes de »colocarse en Mision, sin querer de»xar en el interin de su campaña, en »nuestra compañia á sus mugeres, »niñosé individuos, á que eficazmen»te los he persuadido; parece que »dan á entender poco afecto á re»ducirse.»

Aun con haberse ido ya los Indios, viéndose el P. Presidente y los demas Misioneros sin aquellas prendas que su caridad y zelo iban buscando, no sabian como desprenderlos de sus corazones, y arbitraban nuevos medios para atraerlos; y pensando en que la aceptacion, conocimiento particular, y amable modo con que el P. Fr. Benito Barela los trataba, le tenian ganada la mayor recomendacion de todos ellos, lo enviaron á su Rancheria, para que por todos modos probara si podia reducirlos á que se volvieran: pero habiendo sido muy bien recibido de los Capitanes y demas Apaches, no pudo conseguir mas que el que le ofrecieran que despues de abastecerse de cíbola, volverian á la Mision. Esta inflexibilidad para no querer congregarse, y al mismo tiempo la estimacion de los Misioneros, le hizo al Padre Ximenez decir en su certificacion: »Si estos Indios no tuvieran la saga»cidad, astucia y entendimiento que »en sus tratos y modo de vida de»muestran, se pudiera recurrir á la »rusticidad para excusarlos; pero pa»rece que en ellos no tiene lugar este »recurso, por lo qual dexo indeciso »este punto.»

Pero los lastimosos sucesos dieron la decision de esa altercada duda, y en sus fatales estragos resolvieron ser la determinacion de los Indios, no rústica, sino arreglada á una consumada prudencia. El entendimiento que es astuto y sagaz, en los negocios arduos, trasciende con viveza hasta sus fines, y previendo los medios útiles para evitar los daños, piensa, medita y dispone con oportunidad los remedios: por eso recomienda la eterna Sabiduria en la parábola del Rey que ha de ir á hacerle guerra á otro Rey, el que piense despacio, con madurez y juicio, si podrá con diez mil Soldados salir al encuentro del que viene contra él con veinte mil. Veía el Capitan Casa-blanca, en aquellos dias, derramada la sangre, y perdidas las vidas de un hermano suyo, de su muger, y dos Sobrinos, y cautivos otros quatro parientes suyos á manos de los emisarios de los Texas, que tambien habian inducido á su criminal exceso á quatro Indios de San Antonio.

Sabía por sus batidores y espias, que por todos rumbos habia rastros y huellas de sus mortales enemi-

gos los Comanches, que se dirigian á las avenidas de Texas, con quienes tenian hecha liga mas de seis años ántes, y proyectada una general campaña contra toda la Apacheria, y que caminaban todas las Naciones internas, para unirse y reducirla á su total ruina, y este era el peligro que le expresaron al P. Presidente, desde que llegaron á San Saba; y que no quiso explicar su arrogante soberbia. Consideraba que si formara pueble en San Saba, habia de poner sus trescientas y once tiendas en campo descubierto, y que para la defensa de mas de dos mil personas, de mugeres, niños y viejos, y para la de dos mil y setecientas bestias, no tenia mas que setecientos guerreros, y si esperaba allí á los enemigos, que eran muchos mas en número, y ventajosos en las armas de fuego, sería espantosa la carniceria que harian en ellos, y los reducirian á su último exterminio: por eso no contando con la proteccion del Presidio, que á mas de no tener mas que cien Soldados, debian éstos estar repartidos, determinó retirarse con toda su gente á los montes y abrigos que no pudieran penetrar sus contrarios, y guardar con la retirada las vidas y libertad de todos los que lo seguian.

Luego que el Capitan Chico se abasteció de carne volvió á San Saba, por el interés de lo que el P. Presidente y el Señor Coronel les daban, pero manifestando el ningun afecto á establecerse en Mision, ántes aceleran do su marcha; por lo que los Misioneros perdieron toda la esperanza de su reduccion, y procuraron retirarse á las otras Misiones, donde no estuvieran ociosos. Este consuelo no pudo tomarlo el P. Presidente Fr. Alonso Giraldo, quedándose á mantener el puesto con otros dos Padres del Colegio de San Fernando; pero deseando satisfacer todas las obligaciones del Instituto, presentó al Señor Coronel un escrito, diciendo de parte de los Colegios y Don Pedro Terreros, que no ciñéndose su zelo á solo la conversion de los Apaches, sino que tambien se extendia á la de otros Infieles que pudieran habitar el rumbo del Norte, se sirviera de mandar llamar á las personas prácticas en aquellos terrenos, y que declararan si tenian noticia de otros Indios Gentiles que en ellos hubieran reconocido.

Á todo condescendió el Señor Coronel, con tal esmero y eficacia, que no perdonaba diligencia ni arbitrio de su parte para el consuelo de los Misioneros, y llamando á los Oficiales mas antiguos, que habian penetrado muchas veces en correrias y campañas aquellos paises, hizo informacion jurídica con cinco testigos, que declararon no tener noticia de que por el rumbo del Norte hubiese otra Nacion de Gentiles mas que la que se llama Apache, y que por él solo, y muy distantes, estan los Comanches.

CAPÍTULO IX.

Llegan las Naciones coligadas contra los Apaches á San Saba, y con tirana alevosia quitan la vida á los Misioneros, y robada la Iglesia y la Casa, las reducen á ceniza.

UNOS esquadrones gregarios reclutados de diversas Naciones y Provincias, que marchaban sin órden, sin mas quarteles que los bosques, ni mas almacenes que los montes, confiando toda la provision de sus víveres en los frutos silvestres y en la caza de animales, necesariamente habian de hacer mansiones muy largas, y caminar con demora las muchas leguas que mediaban para poderse unir en una tropa: esta fue la causa porque habiéndose retratado los Apaches de las repetidas promesas que tenian hechas de congregarse en San Saba, desde el mes de Julio que supieron por sus espias estar ya sus enemigos en marcha, y á la ruta de sus tierras, no se sintieron en ellas sus hostilidades hasta el Marzo del siguiente año de cincuenta y ocho.

No estaban los Religiosos en el sitio destinado para la Mision sin algun mediano abrigo, que en otras circunstancias pudiera servirles de defensa y resguardo: pues como antiguo Misionero el P. Fr. Alonso Girarlo, habia fabricado un competente, aunque rústico xacal, para que supliera de Iglesia, y otras varias piezas para los Misioneros, guardar los avíos, y quartel de los Soldados, formando todo un buen patio quadrado, y cerrado de fuerte estacada, con solo una puerta: pero toda esta prudente prevencion se frustró por una increible desidia. Desde el dia dos de Marzo, estando el situado de caballada del Presidio entre él y la Mision, lo acometió una partida de Indios, y se llevó sesenta y dos, y aunque fueron quince Soldados en su seguimiento, se volvieron por los vestigios que encontraron, y no faltando otros, indicios de los enemigos, se conocia el gran peligro en que estaban todos, por el que el Coronel estuvo en la Mision la tarde ántes del suceso, á persuadir al Padre Girarlo, que con los otros dos se recogiera al Presidio; pero el Padre no lo juzgó necesario, ni quiso desamparar el puesto, fiado quizas en que en otros muchos lances que le habian sucedido en tantos años de Misionero, le habia perdido el miedo al modo con que hacian la guerra los Indios: ó porque no dependiendo la excelencia de las gloriosas empresas de la materia en que se versan, sino del fin á que se dirigen, la recta intencion que las anima es la próvida armeria que destierra los temores y infunde las confianzas; y como no es otra la de los Misioneros que la de servir á Dios en el ministerio Apostólico, trayendo á su Fe y conocimiento á las bárbaras Naciones, ella misma les hace emprender su conversion, uniendo en sus corazones el amor de Dios y de los próximos, y por excusar á su Magestad las ofensas y á ellos su perdicion eterna, no temen sacrificar en las aras de la caridad su comodidad, su sangre y sus vidas.

Con todo, parece que siendo ya evidente la hostilidad de los enemi-

gos, debia ser grande la vigilancia en explorar la tierra, para no padecer una fatal sorpresa: sin esta cautela, el dia diez y seis de Marzo habia celebrado á la aurora el P. Fr. Alonso Giraldo el sacrosanto sacrificio de la Misa, y al salir del Sol estaban los enemigos tan cerca, que se oyó á poca distancia, y en el vado del rio, una descarga de fusiles y griteria de Indios, que á manera de salva, y con bandera de paz, fueron cercando toda la Mision; por lo que el P. Fr. Miguel Molina hizo que el P. Fr. Joseph Santiesteban suspendise la Misa que estaba comenzando: fueron llegando los Indios con demostraciones de buena amistad, y conociendo un Soldado algunos de ellos, Texas y Vidais, que habia conocido en San Xavier, con otros de la tierra dentro, le avisó al P. Presidente, por lo que salió al patio, y con admiracion y espanto, vió por todas partes cercado el sitio de Indios, armados de fusiles, sables, chuzos y flechas, vestidos de horrorosas figuras y trages; pero ofreciendo la paz, y asegurándola desde afuera con algunas voces castellanas, y otros ademanes como de amigos, y quando les pareció que el Padre y los Soldados los habian creido, se desmontaron muchos de los caballos, y quitando las trancas de la puerta, entraron como trescientos, alargando las manos para darlas á los Padres, con expresiones de cumplimiento y agazajo, á lo que se les correspondió en el mismo modo: hizo el P. Presidente sacar manojos de tabaco, y otras cosas con que obsequió á los Capitanes; pero uno de ellos, que reconocian los otros como á Capitan grande, no usó de aquellas demostraciones, ni quiso desmontarse del caballo, y se conoció que era Comanche, aunque venia armado de fusil y otras armas, y venia con casaca encarnada del uniforme de Francia, con horrible semblante y aspecto fiero: á éste le presentó el P. Fr. Miguel quatro manojos de tabaco; pero no hizo mas que mirarlo con una sonrisa falsa, y muy brioso denuedo, lo que desconsoló mucho al Padre, y todos empezaron á sospechar de la amistad fingida, viendo la atrevida libertad con que todos ellos iban robando el menage de la casa, la ropa de los Soldados, los caballos que estaban en el corral, y que mataban las reses á su voluntad; pero todavia se les disimulaba por evitar alguna tropelia.

Deseando el P. Presidente librarse de tan perniciosos huespedes, les preguntó á los Capitanes si tenian ánimo de pasar al Presidio, y dixeron que sí, pero que les habia de dar un papel para que el Capitan los recibiera, y no considerando inconveniente alguno, lo escribió, y se lo entregó á uno de ellos, y éste al ir levantó una griteria, como que llamaba á los otros que fueran con él: todo era ficcion para cubrir su malicia mientras aseguraban su alevosia: por eso los otros Capitanes entretenian al P. Presidente con algunas cosas de Texas que habia visto quando fue Misionero en aquella tierra: á los otros dos Padres procuraban engañarlos con decir, que ellos no venian con intento de pelear mas que con los Apaches, y les preguntaban si allí habia algunos: por lo que fue necesario ocultar á los que estaban en la casa. Á poco tiempo volvió el Texa que habia llevado el papel, con muy crecido número de Indios, diciendo que no se le dexaba entrar en el Presidio, y que á otro le habian dado cuchilladas: era manifiesta la mentira, pues no habia habi-

do tiempo para andar la legua y media que distaba el Presidio; pero instándole al P. Presidente que fuera con ellos, ya se vió obligado á acompañarlos, y ellos ayudaron á ensillar el caballo, y montado en él, al salir por la puerta le dispararon un fusil, con fatal golpe, que dando un quexido, cayó de él muerto; con esta señal se rompió la generala, y disparando otros muchos cayeron muertos tres Soldados.

Los dos Padres procuraron tomar el asilo mas pronto, y lo fue para el P. Fr. Joseph Santiesteban el quarto en que estaba encerrado el avío prevenido para las Misiones; pero esto le aceleró mas su daño, porque entrando al robo los bárbaros, lo encontraron indefenso, y á golpes lo mataron, oyendo desde fuera algunos Soldados las voces que daba, y viendo despues sacar el hábito: pero como despues de haber sacado quanto allí habia, le pusieron fuego á la pieza, en que habia bastante material que ardiera, se creyó que las llamas consumieron el cuerpo, y aun por no haberse hallado sus cenizas, dixeron algunos que se lo habian llevado vivo los Indios. El P. Fr. Miguel Molina, con todos los agregados á la Mision y sus mugeres, se encerraron en el quarto del P. Presidente, y aunque defendian la puerta, disparando por troneras las escopetas, no cesaban los Indios de batirla con los fusiles, no con poco daño de los que estaban dentro, y con la desgracia de que dando una bala en un madero, de rechazo hirió al P. Fr. Miguel, entrando de soslayo por la clavícula del pecho y rematando en el brazo.

Mientras que los Texas tramaban la felonia y engañosa traicion con que entretenian á los Padres, los demas Indios recogian mucha leña, para perficionar sus designios, y al punto que fueron muertos el P. Fr. Alonso, y los tres Soldados, se aplicaron los incendarios poniendo fuego por todas partes. Cercados de él, y de mil angustias, los que se habian refugiado en el quarto, se vieron en la apuracion de abrirle la puerta á un Soldado, que daba voces pidiendo confesion, por estar casi muriendo de un balazo que le habian dado en el pecho, el que traía todo quebrantado, y fue el caso, que habiéndose desprendido de la Mision un Indio de los sirvientes, luego que descubrieron su mala fe los traidores, pudo llegar al Presidio, y le dió razon de todo al Señor Coronel, por lo que destacó al Sargento con ocho Soldados, para reforzar la escolta de la Mision; pero ya los Indios tenian cogidos todos los caminos, y saliéndoles al encuentro en tres filas, disparó la del medio, de cuya descarga cayeron dos muertos, descaminado otro, y heridos los demas, que apenas pudieron lograr la retirada, y poniendo los Indios fuego por todos los contornos, impidieron que se pudiese enviar á la Mision socorro alguno.

Ya el P. Fr. Miguel, y demas refugiados en el quarto, tenian á los ojos su última ruina en la voracidad de las llamas que los abrasaba, y reparando en la de la codicia de los Indios, con que estaban rompiendo caxas y fardos para pillar cada uno lo que podia, y otros llevando lo que habian cogido, al medio dia se valieron de la misma codicia que los tenia ocupados, y se pasaron á otro quarto inmediato á la Iglesia, que aunque tambien estaba ardiendo, les pareció no ser tanto como el que dexaron; pero advirtiéndolo los Indios, le recargaron tanta leña, que les fue preciso hacer

un agujero por donde se pasaron á la Iglesia, que tambien estaba encendida, y en estas fugas llegó la media noche, en la que cada qual emprendió la que pudo, para evitar la muerte, si pudiera: el Padre se encaminó hácia el Sur buscando malezas y matorrales, para no ser visto de los Indios, y con gravísimo trabajo llegó el dia diez y ocho por la mañana al Presidio: iba hecho un varon de dolores, y objeto digno de la compasion de todos: contristado el ánimo de haber visto muchas veces á la muerte, entre la variedad de tormentos que se la amenazaban, ya con la herida del balazo, ya con el terror de que lo vieran los Indios, ya con la debilidad de no haber tomado alimento en dos dias y dos noches, ni descanso ó sueño alguno.

Casi tres dias se mantuvieron los Indios sobre las armas en aquellas inmediaciones, para que fueran conduciendo el rico botin que habian robado, dirigiéndolo al Norte, y por eso fue solo terror pánico el temor de que atacaran el Presidio, y flaqueza de espíritu decir que fue milagro patente el que se hubiera preservado de tantos bárbaros; pues advertidos éstos de que la distancia y situacion de la Mision, que era de legua y media, y á la otra banda del rio, los ponia á cubierto para hacer el robo que traian meditado, y que en la misma Mision estaban los Religiosos indefensos, declararon sus traidores intentos con los homicidios, y no habian de exponerse yendo al Presidio, á que en él los recibieran con el saludo de los cañones, porque la metralla con sola una voz hace callar á las de la fusileria; pero siempre fue imbecilidad de un ánimo consternado, el no discernir la calidad de los efectos, atribuyendo á milagro, los de una sagaz perspicacia, y de un juicio reflexîvo.

Al otro dia que el Padre Molina llegó al Presidio, fue á la expugnada Mision el Señor Coronel, con Soldados, y recogiendo el cadaver del P. Presidente, le dieron sepultura en el cementerio, con los de los tres Soldados que con él murieron: buscó tambien personalmente, y por otros, el del P. Fr. Joseph Santiesteban, y por muchas diligencias que se hicieron, no pudo hallarse, discurriendo algunos que se lo llevaron vivo, y otros que lo redujo á cenizas el voraz incendio, que consumió todo aquel puesto. Ya parece tiempo de apartar un poco la fantasia de tan lastimosas imaginaciones, para ver en su retiro á los astutos Apaches: muchos lo tomaron tan escondido, que no se supo de ellos; pero otros muchos lo buscaron en las cercanias de San Antonio, confiando tener en la Mision asilo; y sin duda lo merecian segun las pruebas nada equívocas que dieron de no ser tan bárbaros, que se negaran á la humanidad que podian practicar con los desvalidos, aun siendo Christianos.

De esto dió testimonio el P. Fr. Mariano de los Dolores en una Carta que escribió al Prelado del Colegio, diciendo: »Los Apaches venian »en crecidas tropas á esta Mision de »San Antonio, para resistir al enemi»go en caso que invadiera: no pararon »de registrar la tierra en los dias de »mayor susto, mostrando el sentimien»to de las muertes de los Padres y Es»pañoles. Un Apache condujo hasta »aquí por senda oculta hasta siete »personas: otro que estaba á la sazon »con los Padres en San Saba, libertó »dos criaturas Españolas, con las que »estuvo oculto, y entró en el Presi»dio con la mas pequeña á cuestas: »otro traxo una muger, cuyo marido

„habia muerto en el camino, llamado „Cadenas, con tal compasion, que la „traxo en su caballo, y él vino á pie, „habiendo cuidado en el camino de „su alivio y sustento: y por último „todos desean con ansias que se cas- „tigue tan bárbaro atrevimiento, brin- „dándose para acompañar á los que „fueren." Habia sido el Capitan Chico el mas constante en cumplir las promesas de radicarse en Mision en San Saba; pero los influxos y persuasiones del Capitan Casa-blanca le hicieron desertar de la compañia de los Padres, y aunque á ello le obligó el temor de los enemigos, pero pudo creer el auxîlio que le franqueaban, pues el retirarse del Presidio no mejoraba su fortuna, ni lo libertaba del rigor de sus contrarios; y si hubiera rompido su silenciosa cautela, se pudieran prevenir y remediar los gravísimos daños que se padecieron, y los que él mismo tuvo que llorar: ya habian pasado tres meses desde el insulto, quando quiso ir con su rancheria á la caza de la cíbola, y habiéndola situado en el rio Florido sobre una loma, quando estaba mas descuidado le dieron los Comanches, el asalto; y se vió improvisa y cautelosamente cercado, y sin mas arbitrio ni defensa que la fuga; la que logró entre el desordenado ataque de los enemigos, abandonando sus tiendas, armas, caballos y gente, de la que por varios rumbos vinieron algunos, y el mismo Capitan Chico, á refugiarse en el Presidio de San Saba, dexando algunos muertos, y diez y nueve prisioneros. Con tan cruel estrago pudo bien conocer, que si su orgullosa soberbia hubiera declarado la causa de su desercion, pudieran haberse dado en tantos meses las providencias que desordenara las traidoras astucias de sus enemigos, en cuya comparacion se puede decir que no fue ménos alevoso su malicioso silencio, y bien merecido tan cruel castigo.

Esta tenacidad de los Comanches en persecucion tan obstinada, y repetidas alevosias, obligaron al Señor Coronel á repetir informes y consultas, en que exponia con dictamen de dos Misioneros, y representacion de los Soldados, lo muy expuesto á que por su situacion estaba aquel Presidio, y casi indefenso á las invasiones de los Indios, por lo que proponia al Señor Virrey que se trasladara al rio de Guadalupe, ó al de S. Marcos: promovia tambien el que nunca habian estado los Gentiles Apaches en mejor sazon para tratarles de su conversion, siendo fuera de aquel parage arriesgado, y del que ellos habian desertado con justa causa. En vista de todo, ordenó S. E. que se hiciera Junta de Guerra y Hacienda, con asistencia de los Señores Auditor y Fiscal, para conferenciar las mas oportunas providencias; y hecha en ella una muy menuda y prolija relacion de los autos de la materia, se acordó por los Señores que con S. E. concurrieron, el que no era por entónces con honor y decoro de las Armas Españolas la mutacion del Presidio, sino que se debia estimar por ignominiosa y vergonzosa, y concebirse no sería de la aprobacion de S. M. acabando los Indios de cometer el insulto experimentado en la Mision, y á la vista del mismo Presidio, por ser muy natural que los Indios del insulto concibieran que el miedo en los Españoles de otra invasion, era el que ocasionaba la mudanza, y este propio concepto les podria dar alientos á emprenderla: y á los Apaches, cuya reduccion era el principal objeto de la empresa, les prestaria motivo para retraerse de

ella, con el fundamento de que no contemplen abrigo en las ocasiones que lo necesitaran con nuestras armas.

Se tuvo en la junta tambien presente, no ser conveniente la mutacion del Presidio, fundándose únicamente en que los Apaches ya no se congregarian en S. Saba, por el temor de sus enemigos del Norte, y solo lo harian en Guadalupe, ó San Marcos; pero que esto se asentaba solo por conjetura de los que informaban, y no porque los mismos Apaches hubieran manifestado tal expresa deliberacion, ni tales temores al terreno, pues no habia en los autos documento que lo instruyera. Por estas y otras gravísimas razones, quedó acordado el que S. E. ordenara al Comandante Coronel que se mantuviera con toda su Tropa en San Saba, y á los Padres Misioneros se rogara y encargara que vivieran por entónces en el mismo Presidio para su mayor seguro, hasta que se consiguiera la reduccion de los Apaches, y lo pudieran tener con los mismos Indios que se pacificasen, y la regular escolta, y que unidos en esta forma Comandante y Misioneros, continuaran solicitando la reduccion de dichos Apaches, de quienes indagaran con claridad la voluntad que tenian á ella, no solo sobre si absolutamente querian ó no reducirse, sino tambien sobre si la querian hacer en San Saba ó en otro parage que les fuera conveniente, y con la advertencia al Comandante y Padres Misioneros, de que en el caso de expresar los Indios su voluntad á congregarse y reducirse, les impusieran en que desde luego lo habian de verificar, sin valerse para diferirlo de los pretextos de que hasta allí se habian estado valiendo para no haber llegado el caso de su reduccion.

Se ordenó tambien que en el Presidio de San Antonio se hiciera una junta, en que se debia conferenciar el modo y tiempo en que fuera mas oportuna la campaña, y el número de que se habia de componer su Tropa, con otras disposiciones para que no se malograra, y con esta ocasion tuvo el Comandante Coronel la de practicar lo que se le mandaba en órden al exâmen de los Apaches, y en su cumplimiento pasó á la Mision de San Antonio, y lo hizo saber al P. Presidente Fr. Mariano, quien con otros Misioneros concurrió, para indagar con claridad la voluntad de los Apaches, y llamando al Capitan Chico y demas que lo acompañaban, se les hizo un correspndiente preámbulo por medio del Intérprete, para que sin ficciones, declararan la determinacion que tenian sobre el cumplimiento de las muchas palabras y peticiones que les habian dado de reducirse á Mision, porque ya era tiempo de cumplirlas, y de que vieran las grandes conveniencias corporales y espirituales que se les habian prometido si se ponian al abrigo de las armas Españolas, y recibian la Fe Católica, que se les habia siempre explicado.

Grande fue la perplexidad que al entender las propuestas manifestaron el Capitan y demas de su Nacion, y por todos dixo: que siempre han tenido y tenian fixo ánimo de juntarse en Mision él y los suyos como lo habian prometido; pero que por entónces lo suspendian hasta lograr el castigo de sus enemigos, por el bien fundado recelo de que los habian de perseguir en qualquiera parte que eligieran para su radicacion y sosiego, y que por eso se veían necesitados á andar de unas á otras partes con mu-

chos trabajos, huyendo de unos contrarios que no tenian mas ocupacion que la de guerreros, traidores y ladrones, y que si ellos se reduxéran á Pueblos, no podrian defenderse, por ser sus enemigos muchísimos, ni tampoco se podrian ocupar en el modo de trabajar para mantener sus familias, como lo hacian los Indios de las Misiones; pero que castigados sus enemigos de los gravísimos daños que hicieron en San Saba, y á ellos en el rio Florido, lograrian de algun consuelo, y de ménos riesgos, para avecindarse en donde fuera conveniente á su establecimiento y conservacion: dixo tambien, que estaban muy prontos, y irian muy gustosos él y otros muchos Apaches en compañia de los Españoles, siempre y quando les avisaran para la campaña.

Bien conocieron el Señor Coronel y los Misioneros que estas respuestas eran unas dilaciones frívolas, pues para el efecto del castigo de sus enemigos, que pretendian, conducian eficazmente las conveniencias que les resultaran, si prontamente se reduxéran á Mision; pues se desocupaban del cuidado y el alimento de sus mugeres, hijos y viejos, y quedaban expeditos, y sustentados en la guerra, unidos á los Soldados; por lo que mandando el Señor Virrey que sobre el punto le informasen los Misioneros, éstos le expusieron: »que debiendo hacerse la cam»paña con crecido número de gen»te Española, es creible que impon»drá respecto á la Gentilidad que la »sintiere dentro de sus mismas tier»ras, y que á los Apaches les impri»miria no ménos terror que escar»miento, lo que ni unos ni otros ha»bian adquirido hasta entónces, inso»lentados con su muchedumbre, so»berbios con sus triunfos, y atrevidos »con las poquísimas fuerzas que re»conocian: por lo que parecia debia »seguirse, executada la campaña, la »necesaria conveniente diligencia de »solicitar á los Ipandes en las partes »donde se hallaran, con la misma gen»te, fuerza y provision, reconvinién»dolos por sus palabras y ofrecimien»tos que habian hecho de reducirse »á Misiones, y sujetarse al suave »yugo de nuestra Santa Fe y chris»tiana política, para que los cumplan »en las situaciones que convenga, co»mo ellos manifiestan; y de no efec»tuarlo así, prontamente, y sin mas »frívolas dilaciones, se les considere »desde luego como unos disimulados »enemigos, sin permitirles la franca »introduccion que han logrado, por »el recomendable fin de su catequismo »y conversion, recibiendo como pren»das de ella, quantos beneficios ha »podido franquearles este territorio,» y justificando esta providencia con gravísimas razones, no le quedó ya á su zelo otra diligencia que hacer para la conversion de tan dolosos y empedernidos bárbaros.

Hecha en San Antonio de Bejar la junta de los Oficiales, se conferenció el modo y demas circunstancias que ordenó S. E. para la campaña que se hizo comandada por el Señor Coronel Parrilla, y marchando hasta la tierra de los Comanches, no se hallaron rancheados como Indios, ni descuidados del golpe que se les disponia, sino muy prevenidos de militares defensas, en un fuerte defendido de fosos, y cubiertos los caminos y entradas con ramas para inutilizar la caballeria, y tomados los altos por innumerables defensores armados de fusiles y otras armas ofensivas, travaron los Españoles el combate, con los caballos fatigados del galope largo que habian

llevado, y unos quedaban presos en la estratagema de las ramas, otros andaban sin órden, y todos sufrieron los infaustos efectos de una invasion precipitada, así en el desórden de la pelea, como en la debilidad de la caballeria; y viendo que no podian ganar ventaja alguna, y que los Indios estaban con toda fuerza, pues muchos ni aun dispararon los fusiles, les fue necesario abandonar un cañon que habian llevado, y emprender la retirada, que les causó gran desazon á las Naciones de Indios amigas, y los contrarios reputaron por victoria.

Con tan no esperadas resultas, todo quedó en calma, y mucho mas la conversion de los Apaches Ipandes, haciéndose cargo los Misioneros de que el Señor los puso en ella como al Labrador con el árbol, y debiendo poner sus fatigas, sudores y trabajos para su cultivo, debian reconocer que solo Dios es el que dá y produce los frutos; y que no siendo ellos mas que instrumentos, han de estar á solo el uso á que los destina su voluntad suprema, y venerar en el solio del Sol de Justicia las luces que iluminan y perfeccionan los ánimos, como dirigidas por sus inexcrutables decretos, cuyo abismo no pueden penetrar los hombres.

CAPÍTULO X.

Promuévese de nuevo la reduccion de los Apaches en San Saba, y se les fundan dos Misiones.

Es el zelo de la honra de Dios una llama viva que con las alas de una actividad ardiente conserva á los Misioneros en una accion perpetua, en que alentando sus ánimos sobre sus naturales fuerzas, ninguna empresa les parece dificil, porque su misma arduidad se la representa fácil, naciendo de las espinas de sus trabajos y dificultades las flores de sus esperanzas, que regadas con sus sudores y sangre, les prometen ópimos frutos, y con estos nobles impulsos se vieron nuevamente empeñados en otra escena representada por los Apaches en el teatro de San Saba, pero con diversas personas de las que actuaron la otra funesta tragedia. Era nuevo el Capitan Comandante del Presidio, y en sus despachos le mandaba el Superior Gobierno que solicitara la reduccion y congregacion á Misiones á los Indios Apaches, valiéndose para ellas de todos los medios posibles que dictaran la razon y prudencia, sin usar de los rigores del castigo que los amedrentara y exâsperara.

Para facilitar esto, solicitó el Capitan á los principales Apaches, y sobornados del interés, se le presentaron otros diversos de los ya conocidos, y los agazajó y regaló de todos modos, ya dándoles Soldados que fueran en su defensa á la caza de la cíbola, ya franqueándoles de su caudal ropas, tabaco, arneses y otras cosas, con cuyos intereses les proponia el que para hacerlos estables, tanto en lo temporal como en lo espiritual, les era necesario el congregarse en Mision y Pueblos, desvaneciéndoles las frívolas excusas que ellos alegaban para no hacerlo, con los quebrantos

que padecian, despojados de sus tierras por los Comanches, privados del beneficio de la cíbola, y perseguidos de sus enemigos, sin poder estar seguros de sus asaltos y alevosias. Con estas palpables razones se alentó á responder por todos uno que reconocian por el Capitan grande, y llamaban el cabezon, y dixo: que él y toda su Nacion de los Lipandes daban palabra de ponerse luego en Mision, y observar perpetua paz con los Españoles. Era este Indio mas político y reflexîvo que el Capitan chico, que engañó con sus falsas promesas á los Padres de San Antonio, y por eso en el gobierno y conservacion de su gente y conveniencias seguia sistema muy diversa que el otro; por lo que aseguró al Capitan Comandante con tal firmeza su reduccion y pueble, que para efectuarlo solicitó al P. Presidente de las Misiones del rio Grande, escribiéndole que concurriese luego, sin dar lugar á que los Indios se arrepintieran.

Prontamente pasó el P. Fr. Diego Ximenez á San Saba, y junto con el Capitan, inquirió las intenciones del Capitan Apache y de los demas Indios, y aunque propusieron algunas dificultades, eran de ningun peso, y satisfechas se resolvieron á su establecimiento, que debia ser en el rio y Valle de San Joseph, que está en la mitad del camino que hay entre el rio Grande y San Saba, en cuya eleccion manifestó el Capitan Apache, que todos sus designios eran solo la defensa é indemnidad de los suyos, pues resguardados por el Norte del Presidio, los internaba á un sitio que les habia sido seguro asilo en las guerras de los Españoles y Comanches; y así dixo: que en San Saba, no obstante que eran buenas las tierras, y que ellos las querian mucho, no se ofrecian á poblar por el temor que les tenian á sus enemigos los Comanches, y por la cercania del Presidio, pues estaban expuestos á que los mataran como á los Padres y Soldados, y que lo harian en el Valle de San Joseph baxo de tres capitulaciones.

La primera, que habian de hacer ántes de radicarse una gruesa carneada de cíbola, para la que se les habian de dar mas Soldados de los que les habian dado para las otras: la segunda, que se les habia de entregar la hija del Capitan grande Natage, que tenian cautiva los Españoles: la tercera, que se les habia de auxîliar para una campaña contra los Comanches, la que tenian determinada para ántes de ponerse en Mision, y por darle gusto al Capitan no la hicieron. Era la primera condicion no solo admisible, sino necesaria, para que aviados de carne, se pudieran congregar, pues era muy dificil ponerlos en el parage que habian pedido de otra forma, interin que para los víveres se daban otras providencias: las otras dos condiciones se otorgaron con respecto á las circunstancias que proporcionara el tiempo.

Hecha ya la dicha carneada que pidieron los Indios, le instaron al Capitan Comandante para que avisase á los Padres, y que juntos todos en el convenido Valle, se les fundase la Mision, y hechas las prevenciones, pasaron el P. Fr. Diego Ximenez y el P. Fr. Joaquin Baños, llevando hachas, barras y rexas, maiz, piloncillo y tabaco, ropa, sombreros y quinquillerias para congratular á los Indios, y el dia nueve de Enero de mil setecientos sesenta y uno arribaron al rio y Valle de San Joseph, y luego dispuso el Capitan se hiciera jurídica ins-

peccion de sus tierras y aguas, de la que se formalizó informacion con testigos y prácticos: tambien pidió separadamente que le expusieran su dictamen sobre las diligencias actuadas, y su propio dictamen los Padres Misioneros; y habiendo ellos asistido á todo, declararon ser verídicas, y sobre el estado de los Indios dixeron: »que »meditando los pasages que con ellos »se les habian ofrecido desde que »entraron la primera vez á fundarles Mision en San Saba, y observando la satisfaccion con que con los »Padres estaban procediendo, el gran »contento con que por sus Ministros »los habian recibido, no obstante las »muchas dificultades sugeridas por arte del comun enemigo para radicarse »en Mision; y que atendiendo á la reduccion no solo de los presentes Lipanes, sino de otro crecido número de »almas, eran de parecer que no solamente podia pasar á fundar la Mision con los Indios que intentaba, y »voluntariamente se ofrecian, sino »que en las circunstancias actuales »debia: pues dicho Capitan Cabezon »y su gente, aunque alguna vez concurrieron con otros para la primera »fundacion en San Saba, nunca se »ofreció á fundar Mision, conociendo »el dolo de los otros Capitanes, que »era lo que respondia, arguido de »aquella veleidad, la que no verificándose por su actual constancia, »era la que solo pudiera impedir el »que se procediese á la plantacion de »la Mision.»

Con estas precauciones determinó el Capitan fundar la Mision, y citados los Padres y los Indios, con asistencia de testigos y Soldados, concurrieron todos á una loma plana, y proxîma á un ojo de agua, en donde se fixó la poblacion: en ella estaba prevenido un xacal que sirviera de Iglesia, y estando á su puerta los dos Misioneros, se tocó una campana, á cuyo sonido acudieron mas de trescientas personas de todos sexôs y edades, que estaban observando lo que se hacia con los Lipanes, sin determinarse ellos á ponerse en Mision. El P. Ximenez revestido de Alba y Estola bendixo el sitio, en el que estaba decentemente adornada una Santa Cruz, la que adoró descalzo, y cantando el Hymno de la Iglesia la enarboló, y en nombre de la Magestad Católica se la entregó al Capitan Comandante, y procesionalmente se colocó en el Altar preparado para la Misa, y acabada cantó el Padre el Alabado, y por el Intérprete se les hizo saber á los Indios la solicitud con que el Rey nuestro Señor desea la conversion de todos los Gentiles á la Fe Católica, y los muchos bienes con que ha premiado á todos los que la han recibido, para cuyo fin les envia los Ministros de Dios, de quienes deben oír la Doctrina Christiana, y á quienes deben sujetarse, para arreglar sus vidas conforme á ella: y que siendo buenos Christianos y fieles vasallos, el Rey los tendria en su proteccion, y los ampararia con sus armas contra todos sus enemigos.

Luego pasó el Capitan Comandante á darles posesion jurídica de las tierras y aguas, y á nombrar Gobernador y Capitan á guerra al Indio Cabezon, poniendo al Pueblo el título de Santa Cruz: declaró tambien por Ministros de él á los dos Padres, los que por debidos motivos llamaron á la Mision de San Lorenzo, segun que del Colegio se les encargó. Toda esa especie de formalidad la miraban los Misioneros con suma indiferencia, pues toda la actividad con que el Ca-

pitan se afanaba, no producia mas que la ereccion de un Pueblo, con satisfaccion de la codicia de los Indios; y en eso mismo agonizaban sus espíritus, viendo quan remota estaba la de su zelo en fundar una Mision, á que se sujetaran á doctrina y catequismo. Consideraban que no teniendo el sínodo que S. M. dá para alimentar los primeros años á los recienconvertidos, habia de cargar sobre ellos un cuidado tan oneroso para satisfacerlo como incompatible con las obligaciones de su ministerio; pues perderian todo su fruto andando continuamente los Indios vagueando por los campos en solicitud de sus necesarios alimentos: al mismo tiempo experimentaban la dureza y altaneria de unos bárbaros soberbios, indómitos, guerreros y tan libertosos, como agenos de rendirse á á las Leyes del Christianismo, pues repugnaban el que se les hablara de Dios, y con desprecio y disgusto dexaban á los Padres con la palabra en la boca, siempre que les proponian los Misterios de la Fe, y se retiraban de su presencia.

En estas angustias no hallaban los afligidos Misioneros otro medio, que presentar un escrito al Capitan Comandante exponiéndole lo mismo que estaba mirando, y que respecto á los gastos no se detenia el Presidente en la fundacion de la Mision, ni de otras Misiones que hiciera, con tal de que les supliera lo mas indispensable, que por otra parte no pudieran ellos conseguir, pues veía que si á aquellos Indios no se les asistia con lo preciso, y mas en la circunstancia de estar tantos Gentiles á la mira, se podia aventurar la reduccion de unos y otros, por lo que le suplicaban que no fundara mas Misiones que las que buenamente pudiera atender, hasta que informado el Exmô. Señor Virrey, providenciara lo que fuera de su Superior agrado: pero lo que con mayor eficacia le pedian y suplicaban, era el que los amparara y asistiera en aquella reciente fundacion personalmente, hasta que bien enterados los Indios del estilo y ministerio de los Misioneros, se aseguraran de la falsedad de las extrañas especies que contra ellos les habian sugerido, y no hubiera rezelo alguno de que todo se perdiera. Era esta implorada presencia del Capitan tan necesaria por algun tiempo, como que por su respeto se les podia imponer á los Indios un suave y moderado método para establecer su catequismo, y arreglar el mas conveniente gobierno; pues en fuerza de lo que habian prometido, solo él pudiera contenerlos: pero respondió al escrito de los Padres, que en quanto á los alimentos supliria lo que faltara para la subsistencia de los Indios, baxo del conocimiento de que se le habia de satisfacer lo que así gastara: en órden á su asistencia dixo: que no podia hacerla allí por deber estar en su Presidio, como que era la llabe que sostenia á éstas y demas Naciones adversarias; y tambien por haber recibido Carta en que se le avisa haber llegado á S. Saba el Indio Texa, que queria con su gente ponerse en Mision, y que para la faccion de su reduccion se hacia precisa su marcha, y que concurriera á ella el P. Presidente: y abandonando lo cierto y que tenia entre manos, se fue y hizo ir poco despues al Padre Presidente, dexando en la nueva Mision á solo el P. Fr. Joaquin Baños con veinte Soldados de escolta, y un Teniente de Gefe.

Ya el Indio Texa llamado Turnio lo esperaba en el Presidio, y instándole con fuerza que lo pusiera en

Mision, volvió el Capitan á Santa Cruz, y en concurso de los Padres, hizo el Indio relacion de la mucha gente que tenia, contando hasta ciento y catorce hombres de armas, y con mugeres y hijos mas de trescientas personas, y aseguró que quando el maiz estuviera ya crecido vendrian al Pueblo otros muchos mas de los que habia contado; y preguntando al Capitan quantos Soldados le habia de poner de escolta, le dixo que diez, y él replicó que eran pocos, porque él habia de sujetar á su gente y obligarla á que trabajase: con estas y otras aparentes propuestas, creyó el Capitan verdadera y justa la pretension de la Mision, y juzgó que si no se le ponia de pronto, pudiera resfriarse en su vocacion, y aun indisponer y perturbar á los demas; por lo que efectuó el ir con el Padre Presidente á darle posesion de la tierra y de un ojo de agua que distaba como quatro leguas de Santa Cruz, y con las mismas formalidades que observó en la fundacion de la primera Mision, estableció la segunda, llamándola de nuestra Señora de la Candelaria, en la que nombró por Gobernador al mismo Turnio, y al Padre Ximenez su Ministro.

No fue esto mas que multiplicar la gente, pero no aumentar la alegria, pues los Padres quedaron mas contristados, divididos y mas afligidos, experimentando que no tenia ni apariencias de ser verdadera la conversion de aquellos Gentiles, y con dolor de sus corazones veían que habian de permanecer incrédulos, sin sujecion, doctrina, ni mudanza de vida; porque solo se establecian allí por la seguridad del sitio, para libertarse de las invasiones de sus enemigos, y tener en su defensa á los Españoles. Muy gustoso el Capitan Comandante de sus dos conquistas, dió cuenta con sus autos y diligencias al Exmô. Señor Virrey, y no habiendo tenido sus consultas la prosperidad que esperaba, casi al año de su remision mandó S. E. que le informaran sobre ellas los Misioneros, cuya respuesta fue tan categórica, que merece transcribirse á la letra, pues compendiarla pudiera obscurecer el candor, sencillez y lisura de la verdad con que fue dictada, y que debe ser el alma de esta historia.

CAPÍTULO XI.

Informe que hicieron los Misioneros por órden del Señor Virrey.

»EXcelentísimo Señor: El Presidente de las Misiones del rio Grande del Norte, y las de este rio y Valle de San Joseph, y su Compañero, Ministros de dichas nuevas Misiones, obedeciendo el órden de V. E. de primero de Octubre de setenta y dos, de que informemos del estado que tiene la reduccion de los Apaches, y si han acudido algunos de ellos, y en qué número, á establecerse en estas Misiones, y en caso de no haber acudido, qué esperanzas nos quedan de su reduccion, para en este importante asunto con la debida instruccion poder resolver lo conveniente. Decimos, á lo primero, que habiendo manejado domésticamente por el espacio de todo el año pasado de seten-

»ta y dos hasta ahora á los Apaches »Lipanes, nos confirmamos mas cada »dia en la esperanza del logro de sus »almas, dando V. E. las providencias »de su Superior agrado sobre compe»tente guarnicion de Soldados que »defiendan á los Indios de sus enemi»gos, y cause el temor y respeto de»bido á los mismos Apaches, y sobre »alguna ayuda de costa para mante»nerlos interin se logra alguna cose»cha; pero si falta alguna de estas »providencias, apenas esperamos di»cha reduccion, pues aun verificadas, »todavía nos asisten aquellos rezelos »que se originan de tratar negocio »tan grave con bárbaros faltos de »aquellas luces que empeñan á los »hombres á mantenerse en sus pro»pósitos. Esperamos, Señor Exmô, el »logro de sus almas, porque los he»mos observado muy otros de como »los experimentamos ántes de ahora, »quando entramos á fundarles Mision »en San Saba, y despues los observa»mos tan adversos á oír la palabra »de Dios, y á la debida sujecion á »un moderado trabajo, á la quietud »en sus Pueblos que se les fundaron, »y á todo lo conveniente á Indios de »Mision, que si queriamos librarnos »de sus continuas molestias, lo conse»guiamos luego con comenzar á tra»tarles cosas de Dios. En quanto á »trabajar decian, que los Indios de las »otras Misiones y Españoles, habian »de trabajarles sus casas y tierras: »sobre la permanencia en sus Pue»blos, que se enfermarian no vaguean»do como ántes, y á este tenor de»cian lo demas, significando especial »ojeriza al estilo de otros Indios ya »convertidos, que verdaderamente es »el que mas les conviene. Ahora nos »oyen la Divina palabra con gusto, y »nos preguntan, manifestándonos al»gunos errores, por los que no tenian »afecto ni al Christianismo, ni á la »paz con otras gentes: nos han ayuda»do en algunas faenas, y estan persua»didos á que han de mantenerse de »su trabajo, y permanecer en las Mi»siones como los otros reducidos, en »lo que convienen gustosos: nos ofre»cen sus párvulos para que los bau»tizemos, y si enferman los adultos, »nos llaman para lo mismo: no han »salido de las Misiones sin nuestra »licencia, y entónces nos han dexado »á guardar sus trastos, algunos caba»llos, sus hijos y mugeres: estas y »otras cosas semejantes nos persua»den el buen estado de estos Indios »para su reduccion.

»En quanto á lo segundo de si »han acudido algunos Apaches, y en »que número á establecerse en Mi»sion, decimos que sí, y muchos de »los que llamamos Lipanes, pues á mas »de los que estan y constan en las di»ligencias de la fundacion de estas »dos Misiones, se han agregado des»pues quatro Capitanes mas con sus »gentes; otros dos se hallan al presen»te aquí, que prometen, verificada la »campaña que se les prometió, de re»greso establecerse en Mision. Otro »Capitan á quien Dios misericordioso »poco dias ha dió salud con el Santo »Bautismo, entra y sale quasi como »Indio de Mision, aunque no insta»mos para que permanezcan, por fal»ta de víveres para tanta gente. De »otros dos que el Verano pasado se »ausentaron, no sabemos si volveran, »ni conviene al presente; porque mien»tras el uno de ellos, á quien siguen »muchos, se mantuvo, estuvo esto pa»ra perderse muchas veces.

»Acerca del número de indivi»duos de todos estos Capitanes deci»mos: que al presente es inaverigua-

»ble, pero segun los Lipanes que han »concurrido y concurren, es comun »sentir de todos, que son, á lo ménos, »tres mil de todas edades y sexòs. Los »de Mision actual son como quatro- »cientos. De los Apaches que los Es- »pañoles llamamos Natages, Pelones, »Mezcaleros y propiamente Apaches, »que son los que damnifican en la »Provincia de Cohaguila, los que no »reconocen estos valles, aseguran los »Lipanes su reduccion, verificada la »suya, por ser ó parientes, ó muy ami- »gos y de un idioma: nosotros no los »hemos comunicado, pero nos parece »está su reduccion muy remota, y que »su número pasa de tres mil, segun »nos dicen los que los comunican.

»Dos motivos, Señor Exmô, nos »persuaden que se malogrará la re- »duccion de todos los referidos In- »dios, si V. E. no provee de compe- »tente número de Soldados, y de al- »guna ayuda de costa, y son el, substan- »cial y primero, la sangrienta perse- »cucion de los Indios del Norte á los »Apaches: despues de la fundacion »de estas Misiones, les han destroza- »do en estos confines dos numerosas »Rancherias, y en mas larga distan- »cia, algunas esquadras de bastante »gente. Luego dieron golpe los Co- »manches en dos ocasiones, y en otras »se vieron y mataron Soldados bas- »tantes: entre otros motivos la per- »secucion los hace andar como pere- »grinos, sin asiento en algun lugar, »huyendo. Ya los enemigos saben de »estas Misiones, porque nos han es- »piado, y creyendo el dicho uniforme »de los Lipanes apresados por sus »contrarios, á quienes se les han hui- »do, presto vendrán á destruir estos »Pueblos, en los que no hallarán re- »sistencia, porque nuestros Lipanes »solo tratan de esconderse en esos »lances, y los Soldados que nos acom- »pañan son respecto de los enemigos »muy pocos y ruines, por lo que solo »Dios nos defendera, si no perecemos.

»La aseveracion de que dichos »enemigos no perjudicarán, ni prac- »ticarán hostilidad en los Apaches »que estuvieren al amparo y abrigo »de nuestras armas, segun se asienta »en el Superior despacho de V. E, la »reputamos al presente por de nin- »gun fundamento; porque si no han »perdonado los mismos enemigos á »los Españoles sus vidas y bienes des- »pues de su paz, como lo comprue- »ban los repetidos robos de las caba- »lladas de San Saba y de los Pueblos »del rio de San Antonio, y algunas »muertes de Españoles que han he- »cho, no obstante de no tenernos tan- »to odio como á los Apaches; ménos »los perdonarán á éstos, estén ó no »ubicados en Mision, los que ni la pa- »sion, ni lo repentino de los lances »permitirá distinguir, aun creyendo »dicha aseveracion.

»Otro motivo que nos persua- »de ser aquí necesaria fuerza de ar- »mas es, Exmô. Señor, el temor que »es preciso infundan en nuestros In- »dios, para contenerlos en sus fre- »qüentes inquietudes: á los principios »trabaja el comun enemigo mucho »para no soltar la presa de las almas »que ántes tenia por suyas; les sugie- »re á este fin mil especies diabólicas, »y en esos lances regularmente las ar- »mas los sosiegan. En los referidos »Capitanes ausentes experimentamos »esto: al uno le sugerió en sueños »el Demonio, que estaba hácia San »Saba carneando; que qué hacia; »que ya nosotros y los Españoles »nos habiamos ido de las Misiones, »llevándonos presos sus hijos, muge- »res y caballos: con esta sugestion

»apresuradamente vino dicho Capitan »á desengañarse, halló sus familias »aquerenciadas y quietas, los mucha»chos aplicados á la doctrina, y luego »le sugerió el enemigo que su mu»ger y las de su gente habian estado »amancebadas con nosotros, con los »Soldados, y con los Indios de las »Misiones del rio Grande, que nos »asisten; no asintió á la verdad, y se »ausentó hasta ahora. Al otro Capi»tan le sugerió, que los juntabamos »aquí en Mision con dolo para matar»los, que ántes que vinieran mas Solda»dos nos quitaran á todos las vidas: »con esta sugestion inquietó á todos »los otros Capitanes para ese fin; »pero Dios por medio de ellos nos »defendió, y le respondieron, que él »se fuera, si no creía nuestra sinceri»dad: se huyó, y no esperamos por »ahora que vuelva, ni lo permita el »Señor; pues demas de esta inquietud »tuvo otras, por las que estuvo esto »para perderse, habiendo llegado á »cercarnos, y á mantenerse lo mas de »la noche sobre las armas ellos, y »los Soldados.

»Son los Indios naturalmente la»drones, facilmente se congregan, y jun»tos en su tierra y muchos, y con mu»chos y buenos caballos, y armas tam»bien de fuego; y nosotros pocos y sin »auxîlio proxîmo: son muy orgullosos, »osados y atrevidos: no castigados se »exceden mas, y como para el casti»go se requerian competentes fuerzas, »faltando éstas, no se castigaran las »maldades, se criaran en el Christia»nismo como quisieren, y todo se per»derá: por este respecto es tambien »necesario un fuerte Presidio que los »contenga.

»En quanto á la ayuda de cos»ta, Señor Exmô. que juzgamos nece»saria para la subsistencia de estas Mi»siones, hacemos presente á la alta »comprehension de V. E. que estos »Indios son altaneros y vagos, sin »asiento, ni domicilio en parte algu»na, se mantienen de la caza, y algu»nos dias de algun maiz que siem»bran y frutas: no habiendo aquí con »que mantenerlos, es preciso que sal»gan á buscar el sustento: y como el »lobo á la simple ovejuela descarria»da, así el comun enemigo, viendo á »los Indios distantes de su Pastor, los »acomete con mil sugestiones, que son »causa ó de que no vuelvan á la Mi»sion, ó de que vuelvan á malear á »otros: para obviar estos y otros da»ños, la caridad de nuestro Católico »Monarca acostumbra socorrer las »nuevas Misiones con alguna limos»na, que es la que á V. E. rendida»mente suplicamos, teniendo presente »los muchos gastos que llevamos he»chos para mantenerlos en todo el »año pasado hasta ahora, y en lo que »resta. Mision de San Lorenzo de la »Santa Cruz y Enero veinte y qua»tro de mil setecientos sesenta y tres »años. Fr. Diego Ximenez, Presiden»te de las Misiones. Fr. Manuel An»tonio Cuebas, Ministro.»

CAPÍTULO XII.

Continúan los Comanches sus hostilidades contra las Misiones, y extinguido el Presidio se retiran los Misioneros.

CON tan manifiesta expresion del estado en que se hallaban las nuevas Misiones de San Saba, se hace ver que no habiendo producido nada el informe del Padre Presidente en órden á las providencias que juzgaba necesarias á sus progresos, ese mismo fue el mayor á que llegaron, que fue una conversion muy imperfecta de aquellos Indios, que quedándose en su bárbara libertad, ningunas fatigas ni trabajos de los Misioneros pudieron perficionarla. Habian ellos elegido aquel sitio, no por mas cómodo para Mision, sino como el mas fragoso para rochela, pues era uno de los muchos Valles que en mas de veinte leguas se forman en los senos de una áspera serrania, por lo que los Españoles les llaman los Cañones: éste, que es el centro de ella, está cercado por los quatro vientos de cerros, que aunque no muy altos, son dificiles por muy espesos de arboledas, malezas y cambrones, y mas por pedregosos y cortados de profundos barrancos que los hacen intransitables, sin tener para su entrada sino determinadas puertas, especialmente por la parte del Norte, en que son muy estrechas y montuosas: tenia casi con igual distancia de quarenta leguas, al Oriente el Presidio de S. Antonio, al Sur el del rio Grande, al Norte el de San Saba, y al Poniente un despoblado de trescientas leguas que hay hasta Tamaulipa: entre Norte y Poniente el Nuevo México, y el Real de Chiguagua, que era al que mas hostilizaban estos Indios Lipanes, haciendo en él continuas excursiones y robos, que traian á vista de los Misioneros, de sillas y arneses de los Españoles, y de muchos caballos y mulas: lo que demostraba la urgentísima necesidad que los Padres decian habia para sujetar una libertad tan perniciosa, que de ningun otro modo se podia reducir á las leyes del Christianismo.

Toda su subsistencia dependia de la caza de la cíbola, y para ir á ésta se convocaban á unas juntas nocturnas, que sin duda presidia el Príncipe de las tinieblas: en ellas proponian los Capitanes á sus parcialidades, que tenian mugeres y hijos, y que habia mucha cíbola, pero que tambien habia Comanches bravos; sobre lo que concluía, que debian pelear hasta acabar con los Comanches, que les cautivaban á sus mugeres y hijos, y les impedian aprovecharse de la cíbola, y en todo eran sus enemigos. Por Diciembre y Enero marchaban al Norte, por ser el tiempo en que salia la cíbola, y están muy gordas las hembras: por Mayo y Junio volvian á carnear por matar los toros, y haciendo esta provision, que nunca era correspondiente á su voracidad, especialmente á los que no tenian bastantes bestias para conducir la carne, los demas meses lo pasaban con penuria, atenidos á solos los frutos silvestres, ó algunos animales.

En cada jornada de estas enviaban espias á las tierras de los Comanches para hacerles guerra, y entrando juntos á matar cíbola, quando

estaban abastecidos, mandaban para el Cañon con las cargas á los viejos y mugeres, y los hombres se iban á las tierras de los Comanches, y informados de sus espias, sabian las Rancherias que estaban solas y las asaltaban, haciendo quanto estrago podian, matando á los viejos y niños de pecho, y cautivando á las mugeres y muchachos, caminando de dia y de noche con la presa hasta el rio de las Chanas, donde comienzan los cerros que dan puerta á los Cañones; pues en llegando allí se daban por muy seguros, y confiados de que no podian entrar á su serrania los enemigos, y era así, que aunque éstos los siguieran, en llegando al tal parage se revolvian. Quatro años despues de puesta la Mision de San Lorenzo repitieron estos insultos, sin ser poderosos los ruegos, amenazas y malos sucesos que los Padres les anunciaban, para apartarlos de ellos, y pareció haber querido el Señor castigar su bárbara obstinacion, en que al quinto año que ya la Mision de la Candelaria estaba desierta por la desercion del Capitan Turnio, se esmeraron los Misioneros en persuadirles á los Lipanes, que no repitieran tales correrias y daños; pero despreciaron sus razones diciendo, que la hambre los obligaba á ir á traer carne de cíbola, y los perjuicios que les habian hecho los Comanches, á tomar de ellos venganza.

Mas prevenidos anduvieron los Comanches para excitarla; pues desde el mes de Octubre, aunque ya los Lipanes se habian retirado de la Mision, quizas avisados de sus espias, penetraron la serrania, y como un quarto de legua ántes de ella, los reconoció un vecino, y se volvió dando voces, con lo que los Soldados y demas gente se recogieron á la Mision, y prepararon las armas. Habia en ella una plaza de setenta varas en quadro cercada toda de paredes aunque débiles: tenia dos baluartes con dos pedreros y una sola puerta: eran los enemigos mas de trescientos, y venian los mas á caballo vestidos de cueras, y cubiertas de morriones las cabezas: á mas del fusil traían lanzas ó chuzos, y unas cuchillas como hachas con cabo de media vara colgadas del puño de la mano, y los de á pie con multitud de flechas: acometieron con tanto brio, que llegaron hasta las paredes de la cerca, y si los Soldados hubieran tenido mas disciplina en el manejo de las armas, y exercicio en el de los cañones, pudieron haber hecho en ellos mucho estrago con la metralla y las escopetas: los Indios con formidables alaridos dispararon al ayre los fusiles y muchas flechas sin piedras, haciendo una salva para obstentar sus fuerzas; pero viendo los Soldados que huían de los lados de los pedreros, baxaron uno para dispararlo por una tronera, y fue inutilizarlo, pues ya no pudieron volverlo á montar en la cureña, por estar el baluarte descubierto, y no cesar los Indios de disparar contra él: eran tan dueños del campo, que los de á caballo se retiraron á una arboleda, y volviendo á pie al ataque, disparaban desde los barrancos sin órden ni direccion alguna, pues si la tuvieran, por el lienzo de la cerca que no tenia pedrero, y al que habian cargado todos, pudieran facilmente abrir las brechas que quisieran, y dar un asalto muy sangriento; pero se contentaron con hacer un continuo fuego, del que el Teniente fue malamente herido de una bala que le destrozó una mano, y otro Soldado levemente en la cabeza. En otras circunstancias

fuera digno de risa el que los Comanches llevaron su especie de música para animar á los que peleaban, y desde la primera descarga de los fusiles resonaron sus pífanos, aunque con novedad extraña, pues tambien llevaban cantores que imitaban el tono destemplado de sus mitotes: pero fue la desgracia que entre los Soldados no hubiera quien llevara el compás de la pólvora; pues aunque dispararon quanta tenian, el miedo de no descubrirse les hacia tirar al viento; aunque no dexó de verse un Indio muerto, y persuade haber sido no poco el daño que recibieron, la cautela con que en otra invasion se portaron.

Duró el fuego de los enemigos sin cesar hasta el medio dia, en que cayó un fuerte aguazero que apagó el de su ira, y los obligó á retirarse, sin mas ventaja que la de llevarse una manada de yeguas; pues no lograron dar con el potrero en que se resguardaba la caballada de los Soldados. No fueron pocas las congojas que padecieron los dos Padres, uno entre los mayores peligros para socorrer espiritual y corporalmente á los que peleaban; y el otro en la Iglesia exhortando á las mugeres al dolor y contricion de sus culpas, y á implorar la Divina piedad, para que no permitiera que cayeran sus vidas en manos de tan ferozes bestias.

Al siguiente mes volvieron los Comanches á avanzar la Mision, y habiéndolos descubierto en una emboscada que tenian hecha bien cerca, para sorprenderla, se hizo señal con un tiro de escopeta, y se recogieron las mugeres que estaban en el rio, y los hombres tomaron las armas; pero siendo éstos muy pocos, se les pusieron sombreros y capotes á las mugeres, para que subieran á los baluartes, y se logró la estratagema; porque juzgaron los Indios que habia mucha gente para la defensa, y por eso llegando todos á caballo al frente de la plaza, hicieron una breve escaramuza, y huyendo de la metralla, quizas escarmentados de la otra refriega, se retiraron á una nogalera que estaba cerca, y cubiertos de ella, y de los barrancos del rio, á las nueve de la mañana comenzaron su fuego, continuándolo hasta las cinco de la tarde, al que correspondieron los Soldados, pero sin haberse visto de una ni otra parte herido ni muerto alguno: solo se hizo admirar que un bárbaro de ellos se acercara á tiro de pistola á la plaza, y la rodeó tres veces, sin haberle podido acertar un tiro de muchos de escopeta que le dispararon los Soldados: ya que iba entrando la noche se retiraron todos, sin mas efecto que gastar toda su pólvora en salvas.

No puede dexar de excitarse la curiosidad de saber lo que en tan repetidas invasiones hicieron los famosos, formidables y valentones Apaches, pues ellos eran el blanco de todos los tiros; y se conmueve la risa al ver á los temidos Lipanes huir llenos de miedo, sin parar hasta la otra banda del rio Grande del Norte, y mas de cien leguas distantes; y fue sin duda por haber sabido por sus espias la visita que los buscaba; pero habiendo pasado el año, se encontraron con ella donde no la esperaban. Confiados en que los Comanches los buscarian en la Mision como ántes, se fueron á la caza de la cíbola, y lográndola con abundancia, se venian muy contentos para ella; pero sobre sus huellas venian tambien los Comanches, y estando ya una legua de la Mision, les dieron el golpe tan cruel, que en él mataron y cautivaron mas de treinta,

y llevaron toda la carne y mas de mil caballos, pasando con todos los despojos por las mismas tapias de la Mision.

Dividieron el rico botin en tres trozos con sus esquadras, y en la retaguardia iban veinte Fusileros para cubrir toda la marcha. Gran parte de los Lipanes se acogieron á la Mision, y animándolos los Soldados á que fueran en seguimiento de los enemigos, subia á la tapia uno de ellos, y con descompasadas voces exhortaba á todos que fueran á quitarles la presa, por lo que llenos de dolor y rabia fueron saliendo en tropas á alcanzarlos: iban muy preocupados del susto, y por eso aunque llegaron á ellos, suspendia la retaguardia la marcha, y haciéndoles cara, á pocos tiros huían los Lipanes: bien conocian éstos que su número era triplicado, mas que el de los contrarios, y así avanzaban de nuevo, pero los contenian los Fusileros; y habiendo hecho tres avanzes sin efecto, se volvieron á la Mision desesperados. Condolido de sus lágrimas el Misionero, dió noticia de todo al Capitan del Presidio, y éste aprontó como quarenta Soldados que fueran á quitar á los Comanches el pillage y los cautivos: encontraron con ellos en un rio, pero reforzados de mucha gente que habia venido á esperarlos; con todo, tomaron para la pelea un cerro pequeño, y cubriéndose con trinchera de piedras y palos, provocaron á los Indios para ella: al punto los cercaron, y á pocos lances ya habian matado ocho Soldados, no obstante que éstos disparaban un cañoncito que llevaron; ya los demas no podian esperar otro suceso, y entrando la noche se valieron de la incuria de los Indios para su retirada: ellos quedaron muy ufanos, y con el cañon hicieron indecentes irrisiones, y con los difuntos sus bárbaros excesos.

En este año de sesenta y siete fue de Visitador de aquellos Presidios el Señor Marqués de Rubí, y informado de todos los acaecimientos, se hizo juicio del infeliz estado de aquella Mision, despues de tan excesivos gastos, y de la ninguna esperanza de la reduccion de los Lipanes: como tambien de que ya era no solo inútil, sino nocivo el Presidio, por el continuo robo de caballos que hacian los Indios; y pidiendo de todo informes á los Misioneros, formó la consulta sobre su extincion á S. E. y por su Superior decreto quedó extinguido el Presidio, y tambien la Mision de San Lorenzo: salieron de ella los Misioneros sin tener que abandonar las funciones de su ministerio, pues todo el fruto de ocho años fueron ochenta bautismos hechos en peligro de muerte, y algunos párvulos que al principio ofrecieron sus Padres; pero salieron con las antorchas encendidas en las manos, ardiendo en sus corazones la caridad, en sus afectos la piedad, en sus trabajos el zelo, en sus semblantes la mansedumbre, en sus trages la pobreza, y en tan crueles adversidades el sufrimiento, que fue el que coronó su mérito en la larga tolerancia de unos bárbaros ingratos, dolosos, ambiciosos y prófugos, que por modo alguno no pudieron reducir ni aun al grado de catecúmenos.

CAPÍTULO XIII.

Entrada de los Misioneros en Sonora.

SIEMPRE fue y será arcano propio, é inexcrutable de la divina Providencia, la transmigracion de los Ministros Evangélicos, segregados por el Espíritu Santo de unas Provincias en otras, para el trabaxo á que los destina en las funciones de su apostólico ministerio. Treinta y cinco años habia que sin omitir arbitrios, ni evitar trabajos, solicitaron los Misioneros la conversion de los Apaches, pero frustradas todas sus fatigas, por sus fraudes y astucias, y perdidas las esperanzas con la extincion del Presidio de San Saba, en el mismo año de sesenta y siete, los tomó el Señor para confirmar en la Fe otros Gentiles convertidos, y los segregó de aquellos paises á otros muy remotos, para anunciar á otras bárbaras Naciones su Santo Evangelio.

Por órdenes del Rey se le habia prevenido al Virrey de México, que en las Misiones de Sonora se pusiesen Religiosos que las administraran, y escribiéndole al Guardian del Colegio le dice: »Como la Religion »del Instituto de ese Colegio de V. »Rmâ. es la mas apropósito, creeré »que su apostólico zelo, y el de sus »Hermanos que residen en ese de San»ta Cruz, se presenten fervorosos con »ardiente deseo del bien de aquellas »almas, que quedan sin pasto espiri»tual. En este supuesto, en el de ser »la causa tan santa, y por los parti»culares encargos que me hace el Rey, »se ha de servir V. Rmâ. destinar »catorce Religiosos, ó á lo ménos »doce, para las Misiones de Sonora, »los quales dispondrá que con la po»sible brevedad se transfieran á Gua»dalaxara, para que desde allí pasen »á Tepic, donde se han de embarcar.» Al mismo tiempo escribió el M. R. P. Comisario General al Guardian y Discretorio del Colegio, diciendo: »Ha pasado el Exmô. Señor Virrey »Marqués de Croix el Oficio corres»pondiente á esta Comisaría en nom»bre de nuestro Augusto Soberano, á »fin de que de nuestros Colegios Apos»tólicos se provean dichas Misiones »de Ministros, y habiendo consulta»do los que por ahora parecen nece»sarios, se ha determinado que por lo »respectivo á ese Colegio de la Santa »Cruz, se presenten catorce Religio»sos Sacerdotes, para que ocupen las »Misiones de Sonora y Pimeria.»

Á tan Superiores órdenes dió el V. Discretorio gustoso y cumplido obedecimiento, y procediendo conforme á sus Apostólicas Constituciones, fueron nombrados catorce idoneos y voluntarios Ministros, y para Presidente de ellos, y que no se implicaran en los negocios ulteriores y contestaciones necesarias, se suplicó al R. P. Fr. Mariano Antonio de Buena y Alcalde hijo del Colegio, y instituido por la Sagrada Congregacion de Propaganda Fide, y confirmado por su Santidad Prefecto Apostólico de todas las Misiones de las Indias Occidentales, que como tal fuese presidiendo á los Misioneros, y llevase los poderes necesarios para el establecimiento de aquellas Misiones, arreglándolas en lo po-

sible á la práctica que en las otras habia tenido muchos años, para lo que tambien se le dieron las instrucciones que segun los órdenes Superiores debian observar todos los Misioneros.

Fue la primera, que segun la católica intencion de nuestro Monarca, trataran á aquellos Indios con amor paternal, mirándolos como á hijos, y anhelando con todas sus fuerzas el atraerlos á sus Pueblos, y congregar quantos se pudiera, usando para ello de la mayor solicitud y afan que les dictara su apostólico zelo: á ésta se les impusieron otras, no solo para la pronta obediencia de nuestro Soberano, sino tambien para el bien espiritual y catequismo de aquellos neófitos, y para la reduccion de los demas Gentiles. Llegado el dia de la partida, á la hora de prima, baxó toda la Comunidad á la Iglesia, y adorando al Augustísimo Sacramento, imploraron todos sus auxîlios, y á la Santísima Cruz su Patrona y titular, les fuera columna de luz y defensa en peregrinacion tan larga; y postrados ante su Prelada y Madre Maria Santísima, le cantaron la *Tota Pulchra*, poniendo en ella toda su esperanza, y pidiéndole su bendicion para que todos sus pasos, tareas y peligros, fueran dirigidos á la mayor honra y gloria de Dios, y exâltacion de la Fe Católica; y abrazándose de sus Hermanos, se encomendaban en sus oraciones con no poca ternura de todos, y dándoles el Prelado la bendicion de Dios y de nuestro Padre San Francisco, comenzaron su camino el dia cinco de Agosto de mil setecientos sesenta y siete años.

Á los veinte y seis dias del mismo mes llegaron al Pueblo de Tepic, en donde fueron recibidos y abrigados en el santo Hospicio de la Santa Cruz por los Religiosos de la Provincia de Xalisco, en quienes hallaron no solo exemplos de verdaderos hijos de nuestro Padre San Francisco que imitar, sino muchísima caridad y beneficios que agradecer. Cerca de cinco meses se mantuvieron allí, esperando que se les avisase para ir al Puerto, lo que fue el dia diez y siete de Enero, quedándose uno solo para que fuera de Capellan con la Tropa. El dia veinte de Enero de sesenta y ocho se embarcaron repartidos en los barcos de San Carlos y la Lauretana; y salir de San Blas, y comenzar luego á padecer fue igual, porque de dia y de noche se batallaba con el rigor del temporal, y con la fuerza de las corrientes, que los obligó á arribar al mismo Puerto, hasta lograr algun viento de la Costa con que poder retirarse de ella, y con estos contratiempos fueron enfermando los Religiosos; por lo que en otra recalada que hicieron en Mazatlan, fue necesario se desembarcaran seis, que prosiguieron su caminata por tierra: los otros siguieron en los barcos con indecibles trabajos, hasta el dia nueve de Mayo, que dieron fondo en el Puerto de Guaimas, en donde se desembarcaron con tres meses y diez y nueve dias de navegacion.

Luego que tomaron tierra supieron que los tenian ya destinados, sin penetrar el influxo á las Misiones de la Pimeria alta, las mas avanzadas y fronterizas á la Gentilidad, circunstancia que no dió lugar al disgusto de la intempestiva noticia; pues ella les abria el consuelo de poder satisfacer las obligaciones del Instituto. Solos quatro dias tomaron de descanso para emprender el camino de doscientas leguas que les faltaban para llegar á su prevenido destino, y dirigiéndose al Presidio de Horcasi-

tas, en donde residia el Gobernador, dice en Carta escrita al Padre Guardian y Venerable Discretorio, el Padre Prefecto »venia viendo las Misio- »nes del rio Hiaqui, pobladas de mi- »llares de Indios, y consolado con »que así estarian las que se encomen- »daban á nuestro cuidado; pero ha- »biendo entrado en la Pimeria baxa, »comenzé á desengañarme que las »que se nos han dado son las ménos »pobladas, pobres, trabajosas, y en »el único enfermizo temperamento de »estas dilatadas Provincias. Recibí »luego Carta del Señor Gobernador, »en la que me previno fuese recibien- »do y dexando los Ministros en aque- »llas Misiones, pasando con el resto »á ocupar las de la Pimeria alta, y »dos que restaban en los fines de la »Sonora. Conocí el engaño, si es que »lo ha sido, y no disposicion del Al- »tísimo, que se quiere servir de nues- »tro Santo Colegio en el mayór tra- »bajo; y aunque á la vista y concur- »rencia del Señor Gobernador hize mi »insinuacion para que en lugar de la »Pimeria baxa se nos diesen otras de »la Sonora, por la mayor inmediacion »á la Pimeria alta, ví no tenia reme- »dio lo que tan de antemano á mi ve- »nida se habia concertado: y porque »no se dixese buscaba nuestro Cole- »gio abundancia y conveniencia, hu- »yendo el ombro de la cruz mas pe- »sada, hube de recibir las que se nos »habian reservado con la mira de ser »las mas propias al Instituto.»

Todos los Religiosos convinieron con resignacion tan prudente, y fueron recibiendo á su cargo las Misiones, aunque con el desconsuelo de haber de quedar en cada una uno solo. Fue la primera de la Pimeria baxa la de Cumuripa, á diez leguas del Presidio de Buena-vista: la de Tecoripa con la Visita de Suaqui á nueve leguas el Pueblo de Pimas, y un Presidio distante quince leguas: la de Ures, última de dicha Pimeria, con la Visita de Santa Rosalia, á doce leguas de distancia: la de Opodepe con la Visita de Nacameri seis leguas distante; y la de Cucurpe, con la Visita de Tuape á seis leguas de distancia, fueron las dos confinantes de la Sonora, como tambien la de Onavas con los Pueblos de Tonichi á quatro leguas, y Suapa á las diez. En la Pimeria alta se recibieron la Mision de San Ignacio con dos Visitas, la de la Magdalena á dos leguas, y la de Himuris á tres, la de Suanca, con el Pueblo de Cocospera: la de Guevavi con dos Visitas, y el Presidio de Tubac: la del Vac, con el Presidio del Tuyson á tres leguas: la de Tubutama, con la Visita de Santa Teresa á dos leguas: la de Saric: la del Ati con el Pueblo de Aquitoa á cinco leguas, y otras dos mas al Presidio del Altar: la de Caborca con dos Pueblos, el de Visanig á dos leguas, y cinco al Pitiqui.

Toda la Pimeria alta se extiende desde el Presidio de Ternate en el rumbo de Oriente á Poniente, hasta las playas de Caborca, mas de cien leguas, y desde la Mision de San Ignacio, de Sur á Norte, hasta el rio de Gila, otras cien leguas. Hállase la mayor parte de ella en treinta grados de altura, y estos ván subiendo á otros mayores, al paso que se camina para el rio de Gila, ó para el Colorado, cuyas caudalosas corrientes son sus confines. Esta mayor altura hace que esta Provincia goze mas benigno y templado clima que el de la Sonora; pero no por eso se libertan los que entran á ella, particularmente al principio, del penoso accidente de frios y calenturas, que los mortifican por lar-

gas temporadas. Su fertilidad corresponde con todo género de frutos y semillas al tamaño del trabajo de los que la cultivan. Desde sus primeros descubrimientos se hizo famosa, por los increibles tesoros de oro y plata que en ella se hallaron, sin mas trabajo que el de remover un poco la tierra; pero siendo los parages en que se descubren estos criaderos de tan ricos metales, muy escasos de alimentos, y por eso tambien muy caros, y principalmente los peligros á que están expuestos los que ván á ellos, muy proximos, por las continuas invasiones de los Infieles, que como bárbaros y crueles enemigos, executan sangrientos destrozos en quantos encuentra su rabioso furor, por esta causa están despoblados y yermos.

Toda la Pimeria está habitada de Indios, con proporcion á los sitios que son mas ó ménos fértiles de frutos, y por eso son pocos en los que son escasos de aguas; especialmente en las playas del mar de California, y las que por su Poniente corren hasta el desemboque del rio Colorado, en el mismo seno ó brazo de mar que forma aquella Peninsula. Son estos Indios muy inclinados y propensos al exercicio y trato de la hechizeria, cuya raiz les viene de su antigua prosapia y gentílica supersticion, y esta fue siempre la que impidió la siembra y mies del Evangelio, sufocándola en sus errores para que no fructifique su semilla, y por eso aunque se ven muchos que parecen convertidos á la Fe Católica, y como tales bautizados, pero íntimamente están infectos con el trato del Demonio, y contagiados de Padres á hijos, de amigos y vecinos, sin tener en sus corazones ni el mas leve sentimiento de Christianos, ni la instruccion de los Misterios que les es necesaria para salvarse. Pareciera esta exâgeracion, si el Autor del Libro de los Afanes Apostólicos, impuesto en todas las cosas de aquellas Misiones, no dixera mayores excesos, dando por razon de ellos el conocer el astuto y infernal enemigo la torpeza de sus entendimientos, que con qualquiera premio, ó singularidad con que les parezca que sobresalen y se aventajan á los demas, les gana luego las voluntades, y por su corta capacidad, y su misma materialidad, nada aprecian ni conocen de los bienes espirituales, teniendo en grande estimacion los corporales y visibles, aunque no tengan ni apariencias de verdad para llamarse bienes.

Ellos mismos son sus crueles verdugos, que por un ridículo sentimiento hacen duelo, y por rencor, envidia ó venganza, y aun por solo vanidad y loca presuncion, se acometen y se matan unos á otros con crueles y torpes maleficios. Ni aun los Misioneros, de quienes no pueden recibir agravio, y siempre están desfrutando beneficios, han sido exêntos del rabioso furor de tan ingratos hijos: pues aunque con algun miedo de ser descubiertos y castigados, no han dexado de maleficiar á algunos, los que no recelando al principio de sus achaques que pudieran ser efecto de maleficio ó hechizo, han padecido mucho, y les han causado en sus fuerzas y salud tal estrago, que les ha atraido la muerte sin remedio.

No ignoraban los Misioneros las malas propiedades y vicios de los Pimas, ni los casos que el citado Libro refiere de Padres que habian dañado y muerto; pero tambien sabian que iban expuestos á padecer todas las adversidades que son anexâs al Instituto, en el que como Ministros

de Dios habian de manifestar en todas sus cosas mucha paciencia en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en las enfermedades, en las vigilias, y en las indigencias: pues el Apostolado lo instituyó el divino Maestro enviando á sus Discípulos como corderos entre los lobos, pero con absoluta potestad contra los inmundos espíritus; y fortalecidos con esta confianza, no temieron entrar entre los que fueran hechizeros, y en la administracion de las Misiones; pero esta que debia ser el fruto de su larga peregrinacion, y de los peligros de mar y tierra para llegar al logro de sus deseos, que era el catequismo de aquellos Indios, se convirtió en principio de otras imponderables congojas, viendo en ellos tal despego, que frustraba del todo los esfuerzos de su zelo, sin tener recurso en lo humano para buscarle remedio.

En este infausto estado representó el R. P. Prefecto y Presidente, el que tenian aquellas Conversiones, diciendo al Venerable Discretorio: »El »gobierno que por la presente llevamos con los Indios, es un total disimulo de su mucho desgobierno; pues »desde que les sacaron á los Padres, »se les hizo saber por auto acordado »del Señor Virrey, los dexaba el Rey »nuestro Señor en su total libertad, »y exhonerados de todo servicio, para »que así pudieran tratar, comerciar y »familiarizarse con todos los Españoles, para que se habilitasen con este »trato, del mejor servicio de ambas »Magestades: con lo que viven en una »ociosidad perpetua, divagando por »los montes, y de unas en otras Misiones, por lo que sin poderles reconvenir, vienen los que quieren á rezar la Doctrina; ni nos prestan hasta ahora reconocimiento alguno, ni »otro trato que el que pudieran tener »con un advenedizo en su Pueblo. En »pocos Pueblos se encuentran algunos que sepan hablar en Castilla, y »en ninguno, uno siquiera, que sepa »en ella la Doctrina Christiana, por »lo que nos hallamos sin Intérprete, »para poder en casos urgentes ministrarles los Santos Sacramentos: desconsuelo en que vivimos todos, si »bien se hacen positivas diligencias »para encontrar algunos, é irnos habilitando en el modo posible para »poderlo hacer sin tanto escrúpulo »como el que hasta ahora tenemos, »de no entenderlos, ni ser entendidos.»

Hablaba por los Misioneros, porque á éstos se les habia dado instruccion, conforme á los órdenes del Señor Virrey, para que segun los de S. M. por ningun pretesto ó motivo privaran á los Indios el trato civil, la comunicacion y vecindad con los Españoles, y que en caso de que en ello encontraran inconvenientes graves que impidieran la Doctrina Christiana, en las costumbres, instruccion y asistencia de los Indios, no se valieran de otros medios para corregirlos, que del de avisar al Padre Presidente, para que exâminados los dichos inconvenientes, los propusiera á los Gefes para que ellos los remediaran; y como todos le representaban la universal ignorancia de aquellos Indios, aun de los Misterios necesarios para salvarse, y que el libertinage en que vagueaban era mas de Paganos, que el de Católicos, y totalmente impedia su catequismo, del que no tenian la instruccion debida, para administrarles los Sacramentos en caso necesario, no obstante que todos estaban ya bautizados: el Padre Presidente les persua-

dia la tolerancia mientras se iban proporcionando los remedios.

Estos juzgó se podrian facilitar con la llegada á aquellas Misiones, y la visita de aquella Provincia, del Illmô. Señor Don Joseph de Galvez; pues como que tenia á la vista quan contrarios efectos resultaban de la libertad, mal entendida, con que nuestro Católico Monarca deseaba proteger á aquellos Indios, y á los fines que miraban sus santas intenciones, para que congregados en Pueblos, vivieran como Christianos y fieles vasallos suyos; y como que tenia todas las facultades necesarias para arreglarlos á la disciplina del Christianismo y disposiciones del Soberano, juzgó ser indispensable obligacion y cargo de su conciencia, el exponerle quanto los Misioneros habian visto, experimentado, y con fundamento inferido, del trato, gobierno y manejo que con los Indios de aquellas Misiones habian tenido desde el dia que se encargaron de su cuidado, sin ocultar el temor que tenian de que aquella total independencia de sus Ministros, pudiera ser la causa que fomentara su inconstancia, y facilitara la dispersion de los convertidos, impidiendo la reduccion de los demas Gentiles, cuyos genios volubles, inveteradas costumbres en los vicios, y particulares inclinaciones, los dexa persuadir con gran facilidad de qualquiera impresion que los aparta del conocimiento de la verdad, y de la sujecion que exige la vida christiana; por lo que en el expresivo informe que al Señor Visitador le presentó, le decia:

»Y esto M. Ilustre Señor, nos tememos con no leves fundamentos, y »es el primero la postiza, poca ó ninguna estimacion é inteligencia que »los Indios congregados y ya Christianos, especialmente en estas Misiones de las Pimerias, hacen y tienen »de lo que es la salvacion de sus almas, verdades de nuestra Santa Fe, »y arreglo á las buenas costumbres; »pues nos ha parecido á todos los »Ministros, despues de muchas reflexîones y exâmenes de los mas advertidos, cultivados y morigerados, »no tienen otra cosa de Christianos, »que el indeleble carácter del Santo »Bautismo, que no puede borrar del »alma lo que de la memoria ha borrado su poca reflexîon y mucha desidia, por mas diligencia que no dudamos pondrian sus Ministros en instruirlos y enseñarlos. Estamos persuadidos, y ya por experiencia conocemos, ser moralmente imposible »educarlos suficientemente, y como »conviene y es necesario para la consecucion de su salvacion, permaneciendo los Pueblos como hoy están, »y estando solo un Ministro, y á »su cargo las Visitas que hasta ahora »han tenido, en las que están viviendo los Indios á su total libertad, y »en el uso libre de sus errores, barbariedades y pésimas inclinaciones.»

CAPÍTULO XIV.

Nuevos trabajos de los Misioneros, y ardiente zelo en doctrinar á aquellos Indios, y reducir á otros.

NO fueron el ocio, el descanso, la seguridad y comodidad de la vida lo que iban buscando los Misioneros entre aquellas bárbaras Naciones, sino los trabajos, los peligros, y todo lo que era de Jesuchristo, y de su mayor gloria en la exâltacion de la Fe, por la promulgacion del Evangelio, y salvacion de las almas: con estos únicos fines iban muy gustosos de que el Señor los hiciera participantes de su Cruz, en la de los dolores, enfermedades, angustias, calamidades y pobrezas. Estas rectas intenciones las vieron logradas en los tesoros que les ofrecieron aquellos paises, no de oro, plata ni perlas, sino de tolerancias y mérito, pues luego los asaltaron los frios y calenturas, de que fueron todos adoleciendo, y que los mortificaron por largo tiempo: agravaba mas los síntomas de accidente tan penoso, la suma pobreza que padecian, careciendo no solo de medicamento, sino tambien de los alimentos proporcionados, sin mas consuelo que el que alguno se aliviara para asistir á los mas cercanos; pues todos estaban repartidos por muchas leguas, y eran las necesidades tan graves, que le obligaron al Padre Presidente á suplicar al Padre Guardian, en nombre de todos los Misioneros, diera con el Venerable Discretorio alguna providencia, aunque fuera supliendo el caudal necesario nuestro Hermano Síndico, de cuya piedad no lo dudaban, para que los socorrieran con el vestuario necesario, paños menores y sandalias, chocolate, azucar y polvos, y si fuera posible, algun tabaco para atraer la voluntad de aquellos pobres miserables, que todavia los miraban con sobresalto, sin duda al ver que no les daban muestra alguna de cariño y socorro, pues estaban ligados á pedir á los Comisarios solo el preciso sustento.

Esta limitacion procedia de que aunque desde el principio le propuso el Gobernador de la Provincia al Padre Presidente varios proyectos para la manutencion de los Misioneros, ó ya de asignarles en cada Mision tierras suficientes para que cultivadas á costa de los Padres, les rindieran el trigo y maiz necesarios, dándoles tambien á cuenta de los sínodos á precios muy baxos, ovejas y bacas, cuyos productos los abastecieran de carnes, manteca, sebo y leche; pero no adaptándole esta negociacion rural al Padre Presidente, le propuso el Gobernador darles cien pesos para que compraran los víveres necesarios al tiempo de las cosechas, y de las de los mismos Indios, ó de otros que pudieran adquirirlos á ménos costos; pero tampoco esta le pareció al Padre Presidente adaptable, por lo que quedaron concertados en que por entónces, sin naturaleza de establecimiento, y hasta que llegara el Señor Visitador, el Comisario ó Depositario de cada Mision diera en propia especie á cada Ministro, con cuenta y razon, lo que le pi-

diera para su gasto y sustento; con lo que se hizo evidente no ser posible, que con solo el sínodo asignado pudieran mantenerse los Misioneros, y poder soportar el mantenimiento de los indispensables comensales, el de la cera y vino para celebrar, y mucho ménos que se pudiera adelantar algo en el culto Divino en la Mision, ni en la estimacion de los Indios, que solo se rinden y obedecen á quien les da alguna cosa, y no á quien solo les predica la Ley Evangélica.

Es verdad que los Indios hacian sus siembras, y que era muy justo que hicieran participantes á sus Pastores de los frutos que cosechaban, y les subministraran el preciso alimento, y mucho mas comprándoselo al precio que los vendian á otros; pero la experiencia ha enseñado á los Misioneros, que si obligaran á aquellos Indios á sustentarlos á su costa, ó á venderles sus cortas cosechas, sería hacerles muy odioso el ministerio de su conversion, y como de tan corto alcance, se persuadirian á que con el especioso pretexto de convertirlos, iban los Padres á tiranizarlos; lo que no fuera de admirar, quando se ha visto que muchos otros que no son Indios, dan por asentado, y han expuesto en los Tribunales Superiores, »que con »el pretexto de construir ó adornar la »Iglesia, ó de la incapacidad de los »mismos Indios de regirse ellos mis»mos en sus cosas económicas, los »gravan los Misioneros con servidum»bres personales, y otras varias, por »lo qual se sienten vivir sin libertad, »y despojar poco á poco de sus pre»dios, casas y bienes propios.»

No pudieron el Padre Guardian y Padres del Discretorio leer con indolencia las angustias y necesidades en que estaban los Misioneros, para no solicitarles el mas oportuno socorro; pues aunque el Exmô. Señor Virrey les decia en su Carta: »como S. M. »permite el que por ahora se conti»núen los sínodos á los Misioneros, »que no pueden mantenerse en las »Misiones sin este auxîlio de su Real »Hacienda, daré órden á aquellos Go»bernadores para que lo executen:» pero como la distancia de seiscientas leguas no permitia el franquearles los hábitos, paños menores, sandalias y demas socorros necesarios á los Religiosos, por dárseles allí los sínodos en las propias especies de sus alimentos, venian á quedar desnudos, y necesitados de lo mas preciso, por lo que enviaron un Procurador á México, para que suplicase á S. E. que mandara que se le entregara la limosna de los sínodos al Síndico Apostólico en aquella Corte, para que se les pudieran proveer los socorros de que estaban mas necesitados, y que en aquellas tierras no se les podian dar. S. E. remitió el Memorial al Illmô. Señor Visitador, que se hallaba en Sonora, y como estaba este Señor mirando por sus ojos las verdaderas necesidades de los Misioneros, le respondió á S. E. diciendo: »Por to»das las consideraciones que hace á V. »E. el Procurador de las Misiones de »la Pimeria, encargadas á los Reli»giosos de la Santa Cruz de Queré»taro, en el Memorial que devuelvo, »tengo por muy justo que V. E. de»fiera á su instancia, mandando que »en las Caxas de esa Capital perciba »el Síndico del Colegio los mismos »sínodos al respecto de trescientos se»senta pesos cada uno: en el supues»to de que la Real Hacienda haya de »sufrir este gravamen, no tendrá V. »E. dificultad en disponer que la sa»tisfaccion de los sínodos se haga co-

»mo hasta aquí en esa Capital, pero »que sea indispensable al Erario man»tener á estos zelosos Ministros, V. »E. lo conocerá como yo, pues sabe »que las doctrinas de Sonora no tie»nen dotaciones particulares, como »las de las Californias. Ni estos In»dios pueden hacer el socorro de las »necesidades en que se invierten los »sínodos, y ántes bien mucha parte »de ellos se consume, por la piedad »de estos Ministros Apostólicos, en »beneficio de los Naturales de las Mi»siones. Ni hallo algun medio que »excuse por ahora el ministrar á las »reducciones de la Pimeria la dota»cion antigua, especialmente quando »los Ministros actuales que observan »dignamente su Apostólico Instituto, »no son capaces de ocurrir á las »grangerias ni comercios. Ve aquí »V. E. las razones porque me pare»ce de justicia, que decrete favora»blemente el Memorial del Padre Pro»curador, y por constarme el zelo »con que desempeñan los Religiosos »de la Santa Cruz su santo ministe»rio, los regulo dignos de la estima»cion de V. E. que sabe apreciar las »verdaderas virtudes.»

Con tan favorables informes dió el Señor Virrey el decreto para que en las Caxas Reales de México se le dieran al Síndico Apostólico los sínodos de los Misioneros, con los que se les pudo enviar lo que les era mas necesario; pero no eran las necesidades corporales las que mas angustiaban el corazon del Padre Presidente, porque se lo comia el zelo de la casa de Dios, y así le representaba al Venerable Discretorio las espirituales de aquellos miserables Indios, diciendo: »Tambien hago pre»sente á V.V. Paternidades el que »si estas Misiones quedan á nuestro »cargo, es menester proveerlas de mas »Ministros, porque uno solo no po»dria dar abasto en tantas distancias »á las obligaciones de Misionero, »que no puede solo decir una Misa »en cada Pueblo de quando en quan»do, y administrar los Sacramentos, »quando es llamado á la hora de la »muerte; sino que debe instruirlos y »velar sobre sus operaciones, para »quitarlos de todos sus errores, en que »viven, y morirán si no se provee de »mas cercana asistencia.»

Justificaron esta instancia, hasta hacer ver su realidad, los padrones que el Señor Visitador mandó hacer individuales y bien circunstanciados de los Naturales de ambos sexôs, y todas edades, incluyendo hasta los niños recien nacidos; y expresando tambien con clases separadas, los moradores Españoles ó de otras castas, que con qualquiera motivo ó destino se hallaran avecindados en los territorios de las Misiones. De esta providencia resultaron en las ocho Misiones y ocho Visitas de la Pimeria alta, empadronados de todas edades y sexôs dos mil y diez y ocho Indios, sin los que andaban ausentes, y ciento setenta y ocho agregados ó vecinos: En las ocho Misiones y siete Visitas de la Pimeria baxa, tres mil y once Indios, y setecientos noventa y dos avecindados, que hacen un total de seis mil quatrocientos ochenta y nueve almas, sin numerar las de los Presidios, que por ruego y encargo tenian á su cuidado los Misioneros.

Era en aquellas circunstancias gravosísima la administracion de solos los Indios; porque abusando de la libertad que se les habia dado, querian andar vagos, y era muy necesario instruirlos como á unos nuevos catecúmenos, por el total olvido que

tenian aun de los mas esenciales Misterios, y por haberlos de imponer en que aprendieran á persignarse y rezar las oraciones y la doctrina en el idioma Español, por decir el Señor Virrey en su Carta: "Quiere nuestro "Rey y Señor que los Párrocos y "Misioneros se dediquen con parti- "cular esmero y aplicacion á que los "Indios aprendan y hablen el Caste- "llano, segun está prevenido en las "Leyes, y tan justamente recomen- "dado á los Ministros Eclesiásticos." Era esta, por el crecido número de Neófitos y Feligreses, y por la inopia de Intérpretes, la parte mas onerosa que agravada los trabajos de los Misioneros; pero todos ellos no pudieron entiviar la caridad y ardiente zelo que tenian para la salvacion de aquellos miserables Indios, y la reduccion de otros innumerables Gentiles.

Veía el Padre Presidente desde su Mision de Tubutama, y consideraba desde la de San Xavier del Bac, los dilatados campos que se extienden hasta los rios Colorado y Gila, y contemplaba en ellos unos gloriosos teatros para las empresas apostólicas, saliendo de ellas, como fronterizas á la Gentilidad, los Ministros Evangélicos propagando la Fe en las muchas y grandes Naciones que se mantienen en sus orillas. Avivaban sus esperanzas dos copiosas Rancherias de la Nacion de los Papagos, que habian llegado á su Mision con ocasion del corte del trigo, y se esmeraba en conquistar su bárbara libertad en andar siempre vagantes por los cerros y montes, para agregar alguna considerable porcion á aquel Pueblo, y reducirlos á vivir como Christianos.

Mas copiosa mies se le ofrecia á la Mision de San Xavier, pues teniendo un tan laborioso Ministro como lo fue el P. Fr. Francisco Garzés, desde luego que llegó á ella, procuró con diligente zelo la comunicacion de las Rancherias de los Gentiles, enviándoles recados y mensageros, con lo que logró que vinieran á visitarlo dos Indios principales de ellas, á los que recibió con mucho agrado, y les manifestó el deseo que tenia de conocer á sus gentes en sus propias tierras, solo por hablarles algunas cosas de Dios y del Rey; y no poniendo los Indios dificultad por parte de ellos, les preguntó el modo que sería mas conveniente para ir á visitarlos, y ellos le aseguraron que iria mejor solo que acompañado, y que ellos volverian á llevarlo, como lo cumplieron al plazo que habian puesto, viniendo quatro Indios á conducirlo.

Supo un Oficial Militar la determinacion del Padre, y procuró impedirla, escribiéndole que habia tenido cartas que le aseguraban haberse levantado los Papagos, por cuya tierra habia de transitar. Bien conoció el Padre ser engaño manifiesto el dicho levantamiento, y por eso salió de su Mision el dia veinte y nueve de Agosto del año de sesenta y ocho, con solo un Indio de ella y los quatro que enviaron los Gentiles, y anduvo como ochenta leguas al Oeste, Norte y Suestе, pasando por varias y crecidas Rancherias de los Papagos, reconociendo en el rio Gila una de ellas, y en que concurrió muy numeroso gentío. Quando llegaba á las Rancherias les predicaba por el Intérprete, y citaba á los viejos y principales para lo que ellos llaman rueda, que es la conversacion que tienen de noche rodeados del fuego, la que duraba desde entra-

da la noche hasta las dos de la mañana: en ella les hablaba de los divinos Misterios, y por todos modos les hacia conocer á Dios y sus soberanos atributos, y les decia del Rey nuestro Señor, de su grandeza, Reynos y guerras. Todo lo admiraban los Indios, y no sin sagacidad le preguntaban por qué habia entrado á aquella tierra, cómo era el Rey, cómo habia pasado el mar, y qué era lo que buscaba, ó si habia entrado solo por ver sus tierras. Asegurábanle tambien, que ellos estaban de buena fe con los Españoles, y que por su parte no habia repugnancia para que se les pusieran nuevas Misiones.

Advirtió el Padre que quando les respondia á lo que habia entrado, informados de su estado é Instituto, les quadraba demasiadamente, y celebraban mucho la figura de las sandalias, del hábito, y de la cuerda, pidiéndole con demasiada tenacidad, que les bautizase á sus hijos; lo que no pudieron conseguir por no haber certeza de que se les fundasen las Misiones: pero el disgusto que tenian con esta repulsa, se les mitigaba con decirles, que nuestro Rey era muy piadoso, y que en sabiendo sus buenas intenciones, les enviaria Misioneros que los enseñaran y vivieran con ellos. Confiesa el Padre, que aunque todos los Indios que habia tratado en su viage, y que habia visto en otras Naciones le habian quadrado; pero que con especialidad tenian el primer lugar en su afecto los del rio Gila, de los que bautizó quatro párvulos que estaban en gravísimo peligro, ó ya próximos á la muerte. El cuidado de la Mision que habia quedado sin Ministro, le obligó á volverse á ella, dándole escolta de una Rancheria á la otra, y en todas les daban á el Padre y al Intérprete de lo que tenian; obsequios tales, y de tales gentes, y en la circunstancia de ir yo tan pobre, decia el mismo Padre, son sumamente apreciables:

Luego corrió la voz de la visita del Misionero por todas las Rancherias de los Gentiles que pueblan el rio Gila, y atraidos del buen olor de Christo, cuya Fe y Evangelio se les anunciaba, se alegraron todos, y mas por la esperanza de que habia de volver á visitarlos: pero luego que llegó á la Mision, lleno de gozo y de zelo por haber hallado tan ricos tesoros, le acometió un accidente apoplético que lo tuvo privado de sentido y de la habla veinte y quatro horas, viniendo á terminarse en unos cruelísimos frios, que le hicieron padecer mucho tiempo; y fue providencia divina que viéndole tan debilitado el Misionero de Guevavi, le obligó á que mudara de temperamento, pues ya estaba su vida en el último peligro; porque estando en la dicha Mision, cayeron á la suya los bárbaros Apaches, con tal furor, que le hubieran matado, ó se lo hubieran llevado vivo, como se llevaron los dos Soldados que estaban de escolta, para quitarles las vidas con los crueles é inhumanos tormentos que en sus mitotes les sugieren los Demonios: Mataron al Gobernador del Pueblo, y dexándolo todo destruido, se robaron la caballada y el ganado, y hubieran hecho sangrientos destrozos, si con la ocasion de no estar en la Mision el Padre, no se hubiera salido toda la gente para proveerse de los frutos silvestres que por Octubre se maduran en los montes.

CAPÍTULO XV.

De otras penosas tareas que en su Apostólico ministerio padecian los Misioneros.

ENTRE los estruendos de la guerra, y los estragos de la alevosia, recibieron los Religiosos las Misiones con no pocas angustias de sus almas, viendo muchas del todo arruinadas, y que todas estaban combatidas, las del Norte por los inhumanos Apaches, y las del Sur por los impios Seres, que habian arrastrado á su rebelion á los mas de los Indios de las Misiones, obligándolos á destruir sus propias casas y familias. Son estos Seres una indómita Nacion que se extiende por todas las playas que corren casi noventa leguas desde el desemboque del rio Hiaqui hasta la costa de Caborca: es la única que desde la poblacion de las Misiones de las Pimerias no se ha podido reducir á que viva en Pueblos y Doctrina; pues aunque fue la primera á que se le concedió una Mision desde el principio en que se fundaron las otras, y aunque se han bautizado muchos, y varias veces se ha intentado pasarlos á tierras fructíferas para poderlos administrar; pero todo se ha frustrado, así por su natural barbarie, que no se quiere separar de aquellas áridas, estériles y areniscas playas, como porque faltando en ellas la agua, ningun establecimiento pudiera tener subsistencia, pues solo ellos pueden mantenerse de solo la pesca.

No por eso son tan abstinentes, ni abstemios, que dexen de robar los ganados, ni de exprimir los mezcales, con destruccion de la Provincia, pues siendo el asilo de todos los facinerosos, hay entre ellos Mulatos y de otras castas, y bastantes fugitivos de las Misiones; y por eso aliados con ellos los mal contentos de los Pimas, Sobampas y Piticqueños, andaban en quadrillas haciendo formidables daños por todos aquellos Pueblos. Ya fue preciso contener y castigar la insolencia de tan continuos robos, daños y muertes, y mandó el Señor Virrey Tropa veterana desde México, en los mismos barcos en que fueron los Religiosos, para que unida con la de aquellos Presidios, se les hiciese á los rebeldes la guerra, sujetándolos con el rigor de las armas. Á este fin, y el de reconquistar aquellos Indios alzados, autorizó el Exmô. Señor Virrey con el título de Teniente General para todas las expediciones de las Provincias internas, al Illmô. Señor Don Joseph Galvez, el que habiendo desembarcado en la California austral desde Julio de sesenta y ocho, no pudo desembarazarse de las ocurrencias de aquella Península para pasar á la Sonora hasta el siguiente año de sesenta y nueve; y considerando el infeliz estado en que esta Provincia estaba por la guerra viva que á los Indios rebeldes se les hacia, y movido de piedad christiana, desde el Puerto de la Paz le escribió al P. Presidente Fr. Mariano Buena en Carta reservada, »que estando ya

»proximo para pasar á Sonora, de»seaba conseguir por medios pacífi»cos la reduccion de aquellos Indios, »y que fiaba de su zelo que propor»cionaria los medios mas eficaces pa»ra hacerles saber, que si dexando »los cerros se le presentaban rendi»dos luego que llegara, les perdona»ria las vidas en nombre del Rey, de »quien tenia facultad para hacerlo, »como tambien para castigarlos, si se »obstinaban en su perfidia: y que esto »fuera con tal secreto, que nadie pu»diera entender que era propuesta »suya.»

Era esta comision muy conforme á los deseos del Padre Presidente, y adoptándola gustoso, le contestó al Señor Visitador por el mes de Abril, resuelto á cumplirla por sí mismo. Salió de la Mision de Ures con el ánimo de ir al cerro Prieto en busca de los rebeldes, á ver si doblegaba su obstinacion la divina palabra, ya que todavia no habia hecho en ellos mella todo el valor, operaciones y continua bateria de la Tropa: con solo este fin corrió toda la Pimeria, despachando de todas las Misiones emisarios, que explorasen los sitios donde se abrigaban los alzados; pero ningunas diligencias fueron bastantes para averiguarlo, ó porque los enviados tenian miedo de ser cogidos, ó por no hacer la diligencia con empeño. Habia ido el Padre Presidente á la Mision de Tecoripa, en donde era Ministro el P. Fr. Juan Sarobe, y viendo éste su desconsuelo, le ofreció que iria él con los Indios, y haria lo posible para hallar á los alzados y persuadirles su reduccion, y en esta confianza partió el Padre Presidente á la Mision de Onabas en la Provincia de Ostimuri, en donde habian estado los rebeldes aquellos meses haciendo las mayores crueldades, y podia ser mas fácil saber de ellos.

Á ese mismo tiempo se estaba previniendo por el Capitan Comandante del Pitic, el salir inmediatamente con la Tropa guiada de un fiel práctico, á un ataque formal, que segun su disposicion y armamento, esperaba sería un golpe decisivo, pues no tenian duda sus resultas; pero en la noche antecedente á la marcha, se privó la resolucion por la llegada del Señor Galvez á Sonora, y del decreto en que ordenaba á todos los Gefes suspendieran toda la hostilidad contra los enemigos, concediéndoles quarenta dias para que se le presentaran á discrecion, ofreciéndoles, si lo executaban, perdonarles las vidas. Luego que el Padre Sarobe leyó el bando, juzgó que aquel mismo dia era el mas oportuno para ir á buscar á los Indios, y prometerles el perdon de sus vidas sobre seguro, para lo que se aprontó gustosísimo; pero el Oficial que tenia de escolta procuró por quantos medios pudo reducir al Padre á que no fuese, haciéndole presente que los bárbaros no aprecian el bien, y ménos el carácter sacerdotal, pues dos meses habia que mataron á un Cura; pero el Padre le respondió, que iba á ver si podia libertar tantas almas del Infierno, á donde irian sin remedio si morian en el cerro, pues á mas de ser apóstatas, habian cometido los mayores sacrilegios, homicidios y robos, y que si á él le mataban, moriria por Dios: aun los Indios de la Mision le disuadian al Padre su intento; porque todos esperaban que no podia tener buen suceso, por los malos influxos que obstinaban en su rebeldia á los alzados.

Pero estaba animado de otro mas noble y generoso espíritu el co-

razon del Misionero, y sin mas compañia que el Crucifixo que llevaba al pecho, y una Imágen de nuestra Señora de Guadalupe, sin mas equipage que el Breviario, sin mas repuesto que un poco de pinole y tasajos, tomó dos Indios de Tecoripa, y dos de Suaqui, para guías y Intérpretes, y el dia trece de Mayo de sesenta y nueve comenzó intrépido y á pie su camino, y caminando entre Poniente y Sur, llegaron el dia quince como á las diez de la mañana á un caxon muy barrancoso del Cerro verde, y quedándose el Padre con un Indio á rezar el Oficio divino en un aguage, envió los otros tres á que explorasen la tierra desde arriba, y caso que encontraran algunos Indios, les dixesen que los esperaba, y si no quisiesen venir á verle, les dixesen que iba á tratar con ellos negocios muy importantes á el bien de ellos mismos. Apenas acabó el Padre de rezar, quando baxaron los tres Indios diciendo, que los alzados tenian en la cumbre del cerro su Rancheria, y que aunque de léjos les dieron el recado, no los habian creido; pero que un tal Ignacio Tuaspa, cuñado de uno de los mensageros, y que habia un año que andaba fugitivo de la Mision, les habia dado crédito, y que sin duda baxarian á donde el Padre estaba: fue ésta para su corazon muy agradable noticia, y mas quando vió que ya baxaban del cerro muchos con las armas en las manos, y aun con las flechas en el arco. Solo Ignacio las dexó ántes de llegar al Padre, y veneró la Imágen de nuestra Señora, que tenia descubierta y pendiente de un árbol.

Poco á poco fueron llegando otros, sin dexar las armas, y viendo el Padre que ya eran treinta y dos mugeres, una cautiva, y la muger de Ignacio, les franqueó el pinole y tasajo que llevaba, y admitido de los mas el regalo, les fue suavemente persuadiendo que dexasen aquella miserable vida, con que sin remedio se iban al Infierno, y que de baxarse les resultarian muchos bienes espirituales y corporales, prometiéndoles que no les harian daño, ni los castigarian los Españoles: y como vió que lo escuchaban con atencion, pues muchos de ellos entendian la lengua Española, con todo hizo que el Intérprete les repitiera lo que habia dicho, en la suya: de suerte que llegó el Padre á creer que todos estaban convencidos y resueltos á baxarse con él. Viendo este tan favorable efecto, les preguntó donde estaban los Seris y Piatos, pues todos los que habian baxado eran Suaquis y Pimas baxos, porque queria que lo conduxeran á donde estaban, porque tambien los queria mucho, y les queria dar buenos consejos; pero ellos le respondieron, que no hiciera tal cosa, porque sin duda lo harian pedazos, sino que les escribiera en un papel lo que quisiera, que entre ellos habia quien supiera leer, y sin riesgo podria conseguir lo que deseaba. Aceptó el Padre el consejo, porque llevaba el recado necesario: pero al tiempo de escribir, uno de ellos le agarró derepente el brazo, y pidiéndole por el Señor que llevaba en el pecho que lo soltara, le respondió con voces bien articuladas: aquí has de morir, embustero. Oído esto el Padre, recogió todo su interior para encomendar á Dios su alma, y pedirle misericordia para la del infeliz que lo oprimia.

Asido del Padre pedia aquel desdichado á otros tres ó quatro de su parcialidad favor, para colgarlo de una higuera cimarrona á cuya som-

bra estaban, y flecharlo hasta quitarle la vida: en esto tomó el Indio Ignacio sus armas, y poniendo la flecha en el arco, les pedia á los de su parcialidad lo ayudasen para defender al Padre, y amenazaba á los que querian quitarle la vida: púsose á su lado con uno de los que habian ido con el Padre, aunque sin armas, pues los otros tres ya habian huido. Estuvieron un buen rato altercando de razones el que habia cogido al Padre, y Ignacio, estando el Padre sentado en el suelo, sin hacer resistencia alguna, sino ocupado solo en sacrificarle á Dios su vida, y viendo aquel encarnizado lobo que ninguno le ayudaba, soltó al Padre, y cogió las flechas; pero al mismo tiempo que enarcó para dispararle, Ignacio enarcó para él: esto lo suspendió; pero á poco rato volvió á su intento, y Ignacio repitió el suyo, repitiendo hasta quatro veces él apuntar él al Padre, y Ignacio á él, por lo que uno de sus parciales se abrazó con él, sin que ninguno otro intentara hacerle mal al Padre, solo un viejo Gentil aderezaba las flechas, y habló con Ignacio, y éste le dixo: Padre, vamos saliendo, y levantándose el Padre del suelo, le encargó al Indio de su Mision que recogiera el Breviario y la Imágen de nuestra Señora, y comenzó á salir del caxon acompañado de solo Ignacio.

Quando iban en la mitad del caxon oyeron voces que daban donde habian salido, y aunque no las entendió el Padre, infirió que le avisaban á Ignacio, que venia tras de ellos el que quiso quitarle la vida, y fue así, porque á poco rato de haberse desprendido del aguage, el que lo tenia abrazado, se dió tal priesa en seguirlos, que al salir el Padre del caxon, ya lo vió á un lado de la vereda, y que enarcó contra él, por lo que apretó á correr, Ignacio no pudo flechar al contrario, porque estaban tan cerca que pudo abrazarse de él, y estaban luchando á brazo partido quando llegó el otro Indio que habia de traer el Breviario: éste venia ya herido por uno de los parciales del atrevido y obstinado rebelde: tampoco pudo sacar ni el Breviario, ni la Imágen, ó porque no se atrevió á recogerla, ó porque no se lo permitieron; pero él no vió mas al Padre, ni tampoco Ignacio, pues quando él quedó bregando con el alzado, hizo una carrera larga, y temiendo que lo alcanzaran, se metió en un montecillo, en donde estuvo escondido hasta la noche, pero con grandes sustos, pues oía el tropel de los que lo buscaban por las dos veredas que lo cercaban: desde allí oía tambien una grande voceria en el aguage de donde habia salido; pero no vió á ninguno. Era la noche de Luna, y solo caminó sin sombrero, ni otro abrigo que el hábito, hasta la madrugada, que quebrantó un poco el sueño.

El siguiente dia siguió por montes y cerros la que le pareció derezera de su Mision, y como á las diez de la mañana al baxar un cerro muy espeso oyó un alarido de Indios, y sintió el tropel de los caballos, que sirvió solo de renovar su sacrificio, pues no vió á persona alguna: y sintiendo que el tropel llevaba otro rumbo del que él seguia, prosiguió su caminata, la que al siguiente dia le era intolerable, por la sed que lo afligia: pero á la tarde le deparó la Providencia un aguage en que pudo saciar su mortal congoja. Al otro dia caminó todo él por sendas anchas y

trilladas sin saber á donde iria; pero viéndose muy fatigado de la hambre, no quiso dexarlo: lo mismo hizo el siguiente dia, porque decia: »Si el Señor me dá fuerza para andar, el término será algun Poblado: y si fuere »su santísima voluntad el que á la »violencia de la necesidad acabe con »la vida, será factible que dén en breve con mi cadaver.» Con esta conformidad y resignacion en la voluntad divina, caminaba consolado, quando como de repente, encontró un caballo que arrastraba un cabestro, y aunque deseaba cogerlo, pero no tuvo esfuerzo para hacerlo, y poco á poco iba prosiguiendo su camino, no sin esperanza de encontrar con alguno, y fue así, que á no muy larga distancia vió dos hombres que seguian el rastro del caballo; los que alegrándose mucho de haberlo hallado, uno con gran caridad lo montó en su caballo, pues el Padre ya no tenia fuerzas para hacerlo, y en breve espacio lo conduxo á Suaqui, en donde le dieron un poco de atole de pinole, por no haber otro alimento, y de allí á Tecoripa, que era la Mision que administraba: admirando todos cómo vivia sin haber tomado alimento alguno desde el dia quince que comió el pinole y tasajo con los Indios, ni haber bebido agua sino una vez, hasta el dia diez y nueve, que llegó estropeado de tan largo y penoso camino, con el sobresalto de que lo buscaran los Indios, y sin tener conocimiento de las tierras en que andaba, ni mas norte para salir de tan furiosa borrasca, que el de la voluntad divina. En Tecoripa estaba ya por órden del Padre Presidente, el P. Fr. Joseph Caxa, para que se hiciesen las mayores diligencias de buscarlo vivo ó muerto, y habiéndose restaurado algo, á los dos dias se pasaron á Onavas, para que el Padre Presidente se consolase. Ni fue del todo infructuosa tan desgraciada jornada, porque sabiendo Ignacio Tuaspa que el Padre habia salido á su Mision, él, su muger y otros nueve que andaban entre los rebeldes mas habia de un año, desertaron de tan infame compañia, y se presentaron en Belen, con tan distinguidos méritos, como haber él defendido generosa y constantemente la vida del Padre, y su muger la Imágen de nuestra Señora, habiendo hecho pedazos el Breviario aquellos indómitos bárbaros.

El Señor Visitador quando supo el suceso, y que habiendo salido de San Joseph de Pimas muchos Indios con algunos Soldados, y llegado al aguage de la tragedia, y casi todos los Indios de Tecoripa, y ninguno habia sabido del Padre, le escribió al Padre Presidente de su propio puño, y manifestándose tan exemplarizado y agradecido, como condolido de lo acaecido, le mandó un órden expreso para los Señores Gefes de la Tropa, Capitanes de los Presidios, y Justicias de los Pueblos, para que todos concurrieran con quanta gente el Padre pidiese, y executaran luego quanto fiase á su cuidado. Todos universalmente manifestaron el aprecio, afecto y devocion con que miraban á los Misioneros, y si el Padre Presidente se hubiera dexado llevar de sus afectos y persuasiones, hubiera alborotado y puesto en campaña toda la tierra; pero reflexó con prudencia que no las armas, sino la Providencia divina dirigiria el suceso á su mayor honra, y sin las fatales conseqüencias de la perdicion de las almas de los Infieles que murieran.

En este mismo año de sesenta

y nueve, habian hostigado los Apaches con sus continuas invasiones, muertes y robos á todos los Presidios y Misiones, por lo que se les fue á dar una campaña á sus propias tierras, y llevando para Capellan al P. Fr. Francisco Garzés, pudo satisfacer la curiosidad con que siempre anhelaba á ver y exâminar las tierras para informar de sus calidades, con el fin del establecimiento de las Misiones. Vió las que habian sido habitadas por los Indios Subaipures, que son parcialidad de los Pimas, lastimosamente desiertas por la bárbara persecucion de los Apaches: de modo que con las observaciones de los parages, rios y demas cosas que fue notando en la ida y vuelta de la jornada, y con las que habia visto el año antecedente en la entrada que hizo á los rios de Gila y Colorado, pudo formar un informe instructivo de las oportunidades para propagar la fe entre aquellas numerosas Naciones, que presentó al Padre Presidente Fr. Mariano Buena, y éste con el mismo zelo lo puso en manos del Illmô. Señor Don Joseph Galvez. Ardia en el corazon de este noble Ministro ese zelo mismo, y así apreció con notables expresiones todas las noticias, que le hicieron concebir vivos deseos de pasar personalmente hasta el rio Gila, y en su vista dar las providencias mas eficaces y prontas para el logro de tantas almas. Pero la interminable tarea con que de dia y de noche se fatigaba en el servicio del Rey, y restablecimiento de aquellas Provincias, habia debilitado su salud y sus fuerzas, hasta obligarlo el siguiente año á retirarse para México, con cuya falta calmó el favorable viento que llevaban sus proyectos en la conversion de aquellos infelices Indios, quando se esperaba todo su remedio por el zelo de su christiano pecho, y las omnímodas facultades que gozaba en su gobierno.

Era la solicitud de este ilustre Señor tan próvida en todas las incidencias de su dilatado gobierno, que pesadas en la balanza de Astrea, que únicamente tenia por regla, les daba con tal proporcion las providencias, que siempre eran hijas de una consumada prudencia. De este solo principio pudo nacer el que despues de muchas reflexîones, les mandara á los Comisarios de las Temporalidades de las Misiones, el que las entregaran á los Misioneros, lo que sin duda fue para los Padres de mas peso, que el que sentian en sus indigencias, y en la ninguna subordinacion de los Indios; pues esto era padecer, que es propio de los Ministros del Evangelio; pero la direccion de bienes temporales les parecia opuesta á su apostólico ministerio: con este temor algunos Religiosos le hicieron humildes representaciones de su inhabilidad natural y espiritual para el encargo; pero estaba ya informado de todo como docto y experimentado, y por eso el recurso fue nuevo estímulo para que á nombre de S. M. las recibieran, por lo que cautelando los bastardos discursos, y que en ningun tiempo se presuma que esta fue pretension de los Misioneros, se hace preciso se vean los motivos que tuvo S. Illmâ. para expedir el siguiente decreto.

»A fin de que con el debido »conocimiento, y posible prontitud, »pueda yo tomar las providencias que »deseo dar en alivio de los Indios na»turales de las Misiones, que están »al cargo y administracion de los »muy Reverendos Padres Misioneros

»de Propaganda Fide del Colegio de »la Santísima Cruz de Querétaro, »mando á todos y á cada uno de los »Comisarios Reales á cuyo cuidado »se puso providencialmente la admi»nistracion temporal de las expresa»das Misiones, que desde luego en»treguen por individuales inventarios »todos los efectos, bienes, ganados y »demas de su manejo, á dichos Reve»rendos Padres Misioneros, para que »executada la entrega, formen los Co»misarios, y me remitan sin demora »las cuentas justificadas del tiempo »de su administracion, y confiada á »nombre de S. M. la direccion de di»chas Temporalidades de las Misiones »á los Reverendos Padres Ministros »de ellas, espero las tomarán á su cui»dado, y les encargo me envien con »arreglo á los inventarios que forma»rán, y firmarán con los Comisarios, »un estado ó nota en compendio, sa»cada por sus Reverendísimas de las »existencias temporales y respectivas »á cada Mision, á efecto de que re»caigan brevemente mis determina»ciones ulteriores. Dado en el Real de »los Alamos á tres de Junio de mil »setecientos sesenta y nueve=Joseph »de Galvez.»

No era la administracion que se les confiaba á los Religiosos la negociacion prohibida, que escrupulizaron algunos Misioneros nuevos; era aquella caritativa tutoría y feliz aunque onoroso medio con que fundaron, conservaron y establecieron en las Provincias de Cohaguila y Texas las Misiones los Padres antiguos, y con que se ha agregado, y se atrae á ellas innumerable gentilismo; y no siendo los Indios de las Pimerias de otra naturaleza, ni de mejor economia y política que aquellos de la Costa, era preciso que mirando á su bien espiritual y temporal, el que habia sido práctico Misionero por muchos años, y habia logrado los frutos de tan oportunos medios, se valiera de ellos para proponerlos como calificados principios, para que se lograsen en estas Conversiones, como hasta hoy se logran en aquellas, en beneficio de muchas almas.

Así lo hizo el Padre Presidente Fr. Mariano Buena, exponiendo en un clarísimo informe al Señor Visitador las razones que le parecieron convencer por necesaria en aquellas circunstancias la administracion de las Temporalidades en los Ministros: con los mismos Comisarios de ellas testifica, ser aquellos Indios, especialmente los de las Pimerias, tan dados á la ociosidad y altaneria, que aunque sea á costa de su incomodidad, y aun peligro de sus vidas, no harán mansion en sus Pueblos, ni atenderán á sus familias, cultivarán sus tierras, ni conservarán sus bienes, dexándolos á su voluntad y arbitrio, si no se les apremia á algun reconocimiento y moderado trabajo: y así le dice al Señor Visitador: »si se les reparten los ganados, caballada, »bueyes y aperos que las Misiones »tenian para el cultivo de las tierras »y sus necesarios trabajos, esté V. »S. I. cierto, que todo les durará el »tiempo que tardaren en comerlo, ó »la ocasion de malbaratarlo, si no de»xan ántes perderlo, por no tener el »trabajo de cuidarlo ó de recogerlo, »porque es una gente que no preme»dita la necesidad futura, ni previe»ne y guarda lo que para el año ne»cesita.» Esto se comprobaba con lo mismo que habian hecho aquel año malbaratando sus frutos; y así arguía el Padre Presidente: »Si esto su»cede ahora que están unidos todos

»los bienes, y hay algunos aperos, ¿qué »podemos esperar que suceda quando »ellos ya no tendrán ningunos de los »que se les repartieren, ni nosotros »arbitrio para solicitárselos, ni con »que poder ocurrir al socorro forzo- »so é inevitable medio para tenerlos »congregados en Pueblos, é instruir- »los en la Fe, y observancia de los »preceptos que deben guardar como »Christianos? ¿Como podrémos en tan »irremediable y extrema necesidad »evitarles que se retiren á los mon- »tes, para sustentarse de los silvestres »mantenimientos, que por ménos cos- »tosos aprecian ellos tanto, y fue en »su gentilidad su primer nutrimento? »¿Con qué arreglamento á lo Católico »vivirán estos miserables en las sel- »vas? ¿Con qué socorro temporal ni »espiritual saldrán de esta vida? ¿Ni »cómo, por mas que se calze alas »nuestro zelo, podrá seguir sus erra- »das huellas?»

Ponderaba tambien el desamor é insensibilidad con que estos Indios miran en sus enfermedades á sus Padres, mugeres y hijos, pues no se compadecen de ellos, mas que de los extraños ó enemigos, dexándolos morir en un total desamparo: de forma, que si el Misionero no los ampara, perecen; y si no cuidara de darles sepultura, allí se corrompieran; pues su vana superstición los hace huir de la choza, y al punto desamparan á la viuda y á sus hijos, aunque sean muy pequeños, y queden del todo huerfanos: con este mismo abandono andan tambien los viejos y los inválidos, y por estas y otras muy graves urgencias que le expone el Padre Presidente al Señor Visitador, le hacia patente ser de justicia que en las Misiones hubiera bienes de Comunidad, y que éstos los administraran los Misioneros, para evitar los inconvenientes de su irracional desgobierno: le proponia que cada uno sembrara quanto quisiera y pudiera, para lo que le ayudaria el Padre, y con eso se irian habilitando para el trato y comercio; pero que todos sembraran tambien de Comunidad lo que se juzgase necesario para la manutencion y racion semanaria de los imposibilitados, viudas, huerfanos, enfermos y Gentiles recien traidos, y para los que no tuvieron en sus particulares cosechas lo suficiente para el año: y para que no abusaran de esta providencia, que no se les permitiera vender el maiz y trigo que en particular cosecharan, sin noticia del Padre, para que solo contraten con el que no haga falta para semilla y gasto de todo el año. Estos y otros objetos necesarios á la piedad y á la Religion fueron los de la administracion impetrada de las Temporalidades, y los que vió por sus ojos el que se las confió á los Misioneros, no ménos evidenciado de no resultar de ella otros proventos, ó intereses que no fueran de los Indios, ni que para ellos mediaran negociaciones indecentes ni agenas de su Instituto, pues solo era directiva de su mejor distribucion, y arreglado gobierno.

CAPÍTULO XVI.

Progresos del ministerio apostólico, y viages de los Misioneros á las Naciones de los Gentiles.

Lo mismo fue visitar Joseph como Teniente General del Egipto las Provincias de su gobierno, que quedar beneficiados los Pueblos; porque en los ojos de los que gobiernan está toda la felicidad de los Vasallos, y lo mismo es mirar sus ahogos que remediarlos. Ya el Señor Visitador habia visto que con la administracion de los frutos de las Misiones se abrigaban los huerfanos, se amparaban las viudas, se socorrian los viejos, inválidos y enfermos, y que se alimentaban los necesitados, y los que iban ya recogiéndose á sus Pueblos, atraídos sin duda de esos mismos socorros; y aunque en todo esto lograban los Ministros no pocas satisfacciones de su zelo, pues les explicaban á esos vagos la Doctrina Christiana, de que vivian tan olvidados; pero todavia fatigaban sus corazones el desconsuelo y el escrúpulo de verse solos con la administracion de los Sacramentos, é instruccion debida para recibirlos, á todos los que habitaban en las Visitas de cada Mision, por la grande distancia en que estaban de su Cabecera.

El Padre Presidente á nombre de todos representó al Illmô. Visitador sus angustias, y entre otras ponderosas razones decia en su informe: »Es constante, Señor, que no teniendo »estos novísimos Christianos á la vis»ta á sus Ministros, no asisten á la »Doctrina, dan al olvido quanto se »les enseña, desprecian todo el uso »de lo devoto y christiano, y en con»tinuo ocio viven solo maquinando »el daño del próximo, porque no tie»nen, quieren, ni buscan otro arbitrio »para su sustento, teniéndolo en el »hurto sin trabajo, y libre todo el »tiempo para darse al logro de sus »torpes apetitos, supersticiosos abusos, »y bayles mas que escandalosos, sin ser »posible al Ministro mas zeloso po»ner á estos tan gravísimos males re»medio: por lo que es el mayor mar»tirio de las conciencias de los Misio»neros el ser llamados á toda priesa »á administrar á uno de estos pobres »infelices; pues si el accidente dá lu»gar para exâminarlos de los Misterios »de la Fe, que es necesario saber, ó »la fiebre, ó el dolor, ó su propia de»cidia, hacen que á nada atiendan, y »mueran en su ignorancia: riesgo casi »inevitable, por las distancias hasta »de quince leguas que hay de las »Misiones á las Visitas, pues siendo »en los Indios connatural el descuido, »y mas en las cosas de Christianos, es »menester que el Señor obre un mila»gro para que cada enfermo muera »dispuesto con los Santos Sacramen»tos: porque el que trae el aviso ha »de andar muchas leguas, otras tan»tas el Ministro, ó mas si está en »otro Pueblo, y siempre vá expuesto »al peligro de los enemigos, por no »llevar mas escolta que dos ó tres »Indios, que en viéndolos procuran »huir de sus manos.»

Pero parece que consistia la providencia que pedian estos raciocinios, en la eficacia con que la per-

suadieron los ojos; porque marchando el Señor Visitador para el Pitic de los Seris, que era el quartel general de las armas, posó en la Mision de Tecoripa, y siguiendo su camino, llegó á San Joseph de los Pimas, que era su Visita, y vió la distancia de quince leguas en que estába de su Cabecera, y así conoció la verdad de lo que se le habia informado, y de la necesidad espiritual en que aquellos Indios vivian, y ordenó desde luego que se estableciese en este Pueblo Mision separada, con un Ministro de asistencia, para lo que informó al Señor Virrey, y se verificó por Mayo, que envió para ella Ministro el Padre Guardian y su Venerable Discretorio. No fueron para éste de poca satisfaccion las razones del Padre Presidente, pues fueron de tanto peso en su consideracion para dar á los Misioneros el consuelo y alivio de no estar solos, sabiendo que la sociedad religiosa conduce eficazmente al desempeño de las obligaciones del estado, y de las cargas del Instituto, mayormente quando alguno está enfermo, que luego dió providencia para que fueran otros Religiosos supernumerarios; pues aunque siempre ha solicitado estén en cada Mision dos Ministros, pero siendo tan limitado el sínodo que en aquellas estaba señalado á cada uno, y no siendo el modo en que se le daba bastante para sus necesarios, ya que se facilitó en las nuevas providencias poderse alimentar de la Mision dos, y con el sínodo enviarles del Colegio hábitos y demas socorros religiosos, se consiguió tambien el beneficio de que estuvieran acompañados, y el mas importante de que tuvieran oportunidad para entrar á las tierras de los Gentiles, y propagar la Fe entre tan crecidas Naciones como las que se iban descubriendo.

Iba el Señor Visitador al Pitic de los Seris con esperanza de que estos rebeldes se rindieran de paz, y llegando á la Mision de Ures le comunicó al Padre Presidente sus designios, de que si baxaban los Indios se les pusiera Mision, así para sujetarlos como para instruirlos; á lo que el Padre se ofreció gustoso, y que iria de muy buena gana de su Ministro, para lo que lo fue acompañando; pero no tuvieron este gusto, porque los Indios, acaso desconfiados por los malos influxos de los que estaban entre ellos, no quisieron desamparar el cerro Prieto. Cada dia se agrababan mas los accidentes que padecia en su salud el Señor Visitador, y siéndole muy incómodo aquel temperamento, se volvió con el Padre Presidente á la Mision de Ures, en donde le asistió y sirvió con la mayor eficacia, solicitando de todos modos sus alivios, y conociendo las piadosas intenciones que tenia á favor de aquellos Indios, le comunicaba las noticias que el Padre Garzes le enviaba de las apreciables disposiciones que habia visto en todos los Gentiles que poblaban el rio Colorado y el de Gila, para establecer en ellos Mision, lo que le pedian con instancias; y estas especies las oía el Señor Visitador con mucho gusto, y movian su ánimo á desear el restablecimiento de su salud para ir á ver por sí mismo aquellas numerosas Naciones, y dar las providencias que facilitaran el logro de tantas almas: pero las esperanzas, que eran de creer cumplidas, si se verificara tan favorable Visita, no tuvieron efecto, porque luego que se fue mitigando el rigor de los síntomas que lo afligian, pareció prudente resolucion la de que se retirara de aquel ingrato tempera-

mento, y buscara su convalecencia en el de México. Para satisfacer á los encargos del Exmô. Señor Virrey, se la comunicó el Padre Presidente el mes de Enero, y S. E. le respondió: »La Carta de V. R. me ha producido »un regocijo y satisfaccion inexplica»bles, por ver en ella calificado el ma»yor de mis deseos, con la continua»cion de la mejoria que habia conse»guido mi estimado amigo el Señor »Visitador general, y la noticia de que »quedaba resuelto á emprender su »marcha á esta Capital: y por lo mis»mo considero á dicho Illmô. en Chi»guagua acompañado de V. R. de »quien nunca dudé se prestase gustoso »á executarlo hasta esta Capital, si fue»se necesario, como por su citada me »lo afianza en términos tan propios »de la christiana caridad de V. R. »como dignos ahora y siempre de to»da mi estimacion y aprecio.»

Habia estado el Illmô. enfermo desde el mes de Octubre en la Mision de Ures, y compañia del P. Fr. Mariano, y aliviado de sus accidentes, salió de ella el mes de Mayo del siguiente año de setenta, en que no quiso dexar su compañia, y se la hizo hasta la Villa de Chiguagua, en donde le rogó el Illmô. que se restituyese á Sonora, con encargos de su mayor confianza, y lo hizo el Padre tanto por su obsequio, como por decirle en su Carta el Exmô. Señor Virrey: »Por todo quan»to V. R. se dignó contribuir para la »mejor asistencia y socorro de este »Illmô. le duplico las mas expresivas »gracias. Y como no sea mi ánimo »ocasionar á V. R. molestias sin ma»yor necesidad, tengo á bien dexarle »en libre arbitrio para que de qual»quiera parage que, con el previo »consentimiento del Señor Visitador, »juzgue convenirle su regreso á su »destino, pueda executarlo, excusán»dose tal vez de este modo un do»ble camino.»

El mismo mes de Mayo, la Nacion de los Seris, refugiados en el cerro Prieto y sus inmediaciones, baxó rendida y se presentó en el quartel del Pitic, á excepcion de una pequeña partida compuesta de once hombres de arco, que se conservaban rebeldes por un Mulato apóstata que los capitaneaba; pues siempre fueron las sugestiones de estos infames fugitivos la causa de los alzamientos y rebeldia de los Indios, como tambien la de su diminucion y exterminio; pues siendo grande el número de los Seris, solo se presentaron ciento y ochenta y tres personas, diciendo los principales, que ellos y su Nacion habian padecido mas que las otras en esta guerra, porque les habian matado los Soldados el mayor número de los hombres de armas, y no quedaban mas que quarenta y uno, que con sus mugeres y hijos componian el dicho número: con esta próspera novedad se retiró la Tropa de la Expedicion, y el Gobernador de las Provincias para México; y viniendo en su lugar otro, luego que vió á los Seris congregados con los Tiburones, y todos pacíficos, pero sin Ministro que los instruyese y gobernase, se lo pidió al Padre Presidente Fr. Mariano, que acababa de llegar de su viage, y no obstante sus fatigas, se le ofreció él mismo para su Misionero; y pidiéndole las demas providencias, así para su subsistencia, como para la ereccion de la Iglesia del Pueblo, y demas cosas necesarias á una fundacion nueva, por no tener el Gobernador arbitrio para darlas, se difirió hasta dar razon de todo al Señor Virrey, cuyas providencias tardaron bastante tiempo.

Por Octubre de este mismo año de setenta se padecia en toda la Provincia la epidemia de sarampion, con malignas fiebres y diarreas, de que murieron muchos; y habiéndose huído de la Mision de San Xavier del Bac una muger casada, los Indios Pimas del rio Gila le enviaron mensageros al P. Fr. Francisco Garzés, avisándole de su trabajo, y rogándole que fuese á socorrerlos, y éstos avisaron que una Christiana estaba muy enferma; y por recoger á la primera, auxîliar á la segunda, y consolar á todos, no teniendo en la Mision enfermos, ni novedad alguna, y con ánimo de volver á los cinco dias, salió el diez y ocho equipado de solo la caridad y zelo apostólico, y caminando al Norueste de su Mision, atravesó un Valle distinto de otros que tenia andados de los Papagos, registró las Rancherias Cuitoat, Oapars y Tubasa, de las quales hay algunos en la Mision, no acabándose de agregar todos por el temor que han concebido de que luego se mueren. Buscando la enferma se encaminó el dia diez y nueve al Poniente, vió varias Rancherias volantonas, y el Aquitun, pero al torcer hacia él, encontró una Gentil viejísima, y muy enferma, la que catequizó y bautizó con mucho gusto suyo, y murió luego.

El dia veinte llegó al rio Gila, y los Indios de la Rancheria de Pitac lo recibieron con mucho agazajo, y allí bautizó los párvulos enfermos que estaban en mas peligro, y el veinte y uno pasó al parage en que habia estado dos años ántes, y el Indio que los gobernaba le aseguró que todos querian tener Padre que los enseñara: aquí le fue preciso bautizar veinte y dos, y muy dificil romper las dificultades que le pusieron para poder salir, porque casi á fuerza lo querian detener: por fin salió, y rio abaxo fue viendo grandes siembras, y varias Rancherias, especialmente una muy poblada que estaba á la otra banda del rio, y llaman Napeut. En dicho parage dixo el Padre Misa, y bautizó dos enfermos muy agravados.

Viendo el Padre mucha gente, y tan buena tierra, le dixeron que estaba cerca de allí la Nacion de los Opas, que hablan la lengua de los Yumas y Cocomaricopas, y dexando á los Indios que le acompañaban, con solo uno de Gila que llevaba un poco de pinole y tasajos, se fue, y pasando por el Pueblo de Sutaquison, y otro mas abaxo de mucha gente, llegó el dia veinte y tres á una salina, y caminando entre Norte y Poniente, y ya noche, llegó á los Opas que buscaba. Ya el Padre estaba medianamente instruido en el idioma Pima, y en él les hablaba, y así le recibieron muy bien, y les pudo predicar, porque entre ellos habia algunos Pimas ú Opas viejos que lo entendian. No habian visto estos Indios, Padres, ni gente blanca, y así de todo estaban admirados y mas del trage del Padre: preguntaban si era hombre ó muger: si era casado, y otras impertinencias iguales á su rudeza. Corre la gentilidad de éstos y de su misma lengua por los rios Colorado y Gila, y tambien por los rios Azul, Verde, Salado y otros que entran al Colorado: en este, que viene del Norte, hay otras Naciones que baxan á comerciar con las dichas, y con las del Moqui.

Por el cuidado de la Mision que habia dexado sola, no registró otras Rancherias, y baxando al Sur salió por una sierra que corta el Gila, á otras de Opas, y ya tarde paró en un xacal que parecia de poca gente,

pero á la noche vino mucha, y le dieron varias noticias por medio de una Pima, la que dixo, que en un Pueblo de Opas, se habian visto gentes blancas que vinieron á hacer cambalache por el Moqui. Dia veinte y ocho pasó por varias Rancherias y siembras de temporal, acompañado siempre de viejos y muchachos, y paró en casa de un Pima de Sutaquison, y vió seis Indios del rio Colorado, que agasajó con pinole, y determinó volverse por el Oriente, arrancándosele el corazon de dexar aquellas gentes, pues morian algunos del sarampion, y solo bautizó un párvulo que al ruido de los llantos lo halló ya casi espirando. Tres dias anduvo por despoblado hasta llegar á las Rancherias ya conocidas de los Papagos, en donde le dixeron que habia muerto la mayor parte de los párvulos, y la vieja que habia bautizado.

Noventa leguas reguló el Padre que habia andado en este viage, y hace memoria de un caso que le admiró, diciendo: »Desde que entré »en los Gileños me acompañó un In»dio de ellos hasta dexarme en mi »Mision; pues mis hijos no pasaron de »la Rancheria primera del rio Gila, »y era tan bueno este Indio, que habiéndose enfermado gravemente, re»convenia á Dios con la bondad de »su corazon y servicio que hacia al »Padre, oyéndolo, al parecer, el que »lo es de misericordias, pues sanó re»pentinamente.» Todas aquellas Naciones quedaron admiradas, y muy gustosas de que el Padre las visitara yendo solo, y de ver que no buscaba mas que sus almas, para predicarles la Gloria y el Infierno, y explicarles quien es Dios, lo que totalmente ignoran; pues aunque tienen alguna idea del supremo poder, y algunos le decian que lo invocaban quando hacian sus siembras, ó estaban enfermos; pero bien averiguado halló que tienen por Dios, unos al Sol, y otros á la Luna, y esto aun en las Rancherias mas inmediatas á las Misiones.

De tan importante instruccion con que iluminaba las tinieblas de sus errores é ignorancias, se movió un gran número de Papagos que vinieron á agregarse á Mision; pero luego fueron suspendiendo su venida, notando que se iban muriendo muchos, y que los que no morian tenian que sufrir una cruel enfermedad de frios y calenturas, que los dexaban hechos unos esqueletos. Por esta experiencia dice, que para acabar de reducir á los Gentiles que llaman Papagos, y son muchísimos, ayudarian en gran manera las Misiones que se podian fundar en el rio Gila, á donde irian ménos disgustados que á las establecidas, pues ellos le habian manifestado los deseos de tener Ministros, quantas veces habia pasado por sus tierras.

De toda esta excursion y apostólica correria formó el Padre Garzés un informe y prolixo diario para el Padre Guardian y V. Discretorio, que puso en manos del Padre Presidente Fr. Mariano, y discurriendo los medios mas eficaces para promover el fin del Instituto, quiso privarse de su propio alivio, y envió al Colegio á su Compañero el P. Fr. Joseph del Rio, para que si se juzgase conveniente, pasara de Procurador de aquellas nuevas Misiones á la Corte de México. Todo lo aprobó el Reverendo y Venerable Discretorio, y fue con felicidad, pues halló su pretension grata acogida en el Señor Visitador Don Joseph de Galvez, y renovando los fervorosos deseos que habia tenido de visitar y reducir á aquellos Indios, se hizo agente de su causa y

conversion para con el Señor Virrey, y la adelantó hasta su cabal estado; pues no faltaba mas que S. E. firmara el decreto: ¿pero quien podrá escrutar el abismo de los divinos? pues siendo estos de infalible efecto, se suspendió el de la reduccion de los Indios como humano, y con solo el motivo de un órden del Rey, para que pasasen á España el Señor Virrey y el Señor Visitador; pues para que fuesen conseqüentes al dicho decreto sus ulteriores providencias, pidió el Señor Fiscal se suspendiese el expediente para el nuevo gobierno, por lo que el Procurador se retiró al Colegio.

Habia tambien representado el P. Fr. Mariano al R. P. Guardian y Discretorio los graves y habituales accidentes que lo tenian sumamente mortificado, é imposibilitado para proseguir sus laboriosos viages ni aun á caballo, y les suplicó rendidamente que nombraran otro Presidente, que pudiera satisfacer las obligaciones del cargo; y como se esperaban de un dia á otro los despachos y providencias para la fundacion de las Misiones del rio Gila, segun el estado en que se consideraban como seguras y próximas, dieron al P. Fr. Mariano el consuelo de poner Presidente nuevo, y despacharon al P. Fr. Joseph del Rio con otros cinco Ministros supernumerarios, para que estuvieran prontos quando llegaran los despachos.

CAPÍTULO XVII.

Nuevo viage que hizo el Padre Garzés á los rios Colorado y Gila en el año siguiente de setenta y uno.

ANTES que los Religiosos llegaran á la Sonora, habian corrido en ella las noticias del favorable decreto que para la fundacion de las nuevas Misiones se habia suspendido, pero no se decia, sino que estaba ya expedido, y se aseguraba la fundacion como una cosa ya determinada y segura: sobre este principio le pareció al P. Fr. Francisco Garzés ser necesario ir ántes á prevenir á las Naciones con quienes las tenia propaladas, y reconocer los parages que tenia vistos para informar mejor á los que hubieran de executarlo segun el estado actual de los Indios, y de las proporciones necesarias al acierto: con esta intencion comunicó sus designios al Padre Prefecto y Presidente de las Misiones, el que con la experiencia de los buenos efectos de sus viages antecedentes, y la próximidad de los nuevos Ministros, para que no quedara sin él la Mision de San Xavier, le dió su anuencia para hacer el que le proponia de nuevo.

Era necesario que lo hiciera solo y sin aparato de escoltas y de Soldados; y sabiendo que esto se murmuraba, diciendo que era temeridad emprender tales viages, yendo solo sin provision de bastimento y por los Yumas que los repugnaban, sin Intérprete, y expuesto quando ménos, á perder la salud ó la vida, ó por la hambre, ó por el enojo de aquellos bárbaros; pero el Padre haciéndose cargo de cada una de estas razones, procuró satisfacerlas sincerando su proceder con aquella sencillez que

es nota de una intencion recta, y de la confianza que estriba en la soberana Providencia. »Á la presente, dice en »su Diario, no se pueden tomar otras »providencias para mi entrada; pues »no hay que hablar de pedir escoltas »y de hacer gastos á las Misiones, y »era menester superar muchas difi- »cultades y ruidos, para hacer con- »currir á los Soldados bastimentados, »y sacar hijos, bestias y bastimentos »de las otras Misiones, por no haber »otro modo de subministrar estos ne- »cesarios, y yendo yo solo, me ahorro »de muchos cuidados y ansias, para »dar de comer á tantos familiares, y »sin otros impedimentos para lo que »se ofrezca: porque como mienten mu- »cho los Indios, es menester valor pa- »ra pasar á delante, y éste no lo tie- »nen ellos, y en el mayor peligro de- »xan al Misionero solo, ó lo obligan »á desamparar su empeño: por lo que »en el caso de ir con escolta, deberá »ser numerosa, bien bastimentada, y »muy arreglada á todas las circuns- »tancias de la entrada: Solo, y estri- »bando en el puntal de la Providen- »cia divina, lo llevan á uno sin reze- »lo, son ménos dificiles para avisar »de las Rancherias, aguajes y cami- »nos; es verdad que no lleva tanta »autoridad el Ministro, pero así lleva »mas menosprecio, humildad y pobre- »za, que parecen mas aptas para em- »peños de tal calibre.

»Los Yumas son Indios muy »dóciles, y de malas armas, muchos »no llevan arco, y si lo llevan es mal »dispuesto, y con dos ó tres flechas: »son muy amorosos, y demasiadamen- »te liberales: los elotes, calabazas, »melones y sandias muy regaladas, »atole y pan de maiz, y semillas pri- »morosas, pescados, ratones, lagarti- »jas especiales: aves, raizes de la tier- »ra y frutos de los árboles silvestres, »me sobraban; por lo que se puede »andar mejor por los Yumas, que por »otras Naciones del rio arriba. Solo »una cosa ridícula me sucedió entre »ellos, á mas de los bayles que son al »compás muy violento, que hacen »con un guage con piedrecillas, y »canto muy ayroso, que en todas par- »tes, y no una vez, me ponian muge- »res delante, con señas de que fuese »con ellas, y hubo veces que ellas »mismas me preguntaban con accio- »nes muy feas, si yo no comerciaba »con las mugeres como sus hombres. »Y poniendo yo la vista en el Santo »Christo que llevaba al pecho, y le- »vantándolo al Cielo, les significaba »que en ese particular no vivia yo »como ellos, de lo que resultaba ha- »cerme mas cariño, y mas concepto »de una cosa que para ellos era muy »particular. Para no tener quebranto »en la salud ó la vida, procuraba no »alejarme de la agua mas trecho del »que podia aguantar, y ellos me die- »ron un cantarito para llevarla: tam- »bien cargaba lo que me sobraba de »sus comistrajos, á mas de que la pepita, »tornillo y varios quelites le asientan »bien á mi estómago: de modo, que »hago juicio hoy dia no estuviera en »San Xavier, si no hubiera hecho las »dos jornadas antecedentes, que me »dieron la vida.»

No siendo posible llevar Intérprete por la variedad de idiomas, solo se acompañó de un Indio Papago, que entre los suyos era muy respetado, y llevando en un caballo los recados para decir Misa, salió de la Mision de San Xavier el dia ocho de Agosto del año de setenta y uno, y tirando al Poniente, fue visitando muchas Rancherias, en las que les predicaba la palabra divina, decia Misa,

y bautizaba los que lo necesitaban por estar en grave peligro: Tal era en el que halló el dia once á una muger viejísima, y que le pareció pasaba de cien años, la catequizó y bautizó con gran consuelo suyo: el mismo tuvo al siguiente dia en el Pueblo de Ati, donde bautizó dos adultos y algunos párvulos: el quince entró en el de Cubac, en donde lo recibió muchísima gente, y le franquearon de sus regalos, cosa extraña entre los Papagos, que solo acostumbran llorar miserias: al otro dia despues de la Misa, á que asistieron todos, y muchos Pimas, les predicaba con Intérprete, y entre otras muchas cosas, les persuadia que tuviesen paz con las Naciones vecinas, y que mientras no les hiciesen mal, no las causaran daños; pero el Intérprete, que era el Fiscal, fiado en que el Padre no lo entendia, y conociendo á los suyos, les decia que los Cocomaricopas eran malos, y que peleasen con ellos, que los Yumas eran buenos para los cambalaches, y que tenian buen corazon; pero percibiendo el Padre la infidelidad del Intérprete, dice: „fue menester bastante para no enfadarme y detener la risa, para hablar „yo mismo, aunque con quatros, y me „desengañé, que mientras no se entienden los Indios, ni ellos entienden „á uno, vá el Ministro vendido, y „expuesto á mil engaños.„

El diez y seis le habló el Padre al Gobernador de Sonoi, y le declaró la intencion que tenia de ir á los Yumas, y le pidió dos para guías; pero á la noche en las ruedas ó juntas á que el Padre los convocaba para proponerles las verdades católicas, é inefables Misterios, pusieron los viejos insuperables dificultades, que á no ser el Gobernador tan bueno, y el Padre inflexible en sus resoluciones, no hubiera proseguido su intento; pero salió y llegando á una Rancheria les dixeron los Indios que ellos se habian venido allí, porque adelante se habia acabado toda la agua, por lo que los guías ya no querian ir con el Padre; pero se les cerró de duro, y con mucha repugnancia caminando al Poniente, salieron á un sembrado de calabazas, pero estaba desamparado por no haber agua: con esta penuria caminaron por la sierra que fue volcan de Santa Clara, y largos arenales, hasta el dia veinte y dos, que salieron al rio Gila, en parage despoblado, pero de hermosas alamedas, que dentro de la agua apénas dexan ver el rio: á poco trecho se vió otro rio caudaloso, conjeturando sería el Azul, que entra en el Gila, y andando todo el dia, poco ántes de ponerse el Sol fueron sentidos de unos Indios que viven á la otra banda, llamados Noraguas: éstos los obsequiaron mucho, y el Padre quisiera pasar la noche con ellos; pero los Pimas guías tiraban á ver á los suyos, y le dixeron que aquella gente no era buena, y hurtaria lo que pudiera si se quedaban á dormir con ella.

El dia veinte y tres concurrieron muchos de la otra banda á ver al Padre, y tambien de abaxo, con los que vino el Gobernador de los Pimas, que en su trage lo representaba, y le trajo al Padre un regalo de maiz, y con mucho obsequio se le ofreció para acompañarlo hasta su regreso: todo se lo agradeció, y le dió de lo que llevaba: dixóle el Padre que le llevase al rio, y aunque vió ser muy caudaloso, pero deseaba ver el Colorado, por lo que se encaminó hácia abaxo, acompañado de innumerables gentes que le hacian parar, y le daban de comer. Como le habia dicho al Gobernador que iba por ver el rio Co-

lorado, él procuraba disuadirlo diciéndole que estaba muy léjos; pero era porque estaban peleados, y que aquel camino era muy arriesgado por los Quiquimas, y que aquellos Yumas no sabian de gentes, y que les cortarian las cabelleras, y sobre esto mandó venir mucha gente, y aquella noche hubo bayle y canto hasta amanecer. Todo era para entretenerlo, y que no pasase adelante, pero á los dos dias ya se empeñó en ver si podia llegar al rio Colorado: no se halló tal rio, y el Gobernador le dixo que ya de allí adelante no habia gente buena, y se retiró para su Rancheria. Los Indios guías, persuadidos de los otros Pimas, ya tampoco quisieron seguir al Padre, y aunque le acompañaba mucha gente, llegó aquella noche á una casa, donde la pasó hasta sin el manto.

Al otro dia esperó un rato á los guías de Sonoaitac, y viendo que no parecian, salió guiado de unos nueve mancebos, que así que lo pusieron en el camino de los Yumas de abaxo, ya no se atrevieron á pasar á delante, y pensando el Padre que era cosa corta lo que faltaba, anduvo todo el dia, y á la noche fue menester ya para beber, ya para comer el caballo, baxar á la playa, y los mosquitos le hicieron desamparar el sitio, y volver á desandar lo que habia caminado, para buscar el manto: fue grande el gusto que los Indios tuvieron con su vuelta, avisaron á los Pimas que aunque estaban léjos, vinieron en tropas á verle: éstos le persuadian no volviese á buscar á los Yumas; pero el Padre estaba resuelto á ello, y no pareciendo los guías de Sonoaitac partió solo, y caminando dos dias entre Sur y Poniente, el dia treinta se le atascó dos veces el caballo, de suerte, que ya lo daba por perdido, y se vió en tan apretadas circunstancias, que le obligaron á volverse á la Rancheria: increibles eran las expresiones de los Yumas, y desde el dia primero de Septiembre estuvieron firmes en que el Padre no prosiguiese en buscar á los de abaxo, por ser sus enemigos; pero no pudiéndolo reducir, y despues de muchas altercaciones, ya le dieron uno para que le guiara.

El dia ocho, despues de haber bautizado un adulto y un párvulo en el último artículo de muerte, salió con alguna prevencion; pero el Indio que lo guiaba quebró de intento el guage de la agua, y dixo que sin ella ya no se podia caminar: el Padre le decia que irian siempre cerca del rio, pero á la siesta se tomó él un caballo y se revolvió aconsejado de los otros sus parientes, para que el Padre viéndose solo hiciera lo mismo: no fue así, porque prosiguió dos dias, y encontrando huellas de muchachos, con mucho trabajo pudo dar con la gente, que siempre vive en los bosques, ó entre las lagunas del rio. Fue grande la admiracion de ver al Padre solo, y igual el concurso y cortejo con que le franquearon quanto tenian: prosiguió pasando por Ranchos, y viendo gran número de gentes hasta el rio. El dia doce fue viendo otros Ranchos, con sentimiento de los Indios porque no se detenia con ellos, y no ménos del Padre viéndolos afligidos, muchos heridos, y las casas quemadas, por haberles dado un cruel asalto los Quiquimas sus contrarios; pero ni á éstos les tuvo miedo, haciéndose el cargo de que la misma recomendacion llevaba para unos que para los otros, y durmió muy cerca del rio: al otro dia siguió un rastro y vió á la otra banda los humos, pero no pudiendo pasar

siguió rio abáxo al Poniente, por juntarse ya este rio de Gila con el Colorado, pero las lagunas y tulares no le dexaron proseguir su corriente, y caminó hácia el Sur.

El dia catorce, pasado un hermoso llano, dió en unos charcos de agua y tierra muy salada, y sin poder penetrar hasta el rio por las lagunas, entró en una playa muy grande, y andando algo al Oriente por buscar agua, no halló sino esqueletos de Indios, y calaveras de sus guerras, y viendo que ni agua, ni zacate, ni pepita, ni quelites se hallaban, volvió al Norte, habiendo andado lo mas de la noche, y al amanecer quiso descansar un poco, y el caballo se le huyó ensillado. No pudiendo ya cortar por donde habia caminado, tuvo por bien tirar al Poniente, y salió á un rio muy grande, que le pareció mas que el Gila, y ménos que el Colorado. Aquí acongojado no sabia hácia á donde habia de tirar, por no haber que comer en aquella ribera, pues solo tenia una yerba parecida al cáñamo, y resolvió volverse camino derecho, y ya sin pensar el hallar el caballo, que daba por perdido, y andando por tulares y lagunas todo el dia quince hasta anochecer, dice en su Diario: »Sin duda »mi ruindad no era para aquel trabajillo, y encontré el caballo que vino »por camino distintísimo del mio, y »por los tulares y lodazales que dexé »al Oriente.»

El dia diez y seis se hizo juicio, que por camino derecho al Sur podia llegar cerca del desemboque, y ver á los Quiquimas, y á cosa de dos leguas encontró una mata de melon, y estando en este refresco, llegaron catorce Indios armados, y sorprendidos de ver al Padre, por señas le preguntaban de donde venia, y á donde iba. Luego le dieron á entender el que los Quiquimas eran sus enemigos, y que si queria ir con ellos le darian de comer, y luego le ofrecieron pescado: entendiendo el Padre haber mucha gente, volvió atrás, y halló treinta y cinco Yumas pescando: comió con ellos, y dice pudo aprender de aquellos Indios lo que es humanidad, política y atencion, por el gusto con que le llevaron á su Pueblo, y el trabajo que tuvieron en hacer dos balsas cómodas para pasarle: luego que entró en él le cortejaron con bayles, cantares y visitas, de suerte, que no pudo dormir, porque no cesaron hasta tres quartos de hora ántes de amanecer. Al siguiente dia diez y siete anduvo lo mas de él por Rancherias, rodeado como siempre de mucha gente; pero ésta ya no se atrevia á pasar mas abaxo, y solo pudo persuadir á un viejo le acompañase hasta la junta de los rios: En la última Rancheria vió un niño muy enfermo y lo bautizó, y visto esto por los Indios, luego le traxeron otro para que hiciera con él lo mismo.

Caminando ya con el viejo, llegó uno muy alborozado, y por lo que dixo ya no quiso el viejo proseguir; pero el Padre, aunque solo, prosiguió su camino, y haciendo noche en él, al otro dia dió en tantos tulares, lodos y lagunas, que pensó no poder salir de ellas, ni el caballo podia vencer tantos impedimentos, y á pie solo pensaba ya no mas que buscar modo de salir de ellos: en estas aflicciones pasó la noche, y viendo el siguiente dia mayores dificultades, pudo tomar rumbo al Pueblo de donde habia salido, y entró en él con gran gusto de los Indios, que venian atropados por verle: y aunque algunos

le prometian sacarlo á los quatro dias; pero viéndose en la otra banda del rio, se le hacia muy duro volverse sin ver lo que pudiera, y estando allí unos Indios del Poniente, salió con ellos y pasando una laguna, fue mirando muchos Ranchos, hasta que puesto el Sol paró en donde habia mucha gente junta: en este parage hizo sus acostumbradas juntas para instruirlos en el conocimiento de Dios, y de las verdades eternas.

Todo el dia veinte y uno caminó al Poniente, siempre por Ranchos muy poblados, hasta una laguna que tiene muchas leguas de longitud: instó á que le pasaran, y haciendo los Indios balsa le pasaron; pero llegando á otra agua muy grande quiso hacer lo mismo, pero los Indios dixeron que estaba muy profunda, y por su grande inquietud no lo hicieron: le pareció al Padre ser aquel el rio Colorado; y aunque encontró un Indio que le dió un ánsar muy grande, pero no hubo modo de hacer fuego para comerlo por no tener aquella playa mas que carrizos, por lo que se revolvió á las Rancherias, en las que le regalaron á su modo.

El dia veinte y dos, siguiendo la corriente de aquella laguna grande, á breve rato empezó á ver gentes en Rancherias freqüentes, y así en ellas como en las que habia visto pasado el rio, advirtió que nombraban mucho á Jesus, y á Maria, y lo enternecia mucho el oír tan repetidos estos dulcísimos nombres; y aunque los mas los pronuncian bien, otros con gracia decian Mensus y Marria, y casi todos á Jesus añadian la palabra Azan, y oyéndola el Padre, les hacia señal al Cielo, y ellos hacian ademan como que eso mismo decian. Á las dos de la tarde anduvo como dos leguas y media de despoblado, y continuando despues la Poblacion, le salian los Indios de la otra banda á mirarlo, y como á las cinco dió en otros Ranchos muy pobres, y concurriendo alguna gente le instaban para que fuese á la otra banda de la laguna, lo que no le pareció hacer. Dia veinte y tres rehusaron los Indios acompañar al Padre hácia el Poniente, asegurando que eran sus enemigos, y saliendo solo, á breve rato fueron aquellos pobres á encaminarle, pero no queriendo mudar de rumbo, le volvieron á dexar solo: con todo, tercera vez le decian muy apurados, que á donde iba: y repitiendo muchas instancias para que no siguiera para aquella tierra, viendo la inflexibilidad del Padre, le pusieron en camino, y aunque les ofreció un belduque, porque alguno le acompañase, ninguno quiso, y solo caminó entre Norte y Poniente, y halló seca una laguna, y por un grande mezquital hácia una sierra prieta que está sola en el camino, vió un charco de agua dulce, y por tierra que tiene mucha sal, salió á un arroyo de muy profunda caxa, y no pudiéndolo vadear se quedó allí aquella noche.

Bastante tiempo y incomodidades tuvo para conocer la piedad con que aquellos pobres Indios se apuraban para vencer la tenacidad de querer ir por tan penoso como arriesgado rumbo; siendo mas digna de admiracion en unos bárbaros tan inhumanos, que salen á las Naciones vecinas á vender sus hijos, que los Yumas y Cocomaricopas compran por caballos, y son los que llaman Niforas: pero siguiendo el Padre sus designios, al siguiente dia veinte y quatro caminó entre Oriente y Norte, y aunque vió muchos humos, no pudo conseguir que

el caballo caminara por el temor que tenia de entrar por unas lagunas saladas, y descubriendo otros humos al Oriente, se dió priesa en llegar á ellos; pero así que le vieron las Indias corrian huyendo, y saliendo los hombres le recibieron con mucho gusto, y le cortejaron con sus bayles y demostraciones de aprecio, lo que le fue al Padre de gran consuelo, por haber bautizado un párbulo muy enfermo. Al siguiente dia le instaban los Indios que no prosiguiese al Poniente; pero no conformándose, fue por un Pueblo grande, y dió con el arroyo antecedente; pero al siguiente dia ningun Indio quiso acompañarle por temor de la mala gente que habia por aquel rumbo, lo que el Padre no creía, y se fue solo andando todo el dia por tierras peores que el arenal sin agua; pues la que solia encontrar era mas amarga que la del mar: ya por la tarde se halló solo, sin agua y sin alimento alguno, y caminando llegó á la sierra sin encontrar el rio Colorado, en el que confiaba el socorro quando la sed le fatigara mucho, y andando toda la noche, volvió á salir al Pueblo grande de donde habia partido. Paró fuera de él por el pozo de agua que es la única que tiene; pero los Indios tuvieron mucho gusto de su venida, y le franquearon de sus comidas: En las largas conversaciones que con ellos tuvo, le dieron noticia de los Padres de California, de San Diego, y del Nuevo México, distinguiéndolos por los rumbos, y comprobando sus dichos con dar razon de la aguja naútica, de los espejos ustórios, de los hábitos y otras circunstancias: aquel dia le traxeron un niño muy enfermo, y lo bautizó con mucho gusto de sus Padres, y le ofrecieron otros muchos que, estando sanos, no pudo hacerles este beneficio. Al otro dia, que era el veinte y ocho, salió para el Norueste, y habiendo andado todo el dia, prosiguió tambien toda la noche, sin descansar mas que hora y media, sintiendo mucho frio, y al amanecer reconoció la Sierra Madre, y en ella un puerto ó abra muy grande, que pensó sería la entrada del rio Colorado en el mar, segun los arenales y desiertos que descubria: anduvo como dos leguas al Oriente buscando agua, y no hallándola, le fue preciso volver al pozo que habia dexado, y al que llegó la mañana del dia veinte y nueve.

Luego concurrieron los Indios á verle y decirle que los Pimas lo llamaban, y estaban esperando con las bestias: para esto le brindaban con sus bastimentos y compañia, porque les habian encargado que lo cuidasen y volviesen por donde habian pasado el rio en las balsas, y que no pasase adelante, porque si le hacian daño otros, se les atribuiria á ellos. Tambien los Pimas vecinos á los Yumas les avisaron que saliese el Padre luego, porque si no, irian de las Misiones Soldados y Papagos á pelear, y por eso se apuraban tanto aquellos pobres, y mas quando el Padre les decia que queria salir por el Oriente; y haciendo con ellos pacto de que volveria al Pueblo, le ofreció un belduque á uno porque le llevara á ver una Nacion que llamaban Macueques, para donde salió el dia dos de Octubre, y se le agregaron otros dos; pero habiendo andado muy apriesa hasta el medio dia, sin duda concibieron miedo, y desistieron del viage, y le instaron por la vuelta, que executó con sumo disgusto.

Con estas detenciones y la voz que habia corrido, fueron concurriendo muchas gentes del Oriente, del Po

niente, y aun del Sur, solo por ver al Padre y las cosas que llevaba, no siendo mas que el Breviario, el Christo, y la Imágen de nuestra Señora; pero todo los admiraba, y no se cansaban de ver la aguja del Norte, el freno del caballo y demas cosas: ya estaba el Padre á caballo el dia tres, y ninguno queria salir con él por Poniente ni otro rumbo que el Sur, lo que se vió obligado á executar; y despues de haber caminado con los Indios, y tenido que sufrir sus reyertas, salieron con él á unas buenísimas tierras, y por los ruegos de los viejos solo condescendió en ver sus siembras, y se dirigió al Norte, y durmió aquella noche en sus mismas tierras. El dia quatro le guiaron por un bosque con muchos rodeos, para que sus enemigos no dieran con ellos, y puesto en camino le dixeron donde habia gente, y se fueron por el temor de ellos: ya solo caminó al Norte sin encontrar agua mas que la de un pozo muy verde: al otro dia solo arenales que atrasaban mucho al caballo, y ya desengañado de no haber visto agua dulce ni pastos, tirando al Oriente por buscar el rio Gila, andubo todo el dia siete, y al ocho llegó á unos Ranchos, en donde conociendo estar cerca de los Yumas primeros que le aguardaban, bautizando una muchacha moribunda, determinó salir rio arriba, y á los dos dias llegó al campo en que habian peleado los Cocomaricopas, los Opas y Gileños contra los Yumas, de los que habian matado once.

El dia once prosiguió siguiendo el poblado, y conociendo á muchos llegó al sitio de las desgraciadas muertes, y vió mas de seiscientas personas divididas en tres corros: doscientas llorando, doscientas jugando, y los demas vagueando. El Padre se entró en un xacal en quadro, pero muy desmedido y nuevamente enramado: luego se compungió al ver llorando tantos, y por medio de un Pima viejo le preguntaron que si sentia las muertes de sus parientes; y valiéndose del mismo Intérprete, les afeó mucho el que siempre tuvieran guerras con las demas Naciones, pues era traza del Demonio, para que todos se perdieran, que por eso las sentia en su corazon, pero que solicitaria de su parte quanto pudiera, que vinieran Padres, para que repartidos entre todos los que eran enemigos, se hicieran las pazes, y todos vivieran como Christianos. No les disgustó la respuesta, y saliendo el Padre de aquella casa del llanto, se formaron los corros uno de plañidores gimiendo y sollozando, otro de cantores y bayladores, y el que rodeaba al Padre: aquí le dixeron los Pimas muchas historias y que los Soldados venian á buscarlo, porque pensaban que ya era muerto, y que estaban enojados contra ellos, y que allí cerca tenia Cartas del Capitan y de los Padres.

El dia doce dieron los Yumas fin á aquella especie de exêquias funerales ú honras, acabándose los llantos, juegos y bayles con poner fuego por todas partes al xacal ó enramada, y yéndose cada uno para su casa, al Padre le ofrecieron llevarlo á los Indios de Cujant, ó á Zúñiga en quatro dias de camino, y eligiendo lo primero por salir camino derecho á Sonoaitac, volvió á desandar lo andado, y notando que los Indios andaban cuidadosos, y que le obedecian en todo, llegó á pensar que fuera por ser verdad lo que le habian dicho, y con ellos y sus balsas repasó el rio Gila el dia trece; pero luego se ofrecieron algunas requestas entre los Pimas y los

Yumas, sobre quienes habian de sacar al Padre, pero entendidas de él, reconcilió los ánimos con manifestar la igualdad con que los amaba á todos, y quiso que le acompañaran unos y otros Con esta conformidad se comenzó el camino el dia quince, y por las jornadas acostumbradas se dirigió el Padre á Caborca, para que los Padres y el Capitan lo viesen, y los Indios quedasen satisfechos del enojo que les habian dicho, y el dia veinte y siete de Octubre dice el Padre concluyendo su Diario: »Poco á poco co»miendo pitahallas regaladísimas, llegué á Caborca ceñido con el pañue»lo de narizes, pues habiéndose aca»bado la reata, hube de valerme del »cordon, y este como viejo tambien »se acabó: quando salí al viage estaba »malo y se me hinchaban las piernas, »y pensaba en salir á curarme, y aho»ra estoy hasta la presenre, gracias á »Dios, sin novedad chica ni grande, »y así aunque no hubiera otro moti»vo, basta para estos viages el ser »proficuos para vivir en San Xavier.»

CAPÍTULO XVIII.

Fúndanse Misiones á los Seris, y cruel muerte que los del Carrizal le dieron á su Ministro.

ANTES de baxar los Seris sublevados en el cerro Prieto y de sujetarse á las armas, á cuyo fin pasó el Illmô. Señor Visitador al quartel del Pitic, fue en su compañia el P. Fr. Mariano Buena, con solo el fin de quedarse por Ministro suyo en la Mision que se les debia poner; pero no habiendo baxado en aquella ocasion, despues de algunos meses lo hicieron, y viéndolos el Gobernador congregados y pacíficos, le pidió al mismo Padre Ministro que los instruyera y bautizara, á lo que se ofreció pronto; pero pidiendo las providencias necesarias para la fundacion de una Mision, como son la de la Iglesia, Ornamentos sagrados, Casa y manutencion del Ministro, y demas necesarios, le respondió que no tenia arbitrio para darlas y que ocurriria á México: era para esto necesario mucho tiempo, y viendo el Padre la demasiada demora, y la urgencia con que se debia atender á que aquellos Indios no estuvieran sin Ministro, convino en que se les pusiera, y se lo encargó al P. Fr. Juan Chrisóstomo Gil, como á nuevo Presidente que habia nombrado el Colegio, por haberle repetidamente representado hallarse ya fatigado de los largos y continuos viages y trabajos que le habian causado los accidentes de que murió al siguiente año.

Deseoso el nuevo Presidente de satisfacer su propio zelo y las instancias del Gobernador, como á la necesidad que tenian del pan de la Doctrina aquellos miserables Indios; no obstante que no se habian dado las providencias de México, buscó de varios Bienhechores alguna cera y vino para celebrar el Santo Sacrificio, que es el único consuelo que en tantas aflicciones tienen los Misioneros, y con algun socorro para la manutencion del Ministro, destinó al P. Fr. Matias Gallo para que lo fuera, y los dos pasaron á la Rancheria de los Seris,

en donde no hallaron ni una choza en que abrigarse por estar ausente el Comisario que racionaba á los Indios; pero fiados en la divina Providencia, cuyo estilo es muy ageno de toda calumnia, tomaron posesion de aquella nueva Reduccion el dia diez y siete de Noviembre del año de setenta y dos, lo que se hace notar, por ser el mismo de la fecha de la Carta en que el Señor Virrey le avisaba al Padre Guardian del Colegio estar asignado el sínodo para la asistencia del Ministro, y le encargaba le dixera el número de Vasos sagrados, Ornamentos y demas utensilios necesarios para la fundacion de la Mision.

No podia ésta satisfacer los deseos de los Misioneros de catequizar á todos aquellos Indios, porque aunque toda la Nacion baxó de paz, no era poca la porcion de ella que no podia oír la Doctrina Christiana; pues muchos se habian retirado á sus antiguas madrigueras, principalmente á la Isla del Tiburon, desde la que venian al Presidio de Horcasitas, y aparentando al Gobernador una grande fidelidad y obediencia, le instaban para no salir de su Isla, el que les diera un Padre que los bautizara, como á los que estaban en el Pitic, pero sin querer agregarse á ellos, ni dexar la rochela de su libertinage, y asilo de sus maldades; pues no podian tener otro interes en una Isla que no tenia comodidad alguna por carecer de agua, y de todas las demas circunstancias para poder poblarla: bien lo conocian así los Indios; pero para paliar sus intentos, pedian que en la costa fronteriza se les formara su Pueblo, y que allí se congregarian saliendo de la Isla. No era ménos inconveniente lo que pedian, pues registrada la costa, solo se halló en un carrizal un corto ojo de agua, y toda la tierra como de playa, muy poca leña y ninguna madera; pero juzgaba el Gobernador que juntar en Pueblo á estos Indios, y no perder la ocasion en que lo pedian ellos, era negocio muy interesante á toda la Provincia; porque quedándose á su libertad en la Isla, quedaban expuestos á otra nueva sublevacion, y que se perdiera quanto se habia trabajado en pacificarlos.

Con este dictamen instaba al Padre Presidente que se fundase esta otra nueva Mision; pero viendo el Padre que el sitio carecia de todas las circunstancias que se deben atender en las nuevas poblaciones, y ser sumamente incómodo, y que la Mision no sería de provecho alguno, porque los Indios no querrian desamparar su Isla para sujetarse á doctrina, ni la Costa podria darles los alimentos necesarios por ser un arenal heriazo, con lo que sería preciso que el Rey los subsidiara siempre con los alimentos, ó que ellos con el pretexto de buscarlos anduvieran vagos, y sin la asistencia al catequismo. Estas, y otras representaciones le exponia el Presidente al Gobernador para que empleara sus facultades en hacer que aquellos Indios, pues pedian con tanta instancia el bautismo, se agregaran á los otros de su Nacion en el Pitic, en donde ya tenian Misionero; pero á ninguna accedia el Gobernador, y quando se altercaban tan pesadas contestaciones, resultó una sensible quexa que el Señor Virrey dió al Colegio, por haberle informado que los Padres Misioneros no querian ponerle un Ministro á los Seris.

Era esta una clara impostura, pues ántes que los Seris baxaran del cerro Prieto, ya estaba el Padre Buena en el Pitic con el Señor Visitador,

con solo el destino de ser su Ministro; quando ellos se dieron de paz, el mismo Padre se le ofreció al Gobernador para catequizarlos, y solo se demoró el ponerles Misionero por esperar las providencias de México, y sin haber llegado éstas, fue el Presidente y formó la Mision, dexando al P. Fr. Matias Gallo en su asistencia, y expuesto á las precisas necesidades de una total indigencia; y aunque le fue fácil al Colegio satisfacer á S. E; pero sus hijos para libertarlo de semejantes bochornos, y que no se repitiesen tan extraños recursos, se ofrecieron para pasar al Carrizal, y el Presidente fue personalmente á fundar la Mision que el Gobernador pedia, y se verificó el dia veinte y seis de Noviembre del año de setenta y dos, quedándose en ella de Ministro, sin mas compañia ni escolta que un muchacho que llevó para que le sirviera de Acólito en el Santo Sacrificio de la Misa.

Con los mismos Indios Tiburones levantó el Padre un xacal que sirviera de Iglesia, y una pequeña choza de celda, y comenzando desde luego con el mayor amor á convocarlos para el catequismo, vió que los deseos que al Gobernador le mostraban de ser Christianos, no eran tan eficaces que por asistir á la Doctrina dexaran su Isla, pues solo algunos, y quando les parecia, venian de ella y asistian al rezo; pero como la congregacion á Pueblo era solo aparente, y en solos tres xacales de los mandones, así era tambien la instruccion que buscaban; y ó por razon del terreno, ó por fuerza de su genio ambulativo, lo que en ellos es casi necesario y mas propio que en otros Indios, por no tener ni en su Isla, ni en la playa territorios aptos para siembras, y ménos para la estabilidad que constituye la vida civil y política, veía el Misionero que esta no podria nunca tener forma, ni estaba en su mano el establecerla, aunque era encargo que el Señor Virrey le hacia al Padre Guardian, diciendo en su Carta: »V. R. nombre un Padre »Misionero en quien concurran las »mas apreciables circunstancias, pues »los recien pacificados Seris necesi»tan de un Ministro que los trate con »mucho amor, y que zeloso se dedi»que á inclinarlos al cultivo de las »tierras y demas ocupaciones, que in»sensiblemente les haga conocer los »beneficios de la vida política, y sen»tir el fruto de la predicacion.»

Pero estos superiores anhelos, que pudieran ser factibles en los Seris del Pitic, eran casi imposibles en los del Carrizal; pues todo el fruto que el Misionero pudiera esperar de su modo de vivir, estaba reducido ó á algun párvulo, ó á algun adulto, que por especial auxilio catequizara en el artículo de la muerte: y para el remedio de tan infeliz estado, no tenia mas esperanza el Padre, que la de que de México fueran unas providencias, que proporcionando la estabilidad de la paz de aquellos Indios para el sosiego de la Provincia, con el conocimiento de su estado, se les proporcionara tambien un establecimiento que facilitara el logro de su pacificacion y bien de sus almas, que nunca pudieran verificarse dexándolos habitar en su Isla; pero todo se frustró en poco tiempo, por un improviso suceso.

Consta de los autos que se formaron sobre él, para dar cuenta al Señor Virrey, la declaracion del General de la Isla del Tiburon: »que el »dia seis de Marzo de setenta y tres »por la noche llegó á la Mision un

»Indio llamado Yxquisis, y le dixo á »un tio suyo, que los Indios Piatos, »revueltos con los Apaches, venian »á matar al Padre y á los Justicias, y »que éste inmediatamente lo avisó, »por lo que luego se retiraron todos »al cerro, acompañándolos el Padre, »y que á la media noche vieron ar»der la casa del Padre, y las tres de »los Justicias, y ántes de amanecer »despachó el Padre al General con »otros tres á buscar las familias re»partidas por el cerro, y que no pu»dieron volver hasta la noche, en la »que un Indio les dió el aviso de que »habian matado al Padre, y yendo »al siguiente dia á buscarlo, lo halló »muerto, y lo trajo para enterrarlo; »y que estando en esto, llegaron dos »Indios del Tiburon, cómplices en la »muerte del Padre, y el General man»dó que allí mismo los mataran, lo »que brevemente executó el Gober»nador, quitándoles las vidas á palos: »declaró tambien que el que mató al »Padre fue el Indio Yxquisis, que ya »habia entregado preso, por tenerlo »bien averiguado:» esto mismo confesó el reo, aunque con muchas mentiras, y que lo mató á pedradas, sin dar motivo alguno para cometer tan atroz delito. Al siguiente mes de Abril comunicó el Exmô. Señor Virrey esta noticia al Padre Guardian del Colegio, con una Carta tan patética, que por muchas razones debe la gratitud ingerirla en esta Crónica, como digna de perpetua memoria.

Carta del Exmô. Señor Virrey: »Considero el justísimo dolor que ha»brá ocasionado á V. R. y á esa santa »Comunidad la noticia infausta de »la lastimosa violenta muerte del R. »P. Presidente de las Misiones de So»nora Fr. Juan Chrisóstomo Gil de »Bernave. La pérdida de este Varon »Apostólico, que rindió la vida á im»pulso de su ardiente caridad, es dig»na del mayor sentimiento; y si bien »debe á todos consolarnos la consi»deracion de que hallaron en el Señor »Omnipotente la gracia y el premio »mas ventajoso las fatigas y fervien»tes deseos de aquel su zelosísimo Mi»sionero, que penetrado dulcemente »del amor á sus Neófitos, estaba re»suelto á acabar sus dias entre ellos, »segun lo afirmó, anunciándose acaso »su próxîmo fin, en carta escrita al »difunto Gobernador Don Mateo Sas»tre: no por eso dexarémos de sentir »el triste suceso que ocasionó su fal»ta, cumpliendo con los movimientos »propios de la humana naturaleza, »pero conformándonos al mismo tiem»po con la voluntad divina.

»Segun los avisos que me ha »dado el Teniente del Presidio, no »está comprehendida toda la Nacion »de Indios Tiburones en el sacricidio »executado, pues á porfia han mani»festado todos su dolor y ternura, »acreditándolo en las diversas demos»traciones de sentimiento con que die»ron sepultura al cuerpo de su Padre »Misionero, regando sus cenizas con »lágrimas, cubriéndolas en señal de »su amor con una tienda de campa»ña, y finalmente exercitando en este »dolorosísimo acto la justicia de qui»tar la vida por disposicion del Go»bernador de dichos Indios á dos de »los cómplices que casualmente se »presentaron, quando estaban em»pleados en las expresadas lúgubres »demostraciones, como dando á en»tender, que de otra manera no po»dian desahogar sus ánimos genero»sos y compasivos, ni aterrorizar y »escarmentar á otros, sino con este »exemplo: cuyas noticias doy á V. R. »con la de que tambien he dispuesto

»se traslade el cadaver del Padre Presidente, con la decencia que corresponde, á la Iglesia ó Capilla mas »inmediata al lugar donde hoy está »enterrado, para que en parte mitigue su justa pena, rogándole y encargándole nombre inmediatamente »el Religioso que sea de su mayor »satisfaccion para la Presidencia de »las Misiones de Sonora, respecto á lo »mucho que importa al servicio de »Dios y del Rey el que haya un sujeto capaz de dirigirlas, y de llenar »el hueco del difunto.»

En cumplimiento de los órdenes de S. E. pasaron al sitio del Carrizal el Gobernador interino y el Señor Cura del Presidio de San Miguel de Horcasitas, por ser la Iglesia mas inmediata á él, y despues de seis meses hallaron la sepultura del difunto P. Fr. Juan Chrisóstomo todavia cubierta con una tienda de campaña, distinguida con una Cruz, y bien guardada de los Indios: y exhumando el cuerpo, que se halló consumido, notaron no exhalar los huesos ningun fastidioso olor, y los colocaron en una caxa prevenida al intento: en ella los conduxeron al dicho Presidio, y el Padre Presidente nuevo Fr. Joseph de Caxa, les pasó á los dichos Señores un Oficio en que les suplicaba, que permitiesen el que se les diera sepultura en la Iglesia de la Mision de los Ures, para que ni en la muerte quedaran separados de sus Hermanos: condescendieron los Señores, y convocados los Misioneros mas cercanos, los conduxeron á la Iglesia de la Mision, y el dia siete de Octubre les hicieron los funerales de cuerpo presente, enterrándolos en el lado de la Epístola en el Presbiterio; y aunque al siguiente año renovaron sus tiernos afectos, haciéndole con toda la solemnidad posible otras fúnebres honras, parece que tendrá mejor lugar su expresion en el que le corresponda, quando se haga la especial y piadosa memoria, que los buenos exemplos de este Padre le adquirieron, para la fama póstuma con que es venerado en aquella Provincia.

No será extravio de la historia el reflexar en la justicia que por tan enormes delitos padecieron los reos. Tres constan en los autos declarados, dos que por cómplices en ellos, mandó el General de la Isla que les quitasen las vidas, y el otro, que como mas culpado, intentó la fuga arrojándose al mar, pero cogido fue presentado al Juez del Presidio, y despues de tres años murió impune de sus delitos; de suerte, que la causa de los dos juzgada por los Indios, en pocas horas fue bien averiguada, sentenciada y executoriada; y la del otro, aunque estaba convencido, y sin apremio alguno, le habia confesado al Gefe Español, que él habia matado al Padre á pedradas, ni pasados algunos años llegó á estado de sentencia. Esta reflexîon hace venir á la pluma la obseva cion que Pedro el Grande, Czar de Moscovia, hizo poco ántes de morir, sobre la ventaja que los Turcos hacen á los Christianos en la administracion de la Justicia: pues quandó para aquellos, dos ó tres dias son bastantes para terminar el proceso mas importante, entre los Católicos qualquiera causa se demora muchos años; pero reduciendo la materia á las criminales, aunque es cierto que la procrastinacion en ellas, suele ser madrastra de la Justicia, y que por abreviarlas pueden no ser bien averiguadas; pero hay algunas tan atrozes é intergiversables, que por su misma enormidad, tambien los Christianos las determi-

nan en pocos dias. Recien cometido un delito y crimen de especial sevicia y fealdad, los Jueces zelosos se enardecen, y aunque no haya parte que pida, el Público irritado clama, y con facilidad se descubren los delinqüentes, y se averiguan los delitos, conspirando todos á la mas severa vindicta.

De estos violentos impulsos consideró el Señor Fiscal penetrados los corazones de aquellos Indios, y en vista de su resolucion dixo: »que ilus»trados con las luces naturales habian »acreditado en ella los varios senti»mientos que esta fatalidad hizo na»cer en sus corazones, siendo uno de »ellos el que el General de la Isla »mandara quitar las vidas sobre el »campo á los dos cómplices en la »muerte del Religioso, que en él se »presentaron: como que de otro modo »no podian desahogar sus generosos »compasivos afectos sino con tan ri»guroso castigo, ni satisfacer y ven»gar aquel territorio ofendido sino »con aquel pronto escarmiento.» Pero como tales procedimientos no les tolerara derecho alguno sino en casos muy extraordinarios, pidió que al reo preso se le substanciase la causa en toda forma, y prescribió una instruccion tan prolixa, y casi impracticable en aquellas tierras y circunstancias, por lo que al juicio humano pareció que por su demasiada lentitud, su demora fue la que hizo que despues de mucho tiempo muriera el reo sin que la causa se sentenciara; pero los efectos hacen pensar que esta providencia fue dictada primero en el reservado é inexcrutable gabinete de la divina clemencia; porque en la dilatada prision de aquel Indio, su bautismo, que era muy dudoso, se aseguró por el Cura del Presidio, despues de bien catequizado; pues desde que entró en ella, ó ya por faltarle el continuo exercicio corporal en que vivia, ó la frugalidad de los alimentos agrestes en que se nutria, se fue consumiendo por una atrofia que lo extenuó y confirmó phtisico, logrando en sus síntomas la asistencia continua de un Misionero, que no lo desamparó hasta el último suspiro, el que le administró todos los Sacramentos, y quedó con mucho consuelo de verlo morir con todas las disposiciones de un buen Christiano.

CAPÍTULO XIX.

Renúnciase el Hospicio de nuestra Señora del Destierro, que el Colegio tenia en la Ciudad de la Puebla.

QUANDO son grandes los empeños no se debe caminar en ellos á ojos cerrados, porque es ley de la prudencia el que se pesen las dificultades en las balanzas de la razon, para proporcionar con su arduidad las fuerzas; pues no pocas veces se ha visto que siendo mas poderoso el peso que el que lo lleva, ha quedado debaxo de él oprimido, y en lugar de la felicidad que se prometia, ha padecido extragos é ignominias. Estas reflexiones deben ser las sólidas maximas en cuya ponderacion y equilibrio se han de discernir los varios sucesos en que desde el año de setenta y dos se fue empeñando el Colegio: porque fueron de tanta gra-

vedad sus revoluciones y movimientos, que lo alteraron desde su centro hasta sus últimos extremos, sin quedar indemnes los fundamentos en que estriba su esencial Instituto.

Considerábanse las fundaciones de nuevas Misiones en los rios Colorado y Gila tan próximas y expéditas, que ni se dudaba en ellas, y era preciso proverlas de Ministros; y aunque el año de setenta habia venido una Mision de España con que se reforzó el Colegio con treinta y cinco Sacerdotes y dos Legos, no obstante que algunos no pudieron soportar la regularidad y ministerio, y que los mas han desempeñado el de las Misiones de Infieles, trabajando y muriendo gloriosamente en ellas; pero en aquellas circunstancias se necesitaban muchos para prover las Misiones que se esperaban, y que en cada una hubiera dos Misioneros; con este respecto en el Capítulo Guardianal que se celebró por Febrero del año de setenta y dos, se promovió seriamente la renuncia del Hospicio de la Puebla, que deseaba el Colegio con eficacia.

Desde el año de setecientos treinta y dos, que en esa Ciudad se hizo la célebre Mision que se refiere en la primera parte de la Crónica Apostólica, se renovaron los antiguos afectos con que desde la venida de los Misioneros á este Reyno, y en varias ocasiones pretendieron sus Nobilísimos Cabildos la fundacion del Colegio, y en la de dicha Mision se contentaron mientras se conseguian las licencias necesarias, con la de un Hospicio; y como el Señor Obispo era tan amartelado de los Misioneros, se hizo agente del negocio, coadyuvado de los Señores del Cabildo Eclesiástico, y del de la Nobilísima Ciudad y demas informes, y obtuvo la licencia para que se estableciera. Á este fin franqueaba S. Illmá. varias Iglesias de las que dentro de la Ciudad y en sus suburbios tenia subordinadas á la Mitra, pero el M. R. P. Comisario General de estas Provincias hizo empeño, y envió para conseguirla á la Puebla al P. Guardian del Colegio, para que pidiera una antigua Hermita distante legua y media de la Ciudad, con la advocacion de nuestra Señora del Destierro, sin mas cómodo ó interés que recobrarla para la Religion, por haber sido Rancho del Venerable Padre hoy Beato Fr. Sebastian de Aparicio, y conservarse en él la piadosa memoria de su santa vida, y de las mercedes que en él recibió del Cielo y de María Santísima.

Fue á los Religiosos irresistible este empeño, y tuvieron que padecer no solo la incompatibilidad del sitio con las tareas de su ministerio, por la distancia larga y peligroso camino, sino tambien las incomodidades de carecer de agua, estar en un suelo arenisco, y expuestos á no tener socorro en sus enfermedades, y necesitados de un todo. Estos desconsuelos llegaron á lo sumo el año de quarenta y quatro, porque esperando la licencia para fundar el Colegio y mudar Hospicio, se previno todo en la Corte, y aunque no vino la licencia, vino Cédula de S. M. en que mandaba que no se removiesen los Religiosos de dicho Hospicio, hasta que S. M. no determinase otra cosa: mayor fue la congoja quando ya vino la Cédula y Licencia para la ereccion del Colegio, dada en el Buen Retiro en veinte de Marzo del año de cincuenta; pues se concede que los Misioneros hagan la fundacion, pero que sea precisamente en la referida Hermita de nuestra Señora del Destierro.

Luego que el Presidente del Hospicio tuvo la noticia de una condicion tan incómoda, la avisó al R. y V. Discretorio del Colegio, renovándole la memoria de los gravísimos inconvenientes que de ella se seguian; pero no teniendo arbitrio en tan duro paso, se le ordenó que luego que recibiera la Cédula, se la llevara ante todas cosas al Illmô. Señor Obispo, y no saliera un punto de lo que le mandara. Así lo executó luego que le vino la Cédula, y leyendo en ella el Illmô. Señor la sobredicha condicion, dixo: »que con ella no queria que se »fundara el Colegio; pues para tener »quien predicara en su Obispado, re»curriria al Colegio de la Cruz, ó de »San Fernando, y lo tendria; que »para donde necesitaba los Misione»neros era para la Ciudad.» Muy diverso de éste fue el dictamen del M. R. P. Comisario General, pues llevándole el Padre Presidente la Cédula y respuesta del Señor Obispo, y exponiéndole de nuevo los gravísimos inconvenientes que eran insuperables en la fundacion, rompió este gordiano nudo con la espada de la obediencia, »mandándole en virtud de ella, y »pena de excomunion mayor reserva»da, que no diera paso que no fuera »para efectuar la fundacion en el sitio »en que se hallaba, y que por ningun tí»tulo lo desamparara: que el Rey man»daba se hiciera en él; y de allí á qua»tro ó cinco meses, que ya estaria in»clinada la voluntad del Señor Obis»po, se le daria el pase á la Cédula, »y se plantaria la fundacion, como »estaba determinada.»

Estaban muy distantes de estos designios los del Señor Obispo, y mas la inclinacion de su voluntad á la del M. R. P. Comisario, pues quando esperaba cinco meses para inclinarle á sus arbitrios, S. Illmâ. no esperó á ellos para informar al Rey nuestro Señor sobre los dichos inconvenientes, y siendo las razones de este informe eficaces pruebas que justifican los procedimientos de los Religiosos, interesa mucho á su honor el transcribir á esta Crónica tan noble y superior pieza.

Informe del Illmô. Señor Arzobispo, Obispo de la Puebla.

Señor: »Habiendo reconocido »el Pastoral zelo del V. R. Obispo de »esta Diócesis Don Juan Antonio de »Lardizabal mi antecesor el gran be»neficio que resultaba á ella de que »los Religiosos Misioneros Apostóli»cos del Órden de San Francisco »fundasen un Colegio en las cerca»nias de esta Ciudad, para que per»petuamente misionasen en todos los »lugares de este vastísimo Obispado, »destinando para su sitio una Hermi»ta en que se venera nuestra Señora »del Destierro, que está á mas de le»gua de esta Capital, mansion que fue »del Venerable Siervo de Dios F. Se»bastian de Aparicio; suplicó á V. M. »se dignase de conceder la licencia »para ello: lo que tambien pidieron »los Cabildos Eclesiástico y Secular »de esta Ciudad, haciendo constar »por los informes de los Superiores »de las Religiones que hay en ella, »no ser de perjuicio, ántes sí de mu»cho útil la fundacion, á que asímis»mo cooperó el Marqués de Casa»Fuerte, Virrey que era entónces de »esta Nueva España, instruido de los »provechosos oficios que hacen estos »Religiosos: y habiéndose visto este »negocio en vuestro Consejo de In»dias, se mandó que yo informáse »como Prelado de esta Iglesia, lo que »practiqué, no solo con la instruccion »de los antecedentes de esta materia,

»sino con el experimental conoci-»miento de la mucha utilidad que re-»sulta á las almas de toda esta Dió-»cesis con el exercicio de las Misio-»nes, y principalmente en los lugares »mas distantes, donde por haber solo »los Ministros necesarios para la ad-»ministracion de los Santos Sacra-»mentos, era mas copioso el fruto, y »mas preciso el que se reiterase este »extraordinario socorro.

»Pero al mismo tiempo informé »á V. M. que aunque las anteriores »postulaciones se habian dirigido á »que estos Misioneros Apostólicos es-»tablecieran su Colegio ó Convento en »la referida Hermita, me ha parecido »mas conveniente fuese dentro de es-»ta Ciudad, ó en los suburbios de »ella, por haber experimentado y re-»conocido ocularmente, que en el si-»tio de dicha Hermita no se ha po-»dido conseguir agua corriente, aun-»que para conducirla se ha gastado »gran cantidad de dinero; y princi-»palmente, porque estando estos Reli-»giosos retirados á mas de legua de »distancia, no podian exercitar el mi-»nisterio del confesonario, ni dentro »de su misma casa, ni para los mori-»bundos quando fuesen llamados, con »otras razones que expuse en mi cita-»do informe: y porque la gran piedad »de V. M. en su vista, y de los pro-»cedentes, se dignó por su Real Cé-»dula de veinte de Marzo de este pre-»sente año, refrendada de Don Juan »Antonio Valenciano, de conceder li-»cencia para la fundacion de dicho »Convento ó Colegio de Misioneros »Apostólicos, con la calidad de que »haya de establecerse precisamente en »la referida Hermita; debiendo ante »todas cosas dar á V. M. las mas re-»verentes gracias por el beneficio que »resulta á esta mi Diócesis de tan »apreciable merced, en que tanto res-»plandece su soberana clemencia, y »católica atencion en prospecto de es-»tos Vasallos, y del aumento de nues-»tra Santa Religion.

»Mas considerando que su fervo-»rosísimo zelo siempre aspira al mas »ventajoso fruto de las almas, y que »desea ser informado de los medios »y modos para su adelantamiento, he »juzgado por efecto de mi obliga-»cion, el hacer nueva súplica con el »mayor rendimiento á V. M. para que »la gracia de la fundacion se extien-»da á que pueda ser en esta Ciudad, »ó en sus suburbios, como mas útil »y provechosa, reproduciendo lo ex-»puesto en mi antecedente informe, »que vuelvo á recomendar á su altí-»sima consideracion, con la confianza »de merecer su Real agrado: pues no »solo me alienta á repetir esta ins-»tancia mi propia obligacion, sino el »universal clamor de este vecindario, »por el mayor consuelo que tendrá »fundándose el Colegio Apostólico en »esta Ciudad, para lograr de cerca los »buenos oficios que practican estos »Religiosos en la direccion de las al-»mas, exercicio de confesonario y púl-»pito: siendo muy atendible el que á »ellos les será de especial convenien-»cia, tanto por el motivo referido de »no haberse podido conseguir la agua »corriente en el sitio de la Hermita, »y afianzarse mejor el socorro de las »limosnas de que se mantienen vi-»viendo dentro de la Ciudad, pues »serán mas copiosas á vista de sus »loables ocupaciones y tareas en ser-»vicio de los vecinos, como porque »estando fuera será motivo á que pa-»dezcan alguna relaxacion de su es-»trecho Instituto; pues en tiempos de »lluvias así los Religiosos Limosneros, »como los Sacerdotes que fueren lla-

»mados para Confesiones ó Sermones, »se hallarán precisados, por no poder »el mismo dia volver á su Colegio, á »pernoctar en casas particulares, que »es cosa muy reparable: Cuyos moti- »vos, por ser concernientes al bien »público, y á la misma Religion, me »persuado tendrán el aprecio corres- »pondiente de la soberana clemencia »de V. M. los que aunque anteceden- »temente no se pulsaron ni tuvieron »presentes, no por eso dexan de ser »recomendables, pues la ignorancia »humana no puede tener aciertos per- »fectos, y en todas materias el tiempo »y la experiencia descubren inconve- »nientes, que ántes la mas cuerda »aplicacion no pudo discurrir. Nues- »tro Señor guarde la vida de V. M. »muchos años en el aumento de ma- »yores Reynos y Señoríos, para pro- »teccion de éstos, que quanto mas dis- »tantes, son mas acreedores de su Real »benevolencia. Puebla de los Angeles »y Noviembre veinte y uno de mil »setecientos y cincuenta.»

Con todo este tan expresivo informe, no pudieron vencerse las oposiciones que tenia la fundacion del Colegio dentro de la Puebla, y hicieron que calmase la favorable aura que la impelia, en cuya inaccion se fue demorando diez y ocho años, hasta que la urgente necesidad de Religiosos que debian ocuparse en las Misiones de Infieles, le hizo al R. y V. Discretorio arbitrar la renuncia del Hospicio para tener mas Operarios. Con este designio le remitió Poder al Comisario que del Colegio se hallaba en Madrid, pretendiendo una Mision de quarenta Misioneros, para que la promoviera en el Supremo Consejo de Indias; y consultando con el Rmò. Padre Comisario General, se echaron ménos los documentos necesarios, no siendo el de menor peso el informe del Illmò. Señor Obispo, por cuyo influxo y medios se habia erigido el Hospicio, y así no pudo dar paso en el negocio. En ese tiempo mandó el Rey nuestro Señor que se suspendiese el Oficio del Comisario General de estas Provincias, y pudo el Discretorio inmediatamente proponer la renuncia al Señor Obispo, representándole lo muy gravoso que le era al Colegio la conservacion del Hospicio, y exponiéndole con individuacion y claridad las razones que despues de quarenta años tenia para renunciarlo.

Eran todas visibles, pues le era preciso mantener en él cinco Religiosos supernumerarios al número de su Comunidad: que en él no se podian emplear en los ministerios y obligaciones del Instituto: que por la incomodidad del sitio, falta de la agua y distancia de la Ciudad, sin lograr los fines del Instituto, resultaban muchos inconvenientes, y suma incomodidad de transitar aquella distancia con trabajo en todo tiempo: que por ella misma estaban los Religiosos destituidos de los socorros en sus enfermedades, y mucho mas en las violentas: que para asistir á las urgencias espirituales á que eran llamados de la Ciudad, no teniendo en ella otro Hospicio, les era muy penoso el ser molestos ó al Síndico, ó á otros Conventos, y mas el comer y pernoctar en las casas del siglo: que estando el Colegio obligado á enviar Ministros á las Misiones que tenia á su cargo en las Provincias de Cohaguila, Texas y Sonora, no podria hacerlo sin causar al Rey nuestro Señor nuevos gastos para la conduccion de Religiosos, acabando S. M. de costear la de treinta y ocho Misioneros que vinieron el año de setenta. Extendidas estas y otras razo-

nes, le suplicó el R. y V. Discretorio á S. S. Illmâ. á nombre de todo el Colegio, que atendidas se sirviera de admitir la renuncia que rendidamente le hacian, en la mejor forma y manera debida, del sobredicho Hospicio, mandando retirar á los Religiosos, y recibiendo baxo de su Pastoral cuidado la Iglesia, Fábrica y demas aumentos que habian adquirido, para cuyo efecto se desistian y apartaban de qualesquiera pretension, derecho, posesion y favor que hasta entónces hubieran tenido; para cuyo efecto y execucion le dieron el Poder suficiente al Padre Presidente del mismo Hospicio, ordenándole que sin reserva alguna entregara la Iglesia, Sacristia, Libreria, y todo el menage y provision que pudiera haber en la casa y oficinas. Fueron para el Illmô. Señor Obispo de tanta eficacia las razones del Discretorio, que en virtud de su renuncia, expidió el dia veinte y siete de Mayo el decreto, para que su Provisor pasase el dia treinta á recibir la Iglesia y Casa, lo que S. Illmâ. participó al Discretorio en la siguiente Carta.

Muy R. P. Guardian y Venerable Discretorio. »He recibido la que »con fecha de veinte y siete de Fe»brero me dirigieron VV. RR. y »atendiendo entre las muchas y jus»tas razones que en ella exponen, »muy principalmente á la de que sin »causar al Rey nuestro Señor nue»vos gastos en la conduccion de mas »Religiosos, no pueden continuar los »que aquí habitan el Hospicio de »nuestra Señora del Destierro, aliás »el Venerable Aparicio, extramuros »de esta Ciudad, por ser necesarios »en ese Colegio Apostólico para las »Misiones de su cargo, que es el fin »principal de su sagrado Instituto: »en vista asímismo del poder que »en seis del propio mes de Febrero »confirmaron VV. RR. al R. P. Pre»dicador Fr. Joseph Pinilla, Presi»dente del propio Hospicio, y del Me»morial que éste me presentó con el »mismo Poder, he venido en admitir, »como lo executé por decreto de vein»te y siete de Mayo último, la renun»cia en forma que á nombre de todo »ese sagrado Colegio ha hecho este »Religioso del referido Hospicio, en »cuya conformidad, y consiguiente á »la comision que dí para el efecto, »verificó la entrega de su Iglesia y »Casa, lo que participo á VV. RR. en »contestacion á su citada.

»El haber desamparado VV. »RR. su habitacion de pie fixo en »esta Diócesis por los verdaderos mo»tivos que me han insinuado, y les »executan á ello, no me será impe»dimento para manifestar las veras »con que siempre amo á ese santo há»bito, y baxo de este principio me »será de particular gusto el que se »me presenten freqüentes ocasiones »de complacer á VV. RR. y á toda »esa santa Comunidad. Nuestro Señor »guarde á VV. RR. muchos años. Pue»bla y Junio cinco de setecientos se»tenta y dos. B. L. M. de VV. RR. su »mas afecto y seguro Servidor. = El »Obispo de la Puebla de los Angeles.»

Deuda muy justa es reconocer y gratificar con perpetua memoria la constante y generosa estimacion que la Nobilísima Ciudad de la Puebla hizo siempre de los Misioneros. Desde los Illmôs. Señores Obispos, y su muy Ilustre Cabildo: desde los Señores Gobernadores, y su Ilustre Magistrado: desde sus Nobilísimos Republicanos, hasta los mas humildes de su Plebe, no descaecieron en quarenta años de beneficiar con honores, y socorrer con

limosnas á los Padres Apostólicos, sin haber tenido en tan largo tiempo necesidad de contraer empeño alguno, ni faltarles limosnas por Misas, y las gratuitas para su religiosa subsistencia. La proteccion divina los preservaba para que en tan largo tiempo no hubieran dado motivo alguno que pudiera ser de ofensa ó escándalo, y de vituperio á su ministerio, y los auxîliaba para que por su buena doctrina y exemplo fuera de todos muy sentido su retiro, por lo que no faltaron muchos que pretendieran impedirlo.

Era el Hospicio freqüentado de personas que querian hacer confesiones generales, ó retirarse á espirituales exercicios, y mas en el tiempo del cumplimiento de la confesion anual, en que concurrian muchos de ambos sexôs, siendo necesario darles de comer para que pudieran estar á la tarde, para que fueran confesados. No solo de la Ciudad, sino tambien de los Cortijos y Ranchos pedian Padres para confesarse y disponerse á morir con consuelo; tambien de los Conventos de Religiosas tenian de los Misioneros, Padres espirituales que iban á confesarlas y dirigir sus almas: á nadie se le negaba el consuelo ó desahogo de sus conciencias, ni se le limitaba el tiempo: porque en la Ciudad tenian los Padres otro Hospicio de igual satisfaccion, que la que pudieran tener en las casas de sus Padres, que era la de su Síndico Apostólico D. Francisco de Larrasquito, que con mucho amor los abrigaba, regalaba y asistia, y aun despues de su fallecimiento no les faltaron los mismos beneficios, que dexó vinculados en la piedad de sus legítimos y leales hijos, como educados en sus santos exemplos, y en la caridad con que veneró á todos los Misioneros.

CAPÍTULO XX.

Renúncianse las seis Misiones de las Provincias de Cohaguila y Texas.

LA experiencia la práctica, y el tener entre las propias manos, y pesar por sí misma la carga que ha de llevar el aguila, hacen todo el mérito para que sea aplaudida y calificada su prudencia. Todas las aves le ceden en el denuedo y ardor con que hace la presa, porque ántes de levantar el vuelo la libra en el ayre, y prueba á corta distancia si puede ó no remontarse con ella, para no verse necesitada á largarla, y quedarse sin nada: muy poco aumentaban el número de los Operarios los que se habian restituido al Colegio del renunciado Hospicio, quando la labor que tenia que cultivar en las Conversiones de los Infieles, se le hacia ya insuperable, por lo que siendo siempre la prudencia realce del valor, pareció degenerar en cobardia al ver en el año de setenta y dos multiplicadas las renuncias de sus antiguas cargas.

Considerábanse ya insoportables, y así le ordenó el Padre Guardian y Discretorio al Padre Procurador de las Misiones que estaba en México, que le propusiera al Exmô. Señor Virrey la renuncia de las siete Misiones que el Colegio administraba en la Pimeria baxa, por ser Pueblos sin Gentiles, y ya aptos para entregarlos al Ordinario, con lo que sus Ministros

podrian internarse á la alta, que como frontera de su mucha Gentilidad, les ofrecia grandes empleos al zelo de su Apostólico Instituto. No desechó el Señor Virrey la propuesta, pero informándose del estado de aquellas Misiones y sus Indios, se le dixo, que no convenia por entónces ponerlas al cargo de Eclesiásticos Seculares, por lo que no tuvo lugar la súplica del Colegio.

Á esta negativa se le expuso de nuevo á S. E. que el Colegio tenia á su instruccion y cargo en las Provincias de Cohaguila y Texas seis Reducciones, y en ellas doce Ministros, y veinte y tres en las dos Pimerias; pues aunque sus Misiones eran quince, y otros tantos los sínodos de los Ministros, no habia podido desatender los clamores de éstos, que le representaban sus espirituales necesidades, y pedian el consuelo de Compañeros, estando las Misiones á grandes distancias unas de otras, y cargadas con muchos Pueblos de Visitas: por lo que se les habian enviado ocho Ministros supernumerarios, aunque sin mas equipage que el de la divina Providencia, y sin otro destino que el del consuelo de sus Hermanos, y de la instruccion de los Neófitos y Catecúmenos dispersos por tantos Pueblos, á la que no podia satisfacer estando un Ministro solo. Pero que por este modo no hallaban el Guardian y Discretorio el de continuar en la indispensable regularidad y observancia de sus Bulas, en el preciso exercicio de las Misiones de Fieles, dificultando el cargo de tantas Misiones, y crecido número de Misioneros repartidos en tan distantes Provincias, ni le sería ménos dificil poder mantener un fixo número de Misioneros instruidos y útiles, para reemplazar los que fueran muriendo, ó por muchos accidentes se fueran imposibilitando para tan onerosos ministerios; por cuyas razones se veían compelidos á solicitar la dimision de algunas de tantas Misiones, y no teniendo lugar la que hacian de las de la Pimeria baxa, le suplicaban á S. E. los relevara de las seis de Cohaguila y Texas; pues no podian inferir incomodidad á los que las recibieran, por estar todas establecidas en Pueblos, con Iglesias de buena y permanente fábrica, y sobradamente abastecidas de Ornamentos y Vasos sagrados, con habitaciones decentes á los Ministros, y tener todos los Pueblos en comun suficientes labores, habilitadas con riegos, ganados y bienes de campo; y que aunque era cierto que por ser los mas Neófitos, y algunos Catecúmenos, no estaban en estado de secularizarse, ó erigirse en Curatos; pero que habiendo en aquellas inmediaciones otros Regulares en Doctrinas y Reducciones que pudieran hacerse cargo de su administracion, quedaran los Misioneros del Colegio unidos á un solo rumbo, y aumentados en el número que exîgia la aptitud para adelantar en la Pimeria alta, y en la vasta Gentilidad que le es fronteriza, nuevas y grandes conquistas. Á esta instancia respondió el Señor Virrey por un Oficio dirigido al Procurador del Colegio, que indemniza su proceder de toda calumnia, y por eso es necesario se traslade á la letra.

»Atendiendo á las justas consideraciones que me representó V. R. »para solicitar se exônerase á su Co»legio de Propaganda Fide de la San»tísima Cruz de Querétaro de la ad»ministracion y asistencia espiritual »de las seis Misiones que administra »en las Provincias de Cohaguila y »Texas, con el objeto de que se pue-

»dan emplear el corto número de los »Religiosos que lo componen en las »de la Pimeria alta y baxa, que están »igualmente á su cargo, y nuevas »conquistas, ó establecimientos de »otras en los márgenes de los rios Colo»rado y Gila: para poder condescender »en ello he pasado los correspondien»tes Oficios de ruego y encargo á los »RR. PP. Provincial de Guadalaxara, »y Guardian del Colegio de Nrâ. Srâ. »de Guadalupe de Zacatecas, á fin de »que me avisen si se hallan en dis»posicion de tomar respectivamente »á su cuidado las dichas seis Misio»nes de ambas Provincias, por la pro»porcion que la corta distancia faci»lita para ello, y convenir así al ser»vicio de Dios y del Rey, lo que avi»so á V. R. para su inteligencia.»

Entendido el Padre Guardian de los Oficios que el Exmô. Señor pasaba á los dichos Prelados, juzgó de su obligacion y política prevenirlos con el aviso del Superior decreto, por haber dimanado de decirle al Procurador del Colegio, que no se admitiria la renuncia de las seis Misiones, si no se les administraban Ministros idoneos y á su contento, á lo que respondió, que no habia otros en aquellas inmediaciones, que los de la Santa Provincia de Guadalaxara, y los del Colegio Apostólico de Zacatecas, y que se les propondria la renuncia para que dixeran si podian admitir las Misiones. Efectivamente se les escribió á ambos Prelados, y con la mayor lisura se les dixo que viesen y pesasen si les estaria bien el admitir las Misiones, y se sirviesen de avisar su resolucion, para proceder á su renuncia. Ambos Prelados respondieron estar prontos para recibirlas, y aunque esto le era mas dificil al Colegio de Zacatecas por estar bastante cargado de otras Misiones, ni expuso razon alguna para no recibirlas, como se le decia á la parte del Colegio, ni tampoco al Exmô. Señor Virrey, sino que en las dos contestaciones dixo estar dispuesto á aprontar los Ministros que las recibieran, en cuya vista expidió S. E. un Oficio al Procurador del Colegio en los siguientes términos, que dexan indubitable el intento.

»Aprobadas por mí, á conse»qüencia del dictamen del Señor »Fiscal, las ofertas que han hecho »los santos Colegios de Guadalaxara »y Zacatecas, de recibir las Misiones »que administra el de V. R. en las »Provincias de Cohaguila, nombra»das San Bernardo y San Juan Bau»tista, y asímismo las tituladas San »Antonio, nuestra Señora de la Con»cepcion, San Juan Capistrano y San »Francisco en la de Texas, he pasa»do con esta fecha los correspondien»tes Oficios á los RR. Prelados de los »citados Colegios, para que en consi»deracion á lo que urge el efectivo »cumplimiento de estas utilísimas pro»videncias, como que en ellas se inte»resa el bien de los Indios Gentiles, »la tranquilidad de los paises inter»nos, y conseqüentemente el servicio »de Dios y del Rey, remitan respec»tivamente con la posible brevedad »á las referidas Misiones el número »de Religiosos con que están dotadas, »eligiendo los de su mayor confianza »para que las reciban de sus actuales »Ministros con la formalidad que cor»responde, y baxo el preciso inven»tario de lo espiritual y temporal de »cada una, en que se han de incluir »las personas de todas clases que ten»gan.»

Quando con el aviso de esta Superior providencia se contribuia por parte del Colegio á la pronta exe-

cucion de ellas, sobrevino en México una nueva pretension del Sargento, Cabos y Soldados del Presidio de San Juan Bautista del rio Grande, que presentada á su Capitan, éste la remitió al Exmô. Señor Virrey, informando que la Tropa y vecindario se le presentaron con la peticion que incluye, en que decian: que habiendo llegado á su noticia el que se pretendia entregar las dos Misiones de San Juan Bautista y San Bernardo, como tambien las quatro del rio de San Antonio, fundadas y administradas por los Padres Misioneros de la Santa Cruz de Querétaro, y constándoles por larga experiencia y casos prácticos, lo sensible que les es á los Indios de ellas el desamparo de los que verdaderamente habian sido sus Padres, no dudaban el que con la mudanza de los Ministros se experimentaria la pérdida de las Misiones. Probaban sus temores con la experiencia de la Mision de la Punta, que entregada, al punto se despobló, y en el dia andaban sus Indios dispersos; á lo que añadian otros temores, y proponian para impedir la renuncia diversos arbitrios.

Remitido el negocio al Señor Fiscal, dixo que era necesario oír al R. P. Guardian del Colegio, para que informara lo que habia sobre la solicitud del Capitan y demas de la Tropa y vecindario de aquel Presidio. Tenia el expediente visos de una cábala ultronea, ó negociacion secreta, y le fue fácil al Discretorio demostrar que la sensibilidad que en él se les atribuía á los Indios, era muy contraria á su genio, siendo su ingratitud tan notoria, que quando los Padres los han querido arreglar á su primera educacion y coartar la libertina vagueacion, ú otros excesos, han intentado pedir al Superior Gobierno Curas Clérigos que les administraran, olvidados de que los Misioneros los habian criado con afanes y trabajos; y que en el caso de que hicieran fuga, tiene S. M. dotado aquel Presidio para contenerlos, la que no era temible por la mudanza de Ministros, pues solo era muy accidental, y ántes se alegrarian, por ser conforme á su genio novelero, y mas si esperaban tener mas interes ó ménos sujecion á la doctrina y trabajo: que fue lo que perdió á los Indios de la Punta, y mucho ménos se podia recelar en los de las Misiones de San Antonio, siendo los Ministros del mismo Instituto, y llevando el mismo gobierno con los Neófitos y Catecúmenos.

Con estas y otras evidentes razones que se expusieron á S. E, ordenó: »que sin embargo de las contra»rias oposiciones, se efectuara la en»trega de las Misiones que el Colegio »administraba en las Provincias de »Cohaguila y Texas, mandando á los »Gobernadores de las dos Provincias »que por sí, ó por medio de una per»sona de su satisfaccion, concurrie»ran á estos actos, y facilitaran los »auxílios necesarios, de que le debian »dar cuenta. Igualmente ordenaba á »los RR. PP. Provincial de Guada»laxara y Guardian de Zacatecas le »enviasen los inventarios firmados de »los Religiosos que entregaran y re»cibieran, quedando precisamente un »tanto de ellos en cada Mision, con »las propias formalidades y autori»dad, para los casos que ocurran, y »para que en virtud de estos docu»mentos pudieran librarse los síno»dos á favor de los respectivos Cole»gios.» Conforme á estos Superiores órdenes, les envió el Venerable Discretorio sus relativas instrucciones,

para que arreglados los Misioneros á ellas, se verificara la entrega de las Misiones con la formalidad debidas: segun ellas debian los Presidentes concurrir con los Religiosos comisionados por sus Prelados, y los Gobernadores ó sus Delegados, para que á vista de ojos y con individualidad se hiciera y autorizara la entrega por inventarios; y con esta eficacia se practicó la de las seis Misiones, dándole á todos sus actos el mas plausible aprecio la paz, armonía y fraternal union de todos los Ministros, sin que se hubiese ofrecido ni el mas leve disgusto, reyerta ni travacuenta, con lo qual quedaron todos satisfechos, y los del Colegio de la Cruz tomaron el camino para su Seminario.

No es fácil comprehender como al paso que á los Misioneros les han costado fatigas, trabajos y peligros la reduccion de los Gentiles, y la instruccion de los Neófitos, les cobran mas amor, y crece en sus corazones la mayor ternura y cariño; pero mas dificil es expresar el dolor y sentimiento que tienen para separarse de ellos, ó considerarlos ya de sí separados: por eso son inexplicables los que tuvieron los Ministros que desprendian de aquellas Misiones sus afectos, y los que sintieron muchos que habian derramado sus sudores en los rios, montes y breñas de donde los habian sacado para unirlos al gremio de la Iglesia; pero entre tan dolorosos sacrificios tenian el poderoso consuelo de que para iluminar sus almas, que estaban de asiento en las tinieblas de la infidelidad, y proporcionarles los medios que en salud y enfermos les facilitaran la perseverancia en la Fe de Jesuchristo, habian esmerado su zelo y desvelos por llenar con una caridad desinteresada todas las funciones, exercicios y laboriosas tareas de su apostólico ministerio. Por esta razon solo se deben resuntar aquí los Padrones de las Misiones, y Libros de bautismos que comprueban haberse bautizado en el tiempo que los Misioneros del Colegio de la Cruz exercieron su ministerio en aquellas dos Provincias, diez mil doscientos quarenta y quatro Indios, sin incluir mil y setenta y un Españoles, en la administracion del Presidio de San Juan Bautista, ni de otros de las demas Misiones: haberse casado *in facie Eclesiae* novecientos treinta y nueve, y sepultado seis mil quatrocientos treinta y quatro: y quedar vivos y existentes en las seis Misiones un mil sesenta y quatro, que prospere el Señor para su mayor gloria.

Estos eran los frutos de las excursiones apostólicas que los Misioneros hacian por los montes en busca de aquellas errantes ovejas; pues aunque quando se les pusieron las Misiones, eran de alguna consideracion sus Naciones, pero los carniceros lobos de los Apaches las insultaban sin intermision, y hacian en ellas tan sangrientos destrozos, que las obligaron á retirarse por diversos rumbos y en diversos trozos hácia las costas del mar, sin que haya quedado porcion alguna que pueda llamarse cuerpo de Nacion. Si hay desde el desemboque del rio Grande hasta el de San Antonio Indios de diversos idiomas, pero en cortas Rancherias repartidas por las orillas de los rios, lagunas ó islotes del mar; pero sin coleccion ni dependencia alguna. En esta confusa dispersion alivian los afanes de los Misioneros ellos mismos; pues despues que han estado algunos en la Mision, dan noticia de otros sus parientes ó vecinos, y los Padres los en-

vian con algunos regalitos, para que les quiten el miedo que tienen á los Españoles, y los animen á venirse á las Misiones; y sabiendo el parage donde se abrigan, vá el Padre y los acaricia, los instruye, regala y atrae á la Mision: de suerte que pocas veces sucederá el que no traiga por delante el premio de su trabajo: para este logro es el mas oportuno tiempo el del fin del Invierno, por estar entónces destituidos de todos los socorros que les dá el campo en sus frutas silvestres y animales, y que les dan los rios en sus pezes, y así se hallan en tal indigencia, que apenas tienen unas raizes muy amargas, que ponen al fuego para su preciso alimento, y como el Padre les lleva pinole de maiz, frixol, cecina y alguna ropa, se contentan de ver comer á sus criaturas, y cubrir á sus mugeres, y que todos salgan de tan extremosas necesidades, y se conforman con el Padre para reducirse á las Misiones.

No contribuye poco á su espiritual bien el ignorar estos Indios casi quanto podia ser en su mal: no tienen idea alguna de religion, ni conocen á Dios; pero sí tienen indecible miedo al Demonio, que con el nombre de Misuri, y en horribles figuras dicen que los persigue en los montes: no saben lo que es idolatria, y aunque tienen algunas débiles supersticiones, despues del catequismo se rien de ellas: no tienen especie alguna de la embriguez, y es raro el que tiene dos mugeres; por lo que se puede decir, que su vida es puramente de animales, vagantes por las riberas de los rios y las playas del mar, expuestos á las crueles epidemias del sarampion y de las viruelas, como á las plagas de otras feas enfermedades que suelen dexar asoladas las Rancherias. Es verdad que no se libertan de todas ellas con venirse á las Misiones, pero en ellas se logran sus almas, y los Misioneros personalmente les sirven como verdaderos Padres, solicitándoles las medicinas y alimentos, sin desampararlos hasta la última agonia: á lo que los compele no solo la caridad y amor del próximo, sino tambien el genio pacato, dócil y humilde con que siempre se han sujetado á todo aquellos Indios, sin que en quarenta años se haya experimentado que por ningun motivo haya alguno de ellos atentado no solo á matar, pero ni á faltarle al respeto á sus Ministros, pues la mayor demostracion de sus duelos ó sentimientos, es irse á los montes y andar vagantes, hasta que el Padre vá ó envia por ellos.

No se puede negar que han sido muy apreciables las calidades de estos Indios para el logro de sus almas, pero tampoco el que nada hubieran conducido á su reduccion y perseverancia, si los Ministros evangélicos no estuvieran amparados de las armas. La razon de esto ha sido universal en todas las conquistas de estos Reynos; pues aunque son admirables la rapidez y los sucesos con que catequizaron los primeros Misioneros á los habitantes de tantas Provincias en el corto espacio de pocos años, y pasme el que en él pusieran su pie y predicacion hasta casi lo mas remoto, sin las dificultades que hoy hay para sostener y subir á los límites que dexaron por memoria ó monumento de su espíritu y fatigas; pero tambien se debe considerar que esa rapidez seguia los movimientos de la que los Conquistadores tenian para descubrir las tierras y tesoros de plata y oro que se les informaba habia en las Provincias internas: la con-

seqüencia de estos anhelos lo era tambien de los mas ó ménos felices sucesos que tenian el zelo y fatigas de los Misioneros; porque donde se hallaban minerales ricos se establecian Poblaciones, y las armas domaban la ferocidad de los Indios, y hallando éstos en los Misioneros todos los efectos de una caridad apostólica, oían con gusto sus consejos, y se reducian y congregaban para ser Christianos.

Este fue siempre el método con que los primitivos Misioneros emprendieron sus primeras operaciones, que continuaron en todas la conquistas, y que ha calificado la experiencia. De suerte que los progresos del Evangelio en todos estos Reynos, siempre han seguido al de las armas, sin que se haya dado caso de que entrando los Misioneros apostólicamente y sin el resguardo de ellas, hayan podido establecer la Fe Santa, ni fundar Mision alguna, y si se ha visto que quando el zelo de algunos los ha animado á anunciar á los bárbaros el Evangelio, solos, ó se han vuelto á salir desengañados de no poder lograr fruto alguno, ó han logrado la felicidad de padecer y morir por Christo. Estos catástrofes se han visto desde el principio y en todos tiempos en las Provincias de Sonora, sus adyacentes y en las mas internas; pues como dixo un docto Escritor en su historia: »Es »verdad que la experiencia ha manifestado, que si estos bárbaros no son »tratados y conquistados con los rigores de la guerra, con facilidad se »apartan de la obediencia dada al »Rey, ó vuelven á las bárbaras costumbres de su gentilidad. Es innegable que mas breve conquista el Soldado con la espada, que el Misionero con el exemplo y la doctrina. »Desde que en estos Reynos se mandaron suspender las conquistas por »el rigor y fuerza de las armas, ha »sido muy poco el terreno que se ha »adelantado, y las Naciones que se »han reducido con infinitos trabajos, »y muertes de muchos Misioneros, no »tuvieron obediencia al Rey, ni amor »á la Religion, hasta que fueron tratadas y reducidas con la fuerza de »las armas.»

El respeto solo de éstas, y no el furor ni la fuerza, es el que imploran los Misioneros, pues sin él, no pueden permanecer las Reducciones, ya por la inconstancia genial de los bárbaros, ya porque quieren vivir en ellas con la licenciosa libertad y paganas costumbres de Gentiles; y si se les reprehenden, saben resistirse, y considerándose impunes, vengarse, injuriando ó matando á los Misioneros, y resultando de sus atentados el imposibilitarse su reduccion y remedio. Para impedir estos inconvenientes mantiene la piedad del Rey nuestro Señor con crecidos gastos muchos Presidios en las fronteras de este Reyno, y por eso sin haberse separado del método y reglas que observaron los primeros Misioneros, tienen los actuales muchas dificultades que no tuvieron ellos; porque no es fácil erigir Presidios en las tierras donde han hallado innumerables Gentiles, quando ellas no son aptas para mantenerlos, debiendo ser dotados de muchos Soldados y vecinos, que ni en muchos años pudieran subsistir sin imponderables gastos, como en el dia eroga en las Provincias internas el Real Erario.

CAPÍTULO XXI.

Método espiritual con que se han gobernado las Misiones.

La alma de la ley es la razon, no las palabras, y asistida de la razon, sin palabras, tiene la misma fuerza la costumbre: como á tal veneraba el Padre Presidente la que él y otros de los Misioneros que fueron á Sonora á recibir aquellas Misiones vieron practicar por institucion de los Padres antiguos en el gobierno espiritual y temporal de las Misiones de Cohaguila y Texas, y juntos se convinieron en observar como ley el método y costumbres que enseñados de la experiencia practicaron los primeros Misioneros. Para lograr el dicho Presidente Fr. Mariano Buena la seguridad de dicho método y su práctica, tuvo la ocasion de entrar á las Misiones el Illmô. Señor Visitador de todas aquellas Provincias Don Joseph de Galvez: y á este fin le expuso en un dilatado informe el infeliz estado en que en lo espiritual y temporal recibian aquellas Misiones, cuyos Neófitos habian olvidado el catequismo, y Doctrina Christiana en que los bautizaron, y estaban en la mayor miseria porla gran decadencia en que se hallaban sus Temporalidades; proponiendo el método con que podian gobernarse como las Misiones antiguas del Colegio, para inducirlos con suavidad y eficacia al logro de sus almas, y próvida economia de los frutos de sus tierras, con los que debian contribuir á sus viejos, huerfanos y enfermos, y abrir camino para atraer de las Naciones gentiles circunvecinas otros muchos, concluyendo que todos esos objetos solo podrian lograrse estableciendo en aquellas Misiones el gobierno espiritual y temporal con que se fundaron y conservaron las de Cohaguila y Texas.

Era la penetracion del Illmô. Visitador de un linze, que con ilustrada política penetraba á fondo las mas profundas intenciones, y los mas delicados proyectos, para dirigirlos á la conservacion y buena conducta de los hombres, y viendo por sí mismo la importancia de los que se le proponian, los adoptó no solo en el gobierno espiritual, sino que para el temporal mandó por decreto á los Comisarios Reales que habian administrado las Temporalidades de las Misiones, que las entregaran por inventarios á los Padres Misioneros, y á éstos les encomendó por un Oficio de ruego y encargo, que cuidasen de ellas hasta nueva disposicion; y fue efecto de la verdad con que se le habia informado, el que habiendo estado despues enfermo en la Mision de Ures siete meses, tuvo multiplicadas ocasiones de ver y comprehender el porte y conducta de los Religiosos, el método, zelo y catequismo de los Indios, y la próvida economia y distribucion de los bienes temporales y frutos que se cosechaban, y en tantos meses de residencia y ocurrencias de las Misiones ni tuvo motivo alguno para arrepentirse de lo que habia decretado, ni mudó cosa alguna que inmutara su gobierno: ántes sí informó al Exmô. Señor Virrey del acertado método espiritual y temporal con que los Misioneros gobernaban á aquellos Indios, y contribuian

á sus alivios hasta con parte de sus sínodos.

Este mismo método se le representó, despues de quatro años que se habia estado practicando, al Exmô. Señor Virrey, individuado en todas sus partes; y como la verdad ės la luz de las lucernas ardientes que el Soberano Maestro mandó á sus Discípulos tuvieran en las manos, para que sus buenas obras las vieran todos los hombres, no conducirá poco á la edificacion comun el que todos sepan las que los Misioneros practican en el cultivo espiritual y temporal de aquellos Indios, segun se expresan en los informes que el año de setenta y dos se le hicieron á S. E. y dicen: »Los »actuales Misioneros han puesto mu»cha solicitud en reparar y fabricar »algunas Iglesias. Los Indios en lo »general están muy atrasados de doc»trina y catequismo, y en los Pueblos »de visita tan ignorantes y salvages, »que solo el bautismo los distingue »de los bárbaros Gentiles. Los Misio»neros que el año de sesenta y siete »fuimos mandados para la adminis»tracion de estas Doctrinas, nos con»venimos en establecer el método y »costumbres siguientes. Todos los dias »al salir el Sol se hace señal con las »campanas llamando á Misa: un Indio »viejo, que vulgarmente llaman Ma»dor, y dos Fiscales, salen por todo »el Pueblo obligando á los niños, y »todos los que no son casados, para »que concurran á la Iglesia, y asistan »con devocion y silencio al santo Sa»crificio de la Misa: concluido éste, »rezan todos con el Padre Misionero »las oraciones y texto de la Doctrina »Christiana en lengua Castellana: por »la tarde al ponerse el Sol se repite »esta diligencia á la puerta de la »Iglesia, y se concluye rezando el Ro»sario, y cantando la Salve y el Ala»bado. Los Domingos y dias festivos »se tiene dada órden al Mador y Fis»cales, que cuiden de obligar á todos »los hombres, mugeres y niños asis»tan á Misa con sus pobres vestidos »limpios, y todos lavados y peinados: »en estos dias se canta la Misa con »arpas, violines y quatro ó seis In»dios ó Indias cantoras.

»En el tiempo santo de Qua»resma se les ha obligado á todos que »asistan diariamente á la Misa, y re»zar las oraciones en lengua Caste»llana: el Padre les explica la necesi»dad, circunstancias, y modo de ha»cer una buena confesion, y los Do»mingos por la tarde se les hace una »clara y material explicacion de los »Novísimos: en la Semana Santa se »celebran en las Cabeceras de las Mi»siones los Oficios de aquellos santos »dias con Monumento y Procesiones, »y se les predican y explican aque»llos santos Misterios.

»Despues de la Pasqua se re»conocen las listas y padrones de los »Pueblos, para saber los que han cum»plido con la Iglesia. En los prime»ros años les parecia á los Misione»ros imposible vencer la rudeza y di»ficultades que hallaban en los Indios »para poderlos confesar y adminis»trarles la sagrada Comunion; pero »ya en estos últimos cumplimientos »de la Iglesia se han confesado todos »los Jóvenes y algunos viejos en len»gua Castellana, y en los Pueblos »principales, donde regularmente re»side el Misionero, muchos Indios y »Indias freqüentan los Sacramentos »en las Pasquas y dias solemnes. En »los mas clásicos y festivos de Ma»ria Santísima se sale cantando el »Rosario por el Pueblo.

»En atencion á la ninguna po-

»lítica y sociedad civil de los Indios »de estas Misiones, se ven los Padres »Misioneros precisados y obligados »á exercitarse en los oficios de Padres »de familia, recogiendo, alimentando »y vistiendo á los huerfanos, impe»didos y viejos: en los de Médico y »Enfermero de todo el Pueblo, donde »no hay ni se halla otra botica y re»curso que la casa y despensa del »Misionero: en los de Tutores y Abo»gados de sus personas y bienes tem»porales, defendiéndolos de las opre»siones y engaños á que los obligan »los que viven en sus Pueblos, ó de »aquellos que tienen su mayor in»teres en que los Indios no salgan »de su barbaridad, infelicidad, y des»nudez.»

Esta era la verdad de lo que los informes decian sobre el método con que en lo espiritual se gobernaban las Misiones, y siguiendo el método en lo temporal dicen: »Todos los »años en presencia del Padre, y á »consulta de todo el Pueblo se elige »el Gobernador y los demas Justi»cias, que para que les tengan respe»to y veneracion, se les dá lugar dis»tinguido en la Iglesia, y que llevan »el gobierno de lo que pertenece á su »fuero. De los bienes temporales man»dó el Señor Visitador se les encar»gase á los Padres Misioneros, y que »éstos les hacen saber á todos los In»dios la conveniencia y utilidades que »tienen en las siembras y cultivo de »las milpas de Comunidad, para te»ner seguros ó como en depósito al»guna porcion de granos y bastimen»tos: y á los Gobernadores y Alcal»des les encargan el cuidado y bene»ficio de estas milpas, y de que don»de hay algun ganado ó bestias, nom»bren semanariamente pastores. Al »tiempo oportuno de sembrar trigo, »maiz y demas semillas, ocurren to»dos los Indios al Padre Misionero, »el que manda llamar al Gobernador »ó Justicias del Pueblo, y se repar»ten á todos las semillas que quiere »sembrar cada uno en particular. El »Gobernador ó Alcalde les señala »los aperos y yuntas que cada uno »ha de tomar del comun del Pueblo, »y el cuidado de volverlo á entregar. »Estas siembras que han solicitado y »solicitan los Misioneros actuales haga »cada Indio en particular, les apro»vecha muy poco por las causas y »desórdenes insinuados en el informe »de Abril; por lo que diariamente se »les está administrando de los bienes »comunes, y quando trabajan de Co»munidad, el Gobernador ó Alcalde »manda poner comida para los del »Pueblo. Á todos los enfermos se les »asiste con comida ó alimentos cor»respondientes á su enfermedad: á las »viudas, viejos é imposibilitados se »les socorre en quanto permite la »abundancia ó escasez de los frutos »y bienes de la Mision, y el Misione»ro recoge y cuida de todos los huer»fanos, y finalmente se ocurre á los »fines y necesidades insinuadas en el »número antecedente.» No podia tampoco estar oculta la verdad del método temporal de las Misiones, porque sus propias luces la hacian notoria; pero así como en el mas claro dia suelen levantarse nublados que parece intentan obscurecer los rayos del Sol aun en su Zenit, tambien se suscitaron en México densas nubes que parecian denigrar el zelo y afanes de los Misioneros, con decir, »que conti»nuando el actual gobierno espiritual »y temporal de las Misiones, eran »ociosos los trabajos y afanes de los »Misioneros, superfluos los gastos que »se hacian de la Real Hacienda, y no

»se conseguian el fin y piadosas in»tenciones del Rey nuestro Señor.»

Fue este un fenómeno tan raro, que emanando de él á un tiempo luces y sombras, asombraron éstas al zelo del Señor Fiscal, y en los puntos mas necesarios y esenciales de su ministeterio, »que para interrumpir la deca»dencia en que se le figuraban las Mi»siones, expuso á S. E. ser necesario »formar un nuevo método de gobierno »espiritual y temporal con que cami»naran mas dichosas, y no se atrasa»ran tanto, que descendieran á inu»tilizarse del todo en el mas santo y »justo objeto de la conversion de los »Gentiles, y en el de la buena asis»tencia de los Neófitos.» Á estos fines pidió á S. E. que encargara al M. R. P. Guardian del Colegio Apostólico de la Santa Cruz de Querétaro, que consultando con los Misioneros prácticos y experimentados, formase un nuevo método »donde individual y »materialmente se advierta y note, todo »lo que es necesario para el buen go»bierno de los Indios, para poner en »ellos las buenas, racionales y decen»tes costumbres; el conocimiento de »lo bueno, la humanidad, la sociedad, »y quantas virtudes antecedentes de»ben formar ó abrir el paso á la Re»ligion, y á poder confesar y amar »á Dios, como lo confiesan y conocen »nuestras Provincias cultivadas y ca»tólicas. En este nuevo método se de»beran compendiar todas aquellas re»glas ó partes que haya enseñado la »experiencia, y que puedan convenir »al fin de mejorar y adelantar las Mi»siones, y á ponerlas en Pueblos for»mados, y no en Rancherias, como »hoy están las mas. Entre estas re»glas deben tambien verse las que »puedan ser útiles al buen gobierno »republicano de los Indios, y á intro»ducir en ellos el órden de familias, »y obediencia á sus Superiores de »qualesquiera clase que sean, y á po»ner en sus incoadas é infantes pobla»ciones, la agricultura, y las otras ar»tes civiles, y aquel comercio pasible »en que se enlazen y unan á solicitar »lo que necesiten mutuamente.«

Con esta peticion Fiscal ordenó el Señor Virrey al R. P. Guardian que teniendo presentes todos sus puntos, y consultándolos con los Misioneros mas antiguos, prácticos y experimentados, formara el nuevo método del gobierno espiritual y temporal de las Misiones. Iguales órdenes se pasaron á los Guardianes de los otros dos Colegios, y tambien á los Superiores de las Provincias, y así fue necesario que resultaran muchos y varios métodos que presentarian los Prelados, y que cada uno discurriria como mas oportuno para llenar un empeño de tantos y tan importantes objetos: y de esta multiplicidad de pareceres se hace temer que como la teórica ó especulativa, dista mucho de la práctica y experiencia, serían tambien muy diferentes y distantes los métodos unos de otros: la razon es obvia, porque no siendo en todos los informantes los conocimientos de las materias propios y adquiridos con sus sudores y fatigas, sino mendigados y revestidos de particulares ideas y arbitrios, no podian ser ni llamarse reglas del deseado gobierno, ni adaptarse á las circunstancias de los lugares y disposiciones en que estaban aquellos Indios. Esta sola pudo ser la causa, para que considerados los frutos espirituales y temporales que habian resultado del gobierno que el Señor Visitador habia aprobado, y practicado los Misioneros, no tuvo alteracion alguna por órden del Señor Virrey, ni fue pre-

ferido otro alguno de los muchos que presentarian los Prelados, y con tan calificada aprobacion han proseguido las Misiones con su primitivo espiritual y temporal gobierno. Mejor lo califican los hechos, pues con él ha visto toda aquella Provincia, y no en muchos años, que los trabajos y afanes de los Misioneros han sido fructuosísimos y muy laboriosos; pues á mas de la asistencia espiritual, instruccion y doctrina que han tenido todos los Indios y habitadores de ella, se fundaron las Misiones del Pitic á los Seris, la del Carrizal á los Tiburones, y las dos del rio Colorado á los Yumas. Se han bautizado muchos Gentiles, tanto en los Pueblos, como en las muchas excursiones Apostólicas que se han hecho en las Naciones bárbaras. Se han fabricado desde los cimientos las Iglesias de Buena-vista, y la de Ures; se acabó y techó la de Tonichi, la de Opodepe, la de Cocospera, y la de Calabazas: se renovaron las de Tumacocori, Ati, Oquitoa y Caborca. Se han fabricado de cal y ladrillo de bóveda las Iglesias de San Ignacio, Tubutama y del Pitiqui.

En los Pueblos de Oquitoo, Ati, Tubutama, Saric, Cocospera, Tumacocori y el Bac, se han hecho casas de adoves para todos los Indios, y se han amurallado para defenderse de las invasiones y asaltos de los Apaches. Estos se han empeñado siempre en destruir una corta Rancheria que habia en Tugson, por ser la entrada para sus irrupciones; pero á solicitud del Padre Garzés se fabricó un Pueblo con Iglesia, casa para el Padre, y muralla que lo defiende de sus inhumanos estragos, y hoy es Presidio de los Españoles. Por último con el método de los Padres antiguos se ven las Sacristias surtidas de Vasos sagrados, ricos Ornamentos, Imágenes y demasne cesarios para la decente administracion de los Santos Sacramentos, y celebracion de los divinos Misterios: dando estos laboriosos anhelos evidente demostracion de que conservando los Misioneros el gobierno espiritual y temporal de los Indios, que la sabiduria, zelo y cordura de los que fueron las primeras luces establecieron, no perderian el tiempo en trabajos y afanes ociosos.

En este concepto estaba el Exmô. Señor Virrey, y tan ageno de pensar que aquel gobierno pudiera hacer superfluos los gastos de la Real Hacienda, que al siguiente año de setenta y tres desestimando los referidos debates, le escribió Carta al R. P. Guardian del Colegio, que debe incluirse á la letra como documento muy convincente de ellos y decia: »Dedicado á »facilitar por mi parte quantos auxì»lios parezcan conducentes á conse»guir la radicacion de los Indios Seris »en el Pitiqui, y que por el rezelo »que causan sus perversas costumbres »no desfallezca de ánimo en su santo »ministerio el Misionero que actual»mente los gobierna ó instruye, he re»suelto el aumento de otro que le ayu»de en sus fatigas, y que el Goberna»dor de Sonora ponga escolta sufi»ciente, que al mismo tiempo que »guarde y asegure sus personas, ten»ga en temor aquellos Indios Neófi»tos, y esté pronta al castigo y reme»dio de qualesquiera movimientos ó »insultos que cometan.

»He mandado prohibir á toda »clase de personas la compra de se»millas y raciones, que hasta ahora, »segun se me informa, han vendido »los Seris en propio perjuicio suyo, y »en descrédito de la Real clemencia, »y mando al Intendente que para pre-

»caver en lo de adelante este género »de daño, entregue por cuenta y ra»zon á los Padres Misioneros las ra»ciones que hayan de repartirse en»tre aquellas familias, para que ad»ministrándoselas por sí mismos, ce»sen los inconvenientes declamados, »se capten su mayor respeto, consi»gan instruirlos en la obediencia que »deben al Rey, y atraerlos al cono»cimiento de nuestros verdaderos dog»mas, de modo que se afiance su tran»quilidad y radicacion. Para mejor »conseguir esta importancia, es indis»pensable que V. R. inspirando en »aquellos Ministros el santo zelo de »su Instituto, y lo agradable que se»rán á Dios y al Rey sus servicios, »les excite á que animosamente do»blen sus fatigas, y esforzando los »medios que les dictare su pruden»cia, para empeñar á aquellos Natu»rales con amor, dulzura y buen trato »á que siembren y cultiven las tier»ras que se les han repartido en co»mun y particular; pues no es duda»ble que de este logro resulte el de »unas buenas cosechas, y que reser»vando la suficiente provision para »sus alimentos, puedan (vendiendo »el resto) invertir su valor en ropa »para vestirse, como apetecen: ni lo »es tampoco que dedicados los Pa»dres Misioneros á la práctica de es»tos medios, y á la de repartir por »su mano con religiosa economía las »raciones con que el Rey los socorre, »se exîja de esta clase de individuos »todo el fruto á que se aspira.»

En estas superiores providencias del Señor Virrey se ve que un prudente, activo y christiano discernimiento libre de preocupaciones, no adopta alguno de los muchos métodos propuestos para el gobierno espiritual y temporal de los Misioneros, ántes sí adapta sus órdenes á la economia y costumbres en que las fundaron los primeros Misioneros, y que han producido en poco tiempo ópimos frutos: pues como zeloso y fiel Ministro, miraba á un tiempo á la promulgacion del Evangelio, y reduccion de aquellos bárbaros, y al logro de los gastos y piadosas intenciones de su Soberano. Estos nobilísimos fines y sus proporcionados medios, escusan de importuna la reflexîon, de que no necesitando el Exmô. Caudillo Josue mas que de la luz del Sol para prolongar el dia, manda tambien á la Luna que suspenda su curso, quando no podia subministrarle luz alguna, y parece que esto pudo ser con el objeto de que no se alterasen las phases de la Luna del órden establecido en la creacion, y se cumpliesen los fines que en ellas dispuso la Sabiduria eterna, segun los designios de su inmensa piedad y misericordia.

LIBRO QUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Expedicion que se mandó hacer para la comunicacion de la Sonora con los nuevos establecimientos de Monterey.

QUIEN desea un camino real para penetrar sin pérdida, ni rodeo por el laberinto de tan varios accidentes como tiene la vida del hombre, fixe en el polo de la Divinidad el hilo de oro de una recta intencion, que no dexándolo de la mano en quanto la pusiere, vá seguro. Ese mismo era el Norte á que miraba el P. Fr. Francisco Garzés en todas sus apostólicas peregrinaciones, y aunque en ellas se le habian ofrecido intrincados enredos y dificultades, ya en los dolosos tratos de los Indios, ya en los descaminos de los yermos, ya en los pasos de los rios, ya en la esterilidad de la tierra, y angustias de la sed y de la hambre, ya en la rusticidad de los alimentos, ya en otros muchos y desesperados peligros; pero de todos le sacó indemne su recta intencion, que como chîmica milagrosa que de las pajas, de las piedras, del cieno saca oro de muchos quilates, no solo le brotaba de todos sus afanes palmas merecedoras de eternos galardones, sino que de las mismas contradicciones y críticas con que se desestimaban sus pasos, le producia el oro de la mayor gloria de Dios, que era á quien únicamente las dirigia, y el tesoro escondido en aquellos campos que buscaba.

Á este fin habia formado un Diario de la larga y penosa jornada que el año de setenta y uno habia emprendido por los rios Gila y Colorado, sin mas interes que el socorrer las almas de muchos párbulos y algunos adultos, por saber que estaban apestadas sus Rancherias de sarampion y viruelas, en cuyo afan, solo, sin provision alguna, anduvo muchas leguas en dos meses y veinte dias. Era el Capitan del Presidio de Tubac uno de los mas opuestos, y que sentia mal de sus apostólicas correrias; pero viendo en el Diario vencida la imposibilidad antigua de vadearse sin canoas el rio Colorado, comenzó á tratar largamente con el Padre estas y otras dificultades de las distancias, genio de los bárbaros, y demas que podian ofrecerse en el tránsito de tan escabrosas tierras, y al oír las satisfacciones que el Padre daba por propias experiencias, concibió el Capitan muy lison-

geras esperanzas de lograr por el mismo camino su mayor fortuna; pues abriendo el de la comunicacion por tierra con los nuevos establecimientos de Monterey, podria llegar á otros ascensos de utilidad y de honra: uno al otro se animaban á la empresa por sus particulares fines, y convenidos, propuso el Capitan al Señor Virrey la nueva expedicion, para lo que le pedia su Superior licencia.

Ocurrió al tiempo de llegar su propuesta y consulta, el estar en México el V. P. Fr. Junipero Serra, que habia venido de aquellos establecimientos y Misiones de Monterey, y ordenando S. E. el que expusiera su dictámen sobre la utilidad de la comunicacion propuesta, respondió, que podia ser así á la Sonora como á las nuevas poblaciones muy profiqua; y en vista de esta respuesta, mandó S. E. que se hiciera junta general de Guerra y Hacienda, en la que se resolvió que el Capitan Don Juan Bautista de Ansa, pasase á abrir el camino que decia, llevando en su compañia al Padre Garzés, previniéndole que en todos los casos que ocurrieran, se aconsejara del Padre, como tan experto, y que el Padre llevara en su compañia otro Religioso. De todo lo resuelto en la Real Junta mandó el Señor Virrey hacer copia, y se dignó de remitirsela al Padre con Carta tan benigna y confidencial, que la concluye diciendo: »Mi condescen»cia á que se execute (la expedicion) »la han movido primeramente las »noticias que V. R. ha comunicado »de resulta de sus tres dichosas en»tradas hasta los rios Colorado y Gila, »y espero que en la de ahora conti»núe V. R. como se lo ruego y en»cargo, acreditando su espíritu apos»tólico, y que sus fatigas sean útiles »y agradables á Dios y al Rey.»

En virtud de estos Superiores órdenes se acompañó el Padre Garzés con el P. Fr. Juan Diaz, y aunque el Capitan habia dispuesto la marcha por el camino que el Padre habia llevado al rio Gila; pero en la ocasion dieron los Apaches sobre el situado, y se llevaron la caballada, y fue preciso hacerla por las Misiones para remediar el desavio. Tambien se hizo por saber que en el Presidio del Altar se hallaba un Indio de California, que habia venido por la Mision de S. Gabriel, llamado Sebastian, y al que habian conducido los Yumas del Colorado. Este Indio salió de San Gabriel en compañia de su Padre, su Madre y su Muger, y los tres perecieron en el camino por la sed y hambre, á que él resistió como mas robusto. Este suceso ponia gran temor á todos para emprender la jornada; pero él los animaba diciendo, que si él sin ninguna provision habia llegado al Colorado, mejor podrian andar el camino los que llevaban tantas, y tambien habia el consuelo de tener guía en acabándose las noticias del Padre Gerzés, y efectivamente quando se vió la expedicion en grande aprieto por falta de agua, el Indio Sebastian reconoció un cerro que habia pasado, y los llevó á él, en donde se acabaron los trabajos, porque en su falda hallaron abundante socorro.

Salió la expedicion del Presidio de Tubac el dia ocho de Enero del año de setenta y quatro, y por Caborca prosiguieron por jornadas incómodas y escasas de agua hasta el dia veinte y ocho, que llegaron á la que fue Mision de San Marcelo de Sonaytac. Mayores que los pasados fueron los trabajos, que en lo restante del camino padecieron en sus lar-

gos arenales por falta de agua y de pastos, hasta el dia cinco de Febrero que llegaron á un aguage escaso escondido en un arroyo muy profundo, y en él hallaron un Indio Papago que venia de los Yumas, y los puso á todos en cuidado, por que dixo que caminaran atentos, porque muchos de los Naturales, que ya estaban prevenidos de su venida, faltando á la obediencia de su Capitan llamado Palma, estaban en la determinacion de hacerles guerra, para robarles todo lo que llevaban, si no se lo franqueaban voluntariamente.

Esta novedad les hizo temer los graves inconvenientes que se seguirian siendo cierta la noticia, y acordaron enviar al mismo Papago en solicitud del Capitan Palma, para que le avisase en qué parage determinaban llegar al dia siguiente, para que les avisase de qualquiera novedad, y que se dieran las providencias mas conducentes al sosiego de los mal contentos. Al otro dia salió el mensagero en medio de un arenal, y venia acompañado de algunos Yumas y Papagos, todos con demostraciones de alegria, y minorando en mucho la noticia que habia dado el dia ántes, dixo que no venia el Capitan por estar ausente de su casa; pero viendo el Capitan y los Padres el buen recibimiento de aquellos y otros muchos Indios, que continuamente iban llegando, determinaron no parar hasta la orilla del rio Gila, y en su ribera pusieron el Real: á poco rato llegó el Indio Palma con otros muchos de su Nacion, yendo los mas á caballo: todos manifestaron grande júbilo por la venida del Capitan Español y de los Padres, y examinándole con la mayor precaucion sobre la noticia del Papago, aseguró no haber novedad alguna; pues aunque algunos estaban alterados y con ánimo de hacerles daño, pero que era de otras Rancherias, y que para evitar sentimientos, los habia despachado á todos á sus tierras.

Prosiguió este Indio dando pruebas nada equívocas de su capacidad y de su lealtad, por lo que el Capitan Comandante de la expedicion, despues de varios obsequios, le confirmó en la superioridad de los suyos, y le puso al cuello una moneda de plata con el busto de nuestro Católico Monarca, recomendándole la obediencia que como vasallo suyo le debia, y la fiel correspondencia que debia tener con la Nacion Española. Los Padres que se veían rodeados de muchísimos Gentiles, apuraban todos los esfuerzos de un zelo apostólico para instruirlos en el conocimiento de Dios, y desempeñar las funciones de su ministerio. Agradecido el Indio á tantas demostraciones de confianza, amistad y benevolencia, les suplicó que quisiesen pasar á su Rancheria, porque queria él tambien obsequiarles, y conviniendo en ello, aunque estaba entre los dos rios, fue guiándoles con mas de doscientas personas de ambos sexôs, y caminando como media legua rio abaxo, les conduxo á un vado que pasaron á caballo sin peligro alguno: hicieron alto en la orilla del rio, y fueron llegando de otras Rancherias otros muchos Indios, que con los que les acompañaban pasaban de seiscientos: Todos los trataban con suma confianza y alegria, y no se contentaban con verles, sino que tocaban los vestidos, equipajes y demas cosas hasta hacerse muy molestos. El Capitan y los Padres los regalaron con reses, tabaco y abalorios, á lo que ellos correspondieron con los frutos de la tierra.

En este parage se junta el rio Gila con un pequeño brazo, que algunas leguas arriba se separa del Colorado, formando una isla bastante capaz, en la que el Indio Palma habita con parte de los Yumas, y juntos tiene el paso ciento veinte y cinco varas de ancho, y cinco palmos de profundo: es su agua algo salada, pero sus vegas cómodas para laborios, y fértiles de los frutos, que dan sin trabajo alguno á aquellos Indios desidiosos abundantes alimentos. Al otro dia, acompañados de mucha gente, caminaron al vado del rio Colorado único con el Gila, muy bueno aunque de mucho rodeo, y guiados y ayudados de los Naturales lo pasaron, y á corta distancia de él hicieron mansion para medir el Capitan Comandante su latitud y profundidad, y siendo el tiempo de su mayor escasez, se halló tener doscientas varas de ancho, y mas de una vara de hondo. Acompañados de innumerables Indios caminaron pasando varias Rancherias, cinco dias, hasta una laguna nombrada de Santa Olaya, y es ya de los Cajuenches, por lo que con lágrimas y sentimiento de todos se despidió el Capitan Palma, acompañando á la expedicion los dichos Indios, solos dos dias, por ser los de adelante sus mortales enemigos, y ninguna dádiva pudo moverlos á ir con ellos.

Desde el dia catorce de Febrero, que á la madrugada salieron en demanda de un aguage que dixeron los Indios, caminaron sin guía, sin agua y sin pasto; por lo que considerando el diez y seis, que por ningun medio era posible pasar adelante con felicidad, resolvieron desandar el camino hasta la laguna de Santa Olaya, para que refrescasen los caballos y requa, para poder superar las siguientes jornadas: hasta el dia diez y nueve no pudo juntarse todo el tren de comboy en dicha laguna, pero sin mas quebranto que la pérdida de algunas mulas. Esta vuelta se difundió por toda la tierra, y ocurrió á la laguna el Capitan Palma con otros muchísimos, atraidos de su afecto, curiosidad y interés. Fue necesario detenerse allí hasta el dia dos de Marzo, y como concurria muchísima gente, los Misioneros les predicaban el Santo Evangelio, y aunque no podian satisfacer su zelo por falta de un buen Intérprete, pero tuvieron el consuelo de ver que con el conocimiento de Dios que se les habia instruido, traian aquellos Gentiles sus ídolos, y se los entregaban para que los hicieran pedazos, y casi todos quedaron impuestos en repetir con freqüencia los Santísimos nombres de Jesus y Maria, y algunos aprendieron á persignarse del modo que podian. El P. Fr. Francisco Garzés anduvo seis dias solo, por las Rancherias que pueblan aquella laguna, y se restituyó al Real el dia primero de Marzo.

Este dia, viendo el Comandante que despues de tantos dias habia pocos caballos reforzados para un viage tan dilatado y dificil, determinó dexar la mayor parte de la carga, ganado y caballada encomendada al Capitan Palma, y salieron con los víveres necesarios para llegar á los nuevos establecimientos. Con mucho gusto se hizo Palma cargo de lo que se le confiaba, y ofreció cuidar de todo, y se desempeñó con tal fidelidad, que no dexó ni leve sospecha de su conducta: pero el Arriero, temiendo alguna pérdida en sus intereses, se ofreció á quedarse con dos mozos á cuidar de todo, por cuyo motivo quedaron tambien tres Soldados los mas desaviados

de caballerias. El dia dos de Marzo comenzaron de nuevo su camino, pasaron por las Rancherias que el año de setenta y uno habia visitado el Padre Garzés, que eran de Cajuenches, los quales saludaban á todos diciendo Jesus Maria, y le entregaron al Padre quatro ídolos, de los que quebró á su vista y con gusto suyo tres, porque el otro lo cogieron los Soldados para pasar el rato.

Prosiguiendo la marcha por sierras, lagunas y arenales, pasaron el Puerto de San Carlos, en cuyas inmediaciones se acaba la dilatada Nacion de los Cajuenches, y empieza otra, que por no poder saber su nombre, llamó en el otro viage el Padre Garzés de los Danzarines, por el violento movimiento de pies y manos con que hablaban, y llegando al rio de Santa Anna, fue preciso hacer un puente de ramas por no tener vado, y caminando ocho leguas, el dia veinte y dos llegaron á la Mision del gloriosísimo Príncipe San Gabriel, que dista quarenta leguas del Puerto de San Diego, y ciento y veinte de el de Monterey, segun el cómputo que les informaron. El que ellos arreglaron por las jornadas de su marcha desde Caborca hasta esta Mision de San Gabriel, fue el de doscientas catorce leguas; pero evitando los rodeos que se hicieron en el camino por falta de guías y de experiencia, se puede considerar que haya ménos de doscientas. Habian llegado á San Gabriel desaviados de bastimentos y de bestias, por lo qual determinó el Capitan Comandante ir con quatro Soldados á la ligera á Monterey, para llenar su expedicion y propuesta.

Al mismo tiempo llegó á San Gabriel el R. P. Fr. Junipero Serra, que habia desembarcado en el Puerto de San Diego, y diciendo que en él quedaba un Religioso que traia los instrumentos necesarios para las observaciones del Polo, muy encargadas por el Exmô. Señor Virrey, pasó en su busca el P. Fr. Juan Diaz. El Padre Garzés, segun el órden que dexó el Capitan, salió con lo restante del equipage y Tropa á esperarlos en el rio Colorado. No tardó en su vuelta mas que doce dias y medio, de los que dió uno de descanso, siendo así que á la ida se habian gastado veinte, y si en ella regularon ciento y nueve leguas, en la salida apenas llegarian á ochenta y seis: ni en todas ellas tuvo mas novedad que la de haber flechado un caballo los Indios Danzarines, despues de haber ellos dado á los Soldados una tatema de mezcal, y haberlos regalado el Padre. Esta novedad la dexó el Padre escrita en un árbol que tenian señalado; y aunque la leyó el Capitan saliendo, no fue bastante para libertarse de que aquellos cuitados Danzantes le flechasen tres caballos: quizá las contorciones de sus miembros les hacen mas certeros, y la blandura de los pasageros mas atrevidos.

El dia primero de Mayo llegó del viage el Comandante á Monterey, y con el Padre Diaz salió el dia tres, y caminando sobre las huellas del Padre Garzés, en ocho dias y con ochenta leguas, llegaron á la junta de los dos rios, donde fueron recibidos del Capitan Palma y los suyos con gran júbilo, y sus posibles obsequios: empezaba ya á crecer el rio, por lo que hicieron los Indios una competente balsa, y los pasaron á la otra banda, y al parage donde tenia su quartel ó Real el P. Garzés. Los Soldados y Arrieros que guardaban el comboy tuvieron una noticia vaga, de que los

Indios habian matado al Comandante, Padres y Soldados, y poseidos de un terror pánico, habian desamparado el sitio, regresándose á Caborca; por lo que el Comandante y Padre Diaz el dia quince tomaron la marcha, y acompañados del Padre Garzés hasta el dia veinte y uno, ellos tomaron su ruta para el Presidio de Tubac, donde llegaron con felicidad el dia veinte y seis de Mayo de mil setecientos setenta y quatro.

Deseaba el Exmô. Señor Virrey saber si podria tener comunicacion el nuevo México con Monterey, y encargando este negocio al Padre Guardian del Colegio, éste lo recomendó al Padre Garzés para que solicitara despachar alguna Carta al Misionero que fuera mas inmediato, y si lograba respuesta, sacara alguna prudente regulacion de la distancia. Para dar cumplimiento á tan dificil encargo, se quedó el Padre solo, sin escolta de Soldados, ni mas criado que uno del Capitan. Desde el Pueblo de Oparsoitac, que habia llamado de San Simon y Judas, trató de entrar á los Yabipais ó Niforas, pero no lo permitieron los Indios por otros sus enemigos; tampoco pudo lograr que quisiese ninguno de los Cocomaricopas llevar la Carta, cuya respuesta le pareció nunca podria conseguirse por los rodeos que proponian. Dos Jalchedunes del rio Colorado, informados del asunto, dixeron que ellos eran amigos de los Yabipais, y que éstos salian á los Pueblos donde habia Padres, y por eso determinó pasar con ellos á sus tierras; pero el criado del Capitan tuvo miedo, y el Padre se lo encargó á los Pimas, que lo conduxeron y regalaron.

Confiado en la divina Providencia, y puesto á la voluntad de los Indios, caminó como treinta leguas, hasta una larga laguna poblada de los Jalchedunes, y subiendo á otra tambien muy poblada, vió mas arriba muchísima gente, y grandes siembras de trigo, y acabando aun mas allá de andar los términos de estas Naciones, no penetró mas rio arriba, porque se seguia la de los Quilmurs, que eran sus muy crueles enemigos. Por fin allí le dixeron los Jalchedunes, que les dexase la Carta, y que la enviarian en madurando el mezquite. Preguntóles quanto distaba la gente que fabricaba las mantas prietas, y le dixeron que cinco dias de camino: y preguntándoles por los Padres, dixeron que siete: Tambien le dieron á entender que habia venido gente que llevaba listones en la cabeza, y que les habia dado algunas cosas. Trataron estos Indios al Padre con mas humanidad y bizarria que los de abaxo, y notó que los mas de los hombres llevaban mantas del Moqui, ó de las que hacen los Gileños.

Viéndose imposibilitado de poder ir al Moqui por falta de agua, y por haberle mandado el Presidente que no se internase mucho en aquellas tierras, determinó salir de ellas: para esto le dieron los Indios algunos mancebos que lo conduxesen; pero eligió á uno de ellos, conociendo la molestia que les habia de causar tan penoso tránsito, sin tener el Padre cosa alguna con que poder gratificarlos. El escogido Jalchedun que lo acompañaba, iba cargando una olla de agua en la cabeza, un tizon en la mano, y una vara en la otra para avivar al caballo, que venia ya muy cansado; con todo ese afan, siempre que el Padre estaba necesitado, el Indio le hacia atole de harina de trigo, que era la única provision de su viage. Llegó á los Cocomaricopas, y éstos le feriaron el caballo, y le acompañaron has-

ta salir á los Gileños, que acababan de llegar de hacer campaña contra los Apaches, y traian muy fatigadas las bestias: por lo que le fue preciso al Padre detenerse allí algunos dias con mucho consuelo al experimentar la buena inclinacion que tenian al Christianismo. No volvió á su Mision por donde la expedicion, sino por unos pozos por donde aun en la mayor seca es andable el tránsito desde la Mision de S. Xavier del Bac al rio Gila, y le duró la peregrinacion de tan penosas jornadas hasta el diez de Julio, que entró en ella, habiendo visto en todos aquellos territorios, segun prudencial cómputo que hizo de sus Naciones, como veinte y quatro mil Gentiles.

CAPÍTULO II.

Providencias que se pidieron al Superior Gobierno para el de las Misiones.

ERA ya el Marzo de setenta y tres, y no resultaba órden Superior para el método de gobierno espiritual y temporal que el Señor Virrey habia pedido á los Prelados, y esperando los Misioneros que en él les franquearan el alivio de la desolacion y desamparo, de la insubordinacion de los Indios, y de las hostilidades de los enemigos en que se hallaban, clamaron al Colegio para que les solicitase su consuelo. Así lo executó por el Agosto su Procurador, representando á S. Exâ. las circunstancias en que se hallaban los Misioneros, y los medios mas oportunos que les podian facilitar el descargo de sus conciencias, y contener las continuas invasiones y estragos con que los enemigos á sangre y fuego iban destruyendo las Misiones: exponia para esto los diversos órdenes y despachos de los Señores Virreyes, que habian dado para que las Misiones de Cohaguila y Texas se resguardaran con dos ó tres Soldados de escolta que hicieran el servicio, concurriendo con los Ministros en traer al catequismo á los Indios, para que los Neófitos no lo olvidaran en vagueaciones viciosas, y en asirtir con ellos para instruirlos en el cultivo de sus tierras, y en otros oficios mecánicos que no pueden practicar por sí mismos los Misioneros, y que son muy necesarios para que se inclinen á la vida civil y política, que les persuaden en sus Instrucciones; y mas principalmente para que viéndose los Indios defendidos de los Españoles, resistieran con valor los asaltos con que los Seris y Piatos, que habian llamado á los Apaches, pretendian aniquilar las Misiones; pues siendo dificil y infructuoso pedir auxîlio, despues de hechos los daños, á los Presidios, los dos ó tres Soldados, recogiendo en la Iglesia, ó casa de la Mision á la gente, con las armas de fuego podian impedir á los bárbaros que no entraran á robar los Pueblos, ni los incendiaran, dando con su exemplo valor á los Indios de ellos, para la defensa y castigo de sus atrevimientos.

Representaba tambien que un solo Ministro no podia tener fuerzas

para el desempeño de tantas ocupaciones espirituales y temporales, para la solicitud de nuevos Gentiles, y para ir por los montes á buscar sus errantes ovejas. Tampoco podia tenerlas para tolerar las penosas enfermedades que son tan freqüentes en aquellas tierras, y que no tienen mas Médicos que los empíricos de ellas; y si á su malignidad morian, ó por la de los bárbaros, como habia sucedido en el Carrizal, no encontrarian sus ansias ni congojosas agonias el espiritual auxilio y consuelo de sus almas, y se seguiria de su desamparo, el de aquellos Neófitos, en el socorro de los Sacramentos, todo el largo tiempo que es necesario para avisar de su muerte al Colegio, y que de él se proveyera otro Misionero. Ni eran intempestivas estas representaciones en un tiempo en que, aunque se decia que los Seris y los Piatos estaban de paz y quietos, eran manifiestas las muertes que estaban executando, y la sublevacion que por el Gobernador Indio de Tubutama habian sugerido á los Papagos; pero aunque estos excesos los sabian de los mismos Indios los Misioneros, se despreciaban por los Gefes sus avisos, atribuyéndolos á miedo, y se veían con indiferencia los estragos que los Apaches, llamados por ellos, insolentes y pujantes hacian en los Pueblos robándoles los ganados y caballos, matando y cautivando sus Indios, y dexándolos destruidos y quemados.

Consideraban tambien los Misioneros, que si en aquellas circunstancias, y segun la expedicion hecha para la comunicacion de la Sonora por el rio Colorado con los establecimientos de Monterey, se fundaban como era preciso en el mismo rio y en el de Gila, Presidios y Misiones, era casi imposible practicarlo estando la Pimeria alta en tan deplorable estado, y dexándola sin el remedio para la seguridad de los comboyes: veían que no tenian los Misioneros los avios necesarios para su tránsito: no alcanzaban de qué tierra se sacarian los ganados, caballadas y demas necesarios, no habiendo en la Pimeria ni el preciso á sus indigencias, ni tampoco por donde transitarian los Religiosos, ni los Arierros llevarian los avios para aquellas nuevas Colonias y Misiones, siendo la Pimeria el único paso, y estando toda infestada de enemigos, y ésto por una tierra árida, y muy incómoda para los hombres y las bestias: y así les pareció obligacion el avisar el estado en que se hallaba aquella tierra, por parecerles que no se podrian conseguir las fundaciones nuevas, ni ménos conservarlas, sin poner á tan insolentes y ventajosos enemigos un firme freno para que no entraran y salieran con tantos despojos y estragos de aquellos Pueblos.

No merecieron estas representaciones la aceptacion que se deseaba, por parecer que en los asaltos que de los Apaches ó sus aliados padecerian las Misiones, se podria ocurrir facilmente á los Presidios en qualquiera caso urgente y necesario, á excepcion de que para ponerles la escolta se juzgara convenir en algun caso particular. En quanto á la asistencia de dos Ministros en cada Mision, pareció no era de permitirse con generalidad, porque habria muchos parages en que los Misioneros estuvieran inmediatos unos de otros, y no les serían dificiles sus recursos, y que solo debian duplicarse donde la distancia que hubiera de uno á otro Doctrinero no les permitiera comunicarse

con alguna freqüencia, para atender mutuamente á sus socorros, y zelar el cumplimiento en la obligacion de cada uno.

Muy favorable le pareció al P. Procurador este dictámen, por serle muy fácil demostrar, que en los asuntos de su súplica se verificaban las dos excepciones: en la primera repuso el estado infeliz de la Pimeria, y la precisa inaccion de las armas, aun siendo auxîliadas de los vecinos y Indios de las Misiones; porque como los enemigos son astutos, y disponen con seguridad sus lances, logrando éstos con fatales insultos, hacen la retirada tan violentos, que quando se ocurre á los Presidios, ya es imposible alcanzarlos, y se vuelven los Soldados para testigos de los lastimosos sucesos, lo que no sucederia en el caso particular que se exceptúa en las fronteras de Infieles, si en las Misiones de la Pimeria alta hubiera dos ó tres de escolta, pues por ser fronterizas á los Apaches, son tambien á las que hacen todo el tiro de sus furias. En la segunda excepcion presentó la lista de las distancias en que estaban las Misiones unas de otras, segun los informes del Padre Reyes, y siendo las mas inmediatas la de San Ignacio y Tubutama en la Pimeria alta, les era necesario para comunicarse los Ministros caminar diez y seis leguas; otras estaban en mayores distancias, por lo que parecia favorecerles la excepcion; pues no podian por ellas comunicarse los Ministros con alguna freqüencia, y sin dexar sin el auxîlio de los Sacramentos las almas, ni arriesgar sus propias vidas en tierras tan hostilizadas de los enemigos.

Era el dictámen de la ilustrada razon del Exmô. Señor Virrey tan perspicaz en el entender, como delicado en el mandar, y en la perplexidad que ocasionaba la variedad de las representaciones y de los pareceres, eligió el medio mas seguro enviando al Padre Procurador el siguiente Oficio: » Aun» que para venir en conocimiento de » la necesidad que haya de duplicar » los Religiosos en las Misiones de So» nora y Sinaloa, que están al cargo » del Colegio de la Santa Cruz de Que» rétaro, y facilitarles escolta que los » resguarde, como solicita V. R. en su » representacion de diez y ocho de » Septiembre próxîmo, sería bastante » la pronta y fácil noticia de las dis» tancias que entre sí tengan las Doc» trinas, y las que de éstas haya á los » Presidios, en cuya vista pudiera re» solver la presente instancia; no esti» mo, en conformidad de lo pedido » por el Señor Fiscal, ser este el me» jor modo de asegurar la disposi» cion, ni instruir lo indispensable del » gasto que ocasionaria á la Real Ha» cienda. Con este objeto he resuelto » en decreto de veinte y siete del cor» riente, rogar y encargar á V. R. que » siendo muy del caso que por su ci» tado Colegio se haga una visita de » las Misiones mismas: se reconozcan » las que puedan reunirse ó reducirse » (que desde luego se executará); y » se pongan informes circunstancia» dos de sus familias, castas de Feli» greses, distancias en que queden » entre sí, y de los Presidios de dichas » Provincias, con lo demas conducen» te al intento; disponga se practique » así, y que las diligencias que resul» ten se pasen al Gobernador de So» nora, para que por su conducto lle» guen á mi mano, y con presencia de » todo resuelva lo que conceptúe mas » justo. »

Obedeciendo al Superior decreto, expidió el Padre Guardian del Co-

legio su Patente, en que incluyendo los puntos del decreto de S. E. le dá facultad al Presidente de las Misiones para que como Visitador, y al tenor de ellos, practique con la mayor eficacia las diligencias que se mandan, y que en caso de enfermedad ó de otra causa que le impida el ir personalmente á todas las Misiones, pudiera delegar á otro sus mismas facultades. Todo se executó, no solo con la mayor prolixidad, sino tambien con gran complacencia de los Misioneros, porque confiados de la benignísima piedad con que S. E. manda que se le pongan informes circunstanciados, creyeron serían admitidos los que hicieran como de un Padre que quiere para sus hijos lo mas justo, y así todos desahogaron sus conciencias en los puntos que sobre el catequismo mas les afligian, y la desolacion en que se hallaban para el consuelo de sus almas: declararon el número de las que se les habian encargado, el modo de su subsistencia temporal, y las fatigas que padecian por las crueles invasiones de los Apaches, con las distancias de las Misiones y Presidios, y demas circunstancias del Superior decreto. Todo se entregó al Gobernador de Sonora, enviando copias de todas las diligencias al Colegio; pero en esto paró todo, porque no resultó de ellas providencia alguna, y la guerra de los enemigos prosiguió como ántes, continua y sangrienta, prosiguiendo los trabajos y peligros de los Misioneros por no haber podido persuadir á los Indios que vivian en las Visitas, que se unieran en un Pueblo, escogiendo el que fuera mas conveniente á sus comodidades.

Pudo influir esta infausta calma en que quedaron encalladas las esperanzas de los Misioneros, el que el Capitan Ansa concluida la expedicion, y conforme á lo que en la Real Junta se le habia ordenado, pasó á México, con cuya novedad quedó el expediente suspenso, á lo que tambien concurrió el que poco despues de llegado, recibió el Señor Virrey el Diario y Carta del Padre Garzés, en que proponia la disposicion en que dexaba á los Indios para recibir á los Padres y Españoles, y las Misiones que pudieran erigirse en el rio Colorado y en el de Gila, si se juzgaran por S. E. convenientes: de todo mandó que se le diesen las diligencias al Capitan Ansa, para que impuesto en toda su materia, dieta él parecer que mejor le pareciera; pero como el Capitan no habia visto los parages en que el Padre situaba las Misiones, respondió que sería muy conveniente que se registraran de nuevo los sitios: y asentó que su dictámen era el que por entónces no convenia establecer Misiones en el rio Gila, por el temor que se debia tener de que los Apaches las hostilizaran, y dieran fuertemente sobre ellas, y aun pasaran al rio Colorado, en el que podian hacer muchos daños, los que no se podrian remediar, aun poniendo en él un Presidio muy fuerte, porque los Apaches solo se podrian sujetar haciéndoles continua guerra en sus propias tierras. Pero no obstante lo dicho, conviene en que se fundaran las Misiones, que sean quatro y en el rio Colorado; pero previniendo el que se debian abrigar con un Presidio que tuviera mayores dotaciones que las regulares que tenian los demas de la Provincia, por ser necesario darles Soldados de salvaguardia á cada Mision, y que de no hacerlo así, era de sentir que sería mejor no fundarlas.

Ocurrió el que por este tiempo le vino al Señor Virrey órden de la Corte para que fomentara las Misiones de Monterey, y resolvió que los avios y demas conducente á su poblacion y establecimiento, les fuese por el nuevo camino descubierto en el rio Colorado, y que los conduxese el mismo Capitan Ansa, para que á vuelta de viage, y en compañia de los Padres se registraran los sitios y demas circunstancias necesarias para la fundacion de las Misiones, tanto en el rio Colorado como en el Gila, siendo el ánimo de S. E. el que todo se verificara á la vuelta de la expedicion de Monterey, segun se vé en sus providencias, y mas claro en la resolucion de que los Presidios de San Miguel de Horcasitas, y el de Buenavista, se trasladaran uno al Colorado y otro á Gila, para lo que le envió sus órdenes al Señor Inspector Don Hugo O-Conor: y como éste habia experimentado el zelo, austeridad y desinterés del Padre Garzés en todas sus apostólicas tareas, se dignaba de protegerlas, y para confiarle en que las veria logradas, le escribió en trece de Diciembre de setenta y cinco, diciendo: »Está aprobado todo lo propuesto por mí en asunto de trasladar los Presidios de Horcasitas y »Buena-vista á los rios de Gila y Colorado; y aunque el órden para su »efectivo cumplimiento se halla en »mi poder, no podrá verificarse la »traslacion hasta el regreso de V. R. »de su peregrinacion: conviene que »nadie llegue á saber esta resolucion, »hasta el mismo instante en que se »efectúe.» De cuyo contexto es clara la determinacion ya expedida por S. E. para que las Misiones de los rios Colorado y Gila se fundaran con el resguardo de los dichos dos Presidios luego que llegase á ellos la vuelta de la expedicion, y de haber mandado S. E. que el Padre Garzés con otro Compañero Religioso, se quedaran en el rio Calorado todo el tiempo que la expedicion durara, y tomara la vuelta.

Sabiéndose en el Colegio estas Superiores disposiciones, consideró que en la execucion de ellas le sería imposible aprontar los Ministros necesarios para las nuevas Misiones, por lo que determinó renunciar al Superior Gobierno las ocho que asistia en la Pimeria baxa, y teniendo S. E. por justas las razones que se le expusieron, corrió el expediente al Señor Illmô. Obispo de Durango, para que las recibiera; pero fue S. Illmâ. de dictámen que no convenia por entónces ponerlas á cargo de Eclesiásticos Seculares; por lo que, remitido al R. P. Provincial de la Provincia de Xalisco, dixo que las aceptaba, por lo que S. E. le manifestó de acuerdo con el Señor Fiscal, la complacencia que le habia inferido el que su sagrada Provincia entrase al cuidado de las enunciadas Misiones. En conseqüencia de todo expidió S. E. el decreto para la entrega de las ocho Misiones, diciendo: »Conseqüente á lo que tengo »resuelto en este asunto, de confor»midad con lo pedido por el Señor »Fiscal, lo aviso á V. R. rogándole »y encargándole, que en la inteligen»cia de que van ya á recibirse estas »Misiones, dé á sus Religiosos los »órdenes que convienen, á que efec»túen la formal entrega en el modo »y forma que indiqué á V. R. en mi »Oficio de veinte y quatro de Mayo »último, y cuya execucion me ofre»ció V. R. en su respuesta de seis »de Julio siguiente.»

El modo y forma que prescri-

bia el citado Oficio, era el que los actuales Misioneros formasen Padrones é Inventarios de las ocho Misiones, para que con esa formalidad las recibieran los Ministros que les sucedian; para cuyo efecto pasó S. E. el correspondiente órden al Gobernador de Sonora. Todo se efectuó con la mayor armonía y tranquilidad, presentando los Misioneros Apostólicos á la vista de los que recibian, y del Comisionado Real, á los Indios de sus Pueblos para formar los Padrones, y manifestando por los inventarios con que se las habian entregado el año de sesenta y ocho, las mejoras y aumentos que habian tenido; pues por su solicitud y esmero se consiguieron de limosna mas de mil pesos, invertidos en la Iglesia que se fabricó desde los cimientos, y en otros bienes del comun en la Mision de Ures, y se acabaron y adornaron las Iglesias de Buena-vista, y de Toniche, como tambien la de Opodepe, dexando en todas las ocho muy decentes Ornamentos y alhajas del culto divino.

CAPÍTULO III.

Segunda Expedicion al Puerto de San Francisco, y nuevo viage que por órden del Señor Virrey hizo el Padre Fr. Francisco Garzés á las Naciones Gentiles.

INFLAMADO el zelo del Exmô. Señor Virrey con los derroteros é informes del Capitan Ansa y del Padre Garzés, resolvió fundar las Misiones en el rio Colorado y en el Gila despues de la expedicion que se habia de hacer al Puerto de San Francisco, y de explorar de nuevo los parages mas convenientes, para cuyo abrigo habia determinado la traslacion de los dos Presidios: en conseqüencia de todo mandó que el dia veinte y ocho de Noviembre se hiciese Junta general de Guerra y Hacienda, y en ella quedó resuelto que se hiciese la segunda expedicion por el Colorado, y tambien que se fundasen en ambos rios las Misiones. Para la expedicion le dió el grado de Teniente Coronel al Capitan Ansa, que debia conducir las familias, Soldados y pertrechos al Puerto de San Francisco; y para preparar á los Indios, y disponer el que se congregasen, le escribió al Padre Guardian del Colegio, dispusiera el que el Padre Fr. Pedro Font acompañase al Capitan Ansa en todo el viage, para que observara las alturas del Polo en todos los parages que se fueran transitando.

Tambien le decia que se habia acordado en la Real Junta, que el Padre Garzés fuese hasta el rio Colorado, y allí se quedase acompañado de otro Religioso para registrar de nuevo los sitios, y averiguar á fondo los ánimos de aquellas Naciones, por lo que se señaló al Padre Fr. Tomás Eyzarch, que fuera en su compañia, dándose de parte del Padre Guardian las correspondientes providencias, segun los órdenes de S. E. El Padre Garzés habia visto que de ningun modo se podria explicar con los Indios de tanta variedad de Naciones,

é idiomas, para los que era imposible hallar Intérpretes, sino con figuras, cuyas especies les entrasen por los ojos, y determinó llevar un lienzo, en el que de una parte estaba pintada una Imágen de Maria Santísima, y de la otra la de un Condenado. Á esto le movió el haber visto que en todas las entradas que habia hecho á la Gentilidad, el Crucifixo que llevaba al pecho les causaba á los Gentiles respeto y veneracion, y admiraba el Padre que siempre lo habian adorado, y que le confesaban que era cosa muy buena: lo que le salió tan bien en toda la larga peregrinacion que iba á hacer, como se verá en el discurso de ella.

Aunque la expedicion salió del Presidio de Horcasitas el dia veinte de Abril; pero subiendo al de Tubac no pudo ponerse en estado de marchar hasta el dia veinte y uno de Octubre, que se pudieron juntar las familias, Soldados, requas y caballadas que iban en su comitiva. Aquí se juntaron á ella los Padres Garzés y Eyzarch, y se tomó el camino para San Xavier del Bac, que el Padre Garzés habia visto mas corto, y ménos penoso que el de Sonoytocat, ó de San Marcelo. El dia veinte y nueve llegaron al cerro de Tacca, y desde allí se envió á avisar á los Pimas Gileños de su arribada, y en resulta vinieron al otro dia los Gobernadores de tres Pueblos, acompañados de muchos Indios, todos á caballo, y apeándose para saludar á todos, volvieron á montar para acompañarlos hasta el parage, y repetidamente preguntaban si ya iban á vivir con ellos, y á bautizarlos; ni cesaban de manifestar la alegria que tenian por verles en su tierra.

Llegaron á una laguna cerca del rio Gila, y al otro dia treinta y uno mandó el Comandante que descansara la gente, y con esto tuvieron lugar los Padres para ir á ver la Casa grande que llaman de Moctezuma, acompañados de algunos Indios y del Gobernador de Uturicut, quien contaba una historia ó tradicion que conservan de sus antepasados, que toda se reduce á patrañas mezcladas confusamente con algunas verdades católicas. El sitio donde está la casa es llano por todas partes, dista del Gila una legua, y las ruinas de las casas que formaban la poblacion, se extienden mas de una legua al Oriente, y á los demas vientos: todo el terreno está sembrado de pedazos de ollas, jarros y otras vasijas, unas ordinarias, otras pintadas de blanco, azul, colorado y otros colores. Es la casa quadrilonga, y puesta exâctamente á los quatro vientos cardinales, y á su rededor hay ruinas que parecen de muralla que cubria la casa, y otros edificios, en cuyas esquinas parece habia castillos ó atalayas, pues en una se conserva un pedazo con divisiones, y un alto: tenia la casa de Norte á Sur quatrocientos veinte pies geométricos; de Oriente á Poniente doscientos y sesenta; lo interior de ella eran cinco salas de veinte y seis pies de largo, y diez de ancho, y las dos de los extremos tenian treinta y ocho de largo, y doce de ancho: todas tenian de alto once pies: lo grueso de las paredes era de quatro pies, y estaban muy bien enjarradas; todo el edificio era de tapia fabricada con caxones de varios tamaños; le venia del rio Gila y de bien léjos una azequia muy grande, con lo que tenia abundancia de agua la Poblacion: no se le encuentran vestigios de escaleras, aunque se conoce que la casa tenia tres altos, y acaso serían de madera, y se destruirian en la quemazon que

de ella hicieron los Apaches: se observó la altura del Polo en aquel sitio, y pareció estar en treinta y tres y medio grados.

El dia primero de Noviembre llegáron al Pueblo de Uturicut, en donde los recibieron como mil personas puestas en dos filas, una de hombres, y otra de mugeres, manifestando mucho contento de verlos, y los hospedaron en una enramada grande que hicieron á ese fin, y le pusieron delante una Cruz bien alta, sabiendo ya que era la señal de los Christianos; y tambien dieron pruebas de ser ellos mansos de corazon, y sinceros, pues los saludaban nombrando á Dios, como si estuvieran ya bautizados: y manifestaban en querer que se quedaran con ellos los Padres, los deseos que tenian de estarlo. El dia dos, despues de celebrar nueve Misas los tres Padres, por ser dia de los Difuntos, caminaron quatro leguas hasta el Pueblo de Sutaquison, y salieron á recibirlos como quinientos Indios muy contentos y obsequiosos: hay en solo este corto distrito cinco Pueblos, que tienen como dos mil y quinientas almas: hacen grandes siembras de trigo, maiz, algodon, calabazas y otras frutas, para cuyo cultivo tienen con buenas azequias cercadas sus milpas, y andan vestidos con mantas que hacen ellos de algodon ó de la lana de sus ovejas. Con tan buenas disposiciones para el Christianismo, les predicó el Padre Garzés en su propio idioma, por ser el mismo de su Pueblo, y enseñándoles la Imágen de Maria Santísima, y despues la del Condenado, hizo una gran conmocion en ellos, y lo divulgaban entre todos los demas Indios.

Á las dos leguas de allí, pararon en una laguna de tan mala agua que enfermó á algunos, y la llamaron del Hospital, y caminando siempre á orillas del rio Gila, llegaron al parage de la Agua-caliente, en donde se determinó dar algun descanso á los enfermos, y á las bestias, y siendo el Pueblo de Indios Cocomaricopas que manifestaron mucho agrado, logró el Padre Garzés los dos dias de reposo, predicando á mas de mil personas que concurrieron, aunque por Intérprete; y enseñándoles el lienzo de la Vírgen y del Condenado, les causó mucho espanto, y preguntándoles si querian con todo su corazon ser Christianos para no ir á los Infiernos, y admitir á los Padres en su tierra, respondian muy gustosos que sí. Á los tres dias de camino vadearon el rio Gila, y el dia quince descansaron en Rancherias de los mismos Indios, á los que tambien les predicó el Padre, les enseñó las pinturas, y ellos decian que querian tener Padres en sus tierras. Aquí fue de admirar la respuesta que un Indio viejo y muy serio le dió al Padre, pues proponiéndole el que juntara los demas viejos para que el Comandante nombrase en nombre del Rey un Gobernador y Alcalde, le dixo: »Mira, Padre, el Justicia es para »castigar lo malo: pues no siendo noso- »tros malos, ¿para qué es la Justicia? »Ya habeis visto los Españoles, que »no hurtamos, que no reñimos, y aun- »que estemos cerca de una muger, no »tenemos licencia de hacer una cosa »mala.» No es fácil el creer tanta bondad; pero sí lo es el admirar el lumbre de la razon natural que el Señor signó sobre aquellos bárbaros para el conocimiento de sus preceptos, el qual se ve casi borrado en las pésimas costumbres de muchos Católicos.

Caminando muy moderadas jornadas por los accidentes que iban su-

cediendo á las mugeres, á los tres dias volvieron á vadear el rio Gila, y á los diez llegaron al cerro del Metate, y en el camino ocurrió un Indio Yuma enviado del Capitan Palma, para decirles que los esperaba de paz con toda su gente Yuma, y tambien la de los Jalchedunes, que habia baxado á la junta de los rios para verles: á los dos dias en un Puerto se presenta ron el dicho Palma con otro Capitan y su hermano, manifestando mucha alegria, y fue Palma abrazándolos á todos. Tercera vez vadearon el rio Gila, y fueron al otro dia á parar en una grande enramada que habia prevenido Palma; acudieron luego muchos Indios de ambos sexôs muy festivos, y á presencia de todos se confirmaron las pazes entre las dos Naciones de Cocomaricopas y Yumas.

Una legua de este parage está la junta de los dos rios, y gastando el dia siguiente en buscar vado, y desmontar el camino, ya se determinó el paso, entrando en él los primeros á las nueve de la mañana, y á la una acabó de pasar todo el tren de la expedicion, sin desgracia alguna: se vadeó dividido en tres brazos, y se computó su anchura como de quatrocientas varas, con una de fondo; pero es en ese tiempo, pues quando está crecido se extiende algunas leguas. Fueron el Comandante y los Padres á la Rancheria de Palma, para fabricar un xacal en que, segun los órdenes del Señor Virrey, debia quedar el Padre Garzés y su Compañero el Padre Eyzarch, todo el tiempo que tardara en volver la expedicion de San Francisco, para que en él explorara despacio los sitios mas cómodos para las Misiones, tratara de esto con las Naciones circunvecinas, y se impusiera bien en el ánimo y disposicion en que estaban aquellos Naturales para abrazar el catequismo, y entrar en el vasallage de nuestro Soberano. A todo pareció que se ofrecia el Capitan Palma, y en prueba de su alegria se vistió aquella noche de gala, con la que el Exmô. Señor Virrey le habia enviado por los buenos servicios que les habia hecho á los Españoles. El dia quatro de Diciembre se juntó toda la expedicion en dicha Rancheria, y concluido el xacal, se determinó para el siguiente dia cinco la marcha.

El P. Fr. Pedro Font iba destinado para observar la altura del Polo en los parages que tocara la expedicion, y caminando quatro dias llegó á la laguna de Santa Olaya, á donde acudieron muchísimos Indios de la Nacion Cajuenche con sandias, calabazas y otros comestibles, por los que se les dieron abalorios, tabaco y otras cosas; eran mas de tres mil almas las que allí se vieron. Á los veinte y siete dias de marcha y el dia quatro de Enero de setenta y seis, llegaron á la Mision de San Gabriel, que administra el Colegio de San Fernando; concurrió tambien el Comandante de Monterey con el motivo de haberse sublevado los Indios de la Mision de San Diego, y matado á su Ministro el P. Fr. Luis Jaume: pasaron los dos Comandantes al dicho Puerto, y en él observó el Padre estar en treinta y dos grados quarenta y quatro minutos de altura, y vuelto el de la expedicion á San Gabriel, salió con ella el dia veinte y uno de Febrero para Monterey, y á los once dias llegaron á la Mision de San Luis Obispo, situada en un alto inmediato á un arroyo cerca de la sierra de Santa Lucia, y tres leguas del mar, con tierras muy fértiles, y con Indios muy limpios, aseados y mas bien pa-

recidos que todos los de las demas Naciones: está esta Mision en treinta y cinco grados y diez y siete minutos de altura del Polo.

De esta Mision llegaron á los quatro dias á la de San Antonio de los Robles, que está en la misma sierra de Santa Lucia, en muy buen parage de fértiles tierras, y abundante agua, y observada su altura, es de treinta y seis grados dos minutos: saliendo de ella, á los tres dias llegaron al Presidio de Monterey, éste está situado en un llano que hace la sierra de Pinos en su remate, y como á un quarto de legua del Puerto. Este consiste en una pequeña rinconada de poco resguardo, que hace la punta de Pinos, la qual se alarga como tres leguas al mar, y forma con la punta de Año nuevo, que sale al mar unas doce leguas, una grande ensenada, pero muy abierta. Á la siguiente mañana fue el R. P. Presidente de aquellas Misiones, el P. Fr. Junípero Serra, con otros quatro Religiosos, á cumplimentar al Comandante y Padre por su feliz llegada: está este Presidio en treinta y seis grados y otros tantos minutos. El Padre Presidente hizo instancia para llevarse á su Mision al Comandante y al Padre, á los que recibieron otros siete Religiosos cantando el *Te Deum laudamus* con singular alegria: contribuía tambien á ella la situacion de la Mision titulada San Carlos del Carmelo, por estar en un alto inmediato al mar, y al rio del Carmelo, que desagua en una ensenada que se forma de la punta de la sierra de Santa Lucia, y de la de Cipreses, y así son muy fértiles sus tierras. Aquí le acometió al Comandante un dolor agudísimo en una ingle, que le postró en la cama, y con esta demora se repitieron por los Padres las observaciones de la altura del Polo, y siempre convinieron en los grados, con diferencia en los minutos, y en la misma que estaba hecha. Á los once dias pudo ya el Comandante lograr el alivio necesario para montar á caballo, y con el Padre se restituyó al Presidio, para seguir su marcha al Puerto de San Francisco.

Á los quatro dias de camino llegaron á una laguna, ó manantial de linda agua inmediata á la boca del Puerto de San Francisco. Es éste una maravilla de la naturaleza, por su mucha capacidad y los varios recodos que tiene en sus playas, y seguros abrigos en sus Islas: su boca ofrece muy fácil y segura entrada por tener como una legua de largo, y algo mas de ancho por la parte exterior que mira al mar, y como un quarto de legua por la interior que mira al Puerto, cuyo remate interior lo forman dos cantiles muy altos y derechos, uno blanco y el otro colorado, casi de Sur á Norte: el remate exterior lo forman unos peñascos grandes de un lado, y del otro una loma alta, que tiene la falda dentro de la agua. Lo ancho del Puerto no es igual, pues en el extremo del Sudueste tendrá una legua, en la mitad como quatro, y en el extremo del Noroeste tiene una gran bahia de figura casi redonda: como á la mitad de ella está el desague ó desemboque del que hasta ese tiempo se tuvo por un rio muy grande, llamado de San Francisco; pero los varios experimentos y observaciones que en este reconocimiento se hicieron, obligaron al Padre Font á llamarla boca del Puerto dulce. Quiso el Comandante que se pusiese una Cruz en el cantil blanco de la boca del Puerto, y para ello subieron una loma corta, por la que

entraron á una mesa plana como media legua de ancha, y mas de larga, la que se vá estrechando hasta el mismo cantil blanco: goza una vista deliciosa, pues tiene á ella buena parte del Puerto y sus Islas, por lo que la señaló el Comandante para sitio de la nueva poblacion y Fuerte que se habia de establecer por estar dominante al Puerto, y á fusilazos se puede defender su entrada, y muy cerca el manantial de la laguna.

Determinó el Comandante registrar las lomas que van para lo interior del Puerto, buscando las mejores proporciones para el nuevo establecimiento, y halló mucho mas de lo que deseaba. Observóse la altura en la misma boca del Puerto, y se halló en treinta y siete grados quarenta y nueve minutos. Con el motivo de lo que habia visto el Comandante, determinó salir del Puerto dando vuelta á las lomas que lo cercan, y seguir su playa hasta salir á tierra llana, y registrando cañadas y montes todo aquel dia, al siguiente llegaron al arroyo de San Francisco, en cuya orilla se vió un Pinabete, que medido con el grafómetro, pareció tener de altura cincuenta varas, y de circunferencia en el pie cinco y media. Con la determinacion de ir á registrar el rio Grande, que llamaban de San Francisco, y que decian desembocaba en el Puerto por la parte del Norte, mudaron el rumbo, y caminaron á la agua, y el extremo del Puerto, haciendo noche en un rio que llamaron de Guadalupe, y de éste pasaron otro de San Salvador, de éste fueron á buscar el pie de las lomas, que siguen hasta la bahia y Puerto. Los Indios que iban encontrando en tan varios y penosos rodeos, son de idiomas totalmente diversos de todos los demas de aquellas tierras; pero mucho mas los distinguen de ellos sus barbas, su mansedumbre y su pobreza.

Con camino de catorce leguas desde el rio de San Salvador, llegaron á un arroyo distante una legua de la boca del Puerto: al otro dia pasaron por una Rancheria, á la que los convidaron diez Indios que habian llegado al arroyo, y en ella los recibieron cantando y baylando como quatrocientas personas, y con demostraciones de alegria: prosiguieron como una legua, y llegaron á la orilla de la agua, y muy cerca de la boca del Puerto. Luego que vieron el agua dudaron que fuese rio, porque no se le notaba corriente alguna, ni tenia mas movimiento que el de la marea: buscaron en sus márgenes las señales de las crecientes, que tendria si fuera rio, y no se halló alguna; razones que le hicieron decir en su Diario al Padre Font, que es este Puerto dulce, »un golfo de agua dulce, encerrada en »un caxon de lomas, medianamente »altas por un lado y otro, que corre »casi al Este por mas de seis leguas, »y despues se ensancha muchísimo »en unos inmensos llanos.» Pero esas mismas razones que le persuadieron no deberse llamar rio, tambien prueban que no se puede decir que es golfo; porque su dulzura hace ver que no es parte del mar que se avanza por ese gran trecho de tierra, y así solo se puede creer que sea algun lago, ó una concavidad grande y profunda, en donde perennemente hay agua que nace de los manantiales que baxan á él, como en varios que hay en Garda, Ginebra, y otras partes de la Europa, y quien sabe si le disputará la mayoria al de la Canada. Vieron allí unas lanchas curiosas y prolixamente for-

madas de tules, en que andan los Indios pescando, pues en aquellas aguas se coge mucha pesca, especialmente del Salmon, y por el modo que tenian de atracarlas para recoger las redes, se confirmaron en que las aguas no tenian corrientes; porque debiendo éstas ir á desembocar al Puerto, lo hacian mirando hácia la boca: la altura que allí se observó fue de treinta y ocho grados y cinco minutos.

Á las siete leguas que habian salido del Puerto, llegaron á la loma que fue término del descubrimiento del Capitan Don Pedro Fages: vieron una sierra baxa poblada de arboleda, y determinó el Comandante ir á registrarla, y tirando á ella, se encontraron con una crecida manada de ciervos de mas de siete quartas de alto, cuyas hastas pasan de dos varas, con muchas ramas; y aunque se empeñaron los Soldados en coger uno, no pudieron alcanzarlos, por la velocidad con que corren. Siguiendo en derechura á la dicha sierra, se les atravesó una cienega ó tular que les hizo mudar de rumbo, y desde una loma alta vieron una confusion de aguas, tulares y bosques que les impedian los pasos, por lo que los dirigieron á una Rancheria despoblada, que estaba á la orilla de la agua, y ésta sin corriente alguna, cristalina y dulce; pero con las mismas crecientes y menguantes del mar. Con todo, el Comandante se mantuvo en la resolucion de seguir el giro de la agua y adelantar el descubrimiento hasta una sierra nevada, que el dia ántes habian visto á distancia como de treinta leguas; pero los tulares y atascaderos les obligaban á salir de camino, y despues de andar muchas leguas con trabajos y peligros, conocieron que por allí era imposible llegar á la sierra, y confirmándolo un Soldado muy experto, el Comandante determinó la vuelta á Monterey, y atravesando sierras y cañadas, al tercer dia salieron á la Mision de San Carlos del Carmelo.

De ella pasaron al Presidio de Monterey, y para satisfacer á su cargo el Comandante de la expedicion, y quedando en él para la nueva poblacion y fuerte del Puerto de San Francisco ciento noventa y tres almas, por faltar algunos pocos; con lo demas de su cuenta, salieron para San Gabriel, y á los quince dias llegaron á esta Mision; y tomando algun descanso, el dia once de Mayo llegaron á el Puerto de la Concepcion en el rio Colorado. Está este á la otra banda del rio, situado poco mas abaxo de la junta de los rios, en unos cerros de mediana elevacion, que forman el Puerto, por donde el rio Colorado, que se extiende tanto por los llanos, pasa muy recogido, y luego vuelve á extenderse: esto lo hace de la mas deliciosa vista, muy alegre, y el mejor sitio para poblacion, porque está inmediato al rio, y libre de sus crecientes, aunque en su mesa solo cabrán la Iglesia y pocas casas. Aquí hallaron al P. Fr. Tomás Eyzarch, por haberle mudado á él el Capitan Palma; pues en el parage primero no podria mantenerse, por las inundaciones del rio. Del P. Fr. Francisco Garzés, ni él, ni otro alguno sabia cosa desde que se fue la expedicion, y él se salió á visitar las Naciones: solo habia una noticia confusa de que estaba con los Jalchedunes, por lo que el Comandante envió un Indio Intérprete con Carta para que dentro de tres dias se viniera, para concluir todos el viage: pero en los tres dias, ni el Padre, ni el mensagero parecieron, y esto hacia discurrir á los

Padres, ó que habia penetrado al nuevo México, ó tenido algun atraso por ir enfermo desde que salió, y así, ó podia haber muerto, ó que los Indios apóstatas le hubieran matado.

En el interin dispuso el Comandante que se pasara el rio, que venia ya muy crecido y muy sereno en su curso: se hizo una balsa, y con trabajo se fue pasando todo el tren del comboy, y aunque el Padre Font hizo diligencias de medir el ancho de aquella angostura del rio, no pudo conseguirlo; pero por otros medios conjeturó que será de cien varas: observó tambien la altura del Polo, y halló treinta y dos grados treinta y siete minutos. Como el Capitan Palma habia acompañado al P. Fr. Tomás, y le comunicaba con familiaridad, de sus conversaciones concibió gran deseo de pasar á México, y conocer al Señor Virrey, y le suplicó se lo dixese al Comandante para ir en su compañia: el Padre lo hizo, pero el Comandante le propuso lo dilatado del camino, y las dilaciones que podria haber para no volver tan presto á su tierra, y preguntando Palma quantos años podria tardar en volver, le dixo que un año, y pareciéndole poco tiempo, instó en su súplica, y el Comandante consintió en que le acompañara hasta México, pero que no habia de ser solo, sino acompañado de algunos que voluntariamente quisieran seguirle, y escogió Palma á un hermano suyo, á un hijo del Capitan Pablo, y á un Cajuenche su amigo. Todos se despidieron con mucha ternura de los Yumas, deseando éstos saber quando volverian, y tomaron los Padres y demas compañeros el camino para sus propios destinos, y en diez y ocho dias entraron en el Presidio de San Miguel de Horcasitas, á los ciento quarenta y cinco dias de su salida, y habiendo caminado mas de mil ciento y cincuenta leguas sin atraso, ni desgracia alguna, en que vieron la proteccion de la divina Reyna Maria Santísima de Guadalupe, á quien eligieron por Patrona en expedicion tan peligrosa.

CAPÍTULO IV.

Visita el Padre Garzés las Naciones Gentiles hasta el Moqui, y en todas les dá luz de las verdades católicas.

NO hay linage de vida, lugar ó empleo en que el ánimo desnudo de las pasiones no pueda vivir dichoso: esto se vió siempre que no hay otro anhelo, que el de cumplir con las obligaciones del estado y vocacion de cada uno, y se vió en el P. Fr. Francisco Garzés, que llamado de Dios al estado Religioso, y al ministerio apostólico, solo se reputaba dichoso quando empleaba su vida en la reduccion del gentilismo: solo vivia del pan de la Providencia, sin prevenir para peregrinaciones tan largas, como despobladas, mas alimentos que los toscos y extravagantes de los Indios, y teniéndose por dichoso quando llegaba á conseguirlos. Ningun mal camino ni lugar, por peligroso, áspero, árido ni solitario, era capaz de atemorizarle, ni de impedir sus pasos: los peligros mas es-

pantosos le eran suaves, por lograr la dicha de encontrar á los bárbaros, y de familiarizarse con ellos, para darles algun conocimiento del Omnipotente Dios que los crió, y del amante Señor que los redimió.

Para tan Soberanos fines emprendió, animado de la obediencia, una peregrinacion verdaderamente apostólica, para explorar los ánimos y disposicion de las Naciones internas al catequismo y vasallage de nuestro Católico Soberano; pues sin mas equipage ni recámara que el Breviario, una túnica, y una Imágen de nuestra Señora, sin mas escolta que un Indio Californio, y dos Intérpretes de los Pimas, que llevaban tabaco y abalorios para gratificar á los Indios, salió el dia cinco de Diciembre del xacal del rio Colorado, para ir repasando las Naciones que lo habitan hasta su desemboque en el mar. Aquel dia llegó á las Rancherias de San Pablo, y hablándoles de los divinos Misterios, y de los Novísimos del hombre, les enseñó la Imágen de Maria Santísima, y tambien la del Condenado, y ellos le decian que no eran tan tontos que no supieran que allá arriba en el Cielo está la gente buena, y abaxo dentro de la tierra la gente mala; y proponiéndoles si querian el que los Españoles y los Padres fueran á su tierra, respondian que sí, y que entónces estarian muy contentos.

De los Yumas pasó por la laguna de Santa Olaya, donde encontró con la expedicion, y estuvo con el Comandante y el Padre Font, y se dirigió á la Nacion de los Cajuenches. Rodeado de ellos caminó hasta sus Rancherias, y manifestaron tal docilidad para su catequismo, que aun no teniendo los informes rudimentos que los Pimas, despues de haberles predicado el Padre por Intérpretes, les enseñó la Imágen de nuestra Señora, y decian gustosos, que aquello estaba muy bueno; pero luego que les mostró la del Condenado, les causó tanto horror, que no querian ni mirarlo, y le decian á gritos que no queriah verlo, y que volteara el quadro. Todos le expresaron el gusto que tendrian si los Padres y los Españoles vinieran á sus tierras.

Habia estado el Padre en ellas el año de setenta y uno, y vió que estaban incultas y llenas de mas miserias que espinas, y en este de setenta y cinco era admiracion ver todas las Rancherias llenas de frutos y de abundancia de bastimentos, y preguntándoles la causa, dixeron: que como estaban en paz con los Yumas desde el año que el Padre estuvo en aquella tierra, y los habia hecho amigos, desde entónces estaba todo bueno, y reconocidos á tan importante beneficio, le manifestaban especial amor y cariño, y le ofrecian tantos regalos, que dice el Padre, era una confusion las sandias, melones, panes de maiz, atoles de semillas y pescados que le presentaron. Cada dia era mas crecido el gentío que venia á ver al Padre, y el regocijo que mostraban con sus bayles y griteria; y entre su tropel sucedió que un Indio de otra Nacion le dió un flechazo á un Cajuenche, y se le tocaba el pedernal cerca del corazon; el Padre se esforzó quanto pudo con los Intérpretes para catequizarlo, y consiguió que recibiera gustoso el Santo Bautismo, que pudo ser la puerta de su felicidad eterna, pues murió dentro de pocas horas.

Habia el Padre determinado visitar una Nacion llamada Cucapa,

y que habita gran parte de la laguna que corre al desemboque del rio; y como estos Indios eran enemigos de los Cajuenches, éstos intimidaron á los Intérpretes, y le dixeron al Padre que no iban en su compañia, y aun los Cajuenches se negaron á darle guías. Acompañado de los Tallicuamais pasó á visitar sus Rancherias, y advirtió que eran estos Indios mas aseados que los Yumas y Cajuenches: todos le recibieron con gusto y le regalaron, y habiéndoles hablado como pudo de Dios, asentian á lo que les decia, y hacian, viendo las pinturas de nuestra Señora y del Condenado, las mismas expresiones que los otros: desde allí determinó pasar el rio Colorado en busca de la Nacion Cucapa; pero al otro dia le dixeron los Indios, que aunque en el otro viage habia visto mucha gente, pero que ya estaba desierta toda aquella tierra, por haberse retirado toda por la persecucion de sus enemigos, y viendo que se le frustraba su deseo, le fue preciso volver á la Rancheria mas inmediata de los Cajuenches.

De ella salió para la laguna de S. Mateo, y estos Indios le pasaron en brazos y le dexaron á la otra banda, porque allí se acaba su tierra, y empieza la de la Nacion Cucapa, de quien son enemigos. Llegó á las sementeras de dicha Nacion, que halló desamparadas y destruidas, por haber sido aquel sitio el campo de la batalla en que habian peleado los Yumas, Cajuenches y Tallicuamais, contra los de Cucapa, pero el mismo campo le administró opípara mesa en unas sabrosísimas sandias. Al siguiente dia vió unos Indios, y llamándolos vinieron muy festivos, y eran Cucapas que venian á buscarle por el recado que les envió, diciendo que ya estaba toda la gente esperándole. Á las tres leguas comenzó á ver las Rancherias y siembras; pero no pudiendo parar allí, por decir el Indio Sebastian, que era el único que le acompañaba, que no habia pasto para las bestias ni agua por estar en pozos, admitió el convite que le hizo un Indio viejo ofreciéndole su casa, aunque estaba algo distante. Fue muchísima la gente que ocurrió en esta posada á ver al Padre, y valiéndose de una vieja Pima que en ella estaba, les habló del importantísimo negocio de las pazes, para que como los de las Naciones de arriba las hicieran tambien ellos, y siendo todos amigos, no hubiera tantas muertes y estragos de unos á otros: admitieron todos la propuesta con gusto, no lo tuvo menor el Padre en que le rogaran que les enseñara el quadro de la Vírgen, pero no pudo hacerlo por haberlo dexado en el hatito que se quedó en los Cajuenches, por no haber querido acompañarle los Intérpretes; solo pudo mostrarles las estampas del Breviario y el Santo Christo, que con reverencia besaron y adoraron todos.

Prosiguió el Padre su designio, y fue visitando por tres leguas varias Rancherias, y aunque en la última le hicieron muchas instancias para que se quedara, no quiso Sebastian, por no haber en ella mas que tulares y agua de pozos; y aunque los Indios les avisaron que adelante no habia mas que agua salada, tomaron el camino y entraron en unas dilatadas playas arenosas y sin agua dulce, por lo que el Padre tuvo que buscar una Rancheria que por aquel rumbo habia visto el año de setenta y uno, y le fue feliz su hallazgo, pues en ella se encontró con los mismos Indios que entónces le pasaron en el rio, y todos tuvieron igual gusto y consuelo: el

siguiente dia, despues de explorar sus voluntades y de haberles hablado de Dios, le dixeron estar resueltos á vivir con los Padres, y á que fueran á sus tierras los Españoles, y tomó el camino por la playa andando hácia abaxo, hasta que llegó al mismo desemboque del rio Colorado, en donde pasó la noche, y al otro dia subió á las Rancherias de los Cucapas, y atravesando una de Serranos, salió á la orilla del mismo rio, por la que llegó á los Yumas: registró de nuevo todos los parages y arribó al Puerto de la Concepcion, donde halló al Padre Fr. Tomás su Compañero, y tuvo grande gusto de verle tan contento con aquellos Indios. De suerte que sin contar la Nacion de éstos, visitó el Padre Garzés en aquellos diez y ocho dias, de la de los Cajuenches como tres mil Indios, de la de los Tallicuamais como dos mil, y de la de los Cucapas como tres mil, y pudo decir con verdad, que habiéndoles hablado á todos quanto le fue posible de Dios y sus divinos Misterios, todas esas Naciones le rogaban que se quedara con ellas, todas le obsequiaron con gusto, y le manifestaron deseos de que fueran á sus tierras Padres y Españoles á poner las Misiones.

El dia tres de Enero llegó el Padre Garzés al xacal en que quedó el P. Fr. Tomás en la Rancheria de Palma, y fue grande el regocijo de oírle la asistencia y esmero con que aquellos Indios habian cuidado de su sustento, y le habian servido casi en el mismo modo que en las Misiones antiguas; pero mucho mas al oír á los muchachos cantar las divinas alabanzas que el Padre les habia enseñado, y al ver que muchos Gentiles adultos venian á Misa atraidos del exemplo de Palma que asistia á ella, imitando á los Christianos en la devocion, persignándose y dándose golpes de pechos, como si fuera uno de ellos. A la venida del Padre Garzés fueron concurriendo muchos de varias Naciones, y dando noticia los Yavipais y los Cocomaricopas de que ya comenzaba á crecer el rio Gila, y traia mucha agua, fue preciso mudar el xacal del P. Fr. Tomás á un alto del mismo Puerto, á lo que concurrieron con los Intérpretes los Yumas y otros Indios. Iban cada dia llegando los principales de los Cocomaricopas y Jalchedunes, lo que obligó á Palma á decirles que debian entender el que ya todos eran hermanos; pues él por los Padres habia ya tirado las armas para no tener enemigos y unirse con los Españoles, con otras expresiones tan vivas, que les hizo condescender á todas sus propuestas, para que recibieran al Rey pacífico y Príncipe de la paz en sus tierras y en sus almas.

No habia visitado el Padre Garzés mas que de paso á los Serranos, que llamó Danzarines, y con todo valiéndose de la ocasion, ya habian hecho las pazes con los Jalchedunes, y vinieron á buscar á los Padres para que tambien se las otorgasen los Yumas: vino con ellos uno de la Nacion Quemaya, y dió noticia de que dos ó tres Naciones habian peleado con los Españoles de la Costa, y matado á un Padre, y quemado el Pueblo; lo que despues se supo ser verdad, y que los Indios de la Mision de San Diego se habian sublevado y matado á su Ministro el P. Fr. Luis Jaume, é incendiado el Pueblo. Tambien vinieron á visitar á los Padres los Yavipais Tejua, que son los indómitos Apaches, pero amigos de los Yumas, y por uno de éstos que entendia bien su lengua,

les propuso el Padre todo lo que á los demas, y dixeron que irian á su tierra, y les avisarian á sus gentes todo lo que les decia, y que volverian á dar la respuesta. Los Jalchedunes le instaban mucho al Padre para que fuera á su tierra, y condescendió á ello; pero con la condicion de que le habian de conducir á la de los Jamajabs, á lo que se resistieron por el miedo que les tenian; y estando allí uno de esa Nacion, determinó el Padre ir á visitarla, llevando á Sebastian y los dos Intérpretes en su compañía.

El dia catorce de Febrero se despidió del P. Fr. Tomás y tomó el rumbo de una sierra, y caminando por otras todas muy ásperas, á los ocho dias llegó á un valle, donde encontró ochenta Indios Jamajabs que baxaban á los Yumas movidos de las noticias que del Padre y de las pazes habian tenido. El Padre les agasajó mucho, y les dió del bastimento que llevaba, porque estaban muy hambrientos, y diciéndoles que los Yumas habian hecho las pazes con los Jalchedunes, dixeron que allí traian dos mugersitas de esa Nacion cautivas: el Padre se las pedia con mucha eficacia, pero ellos se resistian, hasta que les ofreció un caballo y otras cosas de poco importe, y se las entregaron. Algunos de ellos prosiguieron su derrota, ménos el Capitan y otros pocos que quisieron acompañar al Padre, lo que le causó un molesto rodeo, con que ellos huían de la tierra de los Jalchedunes: á los quarto dias llegaron á un aguage desde donde se toma el camino para la dicha tierra, y el Padre determinó enviarles las dos Inditas con el Intérprete viejo que le acompañaba, con recado de que ya los Jamajabs eran sus amigos, y que no habian de hacerles guerra. Entendido el Capitan de esto, les hizo un largo razonamiento, y para que asegurasen que eran verdaderas las paces, rompió el arco y tiró las flechas.

Al baxar una sierra se viéron quarenta Indios de la Nacion Chevet, y seis de ellos vinieron luego que los llamaron con extraña velocidad, y como si fueran venados. Todos regalaron al Padre con muy buen mezcal que traian. Puebla esta Nacion las riberas del rio Colorado hasta los Yutas, pero son de muy distinto idioma de los que tienen las demas Naciones: á los tres dias llegaron á las Rancherias de los Jamajabs, y aunque los Indios estaban en la otra banda del rio, á la voz del Capitan pasaron todos, con lo que el Padre logró todo el dia en hablarles de Dios, de su poder y perfecciones, y les ponderó los bienes de la paz, y lo que les convendria vivir juntos, ser Christianos, y de los demas asuntos: á todo le contextaron diciendo, que todos estaban buenos, y que él le pidiera licencia á su Capitan, y se quedara para siempre con ellos para que los bautizará, pues ya conocian que de ese modo saldrian todas las cosas buenas: por éstas y otras muy racionales producciones, graduó el Padre el aprecio de sus particulares prendas que recomienda en su Diario diciendo: »Puedo decir con toda verdad que estos »Indios hacen grandes ventajas á los »Yumas y demas Naciones que he »visto hasta ahora en el rio Colorado: son ménos molestos y nada ladrones: les enseñé el quadro de la »Vírgen, y les quadró muchísimo, y »dixeron que el Diablo estaba muy »malo. Como yo soy el primer Español que ha entrado en su tierra, lo »celebraron mucho, porque deseaban

»conocerlos, y como ya habian oido »decir que los Españoles eran valien»tes, era extraordinario el regocijo »que tenian de ver que ya eran ami»gos de gente tan valiente.

No le era posible al Padre salir de allí por el muchísimo gentío que succesivamente iba llegando con la ansia de verle: entre él vinieron tres Capitanes, y el principal le dixo que allí nadie determinaria cosa alguna sin su voluntad; porque él era el mayor, y que queria que le dixera lo que habia de hacer, pues tenia buen corazon, y que se bautizaria, añadiendo otras expresiones muy buenas: á todas le contextó el Padre con las verdades evangélicas, de que el Indio se manifestó satisfecho. Pasaron de dos mil almas las que allí concurrieron, y manifestando el Padre que tenia deseos de ir á ver á los Padres que vivian cerca del mar, luego se ofrecieron á acompañarle, diciendo que tenian noticias de ellos, y que sabian bien el camino: con este designio les dexó el Padre á guardar su hatito, y al otro Intérprete, para que esperara al que habia llevado las dos Inditas á los Jalchedunes, y con Sebastian y el Capitan principal de los Jamajabs caminaron hasta la casa de éste, y detuvo al otro dia al Padre para consuelo de muchos que venian de léjos solo por verle, y del Capitan de la Nacion Chemevet, que ocurrió allí con el mismo fin, y oyó con agrado quanto el Padre les propuso del conocimiento de Dios, de la paz y amor que se debian tener unos á otros. Á los doce dias que habia atravesado asperísimas sierras y malos caminos con muchas lluvias y frios, se les acabaron del todo los bastimentos, y no habiendo otro recurso que el de matar un caballo, se lo permitió á los compañeros, y lo executaron con tal economia, que ni la sangre se perdió, y fue necesario contener su voracidad para que la carne durara hasta las Rancherias pobladas; y como el frio era extremoso, para que no perecieran los dos Indios Jamajabs que iban de guías, le dió el Padre á uno su túnica interior, y á otro una fresada, y caminando quatro dias llegaron á la Rancheria primera de la Nacion Beñeme, y sus Indios los regalaron con liebres, conejos y mucha vellota, que restableció las fuerzas que les habia quitado su dura abstinencia.

Á una legua de allí, llegó el Padre á la casa del Capitan de la Nacion, el que manifestó su generosidad regalándole una sarta de dos varas de cuentas blancas del mar: su muger le saludó echándole vellotas por el cuerpo, como si fueran flores, y tiró el canastillo, que es entre ellos señal de mucho obsequio, y despues de un rato volvió á repetir su saludo con cuentas blancas del mar: estas mismas ceremonias las hizo tambien la segunda muger del Capitan. Desde allí fue el Padre visitando varias Rancherias, y en todas fue muy bien recibido, y á los cinco dias llegó á la Mision de San Gabriel, en la que sus hermanos le recibieron con mucho gusto. Era el principal intento del Padre Garzés desde que salió de los Jamajabs, dirigirse derechamente á la Mision de San Luis para ver como se podia facilitar la comunicacion que pretendia el Señor Virrey desde la Provincia de Sonora con las de nuevo México y Monterey; pero no pudiendo lograr su intento, porque los Jamajabs no quisieron ir por las tierras de sus enemigos, se conformó en venir á la Mision de San Gabriel, para subir por camino real á la de San Luis, y

por aquel rumbo baxar á los Jamajabs.

A este fin recurrió al Comandante de Monterey, que estaba en San Diego, y le negó quanto le habia pedido, y concurriendo en San Gabriel, le dixo no tener órden de S. E. para administrarle lo que le pedia, ni tampoco le quadraba que los Indios del rio Colorado pasasen á los establecimientos de Monterey: y por este dictámen sin duda tenia mandado al Cabo de San Gabriel, que prendiese á los Indios Jamajabs, y así los sacase hácia su tierra, y muy léjos de aquella. No se puede dudar que este Comandante tendria por muy sólidos los fundamentos de sus órdenes; pero acaso no reflexaba en los crecidos gastos que se estaban haciendo de las Caxas Reales sin mas fin que el de abrir el camino para la comunicacion de la Sonora con Monterey, y que no habia otro que el paso del rio Colorado, y que éste quedaria cerrado desde que los Españoles prendieran y maltrataran á sus Indios. Acaso no tendria presentes este Gefe los bandos y pregones públicos con que los de Sonora prohibian el que ninguno les impidiera á los Indios la comunicacion de unos con otros. Acaso no conocia la irritacion con que se habian sublevado los Indios de la Mision de San Diego, y matado á su Ministro, por los ultrages que habian sufrido de los Soldados, especialmente de los desertores: y por fin no debia de tener presentes los repetidos mandatos del Rey para que los Gentiles que llegaren á los Presidios sean admitidos con demostraciones de caridad, ni que el derecho de las gentes permite el comercio de unas Naciones con otras, y no podia impedir el inocente y antiquísimo comercio de las Naciones del rio Colorado con las del mar, y mucho ménos consistiendo en solos los frutos del mar y de sus tierras. Pero la falta de estas reflexiones ha hecho ver quan desgraciadas han sido siempre aquellas Provincias, y quan cara le salió á este Gefe su conducta.

No careció de socorro la mas urgente necesidad que el Padre Garzés tenia para sus Compañeros, pues la caridad de sus hermanos le proveyó de bastimentos, y con el intento primero prosiguió sus designios, y saliendo de San Gabriel, á los cinco dias de camino llegó á una ciénega; en la que se enfermó uno de los Indios Jamajabs, y le fue preciso detenerse allí diez dias, catequizando y asistiendo al enfermo, y visitando varias Rancherias de Indios que vivian en aquel contorno y sus sierras, en las que encontró otro enfermo muy viejo, que era Padre del Capitan de los Jamajabs, que le habia obsequiado; y bien instruido, lo bautizó, por entender el Indio Sebastian su idioma. Allí mismo concurrieron otros Indios, que le convidaron para que fuera á su tierra, y le conduxeron con otros cinco Jamajabs que venian de su comercio.

Eran los dichos Indios de la Nacion Beñame, y convalecido el enfermo, atravesó el Padre una grande sierra, y llegó á su Rancheria, en que le recibieron muy cariñosos, y á todos les instruyó en las cosas de Dios, y pasando otra mayor sierra llegó á las Rancherias de la Nacion Cuabajai, en donde le recibieron regalándole con muchas semillas. Vió la principal Rancheria, formada como una grande galeria en una pieza muy larga adornada con arcos de sauz, y cubierta con esteras de tule muy delga-

das y bien cocidas; tenia ventanas para la luz y desahogar el humo, y dos puertas, una al Oriente y otra al Poniente, que guardaban toda la noche con centinelas; á los dos lados de la pieza habia varias cámaras ó alojamientos para dormir, y mientras llegaba la hora de recogerse, estaba cada familia sentada á la puerta con su lumbre. Quando el Padre llegó á esta Rancheria iban los dos Jamajabs uno vestido con la túnica, y el otro con la fresada, y así juzgaron los Indios que eran Españoles; pero á poco rato se desengañaron y perdieron el recelo que tenian de que les hicieran algun daño, y se fue llegando toda la gente al Padre, y muy contentos besaban el Santo Christo, y á todo lo que les decia respondian que estaba bueno y que se lo creían: preguntaron á los Jamajabs si el Padre era Español del Poniente, que es Monterey, y diciéndoles que no era sino del Oriente, que para ellos es Sonora, ya se confiaron del todo y hicieron que vinieran á verle las mugeres mozas y los muchachos, que se habian retirado al monte por miedo de que les hicieran daño, escarmentados de los que los desertores andaban haciendo.

Al cerrar la noche entró el Padre en el portalon, donde ya estaba cada familia sentada á la puerta de su cámara con su lumbre, y una á una las fue saludando, y riéndose con todos, hasta llegar á la pertenencia del Capitan, y por medio de Sebastian y de otro Intérprete, le dixo que ya sabia que tenia buen corazon, y que él no le haria mal alguno; pero que le habian dicho que por allí cerca habia mala gente, y que así le avisara si habia alguna cosa. El Capitan respondió: no tengas miedo, que nadie te hará mal, yo te acompañaré mañana con toda mi gente hasta la otra Rancheria, pues sabemos que te has portado bien con la gente del rio Grande. El Padre allí mismo rezó la Corona de Maria Santísima, y cantó el Alabado con Sebastian y los dos Indios Jamajabs, que ya sabian la Ave Maria. Comenzada la Corona se levantó la muger del Capitan, tomó una corita de chia, y la fue echando por el Santo Christo que el Padre tenia en el pecho, y luego hicieron otras mugeres lo mismo, y echaban chia en la lumbre para que diera mas luz. Les era en todas las Rancherias de grande admiracion el ver rezar la Corona, y los primeros que lo veían les daban noticia á otros, y por eso en todas le decian al Padre, ¿quando rezas? porque la gente que no es de aquí, no se quiere ir hasta que te vea rezar; pero la mayor admiracion era, el que en comenzando el rezo cesaban del todo los gritos, bayles y borucas, que sin parar hay entre ellos, y que en muchas partes le querian cambalachar la Corona, dándole multitud de cuentas blancas del mar por ella.

Aquella noche durmió el Padre cerca de la puerta del portalon, y al otro dia, acompañado del Capitan y su gente, pasó á otra Rancheria, compuesta de muchos xacalones, y le recibieron en ellos con mucho gusto, franqueándole de sus alimentos todo lo necesario, y oyendo sus exhortaciones con aprecio, y conociendo el intento que llevaba de pasar adelante, todos le persuadian no lo hiciera, porque la gente que se seguia no era de sus parientes, sino muy mala, y que se llamaba Noches, y negándose todos á acompañarle, hasta el Indio Sebastian y los Jamajabs, tuvieron miedo, y no quisieron tampoco hacerlo. El Padre divertia sus deseos regis-

trando las inmediaciones de aquel parage, sin poder separarse de él, y á los tres dias viéndole triste un Indio Noche, que estaba allí casado, le dixo que él lo acompañaria, y advirtiéndole á Sebastian que á los quatro dias volveria, salió con solo aquel viejo, y andando mas de ocho leguas, encontró con unos muchachos, ya de los Noches, á los que les hizo cariño, y pasando la sierra de San Marcos, salió á un rio muy grande, y dió en una Rancheria, donde le obsequiaron, y baxando el rio, se le juntaron tres Indios frente á una Rancheria que estaba á la otra banda, á la que el viejo le dixo podia pasar; pero ofreciéndose grandes dificultades por no saber nadar el Padre, entre los quatro le pasaron en brazos: entró en la Rancheria, y le recibieron con gran fiesta, y le regalaron, correspondiéndoles sus agasajos con tabaco y abalorios.

Por la tarde un Capitan de otra Rancheria del Poniente le convidaba á que fuera á ella, y diciéndole el Padre que iba al Norte, sacó el agujon, y como vieron que por mas que lo revolvian, siempre apuntaba á él, quedaron muy admirados, pensando como otras Naciones, que era cosa viva, y con entendimiento: pasó á otro rio no muy grande, y otra Rancheria de bellísima gente, que le obsequió mucho, y adelante vió algunos Indios barbados, y uno de barba muy poblada, larga y canosa, y llegando á una Rancheria supo que se estaba muriendo un niño, y por señas les dixo á sus Padres que si querian que le bautizase, y diciéndole que sí, lo hizo con gran consuelo por verle ya agonizando. Allí vinieron Noches del Poniente que querian llevar al Padre á su tierra, lo mismo pretendian los Noches Pagninoas; pero temia el Padre que si no volvia en el plazo que le dixo Sebastian, se persuadiria á que le habian matado, y se irian dexándole solo, y así no pudo condescender con las instancias de los Indios, los que tambien le dixeron, que en su tierra habian quitado la vida, despedazándolos vivos, á dos Soldados, que serían desertores, porque eran muy malos con las mugeres, y el Padre les respondió, que tambien los Españoles matan á los que son malos. Ya el viejo Noche se habia apartado del Padre, y para que no saliera de la Rancheria, le negaban los guías, y le decian que venia mucha gente de todas partes á visitarle; pero como estaba con el cuidado de los compañeros, se resolvió á salirse solo, porque ninguno le queria acompañar; pero luego se conoció que esto era por el deseo de que no saliera de su tierra; porque luego que salió vino un Indio á alcanzarle, y le guió pasando por varias Rancherias, en que le daban mucho de comer, y le hacian fuertes instancias para que no les dexase, acompañándole hombres y mugeres de unas á otras.

En una vió un Capitan muy grave que le instó para que parase, y que al otro dia le llevaria á ver á un Español que estaba casado con una India de los Noches Colteches, que llevaba al pecho una cosa redonda: mentaba mucho á Dios, y les decia que estaba en el Cielo: que ya tenia un hijo, y que porque tenia buen corazon, todos le querian mucho, y vivia contento con los Indios. El Padre se persuadió á que sería alguno de los desertores, que por ser mas moderado no le habian matado los Indios. Sacó el Padre dos Indios que lo guiaran; pero habiendo pasado un cerro muy alto,

le pusieron en el camino, haciéndole señas por donde estaba una Rancheria y el rio, y le dexaron solo, por mas ruegos que les hizo, y fue la causa el ir ellos desnudos, y hacer muchísimo frio, y mas el temor de los osos que abundan en aquellos páramos.

Nada reparaba el Padre, puesto en manos de la Providencia, y solo agitaba su ánimo el saber de Sebastian, y de los Intérpretes que le acompañaban, y á poco rato de caminar solo, y entrada ya la noche, se halló en unos grandes despeñaderos, y aunque veía algunas veredas, eran de los de á pie, y no podia ir por ellas la mula; pero en tan grave afliccion quiso Dios que baxara á una grande cañada, y discurriendo fuera á dar á algun rio, caminó por ella lo mas de la noche, y vino á salir al amanecer á las riberas de un rio, y andando arriba y abaxo de ellas, vió quatro Indios, que se pusieron á reir y gritar: luego que se acercó á ellos y le tiraron unas ardillas asadas, con este agasajo condescendió en ir con ellos á su Rancheria, á la que le convidaron. En ella le recibieron con mucho gusto, y le festejaron con bayle: y pasando el rio llegó á el de San Felipe, visitando otras Rancherias, en que le regalaron con caza, pescado y una especie de marquesotes que hacen de unas raizes.

Acompañado de tres Indios Cuabajais, atravesó unos llanos muy incómodos, por desiertos, secos, sin camino, y taladrados de las tusas, y no sin peligros por haberse caido la mula en un agujero bien profundo; pero llegó á las Rancherias de los Cuabajais, que estuvieron tan festivos que aquella noche hubo bayle y el dia siguiente: en él llegó uno de los Jamajabs que acompañaban al Padre, y traía dos bestias, y recado del Capitan de la Rancheria en que habia quedado Sebastian, para que pasase á ella; pero diciendo que Sebastian habia ido á buscarle al rio, le esperó, y él mismo dia llegó sin contratiempo laguno. Fue á la dicha Rancheria, donde fue recibido con mucho amor, y ofreciéndole con abundancia bastimentos, le preguntaban que quando volveria á su tierra. Aquí encontró dos Jamajabs que llegaron de su tierra, y como los otros se habian ido á ella, les persuadió le acompañaran para visitar las Naciones de los Chevet y Cuajala, y ellos le llevaron á la de Cobaji: no habia en la Rancheria mas que mugeres y muchachos, por andar los hombres en la caza: les regalaron con carne y semillas, diciendo las mugeres que lo hacian por verlos necesitados, y porque su Nacion era bizarra y no mezquina; por lo que el Padre se detuvo allí aquel dia á instancias suyas. Caminados quince dias pasando por Rancherias ya de Chemeveti, llegó á la de los Jamajabs, y dice en su Diario: »Dificil cosa es »explicar las expresiones que hizo »esta Nacion por manifestar el gozo »que tuvo de verme otra vez en su »tierra. Tenian citados para mi veni»da á los Yabipais Tejua, á los Ja»guallapays, á los Chemevets, y á »los Jalchedunes, para que á presen»cia mia, hablando todos muy despa»cio, se celebrasen las pazes, y á este »fin me decian era preciso me detu»viera ocho dias, aun sabiendo que »habia recibido allí Cartas del Señor »Comandante de la expedicion, y de »mi Compañero el P. Fr. Tomás, en »las que me instaban volviese luego »á los Yumas. Fue tal el concurso, y »tal la griteria y algazara, que mo-

»vieron estos Indios con esta junta »general que hubo, que por ella y el »mucho calor temí enfermarme. Hi»ciéronse, pues, las pazes generales »entre todas las Naciones que concur»rieron y nombré arriba, con gran »gusto de ellos, y complacencia mia.»

CAPÍTULO V.

Prosigue el Padre Garzés sus apostólicas peregrinaciones. Llega al Moqui, en donde no fue bien recibido, y sucesos de su vuelta á la Sonora.

EN el tiempo que se capitularon entre las Naciones las pazes generales, se informó el Padre con eficacia de los Indios Guallapa ys de todas las distancias que habia hasta el Moqui y Misiones del Nuevo México, y despidiéndose de todos, para baxarse á los Yumas y las Naciones á sus tierras, sucedió que al pasar el rio de los Jaguapais, algunos Jamajabs levantaron el grito acordándose de sus parientes, á quienes ellos habian matado en las pasadas guerras, diciendo que querian vengarlas. Los principales se opusieron á tan injusto intento, y todos recurrieron al Padre para que todo se compusiera. Traxeron á su presencia á los Jaguapais, y viéndolos muy atemorizados y recelosos, lo que tambien le sucedia al Padre, se determinó de repente á acompañarlos, diciéndoles que no tuvieran miedo, que él iria con ellos, á lo que ninguno replicó. Inmediatamente determinaron los Jaguapais se adelantase uno de ellos con dos Jamajabs á prevenir á sus gentes que el Padre iba á sus tierras; y pensando el Padre no volver por allí, le ordenó á Sebastian que si tardaba algunos dias, se baxase á esperarle en las tierras de los Jalchedunes, pues por ningunos ruegos que le hizo pudo conseguir que le acompañara, ni viéndole solo, porque los Intérpretes de la expedicion ya se habian ido para sus tierras.

Á los quatro dias llegó el Padre á la Rancheria de los Jaguallipais, los que tenian prevenida caza para regalarle, y se portaron muy bien, correspondiendo al afecto que les habia manifestado, y les habló de Dios, advirtiendo que ya tenian algun conocimiento de su Magestad, y explicándoles los principales Misterios, los oían con gusto: todos besaban con reverencia el Santo Christo, y hacian que sus hijos lo besaran. Les dió á entender que queria pasar al Moqui, y halló grandes dificultades por la oposicion de los Jamajabs, que temian mucho le pudieran matar; pero todas las venció su constancia. Acompañado de un Capitan, otro Indio, y un Jamajab, á quien le aseguró que nadie le haria mal, fue visitando las Rancherias: en la primera el Indio principal de ella y su muger le ofrecieron el acompañarle; pero solo con el Jamajab prosiguió hasta una Rancheria de Yabipais, y habiendo encontrado en el camino á uno de ellos, éste envió correo á sus parientes, avisándoles que allí estaba el Padre á quien quatro de los parientes habian visto años pasados en los Jalchedu-

nes, y le rogó mucho al Padre que se detuviera hasta que llegaran.

Al segundo dia comenzaron á llegar en quadrillas, ya de seis, ya de ocho hombres, haciendo el cabeza su razonamiento: aquí vinieron un Indio casado, con su muger, y otro soltero, que dixeron ser del Moqui, y se ofrecieron para ir en compañia del Padre, lo que en parte cumplieron: con esta ocasion se volvieron los demas á sus casas. Al tercero dia llegaron á la Rancheria del Indio soltero, en que recibieron al Padre muy obsequiosos; y el casado le dixo, que él se quedaba allí con su muger, y se contentó con afirmarle que ya el camino hasta el Moqui era todo llano y con agua. El Capitan le suplicó al Padre que fuera á ver sus tierras, y como lo habia obsequiado tanto, no pudo negarse, y se dexó á su voluntad para ir á donde le quisieran llevar. No perdia el Padre momento en que no les hablase de Dios, y de las delicias del Cielo, lo que oían con mucha atencion, y manifestaban creerlo: todos besaban el Santo Christo, y lo levantaban al Cielo, y así iba pasando de mano en mano desde los grandes hasta los chicos: pero lo mas admirable en todas estas Rancherias fue, el que no habia manco, ciego, enfermo, ó cansado que no viniera á rogarle al Padre que le pusiera las manos y le rezara, lo que executaba de muy buena gana, haciéndoles invocar el santo nombre de Dios; y aunque procuró indagar el orígen de aquellas demostraciones, no lo pudo descubrir, y lo mismo experimentó en la tierra de los Yabipais.

Entró en la tierra de éstos anunciando la paz y los bienes que de ella provienen, y aunque fueron penosísimos los malos pasos del camino, llegó á una Rancheria, en la que todos estaban muy contentos por su llegada, y abrazaban de buena gana quanto les proponia; y conociendo que el Padre deseaba proseguir su camino, le hacian fuertes instancias para que se quedara, de forma, que no pudo desprenderse del parage hasta los cinco dias, y en todos le asistieron y regalaron con todo lo que tenian. Acompañado de cinco Indios caminó con mucho trabajo hasta una penosísima cuesta, cuyos despeñaderos infunden horror y espanto; pero ya por tierra buena llegó á una Rancheria del Jabesua, y se le ofreció uno para acompañarle al otro dia. En él vió los profundísimos caxones por donde corre el rio Colorado en aquel parage, y en una gran sierra un puerto abierto hasta abaxo, que por singular llamó de Bucareli: aquí esperaban tres familias para ir juntas, por el temor de los Yabipais Tejua, y llegaron al rio Jaquesila, el que pasado con indecibles fatigas, llegaron á una Rancheria de Yabipais, en la que estaba el Indio que ya se dixo habia cantado el Alabado, y recibieron al Padre con mucho obsequio: concurrieron allí dos Indios del Moqui, vestidos con cueras, y casi como Españoles: el uno le besó la mano al Padre; pero dándole tabaco y cuentas del mar, nada quiso recibir; el otro ni llamándole quiso venir, ni besar el Santo Christo que los Yabipais le daban: ellos se fueron muy de mañana, y el Padre no caminó aquel dia.

Al siguiente, acompañado de los Yabipais, pasó el rio Jaquesila, y un Pueblo arruinado del Moqui: á las doce leguas llegó al que los Yabipais llaman Muca, y es el de Oraybe; pero con el mal principio de que tres leguas ántes encontró un mozo á quien daba un poco de tabaco, y no quiso

recibirlo. Otra legua adelante llegaron dos en buenos caballos y bien vestidos, y yendo el Padre á darles la mano se retiraron, y le hacian señas de que se volviera atrás: pero los Yabipais tomaron la mano y hablaron á favor del Padre, aunque ellos resistian, y vueltos al Padre le decian que qué era lo que determinaba: pero dexándoles con la palabra en la boca, prosiguió solo su camino, pues ya sabia que estaba cerca el Pueblo: seis Yabipais se apartaron por varias partes, y solo un viejo y un muchacho le alcanzaron al subir la mesa en que está el Pueblo: es la cuesta muy áspera y estrecha, pero despues de rodeos y baxadas, se vió como repentinamente en él: á su entrada hay una calle ancha que corre derecha hasta la salida: á un lado y otro de ella van saliendo otras calles de la misma anchura, formando quadras. Vió tambien dos plazuelas. Las casas son de altos, y en tal disposicion, que del piso de la calle se levanta una pared de vara y media de alto, y encima está el patio de la casa, al que se sube por escalera de palo movediza: en el patio hay varios quartos con llaves de madera, tambien escalera para subir á los altos, que tienen salas grandes y recámaras, y para las azoteas.

La figura del Pueblo ni es quadrada ni redonda, y luego que el Padre y los dos Indios entraron en él á vista de innumerables mugeres y muchachos que estaban en las azoteas, se arrimaron para subir á la casa de una muger conocida del Yabipai viejo, que desde abaxo la habia saludado; pero ella ántes que el Padre subiera, le dixo desde la azotea, que le avisara que no lo hiciera, y que entrase él con sus trastos, pero no con los del Padre; con esto el Padre se retiró á un rincon que habia en la calle, allí recogió su hatito, y el Yabipai se llevó la mula. Todo el dia estuvieron yendo succesivamente hombres, mugeres y muchachos á ver al Padre, pero sin acercarse á él, aunque les ofrecia cuentas blancas del mar, que aprecian mucho. Quando el viejo Yabipai se fue de la compañia del Padre, le dixo: estate solo aquí, estos no te quieren y estan malos. De los olotes, que es lo que queda despues de desgranada la mazorca del maiz, que tiraban á la calle, encendiéndolos con la lente hizo el Padre lumbre, y pudo hacer un poco de atole del pinole que llevaba, y fue todo su alimento en un Pueblo proveido de todo lo necesario.

Cerca de la noche se le arrimó un viejo, al que le dió tabaco y cuentas, besó el Santo Christo, y dixo: Dios te le pague, y se retiró: luego llegó otro mozo, y hablando en Español, le dixo: Padre, éstos son Chichimecos, y no quieren bautizarse, ni quieren creer que tu eres Padre: pero yo te conozco, porque estoy bautizado, y soy de Zuñi: puedes venirte con nosotros que somos tres, mañana ántes de medio dia llegarémos á un Pueblo, y pasado mañana á la Mision de Acome. No le contextó el Padre sobre el viage, y le preguntó por el Capitan del Pueblo, á lo que dixo, que no queria venir por allí, y que no sabia donde se habia escondido: el Padre le dixo, que hablara á la gente que allí estaba que se acercara, que él no venia mas que á decirles cosas de Dios: hízolo el Indio, pero sin efecto, y le dixo que si queria ir á dormir en la casa donde estaban sus compañeros hospedados, lo que no hizo el Padre por no ser la oferta del dueño de la casa. Ya entrada la noche, como la gente dormia

en las azoteas y corredores, era intolerable el ruido de cantos, flautas y gritos; pero todo se puso en silencio, quando uno de voz atiplada empezó á predicar un Sermon muy largo, y acabado prosiguió el ruido, hasta que otro Predicador de voz ronca hizo otro cansado razonamiento. Hasta la alva anduvieron los hombres paseando las calles. Ya tarde llegaron á ver al Padre sus compañeros los Yabipais, y diciéndoles que habia determinado ir á Zuñi, dixeron que ellos no iban, que se volviese á Jabesua, y que supiese que los del Moqui no le querian: el Padre les daba cuentas del mar para que compraran maiz, y no solo no las quisieron recibir, sino que dos, los mas mozos, le tiraron las que les habia ántes dado, de lo que inferia las cosas que les habrian dicho para que tuvieran de él recelo.

Luego que amaneció ocurrieron los tres Indios de Zuñi; pero el Padre les dixo que ya no tenia ánimo de ir con ellos, pues no acompañándole los Yabipais, siempre se recelaba de los Indios del Moqui, y los despidió dándoles una Carta para su Ministro, á quien le escribió lo que le habia pasado. Á poco rato llegó el viejo Yabipai con otro de los principales del Moqui, que le instaron á que fuese á visitar los otros Pueblos, en donde le darian de comer, porque allí no querian. Ensilló el Padre la mula, y baxó acompañado de los dos Indios, á que se agregaron muchos muchachos y muchachas, y desde la cuesta le señalaron el camino por donde habia de ir pero el Padre receló mucho, viendo que ninguno le queria acompañar; pero el Yabipai se fervorizó mucho, diciendo que el Padre y la mula tenian hambre, que hasta los cinco dias no podian ellos vender las cosas que habian llevado. Con esto se resignó el Padre á ir solo, y baxada la cuesta tomó por un Valle, y subió á otro alto semejante al del Pueblo, y viendo que los Indios que encontraba huían de él, conoció la mala disposicion en que estaban, y le pareció desandar las tres leguas que habia caminado, y volver al Pueblo en busca de los Yabipais que le habian acompañado. Poco ántes de la noche entró en él, admirando la multitud de gente que desde las azoteas y casas le estaban mirando, y despues de dar algunas vueltas buscando el rincon de la antecedente noche, dió con él, y sin que le hubieran hecho mejor recebimiento, ni favor alguno, con todo dice el Padre que le debian los Indios de aquel Pueblo el concepto de que hay en él muchos buenos, y que el daño estuvo en la cabeza ó cabezas que mandaron, segun dixo el Indio de Zuñi, que no le dieran de comer ni hospicio, lo que exáctamente executaron.

Luego que el Padre se recogió á aquel rincon llegó uno de los Yabipais, y sin hacer ni hablar cosa alguna, se llevó la mula: al amanecer oyó cantar y baylar por las calles, y vió Indios embijados con plumas en la cabeza, á los que acompañaba mucha gente con pitos y algazaras; por lo que viendo que al salir el Sol iba gran multitud de gente al parage en que él estaba, le causó gran recelo de que iban á quitarle la vida, y así se previno con el Santo Christo en la mano, y el corazon en Dios, para recibir la muerte. Quatro de los principales llegaron al Padre, y uno le dixo: ¿por qué has venido aquí? Aquí no te quedes, vete otra vez á tu tierra. El Padre les hacia señal á los principales para que se sentaran; pero no

quisieron, é intrépido con el Santo Christo en la mano, medio en Yuma, medio en Yabipai, medio en Castellano, y con las señas que los Indios entienden, les dixo las Naciones que habia visitado: que todas habian besado el Santo Christo, y ninguna se habia portado mal con él: que por el amor que les tenia á los Moquis, habia ido á decirles que Dios está en el Cielo, y que aquel Señor que estaba en la Cruz era Dios Jesuchristo, y que estaba bueno: á lo que decia un viejo en Castilla volviendo la cara, no, no. Entónces el Padre pidió la mula, y se salió acompañado de todos hasta fuera del Pueblo.

Comenzó su camino con grandes trabajos por no saberlo, hasta que encontró dos del Moqui que le encaminaron afables; pero ofreciéndoles tabaco y cuentas no lo quisieron recibir, lo que tambien sucedia con otros que encontraba. Entró en unos potreros donde no podia hallar salida, en cuyos caxones le hallaron los Yabipais que se habian quedado en el Pueblo: luego le daban priesa para que caminara, por haber visto los humos con que los Yabipais Tejua se convocan para la guerra. Llegó á la Rancheria del Yabipai barbon, y todos los suyos sintieron mucho que los Moquis le hubieran negado el alimento, y habiendo matado una cíbola y una baca, regalaron al Padre mejor que á la ida, y con voluntad tan fina que se empeñaron en detenerle seis dias, porque decian que llevaba mucha hambre, por no haber comido en el Moqui, y que ellos tenian mucha carne, y estaban muy contentos de tener en su tierra al Padre; pero no pudo admitir tanto favor.

Encumbrada una sierra, á los quatro dias llegó á la Rancheria de Jabesua, y fue indecible el gozo que tuvieron quantos le vieron; y aquí no le valieron los esfuerzos que hizo para resistir á las instancias de los Indios, pues no pudo conseguir que le dexaran salir de la Rancheria hasta pasados seis dias. Se encantaban los Indios de oírle cantar la Letania, y para congratularlos, quando nombraba á San Antonio, decia: Sancte Antoni de Jabesua: y quando nombraba á San Pedro: Sancte Petre Yabipai, lo que les causaba un gran regocijo, y le decian, y yo como: y á todos los iba nombrando con algun Santo, y todos aprendieron el suyo, y lo cantaban con gusto: lo que dice el Padre lo trazó por verlos á todos tan festivos, y por divertir la melancolia de verse enterrado en vida en aquel calabozo de cerros y barrancos. Salió de ellos acompañado de dos principales de Jabesua, y al tercero dia encontró quatro Yabipais que de órden de su Capitan iban á buscarle, cuidadoso de que no le hubiera sucedido algun atraso, viendo que tardaba tanto. Al otro dia llegó á una Rancheria, en que le detuvieron un dia, para condescender con muchos que deseaban verle: con el mismo anhelo le detuvieron en otra Rancheria dos dias.

De ella pasó al rio Colorado, y siguiendo su corriente dió en la punta de la tierra de los Jamajabs: en el punto que éstos le vieron, iban corriendo y le abrazaban, y saltaban de placer, ni sabian como acabar de explicar su regocijo, y le decian que ellos y sus parientes habian llorado, porque les dixeron que le habian matado en el Moqui. Iban con el Padre el Capitan de los Guercomaches, y los Yabipais Jabesuas, y juntos todos encargó mucho á los Jamajabs que fueran amigos verdaderos toda la vida, y les hizo ratificar las pazes, con lo

que se despidió con tiernos afectos, agradeciendo especialmente á los Yabipais los grandes favores que su Nacion le habia hecho. Prosiguió su viage visitando varias Rancherias, y en la que habia llamado de la Pasion le detuvieron dos dias, porque todos deseaban verle: allí le dixeron que los Yabipais Tejua ó Apaches, eran ya amigos de los Cocomaricopas, y que podia salir por su tierra en quatro ó cinco dias sin ir á rodear por los Yumas; pero habia sabido el Padre que éstos habian matado tres Jalchedunes, y que ambas Naciones estaban muy disgustadas, y tuvo por mas conveniente sufrir la molestia de tan largo y penoso rodeo por visitar á los Yumas, reconciliarlos con los Jalchedunes, y explorar sus ánimos y disposicion para el catequismo y vasallage de nuestro Soberano; pero no quiso el Señor que saliera de aquella Rancheria sin algun consuelo, y fue el de instruir y bautizar una doncellita que se estaba muriendo, y tres muy viejos y enfermos.

En el camino de otras Rancherias llegó un Jabipais Tejua ó Apache, enviado de su Nacion á convidar al Padre para que fuese á su tierra, pues habia dias que le estaban esperando, y se volvió disgustado y sin ver al Padre, por saber que no podia por entónces darles gusto. Á los once dias llegó á los Jalchedunes, que le recibieron con admirable estimacion, y les puso un Capitan de la Nacion como Justicia por parte de S. M. como lo habia hecho en los Jamajabs, y le dixeron los viejos que ellos no habian de ser ménos que los Yumas, y querian á los Españoles tanto como ellos. Aquí fueron muy festivas á ver al Padre las dos doncellitas que rescató y envió con el Intérprete viejo, y la grandecita trajo leña, y compuso lo que el Padre comió los dos dias que estuvo allí, para asentar con la Nacion las cosas. Á los tres dias pasaron los Indios al Padre en una balsa á la otra banda del rio Colorado, y en la Rancheria que paró le hurtaron cinco cosas; por lo que al otro dia envió recado á los viejos, preguntándoles que qué era aquello, que qué dirian las otras Naciones de esto. Los viejos se sonrojaron de modo, que hicieron vivas diligencias hasta que hallaron el robo, y sin faltar nada se lo volvieron, aunque ya habian hecho pedazos el manto.

Con la misma continuacion de gentes y de obsequios, llegó en siete dias á la última Rancheria de los Jalchedunes: en ella encontró Yumas, por haberse ya compuesto el disgusto de las tres muertes que hicieron los Yumas por defender unos caballos, y los Jalchedunes le aseguraron que no querian tener guerra, ni buscar venganza: los confirmó en la paz, y á los dos dias volvió á pasar el rio Colorado, y á las doce leguas llegó al Puerto de la Concepcion, donde fue recibido de la Nacion Yuma con particular regocijo, porque les habian dicho que le habian matado, y habian llorado mucho. Allí gastó algunos dias en la explicacion de los divinos Misterios, y de los bienes de la paz, lo que oían con tal gusto, que le suplicaban que se quedara en su tierra, pues á la otra Luna habian de ir allí á vivir los Españoles; pero no pudiendo el Padre darles este consuelo, querian ellos sacarle á su Mision por Caborca, y el Padre no quiso sino volverse por el camino que entró la expedicion.

Pasado el rio llegó á los Cocomaricopas, y aunque les persuadió la

paz, les aconsejó que si los Apaches vinieran á sus tierras con el motivo de la paz, no les dieran, como los otros sus parientes habian hecho, concubinas, ni ellos fueran á sus tierras; porque la paz con los Yabipais no se habia de efectuar hasta que entraran los Españoles: de allí fue visitando las Rancherias de los Opas, recibiéndole en todas con mucho gusto y agasajo, les afeó la traicion que hicieron á los Apaches, recibiéndolos como amigos y haciendo bayle mataron siete; pero que reservaran la paz hasta que llegaran los Padres y Españoles, para evitar otras traiciones y muertes. Llegó á los Pimas Gileños acompañado del Gobernador de los Cocomaricopas, y hubo un grande regocijo, porque tambien habia llegado á ellos la noticia de que le habian matado. El Gobernador Gileño le dixo al Padre, que todos los parientes estaban muy contentos por verle vivo, y que querian hacer fiesta, y junta de todos los Pueblos, y el Padre le respondió que la hicieran, pero apartados de su presencia: porque ya presumia en lo que habia de parar la demanda. Fue así, porque á poco rato ya oyó que cantaban de monton, y con voces desentonadas decian: Nosotros estamos buenos, estamos contentos, y conocemos á Dios: somos gentes para pelear con los Apaches: nos alegramos porque ha venido el viejo (así llamaban al Padre), y no lo han matado los Apaches: como tal griteria era agena de la seriedad de los Pimas, conoció el Padre que era efecto del vino, que produxo varios efectos: unos le besaban la mano, otro le decia me has de bautizar un muchachito, otros esta es tu casa, no te vayas á ver al Rey, y otros se persignaban.

Grande fue la mohina que al Padre le causó aquella general borrachera, pero no era menor el gusto de oír las buenas expresiones en que prorrumpian, aun faltos de razon. Al otro dia habló con el Gobernador abominándole tales excesos, pero le satisfizo diciendo: Padre, esto se hace muy pocas veces, y solo por el tiempo del saguaro: así vomitan amarillo los parientes, y queda el cuerpo sano. Mas gusto tuvo el Padre en observar que ninguna muger se embriagó, ántes bien cuidaban á sus maridos. De aquí fue por las jornadas hechas en la entrada, saliendo hasta su Mision de San Xavier del Bac, á la que llegó el dia diez y siete de Septiembre del año de setenta y seis. De suerte, que habiendo salido de la dicha Mision el dia veinte y uno de Octubre del año de setenta y cinco, y vuelto á ella el diez y siete de Septiembre de setenta y seis, gastó en el viage once meses ménos quatro dias, y se computa que andubo en él cerca de mil leguas. Las Naciones que visitó fueron nueve, y segun el número que reguló de personas, pasa de veinte y cinco mil y quinientas, todas ellas tan bárbaras, que ni guías le querian dar para pasar de unas á otras, pero su zelo apostólico amansaba á aquellas fieras.

CAPÍTULO VI.

Lastimoso estado en que estaban las Misiones de la Pimeria alta el año de setenta y seis.

FAMOSA fue siempre la luz del Pharo, inventada para mostrar el Puerto á los navegantes, y suplir por el Norte quando se cubria de nubes; símbolo muy expresivo de la vigilancia con que deben vivir los que tienen obligacion de conducir almas, y mas quando el Norte que debe regirlos les priva del influxo de sus luces. Así caminaban los Misioneros en el gobierno de las Misiones, y desde el año de setenta y tres habian llegado sus clamores hasta el Tribunal del Señor Virrey, representando las urgentísimas causas para que fueran auxîliadas en lo espiritual dándoles Compañeros, por ser insoportable, y muchas veces imposible el que un Ministro solo pudiera acudir al socorro de las almas repartidas en varias y distantes Visitas, mayormente quando enferma ó muere, que quedan privadas de él por mucho tiempo; y en lo temporal poniéndoles algun resguardo á aquellos indefensos Pueblos, por la distancia de los Presidios, con la escolta de dos ó tres Soldados, que animaran en su defensa á los Neófitos, y contuvieran la insolente osadia de sus crueles invasiones.

Para instruir la necesidad de una y otra peticion, y justificar el indispensable gasto que causarian al Real Erario, ordenó S. E. que por el Colegio se hiciera una Visita de las Misiones, como ya se ha dicho ántes, y efectuada, representaron en sus informes los Misioneros las actuales aflicciones en que estaban, recrecidas por no poder uno solo satisfacer los cargos del ministerio, y los inminentes peligros en que se veían los Pueblos por la obstinada malicia y continuas invasiones de sus crueles enemigos: pero toda la claridad que esperaban les produxeran estas representaciones del Norte, y influxo del Superior Gobierno, para por él dirigirse con acierto y consuelo, se la eclipsaron otras muy densas nubes, que les impidieron llegar á verla, y así se quedaron ofuscados en sus mismas congojas, pero atentos siempre á la divina luz del Señor que guarda la mística Ciudad de la Iglesia, y que les animaba á la infatigable vigilancia y desvelo, que son inseparables de las obligaciones del apostólico ministerio.

Esa era la armería que desterraba de sus ánimos todo temor, y les infundia confianza en medio de inevitables peligros: pues era tan lamentable el estado de aquella infeliz Provincia, que en su mismo seno alimentaba y abrigaba sus mayores contrarios, sin querer conocerlo sus principales Gefes. Vivian en el Pitic los Seris y Piatos, manifestándose á los Españoles muy reducidos y quietos, con lo que los tenian muy confiados, y así no creian lo que se les avisaba de los daños y sangrientos estragos que su alevosia andaba maquinando y haciendo con sus aliados los Apa-

ches en todas las Misiones y Presidios, sin haber camino ni lugar en que no se experimentasen muertes é incendios. Ni dexaba su malicia de hacer tambien la guerra con las armas de su perfidia, inspirando en los Indios de las Misiones rebeliones y alzamientos, como lo intentó el Gobernador de Tubutama; pero habiendo llamado para auxiliares á los Papagos, éstos avisados para la funcion, se la declararon con todas sus circunstancias al Padre Presidente, el que considerando ser necesario dar noticia de ello á los Gefes, siquiera para su gobierno, haciéndolo, no sacó otro crédito que el de ser fácil para creer á los Indios, y los Seris y Piatos el de fieles vasallos; mas al fin la vigilancia de los Misioneros no les dexó lograr las perversas intenciones de su malicia, dirigidas á que aquellos Neófitos sacudieran el suave yugo de la Ley y Evangélica Doctrina.

Mayor fue la indolencia con que se vieron las siguientes desgracias. El mes de Noviembre del mismo año de setenta y seis, á las ocho de la mañana, los Seris con algunos Piatos y Apaches dieron en el Pueblo de Santa Maria Magdalena el mas feroz asalto, en que al primer golpe lo incendiaron, y casi destruyeron; fue especial providencia el que las mugeres y muchachos acababan de rezar la Doctrina, y se refugiaron á la casa del Padre, que despues de haber dicho la Misa se fue á ella: eran los enemigos quarenta, y los defensores quatro, y por eso sin resistencia alguna se hicieron dueños de todo: sacaron del corral las pocas bestias que habia, y el ganado manso y bueyes, y saqueando las casas de los Indios les iban poniendo fuego; y retirándose un poco para asegurar el robo, volvieron con ferozes intenciones á dar el segundo asalto. Era caudillo de él un Indio apóstata llamado Juan Cocinero, y como ladron de casa, aunque aquella no era la suya, se arrojó á la del Padre, en cuyas piezas estaba la gente refugiada: era la casa de adoves, y sus techos de sacate, por lo que subiendo por una escalera les puso fuego, y como que ya tenia asegurada la muerte de todos, pasó su infernal rabia á saquear la Iglesia, rompieron á golpes la puerta, y haciendo lo mismo con la caxa de los Ornamentos, se los llevaron todos con el santo Caliz, y derramando por el suelo los santos Oleos, se cogieron los Vasos, y destruyeron la Pila bautismal, candeleros y todo quanto servia para el culto Divino, rasgando los lienzos é Imágenes, y sacando de una Urna la de San Francisco Xavier, que quebraron y tiraron al suelo.

Segunda vez se retiraron al monte, y por el camino fueron rasgando las ojas del Misal, y tirando lo que no les quadraba. Ya el Padre, las mugeres y muchachos estaban á punto de perecer, porque el fuego habia consumido lo mas de la casa, y empezaban á arder una sala y dos piezas en que estaban juntos todos, y muy fatigados del humo; y dando los enemigos el tercero asalto solo para quitarles las vidas, pues ya no tenian otra cosa en que cebar su bárbara protervia, embistieron á la puerta con fuertes golpes de piedras, y le hicieron un agujero, por el qual tres Indios, que estaban tambien refugiados, les dispararon algunas flechas, con lo que se contuvieron un poco; pero volviendo de nuevo al ataque, ya no habia fuerzas para resistirles la entrada, por lo que el Padre clamando á Dios y resignado á morir, exhortaba á sus

Indios para implorar el auxilio Divino, y para merecerlo les excitaba al dolor de sus pecados, para tambien poder absolverlos; pero en el extremo de tan próximo peligro, vinieron las misericordias del Señor para no ser consumidos.

Desde el primer asalto uno de los quatro Indios del Pueblo se fue corriendo al de San Ignacio, que dista dos leguas, á pedir socorro, lo que no advirtieron los enemigos, y por eso tomaron tan despacio el tiempo, para dexarlo todo hecho cenizas; y estando en el intento de quitarles las vidas, vieron venir Indios de San Ignacio, y detrás de ellos mas gente, que azorada de los humos se daban priesa para el socorro. Esto obligó á los enemigos á retirarse, por no perder el pillage, y animó al Padre para salir á fuera por confesar á una muger preñada que estaba muriendo de las lanzadas, la que murió con una criatura suya que tenia las tripas de fuera. Reconocióse la demas gente del Pueblo, y solo se hallaron ménos una muger casada y dos hijos suyos, que se llevaron los enemigos cautivos.

Fue esta excursion tan fructuosa y feliz para los enemigos, por no haber perecido ninguno de ellos, y por el botin que pillaron, que á los ocho dias repitieron su arrojo los mismos quarenta Indios en la Mision de Saric, dando el asalto á la una del dia, en el que hicieron un sangriento destrozo en los Indios del Pueblo, se llevaron los bueyes y bestias, lanzearon doscientas reses de ganado menor, y pegaron fuego á la mayor parte de las casas: de suerte, que mataron á unos, lanzearon á otros, y con los que ahogó el fuego, fueron once los que se enterraron al otro dia, y quedaron quatro heridos en el último peligro, llevándose una muger cautiva: la parte del Pueblo que incendiaron, la saquearon de los víveres y ropa que tenia, con tal seguridad, que se llevaban en mantas el frixol y demas semillas: y aunque hicieron mucho exfuerzo para robar la Iglesia, no pudieron romper la cerradura; pareciendo á todos milagro el que el Pueblo no padeciera un total exterminio, porque si hubieran puesto el fuego por la otra parte de él, se hubieran convertido en cenizas la Iglesia y la casa de los Padres.

En su retirada pasaron por la Mision de San Ignacio, y como si no fueran ricos de despojos, se llevaron otras veinte cabezas del ganado manso. Eran estos golpes tan recios como repetidos, y despertaron al Presidio inmediato, para que unidos treinta y cinco Soldados con los Indios de los Pueblos, salieran á campaña contra los enemigos, y todo el efecto de ella fue volverse diciendo, que no pudieron alcanzarlos, que es lo que sucede de ordinario. La India que apresaron en el Pueblo de la Magdalena, tuvo fortuna de huirseles del camino, y vino á salir á la Mision de Cocospera, y como hablaban delante de ella sin recato, declaró que los Piatos y los Seris iban con los Apaches á su tierra muy contentos con los despojos, para convidar y convocar á otros muchos, para que viniendo bien armados, destruyeran todos los Pueblos. Este fatal proyecto, que habia tiempo estaban practicando aquellos bárbaros, sin que la vigilancia de los Misioneros hubiera podido impedir la destruccion de siete Pueblos, le obligó al Presidente de las Misiones á pedir dos Soldados siquiera para resguardo de seis Misioneros, que estaban de resultas de tantos incendios

recogidos en el corto Pueblo de Ymuris, y se le respondió que esó no se podia hacer sin facultad de los Superiores. Al Gobernador de la Provincia le dió cuenta de todo lo sucedido en la Magdalena, y no se le dió respuesta alguna: por lo que prosiguiendo en sus invasiones y ataques todo el año de setenta y siete los bárbaros, era preciso que tambien estuvieran expuestos á sus rigores los Misioneros; pero estando indefensos de toda proteccion humana, era casi visible la divina que los defendia: y como es inexcrutable su eterna Sabiduria, quiso que la corona de uno enardeciera el zelo y vigilancia de todos.

Por Abril del año de setenta y ocho era Ministro de la Mision de Tubutama el P. Fr. Felipe Guillen, y habiendo ido á la Visita de Santa Teresa, para que se rezara la Doctrina, explicarsela, y hacer las demas funciones de su ministerio, dixo la santa Misa, y se fue para la Mision del Ati, distante dos leguas, y en el camino le salieron siete Indios, y dándole uno de ellos una lanzada en el pecho, de cuyo violento bote cayó muerto al suelo, quedó aquella pálida arena transformada en hermosa púrpura. No pudieron aquellas crueles fieras cebarse en la sangre de aquella inocente víctima, ni executar los destrozos que en los cuerpos difuntos acostumbra su sevicia para obstentar su facineroso valor en sus mitotes y fiestas; porque iban huyendo de los Indios del Ati, en donde acababan de hacer otras quatro muertes. Fueron los agresores, segun unos los Seris, y segun otros, los Apaches, porque unos y otros andaban mancomunados, para con muertes, incendios, robos y cautiverios asolar toda la tierra. Á poco de sucedida la desgracia ocurrieron los Indios de la Mision del Ati, y llevaron á ella el difunto cuerpo, de lo que avisó el Padre Ministro á los mas cercanos Misioneros, y al siguiente dia concurrieron tres, y todos los Indios de Tubutama, Santa Teresa, Oquitoa y Ati, para darle sepultura, siendo el mayor honor de sus exéquias las copiosas lágrimas que los Neófitos derramaban, y las que el amor les hacia verter á sus Hermanos sobre el cadaver.

Pero es la vigilancia apostólica una valiente espada que defiende la vida del espíritu, y que al Demonio, que es el Capitan de los Apóstatas y Paganos, le deguella en sus asaltos; y por eso ni tan dolorosos sucesos, ni los propios peligros han sido bastantes para arredrar á los Misioneros del cumplimiento de su ministerio; y si ha faltado alguno en el combate muriendo, al punto le ha sucedido otro, que impávido mantenga el puesto, y que con suavidad y eficacia conserve á los Neófitos en el cumplimiento de las obligaciones de Christianos, y de la subordinacion y vasallage del Rey en sus Ministros. Este zeloso desvelo en medio de tanto desamparo, ha querido el Señor bendecirlo, consolando á sus Ministros con que vean su especial proteccion en medio de los mayores trabajos, que han causado el corto número á que las epidemias y los enemigos han reducido á sus Neófitos, y que no obstante los atrasos y pérdidas que han padecido en sus bienes, ellos espontáneos y gustosos han querido complacer á sus Ministros, fabricar las Iglesias del Pitic, de Tubutama, de San Ignacio, de San Xavier, del Saric y del Tugson, todas de ladrillo y bóvedas: han renovado y techado las de Tumacacori, Cocos-

pera y Calabazas, y estando todas útiles y decentes para celebrar los divinos Oficios, están tambien adornadas y aviadas con abundancia de correspondientes Ornamentos, Vasos sagrados, y demas utensilios para la administracion de los Santos Sacramentos, y funerales de los difuntos.

Bien saben los Misioneros que en las Misiones solo son victimas preparadas para el sacrificio, sin deber esperar mas que la hora en que el Señor se digne de aceptarlo, ó ya sea en la ara de una penosa cama, por las enfermedades que son continuas en aquellas tierras, ó en la de la caridad al bote de una lanza, ó á los golpes de palos ó flechas; pero ni las muchas aguas de sus ingratitudes han podido extinguir el ardiente amor con que les han solicitado las mayores comodidades para su salud, su vida, y la defensa de sus personas y familias. Con solo este objeto los han animado, y personalmente ayudado á civilizarse como racionales, y mirar su conservacion como hombres, para que pudieran vivir como Christianos: para ello les han persuadido dexar la costumbre de habitar en chozas de sacate, y formar con órden, proporcion y comodidad casas de adoves con sus terrados, para precaverse del fuego, y con sus puertas y cerraduras para seguridad de sus bienes y personas; para lo que tambien los han hecho cercar todo el recinto de sus Pueblos con murallas de adoves, que contengan á los enemigos en sus asaltos, incendios y robos.

CAPÍTULO VII.

Promueve el Gobierno nuevo de la Provincia la fundacion de Misiones en los rios Colorado y Gila.

LLENO de zelo y actividad el espíritu del Exmô. Señor Virrey Don Frey Antonio Maria Bucareli, tenia prevenidas las providencias para que se fundasen las Misiones en el Colorado y Gila al abrigo de los Presidios de Buena-vista y Horcasitas, que le habia mandado al Inspector Don Hugo de O-Conor se trasladasen á esos rios, de lo que queda hecha memoria por su Carta al Padre Garzés. Á éste le encargó S. E. que en el tiempo en que el Capitan Ansa comandaba la expedicion de S. Francisco, se quedase con otro Compañero á explorar las intenciones y disposicion en que se hallaban las Naciones que pueblan aquellos rios, para recibir el catequismo y sujetarse al vasallage de nuestro Soberano. El dia quatro de Diciembre de setenta y cinco se despidieron entrando unos á su expedicion y comenzando el Padre sus encargos; pero habiéndose éste intrincado en las tierras de numerosas Naciones que iba descubriendo, quando el Capitan Ansa salió al rio Colorado el dia once de Mayo de setenta y seis, halló al Compañero del Padre Garzés muy contento, y obsequiado de los Indios, pero ni aun noticias pudo tener del Padre Garzés, ni del parage en que pudiera hallarse; y aunque hizo algunas diligencias, fueron todas sin efecto, por lo que prosiguió su camino á los cinco dias, y llegó al Pre idio de Horcasitas el dia primero de Junio.

Pasó á México á dar razon de su comision y resultas, llevando consigo al Indio Capitan Palma, á otro hermano suyo, y á un hijo del Capitan Pablo, y un Cajuenche. Todos lograron la fortuna de ponerse á los pies de S. E. quien los recibió agradable, y con tanta humanidad, que, desde la primera vista les dexó su benignidad y respetable estilo, cautivos á su voluntad, y agradecidos, no ménos que admirados del soberano modo con que les dió á entender la necesidad que todo hombre tiene para ser feliz de sujetarse al suave yugo del Christianismo, y que abrazándolo gustosos, les ofrecia en nombre de nuestro Católico Monarca, y estaba muy inclinado á franquearles á ellos y á sus Naciones todas las mercedes que para su bien espiritual y temporal fueran necesarias. Quedó el Indio Palma tan prendado, que conociendo los deseos que S. E. manifestó tener de que fuesen Christianos, pidió le dixeran lo que habia de hacer para conseguir el Santo Bautismo: de esto se produxo un memorial en que suplicaba á S. E. se les concediera á él y sus tres Compañeros el que los bautizaran: lo mismo pedia para toda su Nacion, y que se les dieran Padres para que los instruyeran en la Doctrina Christiana, y los bautizaran.

Fue este Memorial de mucha complacencia para el Señor Virrey, y no solo lo aplaudió, sino que en atencion á sus expresiones, ordenó que Palma y sus compañeros fueran catequizados y bien instruidos, y se les administrase el santo Bautismo, en el que manifestó su magnificencia con gusto, y para darlo á S. M. le remitió el mismo Memorial. Es cierto que el Indio Palma habia dado pruebas nada equívocas de una sincera y generosa voluntad al Padre Garzés desde sus primeras jornadas, y no ménos en la ocasion de la expedicion á los Españoles, admitiéndoles con sus posibles obsequios, no solo en sus tierras, sino en su misma casa. Tambien es cierto que se portaba muy atento á los Misioneros, y deseoso de tenerlos en su compañia, comprobando la inclinacion que tenia á la Religion Christiana, en la circunspeccion con que asistia á la santa Misa de rodillas, se persignaba, daba golpes de pechos, de forma, que ántes de pensar en venir á México, ya se pudiera equivocar entre los Christianos; pero no obstante todo eso, no permite el amor que se debe á la verdad, como que es Madre de la Justicia, y á quien todos deben reverenciar, el disimular, ó callar, que muchas cosas que se expresaron en el Memorial las dictó el discurso, y no la experiencia; pues esta le hizo al Padre Garzés advertir repetidas veces el que para la expedicion de aquellas Misiones, no se habia de contar con la fidelidad de Palma, porque él solo era Capitan de una Rancheria, y no muy numerosa.

Deseábanse en México para el expediente de las nuevas Misiones los informes y diarios que se le mandaron formar al Padre Garzés; pero no habiendo cumplido con los encargos de S. E. con la exâctitud y eficacia que le dictaba su propio zelo, hasta el dia diez y siete de Septiembre que concluyó su peregrinacion llegando á su Mision de San Xavier, tardó en formalizar y trasladar sus Diarios hasta Enero de setenta y siete, que los remitió al Exmô. Señor Virrey. En su vista se puso el expediente de la fundacion de las Misiones en su último estado; pero estando ya para extenderse los despachos, se suspendieron

por las nuevas providencias que el Rey habia ordenado para el gobierno de todas aquellas Provincias internas, creando un Comandante General con absoluta facultad é independencia del Virreynato, que como Gefe las gobernara, cuyo empleo vino á servir el Caballero Don Teodoro de Croix: y como el Inspector Don Hugo de O Conor fue promovido al Gobierno de Campeche, quedó el mando de todas aquellas Provincias en manos de los Ministros, todos nuevos y sin práctica de sus importantísimos negocios.

Quando el Caballero nuevo Comandante General llegó á México, se mantenia allí el Indio Palma; y trayéndole al Capitan Ansa la promocion de Gobernador del Nuevo México, que era quien corria con los asuntos de las nuevas Misiones, quedaron suspensos; pero el Señor Virrey, deseoso de que este negocio que habia llenado los anhelos de su zelo para que fuera exâltada la Fe de Jesuchristo en aquellas bárbaras Naciones, no quedara preterido, lo recomendó al Caballero Comandante, haciéndole pasar el expediente que tenia ya pronto para la ereccion de las Misiones, con todos los diarios de las expediciones que se habian hecho, informes y demas documentos que lo instruian: en cuya inteligencia trató á Palma y sus compañeros con mucha afabilidad, y le dió palabra de que luego que llegara á la Provincia, dispondria que los Padres Misioneros y los Españoles fuesen á establecerse en sus tierras, con otras promesas que despues les produxeron á los Padres grandes molestias, con lo que Palma salió de México muy agradecido, y creído de que se verificaria todo como se le habia prometido.

Entre los diarios y demas documentos, se entregó de órden de S. E. al Comandante General una Carta del Padre Garzés, á la que le contextó desde México por Marzo de setenta y siete, y le dice: que mandaba al Comandante de Monterey que agasajase á los Indios del rio Colorado quando llegasen á aquellos establecimientos: lo que sin duda se produjo de los temores que el Padre tenia de que, si se executaba lo que tenia mandado dicho Comandante al Cabo de la Mision de San Gabriel, que los prendiera, y así los sacara para sus tierras, se podia suscitar una guerra en aquellas Naciones que habia visitado, y pacificado unas con otras; y agraviada una de los Españoles, podian darse por sentidas todas, de lo que se seguiria no solo el frustrarse todos los gastos y trabajos que habian costado las expediciones de comunicacion por el rio Colorado con aquellos establecimientos, sino que se impediria la fundacion de las nuevas Misiones, ó si se ponian sería con el grave peligro de que agraviados los Indios por los Españoles, á qualquier movimiento que éstos hicieran, tendrian ellos pretextos para motines y alzamientos. Tambien le decia que en quanto á la traslacion de los Presidios de Buena-vista y Horcasitas, á los rios Colorado y Gila, que estaba proyectada, daria las providencias luego que se le pasasen los recados que la habian determinado.

Por esta Carta supo el Padre Garzés la promocion del Comandante General Caballero de Croix, y dándole el parabien de ella, le remitió el Mapa que habia formado el P. Fr. Pedro Font, comprehensivo de todos los terrenos que se habian andado en la expedicion última hasta San Francis-

co, y que él mismo habia descubierto peregrinando solo hasta el Moqui. Á todo le contextó el Señor Comandante, dándole muchas gracias, y manifestando grandes deseos de llegar á la Sonora, para practicar lo que tenia premeditado, que segun despues dixo, era pasar personalmente al rio Colorado, y por él á Monterey, lo que si se hubiera verificado, hubiera sido en gran beneficio de aquellas Provincias, y de todas las Naciones que estaban propaladas á reducirse; pero aunque el Caballero así lo pensaba, Dios dispuso que una grave enfermedad le detuviera mucho tiempo en Chihuagua.

Ya por ese tiempo tenia el Rey N. Sr. la noticia de la venida de Palma á México, y visto el Memorial con que pidió el santo Bautismo, como tambien los Diarios de las expediciones antecedentes, y por Carta fecha en el Pardo á catorce de Febrero del año de mil setecientos setenta y siete, le ordenó al Comandante General Caballero de Croix, que atienda en todas sus pretensiones á Palma, como lo habia hecho el Señor Virrey, y le conceda las Misiones y Presidios que solicitaba, con otras cosas, que si se hubieran verificado, no solo se hubiera facilitado la reduccion de tanto Gentilismo, sino que se hubieran erigido las Misiones con la solidez y firmeza que en tan remotos y peligrosos establecimientos eran necesarias. Tambien mandó el Señor Ministro por órden de S. M. Carta al Señor Virrey, para que en nombre de S. M. le diera las gracias al Padre Garzés, como consta por la que S. E. le escribió, en que dice: »Con fecha de tres de Mayo último me previene de órden del Rey »el Illmô. Señor Don Joseph de Galvez lo siguiente. En la Carta de V. »E. de veinte y siete de Enero de este »año, y en la que incluye de la del »P. Fr. Francisco Garzés, ha visto »el Rey con mucha satisfaccion las »noticias que dá este Religioso de »sus peregrinaciones desde el rio Colorado á la Mision de San Gabriel, y »de ésta al Moqui, atravesando por »Naciones desconocidas. Espera S. »M. el Diario que tiene ofrecido, y »manda que en su Real nombre dé »V. E. las gracias al Padre Garzés »por el zelo y fervor con que se emplea en descubrir, tratar y atraer »Naciones tan ignoradas. Cuya Real »resolucion traslado á V. R. dándole »las gracias á nombre del Rey por »el teson con que sin perdonar fatiga »se dedica V. R. á introducir la semilla Evangélica y el vasallage al Soberano en tan remotas distancias. »Dios guarde á V. R. muchos años. »México nueve de Agosto de mil »setecientos setenta y siete años.»

Era ya el año de setenta y ocho por Marzo, y el Indio Palma que estaba creido, segun habia entendido las promesas que se le hicieron en México de que habian de ir en su seguimiento los Padres y los Españoles para establecerse en sus tierras, y veía que ni trazas habia de que esto se verificara, hizo viage hasta el Presidio del Altar para informarse de la causa. No fue de poco embarazo para el Capitan el satisfacer á sus instancias; pero se las divirtieron con decirle que el Comandante General estaba dispuesto á pasar al rio Colorado con los Padres y Españoles, pero que andaba primero visitando los Presidios del Oriente, y que en viniendo de ellos iria á visitarlos á ellos, y fundar las Misiones y Presidios: con esto aquietó el Indio sus ansias, y se volvió á esperar el cumplimiento de es-

tas promesas. Veía que se pasaba el tiempo y acababa el año sin que nada de lo que se le habia dicho se verificara, por lo que los parientes le molestaban diciendo, que quanto les habia contado eran mentiras, y sonrojado hizo otro viage; llegó al Presidio del Altar, y su Capitan Don Pedro Tueros estaba de Comandante de las Armas en el de Horcasitas, y pasó á él lleno de deseos de cumplir su empresa, y le representó al Capitan los motivos que le precisaban á repetir sus instancias. Obligado de ellas dió el Capitan cuenta de todo al Comandante General, que todavia estaba en Chiguagua; pero así por los órdenes que tenia del Rey, como por las promesas que en México le habia hecho á Palma, y la razon que conocia tener para repetir sus instancias, determinó enviar Padres á su tierra, y le escribió el dia cinco de Febrero del año de setenta y nueve al Padre Presidente de las Misiones, y juntamente al Padre Garzés, dándoles noticia de las representaciones de Palma, por las que resolvia que luego pasase el Padre Garzés acompañado de otro Religioso al rio Colorado, para que consolasen á los Yumas, y comenzasen el catequismo y bautismo de aquellos Infieles.

Al mismo tiempo mandó á los Gobernadores Político y Militar, subministrasen de pronto todo lo necesario, y desde luego se empezó á tratar sobre los avíos para la execucion. El Padre Presidente exploró el ánimo del P. Fr. Juan Diaz, que habia entrado con la primera expedicion acompañando al Capitan Ansa, y al Padre Garzés; pues habiendo ya estado en aquel rio, y tratado á sus Indios, no le causaria novedad el volver á verlos; y ofreciéndose el Padre á lo que la obediencia le ordenara, quedó asignado para la empresa. El Gobernador Político Don Pedro Corbalan, desde luego dió Libranza para todo lo necesario: el de las Armas Don Pedro Tueros, no pudo dexar de manifestar tibieza para señalar la salvaguardia, por tener pocos Soldados para la defensa de la Provincia, y quando estaba muy orgulloso el furor de sus enemigos, y haciendo en todas partes robos, y sangrientos estragos: con todo contextó al Oficio en que se le pedia la suficiente escolta, que el Padre Garzés eligiese la que gustase, atendiendo á que necesitaba, y habia de hacer mas con pocos Soldados buenos que con muchos malos; pero sin asignar el número cierto y destinado á la jornada. Era esta reserva para sincerar su conducta, y mas en las circunstancias de haber llegado al Presidio del Altar quatro Indios Yumas con la quexa de que otros tantos de los Papagos habian matado á uno de su Nacion, y esto hacia temer que se dificultara el paso por la tierra de éstos, para la expedicion que iba á la de los otros.

Era este negocio de tanto peso que exigia muchas y sérias consideraciones para su buen éxito, y por eso desde la primera conferencia que el Presidente de las Misiones tuvo con los Padres Diaz y Garzés sobre el órden del Comandante General para que luego pasasen al Colorado, la razon natural persuadia se le respondiese, que estaban los Padres prontos á executarlo en la misma hora, que tambien lo estuvieran las necesarias y correspondientes providencias: pues la experiencia les habia hecho ver que de ningun modo convenia admitir fundaciones con la condicion de por ahora, reservando para despues

las providencias; lo uno porque la misma salvaguardia, víveres y aperos se necesitan para vivir y promover el ministerio estando los Ministros en calidad de interin, que estando ya de asiento; lo otro porque las providencias que no se dieran por entónces para aquietar las instancias de Palma, y promesas que se le hicieron en México, tampoco se darian despues, quando dichas instancias estuvieran eludidas con la ida de los Padres y algunos Españoles á sus tierras.

Fundaba este temor la experiencia de lo que sucedia actualmente con los Seris del Pitiqui: pidiósele al Padre Presidente, Ministro que los asistiera, y respondiendo que estaba pronto para luego que se dieran las debidas providencias, se recibió tan mal esta respuesta, que se llevó en tono de querella al Señor Virrey; S. E. lo encargó al Colegio, y ordenándolo éste, se puso Misionero; pero las providencias nunca se vieron. Se mandó que el Presidio estuviese en el Pitiqui á vista de los Seris; pero presto se quitó, sin dexar de considerar que aquella Mision necesitaba quince Soldados de escolta: estuvieron un mes, y al remudarlos para el siguiente, ya no fueron tantos, ó luego se reduxeron á tres, sin órdenes algunas respectivas al resguardo de los Padres, ni sujecion de los Indios, de lo que resultaron los sangrientos estragos y robos en toda la Provincia, en que siempre se veían Seris y Piatos juntos con los Apaches.

Estas y otras prácticas consideraciones les hacian fuerza á los Padres; pero ellos mismos reponian que si los Yumas se alteraban, como ya algo se percibia por las razones de Palma, pues muchos de ellos decian que todo lo que les habia contado eran mentiras, y que nunca se verian los Padres y Españoles en su tierra; se habia de atribuir á que los Padres no fueron quando el Comandante General lo ordenaba. Contrapesando este órden con la tibieza del Comandante de las Armas para asignar la salvaguardia, resolvió el Padre Garzés la conferencia diciendo: »Debemos poner la confianza en Dios, por cuya »causa vamos, y no se debe temer en »esta fundacion lo que sucedió en la »del Pitiqui, porque la inmediacion »del gobierno impide las demoras que »hubo allí. Este es empeño del Co»mandante General, y el primero que »se le ofrece y va en ello su honor: »se halla encargado particularmente »de la Corte, y así vivo persuadido »se ha de verificar, y pronto, el que »se ponga un Presidio en el rio Co»lorado.» Esto era lo que se debia esperar, porque habiéndole entregado todos los documentos del expediente al Comandante General en México, allí vería que el Capitan Ansa habia respondido á la consulta de S. E. »que convenia se fundaran Misio»nes en el rio Colorado; pero que en »el interin se estableciera en él un »Presidio con dotaciones mayores que »las regulares de la Provincia, para »dar siquiera Soldados de salvaguar»dia á cada Mision; pero de no ha»cerlo así, que no se fundasen las Mi»siones.» Dixo tambien que no aprobaba la traslacion de los Presidios de Buena-vista y Horcasitas, por considerar ser muy precisos en la Provincia: lo que mas que nunca se estaba viendo en la presente coyuntura; pues no se oían en toda ella sino clamores y llantos, por las desgracias, robos y asaltos con que fatigaban los enemigos hasta los mismos Presidios.

Hecho cargo el Padre Garzés

del lastimoso estado de la Provincia, y de la respuesta del Comandante de las Armas, se contuvo en no pedir mas que quince Soldados con un Sargento, pero escogidos por el mismo de los Presidios del Tuczon y del Altar, temiendo que si pedia mas se le habian de negar, y esperanzado de que este número pedido era solo para el pronto, y que despues se darian completas providencias para todo. No fue bastante toda su moderacion para que se atendiera, y solo se le concedieron doce Soldados para la jornada. Iba ésta haciéndose cada dia mas dificil, porque desde Febrero á Julio se habia pasado en prevenir las cosas el tiempo ménos malo para marchar por Sonoytac, y ya era el de la seca y falta de agua; pero instando los órdenes del Comandante General, y por otra parte el que el Indio Palma habia de extrañar la tardanza, y esta pudiera traer malas conseqüencias, salieron los Padres Diaz y Garzés á su destino el dia primero de Agosto del año de setenta y nueve, y llegaron al dicho parage: el diez salieron para el Colorado, y faltándoles la agua, se vieron precisados á revolver á Sonoytac, y resolvieron que el Padre Diaz se quedase allí con toda la comitiva á esperar que lloviera, y el Padre Garzés pasara á la ligera con dos Soldados y un explorador al rio Colorado, al que llegó á últimos de Agosto; y como habia ido desaviado de un todo, el dia tres de Septiembre envió á los dos Soldados, y le escribió al Padre Diaz diciendo: »que ha »encontrado aquello muy revuelto: »que los Jalchedunes se alzaron con»tra los Yumas pertenecientes á Pal»ma, y que éste, y los suyos están »muy joviales, pero los otros algo »ariscos; que tenian mucha necesi»dad de todo, y que si por falta de »agua no puede pasar luego, que des»pache los Soldados, y que lleven »abalorio, vayeta y sayal para buscar »que comer.» Con esta Carta remitió otra para el Comandante General, en que le dá parte de todo, y le dice se necesitan grandes providencias y efectivas, para no exponerlo todo.

Aquí viene bien un pasage de Carta que el Padre Garzés escribió muy posteriormente al R. V. Discretorio, por hablar en él de esta llegada al rio Colorado, y dice: »Quando »llegué á esta Nacion (de los Yumas) »solo la hallé tan impresionada en »las maxîmas del interés por las »conversaciones de Palma, á quien se »le hicieron que sé yo que promesas »en México, que formé concepto de »que la disposicion era muy mala y »urdida del Diablo; pero conociendo »que Dios puede mas, y que aquel »interés que esperaban se les olvida»ria con el tiempo, y se contentarian »con dádivas de poco momento, nada »dixe al Caballero, ni á algun otro, »sino que todo me lo tragué, y resol»ví poner en práctica la Mision, y »asegurar el establecimiento tan ape»tecido, y tan impugnado hasta la »presente de Capitanes, Gobernado»res, &c: pues si no hubiéramos atro»pellado con todo para salir de la »Provincia, todavia no se hubiera »verificado.»

Llegaron los dos Soldados enviados del Padre Garzés á Sonoytac, y al mismo tiempo un Indio Papago dió la noticia de que algunas Rancherias de su Nacion se habian alborotado con la expedicion dispuesta para el rio Colorado, y que habian determinado darle un violento asalto para matarlos á todos, y hacerse dueños de los avíos y caballos: no habia

allí mas que qüatro Soldados con el Sargento, y poseidos del miedo les parecia que ya eran víctimas de su furia, y sin mas consejo que el que les daba su temor, determinaron huír y desamparar el sitio, de modo, que el Padre Diaz se vió muy acongojado, considerando que no debiendo él seguir por tan leve fundamento un exemplo tan vergonzoso, se quedaba solo; y así para contenerlos se valió de razones y ruegos, para que esperaran siquiera el tiempo necesario, para que fueran dos Soldados al Presidio del Altar á pedir socorro.

Luego que el Capitan Tueros recibió esta novedad la participó al nuevo Gobernador de las Armas, y éste le respondió que el Señor Comandante General era ya de otro dictámen, y de que los Padres no entraran al rio Colorado hasta que él llegara al Presidio de Horcasitas. Esta sí que era mayor novedad para los Padres, y que el Capitan Tueros la envió al Padre Diaz sazonada con decirle que habia remitido el socorro pedido para Sonoytac, y que los Soldados se habian vuelto diciendo, que todas las noticias que se le escribieron eran mentiras: pero que no obstante, le parecia conveniente el que los Padres se vuelvan, y que quando el Caballero Comandante General llegara á Horcasitas, se tratarian las cosas con formalidad. No era el Padre Diaz tan tardo que no conociera el impulso de esta avenida, pero le divirtió la fuerza contextándole: »que »no eran los Padres libres para con»descender con su dictámen, quando »les era preciso cumplir los órdenes »del Comandante General, por los que »se habian puesto en camino, y sin »reparar en incomodidades y traba»jos, ya el Padre Garzés estaba en el »rio Colorado, y él pronto á seguir»lo, y que habiéndose ya hecho los »gastos al Rey, y dado cuenta de »todo al Comandante General, mas »conveniente, y aun forzoso, era con»tinuar lo comenzado.»

Así lo executó, y con bastantes fatigas llegó al rio Colorado, desde donde en compañia del Padre Garzés escribió el dia cinco de Noviembre al Intendente, pidiéndole algun auxîlio para poder comprar los alimentos de que estaban muy necesitados, y tambien al Comandante General, dándole parte del cumplimiento de sus órdenes, y executándole á que hiciese efectivas las ulteriores providencias para radicar con fundamentos sólidos, así las Misiones, como el pueble de los Españoles; pues el subsistir allí los Padres con doce Soldados, y atenidos á solos los sínodos, no era reducir, sino entretener á los Indios, los que cada dia iban desconfiando mas de los Españoles.

CAPÍTULO VIII.

Viene el Padre Diaz á informar al Comandante General del estado de las cosas del rio Colorado, y se determina el fundar dos Misiones.

LUEGO que los Padres se juntaron el dia dos de Octubre del año de setenta y nueve en el rio Colorado, se vieron rodeados de innumerables Indios, que venian al repartimiento de ropa, tabaco y demas cosas que el Indio Palma les habia hecho creer que les regalarian los Padres y los Españoles. No solo ellos quedaron engañados con tan lisongeras promesas, sino que el Comandante General lo estaba tambien con las reiteradas de Palma. Esto indicaba el Padre Garzés en Carta que escribió al R. y V. Discretorio, diciendo: »Quando el Caballero ordenó »mi venida á esta Nacion, mandó ca»tequizar y bautizar generalmente, »formando alto concepto de la dis»posicion de la Nacion para el Chris»tianismo, y del imperio chimérico »de Palma. El Caballero debia venir »personalmente, y yo suponia por las »Cartas del Capitan Ansa, que se des»tinarian á lo ménos ochenta hom»bres para este rio, y que aunque la »providencia no es tan grande, pero »se espera que acabada la guerra será »mayor.» Este fue otro engaño de su esperanza, que despues le costó la vida.

Entre este fuego de palabras era lamentable la falta de las obras, y estando ya juntos los Padres con los doce Soldados, y otros Intérpretes en el rio Colorado, se vieron afligidos sin tener ni los precisos alimentos: para adquirir algunos se valieron de la vayeta, sayal, tabaco, abalorio y demas que llevaban para hacer á los Capitanes algun obsequio: los Soldados lamentaban su destino al verse sin cigarros, necesitados de todo, y mas de no tener quien les hiciese una tortilla. Esta total indigencia obligó al Padre Garzés á escribirle el dia seis de Noviembre al Señor Comandante General, dándole individual noticia del estado de aquellos Indios, y necesidades que se estaban padeciendo; pues desde Agosto habia aprobado su Señoría la ida de los Padres al Colorado, y era de esperar mandase se les enviaran los correspondientes socorros.

Ya recobrada la salud, llegó el Señor Comandante á Arispe el dia trece de Noviembre, en donde recibió las Cartas del Padre Garzés; pero sabiéndolo los Padres, determiaron, que para darles mas eficacia á sus expresiones, se personara en Arispe el P. Fr. Juan Diaz, y le comunicara al Señor Comandante todos los asuntos y urgencias en que se hallaban, y para no faltar al órden de que estuvieran allí dos Religiosos, fue el P. Fr. Juan Antonio Barreneche á acompañar al Padre Garzés.

Venido á Arispe el Padre Diaz informó muy por menor al Señor Comandante, sin omitir la novedad y extrañez que manifestaban los Indios, y todo lo que le pareció necesario para reducirlos con fundamento: de estas conferencias se movió el Comandante General á determinar que se establecieran en el rio Colorado

dos Misiones. Pero es infelicidad de los Superiores que se les asocien ciertos políticos arbitristas que con lisongeras conveniencias les hacen desatender el carácter de los que les informan, facilitando las empresas con ahorros de gastos, para que abrazen su dictámen, y no vean los peligros á que van expuestas. El Padre Diaz expuso bien claro el estado que tenian los establecimientos del rio Colorado: el Padre Garzés estuvo siempre clamando por mayores providencias: avisó que no se contase con la fidelidad de Palma, pues solo lo reconocia una Rancheria muy corta: que habia muchos Indios de sublevacion; pero nada de todo esto se atendió, y solo se abrazó el dictámen que aseguraba los establecimientos á poco costo, y con maximas tan nuevas, que hasta ahora no se ha visto en las Indias fundacion de Misiones de Infieles en tales términos.

De esta naturaleza fueron las instrucciones ó leyes que se mandaron observar en la formacion y gobierno de dos Pueblos que se habian de establecer en el rio Colorado, porque fueron dictadas de un espíritu inflado de ideas políticas, y adaptables solo para unos Pueblos fundados en el centro de la Christiandad, de la paz y de la subordinacion mas rendida, añadiéndoles los Ministros Eclesiásticos solo para la instruccion Católica y administracion de los Sacramentos; pero muy ageno de las maximas de un buen Legislador, al que con razon le dán los Políticos el nombre de Artífice del vivir; porque siempre debe acomodar sus preceptos proporcionados á las regiones y gentes á quienes los endereza, y segun su disposicion y capacidad, y mirar con industria y humanidad lo que les ha de ordenar, para que les pueda convenir y disponer como mejor les convenga. Con estos conocimientos hubiera tenido el de que aquellos Indios que se iban á reducir á la Fe santa, y vasallage del Rey, no habian sido conquistados con las armas, ni sujetados por enemigos, sino visitados, instruidos y atraidos por los Misioneros, á quienes ellos habian recibido gustosos, y persuadidos de sus consejos, les habian dado palabra de congregarse en Misiones para ser Christianos; y que á este fin solo iban los Soldados, para que con su exemplo vivieran y se civilizaran como hombres.

Debia conocer que aquellas gentes habitaban regiones muy distantes de los Presidios Españoles, y que su inculta barbaridad es como su multitud, y por eso, quando el Exmô. Señor Virrey Bucareli habia resuelto su reduccion á Misiones, determinaba ampararlas con dos Presidios formales, no obstante que trató y exâminó al Indio Palma, y las promesas que el Memorial de éste expresaba: debia reflexar que consultado el Capitan Ansa, no obstante que habia estado dos veces en el rio Colorado, visto y hablado á los Yumas, y no observado en ellos mas que fidelidad, obsequios y amor, y que tenia bien explorado el ánimo de Palma, pues él le conduxo á México, dixo á S. E. que era muy conveniente fundar las Misiones en el rio Colorado; pero como práctico y reflexîvo en las circunstancias del Pais y de los Indios, que estos establecimientos para no perderlos, como ha sucedido con otros, necesitaban de un Presidio de mayor dotacion que la que tenian los de la Provincia. Debia tambien observar, pues de todo tenia documentos en el expediente, que el Padre Garzés que

anduvo solo, atenido á la divina Providencia, por las dilatadas tierras de las mas bárbaras y bravas Naciones, y que en todas fue bien recibido, alimentado y oído, y que todas le obedecieron para hacer pazes con sus mortales enemigos, que muchas le detenian en sus Rancherias, y todas le prometian recibir Padres y Españoles; advertido de su natural inconstancia, y de las diabólicas astucias, pedia el amparo de las armas para la propagacion de la Fe; pues es notoria experiencia en todas las Indias, que no se conserva ni se dilata ésta sin ellas.

Nada de esto se consideró para formar las instrucciones ó leyes que se mandaron observar en el establecimiento de los dos Pueblos de Españoles que se pusieron en el rio Colorado; y con razon se podia dar á su Legislador el nombre de Artífice del morir, por el desproporcionado número de un Cabo, nueve Soldados, diez Vecinos y seis Operarios que habian de fabricar y defender el primer Pueblo, habiendo avisado el Padre Garzés desde el mismo rio Colorado, y ántes de marchar á él la nueva fundacion, que los Indios estaban malos, y habia muchos sublevados, por lo que pedia fuesen mayores providencias. Nada se apreció, y fue igual el número de un Cabo, ocho Soldados, diez Vecinos y seis Operarios para el segundo: de suerte, que siendo la Nacion de los Yumas de tres mil personas, y no ménos numerosas las otras sus parciales, y estando ya disgustados con los Españoles, fue sacrificar á su barbarie y furor los cincuenta y tres hombres y sus familias; pues en qualquiera sublevacion era necesario que todos perecieran.

Ni podia dexar de resultar de la instruccion, que ordenaba, »que »demarcados los sitios para los Pue»blos, se repartieran solares para fa»bricar las casas, que fuesen unifor»mes y derechas, y que esto mismo »se debia observar en las que hi»cieran los Indios quando persuadi»dos por los Padres Misioneros, y »atraidos del buen exemplo y dulce »trato de los Pobladores, quisieran »agregarse á los Pueblos:» pues por ella se ve que no se trataba de congregar á los Indios en Mision, sino que se les permitia vivir en los montes como Gentiles, por lo que los Misioneros tendrian muchas dificultades para catequizarlos, y poder apagar el fuego del odio que ardia ya entre ellos contra los Españoles. Pero resultando de esta y de las demas instrucciones las novedades de que se originaron los lamentables sucesos que presto se lloraron, sería perder tiempo el exâminar las especulativas ideas con que se arreglaba el gobierno económico y civil de los Pueblos, y que igualaba en todo á los Soldados con los Vecinos para toda especie de trabajo, y á los Vecinos con los Soldados para defender el puesto, careciendo de armas y municiones.

Pero no puede omitirse la que ordenaba el gobierno espiritual, y decia: »Todos los individuos de ca»da Pueblo reconocerán á los RR. »PP. Misioneros por sus verdaderos »y legítimos Pastores, y como á ta»les reverenciarán: y encargo á los »RR. PP. velen sobre la guarda de »la divina Ley, exhortando á todos »con freqüencia al séquito de la vi»da christiana, y si hubiere alguno »que despreciando sus amonestaciones »cause mal exemplo en los Pueblos, »avisarán al Comandante Militar,

»con cuyo aviso verificado ser verdadero el delito, deberá éste ser castigado conforme á su gravedad, y »la misma práctica deberán observar »los RR. PP. en la correccion de los »Indios Christianos. Tambien encargo á dichos RR. PP. que en la reduccion de los Indios Gentiles procedan con arreglo á las Soberanas »Leyes, y á las repetidas Cédulas de »S. M. enseñándoles con la mayor »dulzura y suavidad las seguras verdades de nuestra Religion, y después exhortándoles á que de su propia voluntad pidan y reciban el Santo Bautismo, instruidos ya de las »obligaciones que tenemos los Christianos, por cuyo medio se conseguirá que entren con mayor conocimiento al Gremio de la Santa Iglesia, y se radique en ellos con mas »intencion la Fe Católica que deben »profesar.»

Muy ufanos podian quedar los Padres Misioneros con el excelso título que esta instruccion les dá de verdaderos y legítimos Pastores, pues es propio de solos los Señores Obispos; pero de esa altura á que los eleva, á renglon seguido los abate y calumnia hasta equivocarlos con el mas desalmado de la ínfima plebe; porque para darles á entender que toda su jurisdiccion se reducia á exhortar, decir Misa, y administrar los Sacramentos á los Españoles y á los Indios, expresa que si hubiere alguno, que despreciando sus amonestaciones, cause mal exemplo en los Pueblos, avisen los Padres al Comandante Militar, con cuyo aviso, verificado ser verdadero el delito, deberá castigarlo segun su gravedad: y que la misma práctica deberán observar los RR. PP. en la correccion de los Indios Christianos. En cuyas leyes se ven muchas implicaciones, pues mandan se reverencien los Padres como verdaderos Pastores, y que se desprecien como sospechosos de impostores falsos: dice que si alguno causare mal exemplo en los Pueblos, lo que se supone escándalo público, y el Padre lo avisare, que se averigue si es cierto el delito, y entónces ya no sería mal exemplo en los Pueblos, pues por oculto sería necesario exâminarlo, que lo público por tal queda averiguado; pero siempre el Misionero queda reputado de falsa fe, pues por tal se presume el que para ser creido, es preciso que primero se averigue lo que dice, y no pudiendo verificarse sino por el dicho de otros que son de la misma calidad que el que dá el mal exemplo, queda á la cortesia de qualquiera el honor de los Padres, y expuestos á que se califiquen de dolosos y embusteros, si los exâminados en la averiguacion del delito son parientes, cómplices, ó amigos del acusado; bien que no se libertarian de la nota de imprudentes, si se mezclaran en casos de que los dan por agenos, no solo de su juicio, sino de su conocimiento. Pero es mucho mas dura la obligacion del Misionero, que le dice debe observar para la correccion de un Indio, para la que es preciso que su Gobernador averigue primero si es verdadero el delito: pues siendo grave, nunca los Misioneros se han metido en su conocimiento, y si es de poca monta, lo purga el penitente con la disciplina de su Fiscal, y mucho mejor, si es defectuoso en la Doctrina, pues el mal exemplo que dá al Pueblo, lo satisface en la Iglesia.

Mas enorme ilusion padeció el Legislador introduciéndose á Catequista, y queriendo enseñar é instruir

á los Misioneros en las obligaciones del apostólico ministerio, sin advertir que en graves cosas son las instrucciones contrarias á su cumplimiento: en la citada se dice: »Tambien »encargo á los RR. PP. que en la re»duccion de los Indios Gentiles pro»cedan con arreglo á las Soberanas »Leyes, y á las repetidas Cédulas de »S. M.» y siendo Jurista el que la dispuso, es cosa muy extraña que se meta á dar reglas y documentos para el catequismo, y no exprese siquiera, citando las Leyes que en el título de las Reducciones les corresponden á los Misioneros. Esto era muy de su oficio, como las advertencias impertinentes que expresa, muy agenas de su cargo. Para satisfacerlo podia haberse instruido en todos los recados que el Exmô. Señor Virrey mandó pasar á la Comandancia, y en ellos vería que mucho ántes que se imaginasen tales instrucciones, tenian como propia de su Instituto, practicada la suavidad y dulzura que les enseña el Evangelio. Vería en los muchos Diarios las largas y repetidas peregrinaciones que habian hecho apotólicamente los Misioneros, para reducir á los Gentiles con arreglo á las Soberanas Leyes.

Sabian muy bien la que les encarga á los Arzobispos y Obispos, »que en sus distritos ayuden á la po»blacion de los Naturales, y faciliten »las dificultades que se ofrecieren, »procurando que hagan lo mismo los »Curas, Ministros de Doctrina y Sa»cerdotes:» y en virtud de esta Soberana Ley, cumplimento de su Instituto, y repetidas Cédulas de S. M. desde la ereccion del Colegio, han solicitado los Misioneros propagar la Fe en las bárbaras Naciones, y como consta de las diligencias de estas desgraciadas Misiones, han solicitado su fundacion con el Exmô. Señor Virrey, despues de haberles anunciado á las Naciones que pueblan los rios Colorado y Gila el Santo Evangelio, el conocimiento de Dios, y de las verdades de su santa Ley; y sabiendo que mal pueden ser enseñados á ser Christianos, si primero no les enseñan á ser hombres, les han advertido las grandes comodidades que gozarian si se juntaran y unieran, dexando las chozas y cuevas de los montes, en un Pueblo y Mision, en que se ayudasen unos á otros, y viviesen seguros de sus enemigos; para lo que les han ofrecido la proteccion de nuestro Rey y Señor, y que les amparará con sus armas, y les dará Ministros que les enseñen, cuiden y defiendan de todo lo que pueda ofender á sus cuerpos y á sus almas.

Sabian los Misioneros la suma justificacion con que nuestros Reyes y Señores han mandado por repetidas Cédulas, »y procurando, que los »Indios que han ido y van entrando »en su dominio, y baxo de su Real »amparo y proteccion, que en mu»chas partes viven como bestias en »los campos, y sin rastro ni conoci»miento bastante de vida sociable y »política, se persuadiesen y enseña»sen á reducirse á ella: y aunque no »quisiesen se les señalasen puestos »y sitios acomodados donde labrasen »Pueblos y casas á su modo, y co»menzasen á vivir como hombres, »deponiendo sus fieras y antiguas »costumbres, y haciéndose con esto »mas hábiles para recibir nuestra »santa Fe y Religion Christiana,» porque de otra suerte, ni con métodos contrarios ó extravagantes, jamás se han podido lograr progresos considerables; por lo que un docto Au-

tor, y práctico Misionero, encareciendo la importancia de estas Reducciones, dixo: »Que el primer cuidado del »Gobernador debe ser reducir estas »fieras y silvestres hombres al co»nocimiento de lo que son, y ense»ñarles vida sociable y política; por»que de otra suerte en vano les en»señariamos las cosas divinas y celes»tiales, á los que viéremos que aun »no son capaces de entender ni pro»curar las humanas.»

De estas Soberanas Leyes, Cédulas y Doctrinas que los Misioneros saben como elementos de su ministerio, se evidencia quan distantes están de arreglarse á ellas las instrucciones que de ningun modo disponen la reduccion de los Indios á Misiones, sino que quieren que los Padres Misioneros persuadan á los Gentiles, que se agreguen á los Pueblos de los Españoles; lo que fuera muy contrario á la Soberana Ley, que manda: »que de ninguna »forma se consienta que los Españo»les, Mestizos y Mulatos vivan en »los Pueblos ó Reducciones de los »Indios, por ser esta la causa prin»cipal y orígen de las opresiones y »molestias que padecen:» ¿ pues qué sería si el Pueblo es de Españoles, y se les quisiese persuadir á los Indios que se quedasen sin reduccion propia, y se fuesen á agregar al Pueblo de los Españoles?

Fueron estas instrucciones firmadas el dia veinte de Marzo del año de ochenta, y para ponerlas en práctica se pasaron siete meses, y así pudo saberlas el Padre Garzés en el rio Colorado; y viendo quan ineptas eran para satisfacer con sus providencias las promesas que esperaba Palma ver cumplidas para verificar á la Nacion, las que él le habia informado, y mucho mas para reducir á Mision la crecida Gentilidad que la aguardaba en el rio Colorado, aunque ya disgustada con tantas demoras y sugestiones malas, cuya fermentacion crecia cada dia, y no podrian contenerse, sino con superiores fuerzas, se vió obligado á enviar uno de los Soldados que le acompañaban, é informar de todo al Comandante General, y al Capitan del Presidio del Altar, avisando que los Yumas estaban muy alborotados, porque el hermano de Palma, y el hijo del Capitan Pablo, que se habian bautizado en México, revolvian toda la Nacion con tan fatales influxos, que ya se habia extendido la voz entre los mozos, de que en viniendo al rio Colorado, habian de matar á los Padres y á los Españoles, lo que juzgó temible, y por eso pidió que fuesen competentes para estorvar tan malos intentos, las providencias que se dieran: advirtió en el informe que los doce Soldados que se le habian señalado desde su entrada y para su escolta, no se habian visto juntos con los Padres ni ocho dias, y que siempre que habia enviado alguno con alguna diligencia al Presidio del Altar, le detenian y le ocupaban para que no volviera: avisaba que estaban muy necesitados de alimentos, por lo que enviaba al Intérprete, no obstante la falta que hacia, porque estando las cosas tan peligrosas, no se podia descalfar ni un Soldado de la escolta, y que éstos estaban sin un cigarro, ni otra cosa con que poder rescatar un poco de maiz para conservar la vida.

Todos estos avisos y clamores no fueron creídos, ó se pensó remediarlos con acelerar el Alferez del Presidio del Altar, que estaba señalado de Comandante, la marcha de los Pobladores y de los Operarios,

que con su llegada al rio Colorado pusieron la cosa en el estado mas lastimoso. Como de golpe y zumbido llegaron al Puerto de la Concepcion, que era el parage destinado desde el principio para establecer la Mision de los Indios veinte familias de los Pobladores, doce de los Operarios y veinte y una de los Soldados: todos llevaron sus mugeres y bastantes hijos, pero no hallaron mas bastimentos que los que conducian ellos mismos. Púsose desde luego el primer Pueblo con el título de la Concepcion, y se posesionaron los Pobladores de aquellas tierras, sin poder los Misioneros reclamarlas para proceder en la reduccion de los Indios con arreglo á la Soberana Ley que dice: »Con »mas voluntad y prontitud se reducirán á Poblaciones los Indios si no »se les quitan las tierras y grangerias que tuvieren en los sitios que »dexaren. Mandamos que en esto no »se haga novedad, y se les conserven como las hubieren tenido ántes, »para que las cultiven y traten de »su aprovechamiento:» por lo que tuvieron que sufrir el dolor de ver que ni remotamente se trataba de poner Mision para reducir á ella los Gentiles, y el de ver ocupadas las tierras en que los Indios sembraban su trigo, maiz, frixol, sandias, calabazas y otras semillas, hasta donde llegaba el beneficio del riego que les daban las crecientes del rio, con ciento noventa y dos cabezas de ganado mayor en bacas y caballada, doscientas y quatro de lana, y quarenta y dos caballos de los Soldados, que era preciso mantener en el campo. De esta multitud de animales se seguia que hiciesen mucho daño en las milpas y sembrados de los Indios, y que resultasen tambien muchas desazones entre los Pobladores, porque cada qual queria desfrutar lo mejor; pero solo lograron lo peor, que fue la hambre y necesidades; pues aunque habian llevado con que comprar víveres, éstos en poco tiempo se acabaron.

Lamentable error fue el de ir creídos los Españoles de que las mejores tierras debian ser para ellos, y como no se separaron, segun la instruccion decia, las tierras que los Indios actualmente poseían, ni tenian fuerzas para desmontar las malezas, comenzaron á querer servirse de las plazetas ó claros que habia en las arboledas de los montes, y en que los Indios habian sembrado; y aunque ellos lo resistieron, usaron una moderacion muy extraña de su barbaridad, y fue quexarse al Alferez Comandante, haciéndole ver no solo estos perjuicios, sino tambien los que hacian las bacas y caballos, comiéndose el tornillo, y otra vaina semejante á la del mezquite, con tan justificada razon, que de ella se mantiene la mayor parte del año todo el comun de la gente. Bien conocia el Comandante la justicia que tenian los Indios en su querella; pero le era imposible impedir los daños, con lo que quedaron muy disgustados, y casi en la resolucion de remediarlos ellos mismos.

Tampoco podia el Comandante tomar providencia para separar las cabecillas de los disturvios, que ya se sabia eran el hermano de Palma, y el hijo del Capitan Pablo, porque los Soldados que eran veinte, unos cuidaban la caballada, otros iban de correos, otros estaban enfermos, y ni á los Pobladores podia ocurrir, porque estando sin armas ni municiones, nada auxîliaban, y solo acudian á los montes para cuidar los ganados. No obstante todo lo dicho, trató el Co-

mandante de que se estableciera el segundo Pueblo en los Yumas de abaxo, y tres leguas distante del primero; y con su respectiva dotacion de Soldados, Vecinos y Operarios se fundó el de San Pedro y San Pablo del Bicuñer, en el que quedaron de Ministros el P. Fr. Juan Diaz, y el P. Fr. Matias Moreno. Con esta ocasion pensó el Comandante hacer del ladron fiel, y para atraer al principal cabecilla de los alborotos, le hizo Gobernador, con lo que solo consiguió darle mas alientos á su orgullo, y vió quan errada es una maxima tan peligrosa, como es meter al ladron en casa; pues á pocos lances le perdió el Indio el respeto, y ardido el Comandante, le hizo poner preso.

Este fue un golpe de los mas sensibles para los Padres, y para todos los que conocian las resultas que habian de seguirse á este violento castigo: pues debia este Gefe reflexar que un bárbaro no podia entender ni observar las sumisiones militares, y que siendo de genio revoltoso y altivo, aunque lo sacó de la prision, habia de salir mas irrirado que corregido: ni podia servir á sus faccionistas mas que para perturbarlo todo; y fue así, que azorados los Indios, se manifestaban arrepentidos de haber consentido que fueran los Españoles á sus tierras, y se tenian por engañados; pues como en las dos ocasiones que el Capitan Ansa y sus Soldados habian estado en ellas, los habian experimentado muy francos en darles tabaco, abalorios y otras cosas, creían, segun les habia dicho Palma, que estando con ellos de asiento tendrian mucha ropa, y quanto les dictaba su rústico apetito; por lo que viendo que los Padres y Españoles estaban tan pobres que no tenian ni con que comprarles bastimentos, esta misma indigencia, y las molestias que recibian de sus ganados, les hicieron concebir contra ellos un grande aborrecimiento y desprecio; y como los veían tan pocos é indefensos, pues fuera de las mugeres y muchachos, no quedaban en cada Pueblo mas que dos ó tres Soldados, determinaron desocuparse de tan incómodos huéspedes, y hacerse dueños de todos sus bienes.

CAPÍTULO IX.

Furiosa rebelion de los Yumas: matan á los quatro Padres, Soldados y Pobladores, y cautivan á sus hijos y mugeres.

QUIEN á las aguas embaraza el curso acostumbrado de sus corrientes, no las encamina mejor, sino que las desperdicia. Esto que cada dia se vé en lo fisico, sucede tambien en lo moral, porque quien pretende mudar las costumbres calificadas por la mas alta prudencia, no hace mas que turbarlas, é impedir con la novedad el corriente de las mejores providencias, y con su inexperto capricho trastornar todas las cosas. Bien conocian los Misioneros que aquellas intempestivas fundaciones de Pueblos de Españoles iban muy descaminadas del principal fin, que era la reduccion de aquellos Gentiles, por no ser estos principios conformes á los que siempre siguieron el Superior Gobierno, y Reales

Juntas de Guerra y Hacienda, en los establecimientos de nuevas Misiones. Para radicar estas del rio Colorado con sólidos fundamentos, se habian mandado hacer dos expediciones, ordenando al Capitan Comandante de ellas, que para abrir por ese rio la comunicacion con los otros nuevos establecimientos, se acompañara de los Padres, y quedaran dos en el rio para explorar la disposicion de los Indios al catequismo y al vasallage del Rey, y que en los asuntos arduos comunicase con los Misioneros, para que así se hiciese mejor la causa de Dios y del Rey.

No faltaba ya para despachar este expediente de la fundacion de las Misiones mas que el determinar el Presidio que habia de ampararlas, quando vino el nuevo sistema de gobierno, y aunque se le entregó en tan buen estado, tomó otro giro muy diverso, y se mandaron establecer los Pueblos con las instrucciones que excluyen de él todos los dictámenes de los Misioneros. Por esta razon, y no teniendo otro arbitrio para sosegar la inquietud que observaban fermentar en los ánimos de los Indios, que doblar los cuidados y trabajos para satisfacer las obligaciones de su ministerio, lo practicaban con esmero, esperanzados de algunas buenas calidades que miraban en aquellos Indios; pero siempre sobresaltados del temor de que las astucias y sugestiones del Demonio no hicieran inútiles sus desvelos, valiéndose de la barbarie, codicia y volubilidad de sus genios. Con esta incertidumbre escribió el Padre Garzés el mes de Marzo de ochenta y uno al R. y V. Discretorio diciendo: »La Nacion Yuma, por no »estar acostumbrada á la caza, borra»chera, andar por sierras, comer mez»cales, ni otras comidas fuera de las »que cosechan en sus playas, ni cono»cerse en ellos idolatria alguna, estan »en buena disposicion para hacerse »Christianos. Tambien tiene sus impe»dimentos la insubordinacion, la poca »necesidad de comida, que suele ser »el alicitivo principal de los Indios, »y el estar desparramada la Nacion »de una y otra banda del rio. Esta »gente es la mas bozal de esta fronte»ra, y demasiadamente estúpida, para »ser atraida con cosas espirituales, y »así pocos se podrán bautizar de los »que llegan á veinte años, y no pa»san de sesenta, por las concubinas »que brutalmente toman y dexan.» Todos estos impedimentos eran estímulos para su zelo; porque habiendo manifestado el Caballero Comandante General afecto á las Conversiones que los Padres le pedian, les ofreció mas auxîlios, y con ellos se prometian que todos serían vencibles, si llegaran á congregarse como catecúmenos en Misiones formales.

Para inducirlos á ello, y darles el posible catequismo, hicieron un xacal legua y media distante del Pueblo, con el motivo de haberse retirado allí los Indios para hacer sus siembras, aun los que ya se habian agregado á él, y tambien les decian allí Misa los dias de fiesta, quedándose á cuidar de los enfermos, con cuyo pretexto deseaban docilitar á los mal contentos; pues con esta comunicacion entendieron los Padres que el Demonio estaba en sus corazones, como que conocia la gran pérdida que tendria si llegaban á ser Christianos, y aun la de los párvulos que morian bautizados, y penetrando sus malas intenciones, cada dia tenian mas recelo de un furioso alzamiento. No lo creían los Solda-

dos ni los Pobladores, y teniendo á la vista los mismos fundamentos que los Padres, vivian en una temeraria confianza. Por el mes de Junio llegó al rio Colorado el Capitan D. Fernando Rivera, que conducia una numerosa expedicion de gente para las nuevas fundaciones en la Canal de Santa Bárbara, y no obstante que los Indios veían muchos Soldados, Sirvientes, Mugeres y Hijos, no se contuvieron en manifestar sus malas intenciones, y en esos mismos dias se oían las voces de que habian de matar á los Padres y Españoles, lo que se debia temer reflexando que cada dia renovaban con ardor sus quexas, y que varios entraban en grandes pelotones en los Pueblos, armados de palos y con orgullo, aunque la timidez, que es el carácter de los cobardes, y la irresolucion, que es propia de los Indios, los contenian para no romper el alzamiento, de que daban ya fuertes indicios.

Todos estos movimientos, que debieran causar en el Comandante y Soldados un prudente recelo para estar sobre las armas y con centinelas, y á los Pobladores prevenidos para evitar alguna sorpresa, pues eran ya casi manifiestos los depravados intentos de los Indios, despues de haber tenido en su compañia á Palma, no fueron bastantes para que tomaran ni la mas leve providencia. Los Padres lo veían, y pesaban todo, pero no tenian valimiento para prevenir los daños, ni ménos avisarlos, segun los límites que á sus avisos le ponian las instrucciones; pues ni aun los pecados de mal exemplo de los Pueblos de que avisaran al Comandante, se les debian creer, sin averiguar primero si eran ciertos; y por eso llenos de dolor y zelo por la salvacion de aquellos incautos Christianos, los iban disponiendo insensiblemente para que la muerte que les amenazaba, no les cogiera desprevenidos: á este fin desde muchos dias ántes doblaban sus tareas para purificar sus almas, y les hacian todos fervorosas pláticas, parando la consideracion y desengaño en lo fragil de la vida, en los peligros de perderla, y en el dolor de los pecados, necesario para alcanzar el perdon de ellos: con declamaciones tan vivas, abrieron muchos los ojos, y eran muchas las confesiones y la freqüencia de Sacramentos. Era de admirar la asistencia á la Iglesia á rezar la Corona de María Santísima, á andar el Via-crucis, y otros espirituales exercicios en que estaban muchos exercitados, que segun informacion jurídica parecian Conventos aquellos Pueblos, y los Religiosos se esmeraban en promover estos afectos, para que los cogiera preparados el sangriento conflito que tenian muy próximo.

El Domingo dia diez y siete de Julio de ochenta y uno, se tocó á Misa, y no habiendo en el Pueblo de la Concepcion mas Soldados que el Comandante Don Santiago Islas, y el Cabo Baylon, concurrieron á ella con las mugeres, y uno ú otro de los Pobladores, porque los demas andaban en el campo desparramados: y quedando el Cabo de centinela por si venian los Indios armados, como los dias antecedentes, para que no intentasen algun alboroto. Comenzó el Padre Garzés la Misa, y al pasar el Misal para el Evangelio, se oyó el alarido de los Indios, que cayeron en grandes esquadras, y sitiaron la Iglesia y las casas: suspendida la Misa, salió el Comandante á tomar las armas, y al salir de su casa, que estaba muy inmediata, le

oprimieron los enemigos, y prontamente le quitaron la vida á palos. El Padre Barreneche, que estaba dando gracias de la Misa que habia celebrado, salió á las voces con que pedia confesion el Cabo, que estaba rodeado de bárbaros, y le daban fatales palos: animado de su intrépido zelo se metió entre ellos, y pudo absolverlo, y fue admirable la Providencia en sacarlo de tan evidente peligro, pues le dieron muchos palos, y salió sin lesion alguna del sangriento conflito. Luego que mataron al Comandante arrojaron su cuerpo al rio, y comenzaron el saqueo de las casas; otros se extendieron por el campo donde andaban los Vecinos sin armas, y mataban ó dexaban estropeados á los que encontraban: algunos pudieron llegar á la Capilla, ó casa de los Padres, á las que no invadieron aquel dia los bárbaros, y al medio dia se retiraron. Con esta suspension, y despreciando su propio peligro, salió el Padre Barreneche á la tarde, y fue confesando á algunos que halló ya agonizando. Fue la noche triste de todos modos, pero los Padres procuraron hacerla buena con confesar á algunos, y exhortar á todos á que no perdieran el tiempo en pensar quien tenia la culpa de tan funestos sucesos, sino que los recibieran con resignacion christiana, como castigo de las culpas.

Mucho mas executivos fueron los estragos que el mismo dia y hora hicieron los rebeldes en el Pueblo de San Pedro y San Pablo, donde eran Ministros el P. Fr. Juan Diaz y el P. Fr. Matias Moreno; porque estando previniendo las cosas para celebrar la Misa, y darle el Viático á una enferma, dieron el alarido los enemigos, y entraron con furioso ímpetu, y no habiendo encontrado resistencia alguna, mataron á los Padres, y al Padre Moreno le cortaron la cabeza con una hacha, no se supo si estando vivo ó muerto, y matando á algunos Pobladores, á otros los hicieron prisioneros, y obligaron á que echaran en el rio las Imágenes y Vasos sagrados, robando los Ornamentos, y quanto habia en el Pueblo, pusieron fuego á la Iglesia y casas, y se llevaron todas las mugeres cautivas.

Como en la tarde y noche del dia diez y siete no habian vuelto los Indios á hostilizar el Pueblo de la Concepcion, pensaban los Padres que podia haberse aplacado su furia, y á la mañana del diez y ocho les propuso el Padre Barreneche á los que estaban allí refugiados, que alabasen á Dios y á María Santísima, y les diesen gracias, porque con aquellos trabajos veían que Dios se acordaba de ellos; y habiendo celebrado el Santo Sacrificio de la Misa, comenzaron los hombres y Padres á quitar la bardas de la casa y de la Capilla, subiendo con freqüencia el Padre á ver desde la azotea si venia el enemigo, el que no pareció hasta las tres de la tarde, que volvia de la invasion, que por la mañana habia executado en el Real del Capitan Don Fernando Rivera.

Habia éste conducido las familias y expedicion para la Canal de Santa Bárbara, y puestos ya en marcha para S. Gabriel, volvió él con un Sargento y seis Soldados á repasar el rio, para que las bestias que iban enfermas y flacas se reforzaran con sus pastos, y así puso muy cerca de él, el Real de su tienda y de los Soldados: los Indios que estaban en el asalto del Pueblo de la Concepcion los vieron, y por eso lo suspendieron para ir á impedir con matarlos, qualesquie-

ra socorro: el Capitan tambien vió los estragos que estaban haciendo, y no pudiendo remediarlo por el rio, se previno por si quisiesen ir á insultarlo: hizo una especie de trinchera y preparó su gente y las armas, y á la mañana del dia diez y ocho le embistió tumultuariamente multitud de Yumas: fueron recibidos de los Soldados montados con la descarga de las escopetas, que hicieron todo su efecto matando á muchos; pero como era la chusma muy grande, al disparo se arrojaron sobre los caballos, y á palos los imposibilitaban, y cayendo el ginete se echaban sobre él, y así les quitaron la vida á algunos, por lo que se juntaron en la trinchera los otros; pero era de poca resistencia, y no los abrigó, y aunque hicieron una vigorosa defensa con mucha pérdida de los Yumas, oprimidos de la multitud perdieron todos las vidas. Así acabó este Capitan que hacia formal desprecio de los Indios, y cuya temeraria confianza le puso en sus manos; pues si hubiera tenido correspondiente escolta, les hubiera castigado su osadia; y su lastimosa desgracia, es prueba evidente que no sucedieran las de los dos Pueblos, si se hubieran dado las providencias que expusieron los experimentados.

Acabada esta sangrienta refriega, que duró hasta el medio dia, repasaron los Indios el rio para ir á completar la que dexaron comenzada: como á las tres de la tarde los vió caminar para el Pueblo el Padre Barreneche, y les gritó á todos, cada uno vea como puede escapar, pues de qualquiera manera estamos expuestos á morir en manos de los enemigos. Los Padres se salieron de la Iglesia, y la gente iba en su seguimiento: llegaron á una laguna larga, pero angosta, y viéndolos un Español que estaba á la otra banda, comenzó á dar voces pidiendo confesion, porque estaba muy mal herido: el Padre Barreneche se tiró luego á la agua, y se vió en gran peligro, porque estaba hondo aquel estrecho, y para libertar la vida le fue preciso soltar un Santo Christo y el Breviario que llevaba en las manos, y asirse de una débil rama para salir á confesar al herido. El Padre Garzés se despojó del manto y del hábito, que hizo pedazos, y repartió á la gente que iba desnuda, y quedándose con una túnica, pasó la laguna: juntos los dos Padres fueron á dar á la casa de una India que siempre habia manifestado amor á los Misioneros, á la qual los conduxo su marido, y aquí se mantuvieron el dia diez y nueve.

Los Indios enemigos llegaron la dicha tarde al Pueblo, y lo hallaron desamparado de todos; á su salvo robaron, destruyeron y quemaron quanto habia, y segun despues se dixo, quando solicitaban saber á donde se habian ido los Padres, hubo muchos que dixeron que los Padres no se habian de matar, que tenian buen corazon, y así no hicieron diligencia de seguirlos. Tambien se dixo, que al otro dia del alzamiento, recobrado Palma del sobresalto, y viendo á los Indios ya algo sosegados, les dixo: que buscaran á los Padres, y que si estaban vivos se los llevasen, que lo que los Padres decian era bueno, y que ellos no hacian mal á nadie. Esto mismo declararon los cautivos rescatados, y que los que fueron enviados á buscarlos, llevaron órden de no hacerles mal alguno; pero fue la desgracia que entre ellos iba un Nifora de aquella casta que el Padre Garzés dixo en su Diario están tan misera

bles y pobres que baxan los Padres á sus hijos hasta los Yumas, para vendérselos por caballos, y de esta infame condicion era éste, pues desde muy chico se crió en el Presidio del Altar en casa del Capitan Urrea, y por ser ladino, lo habia llevado el Padre Garzés para Intérprete; pero luego que se declaró la rebelion se desertó, y fue al partido de los rebeldes.

Llegaron los enviados de Palma á la casa de los piadosos Indios, en que los Padres estaban acogidos, y al punto que los vieron, levantó aquel vil esclavo é infame apóstata el grito diciendo: Si estos quedan vivos se perdió todo, porque estos son los peores: al primer acto que produxo este perverso influxo, descargaron aquellos bárbaros cruelísimos palos sobre los Padres, de que quedaron muertos, sin poderlo impedir los piadosos huéspedes que los tenian alojados: llenos de dolor y pena recogieron los cuerpos, y manifestando su humanidad hasta despues de muertos, hicieron una sepultura en aquel arenal, y juntos los dos cadáveres los enterraron, y con particular piedad pusieron una Cruz sobre ellos, que sirvió de señal para que fueran hallados, concurriendo tambien la Providencia con extraordinario modo á manifestar quan gratos le habian sido aquellos piadosos oficios, con otras señales que fueron admiradas de los Soldados, y de que se hará reflexîon á su tiempo.

Poco tardó en llegar la noticia de tan sangrientas tragedias á los Pimas del rio Gila, y de éstos á los Papagos, que la dieron en el Presidio del Tuizon, y aunque dudaron muchos de su verdad, otros mas reflexîvos la tuvieron desde luego por cierta; pues atentas las circunstancias de unas fundaciones tan nuevas y nunca vistas, las esperaban como necesarias. Pasados algunos dias, uno de los cautivos se aprovechó del descuido de los Indios, y cogiendo un caballo pasó el rio muy abaxo de los Yumas, y salió al Presidio del Altar, y dió razon individual de todo: El Capitan le aseguró como preso, y dió cuenta al Comandante General, y mandó que se despachase otro Soldado á saber lo cierto: llegó el miserable al rio Colorado, y visto por los Indios le quitaron la vida; pero repitiéndose cada dia la misma noticia, dispuso el Comandante General que pasaran al rio Colorado el Capitan de Miqueletes Don Pedro Fages con su Compañia, y Don Pedro Tueros Capitan del Presidio del Altar con la suya, dánles órden de que llevasen vayeta, abalorio y demas cosas de rescate para traer los cautivos, y que despues de rescatados castigasen al enemigo.

CAPÍTULO X.

Envia el Comandante General Soldados al rio Colorado, y por peticion del Padre Presidente se traen los cuerpos de los quatro Misioneros, y la informacion jurídica que se hizo de algunas cosas extraordinarias.

QUANDO los Capitanes disponian lo necesario para su marcha el mes de Septiembre, llegó al Presidio del Altar un Soldado que habia quedado cautivo en el rio Colorado, enviado del Indio Palma con una Carta en que pedia perdon de todo lo executado, y dixo que la habia escrito un Don Matias, Español que tenian cautivo; pero haciendo de ella el aprecio que merecia, se resolvió seguir la jornada, y que las armas dieran la respuesta que pedia su perfidia. Luego que el Padre Presidente supo de este viage, pensó satisfacer con sus oficios á la obligacion de solicitarles á sus difuntos Hermanos la honra de que tuvieran sepultura eclesiástica sus huesos, y para lograr la ocasion suplicó por un Memorial al Comandante General, que encomendase al de la expedicion que se recogiesen los cuerpos de los Religiosos difuntos, y se traxesen con los libros ó Vasos sagrados que pudieran hallarse, y si fuese dable se entregasen en la Mision de Tubutama: á todo condescendió el Señor Comandante, y despachó sus órdenes al Comandante de la tropa, aunque no llegaron á tiempo, porque ya iban marchando con el segundo Comandante cien Soldados, y muchos Pimas, Papagos y otros Indios amigos.

Llegaron al rio Colorado, y vadeado al Puerto de la Concepcion y primer Pueblo, no habiendo visto en todo aquello ni un solo Indio, y hallándolo todo reducido á cenizas, sepultaron los difuntos que encontraron, y no sabiendo, ni pudiendo averiguar á donde estaban los Yumas, tomaron la vuelta para Sonora. Ya habian caminado hasta Sonoytac, y aquí recibió el Capitan Comandante Don Pedro Fages los órdenes del Comandante General para que se recogiesen y traxesen los cuerpos de los Religiosos difuntos; y como no podia asegurar que hubiese hecho diligencia positiva para buscarlos, determinó que toda la expedicion revolviera al Colorado para ese efecto: no le faltó contradiccion, proponiéndole varios inconvenientes; pero teniendo él por mayor el no obedecer, hizo que se aprontara la marcha, y llegando al rio lo volvió á hallar despoblado, y pasando dió providencias para que se buscaran los cuerpos.

Pasaron al Pueblo de San Pedro y San Pablo del Bicuñer el dia siete de Diciembre, y hallaron los cuerpos del P. Fr. Juan Diaz y del P. Fr. Matias Moreno. El del Padre Diaz estaba armado en las coyunturas con todos los huesos enteros, y casi incorrupta la cabeza, en que se veía el cerquillo ó corona con todo su cabello, las uñas pegadas á la carne, con otras señales que no parecia

cadaver de cinco meses. El del Padre Moreno se halló sin cabeza, y aunque descoyuntados los huesos, se hallaron todos juntos con varios pedazos del hábito y de la cuerda, y una Cruz del Santo Christo que siempre llevaba al pecho.

En el Pueblo de la Concepcion no podian hallar los cuerpos del P. Fr. Francisco Garzés, y del P. Fr. Juan Barreneche: por lo que algunos se persuadieron á que no los habrian matado, pues todos sabian lo mucho que todas aquellas Naciones amaban al Padre Garzés, y que habiendo visitado hasta las mas bravas, nunca le hicieron ni el mas leve daño, y así creían que los tendrian consigo los Indios; pero explorando los Soldados aquellos campos para recoger los muertos que habia en ellos tirados, repararon en un tramo de tierra que estaba muy verde y florida, y acercándose á ella vieron la Cruz que los piadosos Indios habian puesto en la sepultura de los Padres. Avisaron de ello al Capitan Don Pedro Tueros, y en su presencia mandó excavar el sitio, que estaba rodeado de mucha manzanilla muy olorosa, y entre el sacate verde en solo aquel parage muchas flores, asegurando los Soldados que no las habian visto por todas aquellas inmediaciones, y en él se hallaron los dos cuerpos juntos, cubiertos con sus paños menores, y ceñidos de cilicios, y todavia casi incorruptos.

Mandó el Comandante que los quatro cuerpos se pusieran juntos en un caxon grande, y así fueron conducidos al Presidio del Altar; por lo que el Padre Presidente suplicó al Comandante General, que segun ya habia ordenado, se pasasen á la Mision de Tubutama, y así se hizo, y con la posible pompa y decencia se les dió eclesiástica sepultura en la Iglesia de la dicha Mision, en el mismo caxon en que los conduxeron, y en el lado de la Epístola de su Altar mayor. Habian venido en esta expedicion, como despues se dirá, muchos cautivos de los que tenian los Indios, y desde que llegaron á Sonora se oían varias cosas dignas de comprobarse para orígen de la fama póstuma con que muchos veneraban las virtudes de los quatro Misioneros; y para que esta piadosa devocion se fundaseen la verdad de los hechos, y no en las vanas voces del vulgo, se presentó por un escrito el P. Presidente de las Misiones ante el Capitan Comandante de la misma expedicion, suplicándole hiciese jurídica informacion, y exâmináse con juramento á los testigos que en calidad y número mejor le pareciese, arreglando sus declaraciones á un formal interrogatorio, y conforme á los artículos que en su Escrito puso expresos.

El primero sobre la conducta, zelo y fatigas que se les vieron poner para lograr la conversion de aquellos Gentiles, y el conato que pusieron para que los Soldados y demas Españoles cooperasen con su buena vida á este fin, y á la perseverancia de los Neófitos en su primitivo fervor. Si los Misioneros estaban libres de haber sido causa, aun remota, de la ruina de los Pueblos, y si trabajaron quanto les fue posible para impedirla desde que fue temida. El estado en que se hallaron los cuerpos, y si al exhumarlos se observaron algunas circunstancias que infundiesen devocion, y si sabian otras que persuadiesen ser su muerte santa delante del Señor. Admitió el Capitan el Escrito, y elegidos por él los testigos, formalizó la informacion, y segun ella

certifica segun estilo militar, que arreglado á las declaraciones hechas baxo de juramento, y á lo demas que ha podido adquirir de algunos cautivos y cautivas, responde al interrogatorio en la forma siguiente.

»Que con virtuoso proceder, »exemplar modestia y caridad, esta»ban los Padres dedicados á el santo »fin de atraer al conocimiento de la »verdadera Ley la numerosa Genti»lidad de aquel establecimiento, sin »perdonar fatiga alguna, dirigiéndo»se por los montes á la solicitud de »todos, regalándoles quanto tenian, y »que jamás se vió en ellos otro inte»rés que el fervoroso anhelo de reco»ger al rebaño de la Iglesia á los que »sin conocimiento de ella se pierden, »y procurando al mismo tiempo que »los Soldados y demas Españoles »cooperaran al mismo fin. Que en »nada fueron causantes del alboroto »y ruina de los Pueblos, ni aun re»motamente, y que se persuade que »no dexarian de cooperar con fervor »apostólico á impedirla.» Satisface al hallazgo de los cuerpos en los términos que queda relacionado, y sigue diciendo: »Que segun informe »del Capitan de Caballería Don Pe»dro Tueros, que presenció la exhu»macion de los cuerpos del Padre »Garzés y del Padre Barreneche, am»bos estaban casi frescos y enteros, »y que á orillas del sitio donde es»taban sepultados habia nacido mu»cha manzanilla muy olorosa, con la »circunstancia de que los que asistie»ron con dicho Capitan aseguraron »que no habian visto en todas aque»llas inmediaciones, y que segun de»claran algunos cautivos y cautivas, »una India que los estimaba mucho »habia hecho la buena obra de en»terrarlos, dexando por señal una »Cruz pequeña de palo, por la que se »conoció el sitio que los mismos di»xeron, que quando el alevoso insul»to de los Gentiles, el Padre Barre»neche asistió á bien morir, confesan»do, y absolviendo, sin temor de que »le dieran á él la muerte, á todos los »que estaban heridos en el campo, y »que se les desparecia de entre las »manos, sin que le pudieran hacer »daño, hasta que acabaron su enor»me atentado los crueles enemigos. »Que en el Pueblo de San Pedro y »San Pablo del Bicuñer, se oyeron »cánticos suaves, y de noche les pa»recia que andaban como en Proce»sion al contorno de la Iglesia, en »cuyas inmediaciones se hallaban ti»radas las venerables cenizas de los »RR. PP. Fr. Juan Diaz, y Fr. Jo»seph Matias Moreno, y que este rui»do les causó temor á los Indios para »arrimarse á dicho Pueblo.»

La informacion original que en esta certificacion se compendia, se la confió el Capitan Don Pedro Fages, siendo Gobernador de aquella Provincia, al R. P. Fr. Francisco Paloy, quien asegura en su Libro y relacion historica, que teniéndola en sus manos, y segun las declaraciones jurídicas que hicieron los Rescatadores, dice: que abona lo que en aquellas Misiones se habia practicado. Con este objeto trasladó toda la informacion del Colorado, y no añadiendo cosa nueva á lo que se ha dicho, solo se trasladará aquí lo que en obsequio de la verdad se compendió en la certificacion, para que los sucesos referidos se entiendan bien circunstanciados; pues en ellos mismos parece que la Providencia quiso manifestar la inocencia de la vida, y la aceptacion del sacrificio, que perdiéndola al rigor de los bárbaros, le hicieron sus

Apostólicos Misioneros.

»Repararon, dice en el Capí»tulo cincuenta y tres, los Soldados »de la expedicion, que iban recogien»do los difuntos, en un tramo de tier»ra que estaba verde (entre la demas »quemada) toda vestida de sacate »verde y matizada de flores de va»rios colores, las unas conocidas, y las »otras no; habia entre ellas la mara»villa y otras. Mandó el Comandan»te cabar allí, y hallaron á los ben»ditos Padres, cuyos venerables cuer»pos estaban juntos, y ambos ceñi»dos con sus cilicios, los que se man»tenian sin haberse consumido. En»tre las cosas particulares que cons»tan de las declaraciones, y en ellas »se contienen y he leído, es una la »siguiente, que no omito por mas par»ticular: dice que »en el Bicuñer, des»pues de haber sucedido el incendio »de las Misiones, luego que entraba »la noche, se veía una Procesion de »gente vestida toda de blanco, con »velas en las manos encendidas, y »delante su Cruz con ciriales, y da»ban vueltas al rededor del recinto »en donde habia estado la Mision, »y que cantaban, no saben qué, y »que despues de haber dado muchas »vueltas desaparecian: y que esto lo »vieron muchas noches, no solo los »Christianos, sino tambien los Gen»tiles, y que á éstos les causó tal hor»ror, é infundió tal temor, que desam»pararon sus tierras y se mudaron ocho »leguas mas abaxo, tambien á la ori»lla del rio; que allí llevaron los cau»tivos Christianos, aunque á éstos no »causó dicha vision ni horror ni te»mor, sino alegria. Esta mutacion fue »la causa de no haber hallado en el »sitio á la Nacion Yuma: buscáron»los rio abaxo, y como ocho leguas »del sitio los hallaron, pero metidos »en la espesura de un bosque ó mon»te de arboleda pegada al rio, sin »poder conseguir el sacarlos, ni po»der tratar con ellos mas que fue»ra de tiro; pero consiguieron en »buenas así de léjos, rescatar todos »los cautivos á trueque de ropas; y »viendo el Comandante que por en»tónces no podia hacer otra accion, »determinó volver para Sonora con »todos los rescatados, y con los cuer»pos de los difuntos.»

No ménos solicitó el Colegio de la Santa Cruz, zeloso del honor de sus hijos, y piadosa memoria de tan esclarecidos Campeones, que murieron en el actual exercicio de su Apostólico Instituto, y á manos de los ingratos bárbaros, que les debian indecibles beneficios, interpuso con el Señor Comandante General Caballero de Croix un humilde Oficio, suplicándole mandase hacer pública y jurídica informacion sobre el proceder de los quatro Misioneros difuntos, y demas circunstancias ocurrentes, que pudieran acreditar haber sido heroica su constancia en anunciar hasta su muerte las verdades del Evangelio. Condescendió el generoso Caballero á la súplica, y se hizo la informacion jurídica con los testigos de vista que habian presenciado las desgracias; y aunque sus declaraciones no se han podido conseguir para sacar con extension todas sus circunstancias, pero siguiendo su militar estilo, envió el Caballero una certificacion de lo que habian producido, en estos propios términos.

»Las declaraciones que se les »recibieron á los cautivos luego que »se consiguió rescatarlos, manifiestan »que por parte de los RR. PP. no se »dió motivo para que los Yumas se »levantasen, ántes consta que se por»taban con la mayor dulzura en su »ministerio. No tengo motivo para

»dudar la certeza de lo referido. Si »de la nueva expedicion que está para »marchar al rio Colorado resultare ó se averiguare algo relativo á »este punto, lo trasladaré á V. P. R. »á quien afirmo que los quatro referidos RR. PP. de ese santo Colegio, muertos á manos de aquellos »pérfidos Indios, tuvieron siempre »en esta Provincia el mejor crédito »y opinion de virtud, santidad, fervoroso apostólico espíritu, aplicacion y zelo á su ministerio, acompañado todo de los mas ardientes »deseos de propagar en la Gentilidad la Doctrina del sagrado Evangelio, que es quanto puedo decir á »V. P. R. en respuesta de su Oficio.»

Deseaba mucho el Comandante General que se cogiesen las cabecillas del alzamiento, que ya se sabia de cierto quienes eran, y mandó aprontar la expedicion nueva que cita, dando órden al Teniente Coronel Fages, que iba de Comandante, que en llegando al rio Colorado, dexase la Tropa al mando del segundo, y pasase con órden de que el Gobernador de Monterey con toda la Tropa que le fuese posible, concurriese en persona á la expedicion, para que repartidas ambas Tropas en las dos bandas del rio Colorado, se lograse el deseado fin, y escarmentar la atrevida y rebelde Nacion de los Yumas. Concurrieron el Gobernador y el Comandante en la Mision de San Gabriel, y tratando el asunto acordaron dilatar la campaña del rio Colorado hasta Septiembre del año de ochenta y tres, porque en el tiempo en que estaban, estaba el rio muy crecido, y sería necesario aguardar que estuviese en disposicion de vadearse.

Llegó el señalado tiempo, y por Septiembre se executó la expedicion; pero no se consiguió, ni el coger los cabecillas, ni el pacificar la Nacion, y habiendo matado ciento y ocho Indios, cogido prisioneros ochenta y cinco de ambos sexôs, libertado diez Christianos que tenian cautivos, y quitado á los Indios mil y quarenta y ocho caballos, esperaban los Gefes que se facilitasen las pazes, lo que no se verificó ni entónces ni despues; y quedando mas ensangrentados enemigos, quedaron sin esperanza de repoblarse los Pueblos, de reducirse los Indios, y perdidos todos los gastos hechos para la comunicacion de la Sonora con los establecimientos de Monterey por aquel rio.

Con estos fatales sucesos pudieron quedar desengañados el Señor Comandante General, y el Gobernador de aquella Provincia, de que el nuevo método que habian ideado para la reduccion de los Indios, no era apropósito para conseguirla, y quanto mas se apartaran del antiguo, que habian adquirido los Venerables primitivos Misioneros á costa de su sangre, sudores, trabajos y fatigas, mas distantes se ponian de pacificar la tierra, subyugar á los enemigos, convertir á los Gentiles, ni establecerles Conversiones: pues aunque los Misioneros siempre piden el auxîlio de las armas, estas han de ser las que puedan infundirles respeto; porque mil veces se ha visto lo que en el Colorado, que quando los Infieles son prevalentes á los Militares, por qualquier motivo les pierden el respeto, y hacen tan lamentables estragos, porque no son capaces de contenerlos las exhortaciones de sus Ministros, y mas si los ven despreciados.

CAPITULO XI.

Frutos con que el Señor decoró el ministerio apostólico en la muerte de los Misioneros.

MÁXIMA canonizada por la eterna Sabiduría es el que no puede el árbol bueno dar frutos malos, ni el árbol malo dar frutos buenos, y de tan naturales principios es natural consequencia el que por los frutos se conozcan la bondad ó la malicia de los árboles, y que de esta comparacion natural enseñara el divino Maestro á inferir la que no es ménos necesaria en lo moral, porque siendo los frutos que los árboles racionales producen las obras, por ellas se deben conocer la bondad ó la malicia de sus intenciones: y como el principio de la Doctrina y palabras de Christo, es la verdad, que eternamente hace ver los juicios de su Justicia, quiso exâltado en la Cruz, que su sangre y su muerte fuesen los frutos que manifestaran la infinita Bondad de sus obras, y la inefable de la Redencion del hombre. Estas deben ser las seguras reglas, é invariables leyes por donde se deben conocer los hombres, y juzgar de la bondad ó malicia de sus obras; y por eso es preciso confesar, que los que como sarmientos de esa vid divina, han dado el fruto de su sangre y de su vida en la cruz del ministerio apostólico para convertir á la Fe á los Infieles, ó reducir á penitencia á los pecadores, que es la nueva redencion que obra la predicacion evangélica, no pueden ser árboles malos, y por sus frutos se deben conocer y juzgar sus obras como de árboles buenos, pues por ellas dieron su sangre y sus vidas por el bien y salvacion de las almas.

Ya en el discurso de esta historia se han visto en catorce años, que los Misioneros del Colegio de la Santa Cruz de Querétaro habian administrado las Misiones de Sonora, sacrificadas seis víctimas sangrientas en las aras de la caridad y del zelo, derramando su sangre, y dando sus vidas por la conversion de los apóstatas, y reduccion de los Gentiles; pero todavia es preciso exâminar si estos frutos fueron buenos en la pia memoria de sus obras y de las virtudes en que florecieron, como vástagos de la vid sagrada, que en el árbol de la Cruz consumó con su muerte la grande obra de la Redencion humana. El primero que de los Hijos de la Cruz dió su vida por el amor de aquellos bárbaros fue el P. Fr. Juan Chrisóstomo Gil de Bernave.

Fue su Patria la Villa de Aljambra en el Reyno de Aragon, y aunque no se ha podido conseguir noticia individual de sus Padres, se conoce por las buenas costumbres del hijo, que serían frutos de su christiana educacion, y que ellas mismas le induxeron á tomar el hábito de N. S. P. San Francisco, y á observar su Seráfica Regla con esmerado estudio. El de la sagrada Teologia lo tuvo en el Religiosísimo Convento de nuestra Señora de Jesus de Zaragoza, y en él dió pruebas de estar dotado del Señor con el temor santo, que es el principio de la verdadera sabiduría: por él se hacia expectable en la modestia y

humildad de su trato, y en la puntual asistencia á todos los actos de Comunidad, y del Coro, así de dia como á los Maytines de media noche. Desde Corista tenia ya especial destreza en el canto llano, y en el figurado, á lo que le ayudaba una voz clara y corpulenta. No era esta la que llamaba la atencion de los Prelados, para dexarla reducida al Coro; porque teniendo informe del aprovechamiento de sus estudios, no quisieron que sus talentos quedaran escondidos, y le instituyeron Predicador, para que exâltara la voz en los Púlpitos, y predicara á Christo Crucificado, en provecho de los próximos.

Para tan sagrado ministerio, parece que el Señor le habia adornado de todas las prendas naturales y adquiridas: era de hermoso y varonil aspecto, voz canora y dulce, genio suave y vigoroso, persuasiva natural y eficaz, discrecion oportuna é ingenua, por la que ayudadas éstas con las luces de la erudicion sagrada, y de una moderacion graciosa, proponia su doctrina con razones sólidas, y sin mas interés que la gloria de Dios, y bien de las almas, y se atraia los corazones de sus oyentes, infundiendo en ellos el aborrecimiento de las culpas, y el séquito de las virtudes. Con tan bellas disposiciones se hallaba estimado en su santa Provincia, y en la edad florida de treinta y quatro años, en que se ocupaba ya en los fervores del Púlpito, ya en las tareas del Confesonario con aplicacion provechosa, quando llegó el Comisario que colectaba Misioneros para el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, é informado de ser éste de Propaganda Fide en las Indias Occidentales, se enardeció en el zelo de promulgar el Evangelio y Fe de Jesuchristo en las Naciones de los bárbaros Gentiles, y abandonando el amor de la Patria y Parientes, las lisongeras esperanzas de los ascensos que le podian facilitar las tareas del Púlpito, y las religiosas comodidades de su santa Provincia, pidió ser incorporado en el número de los Misioneros, lo que fue lisongear los deseos del Comisario, pues los que llevan tan oneroso encargo, no solicitan mas que Ministros de honra y provecho, y así le dió gustoso la Patente para que pasase al Puerto.

Con ella se presentó á sus Prelados, pidiéndoles su bendicion y licencia para comenzar tan dilatado camino: llegó á Madrid; y siendo esta Nobilísima Corte depósito de innumerables magníficos objetos, tanto sagrados como políticos, que atraen la curiosidad de los Extrangeros, y embelesan la especulacion de los Literatos, quiando el Padre Chrisóstomo se podia divertir en ver las grandezas y raridades de la Corte, quiso lograr mejor el tiempo en el recogimiento de unos espirituales exercicios para probar su espíritu y ensayarse en el retiro, en la oracion y demas mortificaciones que son anexâs al Ministerio apostólico á que se sentia llamado. Ratificado en sus propósitos prosiguió su camino á Cadiz, y siendo este Emporio de las Naciones el encanto de la admiracion y del gusto, empleó el suyo en otros nuevos exercicios, y considerando el fin á que habia ido á aquel Puerto, hizo de su populosa Ciudad un desierto, para prepararse para los grandes peligros y arduos trabajos, que si entónces solo podia considerarlos, ya la Providencia soberana se los tenia preparados.

Grandes fueron los que tuvo que tolerar en la navegacion, siendo

en una Fragata de muy baxo bordo, en que eran continuas las escasezes é incomodidades; pero llegaron á lo sumo llegando á las costas de Campeche, en que combatido el barco de recios vientos, lo arrojaron á ellas barándolo cerca de tierra: todo era confusion y pena, hasta que pudieron los pasageros tomar tierra: ella les libertó del naufragio; pero les puso en sus arenales llenos de trabajos y fatigas, que á muchos les quitaron las vidas, porque se encendió en ellos una fatal fiebre, que en poco tiempo les causaba la muerte, y en las tolerancias del calor del clima, de la hambre, de la sed y otras congojas, dió el Padre Chrisóstomo relevantes pruebas de la vocacion con que era llamado al ministerio apostólico, y olvidado de sí mismo, se entregó todo al cuidado espiritual y corporal de todos los enfermos, solicitando que se confesasen y dispusiesen como Christianos para morir, pues así lo veían en otros. Este peligro en que estaban los Religiosos le obligó al Comisario á conducirlos á Mérida, Capital de aquella Provincia, y donde solo podia dar algun refresco á sus Compañeros, y convalecer los que iban enfermos; pero animándolos á que en el exercicio del Instituto vieran quan preciosos eran aquellos trabajos, pues con ellos se lograba el remedio de las almas redimidas con el tesoro infinito de la Sangre de Jesuchristo; y así anunció en la Ciudad mision, que prosiguieron haciendo los Misioneros, y en que el Padre Chisóstomo manifestó su zelo en el Púlpito y Confesonario. En uno y otro hacia, no solo la eficacia de sus Sermones y consejos admirables efectos, sino que movia los corazones mas obstinados su natural genio tierno y compasivo, representando tan vivos los afectos de dolor de las culpas, y esperanza en la divina Misericordia, que con el Santo Christo en la mano se arrastraba las voluntades al oír las dulces aspiraciones, los íntimos suspiros y humildes rendimientos del dolor y arrepentimiento de los pecados, y de la confianza con que pedia al Señor su divina gracia con muchas lágrimas, que hacian enternecer la dureza mas obstinada, para buscar el remedio en el Sacramento de la Penitencia.

Acabada la Mision de Mérida se proporcionó embarcacion para Veracruz, á donde llegaron con felicidad los Misioneros, y de allí al Colegio. Luego que el Padre Chrisóstomo vió cumplidos los deseos que tantos trabajos le habian costado de verse en el Colegio de la Santa Cruz, fue inexplicable el gozo, que no podia disimular en el rostro, ni sabia ocultar su consuelo; porque publicaban su interior la exáctitud con que asistia de dia y de noche al Coro y demas actos de Comunidad, y la atencion con que daba cumplimiento á los Estatutos del Instituto, aplicándose al exercicio de la santa oracion, del silencio y demas observancias del Seminario. Era muy rendido á la obediencia, y por ella anduvo en varias Misiones de Fieles, en las que su zelo, su suavidad y amable estilo, grangearon muchos frutos en el Púlpito y Confesionario. Esta santa ocupacion fue siempre su cotidiana tarea, pues ningun dia que no se la impidiera la obediencia faltaba á ella. Quatro años llevaba de Colegio, quando el de sesenta y siete fue nombrado con otros catorce Misioneros para las Misiones de Sonora, y resignado en la obediencia fue con ellos al Pueblo de Tepic, para esperar la embar-

cacion que los habia de conducir al Puerto de Guaimas en aquella Provincia.

Mas de quatro meses tardó en habilitarse el viage, pero no perdió el tiempo ocioso, porque todo él lo empleó por aquellos contornos en el Púlpito y Confesonario, con mucho consuelo de aquellos pobres aldeanos, que muy pocas veces logran el tener Ministros que con caridad y zelo limpien sus almas de la lepra envejecida de sus culpas, y las saquen de las tinieblas de sus errores é ignorancias con la explicacion de los divinos Misterios y soberanos Preceptos, para participar dignamente de los Santos Sacramentos. Á veinte de Enero del año de sesenta y ocho se embarcaron los Misioneros en el Puerto de San Blas, y luego empezaron á padecer tan contrarios y tormentosos vientos, que todos temieron su último naufragio, y despues de muchos dias, sustos, peligros y trabajos, arribaron al Puerto de Masatlan, y en él fue preciso que el Padre Chrisóstomo con otros tres Compañeros se desembarcaran para ir por tierra, pues eran tan graves las incomodidades de su salud, que se podia temer perdiese en el mar la vida: pero esta que pareció humana prudencia, fue tambien Providencia divina, porque estando la Provincia desamparada de Ministros, estaba afligida de una mortal epidemia, y parece los enviaba á ella el Señor para el socorro de muchas almas. Con esta consideracion se dedicó á él el Padre Chrisóstomo, y anduvo incansable discurriendo de unos á otros Pueblos, administrando los Santos Sacramentos, sin poder hacer pie en uno para tomar algun descanso, porque en todos habia que confesar, y olear enfermos, auxiliar moribundos, enterrar difuntos, y consolar afligidos. De esta suerte caminaron el largo tiempo que las embarcaciones tardaron en dar fondo en el Puerto de Guaimas, de donde pasó el Presidente, juntos ya todos los Misioneros, al Presidio de S. Miguel de Horcasitas, y con acuerdo del Gobernador, se distribuyeron segun las instrucciones del Señor Virrey, asignando á cada uno la Mision en que habia de administrar, y mandando á los Comisarios que las cuidaban, entregaran á los Padres la Iglesia, Sacristia y un quarto de la casa, con un pobre servicio de mesa, y el preciso sustento de su persona.

En esta conformidad fue asignado el P. Fr. Juan Chrisóstomo á la Mision de los Santos Angeles de Guevabi en la Pimeria alta. Esta Mision tenia tambien á su cargo otros tres Pueblos ó Visitas, el de Calabazas distante dos leguas, el de Sonoytac seis, y el de Tumacocori siete. Tenia tambien de ruego y encargo la administracion del Presidio de Tubac. Insoportable parecia para un nuevo Misionero tan gravosa carga, y mas la de administrar á unos Indios cuyo idioma ignoraba; pero ocurriendo el Padre Chrisóstomo al Propiciatorio divino, en fervorosa y continua oracion, le pedia al Señor aquellas luces, que comunicó á sus Discípulos quando les envió á predicar por el mundo, y poniendo de su parte los debidos medios para satisfacer su ministerio, buscó y pagó un buen Intérprete, y con él giraba como astro del Cielo, de un Pueblo á otro, ilustrando á los Indios con tan eficaz catequismo, que personalmente los enseñaba, y rezaba con ellos la Doctrina en lengua Española, sin fiar esta diligencia de otro alguno; y era tan inseparable de su

compañia el Intérprete, que no obstante la cautela con que el Padre se portaba en sus mortificaciones, pudo publicar despues de su muerte que el Padre era un Santo, y que hacia disciplinas, y llevaba en su cuerpo silicios.

Estaban aquellos infelices Neófitos imbuidos en la ninguna sujecion que habian de tener á sus Ministros, y en la irracional libertad con que habian de vivir á su arbitrio: tenian olvidadas todas las especies que les enseñaron para bautizarlos, y habia pasado tiempo sin saber lo que era Doctrina, ni asistencia á la Iglesia. Estaba la Mision arruinada por las hostilidades de los Apaches, y con su nombre de domésticos enemigos que destruían los bienes, y hacian lastimosas muertes en sus habitadores; pero nada de todo esto, ni el torrente de tantos impedimentos, podian extinguir el vivo fuego de la caridad con que el Padre amaba á aquellos Indios, y como esta es en sí tan oficiosa, hacia que su zelo pareciera cariño, sus desvelos cuidado, su eficacia fineza, sus reprehensiones avisos, y lograba tener á los Indios confiados de que les amaba y solicitaba su bien, y así moderaba sus desórdenes, y los traía á la Doctrina, y á una sujecion voluntaria.

El Presidio estaba hecho un eriazo lleno de malezas y espinas, careciendo del riego de la Doctrina, y por eso tuvo su zeloso espíritu el desahogo de predicar las verdades del santo Evangelio á aquellos incultos Christianos; lo que fue haciendo con tan suave y eficaz modo, que logró arrancar de raiz envejecidos vicios, hacer amables las virtudes, y asentar para su exercicio la freqüencia de los Santos Sacramentos, y de otros espirituales exercicios, que quedaron tan radicados en aquellos Vecinos, que siempre tenian presente al Padre que se los impuso, y por eso no se olvidaron de su memoria, y despues de muerto le llamaban Santo, no sin lágrimas que se veían en muchos. No podia resultar de tan laborioso y continuo trabajo, del inmoderado alimento, siempre frugal y poco, del perpetuo pervigilio, y de sus penales mortificaciones, sino una debilidad morbosa, que viciada tambien del ingrato clima, produxo una especie de perlesia, con lesion de las acciones animales, y movimientos clónicos y depravados de los nervios, que le pusieron gafo de pies y manos, sin poder valerse de ellas en manera alguna: de suerte, que cargado le sacaron á la Provincia de Sonora, para que usase los baños de aguas termales que hay en Acoreti, y con solo ellas recobró la salud perfectamente, y quedó apto para el ministerio, que volvió á exercitar en su Mision de Guevavi.

CAPÍTULO XII.

Hace el Colegio, Presidente de las Misiones al P. Fr. Juan Chrisóstomo. Funda la del Carrizal, y en ella le matan á pedradas.

SI todas las criaturas del Universo mundo pudieran hablar, publicarian altamente lo bien que se hallan observando las leyes de la divina é incomprehensible Providencia, pues de aquí procede toda su perfeccion y su hermosura. En esa observacion misma procuraba el Padre Chrisóstomo que todas sus operaciones dependieran solo de la soberana Providencia, que entendia significada en los órdenes de la obediencia, y en las leyes de sus Prelados. Muy ageno estaba él de serlo, quando renunciando el P. Fr. Mariano Buena la Presidencia, le nombró sucesor suyo el R. y V. Discretorio, con cuyo impulso se trasladó á la Mision de Ures, para recibir la carga y papeles del gobierno, quedando con este peso su humildad acrisolada, y perfecta su obediencia, que hacen toda la perfeccion y hermosura de la alma religiosa.

Luego que el Padre Chrisóstomo entró en el gobierno de las Misiones, obligado de las instancias del Gobernador de la Provincia, se resolvió á ponerles Ministro á los Seris, que habian baxado de los cerros y estaban congregados en el Pitic, lo que hizo por especial encargo del R. P. Guardian, pues le habia comunicado el Señor Virrey la quexa del Gobernador, de que el Presidente no les queria poner Ministro, de lo que tuvo algun sonrojo el Colegio. Pero era el Padre Buena, iguálmente zeloso y experimentado, ni dió lugar á ninguna justificada quexa, respondiendo al Gobernador, que estaba pronto á ir él, ó poner otro de Ministro de la nueva Mision, en el punto que se dieran las debidas providencias; pues ni el Misionero pudiera subsistir sin sínodo, ni él debia ponerlo sin escolta, y expuesto á la barbaridad de unos Indios apóstatas y rebeldes, quando tenia fuertes razones para dudar de su vocacion al Christianismo, y evidentes pruebas de la falsa paz y sujecion á nuestro Soberano.

El Gobernador decia, que no tenia facultad para dar las providencias, y tardando las que se esperaban de México, se vió el Padre Chrisóstomo obligado á mendigar cera, vino y algun socorro para la manutencion del Ministro, y llevando consigo al P. Fr. Matias Gallo, pasó al Pitic. Halláronse allí sin casa en que hospedarse, por estar ausente el Comisario Real que racionaba á los Indios; con todo tomó posesion á nombre del Colegio el dia diez y siete de Noviembre del año de setenta y dos, y dexó por Ministro de ella al Padre Gallo, volviéndose á Ures á dar otros expedientes de su gobierno. El mas cosijoso fue, que no quedando con la dicha nueva Mision baxo de Doctrina toda la Nacion de los Seris, pues una parte considerable de ellos vivia en la costa del mar, ó propiamente en la Isla del Tiburon, éstos pedian tambien, y con instancia, que se les diera Padre como á los del Pitic: y

aunque se les decia que se agregasen á la nueva Mision, no se pudo conseguir, y recurrieron al Gobernador pidiendo les pusiese Ministro.

Mayores dificultades tenia ésta que la antecedente fundacion: pues en la Isla era imposible, por no tener agua, tierras, ni alguna de las proporciones para la ereccion de Pueblo; en la costa inmediata, despues de registrada toda, no se halló mas que un corto aguage en un carrizal, y en él querian se les pusiese Pueblo, y decian que desampararian la Isla y allí se congregarian; pero era menester ser tan inadvertidos como ellos para creerles sus promesas; ni aunque las verificaran, podria evitarse la suma incomodidad del sitio, la poca agua, con escasa leña, y ninguna madera. Todavia en vista de todo era de considerar que no se debia perder la ocasion de juntar estos Indios, pues importaba mucho á la Provincia el no dexarlos en la Isla y su antigua libertad, porque no volvieran á levantar otra rebelion en que se perdiera quanto las armas habian trabaxado y gastado en pacificarlos. Con estos temores el Gobernador apuraba al Presidente para que la Mision se fundara, y se les pusiera Ministro; pero representándole lo justo, no atendia razones, y solo se hacia responsable á las malas conseqüencias, confesando que no era árbitro para dar las providencias que el Presidente pedia para los alimentos del Ministro, y la escolta que resguardara su persona: pero temiendo que no hiciera otra quexa como la pasada al Señor Virrey, resolvió ir él mismo á fundar y administrar la nueva Mision del Carrizal.

El dia veinte y seis de Noviembre del año de setenta y dos pasó el P. Fr. Juan Chrisóstomo al Carrizal, sin mas provision que la necesaria para celebrar el santo Sacrificio de la Misa, ni mas compañia que la de un muchachito que se la ayudara. Ayudándole los Indios, se formó una enramada que supliera por Iglesia, y una pagiza choza por Celda. En ninguna cosa pensaron ménos los Indios que en desamparar la Isla, y los que venian de ella, solian algunos concurrir al rezo, pero con ninguna estabilidad, porque siempre andaban altaneros en busca de comistrajos, y en fuerza de sus genios ambulativos. De esto nacia el ningun fruto que el Padre experimentaba en los adultos, y se contentaba con el de uno ú otro párvulo que moria: solo las esperanzas de que en México se aprobaria todo lo executado, y le vendrian facultades al gobierno para que atendiera á la conservacion de aquella Reduccion tan importante á la Provincia, divertia las urgencias de su zelo, y lo tenian con consuelo, en medio de las crueles necesidades que estaba sufriendo, y así se lo escribió al Gobernador diciéndole: »que »estaba tan contento, que solo desea»ba acabar en compañia de sus Ti»burones la vida.»

No tardaron estos amantes afectos en verse cumplidos á manos de aquellos infieles é ingratos: porque el dia siete de Marzo del año de setenta y tres, á los tres meses y nueve dias de haber estado con ellos, y sin mas causa que la sugestion diabólica, tres Indios le quitaron cruelmente á pedradas y palos la vida, á los quarenta y cinco años de edad, y á los quatro que trabajó con fervor y zelo por dilatar entre ellos la Fe de Jesuchristo. No fue este horroroso sacrificio atentado de toda la Nacion,

y por eso el Gobernador Indio del Pueblo, luego que lo supo, recogió el cuerpo y le dió sepultura, señalándola con una Cruz, y cubriéndola con una tienda de campaña, obrando tambien el castigo de los agresores y demas cosas, con las circunstancias que ya quedan en su lugar referidas. Quando los Indios llegaron al Presidio de Horcasitas con la noticia de la muerte del Padre, estaba agonizando el Gobernador, y se admiraron los asistentes reflexando, que el dia ántes, y de la muerte del Padre, estando á su parecer el Gobernador en su entero juicio, les habia dicho varias veces que dexaran entrar al P. Fr. Juan, que le iba á visitar y consolar; y aunque entónces pensaron que deliraba, pero con la novedad de su muerte, juzgaron que le habia visto despues de muerto: pero así suelen alucinarse los que de todo hacen misterio, por la facilidad con que creen en sus caprichos.

Luego que se divulgó por la Provincia la violenta y cruel muerte del Padre Chrisóstomo, resonó en toda ella la buena voz que tenia en la estimacion comun, manifestada en no vulgares sentimientos y expresiones de sus virtudes: pudiendo decirse que le amaron y veneráron quantos le conociéron, y todos apreciaban su vida como exemplar, y su predicacion como apostólica, á la que no faltaba en quantas ocasiones se le ofrecian. Pero en donde estaba mas viva la eficacia con que en ella se atraia los corazones, y compungia á sus oyentes, era el Presidio y Villa de San Miguel de Horcasitas, en donde habia predicado muchas veces con gran provecho de las almas; pues á muchas que iban erradas por el descamino de sus viciosas costumbres, las hizo entrar en la via recta de las virtudes: á otros los dirigia al cultivo de la perfeccion christiana en la oracion mental, freqüencia de Sacramentos y abandono del mundo: estimulados todos al verle en el Púlpito derramar lágrimas de dolor por las culpas con que ofendian al Señor los Christianos, y en el santo Sacrificio de la Misa que ofrecia por la redencion de las almas, y al saber muchos las sangrientas disciplinas, cilicios y mortificaciones que el Padre practicaba; pues no fueron bastantes todas sus cautelas para que la devota curiosidad no las averiguara.

Habiéndose dado cuenta de todo al Exmô. Señor Virrey, mandó que se trasladasen los huesos del Padre Chrisóstomo á la Iglesia que estuviese mas inmediata, y en ella se les diese sepultura; por lo que el Gobernador interino, acompañado del Señor Cura de la Villa de Horcasitas, pasó al Carrizal, y hallaron la que le habian dado los Indios, cubierta todavia con una tienda de campaña, y señalada con una Cruz, y excavada, se hallaron los huesos, y consumida toda la carne, pero sin olor fastidioso, ni el horror que es natural en los sepulcros: todos se pusieron en un caxon, que se conduxo al Presidio. Sabido esto por el nuevo Presidente, pasó un Oficio á los Señores Gobernador y Cura, suplicándoles permitiesen que los huesos se llevasen á la Mision de los Ures, y condescendiendo á la súplica, fueron dos Religiosos, y en ombros de los Indios traspusieron la caxa á la Iglesia de la Mision. El dia siete de Octubre del año de setenta y tres, siete meses despues de su muerte, se le hicieron las exêquias por sus Hermanos, y enterraron el mismo caxon en que

estaban los huesos en la Iglesia de Ures, al lado de la Epístola del Altar mayor.

Con esta ocasion se avivaron mas los afectos y memoria de todos los Vecinos de la Villa de Horcasitas, renovando la de los buenos exemplos y santos consejos que habian visto y oido, y deseaban que se le hiciesen las honras que fuesen posibles. Para satisfacer á tan piadosos deseos, dispuso el Padre Presidente que el mes de Marzo del año de setenta y quatro se hiciera el cabo de año con la pompa posible, y concurrierón ocho Religiosos, que cantaron la Vigilia y Misa, y despues de ella predicó uno animando á los devotos á exercitar los consejos y doctrina que habian recibido del Padre, expresando con la justa y debida moderacion lo que de su vida podia incitar á la edificacion pública, y modificando la piadosa memoria con que muchos se encomendaban á la alma del Padre Chrisóstomo, y mandaban decir Misas por ella en sus ahogos y congojas.

No fuera esta piadosa memoria tan apreciable, si como el humo se deshiciera con el tiempo, pero se hizo digna de reparo, viendo que despues de nueve años de su muerte, estaba tan fresca como en los primeros dias; por lo que el Padre Presidente de las Misiones quiso se exâminara su fundamento y orígen de aquella buena fama. Para esto se presentó con un escrito el mes de Junio del año de ochenta y dos ante el Juez y Vicario Superintendente de la Provincia de Sonora, pidiéndole se sirviera de hacer jurídica informacion sobre la buena fama y piadosa memoria que se conservaba entre los Fieles, y especialmente en la Villa de Horcasitas, del christiano procedimiento y fervoroso zelo del bien de las almas del difunto Padre Fr. Juan Chrisóstomo, y para ella articuló cinco puntos, á cuyas posiciones respondieran los testigos. A este fin se publicó un monitorio en que se exhorta á todos los Fieles parezcan libre y espontaneamente ante el Juez Comisionado de la causa, á decir y declarar quanto supieren en ella.

Con esta especie de formalidad se presentaron y exâminaron tres testigos, que fueron de los Vecinos mas condecorados y distinguidos de la Villa, de cuyas declaraciones hechas con juramento y al tenor del interrogatorio, consta la fervorosa solicitud con que el P. Fr. Juan Chrisóstomo habia trabajado en el reforme de las costumbres de los Fieles, y en radicar la Fe entre los Infieles, para lo que se habia empeñado en congregar á Mision á los Indios de la Isla del Tiburon, y sin solicitar socorros, ni resguardo de su persona, se habia ido á vivir con ellos, instruyéndolos no solo en la Fe Católica, sino tambien en el amor y comercio con los Españoles. Que viendo ya cerca de sí á los que le perseguian para matarle, les rogó le dieran un rato de tiempo, y puesto de rodillas hizo oracion al Cielo, y luego se puso en pie para que hicieran su voluntad, y la cumplieron matándole á pedradas y á palos. Que su predicacion á los Christianos era continua, y siempre que decia Misa les exhortaba al temor y servicio de Dios. Que hasta en las conversaciones privadas era infatigable en afear los vicios, especialmente los de la murmuracion y escándalo. Que quando decia Misa se le encendia el rostro al tiempo de consagrar, y desde entónces no dexaba de derramar lágrimas hasta que comulgaba. Que era mártir en

el Confesonario, y recibia con caridad y agrado á quantos llegaban á sus pies, gastando en su consuelo todo el tiempo necesario, y sin aceptacion de personas, los oía, atendia y consolaba. Que no habian oido en toda la Provincia cosa que denigrara la fama del Padre, sino muchas alabanzas de su persona, desde la primera mision que hizo en la Villa, que fue en su primera entrada, y dexó edificados á odos, como siempre que entraba en ella, con su buen exemplo y santa doctrina. Ya se vé que ni en la forma, ni en la materia, ni aunque estuviera mas circustanciada esta informacion, puede ser, ni constituir perfecta ni adequada prueba de la fama póstuma del Padre Chrisóstomo; pero se ha referido solo como puro adminículo que indica la piadosa memoria que de él hay en toda aquella Provincia.

CAPÍTULO XIII.

Muerte violenta que los Indios le dieron al P. Fr. Felipe Guillen.

SI la naturaleza toda estuviera animada, clamarian á una voz todas las criaturas por ser felices, y mas las inteligentes, pues no tienen voluntad ni deseo que no se dirija á buscar su felicidad. Los hombres se la representan baxo de diferentes formas, imaginándola en el poder, en el deleite, descanso, dignidades y honras; pero en medio de ellas conocen que no puede ser felicidad la que en todos los estados causa una oculta íntima afliccion de espíritu que los desazona, y sin saber porqué, conturba la alma; por eso solo pueden ser felices los que van fervorosos por el camino de los divinos Mandamientos, pues solo en él se logra la dilatacion del corazon, en que consiste la verdadera felicidad, que es seguir á Christo, abandonando todas las felicidades del mundo, porque su Magestad sea conocido, adorado y servido. Ilustrado de esta verdad el P. Fr. Felipe Guillen, fue el segundo fruto del árbol de la vida, que sacrificó la suya por dilatar la Fe de Christo entre las Naciones bárbaras.

Fue natural del Reyno de Valencia, de un Lugar llamado Piles, y desde su edad juvenil daba evidentes pruebas de la nobleza y christiandad de sus Padres, haciendo relucir su buena crianza en la urbanidad, moderacion y bello estilo de su trato, y brillar su educacion christiana en las buenas inclinaciones, honestidad y buen exemplo, como tambien en la habilidad de las primeras letras, y la buena forma con que escribia. Con tan sólidos principios fue consiguiente que la inclinacion de Felipe fuese al estado Religioso, no obstante que sus naturales y adquiridas prendas le podian proporcionar las conveniencias que en el mundo se llaman felicidades. Estas y las que pudiera lograr en su libertad, las renunció tomando el hábito en la Santa Provincia de Valencia, en la que profesó la Seráfica Regla, y como dotado de un hermoso aspecto, suave genio, y dócil natural, ayudado de la disciplina religiosa, que le adornaba de las virtudes, se hizo un jóven amable para todos.

Siguió la carrera de sus cursos escolásticos con particular aprovechamiento, que mereció la aprobacion de sus Maestros, y pudo en ella aspirar á la felicidad que franquean las Cátedras; pero su humilde genio, y virtuoso encogimiento, le hacia portarse como un Estudiante ordinario, y muy distante de cultivar pretensiones para sus ascensos, y esto mismo hacia mas recomendables sus estudios y talentos en los lances en que, sin prevencion, le era necesario responder á las qüestiones de Filosofía y Teología que se le proponian, ó hablar de sístemas físicos, y otras varias facultades. No carecia de modo, ni eran vulgares sus prendas, para que no pudiera apetecer la que en su santa Provincia puede llamarse felicidad religiosa, ó ya fuese para vivir con gusto y alivio, ó ya para lograr honores y aplausos; pero eran muy diversos sus designios, y aunque todas esas cosas las podia esperar, no eran esas las felicidades que anhelaba, sino la verdadera, y que constituye la vida religiosa, andando los caminos de los divinos Preceptos, para unirse en la Cruz con Christo, y dilatar su corazon en el ministerio apostólico, y promulgacion del Evangelio.

Oportunamente se le cumplieron estos santos deseos, porque el año de setecientos sesenta y nueve colectaba un Comisario del Colegio de Propaganda Fide de la Santa Cruz de Querétaro una Mision de quarenta Religiosos para las Misiones de la Provincia de Sonora, y yendo su Patente á la de Valencia, le pidió el P. Fr. Felipe le admitiera en el número de los Misioneros: el Comisario lo hizo no por llenar el número, sino despues de informes que le recomendaban sus bellas calidades: ni tardó el nuevo Misionero en dar pruebas de ellas, así en la religiosidad con que se portó en el Hospicio del Puerto, como en el humilde, obediente y callado sufrimiento que tuvo en las incomodidades de la embarcacion, y penalidades de un camino tan largo como penoso.

Á principios del año de setenta llegó al Colegio de la Santa Cruz, y con particular complacencia de su genio, se conformó al estilo y Constituciones de su Instituto, siguiendo exácto las asistencias y actos de Comunidad, así de dia como de noche, acomodándose gustoso al silencio y santas costumbres del Seminario. En medio del consuelo que el P. Fr. Felipe sentia en tan santos exercicios, y en las continuas tareas del ministerio en que se ocupan los Misioneros todo el año, todavia se dilataba su corazon en la inspiracion divina que le llamaba á la conversion de los Infieles, y guiado de la Regla Seráfica, no podia ocultar las primeras intenciones que le hicieron renunciar su Patria, Parientes y religiosas comodidades, que podia gozar en su santa Provincia; y pidiendo al Prelado la licencia para ocuparse en tan santa obra, pues se hallaba llamado á ella, el Prelado le oyó gustoso, y conforme á las Bulas fue aprobado para Misionero. Pasó luego á las Misiones de Texas, y en la de nuestro Padre San Francisco estuvo mas de dos años; pero renunciando aquellas Misiones el Colegio por las muchas que tenia que administrar en las Provincias internas de la Sonora, se restituyó con los demas Misioneros al Colegio. Poco tardó en salir para las dichas Conversiones, enviándole á la que el Presidente le asignara, segun la necesidad que habia de Ministros.

Una de ellas era la Mision de San Pedro y San Pablo de Tubutama, á la que destinó el Presidente al P. Fr. Felipe, y aquí sí que tuvo necesidad de que el Señor dilatara su espíritu, confortándolo con la gracia del ministerio; porque si lo habia ya exercitado, era con el imponderable consuelo de tener Compañero con quien reconciliarse, consolarse y aconsejarse, pero en la nueva Mision habia de estar solo, pues la Mision mas cercana distaba ocho leguas de mucho peligro, y Tubutama es la última fronteriza á la Gentilidad de varias Naciones, que habitan mas de setenta leguas hasta los rios Colorado y Gila. Nada le fue obstáculo á su fervoroso zelo, porque desde luego que se consideró Operario de aquella trabajosa viña, procuró por todos modos ganarles las voluntades á los Indios, designio tan dificultoso, como que es el carácter de sus genios la ingratitud á los beneficios. Los trataba con cariño de Padre, les franqueaba quanto tenia, les asistia en sus enfermedades con alimentos, y todos los socorros posibles: y como siempre le veían inmutable en el agrado, suave en las palabras, y dulce en las correcciones, se cautivaban con sus consejos, y se conformaban sin repugnancia á quanto les persuadia.

Con estas doradas cadenas les obligaba á asistir por mañana y tarde á la Doctrina, que con feliz claridad les explicaba, y les instruía en la inteligencia de los divinos Misterios, y en los prodigiosos efectos de los Santos Sacramentos: de suerte que las luces adquiridas en su continuo estudio, el mejor método del catequismo, y la gracia del ministerio que el Señor derramaba en aquellos Neófito, hacian toda la felicidad que aquel zeloso Ministro habia concebido gozar entre los bárbaros. Él mismo entonaba en lengua Española las Oraciones y Doctrina, á que correspondian los Indios, y como los viejos no podian entenderla, ni pronunciarla, los separaba en coro diverso, y rezaban guiados del Temastian, las mismas Oraciones y Doctrina en el idioma de los Pimas; siendo de admirar que los Indios que en mucho tiempo no asistian á la Iglesia, atraidos de las persuasiones amorosas del Padre, y sin compulsion alguna, la freqüentaran todos los dias.

No son las felicidades espirituales como las del mundo; porque éstas se componen de tantas piezas, que es muy dificil que no falte alguna para lograrlas; fuera de que el trabajo y el dolor tienen sobrado imperio sobre la vida humana, para que pueda por largo tiempo estar con algun descanso. No es así la felicidad del espíritu, pues solo consiste en unirse con Dios con un amor intenso y perseverante; y como en esta union se incluye la voluntad con que el Señor quiere que todos los hombres sean salvos, y con que dió su Redentor la vida por todos, gozaba el P. Fr. Felipe esa espiritual felicidad poniendo los medios que en la caridad y paciencia de Christo aprendió para salvar á los hombres, y por eso acariciaba á los Indios con dulces palabras, les agasajaba con dádivas por solo el interés de traerlos á que oyeran la Doctrina Christiana, y con ella misma y su propio exemplo, los persuadia á apartarse de las feas costumbres del Gentilismo; y para introducirlos en la union de la Iglesia se valia de la discreta política, que en él era genial, de no hacer distincion de unos á otros en sus beneficios, y en

el aprecio con que los trataba á todos, siendo igual el agrado que manifestaba á los de la Mision, que miraba como á hijos, con el que recibia á los Gentiles que llegaban al Pueblo, pues los atendia con esmero, y ellos le correspondian, ó agregándose algunos al Pueblo, ó guardando la fidelidad á ley de amigos y de agradecidos.

Prueba relevante fue de esto, el que habiendo los Seris rebeldes, que en el Pitic estaban representando el papel de leales, pervertido al Indio Gobernador de Tubutama, para que en ella se rompiera la paz con un violento alzamiento, juzgaron que para él era necesario coligar á los Papagos, por ser la Nacion mas vecina y dilatada, y enviándoles sus emisarios para que concurrieran al atentado, no solo no lo consintieron, sino que correspondiendo al amor y beneficios con que el P. Fr. Felipe les tenia obligados, pasaron luego á darle noticia de la conjuracion proyectada, y asegurándose el Padre de la verdad del aviso por otros diversos caminos, lo dió de todo al Padre Presidente, para que exâminados los Papagos y demas indicios, se resolviera lo mas seguro. El Presidente se informó de los Indios, inquirió otros graves motivos, y vino á descubrir toda la traza del alzamiento, por lo que lo avisó al gobierno para el cuidado que debia tener en el caso: pero fue despreciado el aviso, y atribuido á facilidad de creer á los Indios; pero no obstante este fácil concepto, se les frustraron á los rebeldes sus malos intentos con verlos descubiertos, y el Gobernador de Tubutama quedó convencido de su delito, y irritado contra el Padre, le causaba muchos y penosos disgustos.

Tampoco por este rumbo pudo el Demonio lograr sus pésimos consejos, porque se los desbarataba el Padre con tanta paciencia y discrecion, que sería dificil creerla si no la certificara baxo de su palabra de honor el Capitan del Presidio del Altar diciendo en un Instrumento público, y concluyendo: »el que en todos asuntos el Padre se habia gobernado con »la mayor cordura y reflexion, como lo »califica la con que se portó en el »bastante arduo y delicado de la re»levacion del Gobernador de la Mi»sion, que aun teniendo varios, sufi»cientes y graves motivos para de»ponerlo de la vara, como á el mismo »Capitan se los habia el Padre comu»nicado, jamás quiso precipitarse á »pedirlo, hasta que el Indio Gober»nador pidió su descanso y retiro: »prueba de la muy madura pruden»cia, y particular conducta con que »se habia manejado en el gobierno »espiritual y temporal de su Pueblo.» En la verdad de este testimonio se ve la felicidad con que el Padre lograba sus tolerancias, y que el Justo que se une á Dios, á su voluntad y á su Providencia, no encuentra nada que se le oponga, ni que turbe sus designios; y así en medio de las adversidades mantenia una constante fortaleza para no descaecer de ánimo, y esforzar á sus Neófitos en la fortificacion de su Pueblo, fábrica de sus casas y cultivo de sus campos, para resistir las invasiones de sus enemigos, y proverse de los víveres necesarios.

Mas de admirar es la igual eficacia con que, á este mismo tiempo, promovia la fábrica de la Iglesia, y la mayor decencia del culto Divino. Por Enero del año de setenta y ocho hizo el Presidente la visita canónica de las Misiones, y comenzándola por

la de Tubutama, dice el original de ella: »Visité la Iglesia y Sacristia, que »son dos bellas piezas, y de mejora la »Sacristia con caxoneria, alacena, »aguamanil, pavimento, entablado y »puerta, todo nuevo. La Iglesia tan »renovada y hermoseada, que se le »puede dar el mismo nombre: de mo»do que con todo lo dicho, los Orna»mentos y alhajas de plata que se ha»llan de nuevo, y que casi todo se ha »hecho en tiempo del presente Minis»tro, pasan, liquidadas las cuentas, de »dos mil trece pesos las mejoras. El »cementerio está muy decente, bien »cercado y con una Cruz en medio, »y veo muy dedicado al Ministro en »proseguir tan santa obra. Ví el Li»bro de las cuentas de esta Mision, »y liquidadas, no le deben, ni debe »materia considerable. Supe que el »Padre Ministro predica en Castilla »freqüentemente á sus Fieles: que »aplica por ellos la Misa todos los »dias festivos, y les administra todos »los Santos Sacramentos, no solo »quando están enfermos, sino en todo »tiempo que los piden, á lo que los »exhorta en las Pláticas: Zela el que »no trabajen en dia de fiesta, sin li»cencia, y el que imiten en todas las »funciones christianas á los Españo»les: se hacen en la Iglesia todas las »funciones Eclesiásticas, en las que »para mayor devocion y solemnidad »canta la Misa, y muchas veces por »la tarde el Santo Rosario: Asiste »personalmente al rezo del Catecismo »tarde y mañana, á no ser que por »alguna particularísima causa se dis»pense. No tuve la mas mínima que»ja de su persona; ántes bien he vis»to que dá gloriosísimo exemplo á »sus ovejas en obras y palabras.»

Con esta inocencia de vida, discrecion, actividad económica, y apostólico zelo, proseguia el P. Fr. Felipe las laboriosas tareas de su ministerio, á cuyas voces respondian gustosos los Indios, viendo que solo miraba su Ministro por su interés propio, y sin atender al suyo, y cada dia estaban mas contentos de su apacible genio; pero habiendo ido el dia veinte y siete de Abril del año de setenta y ocho á la visita del Pueblo de Santa Teresa, despues de rezar la Doctrina Christiana y de las demas funciones del ministerio, celebró el santo Sacrificio de la Misa, y se encaminó para la Mision del Ati: yendo á la mitad del camino le asaltaron siete Indios con tal furor, que dándole uno de ellos una lanzada en el pecho, le arrojó del caballo, muerto: venian los bárbaros huyendo porque acababan de hacer quatro muertes en el Ati, y temiendo que los alcanzaran, no se detuvieron para desnudarlo, ni executar las inhumanas barbaridades que acostumbran con los que matan. Ocurrieron los Indios de la Mision, y se llevaron á ella el cuerpo del difunto Padre. Avisó el Ministro al Padre Presidente, y llamando á otro Misionero, al siguiente dia hicieron los Oficios y Misa para darle sepultura.

Así murió como intrépido atleta en el campo de la batalla el P. Fr. Felipe, siendo la púrpura de su sangre el mejor adorno de su corona, y blason de su victoria, á los quarenta y un años de su edad, y nueve que se habia alistado en el ministerio apostólico, gastando casi los ocho en las conversiones vivas, y solicitud de la salvacion de los Gentiles, á costa de continuos trabajos y penalidades; y por eso concurriendo á sus exêquias todos los Indios de Tubutama, Santa Teresa, Oquitoa y Ati, hicieron á sus virtudes el mas eloqüente elogio, sus

lúgubres gemidos, y la mas funeral pompa sus universales lágrimas, pues sin consuelo lloraban la perdida de un Ministró adornado de las mas amables calidades que realzaban el mérito de su inocente vida, de su irreprehensible conducta, y del fervoroso zelo con que derramaba por todas partes el buen olor de Jesuchristo.

CAPÍTULO XIV.

Piadosa memoria del P. Fr. Juan Diaz, que murió á manos de los Indios en el rio Colorado.

QUANDO los quatro evangélicos Operarios estaban mas empeñados en el cultivo de la viña y Gentilidad del rio Colorado, vieron cortadas sus apostólicas tareas, quitándoles las vidas el furor de aquellos bárbaros, y labrándoles las coronas á que podia aspirar su enardecido zelo. Rendidos á las disposiciones del Comandante General, habian ido al establecimiento de los dos Pueblos de Españoles, con solo el fin de reducir á la Fe á aquellos miserables Gentiles, y puesto ya el Pueblo de la Concepcion, se pasó tres leguas abaxo á fundar el de San Pedro y San Pablo del Bicuñer, destinando para sus Ministros al P. Fr. Juan Diaz y al P. Fr. Joseph Matias Moreno; y como estos fueron los primeros que recibieron el premio de los trabajos con que anhelaban propagar la Fe en aquellas dilatadas Naciones, es natural el que se haga memoria de las virtudes con que debian confirmar la Doctrina y santidad de la Ley que les predicaban.

Fue el P. Fr. Juan Diaz natural de la Villa de Alaxar en el Arzobispado de Sevilla: Nació el mes de Mayo de mil setecientos treinta y seis, y aunque fue conocido por solo el apellido de Diaz, consta no ser ese el de su Padre, que se llamaba Juan Marcelo, ni de su Madre llamada Feliciana Basquez, y solo en la fe de Confirmacion se nombra el Padrino Alonso Diaz; pero en la Certificacion de la tomada de hábito en la Religion se llama Juan Marcelo Diaz, y en la de su profesion solo Juan Diaz, que prueba la identidad del sujeto, y orígen de haber retenido este solo apellido. Á los diez y ocho años de su edadfue llamado á la Religion Seráfica, y tuvo su noviciado en el Convento de Hornachos de la santa Provincia de San Miguel en la Extremadura, y habiendo tenido la aprobacion de los Religiosos profesó la santa Regla: de hay le dedicaron los Prelados á los estudios. En todas partes dió pruebas de su verdadera vocacion, no olvidando la esmerada disciplina y religiosidad con que en ella se educan los jóvenes y estudiantes; por lo que fue promovido á los sagrados órdenes, y concluidos todos los cursos de sus estudios, se hallaba en los veinte y siete años de su edad; y pudiéndose dexar llevar de los brios de ella para no contentarse en caminar con medianos pasos la carrera de la Cátedra ó del Púlpito, á que sus prendas naturales y adquiridas le incitaban, y á que el amor propio obliga pretender, como desempeño del honor y crédito, no se dexó arrastrar de

sus influxos, porque le habia Dios dotado de un claro entendimiento, y así no se dexó ofuscar de los humos con que la arrogancia ha transformado no pocos luzeros en denigrados carbones.

Llegó á su santa Provincia el Comisario que colectaba Religiosos para el Colegio de la Santa Cruz, y sus Misiones de Infieles: é instruido en las austeridades del Instituto, y trabajos del ministerio, le suplicó con humildad quisiese admitirle en el número de los Misioneros, lo que hizo gustoso informado de las bellas calidades del pretendiente, el que tambien logró la aceptacion de todos sus Compañeros, que estimaron su capacidad y juicioso genio. Con el mismo aprecio fue recibido en el Colegio el año de sesenta y tres, que llegó al Reyno, y viendo la regularidad con que en el Seminario se observa la Regla Seráfica, y las Constituciones Apostólicas, se llenó su alma de consuelo, y se esforzó para dar á todo el mas exácto cumplimiento: este propósito le hacia estar fervoroso y pronto para todos los actos de Comunidad de dia y de noche, y manifestar particular inclinacion y zelo en todas las ocupaciones del Púlpito y Confesonario: y como la alma de ellas es el espíritu de la santa oracion y devocion, se daba continuamente á ella, y de su exercicio sacaba la abstraccion del bullicio, y comunicacion del siglo, dando en el del ministerio el buen exemplo, que debe ser el carácter y ornamento de un Religioso apostólico.

Este distintivo halló el R. y V. Discretorio en su porte y moderacion, para elegirle el año de sesenta y siete por uno de los Misioneros que de órden del Rey fueron á administrar las Misiones de la Sonora: para este destino fue necesario esperar las embarcaciones en el Pueblo de Tepique, donde estuvieron detenidos quatro meses; pero no perdió el Padre Diaz ese tiempo, porque lo empleó predicando y confesando con gran beneficio de los habitantes de aquellos contornos, pues tienen siempre mucha necesidad de los socorros espirituales, por la inopia de Ministros. Por Enero del año de sesenta y ocho se embarcó en el Puerto de San Blas, y en los comunes trabajos que en el mar se padecieron por los recios temporales y otros incómodos accidentes, iba muy conforme con la voluntad divina, pues fueron graves los peligros en que á cada instante les amenazaba la muerte; y aunque el Padre no perdió la constancia en tolerarlos, pero en una arribada que hizo el barco en el Puerto de Mazatlan, se arbitró para aligerarlo que los Religiosos que iban mas maltratados y enfermos saliesen á tierra, y por ella se fuesen á la Sonora.

Quatro necesitaron este alivio, y fue uno de ellos el Padre Diaz; pero fue esta providencia al parecer divina, y de la misericordia infinita, y que Dios enviaba á aquella Provincia á los quatro Misioneros para el socorro espiritual de muchos, pues estaba apestada de una mortal epidemia, de que morian sin número, y no habia en tan dilatada tierra mas que quatro Sacerdotes; y los que en el mar se ayudaban á morir á sí mismos, en la tierra, olvidados de sí propios, se dedicaron á ayudar á los próximos. Con este fin se repartieron por aquellos Pueblos, y el Padre Diaz anduvo exercitando su ministerio en confesar á unos, y enterrar á otros, ocupando en éstos todo el tiempo hasta

el mes de Mayo, en que se juntaron todos en el Presidio de San Miguel de Horcasitas, en donde el Gobernador, segun las instrucciones Superiores, repartió los Misioneros por los Pueblos que habian de administrar, mandando á los Comisarios Reales que estaban encargados de los bienes de las Misiones, que le entregaran á cada Ministro por inventario formal la Iglesia y Sacristia con sus respectivos utensilios, un quarto de los de la casa de la Mision, un servicio de mesa pobre, y que le subministrasen el preciso alimento, llevando cuenta y razon de todo. Con esta economia recibió el Padre Diaz la Mision que le asignó el Padre Presidente, que fue la de la Purisíma Concepcion de Caborca, con dos Pueblos de Visita, el Pitic de los Pimas dos leguas á su Oriente, y el de Bisanig seis leguas á su Poniente, cuyos Padrones componian de la Nacion Pima, y de todos sexôs y edades el número de mil ciento quarenta y cinco personas, sin otras muchas que andaban alzadas.

Imponderable peso era este para soportarlo solo un Misionero nuevo; pero es gracia del ministerio el no hacer ponderacion de sus trabajos, ni de los peligros á que están expuestos entre unos indómitos bárbaros, que idolatran su libertad para satisfacer á sus inclinaciones, y mas quando el Misionero debe imponerles en las obligaciones de Christianos y de vasallos. Uno y otro les intimaba intrépido el Padre Diaz, y á fuerza de fatigas y suaves insinuaciones, consiguió reducirlos á que asistieran á la Doctrina, trabajaran para su propia subsistencia, hicieran casas para su comodidad, y cercaran sus Pueblos para rebatir á sus enemigos: adornó el Padre decentemente la Iglesia, y con sus arbitrios y consejos, á los seis años que el Presidente visitó la Mision, halló los Indios de los tres Pueblos aumentados en número, instruidos en los divinos Misterios y Preceptos, y civilizados en su gobierno.

Era esta actividad, evidente prueba del zelo y amor con que el Padre solicitaba el bien espiritual de aquellos Neófitos, pues ellos lo hacian tan industrioso y solicíto, para aumentar el temporal que los hiciera constantes; y como sus eficacias eran acompañadas de un agradable modo, un genio sociable, una comprehension clara, y una docilidad religiosa, por ellas mismas fue destinado á acompañar al Padre Garzés en el viage que el Señor Virrey mandó hacer al Capitan Don Juan Bautista Ansa, para que junto con dos Padres fuese al rio Colorado á abrir el camino de comunicacion con los nuevos establecimientos de Monterey, y explorar los ánimos de los Indios para las Misiones que en este rio y el de Gila se pretendian fundar. Puso el Padre Diaz en esta jornada toda la diligencia que le fue posible para satisfacer los encargos de S. E. anotando exâctamente todas las ocurrencias que juzgó precisas en el Diario que queda ántes referido, en que individúa las Naciones que pueblan aquellas tierras, y demas circunstancias para la fundacion de las Misiones.

Fue toda la expedicion bien recibida de los Indios, y prosiguiendo á sus designios, llegaron los Padres y el Capitan á la Mision de San Gabriel en la California Septentrional: y no teniendo oportunidad para seguir todos hasta Monterey, se fue á la ligera el Capitan, el Padre Garzés se volvió al rio Colorado, para tratar con los Indios su reduccion, y

el Padre Diaz informado del R. P. Fr. Junípero Serra, que acababa de desembarcarse en el Puerto de San Diego, de haber quedado en él un Religioso que traia instrumentos para las observaciones de la altura del Polo, que era una de las diligencias que encargaba el Señor Virrey, determinó hacer el camino de quarenta leguas que dista la Mision del Puerto, en solicitud de los instrumentos, y le fueron tan oportunos, que con ellos hizo todos los dias la observacion de los parages con la exáctitud y juicio que pudo alcanzar en tan importante punto.

Vuelto á la Mision de San Gabriel, y el Capitan del viage de Monterey, se regresaron al rio Colorado, y en él se ofreció un lance que se refiere en el Diario, y es preciso repetirlo para que se vea el juicio que el Padre hizo de aquellos Indios, y calidades de sus genios, y de las providencias que previno como necesarias á su reduccion, y de esto conste que el haber vuelto á la fundacion del Pueblo sin tales providencias, fue con una moral certeza de la tiranía con que le quitaron los Indios la vida, y así dictó: »Los Naturales de la »Rancheria de San Pablo, habiendo »desconocido á los Soldados que para »informarse del camino nos han acom»pañado desde Monterey, alegando »el frívolo pretexto de que eran de »las tierras de sus enemigos, intenta»ron quitarles las caballerías y algu»nas reses que les habia dado el Se»ñor Comandante: por lo que fue ne»cesario mantenernos en este parage »hasta el dia quince, para que por el »respeto de la Tropa no se propasa»sen á executar su intento. Por esta »novedad y otras circunstancias que »he observado con bastante reflexîon, »he formado juicio que no será fácil »el tránsito de estas tierras, si no se »establece nuestra Nacion en algunos »parages de estos rios; pues la velei»dad de los Indios es bien conocida, »su inclinacion al hurto manifiesta, »su consideracion ninguna, y el paso »del rio muy dificil; y si ellos llegan »á descontentarse y no quieren coo»perar al tránsito con su ayuda, án»tes sí procuran impedirlo, sería ne»cesaria mucha fuerza de armas pa»ra vencer tan copiosa aunque poco »culta Gentilidad.»

Fue esta expedicion larga é incómoda, pues duró desde dos de Enero hasta veinte y cinco de Mayo del año de setenta y quatro; pero en toda ella edificó el Padre Diaz á toda la comitiva con su exemplo y su doctrina, é ilustró á los Gentiles con las noticias del Dios verdadero, con la destruccion de sus ídolos, y predicándoles el Evangelio, les hizo conocer por Dios Redentor del mundo á Christo Crucificado; y habiendo puesto este noble y firme fundamento para la reduccion de los Indios, se volvió á su Mision, esperando las providencias que de este viage se podian esperar del zelo y empeño con que el Señor Virrey deseaba fundar las Misiones en los dos rios Colorado y Gila. Para ese fin habia encargado al Padre Guardian del Colegio que se hiciese una visita de las Misiones de Sonora, dirigida solo á que, segun los informes de los Misioneros, se pudieran reconocer las que se podian reunir, y á que se formaran Padrones de los Españoles y otras castas que estaban agregados á ellas, y de todos sus Neófitos, con la expresion de las distancias que habia de unas á otras Misiones y á los Presidios; y habiéndose impedido el Presidente para practi-

carla en todas, se le encargó al Padre Diaz la efectuase en las de la Pimeria baxa: y sin excusarse por el trabajo que acababa de tener, al siguiente mes de Junio emprendió el de muchas leguas, para visitar las ocho Misiones de ella.

Viendo el R. Padre Guardian y V. Discretorio el zelo, actividad y acierto con que el Padre habia desempeñado, no solo las tareas del ministerio, sino tambien las que se le habian encargado para el progreso del Instituto, le nombraron Presidente de aquellas Misiones, creyendo que su zeloso exemplo esforzaria mas á los Misioneros, y los dictámenes que les habia consultado para la mas segura observancia de nuestra santa Regla y evangélica pobreza, cautelarian qualesquiera ensanches que á título de necesidad suele paliar el amor propio; y no les salió fallido este concepto, porque desempeñó con religiosidad el oficio. Pero no era esto lo que la alta Providencia tenia determinado para premio de sus apostólicos trabajos, y así dirigió sus pasos por otros muy distantes caminos.

Para su inteligencia es necesario refrescar la memoria de las promesas que el Indio Palma habia entendido en México á favor de todos los del rio Colorado, y que les habia propuesto para que admitieran en sus tierras á los Padres y Españoles, y que viendo la inaccion del Caballero que se las habia hecho, repitió viages al Presidio del Altar, exîgiendo con fuertes instancias el cumplimiento de ellas, pues yendo los Padres y Españoles, satisfacia á los suyos, que le notaban de embustero, y de haberlos engañado. Obligado de estas demandas el Comandante General, desde Chihuagua, donde estaba enfermo, despachó órden de que los Padres pasasen, con los Soldados que el Padre Garzés pidiera, al rio Colorado, y en él permanecieran hasta que él llegara á la Provincia.

Este órden que se le intimó al Presidente de las Misiones, le hizo juntar á los Misioneros que habian de ir á cumplirlo, para conferenciar lo mas conveniente; pues de ningun modo podia serlo fundar las Misiones, expuestos los Ministros á todo riesgo, y mucho ménos con la calidad de por ahora; pues respecto á la ereccion del Presidio y demas providencias, lo repugnaba la experiencia acabada de ver en el Pitic de los Seris: y deseando el Presidente que los Misioneros fueran espontáneos, y de los que ya habian tratado á aquellos Indios, les dexó libres para que pesadas las cosas, siguieran la inspiracion Divina los que la tuvieran para ir en tan duras circunstancias á tan arriesgada empresa. Era uno de ellos el Padre Diaz, y explorando su ánimo, se ofreció con rendimiento y ciegamente á lo que le ordenase como Prelado; y puestos todos en la confianza de que luego que el Comandante General llegara, daria las providencias para la ereccion del Presidio, que todos habian juzgado muy necesario, y demas de las Misiones, se resolvió que el Padre Garzés y el Padre Diaz fuesen por entónces al Colorado.

El dia primero de Agosto del año de setecientos setenta y nueve salieron los Padres para el rio Colorado; y aunque habian pasado de Sonoytac, la falta de agua en toda aquella tierra les obligó á separarse, prosiguiendo el Padre Garzés con solo dos Soldados, y revolviendo el Padre Diaz á Sonoytac con la gente y bestias que iban, permaneció allí cerca-

do de angustias y de sustos, por las novedades adversas que cada dia le traian los Indios, y otras que suscitaban los Españoles. Llegaron algunas á la Sonora, y el Gefe de las armas á quien el Padre le pedia auxîlio, le envió órden para que se volviera á esperar que el Comandante General llegara á la Provincia; y aunque le era muy cómodo al Padre, pero conoció que el fin á que se dirigia, no convenia á la causa, y así le respondió que él no era libre para obedecerlo, debiendo cumplir otros órdenes Superiores, y que ni los grandes trabajos que estaba sufriendo, serían bastantes para intimidarlo y no proseguir su destino; pues los gastos que se estaban haciendo del Real Erario no se debian perder por temores de los enemigos, y que estaba determinado á padecer mayores peligros.

Con estos y otros molestos embarazos, permaneció el Padre Diaz en Sonoytac, hasta el mes de Octubre que pasó al rio Colorado: en él se aumentaron las aflicciones al verse rodeado de multitud de Indios que iban á recibir los regalos que Palma les habia dicho se les repartirian quando entraran los Padres, pues éstos estaban careciendo aun de los necesarios alimentos, y para adquirirlos les era preciso valerse de la corta provision de vayeta, tabaco y abalorios que habian sacado de las Misiones, para obsequiar con algo á los Indios principales. Algun consuelo fue para los Padres el saber que ya habia llegado á Arispe el Comandante General, y se convinieron en que el Padre Diaz viniese personalmente á informarle el mal estado y urgencias en que estaban las cosas del rio Colorado por el disgusto y extrañeza de los Indios. Hízolo así, sin omitir quanto le pareció necesario para que las providencias se proporcionaran con el mayor acierto: en ese mismo tiempo avisó el Padre Garzés haber descubierto que habia muchos Indios sublevados, y los que eran las cabecillas; pero estos avisos se oían con desprecio, y confiando en la valentia de los discursos, se pensó dominar á los Indios con instrucciones y leyes, para que sin intervencion alguna de los Misioneros, se fundaran dos Pueblos de Españoles, á los que pudiesen agregarse los Indios que quisieran; pero este nunca visto proyecto solo tuvo por efecto el irritar á los Naturales, y confirmarse en el alzamiento que ya iban meditando.

Habian tardado mucho tiempo en practicarse las dichas instrucciones, y así hubo bastante para que el Padre Garzés las supiera, y viendo las circunstancias en que los Indios se hallaban, le pareció tener obligacion de avisarlas enviando un Correo, y diciendo que los Indios estaban muy inquietos, y que ya se habia extendido la voz entre los mozos, que si iban los Padres y Españoles, los habian de matar á todos; y palpando el Padre la certidumbre de estas voces, prevenia que si entraban, fueran con suficientes fuerzas para resistir á las de los Indios, y castigar sus depravados intentos; pero ninguna fuerza hicieron al Gobierno estos avisos. Por ellos confirmaba el Padre Diaz los que él habia expresado, y viendo que de nada se hacia aprecio, pudo sin nota no exponerse á tan inminentes peligros, y retirarse á la Mision de que era Ministro; pero mirando al honor del Instituto, y no pudiendo sufrir que por su falta padeciera otro, se quiso engañar de las esperanzas de asegurar los establecimientos, pensando que

la experiencia daria los desengaños; y haciendo personalmente las provisiones, solicitó algunas limosnas, é hizo todos los oficios que pudo, con mucho trabajo y peligros de su vida, y volvió al rio Colorado con la expedicion que iba á fundar los dos Pueblos.

Púsose el primero en el Puerto de la Concepcion; y de sus infaustos principios se pudieron inferir las conseqüencias que resultarian en el segundo. Con todo, violentando sus propios conocimientos, se sujetó á ir de Ministro á la fundacion de él, y á las tres leguas distante del otro se puso el de San Pedro y San Pablo del Bicuñer, sin tener el Padre en lo humano mas consuelo que el Compañero, que lo era el P. Fr. Joseph Matias Moreno. Muy desde luego puso en exercicio á su prudencia, humildad y tolerancia la errada política del Alferez Comandante, porque queriendo hacer del ladron fiel, puso al principal cabecilla de los motines por Gobernador del Pueblo, que fue fomentar el orgullo de su revoltoso genio, y á pocos lances le perdió el Indio el respeto: ardido el Comandante le hizo poner preso, con lo que se empeoró el negocio.

No podian los Religiosos segun las instrucciones del Gobierno, hablar palabra, ni corregir á un Indio, sin que el Gefe hiciera averiguacion de si era verdad lo que el Padre decia, ni tampoco podian arbitrar medio alguno para sosegar las inquietudes que cada dia crecian con el disgusto de los Indios, que ya insolentes por su crecido número provocaban el rompimiento. Este inevitable suceso azoraba el zelo del Padre Diaz y de su Compañero, para acariciar y congratular á los Indios con quanto tenian, visitándoles en su Rancheria, y hablándoles de Dios, y del bien de sus almas; pero era cantar de melodía al tigre, que solo queria ensangrentarse en los Españoles: con este amargo dictámen, viendo á los Pobladores tan descuidados del estrago que les amenazaba de pronto, se esforzaban á prepararles para él, con desengaños, pláticas y exhortaciones, y así consiguieron que muchos se confesaran, y freqüentaran los Sacramentos, y otros exercicios devotos. Las mugeres eran el objeto mayor de su compasion, pues prevían sus indecibles trabajos, y la ruina de sus almas, quedando cautivas de aquellos bárbaros. Todo lo vieron y lloraron sus ojos el dia diez y siete de Julio del mismo año de ochenta y uno, porque estando los Padres para celebrar el santo Sacrificio, á que concurrieron todos por ser Domingo, dieron los Indios con tan furioso arrebato el asalto, que sin resistencia alguna dexó aquella multitud rabiosa revolcando en su sangre á los Padres y á muchos de los Pobladores, llevándose cautivas á las mugeres mozas, y á los hombres que andaban por los montes.

Mas deslumbrados aquellos bárbaros, les sugirió la infernal furia armarse contra la Fe, arrojando las Imágenes y Vasos sagrados al rio, y profanando los Ornamentos con sus infames usos, y quitando con cruel tirania á palos la inocente vida de un Sacerdote, que quatro veces les habia visitado, obsequiado, y padecido indecibles trabajos por instruirlos y reducir sus almas al camino del Cielo: así murió voluntaria y felizmente aquel esforzado Misionero, aumentando los esclarecidos triunfos y ópimos frutos del apostólico Instituto, á los quarenta y cinco años de su edad, veinte y siete de Religion, diez y siete en el ministerio apostólico, y trece en las Misiones de Infieles.

CAPÍTULO XV.

Deseada muerte del P. Fr. Joseph Matias Moreno, que logró por el furor de los bárbaros en el rio Colorado.

AL tomar la pluma para hacer una breve memoria de la feliz muerte del P. Fr. Joseph Matias Moreno, se representa en la fantasia un objeto lleno de luz y de fuego, porque no ménos ilustrado en las materias filosóficas y teológicas su entendimiento, estaba tambien encendido su corazon en el fuego del divino amor, y en el zelo de propagar la Fe, y dar la vida en los ministerios apostólicos. Nació este dichoso jóven en el Lugar de Almarza, Jurisdiccion de Soria, y Obispado de Osma, y fue bautizado el dia veinte y quatro de Mayo de mil setecientos quarenta y quatro: fueron sus Padres Matias Moreno, y María Catalina Gil, en cuya política crianza, y christiana educacion dieron relevantes pruebas de su nobleza y christiandad, pues una y otra resplandecian en el hijo, tan atento como devoto. Tambien la naturaleza le favoreció con un bello índole, vivo entendimiento y genial modestia, que le ganaba las atenciones y aprecios de todos los que habian tenido su extraccion de iguales principios.

Logró tambien la felicidad de una buena hermana, que con el exemplo le animaba al amor de las virtudes, y con fraternales consejos le inducia al exercicio de ellas: con estos estímulos se inclinó al estado Religioso, y cooperando su hermana á sus santos deseos, á los diez y siete años de edad tomó el hábito en el Convento de N. S. P. San Francisco de la Ciudad de Logroño, en la Provincia de Burgos, el dia veinte y dos de Junio del año de sesenta y dos. Pasó su noviciado con mucho consuelo, por ser las máximas de la disciplina regular conformes á su humilde genio, y así mereció para su profesion la aprobacion de los Religiosos. Era su espíritu vivo, perspicaz y pronto, por lo que los Prelados le aplicaron luego á los estudios, y desempeñó con tal llenó su concepto, que en los cursos de Filosofía y Teología lució su ingenio con particular aprecio de sus Lectores, que certificaron en modo auténtico la suficiencia con que pudiera ascender á la Cátedra: ordenado ya de Sacerdote, é instituido Predicador, no le faltaba mas que subir á la silla de Minerva, para ponerse sus guirnaldas, no estando muy léjos de sus gradas para coronarse de la gloria y honor que en la Religion hacen la felicidad de la vida, sin derogar en nada la perfeccion religiosa.

Pero entre esas bellas luces ardia otro fuego, cuya naturaleza es de region mas alta, y por eso desconocida su eficacia, porque todo lo abrasa, vivifica é inflama, sin que pueda impedirla resistencia alguna. Habiendo llegado á la Provincia de Burgos la Patente del Comisario, que colectaba querenta Religiosos para el Seminario de la Santa Cruz de Querétaro y sus Misiones, levantó la llama en el corazon del P. Fr. Joseph Matias, y encendido en el amor de Dios, le animó con el zelo de dilatar su Fe,

aunque fuera á costa de su vida. No fue tan suave esta inspiracion, que no tuviera que padecer recios vientos del amor propio; pero no fue llamarada pasagera, porque determinado é inflamado de ella, le escribió al Comisario suplicándole le admitiera en el número de sus Misioneros: informado de las prendas del Padre Moreno, le envió la Patente con no poco gusto, y presentada á su Prelado, se puso el nuevo Misionero en camino. Luego que el Comisario le recibió en Madrid, al ver su agradable aspecto, su florida juventud, la aprobacion particular de sus estudios, su religiosa pobreza, su modestia ingenua, y su afable estilo, concibió las mas buenas esperanzas de que sería muy útil en el Colegio, y diligente en el ministerio; pero esto era sin penetrar los interiores votos, y reservados deseos á que dirigia sus pasos, y hubieran quedado ocultos, si desde Madrid no se los hubiera comunicado á su hermana por una Carta, que ella conservó para su consuelo, y que á los doce años, viendo cumplidos los deseos de su hermano, y logrado el glorioso fin á que aspiraba, se la participó á un Comisario del Colegio, el que se la pidió, y se traslada aquí para el comun exemplo y justo epitafio de su sepulcro: pues decia:

»Hermana carísima, si siempre »has sido cooperadora de mis santos »deseos, como en mi resolucion de »tomar el hábito lo fuiste, y por »tanto, siempre debo estarte como »dos veces hermano agradecido, nun»ca mas debo estimarte que ahora, »en que por la Carta que me escribes »veo que con tus avisos me instru»yes, y con tu gozo me alientas. »Nunca á la verdad esperaba otra »cosa de tu prudencia, virtud y amor »que me profesas, ni yo cumpliera »con las obligaciones que tengo, si no »te declarara el fin, el Colegio y »motivos de mi vocacion; y así te »digo que únicamente me destierra »de nuestra tierra, me aparta de mis »Padres, me enagena de mis Parien»tes y conocidos, el zelo de la Fe, el »deseo de la conversion de las almas, »y las ansias del martirio. Ha sido »larguísimo el tiempo que estuve ba»tallando en estos deseos, proponién»dome el amor propio, y la propia »conveniencia, la estimacion que po»dia tener en la propia Provincia, los »empleos de Lector, y otros honorí»ficos que podia esperar en ella: los »frutos que podia sacar con mi pre»dicacion y exemplo, y la poca ro»bustez que tenia, el desconsuelo de »mis Padres, los trabajos de un tan »largo camino, y los peligros de un »mar inconstante, motivos que por »mucho tiempo me impidieron escri»biese; pero no hallando descanso, ni »pudiendo echar de mí los deseos de »la dilatacion de la Fe y martirio, »y hallando ser todo sofisterias del »amor propio, me resolví á escribir »se me admitiese, y fue tanto el gozo »que tuve al recibir la Patente, que »haciendo un mes que no dormia una »hora, la pasé con mucho sosiego, »y fue tal la alegria, que muchos »me dixeron que tenia alguna buena »noticia.

»¿Mas como podia ser otra »cosa, quando voy al Colegio de la »Santa Cruz de Querétaro, donde la »guarda de nuestra Seráfica Regla, y »la Regular disciplima son sumamente »rígidas y fáciles? Las ocasiones de »plantar la Fe de Christo, y padecer »martirio son continuas, porque her»mana mia, en el dicho Colegio son »todos iguales. El Padre Guardian vá

»á todas las horas del Coro y demas »actos de Comunidad como el mas »ínfimo, hasta Maytines, que son in- »dispensablemente á media noche, de »los que se sale á las dos y media: »la oracion de Comunidad dura dos »horas, una á Completas y otra á May- »tines: el retiro es tanto como en el »Convento mas recoleto, porque nin- »guno puede hablar ni entrar en la »Celda de otro sino el dia de asueto, »y entónces en lugares determinados: »á todos se les dá quanto necesitan; »porque la abstraccion de seglares es »mayor que la de los Cartujos, pues »no entra Seglar en el Convento, ni »se sale de él sino á confesar, y en- »tónces quien determina el Prelado, »sin que haya diferencia ninguna en- »tre el Guardian ni otro, aun el mas »ínfimo: y en fin es facilísima la obser- »vancia de la Regla, y muy dificil su »transgresion: los trabajos son muy »tolerables, siendo el Guardian el pri- »mero. En él las ocasiones de dilatar »la Fe de Jesuchristo y padecer mar- »tirio, que tanto desearon nuestro Pa- »dre San Francisco, San Antonio y »otros Santos de la Religion, contem- »pla quantas serán en veinte y ocho »Misiones que tiene el Colegio entre »los bárbaros y remotas regiones de »los Texas y de la Sonora, donde son »muchos los que han muerto con la »palma de Mártires, y grandes las »conversiones. Es verdad que es mu- »cho el trabajo de hambre, sed, calo- »res intolerables y caminos; ¿pero qué »es esto en comparacion de los que »costaron á Christo aquellas almas, »que si no hubiera algunos que se ani- »maran á su espiritual Conquista, cae- »rían infaliblemente en los lazos de »Satanas; y de los beneficios que yo »le debo? Y así encomiéndame á Dios »para que me dé fuerzas para llevar »éstos y los trabajos de la embarca- »cion, para que esta sea feliz, y para »que me dé salud, y la gracia nece- »saria para tan santo empleo.»

Con instruccion tan específica de todas las partes del Instituto y del ministerio, prosiguió el P. Fr. Joseph Matias Moreno el camino que le habia de conducir al logro de sus deseos hasta el Puerto de Santa María, donde se iban juntando los Misioneros: llegó al Hospicio desde Marzo del año de sesenta y nueve, y tardándose hasta Noviembre la habilitacion del viage, se conservó todo ese tiempo con la mayor humildad y recogimiento, esperando sin impaciencia, y tolerando las incomodidades que á muchos les hacen desertar y volverse á sus Provincias. Con la misma conformidad llevó los trabajos de la navegacion, en que no faltaron los sustos del último peligro en una tormenta que se padeció ya á vista del Puerto, y que causó muchos dias de riesgo, y muchas causas de mérito: pero todos esos quebrantos los tuvo por dichosos el dia que ya se vió en el Colegio. No habia sido su vocacion al ministerio apostólico por buscar fortuna, libertad, ni otros intereses caducos, sino dirigida por la diestra del Excelso; y sabiendo bien las estrechezes y austeridades que en el Colegio son costumbres, se acomodó tanto á sus observancias, y con tanto gusto, que parecia ser hijo de él, y que en sus claustros se habia criado.

Pero era su virtud sólida, fundada en una humildad profunda, y sin los resabios de la vanidad que infla en la alma la ciencia humana, y por eso su estudio era el recogimiento en la Celda, y la inviolable asistencia en el Coro: sacaba de la oracion los frutos de las virtudes, que

deben adornar para su propio provecho y bien del próximo, á un Varon religioso y apostólico. Así perseveró algun tiempo, hasta que manifestando al Prelado la divina y antigua inspiracion que tenia para la conversion de los Infieles, fue aprobado y enviado á las Misiones de la Sonora. Iba solo en calidad de supernumerario, y á donde el Presidente le ocupara, y estando desembarazado de cuidados temporales, daba vuelos á su zelo, y satisfacia sus santos deseos en el catequismo de los Indios, asistencia de los enfermos, y aplicacion á los idiomas; pero era su zelo tan oficioso, que teniendo el Padre Presidente que poner Ministros escogidos en las nuevas fundaciones del rio Colorado, le asignó para Compañero del P. Fr. Juan Diaz en la Mision de San Pedro y San Pablo del Bicuñer.

Eran estos inexcrutables medios por los que la Providencia soberana le disponia al zeloso Misionero el logro del fin con que abrazó el Instituto, y de los fervientes deseos de dar la vida por Christo, pues á poco tiempo de llegado á la nueva fundacion se conspiraron los bárbaros, y el dia diez y siete de Julio del año de ochenta y uno dieron en ella el mas furioso y sangriento asalto, que en él solo, mataron á los dos Padres y á los Pobladores que encontraron, robaron quanto pudieron llevar, quemaron la Iglesia y casa de los Padres, y se llevaron cautivas las mugeres. Quedaron los cadáveres tirados en el campo expuestos á ser pasto de las fieras, ó consumidos por las injurias del tiempo; pero la alta Providencia velaba sobre aquellas sacrificadas víctimas, pues consta por declaracion jurada de muchos testigos de vista de los Pobladores que tenian los Indios prisioneros, que entrada la noche veían una procesion de gente vestida toda de blanco, y con velas encendidas en las manos, que daba vueltas al recinto del sitio en que habia estado la Iglesia, y donde estaban los cuerpos de los Padres difuntos, cantando lo que ellos no entendian, y despues de haber dado muchas vueltas se desaparecian; y que espantados los Indios de tan extraña vision, llenos de terror desampararon sus xacales, y se mudaron rio abaxo ocho leguas; pero á los Christianos cautivos no les causaba miedo, sino mucho gusto el verla: veían como en un emblema, conmutadas entre sí por el amor y la muerte sus mas poderosas armas; el amor con la clava, y la muerte con la antorcha; porque si la muerte les habia enseñado á amar, el amor les hizo morir, y por eso velaban sobre sus cenizas con canciones festivas, y lámparas encendidas.

Cinco meses habian estado los cadáveres tendidos en el campo, hasta el diez y siere de Diciembre del mismo año de ochenta y uno, que á peticion del Padre Presidente y de órden del Comandante General, fue el Capitan Don Pedro Fages para recogerlos, y segun su certificacion, se halló el cuerpo del P. Fr. Juan Diaz con todos los huesos enteros, y en sus coyunturas, la cabeza casi incorrupta, y el cerquillo entero, por lo que luego fue conocida. El cadaver del P. Fr. Joseph Matias Moreno se halló trunco y sin cabeza, y descoyuntados los huesos; pero se conoció ser suyo por varios pedazos del hábito y de la cuerda, y mas por la Cruz de un Santo Crucifixo que siempre llevaba al pecho, y puestos en un caxon se trasladaron á la Sonora, y sus Hermanos les dieron sepultura eclesiás-

tica en la Mision de Tuburama. Es digno de reflexar, que á ninguno de los otros tres Misioneros le cortaron los bárbaros la cabeza, mas que al Padre Moreno; y aunque no se ha podido saber si fue vivo ó despues de muerto, lo cierto es, que siendo el deguello la consumacion de todos los demas géneros del martirio, quiso el Señor llenar con él los ardientes deseos que el Padre habia tenido casi desde niño de padecer martirio, para que así consumara su voluntario sacrificio. Fue este á los treinta y siete años de edad, veinte de Religioso, y doce de Misionero Apostólico, habiendo solicitado por solo este fin el abrazar el Instituto, como su misma hermana lo hizo ver con la Carta que doce años ántes le escribió, y ella tenia conservada, de cuya identidad ni el estilo, ni la materia, ni la letra dexan duda.

CAPÍTULO XVI.

Gloriosa muerte con que el P. Fr. Francisco Garzés coronó sus apostólicas tareas, muriendo á manos de los bárbaros que con grandes trabajos tenia conquistados.

PRECIOSA es en la presencia y vista del Señor la muerte de los Justos, porque no es la comun, y que se derivó de nuestro primer Padre Adan, sino otra gloriosísima, dimanada de su divino amor, y semejante á la que por el amor de los hombres padeció su Redentor Jesuchristo: por eso quando su incomprehensible Providencia predestina á alguno para el alto ministerio de la salvacion de las almas, le adorna con las qualidades que desde el principio de su vida le lleven al fin, con que su muerte pueda ser preciosa en su divina presencia. Así pareció dirigida la del P. Fr. Francisco Garzés, pues desde sus primeros años dió iguales pruebas del ardiente amor que á Dios tenia, y del fervoroso zelo con que solicitaba el bien de las almas.

Nació en la Villa de Morata del Conde, en el Reyno de Aragon, el dia doce de Abril de mil setecientos treinta y ocho, y al siguiente dia fue bautizado, poniéndole los nombres de Francisco Tomás Hermenegildo, los que desempeñó en su vida y en su muerte, pues fue hijo de San Francisco profesando su Regla; imitó á Santo Tomás entrando en las Indias para promulgar el Santo Evangelio, y murió como San Hermenegildo dando la vida por Jesuchristo. Fueron sus Padres Juan Garzés, y Antonia Maestro; pero viendo la inclinacion del niño á las cosas sagradas, se hizo cargo de su crianza un Tio suyo, llamado Mosen Domingo Garzés, Cura de la misma Villa; y aprovechado en su exemplo y doctrina, apenas cumplió los quince años, pretendió en la santa y recoleta Provincia de Aragon el santo hábito, en la que hizo su profesion con aprobacion de los Religiosos. Luego le destinaron los Prelados á los estudios, y aprobado en el de la Filosofía, le enviaron al Convento de la Ciudad de Calatayud al de la sagrada Teología:

en ella no solo sacaba frutos para su propio aprovechamiento, sino tambien para el de sus próximos, y empezaron á centellar los rayos que el divino amor encendia en su corazon, del zelo con que habia de anunciar en este nuevo mundo y á toda criatura el Santo Evangelio.

Habia costumbre en aquel santo Convento de sacar á los Estudiantes para su desahogo á pasear por el campo, y en estos asuetos el P. Garzés se apartaba de sus Condiscípulos y buscaba á los pobres Labradores, y con la suavidad natural de su genio y llanas palabras, les proponia y explicaba los divinos Misterios y verdades católicas. Entre otros logró este beneficio un pobre Alfaharero que fabricaba texas, y se complacia de oír al Estudiante como si fuera un oráculo: enfermó éste gravemente, y mandándole disponer con los Santos Sacramentos, dixo que no se queria confesar con otro sino con el Padre Garzés; y yendo al Convento á pedirlo, el Prelado quedó perplexo, diciendo que no habia en la Comunidad Sacerdote alguno de ese apellido; que si el enfermo queria otro, se lo enviaria luego: pero dando señas del que el doliente pedia, se conoció que era el Corista, y para darle consuelo le mandó ir con un Sacerdote Confesor: con este discreto arbitrio le persuadió el Padre Garzés que se confesara con el otro, instruyéndole en lo que debia hacer para lograr los frutos de los Santos Sacramentos, y conformándose el enfermo, se confesó y pidió que el Padre Garzés le asistiera hasta la muerte; por lo que se quedó auxîliándole hasta que murió en sus manos; y como le exhortaba mucho á que pusiera su alma en las de la Madre de la Misericordia María Santísima, mandó en su testamento que se hiciera un bellísimo quadro de la Purísima Concepcion, y se colocara en el Convento, lo que se cumplió y puso en la Sacristía, y es perpetuo monumento de esta piadosa memoria.

Acabados sus estudios, y ordenado de Sacerdote, no teniendo mas que veinte y cinco años, le urgia en el corazon el deseo de aprovechar á sus próximos, por lo que suplicó con instancia el ser admitido en el número de los Misioneros, que por aquel tiempo se colectaban para el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro y sus Misiones de Infieles; y enviándole la Patente, luego que la manifestó á sus Prelados tomó el camino para Madrid á pie, y confiado en la divina Providencia para su mantencion cotidiana. Allí concurrió con el P. Fr. Juan Chrisóstomo Gil, que tambien estaba alistado en la Mision, y unidos sus espíritus hicieron los exercicios espirituales, quedando el Padre Garzés sujeto en todo á su direccion y obediencia, con lo que se dió con mas fervor á la santa oracion, y mortificaciones penales y abstraccion del siglo, prosiguiendo en esta santa union hasta llegar al Colegio.

Entró en él el Padre Garzés el año de sesenta y tres, y á los veinte y ocho de su edad; y desde luego se esmeró en el séquito del Coro y demas actos de la Comunidad, añadiendo quantas tareas podia, para satisfacer las del ministerio apostólico; y como por su corta edad no podia confesar mugeres, era indefectible en el Claustro para las confesiones continuas de los hombres, dedicándose con aplicacion particular á confesar muchachos. Esta, que en el juicio de algunos podia tenerse por niñeria, y mas viendo como el Padre les atraía

con confites y persuasiones, en el dictámen de los prudentes se estimó como precioso fruto de verdadero y christiano zelo. Los Filósofos Gentiles miraban á los niños como un Pueblo futuro de su República, y declamaban su instruccion en las buenas costumbres, para que despues estuviese bien ordenada y dirigida con justicia. Esta Etica solo natural, debe confundir la indolencia con que miran la educacion de sus hijos muchísimos Christianos, y las malas conseqüencias que resultan en el cuerpo místico de la Iglesia, por criarles con el escándalo de malos exemplos, y sin la inteligencia de los dogmas católicos. El mayor dolor que puede tener un Ministro de Dios, es el ver llegar á confesarse muchos muchachos, y exâminando su modo de vida, hallar sus almas inficionadas de pestíferas costumbres, que han heredado de sus Padres, aprendido en las plazas y calles, ó contraído de las malas compañias; y hallando en ellas las torpezas mas obcenas, las palabras mas impuras, las mentiras mas perniciosas, horrendas maldiciones, y que no habiendo abominacion que se escape de su malicia en los juegos, trampas y hurtos, solo en el conocimiento de Dios, en la Doctrina Christiana, y en lo que deben saber para salvarse, se dá en ellos ignorancia.

La experiencia de tan lamentables daños, y el zelo de la Casa de Dios, le consumia al Padre Garzés la alma, y le compelia á traer de todos modos á los muchachos para infundirles el santo temor de Dios, instruirles en los Misterios divinos, y en los Mandamientos; y como los recibia y acariciaba con una caridad rara, y para ellos desconocida, se divulgaba entre ellos la fama con que le llamaban el Padre de los muchachos, y le buscaban innumerables; con lo que conseguia infundirles las luces de la Fe en todo lo que debian saber, las de la Esperanza en la divina Misericordia, para que confesándose bien se les perdonaran sus culpas, y las de la Caridad, para amar á Dios sobre todas las cosas, y no volver á cometerlas.

Nota era esta zelosa aplicacion que indicaba y disponia al Padre para otra mas gravosa, á que el Señor le tenia destinado para enseñar á los rudos é ignorantes Gentiles, y para esta fue de los primeros Misioneros que el año de sesenta y siete se le pidieron al Prelado del Colegio para las Misiones de Sonora. Rendido á la obediencia caminó con los demas hasta Tepique; y exercitado allí en el ministerio apostólico todos los tres meses que estuvieron detenidos esperando las embarcaciones, el dia veinte de Enero del año de sesenta y ocho se embarcaron en el Puerto de San Blas, y presto les dió el mar sensibles pruebas de sus amarguras, y embraveciendo sus olas peleaban con furia entre sí los vientos, y precipitadas corrientes, que tenian á los navegantes en continuo susto de un próxîmo naufragio. Tres meses y medio anduvieron en borrasca, y aunque hicieron algunas arribadas, el Padre Garzés no perdió el ánimo, y perseveró en el barco hasta el Puerto de Guaimas.

Unidos todos los Misioneros, pasaron al Presidio de Horcasitas, y en la distribucion que el Gobernador hizo de las Misiones, fue asignado el Padre Garzés á la de San Xavier del Bac, distante del Presidio de Tubac veinte leguas, y la mas Septentrional, y por eso la ménos defendida de

las crueles y continuas excursiones de sus fronterizos los Apaches. No son ménos enemigas de la salud y de la vida las propias circunstancias del clima, pues á mas de ser sus aguas salobres, son sus vientos constipantes, por lo que á quantos van á vivir en él, les asaltan cruelísimos frios y calenturas, de los que mueren muchos, y los que quedan vivos es en figura de esqueletos, y esto hace que hasta los Indios huyan de agregarse á la Mision. Ni era ménos cruel la extremosa pobreza en que el Padre la recibió, pues no habia en ella ni aun con que poder pasar con penuria; pero nada acobardó el espíritu del nuevo Misionero, porque olvidado de sí mismo, solo buscaba los bienes espirituales de aquellos Neófitos y Gentiles, sin reparar en peligros, trabajos ni enfermedades.

Este zelo era de admiracion á los Indios, pues le veían acomodarse en todo á sus bárbaros estilos. Su cama era el suelo, sin mas abrigo ni conveniencia que el hábito: sus alimentos los mismos que tienen ellos, pues su cocina y mesa corrian á cuenta de la Providencia, que se la franqueaba en los mismos platos: porque su desayuno era atole, su pan tortillas, sus manjares semillas campestres, quelites y mezcales, y muchas veces solo un poco de maiz tostado: no usaba tabaco ni en polvo ni en humo, y siempre lo cargaba para obsequiar á los Indios. De esta austerísima economia y no visto desinterés, se aprovechaban ellos, y por las frutas y raices que le daban, les repartia lo que el Comisario Real tenia órden de administrarle para su diaria subsistencia. Á la voz que de unos á otros iba corriendo de la afabilidad y largueza del Padre, ya la curiosidad, y ya el interés les traían á verle, y cautivados de su estilo, y de las advertencias y consejos que les daba, le miraban con respeto, y todos los Indios de la Pimeria alta le veneraban como á un oráculo.

Esta fama llegó á los Gentiles vecinos llamados Papagos, y con mucha confianza fueron freqüentando sus visitas, y manifestándole docilidad y agrado; y aunque el Padre no estaba expedito en su idioma, les recibia con las manos abiertas, que es el universal que todos entienden; y aunque estaba la Mision destituida de todo lo necesario, no solo para usar franquezas, sino para habilitar las labores y siembras, pero solícito el Colegio de los alivios de sus hijos, y con la ayuda de los sínodos, les envió cada año los precisos avíos; y como el Padre no tomaba chocolate, ni gastaba azucar ni otras cosas de su persona, con esto, con el tabaco y algunas limosnas, adquiria azadones y demas aperos para beneficiar la tierra, y proveer de lo mas necesario á sus dos Pueblos. Bendecia el Señor sus trabajos, ya en las cosechas, como en la agregacion de Gentiles, y repartiéndoles la vayeta, sayal, fresadas y abalorios, despues de contentar á sus hijos de la Mision, todavia le sobraba para darles á los Gentiles, por lo que nunca se daba el caso de andar solo, sino rodeado de ellos; y aunque no tenia mas que treinta años de edad, dieron en llamarle el viejo, y con este nombre, como expresion de cariño, le buscaban todos: el Padre les recibia afable, y queriendo contestarles en su idioma, en el que era principiante y nada expedito, decia algunos disparates con malas pronunciaciones, pero á ellos les caían en gracia y los celebraban con mucha risa,

y por este medio se hizo en los idiomas tan diestro como qualquier Indio.

Ya los Gentiles vecinos que eran los Papagos, aficionados del Padre habian llevado noticias de él á los Pimas del rio Gila, y por su medio les habia enviado recados de mucho amor, por lo que los principales Capitanes vinieron á conocerle: él les manifestó mucho aprecio de su visita, les obsequió quanto pudo, y les dió á entender los deseos que tenia de ir á sus tierras y comunicar á sus gentes, y agradecidos prometieron hablar á toda su Nacion, y enviar quienes le conduxeran á ellas. Efectivamente enviaron quatro, y con ellos sin escolta ni provision de víveres, salió de su Mision el mes de Agosto del año de sesenta y ocho, é internándose á las Rancherias mas numerosas, les anunciaba la paz con Dios, hablándoles de sus divinos Misterios y atributos, y con el Rey nuestro Señor, que deseaba hacerles muchos beneficios, si se hicieran Christianos. Con esta primera entrada dexó establecida con los innumerables Indios que pueblan ambas riberas del Gila una amistosa correspondencia.

El siguiente año de sesenta y nueve, con la ocasion de la campaña de los Apaches, entró á sus tierras, y fue reconociendo varias Naciones, de las que tenia no pocos individuos en su Pueblo, é hizo el Visitador General informes de las providencias que pudieran impedir las sangrientas irrupciones de esos bárbaros. El año de setenta envió Dios una epidemia de cámaras y sarampion á las Rancherias del rio Gila, de que morian muchos, especialmente párvulos, y avisándole al Padre que entre ellos estaba enferma una India Christiana, determinó ir á su socorro y darles gusto á los Indios que le pedian con instancia bautizase á sus párvulos; de allí se internó por otras Rancherias, y anduvo en el viage noventa leguas. El año de setenta y uno, creido de que ya estaban decretadas las fundaciones de Misiones, emprendió el ir á preparar á los Indios, y llegó al rio Colorado, en donde le recibieron los Yumas con mucha alegria: de allí baxó hasta el desemboque del rio en en el mar y tierras de los Quiquimas; pasó el rio en balsas y visitó muchas gentes, haciendo las paces entre unos y otros, y en dos meses y veinte dias anduvo mas de trescientas leguas.

El dia dos de Enero de setenta y quatro salió de Tubac con la expedicion de abrir camino para la comunicacion de la Sonora con Monterey; y habiendo llegado hasta la Mision de San Gabriel, se volvió al rio Colorado, para explorar los ánimos de los Indios, y descubrir comunicacion con el Nuevo México, para lo que entró por varias Naciones, y no volvió á su Mision hasta fines de Mayo. El Septiembre de setenta y cinco salió con la nueva expedicion para el Puerto de San Francisco, de la que se separó el dia cinco de Diciembre, y solo, se fue visitando las Naciones que habitan el rio Colorado hasta su desemboque en el mar, hasta el dia tres de Enero de setenta y seis: el dia catorce de Febrero tiró hácia el Norte, y fue penetrando con increibles trabajos por Naciones muy bárbaras, hasta llegar á la de los Noches; de allí baxó hasta el Moqui, y aportando á los Pimas del Gila, salió á su Mision del Bac el dia diez y siete de Septiembre del mismo año de setenta y seis, que hacen once meses quatro dias, en que peregrinó mas de novecientas leguas, y vió mas de

veinte y cinco mil Indios.

Por los fines de Agosto del año de setenta y nueve pasó por órden del Comandante General al rio Colorado, halló los Indios muy alterados, avisó sus inquietudes, y las providencias necesarias para impedir sus malas conseqüencias: todo se despreció, y queriendo con inusitados medios y disposiciones avasallar á los Indios, dieron éstos el grito, y se perdió todo. Desde que el Padre llegó, supo que la sugestion de los rebeldes habia impresionado á los demas en que mataran á los Padres, y en los diez meses que tardó el alzamiento, y que veía que cada dia estaba la revolucion en peor estado, por las instrucciones del gobierno, pudo sin nota de novedad y con justísimos motivos evitar su muerte, con salir de los continuos peligros en que estaba puesto. Pero era su vida Christo, y el morir habia de ser su premio: la muerte y la vida las consideraba igualmente útiles para su alma; porque si en el alzamiento de los Indios quedaba vivo, con su vida le pagaba quanto al Señor le debia; y si moria en él, por su medio iba á gozarle, ofreciéndole su sangre en sacrificio: por eso no temia á la muerte, ni guardaba su vida; porque si su Dueño permitiera que no le mataran, el tiempo que viviera siempre lo habia de emplear en el ministerio apostólico y predicacion del Evangelio; y si era su voluntad santísima que perdiera la vida, de repente lograria verle en la Gloria, y se libertaria de todas las calamidades de esta vida.

Con esta religiosa confianza emprendió el Padre Garzés todos los viages que quedan ya referidos, siendo cada uno de ellos un asombro de la gracia del ministerio, y de la Providencia con que el Señor favorecia el zelo de su Ministro: tal era la intrepidez con que se exponia en evidentes peligros de perder la vida, ya por la hambre, ya por la sed, caminando solo, por desiertos, arenales y montes, pasando rios y lagunas, no temiendo á las fieras ni á los bárbaros: pues quando no se atrevian ellos á conducirle á las Rancherias de sus enemigos, se iba solo, y se les presentaba predicándoles é instruyéndoles en las verdades católicas, y anunciándoles la paz y sus bienes, hasta convencerles á establecerla entre las Naciones mas opuestas y contrarias. Muchos fueron los centenares de leguas que peregrinó como Apostól del Evangelio, anunciándolo á mas de veinte y quatro mil personas, que vió y trató en tan dilatadas Provincias, sin que la novedad de su trage, la insólita voz de su doctrina, ni su apostólica pobreza, hubieran incitado su barbarie para hacerle algun agravio; sino que en todas las Naciones que transitó de Gentiles fue recibido con veneracion, oído con asombro, alimentado con cariño, y conducido con fidelidad sincera, siendo de admirar el que en muchas de ellas le pedian que se quedara á vivir en sus Rancherias, en otras le negaban guías para que no se fuera, en otras le detenian como preso porque no los dexara; pues tales expresiones en unos Indios remotos, belicosos y soberbios, eran prueba evidentísima de que la verdad, la humildad y pobreza evangélicas, son las armas con que se doman las voluntades mas bárbaras, y las inclinaciones mas perversas; y estas eran el Talisman mas atractivo con que encantaba á los Indios, para que le amaran con respeto. Era su oracion continua, y en ella

acrisolaba la intencion y zelo que dirigian todas sus acciones y pasos á la mayor honra y gloria de Dios, y exâltacion de la Fe Católica; y esto hacia que, como en lo exterior se acomodaba á la pobreza, frugalidad y abatimiento de los Indios, en su interior fuera la gracia labrando una imágen verdadera del desengaño, para infundir en aquellos toscos entendimientos la perfecta idea del Christianismo.

Para reducir á él á tan dilatado número de Paganos, no solo sacrificó su vida en tan prolongados viages, edificando con la pureza de sus acciones, y la verdad de sus palabras, á aquellos incultos bárbaros, haciéndoles ver la santidad de la ley, y entender la de sus dogmas; sino que transcendia su zelo hasta el Solio de la Magestad Católica, dictándole muchos y difusos informes, fundados en la experiencia y expresion de los Diarios que le mandaron hacer los Superiores, individuando en ellos las providencias mas cuerdas con que se pudieran conseguir ambas conquistas, la de sus almas en el gremio de la Iglesia, y la de sus dilatadas Provincias en el vasallage de la Corona. Estos relevantes objetos que con admirable discernimiento promovia en todos sus escritos, hacian admirar el que no habiéndose versado en esta especie de negocios, y siendo en qualesquiera otros muy taciturno, en tocándose la materia de la conversion de aquellas Naciones, se olvidaba de sí mismo, y rompia su natural encogimiento y silencio, hablando con tanta penetracion de ella, y con tan sólidas razones, que se arrastraba las atenciones de todos, sin poder replicar á sus dictámenes. Muy contrario al del Padre era el del Capitan Ansa, sobre los viages primeros que hizo á los Gentiles, solo, y sin escolta ni provisiones; pero hablando con él sobre la posibilidad de poder abrir comunicacion desde la Sonora á los nuevos establecimientos de Monterey, le hizo ver con la experiencia de haber pasado el rio Colorado, que por él podian establecerse los caminos que se quisieran, no habiendo la imposibilidad que vulgarmente estaba creída, y quedó el Capitan satisfecho; y sin otro fundamento propuso al Señor Virrey practicar la dicha comunicacion por sí mismo, como efectivamente la verificó, logrando la gloria de su descubrimiento, y la honra de sus militares ascensos.

No fue ménos evidente prueba, aunque muy infausta y dolorosa, el que por haber desechado los informes y providencias que el Padre con claras razones y repetidas veces expuso para la reduccion de las Naciones que habia docilitado en el rio Colorado, se frustara en el modo que ya queda referido. Pero si la estatura de las virtudes no se mide bien sino por la de las ocasiones en que se versan, porque siendo estas grandes, son tambien las reglas que demuestran el tamaño de las otras, siendo grandes las ocasiones que los Diarios del Padre Garzés recomiendan, para el concepto de magnitud que le daban á su zelo y fervorosas empresas, es la mayor de todas, como corona de sus apostólicas tareas, la del dia diez y siete de Julio del año de ochenta y uno, pues fue la ocasion mas crítica, en que viendo declarada la guerra con las avenidas furiosas que la ira, sevicia y ambicion de los bárbaros rompia por todo, causando sangrientos despojos, é inhumanos estragos, no pensó siquiera en desamparar el

puesto, ni en libertar su vida, y aun habiendo los Indios suspendido en aquel dia sus hostilidades, con lo que pudiera lograr algun arbitrio para su seguridad, pues no le faltara aun entre ellos mismos. Pero consideró que sería esto propio de un Mercenario, y muy ageno del Pastor, que no debia desamparar en el mayor peligro á las ovejas que habian quedado vivas en el primer asalto de los carniceros lobos, y así solo se ocupó en exhortar á aquellas afligidas almas á disponerse para una buena muerte, y en merecer que la suya fuera en los ojos del Señor preciosa; pues como ya se dixo, se dignó su Magestad de condecorarla con extraordinarias maravillas.

CAPÍTULO XVII.

Virtudes y feliz muerte del P. Fr. Juan Antonio Barreneche.

MARAVILLOSA es la eficacia de la divina gracia en el corazon del hombre, quando éste le abre sus puertas á la vocacion de Dios, venciendo á la naturaleza desordenada, por corresponder á ella. Así se vió en la juvenil y breve vida del P. Fr. Juan Antonio Barreneche, alcanzando en una carrera una inmarcesible corona. Nació en el Pueblo de Lacazor, Obispado de Pamplona, y Reyno de Navarra, y en las buenas inclinaciones del hijo, se vieron la piedad y christiana educacion de sus Padres. Desde muy tierna edad lo encomendaron á un noble Caballero que le conduxo á la Ciudad de la Havana, y agregó á los Caxeros de la casa de la Real Compañia, y éstos compadecidos de su ternura le protegian con afecto, y le instruian para la carrera del Comercio. Era éste para un inocente niño ocupacion peligrosa, pues ignorando los fraudes del mundo, habia de abrir los ojos mirando la corrupcion de costumbres que en los Puertos de mar exhalan los libertinos, como esclavos de todos los vicios, y que aun quando no pervierten en la Fe Santa á los Católicos, les hacen sus sectarios en sus depravadas costumbres, usos y modas. De suerte, que arrastrados de su luxo y libertad licenciosa, se complacen en imitarles, pensando que el parecer Extrangeros les hace mas grandes, ilustrados y críticos, ostentando su marcialidad y relaxacion con desprecio de todos, é imaginándose muy elevados de prendas y de ingenio, por el que hacen de las leyes: pues al pudor y modestia christina, la reputan por nimiedad y flaqueza, indignas de su discernimiento, y á la moderacion la desprecian como temor y vano escrúpulo; y de este modo motejan todas las virtudes, y hacen ultrage de todos los buenos, insultando públicamente á la Iglesia, al Evangelio y máxîmas del Christianismo.

De toda esta contagiosa peste preservó la gracia á aquella inocente alma, arrastrada de las buenas inclinaciones en que la habian educado sus Padres. Estas le hacian baxar muchas noches al zaguan de la casa, donde se abrigaba un pobre ciego, para llevarle algo de limosna, la que el buen hombre le pagaba con santos desengaños, advirtiéndole las falacias

del Demonio, y engaños del mundo; y como Juan Antonio le atendia con gusto, entraban en su corazon sus palabras como eficaces auxîlios, para que correspondiera á la vocacion á que Dios le llamaba; pues diciéndole el ciego, que ¿por qué no dexaba el siglo y tomaba el hábito en la Religion de San Francisco, para mejor servir á Dios, y huir de los engaños del mundo? hicieron en él tanta impresion, que desde entónces comenzó á pensar seriamente en corresponder á tan santo llamamiento. No se determinó desde luego y con ligereza de niño, sino que desconfiado de su amor propio, consultó sus inspiraciones con un Confesor docto. Veía éste la madurez de su juicio, y la moderacion de su vida; pero atendiendo á que tenia diez y siete años, le pareció probar mejor su vocacion, diciéndole que para ser Religioso era preciso que primero estudiara la Gramática.

Con esta resolucion buscó luego un Maestro, y tuvo la felicidad de hallarle tan conforme á sus santos deseos, que promovia la aplicacion del Discípulo con sus claras y continuas lecciones, sacando en ménos de dos años un Gramático expedito y en aptitud para ser exâminado. Su trabajo, su constancia y su vida devota, fueron mérito para que fuera admitido á la Religion, y á los diez y nueve años de su edad, y el de sesenta y ocho, tomó el hábito en el Convento de la Ciudad de la Havana, no solo con aceptacion de los Religiosos, sino con edificacion de los Seculares, mayormente de los Compañeros. No fue menor la felicidad de haber tenido por Maestro en su Noviciado á un Religioso igualmente docto, práctico y discreto para la direccion espiritual de sus Novicios. Desde luego conoció á fondo el espíritu de su nuevo Discípulo, observando con prudencia que iba dirigido de un perfecto desengaño, y que correspondia á su vocacion fervoroso, dado á la oracion y al exercicio de las virtudes, aspirando á una muy estrecha y penitente vida: que se privaba del comun desayuno del chocolate, aunque se lo ofrecieran, y exercitaba otras mortificaciones y abstinencias. Le veía aplicarse con esmero al estudio de las reglas del Oficio divino y ceremonias eclesiásticas, á la inteligencia literal de la Regla Seráfica, y de las costumbres religiosas: y que el efecto de esa aplicacion era no perder el tiempo, y dedicarse á la práctica escrupulosa de todo lo que se le enseñaba.

En estas útiles ocupaciones cumplió Fr. Juan Antonio el año de noviciado, y con aprobacion y complacencia de todos los Religiosos, hizo su profesion con mucho consuelo de su espíritu, y santos propósitos de observar la Regla á la letra y sin glosa; por lo que se dió con nuevos fervores á la oracion, práctica de las virtudes, y especialmente á la mas estrecha pobreza y rígida mortificacion de su carne: con tales propósitos era tan pobre, que no admitia cosa alguna que no fuera necesaria, y ni aun las que son comunes al uso de los Religiosos, ni daba á lavar su túnica, sino que él mismo lo hacia. Era su continua ocupacion despues de la del Oficio divino, á la que era indefectible en el Coro, el repetir visitas al Santísimo Sacramento, y cuidar de dia y de noche de que las lámparas estuvieran encendidas, solicitando lo que les faltaba, y que no se apagara la de su corazon, atizándola gran parte de la noche con oracion ferviente.

Luego que profesó le destinaron al estudio de la Filosofía, y sin faltar á la clase, lecciones y aplicacion del estudio, que miraba como actos de obediencia, se retiraba al Coro llevando los cartapacios en la mano, y asistia á todas las Misas, pasando su leccion en algunos intervalos, con lo que aprovechaba mas en aquella sagrada escuela, que con lo que se le enseñaba en la aula. Este interés y dulce atractivo le tenia como encantado, sin saber apartarse de la presencia de Jesuchristo Sacramentado, particularmente quando estaba públicamente expuesto, pues no se apartaba de las Tribunas. De esta inflamada comunicacion con el Señor, le resultaba un molesto fastidio de la de las criaturas, y de las conversaciones ociosas, por lo que solo gustaba de la de las personas virtuosas, y que hablaban de Dios y de sus divinas perfecciones; y así no tenia mas amigos que los que eran buenos, y le alentaban al exercicio de las virtudes con su doctrina y exemplo: y como en ese fuego del divino amor era consiguiente que ardiera el del próximo, agitaba su corazon el zelo de la casa de Dios; y no pudiendo entónces exercitarlo de otro modo que en enseñar la Doctrina Christiana á los ignorantes y muchachos, gastaba en esto todo el tiempo que podia hurtar al estudio y asistencias del Coro.

Aunque ya era profeso, no por eso faltaba Fr. Juan Antonio á todos los exercicios que practican los Novicios; y viéndole su Maestro tan gustoso y propenso á ellos, le hizo su pedadogo para que les instruyera en el rezo del Oficio divino, ceremonias de la Religion, é inteligencia de los preceptos de la Regla Seráfica. Deseaba él con vivo zelo el que esta se guardara á la letra, y por eso se empeñaba en hacersela entender á los que la habian de profesar literal y genuinamente, para que la ignorancia de sus preceptos no fuera causa de sus transgresiones. En todo lo demas del Noviciado desempeñaba las confianzas de su Maestro, enseñando mas que con palabras con exemplo, como habian de portarse los Novicios: esto, que no era poca confusion para algunos Profesos, hizo ver que es preciso que todos los que quieren vivir piadosamente con Christo, padezcan persecuciones, pues no le faltaron muchas en que tuvo que sufrir falsos testimonios de que le acusaron con los Prelados, aunque su Maestro, que tenia conocimiento de su interior espíritu y de su porte religioso, satisfacia á los Superiores con la sana intencion y zelo santo de su Pedagogo; y como la verdad es madre de la Justicia, de ella misma resultaban las calumnias convertidas en alabanzas, que le mortificaban mas que si fueran sus penitencias. Las que él practicaba en sí mismo, eran admiracion de sus Compañeros, que en todo ponian cuidado, quando él ignoraba su curiosidad; y preguntándole los Coristas: ¿porqué atormentaba su cuerpo con azotes y tan malos tratos? Les respondia: porque él es mi mayor enemigo.

Ya la edad y suficiencia le habian promovido á los sagrados órdenes hasta el de Diácono, y no teniendo ociosa la gracia de su vocacion, ésta le excitaba á mas estrecha y penitente vida, para aspirar á la perfeccion religiosa; y aunque sentia en sí estos afectos, no sabia el medio para conseguirlos. Proponia en la oracion practicar los impulsos que sentia, y avivando la Fe en la divina piedad,

le pedia humilde al Señor que le declarase su voluntad, y perfeccionase sus deseos con el cumplimiento de ellos. La misma soberana Providencia parece que le dictaba sus peticiones, para dirigir sus pasos al glorioso fin á que le tenia destinado, y así le abrió camino para ellos con tan suave y eficaz modo, como fue el de que el P. Fr. Henrique Echasco, que se volvia á su santa Provincia, despues de haber cumplido diez años en el ministerio apostólico, tanto en el Colegio como en sus Misiones de Infieles, llegara á la Havana; y estrechándose con él Fr. Juan Antonio, se fue informando muy por menor de todas las calidades del Colegio, su regularidad y ministerios, y la observancia literal de la Regla, y hallando en el informe lleno el cumplimiento de sus deseos, luego se determinó á escribir al R. Padre Guardian y V. Discretorio, suplicando con humildes instancias, se dignara de admitirle á la incorporacion del Colegio.

Acompañaba á esta peticion el informe de las buenas prendas del Pretendiente, que dió el Padre Echasco, y por él fue recibido por decreto de catorce de Junio del año de setenta y tres; y remitiéndole la Patente, se embarcó el dia doce de Agosto del mismo año. Fue trabajoso el viage, padeciendo muchas borrascas, y en una de ellas arribó el barco al rio de Pánuco, y se desembarcó Fr. Juan Antonio en el Puerto de Tampico. Dista éste de la Ciudad de Querétaro casi doscientas leguas, y sin mas equipage que el Breviario, emprendió su caminata solo, á pie y atenido á la Providencia divina para su preciso sustento: hacia en aquellas soledades las jornadas hasta de diez leguas, con el contratiempo de continuas lluvias y caminos muy fragosos; pero todo se lo hacia tolerable el anhelo de llegar al Colegio, y fue el dia trece de Septiembre del dicho año. Muy luego se hizo reparar la fortaleza de su espíritu; pues habiendo llegado sumamente fatigado y muy hinchadas las piernas, se le hicieron repetidas instancias para que se recogiera á descansar y curar á la enfermeria; pero diciendo, que él se curaria aquella noche, al siguiente dia le vieron ya bueno, y asistió á la funcion de la Exâltacion de la Santa Cruz, titular del Colegio, y prosiguió siguiendo todos los actos de Comunidad.

Suplicó tambien al Padre Guardian que le permitiese vivir dentro del Noviciado, y hacer todos los oficios de los Novicios, estando en todo sujeto á la disciplina del Padre Maestro: todo se le concedió, y así se mantuvo muy gustoso hasta que el Prelado le mandó que viviera en Celda separada, para que con mas oportunidad asistiera á las lecciones de la sagrada Teología. No por eso dexaba de servir en los oficios humildes, en las campanas y en todas las horas del Coro de dia y de noche, aplicándose voluntariamente á tocar á Maytines. Luego que llegó al Colegio le pidió al Prelado un Padre espiritual que dirigiese su espíritu, y á éste se sujetó con una ciega obediencia en todo lo que le ordenaba para el régimen de su vida. La pobreza evangélica era el objeto mas estimado de su alma, y por su amor no quisiera vestir sino el hábito mas remendado, ni tenia alhaja alguna particular de su uso, ni en la cama mas que las desnudas tablas.

Siempre vivió abstraido y totalmente retirado de Seculares y Pai-

sanos, y solo les comunicó en el Confesonario quando llegó á exercitar este santo ministerio. Para la guarda de la pureza se entregó, con dependencia de la direccion de su Confesor, á una vida muy austera; porque á mas de seguir con estrecha puntualidad los exercicios y actos comunes del Colegio, hacia disciplina todos los dias, dormia sobre las desnudas tablas, con tal incomodidad, que ni se afloxaba el hábito, y con tanta escasez, que quando se tocaba á Maytines ya estaba levantado: despues de éstos y de la oracion mental de Comunidad, se ocupaba en exercicios devotos de las Estaciones y otros, hasta la hora de las Misas, á las que asistia sirviendo de Acólito, en cuyo santo empleo fue permanente aun despues de que se ordenó de Presbítero. Ayunaba las nueve quaresmas que N.S.P. S. Francisco, y muchos dias del año á pan y agua: de noche no tomaba mas que las yerbas, y quando la Comunidad comia de carne, para guardar la observancia de sus ayunos, no tomaba mas que el caldo y los garvanzos, solo que alguna vez, por órden de su Confesor, comiera algo de la carne: y para que esto no careciera de mortificacion, iba á la tarde á la enfermeria, y de las sobras de los enfermos tomaba fria una corta pitanza.

Eran muy pocos los dias del año en que dexaba de ayunar, y en ellos se privaba del chocolate, lo que regularmente hacia siempre, contentándose quando no ayunaba, con desayunarse con un pedacito de pan, diciendo que para él era superfluo el chocolate, pues conocia que no le hacia falta alguna. Tuvo deseos de ayunar siempre á pan y agua; y habiéndole pedido licencia al Confesor con instancia para hacerlo cinco dias seguidos, éste consultó al Prelado, temiendo errar en condescenderle mas de lo que debiera segun su robustez y espíritu, con que parecia hallarse movido, y por otra parte no impedir y apagar el espíritu, ó faltar á la correspondencia de la inspiracion divina: el Prelado dió órden de que le mandase, que por la mañana tomase un poco de chocolate, y no le permitiese ayunos de pan y agua seguidos, sino algunos entre año por alguna particular devocion: con la misma moderacion se le permitió que usara de cilicios en los brazos y cintura todos los dias, pero que se los quitara al tiempo en que habia de dormir.

Nunca dió entrada en su corazon á la pasion nacional, ni á título de paisano, ó por otro qualquier respeto se le advirtió amistad particular con ningun Religioso, sino que con todos era igualmente afable, comedido y obsequioso: á todos quisiera servirles, y en los oficios que por turno hacen los Padres Sacerdotes, se les ofrecia, y aun rogaba para hacer él los que eran mas penosos, por lo que ordinariamente decia él la Misa última; y lo que es mas, que en los oficios correspondientes á los Hermanos del Noviciado, se anticipaba siempre que prevenia alguna falta para evitarla. Á los enfermos no solo les visitaba con freqüencia, sino que les ayudaba á rezar el Oficio divino, ofreciéndose gustoso á los que la enfermedad les hacia penoso el rezar sin Compañero.

Quando fue ya Sacerdote celebraba el santo Sacrificio de la Misa con singular devocion, y puntualmente arreglado á las Rubrícas, de que hizo siempre particular estudio. Todo el tiempo que podia lo lograba en el estudio, y con especialísimo anhelo,

en el de libros espirituales, y para que su leccion no fuera transitoria, tenia un libro blanco en que anotaba quantas especies juzgaba conducentes para su instruccion, aumento de la devocion, ó provechosa doctrina para las almas, y con estos fines tenia trasladado en él todo el tratado del Estímulo de amor, del Seráfico Doctor San Buenaventura. Ni era este zelo infructuoso, pues siendo ya Confesor, era incansable en el Confesonario, y tenia licencia del Prelado para no dexar tan importante ministerio por la asistencia del Coro; y así se llevaba las mañanas y tardes confesando, y muchas veces no alcanzaba la primera mesa de la Comunidad, por no dexar sin consuelo á los penitentes, y mas si eran forasteros, pues qualesquiera necesidades espirituales ó corporales del próximo, afligian su corazon compasivo, y como le fuese posible no omitia diligencia alguna para remediarlas, aunque fuese á costa de su humildad y paciencia, de que se le ofrecieron lances en que dió pruebas visibles de ellas.

Así permaneció el P. Fr. Juan Antonio en el Seminario rendido á la obediencia, no solo del Prelado, manifestando en todo los mas rendidos obsequios de súbdito, ni solo atado á la observancia de la direccion espiritual de su Confesor, sino á la voluntad de todos, pues tenia por fortuna servir aun á los mas ínfimos; pero eran éstas solo preparaciones para el fin á que el Señor le destinaba, y que quiso efectuar por el seguro medio de la obediencia. Ya llevaba seis años en el Colegio, y en la perseverancia de una vida apostólica, y esta le hizo juzgar al Prelado que era muy idoneo para Ministro del Evangelio, y habiendo necesidad de ellos en las Misiones de Infieles, exploró su voluntad, y hallándola pronta á la obediencia, le envió para Misionero en las de Sonora. Esa misma idoneidad reconoció luego que le vió el Padre Presidente de las Misiones, y así no dudó en destinarle para Compañero del P. Fr. Francisco Garzés en la fundacion de las nuevas Conversiones del rio Colorado.

Acaece entre los hombres, lo que en las plantas y en los metales, que es necesario que tengan conformidad y proporcion para unirse los unos á los otros; y así fue la caritativa union de estos dos Misioneros, una santa alianza que les hizo en todo iguales, en el zelo del bien de las almas, en la apostólica pobreza, en la extraordinaria frugalidad, en la solicitud de los Gentiles, en la mortificacion corporal, en la oracion y demas funciones de su ministerio, que uniéndoles en todos los trabajos de la vida, no les separó ni en la muerte, y les igualó en una misma sepultura. Dos años trabajó el P. Fr. Juan Antonio en el catequismo de aquellos Indios, dedicado todo á la enseñanza de los niños, los que fatigaban tanto su cuidado, que en una Carta decia: »Cosa »lastimosa es, que á nuestra vista se »pierdan tantas almas inocentes, co»mo son los párvulos que se mueren »sin Bautismo; y aunque no nos des»cuidamos en correr por toda esta »Nacion, mirando si hay párvulos »enfermos, pero con todo, no se pue»de remediar el que muchos se nos »mueran sin la gracia del Bautismo.» Resultaban estos graves inconvenientes de no haberse fundado las Misiones en que debian haberse congregado los Indios, y andar éstos dispersos por los montes, y ser preciso ir á buscarlos por mas de ocho leguas, en

que vivian desparramados.

Solo vivian aquellos Misioneneros con las esperanzas de que se habian de dar mejores providencias; pero trabajaban contra esas mismas esperanzas, como si no las tuvieran; pues ambos le dan razon del estado que en el mes de Enero de ochenta y uno tenian los nuevos Pueblos, y le dicen al R. y V. Discretorio. »La »reduccion ha tenido sus altos y ba»xos, pero en el dia gracias á Dios vá »prosperamente, aunque no como se »pensaba, porque Palma, y los rega»los de México, nos han hecho mas »daño que provecho.» Toda esa prosperidad que consolaba á los Misioneros era puramente espiritual, pues poco ántes la individuó el Padre Barreneche con decir: »De los párvulos »que voluntariamente han traído sus »Padres Gentiles, se hallan bautizados »mas de doscientos, de los quales se »han muerto algunos, como tambien »algunos muy viejos, y algunos mo»zos casaderos, que entre todos habrá »bautizados como trescientos.» En otra Carta decia: »Tambien algunos »muy viejos, primero hechos capaces »de los principales Misterios de nues»tra Santa Fe, se han bautizado en »el modo posible: como tambien otros »de los grandes, enfermos en peligro »de la muerte, de los quales algunos »se han muerto. En quanto á los vie»jos y enfermos de los grandes que »bautizamos, no dexamos de tener »algunos recelos acerca de su dis»posicion para recibir la gracia del »Bautismo; pero la caridad nos obli»ga á favorecerlos en el modo que »podemos.»

Esta continua solicitud de la salvacion de los Infieles, y el activo zelo con que procuraba con instrucciones y exemplos la de los Christianos que estaban allí agregados, sin interrumpir los exercicios devotos con que les alentaba á la freqüencia de los Santos Sacramentos de dia, y gastaba gran parte de la noche, le hicieron decir en una Carta al Padre Garzés, escribiéndole al Padre Presidente: »El P. Fr. Juan está muy conten»to: de este calibre que vengan mu»chos: él es otro San Patricio.» Aun los que no ponen toda su atencion en las cosas que son de Dios y espirituales, confesaban que se la robaban la continua predicacion y tareas del Confesonario, en que siempre le veían ocupado; y por eso, aunque de todos los Misioneros hablaban con veneracion y respeto, pero distinguian al Padre Barreneche diciendo que era un azogue para ocurrir á todo, y celebraban el que gastaba el dia rezando y cantando alabanzas á María Santísima.

Ya se dixo en el alzamiento de los Indios, quan impávido se portó, despreciando los peligros por socorrer y absolver á los moribundos, y solo se puede añadir en su elogio, que la caridad le habia unido tanto con el Padre Garzés, que sería dificil resolver quien de los dos era mas zeloso de la propagacion de la Fe entre los bárbaros: quien mas solícito de reducirlos: quien mas liberal con ellos: quien mas humano, pobre, sencillo y natural para atraerlos. Esta grande armonia de virtudes y concierto de costumbres, les hizo en dos cuerpos un espíritu, y siendo en ambos verdaderamente apostólico, habia de ser tambien igual el triunfo. Murió el P. Fr. Juan Antonio Barreneche á manos de los Indios, á los treinta y dos años de edad, trece de Religioso, y nueve de Misionero Apostólico. Todos quantos concurrieron al sepulcro en que estaban enterrados

los dos cuerpos, tuvieron por prodigiosas las flores que los descubrieron; y no siendo otro el concepto de los que hallaron los otros dos cuerpos difuntos, sobre las canciones y demas cosas que en aquel sitio habian oído y visto los cautivos, se hace reparar el misterioso tiempo en que aparecieron las flores de los cantares: pues diciendo que fue el de la poda, usa de una enfática palabra, que igualmente significa el de las canciones; y se podia discurrir que en las flores con que descubre á los unos, y en los cantos con que obsequia á los otros, denotaba la soberana Providencia los sazonados y dulces frutos que en las muertes de aquellos quatro Misioneros cogia el celestial Jardinero, producidos de su apostólico ministerio para honor y decoro de su glorioso Instituto.

CAPÍTULO XVIII.

De otros preciosos frutos del ministerio Apostólico.

ADMIRACION fue siempre de los Santos considerar á un Jóven de veinte y cinco años como era Isac, quando rendido á la obediencia de su Padre, estaba atado y puesto de rodillas sobre el Altar, viendo levantada ya la mano de Abrahan con la espada que habia de consumar el sacrificio de su vida; y aunque Dios suspendió el golpe, y Isac quedó vivo, no por eso dexan de elogiarle como á inocente Mártir, é inmaculada hostia de la Iglesia antigua: es cierto que no sufrió tormentos, no derramó su sangre, no perdió la vida; pero fue bastante para su martirio, el que se pusieran las causas, que naturalmente le dieran la muerte si por voluntad divina no se suspendiera el golpe. La razon de esto es de oro, porque es del Chrisóstomo, que dixo: »que al Mártir no lo »hace solo la muerte, sino tambien el »propósito de la voluntad, pues por »ella se computa la corona del mar»tyrio: así Dios lo declaró quando »Abrahan no ensangrentó el cuchi»llo, no regó de sangre el Altar, ni »le quitó la vida á Isac, sino que »aceptó el sacrificio, diciéndole: no »perdonaste á tu amado hijo por mí, »y le volvió á su casa vivo é intacto; »¿pues cómo dice el Señor que no lo »perdonó? Porque no por el suceso »de las obras, sino por la intencion »y voluntad de la alma, es por la que »suele juzgar y aceptar los sacrifi»cios; no la mano, sino la voluntad fue »la que lo hizo, y aunque el cuchillo »no le cortó el cuello á Isac, pero fue »el de Abrahan un verdadero aun»que incruento sacrificio, que le con»decoró con el título de Mártir in»victo.»

Esta benignísima dignacion con que la Bondad divina acepta los racionales voluntarios sacrificios, es la que anima y vivifica á los Misioneros, como á los niños de Babilonia en el fuego, y á Daniel entre los leones, para tolerar los efectos del furor de los bárbaros, y no intimidarse con sus incendios, ni temer la hambre, la sed, ni los palos, las flechas, lanzas y piedras, en que han visto á sus Hermanos rendir constantes las vidas, y que amenazan sobre sus cabezas. Ella es la que en medio de tan temibles

peligros alienta sus espíritus, para que no dexen el arado de la mano, ni de dar con doctrina y exemplo los mas ilustres testimonios de la Fe de Jesuchristo, y de la santidad de su Evangelio. Ella es la que ha inflamado mas su zelo, viendo en repetidas ocasiones que solo su alta Providencia pudo preservar sus vidas de las crueles invasiones con que los Apaches y sus aliados han intentado quitárselas, y les ha infundido valor para no huir de los laboriosos afanes de su ministerio, por mantener las Misiones á vista de los enemigos, solo confiados en los auxilios del Cielo.

Justicia es considerar la cruel sevicia y obstinada guerra con que aquellos inhumanos verdugos habian estado invadiendo á sangre y fuego las Misiones, para conocer con ella la invicta paciencia de los Misioneros; pues á imitacion de su Cabeza Jesuchristo, habian tolerado injurias, sufrido irrisiones, y sin temor de ninguna especie de tormentos, quantos fueron sus trabajos, otros tantos han sido sus sacrificios, en que estando prontos á derramar la sangre y dar las vidas por Christo, han podido con verdad decirle al Señor: por tí hemos sido mortificados todos los dias, y estado reputados como ovejas destinadas al matadero. Pero elevando mas la consideracion, debe tambien hacerse de que la virtud de las buenas obras es la perseverancia, pues no se coronará de triunfos sino el que perseverare en los trabajos; y como en ella consiste tambien el logro y frutos del ministerio apostólico, que solo con la muerte se pueden llamar sazonados y preciosos, por eso son muy dignos de memoria los que los dieron á la Iglesia, perseverando en la Propagacion de la Fe, hasta el fin de sus vidas, y la de sus virtudes, y laboriosas tareas, para la imitacion de los que como ellos deben sostener el peso de sus apostólicas empresas.

El primero que en la ara de la caridad sacrificó su vida por la conversion de aquellos Indios, fue el R. P. Fr. Mariano de Buena y Alcalde, natural de la Imperial Corte de México. Fue hijo legítimo de Don Antonio de Buena y Alcalde, y de Doña Nicolasa de Valero y Alfaro, ambos de la primera nobleza, y Don Antonio Capitan del Comercio, acaudalado y con distinguida decencia en su casa y familia, originada de Verlanga en Castilla la Vieja. Nació en el mes de Marzo de mil setecientos y diez y siete años, y en el Santo Bautismo le pusieron los nombres de Antonio Joseph. Desde su infancia se descubrieron las luces de la razon y bellas prendas con que le favoreció la naturaleza, y á las que correspondian las de la educacion y política de sus Padres; pues instruido en las primeras letras, ántes de los catorce años entró en el curso de Filosofía, en el que salió aprobado con aprobacion de su Maestro, y grado de Bachiller en la Universidad.

Ya era su Padre difunto; y aunque la christiana entereza de su Madre no le permitiria descaminarse de las sendas de la honra en que se habia criado, pero todavia en la misma linea de sus estudios podia aspirar á los ascensos y premios que hacen la felicidad y conveniencias de los que se conservan en los empleos literarios: podia tambien concebir sus comodidades en el estado Eclesiástico Secular, pues no le faltaran Capellanias, ni Beneficios: ó por fin pudiera seguir el Comercio en que su Padre estaba acreditado; pero con ad-

miracion de todos eligió el ser Religioso en el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, pues él ni habia salido de México, ni era natural que quisiera abandonar á su Madre y Parientes, quando para profesar el mismo Instituto tenia en México el Colegio de San Fernando; pero todo lo renunció, y la constancia en su vocacion hizo que se le proporcionara su logro, tomando el santo hábito el dia veinte y siete de Abril del año de mil setecientos treinta y quatro.

Cada dia mas gustoso prosiguió Fr. Antonio su noviciado, y correspondiendo á las instrucciones de su Maestro con humilde rendimiento, dió pruebas de la verdad de su vocacion, y tambien de la felicidad de su memoria, y docilidad de su genio, para imponerse en las reglas del Oficio divino, y ceremonias de la Religion, y mas en la substancia y literal inteligencia de los preceptos de la Regla Seráfica; por lo que cumplido el año, hizo con aprobacion de toda la Comunidad la profesion, en la que su devoto afecto pidió se le mudara el nombre, y se le pusieran los de Fr. Mariano Jesus de San Joseph: no es fácil indagar porqué no se firmó despues con ellos, y siempre fue conocido por Fr. Mariano de Buena y Alcalde.

Para los cursos de la sagrada Teología fue enviado al Colegio de nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, y por sus grados ascendió al del Sacerdocio, y fue instituido Predicador y Confesor; y aunque satisfacia á estos cargos con zelo, era mayor el que fatigaba su espíritu para emplearlo en la conversion de los bárbaros, y exponiendo al Prelado sus deseos, lo destinó para las vivas Conversiones del rio Grande del Norte. La de San Juan Bautista fue la que se le asignó, y en la que perseveró muchos años, pues siendo de una constancia genial, desde luego asentó en ella el modo con que podia lograr los frutos de sus desvelos: éstos los dedicó todos al catequismo de los Neofitos, y la instruccion necesaria para que se exercitaran en actos de devocion, y en la freqüencia de los Santos Sacramentos; y para llenar sus ideas de la magestad y grandeza del Señor que los instituyó, y del culto y decencia con que se debian venerar, se esmeró en el adorno de la Iglesia y Sacristia con Imágenes y ricos Ornamentos, de suerte que se celebraban en ella las funciones y misterios principales con la pompa y solemnidad que si fuera una Parroquia muy antigua y enriquecida de copiosas rentas. No consistian éstas mas que en la oficiosa solicitud del Misionero, que sabia fomentar la inclinacion de los Indios, que propensa á andar vestidos y portarse como los Españoles, les civilizaba con su propio trabajo, y les persuadió á hacer sus casas de adoves, á texer mantas y sayales, y á tratar y vivir como hombres, lo que consiguió en gran parte, viendo ellos los frutos de sus labores logrados en el provecho de sus personas y sus hijos.

Cansado ya de varios accidentes y quebrantos de salud, se retiró el P. Fr. Mariano á la quietud de su Colegio, y celebrándose en él el Capítulo Guardianal el año de cincuenta y uno, fue electo en Discreto y Vicario: no por eso dexaba la continua tarea del confesonario, así de Seculares como de Religiosas; pero era mayor la inclinacion á las de las Misiones, y por eso luego que cumplió el trienio salió con otros Compañeros á misionar por el

Obispado de Michoacan, siendo tanta su aplicacion, que acabados los seis meses se restituía al Seminario, para proseguir despues de un corto tiempo de descanso. Mayor fue la eficacia que puso en este laborioso exercicio desde el año de sesenta y dos, en que propuesto para Prefecto Apostólico de todas las Misiones de las Indias Occidentales, fue confirmado por el Señor Benedicto XIV. pues creyó debia emplear todas sus fuerzas en desempeñar tan honroso oficio, trabajando en misionar como legítimo Operario.

Este zelo atendió el R. Padre Guardian y V. Discretorio el año de sesenta y siete, en que el Señor Virrey por órden de S. M. les envió decreto para que se aprontasen catorce Religiosos que fuesen á servir las Misiones de Sonora, pues eligió para Presidente de ellas al P. Fr. Mariano, y aunque pudiera exponer razones válidas, y aun motivos justos para excusarse de tan peligroso y dilatado viage, no hizo ni leve insinuacion de ellos, obedeciendo con el mayor rendimiento. Todavia en la larga demora de tres meses que se detuvieron en Tepique, podia haber representado las causas de su salud y otras para volverse al Colegio; pero atendia mas al honor de éste, y perseveró constante en su destino, y mientras se efectuaba empleaba el tiempo en exercicios de piedad, y en el confesonario. El dia veinte de Enero del año de sesenta y ocho se embarcaron en el Puerto de San Blas, y no habiendo navegado el Padre, era necesario que le fuera el viage muy penoso; pero el Señor le fortalecia, no solo para no marearse como los otros, sino para no desfallecer en los gravísimos trabajos de una navegacion que duró tres meses, todos de borrascas y sustos; y aunque hicieron arribada á Mazatlan y desembarcaron allí los Misioneros que iban enfermos, el Padre prosiguió su viage, desatendiendo sus gravísimos peligros, hasta el dia nueve de Mayo que dieron fondo en el Puerto de Guaimas.

Luego que desembarcó, supo que ya estaban destinados él y sus Compañeros para la Pimeria alta, cuyas Misiones son fronterizas á la Gentilidad: bien conoció el claro influxo que promovió el destino, pero lo consideró disposicion del Señor, que queria servirse de aquellos Ministros en el mayor trabajo y penalidades del ministerio, y practicó el órden del Gobernador para que fuese recibiendo y dexando Ministros en aquellas Misiones. Estaban éstas en el mas ruinoso estado, así temporal como espiritual, segun queda ya individuado; pero para proporcionarles en uno y otro los oportunos remedios, y experimentado de los que con superiores luces introduxo el zelo de los Padres antiguos en los nuevos establecimientos, juntó á todos los Misioneros, y les persuadió á la práctica de las Misiones de Texas, que algunos de ellos habian visto, y que todos se conformaran en un solo método, tanto en la Doctrina Christiana, como en la civil economia, y ninguno intentara diverso gobierno, hasta que las circunstancias de los tiempos dieran mas luces, para que informados los Superiores establecieran otros reglamentos. Tenia por la mas segura regla para no errar, seguir los loables estilos de sus mayores, y así los miraba como á norte seguro, y se arrimaba á las costumbres en que establecieron las antiguas Conversiones, como á timon que endereza y hace

fácil el gobierno, para penetrar sin error los escollos de las muchas dificultades que cada dia se suscitan en las Misiones, y que pueden causar lamentables pérdidas, si se dirigen con variedad de opiniones.

No miraba el Padre Presidente en el establecimiento del Gobierno, ni en su comodidad propia, pues escogió para sí la Mision última, mas pobre, y expuesta á la hostilidad de los enemigos, ni otra clandestina economia que pudiera tener resorte en algunos privados intereses, y por eso dió cuenta de todas sus mas menudas circunstancias á todos los Superiores; y habiendo entrado á la visita de aquellas Provincias el Illmô. Señor Don Joseph de Galvez, provocó su zelo con un dilatado informe, que lo excitaba á ver por sí mismo quanto en él le proponia, y concluyendo que para que aquellos Indios congregados en Pueblos, pudieran lograr grandes conveniencias, y sobre todo el logro de sus almas, é ir abriendo camino á la reduccion de otras muchas Naciones, era inevitable el que se estableciera el gobierno en todo y por todo con que se habian fundado, y conservaban con tanto auge las Misiones de Cohaguila y Texas. Todo lo vió, exâminó y aprobó, con ilustres testimonios que dió del acierto del gobierno espiritual de las Misiones, el Illmô. Señor Visitador General; y para el temporal mandó á los Comisarios Reales que les entregaran á los Padres todas las Temporalidades, y con esta providencia han perseverado, no obstante las muchas contradicciones que contra los gobiernos espirituales y temporales se han suscitado, aunque con infeliz suceso, como se verá á su tiempo.

Indecible serenidad es la que goza el espíritu, quando nace de las obras virtuosas, dictadas de la intencion con que el ánimo no se busca en ellas á sí, sino á la suma Bondad, pues no solo satisface en ellas á su conciencia, y sanea su propia honra y buena fama, sino que promueve con libertad el bien del prôximo. Con este dictámen se trasladó el P. Fr. Mariano á la Mision de Ures, para recibir en ella al Señor Visitador, y hacerle patente quanto conduxera á la mejor estabilidad de aquellos Indios, y á la reduccion de los Gentiles fronterizos. Traía el Visitador el designio de pasar al Pitic de los Seris, para probar si por medios suaves podia reducirlos, y ponerles Mision para su catequismo y doctrina; y diciéndole al Padre Presidente sus intenciones, al punto se le ofreció para ir en su compañia, y cooperar al logro de ellas, quedándose por su Ministro si se verificara el allanamiento de ellos; pero tenian en su compañia malísimos influxos de los apóstatas, mulatos y otros facinerosos, que les hicieron desconfiar de las buenas proposiciones que se les hacian, y temerosos del castigo no quisieron baxar de los cerros, por lo que sintiéndose ya agravado de crueles accidentes el Visitador, se volvió con el Padre á la Mision de Ures.

Es la nobleza una fuente que á largas distancias conserva su purpureo raudal la direccion que le dió el nativo manantial de donde se deriva; y aunque siempre se traslucia entre las cenizas del sayal, que cubria las venas por donde corria en el Padre Buena, pero en la ocasion de tener por huesped á aquel Illmô. enfermo, dió las pruebas mas relevantes de su noble sangre y christiana política. Siete meses se conservó en

su compañia el Señor Galvez, sin tener mas consuelo que su amable trato, ni mas desahogo en sus cuidados: con esta ocasion se familiarizó tanto, que pudo comprehender el porte, el zelo y los trabajos de los Misioneros: veía el Padre el gusto con que oía las noticias que le comunicaba el Padre Garzés sobre las buenas disposiciones en que habia visto á los Gentiles de los rios Colorado y Gila para reducirse á Misiones, y se las comunicaba con franqueza, porque movian su ánimo á desear el restablecimiento de su salud, para ir á ver por sí mismo aquellas numerosas Naciones, y dar las providencias que facilitaran el logro de tantas almas. Pero no tuvieron efecto tan santos deseos, porque mitigando el rigor de los accidentes que le afligian, pareció la mas prudente resolucion el que se retirara de aquellas tierras: salió con él el Padre por darle gusto, pero en Chiguagua hizo el Señor Visitador algunas reflexiones, por las que suplicó al Padre se restituyera á Sonora, con encargos de su confianza, y así lo hizo el Padre, tanto por su obsequio, como por el arbitrio que el Señor Virrey le dexaba para su regreso, en Carta que sobre el mismo viage le habia escrito.

Á poco de restituirse el Padre á Ures, le requirió el Gobernador que pusiese un Ministro á los Seris que habian baxado con los Tiburones á pedir Mision, y no obstante las fatigas de su viage, se ofreció á ir por su Misionero; y pidiendo las providencias para la fundacion de una Mision nueva, se difirió, por decir el Gobernador que no tenia arbitrio para darlas. Habia ya el Padre Buena representado repetidas veces al R. y V. Discretorio, las fatigas y accidentes que habia contraído de los largos y repetidos viages, y demas trabajos del ministerio, suplicándole nombrase otro Presidente; y en la consideracion de ellos, nombraron por Presidente al P. Fr. Juan Chrisóstomo Gil de Bernave, al que encargó el Padre Buena el importante negocio de ponerles Ministro á aquellos Indios, y se retiró á esperar la muerte, que sus enfermedades le anunciaban muy cercana. Así fue, pues purificado en el crisol de muchas dolencias, al siguiente año de setenta y dos, el dia quince de Septiembre preparado con todos los Santos Sacramentos, y una resignacion christiana, murió en el Real de S. Antonio, á los cincuenta y cinco años de edad, y treinta y ocho de Religioso, y fue sepultado con universal sentimiento, no solo de sus Hermanos, sino de los Españoles é Indios, en la Mision de Ures.

No permite la justicia dexar en silencio la piadosa memoria que vive en aquella Provincia de las virtudes, religiosidad, doctrina y zelo de este Misionero apostólico, pues consumido mas de los trabajos que de los años, afanó en establecer aquellas Misiones con provecho y alivio de sus Neófitos, y promovió con eficacia la conversion de los Gentiles, fomentando el zelo del Padre Garzés, para el logro de sus penosos viages: anheló por el socorro y consuelo de los Misioneros, haciéndoles tolerables sus enfermedades y tareas, con la suavidad de su gobierno y provision de sus necesidades: procuró siempre la paz y buena armonia con los Gefes, Soldados y Vecinos de la Provincia, sin que ninguno pudiera quexarse de ofensa que le hubiera hecho, ni resultara en vituperio del ministerio apostólico: relució siempre en la re-

pública de sus afectos la fina educacion y noble orígen con que se habia criado, y así hacia virtud la política y buena crianza, despreciando la ansia de conseguir cargos, ni pretender puestos, conociendo ser la madre de las hipocresias, y autora de las emulaciones: por eso, lleno de verdaderos personales méritos, murió en la ara de la obediencia, sin atender á otro premio que el de servir desde sus primeros hasta sus últimos años en los empleos del ministerio apostólico, honor y buena fama de su Colegio.

El P. Fr. Manuel Carrasco fue hijo de la Santa Provincia de San Miguel en la Extremadura, y habiéndose incorporado en la Mision que vino el año de setenta, siendo de veinte y siete años, se conservó tres en el Colegio, y fue enviado á las Misiones de Sonora, en donde estuvo casi siempre enfermo y consumido de sus accidentes: murió con exemplar disposicion y conformidad, preparando su alma con todos los Santos Sacramentos, en la Visita de Santa María Magdalena de la Pimeria alta, el dia nueve de Mayo del año de setenta y seis.

El P. Fr. Felix Gamarra, de la Santa Provincia de Cantabria, siendo Diácono pidió con fervorosas súplicas venir en la Mision del año de setenta, y llegado al Colegio dió pruebas de su vocacion, sirviendo en los oficios humildes en que se exercitan los Coristas, y ordenado de Sacerdote fue enviado á las Misiones, y trabajó hasta el Mayo de setenta y nueve, que afligido de una maligna fiebre, causada de insolacion, murió con todos los Santos Sacramentos en la florida edad de treinta y dos años, en la Mision de Tubutama, con igual sentimiento de los Religiosos y de los Indios.

El P. Fr. Matias Gallo, de la Santa Provincia de Cantabria, de edad de veinte y seis años, vino en la Mision del año de setenta, y con deseos de la conversion de Infieles, pidió licencia para ir á las Misiones, y aprobada su vocacion, fue enviado, y trabajó en ellas hasta Enero del año de ochenta y uno, que murió dispuesto con los Santos Sacramentos, asaltado de las fiebres fatales que asolan las Pimerias.

El P. Fr. Joaquin Velarde, de la Santa Provincia de Cantabria, pidió con humildes instancias venir en la Mision del año de setenta, estando ordenado de Diácono; pero siendo muy amado de sus Padres, temió le pudieran impedir los ardientes deseos de servir á Dios en el ministerio apostólico y viage de Indias, por lo que suplicó se le enviara la Patente con cautela: tuvo el Comisario la de informarse de sus prendas, y recomendadas de persona grave, se la remitió, y con ella pasó al Hospicio del Puerto de Santa María, en donde cumplió la edad para el Sacerdocio, por lo que el Comisario solicitó que le ordenara el Illmô. Señor Obispo de Cadiz: llegó al Colegio, y despues de haberse exercitado en los oficios y actos de Comunidad, se le dió el consuelo de ir á las Misiones, y trabajó en ellas hasta el Marzo de ochenta y uno, que murió de fiebre en la Pimeria alta, sintiendo todos su falta, pues era muy exâcto en las tareas apostólicas.

El P. Fr. Pedro Font, vino en Mision á este Colegio de la Santa Provincia de Cataluña, y siendo Jóven de bellísima voz y muy diestro en los cantos llano y figurado, sirvió mucho en el Coro, sin detrimento de las ocupaciones del ministerio: tenia habilidad para escribir con perfeccion libros de Coro, y así formó va-

rios grandes para el uso del facistol; pero siempre le urgia en el corazon el zelo del Instituto Apostólico, y por él pidió licencia al Prelado para ir á exercitarlo en las Conversiones vivas de la Sonora: no podia negársele este consuelo, siendo para ellas tan idoneo, y pasó el año de setenta y tres á la Sonora, y se destinó Ministro de la Mision de San Joseph de Pimas. Estaba ésta recien establecida, porque ántes era solo Visita, y así tuvo el nuevo Misionero mucho que padecer, por la falta que tenia de todo, y aun de los precisos alimentos.

Por Enero del año de setenta y cinco, le escribió el Señor Virrey al Padre Guardian, que habia dispuesto que el Capitan Ansa conduxese familias y Soldados para los nuevos establecimientos de Monterey y Puerto de San Francisco, y que le acompañase en todo el viage, con el fin de observar la altura del polo en todos aquellos paises el P. Fr. Pedro Font, y en cumplimiento de este Superior mandato, el P. Guardian lo comunicó al Padre, y se efectuó, saliendo con la expedicion del Presido de Horcasitas, el dia veinte y nueve de Septiembre del año de setenta y cinco; y habiendo durado hasta primero de Junio del de setenta y seis, no solo tuvo que sufrir las muchas incomodidades y peligros del camino, sino que le fue muy trabajoso por haberle faltado la salud, de modo que en los ocho meses de ida y vuelta, no pudo contar ocho dias seguidos de alivio, y con todo se esforzó para desempeñar su encargo, formando un bien circunstanciado Diario, en el que dá calculadas las alturas conformes á unas Tablas de D. Jorge Juan, corrigiendo sus observaciones propias, con respecto á estar aquellas hechas para el meridiano de Cadiz: la misma diligencia pusó en arreglar los rumbos, con el trabajo de no tener instrumento apto para determinarlos, ni arreglar las leguas, sino segun el paso de las marchas, cuya relacion queda ya en su lugar inserta.

Vuelto el Padre, ya la Mision estaba ocupada, como una de las que se renunciaron, y pasó á la Pimeria alta, y estando en la Visita de Santa María Magdalena, la cercaron quarenta enemigos que pusieron fuego á todo el Pueblo, y refugiado el Padre en la casa de la Mision con las mugeres, muchachos y quatro Indios, lo tuvieron mas de tres horas entre las llamas y las lanzas, esperando por instantes la muerte; pero era otra la ara en que el Señor queria recibir el sacrificio de su vida; porque socorrido de tan inminente peligro, le puso la obediencia en la Mision del Pitic, y en ella trabajó no solo en el catequismo y funciones del ministerio, sino tambien en la fábrica de la Iglesia y demas de una Mision nueva; y agravado de varios accidentes, conoció ser ya sus molestias, señales de su muerte, que admitió con religiosa conformidad, y dispuesto con los Santos Sacramentos, murió el dia seis de Septiembre de mil setecientos ochenta y un años.

El P. Fr. Ambrosio Calzada, hijo de la Santa Provincia de Burgos, siendo todavia jóven é instituido Predicador en ella, podia esperar los ascensos del Púlpito, para lo que tenia particular talento; pero llamado al Instituto Apostólico, se anumeró en la Mision del año de setenta, y pasó á las de Sonora, en las que trabajó zeloso; pero herido de accidentes paralíticos, se le baldaron los miembros, y estuvo padeciendo mucho tiempo,

hasta que le pusieron en el sepulcro, dispuesto con todos los Santos Sacramentos en la Mision de Caborca, en veinte de Diciembre de mil setecientos ochenta y dos.

Este fue el último que falleció en las Misiones de Sonora, desde el año de sesenta y ocho que el Colegio las recibió á su cuidado, hasta el de noventa.

CAPÍTULO XIX.

Entrega de las Misiones que se mandó hacer por el Rey nuestro Señor para la fundacion de la Custodia de San Carlos de Sonora.

En la sangrienta campaña de esta miserable vida, tanto mas se acrecientan los peligros, quanto son mas relevantes las felicidades: por eso ninguno milita en ella que no esté expuesto á los reveses de su inconstancia, que el mundo llama lances de fortuna, y no son sino designios, aunque impenetrables, de la soberana Providencia. En la cumbre de la mas plausible felicidad se gozaba el Colegio, viendo el eminente grado de estimacion á que habia llegado su Instituto Apostólico por el activo ardor con que en laboriosas empresas y gloriosas conquistas trabajaban sus Operarios, pues habia subido hasta el Trono de la Magestad Católica, por los informes que el Exmô. Señor Virrey le habia hecho, especialmente de las peregrinaciones apostólicas que por su órden habia concluido el P. Fr. Francisco Garzés, explorando los ánimos de las Naciones mas desconocidas, y disposiciones para su reduccion, lo que mereció la piadosa y Real aprobacion de S. M. manifestada por el Exmô. Señor Ministro en Carta al Señor Virrey, en que le dice: »que el »Rey habia visto con mucha satis»faccion las noticias que le dá de este »Religioso, de sus peregrinaciones »desde el rio Colorado á la Mision »de San Gabriel, y de esta al Moqui: »que espera S. M. el Diario que tiene »ofrecido, y manda que en su Real »nombre se le den las gracias por el »zelo y fervor con que se emplea en »descubrir, tratar y atraer Naciones »tan ignoradas.»

No era menor felicidad la de ver en repetidos informes de los Gobernadores y Gefes Militares de aquellas Provincias, hechos al Rey y Supremo Consejo sobre la obstinada, sangrienta guerra, que los bárbaros hacian en ellas, elogiada la intrepidez y el zelo con que los Misioneros exponian sus vidas por reducirlos, sin intimidarlos el haberles quitado las vidas á algunos, ni los trabajos que padecian de continuo; ántes sí se ofrecian á toda especie de fatigas, y toleraban gustosos la que iban experimentando en el descubrimiento de caminos y expediciones desde Sonora hasta el Puerto de San Francisco, por lograr la ocasion de tratar y catequizar á aquellos Gentiles, de quienes eran bien recibidas sus instrucciones, y desengañarles hasta traerles sus ídolos, y ver que se los hicieran pedazos sin inquietud ni enojo.

Felicidad tambien era de mucho aprecio el que dándoles el Señor incremento á las frondosas palmas que entre las espinas y duras congojas del ministerio comenzaron á des-

collar en aquellas Provincias el año de setenta y tres, se aumentaron el de setenta y ocho, y florecieron mas fecundas el de setenta y nueve, en las manos de seis hijos del Seminario de la Cruz, que lograron la de haber sido dignos de padecer por Christo, y rubricar con su sangre las verdades del Evangelio, mereciesen la buena fama y piadosa memoria que toda la Provincia publicaba de sus exemplares vidas, y evangélica doctrina. Así lo comprobó con las informaciones que el Comandante General Caballero de Croix hizo con testigos de vista sobre las muertes sucedidas en el rio Colorado, de las que, en estilo militar le dice al Padre Guardian: »Afirmo á V. P. R. que los quatro Padres de ese santo Colegio »muertos á manos de aquellos pérfidos Indios, tuvieron siempre en esta »Provincia el mejor crédito y opinion »de virtud, santidad, fervoroso apostólico espíritu, aplicacion y zelo á »su ministerio, acompañado todo de »los mas ardientes deseos de propagar en la Gentilidad la doctrina del »santo Evangelio.» Iguales informaciones hechas á peticion del Padre Presidente, y dadas por otros Gefes militares, se verán en las memorias ya hechas de los otros dos Padres, y sus felices muertes.

Tambien era felicidad del Colegio el que en repetidas visitas canónicas hechas en aquellos años, y otras pedidas sobre la renuncia de las Misiones de la Pimeria baxa por el Superior Gobierno, en ninguna de ellas resultó el que los Misioneros hubieran dado á ninguno alguna ofensa que pudiera ser en vituperio de su ministerio: pero sí consta de todas ellas que sus vidas y costumbres eran muy religiosas, y que llevaban la cruz de sus trabajos con el gusto y zelo que denotan los sucesos acaecidos en esos años, de que quedan referidos testimonios jurados del zelo apostólico con que todos los Ministros edificaban con sermones y exemplos, é instruían á Soldados y Vecinos en las obligaciones del Christianismo, y de la cotidiana solicitud que tenian de sus Iglesias, afanándose en aprender los idiomas de los Indios, para vencer su natural rudeza con el incansable catequismo, y su genial desidia con el trabajo personal de los Misioneros.

Prosperaba estas felicidades la de ver que ninguno habia degenerado de ser imitador de los Padres antiguos; y siguiendo sus exemplos y onerosas fatigas, llevaban los Misioneros sobre sí las penosas cargas de Padres de familia, de Tutores, Abogados, Defensores, Médicos, Enfermeros y Ministros de aquellos Indios, derramando sus sudores en las fábricas de las Iglesias, en las de sus casas y de las murallas de sus Pueblos, para cubrirlos de los asaltos de sus enemigos: padeciendo unos crueles enfermedades, otros persecuciones bárbaras, cercados del fuego con que los Apóstatas y Apaches pretendian consumirlos, otros mirando quemar los Pueblos, robar los ganados y llevar prisioneros á sus hijos, y estando todos expuestos á la sevicia y barbaridad de los enemigos, el Señor los fortalecia para que ninguno desamparara sus perseguidas ovejas, ni se intimidara teniendo á la vista el fuego, las lanzas, piedras y palos con que les habian labrado las coronas á sus Compañeros. Pero todas esas felicidades en que el Colegio veía florecer su Apostólico Instituto, y que valoreaban todo el mérito de su mi-

nisterio, quiso la Providencia divina probarlas en el contraste de su obediencia.

El año de mil setecientos ochenta y tres llegó á este Reyno el Illmô. Señor Don Fray Antonio de los Reyes, creado por el Señor Pio VI. nuevo Obispo de Sonora, y autorizado por el Señor Don Carlos III. Delegado suyo para la fundacion de nuevas Custodias que se habian de erigir en todas las Provincias internas. Para la de la Sonora vino en derechura al Padre Guardian del Colegio Cédula del Rey nuestro Señor, expedida en Aranjuez el dia veinte de Mayo de ochenta y dos, en la que dice S. M. »haber resuelto acompañar exemplar »de los Estatutos formados por Fr. »Manuel de la Vega, Comisario Ge»neral del Órden de San Francisco, »para que enterándose de su conte»nido, se proceda al formal estable»cimiento de las mencionadas Custo»dias, segun y en la forma que se ha»bia propuesto en tan saludable, útil »y caritativo pensamiento: por tanto, »manda á los Guardianes cumplan y »observen, y hagan cumplir y obser»var en la parte que á cada uno to»que ó tocar pueda, en los Colegios, »los expresados Estatutos, no emba»razando direĉta ó indireĉtamente su »exercicio; ántes dén y hagan dar res»peĉtivamante todos los órdenes y »providencias que conspiren á la per»feccion de esta tan útil y caritativa »obra, como que cede en servicio de »Dios y del mio.»

En el mismo aĉto de leer la Real Cédula, unánimes y conformes el R. P. Guardian y demas Padres del Discretorio, dixeron que la obedecian con la mayor reverencia y acatamiento, como Real Órden del Rey nuestro Señor, y en su cumplimiento dieron los órdenes é instrucciones que juzgaron mas eficaces para que todos los Misioneros pertenecientes á la filiacion del Colegio la obedecieran y cumplieran, observando todas las disposiciones que en ella y en los Estatutos formados por N. R. P. Comisario General de Indias se mandó, y que luego que se les intimara la entrega de las Misiones, la praĉticaran, observando sin réplica alguna quanto el Rey nuestro Señor manda, y en los Estatutos se ordena, y que todo fuera con la paz, prontitud y formalidad debidas, haciendo la entrega de las Iglesias y Sacristias de las casas y bienes de los Pueblos por inventarios, que debian acompañar con los que se hicieron quando se entregaron las Misiones á los Ministros del Colegio, como tambien por Padrones que se debian hacer en revista de los Indios de los Pueblos y sus Visitas, con individual expresion de sus personas, estados y sexôs.

Fue este Real Órden una espada de dos filos, que con el uno separaba del Seminario las vivas Conversiones, y lo despojaba del principal espíritu del Apostólico Instituto, con que sus Venerables Fundadores lo habian erigido para propagar la Fe en el Gentilismo: con el otro heria en lo mas vivo de su zelo, haciéndole sentir el gran dolor de conocer que en las circunstancias en que se hallaba la Provincia de Sonora, no podia pasar de pensamiento la fundacion de la Custodia, ni mucho ménos praĉticarse sus Estatutos: de modo que atropados los gravísimos inconvenientes que debian temerse con la novedad del gobierno de los Religiosos y de los Indios, le hacian considerar que todo lo que á costa de trabajos y fatigas se habia logrado para po-

ner las Misiones en razonable estado, se iba á perder por estar muy distantes las ideas de la Custodia con su execucion, porque mediaban entre unas y otras, visibles é insuperables impedimentos.

Bien pudiera el Colegio ofrecerle al Señor con paciencia su corazon, herido con la pérdida que iba á hacer de lo que justamente mas queria; pero el mismo amor que tenia á aquellos hijos engendrados por el Evangelio de Jesuchristo, le obligaba á la mas seria consideracion de los daños temidos. Ni eran ménos poderosas las reflexìones que en tan arduo asunto se les ofrecian y fatigaban á los práĉticos Misioneros de los otros dos Colegios, por lo que convenidos los tres obligaron á sus Guardianes á que las consultaran con personas doĉtas, condecoradas é imparciales, para que en su vista les diĉtaran el mas justo arbitrio, para que sin faltar á la debida obediencia, pudiesen exponer los gravísimos motivos que tenian para juzgar imposible, en el estado en que estaban las Provincias internas, y la de Sonora, la fundacion de la Custodia, y la observancia de sus Estatutos.

Pesados por la sabiduria y prudencia de los Consultores las razones que se les propusieron, y movian los ánimos de los Colegios á solicitar algun reparo en los daños prevenidos, fueron de sentir que unidos le hicieran al Exmô. Señor Virrey una humilde instruĉtiva representacion, exponiendo la imposibilidad que en las aĉtuales circunstancias en que estaba la Sonora habia para fundarse la Custodia, y las razones que persuadian con evidencia ser imposible que se pudiera gobernar, ni subsistir por la práĉtica de sus Estatutos, para que S. E. las mandara exâminar, y con justificacion de su substancia, diera las mas convenientes providencias, protestando no ser este recurso diĉtado de espíritu de contradiccion ú oposicion, sino solo por precaver las inconseqüencias que se debian temer de tales novedades, en deservicio de Dios y del Rey, y que no les quedase el dolor de su culpable silencio; pues para comprobar la verdad de sus propuestas, le suplicaban á S. E. se sirviera de mandar se hicieran las informaciones que sobre sus objetos se juzgasen convenientes, ó se tomaran los medios jurídicos que pudieran descubrirla, y en su vista mandara lo que fuera de su agrado.

Hecha la representacion, mandó S. E. que se le hiciera saber al Apoderado del Illmô. Señor Obispo, y con su respuesta la remitió á España; por lo que no tuvo efeĉto alguno que pudiera retardar las facultades del Señor Obispo. Inaccion delinqüente hubiera sido en unos Sugetos en quienes el Rey descarga su conciencia en quanto al bien espiritual y reduccion de los Indios, el que instruidos de la razon y experiencia, no hubieran expuesto en su servicio los inconvenientes que, combinando las conexìones y circunstancias del estado en que veían la Provincia de Sonora, se habian de seguir de la fundacion de la Custodia: por lo que parece que debian expresarse aquí las razones en que fundaron la representacion de ellos; pero habiendo sido por entónces infruĉtuosa, será mas congruente reservar su substancia para otro lugar en que se vean verificadas sus prevenciones, pues será la mejor justificacion del zelo y de la verdad con que fueron hechas. Ni tampoco es necesario producir aquí nuevos argumentos que in-

demnizen á los Colegios de la contradiccion ú oposicion que se les acusa para impedir la fundacion de la Custodia; pues los efectos que han resultado de ella son pruebas de su integridad, y bastan para su apología, y mas quando esta fuera arma vedada en la historia, que no debe hacer contenciosa la narracion de los hechos; porque como dice el célebre Conti: »las leyes de la crítica condenan severamente las críticas irregulares, llamándolas efectos de una »voluntad depravada, de voluntad »envenenada, y del disgusto del engrandecimiento ageno,» y por eso se le han cortado á la pluma los puntos que pudieran dar recelo de tan bastardos afectos.

CAPÍTULO XX.

Fúndase la Custodia de San Carlos de Sonora. Estado en que quedaron las Misiones.

ENTRE las muchas causas de que nace la inclinacion de reformar los usos antiguos para establecer novedades en el gobierno, es muy poderosa la imaginacion del que piensa que teniendo el poder y el mando, le será fácil poner en observancia todas sus ideas; pero como esto es anteponer su sabiduria, zelo y cordura á la que tuvieron, guiados de la experiencia, los que fueron las primeras luces encendidas por la soberana Providencia para alumbrar las tinieblas del Gentilismo, y propagar la luz del Evangelio, es necesario que en llegando á practicarlas le salgan en la execucion frustradas. Si esta clarísima máxîma hubiera sido la antorcha que alumbrara los pasos que el Señor Obispo dió en sus proyectos, sus esfuerzos hubieran perfeccionado y consolidado los fundamentos con que sobreedificaron los Padres antiguos el gobierno temporal y espiritual de las Misiones, y las que por su solicitud y zelo se hubieran restablecido ó nuevamente fundado, serían pirámides que publicaran su buena memoria y gloriosa fama; pero elevando á mas altas ideas sus miras, quiso, como lo expresan sus Estatutos, que cada Custodia fuera como un Colegio de Propaganda Fide, y así los ordenó todos á solo el gobierno de los Misioneros, y ninguno al fin de propagar la Fe entre los bárbaros.

Luego que S. Illmâ. llegó á Sonora despachó sus Letras circulares por todas las Misiones, intimando en ellas sus poderes y facultades, y convocando para la Mision de Ures á los Presidentes de las que pertenecian á la Provincia de Xalisco, y al Colegio de la Santa Cruz de Querétaro, y al mes de su llegada acordó con el Comandante General la fundacion de la Custodia. Juntos en la dicha Mision quince Religiosos, el dia veinte y tres de Octubre del año mil setecientos ochenta y tres, les mandó comparecer en su quarto, y su Pro-Secretario les leyó la Cédula del Rey, en que lo nombra Delegado suyo para la fundacion de la Custodia, y la Patente del Rmô. P. Comisario General de Indias, en que le confiere facultad para nombrar por la primera vez al Custodio y los quatro Definidores.

Preguntó S. Illmâ. al Presidente de las Misiones del Colegio, ¿qué era lo que decia? y respondió: que obedezco los órdenes de S. M. y de Nrô. Rmô. P. Comisario General de Indias, y reconozco á V. S. Illmâ. por verdadero Delegado, y respondiendo lo mismo el Presidente de las Misiones de Xalisco, todos hicieron lo mismo, y sin contradiccion alguna, puso en execucion sus facultades.

En primer lugar nombró el Señor Obispo, instituyó y publicó por primero y legítimo Custodio al R. P. Fr. Sebastian Flores, que habia sido dos veces Guardian del Colegio, y se habia agregado á la Mision que S. Illmâ. habia traído de España: nombró tambien los quatro Definidores, Fr. Roque Monares, y Fr. Francisco Jurado, de la dicha Mision, Fr. Francisco Barbastro, y Fr. Antonio Ahumada, Presidentes de sus respectivas Misiones. Al siguiente dia se juntó el nuevo Custodio y Definitorio en el quarto del Señor Delegado, y por su direccion se nombraron para Hospicios nueve Misiones, y la de Bonamichi para Casa principal; se señalaron los límites de cada uno, y se nombraron los Vicarios que los habian de gobernar. Con solo las dichas denominaciones quedó fundada la Custodia, que consta de veinte y cinco Misiones, de las quales nueve se nombraron Hospicios, y veinte y cinco Pueblos de Visita, á todos los que administran treinta y quatro Sacerdotes, ocho del Colegio de la Santa Cruz, doce de la Provincia de Xalisco, y catorce de los que vinieron de España, y son los que hicieron el cuerpo de la Custodia, pues los otros veinte, requeridos por el nuevo Custodio si se querian incorporar en ella, dixeron que no querian desfiliarse de su Colegio y Provincia.

En esta misma sesion le propusieron el nuevo Custodio y Definidores al Illmô. Señor Delegado ser imposible la observancia del Estatuto que manda: »que los quatro Definidores »sean tambien Discretos del principal »Hospicio; que tengan voto consul»tivo y decisivo en todos los nego»cios graves de la Custodia, y que »todo lo determinado sin consulta y »parecer de la mayor parte de di»chos Definidores, sea írrito y de nin»gun valor,» pues estando nombrada para Hospicio y principal casa de la Custodia la Mision de Bonamichi, era imposible morar y mantenerse en ella, quando apénas podia residir ni subsistir un Ministro con la limosna del sínodo. Al mismo tiempo le representaron á S. Illmâ. ser imposible cumplir el Estatuto que manda dicha asistencia de los Definidores con el Custodio, para el gobierno y negocios graves de la Custodia; porque no habiendo otros Misioneros que administraran las Misiones que servian los Definidores Ahumada y Barbastro, era preciso que se volvieran á ellas, no obstante decir dicho Estatuto: »que en el caso que »alguno de los Definidores, por justo »motivo, á juicio del Custodio, no pue»da vivir de familiar en la casa prin»cipal, se procure que para la mas »pronta asistencia de lo que ocurra, »esté en alguno de los Hospicios mas »cercanos.»

Con todo el poder y mando que gozaba el Illmô. Delegado, no solo no le fue fácil poner en práctica sus ideas, sino que le fue preciso frustrarlas desde el orígen y fundacion de la Custodia, y ésto en los mas esenciales Estatutos que arreglaban todo el gobierno de ella; y cediendo á los imposibles propuestos, consintió y con-

firmó el compromiso que hicieron los Definidores, de ceder sus votos en el Padre Custodio, y dar por bien hecho y aprobar quanto por sí solo determinara en todo y por todo. Con este singular arbitrio se les dió vado á los Estatutos, y se resolvió que se restituyeran á sus Misiones los Definidores Ahumada y Barbastro, distando la de éste ochenta leguas.

Á los dos meses y medio de la eleccion del Custodio, agravado de sus accidentes, murió el P. Fr. Sebastian Flores, el dia seis de Enero del siguiente año de ochenta y quatro, estando en la Mision de Ures; y en virtud del Estatuto que previene este caso, se juntaron los Definidores para la eleccion de Vice-Custodio, en la que fue electo con todos los votos el P. Fr. Francisco Barbastro. Ya habia tiempo que este Padre era Presidente de las Misiones, y práctico Misionero, por lo que tenia larga experiencia en el gobierno de los Religiosos, en las calidades de los Indios, y en las lastimosas circunstancias en que se hallaba aquella Provincia; y viéndose cargado del de una Custodia nueva en todas sus cosas, y que no tenia mas ser que el nominal; que su Prelado nada podia establecer, y sus súbditos nada podian observar, expuso al Definitorio la imposibilidad que veían para la observancia de los Estatutos; y confiriendo con él todas las que se habian de ir siguiendo para su gobierno, acordaron los Definidores que de todo lo acaecido desde la fundacion de la Custodia, se le informara al Rmô. P. Comisario General de Indias, y se le expresara que en el estado en que estaba aquella Provincia, no solo era imposible el guardar los Estatutos de la Custodia, sino tambien el que pudiera conservarse ella misma. Este informe, con el de otros gravísimos incidentes que el Vice-Custodio estaba experimentando, hicieron en el paternal amor de Nrô. Rmô. P. Comisario General Fr. Manuel María Truxillo, la impresion mas sensible, y con ellos pasó sus Oficios al Supremo Consejo de Indias, y por sus Superiores órdenes se ha mantenido el Padre Barbastro gobernando como Prelado la Custodia, y suspensas las elecciones que sus Estatutos ordenan.

Dignas de la mas séria reflexîon fueron las providencias acordadas por el Illmô. Señor Delegado en el establecimiento de la Custodia; pues reputada la práctica de sus Estatutos como imposible, nada han influido las denominaciones de Custodio, Definidores y Vicarios para inmutar el gobierno de los Religiosos, pues por ellas quedó, como ántes estaba, reducido al de un solo Prelado: tampoco el espiritual y temporal de los Indios, pues ni leve memoria hicieron de él los Estatutos, ni se hizo novedad alguna en los Misioneros; porque obedeciendo el Colegio el órden del Rey nuestro Señor con la humildad y moderacion que es justo, y debido respeto en humildes Vasallos á la voluntad de su Soberano, dió los órdenes necesarios para que con la misma sumison la obedecieran los Misioneros; y siendo uno de los Estatutos, »que ninguno desamparara su Mision »hasta tanto que el Definitorio seña»lara otro que en su lugar la recibiera,» perseveraron todos y cada uno en la Mision que ántes estaba, con el mismo método de gobierno y laboriosas tareas del ministerio. Pero si para domar el sabio Artífice del Orbe las borrascas con que el mar levanta sus olas y encrespa sus espumas, pare-

ciendo que se traga la tierra, con ella misma le pone término, y quando mas agitado le obliga á quebrar su fuerza y besar sus arenas: era como consiguiente que la soberana Providencia hiciera, que en la espantosa tormenta en que el Seminario iba á perder el tesoro de su Instituto, y naufragar sus Misioneros, se quebraran sus fuerzas en la humildad de su obediencia, y continuaran despues en su mismo estado, y en el fervoroso zelo con que cumplen las obligaciones del Instituto.

Es verdad que por la independencia del Colegio en que quedaron las Misiones, no ha podido socorrerlas ni enviar los alivios que en sus necesidades religiosas necesitan los Misioneros, como lo hacia quando el Síndico Apostólico recibia en México las limosnas que el Rey nuestro Señor les dá; pero no por eso ha dexado de atender, ni faltado en acudir al alivio de sus necesidades espirituales y consuelo de los enfermos, siendo para ello su mayor estímulo el exâcto cumplimiento de su ministerio apostólico. Por él se ha impuesto el Colegio la carga de que quando el Prelado de las Misiones ha avisado de la muerte de algun Misionero, ó de la imposibilidad de algun enfermo, para atender al gobierno y administracion de los Pueblos, no obstante que despues de la fundacion de la Custodia no está obligado á dar otros Religiosos mas que los que espontaneamente quisieren ir á ella; pero ha considerado que de ninguna parte ha querido alguno incorporarse en ella, por lo que aquel Prelado no tiene Ministro que poner en lugar del difunto; y que de aquí se siguiera el que la Mision se despoblara: porque viéndose los Indios solos, se irian á los montes buscando su libertad gentílica, sin sujecion ni doctrina, y con los pretextos de buscar alimentos, ó de visitar sus parientes; y de este modo se irian tambien despoblando las Misiones conforme fueran muriendo los Ministros, lo que sería faltar al servicio de Dios y del Rey nuestro Señor, cuyas santas intenciones y excesivos gastos de su Real Erario, no tienen mas objetos que la conversion de los Gentiles, y la conservacion y aumento de los Neófitos.

Estas consideraciones han movido al Colegio para enviar Ministros que ocupen el lugar de los que mueren, ó que alivien á los que rendidos del trabajo están imposibilitados para llevarlo: y tambien para que habiendo alguno supernumerario, se vaya instruyendo en los idiomas, y no se pierdan de vista las Naciones Gentiles fronterizas; pues aunque con infaustos catástrofes se frustraron las bellas esperanzas que se habian tenido de la reduccion de las Naciones del rio Colorado, todavia hay muchas en el Gila; y viendo todos que olvidados los Misioneros de los sucesos pasados, los solicitan con amor y agasajos, se irán dexando visitar como ántes, y oirán con gusto á los Padres, para que, si Dios es servido, logren con su reduccion, sus fatigas y trabajos.

De suerte, que en el continuo giro de los afanes de los Misioneros, forman un admirable círculo, en que amando á Dios en sus próximos, y á éstos para honra y gloria de Dios, emplean todas sus fuerzas y alientos: y como el círculo mirado por todas sus partes es en la Geometria la figura mas perfecta, por lo que con religiosa superstición recogia la Antiguedad en un vaso de oro la sangre

que derramaban las víctimas, y de ella formaba un círculo sobre la ara, como indicio de la perfeccion que pretendian en sus sacrificios: mirados tambien por todas sus partes los movimientos y operaciones de los Misioneros, se verá formar con su sangre y sudores (pues algunos Filósofos enseñan que se forman de una misma materia) sobre la ara de la caridad, un círculo por todas sus partes perfecto, que indica sus voluntarios sacrificios, que hace ser ellos mismos, sin mas interés que el amor de aquellos bárbaros, víctimas de su apostólico zelo, y que no se mueven en todas las tolerancias y tareas de su laborioso ministerio, por otro impulso, que el que imprime en sus corazones la gracia del Instituto, que es el principio interior que vivifica todas las operaciones del Seminario.

CAPÍTULO XXI.

Manda el Rey nuestro Señor que el Guardian y Discretorio informen sobre el estado de la Custodia.

MUCHAS veces se disminuyen las verdades porque no se penetra su grandeza, y es por la distancia que media entre ella y la fantasía, en cuya atmosfera se las ofuscan las nubes de obscuras opiniones: pero nunca pudieron estas disminuirlas de modo, que del todo queden obscurecidas, pues su justicia excita medios eficaces para su defensa. Siete años habia callado el Colegio con un ánimo superior á las adversidades en que veía padeciendo á sus Misioneros, y con la paciencia de Tácito, esperaba el tiempo en que pudiera con libertad sacar á luz la verdad de lo que habia representado al Señor Virrey sobre la imposibilidad é inconvenientes que habian de resultar con la fundacion de la Custodia; y aunque entónces se mandaron desestimar como oposicion y contradiccion, el suceso comprobó la prevencion, y á vista de las insuperables dificultades que en su conservacion se experimentaban, quiso el Rey nuestro Señor informarse de ellas, y por su Real Cédula fecha en Madrid á diez y seis de Julio del año de noventa, dirigida al Guardian y Discretorio del Colegio, le manda: »que por haberle representado á S. M. el P. Fr. Francisco Antonio Barbastro, Prelado de la Custodia de San Carlos de Sonora, sobre la imposibilidad de subsistir, los »grandes trabajos de los Misioneros, »y el dolor de no poderlos aliviar, ni »tomar providencia para el buen régimen de las Misiones, de modo que »no se habia verificado ninguno de »aquellos santos fines propuestos en »este establecimiento, le suplicaba á »S. M. se dignara de disolver la dicha Custodia, y que sus Misiones »volvieran al cargo del Colegio, y »al de la Provincia de Xalisco, como »estaban ántes, y que visto en el Consejo de Indias, con lo que en su inteligencia y de los antecedentes del »asunto, y de lo informado en apoyo »de esta solicitud por el Comisario »General de Indias Fr. Manuel María »Truxillo, con lo que expuso el Fiscal, pareció que S. M. se dignara »de acompañar Copia de lo representado por el P. Fr. Francisco Bar-

»bastro, ordenando y mandando, que »tomando aquellas luces y noticias »oportunas de Personas íntegras y »zelosas del servicio de Dios y de »S. M. ó valiéndose de los medios »que el Guardian y Discretorio juz»gasen mas conducentes al intento, »informen á S. M. con justificacion.»

Estaba el informe del Padre Barbastro concebido por la experiencia de cinco años que llevaba de Prelado de la Custodia, en los que habia visto la imposibilidad de su subsistencia, por ser incompatibles sus Estatutos y particular gobierno con la verdadera práctica á que estaban arregladas las Misiones, y que necesariamente exigian el estado de suma pobreza á que estaba reducida la Provincia por la continua guerra de los enemigos; pues aunque en estas mismas circunstancias se habia fundado, solo habia sido su formacion nominal, no suficiente para invertir el método que los Misioneros habian observado en el gobierno espiritual y temporal de los Neófitos, pero sí para multiplicarles los trabajos; pues separándoles sus Estatutos del cuidado y auxîlios del Colegio, eran invencibles las dificultades para que aquel Prelado pudiera socorrerlos en sus necesidades, consolar á los afligidos, contener á los inquietos, dar consuelo á los enfermos y prover los Ministros necesarios, ó que se hubieran de restituir al Colegio; pues todo esto lo providenciaban con tiempo el Padre Guardian y el Discretorio, quando estaban sujetos los Misioneros á su obediencia y correccion.

Agravaba las angustias del Padre Barbastro, el que reclamando en ellas al Gobernador de la Provincia, como que las estaba mirando, y era el único recurso que podia tener para su remedio, él se desentendia de ellas; y no pudiendo determinar, á todo le daba vado con no contestar por escrito. Esto le obligó al Padre á recurrir á la piedad de nuestro Rey y Señor con el citado informe y noticia de la fundacion de la Custodia, y su infeliz estado; y para justificar su pedimento expresa lo que los Misioneros trabajaron en los primeros quince años, manteniendo á aquellos Indios con sus consejos en la Doctrina Christiana, y en la obediencia y vasallage de S. M. las Misiones que nuevamente se habian erigido: las excursiones apostólicas que se practicaron: las fábricas de Iglesias, Pueblos y Murallas que se levantaron para el culto divino, comodidad y defensa de los Indios, con otras penosas tareas del ministerio. Expone la imposibilidad de acopiar el número necesario de Religiosos para mantener las Custodias con los de las Provincias y Colegios, ó de dar en aquella Provincia hábitos, y los excesivos costos que haria el Real Erario en conducir los Misioneros desde España hasta la Sonora, y mas remotas Misiones, las que son incapaces de erogarlos, ni aun sufrir los diarios que necesariamente se habian de sacar de ellas con las mudanzas de los Ministros. Otras graves razones inculca para concluir, que no pudiéndose verificar el piadoso fin que S. M. tuvo en la fundacion de la Custodia, ni esta tener subsistencia: y ofreciendo tantas ventajas el antiguo gobierno de las Misiones, se digne S. M. de mandar se disuelva; y como mas conveniente, ménos costoso y muy útil, se les devuelva el gobierno de ella á la Provincia y Colegio que las tenian.

En obedecimiento de este Real órden y mandato, tomó el Discreto-

rio las mismas luces y noticias que el año de ochenta y tres le obligaron á exponer en una representacion instructiva al Exmô. Señor Virrey los gravísimos inconvenientes que se debian temer de la fundacion de las Custodias, creído en que si el Rey y el Papa llegasen á conocer que no era fácil, sino que casi tocaba en los términos de imposible, el establecimiento de la Custodia en el actual estado de la Provincia; y que en vez de facilitarse, se imposibilitarian las Conversiones, y que en lugar de promoverse el espíritu de Mision, se destruiria: era tambien muy creible que si S. M. lo supiese por medio del informe del Señor Virrey, mandaria no se hiciese novedad; y que esto mismo suplicaban á S. E. fiados no solo en sus razones y experiencias, sino en lo que calificara por los medios é informes que fuese servido tomar en juntas de Personas graves y experimentadas del Reyno, y votos consultivos del Real Acuerdo, con previa audiencia del Señor Fiscal. Fundaba la imposibilidad en la pobreza de la tierra: en la hostilidad de los bárbaros: en la fundacion de tantos Conventos: en la subsistencia de los Religiosos; y en la conduccion de los Misioneros desde España.

En conseqüencia de estas razones expendidas en el informe, protestaba que los que hizo en España, y pasaron á Roma, el Señor Obispo, no fueron de la mente é intencion de los Colegios, sino únicamente de la de S. Illmâ. y aunque se demostró con prácticas y no dudosas razones la imposibilidad de los hechos públicos, pero conociendo que un juicio acre puede dar á los cultos, aunque sean muy inocentes, un aspecto horrible, y que una complexîon adusta es capaz de subministrar á la pluma un ácido tan fuerte y corrosivo, que transforme las especies que inculca, pareció debido al respeto y alto carácter del Señor Obispo, no agraviar la veracidad con que concibió sus informes, y al mismo tiempo no consentir con un total silencio en los delitos que en su ministerio dice cometen los Misioneros; pues aunque la elasticidad de su pluma en increpar los desórdenes que nunca habia visto, debilita mucho la fe y el aprecio que se deben dar á sus censuras; con todo, repusieron á los males y perjuicios causados por los Misioneros, que contienen las preces del Breve, una negativa que le sería al Señor Obispo onerosísima, si hubiera querido contestarla, ó purgar de obrepcia su narrativa; y así dixeron: que sabiendo S. Illmâ. el zelo y exâctitud con que se habian enmendado los defectos que rara vez habian ocurrido, ó ya por aviso del Presidente, ó por resultas de las repetidas visitas que se hacian de las Misiones, no se alcanza el motivo de haber impugnado el gobierno de ellas, siendo el modo mas antiguo, práctico, útil y necesario.

Ménos se alcanzan los disturbios, repugnancias en obedecer los mandatos de los Superiores, ni la imposibilidad de corregir los abusos: tampoco se habian visto las emulaciones excitadas entre los Misioneros sobre el modo de regir las Misiones, y administrar los Sacramentos; pues como el Señor Obispo afirmó en sus informes, en uno y otro ministerio se convinieron los Misioneros desde el principio en que todos observasen el método de las antiguas Misiones. Ni ménos sabian de las servidumbres personales, por las que los Indios se sentian vivir sin libertad, y despojar

de sus bienes, predios y casas, quando era público, y el Señor Obispo expresó en sus informes que el Exmô. Señor Galvez, á nombre de S. M. encomendó la direccion de las Temporalidades de las Misiones á los Misioneros, y que éstos, dice S. Illmâ., en atencion á la ninguna política y sociedad civil de aquellos Indios, se ven precisados y obligados á exercitarse en los oficios de Padres, Médicos, Enfermeros, Tutores y Abogados de sus personas y bienes temporales. Así concluian, que de todo lo expuesto se calificaba por inexêquible el pensamiento de las Custodias, y que contra el recto plan y gobierno de las Misiones, no influian las preces é informes de la postulacion en el año de setenta y nueve, enteramente disconformes á lo que el Illmô. Señor Obispo habia informado el año de setenta y dos al Superior Gobierno; convenciéndose de todo, que instruido el Real ánimo por la uniforme voz de los tres Colegios, auxîliada de las instrucciones é informes que S. E. se sirviera tomar, no era verosimil que permitiera S. M. una novedad contraria á sus Reales intenciones, tanto como aversiva y opuesta al recto método y gobierno de las Misiones.

Esta representacion conservada en el duplicado subscrito por los tres representantes de los Colegios, y que entónces fue el medio de que se valieron para impedir los daños y malas conseqüencias que se habian de seguir de la fundacion de la Custodia, le pareció al Discretorio el mas eficaz y pronto para informar ahora al Rey nuestro Señor, como el mas conducente al intento de que se vea la verdad y justicia con que los Colegios instruyeron la insubsistencia y los daños que se habian de seguir de la fundacion de la Custodia, que son los mismos que á S. M. informa el Prelado que la gobierna, y por eso juzgó oportuno el acompañarlo al informe que se le manda hacer al Guardian y Discretorio de este Colegio.

En él expresa el modo con que se fundó la Custodia, que fue solo el de mudar los nombres de Presidente en Custodio, de Misionero en Vicario, y de Mision en Hospicio, pero sin otra alguna providencia para remediar los daños de las Misiones, y perjuicios de los Indios, ántes bien dexando los mismos Misioneros que se decia los causaban, en las mismas Misiones en que estaban, y con el mismo gobierno temporal y espiritual que ántes tenian, quedando el gobierno de todo reducido á uno solo, y en tan irregular modo, que el Prelado nada podia establecer, y los súbditos nada podian observar, redundando ésto, de que ninguno de los Estatutos era practicable en aquellas tierras, y ni aun los nombres con que se estableció la Custodia han podido tener subsistencia. Ménos se puede esperar de ninguno de los tres arbitrios que se pensaron para el acopio de los Religiosos que habian de conservarla: porque siendo ningunos los de estas Provincias y Colegios que quieran ir á ella, no habiendo algunos en la Sonora que puedan tomar el hábito conforme á las Constituciones y Bulas, no queda otro recurso que las Misiones de España, cuyos costos solo gravarian el Real Erario, que no podria erogarlos, estando tan pensionado de otros importantísimos objetos.

Habia siempre observado el Discretorio la máxîma de que ningun Misionero fuera ni estuviera en las Misiones, sino muy espontaneo, y así

procuraba enviar algunos supernumerarios, para que se fueran instruyendo en los idiomas, y que ocuparan prontamente el lugar de los que murieran, ó de los enfermos, ó de los que por serles ingrato el temperamento, ó no acomodarles aquella especie de trabajo, querian restituirse al Colegio. Tambien cuidaba de que de los sínodos que se pagaban en México se les llevarán hábitos, y demas necesarios á sus religiosas necesidades, y algo para el culto divino y comodidades de los Indios; pero como por los Estatutos de la Custodia se les mandaba que no desamparasen las Misiones hasta que fueran puestos otros por el Definitorio, era necesario que el que estaba de Prelado sintiera excesivo dolor al ver los trabajos continuos de los Misioneros, y que ni á los ancianos y enfermos, ni á los necesitados, ni á los disgustados y violentos, les podia dar alivio con que se retiraran á curarse, ó descansar á su Colegio, ni poder tomar otra providencia para la conservacion de la Custodia, y exâcto régimen de las Misiones.

Con estas evidentes razones comprobó el Discretorio el informe del Padre Barbastro, en que expresa á S. M. la imposibilidad de subsistir aquella Custodia, y el dolor de ver que no se habian verificado, ni podian, aquellos santos fines propuestos en su establecimiento: por lo qual concluía suplicando á S. M. se dignara de disolverla, y que las Misiones volvieran al cargo de este Colegio, y al de la Provincia de Xalisco, como estaban ántes, pues siendo notorios los progresos que en lo temporal y espiritual habian logrado con el gobierno antecedente, era preciso volver á él para siquiera reparar los daños y óbices con que aquella Custodia se iba destruyendo cada dia.

Esta consideracion era de mucho peso para el Discretorio; pues viendo que desde su fundacion no se habia dado paso adelante, ni se podia dar en su aumento, ni haberse podido formalizar un Hospicio, ni agregar un Religioso, ni hallar algun medio para sustentar y vestir á los necesitados; y que con el mismo atraso andaban las Misiones y las reducciones de los Gentiles, temia el despueble de ellas, que sin duda se vería conforme los Ministros fueran muriendo, y esto mas en las de la Pimeria alta, por ser las mas internas, combatidas de los Apaches, y que no teniendo los Indios quien los contenga, abandonarán sus labores, por ser la ociosidad en ellos naturaleza, y se refugiarán con sus Parientes los Gentiles, ó en los montes, para buscar sus alimentos silvestres: y como esto sería despoblar la tierra, que tanta sangre y plata ha costado para conquistarla, perdiéndose las almas, el servicio de Dios y de nuestro Rey y Señor, para evitar tanto mal, en este mismo año que avisó el Padre Barbastro haber muerto un Misionero, y quedar otro muy enfermo, envió el Discretorio otros dos, para evitar tan gravísimos inconvenientes, y no ser responsable de ellos á Dios y á nuestro amado Soberano, á quien tanto le debemos: por eso concluyó su informe el Discretorio renovando la súplica del Padre Barbastro, y rogando postrado á los pies de S. M. como á Señor de aquella inculta viña, envíe Operarios que la cultiven, y sigan como ántes la reduccion de aquellas Naciones bárbaras, con la esperanza de que la divina Misericordia infunda en ellas la gracia de su vocacion á la Iglesia,

y de la salvacion de sus almas. Así parece lo va disponiendo la soberana Providencia; por los órdenes que el Rey nuestro Señor ha mandado al Gobernador Comandante General de Sonora, en la siguiente Cédula.

„EL REY: = Gobernador y „Comandante General de las Provin„cias internas de Nueva España. Con „Carta de veinte y seis de Abril del „año próximo pasado, dió cuenta con „testimonios ese Virrey de lo acaeci„do desde el principio del estableci„miento de la Custodia de San Carlos „de Sonora, como en lo expuesto por „el Fiscal de lo civil de la Audiencia „de México, á conseqüencia de lo re„presentado por Fr. Francisco Anto„nio Barbastro, con objeto á disolverla „por la imposibilidad de su subsis„tencia; pero que pareciéndole opor„tuno oiros á vos igualmente, que al „nuevo Reverendo Obispo de Sono„ra, contestes opinasteis con el Vice„Custodio Fr. Francisco Antonio Bar„bastro, de que era mas cómodo y „sencillo el antiguo sistema de go„bierno de las Misiones, con otras di„ferentes consideraciones que influian „á acceder á su justa pretension, y „mirándola como tal, dispuso no se „hiciera novedad en el asunto hasta „que me sirviera resolver lo que fue„ra mas de mi Real agrado. Visto lo „referido en mi Consejo de las Indias, „con lo que en su inteligencia y de „sus antecedentes expuso mi Fiscal, „y consultándome sobre ello en diez „y ocho de Febrero de este año, he „resuelto se sigan y auxîlien las Mi„siones segun está mandado por Real „Cédula de diez y seis de Julio de „mil setecientos noventa, en la forma „antigua, y con la calidad de por aho„ra, hasta que definitivamente, y con „presencia de los demas informes que „están pedidos, determine lo mas con„veniente; por ser así mi volundad. „Fecha en Madrid á diez y siete de „Agosto de mil setecientos noventa „y uno. = YO EL REY. = Por man„dado del Rey nuestro Señor. = An„tonio Ventura de Taranco. = Seña„lada con tres Rúbricas.

Es Copia, Chiguagua 23 de Enero de 1792. = Manuel Merino.

CAPÍTULO XXII.

Progresos de las Misiones de Fieles.

AQUELLA soberana uncion de que el espíritu divino llenó los corazones de los Apóstoles, para evangelizar á todas las Naciones las verdades evangélicas, fue la gracia del ministerio á que Jesuchristo los llamó para que exercitaran su Apostolado, yendo por todo el mundo predicando á toda criatura el Evangelio. Fue aquel espíritu, vehemente y repentino sonido del misterioso carro que en una vision obscura, llevaba una imágen clara de la gloria del Señor, que con armónico movimiento caminaba sobre ruedas llenas de ojos, de discursos, de espíritu, de alma y de prudencia, y por eso fue admiracion de los Judios, Proselitos, Cretes y Arabes el oír en sus propias lenguas á los Apóstoles predicando las grandezas de Dios; y en esa misma gracia con que el Señor decoró el ministerio apostólico, consistió tambien el pasmo y asombro con que

las oían predicar á los Apóstoles en sus naturales idiomas, los Parthos, Medas y Elamitas.

Esa gracia soberana de tan alto ministerio, se ha visto siempre con admiracion en estos Reynos, desde que la divina Providencia dirigió á ellos los misteriosos carros de los Misioneros Apostólicos, que con fortaleza de leon, con beneficencia de buey, con equidad de hombre, y con perspicacia de aguila, anuncian en todas sus correrias la mayor gloria de Dios y sus incomprehensibles grandezas. Con este objeto fueron destinados sucesores de los Apóstoles por el Señor Inocencio XI. los Fundadores de este Colegio, esperando su Santidad que no descaeciera tan loable ministerio de su esplendor, con el cúmulo de todas las virtudes, y el progreso de la oracion y perfeccion, solidadas en la estrechísima observancia de la Regla que deben practicar los Misioneros, ántes sí dirigiendo todos sus exercicios al blanco principal de su Instituto, pondrian toda su industria en lograr almas para Dios, arrancar con solicitud las adulterinas plantas, y sembrar las virtudes en la heredad del Señor, para extirpar de raiz los vicios, y reducir al Género humano á las sendas del conocimiento y salvacion, y exercitar el oficio de los Apóstoles, que ya no están en este mundo, para que cada dia se manifieste mas laudable y perfectamente. Á este fin establecieron los Fundadores del Colegio la forma regular, y distribuciones de Comunidad, con tal proporcion, que satisfaciendo á las Constituciones apostólicas de la oracion, y perfecion del estado religioso, se cumplieran tambien las del Instituto; y del mismo modo que ellos la practicaron, y se expresa en el Libro primero, Capítulo diez y seis de la primera Parte de esta Crónica, se ha conservado hasta el dia, sin haber disminuido los fervores con que se exercitaba por los Padres antiguos.

Siempre fue grande la devocion con que se dió culto á María Santísima en este Colegio, y desde su fundacion se impuso la costumbre de ir toda la Comunidad despues de cenar á la Iglesia, y cantar la *Tota pulchra*, en reverencia de su Concepcion Inmaculada, rezando despues las tres Ave Marias, que su Fundador el Venerable Padre Linaz recomendaba con eficacia: y viendo los efectos de su proteccion, y que el Señor la hizo Coadjutora de la Redencion humana, y que la dexó en su Santa Iglesia, para que los Apóstoles tuvieran en ella Madre para su consuelo, Maestra para sus dudas, y Refugio en sus tribulaciones, determinó el V. y R. Discretorio aumentar su devocion, para merecer tan necesarios favores, determinando que toda la Comunidad la eligiera, venerara y reverenciara por única y principal Prelada del Seminario, colocando en el Coro, Refectorio, Enfermeria y demas lugares su sagrada Imágen, para que la adoren y reconozcan como rendidos súbditos, todos los que lo sean del Colegio, y con humilde reconocimiento le tributen los obsequios que todos los dias y en todos los actos de Comunidad se le hacen, con los ayunos y oraciones que se impusieron; y para que el tiempo no borre la memoria de tan religiosos votos, todos los años en el dia primero de la Pasqua de Espíritu Santo se renuevan en Comunidad, en la Iglesia, y delante de la divina Señora, se publican á todo el mundo; protestando los Religiosos su obediencia con muy

tiernos afectos.

Tambien se han establecido de Comunidad los exercicios espirituales, que aunque siempre se hacian por muchos, pero algunos años ha se hacen por costumbre inviolable, retirándose todos los Religiosos repartidos en tandas, y desde el Prelado hasta el último Lego asistiendo á todos los actos de Comunidad, se abstraen por diez diaz de todo comercio humano, y se exercitan en penitencias públicas, oraciones, disciplinas y otras obras de edificacion, con lo que renuevan el fervor de espíritu, y santos propósitos en que deben vivir los Religiosos para su propio aprovechamiento, y el buen exemplo que deben dar en sus respectivos ministerios.

De suerte que cada dia se hace admirar en el Colegio la suprema sabiduria, que todo lo llama á sí por una ley inmutable, cuyos designios concebidos y formados en el inmenso seno de su eternidad, se desenvuelven con independencia, y se executan, aun por los mismos estorbos que se le oponen. Así se ha visto en la diversa conducta de muchos Prelados, que en ciento y ocho años han gobernado el Colegio, porque unos llevados de su genio austero, han querido ceñirlo á solo el Instituto recoleto y nimiedad de sus escrúpulos: otros llevados del zelo del bien del próximo, han dado en el otro extremo, de que se empleen todos en el del ministerio, y aun pensando con santas intenciones promoverlo mas con dar algunos alivios á los Misioneros, han alterado el régimen de la Comunidad, mudando la hora de los Maytines, que siempre fue la media noche; pero ni las inovaciones de los unos, ni las particulares ideas de los otros, han podido prevalecer, porque la providencia soberana que lo gobierna, no ha permitido que se establezca cosa alguna que pervierta el equilibrio de prudencia con que dirigió en su ereccion á sus Venerables Fundadores, para lograr por ella sus particulares fines, y segun ellos, ninguno puede quexarse del antiguo estilo: pues aunque los nuevos que se han intentado se propongan con apariencia de mas virtud y consuelo, y por eso vaya en ellos el error mas disimulado; pero siendo su materia la mas importante para el servicio de Dios y buen exemplo del mundo, es preciso que sus novedades causen mayores turbaciones, sin que pueda evitarlas el engañoso color de imaginadas utilidades. Tampoco se puede decir que el estilo antiguo sea una cadena muy pesada, pues qualquiera está voluntariamente prisionero en ella, y supo, ántes de cautivarse, su naturaleza; y muchos sin romperla, pueden con facilidad indultarse de su peso, con honra.

Sobre el fundamento de los Apóstoles, que es Christo Jesus, y aun ántes de la ereccion del Seminario, comenzaron los Fundadores la feliz época de su ministerio, exercitándolo en varios Pueblos; pero ya radicados en su fundacion, fue la Cruz Santísima la piedra angular, de cuyo centro dimanaron todas las lineas de sus peregrinaciones apostólicas, y de donde se difundieron por todos los ángulos de este nuevo Mundo, resonando en ellos la predicacion de Christo Crucificado. Iban por todo él, como misteriosas nubes, fecundando con la doctrina del Evangelio desde su Capital México, y su Arzobispado, los Obispados de Puebla y Antequera, con tanta estimacion de los zelosos Prelados, que ellos mismos anunciaban las

Misiones, y cogian los preciosos frutos de sus sermones, en la reforma universal de las costumbres. Del mismo modo corrieron los Obispados de Michoacan y nueva Galicia, penetrando hasta el de Durango, siendo en todas sus Ciudades, Villas y Pueblos admirables los frutos que derivaban de sus declamaciones y exemplos.

Con igual velocidad se extendieron al Obispado de Chiapa, regando sus eriazos paises con las saludables aguas de la divina Misericordia, y atemorizando á los obstinados en los vicios, con los espantosos truenos de la Justicia; y siguiendo el destino de la soberana Providencia, llegaron á Guatemala, en donde fueron vistos con asombro, y venerados como Apóstoles: de allí se difundieron por los Obispados de Nicaragua y Comayagua, desterrando de ellos, y de toda la Costa-Rica, abominables vicios é idolatrias. Este sucinto epílogo refresca y aviva la memoria de las heroicas empresas de los primeros Misioneros, de que se hizo relacion en la primera parte de esta Crónica, para reflexar que todas estas transmigraciones apostólicas, hechas á pie, descalzos, y algunas hasta de las sandalias; pobres sin admitir dineros, ni otras cosas de aprecio, sin mas viático que el que Jesuchristo ordenó á sus Discípulos, fueron una visible nota, y evidente prueba de la verdad de ser del mismo Señor dispuesta la Mision, con que quiso visitar á toda la América; pues solo llevados en las alas de su Providencia, pudieron transitar en ménos de dos años, los millares de leguas que median entre los once Obispados que componian el Christianismo de estos dilatados Reynos, y propagar la Fe en las Naciones Gentiles que visitaron en ellos.

Igualmente hace ver que la sacrosanta Palma de la Cruz con los trabajos, desintereses, zelo y predicacion de sus Misioneros, cada dia se ha ido colmando de preciosos frutos que de ella se han producido, para gloria de Dios y de su Iglesia, y propagacion de la Fe Católica. Frutos de las Misiones que de su Colegio han salido, son los Colegios de Propaganda Fide, que en Guatemala y en Lima se han establecido: el de nuestra Señora de Guadalupe en Zacatecas: el de San Fernando en México; y con haberse multiplicado tanto el Instituto, y ser ya muchos los Operarios, no se han minorado sus frutos; pues siguiendo sus hijos el estilo, método y exemplo de los Padres antiguos, es de admirar la fecundidad de esta divina Palma, que se halla siempre fructífera, y tan vivos los ministerios de su Colegio como si él fuera único, pues todo el año tiene laboriosas tareas en que desempeñarlos. Sucesivamente salen las Misiones por diversas partes, que los Señores Obispos ó los Curas piden para beneficio de sus ovejas, ó muchas veces el Señor universal dicta para el cultivo de su Viña; y salen siempre tres, porque este es el medio mas oportuno para la mucha tarea del Confesonario, y para que si se enferma ó muere alguno, como ha sucedido muchas veces, no se suspenda la mision, ó se malogre el fruto.

Así caminan estos místicos carros, corriendo por todo este nuevo mundo sobre las ruedas de una fortaleza invicta, en los trabajos de dilatadas y penosas jornadas, á pie, y atenidos al viático de la soberana Providencia; y en los peligros de los rios, lluvias y soles, y mas en los de las destemplanzas de ingratos climas, y de sus animales, é insectos venenosos:

de una beneficencia amplia, llevándoles y franqueándoles quantos beneficios puedan necesitar para salir de sus humanas miserias, y enriquecer de gracias sus almas: de una equidad paternal, para desvanecer con suavidad y amor los temores y desconfianzas con que su amor propio y el Demonio los engañan: de una perspicacia prudente para discernir las especies y gravedad de sus espirituales dolencias, y aplicarles las necesarias medicinas. Por eso siempre es de admirar, que repitiendo muchas veces con intermision de algunos años, en las Ciudades, Villas y Pueblos las misiones, siempre se vean en ellas extrañas conmociones, y veneracion en recibir á los Misioneros, y se experimenten la conpuncion con que oyen sus sermones, y la reforma de las profanidades, amistades ilícitas, rencores, enemistades, usuras, juegos y demas viciosas costumbres: de forma, que en todas partes está asentado el concepto de que la mision se reduce al desahogo de las conciencias en confesiones buenas, y de ellas resultan las restituciones de honras y haciendas, el perdon de los enemigos, y los matrimonios, ó nulos ó dificultosos, por mediar impedimentos; y como todo se remedia por los Misioneros, porque los Illmôs. Prelados no solo les comunican sus facultades, sino que les honran con benignidad y largueza, concediendo por su medio las mas extraordinarias gracias, resulta siempre el bien espiritual de las almas, y buen estado de las conciencias.

De forma, que apénas se hallará lugar en todo este Reyno en que, por remoto, incómodo, ó infeliz que sea, no hayan esparcido en él las luces del Evangelio, y contribuido á la conversion de los pecadores los Misioneros de la Cruz. Han cumplido siempre con el Instituto á que fueron llamados, y el Señor lo ha conservado con explendor, dándole en todos tiempos á su Colegio Ministros zelosos y exemplares, que se muestren con los miserables, mansos, apacibles y humanos, pero rígidos y capitales perseguidores de los vicios; que sean en el Confesonario benignos, y en el Púlpito severos: en el trato de las gentes afables y modestos; y en la predicacion con honesta libertad desahogados: que no les hagan temer las contradicciones, ni los malos modos; porque no deben mirar mas respetos que la honra de Dios, y la salvacion de las almas, predicando las verdades sólidas, y fundando en ellas los desengaños. Asombro es en todos el oír á los Misioneros levantar la voz con vehemencia de espíritu, para clamar contra los vicios, y como sonoros clarines despertar á los dormidos, y reducir con silvos las errantes ovejas al camino verdadero; porque ese valor, esas voces y llamamientos, son infundidos de sus amantes Pastores, que como soles les comunican sus luces, sus rayos, sus influxos, los Illmôs. Señores Obispos, que zelosos como San Pablo, y ardientes en la continua solicitud de iluminar sus Iglesias, los destinan á la grande empresa de que los ayuden en sus pastorales afanes, por el bien de las almas, dándoles vigor para que sean eficaces sus voces en el remedio de todas sus enfermedades espirituales, y para que asombrando con ellas como truenos, alumbren como relámpagos, y resuelvan en contricion y lágrimas las nubes que ofuscan las conciencias.

Con estos designios el Venerable é Illmô. Señor Don Francisco de Aguiar y Seixas, Arzobispo de Mé-

xico, concedió al P. Fr. Antonio Linaz por auto de veinte de Agosto de mil seiscientos y ochenta y tres, que por lo que tocaba á su Señoría Illmâ. como Arzobispo de la Metrópoli, y sin perjuicio de su Dignidad y Jurisdiccion Ordinaria, como Prelado de este Arzobispado, mandaba y mandó se guarde, cumpla y execute el Breve presentado de la Santidad del Señor Inocencio XI. y que en su conformidad, la parte del P. Fr. Antonio Linaz usara de las facultades concedidas, guardando en todo el tenor de dichos Privilegios, sin exceder en manera alguna. Luego que el Padre Linaz fundó el Colegio, llevó doce Misioneros á México, de lo que el Señor Arzobispo dió muestras de su singular agrado, y comenzó á favorecer con paternal benignidad á los que deseaba su apostólico zelo: mandó que se comenzase la mision en la Catedral, anunciándola y dándole principio S. Illmâ. predicando el primer sermon con mucho espíritu; y habiendo sido tan fructuosa como se dixo en la primera Parte de esta Crónica, S. Illmâ. le escribió al Padre Linaz encargándole enviase Misioneros por todo el Arzobispado, y mandó á su Provisor que cooperase al progreso de las misiones; lo que hizo por el siguiente Despacho, que debe transcribirse como muy decoroso al ministerio.

»Nos el Doctor Don Diego de »la Sierra, Canónigo Doctoral de esta »Santa Iglesia Catedral, Catedrático »de Decreto en la Real Universidad »de esta Corte, Gobernador, Juez »Provisor, y Vicario General de este »Arzobispado por el Illmô. Señor »Doctor Don Francisco de Aguiar y »Seixas Arzobispo de México, del »Consejo de S. M. &c. = Por quanto »su Señoría Illmâ. ha escrito al M. »R. P. Fr. Antonio de Linaz, Comi»sario de los Religiosos Descalzos del »Convento de Santa Cruz de Queré»taro, y Misionero Apostólico, encar»gándole enviase Misioneros de los »que están á su cuidado en dicho »Convento, por todo este Arzobispa»do, para que en él sembrasen la pa»labra del Santo Evangelio, y que los »Feligreses de su Señoría Illmâ. se »aprovechasen de ella: y por Carta »de tres de Febrero de este presente »año, que dicho M. R. P. Comisario »escribió á dicho Señor Illmô. en res»puesta de dicha Carta, le escribe, »que pondrá en execucion el enviar »por las partes de dicho Arzobispa»do Misioneros; y á Nos como Pro»visor y Gobernador nos tiene man»dado dicho Señor Illmô. coopere»mos en esta obra tan santa, y del »servicio de Dios nuestro Señor y »bien de las almas, para que despa»chemos los recaudos que conduzgan »á tan buen fin, y para que tenga de»bido efecto: por la presente damos »nuestra licencia y facultad á los dos »Religiosos que nombrare dicho M. »R. P. Comisario, para que puedan »confesar, y confiesen generalmente á »hombres y mugeres de qualquier es»tado ó condicion que sean, absol»viéndolos de todos los pecados, crí»menes y excesos por graves que sean, »y puedan predicar, y prediquen la »palabra del Santo Evangelio, segun »las exposiciones de los Sagrados Cá»nones y Santos Padres, y hagan mi»siones en todo este Arzobispado, »usando de las facultades que les son »concedidas para este efecto de Nrô. »M. Santo Padre Inocencio XI. que »rige y gobierna nuestra Santa Ma»dre Iglesia, exhortando á los Feligre»ses á que gozen de los Jubileos, que »en ellas están expresados con todo

»cuidado y diligencia, procurando pa»ra dicho efecto purificar sus concien»cias con el santo Sacramento de la »Penitencia, y recibiendo con toda re»verencia el Santísimo Sacramento de »la Eucaristía; que para todo ello, y lo »de ello dependiente, anexô y conve»niente, les damos toda nuestra licen»cia y facultad, la que en Nos por de»recho es concedida y necesaria, como »Gobernador; y en atencion que reci»birán nuestros súbditos, y el fruto »que esperamos harán dichos RR. PP. »Misioneros con tan santo exercicio »y ocupaciones, mandamos á los Cu»ras Beneficiados, Vicarios y Jueces »Eclesiásticos, en virtud de santa obe»diencia, y rogamos y encargamos á »los RR. PP. Guardianes, Priores y »Curas doctrineros de este dicho Ar»zobispado, que en el uso de lo que va »referido, no les pongan impedimento »ni contradiccion alguna, ántes sí los »admitan y reciban caritativamente, »dándoles todo favor y ayuda que »les pidieren, y hubieren menester, »exhortando á sus Feligreses á que »abrazen con toda humildad, devo»cion y amor sus documentos y doc»trina, por enderezarse á que gozen to»dos de este preciosísimo tesoro que la »Iglesia les concede por medio de sus »Obreros. Y en fe de lo qual, man»damos despachar y despachamos la »presente, firmada de nuestro nombre, »sellada con el Sello de su Señoría »Illmâ. y refrendada del presente Se»cretario de Cámara y Gobierno de »este Arzobispado. Dada en la Ciudad »de México en quince dias del mes »de Febrero de mil seiscientos ochen»ta y quatro años. = Doctor Diego »de la Sierra. = Por mandado del »Señor Provisor y Gobernador. = D. »Alonso de Aguiar y Lobera, Secre»tario.»

Este instrumento, tan imparcia como lleno de zelo, indemniza á los Misioneros de la acusacion de usar clandestina ó furtivamente de sus facultades, y sin los debidos respetos á los Señores Obispos; pues la moderacion escrupulosa con que los Fundadores los veneraron, fue el mejor medio para captar su bendicion y beneplácito, de lo que no dexa duda el recurso que hizo al Illmô. Señor Arzobispo el P. Fr. Francisco Estevez, que estando haciendo mision en la Ciudad de Toluca el año de seiscientos ochenta y ocho, por Marzo le escribió en estos términos: »Lo que se me ofrece »es, que V. S. Illmâ. me haga caridad »de avisarme si podré usar de mis »facultades en ambos fueros, que aun»que es verdad que V. S. Illmâ. *in voce* »me dió esta licencia, parece que mi »Compañero ha hecho escrúpulo, y »me ha dado ocasion de tenerlo yo »tambien, por lo qual suplico á V. S. »Illmâ. me haga merced y caridad de »responderme á esta duda; porque se »me ofrece un caso de dispensar en »tercer grado de consanguinidad, con »dos almas que se hallan en harto »trabajo, y con esto las sacaré, con »la ayuda de Dios, del cieno de sus »vicios en que están metidas:» Y atendiendo aquel zelosísimo Pastor al bien espiritual de sus ovejas, le respondió con el siguiente decreto.

»México y Marzo treinta de »mil seiscientos ochenta y ocho. Vis»ta la duda que nos propone el P. Fr. »Francisco Estevez, Misionero Apos»tólico del Colegio de la Santa Cruz »de Querétaro, del Órden de S. Fran»cisco Descalzos, sin embargo de ha»berle despachado nuestra licencia »para que en las misiones que hicie»sen en este Arzobispado usasen de »sus facultades concedidas por Nrô.

»M. Santo Padre Inocencio XI. á ma»yor abundamiento le concediamos »las nuestras, que nos tocan y perte»necen como á Prelado de este Ar»zobispado, para que usen de ellas, »y ahora se las volvemos á conceder, »para que en semejantes casos como »el que refiere, pueda dispensar y dis»pense en dicho grado de consangui»nidad, y las dispensaciones que hi»cieren en estos casos, las entregarán »á los Padres Ministros de Doctrina »ó Beneficiados, poniendo en ellas la »facultad que su Santidad les tiene »concedida, expresando el primer ren»glon de ella, para que la pongan en »la partida de los libros de Casamien»tos que están á su cargo. Y esta Co»mision sea y se entienda tambien »con el Compañero de dicho P. Fr. »Francisco Estevez. El Illmô. Señor »Doctor Don Francisco de Aguiar y »Seixas Arzobispo de México, mi Se»ñor, lo proveyó y firmó. Y pasadas »las dos dietas de donde hicieren mi»siones, á esta Ciudad, que son cator»ce leguas, no necesita de recurrir ante »Nos, sino que usen de las dichas fa»cultades. Fecho *ut supra.*=Francis»co Arzobispo de México.=Ante mí »Don Alonso de Aguiar y Lobera, »Secretario.»

Estaba este Illmô. Prelado casi en los principios de su gobierno quando vinieron los Misioneros, y aunque desde luego favoreció con especial estimacion su Instituto, pero fue creciendo en los quince años que sobrevivió; porque visitando en ellos toda su Diócesis con imponderables fatigas, y exercitando su pastoral zelo en atraer las almas al suave yugo de la Ley Evangélica, vió por sí mismo los trabajos de los que á pie, sin prevencion, ni equipaje penetraban aquellas tierras, sin temor de los ingratos climas, y otras muchas incomodidades, y sin otros intereses que los colmados frutos que cogian por su predicacion apostólica. Estas experiencias le estimulaban á enviar continuamente Misioneros á promulgar la divina Ley, é instruir en ella, la rudeza de los Pueblos, con mas feliz suceso que el del zelo de Josafat, pues los enriquecia de favores y privilegios espirituales, para que ninguno de sus habitadores quedara sumergido en el abismo de los vicios: con este anhelo les franqueaba los mas dificiles remedios, y consultándole el V. P. Fr. Francisco de San Joseph un gravísimo impedimento, de su misma letra le respondió diciendo: »Estoy sumamente con»solado con las noticias de VV. PP. »y del gran fruto de las misiones y »su continuacion. El caso propuesto »es horrible y lastimoso, y puede dis»pensarlo el Papa, por ser impedi»mento de derecho eclesiástico, y po»drán los Señores Obispos en sus »Diócesis, siendo del todo oculto, co»mo parece de su Carta, y así doy »mis veces, facultad y autoridad á V. »P. para que dispense, &c.»

Todo el tiempo de la vida de este santo Prelado continuó su amor y confianza con los Misioneros, y parece que les dexó vinculado en su sagrada Mitra, al Instituto y sus ministerios, un perpetuo *Fideicomisso* que siempre ha desfrutado este Colegio, en los favores, auxílios y satisfacciones de todos los Illmôs. Señores Arzobispos; pues siempre lo han ocupado en las funciones de su Apóstolado, y exercitado sin intermision en las Misiones, habilitando á los Misioneros con especiales facultades, para el bien espiritual de sus ovejas, y dando convenientes despachos á sus consultas. Pero sería muy dilatada historia el in-

dividuar los beneficios que á tantos Illmôs. Protectores se les deben, y mas el sin número de misiones que en todo el Arzobispado se han hecho, para cuya continuacion en todas las ocasiones que el Colegio se ha visto falto de Operarios, han informado al Rey nuestro Señor con expresiones muy favorables al Instituto, y muy honrosas al Seminario, para que S. M. se digne concederle Ministros que lo mantengan en beneficio de las almas de los Fieles, y propagacion de la Santa Fe entre los Infieles.

CAPÍTULO XXIII.

Progresos de las misiones en otros Obispados.

ENVIÓ Dios al Bautista por su Misionero, que anunciara la ciencia de la salvacion de las almas, y remision de los pecados; y aunque habia en Israel muchos Profetas que pudieran instruir á sus Pueblos, quiso el Señor que el que les predicaba penitencia saliera del desierto, para que su voz fuera eficaz en persuadirla, porque la novedad de su vida les hiciera conocer el descamino de sus culpas. Con estos mismos fines envió Dios á estos Reynos sus nuevos Misioneros, y habiendo predicado penitencia en la Corte de México con colmados frutos y bienes de las almas, los conduxo su Capitan y Prelado á la populosa y Nobilísima Ciudad de la Puebla, en la que fueron recibidos con admiracion y afecto. Era su Obispo el Illmô. y Exmô. Señor Doctor D. Manuel Fernandez de Santa Cruz, y viendo en las manos de los Misioneros encendidas las lucernas de la doctrina y exemplo, avivó su pastoral zelo con ser el primero en manifestar el apostólico con que deseaba enseñar y reformar sus Pueblos, y por sí mismo anunció la Mision, predicando en la Santa Catedral con tal energía y fuego, que iluminó é inflamó á todo el auditorio, de donde nacieron los excelentes frutos que elogia la primera Parte de esta Historia.

Acabada en la Ciudad la apostólica tarea, envió el V. Padre Linaz, auxîliados de la bendicion, licencia y facultades del Illmô. Prelado, á cinco de sus Compañeros, que divididos en dos trozos, quedaran misionando por las demas Ciudades, Villas y Lugares de aquel Obispado. Anunciando en todos ellos la paz del Evangelio, llegaron hasta Atrisco, y determinando pasar á la tierra caliente, suspendió sus pasos la obediencia, porque era mucha la inopia de Religiosos que padecia el Colegio, y se volvieron á él: pero no pudo apagarse en algunos años el fuego de la caridad que habia encendido sus corazones, y volvieron á emprender aquel derrotero, caminando desde Querétaro hasta á aquellas plagadas tierras, por el interés de lograr las almas de la mayor parte de sus habitadores, que es de Negros bozales, que viven sumergidos en las tinieblas de la ignorancia, y faltos siempre de doctrina; pero el Señor les dió á sus Ministros fuerzas en sus laboriosas tareas.

El año de setecientos y siete repitió el V. P. Fr. Francisco Estevez los esfuerzos de su zelo, y se renovaron los fervores de aquella Nobilísima Ciudad, conspirando los Cabildos

Eclesiástico y Secular en el intento de que se fundara en ella Colegio Apostólico; pero siguiendo el teson de las misiones, lograron con grandes consuelos, de ellas, muchos Pueblos, y atraidos de su caridad y buena correspondencia al zelo apostólico de los Misioneros, freqüentaban éstos sus visitas con notable provecho de las almas. Era ya Obispo de la Puebla el Illmô. Señor Doctor Don Juan Antonio Lardizabal, el año de setecientos veinte y siete, quando el P. Fr. Andrés Pasos fue á misionar en su Obispado, lo que fue para S. Illmâ. de mucha acceptacion, manifestada en un Despacho que envió á todos los Curas Beneficiados, en que les decia: »que »deseando se consiguiera el fin del »bien espiritual de sus Feligreses, les »estimaria mucho que ademas de »concurrir con los Eclesiásticos del »territorio de cada uno á oír los Ser»mones y Pláticas que los Padres hi»cieran, exhortaran á los Fieles á que »todos acudieran á su doctrina, y que »limpiaran y purificaran sus almas, y »ganar confesando y comulgando las »Indulgencias.» Tambien le concedió al Padre Pasos la licencia de que pudieran confesar los Sacerdotes, que hiciera juicio pudieran cumplir con las obligaciones del ministerio por el tiempo que durara la Mision; y aunque esta facultad no era sin exemplar, pues el Illmô. Señor Arzobispo de México Don Fray Joseph Lanciego se la habia dado al mismo Padre, pero siempre califica la estimacion que tan Ilustres Prelados hacian de los Misioneros, y el zelo con que deseaban se lograse el fruto de sus trabajos.

Era tan alta la estimacion que el Illmô. Señor Lardizabal hacia del ministerio apostólico, que á peticion suya salieron el año de treinta y dos de este Colegio siete Predicadores que hicieron mision en Puebla. Su Señoría Illmâ. la publicó en la Santa Catedral, predicando con tanto zelo del bien espiritual de sus ovejas, que todas acudieron á su voz, atraidas de sus pastorales afectos, y comenzaron á darle el consuelo de verlas rendidas á sus amonestaciones y consejos. Continuaron los Apostólicos predicando en los Templos y plazas con tanta conmocion de las gentes que acudian á confesarse, que era una gloria de Dios ver tales fervores y penitencias, especialmente en la Procesion de penitencia, en que vieron á S. Illmô. Prelado con una corona de espinas, y un dogal al cuello, llevando en sus manos un devoto Crucifixo; y aunque queria ir descalzo, los Misioneros le rogaron atendiera á los quebrantos de su salud, y diciéndole que en la forma que iba era bastante para la pública edificacion. Fue tal la reforma de costumbres en todo género de gentes, que el mismo Señor Obispo se dió por satisfecho de todos sus deseos, explicando su gozo en una dilatada Carta al Guardian del Colegio.

Ya habia tiempo que el Illmô. Señor Obispo tenia clara idea del Instituto Apostólico, y del método con que los Misioneros desempeñaban sus ministerios, pues el año de veinte y ocho, que el Colegio estaba muy escaso de Religiosos, envió á solicitar de la piedad del Rey nuestro Señor le concediese una Mision de España, y para justificar su pretension, le suplicó al Señor Obispo informase á S. M. sobre la utilidad que considerase podia resultar del aumento de sugetos, lo que hizo S. Illmâ. diciendo en su informe: »Con mucho gusto y consue»lo de mi alma condesciendo, y ase»guro á V. M. que no solo será útil

»el aumento, sino en gran manera útil, »porque estos Religiosos como Varo- »nes verdaderamente apostólicos, co- »munican su santo é incansable zelo, »no solo á los Infieles, sino que se re- »parten por todos los Reynos de esta »Nueva España, que no ménos partici- »pa del fruto de su apostólico zelo. En »este año y el pasado debí á algunos »de estos Padres el beneficio de que »toda la Costa del Norte, Sierras de »los Totonacos, y otros parages de es- »te Obispado, corriesen con grandes »fatigas, predicando el Santo Evange- »lio, con particular aprovechamiento »de las almas, habiendo primero re- »corrido gran porcion del Arzobis- »pado de México. Y en tiempo de mi »antecesor executaron lo mismo.» Si así sentia de los Apostólicos aquel ze- losísimo Prelado solo por su grande penetracion, y no habiendo asistido á otra de las misiones que se habian hecho en su Obispado, ¿qual sería el lleno de su corazon viéndose en me- dio de ellos, y rodeado de ópimos fru- tos que le rendian su predicacion y exemplo? Encantado de ver lo que pa- recia imposible en el reforme univer- sal de toda especie de gentes, daba largas á la Mision, pues duró mas de dos meses, y no pudiendo separar de sí á los Misioneros, se hizo agente de la fundacion de un Hospicio, mientras se impetraba de S. M. la de Colegio, y á peticion suya, y representacion de la Ciudad, dió permiso el Señor Virrey para que se estableciera en la Ermita de nuestra Señora del Des- tierro, que vulgarmente llamaban el Rancho del Venerable Aparicio, cu- yos sucesos quedan ya referidos.

No obstante la fundacion del Hospicio, ni el que el Illmô. Señor Obispo era ya difunto el año de trein- ta y tres, fueron enviados á aquel Obispado tres Misioneros, los que captando la venia del Señor Provi- sor para empezar sus misiones en la Tierra caliente, que siempre es la mas necesitada, les respondió diciendo: »Doy á VV. PP. muchas gracias, y »quisiera estar presente para servir- »les en quanto alcanzaran mis fuer- »zas. Tengo despachadas las licen- »cias de confesar y predicar que pide »V. P. quien, y sus Compañeros usa- »rán de sus privilegios y facultades »concedidas por la Santa Sede Apos- »tólica, segun las practicaron en vida »del Illmô. Señor Lardizabal; &c.» Fueron los Misioneros por Tlascala y demas Pueblos anunciando la paz del Evangelio, y predicando la peni- tencia necesaria para el perdon de las culpas, y fueron correspondientes los frutos; de suerte que á los cinco me- ses de sus afanes apostólicos, por los informes de los Curas, les escribió el Señor Provisor, y le dice al P. Fr. Tomás Garcia: »Debe mi obligacion »repetir á V. Rmâ. y sus Compañe- »ros muy zelosos, muchas gracias por »el fervor y caridad con que han tra- »bajado tantos meses en beneficio de »las almas de este Obispado, cuyos »abundantísimos frutos son el mejor »premio que desea su apostólica vi- »gilancia en esta vida, porque en la »otra quién podrá explicar el galar- »don que corresponderá á tan copio- »sos sudores con que se han fertili- »zado en su esterilidad tantos Pue- »blos.» Con esta misma aceptacion han recorrido todo ese Obispado en muchas ocasiones los Misioneros del Colegio, y siempre con mucho con- suelo por el reforme de sus Pueblos.

El año de seiscientos y noven- ta salió desde el Colegio con otros Compañeros el R. P. Fr. Joseph Diez, para la Ciudad de Antequera, Valle de

Oaxaca, y presentándose al Illmô. Señor Doctor Don Isidro de Sariñana y Cuenca, su Obispo, los recibió con benignidad paternal, y condecoró con un Despacho en que dice: »que deseando »por todos medios el bien espiritual »de las almas de su cargo, y que las »que están en mal estado se reduzcan »al camino de su salvacion, y en con»sideracion de lo mucho que para la »consecucion de ese fin trabajan con »fervoroso zelo los RR. PP. Misione»ros Apostólicos, haciéndose así dig»nos de que con liberal mano se les »concedan y comuniquen diferentes »facultades de que usen en órden al »fin referido;» les concedió que pudieran misionar en todo su Obispado, gozando de todas las facultades ordinarias, y de otras que llaman *sólitas*, de las que hacia expresion; y para que de su parte quedaran del todo habilitados, dice en el Despacho: »Y en »caso que tengan dichos RR. PP. Mi»sioneros Apostólicos algunas otras »facultades subsistentes por la Santa »Sede Apostólica concedidas, para »cuyo uso se requeria la licencia y »consentimiento del Ordinario, se la »damos y queremos usen de ellas.» Con tan favorables providencias fueron los Misioneros sembrando la divina palabra, y al mismo tiempo cogiendo muchos frutos dignos de penitencia, que el mismo solícito Pastor cogió á manos llenas en la solemne mision que se hizo en aquella Ciudad, la que satisfizo tanto á su pastoral zelo, que públicamente decia, »que aquellos Predicadores evangé»licos, sobre ser muy virtuosos, eran »doctos y muy versados en las divi»nas letras,» y con la aclamacion de tan venerable Panegirista, y lo eficaz de los sermones, se experimentaron maravillosos efectos en singulares conversiones de pecadores endurecidos, y restituciones de honras y haciendas. Así premió el Señor el zelo de este santo Prelado, viendo logrados los oficios de su solicitud y eficacia con que proporcionaba el bien de sus ovejas.

La incuria de conservar la memoria de los admirables frutos de las otras Misiones que se hicieron en este Obispado, renueva la quexa de su omision, siendo cierto que se hicieron, así en la Sierra del Papalo hasta Villa-Alta, y en los Pueblos de la Costa del Norte; pues el año de setecientos cincuenta y seis dirigia á ellos el Illmô. Señor Doctor D. Ventura Blanco á los Misioneros, diciéndoles por Carta, que habia tiempo que no se hacia Mision en ellos. Era S. Illmâ. un Pastor vigilantísimo, que con el mayor esmero zelaba la observancia de los divinos Preceptos, valiéndose de todos los medios conducentes á su zelo, y por eso habiéndole escrito el P. Fr. Hermenegildo Villaplana, que se hallaba misionando en la Ciudad de la Puebla, y que concluido su ministerio en ella habia de continuar por órden de su Superior hácia aquellas partes, y le sería preciso tocar en aquel Obispado, y que no podria demorar en él para predicar y confesar sin la licencia de S. Illmâ. se la pedia con las de celebrar él y sus Compañeros; á lo que el Señor Obispo condescendió gustoso, para que entraran en su Obispado, transitaran y demoraran para el exercicio de su ministerio, por contemplar la grande utilidad que experimentarian sus súbditos, para lo que les envió Carta para que los Curas los asistieran y atendieran todo el tiempo necesario, para que sus Feligreses desahogaran sus conciencias, y ellos pudieran coger el

fruto de la predicacion apostólica. Les insinuó el Señor Obispo que estimaria mucho se internaran en el Obispado por Teutitlan del Camino, que es su primer Curato, y se dirigieran á la Sierra de Papalo; y habiéndolo executado así, hicieron mision en Teutitlan; pero el rigor del clima hizo novedad en uno de los Compañeros hasta ponerlo en el último peligro, y no pudiendo desampararlo, les fue preciso pasarlo á mas benigno temperamento: de todo lo que avisaron al Señor Obispo, que bien sentido del accidente, les respondió: »Siento mucho »la indisposicion del Padre, y que esta »haya sido causa de que yo me privase de ver á VV. PP. y este Obis»pado de su buena doctrina; pero co»mo todo viene de la mano de Dios, »nos debemos sujetar á sus altos jui»cios. Quedo enterado de lo bien que »se portó el Padre Cura de Teutitlan, »y de lo que allí se trabajó en benefi»cio de las almas, de que doy las de»bidas gracias á VV. RR.»

Desde el año de setecientos y ochenta y quatro el Illmô. Señor Obispo de Oaxaca Doctor Don Diego de Ortigosa, pedía al Padre Guardian del Colegio, que si se podia, fueran al ménos tres Misioneros fuertes, de zelo y espíritu, para que misionaran en la Ciudad principalmente; pero siendo entónces grande la inopia de Religiosos, se satisfizo á S. Illmâ. representándosela y prometiéndole, que iria luego que llegara la Mision que se estaba esperando de España: á lo que S. Illmâ. se avino diciendo: Que esperaria con gusto que se proporcionara mejor coyuntura. Esta se verificó el año de ochenta y seis, yendo quatro Misioneros, y por el mes de Diciembre, como S. Illmâ. lo proponia, con el anhelo de obedecer á las instancias de su pastoral zelo, con el que decia: »Manos á la obra, que yo no descan»so hasta dar este riego á la heredad »que Dios me ha entregado: No por»que dexe de haber excelentes Predi»cadores en Oaxaca, sino porque el »conocimiento y trato con ellos des»autoriza la palabra.» Por Enero de dicho año de ochenta y seis dió el Señor Obispo principio en la Santa Catedral á la mision, y de allí, dos por un rumbo, y otros dos por otro, fueron predicando por todas las Iglesias de la Ciudad; pero estando el P. Fr. Roque Hernandez en su ministerio en el Convento del Gran Padre S. Agustin, con la agitacion del Púlpito, se manifestó mortal un accidente asmático que padecia ya habia tiempo, y se fue agravando con síntomas fatales, hasta el dia diez y ocho, que habiendo recibido todos los Santos Sacramentos á su tiempo, y pedidos por él mismo, murió rodeado de los quatro Prelados de las Comunidades Religiosas, y de otros muchos Sacerdotes.

El dolor y sentimiento que manifestó toda aquella Nobilísima Ciudad en su muerte fue muy grande, la conmocion extraordinaria, pues todas las Comunidades de Religiosos y Religiosas, toda la Venerable Clerecia y su Ilustre Cabildo Secular, y todo su Pueblo, han dado en esa ocasion pruebas nada equívocas de su afecto al Instituto Apostólico, tanto en solicitar el alivio del Padre quando enfermo, como en las demostraciones de pena quando muerto. Aun ántes de morir el Padre habian las Señoras Capuchinas Españolas suplicado al Señor Obispo que les diera el consuelo de que fuese sepultado en su Iglesia, por tener una bóveda en el Presbiterio muy inmediata al Coro baxo. El Señor Obispo, deseando que todo se exe-

cutara con conformidad y acierto, hizo concurrir en su Palacio á los RR. Priores de Santo Domingo y San Agustin, al R. Guardian de los Descalzos, al Señor Dean, y á los tres Misioneros, y proponiendo la súplica de las Señoras Capuchinas, y manifestando su voluntad en condescender con su piadosa peticion, pues eran Religiosas de la Orden, y que ningun Prelado quedase quexoso, dispuso que el entierro se hiciese por todos en la forma siguiente: un Cura de la Catedral asistido de toda la Clerecia sacase el cuerpo de San Agustin, llevándolo cargado Religiosos: que el R. P. Guardian cantase la Misa con sus Religiosos: que el R. P. Prior de Santo Domingo cantase con su Comunidad la Vigilia y Oficio de la sepultura, llevando la Capa para el entierro: que el R. Padre Prior de San Agustin, asociado con los tres Misioneros, fuese en todo como doliente; y aunque difirió á esta convencion, no pudo ocultar el sentimiento de que no se le diera en su Iglesia sepultura al que habia muerto en sus claustros; pero al fin todo se hizo con solemnidad y sosiego, y con tan crecido concurso, que no podia ser mayor en las exêquias de un Señor Obispo: de forma que fue necesario poner guardia de Soldados en las puertas de la Iglesia de San Agustin mientras estuvo en ella el cadaver, para contener la indiscreta devocion, que lo hubiera dexado indecente, segun le cortaban pedazos al hábito.

Quatro dias tuvo el Señor Obispo suspensa la mision, pero despues la dispuso con tanto órden, que no quedase Iglesia alguna sin jubilar; y aunque á un tiempo predicaban en varias partes, eran en todas grandes los concursos, porque el Señor Obispo asistia alternadamente en todas. Así duró la mision hasta Abril, y de la salida de los Misioneros le dió S. Illmâ. noticia al Padre Guardian por Carta en que dice: »Hoy hace ocho »dias que salieron de aquí los Padres »Misioneros, fuertes y buenos, que no »es poco beneficio de Dios, porque no »es ponderable lo que han trabajado »en Púlpito y Confesonario. Son Ope»rarios dignos de estimacion en los »agrados de Jesus y de los hombres. »Si hemos de estar á las tropas de »gentes que los siguieron en su sali»da, debo prometerme que han hecho »fruto. En quanto ha estado de su »parte han podado y sembrado como »buenos labradores, y se han portado »exemplarísimamente. Los frutos no »penden del sembrador, sino del Due»ño de la heredad. Tengo Carta del »P. Presidente de haber llegado bien »á Cuicatlan, donde harán mision, y »pasarán al Pueblo último del Obis»pado, y allí continuarán su santa ta»rea, de que no hay poca necesidad, »pues hay gente, y son casi solos los »Padres para todo. Yo viviré agra»decido á V. P. toda mi vida por la »buena eleccion, &c.»

En el mismo año de seiscientos noventa que el P. Fr. Joseph Diez fue á la Ciudad de Oaxaca, favorecido de su Illmô. Prelado, como queda dicho, fue misionando hasta Ciudad Real y Obispado de Chiapa, y habiéndose presentado al Illmô. Señor Obispo Don Fray Francisco Nuñez de la Vega, y manifestado las licencias y facultades que quedan referidas en el despacho del Illmô. Señor Don Isidro de Sariñana, se dignó S. Illmâ. refrendarlas, diciendo en su auto: »Que por »quanto deseaba afectuosamente que »las almas de sus súbditos tratasen »muy de veras de su salvacion, y que

»para ello tuvieran los socorros que »con el favor divino les podia apli- »car; considerando el fruto grande »que en la Iglesia universal se expe- »rimenta en los exercicios de predi- »cacion y administracion de la confe- »sion en las Misiones, que el P. Fr. »Joseph Diez hacia por su Instituto »con el zelo del bien de las almas, y »para que con su doctrina y exemplo »se movieran los Fieles á lograr los »frutos de estos santos exercicios; res- »pecto á tener como tenia de Nrô. »Santo Padre Inocencio XI. los mismos »privilegios, gracias é indultos que »menciona el Despacho del Illmô. Se- »ñor Obispo de Oaxaca, daba y dió »facultad, y licencia á dicho R. P. »Fr. Joseph Diez para que usara y »exercitara en su Ciudad y Obispa- »do lo contenido y expresado en el »dicho Despacho.

Ya no eran desconocidos en Ciudad Real los Misioneros, porque desde el año de ochenta y quatro su Fundador el Venerable Padre Linaz destinó quatro escogidos para la Provincia de Yucatan, y habiéndose embarcado en Veracruz arribaron á Campeche: iban en compañia del M. R. P. Comisario General de todas estas Provincias, y al tercero dia se comenzó la mision en la Santa Catedral de Mérida, y fue de las mas fructuosas, pues se oían en ella los pecadores llorando á gritos sus pecados. El Superior General ordenó que dos Misioneros se quedasen en Mérida para restablecer y formar un Convento de Recoleccion, y los VV. PP. Fr. Melchor de Jesus, y Fr. Antonio Margil prosiguieran predicando el Santo Evangelio. para tan alto fin se embarcaron para Tabasco, y á costa de muchos trabajos y dolencias por la aspereza de los caminos, llegaron á Ciudad Real, y en su Catedral comenzaron la mision, que fue con mucho fruto de las almas, y consuelo de S. Illmô. Prelado.

De Chiapa enderezaron sus pasos para la Metrópoli de Guatemala, y como ya se ha referido en las Vidas de estos dos Apostólicos Varones, fueron en ella admirados y recibidos como unos nuevos Apóstoles, y así fue la conmocion y efectos de sus sermones. De aquí prosigüieron sus apostólicas tareas á pie, y fiados en la divina Providencia, hasta los Obispados de Comayagua y Nicaragua, misionando en todos los lugares de la Nicosia y Costa Rica, desterrando vicios y plantando virtudes, tanto en las Cabeceras, como en las Villas, Pueblos y Haciendas de todas aquellas Provincias, cuya memoria, fundada en la doctrina y exemplo de sus penitentes vidas, vive hasta ahora impresa en sus almas. No fueron ménos heroicas las empresas del V. P. Fr. Francisco de San Joseph, que enviado de este Colegio con otros quatro Compañeros á las Reducciones de la Talamanca el año de seiscientos noventa y quatro, se ocupó gloriosamente en la conversion de aquellos Indios, y á costa de trabajos, llagas y penosos accidentes, le fue empeñando la soberana Providencia, hasta que su ardiente zelo le hizo penetrar por el istmo de Panamá al Reyno del Perú, en donde con las Patentes en que el Padre Estevez le hizo Vice-Comisario de Misiones, se presentó en la Imperial Ciudad de Lima, y consiguió de aquella santa Provincia le asignase un Convento para exercer el ministerio apostólico, y desde el año de setecientos y ocho que entró en aquel Reyno, hasta el de treinta y seis, que murió, trabajó incansable, fundando dos Colegios con varias Misiones de Infieles.

CAPÍTULO XXIV.

Dilátase por otros Obispados el Ministerio Apostólico.

DISTA del Colegio la Ciudad de Guadalaxara como ochenta leguas, y así esto fue la causa de que pasase un año desde su fundacion para que los Misioneros fueran á ella á anunciar la palabra evangélica segun el método de su Instituto, y para ello salieron á principios de Enero de seiscientos ochenta y cinco el R. P. Fr. Antonio Escaray, el P. Fr. Francisco Frutos, y el P. Fr. Francisco Estevez: fueron misionando por los lugares pertenecientes á Mechoacan, hasta llegar á Guadalaxara á impetrar las licencias necesarias de S. Illmô. Prelado, que lo era el V. Señor D. Juan de Santiago Garavito, el que les recibió con tanta benignidad y franqueza, que de todos modos les habilitó y esforzó para seguir en sus apostólicas tareas; y predicando á Christo crucificado de Pueblo en Pueblo, llegaron á la Villa de la Purificacion. Allí lograron purificar las conciencias de muchos, por ser de considerable vecindario de Españoles, y muchos los Indios, Mestizos y Mulatos que viven en los Pueblos y Barrios de su Jurisdiccion, y dando un giro llegaron á Zayula, en donde exercitaron su zelo con admirables frutos por ser muchos sus habitadores, y estar en la profanidad muy viciadas las costumbres, y desenfrenadas con la embriaguez y otros escándalos. Entraron á Guadalaxara, y deseando su zelosísimo Pastor que hicieran mision en ella, suscitó el enemigo de las almas muchos impedimentos, que por fin disipó la divina gracia, que favoreció á la solicitud del Señor Obispo, y él mismo la anunció en la Santa Catedral, y prosiguió predicando alternadamente con los Misioneros. Fue tan grande el provecho espiritual de las almas, que solo pudo conocerlo el que les daba los auxîlios necesarios para la verdadera penitencia; pero en lo exterior que la indicaba, se vió una conmocion universal, y que la mayor parte de las mugeres detestaba la profanidad de sus trages, rompiendo las puntas de los mantos en las Iglesias, y arrojándolas al suelo para que las pisasen todos: y habiendo llenado los Padres el tiempo de su ministerio, se retiraron al Seminario.

Anhelaba éste el establecimiento mas propio de su Instituto, que es la propagacion de la Fe entre los bárbaros, y como venian tan favorecidos del zelo del Illmô. Señor Obispo sus Misioneros, concibió grandes esperanzas de alcanzar por su medio el fundar algunas Misiones de Infieles en la Provincia de Cohaguila, perteneciente á su Obispado. Con este importante objeto salieron el año de ochenta y ocho los tres Padres Escaray, Estevez y Hidalgo, y aunque desde Mayo avisaron al Señor Obispo del destino á que dirigian sus pasos, interin obtenian su licencia para ir á su presencia, gastaron el tiempo misionando por los Pueblos y Haciendas del camino: á los dos meses recibieron la contestacion de S. Illmâ. en una dilatada Carta; pero porque sería deprimir la energía de sus ingenuas

expresiones el compendiarla, se deben á lo ménos trasladar á la letra los pasages en que les expresa sus paternales afectos, en los que decia: »Gracias á Dios: no hay gusto cum»plido en esta vida, aunque sea espi»ritual el camino. Antes de ayer seis »del corriente me dieron el pliego de »V. P. R. con las dos Cartas, la una »de catorce de Mayo, y la otra de »diez y siete, de tanto tiempo retar»dadas: no se puede negar que mar»chitó en algo el gozo de haberlas »recibido: éste fue grande, y con no»table regocijo y consuelo de mi al»ma, por ver á V. P. R. ya en este »Obispado: sea Dios alabado por to»do. V. P. R. sea muy bien venido, y »en mi nombre le darán la bienve»nida los Vicarios, Curas y RR. PP. »Ministros de Doctrina, á quienes es»cribo las inclusas que verá V. P. R. »y con ellas enviará un mensagero »delante, para que con toda venera»cion enseñen al Pueblo á recibir y »desear la santa Mision.

»En primer lugar doy á V. P. »R. y á los Padres Estevez y Hidal»go, mi Paisano, la bienvenida á este »pobre Obispado, y yo he dado á »Dios las gracias porque los ha traí»do, que á su divina Magestad se le »debe, pues de otra mano que la di»vina no se pudiera conseguir, espe»cialmente quando los Señores de »México y Puebla los querian arre»batar y detener, y este pobresito »Obispo retirado, sin el valimiento »que aquellos Señores, lo ha conse»guido: harta confusion mia es: Gran »consuelo mio es la noticia que V. P. »R. me dá del R. P. Linaz: Dios le »dé esfuerzo para conseguir su mi»nisterio apostólico:: Y de todo, lo »que mas ha alegrado mi alma es la »intencion de V. P. R. y de los Pa»dres de pasar á tierra de Infieles »(¡quien los acompañara!) y que no »por eso descuidará V. P. R. la mi»sion con los Católicos: En el inte»rin que se hacen las misiones de las »Feligresias para donde van las Car»tas, se discurrirá el mejor modo del »ingreso á la tierra de Infieles por el »rio Blanco ó por Cohaguila, como al »presente me parece mas apropósito, »y Dios dispondrá lo mejor:: Para »las misiones de Infieles no hay que »dar cuidado el sustento de los Misio»neros, que si mis empeños no dieren »lugar á la congrua por entero, me »haré yo demandante. Lo que impor»ta para la permanencia, es fundar en »este Obispado un Colegio, ó dos, y »me parece mejor en Guadalaxara ó »sus contornos, salvo &c.: y si no, en »la Villa del Saltillo, por lo ménos »uno, y otro aquí, y los demas que »fuere Dios servido. Guarde Dios á »V. P. R. muchos años. Guadalaxara »y Julio diez y siete de mil seiscien»tos ochenta y ocho años.» Anduvieron los Misioneros por varias Villas y Lugares en sus laboriosas fatigas por el bien de las almas, y recibió el Padre Escaray Carta del Señor Obispo en que le dice: »Aunque ten»go escrito á V. P. R. diciéndole que »se vengan por acá luego para pa»sar por aquí á Cohaguila con los »Religiosos, despues acá he recibido »una del Señor Virrey, cuyo tanto va »incluso, en que parece que ha toma»do á su cuenta esta empresa, y así »V. P. R. suspenda el viage hasta que »yo le avise de lo que el Señor Vir»rey determinare en ello. Guarde Dios »á V. P. R. muchos años. Guadalaxa»ra y Agosto veinte y cinco de mil »seiscientos ochenta y nueve.» Con esta demora hicieron los Padres misiones en la Villa de Aguas-Calientes

y en la Ciudad de Zacatecas, de la que resultó la fundacion de su Apostólico Colegio, como ya en varias partes de esta Crónica queda referido.

El año de setecientos y uno fueron tres escogidos Operarios á Guadalaxara, y siendo S. Illmô. Prelado Don Fray Felipe Galindo y Chaves, Misionero Apostólico, y muy práctico en el ministerio, así entre Infieles como entre Fieles, é hijo de nuestro Padre Santo Domingo, los recibió con todos los afectos que correspondian á un Obispo zeloso, á un Padre amante, y á un Compañero en el trabajo; y S. Illmâ. anunció la mision en la Catedral, la que se fue continuando con mucho consuelo de su espíritu, y bien de sus Feligreses en todas las Parroquias y principales Iglesias, y acabada, con la bendicion de S. Illmâ. pasaron los Misioneros á la Tierra caliente del Obispado, y en sus Poblaciones se detuvieron misionando muchos meses, por ser la necesidad de doctrina extrema en esos Paises, que sus plagas hacen inhabitables.

Correspondian cada dia con mas ley á las laboriosas tareas de los Misioneros los ricos metales de oro y plata que en Zacatecas habian descubierto, siendo su riqueza espiritual permanente, y constantes los deseos que manifestaban de tener consigo y en su cultivo tales Operarios, y por eso el año de setecientos y dos fueron á reforzar sus labores quatro zelosos Misioneros, y despues de haberles señalado el Muy Ilustre Cabildo de aquella Nobilísima Ciudad, acomodado sitio para Hospicio, interin se fundaba el Colegio, pasaron al Obispado de Guadiana, haciendo sus misiones apostólicas con mucho fruto de las almas. Con este mismo zelo repitieron otros Misioneros la entrada al Obispado de Guadalaxara el año de setecientos y siete, y pidiendo la debida licencia á S. Illmô. Prelado, que lo era el Illmô. Señor Arzobispo Obispo Don Fray Manuel de Mimbela, que andaba en su Visita, y como que habia sido Misionero Apostólico en la Provincia de Zacatecas, é hijo de nuestro Padre San Francisco, les respondió diciendo: »La de VV. PP. recibo »con suma estimacion, así por lo que »me favorecen en ella, como por con»siderarlos en ocupacion tan del agra»do de nuestro Señor; y no solo per»mito que VV. PP. entren en mi Obis»pado á exercitar el santo ministerio »de la predicacion, sino es que les su»plico, que en quanto pudieren favo»rezcan mis ovejas con su santa doc»trina, y les concedo mis facultades »para que en el fuero de la conciencia »usen de ellas quando sea menester »con mis súbditos &c.» Mayores franquicias les concedió á los Misioneros de Infieles, eligiendo y nombrando por su Vicario Juez Eclesiástico al Presidente de ellas.

Favorecidos siempre los Misioneros por los Señores Obispos de Guadalaxara, continuaron sus misiones anuales hasta el tiempo que la gobernó el Illmô. Señor Don Nicolás Carlos Gomez de Cervantes, que necesitado el Colegio de Ministros para atender á las Misiones de Infieles pertenecientes á su Obispado, le suplicó que conforme á la Ley de Recopilacion de Indias, se sirviera de informar al Rey nuestro Señor de la dicha necesidad; lo que hizo representando á S. M. »ser mucho el fruto »que en sus dos Obispados vió, y el »bien espiritual que se consigue de »la freqüencia con que dentro y fue»ra del Colegio se aplican á las con-

»fesiones de los que movidos de su »ajustada vida y buen exemplo, solicitan en ellos el bien de sus almas.»

Por Marzo de seiscientos noventa y tres años pasó por esta Ciudad de Querétaro el Illmô. Señor Don Garcia Legaspi, Obispo de Durango, y pidieron á S. Illmâ. tres Misioneros licencia para entrar á su Obispado á predicar el Santo Evangelio, y confesar generalmente hombres y mugeres el tiempo de su Mision, y no solo la concedió á los Padres, sino que en atencion á los varios accidentes que acaecen, y con el deseo de que por ningun acontecimiento se dexara de hacer en su Obispado la Mision, le dió facultad al R. P. Guardian para que pudiera, en caso de no poder ir los nombrados, obligar y nombrar otros en su lugar, con las mismas facultades que ya tenia concedidas al P. Fr. Diego Salazar y sus Compañeros; pero efectivamente fueron, y como nunca vistos, fueron recibidos con admiracion y fruto, pues por todo el Obispado predicaron y confesaron innumerables, que hallando en ellos entrañas de caridad y misericordia, descubrian sus conciencias, muchos años ántes gravadas de culpas, que les impedia declarar una suma vergüenza, la que no les era fácil vencer en otras circunstancias. El año de setecientos y dos el P. Fr. Pedro de la Concepcion y Urtiaga, que despues fue Obispo de Puerto-rico, con otros Compañeros entró al dicho Obispado de Durango, y con mucha conmocion de todos sus habitadores, repasaron varios Pueblos, caminando hasta Sombrerete, en donde fue la última mision, y de donde se volvieron al Colegio. Estudio particular fue el del V. P. Fr. Antonio Margil, el inducir á los nuevos Misioneros que habia agregado al Colegio de nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, al laborioso empleo de las misiones de Fieles; y por eso siendo su Presidente se ocupaba en ellas, y pasó al Obispado de Guadiana, en donde gastó cinco meses ganando con su doctrina y exemplo muchas almas para el Cielo, y dexando en posesion de estos importantes usufrutos á sus nuevos Operarios, que han conservado con teson y desvelo.

Reflexion particular ha sido reservar como último el principal Obispado, que desde su fundacion ha sido el campo de batalla en que el Colegio de la Cruz ha peleado las guerras del Señor, y conseguido gloriosos triunfos contra el comun enemigo. La primera campaña fue en la Ciudad de Valladolid, Metrópoli del Reyno de Mechoacan, y de la que hizo relacion la primera Parte de esta Crónica, y que fue principio para ir continuando otras que el año de ochenta y seis se extendieron por las demas Ciudades, Villas y Lugares del Obispado. El año de setecientos y uno se repitió en la Ciudad de Valladolid otra mision muy fructuosa, y de allí pasaron los Misioneros á la Tierra caliente, como á la mas necesitada de doctrina, y con el favor de los Illmôs. Señores Obispos, se fueron internando por toda la Diócesis, de forma que se puede asegurar que nunca han faltado, con alguna interrupcion notable, los Misioneros en las dilatadas tierras de ciento y setenta leguas de longitud, y de ochenta hasta treinta de latitud, á que llega el Obispado. Por esta razon sería mas que arduo, y en el dia imposible el hacer memoria, ni aun del número de las misiones que se han hecho en él, mayormente desde el año de setecientos y siete, que

se radicó el Instituto en la Ciudad de Zacatecas, y el de setecientos treinta y quatro en la de México; pues ambos Colegios se ocupan en el ministerio fervorosos por los Obispados que les son inmediatos; y aunque el de la Cruz no ha dexado de hacer varias excursiones apostólicas en ellos segun le ha sido necesario, pero estando como en el centro de ellos, tiene en que ocuparse tanto, como lo hacia quando trabajaba en todos: y aunque de los especiales sucesos no hayan dexado memoria los que anduvieron en tantas Misiones, pero de las que hay alguna, ó que por notables circunstancias son recomendables, será preciso hacerla.

Siendo Guardian del Colegio de la Cruz el V. P. Margil, hizo en la Ciudad de Valladolid una mision tan fructuosa, que fueron públicas las muchas y admirables conversiones de pecadores que en ella se admiraron, y tanta la compuncion universal, que el Exmô. é Illmô. Señor Obispo Don Juan de Ortega, sentado en su dosel, públicamente les hizo cargo de aquella Mision á sus Feligreses. Mas notable fue la que el mismo V. Padre repitió el año de veinte y seis en la misma Ciudad, y que fue la última de su vida, por las particulares circunstancias que se vieron en ella: una fue el extraordinario concurso que el dia de la Procesion de penitencia ocurrió, con demostraciones de ella tan singulares, que hasta los Señores Prebendados de la Santa Iglesia salieron cargados de pesadas Cruces, con sogas y coronas de espinas, y á su exemplo todos hasta los niños iban en trage de penitentes: otra fue, que al comenzar la Procesion advirtieron al V. Padre que estaba muy ardiente el ayre por los rayos del Sol, que siendo por el mes de Junio, es casi insoportable en aquel temperamento, y les podia hacer mucho daño á innumerables que iban casi desnudos, y muchos de los principales Ciudadanos descalzos; pero el V. Padre respondió: dispóngase la Procesion, que espero en Dios que no nos moleste el Sol con sus rayos, y fue así, porque la Providencia que en el desierto de Egipto puso una nube, que en el dia era densa y obscura, para defender del calor del Sol á los Israelitas, puso tambien sobre toda, y solo el recinto de la Ciudad de Valladolid, otra que duró todo el tiempo de la Procesion fixa sobre el piadoso y penitente gentío. La otra y mas admirable fue, que resonando en la Ciudad y Templos de Valladolid los clamores de los Misioneros contra la profanidad y demas vicios, las voces que á distancia de doce leguas no podian percibir los habitadores de la Ciudad de Pásquaro por sus oídos, las escuchaban dentro de sus corazones, y con solo la fama y rumor de lo que en Valladolid se predicaba, y de los frutos que se veían, se reformó Pásquaro, haciéndose muchas confesiones con grandes muestras de dolor de los pecados, y detestacion de la profanidad y demas excesos que aborrece el Christianismo.

No sería posible numerar las veces que en aquella Santa Catedral han exâltado las voces de los Misioneros las verdades del Evangelio, siendo en muchas de ellas las que han dado principio á las misiones las de sus Illmôs. Prelados, y siempre como vigilantísimos Pastores han honrado con su exemplo los ministerios apostólicos, franqueando á los Misioneros las facultades y demas expedientes que les han expuesto convenientes al bien

espiritual de sus ovejas. Esto se pudiera evidenciar, y no sin complacencia, recopilando los favores con que los Señores Obispos han estimado los trabajos de los Misioneros, y desempeñado los del ministerio, sin mas fatiga quela de trasladar los despachos que se les impetran, para las debidas licencias con que se deben practicar las misiones: y aunque esta prolixidad sería prueba de que ninguno de los once Illmôs. Señores Obispos que han gobernado esta sagrada Iglesia desde la ereccion del Colegio, ha dexado de ser especialísimo Protector de los Misioneros, y que en tan largo tiempo como el de ciento y ocho años no han desmerecido su gracia con algun escándalo, ú ofensa de algunos, que pudiera vituperar su ministerio; pero bastará individuar algunos sucesos de misiones, y favorables despachos de estos últimos tiempos, en que se verá la constante estimacion, confianza y honor con que honran los Señores Obispos á sus pobres Misioneros.

El año de setenta y quatro, á instancias del Alcalde Mayor de Colima,se destinó una Mision para aquella Provincia, y obtenida la licencia del Señor Obispo, se pasó á ella, y en certificacion que el mismo Alcalde Mayor envió al Colegio dice: »Trabajaron con tanta prudencia y acierto, que muchos vicios apadrinados de antiquada corruptela, se exterminaron, no siendo el menor el de usurarios tratos, á cuya reforma se debia la reedificacion del Hospital de San Juan de Dios en la Villa.»

Estando estos Padres en el Pueblo de Tamasula ocupados en sus apostólicas tareas, ocurrieron á ellos los Vecinos de Zapotlan el Grande, suplicándoles pasasen á él, por haberse amotinado la noche del Jueves Santo por ciertas diferencias con sus Curas, y en su furiosa insolencia, haber entrado en la Iglesia, desadornado el Monumento y cerrado la puerta, prosiguiendo su rebeldia en buscar á los Curas para quitarles las vidas. Los Misioneros luego al punto se partieron para Zapotlan, y recibiéndolos con mucha humildad y rendimiento, aun los mas obstinados, con consejos y desengaños los reduxeron, y ellos afianzaron la paz con públicas penitencias, y otras religiosas demostraciones, las que sirvieron de principio á la mision, que en el mismo acto comenzaron, y con ella quedaron reconciliadas las voluntades, compuestas las diferencias, y remediadas muchas almas.

CAPÍTULO XXV.

De otras fructuosas misiones.

POR Septiembre del año de setenta y ocho salió del Colegio el Padre Comisario y Prefecto de las Misiones, en cumplimiento de sus oficios, con otros dos Compañeros, y no teniendo lugar destinado para exercitar el ministerio, se presentó al Illmô. Señor Obispo, para que los enviara á donde le pareciera ser mas necesario, lo que S. Illmâ. hizo por un Despacho que les dió para los Curas, en que les dice: »Acordamos destinarlos á la Villa de Colima, sus inmediatas Jurisdicciones, y

»aun á las remotas que caen á la »parte del Sur; porque no sin grave »dolor de nuestro corazon, estamos »cerciorados, así de la corrupcion de »costumbres y escándalos que se expe- »rimentan en la expresada Villa, co- »mo de que no hay memoria entre los »actuales vivientes, de que en muchos »de los mencionados territorios se »haya hecho alguna mision evangé- »lica.» Salieron los Misioneros de Valladolid, y caminando con doblados trabajos por la continuacion de las lluvias, se vieron precisados á hacer mision en Vaniqueo, á la que concurrieron de todos aquellos contornos, y en treinta dias trabajaron incesantes en el Púlpito y Confesonario.

De allí prosiguieron á su destino, y muy cerca ya de Colima, supieron que hácia la Costa, y veinte leguas de distancia, habia una Poblacion de gente sin Sacerdote ni Doctrina, y viviendo en una libertad casi pagana; y siendo muy cálido su clima, determinaron lograr el Invierno, como tiempo mas oportuno para socorrer la urgente necesidad de aquellas almas. Por muy incómodos caminos y plagas del temperamento llegaron al parage que llaman Tlacahuallan, y fueron recibidos con mucha veneracion de los viejos, y admiracion de los mozos, casi espantados de ver el trage de los Religiosos, y algunos preguntaban á sus padres, si aquellos hombres eran Christianos? Es esta una Colonia que tuvo principio por haber dado fondo en un Puerto que llaman de San Telmo, que está en el bogeo de la Costa que baxa á Acapulco, una embarcacion Francesa, el año de setecientos quarenta y seis, por lo que mandó el Señor Virrey se pusiese para resguardo una Compañia de Lanceros. Esta se estableció como seis leguas de la Costa al pie de un altísimo cerro que sirve de vigia, y á orillas del rio que arriba llaman de Tuzpa; y sembrando algodon en los pedazos de tierra que desmontan, se dá de muy buena calidad, y con abundancia, por lo que todos los años tienen su feria, á la que acuden muchos, y de ellos se quedan bastantes en la misma negociacion: pero son muchos mas los que se agregan de todas clases, castas y condiciones, ó por la impunidad que allí tienen, ó por la libertad que el parage les franquea, pues dispersos por aquellos montes, se aprovechan de las frutas de la tierra, maiz que todo el año se dá, y la tuba y aguardiente de coco que hacen, y así viven dueños de su alvedrio, sin Rey y sin Pastor, ni oír una Misa, y sin socorro alguno espiritual de sus almas. Consiste esto, en que siendo muchas y muy graves las enfermedades que les causa el sumo calor, las frutas y desordenadas vidas; quando se ven agravados de ellas, son muchas las dificultades que se ofrecen para que el Cura de Iztlahuacan, que es el mas cercano, y dista diez leguas, pueda ir á confesarlos; por lo que muchos mueren sin Sacramentos, ó ya porque el Cura no puede asistirlos, ó porque los caminos se ponen intransitables por las lluvias, ó ya porque el caudaloso y rápido rio no dá en muchos meses vado. El mismo peligro tienen las mugeres en sus malos partos; las criaturas que nacen enfermas, pues aunque alguno de aquellos las bautize, como todos carecen de instruccion y doctrina, es preciso que en estos casos se ofrezcan muchas dudas; y todos aquellos habitadores, en los repentinos accidentes de animales ponzoñozos, caídas y otros desastres

que son muy continuos, mueren sin socorro espiritual alguno.

Todas estas circunstancias hicieron que la mision fuese muy fructuosa, y que las voces de los Misioneros en aquellos desiertos hicieran entrar en los caminos de los divinos preceptos á tantos descaminados Christianos. Todos oían con asombro los sermones, doctrinas y exemplos, y como los Padres les decian que no habian de salir de allí hasta que todos se confesaran, lo hacian con toda diligencia; y era de admirar que dormian á la puerta de la Capilla, para conseguir lugar en el Confesonario, y todos asistian á la Misa, Via-Crucis y otras devociones con empeño, y el ver la freqüencia de los Santos Sacramentos, con muestras de dolor y arrepentimiento de sus culpas. Ni los que estaban por aquellos montes imposibilitados y enfermos, quedaron sin consuelo, pues iban los Misioneros á confesarlos y olearlos en sus Ranchos, de los quales enterraron algunos, bautizaron los párvulos, y casaron algunos, con la licencia de su Párroco. Resonó el clarin del Evangelio por todos aquellos páramos, y á sus voces baxaron muchos de Maquili y Pomaro, todos con el anhelo de oír los sermones y confesarse, y lo mismo hacian los de la Costa abaxo, viniendo de mas de quince leguas por caminos muy fragosos, y entre ellos un Español de mas de cien años: de suerte, que en el mes que duró la mision, se confesaron y comulgaron mas de setecientas personas.

Mucho dolor era dexar á tantas almas en el desamparo que ántes estaban, sin doctrina, ni Sacramentos, y para solicitarles el remedio le hizo el Padre Comisario al Capitan, que le formara un exácto padron de todos los que allí estaban agregados, poniendo en él sus estados, sexôs y edades, y por él resultó haber en el vecindario de Tlacahuallan, noventa y dos familias de casados, y que éstos, sus hijos, viudos, viudas, sus hijos y los solteros componian trescientas y nueve personas. Con esta razon, y la expresion de la distancia al Cura mas cercano, y de las dificultades que habia para el socorro de aquellas almas, y los peligros en que estaban de perder su eterna salud, consultó al Illmô. Señor Obispo, suplicándole se sirviese de ponerles allí un Ministro de pie fixo, pues aquellos habitadores contribuían suficiente congrua á su manutencion. Su Illmâ. mandó formalizar el expediente, y por él ordenó que fuese un Sacerdote que como Vicario del inmediato Cura, estuviese allí de pie, y administrase los Santos Sacramentos á aquellos Colonos, lo que se executó, y hasta el dia presente dura.

Prevenido el Cura de Colima de la mision que se iba á hacer en la Villa, representó al Señor Obispo la necesidad de Confesores que habia para ella, y el cumplimiento de la Iglesia; pues aunque habia algunos Eclesiásticos Seculares, carecian de las licencias de confesar, por habérseles acabado el tiempo en que las tenian, y no haber podido ocurrir á impetrarlas. En vista de esta representacion, quiso el Illmô. Señor Obispo manifestar á todos la estimacion que hacia del ministerio Apostólico, honrando á sus Misioneros, y por órden de S. Illmâ. el Oficial Mayor, y Notario de Gobierno, le escribió al Padre Comisario diciendo: »Para pro»veer sobre tan urgente caso, ha de»liberado el Illmô. mi Señor, cometer

»á V. P. el exâmen de los tales Eclesiásticos en todo lo necesario y correspondiente para la recta administracion de la sagrada Penitencia, »tanto en las materias morales, como »en el idioma de los Indios, para los »Clérigos que se hubiesen ordenado »con este título: y que los que V. P. »calificare por suficientes, confiesen »desde luego, y durante el cumplimiento con la Iglesia de esa Feligresia, hombres y mugeres, dando cuenta V. P. á su Señoría Illmâ. de todos »los que exâminare, con remision de »las licencias que hubieren tenido, y »con expresion del dictámen que formare acerca de cada uno, para el »uso, ó no uso de ellas.» Esta misma extraordinaria confianza y singular favor lo repitió el Señor Obispo en otros Curatos que necesitaban Ministros. Hízose la mision en Colima, y no obstante sus antiquadas discordias, reconocieron en ella la misericordia con que el Señor les franqueaba la paz para el remedio de sus almas; y reconciliados unos con otros, asistieron á todos los sermones, y cumplieron el precepto de la Confesion y Comunion en aquella Pasqua.

Prosiguieron los Misioneros sus apostólicas tareas en el nuevo establecimiento, ya muy poblado, de Tecalitlan, y estando en las de Tamasula, ocurrieron los Vecinos de Zapotlan el Grande con repetidas súplicas para que pasasen á aquel Pueblo, y condescendiendo á ellas, se hizo una mision muy fructuosa, y vinieron de todos sus contornos muchas gentes; pero estando ya en el fin de la mision, se presentaron los Indios principales al Padre Comisario, pidiendo en un escrito que se les hiciera á ellos como á los Españoles, pues tambien eran Christianos, y que no les habian dado lugar ni para los sermones, ni para confesarse. Era la peticion muy justa, y considerando el Padre Comisario que estaban en vísperas de unas fiestas anuales, en que gastaban mas de lo que en todo el año ganan, en toros y desórdenes, de que se siguen muchas embriaguezes y escándalos, les propuso que la mision no permitia tales excesos; y de hacerla, no habia de haber mas fiesta que la de la Iglesia, y ésta con solo la Misa cantada, sin danzas, ni comilitonas: á todo se avinieron los Indios, y para que todo se hiciera con buena armonía, los envió al Alcalde Mayor, el que les alabó sus intentos, pero les intimó castigarlos, si no se portaban como Christianos; y prometiendo ellos cumplir como tales, se les anunció nueva mision, y acomodándose á sus idiotismos y capacidad los Misioneros, les explicaban los sacrosantos Misterios y divinos preceptos de modo, que ellos hacian sensibles sus conocimientos, y los practicaban con edificacion y esmero.

Este se veía en el Confesonario, porque entendidos de que no se puede justificar la alma sin una confesion bien circunstanciada, no se contentaban si no hacian confesion general de toda su vida, por lo que fue necesario facilitarles este consuelo, repitiendo estas explicaciones conforme iban viniendo, segun su órden, todos los Pueblos de aquel Partido. Era para alabar á Dios el ver á aquellos Indios á las quatro de la mañana ya en la Iglesia, oír Misa, y andar en grandes partidas por el cementerio rezando las Estaciones, y acudir al Confesonario con mucho órden, y lo mismo á los sermones; traer á sus enfermos á confesarse en el Hospital, y no verse ni uno embriagado, ni des-

compuesto. De este modo se confesaron todos los de los Pueblos circunvecinos, y segun sus Fiscales, pasaron de dos mil Indios: y habiendóseles publicado un Jubileo de quarenta horas, comulgaron todos en los tres dias, y velaron al Santísimo con mucha reverencia, innumerables luces y ramilletes de flores. Quedaron los Indios no solo consolados en la alma, sino tambien dueños de sus frutos, y libres de las deudas que les causaban las fiestas, y de las desgracias que acarrean la embriaguez y los escándalos: de suerte que para salir de allí los Misioneros, fue necesario hacerlo furtivamente, porque no los dexaban estar solos.

Llegaron al Pueblo de Zahicallo, y estando en la Mision, freqüentaban en pedir confesiones para otro que está distante siete leguas, por estar apestado de fiebres malignas, por lo que pareció mas oportuno el remedio, yendo á él los Misioneros, no obstante que ya uno se habia retirado al Colegio muy enfermo. Pasaron á dicho Pueblo llamado Cojumatlan, por cuya cortedad nunca habian entrado á él las misiones, y tuvieron que andar por todos aquellos Ranchos administrando los Sacramentos de la Penitencia y Extrema-Uncion á los enfermos; y de ellos salió la voz, por la que ocurrieron muchísimos al Pueblo, y tan necesitados de doctrina, que hubo jóven de mas de veinte años de edad, que no solo no se habia confesado en toda su vida, sino que no habia visto celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y juntándose ambos trabajos, les dió el Señor esfuerzos para acudir á los enfermos, é instruir y confesar á muchísimos de los sanos, que azorados de la peste buscaban su remedio. Para el de otros muchos prosiguió esta Mision por otros Pueblos, hasta los dos años y tres meses, que se recogió al Colegio.

En la fabulosa batalla que los Gigantes dieron á los Dioses, fingió el Poëta que Mercurio, Presidente en el Palacio de la Sabiduria y Eloqüencia, iba escondido en las alas de una ave generosa; pero esta mitologia solo sirve para explicar que en la verdadera guerra que hacen los pecadores al Cielo, se encubre Dios en la predicacion de los Misioneros, y ellos hacen su causa y defienden su Reyno, y en pago les dá el Señor eficacia para vencer monstruos de culpas, y gigantes de costumbres envejecidas. Son místicas aves que con las alas de una actividad ardiente vuelan de Provincia en Provincia predicando á Christo Crucificado, y su divina Clemencia derrama en ellas los tesoros de su Misericordia, y por su medio se ven reducidos los pecadores mas obstinados; pues en ninguna parte á que lleguen las Misiones, se han dexado de ver sensibles beneficios de la piedad Divina, obrados por la predicacion apostólica. Esta es el timbre y distintivo que los ha hecho conocer en todo este Reyno, y en que se han ocupado desde su principio, dilatando por todo él las funciones de su ministerio, y por eso, aunque vayan de paso, ó uno solo, nunca dexan de exercitarlo, porque de todas partes los solicitan para confesarse, y comunicarles sus trabajos, recibiendo como de oráculos sus consejos.

Esta actividad de su zelo es la que les ha ganado la estimacion y los ánimos de todos, fundadas tambien en la especial confianza con que siempre los han favorecido los Señores Obispos, pues han solicitado é impetrado de nuestro Católico Monarca

la fundacion de Colegios en sus Diócesis, informándole del gran fruto que con su predicacion y exemplo logran sus Feligreses. Así lo hicieron, uniendo á sus informes los de las Ciudades de México, Puebla, Antequera, Guadalaxara y Mechoacan. Lo mismo han solicitado los Gobernadores de las Provincias en donde el Colegio tiene sus Misiones, y á ese intento consultó el de la Sonora, Don Lorenzo Cancio, desde el primer año que entraron á ella los Misioneros, diciendo entre otras cosas de su ministerio al Exmô. Señor Virrey: »Lo »mas particular es, que no habiendo »conocido hasta ahora los Indios este »género de Religiosos, cuyo hábito »les ha causado novedad, y muy es»pecialmente el verlos sin camisa y »sin zapatos, con un género de seme»janza á las guarachas que gastan »los Indios, observo que verdadera»mente los aman tiernamente; y no es »poco el adelantamiento y fruto que »sacan estos Religiosos con la divina »palabra entre las gentes Españolas »de estos Paises, poco ménos necesi»tadas que los Indios de ser intrui»dos en el santo temor de Dios, y »dogmas católicos; y como la feli»cidad del estado pende de la vida »arreglada de sus Pobladores, juzgo »que tanto para beneficio de los Es»pañoles, como de los Indios, sería »muy útil en estas bastas Provincias »establecer un Colegio ú Hospicio de »Padres Crucíferos, que pudiesen tur»nar en hacer sus Misiones en los »Reales de minas y mas Poblaciones »de Españoles, y acudir al propio »tiempo á suplir la falta de quales»quiera de sus Hermanos en las Mi»siones.»

Mas ilustre testimonio del zelo de los Misioneros, es el que el Illmô. Señor Don Fray Antonio de San Miguel, actual Dignísimo Obispo de Mechoacan, le dió al Rey nuestro Señor, informándole, por súplica del Colegio, la inopia de Obreros que tenia para todos sus ministerios, y suplicándole le concediera la Mision de los Religiosos que vinieron de España el próxîmo año de noventa. Ni es de extrañar que este honorífico informe lo conserve la gratitud para su homilde reconocimiento, quando le es muy debida á las expresiones que le hace al Monarca en las siguientes claúsulas: »Señor. El Colegio Apostólico de Pro»paganda Fide de la Ciudad de San»tiago de Querétaro, como situado en »ella, es de la comprehension del Ar»zobispado de México; pero su mu»cha cercanía por varios rumbos á es»ta mi Diócesis, da motivo para que »difuso en ella el apostólico zelo de »sus individuos, sea el particular ta»ller de su ministerio y evangélicas »tareas, que no interrumpidas en todo »el tiempo de mi gobierno, me pro»porcionaron desde que lo tomé de »este Obispado, el sólido consuelo de »ocurrir con su auxîlio á las nece»sidades de mis ovejas, remediando »su ruina, y removiendo el peligro de »ella.»

»Por mí mismo reconocí desde »luego, y estoy visiblemente palpan»do el saludable fruto que sus úti»les apostólicos Operarios producen »constantemente en todos los lugares »de donde misionan, confirmándo»me en ello el general concepto de »esta utilidad, y la uniforme gratitud »con que mis Curas la reconocen, glo»riándose justamente los que en sus »territorios consiguen tan oportuno »socorro y beneficio. De su no conti»nuado logro y sensibles interrupcio»nes, tengo con el mas justo dolor,

»el rezelo conseqüente al escaso nú- »mero de útiles Religiosos que com- »ponen hoy aquella Comunidad, á »causa de las enfermedades de unos, »avanzada edad de otros, separacion »de algunos que han cumplido su de- »cenio, y reciente muerte de no po- »cos que en el exercicio de su Institu- »to contagió la lamentable epidemia »que grasa aun en este continente, »&c.» Así honra y beneficia este Illmô. Prelado y vigilantísimo Pastor al ministerio apostólico, por coadjutor del zelo y pastoral solicitud que tiene de su rebaño.

Á esos grandes objetos de la salvacion de las almas, dirigió la Providencia la ereccion del Colegio para Seminario en que se eduquen Misioneros, que con el cúmulo de todas las virtudes, de la oracion, perfeccion religiosa y estrechísima observancia de la Regla, le den sólido esplendor á tan laudable ministerio, y que ayudados del Señor con sus exercicios é industrias, logren almas para Dios, y exerciten el oficio de los Apostóles. En conseqüencia de tan soberano destino, se zela en el Colegio la disciplina religiosa con la exâctitud que prescriben sus Bulas Apostólicas, y se exercitan los Misioneros en la que deben observar en las Misiones. En todo el año se cultivan en las materias morales con continuas lecciones y conferencias: luego que se exponen de Confesores, se dedican al Claustro para confesar á los que lo piden, y á muchos pasageros que solo á eso vienen, y en ningun dia ni hora les falta este consuelo, pues para eso hay señalado Penitenciario, cuyo cargo se va desempeñando por todos: desde la segunda semana de Quaresma hasta la octava de Corpus, se toca por la tarde la campana, y baxan el Padre Guardian, y todos los expuestos que no están legitimamente y con licencia del Prelado impedidos, á la Iglesia y Claustro, para confesar para el cumplimiento de la Iglesia, á lo que ocurren muchísimos forasteros; de forma, que muchos Confesores no pueden en algunos dias satisfacer á todos: esto tambien sucede en los principales dias del año en que hay Jubileos ó Indulgencias, fuera de los muchos que freqüentan los Santos Sacramentos. Es tambien diaria la tarea de las confesiones que de dia y de noche tienen por su órden todos en ir á confesar enfermos, lo que nunca se ha negado, y de lo que en todas las epidemias ha resultado estrago, porque han enfermado y muerto muchos Confesores.

No es ménos prolixa la educacion que á los Jóvenes se les dá para que puedan predicar la divina palabra, pues cumplidos sus cursos escolásticos, se les señala un Misionero de los prácticos, que les hace predicar varios privados sermones, y los instruye en las reglas y demas que se debe practicar en las Misiones; y para la continua tarea del ministerio, se predican en el Colegio sermones morales todos los Viernes de Quaresma y los de Espíritu Santo: se explica la Doctrina Christiana todos los Domingos del año, empezando por los sacrosantos Misterios, Sacramentos divinos, y eclesiásticos Preceptos. En los principales dias que suele haber regocijos públicos, y en que la plebe se desenfrena en escándalos, y en las Carnestolendas, para impedir los pecados y desórdenes, salen dos Misioneros con el Rosario de María Santísima por las calles, cantando divinas alabanzas, y predican en las plazas y lugares donde son mayores los concur-

sos, y no sin sensibles frutos que se coxen en los Confesonarios.

Este ha sido desde la ereccion del Seminario su mas glorioso blason, y en el que para honra y gloria de Dios, ha exercitado su apostólico ministerio de las Misiones, propagando la Fe Santa en ambas Américas, ya con la reduccion de sus Naciones bárbaras, ya con avivar en los Católicos la que tienen profesada en el Bautismo, para el reforme de sus relaxadas conciencias: y habiendo sido la actividad fogosa de su predicacion, eficaz para encender y abrasar á ambos Reynos en el fuego que infundió en sus palabras Jesuchristo, el que sin duda se ha hecho ver en muchos extraordinarios sucesos, y rarísimas conversiones; es de sentir, el que por quedar éstas sujetas á las llaves de la Iglesia, y selladas con su sacramental sigilo: ó porque les ha quitado la raridad el crecido número que en cada Mision se experimentan, no ha quedado memoria de las que pudieran ser para el comun exemplo y edificacion muy oportunas.

Lo cierto es, que quando el divino Maestro quiso manifestar su Divinidad obrando como Salvador del mundo maravillas, dixo, que convenia el que obrara las obras del que le envió, atribuyendo á la mision en que se hallaba, el empeño de obrar singulares prodigios; porque el Misionero que es enviado de Dios, en cada conversion hace un milagro. De estos muertos resucitados de la muerte de la alma á la vida de la gracia, es de los que se goza la Santa Madre Iglesia; y si en el Cielo resulta particular gozo por la penitencia de un pecador solo, ¿quantos de esos muertos resucitados habrá recibido en su seno esa piadosa Madre? Quantos habrán festejado los Ciudadanos del Cielo, y colocado en sus coros, por la penitencia con que lloraron sus pecados por las declamaciones y solicitud de los Misioneros? Verdaderamente que al considerar el infatigable zelo con que han trabajado mas de cien años, peregrinando por buscar esas ovejas perdidas toda la América, no podrá la comprehension mas culta, sino idear una multitud de almas que de los Gentiles y Católicos se han logrado por la Penitencia y Bautismo, formando de ellas un catálago, no material, pues es solo accidental el que estén escritas sus conversiones, sino mental, y á la manera del que en el corazon y mente de la Iglesia está escrito el de los Santos, y así concebirá, que no es posible individuarlas, porque solo á Dios le es privativo el conocimiento del número de los escogidos que se han de colocar en la eterna felicidad de su Cielo.

CAPÍTULO XXVI.

Apéndice á la primera Parte de esta Crónica.

EN el Capítulo diez y seis del Libro quarto en que el R. P. Fr. Isidro de Espinosa escribió la vida del V. P. Fr. Melchor Lopez de Jesus, dixo: »que su Padre se »llamó Anton Lopez, y su Madre »Lucia, y que con estas escasas noti»cias nos dá razon el funeral que se »predicó en las honras del V. P. Fr. »Melchor: y que por mas diligencias »que se habian hecho para conseguir »siquiera la fe de Bautismo y de há»bito con los Religiosos que habian »pasado á la Europa, parecia que á »todos les habia tocado algo del ár»bol Lotos, pues se olvidaron de ha»cer diligencia en la Santa Provincia »de Castilla, de donde era fácil ad»quirir las noticias que echará ménos »el curioso lector, y no estaba en su »mano el suplirlas. El año que salió »nuestro Melchor á ver la luz de es»te mundo, fue el de mil seiscientos »treinta y nueve, que este año le cor»responde á la edad que tenia quan»do vino al Colegio.» En conseqüencia de este cómputo dixo, que el Venerable Padre habia muerto á los sesenta años.

El de setecientos sesenta y ocho fue á España un Religioso hijo del Colegio, y muy afecto al V. P. Fr. Melchor, y logró la ocasion de adquirir la fe de Bautismo, dada por el Cura de la Parroquia en que se le administró; y siendo este un precioso documento que confirma la buena fama de sus virtudes, y los frutos de su zelo, se ha juzgado muy interesante el que no se quede inédito, ó que no se pierda con el tiempo, y por eso se pone como apéndice de la primera Parte, y es á la letra del tenor siguiente: »Certifico yo Don Joseph »Vicente de Alambra, Cura propie»tario de la Parroquial del Señor »San Antonio Abad de este Lugar »de Almonazid de Toledo, que en un »libro de Bautismos que hay en ella, »que dió principio en el año de mil »seiscientos treinta y cinco, y acabó »en el de seiscientos cincuenta y siete, »al folio sesenta y seis se halla una »partida del tenor siguiente: En el »Lugar de Almonazid, Jurisdiccion »de Toledo, á trece dias del mes de »Septiembre de mil seiscientos y qua»renta y un años, yo el Licenciado »Andrés Martin, Comisario del Santo »Oficio, y Cura propietario de esta »Parroquial de Almonazid, bautizé y »hize los exôrcismos en esta Iglesia »á un hijo de Anton Lopez y de Lu»cia Diaz Martin su muger, Vecinos »de este Lugar, y se le puso por »nombre Melchor: nació el susodicho »en ocho dias de dicho mes y año: »Fueron sus Compadres á la Pila y »exôrcismos Melchor Lopez y Juana »Martin su muger, Abuelos del bau»tizado, y se les hizo notorio el pa»rentesco; siendo testigos Atanasio »Garcia y Juan Gallego, todos Veci»nos de dicho Lugar, y en fe de ello »lo firmé. Licenciado Andrés Martin. »Asímismo certifico, que á el márgen »de dicha partida se encuentra una »nota que dice: Este fue Religioso de »la Órden de S. Francisco de la Ob»servancia, y tomó el hábito en el Con-

»vento del Castañar; pasó á la Mision »de Indias, y murió en la Provincia »de Guatemala con la opinion de muy »virtuoso, y de haber hecho sumo »fruto en ellas con su predicacion por »los años de mil seiscientos noventa »y nueve. Concuerda así la partida, »como la nota con su original, á que »me remito, y para que conste lo fir»mé en dicho Lugar de Almonazid »de Toledo en dos dias del mes de »Enero del año de mil setecientos »sesenta y nueve. = Licenciado Don »Joseph Vicente Alambra.»

Consta de la dicha partida de Bautismo, que el V. P. Fr. Melchor nació el dia ocho de Septiembre de mil seiscientos quarenta y uno, y de la del libro de difuntos del Colegio, que murió el dia veinte y siete de Octubre de seiscientos noventa y ocho, y de ambas que vivió cincuenta y siete años, un mes y veinte dias, con lo que se aclaran las equivocaciones que padeció el R. P. Espinosa por falta de noticias. Estas no pertenecian á la substancia y solidez con que procedió en su historia y relacion de las virtudes y heroicas empresas del apostólico zelo del V. P. Fr. Melchor; pues la verdad de ellas la tomó de los documentos, y testigos ó Compañeros que la hacian indubitable, y por cuyo testimonio expuso al público una vida en todas edades exemplarísima, y muy oportuna para la comun edificacion y exemplo. Pero todavia es mas apreciable en la Certificacion la que dá de la insólita y particular nota que en la partida del Bautismo se halla; pues diciendo que el V. P. Fr. Melchor pasó á la Mision de Indias, y murió en la Provincia de Guatemala con la opinion de muy virtuoso, y de haber hecho sumo fruto en ellas con su predicacion, se comprueba la fama póstuma de las virtudes y zelo del V. Padre, la que si tuvo su orígen en el juicio de los mas respetables sugetos Eclesiásticos y Seculares del Reyno de Guatemala, á vista de una penitentísima vida, y de una predicacion apostólica, se difundió hasta los Reynos de España, de que es sólido fundamento la dicha nota, pues comprueba que el vencerse á sí mismo con obras de mortificacion y penitencia, y el trabajar en dificiles empresas, solicitando el mayor servicio de Dios, la propagacion del Evangelio, la conversion de los pecadores, la reduccion de los Gentiles, y el bien espiritual de los próximos, es el mas honroso epitafio que publica hasta las mas largas distancias la buena fama de un Religioso perfecto y Apostólico Misionero.

Tal fue el V. P. Fr. Melchor en todos los pasos de su vida; pues siendo la caridad la Reyna de las virtudes, y el espíritu que las anima, por el amor que en su corazon ardia, solo se puede formar alguna idea de las que vivificaban su grande alma: en ella todo era incendios; porque los efectos que causaba el amor divino, eran llamas de aquel fuego que Jesuchristo vino á encender en el mundo, y quiso que se propagara en todo él. Por eso el Venerable Padre, para darle mayor pábulo, sacrificó su cuerpo á la mas rígida y casi increible mortificacion de sus pasiones, sentidos y potencias: á la abnegacion de sí mismo, huyendo de las honras del mundo y sus conveniencias, á los mas ásperos desiertos: exponiendo su vida á los mas crueles tormentos, en que deseaba derramar su sangre, por la conversion de los bárbaros Gentiles: de estas ansias nacia aquel intrépido ánimo con que emprendió los inde-

cibles trabajos de fragosos caminos, é inminentes peligros en que vió muchas veces su muerte, ya cercado de fuego, ya puesto de rodillas tres dias continuos, sin alimento alguno, y esperando la bárbara determinacion de los Indios, ya rodeado de flechas y chuzos, ya debilitado de la hambre, de la sed y de mortales accidentes, sin que tan exorbitantes penalidades le causaran el menor susto, porque todas eran mas estímulo que esforzaban su caritativo y ardiente zelo.

Este fue el incesante volcan que quando protervos los idólatras, se resistian á su predicacion y consejos, devoraba su corazon, por ver la perdicion de sus almas, y avivaba el fuego de sus fervorosos conatos en nuevos esfuerzos para reducirlos al conocimiento de Dios y verdades del Evangelio, sin permitirle el amor que les tenia á sus almas ni el mas leve descanso para sosegar ni un punto, por la solicitud con que se valia de quantos medios le eran posibles para reducirlos, pues las amaba mas que á su vida. Rendida ésta á las penosas tareas de quince años continuos y duras enfermedades, murió el Venerable Padre sin dexar de la mano el arado; pero habiendo cooperado gran parte de ellos al cultivo de aquella laboriosa viña el V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, como se vé en su Vida que dió principio á esta segunda Parte de la Crónica Apostólica, y en ella los prodigiosos pasos, sudores y afanes de estos dos zelosísimos Obreros, aunque la del Padre Fr. Melchor está ya escrita en la primera, no es ageno de ésta, el que comenzando por la de su Venerable Compañero, se acabe con el corto y tosco elogio del que el Venerable Padre Margil veneraba como á un nuevo Apóstol, y decia: que fue misericordia que usó Dios con él, el darselo por Maestro y Compañero individuo casi quince años.

FIN.

FE DE ERRATAS.

En la Dedicatoria, cita (6) fontem quam. quem.

Fol.	*Col.*	*Lin.*	*Err.*	*Enm.*
19.	2.	30.	torrabas.	texabas.
22.	2.	últ.	resignapo.	resignado.
23.	1.	34.	el.	le.
31.	2.	39.	properidad.	prosperidad.
49.	2.	25.	interarse	interesarse.
61.	1.	1.	habia.	habian.
200.	1.	5.	Hacienda.	Haciendas.
221.	2.	24.	otros.	otras.
224.	1.	12.	odos.	todos.
225.	1.	26.	Nochitos.	Nachitos.
229.	2.	41.	recogidas.	descogidas.
233.	1.	11.	logrado.	logrando.
236.	2.	1.	los.	las.
244.	2.	42.	separarse.	separar.
248.	2.	1.	rpo.	por mi.
263.	2.	4.	ascasez.	escasez.
272.	1.	39.	de.	de mi.
277.	1.	39.	se.	se le.
289.	2.	5.	ateradas.	aterradas.
331.	1.	3.	orquestra.	orquesta.
Ibi.	1.	4.	ciervos.	cuervos.
343.	2.	12.	por.	por él.
354.	1.	42.	moderar.	moderaran.
Ibi.	2.	45.	dada.	daba.
366.	2	35.	martener.	mantener.
367.	1.	27.	instituido.	é instituido.
Ibi.	2.	5.	asitió.	asistió.
368.	1.	12.	se lo.	se los.
Ibi.	1.	20.	hallado los.	hallado á los.
373.	2.	36.	Casablanca.	Casacablanca.
386.	1.	40.	setenta.	sesenta.
399.	2.	últ.	barbariedades.	barbaridades.
403.	1.	17.	agravada.	agravaba.
430.	2.	29.	obsevacion.	observacion.
439.	1.	1.	puedan.	pueda.
442.	1.	26.	espitual.	espiritual.
Ibi.	1.	37.	embriguez.	embriaguez.
497.	2.	21.	determiaron.	determinaron.
516.	2.	24.	quiando.	quando.
537.	2.	41.	disciplima.	disciplina.
544.	1.	36.	el.	al.
547.	2.	22.	cristina.	christiana.
572.	2.	18.	obrrepcia.	obrrepticia.
579.	1.	2.	franquandoles.	franqueandoles.
589.	1.	43.	para.	Para.
600.	2.	38.	de donde	donde.
602.	2.	25.	catalago.	catalogo.

INDICE

DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS
DE ESTA SEGUNDA PARTE
DE LA
CRÓNICA SERÁFICA Y APOSTÓLICA.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I. *Vida del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, su Patria, Padres y educacion.* Pág. 1.
CAP. II. *Toma el hábito, su profesion y estudios hasta ordenarse de Sacerdote.* 4.
CAP. III. *Alístase el V. P. en la Mision para las Indias, y su viage hasta llegar á Querétaro.* 8.
CAP. IV. *Comienza el P. Fr. Antonio con infatigable zelo las tareas y largas peregrinaciones del ministerio apostólico.* 10.
CAP. V. *Entran los VV. PP. en Ciudad Real, y haciendo mision llegan á Guatemala.* 12.
CAP. VI. *Entran los VV. PP. á la Talamanca, y los peligros de que el Señor libertó sus vidas.* 15.
CAP. VII. *Entran los VV. PP. á los Terrabas, y logran la paz con los Talamancas, y otras maravillosas conversiones.* 19.
CAP. VIII. *Son llamados los VV. PP. para el Colegio, y el Señor los conduce á Vera-Paz, en cuyos Pueblos descubren la idolatria de muchos Christianos.* 22.
CAP. IX. *Primera entrada en un Pueblo de Lacandones, y furioso recibimiento que les hicieron.* 25.
CAP. X. *Caminan los VV. PP. á Guatemala, y fundando en ella su Hospicio de Misioneros, prosiguen en su ministerio.* 29.
CAP. XI. *Llama la obediencia al P. Fr. Antonio para Guardian del Colegio. Mâxîmas y progresos de su Gobierno.* 35.
CAP. XII. *Como desempeñaba el P. Fr. Antonio, siendo Prelado, las funciones del ministerio apostólico.* 41.

*

CAP.

CAP. XIII. *Envia la obediencia al V. P. Fr. Antonio al Reyno de Guatemala: funda en él un Colegio de Misioneros, y elegido en su primer Guardian, promueve su apostólico ministerio.* 49.

CAP. XIV. *Sale el V. P. á misionar entre Fieles, y varios sucesos de sus apostólicas misiones.* 55.

CAP. XV. *Vuelve el P. Fr. Antonio á Guatemala, y sucesos extraordinarios que obró por este tiempo en beneficio de las almas.* 62.

CAP. XVI. *Hace el V. P. Mision en la Provincia de San Antonio, y frutos de sus apostólicos afanes.* 65.

CAP. XVII. *Vuelto al Colegio, acude el V. P. al remedio de algunas almas por prodigiosos modos, y acabada la Guardiania se dedica á las misiones de Infieles, de donde es llamado á este Reyno.* 74.

CAP. XVIII. *Llega el V. P. á México, y pasa á Zacatecas á la fundacion de su Colegio Apostolico.* 92.

CAP. XIX. *Entra el P. Fr. Antonio, por órden del Rey, á la reduccion de Nayeritas, y vistos los embarazos para ella, representa los medios mas oportunos para conseguirla.* 88.

CAP. XX. *Sale el V. Padre á misionar, y se interna en las Naciones Gentiles.* 94.

CAP. XXI. *Retíranse los Ministros de las Misiones por la invasion de los Franceses, y dexando el P. Fr. Antonio fundada una Mision de Infieles, vuelve á restablecerlas, y es elegido segunda vez Guardian de su Colegio.* 99.

CAP. XXII. *Cumple el V. Padre el trienio de su Guardiania, y sale á hacer mision entre Fieles.* 104.

CAP. XXIII. *Pasa el P. Fr. Antonio para México, su muerte y honorífico entierro.* 109.

CAP. XXIV. *De las virtudes Teologales que tuvo el Siervo de Dios.* 116.

CAP. XXV. *De la Oracion, Contemplacion y Devocion del V. P.* 122.

CAP. XXVI. *De la caridad que el V. P. tenia á sus Próximos, y del ardiente zelo con que solicitaba la salvacion de sus almas.* 126.

CAP. XXVII. *Asperas mortificaciones con que el V. Padre aspiraba á la perfeccion de las virtudes.* 133.

CAP. XXVIII. *Gracias gratis datas con que el Señor favoreció á su Siervo.* 140.

CAP.

CAP. XXIX. *Fama póstuma del V. Padre, y casos extraordinarios que sucedieron despues de su muerte.* 148.
CAP. XXX. *En que se concluye la materia del pasado.* 154.

LIBRO SEGUNDO.
DE LA CRÓNICA APOSTÓLICA.
VIDA DEL EXEMPLAR P. FR. FRANCISCO ESTEVEZ.

CAPÍTULO I. *Su venida á las Indias, y fervoroso zelo en el ministerio apostólico.* 158.
CAP. II. *Prosigue el V. P. Fr. Francisco Estevez su predicacion apostólica por las principales Ciudades del Reyno.* 163.
CAP. III. *Entra el P. Fr. Francisco Estevez al Cerro Gordo, para fundar en él Misiones de Infieles.* 169.
CAP. IV. *Es elegido el V. P. Estevez, Vicario, Guardian y Presidente in capite del Colegio.* 174.
CAP. V. *Envia la obediencia al V. Padre á las Cortes de Madrid y de Roma, y lo que en ellas consiguió á favor del ministerio apostólico.* 180.
CAP. VI. *Prosigue el V. Padre sus apostólicas peregrinaciones con grandes frutos de las almas, hasta su dichosa muerte.* 184.
CAP. VII. *Vida del V. P. Fr. Joseph Diez. Incorpórase en la Mision del V. P. Linaz, y se ocupa con infatigable zelo en el ministerio apostólico.* 189.
CAP. VIII. *Vuelve el V. P. Diez á su Colegio, y las fervorosas diligencias que hizo para ir á Misiones de Infieles.* 196.
CAP. IX. *Sale el V. Padre á misiones de Fieles, y le hacen Guardian del Colegio, Secretario General, y Comisario de Misiones.* 201.
CAP. X. *Vida del V. P. Fr. Francisco Hidalgo. Viene en Mision de España, y sus primeros trabajos en el ministerio.* 206.
CAP. XI. *Prosigue el V. P. Hidalgo en la conversion de los Infieles, y es elegido para la segunda entrada que se hizo á los Texas.* 213.
CAP. XII. *Constante zelo con el V. Padre empleó lo restante de su vida en la conversion de Infieles hasta su muerte.* 218.
CAP. XIII. *Vida del P. Fr. Jorge de la Torre. Pasa de España para las Indias, y sucesos de su viage hasta el Colegio.* 227.

CAP. XIV. *Funda el P. Fr. Jorge el Colegio, y varios sucesos que le acaecieron, hasta su temprana muerte.* 230.

CAP. XV. *Vida y apostólicas empresas del P. Fr. Diego de Salazar.* 235.

CAP. XVI. *Entra el Padre Salazar á fundar las Misiones de Infieles en la Punta de Lampazos.* 240.

CAP. XVII. *Vida del Venerable Siervo de Dios Fr. Antonio de los Angeles Bustamante: su nacimiento, y sucesos de su juventud.* 245.

CAP. XVIII. *Serio desengaño con que Don Miguel Antonio se resolvió á tomar el estado Religioso.* 251.

CAP. XIX. *Profesa Fr. Antonio con singular edificacion, y los primeros destinos en que le puso la obediencia.* 257.

CAP. XX. *Humildad y paciencia del Venerable Siervo de Dios.* 264.

CAP. XXI. *Persecuciones del Demonio, y tribulaciones espirituales que padeció Fr. Antonio de los Angeles.* 269.

CAP. XXII. *De sus mortificaciones y penitencias.* 273.

CAP. XXIII. *De su Obediencia, Castidad y Pobreza.* 278.

CAP. XXIV. *De su Oracion y Contemplacion, y como se disponia para la Sagrada Comunion.* 285.

CAP. XXV. *De la tranquilidad de espíritu, y muerte mística á que llegó Fr. Antonio por el exercicio de las virtudes Teologales Fe, Esperanza y Caridad.* 290.

CAP. XXVI. *Como exercitó Fr. Antonio las virtudes Cardinales.* 295.

CAP. XXVII. *Tiernísima devocion que tuvo Fr. Antonio á María Santísima y á otros Santos, y como se preparó de antemano para su muerte.* 300.

CAP. XXVIII. *Muerte de Fr. Antonio, su sepultura y magníficas Honras.* 306.

CAP. XXIX. *Vida y virtudes del Hermano Fr. Bartolomé de Jesus y Torres.* 312.

CAP. XXX. *Vida y virtudes del Hermano Gonzalo Juan de Pereyra, Donado del Colegio de la Santa Cruz.* 317.

LIBRO TERCERO.

Progresos de las Misiones de Infieles.

CAPÍTULO I. *Fundacion de las Misiones de San Francisco Xavier en la Provincia de Texas.* 321.

CAP. II. *Concédese la ereccion del Presidio, y los varios accidentes que destruyeron las Misiones.* 330.

CAP. III. *Primeras diligencias que hicieron los Misioneros para la reduccion de los Indios Apaches.* 338.

CAP. IV. *Prosiguen los Apaches sus hostilidades, y los Misioneros en la solicitud de que se les funden Misiones.* 344.

CAP. V. *Nuevos esfuerzos que hicieron los Misioneros para restablecer la paz de los Apaches.* 350.

CAP. VI. *Providencias que se dieron para la fundacion de las Misiones, y las oposiciones contra ellas.* 357.

CAP. VII. *Informe que el R. P. Guardian y Venerable Discretorio hicieron al Señor Virrey, conforme á su Superior mandato, y sus favorables efectos.* 363.

CAP. VIII. *Prosiguen los Padres con el Comandante su marcha al rio de San Saba, y establecen los sitios para las Misiones y nuevo Presidio de San Luis de las Amarillas.* 368.

CAP. IX. *Llegan las Naciones coligadas contra los Apaches á San Saba, y con tirana alevosia quitan la vida á los Misioneros, y robada la Iglesia y la Casa, las reducen á cenizas.* 375.

CAP. X. *Promuévese de nuevo la reduccion de los Apaches en San Saba, y se les fundan dos Misiones.* 382.

CAP. XI. *Informe que hicieron los Misioneros por órden del Señor Virrey.* 386.

CAP. XII. *Continúan los Comanches sus hostilidades contra las Misiones, y extinguido el Presidio se retiran los Misioneros.* 390.

CAP. XIII. *Entrada de los Misioneros en Sonora.* 394.

CAP. XIV. *Nuevos trabajos de los Misioneros, y ardiente zelo en doctrinar á aquellos Indios, y reducir á otros.* 400.

CAP. XV. *De otras penosas tareas que en su Apostólico ministerio padecian los Misioneros.* 405.

CAP.

CAP. XVI. *Progresos del ministerio apostólico, y viages de los Misioneros á las Naciones de los Gentiles.* 413.
CAP. XVII. *Nuevo viage que hizo el Padre Garzés á los rios Colorado y Gila en el año siguiente de setenta y uno.* 418.
CAP. XVIII. *Fúndanse Misiones á los Seris, y cruel muerte que los del Carrizal le dieron á su Ministro.* 426.
CAP. XIX. *Renúnciase el Hospicio de nuestra Señora del Destierro, que el Colegio tenia en la Ciudad de la Puebla.* 431.
CAP. XX. *Renúncianse las seis Misiones de las Provincias de Cohaguila y Texas.* 437.
CAP. XXI. *Método espiritual con que se han gobernado las Misiones.* 444.

LIBRO QUARTO.

CAPÍTULO I. *Expedicion que se mandó hacer para la comunicacion de la Sonora con los nuevos establecimientos de Monterey.* 450.
CAP. II. *Providencias que se pidieron al Superior Gobierno para el de las Misiones.* 456.
CAP. III. *Segunda expedicion al Puerto de San Francisco, y nuevo viage que por órden del Señor Virrey hizo el Padre Fr. Francisco Garzés á las Naciones Gentiles.* 461.
CAP. IV. *Visita el Padre Garzés las Naciones Gentiles hasta el Moqui, y en todas les dá luz de las verdades católicas.* 468.
CAP. V. *Prosigue el Padre Garzés sus apostólicas peregrinaciones. Llega al Moqui, en donde no fue bien recibido, y sucesos de su vuelta á la Sonora.* 478.
CAP. VI. *Lastimoso estado en que estaban las Misiones de la Pimeria alta el año de setenta y seis.* 485.
CAP. VII. *Promueve el Gobierno nuevo de la Provincia la fundacion de las Misiones en los rios Colorado y Gila.* 489.
CAP. VIII. *Viene el Padre Diaz á informar al Comandante General del estado de las cosas del rio Colorado, y se determina el fundar dos Misiones.* 497.
CAP. IX. *Furiosa rebelion de los Yumas: matan á los quatro Padres, Soldados y Pobladores, y cautivan á sus hijos y mugeres.* 504.

CAP.

CAP. X. *Envia el Comandante General Soldados al rio Colorado y por peticion del Padre Presidente se traen los cuerpos de los quatro Misioneros: y la Informacion jurídica que se hizo de algunas cosas extraordinarias.* 510.

CAP. XI. *Frutos con que el Señor decoró el ministerio apostólico en la muerte de los Misioneros.* 515.

CAP. XII. *Hace el Colegio Presidente de las Misiones al Padre Fr. Juan Chrisóstomo. Funda la del Carrizal, y en ella le matan á pedradas.* 520.

CAP. XIII. *Muerte violenta que los Indios le dieron al Padre Fr. Felipe Guillen.* 524.

CAP. XIV. *Piadosa memoria del P. Fr. Juan Diaz, que murió á manos de los Indios en el rio Colorado.* 529.

CAP. XV. *Deseada muerte del P. Fr. Joseph Matias Moreno, que logró por el furor de los bárbaros en el rio Colorado.* 536.

CAP. XVI. *Gloriosa muerte con que el P. Fr. Francisco Garzés coronó sus apotólicas tareas, muriendo á manos de los bárbaros, que con grandes trabajos tenia conquistados.* 540.

CAP. XVII. *Virtudes y feliz muerte del P. Fr. Juan Antonio Barreneche.* 547.

CAP. XVIII. *De otros frutos del ministerio Apostólico.* 554.

CAP. XIX. *Entrega de las Misiones que se mandó hacer por el Rey nuestro Señor para la fundacion de la Custodia de San Carlos de Sonora.* 562.

CAP. XX. *Fúndase la Custodia de San Carlos de Sonora. Estado en que quedaron las Misiones.* 566.

CAP. XXI. *Manda el Rey nuestro Señor que el Guardian y Discretorio informen sobre el estado de la Custodia.* 570.

CAP. XXII. *Progresos de las Misiones de Fieles.* 575.

CAP. XXIII. *Progresos de las misiones en otros Obispados.* 583.

CAP. XXIV. *Dilátase por otros Obispados el ministerio Apostólico.* 590.

CAP. XXV. *De otras fructuosas misiones.* 595.

CAP. XXVI. *Apéndice á la primera Parte de esta Crónica.* 603.

B 746
E77c
2

BA746
E77c
I-SIZE
v.2
cop.2